

ERINDALE COLLEGE



3 1761 02434453 3

OBRAS
DE
LOPE DE VEGA

OBRAS
DE
LOPE DE VEGA

PUBLICADAS
POR LA
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
(NUEVA EDICION)
OBRAS DRAMATICAS

TOMO X



MADRID
IMPRESA DE GALO SAEZ
MESON DE PAÑOS, 8
1930

PRÓLOGO

Publicamos en el presente volumen las veinte piezas dramáticas siguientes: *Los Torneos de Aragón*; *La traición bien acertada*; *El triunfo de la humildad*; *El valor de las mujeres*; *El vencido vencedor*; *La venganza venturosa*; *La ventura en la desgracia*; *La ventura sin buscalla*; *Ventura y atrevimiento*; *Ver y no creer*; *La villana de Getafe*; *La vitoria de la honra*; *Vinda, casada y doncella*; *Ya anda la de Mazagatos*; *Los yerros por amor*; *Allá darás rayo*; *Amor con vista*; *Amor, pleito y desafío*; *Las burlas veras*, y *La Carbonera*.

Esta última fué publicada por don Marcelino Menéndez Pelayo (1), pero habiendo logrado encontrar el manuscrito del *tercer acto*, que se creía perdido y que ofrece variantes de gran interés, la reproducimos de nuevo.

Las demás son rarísimas, y alguna como *Allá darás rayo* desconocida para los bibliógrafos modernos, por haber estado extraviada largo tiempo la *Parte XXVII extravagante* de Lope, en la que se halla con otras seis.

Damos a continuación noticia particular y detallada de cada una de ellas.

I. Los torneos de Aragón.

Citada por Lope en la primera edición de *El Peregrino en su patria*, 1604. Se imprimió en la *Parte IV*, en Madrid, 1614, y fué reproducida en Barcelona en el mismo año y en Pamplona en 1624 (2).

(1) *Obras de Lope de Vega*, publicadas por la Real Academia Española, vol. IX, Madrid, 1899, págs. 523-554.

(2) *Doze / Comedias de / Lope de Vega / Carpio familiar del / Santo Oficio. / Sacadas de sus originales. / Qvarta parte. / Dirigidas a Don Lays Fernandez / de Cordoua, Cardona y Arago[n]* / Duque de Sessa, Duque de Soma, Duque de / Vaena, Marques de Poza, Conde de Cabra, Conde de Palamos / Conde de Oliueto, Vizconde de Yznajar, Señor de las / Baronias de Vel-puche, Liñola, y Calonge. / Gran Almirante de Napoles. / Año [Escudo del impresor] 1614.

Publicamos el texto y variantes de las dos primeras ediciones, denominando *M* a la de Madrid y *B* a la de Barcelona.

Hizo la de Madrid Gaspar de Porres, el gran amigo de Lope, con pleno consentimiento y beneplácito de éste, como puede comprobarse por una carta que el Fénix escribió desde Toledo, en abril de 1614, al duque de Sessa, en la que le dice haber recibido el ejemplar que le envió Porres comunicándole que otro quedaba ya en manos del duque (3).

Escrita mucho antes de 1604, permaneció inédita hasta que la dió a las prensas Porres, quien declara en el prólogo a los lectores que el autor *nunca las hizo para imprimirlas*, lamentándose de los bárbaros errores contenidos en las copias que corrían, por lo que se decidió a sacarlas a luz conforme a los

Con privilegio. En Madrid, Por Miguel Serrano de Vargas. A costa de Miguel de Siles librero. Véndese en su casa en la calle Real de las Descalças.

En 4.^o—4 hoj. + 296 fol. (en realidad 322 por las erratas en la foliación).—Signaturas: A-Aa-Ss.—Texto a dos columnas.

Portada.—V. en blanco.—Hoja 2, r.: Títulos de las comedias.—V.: Tasa, Madrid 14 de marzo de 1614. Fe de erratas, Madrid 11 de marzo de 1614.—Hoja 3, r.: Aprobación de Tomás Gracián Dantisco, Madrid, 11 de enero de 1614. Aprobación del trinitario Fr. Juan Bautista: Madrid, 20 de diciembre de 1613.—V.: Privilegio por diez años a Gaspar de Porres, Madrid, 5 de febrero de 1614.—Hoja 4 r.: Dedicatoria de Porres al Duque de Sessa.—V.: A los lectores.—Fol. 1 Texto.

Contiene: Fol. 1, Laura perseguida; fol. 29, El nuevo mundo descubierto por Cristóbal Colón; fol. 53, El asalto de Matrique por el Príncipe de Parma; fol. 72, Peribáñez y el Comendador de Ocaña; fol. 102, El genovés liberal; fol. 130, *Los torneos de Aragón*; fol. 157, La boda entre dos maridos; fol. 177, El amigo por fuerza; fol. 189, El galán Castrucho; fol. 216, Los embustes de Zelauro; fol. 243, La fe rompida; fol. 272, El tirano castigado.

La segunda edición de esta Parte IV se hizo el mismo año en Barcelona:

Doce / Comedias de / Lope de Vega / Carpio familiar / del Santo Oficio. / Sacadas de sus originales. / Quarta parte. / Dirigidas a Don Lxrys Fernandez de / Cordova, Cardona, y Aragon, Duque de Sessa... [siguen los mismos títulos nobiliarios que figuran en la de Madrid, diferenciándose únicamente en que dice *Calonga* en vez de *Calonge* / Año [escudo tipográfico] 1614. / Con licencia del Ordinario. / En Barcelona, en casa Sebastián de Cormellas, al Call. / A costa de Juan de Bonilla, Mercader de libros.

En 4.^o—4 hojas + 287 fol. (312 por las erratas).—Signaturas: A-Nn4.—Texto a dos columnas.

Portada.—V. en blanco.—Hoja 1, r.: Aprobación de Tomás Gracián Dantisco: Madrid, 11 de enero de 1614.—Aprobación del Presentado trinitario Fr. Juan Bautista: Madrid, 20 de diciembre de 1613.—V.: Aprobación de Fr. Alberto Soldevilla; Barcelona, 26 de abril de 1614.—Licencia de impresión del Obispo de Barcelona [Don Luis Sans]; Barcelona, 28 de abril de 1614.—Hoja 2, r.: Dedicatoria de Gaspar de Porres al Duque de Sessa.—V.: A los lectores.—Fol. 1, texto.

Contiene: Fol. 1, Laura perseguida; fol. 29, El nuevo mundo descubierto por Cristóbal Colón; fol. 53, El asalto de Matrique por el Príncipe de Parma; fol. 76, Peribáñez y el Comendador de Ocaña; fol. 101, El genovés liberal; fol. 127, *Los torneos de Aragón*; fol. 152, La boda entre dos maridos; fol. 178, El amigo por fuerza; fol. 207, El galán Castrucho; fol. 233, Los embustes de Zelauro; fol. 260, La fe rompida; 286, El tirano castigado.

(3) Rennert y Castro: *Vida de Lope de Vega*, Madrid, 1010, pág. 222.

originales que poseía. En el mismo prólogo defiende a Lope de las severas inculpaciones que sobre él cayeron por su gentil desenfado en despreciar la observancia de las tan traídas y llevadas reglas dramáticas.

La desbordante fantasía de nuestro autor no se detuvo en esta comedia, ni en otras muchas, ante los anacronismos. Hizo girar a los personajes en un ambiente histórico, sin importarle gran cosa la exactitud en fechas ni lugares, concertando a capricho enlaces matrimoniales de reyes y princesas, preocupado únicamente de llevar el desenlace a feliz término. Pero sabe dar tal colorido a la ficción, que ni desentonan ni pierden majestad las altas personas que intervienen con acción digna y lenguaje propio.

No es fácil fijar con exactitud la fecha en que pudiera haberse escrito *Los torneos de Aragón*. Desde luego, examinando los caracteres internos de su técnica, podemos afirmar que es obra de la juventud de Lope. La excesiva acumulación de incidentes y situaciones dramáticas, que contrasta con la elegante sobriedad de la mayor parte de sus obras, la ingenuidad del plan, no exento de confusión en ciertos momentos; algunas escenas poco ponderadas; los continuos cambios de lugar; el pueril afán de mostrar conocimientos geográficos, y, determinadas veces, un inexplicable desmayo en la versificación, demuestran que aún no había alcanzado la gallarda madurez de su inconfundible estilo.

Si reconocemos veracidad a la dudosa aserción hecha por Lope en la dedicatoria a Montalván de *La Francesilla* (Parte XIII, 1620), fué ésta la primera comedia en que introdujo la *figura del donaire*; en *El maestro de danzar*, compuesta muy probablemente antes de 1594, aparece ya el *gracioso*; debe, por tanto, asignarse fecha anterior a *La Francesilla* y, por la misma causa, a *Los torneos de Aragón*, en que tampoco existe propiamente la *figura del donaire*, pues si bien *Estela*, disfrazada de loco, hace y dice algunas bufonadas, no es porque el carácter del personaje sea naturalmente jocoso, sino por la especial situación de fingimiento con que encubre su verdadera personalidad. Las irónicas mordacidades de *Estela*, por lo sutiles, antes provocan a meditación que a risa.

Lope utilizó el mismo recurso escénico de cambiar sus vestiduras femeninas en hábito de loco una mujer gozada o despreciada, para ir tras el amante burlador y recuperar su cariño, en *El valor de las mujeres* (4).

Sabido es que en el proceso con que en diciembre de 1587 terminaron los

(4) V. pág. 131 del presente volumen.

tumultuosos amoríos con Elena Osorio (5), hizo constar Lope, como descargo, que la enemistad con que le perseguía el representante Jerónimo Velázquez, provino principalmente de haber dejado de darle comedias para entregarlas a Porres; y aunque, con afán legítimo de propia defensa, embrolló cuanto pudo sus declaraciones, resulta indudable que en este tiempo era ya amigo de Porres y le proveía de comedias.

Acaso una sería *Los torneos de Aragón*, escrita, no por granjería, sino por “su gusto y a ratos ociosos”.

II. La traición bien acertada.

Mencionada en el *Peregrino* de 1604. Se publicó en la *Parte I*, reimpressa muchas veces. La primera edición, hoy desconocida, se hizo en Valencia en 1604, según se demuestra por la *aprobación* que figura al frente de la de Valladolid del mismo año: “Estas doce comedias de Lope de Vega, que *han sido impresas en Valencia*, no tienen cosa que ofenda, y así se puede dar licencia para imprimirse. En Valladolid a 12 de febrero de 1604. El secretario, Juan Gracián Dantisco.”

Barrera (*Obras de Lope* publicadas por la Real Academia Española, tomo I, Madrid, 1890, pág. 133) encuentra una contradicción entre el *recopilador* Bernardo Grassa, seguramente valenciano, que consta en la portada, y Alonso Pérez, librero, que en la dedicatoria a don Antonio Ramírez de Prado, que va en las de Valladolid, 1604, y Amberes, 1607, dice: “Habiendo llegado a mis manos algunas obras de Lope de Vega, y hecho elección de estas doce comedias por haber sido las más aceptas y bien recibidas de todas, de mejor verso y más sentencias, me resolví a imprimillas, y pareciéndome que no era bien sacallas a luz sin dallas un protector..., etc.” Y encontrando incompatibles a Grassa y a Pérez, termina Barrera: “Desate, pues, el curioso este nudo.”

Alonso Pérez no hizo más que reimprimir la edición de Valencia, cosa entonces corriente, hecha casi con certeza sin permiso del autor, lo que era más frecuente aún, por el desbarajuste que reinaba en los diferentes *reinos* en que se consideraba dividida España para los *privilegios* de impresión, circunstancia de la que se aprovechaban los editores de la época, haciendo ediciones y más ediciones, robándose unos a otros y todos al autor, que no recibía por

(5) A. Tomillo y C. Pérez Pastor: *Proceso de Lope de Vega por libelos contra unos comediantes*, Madrid, 1901.

ellas ni un maravedí como fruto de su trabajo. Cada editor dedicaba su edición al mecenas que consideraba como árbol más frondoso, cobijándose a su buena sombra, y así vemos que, en esta misma *Parte I*, la edición de Zaragoza, 1604, está dirigida a don Gabriel Blasco de Aragón; la de Valencia, 1605, a don Valeriano Boyl; las de Valladolid, 1604 y 1607, a don Antonio Ramírez de Prado; la de Valladolid, 1609, a don Gabriel de Nao; la de Milán, 1609, a don Juan de Figueroa, y la de Madrid, 1621, a diversas personas, no obstante haberse hecho esta última también a costa de Alonso Pérez, quien ya las había anteriormente dedicado a un solo prócer. El primer colector fué Grassa, y Alonso Pérez, gran amigo de Lope como es sabido, aprovechó la ocasión de llegar a sus manos la edición de Valencia, 1604, que por ser de este reino no necesitaba aprobación, primero tal vez para restituir al Fénix en sus derechos, y después, en vista de que las doce comedias habían sido las *más aceptas*, para *imprimillas* de nuevo ya que fueron bien recibidas, encontrándose lindamente el trabajo hecho, pues Grassa tendría sus motivos para no protestar, y avalorando la dedicatoria a Ramírez de Prado con la ambigua habilidad de que había *hecho elección de ellas*, no diciendo ni aun pensando decir que las había *recopilado* por cuanto claramente constaba en la portada el nombre y los méritos de Bernardo Grassa.

Para nuestra impresión hemos tenido presentes las ediciones de: Zaragoza, 1604, a la que denominamos *Z*; Valencia, 1605 (*V*); Amberes, 1607 (*A*); Valladolid, 1609 (*Va*); Milán, 1619 (*Mi*); y Madrid, 1621 (*M*). Damos de ellas hasta la más pequeña variante (6).

(6) *Las 12 Comedias del famoso poeta Lope de Vega Carpio. Recopiladas por Bernardo Grassa. / Dirigidas al Ilustrísimo Señor Don Grabiél (sic) Blaseo de Alagon Conde de Sastago / Señor de las Baronias de Espes y Escuer. Camarleno del Rey nuestro señor. Las que en este Libro se contienen, van a la buelta desta hoja. Año [escudo del mecenas] M.DC.III. Con licencia de los Superiores. En Çaragoça. Por Angelo Tauanno.*

Al fin: *Impressas con licencia. En Çaragoça. Por Angelo Tauanno. Año M.DC.III. (sic.)*
 En 4.^o—4 hoj. + 12 hoj. + 176 fol. + 191 fol. + 1 hoj. (dos partes en un volumen).—
 Signaturas: + — + + 4—a—y 5—AAa5.—Texto a dos col.—Portada.—V.: Títulos de las comedias.—Hoja 1, r.: Aprobación del Doctor Juan Briz Martínez, Zaragoza, 4 de noviembre de 1603. Aprobación del Vicario General Licenciado Pedro de Moya, y por su mandado Jerónimo de Iturralde, Zaragoza 12 de noviembre de 1603.—V.: Licencia de impresión del Cardenal Ascanio Colona, Zaragoza, 15 de octubre de 1603.—Hoja 2, r.: Dedicatoria.—V.: Prólogo al lector.—Hoja 4, r.: *Comiençan las loas destas comedias.*—Contiene: Primera parte: Fol. 1, r.: Los donaires de Matico; fol. 28, v.: El perseguido; fol. 69, v.: El cerco de Santa Fe e illustre hazaña de Garcilaso de la Vega; fol. 91, r.: Comedia de Wamba; fol. 120, r.: *La traición bien acertada*; fol. 148, r.: El hijo de Reduán. Segunda parte: Fol. 1, r.: Ursón y Valentin; fol. 33, r.: El casamiento en la muerte; fol. 75, r.: La escolástica celosa; fol. 102, r.: La amistad pagada; fol. 135, v.: El Molino; fol. 166, v.: El testimonio vengado.

Comedias famosas del poeta Lope de Vega Carpio. Recopiladas por Bernardo Grassa.

Tenemos en esta comedia un ejemplo que prueba la influencia de Juan de la Cueva sobre Lope. En el acto tercero (pág. 67, *b*) cuando se hacen diligencias para encontrar a la desaparecida POLICENA, al padre afligido se le ocurre como último recurso el acudir a un *sortilego*, quien con sus horóscopos acaso pudiera indicar su paradero. La consulta da buen resultado, por cuanto en otra escena posterior (pág. 71, *a*) dicen VIRGINIO y el GOBERNADOR, satisfechos de haber apelado al ocultismo: *Gran ciencia ha mostrado ahora. Gran fama tiene por ella*. El astrólogo adivina, en efecto, las circunstancias misteriosas de la desaparición. Juan de la Cueva utilizó constantemente los hechiceros como un recurso naturalísimo para lograr el desenlace en sus comedias y tragedias. Así puede verse en *El infamador*, jornada segunda, y en *El viejo enamorado*, jornada segunda, que aparecen *mágicos* que con sus artes poderosas intervienen cambiando el curso de la acción dramática.

/ Dirigidas a Don Valerian Boyl, / Señor de Musa Magrel. Van añadidos en esta impresión muchos entremeses. Año de [Escudo de España] M.DC.IV. / Con licencia. / Impresas en Valencia, en casa de Gaspar Leger, en la calle de Quarte cerca la Puridad. 1605. A costa de Francisco Miguel mercader de libros.

Al fin: Impressus en Valencia, en casa de Gaspar Leger, en la calle de Quarte, / Año M.DC.V.

En 4.^o—20 hoj. + 344 pág. + 258 pág. + 8 hoj.—Signaturas: A—r5.—A—S3.—Texto a dos col.—Portada.—V. en blanco.—Hoja 1, r.: Prólogo al lector.—V. en blanco.—Hoja 2, r.: Aprobación de Pedro Juan Asensio, Valencia, 10 de noviembre de 1604, y de Roig, Abogado del Fisco. V.: Dedicatoria.—Hoja 3, r.: Primera parte de / entremeses, de las come / dias de Lope de Vega. Entremés primero de Melisenda.—Hoja 5 r.: Entremés segundo del padre engañado. Hoja 8, r.: Entremés III del capador.—Hoja 10, r.: Entremés IIII del doctor simple.—Hoja 13, r.: Entremés V de Pedro Hernández corregidor.—Hoja 16, r.: Fin de los entremeses.

Siguen las mismas comedias de la edición anterior. La traición bien acertada se halla impresa en la segunda parte, págs. 171-214. En las últimas ocho hojas, van las loas.

Las Comedias / del famoso poeta Lope de Vega Carpio. Recopiladas por Bernardo Grassa. / Agora nuevamente impresas y emendadas. / Dirigidas al Licenciado don Antonio Ramirez de Prado, del Consejo de su Magestad y su Fiscal en el de la Cruzada. / Las que en este libro se contienen van a la buelta / desta hoja. [Escudo tipográfico.] / En Amberes, / en casa de Martin Nevio, a las dos cigüeñas. Año M.DC. VII.

En 4.^o—622 págs.—Signaturas A2—Qq5.—Texto a dos col.—Portada.—V.: Titulos de las comedias.—Pág. 3: Dedicatoria.—Pág. 4: Aprobación de Juan Gracián Dantisco, Valladolid, 7 de febrero de 1604.—Pág. 5: Loas.—Pág. 21: Comienzan las comedias.

Contiene las mismas comedias que las dos ediciones anteriores. La traición bien acertada se halla en las págs. 217-265.

Las Come / dias del famoso poeta Lope de Vega Carpio. Recopiladas por Bernardo Grassa. Agora nuevamente impresas y emendadas con doze entremeses añadidos. Dirigidas a Don Gabriel de Nao vezino de Valladolid. / Las que en este libro se contienen van a la buelta desta hoja. / Año [adorno tipográfico] 1609. / Con licencia. En Valladolid Por Juan de Bostillo, en la calle de Samano. Vendese en casa de Antonio Coello.

Al fin: En Valladolid. Por Juan de Bostillo. M.DC.IX.

En 4.^o—4 hoj. + 366 fol.—Signaturas: A-Zz3.—Texto a dos col.—Portada.—V.: Titulos de las comedias.—Hoja 1, r.: Tasa. Francisco Martínez, Madrid, 24 de julio de 1609.—V.: Erra-

ca; idéntica situación a la de este pasaje de *La traición bien acertada*, existe en *La constancia de Arcelina*, jornada segunda; *Orbante*, mago, después de hacer un formidable conjuro, dice a *Fulcino* en dónde podrá hallar a *Arcelina* (7). La semejanza es innegable, aunque Lope, con más cautela y escrupulosidad, no se atrevió a sacar a las tablas el brujo con sus hechicerías, bien conocidas por el Fénix, pues hacia 1580 estudió con Juan Bautista de Labaña matemáticas y otras curiosas ciencias, entre ellas astrología judiciaria (8), dedicándole un soneto en las rimas que van en la segunda parte de *La Hermosura de Angélica*, lleno de terminología matemático-astroológica.

Otro pasaje nos ofrece un curioso recuerdo de la juventud de Lope. Hay una escena (pág. 58) en que puntualmente se describen diversos recursos de esgrimir para desembarazarse del contrario sin peligro. Da la sensación de ser una lección acabada de aprender, y que un discípulo entusiasmado y en-

tas, el Doctor Agustín de Vergara, Valladolid, 20 de abril de 1609. Aprobación, Juan Gracián Dantisco, Valladolid, 17 de febrero de 1604.—Hoja 2, r.: Licencia de impresión, escribano Francisco Martínez, Madrid, 8 de diciembre de 1608.

Contiene las mismas comedias que las tres anteriores. *La traición bien acertada* ocupa los folios 117-140.

Las comedias del famoso poeta Lope de Vega Carpio. Recopiladas por Bernardo Grassa. Agora nuevamente impresas y emendadas. Dirigidas al Illustriss. Don Juan de Figueroa Villegas, Canallero de la orden de Alcantara, Capitan de Corazas en el Estado de Milan por S. M. Las que en este libro se contienen van a la buelta desta hoja. [Escudo tipográfico.] En Milan / A costa de Iuan Baptista Bidelli Librero, 1619. Años.

En 8.^o—622 págs.—Signaturas: A2-Qq4.—Texto a dos col.—Portada.—V.: Títulos de las comedias.—Licencia de impresión; Fr. Juan Bautista Spadio, Vicario General de la Inquisición; Guillermo Vidoni, teólogo, por el Cardenal Arzobispo; Saco, por el Senado; Milán, 1 de enero de 1619.—Pág. 3: Dedicatoria, Milán, 1 de junio de 1619.

Contiene las mismas comedias que las cuatro anteriores. *La traición bien acertada* va en las páginas 217-266.

Primera / Parte de las comedias de / Lope de Vega Carpio, Proce / rador Fiscal de la Camara Apostolica, y Familiar del Santo Oficio de la Inquisición. Dirigidas a dixer / sas personas. Año [Escudo tipográfico] 1621. / Con privilegio. En Madrid, por la Viuda de Alonso Martin. / A costa de Alonso Perez de Montaluan, mercader de libros.

Al fin: *En Valladolíd. / Por Iuan de Bostillo. / M.DC.IX.*

En 4.^o—366 fol.—Signaturas: A-Zz3.—Texto a dos columnas.—Portada.—Falto de las hojas preliminares y del fol. 1, en el que comenzaban las loas.—Fol. 10: Comienza el texto de las comedias, que son las mismas de las cinco ediciones anteriores.—Fol. 33: Comienzan los entremeses.

La traición bien acertada se encuentra en los folios 117-140.

Esta edición está hecha a plana y renglón con la de Valladolid, 1609, aunque difiere el tipo de letra. El último fol. 365, se añadió, para completar el volumen, de la referida de Valladolid, 1609, en cuyo verso va el colofón correspondiente, en contradicción con la portada.

(7) *Primera parte de las comedias de Juan de la Cueva, Sevilla, 1588. Fols. 316, 252, y 145, respectivamente.*

(8) Barrera: *Nueva biografía (Obras de Lope de Vega publicadas por la Real Academia Española, vol. I, pág. 27).*

vanecido repitiese, deseoso de lucir sus progresos con la espada. En *La Dorotea*, refiriéndose a Elena Osorio, dice que le *permitía apartar de su lado para tomar lección de danzar y de esgrimir*, y en la *Oración fúnebre* pronunciada por Fernando Cardoso en las exequias de Lope (9) se alude a que ejercitaba sus ocios en la esgrima hacia 1586.

Estos dos detalles y la fervorosa alabanza que hace a las armas victoriosas de Felipe (pág. 67, *b*) en toda Europa y en África, lo que indica que se trata de Felipe II (10), aparte de la contextura de la comedia y de algunas ligeras imperfecciones en la versificación, tales como rimar *aprovechase* con *hace* (pág. 45, *a*, versos 5 y 6), la falta de sílabas (pág. 45, *b*, versos 7 y 41) y la mala colocación de acentos (pág. 46, *a*, verso 3) (aunque estas pequeñas faltas pudieran ser imputables a las ediciones o a las malas copias de que Lope se servía para imprimir sus obras cuando, como casi siempre le sucedió, no encontraba los originales), nos inducen a afirmar que *La traición bien acertada* es una de las comedias primeras de Lope, en la que apunta en el truhán Favila la figura del donaire, aunque sin lograr plenamente los acabados perfiles del tipo de gracioso, tan característico en nuestro teatro clásico.

III. El triunfo de la humildad y soberbia vencida.

Figura en el *Peregrino* de 1618. Se publicó en la *Parte X* de la que se hicieron varias ediciones. Para nuestra impresión y variantes seguimos las de Madrid, 1618 (*M*); Barcelona, 1618 (*B*), y Madrid, 1621 (*Ma*) (11).

(9) Inserta en las *Obras sueltas de Lope*, Madrid, Sancha, 1776-79, vol. XIX, pág. 482.

(10) Milton A. Buchanan: *Chorley's catalogue of Comedias and autos of Frey Lope Félix de Vega Carpio*, en *Modern Language Notes*, t. XXIV (1909), págs. 167-171 y 198-204.

(11) *Décima / Parte de / las comedias de / Lope de Vega Carpio, Familiar / del Santo Oficio, sacadas de sus originales. / Dirigidas por el mismo / al Excelentísimo señor Marques de Santacruz. / Capitan General de la esquadra / de España. / Año [Escudo tipográfico] 1618. / Con privilegio. / En Madrid, Por la viuda de Alonso Martín de Balboa. / A costa de Miguel de Siles mercader de libros. / Vendese en su casa, en la calle Real de las Descalças.*

Al fin: *En Madrid, / Por Juan de la Cuesta. / Año M.DC.XVIII.*

En 4.^o—4 hoj. + 209 fol.—Signaturas: A-Pp2.—Texto a dos col.

Portada.—V. en blanco.—Hoja 1, r.: Titulos de las comedias.—V.: Tasa, Juan de Jerez, Madrid, 8 de enero de 1618.—Erratas, El licenciado Murcia de la Llana, Madrid, 8 de enero de 1618.—Aprobación, Doctor Gutierrez de Cetina, Madrid, 7 de noviembre de 1617.—Hoja 2, r.: Aprobación, Fr. Alonso Remon, Mercedario, Madrid, 13 de noviembre de 1617.—Suma del privilegio, Juan de Jerez, Madrid, 27 de noviembre de 1617.—V.: *Décima a Lope de Vega del Maestro Colindres, gramático, retórico y filósofo*, Hoja 3, r.: *Dedicatoria*.—V.: Al lector.

Fol. 1, r.: El galán de la membrilla; fol. 28, r.: La venganza venturosa; fol. 53, r.: Don Lope de Cardona; fol. 78, r.: *El triunfo de la humildad y soberbia abatida*; fol. 102, r.: El amante agradecido; fol. 128, r.: Los guanches de Tenerife y conquista de Canaria; fol. 151 r.:

Varía constantemente su título; en el *Peregrino* es *La humildad y la soberbia*, y con el mismo se la denomina en la *tabla* de las tres ediciones mencionadas; en el texto de las de Madrid, 1618 y 1621, va encabezada con el de *El triunfo de la humildad y la soberbia abatida*; en la de Barcelona, 1618, lleva el de *El triunfo de la humildad y soberbia vencida*; pero al comienzo de los actos segundo y tercero de las tres ediciones, se llama *La humildad ensalzada*. La disparidad es sólo aparente. Medel (12), Huerta (13) y el mismo Lope en el *Peregrino* de 1618, citan *El príncipe carbonero*, hoy desconocida, y que bien pudiera ser otro título del *Triunfo de la humildad*.

Toda la comedia es un constante y a veces inverosímil panegírico de la humildad llevada hasta el último extremo.

También en esta comedia insiste Lope en su nunca olvidada ambición de

La otava maravilla: fol. 177, r.: El sembrar en buena tierra; fol. 198, r.: El blasón de los Chaves de Villaiba; fol. 221, r.: Juan de Dios y Anton Martin; fol. 248, r.: La burgalesa de Lerma; fol. 273, r.: El poder vencido y amor premiado.

Décima parte / de las comedias / de Lope de Vega Carpio / familiar del Santo Oficio, / Sacadas de sus originales. / Dirigidas por el mismo al Excelentísimo Señor Marques de Santacruz / Capitan general de la esquadra de España. Año [escudo tip.] 1618. Con licencia Barcelona, Por Sebastian de Cormellas y a su costa.

En 4.º—4 hoj. + 208 fol.—Signaturas: A-Mm6.—Texto a 2 col.

Portada.—V. en blanco.—Hoja 1, r.: Dedicatoria.—V. Al lector.—Hoja 2, r.: Aprobación, Fr. Onofre de Requesens, Prior de Santa Catalina, Barcelona, 4 de abril de 1618.—Licencia del Obispo de Barcelona D. Luis Sans y por su mandado Calba y de Vallseca.—V. Décima del Maestro Colindres a Lope.—Hoja 3: Títulos de las comedias.—V. Tasa. Aprobación como la de Madrid.

Contiene las mismas comedias que la anterior. *Triunfo de la humildad y soberbia vencida*, se halla en los fol. 77-100.

Décima / parte de / las Comedias de . Lope de Vega Carpio. Familiar / del Santo Oficio. Sacadas de sus originales. / Dirigidas por el mismo al Excelentísimo señor Marques de Santacruz / Capitan General de la esquadra / de España Año [escudo tipográfico] 1621. / Con privilegio. / En Madrid, por Diego Flamenco. / A costa de Miguel de Silés mercader de libros. Vendese en su casa en la calle Real de las Descalças.

Al fin: *En Madrid / Por Fernando Correa de Monte-Negro, Año M.DC.XX.*

En 4.º—4 hoj. + 272 fol.—Signaturas: A-Ll4.—Texto a dos columnas.

Portada.—V. en blanco.—Hoj. 2, r.: Títulos de las comedias.—V.: Tasa. Juan de Jerez, Madrid, 8 de enero de 1618.—Erratas, Licenciado Murcia de la Llana, Madrid, 22 de diciembre de 1620.—Aprobación, Doctor Gutierre de Cetina, 7 de noviembre de 1617.—Hoja 3, r.: Aprobación, Fr. Alonso Remon, Madrid, 13 de noviembre de 1617.—Suma del privilegio, Madrid, 27 de noviembre de 1617.—V.: Décima del maestro Colindres a Lope. Fol. 1, r.: Comienzan las comedias.

Contiene las mismas comedias que las dos ediciones anteriores. *Triunfo de la humildad y soberbia abatida* se encuentra en los folios 70, r.-102, r.

(12) Herederos de Francisco Medel del Castillo: *Índice alfabético de todos los títulos de comedias que se han escrito por varios autores antiguos y modernos*, Madrid, 1735.

(13) Vicente García de la Huerta: *Theatro español. Catálogo alfabético de las comedias, tragedias, etc.*, Madrid, 1785.

ser *coronista del rey* (pág. 99, b), que reiteró en cuantas ocasiones tuvo. Con este dato podemos fijar, aunque de modo relativo, su fecha. Apoya su petición esta vez en que desea fervientemente que la muerte no le halle *agradando a muchos*, esto es, escribiendo para el teatro, padeciendo trabajos. Esta lamentación de desamparo no se hubiera atrevido Lope a hacerla después de alcanzar la protección del duque de Sessa, pues la consideró siempre como un gran bien. La comedia es, pues, anterior a agosto de 1605, en que conoció, durante su estancia en la ex corte viniendo de Toledo, al que desde entonces sería su amigo generoso (14).

No podemos precisar si el *Filipo* es Felipe II o Felipe III. De ser Felipe II la comedia dataría de mucho antes.

En *El Triunfo de la humildad*, como en muchas de sus piezas, aparecen los *carboneros* como prototipo de aldeanos felices en su ignorancia. Sentía por estos sencillos campesinos una verdadera predilección, en recuerdo, sin duda, de alguna temporada pasada entre ellos, y no falta la escena del rey que persiguiendo la caza, alejado de sus cortesanos, se extravía en el monte.

IV. El valor de las mujeres.

Citada en el *Peregrino* de 1618, e impresa en la *Parte XVIII* (15). La dedicó Lope a su gran amigo el Doctor Matías de Porras, a la sazón Corregidor y Justicia Mayor de la provincia de Canta en el Perú. Databa de antiguo la amistad con Porras, a quien elogió en el *Laurel de Apolo*, dirigiéndole la epístola quinta de la Circe. Fué médico famoso en su tiempo, y autor de unas *Breves advertencias para beber frio con nieve*, publicadas hallándose en Lima, y de otra obra titulada *Concordancias medicinales de entrambos mundos*, y en 1602 escribió una décima laudatoria de Lope, que figura al frente de la *Angélica*.

(14) Rennert y Castro: *Obra citada*, pág. 107.

(15) *Décima octava / parte de / las comedias de Lope de Vega Carpio, Procurador Fiscal de la Camara Apostolica, y Familiar del Santo Oficio de la Inquisición. / Dirigida a dixer- / sus personas. Año [Escudo tipográfico] 1623. Con privilegio. En Madrid. Por Juan González. / A costa de Alonso Perez mercader de libros. Vendese en sus / casas en la calle de Santiago.*

Al fin: En Madrid. Por Juan González. / Año M.DC.XXII.

En 4.º—4 hoj. —300 fol.—Signaturas: A-Qq4.—Texto a dos columnas.

Portada.—V. en blanco.—Hoja 1, r.: Tabla de las comedias.—V.: Tasa, Diego González de Villarroel, Madrid, 6 de diciembre de 1622.—Suma del privilegio (para las *Partes XVIII y XIX*), Madrid, 25 de junio de 1622.—Fe de erratas, Licenciado Murcia de la Llana, Madrid,

Nos da noticias Lope de su familia en la dedicatoria: su hija Marcela era ya monja descalza; su hijo Lope estaba en Sicilia a las órdenes del Marqués de Santa Cruz; Feliciano, su otra hija, hallábase con poca salud; y nuestro poeta, dedicado a su jardincillo, no tenía dinero, y entretenía sus horas con el estudio, quizá proyectando empresas de mayor empeño que las comedias, pensamientos corroborados por Sebastián Francisco de Medrano, colector de la *Parte XVIII*, el cual dice en el prólogo al lector: “Hanle tocado en suerte a esta decima octaua parte doze comedias de las mejores que ha escrito Lope de Vega; y assi parece que se irán mejorando las que fueren saliendo, *si bien le he visto con ánimo de no proseguirlas ocupando en estudios de más consideración el tiempo que le cuesta el corregirlas* para que salgan más acertadas de la estampa, que no de todas se hallan los originales.”

Podemos imaginar la desolación de Lope al encontrar de nuevo al cabo de los años sus comedias, desfiguradas por *autores* y mutiladas por comediantes, teniendo que rehacerlas antes de imprimirlas. No es extraño que ante tales y tantos desafueros, desalentado, quisiera refugiarse en la recogida quietud de los libros desdeñando los halagüños aplausos populares. Mas a pesar de todo continuó publicándolas hasta su muerte. Al autor dramático le es casi imposible alejarse voluntariamente de la escena.

Toda la comedia es una fervorosa exaltación de lo mucho que valen las mujeres, y cómo logran el fin que se proponen sin arredrarse ante los obstáculos por invencibles que parezcan, allanando con su astucia las mayores dificultades. No había de ser Lope una excepción del curioso fenómeno de los burladores de mujeres que, procurando engañarlas por todos los medios, son, no obstante, los que más caballerosamente las defienden en público.

El Fénix muestra en *El valor de las mujeres* sus enciclopédicas lecturas y su prodigiosa retentiva. Describe minuciosamente las calidades de las aves de

4 de diciembre de 1622.—Hoja 2, r.: Aprobación, Vicente Espinel, Madrid, 22 de junio de 1622. Aprobación, Doctor Diego Vela, Madrid, 16 de junio de 1622.—V.: Epigrama latino de Benito Milán.—Hoja 3, r.: Al lector, Sebastián Francisco de Medrano.

Contiene: Fol. 1, r.: Segunda parte del Príncipe perfecto, dedicada a don Alvaro Enriquez, marqués de Alcañices; fol. 24, r.: La pobreza estimada, al príncipe de Esquilache; fol. 51, v.: El divino africano, a don Rodrigo Mascareñas, obispo de Oporto; fol. 78, r.: La pastoral de Jacinto, a doña Catalina Maldonado; fol. 105, v.: El honrado hermano, a don Juan Muñoz de Escobar; fol. 132, v.: El capellán de la Virgen, a doña Catalina de Avilés; fol. 158, r.: La piedad ejecutada, a don Gonzalo Pérez de Valenzuela; fol. 183, v.: Las famosas asturianas, a don Juan de Castro y Castilla; fol. 208, r.: La campana de Aragón, a don Fernando de Vallejo; fol. 236, v.: Quien ama no haga fieros; fol. 257, r.: El rústico del cielo, a don Francisco de Cuadros y Salazar, su amigo y condiscípulo; fol. 284, r.: *El valor de las mujeres*.

cetrería (pág. 121, *b*), y en el acto tercero (págs. 142-144) relata puntualmente un naufragio, recordando las escenas que presencié en el desastroso fin de la Armada Invencible.

Nuevamente usa el recurso de disfrazarse LISARDA de loco, lo mismo que la ESTELA de *Los torneos de Aragón*.

La influencia de la poesía popular, se manifiesta en una lindísima canción, (pág. 146), inocente y picaresca, bello romancillo que al pasar por la pluma de Lope no perdió ni su hermosa fragancia ni su irisado colorido.

Inútil sería buscar las fuentes de *El valor de las mujeres*; la creemos fruto sazonado de la inventiva de nuestro autor.

Y. El vencido vencedor.

De esta comedia hay una copia manuscrita incluída en el tomo XLII de la *Collezione Lope de Vega* que se conserva en la Biblioteca Palatina de Parma. Hízola en 1635 Juan Martínez de Mora (16). Comienza en el folio 132, r.: *La gran Comedia del benzido / benzedor de lope de bega Carpio*.—V. en blanco.—Fol. 133, r.: *La gran Comedia del benzido / benzedor / Del ynsigne tope de bega carpio q[ue] este en el cielo / año de 1635*. A continuación van los personajes y comienza el texto. Termina la *primera jornada* en el fol. 149, r.: *vanse con que se da fin al primero acto del benzedor benzido de lope felix bega carpio / ✕ Jo^a martinez / de mora / fin / orijinal. / año de 1636*.—Fol. 151 r.: *2.^a Jornada del benzido benzedor / de lope de bega*.—Fol. 152, r.: *2.^a Jornada segunda del benzido ben / zedor de lope de (tachado) felix bega carpio*.—Fol. 170, r.: *fin del segundo acto del benzido benzedor de lope / Jo^a martinez / de mora / fin / orijinal*.—Fol. 171, r.: *3 Jornada tercera del benzido ben / zedor de lope de bega que dios aya*.—Fol. 187, v.: *fin del tercero acto de la gran comedia del benzido benzedor / del ynsigne lope felix bega carpio que este en el cielo. un abe maria / Jo j martinez / de mora / fin / orijinal*.

La copia de que nos servimos para nuestra edición, fué hecha por el diligente apasionado de Lope y de España don Antonio Restori y, como suya, con toda exactitud y esmero.

Martínez de Mora debió de copiarla de un original mutilado por algún autor, porque la extensión de la comedia no llega a la acostumbrada.

El vencido vencedor es, según Rennert, la misma que *El vencedor vencido*

en el torneo (17), representada en Palacio en las habitaciones particulares de la reina a fines de 1622 o principios de 1623 (18).

Entre la trama novelesca de la comedia, que desarrolla una vez más el conflicto entre el honor y la sumisión a la realeza representada por el monarca, se destacan más que curiosos detalles de la vida íntima de Lope. Por boca del gracioso SALADO nos cuenta cómo pobre y con ingenio le fué forzoso dar en poeta, logrando que sus versos, ya que no presunción, le dieran sustento; cree verse libre del duro batallar cotidiano para ganar su vida con la protección de un amo tal como el duque de Sessa, proponiéndose con su ayuda dejarse de coplas; vana esperanza doblemente defraudada, pues tuvo que continuar componiendo no sólo sus versos sino los que al duque se le antojaban, amén de las cartas y billetes eróticos para los amoríos del prócer. Nos dice también, respondiendo a los que murmuraban de sus amoríos con DOMINGA, que en la hermosura de ésta se podía encontrar la mayor defensa y disculpa a su delito, siendo bajos sentimientos de envidia hipócrita los que animaban a los maldicientes detractores (pág. 178).

¿Quién fué Dominga? Una actriz; así parece indicarlo otro pasaje (página 166) en el que exclama, dirigiéndose a los espectadores, cual si quisiera decirlos "juzgad por vosotros mismos": *Aquella es Dominga, advierta si es de mal gusto Salado*. Actrices fueron Micaela de Luján, Jerónima de Burgos y la loca Lucía de Salcedo, amantes de nuestro poeta (19). Relacionando la fecha del comienzo de la amistad del Fénix y el duque de Sessa en agosto de 1605, con la querida de Lope a la sazón, deducimos que ha de referirse precisamente a Micaela de Luján, casada con Diego Díaz, lo que justifica la confesión de *delito* que hace Lope, y a la que empezó a galantear hacia 1596 ó 1597. El nacimiento en mayo de 1605 de Marcela, hija de Micaela y Lope, causaría en Toledo gran escándalo, pues aunque en la partida de bautismo figura como hija de padres desconocidos, todo el mundo sabría las andanzas de su padre, doblemente adúltero.

La firmeza y el entusiasmo con que Lope defiende estos amores se hallan al margen de la acción dramática, y pudo haber prescindido de sus ardorosos razonamientos. Se trata de uno de tantos oportunismos del Fénix para responder a sus enemigos desde la escena, regocijando al público que por los corrillos de mentideros y plazuelas comentaba picarescamente con maliciosa

(17) Rennert y Castro: *Obra citada*, pág. 523.

(18) Barrera: *Catálogo*, pág. 580.

(19) Emilio Cotarelo y Mori: *Boletín de la Real Academia Española*, vol. II, págs. 139, 141.

avidez las noticias que saciaban sus ocios murmuradores, escrutando vidas ajenas.

Por lo anteriormente expuesto, nos aventuramos a dar como fecha de esta comedia la del año 1605, que no es incompatible con la más tardía que da Barrera para su representación en Palacio, suponiendo que *El vencido vencedor* y *El vencedor vencido en el torneo* sean la misma.

Hay también en la comedia una mordaz alusión casi segura a Góngora, *sacristán inocente*, tan pagado de sí mismo, que se cree el sol, envidiado por todas las nubecillas que intentan eclipsarlo (pág. 177).

Con el mismo título de *El vencedor vencido*, y sólo en esto coincidentes, existe en nuestra Biblioteca Nacional (Ms. 15.022) una comedia manuscrita, original de Juan de Ochoa, que hasta ahora, con toda justicia, continúa inédita.

VI. La venganza venturosa

Citada en el *Peregrino* de 1618. Se publicó en la *Parte X* (20).

En una de las escenas (pág. 194, *b*) da noticia Lope de su origen y casa solariega en La Montaña, confesando la pobreza de su progenitor, más letrado que guerrero, y envaneciéndose de su genealogía, *de algún rey, por ventura, sucesores*; pero no alude directamente a su padre, como indicó Pétróf (21).

El tema del honor, los prejuicios de la desigualdad de clases considerada como barrera infranqueable para el matrimonio, y el deseo de venganza ante el ultraje recibido, tejen la trama de *La venganza venturosa*, deshilada por la acerada punta de una de las flechas de Amor, que, travieso, allana los imposibles y, más poderoso que Orfeo, convierte en mansos corderuelos a los feroces sedientos de sangre, quedando burlonamente supremo triunfador. Las palabras de FELICIANO (pág. 102, *a*), al conocer su deshonor, parecen un presentimiento de lo que había de ocurrirle a Lope con su hija Antonia Clara en 1634.

Elogia Lope la lengua portuguesa (pág. 107, *b*), considerando su dulce suavidad como la más apta para los amorosos escarceos, pidiéndole al dios niño que niegue sus favores a quienes no la hablen.

Una alusión al cardenal Quiroga (pág. 223, *b*) nos permite fijar la fecha de la comedia. Don Gaspar de Quiroga, colegial en el Mayor de Santa Cruz,

(20) Véase nota 11.

(21) Pétróf: *Mélanges Chabancau*, en *Romanische Forschungen*, t. XXIII, pág. 275.

de Valladolid, obispo de Cuenca, inquisidor general de España, arzobispo de Toledo, presidente del Consejo de Italia, presbítero cardenal de Santa Balbina y del Consejo de Estado, fué creado cardenal por el Papa Gregorio XIII en 15 de diciembre de 1578, y murió en Madrid el 20 de noviembre de 1594 (22).

Por la manera de citar simplemente su nombre, sin elogios ni ditirambos, con sencilla naturalidad, como si se tratara de un personaje contemporáneo de todos conocido, es de suponer que aún vivía el cardenal Quiroga al ser escrita *La venganza venturosa*; esto es, antes de 1594.

El CARREÑO de esta pieza no llega a tener todas las amenas características de la figura del donaire; aunque enredador, sus ingeniosidades quedan limitadas en una prudente discreción, sin llegar a lo plenamente chistoso; es sólo un valentón, mas sin exagerar sus rasgos; recargándolos un poco, se hubiera llegado con facilidad a convertirlo en caricatura, en un *gracioso* perfecto.

VII. La ventura en la desgracia.

No figura en ninguna de las listas de las dos ediciones del *Peregrino*. Fué publicada en la *Parte XXVIII* de las *Comedias escogidas de los mejores ingenios de España* (1652-1704) (23). Como suelta, se conserva un ejemplar en el British Museum (31.577-11); pero está desglosado de esta *Parte XXVIII*.

En la Biblioteca Nacional de Madrid existe manuscrita una comedia de Andrés de Claramonte, titulada *Nuevo rey Gallinato y ventura por desgracia*, que no tiene relación con la de Lope, salvo la coincidencia de título. Barrera cita otra, asimismo llamada *La ventura en la desgracia*, original del por-

(22) Vicente de la Fuente: *Historia eclesiástica de España*, Barcelona, 1859, t. IV, páginas 147-8.

(23) *Parte veinte y ocho / de comedias / nuevas de los mejores / ingenios desta corte. / Dedicale / al Señor D. Lvis de Guzman, cavallero / de la Orden de Santiago, Prior de Arzoniz en el Reyno de / Navarra, Secretario del Excelentissimo Señor / Duque de Alva. / Año [escudo del mecenas] 1667. / Con licencia. En Madrid, por Joseph Fernandez de Buendia. A costa de la Vinda de Francisco de Robles, Mercader de libros. Vendese en su casa / en la calle de Toledo, enfrente de los Estudios de la Compañia de Iesus.*

En 4.º—4 hoj. + 487 págs.—Signaturas: A-Ee4.—Texto a dos columnas.

Portada.—V. en blanco.—Hojas 1, r.: Dedicatoria de Lucía Muñoz.—Hojas 2, r.: Aprobación del jesuita Manuel de Nájera, Madrid, 1657 (sic).—Licencia del Ordinario Doctor Francisco Forteza, y por su mandado Juan de Ribera Muñoz, Madrid, 22 de enero de 1667.—V.: Aprobación del jesuita Andrés Mendo, Madrid, 28 de enero de 1667.—Hojas 3, r.: Suma de la licencia, Madrid, 1 de febrero de 1667.—Tasa, Madrid, 10 de junio de 1667.—Erratas, Licenciado Carlos Murcia de la Llana, Madrid, 5 de junio de 1667.—V.: Tabla de las comedias.

La paginación tiene numerosas erratas. *La ventura en la desgracia* comienza en la pág. 307.

tugués Luis Francisco Suárez de Sousa (nació en 1715), que no hemos podido encontrar ni impresa ni manuscrita (24).

La acción se desarrolla en Toledo, la ciudad amada de Lope, interviniendo el rey Sancho IV el Bravo. Los lances y equívocos de la comedia giran alrededor del repetidísimo tema de la lucha entre el honor y los celos impotentes ante el respetuoso acatamiento al rey, aunque al monarca le guíen en sus desafueros los más torpes y concupiscentes apetitos, defendiéndole en los trances apurados, a costa de poner en peligro la propia vida, como corresponde a un leal vasallo, olvidando momentáneamente sus felonías para prestar ciega obediencia, más que a la persona, a la institución real.

El carácter impetuoso del rey SANCHE, *el Bravo* en su más genuina acepción, está magistralmente pintado por Lope.

Es muy notable y original el del sufrido don BERNARDINO, que todo lo acepta con pacientísima conformidad.

La ausencia de esta comedia en las listas del *Peregrino* parece indicar que es posterior a 1618.

Al final exclama GARCÍA: *porque diga nuestra historia*; si ha de tomarse al pie de la letra lo de *historia*, tendríamos que suponer una leyenda en la cual se inspiraría Lope para escribirla.

En las notas correspondientes fijamos las imperfecciones de la edición.

VIII. La ventura sin buscalla.

Mencionada en el *Peregrino* de 1618, e impresa en la *Parte XX*, de la que se hicieron ediciones en Madrid, 1625, por la viuda de Alonso Martín; Madrid, 1625, por Juan González; Madrid, 1627, por Juan González; Madrid, 1629, por Juan González, y Barcelona, 1630, por Esteban Liberós.

Rennert y Castro (25) citan la edición de 1629 como la existente en la Biblioteca Nacional de Madrid con la signatura T-i-3. El ejemplar que lleva dicha signatura es una colección facticia de las comedias de la *Parte XX*, desglosada de las diferentes ediciones de la misma; lleva el exlibris de don Cayetano Alberto de la Barrera; tiene dibujada en vitela la portada, imitando a la de Madrid, 1625, hasta en el escudo tipográfico, variando solamente el pie de imprenta, que atribuye a *Juan González, Madrid, 1629*; están manuscritos los preliminares y la dedicatoria de *La discreta venganza*; y al fin, pe-

(24) Barrera: *Catálogo*, págs. 380 y 390.

(25) Rennert y Castro: *Obra citada*, pág. 452.

gada sobre la última hoja, va otra con un colofón manuscrito: *En Madrid / por Juan González / Año 1629*. Pero al trasluz puede verse en la hoja primitiva otro colofón: *En Madrid / por la viuda de Alonso Martín / Año M.DC.XXV*. En este falso ejemplar *La ventura sin buscalla* está desglosada de la edición de Barcelona, 1630.

Seguimos en nuestra impresión las ediciones de Madrid, 1625, por la viuda de Alonso Martín, y la de Barcelona, 1630 (26).

Dice en el prólogo de la *Parte XX*: "Vuestra merced, señor lector, se entretenga con estas comedias lo mejor que pueda, hasta la parte veintyuna, si no es de aquellos retorizados que miran el mundo en el mapa, y así le juzgan breue, que bien sé que los ingenios cándidos desearán que, como tuve vida para escriuir *mil y setenta* comedias, la tenga para imprimirlas. *Lope Félix de Vega Carpio*."

Se ha discutido la exactitud de Lope al dar la cifra que alcanzó el número de sus comedias, no faltando quien crea exageradas sus afirmaciones. Pensamos que no hay hipérbole ni hinchazon en hacerlas ascender en este año de

(26) *Parte veinte de las comedias de / Lope de Vega Carpio, Procurador Fiscal de la Cámara Apostolica / Dividida en dos partes. / Qui ducis vultus et non legis ista libenter. / Omnibus inuideas, Liuide, nemo tibi. Año [escudo tipográfico] 1625. / Con privilegio. En Madrid, por la Viuda de Alonso Martín. A costo de Alonso Perez mercader de libros. Vendese en sus casas / en la calle de Santiago.*

Al fin: *En Madrid / Por la viuda de Alonso Martín / Año M.DC.XXI*.

En 4.^o—4 hoj. + 298 fol.—Signaturas: A-Pp.—Texto a dos columnas.

Portada.—V. en blanco.—Hoja 1, r.: Títulos de las comedias.—Hoja 2, r.: Suma del privilegio, San Lorenzo, 3 de noviembre de 1624.—Erratas, Licenciado Murcia de la Llana, Madrid, 17 de enero de 1625.—Tasa, Madrid, 18 de enero de 1625.—Hoja 3, r.: Aprobación de Juan Pérez de Montalván, Madrid, 29 de septiembre de 1624.—V. Aprobación del Dr. Mira de Ames-cua, Madrid, 5 de octubre de 1624.—Fol. 1, r.: La discreta venganza, dedicada a doña Isabel de Guzmán, duquesa de Frías; fol. 27, r.: Lo cierto por lo dudoso, a don Fernando Afán de Ribera, duque de Alcalá; fol. 51, r.: Pobreza no es vileza, al duque de Maqueda; fol. 76, r.: Araucanado, a don Hurtado de Mendoza (sic), marqués de Cañete; fol. 102, r.: *La ventura sin buscalla*, a doña María de Vera y Tobar, señora de Sierrabrava; fol. 125, r.: El valiente Céspedes, a don Alonso de Alvarado, conde de Villamor; fol. 153, r.: Segunda parte de El hombre por su palabra, al licenciado Diego de Molino y Avellaneda; fol. 177, r.: Roma abrasada, al maestro Gil González de Avila; fol. 202, r.: Virtud, pobreza y mujer, al caballero Juan Bautista Marino; fol. 226, r.: El rey sin reino, al capitán Alonso de Contreras; fol. 253, r.: El mejor mozo de España, a Pedro Vergel; fol. 274, r.: El marido más firme, a Manuel Faria de Sosa.

Parte / veynte / de las comedias de / Lope de Vega Carpio, Procura- / dor Fiscal de la Cámara Apostolica. / Dividida en dos partes. / Qui ducis..., etc. Año [escudo tipográfico] 1630. / Con licencia de los superiores. / En Barcelona en la Empronta de Estevan Liberós. A costa de Rafael Viues.

En 4.^o—4 hoj. + 298 fols.—Signaturas: A-Pp.—Texto a dos columnas.

Portada.—V. en blanco.—Hoja 1, r.: Aprobación y licencia del Vicario general Fr. Tomás Roca y Claresvalls, Barcelona, 11 de octubre de 1630.—Tasa, aprobaciones, títulos de las comedias y texto, como la de Madrid, de la que esta reimpresión a plana y renglón

1625 nada menos que a *mil setenta*. Cuanto más se le estudia, cuanto más se ahonda en su gigantesca labor, tanto menos sorprende su poderosa fecundidad. Aunque se hayan reproducido tantas veces, no estorba repetir una vez más las palabras de Cervantes, que no fueron, ciertamente, dictadas por la amistad ni la adulación: "Y llegó el monstruo de la naturaleza y se alzó con la monarquía cónica." Con ésta y con otras realzas podía alzarse Lope, espanto y admiración de las musas.

"*La ventura sin buscalla*, que assí dizen que ha de ser la ventura, quise honrarla de la señora doña María de Vera, muger y prima del insigne historiador de Carlos Quinto don Ioan Antonio de Vera, Embaxador de Saboya." Así dedica Lope la comedia en el prólogo. Gran amistad tuvo el Fénix con don Juan Antonio de Vera y Zúñiga, conde de la Roca, quien en 1609, en la *Jerusalem conquistada* dedicó una elogiosa octava a nuestro autor. Las comedias *Los esclavos libres* (*Parte XIII*, 1620) y *La Felisarda* (*Parte XVI*, 1621) están asimismo dedicadas a don Juan Antonio de Vera, coautor con Gil González Dávila, según don Adolfo de Castro (27), de la falsificación del *Centón epistolario* del supuesto Fernán Gómez de Cibdarreal, hecha para ensalzar la ascendencia de los Vera y la familia de los Dávila.

Lope canta en *La ventura sin buscalla* las excelencias de la sencilla, candorosa serenidad de la vida campestre, llena de rústicos encantos, comparándola con la artificial de la corte, toda embustes y trampas, aunque también en la aldea se sienten las pasioncillas y resquemorosos celos, flaquezas humanas que engendra el amor. Hay una bonita canción que debió de ser acortada en las ediciones impresas (pág. 273, b).

En cuanto a la fecha de la comedia, notamos que en el acto tercero (página 286, a), estos seis versos aluden a los amores de Lope con Micaela de Luján: *Yo he conocido un pastor / que cuatro hijuelos tenía / de cierta ninfa que había solicitado su amor, / y en la primera pendencia / les dió diferente dueño*.

El marido de Micaela de Luján, Diego Díaz, actor mediano, emigró a las Indias en 1596, falleciendo en el Perú a mediados de 1603 y dejando ciertos bienes, que la viuda se apresuró a reclamar judicialmente, pidiendo ser nombrada curadora y tutora de sus hijos, dando por fiador al mismo Lope de Vega, a favor del cual declararon Mateo Alemán, el autor de *Guzmán de Alfarache*, y un Simón González, quienes, bajo juramento, atestiguaron, en 10

(27) Adolfo de Castro: *Memoria sobre la ilegitimidad del Centón epistolario y sobre su verdadero autor*, Cádiz, 1857.

de enero de 1604, que Lope era hombre rico y abonado para la fianza, poseedor de casas y otros bienes en Madrid (28). Micaela de Luján declaró que de su matrimonio había tenido siete hijos: Agustina, Dionisia, Angela, Jacinta, Mariana, Juan y Félix (29). En la *Epístola* a Barrionuevo cita Lope con todo cariño a Angelilla y Mariana, siendo lo más probable que fueran hijas suyas; los otros tres, menores que éstas, es verosímil que también lo fuesen. Sin embargo, la madre achacó desaprensivamente la paternidad de todos a Diego Díaz, movida por el codicioso interés de la herencia. De ello tal vez protesta Lope en el pasaje citado, condoliéndose de la pendencia que sobre esto habría, pues siempre que pudo hacerlo reconoció, valientemente y sin tapujos, a sus hijos ilegítimos, ufanándose de ello.

Si la suposición de aludir en los referidos versos a la mala acción de Micaela de Luján resultase cierta, habría de admitirse que *La ventura sin buscalla* se escribió hacia 1604.

La pretensión de Lope de ser *coronista*, se manifiesta una vez más en esta comedia (pág. 289, a). Ante LISARDA, ya reina, aparece un ESTUDIANTE inopinadamente para pedir esta gracia, invocando sus estudios y servicios al rey anterior. Este personaje, introducido sólo para que de corrido recite los pedigrüños versos y se marche, es el perfecto prototipo de lo que en lenguaje de entre bastidores se llama un *embolado*. Asombra la insistencia del Fénix en solicitar cargo tal, siempre con negativo resultado.

En la Biblioteca Nacional de Madrid se conserva (Ms. 15.998) el manuscrito de una refundición: *La ventura sin buscarla. / Comedia en tres actos de Lope de Vega, / refundida en cinco actos, por D.ⁿ Dionisio Villanueva y Solís*.—61 hojas.—Letra del siglo XIX. Otro manuscrito (Ms. 16.679) es una saladísima parodia: ✠ *Comedia burlesca. / La ventura sin buscarla*.—19 folios.—16 × 22 cm.—Letra del siglo XVII.

IX. Ventura y atrevimiento.

En el British Museum se conserva el único ejemplar impreso conocido hasta ahora de esta comedia (30.688-26). Es de las llamadas *sueftas*. Sin impresor, sin lugar, sin año. Consta de 16 hojas sin numerar, en 4.^o; signaturas: A-D 3; texto a dos columnas; impresa en no muy buen papel y con to-

(28) Francisco Rodríguez Marín: *Lope de Vega y Camila Lucinda* (en *Boletín de la Real Academia Española*, t. I, págs. 271-274).

(29) Emilio Cotarelo Mori: *La descendencia de Lope de Vega* (en *Boletín de la Real Academia*, t. II, 1915, págs. 138-172).

dos los caracteres de haberlo sido en el siglo xvii. Tiene, de letra manuscrita moderna, algunas apostillas que corrigen erratas o suplen faltas, las cuales damos en nota en nuestro texto. El encabezamiento dice: *Ventura, y atrevimiento. / Comedia / famosa. / De Lope de Vega Carpio. / Hablan en ella las personas siguientes.*

La *jornada primera* comienza en la hoja 1, r., y termina en la 7. v.; la *segunda* acaba en la 12, r., y la *tercera* finaliza en la 16, v. Existe, como puede verse fácilmente, una desproporción entre las tres jornadas, ocupando la primera casi doble extensión que las otras dos, debido a los cortes y supresiones del impresor para no pasar de las 16 hojas, causando alteraciones en las estrofas, suprimiendo escenas y cometiendo toda clase de desafueros sin otra razón que su ilícito provecho.

De ambiente y personajes históricos, la acción de *Ventura y atrevimiento* es puramente fantástica, sin ajustarse a fechas ni a sucesos acaecidos en realidad. Los celos y los embustes, las envidias y los desdenes, nada pueden contra el Amor, que allana distancias y ensalza a los humildes a los más altos puestos, luchando con las armas de la constancia y de la firmeza.

Se ha dudado sobre su exacta atribución a Lope porque no se encuentra mencionada ni en *El Peregrino*, ni en Barrera, Medel y Huerta (30). Pero además de la cita de Salvá, que poseyó un ejemplar, podemos añadir que se halla como de Lope en el *Índice* de Arteaga (31), catálogo utilísimo, lleno de datos ciertos y positivos. Claro es que pudiera tratarse de una comedia de otro autor publicada con el nombre de Lope, como sucede con muchas dudosas; mas, después de una minuciosa busca, no la hemos hallado incluida en ninguna *Parte* ni *Colección* de piezas dramáticas. Se trata, pues, de una obra rarísima, y mientras no se encuentren pruebas fidedignas que permitan aseverar lo contrario, hay que considerarla como del Fénix.

El estado actual de *Ventura y atrevimiento*, imperfecto y lleno de mutilaciones, impide fijar de modo indudable si pertenece o no a nuestro autor. Desde luego, la versificación en general, y especialmente los romances y los endecasílabos, la disposición de las escenas, los recursos dramáticos y los diversos lances novelescos que tejen su trama, en la que se repiten el eterno tema de la lealtad al rey, son dignos, por su belleza y maestría, de la pluma de Lope.

(30) Remert y Castro: *Obra citada*, pág. 524.

(31) *Índice alfabético de comedias, tragedias y demás piezas del teatro español, formado por don Joaquín Arteaga*. (Biblioteca Nacional de Madrid, Ms. 14.698.)

X. Ver y no creer.

Publicada en la *Parte XXIV*, Zaragoza, 1633.

Don Nicolás Antonio menciona una *Parte XXII*, Madrid 1640, y Ticknor, otra de Zaragoza, 1632; la de Madrid contenía distintas comedias de la de Zaragoza, 1633; ambas son hoy desconocidas.

Para nuestra edición hemos seguido la de Zaragoza, 1633 (32) y el manuscrito existente en la Biblioteca Nacional de Madrid (Ms. 14.895). Dicho manuscrito, aunque con las imperfecciones y errores propios de las copias, es, sin embargo, mucho más completo que el impreso; una paciente ensambadura y un minucioso cotejo de ambos, nos han permitido *rehacer* la comedia restituyéndola a su primitivo ser, obteniendo un texto puro como si del autógrafa lo tomásemos, y nos confirma una vez más cuán desmedrada llegó hasta nosotros la gigantesca labor de Lope, tan admirable, que se yergue pujante a pesar de todos los editores, sus contemporáneos, que es lo mismo que si dijéramos sus inconscientes enemigos.

La descripción del manuscrito es como sigue: *Comedia Nueva De / Ver y no Creer* (sic).—Hoja 2, en blanco.—Hoja 3: *Ver y no Creer*.—Fol. 1 r. Comienza la *jornada primera*, que termina en el fol. 20, r.; a continuación, en el mismo folio, empieza la *segunda jornada*, que acaba en el fol. 41, v.; sigue la *tercera jornada*, que finaliza en el fol. 64, r.—Hoja última: Además de los versos tachados a que nos referimos en la pág. 365, nota 2, van las siguientes licencias: *Esta comedia intitulada ver y no creer se / puede representar (reservando rayles y entre / meses a la vista) etc. En Çarag[oc]a y agosto / a 5 de 1619 / El doctor Luis Nanarro.—V.: Vea esta comedia de ver i no crer* (sic) *el secretario / Thomas Gracian Dantisco en M. a 14 de octº de 1619 aºs.*

(32) *Parte / veinte y quatro / de las comedias / del Fenix de España / Lope de Vega Carpio. Y las mejores que hasta / aora han salido. A Don Diego de Vírto de / Vera Capitan de Infanteria Española. / [Adorno tipográfico: Un jarroncillo] / Con licencia, y privilegio. / En Caragoça, por Diego Dormer, / en la Cuchillería, año 1633. / A costa de Iusepe Ginobart Mercader de Libros.*

En 4.º—4 hojas + 235 fols.—Signaturas: A-Gg2.—Texto a dos columnas.

Portada con orla.—V. en blanco.—Hoja 1, r.: Títulos de las comedias.—V.: Licencia, Zaragoza, 25 de enero de 1631.—Aprobación, Diego de Morlanes, Zaragoza, 17 de febrero de 1631.—Hoja 2, r.: Privilegio, Zaragoza, 18 de febrero de 1631.—Hoja 3, r.: Dedicatoria, Iusepe Ginobart, Zaragoza, 16 de febrero de 1633.—Fol. 1, r.: La ley ejecutada; fol. 21, r.: Selvas y bosques de amor; fol. 41, r.: Examen de maridos; fol. 62, v.: El qué dirán; fol. 81, r.: La honra por la mujer; fol. 104, r.: El amor bandolero; fol. 123, r.: La mayor desgracia de Carlos V.; fol. 145, r.: *Ver y no creer*; fol. 162, r.: Dineros son calidad; fol. 179, r.: De cuando acá nos vino; fol. 201, r.: Amor, pleito y desafío; fol. 218, r.: La mayor vitoria.

Esta comedia intitulada Ver y no creer se / podra representar (reservando a la vista / lo que fuera de la lectura se ofreciere y lo mismo / en los cantares hayle y entremés) en Madrid a 16 de oct.^o 1610. / Thomas Gracian Dantisco. 16 × 22 cm.—3 hoj. + 64 fol. numerados. + 1 hoja.

Esta copia se escribió por dos distintas manos; en el fol. 24, r., verso 5, cambia la letra; en el fol. 33, v., vuelve a la letra primera; en el fol. 38, v., de nuevo cambia a la letra segunda, y en el fol. 49, v., se reanuda la letra primera hasta el fin. Nos ofrece curiosos ejemplos de andalucismos, de seseo y de ceceo, como *homisida*, *goso*, *aborresco*, *aborresen*, *cencillo*, etc., que también se encuentran en el manuscrito *A* de la comedia *Ya anda la de Mazagatos* (XIV del presente volumen).

Indicamos con asteriscos (*), al comienzo y al fin, las interpolaciones que hemos hecho para completar estrofas y pasajes omitidos en el impreso y que se hallan en el manuscrito, indicando con notas las variantes de ambos.

Ver y no creer es una lindísima comedia de enredo entre personajes de elevada estirpe, con un bello pensamiento central: No debemos guiarnos por la apariencia externa de las cosas, es necesario penetrar en la medula de los sentimientos, en lo más íntimo del corazón, porque muchas veces, ofuscados por las más extrañas circunstancias, creemos ser engañados, víctimas de los celos o la envidia, cuando permanecen fieles en nuestra estimación y afecto quienes nos rodean. *Ver y no creer*, lozano fruto de la rica y fértil inventiva de Lope, es una cumplida respuesta a los que le han negado hondura; con fina frivolidad contiene una lección de profunda filosofía, tan natural y humana que no es extraño haya pasado desapercibida a los que en sus obras no han visto más que el desarrollo de las pasiones vulgares. No le hacía falta sermonear ni envolver su experiencia de la vida en altisonantes declamaciones, para adelantarse en tres siglos a la moderna comedia de tesis.

Ver y no creer se representó, como hemos visto en las licencias, primero en Zaragoza, en agosto de 1619, y después en Madrid, en octubre del mismo año, habiendo sido escrita en esta fecha o poco antes.

Harto difícil resulta identificar los actores que figuran en el reparto del manuscrito, pues el *autor* de la compañía se limitó a poner en casi todos los nombres omitiendo los apellidos. *Carabajal*, fué, probablemente, Baltasar de Carvajal; *Isabel* pudiera haber sido Isabel Rodríguez, que en 1614 formaba parte de la compañía de Valdés, y que estuvo casada con el actor Juan de Villanueva; *María* acaso fuese Ana María de Ribera, mujer del comediante Cristóbal Ortiz de Villasán, o Ana María de Cáceres, esposa de Juan Jerónimo de Valencia, o Ana María de Peralta, casada con Diego de Ortega: *Ber-*

nardo tal vez sería Luis Bernardo de Bobadilla; la señora Catalina quizá fué Catalina de Valcázar, casada en primeras nupcias con Gabriel Vaca (tío de la gallarda Josepa Vaca), y en segundas con Alonso de Riquehne; y Diego pudo ser el Diego de Ortega ya mencionado, que con su mujer Ana María de Peralta trabajaba en 1622 en la compañía de Vallejo; Ribera y Leal representaron el papel de *Grande primero* y *Grande segundo*; y Pérez, aunque representaba papeles de gracioso, podría identificarse con el famoso Cosme Pérez, conocido con el remoquete de Juan Rana.

XI. La villana de Getafe.

Citada en el *Peregrino de 1618*. Se publicó en la *Parte XIV*, de la que se hicieron dos ediciones en Madrid, 1620 y 1621. Hemos utilizado ambas para nuestro texto, designando a la primera *M*, y a la segunda *Ma*. (33).

(33) *Parte catorce / de las Comedias de / Lope de Vega Carpio Pro- / curador Fiscal de la Camara Apostolica, y su No- / tario, descrito en el Archivo Romano, y / Familiar del Santo Oficio de / la Inquisicion. / A quien van dirigidas dize / la siguiente pagina. / Año [escudo tipográfico] 1620. / Con privilegio. / En Madrid, por Iuan de la Cuesta. / A costa de Miguel de Syles mercader de libros. Vendese en su casa, en la / calle Real de las Descalças.*

Al fin: *En Madrid. / Por Iuan de la Cuesta. / Año M.DC.XX.*

En 4.^o—4 hoj. + 313 fols. (291 en realidad, por las erratas) + 1 hoja.—Signaturas: A-Ll4. Texto a dos columnas.

Portada.—V.: Tabla de las comedias.—Hoja 1, r.: Suma del privilegio, Madrid, 26 de diciembre de 1619.—Tasa, Madrid, 12 de junio de 1620.—V.: Erratas, Licenciado Murcia de la Llana, Madrid, 7 de junio de 1620.—Licencia, Doctor Andrés de Aresti, Vicario de la corte, Madrid, 23 de octubre de 1619.—Hoja 2, r.: *El Teatro a los lectores*.—Fol. 1, r.: Los amantes sin amor, dirigida a don Pedro Fernández de Mansilla; fol. 26, r.: *La villana de Getafe*, a don Francisco López de Aguilar; fol. 55, r.: La gallarda toledana, al pintor Francisco Pacheco; fol. 76, r.: La corona merecida, a doña Angela Vernegali; fol. 99, r.: La viuda valenciana, a la señora Marcia Leonarda; fol. 124, r.: El caballero de Illescas, al maestro Vicente Espinel; fol. 151, r.: Pedro Carbonero, a don Diego Félix Quijada y Riquehne; fol. 195, r.: El verdadero amante, a Lope de Vega el mozo; fol. 218, r.: Las almenas de Toro, a don Guillén de Castro; fol. 243, r.: El bobo del colegio, a don Lorenzo Van Der Hammen; fol. 266, r.: El cuerdo loco, a don Tomás Taniayo de Vargas; fol. 293, r.: La ingratitud vengada, a don Fernando Bermúdez y Carvajal.

Parte catorce / de las Comedias de Lope / de Vega Carpio, Procura- / dor Fiscal de la Camara Apostolica y su Notario. / descrito en el Archivo Romano, y Fa- / miliar del Santo Oficio de la / Inquisicion. / A quien van dirigidos dize / la siguiente pagina. / Año [escudo tipográfico] 1621. / Con privilegio. / En Madrid, Por la viuda de Fernando Correa Montenegro. / A costa de Miguel de Syles mercader de libros. Vendese en su casa en / la calle Real de las Descalças.

Al fin: *En Madrid. / Por la viuda de Fernando Correa / Montenegro. / Año M.DC.XXI.*

En 4.^o—4 hojas + 313 folios (291 en realidad, por las muchas erratas en la foliación) + 1 hoja.—Signaturas: A-Ll4.—Texto a dos columnas.

Lleva los mismos preliminares y comedias que la edición anterior, de la que es reimpresión a plana y renglón.

Va dirigida a don Francisco López de Aguilar Coutiño, amicísimo de Lope. El eclesiástico y Licenciado Aguilar, caballero de la Orden de San Juan, docto varón peritísimo en latín, hebreo y griego, fué hijo del jurisculto Doctor Asensio López y de doña Francisca de Tobar y Montalbán; nació en Madrid hacia fines del siglo XVI; perteneció a la Congregación de San Pedro, de sacerdotes naturales de Madrid, y falleció en la corte el 6 de julio de 1665. Fué autor de las obras: *Los amores de Ismene*, *El juicio de Paris*, *Vida de Augusto César*, y de una traducción de Pausanias; en junio de 1618, bajo el pseudónimo de Julio Columbario, publicó la *Expostulatio Spongiac a Petro Turriano Rámila nuper exulatac. Pro Lupo a Vega Cypio, Poetarum Hispaniac Principe Auctore Iulio Columbario B. M. D. L. P. Item Oneiropaegnion, et varia illustrium virorum poemata. In laudem eiusden Lupi a Vega*, colección de panegíricos en loor del Fénix, traducidos al latín por Aguilar, en respuesta a la *Spongia* que censurando a Lope había publicado Pedro de Torres Rámila. Es autor también del prólogo de la *Dorotea*, 1632, y de la advertencia *A los lectores bien intencionados* que figura en los preliminares del *Laurel de Apolo*, 1630. Lope correspondió dedicándole cumplidos elogios en el *Laurel*, cartas, poesías, *La Filomena* y *La villana de Getafe*. La confianza con Aguilar se manifiesta en la dedicatoria de esta comedia que propiamente no es tal, sino una defensa de las objeciones que en cierta *academia* (34) se hicieron al soneto en que Lope lamenta la desgraciada muerte de don Miguel de Guzmán, hijo del duque de Medina Sidonia, producida por un rayo mientras se hallaba de cacería.

Representóla el famoso autor Pedro de Valdés, que casó en 14 de febrero de 1614 con Jerónima de Burgos, la señora *Gerarda*, y que tuvo compañía propia desde 1613 a 1625, siendo uno de los autores expresamente mencionados en el decreto de 1615 para reformar el teatro.

La villana de Getafe es una hermosísima comedia, de las mejores de Lope; campea en ella la poderosa plenitud de su genio con admirables versos, ricos en difíciles consonantes, suelta y gallardamente escritos, de sencillez y ternura armoniosas que maravillan. Ocurrírasele durante uno de sus muchos viajes de Toledo a Madrid.

Nos ofrece una interesante faceta del poliforme Fénix, no sólo por ser pintura fiel de las costumbres de su época, sino porque en ella hay, intercalada en la acción, un sainete puro finísimo (págs. 374 y sigs.) con sales áticas

(34) Emilio Cotarelo Mori: *Las Academias de Madrid* (en *Boletín de la Real Academia Española*, t. I, pág. 4 y sigs.).

poco prodigadas en otras piezas dramáticas, seguramente porque su desdén al vulgo le desvió de este camino. Las situaciones no pueden ser más originales ni graciosas, dentro de la más perfecta naturalidad. Para la enamoradiza y voluble condición de don FÉLIX no tuve que buscar modelo, porque es el vivo retrato de la fácil inconstancia con que la veleta del amor triunfaba en el corazón de nuestro poeta. Este personaje, más que engendrado por la imaginación, parece autobiográfico.

Expresamente alude a su tío el inquisidor don Miguel del Carpio (página 309, a), con el que residió durante su infancia según nos dice en la dedicatoria a doña Andrea María de Castrillo de *La hermosa Esther* (Parte XV, 1621): "Días ha que falto de esa gran ciudad, donde pasé algunos de los primeros de mi vida en casa del inquisidor D. Miguel del Carpio, de clara y santa memoria, mi tío." Dejó recuerdo de su recta severidad en la ciudad del Betis, según refiere su sobrino en una carta (35): "No es San Ildefonso por quien v. m. lo dice, sino por Lope de Vega, el cual no sé cuándo o cómo se haya entendido con herejes, si no lo dice v. m. por ser ministro del Santo Oficio y sobrino de don Miguel del Carpio, hombre por quien hoy dicen en Sevilla cuando una cosa está caliente: *quema como Carpio*." Y a esta fama terrible se refieren también los versos de *La villana* (pág. 395, a): *Yo soy Carpio de Castilla, / y de mi linaje hay hombre / que aún se acuerda de su nombre / el castillo de Sevilla*. No existe, en cambio, alusión a su padre, según indicó Stiefel (36), mas hay un recuerdo para la ilustre genealogía de su primera mujer doña Isabel de Urbina, hija del rey de armas don Diego de Ampuero Urbina y Alderete, la cual usó también el nombre de doña Isabel de Alderete, según consta en la partida del casamiento por poder efectuado en 10 de mayo de 1588: *que estos hidalgos no van a caza con "galgos"* (eufemismo de "perros" con que se motejaba a los moros y moriscos) / *que es su origen de Vizcaya / y son Alderetes finos* (395, b).

Para ser completísima *La villana de Getafe*, tiene hasta moraleja: El ambicioso recibe castigo, viendo chasqueada su desapoderada codicia, quedando de burlador en burlado, cumpliendo por la fuerza de las circunstancias la palabra que dió con ánimo de soslayarla.

Según Buchanan (37), se escribió esta comedia por los años 1600-1610, después de la expulsión de los moriscos. El arrojarlos de la península no fué

(35) Barrera: *Obras de Lope*, pub. por la Real Academia Española, t. I, Madrid, 1800, página 557.

(36) En la *Zeitschrift für franz. Sprachen*, t. XXIX, pág. 209.

(37) *Artículo citado*, nota (10), pág. 204.

empresa fácil ni breve. Por diversos pregones se les conminó a abandonar sus hogares en Sevilla el 12 de enero de 1610, el 13 de febrero del mismo año, y el 22 de marzo de 1611; las penas con que se les amenazaban no debieron de espantarles, resistiéndose a cumplirlos, y no apresurándose mucho a obedecerlos, al menos los del reino de Valencia, por cuanto en esta ciudad se echó nuevo pregón en marzo de 1613.

Más nos inclinamos por la última fecha, pues en este año de 1613 fué cuando comenzó a tener compañía propia el autor Valdés, para cuya mujer, Jerónima de Burgos, escribió expresamente Lope *La dama boba* en el mismo año, y a la que, en prenda de sus amoríos, continuó entregando otras, y ninguna tan apropiada a la *señora Gerarda* como *La villana de Getafe* con sus divertidos lances, en que una actriz podía lucir con arrogancia los desenvueltos bríos de su hermosura y picardía.

En la sabrosa escena de la parada en la venta de los carros que vienen de Toledo (pág. 375), se enumeran los bailes más en boga de la época, desechándolos INÉS todos y eligiendo por más nuevo el tono del "¡Ay, ay, ay!", baile que fué popularísimo durante mucho tiempo. En la comedia de Rojas Zorrilla *Entre bobos anda el juego* (38), exclama DON LUCAS: *Más: desde ayer a estas horas / os miráis de par a par, / cantando en coro los dos / el tono del ay, ay, ay.* Quevedo, en *El entremetido, la dueña y el soplón*, lo menciona también: *¿Qué quiere decir gaudi, y hurruá que en la venta está, y ay, ay, ay, y traer todo el pueblo en un grito?* (39). En el *Baile del ¡Ay, ay, ay!* y el *Sotillo* (40) se cantó este tono:

FREGONA 1.ª ¡Miente el lacayo!

Dale un bofetón ella.

BELTRÁN, ¡Ay, ay, ay!

FREGONA 1.ª ¡Estopilla de Cambray!

Diga, ¿quién se lo ha enseñado?

BELTRÁN, ¿Es barro una bofetada
para no aprender el son?

FREGONA 1.ª Vaya esta nueva invención,
de algún gotoso inventada.

FREGONA 2.ª No fué sino de un lencero
para vender su Cambray.

(38) Francisco de Rojas: *Teatro*, edición y notas de F. Ruiz Morcuende, Madrid, 1917, pág. 277 (vol. XXXV de *Clásicos castellanos*).

(39) Quevedo: *Obras*, B. AA. EE. de Rivadeneyra, tomo XXIII, pág. 371.

(40) Inserto en *Comedias de diferentes autores, Parte quinta*, Barcelona, 1616.

FREGONA ¹. Vaya, pues, el ¡ay, ay, ay!,
 que por bailarle me muero.
 MÚSICOS. ¡Ay, ay, ay!
 Estopilla de Cambray.
 ¡Ay, ay, ay!, que el ¡ay, ay, ay!,
 que hasta el alma se me ha entrado;
 quien el ¡ay, ay, ay! no baila,
 el gusto tiene estragado.
 ¡Ay, ay, ay!

La música de este tono se encuentra en el *Libro de tonos humanos*, copiado por Diego Pizarro en 1655, fols. 10, v., y 11, r. (41), precioso manuscrito que contiene canciones populares lindísimas y que aún se halla inédito (42).

XII. La vitoria de la honra.

Mencionada en la segunda edición del *Peregrino*, con el título de *La vitoria del honor*, y publicada en la *Parte XXI*, de Lope, Madrid, 1635, y la *Parte XXXIII de doce comedias famosas de varios autores*, Valencia, 1642 (43).

Denominamos a la primera, *M*, y a la segunda, *V*, al anotar las muchas variantes de las dos.

En esta formidable tragedia hallamos también dos irónicos detalles sobre

(41) Biblioteca Nacional de Madrid (Musica 1.262).

(42) F. Ruiz Morcunde: *El tono del ¡Ay, ay, ay!* (en *Revista de Filología Española*, t. V, 1918, págs. 182-187).

(43) *Veinte y una Parte verdadera de las Comedias del Fenix de España por Lope Felix de Vega Carpio, del Abito de San Juan, Familiar del Santo Oficio de la Inquisicion, / Procurador Fiscal de la Comara Apostolica sacadas de sus originales. / Dedicadas a doña Elena / Damiana de Iuren Samano y Sotomayor, muger de Julio Cesar / Scazuola, Comendador de Molinos y Laguna Rota, de la Orden / de Calatrana, Embaxador de Lorena, Tesorero General de / la Santa Cruzada, y Media Annata, y señor / de la villa de Tielmes. Nulla fuit Lofio Musarum sacra Poësis. / Illa perire potest, iste perire nequit. / 66 y 112. / Año [adorno tipográfico] 1635 / Con privilegio. En Madrid, Por la viuda de Alonso Martin. / A costa de Diego Logroño, mercader de libros. Vendese en sus casas, en la calle Real de las Descalças.*

En 4.º—4 hoj. + 260 fols.—Signaturas: A-KK2.—Texto a dos columnas.

Portada.—V. en blanco.—Hoja 1, r.: Dedicatona de doña Feliciana Félix del Carpio.—V.: Títulos de las comedias.—Hoja 2, r.: Aprobación, Maestro José de Valdivielso, Madrid, 20 de abril de 1635.—Aprobación, Francisco de Quevedo Villegas, Madrid, 19 de mayo de 1635.—V.: Privilegio, Madrid, 25 de mayo de 1635.—Tasa, Madrid, 5 de septiembre de 1635.—Erratas, Licenciado Francisco Murcia de la Llana, Madrid, 4 de septiembre de 1635.—Hoja 3, r.: El Licenciado Joseph Ortiz de Villena a los aficionados de Frey Lope Felix de Vega Carpio.—Fol. 1, r.: La bella aurora; fol. 25, v.: Hay verdades que en amor; fol. 45, r.: La boba para los otros y dis-

la técnica dramática. El gracioso LOPE ridiculiza la facilidad con que damas y galanes se enamoran en las comedias, concediéndose mutuos favores en el breve espacio de hora y media, y aconseja a su amo DON ANTONIO que, para entretener sus ansias amorosas, diga un soneto en loor de la que consiguió flecharle al contemplarla no más de unos instantes; y en efecto, DON ANTONIO recita uno de los más hermosos sonetos que brotaron flúidos de la pluma de Lope (pág. 415).

Hay asimismo una descripción de las fiestas que Sevilla, lugar de la acción, hizo en la solemne entrada de Felipe II el 1.º de mayo de 1570 (44), y que, entre otros, describió Mal Lara. Esta fué la única vez que en Sevilla estuvo el monarca (45), precisamente cuando Lope contaba ocho años de edad. Con tal colorido y animación pinta el Fénix el maravilloso aspecto que ofrecía la ciudad engalanada, que pudiera afirmarse haberla presenciado siendo niño durante su estancia en casa de su tío, el inquisidor don Miguel del Carpio.

Una escena (pág. 425) está fielmente imitada de la *Celestina*, lectura favorita de Lope, pues la recordó en otras muchas comedias: *El galán escarmentado*, *Por la puente Juana*, *El Marqués de las Navas*, *El anuelo de Fenisa*, *El arenal de Sevilla*, *El rufián Castrucho*, *El caballero de Olmedo*, *La bella mal maridada*, *La Francesilla*, *La cortesía de España* y *El amante agrado*.

Prodiga los elogios al gran duque de Alba, a quien saca a escena con tal

ereta para sí; fol. 67, v.: La noche de San Juan; fol. 91, r.: El castigo sin venganza; fol. 114, r.: Los bandos de Sena; fol. 130, r.: El mejor alcalde el rey; fol. 158, r.: El premio del bien hablar; fol. 178, v.: *La vitoria de la honra*; fol. 202, v.: El piadoso aragonés; fol. 225, r.: Los Tellos de Meneses; fol. 243, r.: Por la puente Juana.

Parte treinta y tres. / *De doze comedias / famosas, de varios autores. Dedicadas al muy ilustre Señor Don Antonio / de Cordona, y Aragon. Arcediano de Castro, y canonigo de la Santa / Yglesia de Cordona; de los Consejos de Su Magestad, en la Suprema y General Inquisición, y Real de Ordenes; Cavallero del Abito de Alcantara, Colegial que fue / del Insigne Colegio viejo de san Bartolome / de Salamanca.* / 69. / Año [escudo tipográfico] 1642. / Con licencia. / En Valencia. Por Claudio Moeé, al Colegio del señor Patriarcha. / A costa de Juan Sonzoni, mercader de libros / delante la Diputación.

En 4.º—4 hoj. + 266 fol.—Signaturas: A-Nn2.—Texto a dos columnas.

Portada.—V. en blanco.—Hoja 1, r.: Aprobación, Juan Bautista Palacio, trinitario, Valencia, 14 de julio de 1642.—Imprimatur, Doctor Dolz, Vicario general.—Imprimatur, Mingot, Abogado.—V.: Escudo de España.—Hoja 2, r.: Dedicatoria.—Hoja 3, r.: Al lector.—V.: Títulos de las comedias.—*La vitoria por la honra* va en los folios 181 a 203.

(14) Alonso Escribano: *Recebimiento que hizo la muy noble ciudad de Sevilla a la Cathólica Real Magestad de Philipe, Nuestro Señor*, 1570. (Manuscrito Y-107. Biblioteca Nacional de Madrid.)

(15) Diego Ortiz de Zúñiga: *Indas eclesiásticos y seculares de Sevilla*, Madrid, 1706. t. IV, pág. 48.

maestría, que el personaje se halla aureolado de toda dignidad. Noble manera de pagar la hospitalaria protección que el quinto duque, su nieto, don Antonio, le prodigó en 1590 cuando el Fénix estuvo desterrado de Madrid.

La fuente de *La vitoria de la honra* pudiera ser la terrible historia del Veinticuatro de Córdoba, a la que se alude en la tragedia (pág. 449), de la cual también tomó el argumento para *Los comendadores* y el del segundo episodio de *La contienda de Diego García de Paredes y el capitán Juan de Urbina*, inspirándose en el relato que de ella se hace en el canto XXVII del *Carlo famoso*, de Zapata. Mas como el final es diferente y de una trágica grandeza humana, acaso será el reflejo de un sucedido real distinto de la tremenda hazaña del Veinticuatro.

Un indicio para la fecha de *La vitoria de la honra* nos le dan los versos: *Dos hijos tengo que me dan enojos / hasta que su remedio se concierte* (página 437, b), y *¿Esto es ser padre, esto es tener contento, / con gustos de los hijos, que se pagan, / no a siete, no, sino cien mil por ciento?* (pág. 441, b), que abundan seguramente a los sinsabores que continuamente le ocasionaba Lope Félix, su hijo, y de Micaela de Luján, a quien, para corregirle, tuvo que internar en el asilo de Nuestra Señora de los Desamparados, hacia 1616; en la dedicatoria de *El verdadero amante* (Parte XIV, 1619) le dirigió una severa admonición para que eligiese firme camino en la vida, procurando que sus inclinaciones se distanciasen de las letras, poniéndose como vivo ejemplo del escaso provecho que producen a quien las cultiva; mas Lope el mozo no debió de hacer mucho caso de los paternos consejos, pues sabido es que en la justa poética celebrada el 19 de mayo de 1620 para cantar las glorias del entonces beatificado San Isidro, presentó una glosa a los cuatro versos propuestos en el quinto certamen. Otro grave disgusto le proporcionó el rebelde Lopito en 1621, al abandonar definitivamente sus estudios para abrazar la profesión de las armas. Nos inclinamos por este año para asignarle a *La vitoria de la honra*, porque en la comedia *Amor, pleito y desafío* renueva sus quejas, exclamando: *¡Hijos, quien os llamó sino enemigos!* (pág. 650, b), y la fecha del autógrafo de esta comedia es precisamente 1621. Además, la admirable versificación (especialmente las redondillas), el perfecto plan y el grandioso desenlace de *La vitoria de la honra*, sus bellísimas y originales escenas, son, a no dudarlo, de la madurez de ingenio de nuestro autor.

Una curiosa canción de negros (págs. 421 y siguientes) aporta el elemento popular tan del gusto de Lope.

XIII. Viuda, casada y doncella.

Figura entre las mencionadas en el *Peregrino*, 1618. Publicada en la *Parte VII*, Madrid, 1617, y Barcelona, 1617 (46). Suelta, atribuida a *Un ingenio*, y con el título *Doncella, viuda y casada* existe en el British Museum. Según Rennert (47), no se hallaba en la Biblioteca Nacional de Madrid; pero hemos tenido la fortuna de encontrarla en un tomo facticio, encuadernada con otras muy raras. Lleva en el tejuelo la indicación de *Comedias varias, Vol. V*, y no contiene ningún dato ni exlibris que pudiera orientar acerca de quién las reunió en un tomo. El ejemplar de *Doncella, viuda y casada* está perfectamente conservado. Su descripción es como sigue:

(46) *El Fenix / de España / Lope de Vega Carpio, Familiar del Santo Oficio. / Septima parte de sus / Comedias. Con Loas, Entremeses, / y Boyles. / Dirigidas a Don Luys Fernandez / de Cordoua, Cardona, y Arago[n]. Duque de Sessa, Duque de Soma, Duque / de Bacna, Marques de Poça, Conde de Cabra, Conde de Palamos, / Conde de Oliueto, Vizconde de Izna-jar, Señor de las / Baronias de Belpuche, Linola y Calonge, / gran Almirante de Napoles. Año [escudo tipográfico] 1617. / Con privilegio. / En Madrid. Por la viuda de Alonso Martin. A costa de Miguel de Siles, mercader de Libros. / Vendese en su casa, en la calle Real de las Descalças.*

En 4.^o—4 hoj. + 306 fol. (en realidad, 298, por las erratas).—Signaturas: A-Pp.—Texto a dos columnas.

Portada.—V. en blanco.—Hoja 1, r.: Titulos de las comedias.—V.: Tasa, Madrid, 9 de noviembre de 1616.—Erratas, Licenciado Murcia de la Llana, Madrid, 8 de noviembre de 1616.—Hoja 2, r.: Aprobación, Licenciado Alonso de Illescas, Madrid, 16 de junio de 1616.—Aprobación, Maestro Vicente Espinel, Madrid, 26 de julio de 1616.—V.: Privilegio, San Lorenzo, 10 de septiembre de 1616.—Hoja 3, r.: Dedicatoria.—Fol. 1, r.: El villano en su rincón; folio 25, r.: El castigo del discreto; fol. 49, r.: Las pobreza de Reynaldos; fol. 75, r.: El Gran Duque de Moscovia; fol. 99, r.: Las paces de los reyes y Judia de Toledo; fol. 121, r.: Los Porceles de Murcia; fol. 145, r.: La hermosura aborrecida; fol. 169, r.: El primer Fajardo; folio 193, r.: *Viuda, casada y doncella*; fol. 214, r.: El principe despeñado; fol. 240, r.: La serrana de la Vera; fol. 263, r.: Entremeses: Los habladores, La cárcel de Sevilla, El hospital de los podridos, Loas: En alabanza de la humildad, Sobre la mujer buena y la mala, Contra la maledicencia, Bailes: Del Duque de Ilumena, de Don Jaime, del Caballero de Olmedo.

El Fenix / de España / Lope de Vega Carpio, Familiar del Santo Oficio. / Septima parte de sus / Comedias. Con Loas, Entremeses / y Bayles. / Dirigidas a Don Luys Fernandez / de Cordoua, Cardona, y Aragon [siguen los títulos nobiliarios de la anterior] / 75 1/2. Año [escudo tipográfico] 1617. / Con licencia. / En Barcelona, en casa de Sebastian de Cornellas, al Call, y a su costa.

En 4.^o—4 hojas + 302 folios.—Signaturas: A-Pp4.—Texto a dos columnas.

Portada.—V. en blanco.—Hoja 1, r.: Aprobaciones [las mismas de la anterior].—Hoja 2, r.: Tasa [la misma de la anterior].—V.: Titulos de las comedias.—Hoja 3, r.: Dedicatoria.—Contiene las mismas comedias de la edición anterior. *Viuda, casada y doncella* va en los folios 13 y 148.

(47) Rennert y Castro: *Obra citada*, pág. 525.

N. 23. / *Comedia famosa. / Donzella, / Viuda, y Casada. / De un ingenio desta corte. / Hablan en ella las personas siguientes.*

Al fin: *Con licencia. Barcelona: En la Imprenta de Pedro / Escuder, en la calle Condal, en donde se hallarán / Libros, Comedias, Historias, Romances, Relaciones, y otros diferentes Papeles / muy curiosos.*

En 4.º—39 págs.—Sin año.—Signaturas: A-E 2.—Texto a dos columnas.

La signatura bibliográfica en nuestra Biblioteca Nacional es T. 15.057.

Denominamos, para las variantes, *M* a la primera, *B* a la segunda y *Ba* a la tercera.

La acción de *Viuda, casada y donzella* comienza en Valencia, y por dos veces se cita la calle de los *Mascones* de esta ciudad (págs. 465, *b*, y 487, *a*), dato interesante para la estancia de Lope en Valencia, pues la insistencia al mencionarla pudiera denotar que vivió en ella.

En el *acto segundo* (pág. 467) hay una magnífica escena de un naufragio (compárese *El valor de las mujeres*), en la que el Fénix hace un verdadero derroche de sus conocimientos marineros con abundantísimo vocabulario (página 481, *b*).

Prodiga fervorosos elogios al gran duque de Osuna (pág. 470, *a*), quien, como es sabido, fué virrey de Nápoles de 1616 a 1621 (48).

El recurso escénico de pleitear para conseguir el matrimonio con una donzella a cuyo casamiento se opone el padre, utilizado en esta comedia, se repite también en *Amor, pleito y desafío* (pág. 635).

De gran valor dramático es la anómala situación de *Clavela*, que, recién casada, ha de separarse de su marido forzosamente por la crueldad de las circunstancias, justificando el título de la comedia que, según Buchanan (49), se escribió en el año 1616.

Existe otra comedia manuscrita llamada asimismo *Viuda, casada y donzella*, original (?) de Carlos Gazulla de Ursino (nació en 1674 y murió en 1745), que no hemos visto (50).

Es una de las más hermosas comedias del Fénix, en la que los humanísimos personajes muestran el perfecto conocimiento de las pasiones que Lope adquirió por experiencia. El argumento, variado e interesantísimo, con desarrollo lógico y teatral, cautiva por la intensidad de los imprevistos lances encadenados con maestría hasta llegar al apetecido final. El engaño de que Fe-

(48) F. Rodríguez Marín: *El gran Duque de Osuna*, Madrid, 1920.

(49) Buchanan: *Artículo citado*, pág. 204.

(50) Barrera: *Catálogo*, págs. 170 y 591.

LICIANO hace víctima a FÁTIMA y la rudeza con que se lo descubre (pág. 481) es algo extraño para la sensibilidad moderna, aunque natural en tiempo de Lope, en que *perro* y *moro* (en este caso, *mora*) eran sinónimos, y las desgracias de los adoradores de Mahoma, motivo de alborozada burla; pero Lope lo suavizó al final, para que no hubiese descontentos.

XIV. Ya anda la de Mazagatos.

Según Fajardo, se publicó esta comedia, con el título de *Historia de Mazagatos*, en la *Parte V de Lope y otros*, impresa en Sevilla, una de las *extravagantes*, hoy desconocida, pero que indudablemente existió (51).

Se halla también citada por Medel y García de la Huerta, llamándola *Historia de Maragatos*; Arteaga la registra doblemente en la *H, Historia de Maragatos*, y en la *Y, Ya anda la de Mazagatos*; todos la atribuyen a Lope.

El señor S. Griswold Morley publicó una notable edición, documentada excelentemente, de *Ya anda la de Mazagatos*, que nos ha sido muy útil (52). Siguiendo sagazmente la indicación que el señor Lomba (53) da en su estudio sobre Pedro el Cruel en la escena, y en el cual se refiere a una reseña teatral publicada en el *Memorial literario, instructivo y curioso de la corte* (número 24, diciembre de 1785, pág. 519) sobre la representación en el coliseo de la Cruz, por la compañía de Manuel Martínez, de una comedia sin nombre de autor, titulada *Ya anda la de Mazagatos*, cuyo argumento copia, el señor Morley logró encontrar en el *Catálogo de Cambronero* (54) la referida comedia, y en la Biblioteca Municipal de Madrid hasta cinco manuscritos de la misma, los cuales hemos utilizado para nuestro texto y variantes.

El más importante de ellos, por ser el de letra más antigua, es el que denominamos *A*. Carece de cubierta, y por tanto, de la hoja u hojas preliminares en que se hallarían el título, las licencias y censuras correspondientes para permitir la representación. La primera jornada va encabezada con el título de *Ya anda la de Mazagatos*; consta de 16 folios numerados, más tres hojas sin numerar. La segunda jornada lleva por título *La ystoria de Mazagatos*, y consta de 19 folios numerados. La tercera jornada insiste en el tí-

(51) Juan Isidro Fajardo: *Índice manuscrito de comedias impresas hasta 1716*. (Biblioteca Nacional de Madrid, Ms. 14.706.)

(52) *Bulletin Hispanique*, t. XXV y XXVI, 1923, 1924, págs. 212-225 y 97-101, respectivamente.

(53) José Ramón Lomba y Pedraja: *El rey don Pedro en el Teatro*, publicado en *Homenaje a Menéndez y Pelayo*, Madrid, 1899, t. II, págs. 265-266.

(54) Carlos Cambronero: *Catálogo de la Biblioteca Municipal de Madrid*, Madrid, 1902.

tulo de *Ya anda la de Mazagatos*, y está escrita en 17 folios numerados. El tamaño de las hojas es 21×15 cm. La letra es del segundo tercio del siglo xviii. Las tres jornadas están cosidas juntas.

El manuscrito que llamamos *B* tiene cubiertas de papel sellado del reinado de Fernando vi, de cuatro maravedís, año 1755, distinto al en que está escrito el texto. Su portada dice: *Comedia famosa / Ya anda la de Mazagatos / de / Lope de Vega Carpio / Legajo 4 / Gerra (sic)*.—Hojas 2 y 3: en blanco.—Hoja 4, r.: El repartimiento que damos en nota (pág. 492).—Hoja 5, r.: *Madrid 12 sep^{re} de 1757 / Pase Ldo Armendariz / M^d 21 de Oct^{re} de 1757 / Pase al Censor y Fiscal de comedias y con lo que dixerén se traiga. Lujan. / Señor. No hallo reparo en la execucion de esta comedia con el permiso de V. S. en la disposizion q. esta. M^d y Nobre 7 de 1757. / Ant. Pablo Frnz. / M^d 9 de Nov^{re} de 1757 / Executese / Lujan*.—Hojas 6, 7 y 8: en blanco.— 22×15 cm.—53 folios numerados.

El manuscrito que designamos *C*, tiene la siguiente portada: *Comedia famosa / Ya anda la de Mazagatos / de / Lope de Vega Carpio / y enmendada por Luis Moncín*.—Las tres jornadas van sueltas y sin numerar sus hojas. En el r. de la última hoja de texto de la tercera jornada, y en las dos hojas siguientes, r. y v., van las aprobaciones y licencias: *Madrid y Sep^{re} 24 de 1785 / Vista: omitiendose todo lo raído. Dese la Lic^a / Nos el Dr Dⁿ Cayetano de la Peña y Granda / Ynq^{or} ordinario y vicario desta Villa de Madrid y su Part^{do} &c. / Por la pres^{te} y lo que a nos toca Damos Liz^a para que la comedia anterior titulada Ya anda la de Mazagatos se pueda representar en los theatros pp^{os} de esta corte con tal que sea con arreglo al decreto que a ella precede. Lo mando y firmo en Madrid a veinte y quatro de Sep^{re} de mil setez^{tos} ochenta y cinco. / Dr Peña / Por su m^{do} / Pedro Asenjo / Madrid 30 de Setiembre de 1785. / Pase al R. P. Fr. Angel de Pablo Puerta Palanco, y al Corrector dⁿ Ygnacio Lopez de Ayala para su examen y enaquado traigase. / S^{ta} Maria / he leído con atención la comedia antecedente en tres jornadas titulada Ya anda la de Mazagatos y no haciendo uso de los versos raídos ni expresiones borradas podra representarse. La Victoria de Madrid a 1 de oct^{re} de 1785 / Fr. Angel de Pablo Puerta Palanco. / Vista la comedia antec^{te} en tres jornadas, hallo poderse representar. Madrid 8 de Oct^{re} de 1785. / En ausencia de Dⁿ Ygnacio Lopez de Ayala / Dⁿ Santos Diez Gonzz. Madrid 12 de Octubre de 1785 / Apruevese y Representese / S^{ta} Maria.*

Los manuscritos *D* y *E*, lo mismo que el anterior *C*, son copias para el apuntador y traspuntes. El manuscrito *D* tiene la particularidad de que, a diferencia del *E* no dice que la comedia esté enmendada por Moncín; se desti-

naba al *apunto* 3.º; su *primera jornada* consta de 22 folios; la *segunda*, de 25, y la *tercera*, de 24 + 1 hoja en blanco. El manuscrito *E*, copiado para el *apunto* 1.º consta de 25 folios + 1 hoja en blanco la *jornada primera*, de 28 folios + 1 hoja en blanco la *segunda*, y de 26 folios + 2 hojas en blanco la *tercera*. Ambos llevan numerosas acotaciones para el servicio de la escena que, en general, hemos omitido.

Discrepando de la opinión del señor Morley, consideramos que el manuscrito *A* no es un autógrafo original, sino solamente una copia con las imperfecciones acostumbradas en esta clase de trabajos. Basta una sencilla ojeada a las numerosas notas que van en nuestro texto para convencerse de ello, y para ver que en la comedia puso sus pecadoras manos un *autor* o director de compañía de comediantes, que, como todos, suprimió, enmendó y añadió algunas tonterías de cosecha propia, estropeando el hermoso original de Lope. La carencia de cubiertas y portada ha hecho dudar al señor Morley, quien dice, basándose en los cambios de versos e impotentes vacilaciones del *autor* copista: "Sólo el mismo autor o un libre refundidor manipula así un texto." A lo que añadimos nosotros: Sólo un *autor*, director de compañía de cómicos, pudo ser capaz de preparar una copia así para la representación. Hemos logrado leer todos los versos tachados de este manuscrito (que van en nota en el lugar correspondiente), y ellos son la mejor prueba de nuestra aserción. Pueden por ellos comprobarse las dudas y arrepentimientos del copista que intenta versificar por su cuenta, y ante las dificultades, torna al texto que reproducía. Si se tratase del autógrafo de un verdadero autor, no tendría la constante regularidad de letra que en él se observa y que no existe en los escritos originales; un verdadero autor no incurre en las frecuentes repeticiones del copista de *A*, ni reincide en escribir mal las palabras alterando las sílabas o las letras, ni atribuye los versos a personajes distintos para rectificarse y enmendar en seguida, poniendo el nombre del que verdaderamente en escena ha de declamarlos, ni pone empeño cuidadoso en conservar una perfecta verticalidad en el comienzo de la caja de la escritura, ni cuando añade alguna palabra la coloca con esmero lo más inmediatamente posible. El autor que compone movido por la inspiración, tacha, enmienda y corrige rápidamente con natural espontaneidad, sin importarle mucho los primores caligráficos que son indispensables en las copias. El copista de *A*, con la vanidosa ambición de los *autores*, de vez en cuando quiso salir de su humilde papel de escribiente y puso versos propios, intentando hasta cambiar nombres de personajes como en la *primera jornada*, en la que substituyó a GUTIERRE y LAÍN por LORENZO y UN MONTERO, respectivamente; pero desistió pronto de su ten-

tativa, restituyéndoles a los primitivos al pensar en los escollos que se le presentarían para rehacer los versos en que figurasen ambos. Nótese también la significativa vacilación del copista de *A* en el título de la comedia, que cambia en la *segunda jornada* por el de *La ystoria de Mazagatos*.

El señor Morley duda también si *Ya anda la de Mazagatos* es de Lope. Tenemos en pro los testimonios de Fajardo, Medel, García de la Huerta, Arteaga y Moncín, quien se contenta con llamarse *enmendador* en las cubiertas de *B*, *C* y *E*. No hay razón ninguna para dudar de ellos; por estar más cerca de la época de Lope que nosotros, tenían más fundamento para saber que pertenecía al Fénix. Si en el manuscrito *A* no consta el nombre de Lope, es, como ya hemos dicho, porque carece de cubiertas. El que el crítico del *Memorial literario* callase el nombre del autor no fué olvido involuntario, sino intencionado. A su pesar se vió obligado a loar la comedia; recuérdense los durísimos e injustos juicios de Moratín y sus contemporáneos contra Lope, y se explicará fácilmente cómo, por testarudez, prefirió no mencionarle a confesar que una obra del Fénix era excelente.

El manuscrito *A* se copió, probablemente, de la *Parte V* de Sevilla citada por Fajardo, la cual, según ocurre en todas las *extravagantes*, estaría llena de errores, cortes y versos faltos, que el copista trató de arreglar. El manuscrito *B* incorpora muchísimos versos, especialmente escenas enteras de endecasílabos, tan características de Lope, copiadas acaso del autógrafo o de una copia más perfecta que el ejemplar impreso, resultando de este modo más completo que el *A*, aunque el *B* es más moderno. Los *C*, *D* y *E* casi siempre siguen a *B* con muy pocas, si hay alguna, enmiendas de Moncín, obediendo dócilmente las correcciones y tachaduras hechas por los censores en *B*.

La trama y diversas escenas de *Ya anda la de Mazagatos* ofrecen pronunciadas semejanzas con otras obras de Lope: *El mejor alcalde el rey*, *Peribáñez*, *El infanzón de Illescas*, *El alcalde de Zalamea*, *Fuente Ovejuna*, *La carbonera*, *Las burlas veras*, *La ventura en la desgracia*, etc. La figura central es el rey don Pedro, que se nos aparece ya reivindicado como *justiciero* y no como *cruel*, y que asimismo interviene en *El rey don Pedro en Madrid*, *Audiencias del rey don Pedro*, *Los Ramírez de Arellano*, *El médico de su honra*, *La carbonera*, *La niña de plata* y *Lo cierto por lo dudoso*.

El título de la comedia es la frase que el maestro Gonzalo Correas en su *Vocabulario de refranes* define: "*Gresca, batalla, cuestión de peligro*"; y en otro lugar del mismo *Vocabulario*: "*La de Mazagatos. Vióse en la de Mazagatos. Variase de muchas maneras, denotando peligro y trance o revuelta. Fórmase el nombre Mazagatos de las mazas que ponen por el antruejo a*

perros y gatos, y los gatos atados a perros por maza, de donde unos y otros escapan con dificultad, y al que escapó decimos que escapó de la de Mazagatos, esto es, en tribulación, y úsase el nombre como propio de algún lugar en que se dió batalla como la de Olmedo, la del Salado, la de las Navas, la de Roncesvalles, y no ha faltado quien fingiese historia de Mazagatos para comedia" (55). Sbarbi repite la definición de Correas: "Haber la de Mazagatos. Haber una gran pendencia o riña" (56).

Mazagatos existe, efectivamente; es un pequeño lugar que pertenece al Ayuntamiento de Languilla (*La Anquilla* de la comedia), partido judicial de Riaza, en la provincia de Segovia. Hay que atribuir la frase, no a las mazas cruelmente prendidas en rabos de perros y gatos durante las Carnestolendas, sino a alguna famosa riña o pendencia acaecida en dicha aldea, en la que intervendría el rey don Pedro, tan sonada, que trascendió a la tradición oral, de donde la recogió Lope llevándola a la escena.

La fecha de *Ya anda la de Mazagatos* podemos fijarla casi con exactitud. Además de la indicación del *Vocabulario* de Correas, compuesto hacia 1630, tenemos en la comedia una alusión a la famosa *Mariblanca* (pág. 535, *b*), la popular estatua de la fuente que hubo en la Puerta del Sol madrileña. Según documentos encontrados recientemente en el Archivo Municipal de la corte, en septiembre de 1625 se adquirió por la villa a Ludovico Turquí una estatua de la Fe tallada en mármol blanco (la *Mariblanca*) y otras cuatro más, con destino a la fuente citada, que hasta el año 1629 no se terminó en todos sus detalles (57), ofreciendo a la burlona admiración de los cortesanos la imagen de la Fe, bautizada en seguida por la sutil ironía de los *ballenatos* con el remoquete supradicho. Entre estos años de 1625 y 1629 se escribió, pues, esta comedia.

Los actores que la representaron en 1733 fueron: Joseph Garcés, comediante de gran talento, que representó papeles de galán hasta la edad de ochenta y cinco años (58); Manuel Joaquín; Juan Quirante; Antonio Palomino, marido de Francisca Vallejo (59); Matías de Orozco, hermano de Rita y

(55) En la edición de Madrid, 1906, págs. 547 y 172, respectivamente.

(56) José María Sbarbi: *Diccionario de refranes*, Madrid, 1922, t. II, pág. 51.

(57) Joaquín Ezquerro del Bayo: *Catálogo general ilustrado de la Exposición del Antiguo Madrid en el Hospicio*, Madrid, 1926, págs. 141-142.

(58) Antonio Robles: *Introducción general al estudio de las ciencias y las bellas artes*, traducción del francés, Madrid, 1790, pág. VII.

(59) Emilio Cotarelo y Mori: *Orígenes y establecimiento de la ópera en España hasta 1800*, Madrid, 1917.

Juana, especializada en papeles sensibleros (60); Ignacio Cerquera, autor de sainetes, director de compañías y *gracioso* afamado; Plasencia, favorecido por Carlos III, a quien agradaba sobremanera verle representar los papeles de figurón (61); José Rivas, y Juan de Castro, autor de entremeses (62). Los cómicos que figuran en el *repartimiento* de la cubierta del manuscrito B, pertenecieron a la compañía de Manuel Martínez, y la representaron en el Coliseo de la Cruz en 1785. El enmendador Luis Moncín, poetastro y autor dramático de fines del siglo XVIII, fué actor y autor tan fecundo como mediocre (63), aunque gozó de cierta fama.

Ya anda la de Mazagatos tiene escenas de gran realce dramático y trozos espléndidos de bellísimos versos, estando representado el elemento popular por una linda canción (pág. 524): abundan en ella las citas clásicas y mitológicas, tan frecuentes en Lope, y los caracteres de los personajes están trazados con vigorosa maestría.

Finalmente: *Ya anda la de Mazagatos* es de Lope, puesto que ningún bibliógrafo lo pone en duda, antes al contrario, se la atribuyen con rara unanimidad. El texto, como en la mayoría de las obras que de él hoy conocemos, está adulterado por las inevitables sofisticaciones (insistamos en que sólo conocemos completas y puras aquellas de las cuales se conservan los autógrafos) cometidas por *autores* y cómicos para su mayor comodidad y provecho.

XV. Los yerros por amor.

Citada por Huerta y Arteaga. No se conoce más edición que una *suelta*, de la que se conserva un ejemplar en el British Museum (30.688-21); le reproducimos en nuestro texto.

Tiene por encabezamiento: *Los yerros por amor. Comedia famosa. De Lope de Vega Carpio. Hablan en ella las personas siguientes.*—Sin impresor, sin lugar, sin año (últimos del siglo XVII).—En 4.^o.—16 hojas sin numerar.—Signaturas: A-Dz.—Texto a dos columnas.

La *jornada primera* termina en la hoja 6, r.; la *segunda* comienza a continuación y termina en la hoja 11, r.; la *tercera* empieza inmediatamente y finaliza en la hoja 16, r.

(60) Emilio Cotarelo y Mori: *Don Ramón de la Cruz y sus obras*, Madrid, 1899, pag. 562.

(61) Manuel García de Villanueva Ugalde y Parra: *Origen, épocas y progresos del Teatro español*, Madrid, 1802, pág. 327.

(62) Barrera: *Católogo*, pág. 83.

(63) Emilio Cotarelo y Mori: *Don Ramón de la Cruz*, pags. 552-554.

Sufrió la comedia los acostumbrados cortes, y ofrece todos los típicos caracteres de las impresiones *sueeltas* clandestinas.

El título de *Los yerros por amor* parece ser un juego de palabras, por cuanto *hierro* y *yerro* tenían la misma grafía en los siglos XVI y XVII.

En *La esclava de su galán* encontramos idéntica situación a la que sirve de nudo en *Los yerros por amor*. En ésta, VIOLANTE se finge esclava para seguir a DON LOPE, pintándose unos *hierros* en el rostro para dar más verosimilitud a su disfraz; en aquélla, DOÑA ELENA consigue estar cerca de su amado DON JUAN haciéndose vender como esclava, pintándose también un *hierro* en la barquilla.

Resaltan en *Los yerros por amor* escenas de gran valor dramático, dispuestas con ingeniosa gradación para cautivar el interés del espectador. El *oportunismo* de Lope surge en alabanzas a don Juan Portocarrero (página 543, *a*), al marqués de Santa Cruz (pág. 548, *a*), al príncipe Filiberto (página 557, *a*) y a Luis Pacheco de Narváez (pág. 556, *b*), el famoso maestro de esgrima de quien tan linda y donosamente se burló Quevedo en el *Buscón*.

En un hermosísimo romance (pág. 559, *b*) describe magistralmente una fiesta naval celebrada la víspera de San Juan en el puerto de Mesina, y en otro, no menos bello (pág. 551, *b*), relata la que tuvo lugar en Madrid con asistencia de Felipe IV, la reina Isabel, los infantes Fernando, Baltasar Carlos, y la Infanta.

Este último romance nos muestra la fecha en que fué escrita *Los yerros por amor*. Baltasar Carlos nació a primeros de noviembre de 1629, y su natalicio se solemnizó con diversos regocijos públicos, puntualmente detallados en una *Relación* escrita por Gabriel de León (64). Alenda (65) afirma que la fecha 12 de noviembre de dicha *Relación* está equivocada, debiendo corregirse por 12 de diciembre, por diversas razones en que apoya su aserción. Mas no estamos seguros que estas fiestas sean precisamente a las que alude Lope, pues dice que fueron *un alegre día que las fiestas celebraban al Santo de muchas cruces*, lo que pudiera interpretarse como una referencia a Santiago o a San Juan. Alenda no cita, sin embargo, ninguna fiesta notable

(64) Gabriel de León: *Relación verdadera de las fiestas reales, toros y juegos de cañas que se celebraron en la Corte a doce de Noviembre por el nacimiento del Príncipe nuestro señor, con la declaración de los trajes, galas y libreas de todas las quadrillas*, Madrid, Bernardino de Gazmán, 1629.

(65) Jenaro Alenda y Mira: *Relaciones de solemnidades y fiestas públicas de España*, Madrid, 1903, t. I, pág. 263.

que en día de estos santos se celebrase, ni en 1630 ni en los años siguientes hasta 1635.

Con certeza *Los yerros por amor* es de 1629 ó poco más tardía.

XVI. Allá darás rayo.

Durante mucho tiempo se ha desconocido esta rarísima comedia por haberse extraviado el volumen coleccionario existente en la Biblioteca Nacional de Madrid (66), que incluía, además de la *Parte XXVII extravagante*, otras piezas no menos preciosas por su rareza (67).

La *Parte XXVII extravagante*, impresa, según se afirmaba, en Barcelona en 1633, repetidamente citada por Salvá, Huerta, Barrera y Fajardo, no fué vista por los modernos bibliógrafos de Lope, y hasta se llegó a dudar de su existencia, a pesar de haberla manejado don Marcelino Menéndez y Pelayo. Pero en 1923, el culto investigador norteamericano señor H. C. Heaton, durante una breve estancia en Barcelona, descubrió un ejemplar en la biblioteca del *Institut d'Estudis Catalans*, reseñándole del modo siguiente (68):

Portada: *Las comedias del Fenix de España Lope de Vega Carpio. Parte veinte y siete. / Dirigidas al Doctor Ivan Perez / de Montalvan, natural de / la Villa de Madrid. / Año [viñeta] 163[3]. / Con [licencia]. [En] Barcelona. [Año] de [1633].*—Verso en blanco.—Fol. 3, r.: Dedicatoria. Títulos de las comedias.—Fol. 3, v.: Aprobación y licencia de Andrés Omella; Zaragoza, 4 de enero de 1633. Imprimatur: el Doctor Francisco de la Peña. V. G.

Las comedias contenidas en el volumen las enumera así el señor Heaton:

I.—*Por la puente Ivana*, 37 páginas sin numerar.

II.—*Celos con celos se crvan*, 43 páginas sin numerar.

Signaturas: A-E, de ocho folios cada una.

III.—*Lanza por lanza de Lays Almanza*, Fols. 21-38.

IV.—*El Sastre del Campillo*, Fols. 39-62.

V.—*Allá darás rayo*, Fols. 63-80.

VI.—*La selva confusa*, Fols. 81-102.

VII.—*De Islian Romero*, Fols. 101-122.

VIII.—*De los Vargas de Castilla*, Fols. 123-146.

(66) Renner y Castro: *Ob. citada*, págs. 457, 459, 488, 489, 496, 497, 517, 518 y 523.

(67) Schack: *Nachträge*, págs. 41-42.

(68) C. H. Heaton: *Lope's Comedias Parte XXVII extravagante*, (*Romanic Review*, t. XV (1924), pág. 100.)

IX.—*El médico de su honra*. Fols. 1-20.

X.—*Los milagros del desprecio*. Fols. 1-17. Signaturas A-C.

XI.—*El Infanzón de Illescas*. Fols. 1-21. Signaturas A-D.

XII.—*El Marqués de las Nabas*. Fols. 1-18. Signaturas A-C.

No es necesario encomiar lo valioso de este afortunado hallazgo, que puso de manifiesto una vez más la veracidad de Fajardo.

Después de prolija busca en nuestra Biblioteca Nacional, hemos logrado encontrar también en ella la *Parte XXVII*. El volumen en que se hallaba, no sabemos cuándo ni por quién, se desglosó en diferentes trozos. Uno de ellos lo constituyen las mismas dos primeras comedias que figuran en el ejemplar de Barcelona: *Por la puente Juana* y *Celos con celos se curan*. Dió sucinta noticia del referido trozo, aunque sin sospechar toda su importancia y negando que tuviese relación alguna con la *Parte XXVII extravagante*, J. G. Ocerin (69), a cuya perspicacia escapó este más que evidente indicio, pensando hallarse ante una nueva *Parte* de Lope.

Su signatura es *R-i-57*; carece de la portada del de Barcelona, y consta de 1 hoja de guarda + 40 hojas sin numerar, en 8.º; la comedia *Por la puente Juana* ocupa las 18 hojas primeras y el recto de la 19; *Celos con celos se curan* (que no es de Lope, sino de Tirso de Molina) comienza en el verso de la hoja 19, y ocupa las 21 hojas restantes; signaturas A-E 4, de ocho hojas cada una. En la hoja de guarda, de letra manuscrita, al parecer del siglo XVII, dice:

Pte 27 de lope Por la puente Juana Celos con celos se curan / la Madrastra más honrada / el Desposorio encubierto [tachado modernamente con lápiz rojo] Los locos de Valencia [tachado modernamente con lápiz rojo] / los Novios de Hornachuelos / Medico de su honra [de letra moderna, escrito con lápiz azul, entre líneas] / Lanza por lanza el Sastre del Campillo / Alla darás rayo La Selva [enmendada la e sobre una y] confusa / Julian Romero Los Yargas de Castilla.

El trozo por nosotros encontrado contiene siete comedias. Su signatura es *R-23244*. Carece de portada y preliminares. En 8.º; 146 folios numerados (son 148 folios, por hallarse repetida la numeración de los 101 y 102). Signaturas: A-X 5, de ocho folios cada una. Texto a dos columnas. Apostillas manuscritas y correcciones de versos, de las mismas letra y tinta que la escritura de la hoja de guarda del *R-i-57*. Todas las comedias comienzan folio impar. Viñe-

(69) J. Gómez Ocerin: *Para la bibliografía de Lope de Vega*, (Revista de Filología Española, t. I (1913), pág. 104.)

tas (siempre la misma, idéntica a la con que cierra plana *Celos con celos se curan* del R-i-57). Contiene: Fol. 1, r.: *El médico de su honra*. Representola Avendaño; fol. 21, r.: *Lanza por lanza de Lays Almanza*. Representola Avendaño; fol. 39, r.: *El sastre del Campillo*. Representola Manuel Vallejo; fol. 63, r.: *Alla daras rayo*. Representola Manuel Vallejo; fol. 80, r.: *Fin de Alla daras rayo. Siguen dos famosos Romances: Romance del embidioso castigado*. Comienza: *La zagala mal contenta*. Termina: *Mil penas para morir*. Fol. 80, v.: *Romance de la villana de Pinto*. Comienza: *Arbol que en tus verdes años*. Termina: *Tú acabaste, yo caí*. (Son seis décimas.); fol. 81, r.: *La selva confesa*. Representola Manuel Vallejo; fol. 101, r. (en realidad 103, por errata): *De Islián Romero*. Representola Antonio de Prado; fol. 123, r. (125, *idem*): *De los Vargas de Castilla*. Representola Antonio de Prado; fol. 146, v. (148): *Aquí da fin la famosa comedia de Los Vargas de Castilla*. [Viñeta: un mascarón sonriente, profusamente adornado con motivos arquitectónicos; a derecha e izquierda, dos cabezas de grifo, de cuyas bocas penden sendos borlones; ciñe la frente del mascarón un a modo de *claf* egipcio, y de su cuello pende un cascabel, rematado por borla que cae en el centro de un anillo].

En el ejemplar de Barcelona, *El médico de su honra* va a continuación de *Los Vargas de Castilla*, en vez de estar inmediatamente delante de *Lanza por lanza*; pero esto es sencillamente un error de encuadernación, como puede comprobarse por su foliación y signaturas. Lleva además, añadidas al fin, tres comedias sueltas: *Los milagros del desprecio*, *El Infanzón de Illescas* y *El Marqués de las Navas*, con foliación y signaturas propias e independientes.

De ser exacto el contenido de la guarda de R-i-57, se diferenciaría del de Madrid en que éste contenía trece comedias en vez de doce, de ellas, nueve iguales, y cuatro diferentes: *La madrastra más honrada*, *El deposorio encubierto*, *Los locos de Valencia* y *Los novios de Hornachuelos*.

Podemos, pues, afirmar que lo que verdaderamente constituye el núcleo de la Parte XXVII *extravagante* son las siete comedias del R.-23244, las cuales se imprimieron furtivamente, fuera de Barcelona y en fecha anterior a la que se les asigna. El gran amigo de Lope, don Francisco López de Aguilár, dice en el prólogo de la *Dorotea*, 1632, que libreros y editores de Sevilla, Cádiz y otras ciudades de Andalucía publicaban clandestinamente las comedias del Fénix con falso pie de imprenta de Zaragoza o Barcelona; Aguilár rechaza indignado tales desmanes, en nombre del ofendido poeta.

Las comedias restantes son *suestras*, sin relación ninguna entre sí ni con las otras siete, y de ello resulta su diversidad en los dos ejemplares conocidos.

La mala fe de un librero, sevillano o madrileño probablemente, las hizo encuadernar juntas, formando un tomo facticio, al que encabezó con portada y preliminares fantásticos (nótese la contradicción entre la *aprobación* de Zaragoza y el *pie de imprenta* de Barcelona, que tomada al pie de la letra haría pensar en una edición zaragozana anterior), completando así las *doce* comedias acostumbradas en cada parte, y de ahí las distintas comedias de que constaba el ejemplar de la Biblioteca Nacional y el de Barcelona. Se trata de una superchería más, ocasionada por la codicia de los editores, en la enmarañada bibliografía de Lope.

Que el *R-i-57* y el *R-23244* formaron parte de un mismo volumen anterior, lo demuestran, además de la misma coloración roja de los cortes, cantos y contracantos, la exacta coincidencia de los nervios y cerraduras de la encuadernación.

El título de esta comedia está inspirado en el refrán *Allá darás rayo en casa de Tamayo*, que, según el *Diccionario de Autoridades*, "significa el apego del amor propio, que huye de los males y se interesa poco en que sucedan, con tal que dañen, no a sí, sino a otros". Góngora tiene una letrilla burlesca cuyo estribillo es este mismo refrán. Representóla el famoso comediante Manuel Álvarez Vallejo, marido de la célebre actriz María Riquelme, los cuales, con su compañía, trabajaron en Madrid de 1624 a 1631. Entre estos años hay que fijar la fecha de *Allá darás rayo*.

Al ser impresa sufrió rudos cortes y, como en todas las furtivas, sueltas y extravagantes, la impresión es defectuosa, falta de versos, con erratas de bulto, difíciles de suplir. El descuido de Lope, que entregaba el autógrafo original de sus comedias a los autores de las compañías sin quedarse con copia ni volverse a ocupar más de sus producciones dramáticas, originó el que, aun las impresas bajo su dirección en las *Partes* por él autorizadas, contengan tantos disparates y manquedades que enturbian sus imponderables bellezas. No conocemos todo el genio de Lope más que en las piezas dramáticas autógrafas que afortunadamente se conservan, y en las que resplandece toda la lozanía de su musa. Así vemos en *Allá darás rayo* dos ejemplos de andalucismo, en que riman *vez* con *es*, y *veces* con *corteses* (pág. 560, *a*), y que ciertamente no son imputables a Lope, tan pulcro y fácil en consonantes ricos, sino a todos los que sin respeto a su labor pusieron las manos en sus magníficas estrofas.

La trama de esta comedia de enredo es sencilla y original, basada en la caballeresca actitud de CARLOS, que, vacilante en amor, sabe ser firme en mantener la palabra dada a la REINA MARÍA, despertando con su silencio los

muy humanos celos del REY ENRIQUE, terminando felizmente, aunque no a gusto de todos.

De bien urdida y sencilla fábula, la maestría de Lope sostiene hasta el momento oportuno, muy al final, la perplejidad del espectador o lector, que no puede adivinar un desenlace tan placentero.


Aunque la acción se desarrolla en el palacio de Nápoles, entre reyes y magnates, sin fidelidad histórica, los personajes no son altisonantes ni empingorotados, sino seres que aman, odian y celan. Hay un soneto en el que Lope se queja amargamente del rey (pág. 581, *a*), acaso por verse defraudado en su continua pretensión de ser *coronista*, manía un poco infantil que, de haber sido satisfecha, nada hubiera añadido a su fama, antes la hubiera menguado; para intimidades y relaciones cortesanas con todas sus secuelas, bastan en la vida del Fénix las que, flacamente humano, se vió obligado a mantener con el duque de Sessa.

XVII. Amor con vista.

Se conserva el autógrafo de esta comedia en la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid, y la imprimimos siguiendo su texto. Su signatura es R.-85.

Fué publicada por Sancho Bayón y Fuensanta del Valle en el volumen VI de la *Colección de libros raros y curiosos*, con el título de *Comedias inéditas de Frey Lope Félix de Vega Carpio*, tomo I (único publicado). Madrid, 1873; mas contiene errores de lectura y descuidos de fidelidad que hemos subsanado.

La descripción de este precioso manuscrito es como sigue:

Portada, r:  / *Amor con / vista* / [adorno caligráfico] / *Comedia* [verticalmente, a ambos lados, dos rúbricas sencillas de Lope] / 1626 / [sobre la rúbrica de la derecha]. (Todas las letras de la portada son muy historiadas. En la parte inferior, entre las dos rúbricas, hay, dibujado con la misma tinta, lo que parece indicar que es de mano de Lope, el busto de un mancebo, de no muy suelta factura.)—V.: [En letra distinta de Lope, como si se tratara de ensayos caligráficos] *Al sr Antº Prado autor de comedias por su magª / que guarde Dios y El vecino de Mª en / quatro Dios de mi alma En mi bida en / en (sic) la uilla de Mª en quatro dias / del mes de mayo de mill y seiscientos / y beinte y dos años parecio Juan / Antº de la Ynojosa* (después de *bida* cambia la letra, haciéndose algo encadenada).—Hoja t. r (rota la mitad inferior): *Personas del 1º Acto / El Conde Otavio-Autor / Tomé criado suyo-Vobadilla / Celia-M[ari]a* (tachado: *de Calderón*; y enmendado

encina: *Vitoria / Lisena-Autora / Fenis damas-M[arí]a Ca[lderon].—*
 ACTO PRIMERO: Fol. 1, r.: ✠ *Jhs M^a Josef Angel Custodio / Prim^a / Acto*
*prim^o.—*Tiene 18 folios numerados; equivocada la foliación; repetido el 12.
 Termina en el fol. 17 (18), r.: *D. et M. V.*, seguido de una rúbrica sencilla.—
 ACTO SEGUNDO: Portada, r.: *2^o Acto de Amor con vista / [rúbrica sencilla].*
*V. en blanco.—*Hoja 1, r.: *Personas del 2^o Acto / Otabio / Tomé / César /*
Leonardo / Celia / Lisena / Flora / El Virrey de Napoles / Julio-Jerónimo /
*Albano / Fenis.—*Fol. 1, r.: ✠ *Jhs M^a Joseps Angel Cust^o / P. / Acto 2^o.—*
 Tiene 17 folios numerados. Termina en el fol. 17, r.: [rúbrica sencilla] *D. et*
Matri V. / [rúbrica sencilla]. Sigue una hoja en blanco.—ACTO TERCERO:
 Portada r.: *3^o Acto de Amor con vista / [rúbrica sencilla]. V. en blanco.—*
 Hoja 1, r.: *Personas del 3^o Acto / Otabio / El Virrey / Julio / César / Al-*
bano / Fabricio / Tomé / Un Capitán / Fenis / Lisena / Flora / Celia.—
 Fol. 1, r.: ✠ *Jhs M^a Josef Angel Cust^o/P./Acto T^o.—*Tiene 16 folios nume-
 rados, más una hoja sin numerar. Termina: [rúbrica sencilla] (escritos enci-
 ma de ella los dos últimos versos) / *Laus deo et Mat. Virg. / En Madrid a*
diez de Diziembre de 1620 / Lope de Vega Carpio [rúbrica complicada].—
 Fol. 16, v.: *Veala P^o de Vargas Machuca / [rúbrica] / Es de las mui bue-*
nas comedias q ha escrito Lope de Vega, la fabula ingeniosa / los versos mui
poeticos, escogidos i senten / ciosos, con discretos avisos para los sucesos / de
la vida humana, i toda digna del Teatro de la Corte. Puede representarse.
Madrid / a 11 de Xbre. 1627 / Pedro de Vargas Machuca. / [rúbrica] / Po-
desse reprezetar esta co / media eta a informacao / do ldo. Gregorio de bu-
*llaser / em Loa. 12 de decebno de 1630 / Ldo M^{ta} dabreu.—*Hoja 17 (sin nu-
 merar), r.: *Podesse representar L^{oa} / 14 de dezembro de 1630 / [rúbrica].—*
V.: Esta comedia intitulada Amor con vista se / puede representar reseruan-
do a la vista todo / lo q no fuere de su lectura. En Caraga y / Febrero a 13
*de 1627 / El d^{er} Luis Nau^o Ordori.—*Tamaño: 15 × 21 cm. Procedente de
 Durán.

Existen otros dos manuscritos en la Biblioteca Nacional de Madrid, copia del autógrafo anterior. Llevan por signatura bibliográfica: *Ms. 1514*, procedente también de Durán, y de letra del siglo XIX, y *Ms. 16780*, asimismo de letra moderna.

De D. Antonio Enríquez Gómez hay también una comedia manuscrita, *Amor con vista y cordura* (signatura: *Ms. 15274*), que no tiene de común con la de Lope más que el título.

Hemos descifrado todos los versos tachados sin omitir ninguno. Van anotados en el lugar correspondiente. Por ello podemos deducir el proceso

de técnica que Lope seguía al escribir. Las correcciones nos permiten aseverar que al comenzar su trabajo no tenía concebido más que el plan en líneas generales, sin fijar todos los detalles, que iba añadiendo a medida que de su pluma brotaban las estrofas. Puede comprobarse esto también por la lista de personajes que figura al comienzo de cada acto, los cuales van en orden indistinto sin atender a su mayor o menor importancia; más bien parecen añadidos según la inspiración del poeta les hace intervenir en la acción dramática; de tener completados de antemano todos los pormenores del plan de la obra, bastaría con una sola lista de *personas*. Además, ocurre a veces que el verso que suple a otro tachado expresa idea contraria a la que en éste se decía, cambiando por completo el desarrollo de la ficción.

Nos indican también su maravillosa soltura y dominio en los tercetos, octavas reales, pareados, versos blancos, endecasílabos, sextillas y sonetos; su gran facilidad en las décimas y quintillas, sus ligeras enmiendas en las redondillas y sus vacilaciones, aunque pocas, en el romance. Cuando tacha, generalmente no es por dificultades para encontrar consonante, sino para hacer el verso más ligero en nueva combinación armónica de palabras más sonoras y expresivas. Su célebre verso *y más de ciento en horas veinticuatro* no es una jactancia, sino una espléndida y casi incomprensible realidad, pues en este y en otros autógrafos puede notarse que los actos están hechos de un tirón, achicándose la letra y perdiendo algo de su horizontalidad los versos a medida que Lope avanzaba vertiginosamente, siendo su mano mucho más lenta que su cerebro. Advuértese también que no hay ni una sola estrofa manca, ni un solo verso falto de sílabas, ni sinalefas ni hiatos violentos, como sucede en las ediciones. La musa de Lope era tan perfecta como robustísima, digna, en verdad, por lo prodigiosa, de ser envidiada.

Nos ofrece esta comedia un curioso ejemplo de cómo si no observaba Lope *las reglas* clásicas, respetaba otras por él inventadas, aplicando metros distintos según la situación fuese dramática, amorosa, patética o simplemente narrativa. En el acto primero (pág. 605, a), cuando FÉNIS cuenta su desventura a OTAVIO, suplicándole persista en su protección, el gracioso TOMÉ exclama después de oírla: *¡Vive Dios que me ha cogido! / Gusto de señora tienes, / que yo esperaba un romance / y en verso grave procedes*. Demuestra esto que Lope apropiaba el verso, no sólo a la situación, sino al carácter del personaje. Si FÉNIS hubiese sido una villana, en lugar de la solemne gravedad de los versos de arte mayor, se hubiera contentado con la alada ligereza de unos octosílabos aconsonantados.

La acción se desarrolla en Nápoles, lugar de acción favorito del Fénix.

El protagonista OTAVIO, cuya conducta nos sorprende hoy un poco, es trasto fiel del modo especial de sentir de nuestro autor, más que capaz de mudar, a impulsos de su veleidad, el amoroso pensamiento en brevísimos instantes, sin que la conciencia le reprochase, dispuesto siempre a que triunfasen sus bríos sin otra norma que su voluntad. Es un extraño ejemplo de veracidad y embustes, de inconstancia y firmezas, de lealtad e infidelidades. Ama a FÉNIS porque se le aparece novelescamente, encontrando su mayor deleite en la prohibición del fruto, y, sin embargo, la respeta caballeroso, otorgándola seguro asilo en la morada de CELIA, de quien, a su vez, es huésped. No menos sorprendente es el carácter asaz desenvuelto de FÉNIS, que, escapando de la justa cólera de su padre, confía su vida y su honor al primer caballero desconocido con que topa en su azorada huida, y que persiste terca, sin aparente motivo, en no reintegrarse a su hogar, aun conociendo lo peregrino de su situación y los peligros a que se expone, sólo por obstinada rebeldía.

Entre las enredosas burlas de esta comedia aletea sutil ráfaga de tragedia, que se desvanece prestamente en el copo suave, blando, de una nubecilla primaveral.

Los actores que estrenaron *Amor con vista*, y que figuran en el reparto, son: *El Conde Otavio*, el autor Antonio de Prado, famoso representante, casado con Mariana Vaca de Morales (hija de Juan de Morales y de la gallarda Jusepa Vaca), la autora, que hizo el papel de *Lisena*; *Tomé, el gracioso*, le correspondió a Luis Bernardo de Bobadilla, cuya mujer, María de Victoria, representó el de *Celia*; *Fénis* fué la celeberrima *Calderona*, María Calderón, amante de Felipe IV y madre del segundo D. Juan de Austria, y *Julio* (segundo acto) tuvo vida en la persona de Miguel Jerónimo.

XVIII. Amor, pleito y desafío

En las *Parte XXII* (Madrid, 1625, y Zaragoza, 1630) y *Parte XXVI* (Zaragoza, 1632 y 1633) se incluye a nombre de Lope una comedia con el mismo título, que es la de Alarcón *Ganar amigos*. La *Parte XXII* de Madrid se publicó por el yerno de Lope, Luis de Usátegui, después de la muerte del Fénix, y fué seguramente preparada para las prensas por éste. El error provino de la semejanza de título y del expedito procedimiento de nuestro poeta para coleccionar sus obras, sirviéndose de las adulteradas copias que le proporcionaban los comediantes, ya que él no conservó jamás ninguno de sus autógrafos, que entregaba a las compañías de cómicos sin preocuparse de la suerte

que corrieran. Así, no es extraño que al tratar de imprimir *Amor, pleito y desafio* consiguiese, en vez de su comedia original, la de Alarcón, atribuída, para explotar su fama, por algún poco escrupuloso autor a Lope, quien, después de los trece años transcurridos desde que salió de su pluma, olvidado el argumento, la aceptó de buena fe como propia, retocándola y procurando corregir sus mixtificaciones, según acostumbraba, antes de que saliesen a luz para ser leídas, y de ahí las grandes diferencias que notó Rennert entre el texto de las versiones adscritas al Fénix y el de *Ganar amigos*, impreso en las obras de Alarcón (70).

Afortunadamente, se conserva el autógrafo de la verdadera en la Biblioteca Nacional de Madrid (signatura: Ms. R-134).

Fué publicada por Sancho Rayón y Fuensanta del Valle, en el volumen VI de la *Colección de libros raros y curiosos*, con *Amor con vista*, y asimismo sin rigor de pureza en su reproducción. Nuestro texto sigue escrupulosamente al autógrafo, cuya descripción reseñamos:

Portada: *Amor Pleito i / Desafio / Tragicomedia /* [margen izquierdo:] *En Mad. a 23 de Nov / yenbre /* [margen derecho:] *1621 /* [rúbrica de Lope].—Hoja 1, r.: *Personas del P^o Acto* [con el reparto que damos en nota].—Acto primero: Fol. 1, r.: ✠ *Jesus Maria Josef Angel Cust^o / P. / Acto P^o.*—Tiene 17 fols. numerados más una hoja en blanco.—Termina con una rúbrica sencilla.—Acto segundo: Portada: *2^o / Acto de Amor pleyto / y Desafio.*—Hoja 1, r.: *Personas del 2^o Acto.*—Fol. 1, r.: ✠ *Jesus M^a Josef Angel Cust^o / P. / Acto 2^o.*—Termina: [rúbrica sencilla] / *Fin de la 2^a Jornada / de Amor pleyto y desafio /* [rúbrica historiada de Lope].—17 fols. numerados + una hoja en blanco.—Acto tercero: Portada: *3^o / Acto de Amor pleyto / y Desafio /* [rúbrica historiada de Lope].—Hoja 1, r.: *Personas del 3^o Acto.*—Fol. 1 r.: ✠ *Jesus M^a Josef Angel Custodio / P. / Acto 3^o.*—Termina: [rúbrica sencilla] / *Laus deo et V. M. immaculatis concep. / En Madrid a 23 de noniembre / de 1621. / Lope de Vega Carpio* [rúbrica historiada].—19 fols. numerados + una hoja en blanco.—En el folio 19, r. de este tercer acto lleva las siguientes censuras: *Vcala P^o de Vargas Machuca* [rúbrica] / *Pocas veces tienen las Comedias de Lope de Vega Carpio / q aduertir porque lo es el tanto en sus escritos que no deja / en que reparar, y en esta del Amor pleyto y desafio, ha mostra / do su ingenio y atencion. Madrid 14 de En^o 1622. / Puedese representar / Pedro de Vargas Machuca* [rubricado].—En la última hoja, encima de una suma: *llebo el 1^{er}*

a rojas la dama de esta com . llebo Jacinto a don Juº de Aragon.—Tamaño: 15 X 21 cm.

Hemos conseguido leer absolutamente todos los versos tachados; confirman las observaciones sobre la técnica de Lope que exponemos al tratar de *Amor con vista*; van anotados en el lugar correspondiente.

La acción de *Amor, pleito y desafío* se desarrolla entre personajes más o menos históricos de la corte de Alfonso XI de Castilla, monarca que también figura en *Del Rey abajo, ninguno*, de Rojas. La lucha amorosa entre el pretendiente rico y el amante pobre, se resuelve con un curioso pleito, de cuya sentencia se origina el desafío, que no se realiza por la intervención del rey.

Aprovechó Lope la ocasión para zaherir a los rábulas curialescos y sus no limpios procedimientos, que tantas amarguras le ocasionaron en los albores de su juventud, ridiculizándolos sin atenuaciones (págs. 659 y 664). Donosamente se burla también del conceptismo (pág. 654, *b*). Lámentase de no haber alcanzado el oficio que intentaba conseguir (pág. 638, *a*), el cual, según hemos visto repetidas veces, era el de *coronista*, y de que su esperanza, puesta en el rey, se había desvanecido (pág. 661, *b*). Hay una alusión a los disgustos que le daban sus hijos, queja repetida en *La vitoria de la honra*. (Prólogo, pág. XXXIII).

Un interesante dato más que añadir a los muchos que demuestran claramente la influencia de Lope sobre Calderón, son los versos: *que más me importa servirte / que la vida que poseo, / pues cuanto no fuere el alma, / mi rey y señor, te debo* (pág. 653, *b*), en los que se anticipó a los famosos de *al rey la hacienda y la vida*.

Amor, pleito y desafío fué representada por la compañía del autor Pedro de Valdés, compuesta a la sazón de su mujer, Jerónima de Burgos; Angela Dido, Isabel de Torres, Juan Bautista, Vicente, Lorenzo Hurtado de la Cámara, Maldonado, Pedro de Pernia y Antonio Rodríguez.

XIX. Las burlas veras.

Las dudas suscitadas sobre la atribución a Lope de esta comedia, se disiparon con recientes aportaciones, que esclarecieron debidamente el asunto, demostrándose que, en efecto, pertenece al Fénix (71).

Hubo también confusiones con otras, como la denominada *Burlas y enre-*

dos de Benito (72), anónima en la edición de Córdoba, 1613, y en la de Madrid, 1617, y que, según Barrera, no es de Lope, aunque Chorley, sin afirmarlo categóricamente, se inclina a creer que pudiera serlo. En la Biblioteca Nacional de Madrid se conserva un manuscrito de una comedia llamada *Las burlas de Benitico* (Ms. 15206), que tiene en las guardas la fecha de 1586, con el nombre de Luis de Benavides, autor de comedias o alquilador de vestuario, y que se representó, con el título de *Los enredos de Benitillo*, en julio de 1593 (73), y que es la misma que se imprimió en *Cuatro comedias*. Atribúyese a Calderón otra pieza, *Burlas veras o El amor invencionero y Española de Florencia*, sin que hasta ahora se haya dilucidado si es de Lope o de Calderón. Finalmente, Julián de Armendáriz, el enemigo de Lope, escribió otra, *Las burlas veras*, que se conserva en la Biblioteca Palatina de Parma.

Ninguna de ellas tiene más relación con la que publicamos que la semejanza en el título.

El Sr. S. L. Millard Rosenberg publicó en Filadelfia, 1912, una edición de *Las burlas veras*, basada en el ejemplar que se conserva en el British Museum (74), no acompañándole por completo el acierto al reproducirle, pues incurre en varios errores y descuidos, tales como: enmendar [y]erro, la falta del ejemplar *erro*, con lo que sobra al verso una sílaba, en vez de *erro[r]*, con lo que resulta perfecto; añadir innecesariamente una *u* a *implica*, que sin ella hace buen sentido; añadir, también sin necesidad una *s* a *caballero*, cuando es evidente que ha de ser singular; corregir *quien me merece desvía*, un verso que dice *que en merecer me desvía*; leer *instantan*, corrigiendo *intientan*, en vez de *sustentan*; no corregir *rifa* en lugar de *risa*; leer *adorará a* en vez de *adorara en*; puntuar y acentuar ¿Qué? De Nápoles dexé al Condestable, desmesurando el verso, en vez de ¿Que de Nápoles deje al Condestable; leer y assi mando, con lo que al verso le falta una sílaba, en vez de y así lo mando; leer *abraxe* en vez de *abrasé*, con lo que se destruye la acentuación del verso; leer *yo*, en vez de *y*; etc. (75).

(72) *Cuatro comedias famosas de Don Luis de Góngora y Lope de Vega*, Madrid, 1617. Publicada por D. Emilio Cotarelo en el vol. IV de la presente colección, Madrid, 1917; prólogo, pág. vii, y texto, pág. 74.

(73) Pérez Pastor: *Nuevos datos*, pág. 37.

(74) *Colección de Comedias sueltas con algunos Autos y Entremeses de los mejores Ingenios de España, desde Lope de Vega hasta Comella*. Hecha y ordenada por J[ohn] R[utter] C[horley], tomo I, parte 3.^a (1178 h. 3).

(75) Págs. del presente volumen: 679, a, verso 2; 679, b, verso 17; 679, b, verso penúltimo; 684, b, verso 32; 689, a, verso 10; 691, b, verso 10; 696, a, verso 5; 698, a, verso primero; 701, a, verso 17; 704, a, verso 17.

Creíase único el referido ejemplar; pero hemos descubierto otro en la Biblioteca Municipal de Madrid, y de él nos servimos para la presente edición.

Su descripción es como sigue:

Las burlas veras. / *Comedia* / *famosa.* / *De Lope de Vega Cargio* (sic).

Sin lugar; sin impresor, sin año. En 4.º—16 hojas sin numerar.—Signaturas: A-D2.—Texto a dos columnas.

La impresión, bastante mediana, de tipos muy usados, es de últimos del siglo XVII, hecha sobre papel de mala calidad.

Ambos, el del British y el de la Biblioteca Municipal, son idénticos y salidos al mismo tiempo de la prensa, pues coinciden hasta en las menores erratas. La signatura bibliográfica del ejemplar madrileño es 21-70.

Las burlas veras es una amable comedia palatina, cuya acción se desenvuelve en la corte de Sicilia, entre príncipes, duques y un en potencia y encubierto Conde de Barcelona; ninguno responde a la realidad histórica.

De graciosa finura, contiene escenas lindísimas (pág. 692), de originalidad e interés dignos de Lope, quien vehementemente nos pinta su ideal de hermosura femenina (pág. 687), exponiendo las curiosas teorías de que la mujer conservará su honor si sabe defender la boca de los besos del amado (repetida en *Amor con vista*, pág. 604), y la de que un noble, encubierto con distinto nombre, no tiene obligación de cumplir la palabra, anteriormente dada, cuando recobra su verdadera personalidad, puesto que fué otro y no él mismo quien la dió (pág. 705).

Las burlas veras sufrió al ser impresa larguísimos y despiadados cortes que amenguan sus bellezas, y erratas grandes, en estrofas y versos, que dejan algo perplejo al lector.

No hemos podido fijar su fecha, pero por la maestría del plan, la armoniosa versificación y el inesperado desenlace, creemos que es de la plenitud de producción de Lope.

XX. La Carbonera.

Se publicó en la Parte XXII, Madrid, 1635, después de la muerte de Lope, por su yerno Luis de Usátegui (76), y modernamente por don Marcelino Menéndez y Pelayo en el volumen IX de las *Obras de Lope*, edición de

(76) *Veintidos* / parte perfecta de las comedias / *Del Fenix de España Frey Lope Felix de Vega / Carpio, del Habito de San Juan, Familiar / del Santo Oficio de la Inquisicion, Procurador Fiscal de la Camara Apostolica. Sacadas de sus verdaderos / originales, no adulteradas como las que hasta / aquí han salido. Dedicadas a la Excelma Señora doña Catalina de*

la Real Academia Española. Fué traducida al alemán por el conde de Soden (77), aunque de modo deficiente. En el British Museum se conserva una edición *suelta* con el título de *Doña Leonor de Guzmán, hermana de don Pedro el Cruel*.

Hemos logrado hallar el manuscrito del *tercer acto*, que, según Rennert (78), no se encontraba en la Biblioteca Nacional de Madrid. Sus interesantísimas variantes completan y mejoran el texto de la impresión madrileña de tal manera, que nos ha inducido a publicarla de nuevo. Seguimos en las *jornadas primera y segunda* la ya citada edición de 1635, que denominamos *E*, y en la *tercera* reproducimos el texto impreso y el del manuscrito, al que designamos *Ms*.

El manuscrito del *tercer acto* de *La carbonera* no figura en el completo *Catálogo* de Paz. Procede de Durán, y su signatura bibliográfica es *Ms. 17449*¹². Portada: *La Carbonera*.—Hoja 1, r.: *Tercera jornada de la Carbonera*.—17 hojas útiles, sin numerar, + 1 hoja en blanco.—Letra del siglo XVII. 16 × 22 cm.

La carbonera no se ajusta por completo a la realidad histórica. El rey don Pedro, presentado por Lope no como *cruel*, sino como *justiciero*, tuvo una hermana bastarda, doña Juana, que casó con don Ferrando de Castro. La fantasía de Lope mejoró con poética ficción la prosaica realidad, que en la *Crónica* de Pero López de Ayala aparece no por descarnada más verdadera.

La carbonera es una de las muchas comedias de Lope en que se canta la vida, sencilla y apacible, campesina, en la que los hombres, laboriosos y hospitalarios, tienen también su puntillo de honra y sus ribetes de hidalgo or-

Zuñiga y Auellaneda, / Marquesa de Cañete. / 64 y 1/2 / Año [adorno tipográfico] 1635. / Con privilegio. / En Madrid. Por la viuda de Juan González. / A costa de Domingo de Palacio y Villegas, y Pedro Verges, / mercaderes de libros.

En 4.º—4 hojas + 254 fols.—Signaturas: A-Iiz.—Texto a dos columnas.

Portada.—V. en blanco.—Hoja 1.ª, r.: Dedicatoria de Luis de Usátegui.—V.: Títulos de las comedias.—Hoja 2, r.: Aprobación, Maestro Joseph de Valdivielso, Madrid, 12 de mayo de 1635. Licencia del Ordinario, Licenciado Lorenzo de Iturrizarra, y por su mandado Simón Jiménez, Madrid, 14 de mayo de 1635.—V.: Aprobación, Licenciado Florencio de Vera y Chacón, Madrid, 26 de mayo de 1635.—Hoja 3, r.: Suma del privilegio, Madrid, 21 de junio de 1635.—Suma de la tasa, Madrid, 2 de octubre de 1635.—Erratas, Murcia de la Llana, Madrid, 28 de septiembre de 1635.—V.: Al que leyere.

Fol. 1, r.: Quien todo lo quiere; fol. 19, r.: No son todos ruiseñores; fol. 41, r.: Amar, servir y esperar; fol. 65, r.: Vida de San Pedro Nolasco; fol. 84, r.: La primera información; fol. 106, r.: Nadie se conoce; fol. 130, r.: La mayor vitoria; fol. 150, r.: Amar sin saber a quién; fol. 173, r.: Amor, pleito y desafío; fol. 192, r.: El labrador venturoso; fol. 214, r.: Los trabajos de Jacob; fol. 234, r.: *La carbonera*.

(77) *Schauspiele des Lope de Vega*, t. 1. Leipzig, 1820.

(78) Rennert y Castro: *Obra citada*, pág. 468.

gullo cuando alguien pretende humillarlos. Lope gustaba de sacar a escena los carboneros, como ya hemos visto en *El triunfo de la humildad*.

El carácter de DON JUAN DE VELASCO es uno de los personajes más logrados de los muchos que creó el Fénix, románticamente humano y caballeresco.

La carbonera tiene una espléndida versificación (es magnífica la descripción de la fiesta del Corpus en Sevilla (pág. 726), y otros muchos de sus trozos), que demuestra ser obra de la vejez de Lope.

Fué representada por Pedro de la Rosa, en el Retiro, el 25 de junio de 1636.

FEDERICO RUIZ MORCUENDE.

LA FAMOSA COMEDIA

DE

LOS TORNEOS DE ARAGÓN

ACTO PRIMERO

FIGURAS DEL PRIMER ACTO:

ESTELA.	VITELIO.
EL DUQUE ARNALDO.	CLODOVEO, <i>Rey de Francia.</i>
NATALIO.	
EL CONDE BALDUINO.	BERMUDO, <i>Rey de León.</i>
CARLOS.	CELSO.
MARCELA.	RAMIRO.
ROSELO.	GENTE DE GUARDA.

(ESTELA y el DUQUE ARNALDO.)

ARNALDO. Yo me casaré contigo.
 ESTELA. Aun sospecho que mi honor
 no puede tanto conmigo (1):
 que es imposible el amor
 donde es el dueño enemigo.
 ARNALDO. ¿Tanto aquel gallardo quieres?
 ESTELA. Testigo tirano eres,
 pues por él tan mal te trato.
 ARNALDO. No importa; que con el trato
 cobráis amor las mujeres.
 ESTELA. Si el tiempo que es ya pasado
 a su principio volviese,
 cuando fué el mundo formado,
 y desde entonces viviese
 hasta su fin a tu lado;
 si después que te casases
 los instantes transformases,
 ¡oh, Duque!, en horas tardías,
 las horas en largos días,
 que éste mi amor conquistases;
 si los días en semanas
 y las semanas en meses,
 y si con promesas vanas
 los meses volver pudieses
 en olimpiadas romanas;
 si éstas en lustros pudieras

ARNALDO.

volver luego, y combatieras
 los lustros, siglos y edades,
 y la edad, eternidades,
 y el tiempo infinito hicieras,
 ¡jamás te tuviera amor!
 ¡Oh, qué notable rigor!
 ¡Oh, qué firmeza en mujer,
 a quien no pueden mover
 fuerza de amor ni de honor!

Pero mira lo que dura
 en el enfermo el autojo,
 en el loco la cordura,
 en hombre noble el enojo
 y en el pobre la ventura:
 el lirio cárdeno en mayo,
 en el que juega el sosiego,
 en vil mujer el desmayo,
 en las estopas el fuego
 y por los vientos el rayo;
 en los padres el rigor,
 en ingrato el beneficio,
 en los niños el amor,
 la paz en dos de un oficio
 y en el cobarde el valor;
 en el pródigo el tener,
 en el avariento el dar,
 en el indigno el poder:
 ¡lo mesmo suele durar
 juramento de mujer!

ESTELA.

¡Basta!, que imitarme quieres;
 pero, por más que me asombres,
 no es posible que me alteres;
 que es muy antiguo en los hombres
 aniquilar las mujeres;
 y cuando posible fuera
 que ése tu amor me viniera
 con fuerza de tiempo largo,
 pondrán a su fuerza embargo
 honra, agravio y muerte fiera.
 Honra, digo, de mi hermano;
 agravio, digo, de aquel

(1) En M: *cemigo*.

que fué mi marido en vano;
muerte, digo, pues por él
está la tuya en su mano;

ansí que, dándote muerte,
¿cómo podrás obligar
con largo tiempo a quererte,
ni yo dejar de jurar
que tengo de aborrecerte?

ARNALDO. ¡Ea, Estela!, que no has sido
tú sola en el mundo brava;
otras, por ventura, ha habido,
que Amor juramentos lava
con el agua del olvido.

¿Qué es eso de no querer?
¡Si cuentan de una mujer
que a un simio (!) tuvo afición,
tratándole en ocasión
que no pudo más hacer:

que de una nave perdida,
a una isla despoblada
salió, en una tabla asida,
donde fué dél regalada;
y al fin le quiso, queridá!

Yo te tengo en mi poder,
y no soy fiero animal
ni menos diestro en querer,
ni tú, Estela, pedernal,
sino mudable mujer.

Si a tu esposo te llevaban,
no era tu esposo hasta allí,
pues tus bodas se trataban;
de ti el robarte aprendí.
¡También tus ojos robaban!

Si acaso el Conde, tu hermano,
no me tiene por igual
de aquél tu esposo tirano,
será porque igualan mal
un noble con un villano.

Yo soy Duque desta tierra,
que puesto que, despoblada,
ricos vasallos encierra;
que es el arado su espada
y el fértil campo su guerra.

No hay ciudades, hay montañas;
no hay palacios, hay cabañas;
no hay traiciones ni dobleces;
que aquí traen los jueces,
en lugar de varas, cañas;
no se ejercita la pluma
en larga y prolija suma
regida del interés,

ni hay hierro para los pies;
que no hay tanto presuma.

No ha pasado el Siglo de Oro:
¡todo es virtud; no hay castigo!

ESTELA. Esas verdades ignoro;
¿no eres tú el dueño enemigo,
como Fálaris del toro?

¿Pues qué virtud puede haber
en tus vasallos, ni hacer
más bien que de tus lecciones?
Varas, plumas y prisiones
te sabrá el cielo poner.

República sin castigo
no arguye virtud.

Pues ¿qué?

ARNALDO.

ESTELA. Libertad.

ARNALDO.

Di que contigo
la he tenido.

ESTELA.

Bien podré
dar tu traición por castigo.

¡No es fuerza la que me has he-
[cho!

(NATALIO, criado.)

NATALIO.

Esta carta llega ahora,
y que es de Francia sospecho.
¿Del Rey?

ARNALDO.

NATALIO.

Sin duda.

ARNALDO.

Señora,
el Conde está satisfecho,

y en Francia queda notorio
que sois mía; aquí, sin duda,
pide el Rey mi desposorio,
y que a vuestra deuda acuda
y de vuestro padre Honorio.

Antes de leerla os pido
la mano, y al cielo juro
ser vuestro esposo y marido.

ESTELA.

¡Por el honor que procuro,
por fuerza habré consentido!

Mas ¿por qué quieres mujer
que siempre ha de aborrecerte
y nunca te ha de querer?

ARNALDO.

Leer quiero.

ESTELA.

¡Hasta la muerte
te tengo de aborrecer!

Y poco tiempo será;
¡que mi vida durará,
Duque, en tu poder, tan poco!

ARNALDO.

¡Válame Dios!

ESTELA.

¿Estás loco?
¿Qué efectos haciendo está?

No es la carta casamiento.

NATALIO. Sin duda que es amenaza
del castigo de escarmiento.
ARNALDO. Pensar conviene la traza
de mi nuevo pensamiento.
 Entrate allá dentro, Estela.
ESTELA. ¡Ah, tirano! Ya revela
al alma el cielo tu daño.

(*Vase ESTELA.*)

ARNALDO. ¿Fuése?
NATALIO. Ya se fué.
ARNALDO. ¿Qué engaño,
 qué invención o qué cautela.
 Natalio, me ha de valer?
NATALIO. ¿Para qué?
ARNALDO. Toma esa carta;
 toma, comienza a leer.
NATALIO. De mil sospechas me aparta
 verte con tanto placer.
 La carta parece enigma:
 ¿cómo alegre si lastima,
 cómo lastima si alegre?
ARNALDO. Porque, al sol, la sombra negra
 tal vez es fuerza y oprima (1).
 Muestra acá, leerla yo,
 ¡veré otra vez si me engaño!
NATALIO. ¡Como loco estás!
ARNALDO. ¡Pues no!
 ¡No ha muerto tantos el daño
 como el provecho mató!

(*Lee.*)

“Duque Arnaldo, mi primo: Del consejo y
acuerdo de mis Cortes sois llamado al casa-
miento de la Infanta, mi hija, por vuestra san-
gre y generosos méritos. Partid luego a París.”

NATALIO. ¿Por qué no vas adelante?
ARNALDO. Porque, en medio del placer,
 hace que el alma se espante
 de ver aquesta mujer
 en ocasión semejante.
 Natalio, ¿qué haré?
NATALIO. Señor,
 pues el Rey eso te escribe,
 que es de tan supremo honor,
 a matarla te apercibe,
 que es el remedio mejor.
ARNALDO. Y ¿qué hará el Conde, su herma-

NATALIO. Si emparentas con el Rey, [no?
 todo tu negocio es llano.
ARNALDO. Si, que es autor de la ley,
 y está el rompella en su mano.
 Si mi partida apresuro
 y con la Infanta me caso,
 aunque a Estela soy perjuro,
 la dificultad del caso
 de todo punto aseguro.
 Entra y quítale la vida.
Voy.
 ¡Vuelve!
ARNALDO. ¿Ya te arrepientes?
NATALIO. ¿Está en mis ojos asida!
ARNALDO. Pues ¿cómo, señor, consientes
 que tan alto bien te impida?
NATALIO. ¡Ay, Natalio! Bien quisiera,
 porque este bien no estorbara,
 que luego Estela muriera.
 ¡Pero en mi afición repara,
 y que es mujer considera!
NATALIO. ¡Pierdes la ocasión!
ARNALDO. ¡Revoco
 su sentencia!
NATALIO. Lloro el loco,
 después que tarda, se avisa.
ARNALDO. ¡No la matemos a prisa;
 matémosla poco a poco!
NATALIO. ¿A mí qué me va, señor?
 ¿Qué me obliga? ¿Yo qué gano?
 Tuyo era todo el honor.
ARNALDO. Ahora bien, Natalio, en vano
 defiende a Estela mi amor.
 El Rey francés tiene sólo
 un hijo, y aquesta Infanta,
 bella en cuanto mira Apolo,
 desde donde se levanta
 hasta el contrapuesto polo.
 Puedo heredar solamente
 con una vida que falte,
 causa justa y suficiente
 para que esta espada esmalte
 sangre de Estela inocente;
 porque el Conde Balduino
 y Carlos, su medio esposo,
 uno pobre y otro indigno,
 si me ven tan poderoso
 se han de volver del camino.
 ¡Muera Estela!, pero advierte
 qué trazado, y en su muerte,
 de que yo me quiero holgar;
 en una barca en el mar,
 y embárcala desta suerte.

(1) En M: *optima*.

donde en viendo que se aleja
de su ribera en sus olas
su vida y mi fuego deja,
que estando los dos a solas
bien será en balde su queja.

(Entre CELSO, criado.)

CELSO. ¿Cómo, señor, aquí estás?

ARNALDO. Pues ¿dónde quieres que esté?

CELSO. ¿Cómo siguiendo no vas
a Estela?

ARNALDO. ¿A Estela? ¿Por qué?

¿Sospechas, Celso (1), me das!

CELSO. Porque el Conde Balduino,
su hermano, y Carlos, su esposo,
cubren de gente el camino,
de quejas el cielo hermoso
y el mar de madera y lino.

ARNALDO. ¿El Conde?

CELSO. El Conde, señor.

Y así, Estela, en un caballo,
de Marte imita el furor,
que no pudiera picallo
un hombre de armas mejor.

ARNALDO. ¿Que Estela es ida?

CELSO. Advirtióme

que tú, señor, lo mandaste.

ARNALDO. ¿Oh, falsa Estela, engañóme!

¿Que el caballo le ensillaste?

¿Y que una mujer le dome!

¿Qué no podrá una mujer?

Entra tú, Natalio, a ver
desde aquesta torre el mar.

NATALIO. Entro.

((Vase NATALIO))

ARNALDO. ¿Que tanto pesar

signiese a tanto placer!

¿Con qué traje, de qué suerte
pudo correr?

CELSO. En su tierra
es, como los hombres, fuerte
toda mujer en la guerra.

ARNALDO. ¿Daréte, infame, la muerte!

CELSO. Dile el caballo por ti.

ARNALDO. ¿Cómo subió?

CELSO. Recogió
todas las faldas así,
aunque sólo descubrió
el pie y la pierna hasta aquí.

ARNALDO. ¿Lleva espuelas?

CELSO.

Lo primero.

ARNALDO. Y ¿qué caballo?

CELSO. El overo.

ARNALDO. ¿Dónde iba?

CELSO. Al monte subió.

ARNALDO. ¿Corrió bien?

CELSO. No he visto yo
más gallardo caballero.

((Entre NATALIO.))

NATALIO. El balcón de mármol paro,
manso muestra el mar cruel,
vendiéndose el viento caro,
y viéndose el cielo en él
como en un espejo claro.

Ni se ve mástil, ni velas,
ni remos del mar, espuelas,
que con la espuma que fragua
parece dehesa el agua
y las olas ovejuelas.

ARNALDO. ¿Dame un caballo, que creo
que esta mujer es demonio!

NATALIO. No ha de estorbar tu deseo.

ARNALDO. Sígame Ernesto y Andronio,
Lisandro, Heraclio y Teseo.

((Vase.))

NATALIO. Qué, ¿subió sin que persona
la ayudase?

CELSO. No la abona
ser mujer.

NATALIO. No es maravilla.

CELSO. Iba gallarda en la silla,
como si fuera amazona (1).

((Váyase. Quede CELSO.))

¿Qué bien se ha trazado así!

Váyase el Duque traidor,
a quien tanto aborrecí,
que el cielo es sólo el señor,
y sé que al cielo serví,
no en darle a Estela el caballo,
que esto fué por desvallo
deste palacio a la sierra,
que así al inocente yerra
el que más piensa acertallo.

((Entre ESTELA.))

ESTELA. Ya se han ido, Celso amigo.

CELSO. ¿Bien escondida has estado;
vaya al monte tu enemigo!

(1) En M y en B, Celio.

(1) En M, amazona.

ESTELA. Con esta burla le he dado
de su traición el castigo.

CELSO. Mientras te van a buscar,
por el mar te has de librar
del poder deste tirano.

ESTELA. Fía del Conde mi hermano.

CELSO. Esta puerta sale al mar.

(*Vanse. CONDE, BALDUINO y CARLOS.*)

BALDUINO. ¿Ansí te tiene el deseo?

CARLOS. Con[de] (1) Balduino, estoy
con tantas sospechas hoy,
que las temo y no las creo;
que no puede ser el mal
tanto mal como adivino.

BALDUINO. Corren Amor y el camino
por una distancia igual.

Los dos son largos así:
tu alma, Carlos, recela
de la tardanza de Estela
peligro en ella y en ti.

Disculpo, en fin, tus recelos,
que amor es luz del temor,
y el temor sombra de amor,
e (2) hijos de los dos los celos;

mas no tienes que temer,
si no es decir que es amar
donde es el mismo pesar
el tornasol del placer;

que juntando el mal y el bien,
el gusto de los amores
es tafetán de colores.

que es rojo y azul también;
mas llegará presto el día
que mi hermana Estela llegue
donde a tu valor entregue
cuanto es honra y sangre mía.

Aquí llega mi amistad
donde amor más alto vuela,
que en darte mi hermana Estela,
de mí te doy la mitad:

porque te quiero de suerte
que, llegado el justo plazo,
pienso que con este lazo
queda nuestro amor más fuerte.

CARLOS. Como rey has procedido,
Conde, que mi humilde estado
tú mismo (3) le has levantado,

de tu mano heroica asido,
o como artífice raro
que ha labrado una figura,
que en sabiendo que es su hechura
la honró de su nombre claro,
quieres que luego se arguya
de cuál artífice fui,
pues en viendo a Estela allí
verán que la hechura es tuya.

Dete el cielo larga vida
y sobrinos a quien des
muy presto a besar tus pies
por la merced recebida.

BALDUINO. Carlos, menos humildad,
que cuando mi igual no fueras,
y aun mejor que yo, pudieras
serlo por tanta amistad.

Dejemos el cumplimento,
que ya tu ingenio y valor
más compiten con mi amor
que no con mi entendimiento,
y volvamos a tu pena,
que ojalá fuera la mía
de condición que algún día
menguará luna tan llena.

Esperas, Carlos, tu bien;
mas yo, triste, ¿cuándo espero
que haya en el mal de que muero
esa esperanza también?

Amo la Infanta, ¡ay de mí!,
que aunque el que conoces soy,
con menos valor estoy
que tuve cuando nací.

Quitóme el inglés mis tierras
porque mi padre sirvió
a tu rey, pagando yo
el interés destas guerras;

y aunque en cuantas ha tenido
contra España, Italia y Flandes,
que han sido en diez años grandes,
el Rey francés le he servido,

en tiempo que sólo corre
ingratitude semejante,
no habrá servicio importante
que no le deshaga y borre,

no estoy, como otros privados,
en su gracia ni en su corte.

CARLOS. Cuando esa gracia te importe,
si es el fin de tus cuidados,

¿qué mayor que haber tenido
la de la Infanta en tu mano?

BALDUINO. Todo su favor es vano,
estando el Rey oído.

(1) En M: con; en B como.

(2) En M: y.

(3) En B: a tu mismo.

Contra aquella voluntad
que de las nuestras es dueño,
toda resistencia es sueño,
y todo amor, vanidad;
mas, ya que el alma ha llegado,
Carlos, a embarcarse en esto,
a ver el fin voy dispuesto,
por no perder lo esperado.

Póngase el mundo delante
de inconvenientes y penas,
que las estrellas y arenas
no sean número bastante,
que yo, como suele estar
en el mar peñasco firme,
haré que mi amor se afirme
contra los vientos y el mar.

(Entre VITELIO, criado.)

VITELIO. Este papel trajo Alherto.
BALDUINO. Muestra.
CARLOS. ¿Qué es lo que te espanta?
BALDUINO. ¡Esta cifra es de la Infanta!
¡Ya corre amor descubierto,
ya la máscara se quita!

CARLOS. Muestra la cifra.
BALDUINO. La nema
parte una em[e].

CARLOS. No tema
quien tanto bien solicita.
[BALDUINO.] Déjame besar la em[e]
donde comienza aquel nombre.

(Entre ROSELO, criado.)

ROSELO. Esta carta me dió un hombre
que ver tu presencia teme,
porque viene mal tratado.
CARLOS. ¿De quién es?
ROSELO. Tampoco quiere
decirlo.
CARLOS. Dile que espere.

(Comienzan a leer los dos, haciendo extremos de lo que leen.)

VITELIO. A buen tiempo se la has dado,
y más si trata de amor,
que espera a Estela por puntos.
ROSELO. A los dos, como a difuntos,
cubre amarillo color.

¿Qué papeles son aquestos?

VITELIO. De igual pena son los dos.

BALDUINO. ¡Santo cielo!

CARLOS. ¡Santo Dios!

ROSELO. ¡Huye!
VITELIO. ¿Qué extremos son éstos?
ROSELO. ¡No sé, por Dios!

BALDUINO. ¡Ay de mí!
CARLOS. ¿Qué es eso, Conde?

BALDUINO. Tú, amigo
Carlos, ¿qué tienes?

ROSELO. ¿Qué digo?
VITELIO. ¿Qué quieres?

ROSELO. ¡Huye de aquí!

CARLOS. ¡Muerto soy!

BALDUINO. ¡Y yo también!

CARLOS. ¡Yo perdido!

BALDUINO. ¡Yo acabado!

CARLOS. ¡Helado estoy!

BALDUINO. ¡Yo turbado!

CARLOS. ¡Yo sin vida!

BALDUINO. ¡Yo sin bien!

CARLOS. Muestra lo que te han escrito.

BALDUINO. Lee este papel.

CARLOS. Escucha.

BALDUINO. Verás si la causa es mucha.

CARLOS. Y tú si es mucho el delito.

(Lee.)

“Hoy ha entrado mi padre en mi retrete a tratar conmigo lo que tenía hecho, primero que llegase a mis oídos, que es casarme con el Duque Arnaldo, a quien ha escrito que venga para esto y para que gobierne a Francia mientras su Delfín crece. No os digo cómo estoy, porque esta noche os veré, a la hora que sabéis, si hasta entonces vivo.”

BALDUINO. ¿Qué te parece?
CARLOS. No es nada,
respeto deste papel;
toma, Conde, mira en el
nuestra desdicha cifrada.

Lee la mayor maldad
que el mundo ha visto ni oído.

BALDUINO. ¡Válgame el cielo! ¿Qué ha sido?

CARLOS. Nuestra muerte, si es verdad.

(Lee BALDUINO.)

“Viniendo con tu esposa, hermana del Conde Balduino, la desdichada y hermosa Estela, por las montañas del Duque Arnaldo, salió a nosotros con su ejército, donde, matando los que se resistieron y prendiendo los que la acompañaron, se la llevó a un palacio y jardín que so-

bre el mar tiene, donde yo desde la prisión te escribo, con ese villano disfrazado, tu desdicha y la nuestra.—Su secretario, *Oliviero*.”

BALDUINO. ¿Tanto mal juntó Fortuna?
¡Basta, que mi pecho franco
sirve a tus tiros (1) de blanco
desde el sepulcro a la cuna!

¿Qué es esto que pasa aquí?
¿Del Duque traidor, mujer
la Infanta, y en su poder
también mi hermana? ¡Ay de mí!

¿Qué haremos, Carlos, qué haremos?
CARLOS. No era en vano mi temor. [mos?
que es astrólogo el Amor,
y conoce por extremos.

¿Presa Estela? ¿Arnaldo infame
dueño de Estela? ¿Yo vivo,
yo con alma? ¡Ah, cielo esquivo,
consiente que así te llame!

¡Oh, estrellas! Si sois quien dais
el bien o el mal, dadme presto
la muerte, si me habéis puesto
donde vosotras (2) miráis!

¡Oh!, juntaos las que habéis
mis contrarias, y formad [sido
un rayo que en tierna edad
me ponga en eterno olvido.

BALDUINO. Carlos, deja a viles pechos
esa desesperación;
que las estrellas no son
sus daños, ni sus provechos.

Dios es quien premia y castiga:
castigo es éste. Partamos.

CARLOS. ¿Dónde es posible que vamos?

BALDUINO. ¿Aquí quieres que lo diga?
Déjame disimular,

que yo haré venganza en él.
CARLOS. ¿Diráslo al Rey?

BALDUINO. No, que dél,
¿qué puedo agora esperar?

Y vosotros que esto oís,
¡vive Dios, que es suma luz,
que ésta os meta hasta la cruz,
si alguna cosa decís!

ROSELO. Yo soy mármol.
[VITELIO.] Yo también.

BALDUINO. Eso os cumple, Carlos, vamos.

CARLOS. ¡Buenos sin honra quedamos!

BALDUINO. Harálo el cielo más bien.

(*Táncse. Entren MARCELA, Infanta, y CLODOVEO, Rey.*)

REY. Conviene, Marcela, así,
y el Duque tiene valor.

MARCELA. Eres supremo señor
de toda Francia y de mí.

A cosas de tu contento
no te debo replicar,
ni es justo desconfiar
de tu raro entendimiento;

que lo habrás tan bien pensado,
con tanto acuerdo y consejo,
como para el mismo espejo
donde siempre te has mirado.

REY. Pues sintiendo así, Marcela,
tu bien y el mío, no estés
tan triste que pena des,
que respondes con cautela;

que el bien deste imperio mío
consiste en esta elección.

MARCELA. Que entiende tu discreción
mi pensamiento, confío;

que no debe la mujer,
hablándola de casar,
dejar de mostrar pesar,
aunque le cause placer;

porque así muestra valor,
honra, honestidad, respeto,
aunque tenga en lo secreto
deseo, gusto y amor.

REY. Si, pero todo el extremo
forzosamente es vicioso,
y así vivo sospechoso,
y de que me engañas temo;

fuera de que es de importancia
que muestres, Marcela mía,
a mi respuesta alegría
para que la tenga Francia.

No sales deste jardín,
que aunque es tanta su hermosura,
variedad y compostura,
todo es soledad, en fin.

Deja un rato su belleza,
fuentes, cuadros y colores,
que estar siempre entre agua y flores
es indicio de tristeza. [res

Ponte una tarde al balcón,
mira la antigua París,
la gran gente y San Dionís,
y el palacio de Borbón;

mira el famoso terrero,
que es bien digno de mirallo;
tanto famoso caballo,

(1) En *M*: *viros*.

(2) En *M* y en *B*: *vosotros*.

tanto galán caballero;
 manda hacer fiestas, disfraces,
 máscaras, justas, torneos,
 porque con estos deseos
 muestres que mi gusto haces.

(Un PAJE.)

PAJE. Correo ha llegado agora
 que el Duque llega a París.

MARCELA. Alma, ¿qué es esto que oís?

PAJE. Dadme albricias vos, señora.

MARCELA. Yo te las mando.

REY. ¿Tan grave
 respondes a tales nuevas?
 Cuando a tu estado lo debas,
 ¿en cuál obediencia cabe?

Ahora bien, ya no es razón
 cansarte si eso es respeto
 de tu estado.

MARCELA. (Hoy tiene efeto
 vuestra muerte, corazón.)

REY. Sea el Duque bien venido;
 a recibirle saldré
 con mi corte; haz tú que esté
 lo que sabes prevenido,
 y advierte que le recibas
 con gusto y galas de bodas.

(Váyase el REY.)

MARCELA. ¡Salid de mi alma todas,
 esperanzas fugitivas!

¡No quede en mi pensamiento
 cosa que sepa a bonanza,
 en saliendo la esperanza
 de su patria y nacimiento!

¡Huid, bienes lisonjeros,
 contentos vanos prestados,
 regalos imaginados,
 que nunca sois verdaderos;
 salid y dejad a solas
 el alma en pena tan grave
 como suele estar la nave
 que la combaten las olas!

¡Queden pesares en mí,
 queden disgustos y enojos;
 salga también por los ojos
 lo que por los ojos vi!

¿A quién contaré mis daños.
 quién escuchará mi mal,
 quién tendrá paciencia igual
 que me escuche tantos daños?

¡Árboles deste jardín,
 yerbas, flores, aguas, fuentes.
 oid, pues estáis presentes
 a mi acelerado fin!

¡Aqui el Conde Balduino
 viste mil veces sentado,
 de ser de mi alma amado
 por tantos méritos digno!

¡Perdile, flores queridas;
 fuentes, al Conde perdí;
 ya no le veréis aquí,
 que hoy se apartan nuestras vidas!

¡Yedras que estáis enlazadas,
 perdonad, porque no es bien
 que vuestras almas lo estén,
 y las vuestras, apartadas!

¡Loca estoy, furor es éste!
 ¿Qué haré? ¡Voces quiero dar,
 al Conde quiero llamar,
 aunque la vida me cueste!

(Entre BALDUINO.)

MARCELA. ¡Conde amigo!

BALDUINO. ¡Mí Marcela!
 ¿Visteme entrar?

MARCELA. ¡Ay, mi bien!
 Alterado me has.

BALDUINO. ¿De quién
 tu pensamiento recela?

MARCELA. ¿Eres tú? Porque llamarte
 la misma imaginación,
 y al acabar la razón
 responder, verte y hablarte,
 parece sombra que forma
 su fuerza y hace efeto.

BALDUINO. Sombra soy de aquel sujeto
 que tu luz y vida informa (1);
 que en las penas desiguales
 que ahora al alma previenes
 soy sombra para los bienes,
 y cuerpo para los males.

Cuando a éste porqué venia
 topé recámara y gente,
 que por la famosa puente
 la gran ciudad dividia,
 y en las armas conocí
 que eran del Duque tu esposo,
 aunque al pecho temeroso
 ningún crédito le di.

Pregunté a un paje su dueño.

(1) Así esta redondilla en *M* y en *B*. Acaso el último *daños* pudiera ser *años*.

(1) "*Inferma*" en *M*.

y no acabó de nombrallo,
cuando, dejando el caballo,
me cubrí de mortal sueño;
y a no haber Carlos tenido
en sus hombros este peso,
no hubiera vuelto, confieso,
a mi primero sentido.

Sobre la yerba me tuvo
con mi pena, que era suya,
tan sin alma, que la tuya
mi corta vida entretuvo.

Tan vivo dolor sentía,
que, sin duda, la perdí,
porque la que traigo aquí
no debe de ser la mía.

Con esto, apenas, señora,
aguardé a que anocheciese,
cuando quise que te viese
esta sombra que te adora;

salté la pared, cubierto
desta poca oscuridad,
porque anda ya mi verdad
con el rostro descubierto.

Vengo a despedirme, en fin,
de tus brazos, tus favores,
destas fuentes, destas flores
y deste amado jardín.

No me hables, que estoy tal,
que si enternecer te viese,
no es posible que tuviese
fuerza al sentimiento igual.

Yo lo hablaré todo aquí,
dirélo todo de modo
que, como lo siento todo,
también responda por ti.

Al Conde pierdes; perdiste
tu gusto, afligida estás;
yo, señora, lo estoy más;
triste estás y yo estoy triste;

pierdo a Marcela; perdí
todo mi bien; tú también,
sin mí, quedas sin tu bien;
yo sin mi bien voy sin ti.

¡Adiós, donde no te vea
en brazos del Duque, adiós!

(Vase.)

MARCELA.

¡Espera! ¡Hablemos los dos,
aunque más tormento sea!

¡Conde, Conde! ¿Pues qué es
[esto?

¿No os he de hablar, mi señor?

¿De mí hús? ¿Esto es amor?

¿Tan presto os volvéis, tan presto?

La pared sube; aquél es
Carlos, que le ha de ayudar.
¡Pues habéisme de escuchar,
aunque os tenga de los pies!

(Vase. [Entran] CELSO y ESTELA.)

CELSO. Esta es Navarra de España.

ESTELA. No hay cosa que tanto ande
como el temor, si acompaña.

CELSO. Desde Alemania la grande
no has parado hasta Bretaña.

Dejaste a Geldres y a Cleves,
discurriste tiempos breves
Arlés, Calés y Ruán.

ESTELA. Los mercaderes tendrán
buen pago.

CELSO. Harás lo que debes.

ESTELA. Pararme quise en Brabante,
mas temí ser conocida.

CELSO. Fué para todo importante.

ESTELA. El peligro de la vida
no hay Hércules que no espante.

CELSO. ¿Cómo llaman mar tan llano?
Occidental Oceano,

porque el ángulo es aquél;
queda Inglaterra en él,
y Flandes [a] aquella mano.

Atraviesa hasta Marsella,
Francia desde Picardia.

ESTELA. Toda aquesta costa es bella.

CELSO. Aquello es Fuenterrabía.

ESTELA. Luego Vizcaya es aquella.

CELSO. Hasta el Ebro, que a lo largo
las Asturias tiene enfrente;
desotra parte, el gran cargo
la ninfa Pirene siente
del monte de Francia embargo.

A su espalda está Narbona;
aquel lugar es Bayona,
que desotra parte está.

ESTELA. ¿Y esta senda dónde va?

[CELSO.] Va a Tudela y a Pamplona.

ESTELA. Segura, en fin, quedaré,
en España, del tirano.

CELSO. Desde aquí avisaré
de tu desgracia a tu hermano,
porque remedio te dé.

ESTELA. ¿Si lo sabrá ya mi esposo?

CELSO. ¿Date pena?

ESTELA. Esa consiste
en un efecto piadoso.

CELSO. Como nunca a Carlos viste,

no será efecto amoroso.

ESTELA. Algún amor le tenía,
por fama y porque sabía
que había de ser su mujer;
mas yo ¿qué puedo querer
en su deshonra y la mía?

Escribe luego una carta
para que el Conde por mí
de Francia a Navarra parta.
CELSO. Harélo, señora, así.

ESTELA. Gente viene.

CELSO. Aquí te aparta.

(BERMUDO, Rey de León; RAMIRO, caballero; acompañamiento, de camino.)

BERMUDO.

Y fué mejor partir a la ligera
para llegar secreto a Zaragoza;
haced que se adelante la litera,
que quiero (1) caminar en la carroza.
Toda la gente que en Pamplona espera,
y que de verme la esperanza goza,
esta tarde reciba este contento.

RAMIRO.

Apercebido tienes aposento.

BERMUDO.

Ya me lleva el amor de la Princesa
llena el alma de amor y de esperanza,
que por el fin de la gloriosa empresa
culpa el desco la menor tardanza;
aquí la guerra y el enojo cesa,
y cada cual lo que pretende alcanza,
siendo el que llevo yo tales despojos
que son gloria del alma y de los ojos.

Como Mercurio, aquí tener quisiera
alas, en vez destas espuelas, tales
que volando, Ramiro, ver pudiera
la luz de aquellos ojos celestiales.

RAMIRO.

Eres fuego, caminas a tu esfera,
porque, en efecto, vuelves donde sales.

BERMUDO.

Vamos; que aun (2) desde aquí mi alma ausente
mira de doña Blanca el sol presente.

(Váyase el Rey.)

CELSO.

¡Ah, caballero!

RAMIRO.

¿Quién [me] llama?

CELSO.

Oídmelo.

por lo que al fin debéis a caballero,
y decidme: ¿quién es aqueste Príncipe?,
que no lo muestra menos su persona.

RAMIRO.

Es el Rey de León.

CELSO.

¿Dónde camina?

RAMIRO.

A Zaragoza.

CELSO.

¿Va a casarse?

RAMIRO.

Han hecho
paces el de Aragón y el de Navarra,
y casan sus dos hijos, que éste es hijo
del navarro don Carlos, aunque reina
en Galicia y León; y don Fortunio,
el rey aragonés, tiene por hija
un ángel, a quien llaman doña Blanca,
sujeta del amor de aqueste Príncipe.
¿Queréis más que esto?

CELSO.

Que os prospere el cielo,
y que los dé la sucesión dichosa
que esperan de tan alto casamiento.

(Váyase DON RAMIRO.)

CELSO.

¿Oíste al español?

ESTELA.

Todo lo entiendo,
que sé mejor su lengua que la mía;
mas dime: ¿podré yo ver estas fiestas
y la corte española, disfrazada?

CELSO.

Bien podremos servir un caballero,
si tomas traje en que de paje sirvas.

(1) "Quiere" en M y en B.

(2) "Aunque" (suplido de con tilde sobre la a)
en M y en B.

ESTELA.

No has dicho bien, sino de loco.

CELSO.

¿Loco?

ESTELA.

De loco, pues que la Fortuna es loca,
y no se aparta de conmigo un punto.

CELSO.

Pues para eso en el camino propio
puedo llevarte al Rey, y con él puedes
entrar en el palacio libremente
y procurar remedio a tus desdichas,
que eres mujer gozada y despreciada.

ESTELA.

Camina, y hazme luego una librea
que la cubierta de mi engaño sea.

*(Váyansc. Entren el Duque ARNALDO y la INFANTA
y acompañamiento y NATALIO, y siéntense.)*

ARNALDO. ¿No ha venido a nuestra fiesta
el Rey mi señor?

MARCELA. No está
con salud; la causa es ésta.

ARNALDO. Y vos, señora, ¿estáis ya
del alma propia indispuerta?

Parece desdicha mía
que no tengáis alegría
desde que en París entré.
¿Qué contraria estrella fué
la que reinaba aquel día?
¿No habláis?

NATALIO. *[Aparte.]* Sin duda, señor,
que sabe el amor de Estela.

ARNALDO. De eso he tenido temor;
si aquella ofensa recela,
mal podrá tenerme amor.

No la hallé, ¡triste de mí!,
que como la hubiera muerto,
seguro estuviera aquí.

NATALIO. ¿Está acabado el concierto?

ARNALDO. Pienso, Natalio, que sí.

NATALIO. Pues ¿qué aguardas a casarte?

ARNALDO. Mañana, me ha dicho el Rey.

NATALIO. Estando en tan alta parte,
¿qué humanas fuerzas, ni ley,
podrá, señor, derribarte?

(Un PAJE entre.)

PAJE. Una máscara ha venido.

ARNALDO. Pues a muy buen tiempo ha sido,
porque se alegre la Infanta.

MARCELA. ¡No puede tristeza tanta
cubrirse jamás de olvido.

*(Una máscara concertada de moras y moras, con ha-
chas en las manos, al cabo de la cual saldrán BAL-
DUINO y CARLOS, armados; CARLOS ponga la espaa
da a los pechos del Duque, y BALDUINO se lleva
en brazos la INFANTA.)*

CARLOS. ¡No te levantes, cobarde!

ARNALDO. ¡Oh, enemigo!

MARCELA. ¿Qué es aquesto?

ARNALDO. ¡Aguarda!

CARLOS. ¡No hay quien te aguarde!

BALDUINO. ¡Balduino soy!

MARCELA. ¡Corre presto!

ARNALDO. ¡Llamad al Rey!

CARLOS. ¡Será tarde!

(CARLOS se defiende y huya.)

ARNALDO. ¿Cómo, en palacio traición?

(Entre el Rey.)

REY. ¿De qué es esta confusión?

ARNALDO. ¿De que a la Infanta han robado!
¡Buenos habemos quedado
Menalao y Agamenón!

REY. ¿En mi casa? ¿No es posible!

(Entre NATALIO.)

NATALIO. A las ancas del caballo
la lleva el hombre invencible.

REY. ¿Qué, no pudiste estorballo?

ARNALDO. Era el remedio imposible.

NATALIO. Puertas, plazas, calles, puentes,
de varias armadas gentes,
tenian, señor, tomadas,
dando luz de las espadas
los aceros relucientes.

Es tanta la confusión,
que tu media guarda han muerto;
y ha causado admiración
ver entre ellos encubierto
un africano león,

que era el fuerte caballero
que puso el desnudo acero
al pecho del Duque.

REY. ¡Ay, triste,
que a un medio hombre no resiste
todo mi poder entero!

¿Con qué engaño, con qué fuerza
mi corona un hombre ofende;

ARNALDO. qué encantamiento le esfuerza?
Todo el palacio se enciende,
tu vida a salir me fuerza.

Morir quiero entre el furor
del francés Paris traidor.

REY. ¡Detente!

(Digan dentro.)

REY. ¡Prendelde, muera!
¿Qué es esto, canalla fiera?
¡Soy vuestro propio señor!

NATALIO. De tu parte es esta gente.

(La GUARDA, con CARLOS, preso, con alguna sangre.)

GUARDA. ¡Entra, villano!

CARLOS. El que dice
que es villano Carlos, ¡miente!

GUARDA. ¡Eres traidor!

CARLOS. ¡Lo que hice
fué justo!

GUARDA. ¡Muera!

REY. ¡Detente!
¿Eres tú Carlos?

CARLOS. ¡Yo soy!

ARNALDO. ¿Carlos?

CARLOS. ¡Bien es que lo arguyas,
y agradéceme que estoy
sin más manos, y en las tuyas,
cuando esta cuenta te doy;

que con los dientes, tirano,
cuando me faltara mano,
te deshiciera, aunque viera
que si tu sangre bebiera
quedara entonces villano!

No se ha pretendido aquí
hacer esta afrenta al Rey,
Duque Arnaldo, sino a ti.

ARNALDO. ¡Así, será justa ley,

Carlos, que mueras por mí!

REY. Ten la daga, porque diga
quién le ayuda y quién le obliga
a hacer aquesta traición.

CARLOS. Oye la justa razón.

ARNALDO. ¡Muera!

REY. ¡Dejalde prosiga!

CARLOS. Generoso Clodoveo
cristianísimo de Francia,
descendiente de aquel mismo
a quien dió el cielo las armas;
tú, que has puesto con las tuyas
las azucenas doradas
que trajo el ángel entonces

desde San Dionis a Arabia;
tú, que has visto con tu gente
dos veces la casa santa
y en el sepulcro de Cristo
puesto lámparas de plata,
como quien muere me escucha
estas últimas palabras,
verdaderas como es justo
cuando ya el alma se aparta;
y vosotros, caballeros,
que de la famosa banda
traéis colgado el tusón
de aquel arcángel que os guarda,
oídme, que, como noble,
protesto sólo que salgan
verdades en favor mío,
puras, sinceras y llanas.
Notorio es al Rey y a todos
cuantos su Corte acompañan,
que Carlos y Balduino
son dos cuerpos con un alma;
desta amistad procedió,
para juntar nuestras casas,
prometerme en casamiento
el Conde a Estela, su hermana;
envió a Irlanda por ella
y, viniendo ya de Irlanda,
pasó por tierras del Duque,
que son ásperas montañas;
juntó gente, salió al paso,
y entre la noche y el alba,
¡opuesto al sol de mi honra
trajo el día de mi infamia!
Quitó a Estela, gozó a Estela,
matando su gente y guarda,
aunque el temor le forzó
a darle palabras falsas;
llegó entonces, Rey supremo,
del casamiento la carta
en que darle prometías,
como lo has hecho, la Infanta.
Mató a Estela por codicia,
y porque dicen que trata,
matando al Príncipe niño,
ser dueño infame de Francia.
El Conde, que vió su afrenta,
y teme que si se casa
él quedará poderoso,
e (1) imposible su venganza,
juntó sus deudos y amigos,
para quitaros la causa

(1) En M y en B y.

mientras oís su justicia,
con esta famosa hazaña.
Ley es de Francia, gran Rey,
que aquel que en público habla
contra la fama de alguno,
que eso sustente en batalla
y, si está preso, dé un hombre
que por él al campo salga.
como lo pienso hacer yo
si el Rey la batalla aplaza.
Dos meses tengo de tiempo;
éstos pido que me valgan,
retando al infame Duque
por la mitad de la barba.

ARNALDO. Respondo ¡villano vil!
que aceto cuanto prometás
con ánimo varonil;
y cuanto dices y retas,
¡mientes una vez y mil!

Ni he visto a Estela, ni he dado
causa al agravio del Rey.
¡Tú la has muerto y la has gozado!
¡No haya más, que por la ley
ya queda el campo aplazado!
Carlos esté preso aquí,
y en busca del traidor Conde
que quiso enfrentarme así,
pues a traición corresponde
sin causa vengarse en mí,
salgan tres mil hombres luego,
que vayan corriendo el mundo.
ARNALDO. ¡Que a tan triste punto llego!
Mas, pues hay París segundo,
renazca el troyano fuego.

REY. ¡Ay, hija!
CARLOS. ¡Ay, Duque traidor!
ARNALDO. ¡Ay, Conde infame!
CARLOS. ¡Ay, honor!
ARNALDO. ¡Yo te quitaré la vida!
CARLOS. ¡No podrás, que vive asida
del Conde al mismo valor!
ARNALDO. ¡Ha hecho como villano!
CARLOS. ¡Ya te he dicho yo quién eres!
ARNALDO. ¡Soy deudo del Rey cercano!
CARLOS. ¡Huiste con las mujeres
viendo mi acero en la mano!
ARNALDO. ¿No veis lo que éste responde?
CARLOS. ¿No veis cómo éste se esconde?
ARNALDO. ¡Tu desvergüenza me espanta!
CARLOS. ¡No gozarás de la Infanta,
que ya está en manos del Conde!

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO

FIGURAS DEL SEGUNDO ACTO

BALDUINO.	ESTELA.
MARCELA.	CELSO.
VITELIO.	DINARDO.
BERMUDO.	CARLOS.
DOÑA BLANCA.	CLODOVTO.
RAMIRO.	DUQUE ARNALDO.

(El Conde BALDUINO y MARCELA.)

BALDUINO. Segura estás en España.
MARCELA. ¿De quién temerá la guerra
la que tu gusto acompaña?
BALDUINO. Toda esta margen de tierra,
Ebro fertiliza y baña.
Desde el mar de Aibedeo,
su cristalino paseo
se extiende hasta los Alfaques.
MARCELA. Con esta agua es bien que aplaques
del Duque Arnaldo el deseo.
BALDUINO. Con ponerla en medio basta;
¡oh, si en el pasado encuentro,
que todo su bien contrasta,
le quedara el hierro dentro,
y fuera blandiéndole el asta!
MARCELA. Pues ¿arrojándole alguna?
BALDUINO. En las puertas quedó una,
como un tiempo Delaocón
en el gran Paladión,
máquina a Troya importuna;
pero detuvo el traidor,
al salir, el pie cobarde.
MARCELA. ¡Carlos tarda!
BALDUINO. ¿Qué temor
me ha dado que Carlos tarde!
Hágalo el cielo mejor,
que nuestro concierto fué
que en poniendo en tierra el pie,
el primero que llegase
a España, al otro esperase.
MARCELA. ¿Qué temes?
BALDUINO. ¿Que preso esté!
MARCELA. ¿No dices muerto?
BALDUINO. ¡Señora!,
si pensase que era muerto,
¿creéis que viviese ahora?;
que es vivo tengo por cierto,
y que mis trabajos flora.
De dos almas, en un día,
llevando una fe la palma,
hicimos tal compañía,
que no se fuera del alma

sin avisar a la mía.

De sus trabajos soy eco,
como la voz en lo hueco:
todo lo que pasa allá,
aquí respondiendo está,
que ninguna cosa trueco.

¿No has visto aquella saeta
que en los relojes señala
las horas siempre inquieta?
Pues mi corazón la iguala;
que el alma es rueda secreta.

Es Carlos el movimiento,
el volante, el fundamento;
mi pecho el círculo es,
donde sospecho que ves
las horas de su tormento.

El índice corazón
señala que en esta hora
debe de estar en prisión:
la campana es hierro ahora,
y aquí estoy sintiendo el son.

MARCELA. Justamente le debéis
a Carlos, Conde, ese amor;
mas mucho agravio me hacéis,
porque del mío, en rigor,
toda la parte ofendéis.

Quien ama, ¿no ha de tener
otro bien en qué pensar,
ni otro negocio que hacer?

BALDUINO. ¿Este amor queréis culpar
no le teniendo a mujer?

MARCELA. ¿A mujer? Pues ¿si eso fuera,
esta paciencia tuviera?

BALDUINO. Pues hombre, ¿en qué lo fundáis?

MARCELA. En que a Carlos deseáis,
y que su ausencia os altera.

El pintar desnudo a Amor,
es mostrar que de cuidados
lo ha de estar el amador.

BALDUINO. ¿Qué celos tan extremados!

MARCELA. ¡Desprecios, diréis mejor!

BALDUINO. ¿Yo os desprecio por pensar
en Carlos, que debo amar
por tantas obligaciones?

MARCELA. No, sino por las razones
de vuestro justo pesar.

Si el alma a Carlos le distes,
¿cómo sin alma venís,
y si al corazón hicistes
que del reloj de París
señale las horas tristes,
en qué pasará las mías
todos estos largos días?

BALDUINO. Mi señora, no haya más;
¡no le nombraré jamás!

MARCELA. ¡Basta, y menos cortesías!

De una Reina se escribió
que un caballo le mató
a su marido, celosa;
que no ha de amar otra cosa
si la quiere como yo.

BALDUINO. ¡No más Carlos: esto es hecho!;
Carlos, de hoy más no se nombre,
hoy queda Carlos deshecho,
Carlos para mi no es hombre,
salga Carlos de mi pecho.

Carlos, por vos, de los dos
hoy se divide, ¡por Dios!;
hoy Carlos se ha de partir.

MARCELA. ¡No salga, si ha de salir
con tantos Carlos de vos!

¿Qué brava generación
en vuestro pecho tenía;
sin duda, en el corazón
como espíritu vivía,
que sale con su legión!

¿Hay más Carlos? En mil pechos
no cupieron satisfechos.

¡Dejaldos ya, no os canséis,
porque, por más que saquéis,
quedan otros tantos hechos!

BALDUINO. Como de Carlos tenía
tantas deudas de afición,
hice al alma librería,
y en cualquiera obligación
su amado nombre escribía,

pretendiéndolas pagar;
como estudiante pensaba
por los títulos, sacar
las que debía y pagaba,
para más presto acertar.

MARCELA. Si, pero en toda una ciencia
hay de libros diferencia.

BALDUINO. No, que en la ciencia de amor
todos tienen un autor
que llaman correspondencia.

¡Llega a Dios, Marcela mía,
que si a la vuestra, el querer
a Carlos bien, ofendéis,
que muera el Conde en poder
de Arnaldo este mismo día.

No sois la mujer primera
que del amigo se enoja;
pagarle y no más quisiera.

MARCELA. Ya mi celosa congoja
perdón del agravio espera.

Amad a Carlos, que es justo
vuelva Carlos a este pecho,
que fuera negocio injusto
no pagarle lo que ha hecho
por cosas de vuestro gusto.

Y pues en esta ciudad
concertastes esperalle,
como a hermano le esperad,
que quiero también amalle
por ser de vos la mitad.

Id a ver si hay nueva alguna,
mientras aquí me recojo,
que el cansancio me importuna.

BALDUINO. ¡En fin, ya cesó el enojo!

MARCELA. ¡Cesara así la Fortuna;
así su rigor parara!
¡Adiós!

BALDUINO. Mi Marcela, ¡adiós!

MARCELA. Si no amara, no llegara
a las locuras con vos
en que mi celo repara.

(Vase MARCELA.)

BALDUINO.

Desde el agua del rígido Mosela,
que corre de Colona hasta Argentina,
vine al Marne francés, que la divina
gracia y beldad gozaba de Marcela.

Por la venganza de mi hermana Estela
he sido otro Plutón de Proserpina
hasta el Ebro español, que el paso inclina
al asturiano mar desde Tudela.

Llegado aquí, conozco claramente
que me falta del alma un Carlos todo,
puesto que tengo tanto bien conmigo;
que no hay cosa que el cielo justamente
ofenda ni castigue de tal modo
como el olvido de un grato amigo.

(VITELIO entre.)

VITELIO. Pienso que sin duda es él.

BALDUINO. ¿Quién es éste que me mira?

VITELIO. Señor.

BALDUINO. Vitelio fiel,

¿Viene Carlos? ¡Ya suspira!

VITELIO. ¡Sí, viene en este papel!

BALDUINO. ¿Es muerto?

VITELIO. No, sino preso.

BALDUINO. ¡Triste, pero buen suceso!

VITELIO. Al Duque desafío,
y el Rey el campo aplazó.

BALDUINO. Bien haces, háblame deso.

VITELIO. Vuelvo, Vitelio, a abrazarte.
Por una y por otra parte
te buscan, pero ha creído
el Rey que estás escondido,
y anda remiso en buscarte.

En fin, sabe que ha de ser,
aunque has hecho un desvario,
Marcela ya tu mujer.

BALDUINO. Pues aceta el desafío,
eso debe de querer.

VITELIO. Retó al Duque de traidor
Carlos, y advierte, señor,
que llega el plazo y no tiene
remedio.

BALDUINO. Mostrar conviene
todo el amor y el valor.

(Lea:)

VITELIO. "Conde, Carlos está preso."
¿No dice más?

BALDUINO. No otra cosa.

VITELIO. ¿Pues no te cuenta el suceso
y la batalla forzosa?

BALDUINO. ¿Que me ha vencido confieso!

VITELIO. ¡Eso he venido a traer!

¿No te ruega más?

BALDUINO. No creas
que entre amigos han de ser,
para cuando amigo seas,
más razones menester.

¿Qué más me pudo decir?
Carlos preso, ¿no es partir
el Conde luego a libralle,
no es pelear, no es sacalle
de peligro hasta morir?

¿Un amigo ha de rogar
lo que ha de hacer el amigo?
eso es quererle afrentar:
rogar, para el enemigo;
para el amigo, avisar.

Yo partiré a Francia luego,
¿Y por qué no he de poder,
si a Marcela se lo ruego,
que es, en efeto, mujer,
yo marido y Amor ciego?

Sin darle parte, partamos;
que en la casa donde está
bien segura la dejamos.

VITELIO. ¿Qué sentimientos hará!

BALDUINO. Si los pensamos, no vamos.

Yo hago enirme contigo

la hazaña más de enemigo
que jamás ha hecho amante;
pero la más importante
al que es verdadero amado.

Marcela del alma, adiós,
que un Carlos sólo pudiera
hoy apartarme de vos;
que aunque sois mi alma entera,
he dado a Carlos las dos.

Bien sé que seré culpado
de quien me escucha ofendido
que haya mi mujer dejado;
pero estar Carlos perdido
fué por haberla ganado.

Sienta cada cual ahora
lo que quisiere de mí;
que yo me parto, señora,
por mi mismo, que está allí
un otro yo que en mi mora.

Tan Carlos soy, que es agravio
que Carlos goce de vos,
aunque es el engaño sabio,
pues trocándonos los dos,
al Conde en Carlos agravio.

Voy por el Conde que os goce,
que en Carlos, sin duda, está,
y en mi Carlos se conoce,
y Francia me le dará,
si pesa al Rey y a sus Doce.

VITELIO. Tráelos tan divididos,
que tendrá cuatro maridos
en dos Carlos y en dos Condes.

BALDUINO. Discretamente respondes;
mas vuélveme mis sentidos.

(Vanse. BERMUDO, Rey, y DOÑA BLANCA y RAMIRO.)

BLANCA. Si esto agora (1) me negáis,
de ayer conmigo casado,
suplicoos que me digáis
qué haréis después de cansado
si apenas (2) de un mes lo estáis.

Dejad agora la justa,
que es la cosa más injusta
que podéis conmigo hacer.

BERMUDO. Amar es obedecer;
mi amor, de serviros gusta.

Mas dad licencia a un torneo.

BLANCA. Como no salgáis a él,
verle en extremo deseo.

BERMUDO. Por daros las joyas dél,
tal pensamiento poseo.
Mas yo os obedezco en todo.

BLANCA. Obligáisme de ese modo.

BERMUDO. Vos me obligáis en mandarme;
y pues queréis obligarme,
a serviros me acomodo.
Publicaráse la fiesta
a término señalado,
siendo a todos manifiesta.

BLANCA. No será más celebrado
que de mi vuestra respuesta.

BERMUDO. ¡Ramiro!

RAMIRO. ¡Señor!

BERMUDO. Advierte
que tú le has de mantener,
porque eres gallardo y fuerte.
RAMIRO. No me pudieras hacer
tanta merced, de otra suerte.

(Entran ESTELA, de loco, y CELSO.)

ESTELA. ¡Ah, señor Rey de León!,
¿esto se ha de consentir?
Echeme su bendición,
que me quiero luego ir
de su palacio a un mesón.

¿Para esto en su carroza
me trujo hasta Zaragoza?
No quiero estar más aquí;
que no se acuerda de mí,
después que pescó la moza.

BERMUDO. ¿Qué te han hecho, Pinabelo?

ESTELA. Estos pajes me han picado.

CELSO. ¡Calla, furioso!

ESTELA. ¡Dirélo!

BERMUDO. ¿Ya no los han castigado?
¡Mata alguno!

ESTELA. ¡Matarélo!

CELSO. ¡Si hablas, te mataré!

BLANCA. Mandad que nadie le dé.

ESTELA. Mándelo, señora tía,
que es muy gran bellaquería
darme sin hacer porqué.

BERMUDO. En fin, Ramiro, tú eres
mantenedor.

RAMIRO. ¡Ley forzosa!

ESTELA. Pues ¿qué es eso que hacer quie-

BERMUDO. Un torneo. [res?

ESTELA. ¡Linda cosa
si es entre hombres y mujeres!

Una vez entré yo en uno,
y aunque más me resistí,

(1) En M y en B: agora no me.

(2) En M y en B: a pena.

fué un hombre tan importuno,
que en el encuentro caí,
sin hallar remedio alguno.

Mas véneme luego acá...

RAMIRO. Licencia, señor, me da
para que diga mi intento,
que tengo un buen pensamiento.

ESTELA. Pensa[n]do Ramiro está.

Eso sí, decidnos luego
los piensos que habéis comido.

CELSO. ¿No quieres tener sosiego?

ESTELA. ¡Callad vos, Nuño Salido!

CELSO. ¡Ah, loco!

ESTELA. ¡Ah, mozo de ciego!

RAMIRO. Yo mantengo desde agora
que es la Reina mi señora
la más hermosa del mundo.

ESTELA. ¡Mentis!

BERMUDO. ¡Qué error tan profundo!

Al fin, como loco, ignora. (1)

ESTELA. Cuando fuera más hermosa,
hay en el mundo otra cosa
que lo es más.

BERMUDO. ¿Cuál?

ESTELA. La salud,
y más que ella, la virtud
y la mujer vergonzosa,
y el oro del rey adorno
es más hermoso.

CELSO. No es él
quien la sirve.

ESTELA. A decir torno
que es más hermoso un pastel
cuando lo sacan del horno.

CELSO. ¿Quién sino un loco, señor,
pudiera contradeciros
verdad de tanto valor?

ESTELA. Ahora yo quiero argüiros,
muy magnífico dotor.

¿Cuál es la más rica cosa
en una casa?

CELSO. Es preciosa
la honesta y casta mujer.

ESTELA. Vos mentís, que el no deber
es la cosa más hermosa.

A quien no tiene sosiego,
presto la mujer le cansa.

RAMIRO. El cartel quiero hacer luego.

CELSO. La lengua y la furia amansa.

ESTELA. ¡Oh, qué gracioso don Diego!

En breve os quiero decir
cuántas cosas tiene hermosas
el arte de bien vivir.

CELSO. No refieras tantas cosas.

ESTELA. Yo las sabré reducir:

en tener buena conciencia,
buena sangre y calidad,
buen tallo, buena presencia,
buena salud y amistad,
buena opinión en ausencia.

paz, riquezas y poder,
y no habiendo menester
a nadie, vivir de modo
que no falte y, sobre todo,
tener honrada mujer.

BLANCA. Bien dice.

BERMUDO. Discretamente.

BLANCA. Arguya (1) conmigo ahora.

ESTELA. Con vos y con otras veinte.

BLANCA. ¿Cuál es la mayor señora
del mundo, generalmente?

ESTELA. La verdad.

BLANCA. ¡Bien has hablado!

BERMUDO. Está el mundo en triste estado:
la mentira la resiste.

BLANCA. ¿Cuál es la cosa más triste?

ESTELA. Pedir dinero prestado.

BLANCA. ¿No hay otras?

ESTELA. El mundo es vario:

traer un pleito forzoso
es negocio temerario,
con un hombre poderoso
y el escribano contrario.

BLANCA. ¿No hay otro más triste estado?

ESTELA. Amar y no ser amado.

BLANCA. ¿Cuál es la mayor locura?

ESTELA. Ser soberbio en la ventura
el que nació desdichado.

BLANCA. ¿No hay otra?

ESTELA. En caso de hacienda,
gran locura suele ser
prestar a nadie sin prenda,
y el que corre con mujer
ir alargando la rienda.

BLANCA. ¿Qué es la mayor discreción?

ESTELA. Servir a Dios, que da el cielo
y a sí mismo en galardón,
y dar al rey, en el suelo,
obediencia y afición:

no tomar oficio ajeno

(1) En *M* y en *B*: *inora*.

(1) En *M*: *arguya*.

dice un discreto que es bueno.

BLANCA. ¿Quién más descansado pasa?

ESTELA. Quien rige sola su casa,
de paz y riqueza lleno.

BERMUDO. Pues ¿no es bueno gobernar?

ESTELA. Bueno si no hubiera Dios
que ha de venir a juzgar,
que entonces a más de dos
hace el gobierno temblar.

BLANCA. ¿Cuál es el mayor placer?

ESTELA. El de los buenos casados
que se sientan a coner
de tres hijos rodeados:
dos hombres y una mujer.

BERMUDO. Cuanto dice me contenta.

BLANCA. ¿Con qué estará más contenta
la mujer?

ESTELA. Con ser querida
y con andar bien vestida;
lo demás ella lo sienta.

BLANCA. ¿Qué cosa hay más peligrosa?

ESTELA. Ser uno falso testigo,
hablar mal de cualquier cosa,
tener un fuerte enemigo
y una lengua mentirosa.

BLANCA. ¿Cuál es la más blanda cama?

ESTELA. La conciencia y buena fama,
la paz con el no deber;
no querer ni aborrecer,
ni tener mujer ni dama.

BLANCA. ¿Cuál cosa en el mundo ha sido
de miedo menos temido,
siéndolo más que otras cosas?

ESTELA. Tres cosas hay temerosas:
ser juez, padre y marido.

BERMUDO. No digas más, que ya excedes
de tu hábito de loco,
que enseñar los cuerdos puedes.

ESTELA. Antes, por saber tan poco,
soy tapiz de tus paredes.

BERMUDO. Ven, Ramiro, y vos en quien,
doña Blanca, el blanco miro
de mi bien.

ESTELA. Pues yo también
andaré a topa Ramiro,
que he de tornear también.

CELSO. [Ap.] ¿Que no quieres vez nin
callar, Estela importuna?

ESTELA. Calla, Celso de mis ojos:
que así paso los enojos
de mi contraria fortuna.

DINARDO.

Detente, ¡por Dios!, señora. (1)
¿Dónde vas desahogada?

MARCELA.

¿Por qué me tienes? Suéltame, Dinardo.

¿Qué puedo hacer ahora,

si no es darme la muerte?

Ausente el Conde, ¿qué remedio aguardo?

¿Qué miro, qué me tardo?

Deshonrada de un hombre,

dejada en tierra ajena,

con tanta rabia y pena,

que ya blasfemo de su amado nombre,

furor y desatino

se ha vuelto en mí el amor de Balduino.

Y que haberme quitado

del pecho de mi esposo

pienso que fué por amorosa hazaña;

creo que me ha engañado

su pecho cauteloso

sólo en traerme desde Francia a España,

que en tierra tan extraña

me deja con cautela

este fiero tirano,

este alemán villano,

por la venganza de su hermana Estela,

como si yo debiese

que el Duque le infamase y ofendiese.

Ingrato Balduino,

Marcela era tu esposa,

que no del Duque Arnaldo, que te ofende;

por extraño camino,

con venganza afrentosa,

tu pecho vil satisfacción pretende;

si el honor te defiende

de la hermana perdida,

el de mujer te infama,

que por la propia dama

el hombre debe aventurar la vida.

Tú, por guardarla, has hecho

hazaña tan indigna de tu pecho.

Sin duda Carlos vino,

como estaba tratado,

y al Conde aconsejó que me dejase,

y con el desatino

de haberme deshonrado,

del agravio del Duque se vengase.

¿Esto sufrís que pase,

(1) Así en M y B; sobra una sílaba; acaso el verso fuera: *detente, ¡por Dios! señora*, o tal vez: *detente, ¡por Dios! señora*.

divino Autor del mundo?
¡Dinardo, yo soy muerta!

DINARDO.

Cierra un poco la puerta
a tantas quejas y dolor profundo.

MARCELA.

Pues ¿hay algún consuelo?

DINARDO.

Mira que es grande la piedad del cielo.

Pues ya te has declarado
conmigo, Infanta bella,
y de huésped me has hecho secretario,
quien la casa te ha dado,
la voluntad con ella
con ánimo te ofrezco voluntario;
si fuere necesario,
caminaré contigo
del Ebro al Nilo undoso,
y desde el caluroso
clima, del hielo (1) rígido enemigo,
hasta el Febeo carro;
que soy hidalgo y de solar navarro.

Si el Conde, que no creo
del Conde tal hazaña,
te ha dejado, cual dices, no es dejarte
entre el indio y sacheo,
sino en mitad de España,
y si no la mitad, la mejor parte;
esta tierra que parte
el Ebro, censo ofrece
al huésped, donde quedas,
de campos y arboledas
y del ganado que en sus montes crece;
gasta y busca a tu amante
desde el mar español al mar de Atlante.

MARCELA.

¿Dónde podré buscalte,
puesto que tú me ayudes?
¿Adónde le he de hallar?

DINARDO.

Oye, que creo

que como de su talle,
que esto no es bien que dudes,
tan arrogante vive y con deseo
del honroso trofeo
de las armas de España,

a Zaragoza iría
por ver la gallardía
que en estos casamientos la acompaña:
porque con tu licencia
fuera imposible permitir su ausencia.

Ya sabes que Bermudo
casó con doña Blanca;
llevar has visto lanzas y paveses,
tanto luciente escudo,
con tanta adarga blanca,
gallegos, castellanos y leoneses;
pasar has visto arneses,
jaces y caballos
con cubiertas de tela,
y que la fama vuela
común por extranjeros y vasallos,
tanto que el Sol por vellos
se peina más temprano los cabellos.

Yo vi llegar un hombre,
que ese Carlos sería,
según el traidor Conde le abrazaba;
mas no entendí su nombre,
y vi cómo salía
a pie del muro, barbacana y cava.

MARCELA.

Sin duda que le hablaba
en que fuese al torneo.
Tanto de armas se goza,
que el ir a Zaragoza
venció mi obligación y su deseo;
habíame gozado,
y estaba el Conde de mi amor cansado.

¿Qué no promete un hombre
que una mujer pretende?
¿A qué Libia no va, qué Citia olvida?
No hay cosa que le asombre,
ningún temor le ofende,
atropellando honor, hacienda y vida;
mas la ocasión cogida,
satisfecho el deseo,
contentos ya los brazos,
así rompe los lazos,
que por estar viendo un torneo
entre dos celosías,
su dama dejará cuarenta días.

Basta, que Balduino
es ido a Zaragoza
a ver armas, amor, empresas, canto.
¡Extraño desatino!
Lo que siempre se goza,
poco suele estimarse, no me espanto;
mas búscame entre tanto

(1) En *M*: *yelo*.

vestido con que vaya
a la española corte;
haz que se haga y corte,
y por las calzas trocaré la saya,
que llevo ya más celos
que estrellas en la mar miran los cielos.

Di que soy caballero
que a la fama he venido
de aquestos casamientos desde Francia;
que ver al Conde espero
en palacio, rendido
a doña Blanca, ¡empresa de importancia!

DINARDO.

¿En tan breve distancia
rendido le imaginas?

MARCELA.

¿No ves que cuentan della
que es en extremo bella,
con tantas perfecciones peregrinas,
que hasta la tierra extraña
la llama comúnmente el sol de España?

Apercibe criados,
español generoso, y te juro
que una Infanta de Francia favoreces.

DINARDO.

Déjame tus cuidados,
y olvida el lastimoso
llanto que al cielo vengativo ofreces;
no irás como mereces
con recámara grande,
pero bastantemente.

MARCELA.

Lloro un traidor ausente,
¡Y que sin mí por tales pasos ande!

DINARDO.

Que no estará rendido.

MARCELA

La hermosura española le ha vencido.

(CARLOS, atado, con acompañamiento, y el REY CLO-
DOVEO, el DUQUE ARNALDO, armado, detrás, al son
de una caja.)

REY.

Hoy es de tu muerte el día,
en que se ve claramente
que estaba el Duque inocente
de tu deshonra y la mía.

¿Cómo no vuelve por ti

algún deudo de tu casa?

ARNALDO.

El plazo y término pasa.

Carlos, ¿qué quieres de mí?

Mira cuál es tu traición.

pues que ninguno te vale;
ni de Francia un hombre sale,
ni de tu propia nación.

Desde que nuestro horizonte
bordó el sol de luz divina
hasta que ya al mar se inclina
por la espalda de aquel monte,

en la estacada le aguardo.

Confíesate ya vencido.

CARLOS.

A tus pies estoy rendido.

¡oh caballero gallardo!

Conozco que me engañó

con una carta fingida

el que ha vendido mi vida,

y tu traición escribió.

Por no me dar a su hermana.

que prometido me había.

fingió que cuando venía

por la montaña alemana

la robaste de su gente

y la gozaste y mataste.

que para fingirlo baste

que muero y que vive ausente.

¡Oh falso Conde, traidor!

¡Malhaya el hombre que fía

de otro hombre, pues este día

falta a Carlos tu valor!

El goza la Infanta bella,

y yo estoy muriendo aquí

justamente, pues que fui

causa que gozase della.

Para robar a Marcela,

me dió a entender Balduino

que robaste en el camino.

Arnaldo, a su hermana Estela;

y esto no era menester

para aventurarme así,

mas para que viese en ti

que a nadie se ha de creer.

¿Ansí pagas mi verdad

y el darte, Conde, la vida?

Pues tu amistad es fingida.

no hay en el mundo amistad.

Rey de Francia, el sol se ha
el plazo del desafío [puesto;

pasó; corta el cuello mío,

gran Duque, a tus plantas puesto;

no con tu acero famoso,

porque infamarse podría

manchado de sangre mía
su resplandor generoso;

no porque a traición responde
mi sangre, mas porque ha sido
del Conde cuanta he tenido,
y ha sido traidor el Conde;

aunque si matar deseas
a Balduino, yo soy
el mismo Conde, aunque estoy
contando hazañas tan feas;

que supuesto que aquí lloro
su descuido y mi castigo,
vil traidor y falso amigo,
te confieso que le adoro.

ARNALDO. Alzate, Carlos, del suelo,
que no mereces morir;
tu vida quiero pedir
al Rey mi señor y al cielo.

Suplicoos, señor, que viva
Carlos, por hombre leal.

REY. Eres a Alejandro igual;
la fama tu nombre escriba.

Y confieso que mereces,
Carlos, por amigo honrado,
la vida.

CARLOS. La que me has dado,
a tu misma fama ofreces:

pero, señor, no permitas
que viva con esta afrenta,
que más mi vida se aumenta
si aquí la vida me quitas.

Muera yo, porque algún día
le pese al Conde traidor.

REY. Que vivas será mejor,
por honra del Duque y mía;

y porque no sea culpado
que castigo no te doy,
de París sales desde hoy
para siempre desterrado,
y vete sin replicar.

Desatalde; parta luego.

CARLOS. ¡Ved al estado que llego,
que aun no me quieren matar!

¡Adiós, famosos muros, ciudad bella,
de donde me destierra un falso amigo
que ha usado la traición mayor conmigo
y yo le he dado el corazón por ella!

No le voy a buscar, pues atropella
tanta lealtad como en mis obras digo,
que no es el Conde sólo mi enemigo,
sino el rigor de mi contraria estrella.

Yo moriré, que menos mal bastara:

mas, por ver si la tienes diferente,
antes quisiera ver, Conde, tu cara.

Mas ya tendrás detrás la de la frente;
pero ¿qué es lo que digo? Lengua, para,
que aunque es malo fué amigo y está ausente.

(CARLOS váyase.)

ARNALDO. Con justa razón se queja
Carlos del Conde traidor.

REY. Así crece mi dolor,
y mi remedio se aleja.

Quisiera que fuera hombre
el que me hubiera agraviado,
ya que con humilde estado,
de honrada opinión y nombre.

ARNALDO. Si esto dicen sus amigos
en tan público lugar,
bien puedes crédito dar
a sus propios enemigos.

REY. Para mí tengo que es muerto,
pues no hay dél nueva ninguna.

ARNALDO. Si corrió en la mar fortuna,
no llegó con vida al puerto,
porque tantas maldiciones
indignaron (1) cielo y tierra.

REY. Ya en la suya darán guerra
mis franceses escuadrones.

Manda que con presto paso
la corran a sangre y fuego.

(BALDUINO, armado, y VITELIO.)

BALDUINO. Tarde sospecho que llego:
el sol descende (2) al ocaso;
pero algún partido aguardo,
que no es ido el Duque fiero.

ARNALDO. Aquí viene un caballero
armado en blanco y gallardo.

¿Qué puede querer aquí,
Carlos libre, y puesto el sol?

REY. Si es el Santelmo español,
siempre se aparece así.

BALDUINO. Rey de Francia, Clodoveo,
Duque valeroso Arnaldo,
caballeros de París,
cortesanos y soldados:
la fama de aqueste duelo,
de polo a polo volando,
alcanzó a España, y en ella
a los montes de Pelayo.

(1) En M y en B *indignaron*.

(2) En M y en B *deciente*.

Yo soy un hombre español
que llaman Tirso del Carpio,
de sangre, que aún vive ahora,
de aquel famoso Bernardo.
Mi padre, que Dios perdona,
que era un hidalgo asturiano,
de Carlos fué un tiempo huésped,
Carlos, por quien es el campo,
que pasando por León,
que es camino de Santiago,
le dió aposento diez días,
y se le diera diez años,
Hicimos tal amistad,
y tal hermandad juramos,
que esta fe nos prometimos
en todo peligro y daño.
Supe el suyo donde digo,
y por ser camino largo,
parece que tengo excusa
de no haber llegado al plazo:
mas, pues a falta del sol
se ve el arrebol dorado
entre las nubes azules
que en oro vuelven sus rayos,
y el crepúsculo del día
nos ofrece tiempo claro,
y se detiene la noche
a los ruegos de un hidalgo,
hagamos nuestra batalla,
pues en la estacada estamos,
que aunque no hay sol que parta,
allá en el cielo le parta.

ARNALDO

Tarde venis, caballero,
el de las armas en blanco,
pues que ya se ha puesto el sol,
y el Duque es señor del campo.
Ese Carlos que decís
su delito ha confesado,
puesta la rodilla en tierra
y atadas atrás las manos,
y que el conde Balduino
fué traidor y amigo falso,
levantándome que Estela
le robé como tirano.
El Rey le otorgó la vida,
y de París, desterrado,
sale ahora en busca vuestra,
sin armas, honra y caballo.

BALDUINO

¿Que tan mal le ha sucedido,
que eso confesase Carlos?
¿Carlos me llamó traidor?
¿Carlos me llamó villano?
¿Carlos a tus pies rendido,

siendo vivo aqueste brazo?
¿Tú vencedor, fiero Duque,
de un hombre preso y atado?
¿Tú valiente? ¿Tú contento?
¿Qué es lo que espero? ¿Qué
[aguardo?

¡No más vida, no más honra;
moriré, Carlos ingrato!
Toma aquesta espada, Rey,
que es darte también las manos.
¿Qué me miráis? ¿Qué teméis?
¡No ha que falto tantos años!
¡El Conde soy, que me rindo
a la ignorancia (1) de Carlos!
¡El Conde! ¡Asilde, prendelde!

REY.

BALDUINO. Rendido estoy. ¡Paso, paso!,
que, si la espada no diera,
pocos fueran otros tantos.

ARNALDO. Cuando no la dieras, Conde,
en el campo estaba Arnaldo.

BALDUINO. Si más Arnaldos hubiera
que tiene arenas el llano,
aquestos árboles hojas
y un hombre amante cuidados,
no bastara, sin mi gusto.
¿Para qué te atreves tanto,
si sabes que aquella noche
te hice tan grande agravio?

REY.

¿Adónde tienes mi hija,
caballero temerario?

BALDUINO.

¿Adonde tienes mi Estela,
Duque infame?

(CARLOS, armado, con alguna gente.)

CARLOS.

¿Cielo santo!
¡Preso el Conde de esa muerte!
Hoy muere su amigo Carlos.
¡Fuera, villanos cobardes!

BALDUINO.

¿Es Carlos?

[CARLOS.]

Yo soy.

BALDUINO.

Pues ¡alto!
¡Mueran todos!

REY.

¡Guardas, gente.
Duque, soldados, vasallos!

CARLOS.

Signeme, Conde famoso.

BALDUINO.

¿Con la boca, con las manos
hago estrago en esta gente
y voy siguiendo tus pasos!

(Fáyanse los Entre[én] CARLOS y ESTELA.)

(1) En M. abreviada.

CELSE.

¿Es posible, señora, que eso dices?

ESTELA.

Celso, si sabes qué es amor, no es justo que de nuevo amor te escandalices. (1)

CELSE.

¿Por qué, señora, si es tu amor injusto? Y aunque al blasón de tu valor desdices, amaras algún príncipe robusto; pero un mozuelo (2) delicado y tierno desdice a tu valor y a mi gobierno.

¿Tan fácilmente el alma te ha robado, de ayer venido a Zaragoza?

ESTELA.

Muero de sólo haber el resplandor mirado de aquellos ojos, por quien vida espero.

CELSE.

¿Que así, tan femenino y delicado, pudo ablandar tu corazón de acero! Confieso que es galán y gentilhombre, mas es amor indigno de tu nombre.

Por hombre eres tenido, y hombre loco. ¿Qué harás, enamorado? Pues es fuerza que te desprecie el Conde y tenga en poco, que así se llama el que morir te esfuerza.

ESTELA.

A tal furia amorosa me provocó, que, puesto que mi honor se rompa o tierza, le he de gozar, pues ya fui desdichada en ser de un hombre bárbaro gozada.

Tú has de hacer de manera que le cuentes que una dama de verle está rendida, que por miedo de padres y parientes, le quiere ver secreta y escondida; y no es mucho, mi Celso, que esto intentes por el remedio de mi triste vida, que moriré mil veces si no veo en brazos deste Conde mi deseo.

que estando en ellos le diré mi estado, si le viere rendido, como espero; y pues a mi remedio está obligado, hará como francés y caballero.

¡Ay, conde Paris, por mi bien llegado!

¡Ay, Paris, más hermoso que el primero!

¡Ay, quién Elena de tus brazos fuera, aunque Troya después del mundo ardiera!

(*Entrán BERMUDO y DOÑA BLANCA, DINARDO y la INFANTA MARCELA, en hábito de caballero, con espada y capotillo*)

BERMUDO. Quise que la Reina os viese, pues su padre está ocupado.

MARCELA. Favor extremado es ése.

ESTELA. ¡Oh! seas muy bien llegado.

¿Queréisme dejar que os bese?

MARCELA. ¡Oh, mi amigo Pínabelo!

ESTELA. ¡Amigo! Ya quiera el cielo, y vos fuédeses mi amigo.

CELSE. [Atp.] ¿Qué le dices?

ESTELA. Lo que digo. (1)

CELSE. ¿Quieres callar?

ESTELA. No, mochuero.

MARCELA. Señora, pues desde Francia sólo he venido a serviros, aunque es la mayor ganancia, quiero una merced pedir, que no es de poca importancia.

BLANCA. Y sería venturosa, conde Paris, en tener en mi Corte alguna cosa.

ESTELA. ¿Más que le pide mujer, o alguna gata golosa?

MARCELA. Este loco sólo os pido, para llevar a Paris.

BLANCA. Según de mi gusto ha sido, no es poco lo que pedís; pero ya está prometido.

MARCELA. Béseos mil veces los pies.

BLANCA. Qué, ¿ya me queréis dejar?

ESTELA. Mire, Blanca buena es, mas si yo me quiero holgar, es Blanca poco interés.

Ya soy vuestro.

MARCELA. Y de los dos.

ESTELA. Blanca, así me guarde Dios, que valéis más de un escudo, y que me pasa a Bermudo (2). Bermudo, delante vos echame la bendición.

que me voy con el francés.

BERMUDO. Sígnese, en fin, tu nación.

(1) Así en M y en B; falta una sílaba; pudiera completarse el verso; que de [este] nuevo amor te escandalices.

(2) En B. mochuero

(1) Repetido este verso en M

(2) Dice este verso en M y en B. En la comedia ha Bermudo

- ESTELA. Y porque espero después
de mi amor satisfacción (1).
¡Ea! Con vos he de ir.
¿No me daréis de vestir?
- MARCELA. Húngaros de tela de oro
hasta los pies.
- ESTELA. ¿Soy yo moro?
Mas ¿qué hay de moro a morir?
¿Comeré con vos?
- MARCELA. ¡Pues no!
- ESTELA. ¿Y dormiré?
- MARCELA. No lo sé.
- ESTELA. Pues eso deseo yo;
y si esto alcanza mi fe,
sola mi fe me salvó;
que habéis de ver un secreto
que no le ha hecho, os prometo,
la Naturaleza igual.
- MARCELA. [Ap.] ¡Dinardo!
- DINARDO. ¿Señor?
- MARCELA. Gran mal,
por mi lo dice, en efeto.
- DINARDO. ¿Hate el loco conocido?
- MARCELA. Sí no, ¿por qué deseara
dormir conmigo, atrevido?
- ESTELA. [Ap.] ¡Celso!
- CELSE. ¿Señora?
- ESTELA. Repara
que le está hablando al oído.
¿Si entiende que soy mujer?
- CELSE. Eso debe de entender.)
- MARCELA. [Ap.] ¿Si entiende que mujer soy?
- DINARDO. Eso imaginando estoy.
- MARCELA. ¿Puede ser?
- MARCELA. Bien puede ser.
Los locos dicen verdades,
y hablan con el furor.
- DINARDO. Lo cierto me persuades. (2)
- ESTELA. [Ap.] (Decirle puedo mi amor,
entre aquestas libertades.)
- BERMUDO. ¿Qué caja, estruendo y tropel
es éste?
- DINARDO. Viene Ramiro (3)
de publicar el cartel.
- MARCELA. Dinardo, entre cuanto miro (4)
no viene el Conde. ¿Qué es dél?

RAMIRO. Ya, señor, se ha publicado
el torneo, y en la plaza
queda su cartel fijado
por la prevenida traza;
y aquí te traigo el traslado.

MARCELA. Suplico a Vuestras Altezas
se me lea ese papel.

ESTELA. Mejor es hacelle piezas.
¿Qué diablos venís con él
a quebrarnos las cabezas?

(Lea.)

CELSE. "Sepan todos que mantiene
el caballero leonés,
al de Navarra y Pirene,
al gallego, al portugués
y cuantos el mundo tiene,
que es la Infanta de Aragón
la de mayor perfección,
con joyas de mil ducados,
y con jüeces, nombrados
de diferente nación.

Ningún arma en la estacada
saca afuera ni publica,
cualquiera dellas le agrada,
y más tres botes de pica
y cinco golpes de espada.

Hachas de armas le darán.
y los reyes premiarán
a la espada más perfeta,
a la letra más discreta
y al que entrare más galán."

MARCELA. Quien mantiene desa suerte
¿qué aventureros espera?
la condición es muy fuerte,
que si otra el cartel tuviera,
no era peligro la muerte.
Saliera, sin duda alguna;
pero a mi buena fortuna,
y a la Reina agradeciera
que esta causa mantuviera,
pues no la iguala ninguna.

[ESTELA.] ¿Quién decís?

MARCELA. Yo mantendré
lo que Ramiro propone,
y el cartel publicaré
hasta donde el indio pone
y el blanco alemán el pie.

BIANCA. Yo estimo la cortesía,
mas, Conde, ¡por vida mía,
que contra el cartel salgáis!

BERMUDO. Y a mi también me obligáis.

(RAMIRO, hachas y crados, cajas, y un PAJO, con una
rodela y el cartel.)

(1) En M y en B. *satisfacción*.

(2) Así en M y en B. *Acaso el verso fuese [De]
lo cierto me persuades.*

(3) En M: *ramero*.

(4) En M: *mira*.

ESTELA. No salgas, francés porfia.
MARCELA. Pues tengo yo de decir
que hay infanta más hermosa.
BLANCA. Podéisme en esto servir.
MARCELA. Harélo, aunque es fuerte cosa.
ESTELA. Todos hemos de salir.
¡Pardiez, que he de hacer libre a
y salir a tornear!
¿Queréis que padrino sea?
MARCELA. Mostrad, que quiero firmar.
ESTELA. Poned que la Infanta es fea.
MARCELA. Que es más hermosa mi dama
añojo.
CELSO. El conde Paris dice.
ESTELA. ¿Dama tenéis?
MARCELA. En la cama.
BERMUDO. Para que más se autorice,
diga ese nombre la fama,
y vamos, Reina, de aquí.
ESTELA. ¿Que, en fin, tenéis dama?
MARCELA. Si.
que conmigo duerme y viene.
ESTELA. Celso amigo, dama tiene.
CELSO. ¿Qué hemos de hacer?
ESTELA. ¡Ay de mí!
¡De celos me he de perder!
DINARDO. El loco te ha de querer.
MARCELA. Guardaréme de su injuria;
porque en el loco no hay furia
como a solas con mujer.

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO

FIGURAS DEL TERCERO ACTO

CARLOS.	ESTELA.
BALDUINO.	BERMUDO.
TORINDO.	DON RAMIRO.
DANTEO.	ARNALDO.
ARMENTO, <i>labrador</i> .	CIODOVEO.
TOLANO.	DOÑA BLANCA.
RIPALDA, <i>labradora</i> .	NARCISO, <i>paje</i> .
MARCELA.	ROSIO.
DINARDO.	REY DE ARAGÓN.
CELSO.	UN MAESTRO DE CAMPO.

(CARLOS y BALDUINO.)

CARLOS. ¿No hay hombre en toda la casa?
BALDUINO. ¡Válame Dios! ¿Dónde estoy?
Temor me hiela (1) y me abrasa.

CARLOS. Voces en desierto doy.
BALDUINO. Hasta los jardines pasa.
CARLOS. ¿Aquí dejaste a Marcela?
BALDUINO. Como esperar en Tudela
de Navarra concertamos,
en San Sebastián dejamos
la ligera carabela.
Fuéronse los portugueses,
y en este alcázar bizarro
donde ves tantos paveses,
que es de un hidalgo navarro
aficionado a franceses,
que casi todos los son,
la nueva de tu prisión
Vitelio me trujo el día
que esperaba el alma mía
la mitad del corazón.
Si estar Marcela conmigo,
Carlos, me daba placer,
mayor le esperé contigo;
que es gran contento tener
bella dama y buen amigo.
Pues viendo que si decía
a Marcela que quería
irte a librar, no dejara,
que sin duda lo estorbara,
por no verme ausente un día,
sin decirle nada fui
donde, en lugar de librarte,
Carlos, me librate a mí.
CARLOS. Temo que han ido a buscarte,
pues falta el dueño de aquí.
BALDUINO. ¡Brava desdicha sería!
CARLOS. La casa desocupada
muestra (1) tu desdicha y mía.
BALDUINO. Ya ocupa el alma turbada
del cuerpo la sangre fría.
CARLOS. Si de la vida es el alma
el corazón, Conde mío,
su respiración desalma
viendo este alcázar vacío
y nuestros ojos en calma
que no hay a quien preguntar:
mas quiero en la huerta entrar.
BALDUINO. Carlos, el alma recela
que me han llevado a Marcela.
CARLOS. Déjame un hombre buscar.

(*Áyase CARLOS.*)

BALDUINO. Pienso que no le hallarás:

(1) En M y en B *gela*.

(1) En M y en B *muestra*.

que mi desdichada suerte,
que, si por vengarla más,
llamase a voces la muerte,
no responderá jamás.
¡Buenos habernos quedado!
Ella ausente y yo culpado,
siendo hombre y ella mujer.

(DANTEO, TORINDO, ARMENTO, TOLANO, labradores, que vienen de arar.)

DANTEO. La mesa podréis poner
en la alfombra deste prado,
que ya por la verde falda
del monte, como una cierva (1),
viene bajando Ripalda,
volviendo la fértil hierba,
con pies de nieve, esmeralda.
TOLANO. Mas que la coman culebras
hemos de arar treinta huebras
antes que llegue la olla.
TORINDO. No bebió con la cebolla.
TOLANO. ¡Qué gentil cecina en hebra[s]!

(RIPALDA, labradorcilla, con una cesta)

RIPALDA. ¡Dios guarde la buena gente!
ARMENTO. ¡Era ya tiempo!
RIPALDA. ¿He tardado?
ARMENTO. ¡Ea!, cada cual se asiente.
BALDUINO. ¡Oh, cuán divertido he estado!
DANTEO. Sentaos, y Ripalda enfrente.

(Ponen unos mantiles, pan y queso y rábanos.)

BALDUINO. Estos labradores son
de Dinardo; quiero atento
oír su conversación.
TOLANO. Mostrad esa bota, Armento,
que me va dando torzón.
ARMENTO. Tomad, hermano Tolano,
y bebed como soléis.
TOLANO. Ninguno me hable a la mano.
DANTEO. Eso será como andéis
comedido y cortésano.
TOLANO. ¡A tuta la compañía,
por la salud y alegría
de mi amo y de Marcela,
brindis!

DANTEO. ¡Chutais!
ARMENTO. ¡Pimpinela!

(1) En M. como una cierva.

TORINDO. ¡Lanciscotis!
RIPALDA. ¡Malvasía!
BALDUINO. ¡Desventurado de mí!
¿Qué es lo que al villano oí?
Marcela dijo. ¿Qué aguardo?
Sin duda, el traidor Dinardo
se la ha llevado de aquí.
DANTEO. ¿Es para el jueves?
ARMENTO. ¡Que pueda
tanto un aliento!
DANTEO. Yo tomo
la botilla, y ande en rueda.
TOLANO. ¿Queréis que me haga momo
y que pare lo que queda?
DANTEO. ¡Brindis porque mi señora!...
BALDUINO. ¡Ah, gente!
ARMENTO. ¿Quién es?
BALDUINO. Yo soy.
DANTEO. ¿Que hubo de llegar agora!
BALDUINO. ¿Sois de Dinardo?
DANTEO. A eso voy.
Torno a beber. Aquí mora.
BALDUINO. ¡Lo que se ensancha un villano
que está en su casa comiendo!
¿Está en la ciudad, hermano?
ARMENTO. ¡Oh, que al diablo os encomiendo!
A todo habláis a la mano.
Allá con Marcela es ido;
que dicen que es su marido.
BALDUINO. ¿Su marido? ¡Ese soy yo!
DANTEO. ¿Sois vos el que la dejó?
BALDUINO. El que por ella ha venido.
DANTEO. ¡Hola, Tolano! ¿No oís
cuntar un cuquillo?
TOLANO. ¿Cómo?
BALDUINO. ¡Ah, villanos! ¿Qué decís?
TORINDO. ¡Brindis, señor mayordomo!
DANTEO. Diz que hay un ciervo en Paris...
BALDUINO. ¡Oh, pesía a mi sufrimiento!
¡Mueran todos a mis manos!
RIPALDA. ¡Huye, Torindo!
TORINDO. ¡Huye, Armento!
DANTEO. ¡Huye, Ripalda!
BALDUINO. ¡Ah, villanos!
De castigaros me afrento.
¿Dónde está Marcela?
DANTEO. A mí
hubo de cogerme así,
señor, por aquesos cerros
iba a caza con diez perros,
treinta halcones y un neblí.
BALDUINO. ¿Dónde está Dinardo?
DANTEO. ¡Ay, triste!

Señor, murióse.

BALDUINO. ¿Ya es muerto,
o de temor lo dijiste?

DANTEO. Ni sé si yerro o si acierto.
Tantum ergo anima Christe.

Llévósele mi señor.

BALDUINO. ¿Túvola amor? (1)

DANTEO. Grande amor.

BALDUINO. ¿Y ella también dél se agrada?

DANTEO. Sospecho que va preñada.
La orina llevé a un dotor...

BALDUINO. No te turbes.

DANTEO. ¿Yo, por qué?

Hoy a estas vegas sombrías
vino por autojo a pie...

BALDUINO. Pues ¿cuánto habrá que se fué?

DANTEO. Habrá más de quince días.

BALDUINO. ¡Este villano me mata!

¡Vete de aquí!

DANTEO. Ya me voy.

¡Qué bien habla, qué bien trata!

¡Dios se los depare hoy
aquel traidor y a su ingrata!

Al fin, es noble...

BALDUINO. ¡Que ya
en mi su fuerza ejecuta
quien vida y muerte me da!

(Desde lejos, DANTEO.)

DANTEO. ¡Ah, borracho, hijo de puta!

¡Yo os cogeré por acá!

BALDUINO. ¡Aguarda un poco!

DANTEO. ¡Ay de mí!

(Entre CARLOS.)

CARLOS. ¿Qué hacemos, buen Conde, aquí?,
que a Marcela se llevó
Dinardo.

BALDUINO. Ya lo sé yo.

¿Sabes cómo?

CARLOS. Escucha.

BALDUINO. Di.

CARLOS. Puse una daga a los pechos
de un labrador atrevido,
que jamás verdad responden
sino a fuerza de castigo,
que suelen estar arando
y al que pregunta el camino,
por no decirle el lugar
guiarle al monte o al río,

y sabiendo que buscaba
a Marcela y su amo, dijo
que un lunes por la mañana,
habiendo dado el domingo
orden de juntar la gente
del uno y otro cortijo
y los parientes hidalgos
navarros y vizcaínos
de Tudela, juntos salen
con gran fiesta y regocijo,
ellos en fuertes caballos
y con galanes vestidos,
y ellas en coche, cubiertas
las ventanillas y estribos,
dando licencia a la luz
por medio palmo de vidrio,
lo demás, un encerado
de alamares guarnecido
y de pasamanos de oro
encubre tu dueño indigno,
que preguntándole yo
si iba dentro el mal nacido,
que no, respondió turbado,
que fué confesar lo mismo,
porque el "no" turbado es "sí",
y el "sí" presto es "no" atrevido,
y el no atreverse de presto
es confesar el delito.

Dice que también llevaron
seis caballos: dos morcillos,
tres overos y un frisón
de moscas negras teñido,
con las cubiertas de raso
azul, blanco y amarillo,
sembradas de cifras y armas,
que son tres barras y un lirio,
y en recámara famosa,
tapices de Flandes, ricos,
cubriendo con reposteros
plata y hierro (1) de servicio:
sin esto, penachos altos
sobre morriones limpios,
petos, golas, escarcelas
y toneletes lucidos,
y que dentro de seis días
todos los deudos y amigos
se volvieron a su tierra,
y que Dinardo no vino.

BALDUINO.

¡Nueva espantosa para ser oída

(1) En M. *amores*

(1) En M. y en B. *verro*

de otra boca que tuya, amigo Carlos!
¿Qué haré, que estoy sin honra? ¿Qué aconse-
jal miserable Conde Balduino? [jas

CARLOS.

No iguala tu dolor, famoso Conde,
al que me pasa ahora las entrañas
viendo que por librarme te has perdido.
¡Pluguiera a Dios que yo muriera el día
que de un sol hasta el otro esperó el Duque,
antes que fuera causa de este daño!
Mas ¿cómo fué posible que Marcela
se olvidase de sí, de ti, del cielo,
del honor, de su padre y de su tierra
y todas las demás obligaciones?
Mira que los villanos y vecinos
dicen que fueron siempre maliciosos;
mil cosas dice el vulgo cada día
que apenas es verdad alguna dellas.
¡Por ventura te busca, lastimada
de que la hicieses tan cruel desprecio!

BALDUINO.

Carlos, si aquí no nuestro el sentimiento
que pide tanto mal, si aquí no hago
pedazos esta casa y esta huerta (1),
como otro Orlando, por la bella ingrata,
es porque no imagines que me pesa
de haber a tus peligros acudido.
Carlos, tú eres mi amigo; yo pretendo,
en tiempo que no hay hombre que lo sea,
ser de firme amistad ejemplo al mundo;
amigo que repara en su provecho,
honor, vida y hacienda, no es amigo;
¡que teme la Fortuna a cuanto puede,
que no me quitará del alma a Carlos!

CARLOS.

¡Echaréme a tus pies una y mil veces!

BALDUINO.

¿Tú a mis pies? Deja, Carlos, humildades.
¿Por dónde dicen que el camino llevan?

CARLOS.

Dicen que de Aragón.

BALDUINO.

Parte a su corte,
adonde con vestido disfrazado
procuraremos, si hay remedio alguno,
de saber dónde van.

CARLOS.

¡Permita el cielo
que hayan ido a buscarte y no a ofenderte!

BALDUINO.

¡Va ni temo la vida ni la muerte!

(*Váyanse. Entran MARCELA y DINARDO.*)

MARCELA. Agrádame esa color
para calza y tonelete,
puesto que de oro es mejor.

DINARDO. Donde el oro se entremete
es absoluto señor.

No hay guarnición que le iguale,
sobre todo brilla y sale.

MARCELA. Aunque es riqueza y no gala,
¿qué color al oro iguala?

DINARDO. Más luce, parece y vale.

MARCELA. Es del oro la nobleza
tan antigua como el mundo;
es del mundo la belleza,
es nuestro padre segundo
después de Naturaleza.

Es hijo del Sol hermoso,
es antidoto dichoso
contra la melancolía;
es de la vista alegría
y a la salud provechoso.

¿No has visto el oro potable?
Pues ¿qué cosa a nuestra vida
puede ser más saludable?
En la comida y bebida
nos causa aumento notable.

No padece corrupción,
que es extremado blasón;
es tan blando, que el indiano,
como cera, con la mano
le labra y da perfección.

Suena en cualquier instrumento,
y más si en cuerdas se tira,
con claro y divino acento;
a quien le falta, suspira;
quien le tiene, está contento.

En la mesa, por grandeza,
sirve a reyes y señores;
anda sobre su cabeza;
es puente de los amores
y silla de la riqueza.

Conquista, anima e (1) incita;
leyes pone, leyes quita;

(1) En M y en B y

hace hidalgos, reinos gana,
muertes perdona y allana,
y hasta muertos resucita.

Pero éste es tiempo perdido.
¿Quieres saber de su ley
los quilates que ha subido?
Que le fué a Dios ofrecido
queriendo llamarle rey.

DINARDO. Espántanme los romanos.

MARCELA. ¿Cómo?

DINARDO. En no llamarle dios.

teniendo dioses tan vanos;
que hasta el romadizo y tos
los llamaron soberanos.

Y no fuera cosa fuerte,
que un tiempo los de Calés
adoraron a la muerte.

MARCELA. Sosegada estoy después
que esta nueva me divierte.

¿Por qué piensas que decia
las alabanzas del oro?

DINARDO. Por divertirme sería.

MARCELA. Después de mi ausente lloro,
no he tenido mejor día.

Que, en fin, dijo aquel francés
que el Conde fué a desafío.

DINARDO. Ley de amistad dicen que es.

MARCELA. Ley que vence al amor mío
y el honor pone a los pies.

De hoy más, ninguna mujer
hombre se atreva a querer,
Dinardo, que tenga amigo.

DINARDO. ¿Crueldad ha usado contigo!

Pero ¿qué piensas hacer?

MARCELA. Vivir en España así.

DINARDO. ¿Y no buscarle?

MARCELA. ¡Eso no!

Búsqueme el traidor a mí.

(*Entren ESTELA y CELSO.*)

ESTELA. Dirélo a mi amo yo,
y vengaráme de ti.

CELSO. ¿Vos andáis en este oficio?

ESTELA. ¡Hago bien! ¿No estoy con él?

Pues acudo a su servicio.

MARCELA. ¿Dónde bueno, Pinabel?

ESTELA. ¿Obediencia es sacrificio!

MARCELA. ¿Qué le has hecho?

Hele azotado.

MARCELA. ¿Por qué?

CELSO. Porque entre las damas
toda aquesta tarde ha estado.

MARCELA. ¿De ese delito le infamas?

¿Su culpa hubiera comprado!

DINARDO. ¡Bien seguras estuvieran!

ESTELA. ¡Por Dios, amo! Si os cogieran,
que no quedábais para hombre.

MARCELA. De eso tengo sólo el nombre:
poco las damas me alteran.

¡Oh, quien estuviera allá!

ESTELA. ¿Veis vos cómo me disculpa?

MARCELA. ¿Sin culpa azotado está

Pinabelo!

CELSO. Hay otra culpa.

MARCELA. Yo lo creo; otra será.

¿Hizo alguna libertad?

ESTELA. ¡Sí, pardiez!

MARCELA. ¿Besaste alguna?

ESTELA. ¿Queréis que os diga verdad?

MARCELA. ¿Pues no!

ESTELA. Pues sabed que hay una
que os tiene gran voluntad.

MARCELA. Llégate acá. ¡Bueno es eso!

ESTELA. Cierta dama pierde el seso
por vos. y dióme un papel.

MARCELA. ¡Muestra!

ESTELA. ¡Dadme porte dél!

MARCELA. Luego ¿trae porte?

ESTELA. ¡Sí, un beso!

MARCELA. ¿Hazte allá, loco enfadoso!

¡Besarme quiere el villano!

ESTELA. ¡Oh, pesia Orlando furioso!

¡Teniendo espada en la mano
me agravía un moro sarnoso!

¡Fuera digo, fuera, afuera!

¡Armad presto una galera,
desdoblal el lienzo al mar!

CELSO. ¡Loco, téngote de atar!

ESTELA. ¿Yo loco? ¡Ojalá lo fuera!

CELSO. ¿De qué pensáis que ha nacido
la furia que le ha movido?

De que le habéis despreciado.

MARCELA. ¿Ea, Pinabelo amado;

ea, Pinabel querido,

¡dame el papel; no haya más!

ESTELA. ¿Tratarásme mal?

MARCELA. No, a fe.

ESTELA. ¿Y aquí luego me darás
un abrazo?

MARCELA. Sí, daré.

ESTELA. ¡Amo, en mis brazos estás!

MARCELA. ¡Suéltame!

ESTELA. ¡No quiera el cielo
que te suelte!

CELSO. ¡Pinabelo!

ESTELA. ¡Suelta al Conde, enhoramala!

MARCELA. ¿Queréis vos el alcabala?

DINARDO. ¡Que me conoce recelo!

MARCELA. ¡Tu peligro considera!

ESTELA. Oye, aparte, entre los dos.

ESTELA. ¿Qué quieres?

MARCELA. Si mujer fuera,
¿quisiérame bien?

ESTELA. ¡Por Dios,
que luego os aborreciera!

MARCELA. Pues dime por qué me quieres.

ESTELA. Por hombre.

MARCELA. Muy hombre soy.

ESTELA. Presto sabré si lo eres.

MARCELA. ¡Temblando del loco estoy!

ESTELA. ¡Bien te agradan las mujeres!

MARCELA. ¡Bravamente me derrito!

ESTELA. ¡Aquel mirar, aquel habla!

MARCELA. ¡Amo, busco y solicito!

ESTELA. ¡Bien mi negocio se entabla!

MARCELA. ¡Bien la sospecha le quito!

ESTELA. Como yo la acierte a ver,
deseo cualquier mujer.

MARCELA. ¡Mujer! ¡Es lindo vocablo!

ESTELA. ¡Mejor se las lleve el diablo
que yo las he menester!

MARCELA. Con ellas gasto mi hacienda,
doy galas, cómprome casa,
doiles dinero sin rienda,
a las hermosas sin tasa,
y a las feas sobre prenda.

ESTELA. Desempiédroles la calle,
enderézome, doy talle;
cuando voy a pie, pateo
que todo el suelo meneo
que es menester empedralle.

MARCELA. Soy blando en casa, y llorón;
con celos, echo mil retos,
y si se ofrece ocasión
escribo mis dos concetos
con alma en cada renglón.

ESTELA. Traíngolas amarteladas
con mil palabras preñadas;
anchillo las esquinas;
doy sombrero a las vecinas
y dinero a las criadas.

MARCELA. ¡Parécete que soy hombre?

ESTELA. Y un hombre para querer.
Pero escucha, y no te asombre:
quisiérame hacer mujer.

MARCELA. Para mí bastaba el nombre.
Pon una toca a una reja
verásme, de amores lleno,

ESTELA. decirle una y otra queja
toda la noche al sereno.
¡Bien le engaño!

MARCELA. De hablar deja.
Lee el papel.

ESTELA. "Adonde
aqueso loco os llevaré,
me hablad esta noche, Conde."
¡Ea, pues Dios lo repare
si la ocasión no se asconde!

MARCELA. Mas ¿qué mujer puede ser
la que se fia de ti?

ESTELA. ¡Basta! Allá lo podéis ver.

MARCELA. ¿Iré armado?

ESTELA. Señor, si;
armas habéis menester.

(CARLOS Y BALDUINO, de peregrinos.)

BALDUINO. Con el disiraz que traemos
mejor podremos estar
en Zaragoza.

CARLOS. Podremos
ver las fiestas en lugar
que de los reyes gocemos.

BALDUINO. ¿Tornean a la española?

CARLOS. Aquí el arte se acrisola
de las armas y las galas.

BALDUINO. ¡Buenas estaban las salas
de damas y nobles!

MARCELA. ¡Hola!

DINARDO. ¡Señor!

MARCELA. Mira si esa gente
es de Francia.

ESTELA. ¡Hola, pariente!

CARLOS. ¿Quién sois?

MARCELA. Somos alemanes.

BALDUINO. ¿Qué peregrinos galanes!

MARCELA. Dadme vuestros pies.

ESTELA. ¡Detente!

DINARDO. El Conde es éste, ¡ay de mí!

BALDUINO. ¿Qué has de hacer?

MARCELA. Disimular.

ESTELA. ¡Cielos! ¿Qué es esto que vi?

MARCELA. ¿Vos no me llegáis a hablar?

CARLOS. ¡Por cierto, señora, sí.

ESTELA. ¡Este es Carlos!

CARLOS. ¡Celso, amigo!

ESTELA. ¿De qué me aprietas la mano?

MARCELA. ¿Qué tiembblas? ¿No estás commi-
[go?

ESTELA. ¡Este es el Conde, mi hermano!

CARLOS. El Conde?

ESTELA. ¡El mismo que digo!
BALDUINO. ¡Carlos, Carlos! ¿Qué es aque-
¿Esta no es Marcela? [to?]

CARLOS. Creo
que algún demonio se ha puesto,
por engañar tu desco,
en tal forma y en tal puesto.
¡Jesús mil veces!

BALDUINO. ¿Qué dudo?
¡Marcela es ésta, sin duda!

CARLOS. ¿Cómo disfrazar se pudo?

BALDUINO. Estando de honor desnuda.

CARLOS. De verla, Conde, estoy mudo.

BALDUINO. ¡Oh, nunca al cielo pluguiera
que la hallara ni la viera!

CARLOS. ¿Si nos hemos engañado?
Que lo que es muy deseado
con cualquiera sombra altera.

Lleguemos como a pedir
limosna, y podremos ver
si nos engaña el oír.

BALDUINO. ¿Pueden voz y parecer
a dos sentidos mentir?

Los ojos y los oídos
¿pudieran ser engañados?

CARLOS. Son los más nobles sentidos,
pero los enamorados
tienen esos dos perdidos.

Ahora bien, déjame hablar.

BALDUINO. Llegan aquellos pies indignos.

CARLOS. Mandadnos limosna dar
a estos pobres peregrinos.

BALDUINO. ¡Es ella!

CARLOS. ¡No hay que dudar!

MARCELA. ¡Por donde el cielo rodea
que aquí mi venganza sea!

BALDUINO. ¡Por Dios y por Balduino,
dad, señor, a un peregrino
limosna!

MARCELA. ¡Dios os provea!

*(Vuelva las espaldas MARCELA y déjalos de rodillas.
quédese allí CELSO.)*

CARLOS. ¿Qué te parece?

BALDUINO. No sé
si me levante del suelo
o si es bien que así me esté
para que le ruegue al cielo
que su venganza me dé.

CARLOS. ¡Levanta, Conde, y anima
ese generoso pecho!

BALDUINO. ¿Con qué quieres que reprima

el agravio que me ha hecho?

CARLOS. Su desprecio me lastima:

"¡Dios os provea!"

BALDUINO. Bien es
que Dios todo lo provea,
pero estando yo a sus pies
no fué la palabra fea
sino el partirse después.

CELSO. Quedar Estela me ha hecho
para que entienda su pecho.

BALDUINO. Aquí un criado quedó.

CARLOS. Llegar, o hablaréle yo.

BALDUINO. Ve tú, si estás de provecho.

CARLOS. Decid, señor, ¿sois criado
deste galán caballero,
menos piadoso que honrado?

CELSO. Daros la limosna quiero,
si es por quien le habéis culpado.

CARLOS. No, no; no era menester.

CELSO. El conde París de Hungría
es éste.

BALDUINO. Bien puede ser;
en verdad que le tenía
no ha un hora por mi mujer.

CARLOS. ¿Y a qué dicen que ha venido?

CELSO. Sólo a ser aventurero
del torneo prometido.

CARLOS. Es un galán caballero.

CELSO. Luz destas bodas ha sido.

Todos el premio le dan
de hombres de armas y galán
en la sortija y la sala,
que en armas y gracia iguala
a Rugero y a Roldán.

BALDUINO. Luego ¿a caballo ha subido?

CELSO. ¡Y quién como él ha corrido
los jinetes andaluces!

BALDUINO. ¡Haréme dueñas cruce!

CARLOS. ¡Yo estoy loco!

BALDUINO. ¡Yo, perdido!

CARLOS. ¿Y ha de salir al torneo?

CELSO. Ya voy a donde el penacho
se acaba con el trofeo
de aquel desnudo muchacho
de quien es hijo el Desco.

CARLOS. ¿Es Amor?

CELSO. El mismo.

CARLOS. Luego

¿quiere bien?

CELSO. Perdido y ciego
está por cierta mujer,
que esta noche ha de tener
con mucho gusto y sosiego.

CARLOS. ¡Anda con Dios!

CELSO. ¡El os guarde!

(Vase CELSO.)

CARLOS. Conde, el deseo y los ojos
hicieron fingido alarde
de tus perdidos despojos
a la esperanza cobarde.
No es ésta Marcela.

BALDUINO. Creo
que fué ilusión del deseo;
pero mucho le parece.

CARLOS. ¿Sabes lo que se me ofrece?
Que salgamos al torneo.

BALDUINO. ¿De qué suerte?

CARLOS. Bien podremos
de secreto hacer libreas,
pues nuestras armas traemos.

BALDUINO. Como mi padrino seas,
una invención buscaremos.

CARLOS. Allí podrás ver mejor
esta imagen de tu amor,
como rostro en dos espejos
te muestra con los reflejos
de tu mismo resplandor.
¡Y ojalá Marcela sea!
que no ha sido hazaña fea
si sólo a buscarte viene.

BALDUINO. ¡Oh, Carlos! pagarme tiene,
si es ella, el "¡Dios os provea!"

(BERMUDO y NATALIO, DON RAMIRO y el DUQUE
ARNALDO.)

BERMUDO.

¿Embajada del Rey, y tan secreta?

ARNALDO.

Haz que tu gente se retire un poco.

BERMUDO.

Ramiro,

RAMIRO.

¡Gran señor!

BERMUDO.

Ninguno llegue.

Prosigue ahora y di, francés gallardo,
quién eres y a qué vienes a mi Corte.

ARNALDO.

Yo soy el Duque Arnaldo, ¡oh, claro príncipe!

antigua sangre de los doce Pares
y de Oliveros y Roldán reliquias.
Creo que ya sabrás mi larga historia.

BERMUDO.

Supe tu casamiento y tu desgracia;
de Carlos la prisión y desafío,
y cómo el Conde la sacó de Francia.
y que han llegado a España en busca suya.

ARNALDO.

Los ángulos distintos de la tierra,
con las zonas templadas, frías y tórridas,
han discurrido en busca de Marcela
dos mil franceses en secreto y público;
pero no ha parecido el traidor Conde
ni della se ha tenido nueva alguna.

BERMUDO.

Venido habrás, Arnaldo, al mismo efecto.

ARNALDO.

Oye, sabrás la causa, aunque ésta ha sido:
Clodoveo, mi Rey, secretamente
salio de Francia con fingido nombre,
y está de Zaragoza cuatro millas.

BERMUDO.

¿El Rey?

ARNALDO.

El mismo Rey; la causa es ésta:
En una enfermedad, hizo a Santiago
voto de visitarle en Compostela
si cobraba salud; dióselo el cielo
por medio del Apóstol, y en teniéndola
descuidóse del voto prometido,
que suele ser en todos común cosa;
desde entonces ninguna ha sido próspera
en él, en Francia, en todos sus vasallos:
perdió su hija, y alemanes y húngaros
le han ganado en la suya algunas tierras:
matóle el Conde en la prisión de Carlos
un infinito número de gente,
sin otras cosas que en silencio paso.
Con esto, un día, su Delfín dejando
a sus deudos, sus grandes y consejos,
fingió una caza, y de París partimos,
donde por ciertas nuevas de Marcela
venimos a parar en Barcelona,
y della a la gran corte de tu suegro.
El Rey, señor, te pide que le hables
secretamente en cosas de su honra,
porque se dice que tú el Conde tienes.

BERMUDO.

Ni le conozco, ni le vi en mi vida.
Lo que toca al secreto y al regalo
de Rey tan generoso y cristianísimo,
será servido de mi reino todo,
pues, pasando el Condado de Castilla,
de León y Galicia todo es mío.

ARNALDO.

¿Cómo y dónde me mandas que te vea?

BERMUDO.

Fuera contigo si viniera en público;
pero, pues tanto importa su secreto,
di que finja que viene a ver mis fiestas
en nombre de su padre el Condestable,
y tú podrás venir como su hijo,
representando tu persona propia.
Y advierte que mañana hay un torneo
de cuyas condiciones es la una
que han de ser extranjeros los jueces,
y yo diré que porque sois mis deudos
os envíe a llamar para estas fiestas,
y que los dos venís a este propósito.

ARNALDO.

Es gallardo en extremo.

BERMUDO.

Pues partamos
porque lo necesario preveníamos.

(Váyanse todos.)

*(MARCELA, en hábito de noche, y el loco, con capotillo
y espada sobre el sayo.)*

ESTELA. Cerca es ya; ven por aquí.

MARCELA. ¿Está lejos?

ESTELA. Ya hay muy poco.

MARCELA. Sospecho que soy más loco
en confiarme de ti.

Yo no sé de qué servía
rendirme, loco, a tu ruego,
porque dicen que es más ciego
quien de otro ciego se fía.

ESTELA. Los cuerdos, amo, son pocos.

MARCELA. ¿En qué habemos de parar,
si no me quieres llevar
a la casa de los locos?

ESTELA. Amo, esa casa es el mundo;
todos son locos en él.

MARCELA. Ya lo veo, Pinabel,

ESTELA.

en mis ejemplos lo fundo.

Loco es, buen amo, el señor
que por haberse empeñado
viste y come de prestado,
pues propio fuera mejor.

Loco el príncipe que da
y no paga lo que debe;
loco el que a mandar se atreve
cuando en otra casa está.

Loco el hombre que ha vivido,
como la veleta, al viento;
loco el que hace testamento
cuando no tiene sentido.

Loco el que su hacienda emplea
donde se puede perder;
loco el que tiene mujer
hermosa, y busca la fea.

Loco el que tiene dinero
sobrado, y lo pasa mal;
loco el hijo de oficial
que se mete a caballero.

Loco el que dando molestia
visita ordinariamente;
loco el que por ser valiente
viene a morir como bestia.

Loco tardes y mañanas
quien a su familia riñe;
loco el hombre que se tiñe,
siendo tanto honor las canas.

Loco el que suele perder
al juego todo el caudal;
loco aquel que dice mal
de quien se le puede hacer.

Loco el que tacha y no entiende;
loco el galán que es celoso;
loco el que siendo vicioso
a los otros reprehende.

Loco el que hace versos mal
y escribe de noche y día;
loco el que canta y porfía;
loco el pobre liberal.

Loco aquel con quien pretenden
largas esperanzas vanas;
loco el que tiene por sanas
las mujeres que se venden.

Y porque de aqueste nombre
todo el mundo viene a ser,
¡más lo es quien, siendo mujer,
engaña en hábito de hombre!

MARCELA.

¡Jesús! El me ha conocido
y aquí me trae a forzarme!

ESTELA.

A hablalle quiero esforzarme.

MARCELA.

¡Loca por un loco he sido!

Mas quiero disimular.
 ¿Dónde está aquesta mujer?
 ESTELA. ¡Aquí está!
 MARCELA. ¿Qué puedo hacer?
 que es loco y me ha de forzar.
 ¿Aquí mujer?
 ESTELA. Conde, sí.
 MARCELA. Pues ¿adónde?
 ESTELA. Entre los dos.
 MARCELA. ¡El cierra agora! ¡Por Dios!
 ¡Dios me defienda de ti!
 ESTELA. ¡Dame esa mano, mi bien!
 MARCELA. ¿Qué tengo ya que esperar?
 ESTELA. Seguro la podéis dar,
 y vuestros brazos también.
 MARCELA. ¡Matarle será mejor!
 ESTELA. ¡Doleos, mi bien, de mí!
 MARCELA. ¡Villano, déjame aquí!
 ESTELA. ¿Daga para mí, señor?
 ¡Mirad que el amor me ha hecho
 agora atreverme a vos!
 MARCELA. ¡Traidor! Pues hombres los dos,
 ¿en qué te soy de provecho?
 ESTELA. No somos hombres, que aquí
 yo sé que hay una mujer.
 MARCELA. ¿Mujer? ¿Cómo puede ser?
 Que yo no soy...
 ESTELA. Pues yo sí.
 MARCELA. ¿Tú mujer?
 ESTELA. Yo, disfrazada
 en loco, por mi desdicha,
 aunque lo tendré por dicha
 si de ti quedo amparada.
 Pues eres, Conde, francés,
 no parece desatino
 decirte si a Balduino
 conoces.
 MARCELA. Mi deudo es.
 ESTELA. Yo soy Estela, su hermana,
 que el Duque, traidor, gozó.
 MARCELA. ¿Estela, su hermana?
 ESTELA. Yo,
 la desdichada alemana.
 ¿Querrásme agora?
 MARCELA. ¡Ya voy
 pensándolo! ¡No podré!
 ESTELA. ¿Con qué causa?
 MARCELA. Ese con qué
 es porque sin él estoy.
 ESTELA. ¿Cómo?
 MARCELA. Porque soy mujer...
 ESTELA. ¡Válame Dios!
 MARCELA. De tu hermano.

ESTELA. ¿Del Conde?
 MARCELA. El Duque, tirano,
 me tuviera en su poder
 si el Conde no me librara.
 ESTELA. ¿Tú eres Marcela?
 MARCELA. Yo soy.
 ESTELA. ¡Mil besos y abrazos doy
 a tu cuello y a tu cara!
 ¡Que tu rostro bello en vano
 hiciese en mí tal efecto!
 MARCELA. ¿Es gente?
 ESTELA. Sí.
 MARCELA. Pues secreto:
 que está aquí el Conde, tu hermano.
 ESTELA. Hoy le vi.
 MARCELA. ¿No conociste
 a Carlos?
 ESTELA. No sé quién es.
 MARCELA. El peregrino francés
 que al lado del Conde viste.
 ESTELA. El traje quiero mudar
 y vestirme de mujer;
 habla al Rey, que es menester
 con él (1) mi engaño tratar.
 MARCELA. ¿Que me place!
 ESTELA. ¡Ay, Dios, si fueras
 hombre!
 MARCELA. ¡Bueno!
 ESTELA. ¡Oh, bien fingido!
 MARCELA. ¡Ah, Dios, qué lance he perdido
 por no ser hombre de veras!

(*Ans. Entren el REY CLODOVEO, BERMUDO, el DUQUE, DOÑA BLANCA, CELSO, DINARDO, ARNALDO, NATALIO.*)

BERMUDO. Conmigo habéis de comer,
 que somos deudos cercanos.
 REY. ¡Béseos, gran señor, las manos!
 ARNALDO. Servir es obedecer.
 REY. Y a la Reina, mi señora,
 aunque atrevimiento fuera
 que la riqueza le diera
 que hay del ocaso al aurora,
 le ofrezco este anillo, en quien
 la luz que de en medio sale
 es un diamante que vale
 una villa, y dos también.
 BLANCA. Creo, señor Condestable,
 que de aquesta obligación,
 sólo saldrá mi afición,
 que es, de serviros, notable.

(1) En M: mí.

Con todo eso, al partir
llevaréis cierto regalo,
para Galicia no malo,
que es áspera de sufrir.
Béseos los pies.

REY.
BERMUDO. En comiendo,

pues que de día ha de ser,
el torneo podéis ver
que ya se está aperciendo,
y ser jüeces los dos,
que es condición del cartel.

ARNALDO. A no venir triste, en él
probara el brazo, ¡por Dios!

Pero no será razón.

BERMUDO. Jüeces habéis de ser.
¡Ea, dennos de comer!

BLANCA. ¡Entrad!

ARNALDO. ¡Extraña invención!

(*Vanse. Quede[n] CELSO y DINARDO.*)

CELSO. ¿Hay cosa más admirable?

DINARDO. ¡Qué te admira!

CELSO. Lo que veo.

DINARDO. ¿Cómo?

CELSO. El Rey Clodoveo
se ha fingido Condestable.

Y éste que viene con él
es Arnaldo, mi señor.

DINARDO. Bien lo mostraba el valor
que resplandecía en él.

¿A qué vendrán disfrazados?

CELSO. A buscar la Infanta vienen.

DINARDO. ¡Bien cerca, por Dios, la tienen!

¡No vienen muy engañados!

CELSO. ¿Qué dices?

DINARDO. Digo que aquí
también está Balduino.

CELSO. Lo que ha de ser adivino.

DINARDO. ¿Podréme fiar de ti?

CELSO. Podrás sin duda, que soy
caballero.

DINARDO. Pues yo quiero,
si eres, Celso, caballero,
referirte (1) a lo que voy.

CELSO. Yo, Dinardo, me prevengo
también para tornear;
el arnés tengo a limpiar,
y voy adonde le tengo.

Ven conmigo, que si es
lo que sospecho, este día

será de grande alegría
para el imperio francés.

(*Vanse. Entren dos PAJES, que son NATALIO y ROSELO, con las picas del torneo.*)

NATALIO. Como éstas son de buen dueño,
son más fuertes.

ROSELO. ¿Y éstas no?

Pues quien hacer las mandó
romperá en el aire un leño.

NATALIO. ¡Callad ya, que es un rapaz!

ROSELO. ¡El vuestro es un fanfarrón!

NATALIO. ¡Cosa que deis ocasión
para que os dé con el haz!

(*El MAESTRE DE CAMPO, acompañado con una caja y bastón, y saquen CRIADOS la valla, que tendrá hecha, porque antes no se puede ocupar el teatro.*)

MAESTRE. Para de la caja el son,
que aún el Rey no habrá comido.

NATALIO. ¡Plaza, plaza!

MAESTRE. Habéis venido,
pajes, a buena ocasión.

NATALIO. Las picas son éstas.

MAESTRE. Muestra,
reconocerélas.

ROSELO. ¡Mira
qué igualdad!

MAESTRE. ¡Hola! Retira
esa gente.

NATALIO. Toda es nuestra.

MAESTRE. Esperad, y miraré
la valla; bien puesta está.

NATALIO. Al corredor salen ya
los reyes.

MAESTRE. Toca.

CAJA. Diré.

(*Chirimías, y siéntense en un corredor, que tome todo lo alto del teatro, el REY DE ARAGÓN, el REY DE FRANCIA CLODOVEO, y DOÑA BLANCA, y los demás que puedan, y abajo, aperador con joyas.*)

BERMUDO. Condestable, ¿dónde es ido
el Duque?

REY. Como tú y yo
ser jüeces se trató,
a tornear ha salido.

BERMUDO. Tomad aqueste lugar.

REY. Muy grande honra me hacéis.

BERMUDO. Estas y más merecéis;
mi casa venís a honrar.

(1) En M y en B: referirte.

(Toque la caja, y diga:)

Don Hugo, maestre de campo,
a cualquiera caballero
que viene aventurero,
hoy hace seguro el campo.

De traición, de sinrazón,
de agravio o cosa fingida,
pena de perder la vida
el que intentare traición.

(Suene una caja de la otra parte, y entren por el palenque RAMIRO, mantenedor, con dos salvajes, que traerán un árbol, y sobre él una fénix; el DUQUE ARNALDO, por padrino; y en el palo del árbol, un rótulo de letra grande y un león atado al pie.)

BERMUDO. Don Ramiro es, Condestable,
el que mantiene.

REY. Es galán.

BLANCA. Ya, señor, la letra os dan.

REY. La invención es agradable.

(Lee BERMUDO:)

BERMUDO. "Es doña Blanca la fénix
que atada al rey de León
son gloria y luz de Aragón."

REY. ¡Graciosa letra!

BLANCA. ¡Extremada!

BERMUDO. Un aventurero viene.

BLANCA. Talle de extranjero tiene.

Letra e (1) invención me agrada.

(Entre el CONDE BALDUINO; CARLOS por padrino, y una de máscara y un galán, asidos a dos listones que traerá el CONDE, atados a los brazos, como que tiran dél. Dé la letra, y lean.)

"Mujer y amigo tiraron;
fui al amigo, y porque fui
no la hallé cuando volví."

REY. La historia del Conde es ésta,
y las armas suyas son.

MAESTRE. Tocad luego, que es razón
que den principio a la fiesta.

(Torneen de picas y espadas y martillos, y arrandándose, salga CISO, apadrinándole ESTELA, ya vestida de dama, con un velo en la cara, y un PAUL, con el vestido de loco atado a una lanza. Dé la letra, y lean.)

REY. "Máscara fué mi locura;
mis mudanzas acabé,

y en mujer me transformé."

BLANCA. ¿Es Pinabel, por ventura?

BERMUDO. A lo menos el vestido.

¡Será extremada invención!

MAESTRE. Suene el belfiero son.

BLANCA. ¡Grande atrevimiento ha sido!

(Torneen como el primero, y entre MARCELA, con dos enanos por padrinos, y DINARDO, con un bostón. Dé la letra, y lean:)

REY. "El que por causa ninguna
se ausenta del bien que tiene,
¿qué piensa hallar cuando viene?"

BLANCA. ¡Si habla de la Fortuna?

REY. ¡Qué gallardo aventurero!

BERMUDO. Este, el conde Paris es.

REY. ¿Y de qué nación?

BERMUDO. Francés.

REY. No hay tal caballero.

(Toquen las cajas, y torneen, y luego su folla, y metese en medio el CONDE, y dice:)

BALDUINO. ¡Parad las cajas y trompas,
cesad, fuertes caballeros!
que se ha de volver batalla
este fingido torneo,
en el cual he conocido
un robador, por lo menos,
de mi honra y de mi vida
y de todo el bien que tengo.
¿Qué es esto, traidor Dinardo?
Dinardo traidor, ¿qué es esto?
¿Dónde está mi prenda hurtada,
que cobrar. ¡villano!, espero?
Rey famoso de Aragón,
a este caballero reto
de que es traidor, ante vos,
de vil y cobarde pecho.
Dad licencia a la batalla;
armas tome, ¡armadle presto,
que le mataré sin ellas,
según la cólera tengo!

DINARDO. ¡Paso, Conde Balduino:
que ni yo ni mi honor ofendo,
ni es justo que así me pagues
los servicios que te he hecho!

ARNALDO. ¡Cómo! ¿Balduino dijo?

REY. ¿Balduino dijo? ¡Oh, cielos!

¡Rey Bermudo, haz como rey:

dame a Balduino preso!

BERMUDO. Baja, invito rey de Francia,
baja, ilustre Clodoveo,

(1) En M. y.

que preso tendrás al Conde,
y si se defiende, muerto.

(Todos bajen.)

CARLOS. ¡Conde, ya te han conocido!
¡El Rey está aquí! ¿Qué haremos?
ARNALDO. ¡No os escaparéis, traidores,
aquesta vez, si yo puedo!
BALDUINO. ¿Quién eres?
ARNALDO. ¡El Duque soy!
CELSE. Y a tu lado, armado, Celso.
¡Celso soy!
ARNALDO. ¡Oh, Celso amigo!
¡Aquí, que nos tienen miedo!
MARCELA. ¡Paso, villanos cobardes!
¡Paso, paso! ¡Deteneos!
que tiene amigos el Conde
en cualquier reino extranjero.

(Entren todos los que bajaron.)

CARLOS. ¡Los Reyes bajan, señor!
BALDUINO. Por los Reyes me detengo.
BERMUDO. ¡Date a prisión, Balduino,
a tu enemigo y tu suegro!
BALDUINO. A él rendiré mis armas.
REY. ¡Villano, que a verte llego!
¿Adónde tienes la Infanta?
BALDUINO. Dinardo, ¡responde presto!
DINARDO. Mi señora, hablad por vos.
MARCELA. Yo soy Marcela, y te pido
el perdón de mi marido.
REY. ¿Marcela?
MARCELA. Si.
BALDUINO. ¡Santo Dios!
REY. ¿Qué debo hacer, pues no veo
de castigaros lugar?
A los dos quiero abrazar;
que perdonaros desco.

Y a Carlos también.
CARLOS. Señor,
Carlos te ha sido leal;
pero hame tratado mal
el Duque al Conde, traidor.
Por mí, por él, por Estela,
te pido venganza aquí.
ESTELA. Si se la pides por mí,
de ese agravio te consuela.
Estela soy.
BERMUDO. ¡Pinabel!
ESTELA. Ya soy la hermana del Conde.
A tu piedad corresponde
que me perdones por él.
ARNALDO. ¡Mi Estela!
ESTELA. ¿Agora, traidor?
BALDUINO. ¿Puédote abrazar?
ESTELA. ¡Bien puedes!
Celso merece mercedes;
que fué causa de mi honor.
MARCELA. Y Dinardo, que del mío
tuvo ese mismo cuidado.
BERMUDO. Pues ya el Duque está casado,
no hay que hacer el desafío.
CARLOS. ¿Carlos sin premio se queda,
Conde, de haberte servido?
BERMUDO. A mí queda remitido,
como yo pagarle pueda.
De doña Blanca, la hermana
le doy.
CARLOS. ¡Notable favor!
BLANCA. Es, Carlos, doña Leonor
un ángel en forma humana.
CARLOS. Yo sé que su perfección
reinos extraños alaban.
BALDUINO. Aquí, senado, se acaban
Los torneos de Aragón.

FIN DE LA COMEDIA DE "LOS TORNEOS DE
ARAGÓN".

COMEDIA FAMOSA DE LA TRAICIÓN BIEN ACERTADA

LOS QUE HABLAN EN ELLA ()

DON ANTONIO.

DON JUAN.

CONDE OCTAVIO.

VIRGINIO, *barón* (2).

POLICENA, *dama*.

CAMILA, *dama*.

UN GOBERNADOR.

GERARDO.

DIONISIO (3), *Capitán*.

FAVILA, *truhán*.

UN ALGUACIL.

FIRMO, *criado*.

DARINTO, *criado*.

UN PASTOR.

JORNADA PRIMERA

(Sale [n] DON ANTONIO y DON JUAN.)

DON ANTO. Dice esta carta, en efeto (4):

"Gerardo queda en Granada;
su persona recatada,
como agraviado, discreto."

Que si yo dél lo estuviera
con una afrenta tan clara,
harto mejor me guardara
si el agravio le hiciera.

En fin, que dél no se sabe
que haga más diligencia.

DON JUAN. Honra que sufra paciencia,
en pecho villano cabe.

¿Cómo aquese hidalgo vive,
con la afrenta (5) que le has hecho?

DON ANTO. Tendrá su agravio en su pecho.
Esto, al fin, Lisandro escribe.

Mayormente, que disculpa
no saber adónde estoy.

DON JUAN. De ninguna suerte soy
en reservaros de culpa;

que al agraviado es forzoso,
no digo que es necesario,
saber dónde está el contrario,
y andar siempre receloso.

¿Qué importa que hayas venido
a Nápoles, donde estamos,
ni que el mar que atrás dejamos
sea el rio del olvido,

para poner diligencia
en procurarle buscar?

DON ANTO. Todo lo (1) suele curar,
señor don Juan, una ausencia;

y no seáis mi enemigo,
siendo una vida los dos,
pues tal merced me hizo Dios
en que fuédes mi amigo.

Que si aquesto así no fuera,
y por dicha os agraviara,
vuestro (2) valor me quitara
mil vidas que Dios me diera.

DON JUAN. Todas éstas son señales
que vuestra vida deseo;
porque un agravio tan feo
duele en hombres principales.

Y pluguiera a Dios que fuera
yo el agraviado; que juro
que viviérades seguro
que jamás os ofendiera;

que si el valor que hay en mí
a vengar me provocara,
luego el alma me enseñara
que estábades vos allí.

Pero, pues enfermo estáis
de tanta melancolía,
y en Nápoles cada día
mil sobresaltos halláis,

(1) I, M, V y M: *er ella son, V: en ella son*
los siguientes.

(2) V: *Urrumio barón*. A, M y M: *Urrumio*
barón. Z y V: *Urrumio barón*.

(3) Z: *Dionicio*.

(4) Z: *efecto*.

(5) Z: *afrenta*.

(1) Z: *los*.

(2) M, V y Z: *nuestro*.

partamos, que será justo,
a Roma, corte, en efeto (1),
donde, público o secreto,
andaréis a vuestro gusto.
Allá, la gran diferencia
de nuevas y de naciones
divertirá las pasiones
que os ha causado esta ausencia;
porque estando entretenidos
en las cosas que veréis,
como en un sueño tendréis
la fuerza de los sentidos,
que aún no tenéis olvidada
del todo a Granada aquí.

DON ANTO. Aunque en Granada nací (2),
ya no me incita Granada;
ya, don Juan, no es el amor
de la patria mi tristeza,
aunque la naturaleza
pone en la sangre su ardor;
ya ni de padres me acuerdo,
ni de parientes tampoco,
ni el agravio de aquel loco
me tiene celoso y cuerdo,
que hice lo que debía.
Si él ni hermana pretendió,
o a lo menos se alabó,
¿a quién dudó que mentía?

Que ya ni amor ni temor
de amigo ni de enemigo,
mientras os tengo conmigo,
puede causarme dolor.
Y esto de que hoy se advierte
de mi sangre la mitad,
cuyo lazo la amistad
no le romperá la muerte;
porque os debo cien mil vidas,
que mil veces me habéis dado.

DON JUAN. Esas he yo confesado
tener de vos merecidas.

Pero si amor ni temor
de amigos ni de parientes,
ni tantos bienes ausentes,
os provocan a dolor.

¿qué causa me podéis dar
de tristeza tan extraña,
adonde fuera de España
se puede agora engendrar?

Vos no coméis ni dormís,
y si coméis, suspiráis,

y si dormís y soñáis,
lo que más soñáis decís.

Ya no os entretiene el juego,
como otras veces solía;
estáis sosegado el día,
y la noche, sin sosiego.

Cuando vos os enfadáis
de todo alegre ejercicio,
creo que hacéis el oficio
del otro a quien engañáis.

Tanta blandura y furor
traéis en (1) alma y sentidos,
que, a no ser recién venidos,
yo juzgara que era amor.

Y pues amor no tenéis,
ni de España os mueve aquí,
mil veces pienso entre mí
que aborrecido me habéis.

Y si acaso os desagrado,
cuando pretendo serviros,
¿qué sirven tantos suspiros,
tanto capote y enfado? (2)

Que si mi alma se engaña
cuando piensa que es querida,
aunque me cueste la vida,
volveré sin vos a España.

DON ANTO. De otra suerte os respondiera
cuando yo hubiera entendido
que ese desdén no es fingido,
sino pasión verdadera.

Y así, os quiero perdonar
ese agravio de mi fe,
cristal por donde se ve
que me queréis engañar.

Vos queréis saber mi pena,
y tenéis mucha razón,
pues nos manda un corazón
que a bien o mal nos condena.

No hay para qué tantos fieros,
que si mi mal encubrí,
fué porque no presumí
que era mal para ofenderos;
y creyendo que cesaba,

por no causaros enojos,
fué creciendo hasta los ojos
desde el alma, donde estaba;

que fué muy justo temer
lo que reñir me podía
el que tanto me quería,
cuando me viese perder.

(1) Z y V: *effecto*.

(2) Z y V: *nací*.

(1) Z, M y V: *en el alma*.

(2) En las seis ediciones: *enfados*.

Yo, señor, digo que he sido
desta razón muy culpado,
por no haber comunicado
con vos el mal que he tenido.

Pero, pues que él creció
y vos lo echastes de ver,
no más callar ni temer (1),
yo soy vos, que no soy yo.

Sabed, don Juan, que mi mal
nace de un firme querer.

DON JUAN. ¿Qué malo estaba de ver
que yo presumiera tal?

En fin, que vuestra merced
ha dado en esa flaqueza.

DON ANTO. De aquí nace mi tristeza;
vos el remedio poned (2).

DON JUAN. Como al médico el doliente,
sólo el pulso me mostráis.

DON ANTO. ¿No basta?

DON JUAN. ¿En efeto (3), amáis?

DON ANTO. Amo, don Juan, tiernamente.

DON JUAN. ¿Tiernamente, y no ha diez días
que aquí, a Nápoles, llegastes!

¿Por qué sirenas pasastes?

¿Qué Circes, qué hechicerías,

y en qué cera os imprimistes?

¿Qué rayo el alma os tocó?

DON ANTO. El rayo que me abrasó
yo le vi, y aun vos le visteis.

Y ¿acordáos de una dama
que en cierta iglesia encontré,
de quien después os conté
su virtud, nobleza y fama?

DON JUAN. ¿No es aquella que salió
en el coche con su hermana?

DON ANTO. Esa es la bella tirana
que alma y vida me quitó.

Desde entonces yo no sé
qué fuego es éste, qué rabia,
que me consume y agravia,
que me mata y no se ve.

Per ella muero, don Juan:
ésta el sentido me quita;
que no Granada me incita,
ni cuantos en ella están (4).

Ya no hay patria, ni enemigo;

(1) Así este verso en *V*, *Z* y *M*: *no que callar ni temer. Va: no que callar y tener. Mi y A: no que callar ni tener.*

(2) *Z: pone.*

(3) *Z y V: effecto.*

(4) Así en *Va, Z, M, A, V y Mi: cuantos con ella.*

éste es sólo de temer;
por esto me he de perder:
ya lo estoy, don Juan amigo.

Pero con justa ocasión;
porque tanta hermosura
convierte en gloria y ventura
mi peligro y perdición.

No me mandéis ir a Roma,
si no es que mi pensamiento,
con el grave atrevimiento,
alas para el cielo toma;

que, bien o mal, vivo o muerto,
aquí me quiero quedar,
como el que muere en la mar,
con la esperanza del puerto.

No me trates de consejos,
ni de vanas reprehensiones:
que a tan vanas pretensiones
no son tus años muy viejos.

Que cuanto (1) más me aparta-
de la empresa que pretendo, [res
tanto más irán creciendo
mis deseos y pesares.

Yo he de amar y he de morir:
que ya no hay volver atrás.

DON JUAN. Si de aquesta suerte estás,
¿quién te basta a persuadir?

Que es tanta la obstinación
con que a los cielos imitas,
que ya te imposibilitas
de la luz de la razón.

Reprehensiones y consejos
dicen que en blanco se pasan,
como si siempre pecasen
mozos y llorasen viejos.

Mozo soy, y aunque lo soy,
bien pudiera aconsejarte;
pero no quiero enfadarte:
libre la rienda te doy.

Corre y rómpete los ojos
por el camino que vas;
quizá que no los tendrás
para llorar tus enojos;
que yo sé que algún diamante
con cera quiere romper
el que pretende mover
el corazón del amante.

Ya no quiero reprehenderte:
sólo pretendo ayudarte.

DON ANTO. Y yo de nuevo abrazarte
y mil vidas ofrecerte.

(1) En las seis ediciones: *cuando.*

DON JUAN. Y esa mujer, don Antonio,
¿es principal?

DON ANTO. Es barón
su padre.

DON JUAN. ¿Qué pretensión
para un pobre patrimonio!
¿Y qué es lo que pretendéis?

DON ANTO. Que sólo sepa mi mal,
y que me tienen mortal
sus ojos.

DON JUAN. ¡Bien medraréis!
Esa canción era buena
para el tiempo de Macías;
que ya, para nuestros días,
es copla de Juan de Mena.
Ya no hay Filis, ni Anaxartes,
ni son las damas halcones
para comer corazones
de difuntos Durandartes.
Vos pobre, vos extranjero;
ella rica y natural;
no va muy bien, sino mal,
y harto mal para el tercero;
que ello vendrá sobre mí.

DON ANTO. ¡Ay, don Juan! Esta es la casa,
en esta Troya me abraza
Amor el alma.

DON JUAN. Eso sí:
entrémonos de rondón,
si te parece que aciertas.

DON ANTO. Hay un ángel a las puertas,
y matarama a traición.

DON JUAN. Algún lacayo será,
bergamasco o calabrés,
que de dos palos o tres
el amor te quitará;
que ésta es la espada de fuego
de paraíso como éste.

DON ANTO. Criado suyo es aqueste;
calla un momento, te ruego.

DON JUAN. ¿Luego, sale?

DON ANTO. ¿No le (1) ves?

DON JUAN. Voime.

DON ANTO. Espera.

(*Entra[n] FAVILA, truhán, y DARINTO, criado.*)

FAVILA. En fin, se apresta
un bravo banquete y siesta.

DARINTO. Como un Alejandro es.

FAVILA. Y ese conde que ha venido
a ser huésped de mi amo.
¿es hombre?

DARINTO. Yo así le llamo.
y por hombre le he tenido.

FAVILA. No me entiendes.

DARINTO. Ya te entiendo.

FAVILA. El que tiene sólo el nombre,
a ése (1) digo que no es hombre,
y no lo que yo pretendo.
Ha de tener muy buen gusto,
ser franco, ser liberal;
que sobre buen natural
viene esta virtud al justo;
ha de ser hombre leido,
con un poco de poeta,
y aficionado a la seta (2)
de las leyes de Cupido;
jugar bien y dar barato,
como quien lo arroja al aire,
y celebrar un donaire,
de buen gusto el mejor plato;
gustar de música tanto
que se venga a los sentidos,
y el cantar los lleve asidos
suspensos al cielo santo;
no como algunos que suelo
ver, si cantan, con disgusto;
¡maldiga Dios tan mal gusto,
que es enemigo del cielo!

DARINTO. Todo eso, y más, buen Favila,
tiene el Conde.

FAVILA. ¿Y a qué viene,
si no es que casarse tiene
con Policena o Camila?

Que cualquier dellas es tal,
que le merece y excede.

DARINTO. Creo que decir se puede,
aunque el Conde es principal.
Pero él pasa a Roma agora,
a negocios que allá tiene.

DON ANTO. ¡A gentil ocasión viene!
Mis esperanzas mejor.
Volvéos a la posada,
porque me importa, don Juan,
hablar aqueste truhán.

DON JUAN. ¡Brava pasión!

DON ANTO. Declarada.

DON JUAN. Allá te aguardo.

(*Vase.*)

(1) M, V, A, Va y Mi; lo.

(1) Z: esso. Va: a esse digo que es hombre.
(2) Z y V: seta.

DARINTO. ¡Oh, Favila!
Adiós, que voy a un recado.
(*Vase.*)

FAVILA. Vete con Dios.
DON ANTO. (Yo he llegado
entre Caribdis y Scila.)
¡Ah, gentilhombre!

FAVILA. ¿Quién es?
DON ANTO. ¿Sois de esta casa?
FAVILA. Sí, soy.
DON ANTO. (Temblando de verlo estoy.
¡Ay de mí! ¿Qué haré después?)
Un español ha llegado,
de buena gracia y aviso,
que en los versos de improviso
vence a Ovidio, de pensado.
¿Querránle, por dicha, oír?
FAVILA. Y holgarán mucho. ¿Sois vos?
DON ANTO. Yo soy, señor, a quien Dios
tal gracia quiso infundir.
FAVILA. Pues dadme luego esos brazos,
que del propio oficio soy.
DON ANTO. ¿Es posible? Yo os los doy,
con infinitos abrazos.
¿Quién tuviera tal ventura,
que tal ingenio topara?
¡Qué bien se ve en vuestra cara
de Apolo la ciencia pura,
y que las nueve tenéis
debajo de vuestra mano!

FAVILA. Que ganáis por ella es llano
el loor que merecéis;
que bien se ve que Talia
de Aganipe el agua os dió,
y que el de Delfos mostró
con vos lo que más sabía.
Y, hablando sin cumplimiento;
si es que agora habéis llegado
y estáis desacomodado
de posada y de aposento,
en esta casa podéis
tener el mío que tengo.

DON ANTO. Agora a Nápoles vengo,
tan nuevo como me veis.
Si es vuestro gusto que estemos
juntos, la merced aceto (1);
que con un hombre discreto
no hay cumplimiento ni extremos.
Yo sé que cuando me oigáis

no estaréis arrepentido.
FAVILA. Mirad si vos sois servido,
y si a vuestro gusto estáis;
que para mí basta ver
aquesta honrada presencia,
indicio de la gran ciencia
que allá debéis de tener.
Empero, apartaos, que sale
un cierto conde extranjero,
de cuyas manos espero
lo que un buen vestido vale;
que así me lo ha prometido.

DON ANTO. ¿Y adónde va?
FAVILA. A Roma pasa.
Y aun creo que está en casa
de una mala yerba herido.

DON ANTO. ¿Que hay, por dicha, de quién
ande enamorado acá?
FAVILA. Como nuevo habláis.
DON ANTO. ¿Y está
muy perdido? (1)
FAVILA. Quiere bien.
DON ANTO. ¿Quién es la dama?
FAVILA. De dos,
a la mayor se ha inclinado.
DON ANTO. ¿Que dos hay?
FAVILA. Dos se han criado
para milagro de Dios.

(*Entra en el Conde OCTAVIO, de camino, y criados;
y POLICENA y CAMILA y VIRGINIO, su padre.*)

OCTAVIO. Que excusárades quisiera,
señor, este gran favor.
VIRGINIO. El vuestro fuera mayor,
si esa humildad no dijera.
POLICENA. Juzga (2) el Conde a cumpli-
lo que es pura voluntad. [*miento*]
OCTAVIO. Conozco mi indignidad
y vuestro merecimiento.
CAMILA. Un año que se despidió
le sobrará de humildad.
OCTAVIO. Mejor dijeras verdad,
Camila, toda la vida.
VIRGINIO. Ahora bien, yo he de ir con vos;
ya sabéis que es juramento.
OCTAVIO. Por él, señor, lo consiento.
Adiós, señoras.
POLICENA. Adiós.

(1) *Va, Mi y A. Como nuevo hablas. Y aún está muy perdida. Z y M. perdida.*

(2) *Así en V. Z y M. Luego. Va, Mi y A. luego.*

FAVILA. ¿No te acuerdas de Favila,
el que discurrió en tus loores?

OCTAVIO. Bien me acuerdo de las flores
que aqueso ingenio destila.
Toma este anillo, y perdona.

(*Vañse el Conde y el padre.*)

POLICENA. ¡Favila!

FAVILA. ¡Señoras bellas,
dignas de ser sol y estrellas
en la más cumbrada zona;
dignas de ser un Amor
y otra Venus, en el suelo!

DON ANTO. ¿Tiene tanta gloria el suelo? (1)

CAMILA. El oro le hace hablador (2).

POLICENA. ¿Qué te dió el Conde?

FAVILA. Este anillo.

POLICENA. ¿Quieres trocallo?

FAVILA. ¿Pues no?

DON ANTO. ¡Trocar dice! ¡Ay, triste yo!

POLICENA. ¿Qué es la piedra?

FAVILA. Un diamantillo.

POLICENA. ¿Qué querrás por él?

FAVILA. No más
que un alfiler de tu toca.

POLICENA. ¡Oh, loco! ¿Cosa tan poca?

FAVILA. ¿Poco es lo que tú me das?
Yo sé a quién se lo vendiera
que la sortija trocara.

DON ANTO. Aquí estoy yo, que pagara
diez mil, si diez mil tuviera.

FAVILA. Llega, no seas vergonzoso.

POLICENA. ¿Quién es?

FAVILA. Cierta forastero
español.

POLICENA. ¿Es caballero?

FAVILA. Y de talle milagroso.

DON ANTO. Dame, señora, esas manos.

POLICENA. ¿Quién es?

FAVILA. Del oficio es,
y el mejor que puso pies
en Italia.

DON ANTO. Loores vanos.
Con su buena condición,
a todos cubre de ciencia.

POLICENA. Por cierto, vuestra presencia
basta a daros opinión.

FAVILA. No penséis que yo le he (3) oído;
que por ella le he juzgado.

DON ANTO. (Quien a tal punto ha llegado,
¿cómo no pierde el sentido?)

POLICENA. Decidle que algo nos diga,
y sepamos lo que es esto.

FAVILA. Si os hallárades dispuesto,
por lo que una dama obliga,
que dijérades me holgara
dese ingenio alguna flor.

DON ANTO. Hacéisme mayor favor
que en mi vida imaginara.
Por daros gusto diré
algo que aquí se me ofrezca;
que lo que ella no merezca
podrá merecer mi fe.

[*Ap.*] ¡Ay de mí! ¿Qué he de
pues tal ingenio me pinto? [decir,
Yo he entrado en un laberinto,
de adonde no he de salir.
Ya de lo dicho me pesa;
pero, Amor, a cargo vuestro,
pues de todo sois maestro,
pongo salir con la empresa.]

(*Comienza a decir:*)

Estrellas puras, que a Venus,
por la noche y por el alba,
acompañáis, más hermosas
que de su pavón las alas,
ya entre rosas y jazmines,
ya entre aljófares y escarchas,
dando al verano alegría
y al frío invierno templanza;
sabed, hermosas señoras,
que en lo más fértil de España,
adonde riega Genil
las riberas de Granada,
un caballero famoso
por la espada y por la lanza
tuvo un cierto desafío
con un hidalgo de fama,
porque un día en la pelota
se alabó de que a su hermana
le hablaba por una reja
y daba empresas y cartas.
Tocóle mal en la honra,
herida que nunca sana;
y así, tomó por consejo
ausentarse de su patria.
Vino a Nápoles, adonde,
mirando un día sus plazas,
sus torres, sus edificios,
fuentes, murallas y casas,

(1) Así el verso en las seis ediciones.

(2) Z, M y V: *hablar*.

(3) Z, M, A, V y Mi: *le oydo*.

vió de una iglesia salir
dos bellísimas hermanas,
que hicieron once las Musas
y, de tres, cinco las Gracias.
Los ojos de la mayor
se le entraron por el alma,
dejándola, con su incendio,
como otra Troya abrasada;
cegaron los sentidos
en ver belleza tan alta,
y en verse no conocido
se le murió la esperanza.
Desesperado vivía,
con mil pensamientos y ansias,
dando suspiros al viento,
y a la tierra fuentes de agua,
determinando buscar
mágicos por toda Italia
que le sacasen el fuego
con hierbas o con palabras,
hasta que... ¡Válgame el cielo!
¿Qué me ha dado, que sin causa
se me han cubierto los ojos,
y el corazón se desmaya?

POLICENA. ¡Bravo desmayo le ha dado!

AYUDA, hermana Camila.

CAMILA. ¿Si es muerto?

POLICENA. Ve tú, Favila,
por agua.

FAVILA. He quedado helado.

Escuchaba atentamente
su divina poesía.

POLICENA. Ve presto; trae agua fría.

FAVILA. Por ella voy diligente.

(*Vase.*)

DON ANTO. Sin ella he vuelto ya en mí;
que el (1) agua no mata el fuego
que me tiene helado y ciego,
señora, después que os vi.

Yo soy ese caballero
que de Granada salió;
yo soy el mismo que os vió
y el mismo que por vos muero.

Yo busqué aquesta invención
para poderos hablar,
por no me desesperar
con tanta pena y pasión.

Mi atrevimiento es terrible;
mas, medido por mi fe,

infinitas veces sé
que lo aventaja.

POLICENA. ¿Es posible
que ha sido tu atrevimiento
tan grande, que haya llegado
a decirme tu cuidado
con público sentimiento,
hasta que por tu presencia
no puede tenerte en poco?
Mas ya veo que eres loco
sin fundamento y prudencia.

Salte luego de la sala,
que te costará la vida.

DON ANTO. Siendo ésa por vos perdida,
¿qué vida a tal muerte iguala?

Echadme, que yo estoy cierto
que ha de ser mi muerte cierta;
que os juro que a vuestra puerta
amaneceré presto muerto (1).

CAMILA. ¡Ay, hermana; por tu vida
ten lástima del!

POLICENA. No quiero.

CAMILA. ¿Así das a un caballero
respuesta tan desabrida?

POLICENA. ¡Sálgase luego de aquí!

DON ANTO. Ya me voy, y de tal suerte,
que hoy te pese de mi muerte,
aunque vivo te ofendí.

(*Vase.*)

CAMILA. ¿Que así le has dejado ir!

¿Quién hiciera tal crueldad?

POLICENA. Calla, que tu poca edad
no te deja discurrir.

¿No había más de arrojarme
a un hombre no conocido?

(*Sale FAVILA con agua.*)

FAVILA. Tarde creo que he venido;
de torpe podréis culparme.
¿Qué es del hombre?

POLICENA. Ya se fué.

FAVILA. ¿Cómo?

POLICENA. Como volvió en sí.

FAVILA. Pues ¿tan mal estaba aquí?
¡Bravo ingenio!

POLICENA. ¡Bravo a fe!
Bébetelo el agua por él.

(1) Así el verso en las seis ediciones. Acaso sería: *Que os juro de, a vuestra puerta, / amanecer presto muerto.*

(1) Z y V: *si agua.*

FAVILA. Pues ¿quién se atormenta,
o por verme desmayar
con lo que sanara él?
Ya Dios en el mundo hizo
a quien esto aprovechase,
y también a quien mal hace (1),
en forma de bebedizo.

POLICENA. Ve, Camila, un poco adentro,
que yo voy luego tras ti.
(*Vase.*)

FAVILA. Esta agua me mata aquí;
mejor estará en su centro.

POLICENA. Di, Favila: ¿dónde vive
este español?

FAVILA. ¿Yo qué sé!
Por ahí me lo encontré.

POLICENA. Vergüenza el alma recibe;
pero ¿qué se puede hacer,
si con su presencia ha hecho
tanto alboroto en mi pecho,
que le siento helar y arder?
¿Ni el nombre tampoco sabes?

FAVILA. Ni nombre ni señas dél.

POLICENA. Como preguntes por él,
aunque esté en las mismas naves, (2)
Por todas las plazas andas
y muy conocido eres;
bien le hallarás si quisieres.

FAVILA. Yo haré lo que me mandas;
mas ¿qué te puede importar
un poeta advenedizo?

POLICENA. ¿No sabes tú lo que hizo?
Tiene ingenio singular.

FAVILA. ¿Cómo?

POLICENA. Tómeme la mano
y un anillo me sacó.

FAVILA. ¿Y desmayar se dejó
con la presa? ¡Oh, castellano!
¿Quién le hubiera dado acaso,
como quise, el aposento!
¡Vive Dios que en un momento
hubiera habido traspaso!
Juntado se ha con Apolo
Mercurio, que es gran ladrón;
voy a ver si hallo razón
como a español nuevo y solo.
Yo llevaré quien aquí
te lo traiga como un rayo.

(*Vase.*)

POLICENA. ¡Ah, cielos, que este desmayo
me desmaya el alma a mí!
¿Qué español o hechicero
es éste, que así conquista
mi calidad con su vista?
Yo ¿qué he visto? ¿Por qué mue-
¿Qué me obliga a hacer [ro?
aquesta nueva invención,
pues le he fingido ladrón
sólo por verle volver?
Mas, ¡ay, Dios, que no es fingido
el haberle ladrón hecho,
pues roba el alma del pecho
y el respeto del sentido!
Divertirme quiero un poco.
¡Oh, pensamiento enemigo;
yo os haré, con el castigo,
volver cuerdo si sois loco!

(*Vase POLICENA y sale [ro] el CAPITÁN y un ALFÉREZ y
DON ANTONIO y DON JUAN.*)

CAPITÁN.

Aconséjoo, como hombre de la patria,
porque estéis, don Antonio, más seguro,
que toméis, como digo, esta bandera,
pues el señor Alférez se va a España;
que al fin podréis guardaros desta suerte
mejor que con la guarda de algún príncipe,
y nos den a entender que está durmiendo
vuestro enemigo, porque el más cobarde
desca venganza: el que a otro ofende
no es bien que esté seguro de sí mismo.

DON ANTONIO.

Bien, señor Capitán, conozco y veo
que la verdad me aconsejáis en todo,
y acepto la merced que me habéis hecho;
sí es que el señor Alférez se va a España,
yo tomo la bandera, y juntamente
a don Juan os ofrezco por soldado;
que es hombre de quien ya tenéis noticia.

ALFÉREZ.

Yo huelgo mucho que con tal ventaja
con don Antonio mi bandera quede,
porque sé que tenían pretensiones
hombres indignos del lugar que dejo.

DON ANTONIO.

Ninguno como yo, señor, sería;
mas, pues me hacéis merced, yo os prometo
de sólo entretenella en vuestro nombre,
y seros un humilde sustituto.

(1) Así este verso en las seis ediciones.

(2) *M, A, Va y Mi*: naves.

DON JUAN.

¡Gastad agora el tiempo en cumplimientos,
que entre amigos es cosa de importancia!
A don Antonio le está bien aquesto,
y al Aliérez le está bien don Antonio.

CAPITÁN.

Don Juan dice muy bien; aquí está cerca
mi posadilla, do podréis sentaros
y tomar colación de aquí a un rato.

ALFÉREZ.

Vamos, que hay bien que ver en una huerta.

(Sale FAVILA con un ALGUACIL.)

FAVILA.

Digo que es el ladrón uno de aquestos.

ALGUACIL.

El trata, por mi fe, con gente honrada.

FAVILA.

¡Ah, señor caballero! ¿Conocéisme?

DON ANTONIO.

Sospecho que os he visto; no me acuerdo (1).

FAVILA.

¿No os acordáis cuando hoy (que no es posible)
me hablastes por poeta de improviso
en casa de Virgilio, y en su nombre
dijistes (2) un romance a sus dos hijas?

DON ANTONIO.

Aqueste hombre trae perdido el seso.

FAVILA.

Ya conozco españoles; ¡no conmigo!
Al tiempo que fingistes el desmayo,
se queja Policena que le hurtastes
un anillo de oro de las manos,
y aquí viene a cobrarle la justicia.

CAPITÁN.

¡Oh, villano, villano! ¡Fuera, déjenme
al señor don Antonio!

FAVILA.

¡Ay!

ALGUACIL.

¡Baste!

FAVILA.

¡Baste!

DON JUAN.

¿Ladrón a don Antonio? ¡Loco infame!
¿Será milagro que le queden barbas!

ALGUACIL.

¡Señores caballeros! Baste (1) aquesto:
que el señor don Antonio es muy honrado,
y no ha de perder nada con un loco.

CAPITÁN.

A mi agradezca agora el quedar vivo!

DON JUAN.

¿Que éste queréis que con narices vaya?

DON ANTONIO.

¡Basta! ¿Que soy ladrón?

CAPITÁN.

¡Dejalde, vamos!

ALFÉREZ.

¡Vamos, señores; que esto importa poco!

(Vanse. Quedan FAVILA y el ALGUACIL.)

FAVILA.

¡Ay, pesia mi linaje; que me han (2) muerto!
¿Quién me trujo a morir entre españoles,
soldados, capitanes y hombres graves?

ALGUACIL.

¿Cómo no me ha pagado mi trabajo
y se deja de hacer lamentaciones?

FAVILA.

¿Y es poco el que yo llevo en las espaldas?
Andad con Dios, buen hombre.

ALGUACIL.

¿Entre españoles
soldados y hombres graves se le antojan
ladrones? ¿Era blanco o candía malvasta? (3)

(1) Z, M y F: y no me acuerdo

(2) Z y F: dixisteys.

(1) Z: basta. F: basta.

(2) Z y F: me a.

(3) Así el verso en las seis ediciones.

FAVILA.

¡Era el diablo que os (1) lleve!

ALGUACIL.

debe de haber cargado! ;Gentilmente

FAVILA.

Eso es lo cierto.
¡Español y ladrón! ;Ay, que me han muerto!

(*Vanse y sale POLICENA.*)

POLICENA. Muy bueno andáis, pensamiento,
pues cuanto más divertido,
más el alma y el sentido
os van dando acogimiento.

No es posible que esto sea
accidente que me ha dado,
sino que el alma he forzado
al peligro que desea.

Y, con saber que forzada
la obligan a su deshonra,
ni ya vuelvo por mi honra,
ni pienso que fui agraviada.

¡Bravo tirano es Amor!

Todos los cinco sentidos
tienen a su voz ya perdidos
de aqueste su ciego error.

¿Qué es esto, Favila amigo?

¿Cómo vienes desahogada?

(*Entra FAVILA quejándose.*)

FAVILA. ¡Por vos me han dado la muerte!

POLICENA. ¿Cómo así? (2)

FAVILA. ;Bravo castigo!

Alagué a vuestro ladrón
entre dos mil caballeros
capitanazos y fieros
de aquesta odiosa nación.

paseando a lo señor,
don Antonio acá y allá,
más grave que el virrey va,
con más gusto y más honor.

Llegué con el alguacil,
y el desmayo le conté;
desmayo y hurto que fué
ingenio bravo y sutil.

Mas luego los caballeros,
coléricos y enojados,

pusieron desenvainados
a mis pechos sus aceros.

“¿A (1) don Antonio ladrón?”

decían a voces todos,
y querían por mil modos
vengar en mí su traición.

Y siendo bien defendido
de lo que es buen puntillazo,
coz y puño, traigo un brazo
por muchas partes herido.

POLICENA. ¿Que, en fin, era caballero?

FAVILA. Sin duda, y muy principal.

POLICENA. ¿Qué pudo obligarle a tal?

FAVILA. Mí desdicha.

POLICENA. En Dios espero.

Si yo estoy desengañada
de sus padres e hidalguía (2),
¿para qué el alma porfia,
si ha de quedar abrasada?

Favila amigo, este daño
por mi causa, está a mi cuenta;
deste anillo te contenta,
que has de saber que fué engaño;
que yo le fingí ladrón,

pero fué con otro celo.
FAVILA. ;Hablaras, pesia mi agüelo,
y no meterme en cuestión!

Que hay español que por nada,
cuanto y más por esta aïrenta,
sin darle primero cuenta,
mete a un triste tanta espada.

POLICENA. Si me guardas el secreto,
lo que es esto te diría.

FAVILA. Esto y más, señora mía.

POLICENA. Mas si harás; que eres discreto.

¿Oiste el romance bien
y aquello del caballero?

FAVILA. Casi imaginarlo quiero
por este español también.

POLICENA. Cuanto contó fué su vida,
y yo soy a quien adora.

FAVILA. ¿Y aquel desmayo, señora,
fué acaso pasión fingida?

POLICENA. No, sino nueva pasión,
y que me ha dejado tal.
FAVILA. que estoy mortal
de una amorosa afición.

Ve luego y vuélvele a hablar,
y dile que si desea
verme esta noche, que cerca

(1) Z: que lleve. V: que le lleve.

(2) M, A, Va y Mi: assi.

(1) Falta a en M, A, Va y Mi.

(2) En las seis ediciones: y hidalguía.

me puede ver y hablar,
y en una destas ventanas
a media noche estaré.

FAVILA. Querría entrar con buen pie,
ya que te ciegas y allanas;
dame aqueso por escrito,
no entienda que es otro engaño,
y llore por todo un año
lo que por tí solicito.

POLICENA. Si tomas tantas molestias,
ven, que escribir es mejor.

FAVILA. Eso sí; ¡pesa mi amor!;
que dan coces como bestias.

(*L'anse, y sale[n] el CONDE y un CRIADO.*)

FIRMIO. ¿De la mitad del camino
a Nápoles otra vez?

OCTAVIO. A tí te hago juez
deste milagro divino.

Tú mismo, Firmio, podrás
juzgar, pues eres discreto,
si hay más que ver, en efeto (1).

FIRMIO. Digo, señor, que no hay más;
que de volver no me pesa,
pues que no era de importancia
irme a Roma más que a Francia,
pues no llevo cierta empresa (2).

Pero pésame que agora
de tu vuelta no sabemos
qué disculpa dar podremos
a Virgino y tu señora.

¿Qué les dirás?

OCTAVIO. ¡Qué atrevido
y qué necio, Firmio, estás!
¿No topa la vuelta en más
de quedar bien ofendido? (3)

¿Hay más que decir que en Ro-
grande pestilencia habia? [ma]

FIRMIO. ¿Qué presto el que ama y porfia
consejo y remedio toma!

OCTAVIO. ¿Qué dices?

FIRMIO. Que así está bien,
y que veas lo que quieres.

OCTAVIO. ¡Ay, Firmio, es flor de mujeres;
quiérola en extremo bien!

Y más que no es casamiento
desigual de quien yo soy.

FIRMIO. ¿Ya das en esto?

OCTAVIO. ¿En qué doy?

¿No es honrado pensamiento?

FIRMIO. Digo que es ángel y diosa,
y que con ella casado
serás bienaventurado.

OCTAVIO. Más que discreta y hermosa;
no sé yo cuál es mayor:
su discreción o hermosura.

FIRMIO. Si en tí cesa esa locura,
cualquiera fuera menor.

OCTAVIO. Firmio, pues amor me arde,
esta mañana he pensado
que no sepan que he llegado;
dirás que esa gente aguarde,

y porque si en el terrero
algo de mi pena aplaco,
darásme esta noche un jaco
y buen casco en el sombrero;
que por esta reja suele
tal vez Policena oírte.

FIRMIO. Yo haré a la gente encubrirte
porque la fama no vuele,
para que tu amor desnudo
goce del bien que te agrada.

OCTAVIO. El alma llevo abrasada
de un fiero amor, no lo dudo;
pero con tal esperanza
miro ya mi posesión,
que en la más grave pasión
hallo más triste templanza.

(*L'anse, y sale[n] DON ANTONIO y DON JUAN.*)

DON JUAN.

Contáisme cosas que parecen fábulas;
lo del romance es cosa que me admira;
lo del anillo, yo lo vi, mas creo
que aquesto del billete no es seguro (1).

DON ANTONIO.

Seguro (1). ¿por qué no?

DON JUAN.

Porque en un día
es imposible, sin hechizos dalle,
rendir el alma de una dama noble
de forma que la obligue a tal locura.

DON ANTONIO.

¿Por qué? ¿No hizo Amor el mismo efeto (2)
conmigo en sólo un día, en un instante,

(1) Z y U: *efecto*.

(2) Z y U: *impresa*.

(3) Z, M y U: *de quedar bien disculpado*.

(1) Z y U: *seguro*.

(2) Z y U: *efecto*.

siendo yo más perfecto (1), que soy hombre?
¿Qué mucho que se rinda su flaqueza?

DON JUAN.

No digo porque ser mujer no puede,
sino porque este nombre de españoles
puede dar ocasión a que esta dama,
aconsejada mal, os haya escrito
para que aquí seguros, esta noche
nos den lo que excusáramos si acaso
quedáramos (2) durmiendo en la posada.

DON ANTONIO.

Linaje de temor, don Juan, es ése.
Yo estoy seguro de que no hay engaño,
y cuando lo supiera claramente,
¿en qué ocasión el hombre mejor puede
aventurar la vida? Si os agrada,
idos con Dios, y allá guardad la vuestra.

DON JUAN.

¡Paso!, que ya conozco vuestra cólera
y que no lo decís por injuriarme;
y así, esta vez no quiero reprehenderos,
sino avisaros de que allí han abierto
una ventana, y puede ser que sea
la que os escribe y vuestro bien desea.

(Sale POLICENA a la ventana.)

POLICENA. ¿Es don Antonio?

DON ANTO. Es, señora,
aquel venturoso amante
que vuestra hermosura adora.

DON JUAN. ¡Que me dejase el montante
que tuve en la mano agora!

Que para chusma no hay cosa
más segura (3) y provechosa.

POLICENA. ¿Admiraos mi libertad?

DON ANTO. No, sino mi voluntad
y el ver que sois tan hermosa.

Que compiten en grandeza,
señora, después que os vi,
amor y vuestra belleza.

POLICENA. En fin, ¿qué sentís de mí?

DON ANTO. Una piadosa nobleza
en que os habéis consolido
de verme mucho y rendido
a vuestros pies por despojos.

POLICENA. ¡Oh, veneno de mis ojos

y hechizo de mi sentido!

Sospecho que me lo distes
en aquel mortal desmayo
que entre mis brazos fingistes,
pues fué el veneno y el rayo
con que mi pecho rompistes.

DON ANTO. Y yo de vos, ¿qué diré?
Que en el punto que os miré
alma y sentidos perdí.

POLICENA. ¿Qué pensáis hacer de mí?

DON ANTO. ¿Yo de vos? De mí no sé.

[POLICENA.] Vos sois mi bien, que ya tiene
carga de mi alma y vida,
y estoy tal, que me conviene,
señor, que remedio os pida.

DON JUAN. ¡Ce!

DON ANTO. ¿Qué hay, don Juan?

DON JUAN. Gente viene.

DON ANTO. ¿Quieres que me vaya?

POLICENA. No;

que será gente que pasa.

DON ANTO. ¿Hay de quién guardarme yo?

DON JUAN. Hasta el techo de su casa
reconociendo pasó.

(Entran el CONDE y FIRMIO.)

OCTAVIO. Firmio, ¿aquesto es de creer?

FIRMIO. Que será alguna mujer,
de dos mil que en casa habrá,
que algún requiebro tendrá.

OCTAVIO. Pues ¡por Dios que lo he de ver!

FIRMIO. Asegúrate, que un poco
oírás lo que dicen.

OCTAVIO. ¡Basta!

Va con las manos lo toco;
si Policena no es casta,
el Conde se vuelve loco.

FIRMIO. ¿De Policena sospechas,
siendo ángel en tu lengua,
cosas, Conde, tan mal hechas?

OCTAVIO. Ser mujer, ¿no es harta mengua?

FIRMIO. Parece que la desechas.

Pues yo quiero que ella sea.
¿Cuánto va que más te abrasa
si sabes que a otro desea?

OCTAVIO. Y el inconveniente pasa
de que ella de mí lo crea.

Anda acá, vuelve a pasar.

DON ANTO. En fin, que me ha de avisar
Favila de lo que hubiere.

POLICENA. Creed lo que yo os dijere.

(Vase POLICENA.)

(1) Z y I: *perfecto*.

(2) Z: *quedáremos*.

(3) Z y I: *siguro*.

- OCTAVIO. Firmio, yo le he visto hablar.
 DON ANTO. ¿Quién es este caballero
 que dos veces ha pasado?
 Perdonad (1), que hablarle quiero.
 ¡Ah, caballero embozado!
- OCTAVIO. ¿Es conmigo, caballero?
 DON ANTO. Con vos, que no está en razón
 que estando en conversaci6n
 en una reja un hidalgo,
 vengáis vos a escuchar algo,
 o con otra pretensi6n.
- OCTAVIO. Yo puedo en aquesta casa,
 y aun obligaci6n me corre,
 de ver toda lo que pasa:
 que hace mal quien no socorre
 fuego que a su deuda abrasa.
 Y así, os pido en cortesía
 que dejéis esta porfía,
 no volviendo aquí jamás,
 donde no...
- DON ANTO. ¿Paso, no más!
 que es justa la ocasi6n mía;
 y por todo el mundo junto,
 desta calle y desta reja
 no me han de apartar un punto.
 ¡Aquí traigo cierta queja,
 y aquí me han de hallar difunto!
- OCTAVIO. ¿Y no os parece que yo
 podré quitaros de aquí?
- DON ANTO. Paréceme a mí que no.
 OCTAVIO. Paréceme a mí que sí.
 DON ANTO. Poco obró quien mucho habló.
 OCTAVIO. Pues haced cuenta que sale
 quien más que palabras vale.
- (Metén mano.)
- DON ANTO. Don Juan, ya estoy advertido.
 OCTAVIO. ¡Ay, Firmio, que me han herido!
 FIRMIO. Ten ánimo.
- DON ANTO. ¡Muera! (2)
 DON JUAN. ¡Dale!

JORNADA SEGUNDA

(Salen VIRGINIO y FIRMIO.)

VIRGINIO.

¿Que el Conde se volvió?

(1) Z y V: perdona.

(2) Z, M y V: muera.

FIRMIO.

Volvi6se el Conde.

VIRGINIO.

¿Y herido?

FIRMIO.

Poco.

VIRGINIO.

¿Quién le hirió?

FIRMIO.

Ladrones.

VIRGINIO.

¿Milagro ha sido!

FIRMIO.

¿Grande!

VIRGINIO.

Y ¿sabes dónde?

FIRMIO.

Tan cerca, que los altos torreones
 desta insigne ciudad se veían claros

VIRGINIO.

¿Agradóles la cadena?

FIRMIO.

Y los doblones (1).

Hubo en aquesto dos milagros raros:
 minallas fué el primero, y el segundo,
 haber para la pólvora reparos.

VIRGINIO.

¿Que hubo escopetas?

FIRMIO.

No se vió en el mundo
 ventura igual.

VIRGINIO.

Al Conde da un recado,
 que en amistad y parentesco fundo,
 que con mil causas quedaré agraviado
 si no se sirve de mi casa luego,
 donde con más regalo sea curado.

FIRMIO.

Hacélo así (2).

(1) Así este verso en las seis ediciones. Sobre
 una sílaba. Tal vez diría: ¿Agradó la cadena? Y los
 doblones.

(2) M, A, T y M: así.

VIRGINIO.

Dirás que se lo ruego,
y lo que sentiré de lo contrario.

FIRMIO.

¡Brava ventura de un amante ciego!

VIRGINIO.

Y, porque aderezar es necesario
el cuarto do ha de estar, adiós te queda.

(Pase.)

FIRMIO.

¡Ah mudanzas del tiempo incierto y vario!
¡Que siempre para el bien el mal suceda,
y sea el camino del provecho el daño!
¿Quién hay que, alegre o triste, vivir pueda?
He aquí el Conde, con aqueste engaño
de la herida ha sacado aquesta cura,
único bien para su mal extraño.
Agora gozará de la hermosura
de Policena, y el hablar sin tasa,
de un triste amante la mayor ventura.

(Entra el CONDE OCTAVIO.)

OCTAVIO.

Ya, Firmio, entendí que en esta casa
habías de estar como si antes fueras.

FIRMIO.

¡Oh, señor, que no sabes lo que pasa!
Hallé a Virginio, que si tú le vieras
de tu des-gracia triste y afligido,
de tu remedio indicio conocieras.

Pesóle de manera en verte herido,
que te ofrece su casa por el tiempo...

OCTAVIO.

¡No digas más: que perderé el sentido!
¿Que mis desdichas han llegado a tiempo
que adonde vive Policena viva?

FIRMIO.

¡Piensas que hablo en burla y pasatiempo?
Aderezando todo lo de arriba
está el viejo, solicito, y tu dama,
que ya no es palma, sino verde oliva,
de cuya fértil y copiosa rama
antes de noche cogerás el fruto (1).

OCTAVIO.

¡Dichoso, Firmio, en tanto bien me llama!
Ya mi esperanza se desnuda el luto,
y el alma, a nueva gloria reducida,
sin pagar principal goza el tributo.
¡Dichosa sangre y provechosa herida!
Firmio, una calza que ha de haber leonada (1),
jubón y cuera en tu persona emplea,
hasta que otra merced más importante
te ponga en el lugar que yo deseo.

(Sale DON ANTONIO.)

DON ANTONIO.

Pues ha de ir mi propósito adelante,
y no hay volver atrás de aquesta empresa,
puesto el favor en punto semejante.
No cesa el alma, como nunca cesa
de imaginar industria, que su agravio
es carga, al fin, que más que el mundo pesa.
Apenas puedo aquí mover el labio,
viendo al herido Conde. ¡Ah, caballeros!
¿Dónde podré hallar al Conde Octavio?

OCTAVIO.

Si algún favor el Conde puede haceros,
yo soy; ¿qué me queréis?

DON ANTONIO.

Gran testimonio
es de quién sois tan solamente el veros.
Yo me llamo el alférez don Antonio,
un español, sospecho que hombre honrado,
aunque de poca hacienda y patrimonio;
con mi bandera y ser aventajado
pudiera sustentar lo que he perdido
en un año que al juego no he ganado;
pero el haber aficionado sido
siempre a vuestro valor, y a la gran fama
que me ha dado en saber que os han herido,
aquesta espada, no por la más buena
que ha pasado en Italia desde España,
pero de alguna sangre y honra llena,
como os sirváis de hoy más, os acompaño,
amparando, señor, vuestra persona,
mejor que en la ciudad, en la campaña.

OCTAVIO.

La vuestra, Alférez, mucho más la abona;

(1) En las seis ediciones: *antes de la noche*.

(1) En las seis ediciones falta el tercer verso de este terceto y, a juzgar por la rima, otro terceto más.

que muestra bien que sois noble e (1) hidalgo, a quien la virtud misma galardona.

Para pagar vuestra afición no valgo tanto como pensáis, pero no en todo de aquesta justa obligación me salgo.

Pensad, pues, que halláis el mejor modo de vivir en mi casa; que me pesa que en la misma del rey no os acomodo.

De mi parte vos tendréis mi mesa, y un caballo, de dos.

DON ANTONIO.

Merced tan grande para siempre en el alma queda impresa.

Vuestra señoría de hoy más me mande (2) como a su esclavo.

OCTAVIO.

Yo soy vuestro amigo, que es bien que igual con vos, Alférez, ande; que aquí, en Italia, vos seréis testigo, tratamos desta suerte a un hombre honrado (3).

DON ANTONIO.

Bien se ve agora, en lo que hacéis conmigo.

OCTAVIO.

Vuestra buena presencia me ha obligado.

(*Entran CAMILA y POLICENA.*)

CAMILA. Ya que tal huésped tenemos, desdicha es venir así.

OCTAVIO. ¡Ay, mi Firmio, ves aquí del mundo los dos extremos!

POLICENA. En nombre de mi señor venimos a aposentarnos.

OCTAVIO. Y el huésped viene a afrentarnos, sin méritos ni valor;

y más que a humillar provoca el mayor merecimiento, ver tan gran recibimiento (4) para cosa que es tan poca.

Yo no sé que rey alguno haya en aposento entrado más venturoso y honrado.

CAMILA. Como vos no hay ninguno; y sólo de aquesta casa porque el Barón, mi señor,

os tiene tan grande amor, que el mayor término pasa.

OCTAVIO. Esclavo, Camila, soy, pero dame mucha pena que no hable Policena.

POLICENA. Oyendo a los dos estoy.

¿Cómo estáis de vuestra herida?

OCTAVIO. De la del brazo mejor, mas de una herida que adoro ya voy perdiendo la vida;

y más tratándome mal la que fué la causa della, aunque por causa tan bella no hay bien a su daño igual.

POLICENA. Será, Conde, Dios servido que presto convalezcáis, como en la herida pongáis del tiempo un poco de olvido;

y lléveos Camila agora donde mi padre os aguarda.

OCTAVIO. ¿Cuánto desdén acobarda el hombre que más adora!

CAMILA. Vamos, veréis vuestra casa y el cuarto do habéis de estar.

OCTAVIO. Y donde me he de abrasar de un hielo (1) que me traspasa.

(*Pausa. [Entra DON ANTONIO.]*)

POLICENA. Apenas puedo creer,

don Antonio, que te veo.

DON ANTO. Ni a mí me deja el deseo creer lo que vengo a ver; que se abrasa de manera que no cree lo que ve, con hacer los ojos fe de que es visión verdadera.

POLICENA. Yo tengo mayor razón; que no sé como has venido a entrar en mi casa.

DON ANTO. Ha sido de un grande amor invención.

Creo que estás obligada a lo que hice por ti.

POLICENA. Por pagarte estoy sin mí; mal puedo pagarte en nada.

DON ANTO. A servir al Conde vengo, siendo tan bueno como él, de celos y envidia del.

POLICENA. Grande obligación te tengo. En cuantas cosas intentas

(1) M., A, U y M: «hidalgo. La noble hidalgo».

(2) Así este verso en las seis ediciones.

(3) M., A, U y M: «a un honrado».

(4) Z: «recibimiento. M y U: «recibimiento».

(1) En las seis ediciones: «gelo».

en el alma se me imprinen,
donde es razón que se estimen.

DON ANTO. Y del Conde, ¿qué me cuentas?

La invención no te agradó
que del ladrón ha fingido.

POLICENA. Y es lo menos quien le ha herido
el que el alma me robó.

DON ANTO. Mejor ese nombre es tuyo,
que me robaste primero;
pero al cielo darle quiero
este oficio, pues es tuyo.

para que veas si es noble,
pues cuanto pretende aquí
es llevar almas así
y que el número se doble;

así que puedes privarte
de oficio que el cielo tiene.

POLICENA. Sólo, señor, me conviene
preciarme siempre de amante;
y esto, agora, en mi afición,
mejor lo conocerás.

DON ANTO. Verdad es que agora estás
en la mayor ocasión,

y dentro en tu casa vivo,
y el Conde vive también.

POLICENA. Ese muere en mi desdén;
no le has de contar por vivo.

Tú verás, mi don Antonio,
de la suerte que te va,
y desto el tiempo dará
bien bastante testimonio;

que cuando a tal libertad
se dispuso un igual mío,
en lugar del albedrío
reinaba la voluntad.

DON ANTO. Esa tendré eternamente,
mi bien, a tu hermosura.

POLICENA. Y yo tengo gran ventura
quererte tan tiernamente.

Pero allá me echarán menos;
entra, que de casa eres.

DON ANTO. Si de casa hacerme quieres
contaréme entre los buenos.

POLICENA. Todos tus esclavos son.

DON ANTO. Serlo yo tuyo pretendo.

POLICENA. Disimula.

DON ANTO. Ya lo entiendo;
yo te miraré a traición.

(*Vanse, y sale[n] GERARDO y el CAPITÁN DIONISIO.*)

GERARDO. Tuve nuevas, como digo,
cuando menos me pensaba,

que aquí en Nápoles estaba
don Antonio, mi enemigo;

y luego que supe del,
mudé, como veis, de traje (1),
porque allí donde le hallase
le he de dar muerte cruel.

Que no tiene el agraviado
que esperar a su enemigo,
sino que llegue el castigo
cuando esté más descuidado.

Yo vengo bien prevenido;
sólo merezca saber
de vos lo que he de hacer.

CAPITÁN. A buen tiempo habéis venido;

que fuera de que tenéis
venganza, a lo que sospecho,
conoceréis de mi pecho
el amor que me tenéis.

Y porque más la amistad
que el parentesco me incita,
ese don Antonio habita
continuo en esta ciudad.

Quiso tomar la bandera
de un capitán, de un don Jorge;
que no hay cosa que no forje
con el temor que le altera.

Y aunque su remedio tarda,
que la amistad no era poca,
porque cierto amor provoca
cuanto el honor acobarda;

que sabed que el necio ha dado
en servir con afición
la hija de un gran Barón,
de quien anda enamorado.

Allí me dicen que está
días y noches perdido,
dándole todo el sentido
por un favor que le da.

Y si de vuestra venganza
se ha de esperar buen suceso,
verle allí loco y sin seso
es la mayor confianza.

Y aun os daría un consejo:
que hoy, en esa misma calle,
intentádeses matarle.

GERARDO. Es el buen amigo espejo.

¡Oh, mi capitán Dionis!

En vos está mi remedio;
mi honor y mi vida en medio
desta verdad que decís.

(1) Así este verso y el siguiente en las seis ediciones.

Ya sabéis que no desea
el agraviado señor,
sino sacar de su honor
una mancha que es tan fea.

No penséis que decís poco
para darme esa confianza,
que si tarda mi venganza
habré de tornarme loco;

porque la imaginación
de que con honra he de verme,
más alegre podrá hacerme,
cuanto más la ejecución.

Mi remedio ha consistido
para matarlo mejor,
en ése su ciego amor
en que está desvanecido.

Decidme cómo será
de suerte que luego sea.

CAPITÁN. Eso es lo que desea
el que este consejo os da;
que aunque Nápoles es grande,
hay tanto español en ella,
que es muy público por ella,
aunque más secreto ande.

Y aunque más os disfracéis
el cuidado en que vivís,
sabrán a lo que venís
a dos días que aquí estéis.

Por mucho mejor tendria,
pues nadie sabe de vos,
que nos lleguemos los dos
donde este necio porfía;

que agora, así, de improviso,
y guardándoos yo la calle,
podéis mejor acabarle
que cuando le den aviso.

Y si falta ejecución
al agravio que os abrasa,
no es malo saber la casa
para mejor ocasión.

GERARDO. ¡Ah, Dionisio! Bien se ve
que aquella amistad pasada
de las cosas de Granada
vive en vos como antes fué.

Dadme mil veces los brazos,
que llevándoos yo conmigo,
hoy mi agravio y mi enemigo
queclarán bechos pedazos.

Desde que salí de España,
eso imaginé, ¡por Dios!

CAPITÁN. ¿Qué gente traéis con vos?

GERARDO. Sólo un paje me acompaña

CAPITÁN. Pues no sabéis la posada,

esté agora el alma quieta.
¿Qué armas traéis?

GERARDO. Escopeta;
que el traje no sufre espada.

CAPITÁN. En viendo el tahali,
adiviné que era fuego.

GERARDO. Esta traigo, y otra luego.

CAPITÁN. Una basta.

GERARDO. ¡Fuese así,
y acaben tantos enojos,
y lo que costare cueste!

CAPITÁN. Ya llevo la muerte deste
atravesada en los ojos.

GERARDO. Yo pagaré esa afición,
aunque el pecho me desangre.

CAPITÁN. Hoy salpicará su sangre
las paredes del Barón.

(*Vanse, y salen el Conde y DON ANTONIO.*)

OCTAVIO. La amistad que os he cobrado,
señor Alférez, me obliga
a que mis pasiones diga
y descubra mi cuidado;
que en poco tiempo es de suerte
lo que conmigo podéis,
que un buen amigo tendréis
no menos que hasta la muerte.

Porque el veros tan discreto,
tan cortesano y galán,
fuerzas a mi pecho dan
a que os diga mi secreto,

tanto porque me importáis,
como porque este cuidado
descansa comunicado;
que quiero que lo sepáis.

Por eso, afición tened (1)
al Conde desde este día.

DON ANTO. ¿Quiere vuesa señoría
hacerme aquesa merced?

Que de mi parte yo estoy
con razón desconfiado;
un deseo tengo honrado,
muy natural en quien soy;
que le tendré lealtad
todo el tiempo que viviere.

OCTAVIO. Razón es ésa que espere
remedio en vuestra bondad.

Y así, comienzo mi historia
del amor, triunfo y grandeza,
principio de mi tristeza

(1) Z y Y' afición si tened.

y de ciertos ojos gloria.

Quando pasé por aquí,
que por mi daño pasé,
a Virginito visité,
y este día me perdí,
porque puse de manera
en Policena los ojos,
que le di el alma en despojos,
y diera mil que tuviera.

Policena, al fin, causó,
con justa causa, mi mal,
porque no pudo ser tal
la que Pirro degolló.

Con esta pena salí
de Nápoles, si es verdad
que salí de la ciudad,
pues en saliendo volví.

Volví, y rondé el terrero
de casa, y hablando hallé
cierto galán, que no sé
si es humilde o caballero;

sé que me hirió, y fingí
que ladrones lo habían hecho,
porque la herida del pecho
pudiese curar aquí.

la cual está en el estado
que ves, Alférez amigo.

DON ANTO. Mucho huelgo que conmigo
hayáis, señor, descansado;

porque de vuestra afición
y la merced que me hacéis,
¿qué indicios darme podréis
mayor que vuestra intención?

Mas todo aqueste contento
grande pensión ha tenido
en ver que os hayan herido,
cosa que en el alma siento,
y que ignoréis el espada
que os sacó sangre.

OCTAVIO. No importa:
que cualquier, de noche, corta,
o de vil hierro (1) o dorada.

De noche iguales se ven
para bien y para mal,
el duque y el oficial,
y las espadas también;

aunque desta yo sospecho
que honrado brazo la rige.

DON ANTO. Por satisfacción lo dije
el agravio que os han hecho.

OCTAVIO. Ese, Alférez, es mi intento.

y así, aquesta noche quiero
que acudamos al terrero
a ver esta sombra o viento:
que él acudirá, sin duda,
y lo podremos coger.

DON ANTO. Si es dorada, pienso ver
su espada, estando desnuda:
que allí se conocen, pues,
en los aceros del dueño.

OCTAVIO. Perderé, sin duda, el sueño
hasta que sepa quién es.

(Entra FIRMIO.)

OCTAVIO. Pues, Firmio, ¿qué hay por allá?

FIRMIO. Hablando estaban de ti.

OCTAVIO. Camila hablará de mí;
que muy de mí parte está;
que Policena en su reja
de noche tiene con quién.

FIRMIO. ¡Aunque más le traten bien,
siempre el amante se queja!

OCTAVIO. Déjate ya de engañarme;
ya al Alférez le conté
quién me ha herido y cómo fué,
y esta noche he de vengarme.
Apercibe dos rodela
y dos jacos.

DON ANTO. Para mí
yo tengo.

OCTAVIO. Pues para ti
serán.

FIRMIO. Apercibirélas (1).

OCTAVIO. Que éste, con rodela y jaco
todavía hará efecto (2).

DON ANTO. No te verás (3) en aprieto
si esta vez la espada saco,
y venga con quien viniere
ése tu competidor.

OCTAVIO. No menos de tu valor
es bien que crea y espere.

(Sale[n] GERARDO y el CAPITÁN DIONISIO.)

GERARDO. Aquí me dijeron que era;
no sé si la casa erré.

Una, dos, tres; acerté:
que ésta ha de ser la postreca.

OCTAVIO. ¿Qué busca aqueste villano?

GERARDO. Gente hay, mas, con todo, llevo.

(1) Z y M: *apercibirélas*. V: *M: ap recbi-
relas*.

(2) Z y V: *efecto*.

(3) Z: *ricas*.

(1) Z y V: *gerro*.

- CAPITÁN. Mirad que dándole el pliego metáis a la daga mano.
- FIRMIO. Parece hombre de camino.
¿Qué buscáis, buen labrador?
- GERARDO. A un caballero, señor,
forastero y granadino,
que para él traigo este pliego.
- DON ANTO. Muestra, labrador, a ver.
- GERARDO. ¿Sois vos?
- DON ANTO. Yo debo de ser.
- GERARDO. ¡Llegó el fin de tu sosiego!
- DON ANTO. ¡Ah, traidor! Ya te conozco.
- CAPITÁN. ¡Muera, tiralde!
- OCTAVIO. ¿A traición?
- ¿Cómo, en casa del Barón?
- GERARDO. A sólo Dios reconozco.
Desvía afuera.
- OCTAVIO. ¿Eso no:
pasadme primero el pecho.
- DON ANTO. ¡Dejalde tire, o despecho
de quien...!
- OCTAVIO. ¿Sabéis quién soy yo?
- CAPITÁN. Sé que sois el Conde Octavio,
y creo que ayudaréis
a este hidalgo, si sabéis
que le obliga cierto agravio.
- OCTAVIO. Eso querría saber.
Baje la escopeta al suelo.
- DON ANTO. ¡Ah, traidores!
- GERARDO. ¡Matarélo
si lo viene a defender!
- CAPITÁN. No más; el Conde está aquí:
esto no tiene remedio.
- OCTAVIO. Mirad que estoy de por medio.
- CAPITÁN. ¡Baja el arcabuz, por mí!
- DON ANTO. ¿Con esas armas venías?
Bien se ve que hombre no eras:
que cuerpo a cuerpo vinieras
si fueras lo que debías.
- ¿Qué venganza de un hidalgo!
- GERARDO. ¿Que para salir contigo
no soy hombre?
- DON ANTO. ¿Tú conmigo?
- GERARDO. Pues sal, y verás si salgo.
- OCTAVIO. Eso es de muy gente honrada,
y muy a contento mío;
hagan los dos desafío
de sola capa y espada;
que ya entiendo que el agravio
no pide paz, ni es posible.
- CAPITÁN. ¡Sin la espada es imposible,
por vida del Conde Octavio!
- Y pues ya está descubierto
que Gerardo aquí ha venido,
quede por vos definido (1),
señor Conde, este concierto.
- OCTAVIO. Pues no hay otro remedio,
mañana al amanecer
a los dos pienso poner
la ciudad y el río en medio.
Y apadrinad ese hidalgo,
que con el mío yo haré
lo mismo.
- GERARDO. Pues yo saldré
a que veas lo que valgo.
- DON ANTO. Cuerpo a cuerpo tú verás
que no te valen traiciones.
- CAPITÁN. Dejemos esas razones:
no se trate dello más.
¿Juráis como caballero
cumplir la palabra dada?
- DON ANTO. En la cruz de aquesta espada,
de salir y obedeceros.
- GERARDO. Y yo en la del Conde juro.
Y con esto, Capitán,
vamos de aquí.
- OCTAVIO. Bien podrán:
sus personas aseguro,
y donde digo, mañana
estén al amanecer.
- GERARDO. ¡Mi venganza pienso ver!
- (*Vanse GERARDO y el CAPITÁN.*)
- DON ANTO. Y yo tu muerte inhumana.
- OCTAVIO. ¿Que no me hubieras contado
que este enemigo tenías?
- DON ANTO. Había ya muchos días,
y estaba ya descuidado.
- OCTAVIO. Quien ofende, ¿cómo puede
tener segura la cara?
¿Si agora aquí te matara!
- DON ANTO. Milagro es que con vida quede (2);
pero es éste un cobarde;
ya le conozco el temor.
- OCTAVIO. Pues de ése es razón mayor
que un hombre. Alférez, se guarde;
que intentan una traición
como les falta la fuerza.
¿Qué agravio es éste, que esfuerza
deste hidalgo la razón?
¿Qué le has hecho, que así viene
desde Granada a buscarte?

(1) Z, I' y V a' definido.

(2) Así el verso en las seis ediciones. Tal vez sobra: que.

(Sale FAVILA.)

FAVILA. Virginito me envió a llamarle;
que un grande regalo tiene
que unas monjas, sus devotas,
para ti le han enviado;
por señas que no me han dado
sino aquellas calzas rotas;
y aunque esto fuera razón,
no me ha dado mucha pena;
pésame que Policena
me diga que eres pelón.

FIRMIO. ¿Qué bien que la suya encaja!

OCTAVIO. Firmio, dale aquel vestido
morado.

FIRMIO. ¿Todo?

OCTAVIO. Cumplido.

FAVILA. ¿Y de qué es?

FIRMIO. De plata y raja.

FAVILA. Abre el bañl, que ya voy.

OCTAVIO. Alférez, luego hablaremos.

(Vanse el CONDE y FIRMIO.)

FAVILA. Grandes negocios tenemos.
¿Qué es aquesto? ¿Al diablo os
Policena ha estado allí [doy!
escuchando el desvario
deste vuestro desafío,
y sólo he venido aquí
a echar este necio allá,
porque Policena está
fuera de seso y de sí (1);
ha llorado y hecho cosas
que una loca no hiciera.

DON ANTO. ¿Desto, Favila, se altera?

FAVILA. ¿Dí que duermes y reposas!

¿Vive Dios que está temblando
de lo que ha de suceder!

DON ANTO. ¿Tú no ves que fuerza a arder
cualquiera que vive amando?

FAVILA. ¿Conceptos agora? Bueno;
llega, que te quiere hablar.

DON ANTO. ¿Dónde?

FAVILA. En el mismo lugar
que cuando nos da el sereno (2).

(Sale POLICENA a la ventana.)

POLICENA.

Bien sé, español ¡que nunca a Dios plugiera

pararas en Italia a atormentarme!
que aunque llorando el alma deshiciera
en estorbar tu desafío cansarme,
no soy tan loca, aunque el dolor pudiera
a tales imposibles obligarme,
que te pida que quiebres el concierto:
que no es vivo el que está en la honra muerto.

DON ANTONIO.

Más que nunca, señora de mi vida,
tu entendimiento he conocido ahora,
en que este caso tu valor no (1) impida,
pudiendo, con las lágrimas que llora,
el duelo del honor, grande homicida.
Sus leyes y su fe, que el mundo adora,
contra las de tu gusto, y aun del mío,
me obligan a que salga al desafío.

Mas fía tú que no me rompa el pecho,
adonde por defensa irás conmigo,
fuera de que yo vivo satisfecho
del humilde poder de mi enemigo,
no dejo de pensar que es caso estrecho,
y de los conñados gran castigo;
pero también una esperanza muerta
a cualquiera desdicha abre la puerta.

No te dé pena por tu vida y mía,
que es hombre que he vencido y maltratado,
y muchas veces, por su mal, porfía
el hombre que primero es afrentado (2).

Y no tratemos desto, que es disgusto,
sino del Conde y de su pensamiento (3):
que dél me he dado cuenta tan al justo,
que es desde su primero movimiento.
Yo le he ofrecido de esforzar su gusto,
y esta noche a esta roja lleva intento
de que matem os quien le dió la herida;
¡mirad si podré yo matar mi vida!

Armas y jacerinas y rodela
ha prevenido Firmio, su criado,
y creo que hasta grebas y escarceas;
¡tanto temor al hombre le ha cobrado!

POLICENA.

En gentiles discursos te desvelas;
mañana queda menos obligado
a salir por tu honor.

DON ANTONIO.

Deja, señora:

(1) Así esta redondilla y la anterior, incompleta, en las seis ediciones.

(2) Z: seremos.

(1) Z y U: tu valor impida.

(2) En las seis ediciones faltan los cuatro últimos versos de esta octava.

(3) Z y U: sus pensamientos.

no trates, por tu vida, deso agora,
sino mira que estés apercibida,
porque anochece ya, que a eso vengamos.

POLICENA.

Adentro soy, por mi mal, sentida;
don Antonio, esta noche nos veamos.

(*Úase.*)

DON ANTONIO.

Fuése la luna con veloz corrida,
y en oscuras tinieblas nos hallamos.
¿Qué te parece desto, buen Favila?

FAVILA.

Que en lágrimas su pecho se destila.
Toda esta noche son lamentaciones,
versos amargos y canciones tristes.

DON ANTONIO.

Pillate por agora estos doblones
con que otros versos de placer conquistes.

FAVILA.

¡Ah! Como son doradas tus razones!
¿Qué bien me ganas, a qué tiempo embistes!
Cobhecharme quieres, pues de más son dinos (1)
aquesos pies, Antonio, alejandrinos.

Librete el cielo dese vil cobarde,
y déjete cobrar a Policena,
que en amor y piedad se adrasa y arde
por su beldad y amorosa pena.

DON ANTONIO.

Vamos, Favila; que es un poco tarde,
y ya la noche, de tinieblas llena,
con su murto me obliga a dos engaños.

FAVILA.

De todos salgas bien: vivas mil años.

(*Úanse, y salen GERARDO y el CAPITÁN DIONISIO.*)

GERARDO. Es extremada lición.

CAPITÁN. ¿Estás en ella?

GERARDO. Muy bien.

CAPITÁN. Esos tres figuras son.

GERARDO. Y la primera también,
para cualquiera ocasión.

La segunda es de provecho

si llegamos al estrecho,
y es caso muy ordinario
juntarse con el contrario.

CAPITÁN. Alza a ver; muy bien lo has hecho.

Quiébranse algunos así;

pero, al fin, el cuerpo entero
es lo que me queda a mí.

GERARDO. Por salir, ¡vive Dios!, muero;
quemando me estoy aquí.

Mi fe y palabra os empeño
que no me haga mal el sueño
toda la noche pasada.

CAPITÁN. ¡Hola! Toma aquesta espada:
tendrá el alma un triste dueño.

Que a fe que lo es el cuidado,
de manera, que no deja
dormir sueño sosegado;
y éste que agora os aqueja
es grande, porque es honrado.

GERARDO. ¿Quién de tenerle se escapa?
Dame, pues, espada y capa.

(*Sale FIRMIO con espada y capa.*)

FIRMIO. Esta es la de mi señor.

GERARDO. ¡Bravo duelo!

CAPITÁN. El traidor
más cosas tiene que un mapa.

Huélgome que hayáis tomado,
Gerardo, aquestas liciones.

GERARDO. Diestro en ellas he quedado.

CAPITÁN. Para aquestas ocasiones
tengo este libro guardado.

Mirad que, aunque muy usada,
no se olvide la estocada
de la mano, que es extremo.

GERARDO. Según soy, erralla temo.

CAPITÁN. Que la erréis importa nada,
que desde afuera quedáis,
como primero, bien puesto.

GERARDO. ¿Qué haremos?

CAPITÁN. Ved si gustáis
verme un poco echar el resto.

GERARDO. ¿Es seguro (1) donde vais?

CAPITÁN. No hay de qué tener temor,
porque es casa de valor
y toda gente extranjera.

GERARDO. ¡Ah, mañana! Tesorera
de mi vida y de mi honor.

(*Úanse, y sale [n] DON ANTONIO y DON JUAN.*)

(1) Z y I: *seguro*.

(1) Z y V: *seguro*.

DON JUAN. No dejo de hacerme cruces,
y que tiemblo te confieso.

DON ANTO. Bien, así este suceso
a ser milagro reduces.

Erróme la puñalada,
aunque me pasó el vestido.

DON JUAN. ¿Y que Dionis, atrevido,
metiese mano a la espada!

DON ANTO. Y le ayuda y le inquieta.

DON JUAN. ¿Vióse valor semejante,
ponerse el Conde delante
al disparar la escopeta?

DON ANTO. En pago deso, don Juan,
lo hemos de engañar agora,
que él y Firmio ésta es la hora
que arrodellados están.

¿Oh, qué de armas han buscado
para matar quien le hirió!

[D. JUAN.] Y vengo en tu ayuda yo,
que es un negocio extremado.

[DON ANTO.] Mas por eso te he traído,
porque arrimándote allí
finjas que fuiste el que hui
y aquel mismo que le ha herido.

Y cuando yo te acometa,
fingete muerto.

DON JUAN. ¿Estás loco?

Cuidado tienes en poco
que vida y alma inquieta.

Cuando puesto de rodillas,
ante una bendita imagen,
es bien que lágrimas bajen
al suelo sin resistillas;

cuando el rosario y las horas
te habian de desvelar,
quieres burlar y engañar,
y de nuevo te enamoras.

Anda, vete a recoger,
no salgas desesperado.

DON ANTO. ¿Qué sermón tan excusado!

¿Cuándo lo estudiaste? ¿Ayer?

¿Soy, por dicha, yo algún hom-
que sacan por la justicia? [bre

DON JUAN. ¿Ea!, no des con malicia
a mi consejo ese nombre.

que a toda razón resistes.

DON ANTO. Don Juan, pues eres discreto,
¿por qué me haces sujeto
a creer aquesos tristes?

Sin duda que el consolarme
es ya por muerto tenerme.

DON JUAN. Creo que quieres hacerme
desesperarme o matarme.

¿Qué hombre en esto anduviera,
estando en un punto incierto
de matar o de ser muerto,
si no es que loco estuviera?

DON ANTO. Yo, que estoy de amores loco,
mi vida y honor desprecio.

DON JUAN. ¿Por mi ié tú estás muy necio,
si tienes tu honor en poco!

Mas mira que viene gente.

DON ANTO. A aquella reja te arrima,
que es el Conde.

DON JUAN. Extraña enigma,
burla y veras juntamente.

(Salen el CONDE y FIRMIO.)

OCTAVIO. No estaba sola la calle.

FIRMIO. Su galán el puesto tiene.

OCTAVIO. Y otro que a guardarle viene,
de buena presencia y talle.

FIRMIO. El uno viene hacia acá.

DON ANTO. ¿Es el Conde?

OCTAVIO. ¿Alférez?

DON ANTO. Bueno;

estoy de contento lleno
deste necio que aquí está;
que sólo aguardo a que vengas
para darle su castigo.

OCTAVIO. Sin duda que es mi enemigo;
y aquesta noche me vengas.

Alférez, ¿cómo ha de ser?

DON ANTO. ¿Hay más de llegar a hablalle?

OCTAVIO. ¿Solo?

DON ANTO. Pues, para matalle,
¿es más de yo menester?

OCTAVIO. Deso yo estoy satisfecho;
mas dime: hombre que hirió
a persona como yo,

¿trae desarmado el pecho?

Estas calles recorramos,

si pretendes que acertemos.

DON ANTO. Bien dices; aquí dejemos
al buen Firmio, mientras vamos.

FIRMIO. Que no, señor; ¿no es mejor,
por lo que suceder puede,
ir allá?

DON ANTO. Bien es que quede.

FIRMIO. ¿Dejar tengo a mi señor?

DON ANTO. ¿No ves que se puede ir
éste y dejarnos burlados?

(Vanse el CONDE y DON ANTONIO.)

FIRMIO. ¿Oh brazos, de hierro armados,

que me lleváis a morir!

De calzar bien unas botas.

¿quién me trujo a vestir mallas?

(Sale POLICENA a la ventana.)

POLICENA. ¡Ce, mi gloria! ¿Por qué callas?

FIRMIO. ¿Qué imágenes (1) hay devotas!

¡Gran señora de Loreto,
de cera me ofrezco allá!

POLICENA. ¿Es don Antonio?

DON JUAN. Aquí está
la guarda de tu secreto.

Yo soy, señora, don Juan,
de quien noticia tendréis;
que en el lugar que me veis,
por sombra puesto me han.

Si os ofiendo, quitaréme.

POLICENA. Antes os puso aquí el cielo
para remedio y consuelo
del mal que mi alma teme.

DON JUAN. [Ap.] ¡Vive Dios, que es muy
hermosa,

a lo que la luna muestra!

¡Ah, humana flaqueza nuestra,
sujeta a cualquiera cosa!

Lo poco que puedo vella,
y aquel hablar extremado,
me va llevando colgado
la vida y alma tras ella.)

POLICENA. ¿Qué os parece del aprieto
en que me pone este ingrato?

DON JUAN. No lo tengáis a mal trato,
que es honra a que está sujeto.

POLICENA. No es sino desdicha mía.

DON JUAN. Tened mejor confianza.

POLICENA. Muéreseme la esperanza,
mientras más vivir porfia.

Decidme: ¿cómo sabré
si vence o muere mi gloria?
¿Qué señas de su victoria
o de su muerte tendré?

Porque aguardar a las nuevas,
y a que el suceso se (2) acabe,
lo juzgo a tormento grave.

DON JUAN. [Ap.] ¡Oh Amor, mis lealtades
[pruebas!

El hablar sólo, ¡por Dios!,
me ha penetrado el sentido.)

POLICENA. ¿Y habéis lo que he dicho oído? (3)

(1) Z, M, A, V y Mi: imágenes.

(2) Z: lo.

(3) Z y V: Y sabéis lo que he dicho oído. M, A, V y Mi: y sabéis lo que he oído.

DON JUAN. Y sentido más que vos.

[Ap.] (Era yo el predicador
a cuántos deben de ser,
hasta ver una mujer,
Hipólitos en valor,

pero, vista, estopa y fuego.)

POLICENA. ¿Habéis la industria pensado?

DON JUAN. Con ésta que he fabricado,
sabréis el suceso luego:

si vence, al pie desta torre
alzaré, que es paz y alegría
una banda blanca, y negra
si algún peligro le corre.

De suerte que negra es muerte
y blanca, vida y victoria.

POLICENA. ¡Rica industria!, y que mi gloria
o mi desventura advierte.

Mas ya espero, si el amor
en el temor puede estar,
que ha de venir a triunfar
de su vil competidor.

(Vase.)

DON JUAN. ¿Vióse secreto más vario?

¡Que de ayer acá, con ver
hablar aquesta mujer,
dijese yo lo contrario!

Castigo es aqueste amor
de pasadas libertades;
y, si va decir verdades,
flaqueza diré mejor.

¡Ah, mi amigo don Antonio!
¡Jesús, qué gran tentación!
Sin duda que fué ilusión
de alguna furia o demonio.

¿Que tal flaqueza pensé?
Ya vienen los embozados.

(Entra[u] el CONDE y DON ANTONIO.)

DON ANTO. En hombres tan descuidados,
esta flaqueza se ve.

¿Que este necio te haya herido,
y solo se vuelva al puesto?

OCTAVIO. ¡El lo pagará bien presto!

DON ANTO. ¿Qué hay, Firmio? ¿Qué ha suce-

FIRMIO. Es de temor y de miedo: [dido?]
éste no se ha osado ir.

DON ANTO. ¿Qué gente has visto salir?

FIRMIO. Milagros deciros puedo.

Policena, más de un hora
ha estado hablando con él.

OCTAVIO. ¡Ah, celos, rabia cruel!
 ¡Muera, Alférez; muera agora!
 DON ANTO. ¡Llegado es tu fin, traidor!
 DON JUAN. Del tuyo estoy satisfecho.
 ¡Ay, que me ha muerto!
 DON ANTO. ¡Ya es hecho!
 OCTAVIO. ¡Ay, qué bien!
 DON ANTO. ¡Vamos, señor!
 OCTAVIO. Reconocerle quisiera.
 DON ANTO. ¿Quieres que justicia o gente
 nos conozca?
 DON JUAN. ¡Ay!
 DON ANTO. Detente,
 y el peligro considera.
 OCTAVIO. Bien dices; vamos de aquí.

(Vanse los tres.)

DON JUAN. ¿Hanse ido? Sí. Bien puedo
 levantarme, y no sin miedo,
 del lugar donde caí;
 Que más de algunos enojos
 han de dar a mis sentidos.
 ¡Malditos sean oídos
 que dan de amor más que ojos!

(Vase.)

JORNADA TERCERA

(Salen los que pudieren de máscara, vestidos con el Conde y DON ANTONIO y DON JUAN.)

OCTAVIO.

Ya que estamos de Nápoles tan lejos,
 la máscara te quita, don Antonio,
 y todos los demás que aquí venimos.

DON ANTONIO.

Digo que ha sido industria de tu ingenio;
 porque, como es en Nápoles agora
 el tiempo de saraos y de festines
 de máscaras, disfraces y de juegos,
 habrán pensado que este gran paseo
 con que de la ciudad hemos salido
 será alguna invención, disfráz o máscara.
 De suerte que, seguros y sin gente,
 en la campaña del concierto estamos.

DON JUAN.

Paréceme que tarda aquel gallardo,
 y que se pasa del concierto el término.

OCTAVIO.

¿No ves que viene así como nosotros,
 y que para salir le di este aviso?

FAVILA.

Si acaso no saliese, ¿a qué peligro
 pondrá aqueste valiente su persona?

OCTAVIO.

A perder el honor, quedando infame.
 Mas mira tú que adviertas bien, Favila,
 que si venciere, que será sin duda,
 nuestro ahijado animoso, que en un punto
 esté la casa del Barón cubierta
 de alfómbas ricas y altas luminarias,
 porque quiero que entremos en la casa
 triunfando alegres del suceso próspero.

FAVILA.

Pierde cuidado, que yo haré (1) de suerte
 que todo el lienzo principal se arda,
 hasta los chapiteles de las torres.

(Entra otra máscara con el CAPITÁN y GERARDO.)

CAPITÁN.

¡Buena ha sido la máscara!

GERARDO.

¡Extremada!;
 pero, según la gente me seguía,
 presumí que saliera hasta el campo.

CAPITÁN.

En él aguarda ya tu vil contrario.
 Acuérdate, Gerardo, de quién eres,
 a lo que vienes y lo que aventuras.

OCTAVIO.

¡Oh, señor Capitán! Seáis bien venido.

CAPITÁN.

Vuestra señoría sea muy bien llegado (2).

OCTAVIO.

¿Qué tenemos que hacer?

CAPITÁN.

Partir el campo.

(1) Z y U: yo lo haré.

(2) Así el verso en las seis ediciones.

mirarles las espaldas y los pechos
y echar aparte cosas.

OCTAVIO.

¡Ea, hidalgos,
descúbranse esos pechos!

DON ANTONIO.

En el mío
no hay más de aquella sangre de mis padres,
mezclada con valor que tengo dellos (1).

GERARDO.

El mío solamente, señor Conde,
tiene aquella razón que aquí me trae
tan justamente a defender mi agravio.

OCTAVIO.

Eso está bien; tocad aquellas cajas.
¡Tened! ¡No le matéis!

DON ANTONIO.

¿Quieres la vida?

GERARDO.

¿Cuál hombre puede haber que no la quiera?

CAPITÁN.

Dádsela, don Antonio, que ya basta
un deshonor tras otro, en un rendido.

GERARDO.

¡Ah, mala estrella en la que fui nacido!

CAPITÁN.

Sucesos son que a señalados hombres,
a príncipes y grandes capitanes,
suceden cada día.

GERARDO.

Estoy de suerte

que ya me pesa de quedar con vida.

¡Ah, fortuna cruel! ¿Qué te costaba
darle a mi honor suceso venturoso?

¿Cómo es posible que a Granada vaya (2)
un hombre que salió a buscar su honra,
y con menos que trujo, agora vuelva?
¡Malditas sean las armas y los brazos

que para tanta infamia las trujeron!
¡Malditas las liciones engañosas
y el tiempo en que propuse mi venganza;
que ya no hay honra, vida, ni esperanza!

(Vase.)

CAPITÁN.

Gerardo es caballero y, con gran causa,
desesperado parte. Adiós se queden,
que he de seguir su honor y su desdicha.

(Vase el CAPITÁN y los que salieron con él.)

OCTAVIO.

Adiós, seor (1) Capitán.

DON JUAN.

El va corrido.

Con licencia de todos, me parece
que acierto en espiarlo, por si acaso
se vuelve a la ciudad, que don Antonio
esté seguro.

DON ANTONIO.

Bien ha dicho.

DON JUAN.

Parto.

(Vase.)

OCTAVIO.

Ve tú, Favila, y haz lo que te digo:
cubre de luces del Barón la casa,
en tanto que, cubiertos desta máscara,
lo principal de la ciudad andamos.

FAVILA.

Yo la pondré de suerte que se admiren
cuantos a ver la novedad se paren.

DON ANTONIO.

No hagáis, señor, a hazaña tan humilde
tanta fiesta como ésa, que me corro
en que sólo vencer al ya vencido
merezca esto con vos. Que no se haga
señal alguna de contento y gusto.

OCTAVIO.

Alférez, si conforme a (2) lo que siento

(1) Z y V: mezclada con el valor. M, A, V: y
Mi mezclada con el valor.

(2) Hay dos versos seguidos en Z: como es pos-
sible que a Granada vuelva y como es posible que a
Granada vaya.

(1) En las seis ediciones: señor.

(2) Z y V: conforme lo que.

hubiera de mostrar el alegría,
poco era en fiestas dispendir mi hacienda.
Vos sois ilustre, y yo muy venturoso
en teneros conmigo, y es mi gusto
que hagamos fiesta a Policena, entrando
por su calle y su casa desta suerte.

DON ANTONIO.

Todos es gran razón que obedezcamos.

OCTAVIO.

Pues toquen esas cajas, y partamos.

(Ense, y sale DON JUAN.)

DON JUAN. Yo he llegado adonde creo
que Policena me aguarda,
pareciéndole que tarda
la nueva de su deseo;

y aunque su galán quedó
por él victorioso allí,
si no me venciera a mí,
supiera cómo él venció.

Lo contrario ha de saber;
que a semejante traición
me ha obligado la afición
de tan hermosa mujer.

Quírola dar esta pena,
y con una industria rara
ver de Fortuna la cara,
a los atrevidos, buena.

¡Ah, don Juan! ¿Cómo ha cabi-
tal pensamiento en tu pecho? [do
¡El amigo más estrecho,
el más verdadero amigo!

Pero estoy fuera de mí.
¿Quién me ha de poder culpar,
que de sólo oírlo hablar
tan de veras me perdí?

Ya es hecho: alcemos la toca,
no blanca, aunque era razón;
negra, sí, cual la traición
a que el amor me provoca.

Piense que es muerto o vencido;
veamos qué es lo que intenta,
y ponga Amor a su cuenta
vida, honor, alma y sentido.

Ya Policena está allí;
la seña quiero hacer.

(Sale POLICENA a la ventana.)

POLICENA. ¡Ay, desdichada mujer!
¿No es mi muerte la que vi?

¿No es negra aquella seña
que don Juan desde allí muestra?

DON JUAN. ¡Oh Amor, mi fortuna adiestra!

POLICENA. ¿Qué dudo? Cierto es mi mal.

cierta es mi muerte; y si es,
aquí mis brazos están;
acérquese mas, don Juan,
y llóre el honor después.

Háblame en medio del día,
que ya a perderle comienzo;
alzar quiero aqueste lienzo.

DON JUAN. ¡Oh, atrevida industria mía!

Sin duda que ella me llama,
que, con el mucho pesar,
de día me querrá hablar,
aunque aventure su fama.

Quiero llegar donde vea
juntas mi muerte y mi vida.

POLICENA. ¡Don Juan!

DON JUAN. Señora afligida.

POLICENA. ¿Quieres que mi muerte crea?
¿Es verdadera seña
la de tan triste color?

DON JUAN. Con nuevas de tal dolor,
vengo, señora, mortal.

POLICENA. ¿Murió mi bien?

DON JUAN. No murió;
pero, al fin, quedó vencido.

POLICENA. Vuelto me habéis el sentido (1);
que, si no murió, venció.

Yo, que no entiendo del duelo,
sino sólo de los mios,
no reparo en desafíos,
ni en vanas leyes del suelo.

Si mi gloria vive, sobra;
ése es triunfo, ése es vencer.

DON JUAN. ¿Qué? ¡Muy bien echáis de ver
la infamia que en esto cobra!

Mayormente, que ha pedido
su contrario cierta cosa
para vos dificultosa.

POLICENA. ¿Difícultosa? ¿Qué ha sido?

DON JUAN. Que desde el campo saliese
de Nápoles desterrado;
y así, el triste no ha pensado
cómo ni dónde se fuese.

Mas de que me dijo a mí
lo que dejaros sentía,
que a un canto ablandar podía,
donde sentado le vi.

Y díjome que holgara

(1) Z: los sentido. I: los sentidos.

que fuera en esta ocasión
tan grande vuestra afición,
que casa y prendas dejara,
y a España os llevara, adonde,
hecho vuestro casamiento,
en hacienda y en contento
mil veces venciérais al Conde;
que es hombre de grande estima,
como informada estaréis.

POLICENA. Temor, ¿en qué os detenéis,
si tanto amor os lastima?

¿Será la primera hazaña
que se cuente de mujer?
¿Qué puedo yo aquí perder,
si voy con mi bien a España?

Si casada a mi contento
con mi don Antonio vivo,
¿qué pena, padre, recibo
deste largo apartamiento?

¿No es peor que yo me mate,
me consuma y desespero,
y el día que no le viere,
cabello y rostro maltrate?

Si es imposible vivir
sin don Antonio, ¿qué aguardo?
Mucho le agravio si tardo
en determinarme de ir.

Señor don Juan, esperadme,
que yo bajo, sin temor
de padre, vida y honor.

DON JUAN. ¡Ah cielo santo, ayudadme!

Pues mirad que mudéis traje.

POLICENA. Un disfraz se ha hecho aquí.

DON JUAN. ¿Y tenéis máscara?

POLICENA. Sí,
y un vestidillo de un paje.

DON JUAN. Pues bajad, que aquí os espero;
y encárgoos la brevedad.

¿Oh, mal de una voluntad
por quien sin remedio muero!

No es posible que soy yo (1)
quien tan cruel hazaña intenta,
ni quien hace tal afrenta
a la sangre que heredó.

¿Son aquestas, por ventura,
mis muchas transformaciones?
Mas ¿cómo valdrán razones
do reina amor y locura?

Estoy ciego, estoy sin seso;
estoy perdido, estoy loco;
todo lo que intento es poco:

disculpa tiene mi exceso.

¡Animo! ¿Qué gran flaqueza!
Si mirase mi disculpa,
verá que tiene la culpa
Amor y vuestra belleza.

¿Puede ser más mi desdicha
que perder en esta empresa
vida, que el vivir me pesa?
¡Luego aventurarla es dicha!

¡Oh, qué desdichado he sido!
La caja suena; ya viene
quien el bien quitarme tiene,
con tanto mal adquirido.

Toda mi esperanza es muerta:
ella, en efeto (1), no baja.

¿Qué haré, triste, que la caja
se va acercando a la puerta?

(Sale POLICENA vestida de hombre, con una máscara,
y el CONDE y DON ANTONIO y FIRMIO.)

POLICENA. No salgo con poco miedo,
por la gente que aquí está.
¿Podemos ir?

DON JUAN. ¿Salió ya!
¿Dicho-o llamarme puedo!
¿Camina!

(Fanse DON JUAN y POLICENA.)

DON ANTO. ¿Don Juan y un paje
también de máscara van?

OCTAVIO. Sin máscara va don Juan.

DON ANTO. ¿No hay quien a mirarnos baje?
¿No hay quien la casa alborote,
porque más mis glorias valgan?
Pues, señoras damas, salgan,

que traemos cifra y mote.

FIRMIO. ¿Estas son las luminarias
que a poner Favila vino?

OCTAVIO. Ya las tendrá de buen vino,
recibido en partes varias.

Fué el traerlo desvario.

FIRMIO. Taberna no habrá dejado
donde no haya contado,
en versos, el desafío.

Mañana, ciegos lo cantan
y anda impreso por ahí.

DON ANTO. De que no salgan aquí,
hasta las rejas se espantan.
¡Salgan ya, que es crueldad (2)
y no poca sinrazón!

(1) Z y F: *efecto*.

(2) Z y F: *Salgan ya que es ya crueldad*.

(1) En las seg. ediciones: *yo soy yo*.

(Sale VIRGINIO.)

VIRGINIO. Yo he topado esta invención
otra vez en la ciudad.

OCTAVIO. No os cubráis; que aun dese
no sé si a veros saldrán. [modo

VIRGINIO. Disíraz, por mi fe, galán.

OCTAVIO. Para tu servicio es todo.

Por alegrar estas damas
hemos tratado un torneo,
en que mantiene un deseo
la defensa de sus famas.

Salgan, si fueres servido,
a ver triunfar la verdad.

VIRGINIO. Alabo su honestidad,
que hasta agora no han salido.
¡Entra, Firmio, por tu vida,
y salgan las dos aquí!

(Entra FIRMIO.)

DON ANTO. Agora comienza en mi
la gloria de haber vencido,
pues con tanta vanagloria
llego agora a que me vea
quien hace y causa que sea
tan alegre mi vitoria.

No hay cosa que dé placer,
ni quede bien empleado,
si con ella no ha agradado
los ojos de la mujer.

¡Con qué contento, el que ama,
se viste, gasta y emplea,
sólo en pensar que se emplea
en servicio de su dama!

¿Qué César, qué Antonio o quién
entró en Roma laureado
como yo agora he llegado
a los ojos de mi bien?

Que con esto está en su centro
el alma, el amor y fe.

(Sale FIRMIO.)

VIRGINIO. ¿No salen, Firmio?

FIRMIO. No sé;

un grande alboroto hay dentro.

Entra tú, que, por ventura,
mejor la causa sabrás.

OCTAVIO. ¡Necio! ¿Y tú no lo dirás?

FIRMIO. No hay cosa humana segura.

Policena no parece,

y Camila está llorando.

OCTAVIO. ¿Policena? ¿Cómo, o cuándo?

FIRMIO. Oye el llanto, que ya crece.

¿No escuchas a sus criadas?
VIRGINIO. ¡Escucho mi perdición!

(Vase. Sale FAVILA.)

FAVILA. Ya las luminarias son
de todo punto acabadas.

Cese ya la fiesta y gozo.

OCTAVIO. ¿Qué es eso, amigo? ¿Qué ha habi-

FAVILA. Cuando menos, que ha caído. [do?

OCTAVIO. ¿Quién?

FAVILA. Policena, en el pozo.

OCTAVIO. ¿En el pozo?

FAVILA. Pues ¿adónde,

si en la casa no parece?

OCTAVIO. ¿Todo este daño merece
la desventura del Conde!

(Vanse, y queda DON ANTONIO.)

DON ANTO. ¡Desdichado el triste día
en que nací (1) para ver,
el día de mi placer,
la mayor desdicha mía!

¡Desdichado el punto y hora
en que vi la hermosura
que agora, en la sepultura,
el alma difunta llora!

¡Desdichada mi vitoria (2),
y yo solo desdichado;
que en un momento he trocado
por tal pena tanta gloria!

Entraré; mas ¿quién podrá
verla, si agora murió,
y en agua el fuego cayó
que consumiendo me está?

Pues ¿qué haré? ¿Cómo furioso
saldré al campo? No, hasta ver
si es verdad, que puede ser
engaño. Y aun es forzoso;
que en tan noble vecindad
hay damas, donde habrá ido,
como estos días han sido
todo fiesta en la ciudad...

Yo llevo grande consuelo:
que si fuera de otra suerte,
anticipara mi muerte
a la voluntad del cielo.

(Vase, y sale[n] POLICENA y DON JUAN.)

(1) Z y V: nasci.

(2) Z: victoria.

POLICENA. Qué, ¿no parece, en efecto? (1)

DON JUAN. Aquí en esta Peña estubo.
Por mi vida, que no anduvo,
en apartarse, discreto;
sino que él está tan loco,
que, para ensanchar el pecho,
tendrá el mundo por estrecho.

POLICENA. Tardamos mucho.

DON JUAN. Antes poco.

POLICENA. ¿Que tan afligido estaba?

DON JUAN. ¿Eso dudas de su amor?
¿No es gran señal de dolor,
pues, que siendo hombre, lloraba?

POLICENA. ¿Luego los hombres no lloran?

DON JUAN. Es más propio en la mujer;
y en ojos se pueden ver
vivas lágrimas, si adoran.

POLICENA. ¿Son de piedra?

DON JUAN. No, señora;
mas tiene mayor valor
para sufrir el dolor
que es grande, si el hombre llora.

POLICENA. ¿Qué haré yo, en fin, para ver
a don Antonio llorar?

DON JUAN. Yo le quiero ir a buscar
por daros ese placer.

Llanaré en esta alquería;
quizá el dueño nos dirá,
si le ha visto, o a dó está.

POLICENA. ¡Qué gran ventura sería!

DON JUAN. Y aquí podéis aguardarme,
mientras al monte doy vuelta.

POLICENA. Para todo estoy resuelta;
segura podéis dejarme.

Ya no tengo qué perder,
aventurado el honor.

DON JUAN. ¡Ah de la casa! ¡Ah, pastor!
¡Oh, cómo duerme a placer!
¡Ah de la casa!

(Sale un PASTOR.)

PASTOR. ¿Quién llama?

DON JUAN. ¡Oh, buen hombre, guárdeos Dios!

PASTOR. Y El os defiende a los dos
del que falsamente os ama.

¿Dó bueno, solos y a pie?

DON JUAN. Un caballero buscamos,
que en este monte dejamos.

PASTOR. No lo he visto, por mi fe.

Y juraré que ha diez días
que hombre no he visto pasar.

DON JUAN. Pues había de aguardar
junto destas alquerías.

Puede ser que en lo fragoso
del monte se haya perdido.

PASTOR. A muchos ha sucedido;
que es (1) de andar dificultoso.

DON JUAN. Pues, ¡alto! Quede ese paje,
mientras buscamos los dos.

PASTOR. ¿Juntos?

DON JUAN. Sí.

PASTOR. Quede, ¡par Dios,
que es hermoso y de buen traje!

POLICENA. Malicia tiene el villano.

DON JUAN. En lo que eres ha caído.

POLICENA. Sin duda, me ha conocido.

DON JUAN. Viendo tu hermosura, es llano;
que el hombre es muy diferente.

Ahora bien, éntrate allá.

POLICENA. Mi alma te aguarda y va
a buscar su bien ausente.

PASTOR. Vamos, que aunque pobre, a fe
que os tengo de regalar.

POLICENA. ¿Sabes lo que es esperar?

DON JUAN. Presto, señora, vendré.

(Fanse POLICENA y el PASTOR.)

DON JUAN.

Notables son del hombre los deseos,
las imaginaciones que le incitan
a casos torpes y delitos feos,
que del fin olvidados sólo están.

¿Qué tienen de despojos y trofeos
las mañas del Amor que al mundo quitan,
y qué tienen también de arrepentidos,
si llega el desengaño a los sentidos?

¡No es bueno que, aun apenas Policena
estuvo en mi poder, cuando, advertida
de mi traición, la merecida pena
fué luego de mi alma aborrecida.

viendo que cielo y tierra me condena,
por justas leyes, a perder la vida!
¿Quisiera fué mi amor, que sólo un día
helarse vió la voluntad que ardía.

¿O fué acaso el temor del gran castigo,
o que ella no es de cerca tan hermosa?

El punto y hora que la vi maldivo,
y pienso que el dejarla es justa cosa.
¡Que en un momento, a tan leal amigo,

(1) Z y P: *Afecto*.

(1) Z: *que he de*.

parece alguna historia fabulosa,
hiciese tal maldad! Estoy de suerte,
que a entrambos mejor fuera dar la muerte.

Pero, mientras que entiende que ocupado
ando a buscar su amante, volver quiero
a la ciudad, a ver en qué ha parado,
de falta igual escándalo tan fiero.
A don Antonio iré disimulado,
a quien volver su cara prenda espero.
; Bien dicen que es el arrepentimiento
del pecador (1) castigo y escarmiento!

(Vase, Sale[n] el GOBERNADOR, VIRGINIO y DON AN-
TONIO, el CONDE, FAVILA y FIRMIO.)

GOBERNADOR.

Este ha sido, señor, el mejor medio;
que con rigor se negociara poco,
y el interés no hay cosa que no pueda:
vence los imposibles, y descubre
lo que debajo de la tierra vive
secreto por el curso de los años.

VIRGINIO.

Finalmente, parece buen acuerdo,
señor Gobernador, este de agora.

GOBERNADOR.

Virginio, si por dicha vuestra hija
vive en el mundo, como yo lo creo,
este pregón famoso que se ha dado
la ha de volver a vuestros tristes ojos.

OCTAVIO.

Hoigaré de saber lo que contiene;
que apenas he entendido lo que han dicho.

GOBERNADOR.

Dice, señor, que le dará Virginio
a cualquiera hombre que le diere viva
a Policena, cuatro mil ducados,
y si fuere su igual en sola sangre,
se la dará también en casamiento.

FAVILA.

¡A fe que nunca yo con ella encuentre!
¡Ah, dichoso Favila! ¿Qué sería
si te contasen cuatro mil ducados
en el oro guardado deste viejo?
¡Vive Dios, que he de andar en toda Nápoles,
sin que me quede bodegón ni ermita!
Denme a cuenta desos ducadillos
algún dinero, que a buscarla parto.

VIRGINIO.

¡Ay, quién se fiase de tus manos!
¡Gentil cuidado el tuyo!

GOBERNADOR.

Hombres como éste
han de andar y saber de vuestra hija.
Ve, Favila, en buen hora, y de tus sitios,
por recorrer no dejes uno sólo.

VIRGINIO.

Toma, y camina.

FAVILA.

¡Oh, armas de Felipe;
venerables en Francia y en Italia,
en Túnez, en Venecia y Berberia,
Hungria, Flandes, Alemania, esguizaros!
Haced, pues me costastes tanta pena,
que *li trovi* a la bella Policena.

(Vase.)

GOBERNADOR.

¿Páreceos que otra diligencia se haga,
mientras que este pregón va dilatándose
y es público y notorio en todo Nápoles?

VIRGINIO.

Que fuésemos yo y vos, señor Constancio,
en casa de aquel mágico o sortilego (1),
por ver si desto alguna cosa sabe.

GOBERNADOR.

Tengo esa ciencia por notoria fábula;
pero si en eso recibis consuelo,
y aquesa variedad es de afligidos,
vamos, y aquí se quede el señor Conde.

OCTAVIO.

¡El cielo os muestre algún camino cierto!

GOBERNADOR.

A un oráculo vamos por respuestas.

VIRGINIO.

¡Ay, hija, y cuántas lágrimas me cuestas!

(Vanse el GOBERNADOR y VIRGINIO.)

OCTAVIO. Ya que mi fortuna quiso,
Alférez, con este engaño,

(1) Z *pecado e castigo*. V: *del pecado castigo*.

(1) Z y V: *sortilejo*.

dar al alma desengaño
y a los sentidos aviso.

volverme quiero a mi tierra,
y esiorzarme a consolar,
por no obligarme a llorar
lo que ya la tierra encierra.

¿Qué tengo de hacer aquí
después que perdí mi bien,
sino perderme también
donde tanto bien perdí? (1)

No quiero estar donde vea
rejas, ventanas y casa;
que el menor lugar me abraza
donde haberla visto crea;

no quiero ver el estrado,
la cama ni el aposento
donde me vi tan contento
cuanto agora desgraciado.

Ven tú conmigo, que el mundo, OCTAVIO,
ni cuanto ha criado el cielo,
puede igualar tu consuelo
en este lugar profundo.

Tendrás mi mesa y la llave
de mis arcas y secreto;
tendrás mi pecho, en efeto (2),
donde esta ternura cabe;

correremos el venado,
el oso y el jabalí,
que ya yo te he visto a ti
a la caza aficionado;

y al pie de una fresca fuente
de una dehesa extremada,
entre la gloria pasada,
contaremos la presente.

DON ANTO. Conde, pues he conocido
tu amor y mi obligación,
en deseo y afición
no sé yo si me has vencido.

Decirte quiero un secreto
que te ha de causar espanto,
aunque no puede ser tanto
avando y siendo discreto.

Al fin, a lo que se entiende,
Policea es muerta.

OCTAVIO. Creo
que ha imitado el deseo
que mis entrañas enciende.
¿Amábasla?

DON ANTO. Sí, señor;
y aunque en secreto la amé,

tanto el fuego mayor fué
deste mi imposible amor.

Porque, como más furioso
sale el viento detenido,
así mi fuego encendido
fué en secreto riguroso.

Y pues fui tan desdichado
que viva la amaba quien
con hacerme tanto bien
me tuvo siempre obligado,
y muerta no pareció,

para que antes que muriese
éste mi amor entendiése
que en tan mal punto nació,
quédome volver a España,
donde tanta desventura
me dé propia sepultura
antes que en Italia extraña.

De manera hasta morir
propuse tenerte amor,
que siento más tu dolor
que el mio puedo sentir.

Y a ser viva Policea,
para ti la procurara
si a mi noticia llegara
en este tiempo tu pena.

¿Vive Dios que no es aquesto
darte lo que es muerto ya,
sino es que en mi alma está
ese mismo presupuesto!

Y que no siendo mujer,
prima, hermana o madre propia,
no tuviera a cosa impropia
entregarla a tu poder.

¿Queda con Dios, a quien ruego
te haga siempre dichoso!

DON ANTO. ¡Ah, príncipe valeroso,
a cuya luz estoy ciego!

¡Dame esos pies cien mil veces!
OCTAVIO. Con los brazos se despiden
los amigos.

DON ANTO. Eso impiden
quien soy y lo que mereces.

OCTAVIO. Yo estoy demisado tierno.
Firmio, Alférez, te dará
una banda que allí está
esmaltada a lo moderno,

porque tengas en España
del Conde Octavio memoria.
DON ANTO. De quien es de Italia gloria,
el sol mira y el mar baña.

OCTAVIO. Y hasta quinientos ducados
Firmio te dará también.

(1) Z y V. tanto he de hacer
(2) Z y V. efeto

DON ANTO. Esos quiero yo que estén
en Firmio bien empleados.

OCTAVIO. No muestres tanta hidalguía.
Firmio se queda a saber
si hay nuevas de parecer
esa prenda tuya y mía.
Con él me avisa y me llama
si por dicha pareciere.

DON ANTO. Aguarda.

OCTAVIO. ¿Dices que espere?

DON ANTO. Sí: por vida de quien te ama.
Tus entrañas amorosas
abracen la voluntad;
no saigas de la ciudad
mientras dispongo mis cosas,
y la palabra te doy
de ir a tu tierra contigo.

OCTAVIO. Por llevar tan buen amigo
digo que contento estoy.
Firmio, ya no he de partir:
avisarás a esa gente.

DON ANTO. El ciclo tu vida aumente.

OCTAVIO. Esto y más puedes pedir,
porque a trueque de llevarte,
yo me pasaré la pena
que me dará Policena,
o me pasaré a otra parte.
Y pues que partir no puedo,
quiero a Virgino avisar.

(*Vanse el CONDE y FIRMIO.*)

DON ANTO. Tanto sabes obligar,
que en obligación te quedo.
Quedo aquí desesperado,
más triste y corrido al doble
de haber un brazo tan noble
tan leal sangre sacado.
¿Hay desdicha semejante
que a quien me diera su vida
tenga de mi mano herida?
Pero entonces fui ignorante;
que agora de mí se arguya
que antes sacara esta espada
mi alma, que ver manchada
la punta de sangre suya.
A hombre tal, testigo es Dios
que a Policena le diera;
hoy de dos, si dos hubiera,
no tomara una de dos.
¿Qué diera por no haber sido
el que le hirió? Don Juan viene.

(*Sale DON JUAN.*)

¿Oh, qué gentil cuenta tiene
el ganado del perdido!
¿Cuánto ha que no parecéis?

DON JUAN. Aun pues ahora me veis,
creo que he venido presto (1).
¿Querriades monacillo
en vuestras lamentaciones?
¿Cómo va de ojos llorones?
Un poco estáis amarillo.
¿La vida me diera a mí
andarme tras vos llorando!

DON ANTO. ¿Qué bien que vais entablando
el olvidaros de mí!

DON JUAN. ¿Ha habido mucha locura
con ese bien por acá?

DON ANTO. No va bien, si el bien se va,
don Juan, a la sepultura.
De todo ha habido su poco,
porque es mucho el bien que pier-
no es posible que esté cuerdo [do;
pues que no me he vuelto loco;
mas tiempo habrá para todo.

DON JUAN. ¿Luego no hemos acabado?

DON ANTO. Mejor diréis empezado.

DON JUAN. Pues yo me voy dese modo;
que no estoy para sufrir
ver a un amante llorón (2).

DON ANTO. ¿Y es esa buena razón
dejarme para morir?

DON JUAN. ¿Dónde fué aquesta mujer?
¿Cómo o cuándo se perdió?

DON ANTO. Porque me perdiese yo,
perdióse, don Juan, ayer.

DON JUAN. ¿A qué noria atada andaba,
que cayó por falta de uso?
¿A qué ventana se puso?
¿A qué pozo se miraba?
¿Vive Dios que es caso extraño!

DON ANTO. Sólo sé mi perdición.

DON JUAN. ¿Y es verdad lo del pregón?

DON ANTO. ¿Y eso puede ser engaño?
¿No es cosa patente y clara?

DON JUAN. El que agora la tuviera,
gentil casamiento hiciera,
¿Qué buen dinero ganara!

DON ANTO. Dichoso el que en hora buena
remediara su desdicha.

DON JUAN. ¿Qué me darás si, por dicha,
te doy viva a Policena?

(1) Falta el primer verso de esta redondilla en las seis ediciones.

(2) Z y Y: llorar.

DON ANTO. ¡Que agora os burléis de mí!

DON JUAN. Digo que de veras vengo,
porque a Policena tengo
para entregártela a ti,
porque te cases con ella
y remedies tus cuidados,
aunque cuatro mil ducados
valieran más que no ella.

DON ANTO. ¿Qué dices?

DON JUAN. Digo verdad;

que el día que la hablé,
con un disfraz concerté
sacarla de la ciudad.

DON ANTO. ¿A qué efeto? (1)

DON JUAN. A que te vieses
hacer este desafío.

DON ANTO. ¿Dices verdad, don Juan mío?

DON JUAN. ¡Ya es bueno que burlas fuese!
Maldígame todo el suelo
si no la saqué de aquí.

DON ANTO. ¿Tú?

DON JUAN. Yo.

DON ANTO. ¿Tú mismo?

DON JUAN. [Yo], sí;
como hombre, cubierta el pelo.

DON ANTO. ¡Jesús!

DON JUAN. ¡San Blas!

DON ANTO. ¡Don Juan mío!

Vesme aquí echado a tus pies;
ya creo que verdad es
que fué a ver el desafío.

Si quieres que viva un hora,
antes della venga aquí

DON JUAN. Sí haré, que por verte a ti
no poco suspira y llora.

¡Oh, qué gentil invención!

DON ANTO. ¿No iré yo contigo?

DON JUAN. No.

DON ANTO. ¿Por qué?

DON JUAN. Porque basto yo.

¡Bien acertada traición!

Con esto queda también
el secreto sepultado,
que de un gran mal he sacado
tan grande suma de bien.

(Vase.)

DON ANTO. ¿Es posible que mi suerte
ya la sentencia revoca,
y en tanto bien la convierte

una vez puesta en la boca
de la rigurosa muerte?

Lo que tanto yerro ha sido,
¿tan acertado ha salido
que está el casarme en mi mano?
A todo el concierto es llano
por el pregón prometido.
¡Oh, grande ventura mía!
Pero ¿qué lugar esconde (1)
los ojos de mi alegría?

(Sale [H] el CONDE y FIRMIO.)

OCTAVIO. ¡Oh, Alférez amigo!

DON ANTO. ¡Oh, Conde!

Ir a buscarte quería.

OCTAVIO. ¿Qué hay de nuevo?

DON ANTO. Dar indicio
de que servite codicio (2)
con una prenda perdida,
que no podré yo en mi vida
hacerte mayor servicio.

OCTAVIO. Alegre estás.

DON ANTO. Con razón (3),
que es más de lo que se suena
la fiesta del corazón.

OCTAVIO. ¿Cómo?

DON ANTO. Tengo a Policena.

OCTAVIO. ¿Ya llega aquí tu pasión?
¡Firmio, él ha perdido el seso!

FIRMIO. No es mucho, con el suceso
de tan amorosa pena.

DON ANTO. ¡Tengo, al fin, a Policena,
por un extraño suceso!

Y, pues ha sido conmigo
tu gran (4) liberalidad
más que de hermano y amigo,
hoy verás mi voluntad
quererme igualar contigo.

Hoy verás que el español
jamás tiene ingratitud,
y que es oro en el crisol,
y que sigue la virtud
como la eclíptica al Sol.

Hoy verás si te he pagado
el amor que te he mostrado,
por ventura, en mayor copia,
pues te doy el alma propia.

OCTAVIO. ¡El está ya rematado!

(1) Z y I': absconde.

(2) Z: codicio.

(3) Z: razón.

(4) Z y I': grande.

(1) Z: effecto.

DON ANTO. Parece que estás suspenso.
¿No crees lo que te digo?

OCTAVIO. Que estás engañado pienso.

DON ANTO. ¡Esta es verdad, Conde amigo!
¡Verdad, por el cielo inmenso!

OCTAVIO. Pues, amigo Alférez, di:
¿no quedaste agora aquí?

DON ANTO. Verdad, aquí quedé yo.

OCTAVIO. Pues ¿de qué cielo cayó?

DON ANTO. Don Juan me la trujo.
Así.

Firmio, verdad puede ser.
Firmio. Si con éstos no lo veo,

juro de no lo creer.

OCTAVIO. Alférez, yo bien lo creo,
sólo por no te ofender;

que en lo demás, el dolor
dese tu perfecto (1) amor
pienso que te ha vuelto loco.

DON ANTO. ¿Dártela tienes en poco?
Pues escucha, hazme un favor:

dámela, tú, Conde, a mí,
como la tengo y la hallé.

OCTAVIO. Yo te la doy desde aquí.

DON ANTO. Luego ya cumplo mi fe
con dártela antes a ti.

Mira, Conde, que te he dado
a Policena, que he hallado,
y por hacerme placer,
tú me la quieres volver.

OCTAVIO. ¡El está ya rematado!

Digo que has ya bien cumplido
como español, como hidalgo,
como noble y bien nacido,
y que en cuanto puedo y valgo
confirmo lo prometido.

DON ANTO. Por el pregón publicado
haz cuenta que estoy casado;
a entrambos, Conde, nos den
de la boda el parabién.

OCTAVIO. ¡El está ya rematado!

(Salen el GOBERNADOR, VIRGINIO y FAVILA.)

GOBERN. Por ventura dirá della.

VIRGINIO. Pues ¿quién sabe el punto y hora?

FAVILA. Camila estaba con ella.

VIRGINIO. Gran ciencia ha mostrado ahora.

GOBERN. Gran fama tiene por ella.

FAVILA. ¿Llamaré a Camila?

GOBERN. Si,

porque ella nos diga aquí
cuándo faltó, y volverás
al astrólogo.

FAVILA. ¿Eso más? (1)

(Vase.)

GOBERN. Conviene, Favila, así.

OCTAVIO. Si esa hora y ese punto
es sólo porque parezca
nuestro bien, viene difunto,
porque hay quien darla se ofrezca.

VIRGINIO. Oye esto.

GOBERN. ¿Y quién?, pregunto.

DON ANTO. Yo, señor.

VIRGINIO. ¿Tú, don Antonio?

DON ANTO. Yo, pues.

VIRGINIO. ¿Qué furia o demonio
has conjurado?

DON ANTO. Eso pasa;
yo la pondré en esta casa,
que es el mayor testimonio.

VIRGINIO. Sin creerlo, de alegría
tengo los ojos turbados.
¡Oh, Alférez! ¿Qué sería
si los cuatro mil ducados
te ganases en un día?

DON ANTO. ¡Gentil afrenta me has hecho!
¿Luego no estás satisfecho
que soy tu igual?

VIRGINIO. Pues ¿quieres
casarte?

DON ANTO. Si me la dieres,
y cuando no, a tu despecho.
Españoles hay aquí
que dirán muy bien quién soy.

OCTAVIO. Eso se fie de mí;
el fiador de todo soy.

VIRGINIO. ¿Que es mi igual?

OCTAVIO. Digo que sí,

y hombre tan virtuoso,
que sois, Virginio, dichoso
cuando este concierto cuadre.

VIRGINIO. Su suegro soy, y su padre;
y él, de Policena esposo.

Desde aquí le doy mis brazos.

DON ANTO. La mano basta, señor.

VIRGINIO. No, sino dos mil abrazos;
obligame tu valor.

¿De qué sirve alargar plazos?

OCTAVIO. ¿No es gracioso casamiento?

(1) Z y V: perfecto.

(1) Z y V: y eso más.

GOVERN. Virginio, con el contento
de que su hija parezca,
no hay partido que no ofrezca.

(*Entra[n] CAMILA y FAVILA.*)

FAVILA. Entra tú, y sabrás su intento.

CAMILA. Mi señor, ¿qué es lo que quieres?

VIRGINIO. No, hija, ninguna cosa
más de que a tu hermana esperes.
ya de don Antonio esposa.

(*Entran DON JUAN y POLICENA con máscaras.*)

DON JUAN. Ten ánimo y no te alteres.

DON ANTO. ¡Don Juan!

DON JUAN. A tiempo he llegado.

DON ANTO. Ya en tu nombre me he casado.

¿Adónde está Policena?

DON JUAN. ¡Traigo, por Dios, una pena
que vivo desesperado!

DON ANTO. ¿Cómo así?

DON JUAN. Que se me ha ido
de donde para traella
quedó.

DON ANTO. ¡No hay más; soy perdido! (1)
¡Por ti me casé con ella;
en grande afrenta he caído!

Toma esta daga muy quedo,
y dame, don Juan, sin miedo,
de modo que yo no vea
esta afrenta.

DON JUAN. ¡No lo crea!

DON ANTO. ¡Mátame, traidor!

DON JUAN. ¡No puedo!

(1) En las seis ediciones: *yo soy perdido.*

Señores, mucho me he holgado
que aquí el señor don Antonio
tan buen suegro haya cobrado,
y él tal dama en matrimonio,
y ella en él tal desposado.

Yo soy quien por ella fui,
Alza el rostro; veísla aquí;
que desta suerte salió
a ser máscara.

POLICENA. ¡Eso no!

DON JUAN. ¡Ea!

POLICENA. Buena estoy así.

VIRGINIO. ¡Hija!

DON ANTO. ¡Mujer!

CAMILA. ¡Loca extraña!

FAVILA. ¡Famoso vino de España!

CAMILA. ¡Que viva te acerté a ver!

POLICENA. Salí para cierta hazaña,
y no acertaba a volver.

VIRGINIO. Basta que seas viva, y sobra.

DON ANTO. ¡Dame, mi bien, mil abrazos!

OCTAVIO. Pues que Policena cobra
marido, dame tus brazos.

VIRGINIO. Aquesa palabra sobra.
Camila, dalos. ¿Qué aguardas?

CAMILA. Ya los doy.

GOVERN. Yo el parabién
de las dos bodas gallardas.

VIRGINIO. Haz que esas mesas estén,
Favila, a punto. ¿Qué tardas?

FAVILA. Ese cuidado me den.

FIRMIO. En esto se acaba, pues,
La traición bien acertada.
Si la comedia os agrada,
será señal que lo es.

COMEDIA FAMOSA
DEL
TRIUNFO DE LA HUMILDAD
Y SOBERBIA VENCIDA

DE
LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

EL PRÍNCIPE TREBACIO.
FILIPO, su hermano.
ARNESTO, Conde.
REMUNDO, caballero (1).
LANSPERGIO, caballero.

FELISARDA.
CLIO, criada.
ELISA, criada.
EL REY DE MACEDONIA.
ISBELLA, su hija.

EL DUQUE RODULFO.
POLDERIGO, General.
UNOS CARBONEROS.
LOPE, lacayo.

ACTO PRIMERO

(Sale TREBACIO, Príncipe de Albania y el Conde FILIPO, su hermano; TREBACIO desnuda la espada (2), y de por medio LANSPERGIO, y REMUNDO, y otras caballeros.)

TREBACIO. Pues ¿tú te atreves a mí?
FILIPO. ¡Detén, hermano, la furia;
que yo jamás te ofendí!
TREBACIO. Basta, para ser injuria,
que yo lo piense de ti.
FILIPO. Harásme sacar la espada.
REMUNDO. Deténgase Vuestra Alteza,
porque el tenerla envainada
es respetar mi cabeza,
a que ha nacido obligada.
TREBACIO. ¡Dejádmelo dar la muerte!
FILIPO. Sed testigos caballeros,
cómo tengo desta suerte
envainados los aceros.

(1) Las tres ediciones vacilan entre Remundo y Raymundo, Philipo y Philippe. No figuran en esta lista de personajes, aunque desempeñan papel importante en la comedia: Lisarda, labradora; Manfredo, Capitán; Una pastorella; Lisao, pastor; Nise, carbonera; Lirano, Torindo, Simundo, Turino, Pilón, Silvio y Feniso, villanos y carboneros. En M y B, por indudable errata, en lugar de Lanspergio, dice: Lansgrave, caballero.

(2) M y Ma: desnudas las espadas.

LANSPER. Señor, su humildad advierte.
TREBACIO. ¿Humildad en un traidor?
FILIPO. ¡Eso no! ¡Y si no mirara
que eres mi hermano mayor...!
TREBACIO. ¿Veis lo que dice en mi cara?
REMUNDO. ¿De qué te espantas, señor,
si traidor al Conde llamas?
FILIPO. Tú, Príncipe, no me infamas:
que eres mi hermano, y yo soy
tu hechura.
TREBACIO. ¡Templando estoy
del mismo infierno las llamas!
¡Que éste tenga atrevimiento
de osar mirar lo que miro!
FILIPO. Ni la miro, ni lo intento;
antes me aparto y retiro
de ofender tu pensamiento.
Y la palabra te doy
de que no la mire más;
mira si obediente soy.
TREBACIO. ¡Pienso que fingiendo estás!
FILIPO. Diciendo verdad estoy.
TREBACIO. A mí, Filipo, ¿qué importa?
Tu daño harás en mentir,
mientras esta espada corta.
FILIPO. ¿Tú me lo puedes decir!
TREBACIO. ¡La lengua, Conde, reporta;
que a bofetones, a coces,
te haré pedazos aquí!
LANSPER. ¡Detente!

TREBACIO. ;Mal me conoces!
 FILIPO. Una vez te respondí,
 y siempre humilde a tus voces.
 Sabe Albania y sabe el mundo
 que no soy cobarde, y sabe
 que en tierra, que en mar profundo,
 ya en el campo, ya en la nave,
 he sido un César segundo.

Ejércitos he rendido;
 cinco batallas vencido,
 y pude (1) por mi persona
 ver a mis pies la corona
 de enemigos que has tenido.

Ser tú mi hermano mayor
 me obliga a respeto igual;
 que bofetones, señor,
 la infamia los sufre mal,
 cuanto y más el noble honor.

TREBACIO. ;Quitálde luego la espada!

FILIPO. No querrán estos señores,
 de quien es y ha sido honrada.

TREBACIO. Si querrán; porque a traidores
 es justo.

FILIPO. ;Oh, cuánto me agrada
 verte tan gran honrador
 de tu sangre! ;Yo traidor,
 Príncipe de Albania?

TREBACIO. Si;
 porque te atreves a mí,
 que soy tu rey y señor.
 Y cuando aquesto no fuera,
 soy Trebacio, hombre he nacido,
 entre los dioses lugar,
 ara, templo, incienso, altar,
 Roma, si sucesor fuera:

que el nacer cristiano ha sido
 la causa porque he tenido
 de sólo príncipe el nombre.

FILIPO. ;Mira, señor, que eres hombre!

TREBACIO. Confieso que hombre he nacido.
 Mas no soy de aquella parte
 de quien la Naturaleza
 comúnmente los reparte;
 que para hacer mi grandeza
 hizo otra materia aparte.

Piedra es el rubí, el zafir,
 la esmeralda, el girasol;
 mas no pueden competir
 con aquel hijo del Sol,
 diamante eterno, en sufrir.

Metales hay; pero el oro

se debe al mayor decoro.
 Aves hay; mas una sola
 fénix, que el fuego acrisola.
 Bestias hay; el tigre, el toro;
 pero es el rey el león.
 Peces hay; mas las ballenas
 de mayor grandeza son.
 Músculos, nervios (1) y venas
 se rinden al corazón.

Ríos hay; mas con el mar
 no se pueden comparar.
 Calidades más perfectas
 entre los siete planetas
 suelen a Júpiter dar.

Y así, vengo a ser diamante,
 oro, fénix, corazón,
 y ballena, y mar de Atlante,
 y Júpiter, y león,
 sin admitir semejante.

;Mal hayan los inhumanos
 hados, porque no nací
 entre Césares romanos;
 pues me adoraran allí,
 aunque entre sus dioses vanos!

(Vase.)

FILIPO. ;Ay de tu loca arrogancia!

REMUNDO. El ha llegado, Filipo,
 donde será de importancia
 tu gobierno.

FILIPO. Si anticipo
 a su vida mi ganancia,
 me quite el cielo la mía.

REMUNDO. Pues ¿en qué puede parar
 su soberbia y tiranía?

FILIPO. En que me la ha de quitar
 si en su sospecha porfia.

REMUNDO. No tengas temor: que el cielo
 te ha de librar de su mano.

FILIPO. Hoy a su clemencia apelo.

LANSUER. Hombre tan soberbio y vano
 no puede sufrirle el suelo.

REMUNDO. Ya sus arrogancias son
 insufribles.

FILIPO. Caballeros,
 cese la murmuración:
 que sacaré los aceros
 que envainaba la razón.

No soy yo de los que aspiran
 a estados con daño ajeno.

(1) B: puedes.

(1) M y B: niernos.

porque sólo su bien miran;
de todo yerro y veneno
mis sentidos se retiran.

Metales tiene la tierra;
plomo soy de sus metales;
fénix el Arabia encierra,
cuyas aras inmortales
hacen a los tiempos guerra;
mas yo, pajarillo soy.
Si animales hay valientes,
cual cierva tímida soy;
y al mar, entre ríos y fuentes,
como arroyo humilde voy.

Si hay un eterno diamante,
yo soy vidrio quebradizo.
Si Júpiter arrogante
sobre el Sol estrados hizo,
yo soy la Luna menguante.
Si es mi hermano el corazón,
yo soy los humildes pies.
Si hay peces que focas son,
ya débil marisco es
mi rendido corazón.

Sin arrogancia ninguna,
soy arroyo, vidrio y Luna,
pez, pajarillo, arroyuelo,
cierva, plomo, pie y el suelo
de los pies de la Fortuna.

Y en ser cristiano, aunque coma
el pan que siembre, más fundo
mi honor que el cetro que toma
de los imperios del mundo,
de Constantinopla y Roma;
que el ser Dios de vanidad
es locura y necedad;
que el ser cristiano y salvarse,
es ser rey para sentarse
en reino de eternidad.

(Vase.)

REMUNDO. ; Prudente humildad!
LANSFER. Y tanto,
que me ha dejado confuso.
REMUNDO. Bajóse Filipo cuanto
Trebacio en alto se puso.
LANSFER. Los dos me causan espanto:
el uno, en querer subir,
y el otro en querer bajar.
REMUNDO. No veo que el competir
es materia de reinar,
como se suele decir.
LANSFER. ; Bien dices! que amores son,
y la causa viene aquí!

(Sale FELISARDA, dama, con LOPE, lacayo, y ELISA, criada.)

FELISARDA. ; Qué engaño, qué confusión!

LOPE. Ya te digo que lo vi,
pues todo fué sin razón.

El tiene celos que sobra,
y, en fin, es hombre arrogante,
y pondrá su muerte en obra.

FELISARDA. Desengaños de constante,
no celos de amante, cobra.

LOPE. O celos o desengaños,
él le ha querido matar.

FELISARDA. Uno y otro son extraños.
LOPE. Yo no sé diferenciar
la calidad de sus daños.

Porque si un desengañado
luego viene a ser celoso,
y no es celoso engañado,
el desengaño es forzoso
que esos celos le haya dado.

Mas mira que hay gente aquí.

FELISARDA. Remundo y Lanspergio son.

LANSFER. Recatado se han de mí.

REMUNDO. Pues quitemos la ocasión.

(Vanse.)

FELISARDA. ; Fuéronse?

LOPE. Señora, sí.

FELISARDA. ; En fin, el Príncipe, fiero,
para su hermano sacó
soberbio, el cobarde aceró?

LOPE. ; Por Dios, que el Conde calló,
aunque le temí primero!

FELISARDA. Si tiene tan bien probada
su intención en tantas guerras,
y a poca tierra heredada
ha ganado tantas tierras,
bien hizo en tener la espada.

LOPE. No es creíble la obediencia
que a su hermano mayor tiene.

FELISARDA. ; Bien lo mostró su paciencia!

(Sale el CONDE FILIPO, solo.)

FILIPPO. ; Felisarda!

LOPE. El Conde viene.

FILIPPO. Yo vengo por tu licencia.

FELISARDA. Licencia, Conde querido.

; Para qué?

FILIPPO. Para ausentarme,
licencia y paciencia pido:
licencia para matarme;

paciencia para tu olvido.

Yo no sabía el amor
que mi hermano te tenía;
es mayor, soy el menor.
y aunque ésta es hacienda mía,
quiere heredarla el mayor.

Sobre celos ha tenido
conmigo tales enojos,
que los míos han querido
perder el bien de tus ojos
para no verme perdido.

Es el Príncipe mi hermano
tan soberbio y arrogante,
tan loco, insufrible y vano,
que parece semejante
del mundo el primer tirano.

Ni admite satisfacción,
ni le vence la humildad,
ni le obliga la razón,
ni conoce la amistad,
ni agradece la intención.

Pues para tanta fiera,
Felisarda, no me mandes
que oponga tanta flaqueza;
que entre peligros tan grandes
le correrá mi cabeza.

Si te acordares de mí,
que Lope vendrá a saber
si vivo, señora, en ti,
con él puedes responder
lo que te sucede aquí.

Que, deseando tu bien,
con mi hermano te mejoras.

FELISARDA. La lengua y paso detén;
que en término de dos horas
verás la fuerza a un desdén.

Y será de tal manera,
que con hierros (1) de tu ausencia
me daré la muerte fiera;
que creas por experiencia
que hubo mujer verdadera.

Que ser tu hermano arrogante
no me ha de espantar a mí;
que si en amor semejante
amante contigo fui
sin ti pienso ser diamante.

No me quejo de tu amor;
quejome de tu valor,
pues parece colardía
que tu hacienda, por ser mía,
des a tu hermano mayor.

Mas no está muy acabado
con el dueño, que soy yo:
que aunque tú la hayas dejado
al poder donde quedó
ningún poder va forzado.

(Vase.)

LOPE. Ella se fué.

ELISA. Con razón
va, mi señor, enojada.

FILIPO. Elisa, violencias son
de una voluntad forzada.
No culpes a mi afición.

ELISA. Dile que no puedo más.
Si puedes.

FILIPO. Tú lo verás
en lo que pasa por mí.

ELISA. Vuélvela a ver.

FILIPO. ¡Ya perdi
la esperanza que me das!

(Vase FILIPO.)

LOPE. ¡Ay, Elisa! No te espantes
de que el Conde, mi señor,
en casos tan importantes
haga enano su valor
donde hay contrarios gigantes.

ELISA. Sabe, amor, que desde aquí
el alma se me hace rajas.
¿Vaste con él?

LOPE. Voy sin mí
donde a sombra de tinajas
lloraré, Elisa, por ti.

ELISA. Ten lástima que una aldea
hoy mi sepultura sea.
Tú vas a tu natural;
mas un hombre principal
mal en los montes se emplea.
¿Qué haréis allá?

LOPE. Cazaremos,
y otras veces jugaremos,
de la soledad compás,
aunque pienso que lo más
en murmurar pasaremos.

ELISA. ¿De quién?

LOPE. De roques y damas,
por vengar entre las ramas
lo que en Corte cortan dél.

ELISA. ¿Que hay quien corte?

LOPE. Sí.

ELISA. ¿Papel?

LOPE. No, sino de ajenas famas.

(1) M y Ma: yerros.

ELISA. ¡Plega a Dios que os acordéis,
aunque sea murmurando!

LOPE. Tal ocasión nos daréis,
que estaremos siempre hablando
de agravios que nos hacéis.

ELISA. ¡Ay, el Príncipe!

LOPE. Yo huyo;
que anda a peligro la gola.

(*Úase (1), y sale el PRÍNCIPE TREBACIO y CELIO,
criado.*)

TREBACIO. De su resplandor arguyo,
si está Felisarda sola,
que no está lejos el suyo.

CELIO. Eso es decir que es aurora
Elisa de Felisarda.

TREBACIO. ¿Adónde está tu señora?

ELISA. Menor la visita (2) aguarda
de la que le viene agora.

TREBACIO. ¿A quién espera?

ELISA. A su hermano

TREBACIO. ¿Puedola hablar?

ELISA. Bien podrás,
todo a tu grandeza es llano.

TREBACIO. Dila que espero.

ELISA. Verás
un sol, un ángel humano.

(*Úase ELISA.*)

TREBACIO. Hoy quiero ver lo que puedo.

CELIO. De su determinación
tengo miedo.

TREBACIO. Pierde el miedo;
que aunque en amor no hay razón,
verás que della no excedo.

CELIO. Pues ¿qué harás?

TREBACIO. Cosa tan justa
que a todos cause contento.

CELIO. ¿Es casamiento?

TREBACIO. ¡Si gusta...!

CELIO. Si hará, porque el casamiento
a ningún desdén disgusta.
¡Buen agüero!

TREBACIO. ¿De qué suerte?

CELIO. Salí en oyendo tu nombre.

TREBACIO. Celio, sin temor advierte:
tiembla de amor el más hombre;
es más fuerte que la muerte.

(*Salen ELISA, criada y FELISARDA.*)

FELISARDA. ¿El Príncipe a mí?

ELISA. No seas
en desdeñarle atrevida,
si vida y honra deseas.

FELISARDA. Fuése en Filipo mi vida.

ELISA. No hayas miedo que le veas.

TREBACIO. Si una fe constante y pura,
si un amor firme y constante
merece tener ventura,
aquí le tienes delante.
Turbóme tanta hermosura.

CELIO. Habla, que es mujer.

TREBACIO. No es;

que es un cielo, un serafín.

CELIO. Si los chapines le ves,
mira que no hay serafín
con tanto corcho en los pies.

TREBACIO. Fué discreción del primero,
que en los pies corcho les puso:
símbolo el más verdadero,
pues su edificio compuso
sobre cimiento ligero.

Felisarda, yo turbado,
y tú admirada, ¿qué haremos?

FELISARDA. Uno y otro son extremos.

TREBACIO. Si tú y yo somos extremos,
el medio será acertado.

Tu padre, el Duque, ya muerto,
trató casarme contigo;
que lo deseo te advierto;
pienso que en esto te obligo
ejecutando el concierto.

No hay en Albania, si quieres
ser su Reina, otro señor.

FELISARDA. Su señor, Trebacio, eres;
pero el mayor es Amor.

TREBACIO. Eso en las viles mujeres.

Yo no te vengo a forzar,
puesto que es mi condición
que Amor me enseña a rogar.
No o sí, las respuestas son
del querer o del negar.

¿Qué me respondes (1), no, o sí?

FELISARDA. ¿Qué diré, triste de mí?

TREBACIO. Si dices sí, será justo.

Si dices no, sin mi gusto
no pienses salir de aquí.

A nadie tengo temor.
Merezco a un ángel, y aun fuera
corto premio a mi valor.

(1) B: *váyase*.

(2) M y B: *trista*.

(1) M y B: *respondas*.

matarme solícita.
¡Oh! ¡Que en tan poca tierra,
como es mi cuerpo, humildemente
Tú que tienes la llave [cabe.
del premio y del castigo,
Hacedor soberano,
dale piedad de hermano,
y no rigor de bárbaro enemigo.
¡Mis humildades mira,
y templá la soberbia de su ira!

(Sale LOPE, lacayo.)

LOPE. Así te dé Dios contento,
que si le quieres tener,
oigas cantar y tañer,
aunque en rústico instrumento,
una pastorcilla bella
que por este monte baja
haciendo a Orfeo ventaja,
pues se van almas tras ella.
Que yo estaba en lo sombrío
de este valle haciendo dueño
de mis cuidados el sueño,
por ventura el mayor mío,
y me despertó su voz,
tan angélica, que puede
hacer que encantado (1) quede,
cantando, un áspid feroz.

FILIPPO. ¡Ay, Lope!, mi sólo amigo
en trance tan duro y fiero,
de mis males compañero,
de mis desdichas testigo;
español que por su espada
traje de la guerra aquí,
¿qué bien habrá para mí,
en tanta fortuna airada?

LOPE. ¿Ahora quieres que demos
a un instrumento el oído?
Pues que darle no has querido,
por tus humildes extremos,
a las cajas de la guerra
contra tu cruel hermano,
que por bienquisto y humano
te clama toda la tierra.
dale en estas soledades
a las labradoras rudas
que por estas selvas mudas
cantan sencillas verdades.

FILIPPO. ¿Es ésta que viene aquí?
LOPE. La misma.

FILIPPO. Templando viene.
LOPE. Oirás la gracia que tiene.
FILIPPO. ¿Es mucha?
LOPE. Pienso que sí.

(Sale LISENA, labradora, cantando este romance:)

LISENA. Esta letra está en el cielo,
en lo alto de su alcázar:
Dios ensalza al que se humilla.
Dios humilla al que se ensalza.
En los rincones del Templo,
el que indigno se juzgaba,
más le agradó que el soberbio
que junto al altar estaba.
La piedra que reprobaron
vino a estar levantada
de Salomón (1) en el Templo,
cumpliendo Dios su palabra.
Dios da coronas y cetros.
Dios hace reyes de nada:
Dios ensalza al que se humilla,
Dios humilla al que se ensalza.

LOPE. ¿Fuése?
FILIPPO. Para mí no es,
Lope, ruda labradora:
ángel es.

LOPE. Espera ahora,
iré a mirarle los pies.

FILIPPO. No la sigas; que, sin duda,
ha sido aviso del cielo.

LOPE. ¿Ángel en humano velo?
¿Vas vestida o vas desnuda?
¿Vas, por ventura, calzada (2).
o con sandalia o jervilla?

FILIPPO. "Dios ensalza al que se humilla.
Dios humilla al que se ensalza."
¡Notable impre-ión ha hecho
hoy esta sentencia en mí!
Si Dios lo promete así,
¿qué tiembla mi humilde pecho?

Sea su venida acaso,
Lope, o misterio sea,
lo que es justo es que lo crea.

LOPE. Cuando yo alargaba el paso,
¿para qué me detuviste?

FILIPPO. ¿Qué querías?
LOPE. Sólo ver
si era, cual pienso, mujer,

(1) R y M: Salomón.

(2) Así este verso en las tres ediciones. Acaso sería: ¿Vas por ventura con calza.

(1) M: en cantando.

o el ángel que me dijiste;
pues luego que me acercara,
era, sin duda, el volar.

(Sale REMUNDO y LANSPERGIO.)

REMUNDO. Por aquí debe de estar.

LANSPER. Aquél es.

REMUNDO. La gente para.

Generoso Filipo, Conde ilustre,
dame esos pies.

FILIPU.

Remundo, ¿qué es aquesto?
¿Tú por aqueste monte? ¿Anda, por dicha,
cazando aquí mi hermano?

REMUNDO.

No pudiera,
fuera de sí, buscar fiera tan fiera.
El me envía a llamarte.

FILIPU.

¿De qué suerte?

REMUNDO.

Hase casado.

FILIPU.

¡El Príncipe, casado!

REMUNDO.

Si no es que la inconstancia le arrepiente
del amor de la bella Felisarda.

FILIPU.

Pues, dime, ¿es Felisarda?

REMUNDO.

Con la furia
que pudiera al,én bárbaro que hubiera
conquistado este reino, entró en su casa
y, con violencia, la llevó a la suya.

FILIPU.

¡Válgame el cielo!

LOPE.

Una palabra escucha:
Una cierta sirvienta entreverada
como pernil, entre doncella y dueña,
carrofóse a la mar, mirando a Europa,
o qué fin tuvo?

REMUNDO.

Pienso que decían
que era de Celio, un cierto portafrasco
de los gustos del Príncipe, hombre alegre
que a solas bufoniza con su amo.

LOPE.

¡Válgame el cielo!

FILIPU.

¿Qué mayor consuelo,
en una gran desdicha, que es eterna?
¿Podré quejarme yo de Felisarda?
No, que conozco el fiero hermano mío.
Pues dél, ¿cómo podré también quejarme?
Quejaréme, a lo menos, de que quiera
que vaya a ver mi muerte.

LOPE.

Si consuelo
puede quedarme en tanta desventura,
es que Elisa se case a su disgusto,
y con hombre criado a sus costumbres,
de aquel asombro de Naturaleza.
Matarlo tengo a coces, sobre celos;
no pocos le dará mi hermoso talle,
cuando pascé, galán, su puerta y calle.
Sombrero ha de haber en el cocote;
roseta, que de fieltro sirva al tiempo;
pañazos como calzas de palomo,
tiros enanos y gigante espada,
bigotes que a los ojos amenacen
y que con las pestañas se amostacen.

FILIPU.

¿Qué sirve imaginar desdichas vanas?
El no admite ninguna; ¡yo soy muerto!
Morir viendo y no viendo, todo es uno.
¡Ea, Remundo, vamos a la Corte!

REMUNDO.

Aciertas, por humilde y obediente.

FILIPU.

Dios ensalza, Remundo, el que se humilla.

LOPE.

¿Que se casase aquella picarilla!
¿Por la fe de español y de soldado,
que estoy, y con razón, muy enfadado!

(Anse, y salen el PRÍNCIPE TRIFIACIO y LANSPERGIO, y acompañamiento.)

TREBACIO.

¿Que vino el General?

LANSPERGIO.

Con la vitoria
más próspera, señor, que César tuvo,
cuando el ver y el vencer le dieron gloria.

TREBACIO.

¡Qué poco tiempo en la conquista estuvo!
Mas luego mi temor le rendiría.

LANSPERGIO.

No dicen que un instante se detuvo.

TREBACIO.

Es la opinión de la grandeza mía
bastante a derribar, con miedo solo,
la inmensa torre que Nembrot hacia.

Pienso seré señor de polo a polo,
al paso que me lleva la Fortuna;
y del carro del Sol, segundo Apolo,
ya ni en tierra, ni en mar, temo ninguna. (1).

LANSPERGIO.

Ya viene el General, con el Rey preso.

(*Salen en orden, soldados con cajas, marchando,
arrastrando banderas; ARNESTO, General, con un
bastón, y el REY DE MACEDONIA, preso.*)

TREBACIO.

Tiene mi luz como del Sol la Luna.

ARNESTO.

La gloria de este próspero suceso,
después del cielo, a tu fortuna debes.

TREBACIO.

¡Oh, Arnesto amigo! Tu valor confieso,
y haré que el premio de esta empresa lleves,
aunque sé que venciste con mi nombre:
con él, los orbes celestiales mueves.
Deidad soy ya, que no soy mortal hombre.

Rayos puedo formar para la guerra,
y hacer que mi grandeza al mundo asombre.
Tú, rey de Macedonia: si a mi tierra
hubieras enviado la hija tuya,
que el interés mayor que el mundo encierra
satisficiera (2) la belleza suya,
tal capitán, la fama mi deseo,
sin que ahora la tierra te destruya.

REY.

Puesto a los pies de tu fortuna veo,
¡oh príncipe de Albania!, el oprimido
cuello de un rey, deste albanés trofeo;
mas no por eso el ánimo oprimido
para rendirte de mi sangre parias;
pues el oro no en balde fué nacido.

TREBACIO.

¿Oro me ofreces?

REY.

Y de otras cosas varias
puedo formar las parias que me pides,
que son a tu grandeza necesarias;
mas en pedir mi sangre no te mides
con la razón.

TREBACIO.

Pues ¿qué más justa cosa?

REY.

Conquista tú como albanés Alcides,
Trebacio, esta amazona belicosa;
que yo no puedo hacerla fuerza tanta,
ni obligarla a tu amiga, ni a tu esposa.

TREBACIO.

Tu libertad en la prisión me espanta;
mas tú verás la vida que te espera.

REY.

Ahora, tu fortuna te levanta.

TREBACIO.

Y me ha de sustentar, aunque no quiera;
que a coes haré yo que la Fortuna
pare la rueda a su mudable esfera.

REY.

No suele haber felicidad ninguna
que no decline alguna vez.

TREBACIO.

Conmigo
no puede haber declinación ninguna.

(*Sale un paje y POLDERIGO, y soldados, y el DUQUE
RODULFO.*)

PAJE.

Aquí viene el gallardo Polderigo,
tu almirante del mar, con una presa
de un pirata cosario, tu enemigo.

(1) M y Ma: ninguno. Este verso va así, suelto, aunque rima, en las tres ediciones.

(2) En las tres ediciones: satisficiera.

TREBACIO.

Es como tuya la dichosa empresa.
¡Dame los brazos!

POLDERIGO.

Tu menor criado,
la tierra de esos pies adora y besa.
Rodulfo, a tu servicio rebelado,
tienes presente.

RODULFO.

Nunca fui sujeto;
el mar, reino común, he navegado.

POLDERIGO.

Quitèle veinte naves, que prometo
a tu Alteza, señor, que no hay ninguno,
y no es de mi alabanza vil conceto,
que iguale su valor; uno por uno,
no ha visto el mar, en cuantos desde Argos
oprimieron los hombros de Neptuno.
Quitèle más, cien mil escudos largos,
y un tesoro de joyas, telas, sedas,
o robos de la mar, o ajenos cargos...

TREBACIO.

Con opinión de buen soldado quedas,
aunque el vencerle con mi nombre ha sido.
Los elementos, las celestes ruedas
me obedecen; en tierra y mar resido.

POLDERIGO.

¡Bien queda mi servicio agradecido!

ARNESTO.

Las vitorias le tienen insolente;
la próspera fortuna le ha trocado.

TREBACIO.

¿Qué ruido es éste, y qué tropel de gente?

(*Salen unos villanos corriendo con una lámina, LI-
SEO, SILVIO, FENISO.*)

LISEO.

Yo he de llegar primero.

SILVIO.

Yo he llegado.

FENISO.

Dame esos pies.

TREBACIO.

¿Qué es esto?

LISEO.

Es que un tesoro
hallamos hoy los tres, cavando un prado.
¡Hay tanta suma y cantidad de oro,
que puedes hacer láminas que cubran
tu palacio real por más decoro.

TREBACIO.

Como eso harán mis rayos que descubran.
¿No veis cómo la tierra paga pecho,
aunque los muertos su tesoro encubran?

LISEO.

Esta piedra, señor, sirvió de techo
al oro oculto.

LANSPIERGIO.

Letras tiene encima.

TREBACIO.

¿Qué dicen?

LANSPIERGIO.

Que será el nombre, sospecho,
del dueño dél.

TREBACIO.

¿Encima está? ¡Qué enigma!

LANSPIERGIO.

Hache es aquesta.

TREBACIO.

Y *ene* la segunda.

LANSPIERGIO.

Tres son, no más; y *ese* la tercera.

TREBACIO.

¡Pues ¿qué dirán una *hache*, *ene* y *ese*?

ARNESTO.

Si no hay vocal en medio cada letra,
será dicción, y todas tres dicciones
harán sentencia.

TREBACIO.

Dice bien Arnesto.

Vaya a ponerse en cobro este tesoro;
y el que declare lo que en sí contienen
mando seis mil ducados.

RODULFO.

Los dos vamos.

LANSFERGIO.

Tu hermano viene.

TREBACIO.

Y mis enojos vienen.

(Sale FILIPO, REMUNDO y LOPEJ

FILIPPO.

Temblando voy.

REMUNDO.

Ya sabes que llegamos.

FILIPPO. Dame, señor, esos pies.

TREBACIO. ¿Por qué te fuiste de aquí?

FILIPPO. Porque enojado te vi.

TREBACIO. Pues más lo estuve después.

¿Sabes mis victorias ya,
y el descubierto tesoro?

FILIPPO. Sé tus victorias, y el oro
que descubriéndose va.

TREBACIO. ¿Y sabes que me he casado?

FILIPPO. Sé que te casas, también.

TREBACIO. ¿Dijo Remundo con quién?

FILIPPO. Remundo me lo ha contado.

TREBACIO. ¿Con quién dijo?

FILIPPO. Con la hija
del duque Heraclio.

TREBACIO. ¿Qué aguarda
tu lengua? Di Felisarda,
si mi bien te regocija.

FILIPPO. ¿Con Felisarda, señor?

TREBACIO. ¿No me das el parabién?

FILIPPO. Parabién te doy también.

TREBACIO. Quiérote hacer un favor.

¡Hola! ¡Salga aquí mi esposa!

LOPE. [Ap.] (El diablo nos trajo acá.)

(Sale FELISARDA y ELISA.)

FILIPPO. Tu esposa presente está.

TREBACIO. ¿No es hermosa?

FILIPPO. ¡Y muy hermosa!

TREBACIO. Bésale luego la mano,
como a tu señora y reina.

FILIPPO. Justísimamente reina.

LOPE. [Ap.] (¿Hay más soberbio tirano?)

FILIPPO. (¿Es posible, cielo airado
contra la inocencia mía,
que ha llegado el triste día
en que a la muerte he llegado?)

¿Estas las palabras son

que se fían de mujer?

¿Quién podrá, de hoy más, tener
dellas su satisfacción?

¿Estas las promesas fueron?

¿Tan presto tantas mudanzas?

¡Malhayan las esperanzas

que sus palabras creyeron!

No siento haberla perdido;

mas que mi cruel hermano

me mande besar su mano...

¿Qué haré, que pierdo el sentido?

Mano que la fe me dió,

y que su fe me ha quebrado;

mano que muerte me ha dado.

¿tengo de besarla yo?

Será bien morir aquí,

será bien que todo acabe,

pues este tirano sabe

que este bien me quita a mí.

Pero entonces justo fuera,

cuando Felisarda, ingrata,

que al mismo viento retrata,

firme en mi amor estuviera.

Pero si ella se ha mudado,

con sólo una hora de ausencia,

¿por qué no haré resistencia

a un amoroso cuidado?

Yo llego; mas, ¡ay de mí,

que el mismo amor me desvía!

Mas, si ella tuvo osadía,

¿por qué ha de faltarme a mí?)

Dadme esa mano a besar,

aunque a mis labios indignos.

LOPE. [Ap.] (Bien dicen los vizcaínos:

“¿Quién la pudiera cortar!”)

FELISARDA. ¡Ay, cielo, a lo que he llegado!

FILIPPO. A más he llegado yo,

pues mano que me mató,

de rodillas he besado.

¿Quién pensara, estando ajeno

de una desdicha tan vil,

que en un vaso de marfil

le diera tanto veneno?

Al alma, que ya sabía.

Felisarda, detuviste,

cuando en mi boca pusiste

mano tan helada y fría.

¡Que cuando al extremo llego

de muerte tan dura y breve,

sola tu mano de nieve

¡Oh, quién tuviera en los labios

tuviera un alma de fuego!

un sello que te pusiera

en ella, con que imprimiera tu traición y mis agravios!

Porque cada vez que vieras, puesto que en tan alto estado, con descuido o con cuidado la mano y sello dijeras:

esta señal de traidora me puso un hombre ofendido, que la pidió por marido y la besó por señora.

FELISARDA. Conde, a los cielos pluguiera que tuviéramos lugar para poderte contar cuál fué su vitoria (1) fiera.

¿No conoces de tu hermano la crueldad, la tiranía?

Besaste la mano mía; pero dejaste en la mano

tal veneno y tanto fuego puesto, que en distancia poca que emprimiéndola en la boca pienso que le maté luego.

Tú si traidor a mi amor fuiste con mayor exceso, pues me has muerto con un (2) beso que es más señal de traidor. [so,

Que éste mi pecho es muy llano que está de lealtades lleno, pues cuando fuiste veneno osé ponerte la mano.

Que mejor, sin duda alguna, escribiera yo en tus labios: no se han de llamar agravios las fuerzas de la Fortuna.

FILIPPO. Disculpa es error segundo de rendidos por forzados; pues para los desdichados también hay muerte en el mundo.

Quien te oyó decir también, no sé si corrida estás: "Antes de un hora verás qué fuerza tiene un desdén.

Daréme la muerte fiera con los hierros (3) de tu ausencia, y verás por experiencia que hubo mujer verdadera.

Ese tu hermano arrogante no me ha de espantar a mí. Si amante contigo fui

sin ti pienso ser diamante."

¡Ay, qué presto, de experiencia, Felisarda, vengo a ver que de mudanza a mujer hay muy poca diferencia!

Pero ya callar me toca, más por ti que por mi hermano; que me pusiste la mano, para que calle, en la boca.

¡Plega a Dios que seas con él tan dichosa como has sido conmigo ingrata.

TREBACIO. He querido mostrar mi grandeza en él.

¡Hola! Hacia el templo guiad con el mayor aparato de insignias, grandeza, ornato, real aplauso y majestad que en el mundo se haya visto. Al obispo avisad luego.

LOPE. El se desposa.

FILIPPO. Y yo llego al mayor mal que resisto.

FELISARDA. ¡Qué mal hice en no matarme!

ELISA. Eso es bueno de decir.

TREBACIO. Como quien soy quiero ir esta tarde a desposarme. Dad esa almohada al Rey de Macedonia.

REY. ¡Señor!

TREBACIO. ¡Matalde!

REY. Hacer es mejor tu gusto.

TREBACIO. Mi gusto es ley. Al Duque Rodulfo dad mi silla.

RODULFO. Si un rey te lleva la almohada, es corta prueba de mi suerte.

TREBACIO. Caminad.

Mi hermano, de mi caballo lleve la rienda.

FILIPPO. Es muy justo, no sólo porque es tu gusto, mas porque soy tu vasallo.

TREBACIO. Ven, Felisarda.

FELISARDA. ¡Ay de mí!

(Vanse todos; queda FILIPPO y LOPE.)

LOPE. ¿Qué piensas hacer?

FILIPPO. No sé.

A Felisarda perdi;

(1) B. la vitoria.

(2) B y M. con beso.

(3) M y Ma. yerros.

LOPE. su injusta mano besé;
veneno a mis labios di.
¡Vive Dios que si yo fuera
el que la mano besara,
aunque tu hermano lo viera,
que un bocado la sacara
redondo, como pudiera.
¿Mirábame Elisa a mi?
¡Oh, cielos, si me mandaran
el besar su mano allí!

FILIPO. ¡Hoy mis esperanzas paran:
a Felisarda perdi!
¡Oh, nunca venido hubiera
de la aldea a la ciudad!

LOPE. Mira que el Príncipe espera.
FILIPO. ¿Hay soberbia, hay vanidad,
hay arrogancia tan fiera?
No sé cómo sufro y callo;
mas si a un rey, como a un vasallo,
da la almohada, y la silla
a un duque, no es maravilla
que yo le lleve el caballo.

LOPE. ¡Oh, quién le viera caer
deste tirano poder!

FILIPO. Victorias y minas de oro
le da el cielo; y el tesoro
mayor, que es buena mujer.
Mas si hasta el fin la distancia
es de tanta brevedad
que la pérdida es ganancia,
más quiero yo mi humildad
que toda aquella arrogancia.

(Suenan música, sale acompañamiento, el PRÍNCIPE
TREBACIO, FELISARDA, ELISA, el REY DE MACEDONIA
con la almohada, el DUQUE con la silla, FILIPO
con el caballo de la rienda, y LOPE y CELIO.)

TREBACIO. ¿No está el obispo en la iglesia?
FILIPO. Como las visperas dicen,
y el prelado asiste a ellas...
TREBACIO. Cuando vengo, ¿por qué asiste?
¿No era mejor que a la puerta
salieran a recibirme
sus dignidades con ella?
FILIPO. Pienso que andan en los fines.
En esta silla te sienta.
TREBACIO. ¿Pues para qué las prosiguen,
sabiendo que vengo yo?
FELISARDA. ¿Eso a quien eres desdice?
TREBACIO. Cristiano soy, Felisarda;
pero débese al Príncipe
católico ese decoro.
¡Hola, duque: si lo oíste

poned esa silla luego,
y vos, rey, esos cojines.
RODULFO. Ya bien te puedes sentar.
REV. No me espanto que te estimes
fuera de lo que es razón,
pues que los reyes te sirven.
TREBACIO. Siéntate aquí, Felisarda.
FELISARDA. Sentaréme (1) a estar tan triste
como quien la muerte aguarda.
TREBACIO. ¿Qué dices?
FELISARDA. Que serátines
parecen aquestas voces.
TREBACIO. ¿Qué cantan?
FELISARDA. ¿Pues no la oíste?
FILIPO. La *Magnificat*, señor.
Oye un verso de aquel tiple.

(Cantan dentro:)

*Fecit potentiam in brachio suo,
dispersit superbos mente cordis sui.*

(Canta un tiple con música:)

Deposuit potentes de sede et exaltabit humilis.
TREBACIO. ¡Mal me ha parecido!
FELISARDA. ¿Cómo?
TREBACIO. Dice que Dios, invencible,
quita malos poderosos
del trono y silla en que viven.
FELISARDA. ¿Pues eso dudas? ¿No ves
que será a los que resisten
a sus leyes con soberbia,
y que luego el verso dice
que a los humildes pondrá
en las sillas que les quite?
TREBACIO. Pues yo, que soy poderoso,
¿caeré de trono tan firme
por estimar lo que soy
y a los demás preferirme?
FILIPO. Cuando no fuera este canto
de los que la Iglesia admite,
bastaba haberla compuesto
la serenísima Virgen,
para tenerle respeto;
y en razón moral consiste
que los humildes se ensalcen
y los soberbios se humillen.
Y al verso, al Dueño, a la Iglesia,
me humillo, y pongo al oírle

(1) B y M: sentarame.

TREBACIO. sobre estas losas (1) la boca.
 ¿Querrás que por ser humilde
 Dios te levante del suelo,
 y querrás que te confirmen
 por santo los que se alegran
 que en público me prediques?
 Pues, Filipo, advierte bien
 la verdad de lo que dije;
 que viendo un rey macedonio
 el almohada servirme,
 la silla un duque Rodulfo,
 y que por cartas me piden
 reyes cristianos y bárbaros,
 paces, y amistades hice,
 argumento es que en mi silla
 es la mudanza imposible.
 Aquel verso que cantaron
deposuit potentes dice
 y digo yo que no soy
 de los que amenaza y riñe;
 que ya sé que es profecía
 de la boca que bendicen
 cuantas distintas naciones
 se encierran de Batro a Tile.
 Tú, que de rienda llevaste,
 hoy que a desposarme vine,
 el caballo, prueba alzarte
 de la bajeza en que vives;
 prueba a ser más de lo que eres,
 prueba a que la mar terrible
 preste obediencia a tus leyes
 y enfrente sus olas libres;
 prueba a que te dé la tierra,
 no los paños de matices
 de flores varias y hierbas,
 como al labrador las rinde,
 sino el oculto tesoro
 que algún rey de aquestos límites
 dejó sepultado en ella
 para mis años felices;
 y di que traigan los reyes
 las almohadas que pises,
 y que tiemblen de tus armas
 los más remotos caribes;
 y di que de la prisión
 en que te pongo te libren.
 ¡Llevalde luego a una torre!

FILIPO. ¿Para aquesto me trajiste
 de aquella pequeña aldea
 donde no quieres que habite,
 porque estando, como temes,

en montes inaccesibles
 no está más alto que tú
 cuando en ellos me imagines?
 Acaba ya de perseguirme,
 pues te cansa mi humildad
 y mi obediencia te aflige.
 Yo te he dejado mi esposa,
 y a vivir peñascos fuíme;
 yo vine luego que supe
 tu voluntad, aunque vine
 sabiendo tu condición
 a todo el mundo inflexible;
 yo llevé, siendo tu hermano,
 hoy que a casarte viniste,
 a tu frisión de la rienda:
 entre hermanos, actos viles,
 que no siendo yo cobarde,
 de que puedan argüirme.
 Los laureles que hacen plumas
 de nuestras armas al timbre
 eran cosas que pudieran
 hacerte más apacible
 con quien es tu propia sangre;
 pero pienso que las Circes
 te dieron esa que tienes,
 pues nunca en ella se imprime
 el obligarte, el quererte (1),
 el aumentarte, el servirte.

TREBACIO. ¡Llevalde!

LOPE. Templá esa furia,
 Príncipe de Albania insigne;
 mira que te adora el Conde.

TREBACIO. ¿Quién eres tú, que me impides
 la ejecución de mi gusto?

LOPE. Un español soy que sirve
 a tu hermano, y que en la guerra
 ha sido segundo Alcides.

TREBACIO. ¡Este debe de ser loco!

LOPE. Y tú, que tanto debiste
 al Conde, ¿así por él ruegas?

FELISARDA. ¡Temo que airado me mire!

(Vase.)

LOPE. ¡Temo! ¡Oh, pesa cuantas hem-
 mil necios amantes simples [bras
 adoran, buscan, desean,
 regalan, quieren y sirven!
 ¿Qué te parece?

FILIPO. Que voy

(1) En las tres ediciones: cosas.

(1) B: quitarte.

preso, porque lo permite Felisarda.

LOPE. ¿Hay tal respuesta?

¿Hay tan extraño melindre?
Entre dos fruncidos labios,
"temo que airado me mire".
Pues cuando la mire airado,
diga la señora Circe:
¿qué calentura le diera?
¡Mala pedrada le tiren!...

LANSFER. Conde, no temáis la torre;
quizá será como eclipse
del sol de vuestro valor,
porque ya sabéis que es lince
de pensamientos el cielo.

FILIPPO. Pastorcilla, tú dijiste:
Dios humilla los soberbios;
Dios ensalza los humildes.

~~~~~  
ACTO SEGUNDO (1)

(Suena música y señal de desembarcar, disparan arcabuces, y sale ISBELLA, Princesa de Macedonia, MANFREDO, capitán, y soldados.)

MANFREDO. ¡Brava salva!

ISBELLA. El gusto encierra  
en verme desembarcar;  
y es buen agüero de guerra,  
que a quien se humilla la mar  
también se humilla la tierra.

MANFREDO. Parece porque te avises  
que te ha dado el rey del viento  
de que segura la pises,  
las de su claro elemento  
encerradas, como a Ulises.

ISBELLA. Como suele el ruiseñor  
cuando el instrumento escucha  
dar música a su dolor,  
y cuando la sed es mucha  
el cansado segador  
se arroja al arroyo hermoso;  
y a la trompeta relincha  
el caballo generoso,  
que parece que la cincha  
quiere romper de furioso;  
y cual suele el que reclama  
ir al pajarillo atento,  
y con la seña le llama

por el bosque, por el viento,  
saltando de rama en rama,

así yo, Manfredo amigo,  
del puerto el camino sigo,  
para que el campo acometa  
en viendo tierra sujeta  
del albanés, mi enenigo.

No es justo, aunque lo confieso,  
la justa vitoria suya,  
tenermie a mi padre preso  
porque no quiero ser suya,  
sabiendo sin loco exceso.

Y ya que con Felisarda  
se ha casado, mal me guarda  
de reina el justo decoro,  
pues, en vez de plata y oro,  
mi libre persona aguarda.

Pues si me aguarda, yo voy:  
si me desea en su tierra,  
Manfredo, en su tierra estoy:  
pero vengo a darle guerra  
porque conozca quién soy.

¿Hay bárbaro semejante?  
¿Hay bracamán albarino  
tan soberbio y arrogante?  
¿Pues sepa que el hombro arrimo  
a mayor monte que Atlante!

Si a mi padre no me entrega,  
le he de quitar la corona  
con que la fortuna juega.  
Sepa que soy amazona  
por lo que tengo de griega.

Y a un loco y hombre vano  
a quien la fama maldice,  
¡no se cuenta de hombre humano  
lo que todo el mundo dice  
del loco Príncipe albano!

MANFREDO. Cuando casado no fuera,  
que huyeras te aconsejara  
de una condición tan fiera.

ISBELLA. Si en mi persona repara,  
con justa razón me espera.

¡Amigos!, no es el preso  
menos que el Rey, y yo quien  
os ama con tanto exceso,  
mujer soy, pero también  
armas y guerra profeso.

Mujer ¡né Pantasilea,  
Hipólita y Sieratea,  
Amalafunta y Camila:  
que el nombre no me aniquila  
ni la celada me afea.

Ya me habéis visto al veloz

(1) En las tres ediciones: *Acto segundo de La humildad ensalzada.*

caballo poner la espuela,  
y por la batalla atroz,  
como corriera en la tela,  
romper el fresno feroz.

Ninguno se acuerde más  
de la patria, y se asegure  
para no verla jamás.  
Ir adelante procure:  
que no ha de volver atrás.

Porque aunque en mis naves he  
dejo capitanes graves, [llas  
quisiera, aunque era perdellas,  
dar un barreno a las naves  
para no volver a ellas.

Cuando la justicia es poca,  
temor a volver provoca;  
si es mucho, el calor y escarcha  
son flores.

MANFREDO. Ya el campo marcha.

ISBELLA. Toca y marcha.

MANFREDO. ¡Toca, toca!

(Tocan cajas, y éntrese ISBELLA, y salga TREBACIO,  
FELISARDA, ARNESTO, POLDERIGO y CELIO.)

TREBACIO.

¿Llama de fuego, en vez de plata y oro?

POLDERIGO.

Sólo esto vimos, y que el humo denso,  
opuesto al sol, le fabricaba nubes.

TREBACIO.

Pues ¿cómo nadie declaró las letras?

FELISARDA.

Las letras me parecen misteriosas,  
y por ellas sabrás, señor, la causa.

TREBACIO.

Entren los que quisieren declararlas.

POLDERIGO.

Algunos han venido, aunque en palacio  
hay muchos que dirán (1) lo que han oído.

(Sale LOPE, lacayo, y una pastorcilla.)

LOPE.

Codicioso y solícito he venido.  
¡Oh, si pudiera yo ganar siquiera

estos seis mil ducados, y con ellos  
pudiese socorrer al amo mío  
en la ocasión presente! Pues teniéndolos,  
yo sé que las prisiones rompería,  
socorrido del oro, que los sabios  
a voces llaman el mejor amigo.

PASTORCILLA.

Ya vengo, Rey del cielo, a lo que mandas,  
desde los montes ásperos que vivo,  
donde me ha sido revelado el caso  
de este arrogante príncipe de Albania.  
¡Oh, cuánto la soberbia te fastidia!  
¡Oh, cuánto la ambición, la dura envidia!

TREBACIO.

¡Que cavando el lugar de aquel tesoro  
sólo saliese fuego envuelto en humo!  
¡Misterio tienen, Felisarda mía,  
estas letras en sí!

FELISARDA.

No tengas miedo  
a las supersticiones de los hombres,  
que cuanto alcanza la profunda ciencia  
deshace del poder la preeminencia.

POLDERIGO.

Si das licencia a tus criados, oye  
lo que a mí me parece destas letras,  
cubiertas de tesoro fugitivo.

TREBACIO.

Todos decid lo que tenéis pensado,  
ansí criados de mi casa como  
los que venís de fuera.

POLDERIGO.

Escucha atento:  
la *hache* dice "hombres"; la *ene*, "nombres";  
la *ese*, "sepulturas", y juntándolas  
es decir: "Hombres, nombres, sepulturas",  
que las honras, y nombres de los hombres  
paran en los sepulcros que fabrican.

TREBACIO.

No dices bien, porque los hombres pueden  
dejar mayores nombres con sus obras.

CELIO.

A Celio escucha.

TREBACIO.

Nadie me contenta.

(1) B y M: digan.

CELIO.

La *hache* dice "hombres"; la *ene*, "nada", y la *ese*, "secreto", y todo junto, "hombres, nada, secreto"...

FELISARDA.

¿Qué os parece?

TREBACIO.

Que dicen (1) boherías estos hombres.

LOPE.

Oid, invito príncipe, a un soldado, español de nación.

TREBACIO.

Adondequiera

pueden hablar las armas.

LOPE.

Y la hambre, que no hay embajador de más licencia.

FELISARDA.

Ese soldado sirve al Conde, y creo que gusta de su humor.

LOPE.

Hanme traído esos seis mil ducados desvalido, y sepa Vuestra Alteza que enterrado estaba un hablador en esta losa, y algún amigo, que es graciosa cosa, le puso un epitafio en las tres letras: la *hache*, "habló"; la *ene*, "necesades"; la *ese*, "siempre", y todo junto dice que "habló necesades siempre" aqueste.

TREBACIO.

¿Y tú fueras el muerto, si no hablaras!

LOPE.

Pues si ésta no te agrada, oye otra cosa, destas tres letras, rara y milagrosa.

TREBACIO.

¿Cómo?

LOPE.

Aquí yace un español famoso, humilde en nacimiento, pero honrado,

y puso en esta lámina su nombre: la *hache*, "Hernando"; la *ene*, "Núñez"; la *ese*, "Sastre", y todo junto dice: "Hernando Núñez Sastre".

TREBACIO.

Este es loco.

LOPE.

¿Tampoco ésta le agrada?

TREBACIO.

Tampoco (1).

FELISARDA.

¿No hay forasteros?

CELIO.

Esta pastorcilla.

TREBACIO.

¿Quieres hablar?

PASTORCILLA.

Si vos me dais licencia...

FELISARDA.

¡Agradable presencia!

TREBACIO.

En ella muestra la gracia, la virtud y el claro ingenio.

PASTORCILLA.

El cielo, autor de aqueste gran tesoro, para tu sucesor quiere guardalle, por ser humilde, temeroso y manso, y te lo niega, a ti por ser soberbio, y así, la *hache* dice claramente "humilde"; la *ene*, "no"; la *ese*, "soberbio"; "humilde, no soberbio", todo junto, para decir que Dios da a los humildes, no a los soberbios, su tesoro y bienes. ¡Guarda, Trebacio, que su espada tienes sobre la frente, asida de un cabello, amenazando tu soberbio cuello!

(Levántase TREBACIO, alborotado, y todos desnudan las espadas, y tujan tras ella, y se raya la PASTORCILLA.)

TREBACIO. ¿Hay desvergüenza como ésta?

(1) B: que hablan.

(1) Así el verso en las tres ediciones. Acaso: [no], tampoco.

CELIO. ¡Hola! ; Tenelda, matalda!  
 Fuése.  
 TREBACIO. ; Seguílda, buscaldá!  
 FELISARDA. ; Qué temerosa respuesta!  
 Señor, ¿pues esto os fatiga?  
 TREBACIO. ; Quebralde la infame boca!  
 FELISARDA. Pues ¿qué importa que una loca  
 palabras de loca diga?  
 ; Alzad el rostro del suelo!

*(Salen todos los que fueron tras ella.)*

POLDERIGO. No parece; ni en las salas  
 la han visto.  
 FELISARDA. Sacó las alas  
 ocultas, volóse al cielo,  
 que de allá sin duda vino.  
 TREBACIO. Pues ¿las guardas no la vieron?  
 CELIO. Dicen que no.  
 TREBACIO. ; Que sufrieron  
 mis ojos tal desatino!  
 ; Malditas las letras sean!  
 Si de los humildes tratan,  
 ¿qué me quieren, que me matan,  
 que sólo en mi mal se emplean?  
 ; César fué humilde, Asdrubal,  
 Alejandro, Pirro, Dario,  
 León, Tichí, Belisario,  
 Jerjes, Cipión, Anibal?  
 ; Soberbios no fueron éstos?  
 ; Qué me quiere el cielo a mí?

*(Sale REMUNDO, alborotado.)*

REMUNDO. ¿Está aquí su Alteza?  
 CELIO. Sí.  
 REMUNDO. ; Haz que veloces y prestos  
 salgan, señor, tus soldados,  
 que una atrevida mujer  
 ha entrado con gran poder,  
 destruyendo tus estados!  
 Princesa de Macedonia  
 la llaman, cuyo valor  
 pudiera poner temor  
 a Grecia y Lacedemonia (1).  
 Los puertos dicen que abrasa  
 y que ha jurado, atrevida,  
 que te ha de quitar la vida  
 dentro de tu misma casa.  
 TREBACIO. ; Una mujer?

(1) M y B: y a Lacedemonia. Ma: y a Macedonia.

REMUNDO. ; Pon remedio  
 a tus daños!  
 TREBACIO. Yo saliera,  
 si Alejandro y César fuera  
 y estuviera el mundo en medio;  
 mas contradice el valor  
 de Trebacio ir en persona  
 contra una mujer.  
 REMUNDO. Perdona  
 si te replico, señor,  
 que muchos laureles miro  
 ceñir frentes de mujeres.  
 TREBACIO. ¿Darne con la historia quieres  
 de la que dió muerte a Ciro?  
 ARNESTO. Señor, capitán envía  
 si tú no quieres salir.  
 FELISARDA. Si el interés es pedir  
 su padre, mejor sería  
 que se lo entregues en paz.  
 TREBACIO. Esta es loca. ; Vaya un hombre,  
 que la vil mujer asombre!  
 FELISARDA. Yo no le siento capaz  
 como tu hermano Filipo.  
 ARNESTO. Sácale de la prisión;  
 que Anibal y Cipión  
 y a Alejandro le anticipo.  
 TREBACIO. ; Pues he de dar libertad  
 a un bárbaro?  
 ARNESTO. No te ha dado  
 causa a estar (1) tan enojado.  
 TREBACIO. Enójame su humildad.  
 Ahora bien, vayan por él.  
 LOPE. ; Albricias voy a pedir!

*(Vase LOPE.)*

FELISARDA. Esto le podréis decir.  
 TREBACIO. Hoy quiero servirme dél;  
 que si vence la belleza  
 de Isbella, pues me ha ofendido,  
 gozo, y si vuelve vencido  
 le cortaré la cabeza.

*(Sale LANSFERGIO.)*

LANSFER. ; Sabe vuestra Alteza ya  
 la temeridad de Isbella?  
 TREBACIO. Ya va el Conde contra ella;  
 que dicen que cerca está.  
 Y es tan humilde, que creo  
 que la guerra viene a ser  
 de mujer contra mujer.

(1) B: causa de estar.

LANSFER. Contando viene Aristeo  
no belicosas hazañas,  
puesto que muchas pudiera  
de otra Minerva en la esfera  
de tus puertos y montañas,  
sino la rara hermosura  
que, opuesta al Sol, le detiene,  
cuando armada al campo viene  
o alguna afición procura.  
Del cerco de la celada,  
como de un diamante fino,  
sale aquel rostro divino  
como una rosa encarnada  
cuando al reírse la aurora  
rompe la túnica verde.

FELISARDA. Pues ¿para qué tiempo pierde  
en traer armas agora?  
¿Traiga sola su hermosura,  
mate al Príncipe con ella!

TREBACIO. ¿Que es, por tu vida, tan bella?

(Salen FILIPO, ARNESTO y LOPE.)

ARNESTO. Digo que tu honor procura,  
y que te da libertad  
para tan dichosa empresa.

FILIPO. ¡Dame tus pies!

TREBACIO. ¡Ya me pesa;  
no puedo ver tu humildad!  
Hermano, Isbella la hija  
del macedón, viene airada;  
la rueca trueca en espada.  
Aunque el ser mujer te aflija,  
no debes considerar  
que es cierva con escuadrones  
de macedones leones,  
valientes por tierra y mar,  
sino que vas a vencer  
tan gallardos capitanes.

FILIPO. No hay cosa que no allanes  
con querer y con poder.  
Sea quien fuere yo debo  
servirte.

TREBACIO. Dalde un bastón,  
y vaya en esta ocasión  
a ser Aureliano nuevo,  
triunfo de otra reina en Roma.

FILIPO. Conocerás mi obediencia.

TREBACIO. Pide a mi esposa licencia.

FELISARDA. Con esta banda la toma.

Yo voy a verte partir.

FILIPO. Tantas honras y mercedes!

(Vanse FILIPO, FELISARDA y LOPE.)

TREBACIO. Remundo.

REMUNDO. ¡Señor!

TREBACIO. Tú puedes  
al macedonio decir  
que me venga a hablar.

REMUNDO. Sospecho  
que las guardas le han doblado  
después que Isbella ha llegado.

TREBACIO. Isbella reina en mi pecho.  
Tráemele (1) aquí.

REMUNDO. Yo voy.

TREBACIO. ¿En fin, Lanspergio, que Isbella  
es, como su nombre, bella?

LANSFER. Es un ángel.

TREBACIO. ¡Ciego estoy!

LANSFER. Por los celos de tu esposa  
las alabanzas templé.  
Pues dime, ya que se fué,  
de qué manera es hermosa.

LANSFER. ¿Si sabías cuán gentil  
era Isbella, qué preguntas?  
Allí están las Gracias juntas,  
y no tres, sino tres mil;  
allí, las Musas hablando,  
y las Ciencias persuadiendo.

(Salen REMUNDO y el REY DE MACEDONIA: vanse  
todos, y queda[n] TREBACIO y el REY.)

REY. Yo voy su furia temiendo.

TREBACIO. Pensarás que estoy tratando  
tomar venganza de ti  
por la venida de Isbella.

REY. Sólo puede defendella  
que el ser que tiene la di.

TREBACIO. ¡Salios todos afuera!

(Vanse.)

REY. ¡Querrás matarme!

TREBACIO. Está atento.

REY. Dióle Amor atrevimiento.  
Que es mi hija considera.

TREBACIO.

Rey, yo pretendo amor, y paz contigo.  
Tu hija adoro; hagamos un concierto

REY.

¿Con qué partido puedo ser tu amigo?

(1) M y Ma: *traemela*.

TREBACIO.

A darme a Isbella, porque sé muy cierto  
que puedo repadriar a Felisarda.

REY.

Que te la diera de mi amor te advierto  
siendo posible.

TREBACIO.

La razón aguarda:  
que fué mujer primero de mi hermano.

REY.

Tu condición mutable me acobarda.  
¿De tu hermano mujer?

TREBACIO.

Fué cierto y llano  
que yo se la quité, y ella, forzada,  
me dió sin gusto y voluntad la mano.

Ni estoy casado, ni ella está casada;  
yo haré que el Conde vuelva, y será suya  
si darme a Isbella y hacer paz te agrada.

REY.

Siendo verdad, Isbella será tuya,  
y haremos paces.

TREBACIO.

Trátalo con ella,  
para que el casamiento se concluya,  
que yo sé bien que a Felisarda bella  
estimaré mi hermano, y aun podría  
decir que ella le adora.

REY.

Cuando a (1) Isbella  
en paz tu casamiento persuadia,  
tu fiera condición le daba espanto.

TREBACIO.

Pues ya su condición será la mía.

REY.

La libertad y paz estimo tanto  
que haré mi diligencia. Tú confía.

TREBACIO.

Pues vuelve luego.

REY.

¡Quiera el ciclo santo  
muestra amistad!

TREBACIO.

¡Yo estoy perdido y ciego!

(Viene ISBELLA, a caballo, con lanza y escudo, y  
dos soldados con ella.)

ISBELLA. ¡Si han de esperar los cobardes!

SOLDADO 1.º ¿Quién puede hacer resistencia  
de tu rayo a la violencia?

ISBELLA. Me espanto, albanés, que tardes  
en defendermte tu tierra.

¿Tú eres el arrogante?

¿Tú el soberbio? ¿Tú el gigante  
que hizo a los cielos guerra?

SOLDADO 2.º Mira que te acercas tanto,  
que nos podrían tirar  
del muro.

ISBELLA. ¡Déjame hablar!

SOLDADO 1.º Tu valor me causa espanto.

ISBELLA. ¡Ah, valeroso albanés,  
que tienes el mundo lleno  
más de arrogancias soberbias  
que de valerosos hechos!  
¿No eres tú quien por pedirme  
a mi padre en casamiento  
guerra hiciste en Macedonia,  
que nunca la dió a tu reino?  
¿No eres tú quien pudo en él,  
no con armas, con dineros,  
prender su Rey, que rendido  
tienes en tus torres preso?  
Pues ¿cómo sufres que venga  
por el albanés imperio

una mujer que aborrece  
tu persona y tus deseos?

Yo soy Isbella, ¡cobarde!;  
yo soy la que [te] aborrezco  
más por tu soberbia fama  
que porque desdén me precio.

Toda tu tierra he talado;  
de mi rigor van huyendo,  
trasladándose a los montes  
las ciudades y los pueblos.

El fiero mar me ha temido  
sólo con saber que vengo

contra ti, porque no sufre  
un soberbio otro soberbio.

Coronado de mil naves  
dejo el más vecino puerto,

que para llevar cautivos  
aun es número pequeño.

Si no me das a mi padre,  
¡villano!, llevarte tengo

(1) M y Ma: cuando Isbella.

a Macedonia, mi patria,  
con una cadena al cuello.  
Las migajas de mi mesa  
has de comer, como perro,  
porque has de estar a mis pies  
cuando estuviere comiendo,  
y en ti los he de poner,  
para humillarte de nuevo,  
cuando tomare el caballo,  
porque me han dicho, y lo creo,  
que has hecho al Duque Rodulfo  
llevar una tarde al templo  
la silla en que te asentaste,  
de vana arrogancia lleno,  
y al Rey, mi padre, también  
la almohada, que esto siento  
más que toda su prisión.  
Mas presto en el cielo espero  
de tu soberbia cruel  
la venganza que pretendo;  
que a los soberbios resiste  
como poderoso el cielo.  
Si me escuchas, ¿por qué callas?  
¿Cómo no sales? Que quiero  
matarme a solas contigo,  
aunque mi valor aiento.  
¡Ea, villano Trebacio,  
hagamos de cuerpo a cuerpo  
esta batalla los dos!  
¡Mujer soy: no tengas miedo!

(Sale MANFREDO, alborotado.)

MANFREDO. No se ha descuidado tanto,  
Reina, el albanés soberbio  
como ya nos parecía.

ISELLA. Pues, Manfredo, ¿qué tenemos?

MANFREDO. Cuando de estos fugitivos  
iba el alcance siguiendo  
por el costado del monte,  
de verdes pinos cubierto,  
de trompetas y de cajas  
oigo que me avisa el eco;  
vuelvo los ojos, y al valle  
bajar ordenados veo  
dos escuadrones, de quien  
las banderas por el viento,  
hurtaban ondas al mar  
para hacer visos diversos.  
Las plumas y los colores  
de las bandas y los yelmos  
daban a los altos pinos  
las flores que jamás vieron.  
Relinchando los caballos

a despecho de los frenos,  
parecía que cantaban  
al son de los instrumentos.  
Cogí un rudo labrador,  
que, por gastador viniendo,  
codicioso de su aldea  
iba alargándose de ellos.  
Preguntéle, y respondió:  
“Macedón, vuelve ligero,  
si quieres vivir, al mar:  
ciérrate en tus naves presto,  
que este ejército famoso,  
no de bisoños manebos,  
ni de cobardes villanos,  
sino de soldados viejos,  
rige el valiente y gallardo  
Conde Filipo Lanpergio,  
en Roma nuevo Torcato,  
y en Grecia Alejandro nuevo.  
Cuanto al Principe aborrece,  
es adorado del pueblo;  
y de un capitán bien quisto,  
¿qué esperas, sino altos hechos?  
¿Qué aguardas, sino vitorias  
del Conde?”

ISELLA. Paso, Manfredo;  
que si nos ha de vencer  
esta disculpa tenemos.  
Mas vale que un capitán  
nos salga al paso del puerto,  
y que nos cierre la puerta  
de la entrada de su reino,  
de tanto valor y nombre  
que no Remundo (1) o Arnesto,  
villanos que por traiciones  
trajeron mi padre preso.  
Póngase la gente en orden.

MANFREDO. Desordenada la veo  
por la codicia del saco  
que en estos reinos hicieron.  
Pero haré lo que pudiere,  
señora, por recogerlos,  
que el Conde ya viene a punto.

ISELLA. El puerto a la espalda tengo,  
y alargaréme a la mar.

MANFREDO. Ellos llegan.

ISELLA. Pues ¡a ellos!

MANFREDO. ¿No es mejor que al puerto vuel-  
¿Que tanto desorden temo! ¿vas?

ISELLA. Pues no teme una mujer,  
afrentate de ese miedo;

(1) B. que no ay Remundo.

que con la lanza en el ristre  
por los escuadrones entro  
a desafiar al Conde,  
que he de matar cuerpo a cuerpo.

*(Tanse, y suena dentro ruido de batalla, y salgan algunos soldados, y ISBELLA tras ellos y cerca dellos.)*

ARNESTO. ¡Detente, que han de matarte.  
Isbella hermosa!

ISBELLA. ¡No quiero!

ARNESTO. Rinde, señora, la espada.

ISBELLA. ¿Quién eres?

ARNESTO. Yo soy Arnesto,  
bien conocido en Albania.

ISBELLA. ¡Fuera, villanos; que puedo  
yo sola abrasar al mundo!

ARNESTO. ¡Hay tal mujer!

SOLDADO. ¡Yo soy muerto!

*(Torne a haber dentro ruido de batalla, y vuelva ISBELLA tras ellos, retirándosele todos.)*

ISBELLA. ¿Dónde estás, Conde Filipo,  
hermano de aquel soberbio?  
¿Por qué huyes de mis manos?  
¡Ven, que en el campo te espero!  
Isbella soy, yo no huyo  
como a las naves y al puerto  
los soldados que he traído,  
porque van dejando el hierro  
por cargar el oro hurtado.

*(Sale FILIPO.)*

FILIPO. Pues, ¿qué blasones son éstos?

ISBELLA. ¿Eres tú el Conde?

FILIPO. Yo soy.

ISBELLA. ¡Buen talle tienes!

FILIPO. Lo menos  
es, Isbella, el cuerpo mío.  
Gallardo ánimo tengo.

ISBELLA. Yo juzgo de lo que vi.

FILIPO. Y yo de lo que poseo.

ISBELLA. Dejado me han mis soldados;  
ya tiene el mar muchos de ellos.  
No has hecho en acometerme  
hazaña de caballero  
sin prevenirme a batalla.

FILIPO. Si para entrar en mi reino  
tú me hubieras prevenido,  
era justo advertimiento;  
pero si te entraste en él

matando, abrasando, hiriendo,  
¿qué aviso tengo de dar?

ISBELLA. ¡Vive el cielo que me huelgo  
que me mates, con buen talle,  
con buen aire y con buen cuerpo!  
Que pudieras ser un hombre  
robusto, fiero, mal hecho,  
y lo tuviera a desdicha.

FILIPO. Ya tus palabras entiendo;  
que quieres afeminarme  
con ellas, porque si pienso  
en la blandura que traen  
pierda el varonil esfuerzo.  
Ahora bien, ¿qué hemos de hacer?  
¿Qué quieres?

ISBELLA. ¡Que nos matemos!

FILIPO. Deja la espada; que bastan  
tus ojos.

ISBELLA. ¿Requiebro? ¡Bueno!  
Afeminarme querías,  
porque si en mis ojos pienso,  
con pensar que miro un hombre  
pierdo el varonil esfuerzo.

FILIPO. ¡Lástima tengo a tus años!  
¡Embárcate, que yo quiero  
ser tan liberal contigo,  
porque al Príncipe volviendo  
diré que te hice huir!

ISBELLA. La necesidad te agradezco.  
El talle echaste a perder  
con lo que tienes de necio.  
Yo he de matarme contigo;  
mas has de dejar primero  
las armas aventajadas.

FILIPO. ¿Armas yo?

ISBELLA. Las que más temo.

FILIPO. Dilas.

ISBELLA. El talle que tienes.

FILIPO. Filipo.

FILIPO. ¡Bueno! ¿Requiebro?

Yo te digo que los dos  
más de espacio nos matemos  
de la prisa que traías.  
Mas ¡ay, triste!, que está viendo  
mi ejército que los dos  
este desafío hacemos.

ISBELLA. ¿Ya no te puedo librar!  
Ni aunque tú pudieras quiero  
librarme, Conde, de ti.

Allá está mi padre preso,  
presa estará con mi padre.  
FILIPO. ¿Luego ya presa te tengo?

ISBELLA. ¿Más de lo que yo quisiera!



FILIPO. Dame la espada.  
 ISABELLA. ¿A qué efeto,  
 si llevas ya quien la manda?  
 FILIPO. Isbella hermosa, troquemos:  
 lleva tú mi corazón,  
 si dices que el tuyo llevo.  
 ISABELLA. Téngolo por buen partido  
 para quien está perdiendo.  
 FILIPO. ¿Luego ya dices que sí?  
 ISABELLA. Sí digo, Conde.  
 FILIPO. El sí aceto.  
 ISABELLA. ¡Guerras de hombres y mujeres  
 siempre paran en requiebros!

(*Váncse. Salen REMUNDO y FELISARDA.*)

FELISARDA. ¿A mí de palacio?  
 REMUNDO. A ti.  
 FELISARDA. ¿Por qué razón?  
 REMUNDO. Por casada  
 con el Conde.  
 FELISARDA. ¡Bien fundada  
 lleva su traición así!  
 REMUNDO. Dice que le diste el sí,  
 y que acudir es razón  
 a la ley y religión;  
 porque no quiere forzarte,  
 sino con paz repudiarte.  
 FELISARDA. ¡Qué buenas disculpas son!  
 No diré que me ha cogido  
 de sobresalto este [engaño] (1).  
 que ya fué temido el daño  
 primero que sucedido.  
 No fué el Conde mi marido,  
 puesto que yo lo pensé;  
 él sí lo ha sido y lo fué,  
 y si lo hace por cristiano,  
 ¿cómo me vuelve a su hermano,  
 que es contra su ley y fe?

REMUNDO. Señora, yo no disputo  
 si es razón o no es razón.  
 Cumplo con mi obligación,  
 que es de mi servicio el fruto.

FELISARDA. ¡Vístase de eterno luto  
 mi honor, mi sangre, mi casa,  
 que mi fama ofende y abrasa! (2)  
 Aunque deudos hay en ella  
 que la quitarán a Isbella  
 en sabiendo lo que pasa.

Todo lo tengo entendido.  
 Ya sé lo que han concertado,  
 no porque está enamorado,  
 mas porque cobarde ha sido.  
 A una mujer ha temido,  
 y por eso quiere hacer  
 a quien teme su mujer,  
 y a mí, que su mujer soy,  
 dejarme, viendo que estoy  
 en su poder, sin poder.

Pues yo seré como Isbella;  
 también sabré en campo armada  
 jugar la lanza y la espada  
 y vengarme dél y della.  
 Si quiere casar con ella  
 por temor, téname a mí,  
 que tan valiente nací  
 que los mataré en la cama,  
 y seré el hombre que infama,  
 pues es mujer para mí.

(*Váncse.*)

REMUNDO. Extraña imaginación  
 es la que tiene Trebacio  
 en echar de su palacio  
 a su mujer, sin razón.  
 Toda es soberbia ambición,

(*Toquen una caja.*)

de que está enojado el cielo.  
 ¿Caja? La causa recelo;  
 sin duda que viene el Conde.  
 ¿Otra caja le responde!

(*Otra caja suena.*)

¿Tiene tal espada el suelo?

(*Salen un alarde, cajas, bandera, soldados. FILIPO, con  
 bastón; ARNESTO, LOPL y ISABELLA.*)

ISABELLA. Si por el camino hubiera  
 venido conmigo Amor,  
 no me engañara mejor,  
 ni él mismo tanto supiera.

Las estrellas que me inclinan  
 ha tenido por maestros.  
 FILIPO. Son, Isbella, los más diestros.  
 ISABELLA. Yo presumo que caminan

los soldados que ha traído  
 de mi amor enamorados,  
 y Marte y Palas atados

(1) En las tres ediciones: *agravio*.

(2) Así el verso en las tres ediciones: tal vez  
 sobra que.

al triunfo, que me has vencido.

Sentí por donde pasé  
quejarse en dulces congojas  
los árboles con las hojas;  
que no el viento, el Amor fué.

Lo que han cantado las aves  
han sido penas de amor,  
que es el que junta mejor  
los agudos y los graves.

Las fuentes, enamoradas  
de las flores, han buscado  
fuera del margen el prado,  
por ir a sus pies turbadas.

Las hiedras han dado abrazos  
a los olmos, de tal suerte,  
que aseguro que la muerte  
no desatará sus lazos.

Si la cárcel y el camino  
aumentan el amistad,  
¿qué harán en la voluntad  
de quien con entrambos vino?

Contigo vengo, y de ti  
presa; mira si es razón  
que el camino y la prisión  
me traigan fuera de mí.

FILIPO. No sé, Isbella, responderte,  
porque te has adelantado,  
y estas razones hurtado  
al gusto que tengo en verte.

Si más encarecimientos  
quieres, y puede haber más,  
pregunta al alma en que estás  
de qué son mis pensamientos.

Que si tú por el camino  
me has cobrado algún amor,  
el mío ha sido mayor  
cuanto más gloria imagino.

Pero diferentes son  
la tuya y mi voluntad,  
pues cobraste libertad  
y a mí me has puesto en prisión.

Tu preso vengo; tú vienes  
libre.

ISBELLA. Libre no; que Amor  
no es libre.

FILIPO. Con un favor  
sabré el amor que me tienes.

ISBELLA. ¿Qué me puedes tú pedir,  
siendo tu cautiva yo?

FILIPO. La mano que me mató,  
para volver a vivir.

ISBELLA. ¿De esposa?

FILIPO. Pues de otra suerte

no quiera Dios que la pida.  
ISBELLA. Pues no me dé el cielo vida  
si no es tuya hasta la muerte.

(Sale TREBACIO y los caballeros.)

TREBACIO. ¿Tan presto y tan vitorioso?

FILIPO. ¡Oh, hermano y señor!

TREBACIO. ¡Oh, Conde,  
cómo ese pecho animoso  
a sus pasados responde!

FILIPO. Ese valor generoso  
es el sol de quien he sido  
águila mirando atento,  
el rayo que me ha infundido  
este firme pensamiento  
desde las pajas del nido.

Yo fui, yo vi, y Dios venció,  
que no quiero decir yo  
lo que el soberbio romano;  
que el gentil, y yo cristiano,  
él fué arrogante y yo no.

Traigo a Isbella, como ves,  
cuya gente va en sus naves;  
mas no la traigo a tus pies,  
puesto que a príncipes graves  
por ser tú mayor, los des.

A mis manos la he traído,  
y de mis manos presento  
vencido a quien me ha vencido,  
para cuyo casamiento  
justa licencia te pido.

TREBACIO. Conde, bien venido seas,  
y Isbella lo sea también;  
pero aunque en ella te empleas,  
quiero pagarte más bien  
en darte el bien que deseas.

A muchos he preguntado,  
Filipo, si estoy casado,  
y todos dicen que no,  
porque aquel "sí" que me dió  
Felisarda fué forzado.

No la puedo yo forzar  
ni, siendo primero tuya,  
te la he podido quitar;  
ya queda libre, ya es tuya;  
muy bien os podéis casar.

Cástate, Conde, con ella,  
y déjame a Isbella a mí.

FILIPO. ¿Con tu mujer?

TREBACIO. Ya es Isbella  
mi mujer.

FILIPO. ¿Estás en ti?

TREBACIO. ¡No he visto cosa más bella!  
 FILIPO. ¿Con la mujer de mi hermano  
 me he de casar?

TREBACIO. ¿Qué importa?  
 FILIPO. ¿No importa, siendo cristiano?  
 TREBACIO. De replicar, Conde, acorta.  
 Tú, Isbella, dame la mano.

ISELLA. No puedo; que estoy casada  
 con el Conde, y me dirás  
 mañana que fui forzada,  
 y por quien te agrada más  
 vendré a quedar repudiada.

Yo no soy vasalla tuya;  
 soy mía, y del Conde soy.

TREBACIO. Conde, dile que no es tuya.

FILIPO. Cansado de oírte estoy,  
 y no es bien que atribuya  
 mi humildad a cobardía  
 Albania, como hasta aquí.

TREBACIO. ¿Qué dices?

FILIPO. Que Isbella es mía.

TREBACIO. ¡Prendel del!

FILIPO. ¡Ya lo sufrí  
 cuando humildad parecía!

Ahora me manda el cielo  
 que me defienda.

TREBACIO. ¿La espada  
 sacas?

FILIPO. A la espada apelo.

TREBACIO. ¡Albania está conjurada;  
 alguna traición recelo!

FILIPO. Dame aquesa mano, Isbella,  
 que esta espada que he sacado  
 muy bien sabrá defendella.

ISELLA. Y la que yo traigo al lado,  
 ¿no hará lo mismo por ella?

*(Vanse con las espadas desnudas.)*

TREBACIO. ¡Préndelos, Arnesto!  
 ARNESTO. Yo

con ellos pienso morir.

TREBACIO. ¿No soy tu señor?

ARNESTO. No;  
 que desde hoy quiero seguir  
 a quien humilde nació.

*(Vase.)*

TREBACIO. ¡Mátale tú, Polderigo!  
 POLDERIGO. Antes le apruebo, y le sigo  
 por no ver tal insolencia.

*(Vase.)*

TREBACIO. ¿En mi rostro, en mi presencia,  
 mi general mi enemigo?

Mas toma gente, Remundo,  
 y corta de aquel traidor  
 la cabeza, y del segundo.

REMUNDO. La tuya fuera mejor  
 que no estuviese en el mundo.

Todos aguardando están  
 a que se declare el Conde.

LANSFER. Y todos tras dél se van.

*(Vanse.)*

TREBACIO. ¡Hola! ¿Nadie me responde?  
 ¡Buena obediencia me dan!

¡Hola, guardas! ¡Hola, gente!

¡Felisarda! ¡Ah, Felisarda!

¡No hay criado ni pariente!

¡Guarda! ¡Hola, guarda! ¡No hay

[guarda!

¿Qué hermano tan obediente!

*(Sale CELIO.)*

CELIO. ¡Ponte a caballo, señor,  
 si quieres salvar tu vida,  
 porque ya el Conde traidor  
 pretende ser fraticida  
 de tu sangre y de tu honor.

Toda la ciudad convoca,  
 todos se ponen en arma;  
 cajas y trompetas toca.

TREBACIO. ¿Contra mi el pueblo se arma?  
 ¿Pues qué razón le provoca?

CELIO. No es tiempo de examinar  
 la razón, mas de subir  
 al monte, huyendo, o al mar,  
 que hay tiempos que es honra huir  
 y que es infamia esperar.

TREBACIO. Bien, Celio, me persuades,  
 que es fuerte un vulgar motín.

CELIO. Este es tiempo de verdades.

TREBACIO. ¡Ah, traidor, Conde! ¿Este fin  
 tuvieron tus humildades?

*(Vanse. Salen ARNESTO, POLDERIGO, REMUNDO, LANSFERGIO, desnudas las espadas, con una corona de laurel.)*

REMUNDO.

¡Muera el villano Príncipe de Albania!

LANSFERGIO.

¡Muera el soberbio inobediente al cielo!

POLDERIGO.

¡No corre el cazador, tigre de Hircania,  
como él el (1) vulgo de rabioso celo!

ARNESTO.

Ya de Constantinopla y de Alemania,  
y aun el imperio general del suelo  
el bárbaro arrogante pretendía.

REMUNDO.

De su vida ha llegado el fatal día.

LANSERGIO.

No parece en palacio.

POLDERIGO.

Habrás huido.

ARNESTO.

¿Huido?, no es posible.

REMUNDO.

¿Si escondido  
estará?

LANSERGIO.

Si está escondido (2),  
acuchilla canceles y tapices.

POLDERIGO.

El era con razón aborrecido.

(Sale FILIPO, ISBELLA y LOPE.)

ARNESTO.

Bien será que tu boda solemnes  
con la Princesa Isbella.

FILIPO.

Caballeros,  
tened, si sois servidos, los aceros.

ARNESTO.

Si alguna cosa aquí templarnos puede  
es la presencia tuya y de tu esposa.  
¡Danos los pies a todos, y concede,  
señor, tu frente, con la suya hermosa!

FILIPO.

¿Pues es razón que el principado herede  
vivo mi hermano?

POLDERIGO.

Y es tan justa cosa,  
que así lo quiere el cielo, pues él gusta  
corone de laurel tu frente augusta.

FILIPO.

¡Caballeros!...

ISBELLA.

Señor. ¿por qué replicas?  
Lo menos que mereces es aquesto.

LOPE.

Puesto, señor, que tu humildad publicas  
en despreciar el lauro que te han puesto,  
desamor a tu patria significas  
en no ampararla.

FILIPO.

Si yo puedo en esto,  
con justicia y razón, vivo mi hermano,  
aceto el cetro.

Todos.

¡Viva el Rey albano,  
viva!

FILIPO.

El laurel me quito de la frente  
y le traslado a Isbella generosa.

LOPE.

¡Isbella viva!

Todos.

¡Viva!

ISBELLA.

El cielo aumente  
vuestra vida, señor, en paz dichosa.

FILIPO.

Sacad de las prisiones brevemente  
al Rey de Macedonia, que mi esposa,  
preso su padre, no estará contenta,  
ya corre su rescate por mi cuenta.

(*Siéntense, y sale FELISARDA.*)

FELISARDA. Pues mi injusta cobardía  
hoy, Conde, me trajo a verte,  
el pecho y frente ceñidos  
de méritos y laureles,  
pues no saber replicar  
a aquel hermano insolente  
me trajo a tan triste estado  
y a ti el lugar que mereces.

(1) *M y Ma: como el.*

(2) Así este verso en las tres ediciones.

sin esconderme con él,  
que bien pudiera esconderme,  
a ti y a tu amada esposa  
vengo a pedir os mi muerte,  
no por culpas, por desdichas;  
que soy desdichada siempre,  
y la mayor, si me otorga  
licencia Isbella, es perderse.  
Yo te perdí, que bien puedo  
decirlo así, pues quien tiene  
un bien, cuando otro le goza  
puede decir que le pierde.  
Forzóme Trebacio, y yo,  
no pudiendo defenderme,  
rendíme a sus amenazas.  
¡Cuán al revés me sucede!  
Faltóme el ánimo entonces,  
cuando fuera bien tenerle,  
y viene a sobrarme ahora  
que nadie me lo agradece;  
mas antes que me mandéis  
dar la muerte justamente,  
os quiero dar a los dos  
infinitos parabienes.  
Goces, Filipo, mil años  
a Isbella, y si tú me crees,  
otros tantos de Filipo,  
con mil hijos que os hereden.  
¡No puedo pasar de aquí;  
que vuestro bien me entenece!  
Tanto mueve el bien pasado  
hablando a quien lo posee.

FILIPPO. Felisarda, no es razón  
que de mi esas cosas pienses.  
Ojalá que yo pudiera  
en este lugar ponerte.  
Si allí te faltó valor,  
que era justo tenerle,  
cree que el cielo tenía  
determinado que fuese[s]  
mujer de mi ausente hermano;  
pero mientras vive ausente,  
tendrás mi palacio y casa  
con el honor que mereces  
y el que ha de tener mi esposa.

ISABELLA. Y yo, con lo que valiere,  
señora, para servirlos;  
que es muy justo que os respete;  
que aunque es condición del mundo  
a los que bajan, perderle,  
no ha de tener aun con vos  
por más que los tiempos ruedan.  
aunque vos no habéis bajado;

que quien a Trebacio pierde  
antes sube a tanta dicha,  
cuanto la Fortuna puede.

FELISARDA. Siempre de vuestro valor  
oí lo que veo presente.  
Vuelvo a rogar a los cielos  
que vuestras vidas prospere.

LOPE. Señor, el pueblo te aguarda.

FILIPPO. Pues vamos.

LOPE. Que quiere verte  
coronado, y ya casado.

FILIPPO. Pues, Lope, ¿qué oficio quieres?  
Pide, pide, yo soy Rey.  
Mucho Filipo te debes.

LOPE. Señor, ser tu coronista  
para escribir tus mercedes;  
que si va a decir verdades,  
no querría que la muerte  
me hallase agradando a muchos,  
pues nadie en el mundo puede.  
Unos son tristes, señor,  
y quieren cosas alegres;  
otros, alegres también,  
y las tristes apeten; que  
unos las ciencias ignoran,  
otros las ciencias aprenden,  
unos miran con pasión  
y otros con pasiones vienen.  
Sácame deste trabajo,  
¡ansi Dios tu vida aumente!,  
y haré un libro en tu alabanza;  
¿qué digo un libro?, ¡y aun siete!,  
que te llame el gran Filipo,  
Rey de Albania y Rey de reyes.

FILIPPO. Yo lo haré, como verás.

LOPE. Pues no quiero que me (1) premies  
los años que te he servido  
de más dichosos laureles.

(Vanse todos; sale TREBACIO vestido de villano, y  
LISEO, pastor.)

TREBACIO. Gran bien me has hecho, pastor,  
en trocar me este vestido.

LISEO. En poco os sirvo, señor;  
que antes vos habéis perdido  
del todo vuestro valor.

TREBACIO. Yo quedo contento así.  
¿Sabes quién soy?

LISEO. Una vez  
sospecho, señor, que os vi

(1) B: que premies.

- jugando al ajedrez.  
 TREBACIO. ¿Al ajedrez?  
 LISEO. Señor, sí.  
 TREBACIO. ¿Dónde?  
 LISEO. En cierta botica  
 de la ciudad.  
 TREBACIO. ¡Qué simpleza!  
 ¡Ved a qué oficio me aplica!  
 LISEO. Dios miembre bien mi cabeza.  
 No sé en qué tienda bien rica  
 os vi vender lienzo y paño.  
 TREBACIO. No debo yo de tener  
 mi rostro.  
 LISEO. Mas era engaño  
 éste; que debéis de ser  
 un conjurador que hogaño  
 echó de aquí la langosta  
 tan veloz, que la campaña  
 aun le parecía angosta.  
 TREBACIO. Tu mal juicio se engaña.  
 LISEO. Así corriendo la posta  
 pasastes por mi lugar  
 una vez de postillón.  
 TREBACIO. ¿Hay gente en este pinar?  
 LISEO. En los hornos del carbón  
 no suele jamás faltar.  
 Si andar con ellos queréis,  
 yo os aseguro que halléis  
 cena esta noche y posada,  
 TREBACIO. ¡Vete, que tu hablar me enfada!  
 LISEO. ¡Bellaco talle tenéis!  
 ¡Hola, gente de mi hato!  
 ¡Guarda el ladrón, al ladrón!

(Vase.)

- TREBACIO. Si aqueste toca a arrebató,  
 me siguen. ¡Desdichas (1) son,  
 y yo he sido al cielo ingrato!  
 Vendrá quien me dé la muerte,  
 y aun será la mayor suerte  
 que yo puedo desear.  
 Aquí me quiero sentar  
 para ser blanco en que acierte.

(Siéntase, y sale LISENA, pastora, con un instrumento,  
cantando.)

- LISENA. Una vez cantó la Virgen,  
 que así la iglesia lo canta,  
 habiendo visto a su prima,  
 y estando entrambas preñadas.

Dijo que por su humildad  
 bajó Dios a sus entrañas,  
 y la llamaron bendita  
 del mundo naciones varias,  
 y que de su alto asiento  
 Dios a los soberbios baja,  
 levantando los humildes;  
 tanto la humildad le agrada.  
 Y esta letra está en el cielo,  
 a la puerta de su alcázar:  
 Dios ensalza al que se humilla;  
 Dios humilla al que se ensalza.

(Vase.)

- TREBACIO. Pastora, ¡qué digo!, escucha,  
 escucha, hermosa aldeana.  
 ¡Ah, pastora!, óyeme un poco,  
 ¡verdades son las que cantas!  
 ¡Ay de mí, que cuando fui  
 soberbio a la Iglesia santa  
 hablé, oyendo aquellos versos,  
 con humana confianza!  
 Y es error grande, los hombres  
 tenerla en cosas humanas;  
 no en balde aquella pastora,  
 aquella inspiración santa,  
 me declaró las tres letras  
 que sobre el tesoro estaban:  
 al humilde, no al soberbio,  
 aquel tesoro se guarda;  
 y así, se dará a mi hermano,  
 que ha tenido y tiene tanta.  
 Aquí vienen carboneros;  
 ¿si han de conocer mi cara?  
 ¡Ah, buena gente del monte!

(Salen LIRANO, TORINDO y SIMUNDO, villanos.)

- LIRANO. Mira, Torindo, quién llama.  
 TORINDO. ¿Es Fileno?  
 TREBACIO. (¿Qué [diré]?) (1)  
 SIMUNDO. Fileno, ¿qué hay de las cargas?  
 TREBACIO. (¿Si me parezco a Fileno?  
 ¿Es a quien ellos [aguardan]?) (2)  
 LIRANO. ¿De qué vienes tan suspenso?  
 TREBACIO. (Ya llegan a la cabaña.)  
 LIRANO. ¿Cómo ha ido en la ciudad?  
 TREBACIO. Ya poco el carbón se gasta;  
 como entra tanto el calor...  
 SIMUNDO. La cena está aparejada;

(1) En las tres ediciones: dice.

(2) En las tres ediciones: agradan.

(1) En las tres ediciones: mis desdichas.

ven, sentaraste a la mesa,  
que hay linda cebolla y vaca.  
TREBACIO. ¡Ved al tiempo que he venido!  
pero paciencia, arrogancia:  
"Dios ensalza al que se humilla.  
Dios humilla al que se ensalza".

ACTO TERCERO (1)

(Salen de caza ARNESTO, POLDERIGO, REMUNDO y  
FILIPO, con venablos.)

ARNESTO. ¡Parece cosa imposible  
no haber en toda la tierra  
alguna caza!

POLDERIGO. La sierra  
es muy alta y inaccesible (2).

¡Qué bien fuera de otra suerte  
hallar, príncipe y señor,  
posible en que tu valor  
diera a mil fieras la muerte!

FILIPO. Subilla con esta furia  
del sol, que se enciende ya,  
de algún peligro será:  
templemos su ardiente injuria  
en las pintadas orillas  
deste arroyo dulce y blando,  
donde se están retratando  
verbenas y maravillas;

porque en tan puros cristales  
tienen tan claros reflejos,  
que no se ve desde lejos  
cuáles son las naturales.

POLDERIGO. Los cuidados de la corte  
templa el campo dulcemente.

ARNESTO. No hay cosa que de la gente  
más la confusión reporte;  
aunque después que a tu mano  
llegó el imperio albanés,  
más pacífico lo ves  
que con tu soberbio hermano.

FILIPO. ¡Válgame Dios, caballeros!  
¿Qué se habrá hecho Trebacio?

POLDERIGO. Cuando, huyendo de palacio  
entre desnudos aceros  
libró la vida, señor,

que salió al campo dijeron  
algunos que le siguieron  
entre el confuso rumor;  
pero, aunque en él fué buscado,  
nunca más fué visto en él.

FILIPO. De su soberbia cruel  
bien está el cielo vengado;  
pero hoy confieso de mí  
que la sangre me enternece.

REMUNDO. El tiene lo que merece,  
y Albania un príncipe en ti  
como de mano del cielo,  
que tu humildad levantó  
y su soberbia humilló.

ARNESTO. El era monstruo del suelo.  
Reina tú, pues que Dios fué  
quien el imperio te ha dado,  
que a la soberbia ha quitado  
sobre que pones el pie;  
no hay que tener compasión  
del castigo que merece.

POLDERIGO. Allí un villano se ofrece  
destos que haciendo carbón  
son ministros de Vulcano.

FILIPO. Dale una voz.

REMUNDO. Ya deciendo.

(Sale TREBACIO, de carbonero.)

ARNESTO. ¡Ah, buen hombre!

TREBACIO. [A p.] ¿Qué pretende  
ese poder soberano,  
invito Señor, de mí,  
pues que no sólo el vestido,  
pero aun el rostro, has querido  
que traiga trocado así?

¿Estos no son caballeros  
de la corte, cielo santo?  
Mi hermano es éste. ¡Oh, qué es-  
[panto!]

ARNESTO. Pues sois de los carboneros  
que en aqueste monte habitan,  
bien sabréis de alguna caza.

TREBACIO. ¿Los que allá veen la plaza,  
la del monte solicitan?

FILIPO. ¿No es éste notable error?  
Buen hombre, si en el matalla  
está el gusto, y no en compralla,  
¿cuál os parece mejor?

¿No veis que la verde pera  
y la manzana teñida  
en sangre, en su árbol asida,  
provoca más a cualquiera,

(1) En las tres ediciones: *Acto tercero de La humildad ensalzada.*

(2) Así este verso en las tres ediciones. Tal vez sería: *alguna caza. Es la sierra / muy alta y inaccesible.*

y que el ruiseñor cantando  
más en el álamo agrada  
que entre la jaula dorada  
su dulce pasión llorando?

¿No veis que mejor parece  
el agua en la fuente pura,  
que del veneno segura  
en limpio cristal parece,  
que en el vidrio veneciano  
en la mesa del señor,  
y que la perdiz, mejor  
parece en el aire vano,

huyendo el ligero alcance,  
que sobre el plato de plata?

TREBACIO. (Como a villano me trata,  
castigos del cielo hace.

¿Es posible que en un año  
el cielo así me transforme  
que el Conde de mí se informe  
tan libre? ¡Milagro extraño!

¡Ah cielos, cuán justamente  
me queréis dar a entender  
que es vano cuanto el poder  
mortal contra el vuestro intente!)

En fin, señor, respondí  
a su merced como quien  
nació villano, y es bien  
que ellos se burlen de mí,  
que la perdiz más le sabe  
en el plato al labrador,  
y al fuego en el asador  
chillando espetada el ave,  
que por los aires volando.  
Bien mi rostro de carbón  
os dice la condición,  
de que me estáis disculpando.

Que tuve culpa confieso,  
pues por ella estoy así,  
y aun es poco para mí:  
tal fué mi soberbio exceso;  
pero hacedme, ya que estáis  
en mi monte, una merced,  
¡ansi, con ave o con red,  
matéis cuanto deseáis!

¿Quién sois, que vuestra persona  
muestra aspeto tan real,  
que no os estuviera mal  
deste imperio la corona?

¿Sois Filipo, aquel hermano  
de Trebacio?

FILIPO. El mismo soy.

TREBACIO. Mil parabienes os doy,  
aunque rústico villano.

¿Reináis agora?

FILIPO. Sí, reino.

TREBACIO. Vuestro hermano ¿qué se hizo?

FILIPO. Su soberbia le deshizo,  
por ella ha perdido el reino;  
Dios se lo quitó.

TREBACIO. Y a vos  
os le dió; está muy bien dado,  
que lo que Dios ha juzgado  
es tan justo como Dios.

¿Es muerto?

FILIPO. Nadie lo sabe.

TREBACIO. ¿Su mujer?

FILIPO. Conmigo vive.

TREBACIO. Si de vos piedad recibe,  
Filipo, el mundo os alabe;  
que no en balde os puso Dios  
en el lugar de Trebacio.  
Tratalda bien.

FILIPO. Mi palacio  
se ha dividido en los dos.

TREBACIO. En fin, ¿no me conocéis?

FILIPO. ¿Yo, de qué?

TREBACIO. ¡Válgame el cielo!  
A vuestra clemencia apelo,  
que a fe que visto me habéis.

FILIPO. ¿Yo?, en mi vida.

TREBACIO. ¡Extraño caso!  
¿Nunca en la caza me vió  
por este monte?

FILIPO. Yo no.

TREBACIO. ¿Luego éste es el primer paso?

FILIPO. Muchas veces he venido,  
pero nunca en él te vi.

TREBACIO. Pues en verdad que caí  
donde vos habéis subido,  
que poniéndoos a caballo  
tropecé por ir a veros.

FILIPO. ¿Qué hemos de hacer, caballeros?

ARNESTO. Si casa de algún vasallo  
tenemos cerca de aquí,  
pasar en ella la siesta.

FILIPO. ¿No es Lope el que el curso apres-  
hacia a nosotros? [ta

POLDERIGO. Señor, sí (1).

[(Entra LOPE.)]

LOPE. ¡Dame albricias!

FILIPO. Ya lo sé.

(1) Así el verso en las tres ediciones. Acaso:  
a nosotros.



No hay de qué pedirme albricias,  
que si ganarlas codicias,  
muy loco tu acuerdo fué.

pues claro estaba que yo,  
viéndote albricias pedir,  
había de presumir  
que la Princesa parió.

LOPE. Siempre te burlas de mí,  
por preciarte de entendido;  
en fin, ya las he perdido,  
porque albricias te pedi.

FILIPO. Así es verdad.

LOPE. Está bien.

Y si te cogiese yo,  
aunque sabes que parió,  
¿negármelas también?

FILIPO. ¿En qué me puedes coger?

LOPE. Claro está que no has sabido  
si hija o hijo ha parido,  
y que lo querrás saber...

FILIPO. ¡Ay, Lope, dílo, por Dios,  
y perdona!

LOPE. No hay tratar.

FILIPO. Albricias te quiero dar:  
mas concertando los dos  
que, si es hijo, te las llesves,  
y si hija, me las vuelvas.

LOPE. Poco debes a las selvas,  
más a los palacios debes;  
no estás tan discreto aquí  
como te conozco allá.

FILIPO. Pues ¿en qué estoy necio acá?

LOPE. En no darme nada a mí.  
¿No sabes que, bien o mal,  
criados hacen conceto  
de que es el señor discreto  
cuando es en dar liberal?

FILIPO. ¿Luego no hay más discreción  
que dar?

LOPE. Entre los señores,  
el que hiciere más favores  
será el mismo Salomón.

FILIPO. Di, que estás necio, si fué  
hijo.

LOPE. En dándome primero  
lo que de tu mano espero.  
¿Qué quieres tú que te dé?

LOPE. Quien lo que ha de dar pregun-  
no tiene gana de dar. [ta,

FILIPO. Si es hijo, puedes tomar  
plata y recámara junta.

LOPE. Hijo tienes, que Dios guarde.

FILIPO. ¡Los brazos te doy también!

ARNESTO. Sea, señor, para bien.

FILIPO. La caza acabo, ya es tarde;  
ya deseo ver de quién soy  
padre.

LOPE. ¡Y es cosa tan bella! (1)

FILIPO. Basta ser su madre Isbella.

¡Loco de contento voy!

Pocas albricias le di;

¿soy discreto?

LOPE. Y te prometo  
que dando serás discreto,  
y señor serás así.

Cuando yo veo un señor  
muy preciado de letrado,  
sospecho que le han trocado  
en casa de algún doctor.

El señor ha de saber  
lo que un reloj, y callar.

FILIPO. ¿Cómo?, di.

LOPE. Dar y más dar.

FILIPO. Licencia puedes tener  
hoy para decir locuras.  
¡Caballos! ¡Hola!

ARNESTO. Ya el cielo  
corona tu humilde celo  
del mayor bien que procuras.

(*Vanse todos, y queda TREBACIO.*)

TREBACIO.

¿Qué esperan mis desdichas,  
en tantas confusiones como veo,  
que aun las ajenas dichas,  
para aumentar el daño que poseo,  
pone el cielo mis ojos,  
que crecen las envidias mis enojos?  
Yo triste, derribado  
de aquel lugar que tuve justamente:  
mi hermano, levantado  
por ser al cielo humilde y obediente;  
él lleno de riqueza,  
y yo llegado a la mayor baja.  
Confieso, cielo santo,  
que puedes derribar de poderosos  
asientos la arrogancia.  
¿Cómo permitirás nuestra ignorancia?  
Que hablé mal te confieso,  
y que conozco que merezco pena,  
de mi soberbio exceso  
este castigo que tu mano ordena:

(1) En las tres ediciones: *Ya deseo ver de quién / soy padre. Y es cosa tan bella.*

mas ¡mira que rendido  
conozco tu poder, y perdón pido!

(Salen TURINO y SIMUNDO, carboneros, con hachas  
de partir leña.)

TURINO. Aquí podéis emplear  
las hachas famosamente.

SIMUNDO. ¡Ea, Turino valiente!,  
que hoy habemos de cortar  
cincuenta pies destos robles.

LIRANO. ¿Es Sileno aquél?

SIMUNDO. El es.

LIRANO. Eso sí: vendrás después,  
con tus pensamientos nobles,  
a comer sin trabajar.  
¿qué te has hecho todo el día?

TREBACIO. Al pie de esta fuente fría,  
que habré dado en murmurar  
a no sé qué cortesanos  
que andaban cazando aquí.  
de tristeza me perdí.

SIMUNDO. O toma el hacha en las manos,  
o con los carros camina  
que tiene a punto Pilón.

TREBACIO. Es la corte confusión  
donde el hombre desatina.  
¡No me manden ir allá!

TURINO. Estos están concertados  
para palacio, y pagados;  
no hay más de volverte acá.

TREBACIO. ¿Pilón no sobra que vaya?

SIMUNDO. Es ignorante Pilón.

TREBACIO. Mucho aquella confusión  
me desvanece y desmaya;  
echad suerte cuál de todos  
irá a la corte, y si a mí  
me cayere, yo iré.

LIRANO. Sea así. (1)

SIMUNDO. Busca de escaparte modos.  
¡Notable holgazán te has hecho!

TREBACIO. Nise viene.

SIMUNDO. La merienda  
nos quitará de contienda.

(Sale NISE, de carbonera, con una cesta en que trae  
la merienda.)

LIRANO. Disculpate sin provecho.  
Seas, Nise, bien venida.

NISE. Todos en buen hora estéis;  
ya la merienda tenéis  
de mi mano apercibida.

Mirad si queréis que tienda  
en la margen desta fuente  
los manteles.

TURINO. No se asiente  
nadie a tocar la merienda  
hasta que se determine  
quién ha de ir con el carbón.

LIRANO. Forzosas las suertes son.  
TREBACIO. ¿Más que hacéis que yo camine?

TURINO. Sea desta suerte.

LIRANO. Di ya (1).

TURINO. Cuatro verdades diremos  
los cuatro, pues que tenemos  
quien sin pasión juzgará.

Quien dijere la menor  
lleve el carbón a la corte.  
NISE. De mentiras pagan porte  
allá, en la corte, mejor;  
mas decid cómo ha de ser.

TURINO. Desde las tejas abajo.

SIMUNDO. Va de verdad por lo bajo:  
un hombre que [a] una mujer  
rinde sus cinco sentidos  
y sujeta su razón  
y su hacienda y su opinión,  
cuéntale con los perdidos.  
¿Es esto verdad?

NISE. Si es.

LIRANO. Y un hombre que a gran lugar  
llegase, si a visitar  
le viniesen dos o tres  
de los que le conocieron  
en la primera bajeza,  
¿no mostraría tristeza  
viendo que en ella le vieron  
y huyendo de su amistad  
con infinita distancia  
por no haber en su abundancia  
quien dió en su necesidad?

NISE. Verdad, no puede negarse.

TURINO. Va mi verdad.

NISE. Ya la espero.

TURINO. Ser el pobre lisonjero  
donde piensa remediarse;  
el poderoso, envidiado,  
y el desabrido, malquisto;  
estimado el que no es visto,  
y el común, desestimado;

(1) Así el verso en las tres ediciones. Quizá sobra me.

(1) En las tres ediciones: dilo ya.

quererse tener por sabio  
el ignorante, y querer  
honrar la que es vil mujer  
y el que vive de su agravio,  
¿no es verdad?

NISE. Todas lo son.

Diga Sileno.

TREBACIO. Ya digo:  
bien veis los que estáis conmigo  
que vivo de hacer carbón,  
y me tengo por Sileno...

NISE. Así es verdad.

TREBACIO. Pues yo soy,  
aunque transformado estoy,  
príncipe de Albania.

NISE. [¡ Bueno!]

¿Y eso dices por verdad?

TREBACIO. Trebacio soy, y esto es cierto,  
y que por serlo te advierto  
que no he de ir a la ciudad.

NISE. No sólo verdad no es,  
sí mentira y desatino;  
tome Sileno el camino.

TREBACIO. ¡ Más que lo sabréis después!

TURINO. ¡ Ea, no hay que replicar!

TREBACIO. ¡ Digo que Trebacio soy!

TURINO. ¿ Más que con el hacha os doy?

NISE. Los tres podréis merendar,  
y él parta con el carbón.

LIRANO. Vamos.

TREBACIO. ¡ Yo sé que algún día  
veréis que es verdad la mía,  
más que las otras lo son!

(*Pause, y sale FILIPO, ARNESTO, ISBELLA y LOPE.*)

FILIPLO.

Remundo se ha partido a Macedonia  
a llamar, mi señora, a vuestro padre,  
que quiere en el bautismo de su nieto  
hallarse a honrarle, con que quiere el cielo  
echar el sello a nuestro regocijo.

ISBELLA.

El que me ha dado tan hermoso hijo  
se aumentará con ver mi padre agora.

LOPE.

Aquí está Felisarda, gran señora.

ISBELLA.

Entre muy en buen hora Felisarda.

(*Sale FELISARDA.*)

FELISARDA.

Puesto que el justo miedo me acobarda  
de que me has de tener por sospechosa,  
por ser cual fui de tu enemigo esposa,  
no me excuso de dar mil parabienes  
a la dichosa sucesión que tienes  
y el verte, con salud, ya levantada.

ISBELLA.

La excusa, Felisarda, es excusada,  
que yo de tu virtud y valor creo  
tu justa voluntad, tu buen deseo.  
Y ya, pues has venido adonde puedes  
conocer el que tengo de tu gusto,  
de tu honor y remedio, te querría  
persuadir que tomases otro estado  
del que tienes aquí.

FELISARDA.

Tus manos beso;  
mas ¿cuál estado elegiré más justo  
que servirte y hacer sólo tu gusto?

ISBELLA.

Trebacio me parece, y es lo cierto,  
que a las manos del vulgo quedó muerto,  
o el mar le ha dado oculta sepultura;  
resta que tú, que tan dichosa fuiste  
en salir de las manos de un tirano,  
pues ya con sujeción reina su hermano,  
te cases y sosiegues tantas cosas  
como tu estado tiene sospechosas;  
elige destos nobles caballeros,  
o propios en la corte o extranjeros;  
mira el que más te agrada, que Filipo  
te quiere dar en dote su condado.

FELISARDA.

No puedo exagerarte con razones  
la mucha obligación en que me pones,  
mas dentro de hoy te ofrezco la respuesta,  
siendo cosa segura y manifiesta  
que Trebacio murió.

FILIPLO.

Murió Trebacio.

Felisarda, a las puertas de palacio;  
tenlo por cierto y tu remedio aceta.

FELISARDA.

Yo tomaré, señor, vuestro consejo,  
y los cielos os guarden muchos años.

FILIPO.

Vamos, señora, a ver estos jardines,  
que se alegran de veros levantada,  
como cuando la aurora matizada  
los baña en perlas con su dulce risa  
y el mayo alegre con sus plantas pisa.

(*Vanse. Salen TREBACIO y PILÓN, de carboneros.*)

PILÓN. Ya están los carros aquí.

TREBACIO. Baja al suelo las camellas  
y pon el heno sobre ellas.

PILÓN. ¿Y qué pondré para mí?

TREBACIO. Come un poco de aquel pan,  
que lo mismo he de hacer yo.

PILÓN. ¿Y no hay otra cosa?

TREBACIO. No,  
y es harto que pan me dan.  
¡Ah cielos, cuán diferentes  
manjares tuvo Trebacio  
en este mismo palacio!

PILÓN. ¿Qué estáis hablando entre dientes?  
¿Más que tenéis para vos  
cualque cebolla o cecina?

TREBACIO. Desunce el carro; camina,  
Pilón, ¡que mal te haga Dios!

PILÓN. ¿Dónde pusistes la bota?

TREBACIO. Colgada de aquella estaca.

PILÓN. Mal la hambre y sed se aplaca  
con una alforja tan rota.

Mirando aquesta cocina,  
llena de tanta grandeza,  
pienso que Naturaleza  
con sus obras desatina;

ved (1) lo que se come aquí  
y lo que se ayuna allá,  
¡pues hombres nacen acá  
como donde yo nací!

¡Ved qué de pavo y faisán,  
qué de perdiz y conejo,  
con que alucian el pellejo!  
¡Pues también nos parió Adán!

TREBACIO. Entra, acaba.

PILÓN. Allá una encina  
nos da bellotas; las fuentes,  
agua...

TREBACIO. Aunque son diferentes,  
Pilón amigo, imagina  
que quizá duermen mejor.

PILÓN. Eso dicen mentecatos.  
Cenara yo veinte platos  
como los cena el señor,  
y nunca durmiera, ¡amén!;  
que de experiencia he sacado  
que la noche que he cenado  
ésa he dormido más bien.

TREBACIO. Hablas con rústica envidia.

PILÓN. Entra, y descansen los bueyes.  
Ya se irán.

(*Vase.*)

TREBACIO. Hay justas leyes  
de aquel Rey a quien fastidia  
tanto la soberbia fiera.  
¡Oh, casas donde nací  
príncipe!, mirad en mí  
qué fin la que tiene espera.  
Si ya, como a Belisario,  
me arrojara la Fortuna,  
o por la envidia importuna  
imitara el cónsul Mario,  
pudiera tener disculpa,  
que más mi soberbia obligue  
a Dios que así me castigue;  
¡muy grande ha sido mi culpa!

Ved dónde traigo carbón,  
transformado en un villano,  
de príncipe soberano;  
¡grandes mis pecados son!

Dije a Dios que no podía  
caer de mi gran poder;  
pero si pude caer  
muestra la miseria mía.

Cái porque contra El  
vanamente me atreví;  
¡harto fué, pues no cáí  
adonde cayó Luzbel!

(*Sale LISEO.*)

LISEO. ¿Sois vos quien trajo el carbón?

TREBACIO. Yo soy.

LISEO. ¿Cómo habéis tardado?

TREBACIO. Los caminos lo han causado.

LISEO. ¿Y cuántos los carros son?

TREBACIO. Diez solos vienen agora,  
que otros diez quedan atrás.

LISEO. ¿Vendrán más?

TREBACIO. Si quieren más?

LISEO. ¡Bien tu sino se mejora

(1) En las tres ediciones: *veo*.

de los descuidos pasados!  
El no debe de saber  
que en esta fiesta ha de haber  
mil príncipes convidados.

TREBACIO. Yo traigo lo que me dan;  
de sus faltas no soy culpa.

LISEO. Si, pero daréis disculpa  
de los que en el monte están,  
¿y de vos no la daréis,  
que con este rostro y talle  
viváis un bárbaro valle?

TREBACIO. Pues vos ¿qué talle me veis?

LISEO. Talle que mejor pudiera  
ir arrastrando una pica.

TREBACIO. Señor, cada cual se aplica  
a la inclinación primera.

LISEO. Porque me habéis parecido  
de buena traza y persona,  
que el talle dicen que abona  
al hombre no conocido,  
en palacio os quiero dar  
un oficio.

TREBACIO. ¿A mí, señor?

LISEO. A vos.

TREBACIO. [*Ap.*] (Y aun será mejor  
dentro de palacio estar  
para saber lo que pasa.)  
En fin, ¿que os sirva queréis?

LISEO. De dos oficios podéis  
escoger en esta casa:  
si queréis en la cocina  
en ella podéis estar,  
y si de arte militar  
el instrumento os inclina,  
la caballeriza es puesto  
adonde medrar podéis.

TREBACIO. Eso aceto, que bien veis  
cuánto más me honráis en esto.

Emperadores ha habido  
que un caballo herrar supieron,  
y los más que lo tuvieron  
sé yo que los han servido.

¿Quién no ha dado de comer  
a algún caballo enfrenado,  
de cuantos han caminado?

LISEO. Ese es noble proceder,  
que muestra la inclinación  
que de serlo vos tenéis.  
Venid conmigo, tendréis  
de hoy más salario y ración.

(*Vase.*)

TREBACIO. ¿Que le falta a mi fortuna  
en que me pueda poner?  
Pero no es de mi poder  
esta desdicha importuna;  
que no es fortuna, ni hado,  
sino voluntad de Dios.

(*Sale PILÓN.*)

PILÓN. Ya quedan de dos en dos  
los serones, como en prado  
rumiando el heno los bueyes  
que tras de los carros vino.

TREBACIO. Vuelve, Pilón, a Turino,  
que las casas de los reyes  
son, para los pensamientos  
nobles, alta ocupación;

PILÓN. ¡ya no he de hacer más carbón!  
¡Notables son tus intentos!

Siempre de tus arrogancias  
estas locuras temí.  
¿Quedarte quieres aquí?

TREBACIO. Son tan viles las ganancias  
dese monte y carbonera  
que, en fin, es fuego y ceniza,  
que aquí en la caballeriza  
me quiero quedar.

PILÓN. Espera.  
Pues ¿qué cuenta daré allá?

TREBACIO. No más de que me quedé,  
pues mi dinero cobré,  
ni recado tengo acá.  
¿Cuánto mejor es servir  
a los caballos del rey,  
que no tras el carro y buey!

PILÓN. ¿Solo, en fin, tengo de ir?

TREBACIO. Esto es hecho. Adiós te queda.

PILÓN. Pues ¿no eres tú el que decías  
que allá mejor dormirías?

TREBACIO. Es que mi fortuna rueda,  
y porque de su rigor  
no puedo el tiempo sufrir,  
caballos quiero añadir  
para que rueda mejor.

(*Vanse, y sale ISBELLA y FELISARDA.*)

FELISARDA. Esta determinación  
me ha parecido acertada.

ISBELLA. Muy bien estarás casada,  
y ha sido cierta elección.

FELISARDA. Con ninguno me parece

que lo puedo estar mejor.  
 ISABELLA. Justamente, tu valor  
 el conde Arnesto merece.  
 Deudo tiene muy cercano  
 con el Príncipe, mi esposo.  
 FELISARDA. Su valor me fué forzoso,  
 que fuí mujer de su hermano.  
 ISABELLA. En fin, ¿quieres que lo diga?  
 FELISARDA. Y aun vengo determinada,  
 que por ser cosa acertada,  
 a que lo trates me obliga;  
 pero, porque no es razón  
 que se diga en mi presencia,  
 quiero pedirte licencia.  
 ISABELLA. En cosas que justas son  
 es la vergüenza excusada.  
 FELISARDA. No es justo que esté presente.  
 El cielo tu vida aumente.

(Vase, y salen FILIPO y LOPE.)

ISABELLA. ¡Mi Filipo!  
 FILIPO. ¡Esposa amada!  
 ISABELLA. Parece que mi desco  
 os trujo aquí.  
 FILIPO. ¿De qué modo?,  
 que el mío se encierra todo  
 en el bien que en veros veo.  
 ISABELLA. Aquí me ha dicho con quién  
 vuestra cuñada se casa.  
 FILIPO. Sosegaráse mi casa,  
 que es lo que me está más bien.  
 ISABELLA. De vuestro pariente Arnesto  
 ha hecho elección.  
 FILIPO. Su gusto  
 tiene lo mismo de justo  
 que de discreto y honesto,  
 que yo sé que él lo desea.

(Sale ARNESTO.)

ARNESTO. ¡Deme albricias Vuestra Alteza!  
 FILIPO. Arnesto, aunque no es grandeza  
 que yo interesado sea,  
 también pedirtelas quiero,  
 y unas por otras se irán.  
 ARNESTO. Eso las nuevas dirán.  
 FILIPO. Pues ya las nuevas espero.  
 ARNESTO. El Pontífice te envía  
 título de Rey de Albania,  
 contra el voto de Alemania,  
 de Francia, Escocia y Hungría.

FILIPO. ¡A Dios las gracias se den,  
 que mi humildad levantó!  
 ISABELLA. La primera quiero yo,  
 Rey, daros el parabién.  
 FILIPO. Y yo a vos, pues si yo reino  
 en Albania, vos en mí.  
 ARNESTO. Ya que las nuevas te di,  
 que fué como darte un reino,  
 ¿con qué me piensas pagar?  
 FILIPO. Con que Felisarda es tuya,  
 que bien la hermosura suya  
 es lo mismo que reinar.  
 ARNESTO. Confieso que para mí  
 ha sido el cambio mejor.  
 LOPE. Deja que bese, señor,  
 tus pies.

FILIPO. Parte, Lope, y di  
 pongan un humilde estrado  
 en la iglesia, donde quiero  
 coronarme.  
 LOPE. Voy ligero.

(Vase LOPE.)

FILIPO. Después de haber gracias dado  
 al Señor, que me levanta,  
 como me lo prometió  
 cuando por los montes yo  
 mostraba obediencia tanta.  
 ARNESTO. Pues ¿no quieres celebrar  
 tu digna coronación  
 como es justo?  
 FILIPO. Ejemplos son,  
 el verme, Arnesto, reinar  
 y a Trebacio en tal bajeza,  
 muerto por espada infame,  
 para que cuando me llame  
 rey, conozca mi flaqueza.  
 Ahora más humildad,  
 cuanto más me sube el cielo,  
 porque cuanto tiene el suelo  
 de grandeza y majestad  
 es sueño, es ceniza helada,  
 y sombra con el poder  
 de quien puede resolver  
 toda nuestra fuerza en nada.  
 Vamos, Isbella, que yo  
 no he de ser como mi hermano,  
 que por soberbio y tirano  
 esta corona perdió;  
 que bien muestra el cetro y silla  
 que he seguido humildad tanta,

que Dios humildes levanta  
y que soberbios humilla.

(*Vanse, y sale REMUNDO, LISEO y TREBACIO, de mozo de caballos.*)

REMUNDO. ¿Está ya limpio y a punto?

LISEO. Y tan galán, que sospecho que de que hoy le sube el Rey, le ha dado conocimiento. Parece también que sabe que es oro y perlas el freno, que el valor de los diamantes le tiene alegre y soberbio; los verdes ojos parecen dos esmeraldas entre ellos, la espuma baña el bocado sin hacer ofensa al pecho; las clines, con mil lazadas, parecen un blanco velo labrado de verde y nácar; curiosidad de Sileno, que no se ha tenido en casa mozo más limpio y más diestro.

REMUNDO. ¿Sois vos quien puso al caballo este gallardo aderezo?

TREBACIO. Sí, señor.

REMUNDO. ¿De dónde sois?

TREBACIO. Soy desta tierra muy lejos, que hay de mi lugar, señor, al que en esta tierra tengo una distancia infinita.

REMUNDO. De que aquí sirváis me huelgo; yo tendré con vos cuidado.

TREBACIO. [*Ap.*] ¡Immenso cielo! ¿qué es este Remundo no me conoce! [to?] Pero ¿qué mucho, que vengo a limpiarle los caballos a mi hermano? Mas bien creo que el haber hecho que el mío llevase entonces del diestro dió castigo a mi soberbia y premio a su humilde cello.)

(*Sale LOPE.*)

LOPE. ¿Está aquí Remundo?

REMUNDO. Sí.

LOPE. Dice el Rey que dejes luego de aderezar el caballo, porque el Rey y Reina al templo a pie van a coronarse, por humildad, y sospecho

que ha de ser también allí el tratado casamiento de Arnesto y de Felisarda. REMUNDO. Liseo, quítese presto el aderezo al caballo, llévase a palacio el freno, que Filippo por humilde quiere lograrse en el reino.

(*Vanse, y TREBACIO tiene a LOPE.*)

TREBACIO. ¡Ah, caballero!

LOPE. ¿Queréis alguna cosa?

TREBACIO. Sí quiero, y no os espante que quiera, en el vil traje que tengo, saber cómo se ha casado Felisarda con Arnesto.

LOPE. Quiso el Principe Filipo, ya rey del albanio reino, que no estuviese en su casa, y quiso que para esto eligiese por marido a su gusto un caballero; eligió a Arnesto.

TREBACIO. Pues ¿cómo? ¿No está casada?

LOPE. Extranjero debéis de ser.

TREBACIO. Sí, lo soy.

LOPE. Si no lo sabéis, sabeldo: que ya es muerto su marido.

TREBACIO. ¿Trebacio?

LOPE. Como mi abuelo.

(*Vase LOPE.*)

TREBACIO. ¡Ay de mí! ¿Qué aguardo ya? ¡Muerto estoy! Que lo estoy creo, pues no hay en el mundo vivo que tanto parezca muerto. ¡Cielos! ¿mi mujer se casa? Filipo rey, y yo tengo tanta mudanza en un año, que hablo y trato a cuantos veo que me solian servir, y otro del que soy parezco. ¿Qué aguardo ya? ¿Por qué alargo mi fin, qué busco, qué espero? Hoy Felisarda se casa, hoy se casa con Arnesto, y se corona mi hermano;

todos dicen que soy muerto.  
 Pues si aquesto es verdad, ¿cómo  
 inobediente me muestro  
 de Dios al justo castigo,  
 sabiendo que lo merezco?  
 ¿El no me ha mudado el rostro  
 y en tanta bajeza puesto  
 sólo para castigarme  
 por arrogante y soberbio?  
 Pues, Señor, desde este punto  
 digo que si los tormentos  
 que inventó la tiranía,  
 la venganza y el infierno  
 me mandáredes sufrir,  
 los sufriré tan contento  
 como si me viera agora  
 señor del troiano imperio.  
 ¡Ay, cielos, qué desatino!  
 ¡Sin saber dónde, me he puesto  
 en el templo do a mi hermano  
 dan la corona y el reino!  
 Mil príncipes le acompañan,  
 y entre ellos, el Rey su suegro,  
 a quien hice yo llevar  
 la almohada al mismo templo.  
 También el Duque Rodulfo  
 viene con él; todos creo  
 que a ser de mi mal testigo  
 los junta esta tarde el cielo.  
 Allí viene Felisarda;  
 a su lado viene Arnesto.  
 ¡Pequé, Señor, mi ignorancia  
 y mi soberbia confieso!

(*Suena música, y salgan todos los que pudieren de  
 acompañamiento; algunos traigan en fuentes el  
 aderezo de la coronación, y FILIPO y ISBELLA y  
 ARNESTO y FELISARDA, REY de MACEDONIA, DU-  
 QUE RODULFO, POLDERIGO, LISFO y LOPE.*)

FILIPO. Invicto Rey macedonio;  
 Duque ilustre; caballeros  
 de mi Corte, ciudadanos  
 nobles, católico pueblo:  
 En esta coronación  
 me trae humilde el ejemplo  
 del fin infeliz que tuvo  
 Trebacio, mi hermano muerto,  
 pues todos os acordáis  
 que el día que tan soberbio  
 silla, almohada y caballo,  
 lleno de arrogancia el pecho,  
 nos hizo a los tres llevar,

a que visperas oyendo  
 en la *Magnifica*, dijo  
 del mismo cielo en desprecio,  
 que cómo caer podría,  
 aunque lo quisiese el cielo,  
 de aquel lugar en que estaba;  
 y todos sabéis que luego  
 cayó en tanta desventura,  
 que perdió vida y imperio;  
 por esto yo, a quien ahora  
 la humildad que veis ha puesto  
 en el lugar que perdió,  
 a darle las gracias vengo  
 y a recibir la corona  
 con la mayor que yo puedo,  
 confesando que me puede  
 en este mismo momento  
 quitar el reino y la vida,  
 porque a su poder inmenso  
 cuanto tiene ser y vida  
 de la suerte está sujeto  
 que el barro o la blanda cera  
 en las manos del maestro.

REY. Filipo heroico: no en vano  
 ha dado tan alto premio  
 a tu humildad quien levanta  
 tus fuerzas a tanto aumento.  
 A mí, al Duque, a tus vasallos,  
 a cuantos tus glorias vemos  
 y el castigo de tu hermano,  
 admira tan alto ejemplo.  
 Sube al trono y a la silla  
 donde de mi mano quiero  
 que recibas la corona.

FILIPO. Altas las gradas han hecho,  
 y aunque pretendo subir  
 no me parece que puedo.

ARNESTO. ¡Hola! Traed una silla  
 o algún escabel, de presto,  
 adonde ponga los pies  
 Su Majestad.

REMUNDO. No tenemos  
 aquí ninguno, señor.

ARNESTO. Póngase un criado luego  
 en ese suelo postrado  
 y suba por él.

LOPE. Yo quiero  
 ser de tus pies almohada.

LISEO. Y yo a lo mismo me ofrezco.

FILIPO. ¡Eso no, Lope, español  
 honrado, que honrarte debo;  
 eso no, Liseo amigo,  
 que a ningún noble consiento



ARNESTO. que aquí se ponga a mis pies.  
Mirad de ese vulgo, presto,  
el hombre más vil.

LOPE. Aquí  
un mozo robusto veo,  
que es tu mozo de caballos.  
Llega y humíllate.

TREBACIO. ¡Cielos!  
¿Esto más? ¿Sobre mí sube  
al trono en que hoy habéis puesto  
a mi hermano?

ARNESTO. Humíllate, pues (1).  
TREBACIO. Ya estoy postrado en el suelo.

*(Echese TREBACIO encima de la alfombra, que está  
en la primera grada del trono, y FILIPO ponga los  
pies en el suelo y suba a la silla.)*

FILIPO. Ya he subido donde aguardo  
las ceremonias del cielo.  
Perdonad, Isbella mía,  
Rey, Duque y vos, primo Arnesto.

LOPE. Levántate de la tierra,  
mancebo.

TREBACIO. Dejadme os ruego,  
que aquí he de estar entre tanto  
que le dais al rey el cetro.

REY. ¡Quitate, necio, de ahí;  
que es indecente ese puesto  
para la bajeza tuya!

TREBACIO. Si me ha puesto en él el cielo,  
¿cómo me queréis quitar?  
Dadme la corona y cetro;  
que yo estoy bien a sus pies.

ARNESTO. ¡Quitate, loco mancebo;  
que desde lejos verás!

TREBACIO. Si quisiera que de lejos  
viera yo a Filippo así,  
no me trajera a este suelo  
para serlo de sus pies,  
pues sobre mí los ha puesto  
para subir a la silla.

LOPE. ¡Hola, guardas, quitad luego  
este bárbaro de aquí!

TREBACIO. Hecho pedazos, bien puedo  
levantarme de la tierra.

LOPE. ¡Loco es sin duda!

FILIPO. ¿Qué es eso?

LOPE. Este mozo de caballos,  
por quien subiste, tan necio

no se quiere levantar.  
Hombre, ¿qué quieres?

TREBACIO. Confieso  
que soy hombre, que al autor  
del hombre vivo sujeto;  
que soy viento, polvo y nada,  
y que siendo polvo y viento  
me opuse al poder de Dios,  
a quien con lágrimas ruego  
me dé mi rostro y persona  
y que os dé el conocimiento  
que tuvistes de Trebacio.

REY. ¿Es Trebacio?

FILIPO. ¡Santo cielo!

ARNESTO. ¡Trebacio es!

TREBACIO. ¿Conocéisme?

ARNESTO. Ya todos te conocemos.

TREBACIO. ¡Oyó el cielo el ruego mío!

FILIPO. Hermano mío, ¿qué es esto?

TREBACIO. ¿Por qué bajas de la silla?

FILIPO. Porque echarme a tus pies debo.

TREBACIO. ¡Eso no! que si a los tuyos  
me pone el cielo, yo entiendo  
que debo en ellos estar.

ISBELLA. ¡Felisarda, llega presto!  
¡Tu esposo es éste!

FELISARDA. Perdona,  
pues el tenerte por muerto  
y importunarme tu hermano  
dió causa a mi casamiento.

TREBACIO. ¡Felisarda, invicto hermano,  
Rey de Macedonia, Arnesto,  
Duque Rodulfo, vasallos  
de Albania: a nadie condeno  
en lo que conmigo hieistes,  
porque fué traza del cielo,  
que a los pies de tu humildad  
mi boca soberbia ha puesto!  
¡A todos pido perdón  
de rodillas!

FILIPO. Sube luego;  
sube, hermano, a coronarte;  
tuyo soy, tuyo es el reino.

TREBACIO. Filippo, si el reino fuera  
el mundo y mil mundos, creo  
que lo tratara y tuviera  
en este mismo desprecio.  
No quiero más que a mi esposa;  
sólo retirarme quiero  
a un lugar de tus estados;  
no repliques, y está cierto  
que lo quiere el cielo así.

FILIPO. Pues si tienes ese intento,

(1) Así el verso en las tres ediciones. Quizá sobra a.

el condado que yo tuve  
te doy.

TREBACIO. Las manos te beso  
por tanta merced.

ARNESTO. Aquí acaba  
el ejemplo verdadero

con que Dios levanta humildes  
y con que humilla soberbios (1).

---

(1) B: *Fin de la comedia de La humildad ensalzada, de Lope de Vega Carpio.*

# EL VALOR DE LAS MUJERES

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA

AL DOCTOR MATIAS DE PORRAS

CAPITAN DE LA REAL SALA DE LAS ARMAS, FAMILIAR DEL SANTO OFICIO, Y CORRREGIDOR Y JUSTICIA MAYOR DE LA PROVINCIA DE CANTA.  
EN LOS REINOS DEL PIRU

Estando Cicerón en Atenas, le escribió su amigo Celio que deseaba que le escribiese y dedicase alguna obra suya, y dióle para causa deste deseo: *Ut intelligamus nos tibi cura esse*; y de habersela dedicado: *Quod nostrae amicitiae memoriam posteris quoque prodat*. Lo que viniera en esta ocasión muy a propósito, si como v. m. puede ser Marco Celio, yo fuera Marco Tulio; pero, porque en alguna manera se satisfaga a la obligación y se ofrezca a la memoria lo que tan de justicia se le debe, aplicando: *Ex tam multis tuis monumentis* (como el mismo Celio dijo) a la copia de los escritos que van saliendo (aunque deste atrevimiento no fui yo el principio), dedico a v. m. esta pequeña parte, grande por la voluntad, y inmensa por el deseo, y porque con las demás, si tuviera dicha de llegar a ese mundo, divierta a v. m. de los cuidados y trabajos de tan impensado suceso; causa que, cuando fuera cierta, por ser de la voluntad, no merece tan airada censura, sin advertir que puso Dios ojos al entendimiento para que mirasen los hombres dentro de sí lo que con los del cuerpo ven en los otros. Dióme pena que la parte que a v. m. pide, haya pasado sus quejas por tantos mares. En mi vida vi deshonor que no se contentase que le supusiese un mundo, pues quiere, trayéndole al nuestro, que le sepan entrambos. Favor tendrá v. m., aunque le parezca que le deja en Lima, porque ayudar al amigo, *dulcissimum est*, como fué sentencia del filósofo, y tiene v. m. tantos, que no les puede caber a paso desta solicitud. Pero dejando aparte penas, y para olvidarse dellas, trasladando la plática a diferentes cosas de las que solíamos tratar en nuestros estudios, y que hacen mas a propósito de la propuesta materia, ya (gracias a Apolo) hay tantos poetas en España que en las pasadas justas de la beatificación de nuestro Santo, hubo tres mil y seiscientos y cuarenta papeles de versos, aunque parezca éste el número fabuloso de las mujeres que trajo la reina Talestris en la visita de Alejandro. ¡Bien haya terreno que tal produce! Mas pues v. m. es médico, me holgaría de saber: ¿por qué o cómo se llama esta manera de escribir "mania", si no es nombre genérico, y por qué dice Platón

que sin ella no puede haber ingenio grande, si su definición es: *Infectio anterioris partis cerebri, cum privatione imaginationis*? Fundó la imaginativa la esencial parte del poeta, la oficina de sus conceptos y pensamientos. De los manes puede haber procedido, que Vives, en la exposición de la *Ciudad de Dios* de San Agustín, los tiene por el buen genio, que llamaban *bonus demon* los antiguos, *id est, animus virtute perfectus*; que no aquella sombra madre de los leumeres y larvas. Aquí conoció v. m. un hombre, que, vuelto loco de amores de una señora título, escribió excelentes versos, siendo ignorante; debe ser por la sequedad del cerebro; pero ¿cómo no le ofendía la privación de la imaginación? Lo que es infalible es que: *Omnes operationes multo elegantiores sunt in cerebro temperato*, si bien en los destemplados es más valiente la fantasía. Son los cálidos ingeniosos, aunque inconstantes, y al contrario los húmidos, los frios pertinaces en su opinión, ni valen para el ingenio ni para el juicio, como son ejemplo las mujeres, cuyo consejo, el primero es bueno, el segundo, temerario, y el tercero, perverso. Fué máxima de los estoicos: *Omnes insipientes esse insanas*. Disputala Cicerón en el tercero de las *Cuestiones tusculanas*. El nombre de insania significa *mentis agrotationem*. Los filósofos llamaron enfermedad las perturbaciones del ánimo. *Omnes insipientium animi in morbo sunt*; porque *omnes insipientes insaniunt* pre-sumo que es *insanire*, escribir con ignorancia; y así lo he visto en las obras de muchos, uno de los cuales, lego a *nativitate*, corriendo por toda el Andalucía sus comedias, jamás han sido afectas en esta Corte. Disposición diagnóstica para saber la duración y efectos de semejantes cometas. Deseo que el excelentísimo príncipe acabe su gobierno felicemente, de que me dicen que esta cerca, para que gocemos de su divino ingenio, como solíamos, y veamos a v. m. libre de enemigos bárbaros, tan lejos de la patria, cuya privación tan mal pareció a Eurípides, teniendo Quintiliano por mejor: *ser despojada de los propios que vendida de los ajenos*. Refiere Tulio que el divino Platón se fué de la conversación de Sócrates, en el Pireo, fingiendo que iba al templo, por no de-

tener un hombre tan venerable tan largo tiempo, a cuyo ejemplo podrá ser esta epístola culpada de quien ignorase mi amor, y que hablo con v. m. para todo un año, pues hay tanto mar en medio, porque yo: *Sive in extremas penetravit Indos* (como dijo Cástulo) *hoc omnia necesse est*. Olvideme de decir que en estos patios de palacio vi la persona que a perseguir su mismo honor pasó a España desde las más remotas Indias. *Tenebris homo*, como dice el adagio, y que difícilmente romperá la tenacidad de su primera aprehensión. Marcela es ya nonja descalza.

Lope está en Sicilia, con el excelentísimo Marqués de Santa Cruz, mi señor y mi protector. Feliciano se halla con poca salud. Al jardinillo quité los pájaros, porque venían los de fuera a hurtarles el sustento, como ahora sucede a muchos poetas. Los libros del estudio tienen menos polvo, como es mayor la edad. En materia de la plata que allá sobra: *Zonam perdidit*. Dios guarde a v. m. y le traiga con bien a España.

Su capellán y verdadero amigo,

*Lope de Vega Carpio.*

#### FIGURAS DE LA COMEDIA:

LUCRECIA, *dama*.

LISARDA, *idem*.

OTAVIA, *idem*.

CELIO, *villano*.

ROSELA, *villana*.

EL MARQUÉS FINEO.

EL DUQUE ALBERTO.

FIDELIO.

LUCINDO.

TRISTÁN.

ALBANO.

ADRIÁN.

ESTACIO.

EL CONDE CARLOS.

TACIO, *soldado*.

LIDIO, *idem*.

LEANDRO, *idem*.

BRUNELO, *idem*.

UN CAPITÁN.

UN CRIADO.

FLORENCIO.

RISIELLO, *villano*.

LUCIO, *idem*.

SILVIA, *villana*.

Cajas, *trompetas y chusma* (1).

#### ACTO PRIMERO

(Salen LUCRECIA y LISARDA)

LUCRECIA. ¿Qué respondiste?  
 LISARDA. Sin pena  
 esta respuesta les doy:  
 al uno, que suya soy,  
 y al otro, que soy ajena;  
 que a mi valor corresponde  
 la resolución que ves.  
 LUCRECIA. Sentirá mucho el Marqués  
 que le dejes por el Conde.  
 LISARDA. Que lo sienta o no, Lucrecia,  
 no ha sido por mi opinión,  
 si aquesta resolución  
 culpare alguno por necia;  
 que propuestos dos maridos  
 en sangre y nobleza iguales,  
 y los hombres principales  
 de mi estado prevenidos  
 acordaron la elección  
 del Conde, porque el Marqués,

aunque es más rico, no es  
 de tanta satisfacción.  
 LUCRECIA. ¿Firmáronse los conciertos?  
 LISARDA. Ya, Lucrecia, los firmé.  
 LUCRECIA. Al Marqués temo.  
 LISARDA. ¿Por qué,  
 siendo seguros y ciertos?  
 ¿Engañóle mi esperanza.  
 mis cartas, mis dilaciones?  
 LUCRECIA. No sé si a peligro pones  
 tu inocencia y confianza,  
 porque dicen que es Fineo  
 hombre feroz y arrogante.  
 LISARDA. Ya no hay peligro que espante  
 la fuerza de mi deseo;  
 ya soy del Conde mujer,  
 no sola como lo he sido,  
 y pues ya tengo marido,  
 él me sabrá defender.  
 LUCRECIA. ¿Has visto al Conde?  
 LISARDA. Jamás.  
 LUCRECIA. ¿Y al Marqués?  
 LISARDA. Menos, que ha sido

el cielo quien ha querido  
 que estime a Carlos en más.

Esto de las voluntades  
 ha de ser con las estrellas,  
 porque hay, Lucrecia, sin ellas  
 más mentiras que verdades;

pero cuando su influencia  
 engendra la voluntad,  
 halla sin dificultad

(1) En la edición, la lista de personajes tiene repeticiones; dice así: *Lucrecia, Lisarda, y Otavia damas. Celio villano. Rosela villana. El Marqués Fineo. El Duque Alberto. Fidelio. Lucindo. Tristán. Albano. Adrian. Estacio. El Conde Carlos. Fineo. Alberto. Tacio. Lidio Leandro, y Brunelo soldados. Lucindo. Vn Capitán. Vn criado. Florencio. Risello. Silvia, y Lucio villanos. Otavia. Cajas, trompetas, y chusma.*

sujeta correspondencia.

No he visto al Conde, y le quie-  
[ro.  
Es que la imaginación  
le da al uno perfección,  
y al otro le pinta fiero.

LISARDA. Mal haces en no pensar  
los grandes inmerecimientos  
del Conde.

LUCRECIA. Estos casamientos,  
¿cuándo se han de ejecutar?

LISARDA. Pienso que vendrá por mí  
su hermano del Conde presto.

LUCRECIA. Si está del cielo dispuesto,  
venga en buen hora por ti.

LISARDA. Voy a escribirle.

(Vase LISARDA.)

LUCRECIA. No creo  
que te casarás con él,  
porque mi envidia cruel  
salió al paso a tu desco.

Al Conde, por fama, adoro  
y, envidiosa, he procurado  
deshacer lo que han tratado  
contra mi sangre y decoro.

Escribire una mentira  
poderosa a deshacer  
su concierto, que en mujer  
la envidia, el amor, la ira  
y la venganza han tenido  
siempre más fuerte rigor  
que en el hombre, aunque el valor  
no menos heroico ha sido.

Quisiera para mi estado  
al Conde, de quien se cuentan  
tales hazañas, que aumentan  
mi amor, mi envidia y cuidado;  
pero pues el bien que aguarda,  
por mi desdicha perdí,  
ya que no fué para mí,  
no ha de gozalle Lisarda.

(Vase, y salen el CONDE CARLOS y LUCINDO, su  
hermano.)

LUCINDO. No me encubras tu tristeza,  
mira que tu hermano soy.

CARLOS. Triste, aunque contento, estoy.

LUCINDO. Repugna a Naturaleza.

CARLOS. No hace, pues puede ser  
que procedan de un efeto  
para estar en un sujeto  
juntos pesar y placer.

LUCINDO. ¿Cómo?

CARLOS. Teniendo pesar  
del daño, que al fin es daño,  
y placer del desengaño,  
si os quisieron engañar.

LUCINDO. Pues ¿la duquesa Lisarda  
te quiso engañar ahora,  
cuando, como ves, te adora  
y, como escribe, me aguarda?

CARLOS. Ya, Lucindo, tu jornada  
cesó, con justa ocasión.

LUCINDO. ¿Que cesó? ¿Por qué razón?  
¿No estaba ya concertada?

¿No es la Duquesa tu esposa?

CARLOS. Mi esposa pudiera ser,  
si fuera en su proceder  
como en su sangre dichosa.

LUCINDO. ¿En su proceder? ¿Qué dices?  
¿Quién te ha engañado?

CARLOS. Esta carta  
de mi pretensión me aparta.

LUCINDO. Los matrimonios felices,  
Carlos, no han de comenzar  
en sospechas.

CARLOS. Pues por eso  
le escribo todo el suceso,  
y mudo intento y lugar.

Yo me caso en otra parte.  
LUCINDO. ¡Aciertas!

CARLOS. Leerla puedes.

LUCINDO. Carlos, de que libre quedes  
el parabién quiero darte.

CARLOS. Y del nuevo casamiento.

LUCINDO. La carta quiero leer.

CARLOS. Por ella podrás saber  
cómo estoy triste y contento.

(Lea.)

LUCINDO. “Una mujer que tenéis  
aficionada por fama,  
y que tanto, Conde, os ama,  
y aun más que vos merecéis,  
viéndoos casar con Lisarda  
tuvo lástima de vos,  
supuesto que de los dos  
daño ni provecho aguarda.

De su casa y sangre soy;  
pero más soy de la vuestra,  
pues olvidando la nuestra,  
tan de vuestra parte estoy.

Lisarda es mujer tan vil,  
que aficionada a un criado  
de su casa, más que honrado,  
galán discreto y gentil,

tiene prendas de su amor.  
Vos veréis lo que os conviene,  
porque quien honor no tiene  
no podrá daros honor..."

No quiero pasar de aquí.  
Pero ¿cómo deshiciste  
el concierto?

CARLOS. Ya supiste  
que tu partida escribí;  
pues tras él he despachado  
un caballero que lleva  
la resolución más nueva,  
más digna de un pecho honrado,

con que lo pienso quedar,  
y ella con tan justa afrenta.

LUCINDO. La que tal engaño intenta,  
así se ha de castigar.

CARLOS. Después que al emperador  
fuiste a servir a la guerra,  
el duque Alberto, en mi tierra  
ha entrado a todo rigor;  
que dice que ha de vengar  
de nuestro padre, ya muerto,  
cierto agravio que encubierto  
entre ellos debió de estar;  
aunque a un anciano escudero  
que fué su privado oí  
que fué un bofetón.

LUCINDO. Y a mí  
me lo dijo un caballero  
alemán, que a la ocasión  
se halló presente.

CARLOS. Pues viendo  
que es tan poderoso, emprendo  
más darle satisfacción  
que entrar con él en campaña.

LUCINDO. ¿Qué satisfacción le das?

CARLOS. La que nos abraza más,  
y la que menos me daña.

LUCINDO. ¿Es casarte con su hija?

CARLOS. Eso tratan en su corte  
por mí.

LUCINDO. No hay cosa que importe,  
ni otro medio que se elija  
de más fuerza.

CARLOS. Así es verdad,  
pues con Otavia casado  
él queda desagraviado,  
y los dos en amistad.

LUCINDO. ¿Cuándo vendrá la respuesta?

CARLOS. De hoy a mañana.

LUCINDO. Bien haces,  
que no hay condición de paces

más justa ni más honesta.

CARLOS. Por lo menos él dejó  
la guerra.

LUCINDO. Señal que aceta  
satisfacción tan discreta.

CARLOS. Hoy vuelvo a escribir que yo  
iré por allá.

LUCINDO. Al que agravia,  
es la humildad provechosa.

CARLOS. Lllaman a Lisarda hermosa,  
pero no menos a Otavia.

(*Vanse, y salen LUCRECIA, LISARDA y CRIADAS.*)

LISARDA. ¡Ya tarda Lucindo!

LUCRECIA. El bien  
siempre parece que tarda,  
porque el tiempo, en quien aguarda,  
va más de espacio también.

LISARDA. De todo estoy prevenida.  
En llegando, partiremos.

LUCRECIA. ¡Tristes sin ti quedaremos!

LISARDA. Harto siento mi partida;  
pero habemos de vivir,  
como estamos concertados,  
dos años en mis estados.

LUCRECIA. Sí, mas ¿quién ha de sufrir  
la ausencia de los primeros  
que en los del Conde viváis?

(*Salen FIDELIO, y ALBANO, con una caja.*)

FIDELIO. Si es del Conde, ¿qué aguardáis?  
Dejalde entrar, caballeros.

ALBANO. Dadme, señora, los pies,  
si merezco dicha tanta.

LISARDA. ¿Eres del Conde mi esposo?

ALBANO. Criado soy de su casa.

LISARDA. ¿Viene su hermano?

ALBANO. No sé,

que a traeros esta caja  
me despachó el Conde a mí.

LISARDA. ¿Traes carta?

ALBANO. No traigo carta.

LISARDA. ¿Caja y no cartas! ¿Qué es esto?

LUCRECIA. Si vienen dentro, ¿qué aguardas?

LISARDA. Corta esa cuerda, Fidelio.

FIDELIO. Atada viene y sellada.

LISARDA. No me agrada, no, Lucrecia,  
el estilo y la embajada.

LUCRECIA. ¿Qué temes?

FIDELIO. Abierta está.

LISARDA. ¿Y qué viene dentro? Aparta.

FIDELIO. Un papel atravesado  
de una daga.

LUCRECIA. ¿De una daga?  
Sácala, a ver.

FIDELIO. Vesla aquí.

LISARDA. ¡Mala señal!

LUCRECIA. ¡Cosa extraña!

LISARDA. Saca el papel de la punta.

FIDELIO. Parece pliego de cartas.

LISARDA. Abre.

FIDELIO. Estas son escrituras.

LISARDA. Lee la primera palabra.

FIDELIO. ¿Para qué, si las conozco?  
Estas son las que firmadas  
fueron del Conde y de ti.

LISARDA. ¿Las escrituras?

LUCRECIA. Lisarda,  
ésta fué traición del Conde.  
[*Ap.*] ¡Qué bien me salió la tra-  
Suspensa y fuera de mí. [za!]  
pienso que el sueño me engaña.  
¿Es posible que esto ha hecho  
Carlos conmigo?

FIDELIO. ¿Qué aguardas,  
que no mandas que atraviesen  
del que te trujo la caja  
dos alabardas el pecho?

ALBANO. Señora, si yo pensara  
que esta ofensa te traía,  
no hubiera fuerza ni paga  
para tanto atrevimiento.  
Aquí mi inocencia es llana:  
esto me mandó traer  
el Conde; si ella te agravia,  
aquí está el cuello.

LISARDA. ¿Qué importa,  
villano, tan vil venganza?  
¿Por qué causa la escritura,  
que fué de los dos firmada,  
con una daga me envía  
que por el medio la pasa?  
¿En qué le pude ofender?  
Para rompella, ¿no basta  
desdecirse de lo dicho?

ALBANO. Si yo supiera la causa,  
está muy cierta, señora.  
que la venida excusara.

LISARDA. ¡Salid allá, fuera todos!  
Fidelio quede en la sala  
solamente, con este hombre.

LUCRECIA. ¿Tú mandas que yo me vaya?

LISARDA. ¡Tú, la primera!

LUCRECIA. Obedezco  
tu gusto.

LISARDA. De tus palabras

he conocido que sabes  
la causa porque me trata  
Carlos de aquesta manera.

ALBANO. Créeme que te guardara  
el decoro que mereces;  
sólo oí que murmuraban  
de tu honor, de que colijo  
que, por dicha, te levantan  
algún testimonio.

LISARDA. ¿A mí?

FIDELIO. ¿Deso, señora, te espantas?  
¿Hay ocasión que padezca  
mentiras y envidias varias  
como un casamiento?

LISARDA. Creo,  
según a Carlos alaba  
la fama, que es imposible  
que, a no ser contra mí fama  
algún grave testimonio,  
con esa daga enviara  
cancelada la escritura.  
Ahora bien, luego se parta  
este hombre, que está sin culpa.

ALBANO. Mira, señora, si mandas  
que alguna cosa le diga.

LISARDA. Dile que guarde la daga  
por prenda de su persona,  
hasta que sepa la causa.

ALBANO. Yo parto, con tu licencia.  
*(Vase.)*

FIDELIO. Y yo pensé que las armas  
respondieran a este agravio.

LISARDA. La prudencia y la templanza  
son divinos consejeros  
en la república humana.

FIDELIO. ¿Qué has de hacer?

LISARDA. Ir de secreto  
a su tierra, disfrazada  
en hábito de varón,  
como suelo andar a caza,  
ñando en ti mi gobierno,  
porque dejalle a mi hermana  
no me parece cordura.

FIDELIO. Pnes ¿qué les diré, si faltas  
tanto tiempo, a tus vasallos?

LISARDA. Que fui a pedir a Alemania  
favor contra el Conde.

FIDELIO. Intentas,  
Daquesa, una cosa extraña

LISARDA. ¡Mal conoces tú el valor  
que a una mujer acompaña

cuando quiere defender  
su reputación y fama!

FIDELIO. ¿Quién ha de ir contigo?

LISARDA. Un hombre.

FIDELIO. ¿Qué calidad?

LISARDA. La más baja  
que puedas hallar.

FIDELIO. ¿Por qué,

pudiendo hacer confianza  
de algún noble caballero  
de muchos que hay en tu casa?

LISARDA. Porque en mudando de traje,  
si nunca ha visto mi cara,  
imagine que soy hombre.

FIDELIO. Tú te entiendes.

LISARDA. Ven, que tarda  
el desengaño a mi honor,  
y el engaño a mi esperanza.

*(Vase, y salen el Duque ALBERTO y OTAVIA.)*

ALBERTO.

Parecióme cordura dar de mano  
a los enojos, cuando el Conde, Otavia,  
viene a partido tan humilde y llano.

OTAVIA.

Y es justo, pues el Conde no te agravia.

ALBERTO.

Si alguno tuvo de su padre Albano,  
quiero acetar satisfacción tan sabia,  
y depuestas las armas y la espada,  
seguir la paz, del cielo siempre honrada.

Bastan los daños hechos en su tierra,  
pues ya murió su padre y mi enemigo.

OTAVIA.

¿Con qué partido acetas que la guerra  
cese y que Carlos quede por tu amigo?

ALBERTO.

Con la cosa que más la paz destierra  
el odio antiguo, y más podrá conmigo.

OTAVIA.

Estoy por entender tu pensamiento.

ALBERTO.

¿Qué más seguro amor que el casamiento?  
¿Hasme entendido ya?

OTAVIA.

Quien no responde,  
indicios da que calla lo que entiende.

ALBERTO.

Bien estarás casada con el Conde.

OTAVIA.

¿A qué mujer el casamiento ofende?

ALBERTO.

La guerra nace de la paz, y donde  
más sangriento furor la guerra enciende  
nace la paz también, y coronada  
de oliva, envaina la furiosa espada.

Todo está hecho ya.

OTAVIA.

De la paz quiero  
darte la norabuena.

ALBERTO.

Y yo pagarte  
con la del casamiento, que ya espero.

OTAVIA.

Pues ¿viene el Conde aquí?

ALBERTO.

Viene a llevarte.

OTAVIA.

Que resultan mil bienes considero  
de aquesta paz.

ALBERTO.

Ninguna cosa es parte  
más efectiva, en estas amistades,  
que veros conformar las voluntades.

OTAVIA.

Yo ¿qué puedo querer sino tu gusto?

ALBERTO.

El Conde te merece; yo le tengo  
de que te cases, que a no ser tan justo,  
bien sabes cómo mis agravios vengo.

OTAVIA.

Memorias en agravios dan disgusto.

ALBERTO.

Las imaginaciones enretego;  
ya es el Conde mi hijo.



OTAVIA.

¡Extraña cosa!

¿Qué mujer ha nacido más dichosa?

(Sale ADRIÁN, criado del DUQUE.)

ADRIÁN. El marqués Fineo (1) te escribe esta carta.

ALBERTO. Es el Marqués gran príncipe, Otavia, y es el que más vecino vive de nuestros estados.

OTAVIA. Tiene el Marqués grande opinión.

ALBERTO. Yo leo.

ADRIÁN. ¡A buena ocasión la amistad del Conde viene!

OTAVIA. ¿Cómo?

ADRIÁN. Escribele el Marqués que te quiere en casamiento.

OTAVIA. Ya viene tarde su intento: el Conde mi dueño es.

ADRIÁN. ¿Carlos?

OTAVIA. El mismo.

ADRIÁN. Ya está Carlos casado.

OTAVIA. ¿Con quién?

ADRIÁN. Con Lisarda, que también servía el Marqués; mas ya desengañado, te pide al Duque.

OTAVIA. Mentiras son.

ALBERTO. Quien ganó la posesión, este pensamiento impide.

Basta, Otavia, que el Marqués tuvo envidia al Conde.

OTAVIA. Creo que no mudarás de empleo, pues mi pensamiento ves.

ALBERTO. Conozco tu inclinación al Conde; voy a escribir al Marqués.

OTAVIA. Podrás decir mi amor en satisfacción.

ADRIÁN. Satisfecho quedó ya: tú te empleas en un hombre que la opinión de su nombre con los de la fama está, y cree que se decía que era esposo de Lisarda.

OTAVIA. La fama de que es gallarda discurre por toda Hungría, y así mismo, de que estaba casada con el Marqués.

ADRIÁN. El desengaño que ves, la fama fingida acaba.

OTAVIA. De Carlos tengo de ser: y casada con el Conde, la misma fama responde que soy dichosa mujer.

(Vanse; salen el CONDE CARLOS y LUCINDO.)

CARLOS.

Todo se ha hecho bien: ya estoy casado.

LUCINDO.

En dejando la guerra fué muy cierto que te quería para yerno Alberto.

CARLOS.

Siento el ir a su tierra; mas ¿qué importa? El gusto es grande, y la jornada es corta.

LUCINDO.

Con cualquiera partido acetar debes, Conde, el remedio de tu estado y vida.

CARLOS.

Así lo intento, y con humilde ruego le pido a Otavia al Duque.

LUCINDO.

De muy sabia, más que de hermosa, tiene fama Otavia.

CARLOS.

Antes de entrambas cosas; pero advierte que una mujer discreta es una prenda del descanso inmortal del casamiento, una joya del pecho de su esposo, un espejo de todos sus vasallos, un consejero libre de pasiones, una estrella que en todas las acciones de su marido va delante haciendo camino a los discursos de la vida; la amistad más segura y conocida, el mejor libro, la verdad más clara, pues ni en temor ni en interés repara.

LUCINDO.

Albano viene aquí.

(1) En la edición, por errata indudable: *Fauio*.

(Sale ALBANO.)

CARLOS.

Bien seas venido.

ALBANO.

A lo menos, mejor que allá llegado.  
Mal me has pagado lo que te he servido,  
pues mi vida en tan poco has estimado.

CARLOS.

¿Qué daño fuera justo haber temido,  
no siendo tú de mi rigor culpado?,  
que no merece pena el mensajero;  
pero remunerarte presto espero.

ALBANO.

Dile la caja, imaginando joyas,  
como de desposado, y que tuviera  
albricias; pero abriéndola, una daga  
pasando una escritura se aparece,  
con que toda la sala se estremece;  
turbóse la Duquesa, los criados,  
se alteran, yo no sé darles respuesta;  
hace luego que afuera salgan todos  
y por saber la causa me conjura;  
yo, atónito, por más que lo procura,  
no respondo palabra, y mi inocencia  
presento a su valor y a su prudencia;  
volverme deja, y dice que te diga  
que guarda por tu prenda aquella daga,  
hasta que te la vuelva y satisfaga.

LUCINDO.

¡Braveza!

CARLOS.

¡Bravo reto!

LUCINDO.

¿Más que quiere  
tomar las armas?

CARLOS.

Sean de sus ojos,  
y verá cómo venga sus enojos;  
porque en todas las almas que repare  
se llevará tras sí cuando mirare.

LUCINDO.

Tome como quisiere sus enojos,  
que tú le respondiste como es justo.

CARLOS.

Teniendo al duque Alberto por amigo,

no hay en el mundo para mí enemigo  
que yo deba estimar.

ALBANO.

¡Son las mujeres  
amigas de venganza!

CARLOS.

¿Qué venganza,  
si ella, sin honra, a ser mujer se atreve  
de un hombre como yo?

ALBANO.

¿Mujer sin honra?

CARLOS.

No son aquestas cosas para todos;  
yo, Albano, estoy casado con Otavia,  
y me quiero partir a ver sus ojos;  
ya está toda mi gente prevenida.  
Busque Lisarda, hermosa y combatida,  
de tantos pretendientes, quien merezca  
lo que al más rico y más gallardo ofrezca,  
que el respondelle con aquella daga,  
rompiendo la escritura del concierto,

(Sale, en hábito de cazador, LISARDA, y TRISTÁN,  
criado suyo.)

no fué sin ocasión.

LISARDA.

Esto te advierto.

TRISTÁN.

Ya estoy en todo, y tú serás servido.

LISARDA.

La lengua del criado es el oído.

Deme vuestra señoría  
los pies.

CARLOS. Levantaos del suelo.

LISARDA. Prospere, señor, el cielo  
vuestra edad y gallardía,  
que aún es mayor que la fama.  
CARLOS. ¿Quién sois?

LISARDA. Soy un cazador,  
que la de vuestro valor  
a vuestro servicio llama.

Dicen que tenéis las aves  
mejores que ha visto el viento  
cuando cortan su elemento

con los cuchillos suaves,  
y que es tal vuestra afición  
a lo que es volatería,  
que sólo puede la mía  
haceros comparación;

y así, he venido a traerlos  
dos halcones alemanes,  
tan hermosos y galanes,  
que sólo después de veros  
podré decir que hay señor  
que los merezca. Sin esto  
vengo a serviros dispuesto,  
si me hacéis tanto favor;

que bien sé que no tenéis  
quien sepa sus calidades,  
sus curas y enfermedades  
como yo.

CARLOS. Más parecéis  
algún señor disfrazado  
que cazador.

LISARDA. La nación  
lo causa, que la opinión  
de la belleza le han dado.

CARLOS. A la cuenta, sois inglés.

LISARDA. Sí, señor; y os certifico  
que aunque bien nacido y rico,  
si bien no lo soy después;  
que tanto me ha distraído  
la caza, que su afición  
me lleva de mi nación  
por las extrañas perdido.

Si un príncipe tiene fama  
de cazador, allá voy:  
tan aficionado soy,  
así me provoca y llama.

Esta ha sido la ocasión  
de venir a conoceros.

CARLOS. Yo quisiera entreteneros,  
señor, como era razón,  
en plaza de amigo mío,  
que en la de criado no;  
pero a tal tiempo llegó  
vuestra gentileza y brio,

que yo me parto a casar  
con hija del duque Alberto,  
porque el firmado concierto  
no se puede dilatar.

Compraré los dos halcones  
de buena gana.

LISARDA. Quisiera  
serviros.

CARLOS. ¿De qué manera.  
entre tantas ocasiones?

LISARDA. Por el camino podremos  
probarlos, si vos queréis;  
que si vos su valor veis  
mejor nos concertaremos.

Así iréis entretenido,  
y yo de mi amor pagado.  
CARLOS. Vuestro talle me ha obligado;  
quiero acetar el partido.  
¿Son neblies?

LISARDA. Ya sabéis  
que hay de halcones seis pluma-  
o raleas, o linajes, [jes,  
como mejor los llaméis.

Hay gerifaltes, bormies,  
baharies y alfanques,  
sacres y neblies; destos  
no hay por qué se diferencie  
el tagarote, que cuentan  
por bahari, si bien tiene  
diferencia en el plumaje.

CARLOS. ¿Y qué nombre comprende  
los vuestros?

LISARDA. El de neblies,  
que el de más nobles merecen,  
y de mayor corazón,  
en cuantas aves suspende  
el aire.

CARLOS. ¿En qué se conocen?

LISARDA. En los talles diferentes,  
de gran gentileza y brio,  
y en las manos grandes siempre,  
con los dedos más delgados,  
más ágiles y más fuertes;  
son sus cabezas muy primas,  
corta el ala, que guarnece  
la punta mejor sacada;  
los otros ya veis que tienen  
cabezas grandes, más largas  
colas y dedos más breves.

CARLOS. ¿Los vuestros son de Alemania?

LISARDA. ¿Decíslo por los que venden  
del Ducado de Saboya?

CARLOS. Hay muchos de muchas suertes;  
no son malos los de España.  
Como los erien y ceben.

CARLOS. Ahora bien; llevaros quiero  
conmigo.

LISARDA. Dejad que os bese  
los pies por esa merced.

LUCINDO. Y haréis bien, porque se prueben  
los neblies, de camino.

CARLOS. Mucho la caza entretiene.  
¿Cómo es vuestro nombre?

LISARDA. Enrique.  
CARLOS. Pues, Enrique, haced que apresten los pájaros mis criados, que quiero que otros se lleven.  
LISARDA. Vos veréis qué cazador hoy a vuestra casa viene.  
CARLOS. [Ap.] ¡Qué lindo talle, Lucindo!  
LUCINDO. Cazador de almas parece.

(*Vanse los tres.*)

LISARDA. Ya, Tristán, somos criados de Carlos.  
TRISTÁN. Saber querría algo de volatería, que hay pájaros endiablados.  
¿No me puedo averiguar con estos halcones nuestros?  
LISARDA. Aun a los hombres más diestros dan qué hacer y qué pensar.  
TRISTÁN. ¡Que hallase un hombre inventado para que un ave tan fiera [ción se ablandase de manera que suelte un hombre un halcón y se le vuelve a la mano!  
¡Que haya ingenios inventores de enviar pesquisidores contra el cuervo y el milano, la grulla y garza inocente!  
Mas no me debo espantar, si todo el mundo es cazar con cuidado diligente.  
Mas ¿cuál halcón tan garcero mejor que el dinero caza?  
¡Qué lindo vuelo, qué traza tiene en cazar el dinero!

A fe que no sale en vano; mas sola una falta tiene: que en soltándole, no viene por ningún caso a la mano.

LISARDA. Tristán, yo tuve un halcón, o pensé que le tenía; fué de mi mano un día y llevóme el corazón; en aquesta tierra está, el Conde le tiene aquí.  
TRISTÁN. ¿Entre sus pájaros?

LISARDA. Sí; y agora con ellos va, que quiere cazar con él una garza remontada; mas hay otra desdichada que viene a morir por él.

TRISTÁN. No entiendo volatería, pero he visto que has mudado semblante y gusto.

LISARDA. He quedado con mayor melancolía después que vi la persona del Conde, porque quisiera que de la Duquesa fuera, a quien tan mal galardona.

¡Haber dejado por él tantos hombres de valor!  
TRISTÁN. El puede ser gran señor, pero es muy falso y cruel. En nuestra tierra contaban que este Carlos se casó con la Duquesa.

LISARDA. Eso no.

TRISTÁN. ¿Pues qué?  
LISARDA. Que lo concertaban, y que, firmado el concierto, la ha dejado por Otavia.  
TRISTÁN. ¿Y a quien la Duquesa agravia sirves tú?

LISARDA. Vengo encubierto sólo a saber lo que pasa.

TRISTÁN. Ya ¿qué tienes que saber, si es Otavia su mujer?

LISARDA. Entre tanto que se casa puede mudar la Fortuna semblante; ven a sacar los halcones.

TRISTÁN. Y a tomar de tu intento luz alguna.  
[Ap.] (Que es Enrique mujer o me engañan mis antojos, [creo, porque lo he visto en sus ojos y en algo de mi deseo.]

(*Vanse, y sale el MARQUÉS FINO, y ESTACIO.*)

FINO.

¡Mucho será, si yo no pierdo el seso!

ESTACIO.

Con razón, a lo menos, te enojaste.

FINO.

No sé que en el rigor deste suceso entendimiento ni prudencia baste; Fortuna, ¿para qué con tanto exceso por la guerra y la paz me levantaste al grado que de mí la fama cuenta, si me dejas caer con tanta afrenta?

Escribale a Lisarda que la quiero para mi esposa, y dice que casada está con Carlos; callo y considero que, si no era mejor, al fin, le agrada. Mudo de intento, y la venganza espero de Otavia, de casarse descuidada, y escribeme que Carlos es su esposo.

ESTACIO.

Digo que con razón estás quejoso.

FINEO.

Carlos en todas partes. ¿Cómo es esto? ¿Carlos con dos mujeres desposado? ¿Carlos a mis intentos siempre opuesto? ¿Carlos más preferido y estimado? ¡A la justa venganza estoy dispuesto!

ESTACIO.

Yo te diré, señor, lo que he pensado: que si Carlos oyó tu pensamiento, por no te hacer pesar, mudó de intento; y si deja a Lisarda por servirte y se casa en Alenes con Otavia, bien puedes a estimalle persuadirte: por lo menos en esto no te agravia; bien puedes a tus bodas prevenirte, que si Lisarda entonces no fué sabia, agora lo será con estimarte.

FINEO.

Sí, mas será mi deshonor en parte: que no es justo querer lo que ha dejado Carlos.

ESTACIO.

¿Por qué, si lo dejó de miedo?

FINEO.

Pues di, ¿cómo sabré que está casado? Que si es mentira, más dudoso quedo.

ESTACIO.

A la corte del Duque, disfrazado, a saber la verdad partirme puedo.

FINEO.

Vamos los dos, que quiero ver al Conde, por ver si con la fama corresponde.

ESTACIO.

Será para que olvides tu tristeza remedio celestial este camino.

FINEO.

A estimar de Lisarda la belleza, sin verla, me ha forzado mi destino.

ESTACIO.

Presto será laurel de tu cabeza.

FINEO.

Será ceñirla de laurel divino, que las de aquellos Césares romanos ganaron armas y tejieron manos.

*Vanse: salen ROSELA y CELIO, labradores.*

CELIO.

¿Tal crueldad tal hermosura?

ROSELA.

Vete a querer a Clavela.

CELIO.

Dame la cinta, Rosela.

¡Así Dios te dé ventura!

ROSELA.

Nunca quieras los favores forzados, porque es de necios.

CELIO.

Amor crece con desprecios, que hace sus fuerzas mayores.

En mi vida quise bien sino a quien me quiso mal.

ROSELA.

Majadero sois, zagal; pero si amáis con desdén,

¿por qué me pedis que os quiera?

Pero si es para olvidarme,

agradecedme el cansarme y el ser desdenosa y fiera,

que quiero que me debáis el trataros con desdén,

porque el no quereros bien es querer que me queráis.

CELIO.

No te quiero desdenosa para olvidarte, Rosela, que fué una humilde cautela para volverte amorosa.

Dame la cinta, y daréte un pájaro el más hermoso que ha visto el aire espacioso, aunque el florido ribete

deste río a su elemento doranes levante y garzas; saquéle de entre unas zarzas, que quiso cazar hambriento

un misero francolin acogido a su sagrado; corrí con él todo el prado, huyendo del dueño, a fin

de emplealle en esas manos, porque ya dos cazadores venían tras mí.

ROSELA.

¿Que ignores

que son los regalos vanos  
donde no se tiene amor!

CELIO. ;A la fe que el uno dellos  
viene aquí!

(Sale el CONDE y LISARDA.)

CARLOS. Los dos son bellos,  
y el coronado el mejor.

;Qué digo, gente de bien,  
habéis visto por aquí  
un halcón?

CELIO. [Ap. a ROSELA.] ;Diré que sí?

ROSELA. Y vuélvesele también.

CELIO. Señor, yo le tengo atado  
allí, en aquella alquería.

LISARDA. Estará, ;por vida mía!,  
bien tratado y regalado.

CELIO. Venid conmigo, que yo  
no entiendo de sus regalos.

LISARDA. Vamos.

CELIO. De matarle a palos,  
de milagro se escapó.

(Vanse los dos.)

CARLOS. ;De dónde sois, labradora?

ROSELA. Señor, de aquella alquería.

CARLOS. ;Qué habrá de aquí a la ciudad?

ROSELA. Cuatro leguas.

CARLOS. ;Grandes?

ROSELA. Chicas.

CARLOS. ;Es todo montes?

ROSELA. Y espeso  
de robles y de sabinas,  
nebrales, hayas y tejos.

CARLOS. ;Qué dicen aquestos días  
del casamiento de Otavia?

ROSELA. Hasta agora, mil mentiras:  
pero ya dicen que es cierto,  
y el conde Carlos camina,  
para quien en la ciudad  
grandes fiestas prevenían,  
que de allá vino mi padre.

CARLOS. ;Es la novia hermosa?

ROSELA. Es linda,  
y a la fe que el conde Carlos,  
si la fama no es fingida,  
no le va en zaga a la novia.

CARLOS. Todo me causa alegría.  
Id con Dios.

ROSELA. El cielo os guarde.

(Fase.)

CARLOS. Parece que me convida

esta fuentequilla al sueño,  
que se le ven con la risa  
las entrañas de la arena  
y los dientes de las guijas.  
Aquí me siento a escucharla,  
entre aquestas maravillas,  
mientras que mi gente llega.

(Sale LISARDA.)

LISARDA. Ponle en su alcándara, y mira  
que le regales de modo  
que se componga y corrija.  
[Ap.] (Parece que aqueste halcón  
mi presente historia imita:  
entre zarzas me han cogido,  
cuando pensé que tenía  
entre las uñas la presa;  
pero no fué ni desdicha  
perder a Carlos, que, en fin,  
mi imaginación perdía.  
Pero agora que mi amor  
es verdadero en su vista,  
siento que le goce Otavia;  
celos me quitan la vida.  
Corta fué la fama en él;  
;por qué la pintan vestida  
de lenguas, si habló tan poco?  
;Ay, cielos! En las orillas  
de aquel arroyo descansa.  
;Oh, cómo el agua lasciva  
le provoca a dulce sueño!  
Ni tiene celos ni envidia.  
;Que era mi marido Carlos?  
;Que perdí su compañía?  
;Que le ha de gozar Otavia?  
;Cómo, cielos, se me olvida  
que para vengarme dél  
tengo aquí la daga misma?  
Temo mi amor, que está loco,  
y si de razón me priva,  
quitaré la vida a Carlos,  
alma de mi propia vida.  
Despertarle será bien.)  
;Ah, Conde! ;Así se camina  
donde tanto bien se espera?  
CARLOS. ;Oh, Enrique! ;De qué te admiras  
si ves el cristal del agua  
guarnecer de perlas finas  
la variedad destas flores?  
LISARDA. Mucho de tu bien te olvidas.

CARLOS.

Enrique, no camino

con el gusto que piensas a casarme;  
que un grave desatino  
me obliga, en lo que miras, a vengarme;  
que tuve el pensamiento  
más a mi gusto en otro casamiento.

Grande amor te he cobrado;  
tu ingenio y tu persona le merecen.  
Solos nos han dejado;  
lugar para que hablemos nos ofrecen.  
Descansaré contigo.

LISARDA.

No hay título que iguale al del amigo.

CARLOS.

Entre estos sauces verdes,  
doseles deste arroyo, escucha un rato;  
que quiero que te acuerdes  
si me llamaste por Lisarda ingrato,  
ayer que hablamos della,  
que estuvo en mí la fe, la culpa en ella.

LISARDA.

¿Qué puedes tú decirme  
que pueda disculpar su injusto agravio,  
pues ella estuvo firme  
y tú tan inconstante?

CARLOS.

El hombre sabio  
siempre guarda un oído;  
con dos naciste, luego no lo has sido.

Tú dices que la fama  
de mí te ha dicho tales sinrazones;  
fama sólo se llama  
la que ensalza los ínclitos varones,  
porque la mentirosa  
no es fama, Enrique, es opinión famosa

Caséme con Lisarda  
por fama enamorado, y aún lo vivo;  
y mujer tan gallarda  
y preciada de pecho tan altivo,  
¿en qué tuvo fundado  
casar conmigo, amando a su criado?

LISARDA.

¿Amado a quién? ¿Qué dices?

CARLOS.

Amado a su criado.

LISARDA.

¿A su criado?

CARLOS.

Aunque te escandalices,  
Lisarda era mujer; bien disculpado  
tiene su yerro el nombre,  
pues tiene tantos el valor del hombre.

LISARDA.

Lisarda, ni ha tenido  
tal opinión, ni es cosa que a Lisarda  
puede haber ofendido.  
Mucho desdice a tu valor.

CARLOS.

Aguarda;  
que no quiero que creas  
que caben en mi honor cosas tan feas.  
Lee esa carta y mira  
si rompí la escritura por mudanza.

LISARDA.

Ya la letra me admira;  
que siempre tuve cierta confianza  
de que era todo engaño,  
y que de envidia resultó mi daño.

(Lee para sí.)

CARLOS.

Imaginado tengo  
que este mozo es espía de Lisarda;  
ya sospechoso vengo,  
y aunque ninguna cosa me acobarda,  
bien será que se vuelva,  
o, a lo menos, déjalle en esta selva.  
Si a vengar el agravio  
viene de aquella daga y escritura,  
no era consejo sabio  
hablarme en ella; que si hacer procura  
traición, mejor la hiciera  
si della no tratara.

LISARDA.

¿Quién creyera  
que tanto una mentira  
mover pudiera un noble pensamiento?

CARLOS.

Va la carta le admira.  
Los suspiros, el rostro, el movimiento,  
dan muestras de que siente  
el daño de Lisarda tiernamente.

Enrique, si has leído,  
¿qué vuelves a leer? ¿Qué miras tanto?

LISARDA.

Miro y pierdo el sentido  
de ver que miente aquesta pluma, en cuanto  
de Lisarda te escribe;  
porque inocente como un ángel vive.

Yo he vivido en su casa,  
si te digo verdad, y aquesta letra  
que el alma me traspasa  
y todos los sentidos me penetra,  
es de su propia hermana;  
¡así la envidia suele ser tirana!

Por la cruz que ceñida  
al lado traigo, y por el Dios que adoro,  
que es falsa y fementida  
toda la carta, y que perdió el decoro  
a su sangre, envidiosa;  
que te dehe de amar, y está celosa.

CARLOS.

Enrique, yo te creo;  
Pero juzga: ¿qué hicieras, si por dicha  
vieras caso tan feo?

LISARDA.

Mal consejo tomaste; fué desdicha;  
pues fuera más prudencia  
informarte mejor de su inocencia.

Acción indigna ha sido  
de tu valor.

CARLOS.

Ya, Enrique, estoy casado.  
Lisarda, ¿qué ha perdido?

LISARDA.

¿Qué ha perdido? ¡El honor que le has quita-  
do!

CARLOS.

Esto nadie lo sabe.

LISARDA.

Carlos, ningún secreto tiene llave.

Procediste imprudente,  
mas remediarlo puedes.

CARLOS.

¿De qué modo?

LISARDA.

Informando a tu gente  
de que has sabido la verdad de todo  
y que volverte quieres.

CARLOS.

Mucho, Enrique, te deben las mujeres.  
¡Qué presto que has creído  
que tu amiga Lisarda está inocente!  
¡Cosa que tú hayas sido  
el criado que quiere tiernamente,  
y vengas a matarme  
si no sales mejor con engañarme!

LISARDA.

Yo soy un caballero  
tan bien nacido, Conde, y tan honrado  
como probarlo espero,  
y nunca de Lisarda fui criado;  
ni a matarte he venido,  
que, si quisiera, aquí te hallé dormido.

No sé qué es trato doble  
de que infamarme injustamente quieres.  
Tócame, como a noble,  
defender el valor de las mujeres;  
que el hombre que le ofende,  
Carlos, ni le merece, ni le entiende.

La mujer es corona  
del hombre.

CARLOS.

En siendo buena.

LISARDA.

Y una buena  
las no tales abona,  
y vale por mil hombres de honor llena;  
que las que malas fueron,  
del hombre a quien amaron lo aprendieron.

CARLOS.

¿Eres mujer acaso?

LISARDA.

Eso faltaba sólo que dijeras.

CARLOS.

Mirando el campo raso  
de las flores que ya tener pudieras,  
tuve aquesta sospecha,  
de pensamientos atrevidos hecha.

LISARDA.

¿De suerte que soy hombre  
para Lisarda, y darme, Carlos, quieres  
de su galán el nombre;  
y mujer, porque alabo a las mujeres?  
¿Cómo se ve tu engaño!



CARLOS.

Enrique, tarde llega el desengaño.

Si has de venir conmigo,  
no has de hablarme en Lisarda eternamente.  
El Duque, mi enemigo,  
quiere que firme, y nuestra paz se asiente,  
y con su hija Otavia  
de cuanto ya pasó se desagravia.

Lisarda, ¿qué ha perdido,  
pues que puede casarse con Fineo?  
Si testimonio ha sido,  
culpe a su hermana y a su vil deseo;  
que si yo no fui cuerdo  
baste para castigo que la pierdo.

LISARDA.

Obedecerte es justo;  
no te hablaré en Lisarda eternamente.

CARLOS.

Dios sabe mi disgusto.  
Camina, que se acerca nuestra gente.

LISARDA.

¿Qué mujer ha llegado  
de amor y celos a tan triste estado?

La muerte me responde  
que no hay otro remedio; estoy perdida  
hasta casarse el Conde.

¡Seguid sus pasos, enojosa vida;  
que no hay dolor tan fuerte  
que del término pase de la muerte!

## ACTO SEGUNDO

(Salen el MARQUÉS FINEO y ESTACIO.)

ESTACIO. Notables fiestas se han hecho  
al Conde.

FINEO. Mayores son  
las que hace en esta ocasión  
a su esperanza mi pecho.  
Ya, por lo menos, me queda  
seguramente Lisarda.

ESTACIO. A que llegue el Duque aguarda  
para que casarlos pueda;  
porque así como se vean,  
quiere que se den las manos.

FINEO. Tras tantos enojos vanos  
quiere amor que amigos sean.  
Bizarra estuvo al entrar  
toda la gente de guerra;

pero no llegó la tierra  
a las fiestas de la mar.

ESTACIO. Tiene mayor ocasión.

(Salen LISARDA y TRISTÁN.)

LISARDA. ¡Hoy ha llegado mi muerte!  
TRISTÁN. ¿Por qué sientes desta suerte  
esta amistad?

LISARDA. ¿No es razón?

TRISTÁN. No, por Dios, pues es más justo  
que te alegres de su bien,  
que no que ahora te den  
sus casamientos disgusto.

Y si pena recibías,  
¿por qué veniste con él?

LISARDA. Porque mi suerte cruel  
pusiese fin a mis días.

TRISTÁN. Estoy de verte confuso  
celoso desta mujer;

pero tú debes de ser  
de los amigos al uso;  
amigo conozco yo,  
si amigo este tal se llama,  
que fiándole una dama  
con ella se me quedó;

pero tenía tal cara,  
sobre tener mucha edad,  
que me hizo más amistad  
que si no me la quitara.

Si sentimiento tenías  
de que Otavia venga a ser  
del conde Carlos mujer,  
¿para qué con él venías?

El amigo verdadero,  
Enrique, ha de ser leal  
para el bien y para el mal.  
LISARDA. No sé qué te diga; hoy muero.

Tan sólo pienso aguardar,  
con poca o con mucha fe,  
a que la mano le dé  
para arrojarme en la mar.

TRISTÁN. ¿Qué dices?

LISARDA. Que no respondas,  
porque en siendo suya Otavia,  
me verás desde la gavia  
hacer sepulcro las ondas.

TRISTÁN. ¡Matarte tú!, pues ¿por qué?  
LISARDA. Yo me entiendo.

TRISTÁN. No te entiendes,  
antes la amistad ofendes  
de Carlos.

LISARDA. Carlos sin fe,

¡Vive el cielo que fué injusto  
en deshonrar a Lisarda!

*(Salen el Conde Carlos, Lucindo, su hermano, y gente.)*

CARLOS. El Duque, Lucindo, tarda.  
LUCINDO. Todo le causa disgusto  
a quien espera algún bien.  
CARLOS. Mucho mi esperanza agravia.  
LUCINDO. No estará compuesta Otavia.  
LISARDA. ¡Que mis desdichas estén  
aquí con esta paciencia!  
TRISTÁN. Muchos recelos me das.  
LISARDA. Tristán, yo no puedo más;  
que no hay con celos prudencia.  
TRISTÁN. ¿De quién los tienes?

De Otavia.  
LISARDA.  
TRISTÁN. Pues ¿tú la has querido bien  
para sentir el desdén  
con que casada te agravia?

LISARDA. No la quiero sino mal.  
TRISTÁN. Según eso, ¿al Conde quieres?  
¿Eres, di...? ¡No sé quién eres!

LISARDA. Soy a mi desdicha igual.

TRISTÁN. Señas y palabras son,  
iba a decir de...

LISARDA. ¡Detente!,  
y no juzgues imprudente  
por sola imaginación;  
que cuando en la mar me arroje,  
te diré desde la nave  
quién soy.

TRISTÁN. En caso tan grave  
no te espantes que me enoje.

¿A la mar te arrojarás,  
Enrique, desde la entena?

¡Vive Dios, que eres sirena  
o eres el pez Nicolás!

Y no me puede engañar  
una experiencia tan clara:  
que eres sirena en la cara  
y pez en querer nadar.

FINEO. Ya viene la gente, Estacio.  
Sin duda, la novia es ésta.

*(Tocan.)*

ESTACIO. La guarda lo manifiesta.  
Ya llega el Conde a Palacio.

*(Salgan los SOLDADOS que puedan con arcabuces, y cerquen al Conde, y ADRIÁN, con una alabarda en las manos.)*

ADRIÁN. Dese vuesa señoría  
a prisión.

CARLOS. ¿Cómo a prisión?

ADRIÁN. Dése a prisión.

CARLOS. Es traición,  
y notoria alevosía.

ADRIÁN. Si se pusiere en defensa,  
disparalde.

LUCINDO. Date, hermano,  
porque es la defensa en vano  
cuando es traidora la ofensa.

CARLOS. ¿El Duque me prende a mí  
cuando me vengo a casar  
con su hija?

FINEO. ¡Qué pesar!

LISARDA. ¡Qué placer!

FINEO. ¡Mi bien perdí!

LISARDA. Mas ¿cómo digo placer?  
Aunque no se case el Conde,  
si éste le prende o le esconde  
donde no le pueda ver,  
yo soy muerta.

TRISTÁN. ¿Estás contento  
de que el Conde no se case?

LISARDA. ¡Antes triste de que pase  
a prisión su casamiento!

*(Sale el Duque ALBERTO.)*

ALBERTO.

Hoy serás, Carlos, un ejemplo al mundo  
para los que, agravando, se fiaron  
de su enemigo, y el rigor profundo  
de un ofendido noble despreciaron.  
Ni seré yo el primero, ni el segundo  
de los que con engaño se vengaron.  
Advierta el que ofendió de quién se fia.  
Tuya es la culpa, y la venganza mía.

¿Cómo tan fácilmente persuadiste  
tu pecho a que mi sangre quería darte,  
y a su casa del mismo que ofendiste  
venías, sin vergüenza, a aposentarte?  
¿Tú eres discreto, y crédito le diste  
a tu enemigo, sin saber que el arte  
de la venganza por principio tiene  
falsa amistad, con que a vengarse viene?

No sabes cuántos reyes, desta suerte,  
en Francia, en Alemania, Italia, España,  
a quien los agravio dieron la muerte.  
¡Dichoso aquel que a su enemigo engaña!  
Tu confianza agora no te advierte,  
y de tu atrevimiento desengaña:

pues sabe, Carlos, que los hombres sabios no se olvidan jamás de los agravios.

CARLOS.

Duque, como hay ejemplos de nobleza usada con mayores enemigos, puse en tus propias manos mi cabeza, y más después de ser deudos y amigos. La vil venganza siempre fué bajeza, de que en los libros hay tantos testigos; que no es éste el ejemplo donde alcanza opinión el honor por la venganza.

Moviome a darte crédito el engaño de tu palabra y alto nacimiento y el no ser yo quien te ofendió, si el daño, por ser figura de mi padre, siento; pero de una verdad te desengañó, que con esta crueldad y atrevimiento correrás las cortinas a tu agravio, cosa que no se cuenta de hombre sabio.

La fama por el mundo dilatada dirá que de mi padre fué ofendida tu cara, aunque con mano tan honrada que entonces la dejó de honor vestida; sábese más la afrenta más vengada, y más si fué traidor el homicida. ¡Vamos, soldados, que contento muero! Cumplí lo que firmé: ¡soy caballero!

(*Llévenle.*)

ALBERTO.

¡Y yo también lo soy!

LUCINDO.

Bien se parece en la disposición de aqueste trato.

ALBERTO.

¿Quién eres tú?

LUCINDO.

Quien por el Conde ofrece la vida, y con mil vidas fuera ingrato.

ALBERTO.

¡Vete, loco, si amor te desvanece!

(*Vase el Duque.*)

LUCINDO.

Eres de un Claudio, de un Nerón, retrato. ¡Con qué crueldad se lleva preso al Conde!

x

FINEO.

Calla la envidia, y la verdad responde.  
¿Sois vos pariente suyo?

LUCINDO.

Soy su hermano.

FINEO.

Mirad que os prenderá, si el nombre sabe.

LUCINDO.

Y vos ¿quién sois?

FINEO.

Un mercader romano, que ahora en esta mar fleta una nave.

LUCINDO.

Para librar a Carlos del tirano antes, por dicha, que su vida acabe.  
¿qué remedio mejor que hacerle guerra, si vos me dais pasaje hasta mi tierra?

FINEO.

Nave os daré, dineros y aun soldados, que soy... Pero en la mar sabréis mi nombre.

LUCINDO.

Dadme esos pies.

FINEO.

Venid, que en los airados tiempos se prueba el corazón del hombre.

LUCINDO.

¡Vientos, dadme favor; mares sagrados, sereno cielo vuestro campo escombre, las selvas humillad de plata, en tanto que me conduce al puerto el cielo santo!

(*Vanse FINEO, LUCINDO y ESTACIO.*)

TRISTÁN.

¿Qué suspensión es ésta?

LISARDA.

No te admires, que me lleva la vida el Conde, preso.

TRISTÁN.

Que por el Conde mueras y suspires me lleva a mí sin gusto, y aun sin seso.

9

LISARDA.

Ni en lo que digo adviertas, ni me mires.

TRISTÁN.

¿No era casarse el Conde mal suceso?

LISARDA.

¡Terrible!

TRISTÁN.

Pues si el Conde no se casa,  
¿qué es lo que ahora el corazón te abrasa?

Sácame desta pena, que me matas;  
mira que soy honrado, aunque soy pobre;  
no sean tus entrañas tan ingratas  
con quien te sirve, aunque razón te sobre;  
cuanto más tus secretos me dilatas  
haces que más atrevimiento cobre.  
¿Eres fémica acaso, o más que genus?  
Dime si eres Cupido, o si eres Venus.

Mira que si Fidelio, tu privado,  
me escogió para hacer este camino,  
no me buscó por hombre descuidado;  
todo soy un coral, de puro fino.  
Entrar en tu aposento me has negado,  
tú te vistes y calzas; imagino  
que tienes de hombre solamente el nombre.

LISARDA.

Yo soy tan hombre y más que ningún hombre.

TRISTÁN.

El otro día permitió la llave  
de tu aposento, aunque era de mañana,  
verte al soslayo entre el marfil suave  
del pecho un es no es, como manzana;  
no entiendo qué es, aunque el cambray lo sabe.  
Sospecha fué, ¿quién duda que fué vana?  
Pues yo te juro que decirte puedo  
otros secretos que me impide el miedo.

LISARDA.

¿Secretos tú?

TRISTÁN.

¿Pues no?

LISARDA.

¿De qué?

TRISTÁN.

¿Es pequeño  
ser yo mujer?

LISARDA.

Mujer, así hablado?

TRISTÁN.

Con los trabajos le saldrán a un leño;  
saliéronme de muchos que he pasado:  
barbé buscando mi querido dueño,  
y estoy desta manera transformado.  
No tengo más que de Tristán el nombre,  
y como soy mujer, así eres hombre.

LISARDA.

Tristán, ya no es posible que te encubra  
que soy mujer; yo soy mujer, y adoro  
al Conde. ¿Quieres más que te descubra?

TRISTÁN.

La calidad y el nombre.

LISARDA.

El nombre ignoro.

TRISTÁN.

Cúbrase ahora lo que es bien se cubra;  
basta saber que tu persona es oro,  
sin saber los quilates, porque creo  
que debe de importar a tu deseo.

Ahora no errarás cosa que emprendas.

LISARDA.

Yo he de librar al Conde.

TRISTÁN.

¿Cómo?

LISARDA.

Advierte....

Pero allá será bien, Tristán, que entiendas  
cómo ha de ser.

TRISTÁN.

¿Valor heroico y fuerte!

Mas parece imposible, aunque te vendas  
y por el mismo precio se concierte.

LISARDA.

Presto verás quién soy.

TRISTÁN.

Ya sé quién eres.

LISARDA.

¿Mal sabes el valor de las mujeres?

(*Tanse: salen OTAVIA y el DUQUE*)

ALBERTO. Prendile, como te digo.

OTAVIA. Pues ¿para qué me engañaste y con Carlos me casaste?  
¿No era ya Carlos tu amigo?

ALBERTO. Procuraba entretener desta suerte mi secreto, que no puede ser discreto quien le encomienda a mujer.

OTAVIA. ¿Cuándo has hallado que yo te revelase ninguno?

ALBERTO. Por no quejarme de alguno. Mas ¿viste al Conde?

OTAVIA. Yo no.

ALBERTO. Mientes, que cuando llegaba, en una reja te vi.

OTAVIA. ¿Y cómo sabes de mi que en ella al Conde miraba?

ALBERTO. ¿Había de adivinar quién era, entre tanta gente? Conócese fácilmente, y alguien te pudo enseñar.

OTAVIA. Fuera de que Amor es ciego para cumplir sus antojos y lince para sus ojos.

ALBERTO. De Amor, señor, no lo niego; pero yo no tengo amor.

OTAVIA. ¿Al Conde, no?

ALBERTO. ¿Para qué, si le has de matar?

OTAVIA. Yo sé que has sentido mi rigor.

ALBERTO. Como ya para matar al Conde, aunque sin razón, comienzas la información, testigos quieres buscar.

OTAVIA. Pues, si comienzas por mí, yo te digo que es mal hecho.

ALBERTO. ¿Ves que hay amor en tu pecho?

OTAVIA. ¿Amor en mi pecho?

ALBERTO. Sí.

OTAVIA. No es amor lo que es piedad y defender la razón.

ALBERTO. Todas las mujeres son hijas de su voluntad.

OTAVIA. ¿Cómo aquí te toca Amor?

ALBERTO. ¿No soy tu padre?

OTAVIA. Sí eres; mas son las propias mujeres hijas de su propio honor.

ALBERTO. ¿Casábase para amar a mi marido?

OTAVIA. ¿Pues no?

ALBERTO. Luego es bien que sienta yo que me le intentes quitar.

ALBERTO. Tú no le has visto.

OTAVIA. En mujer basta de marido el nombre, que en habiendo visto un hombre saben cómo pueden ser; porque de-de que nacemos, para tener perfección, con sola imaginación nuestros maridos queremos.

ALBERTO. ¿Quién os enseña a querer?

OTAVIA. Naturaleza.

ALBERTO. ¿Que el nombre amáis?

OTAVIA. Sí, porque es el hombre propio fin de nuestro ser.

ALBERTO. ¿Luego querías que yo mis agravios no vengara?

OTAVIA. No es el Conde el que tu cara, como dicen, ofendió.

ALBERTO. ¿Necia estás!

OTAVIA. Estoy corrada de lo que dirán de mí.

ALBERTO. ¿Qué pueden decir de ti?

OTAVIA. Que fui también homicida del Conde, ya mi marido.

ALBERTO. Aunque más digas, el Conde ha de morir.

OTAVIA. Si no hay dónde, ¡justicia a los cielos pido!

*(Sale LISARDA, en forma de loco, con un coposillo de dos haldas, con cintas; TRISTÁN, de maestro sivo.)*

TRISTÁN. Sin tiempo habemos llegado.

LISARDA. ¿Qué queréis, si vuela el tiempo?

TRISTÁN. Porque me dicen que están los casamientos deshechos.

LISARDA. ¿Cómo ésos hay en el mundo!

TRISTÁN. ¡Calla, loco!

ALBERTO. ¿Qué es aquesto?

TRISTÁN. Sabiendo, invicto señor, que en dichoso casamiento dábades a Otavia al Conde, que dicen que tenéis preso, os truje la mejor pieza que hay en el húngaro reino, en materia de locuras y graciosos desconciertos. Sabe tañer y cantar, sabe hacer famosos versos.

LISARDA. En diciendo que soy loco,

TRISTÁN. ¿no estaba claro, maestro?

TRISTÁN. Sabe hacer mal a un caballo.

- LISARDA. Y a un jumento, por lo necio; aunque, pues no os hice mal, seguro estás.
- TRISTÁN. Y con esto, en lo que es criar halcones es únicamente diestro, y en hacer un capirote, curioso por todo extremo.
- LISARDA. Para capirotos. Duque, Amor, porque los ha puesto al más famoso nebli, que fué cometa del viento; aunque interés y codicia más de una vez los han hecho a damas, y aun a jueces.
- TRISTÁN. ¡Calla, ignorante!
- LISARDA. No quiero. Una vez les puso Amor un capirote a dos viejos, con que los apedrearón: del papel sagrado es esto. No fué malo el de Alejandro, que se llamó, cuando menos, hijo de Júpiter sacro; ¡oh, qué tal se le pusieron sus vitorias a Aníbal y sus glorias a Pompeyo!; uno puso el propio Amor a Narciso, aquel mancebo que inventó los aladares. ¡Mal fuego se encienda en ellos! que anduvo de selva en selva muerto de amor y deseo de sí mismo.
- ALBERTO. ¡Extraño loco!
- LISARDA. ¿Qué capirote más ciego que el del poeta Tamiras, pues que tuvo atrevimiento de desafiar las Musas? Pero ellas, por el exceso, le sacaron los dos ojos.
- TRISTÁN. Si no callas, te prometo de hacer en tí gran castigo. Digo, señor, que, pues vengo más a ocasión de tristeza que de alegría, hoy me vuelvo con mi loco.
- ALBERTO. No es razón, porque tengo más contento que antes de prender al Conde.
- LISARDA. Sin que juréis os lo creo. Linda cosa es la venganza. ¡Vengaos, matale!
- ALBERTO. Y tan presto, que no pasarán dos días.
- LISARDA. Muchos son; matale luego, que, por mi fe, que la ira buen capirote os ha puesto.
- ALBERTO. ¿Cómo te llamas?
- LISARDA. ¿Yo?
- ALBERTO. Sí.
- LISARDA. Valor.
- ALBERTO. ¿Valor?
- LISARDA. Y le tengo para conquistar el mundo.
- ALBERTO. Valor amigo, yo quiero que seamos muy amigos.
- LISARDA. Sabe Dios a lo que vengo, que como soy cazador, si al nebli de mis deseos puedo quitar las pigüelas, ¡pardiez, que ha de dar tal vuelo que no le alcancéis de vista!
- ALBERTO. Pájaros tengo tan buenos, que no hay príncipe en Europa que no me escriba por ellos.
- LISARDA. Uno sólo quiero yo, que dicen que si le suelto ha de alcanzar una garza que anda ahora por el cielo.
- ALBERTO. Mi hija Otavía, Valor, está triste del suceso del Conde.
- LISARDA. Y tiene razón.
- ALBERTO. ¿Por qué, Valor, si yo puedo con mejor marido honrarla?
- LISARDA. Porque en viendo casamiento hay mujeres como niños a quien dan zapatos nuevos, que todos les vienen bien, y en poniéndole el primero, con aquél quiere quedarse.
- ALBERTO. Que has de entretenerla creo, y pues que tantas y tienes otras mil gracias, te ruego que consueles su tristeza.
- (Vase el Duque.)
- LISARDA. ¡Ah, señorita! ¿qué es esto? Mire que dice su padre que vengo a ser su consuelo. ¿En qué piensa?, ¿qué imagina? ¿Cifróse el poder inmenso de Dios en el conde Carlos? ¿No hay otros mil caballeros? ¿No os quedan los doce Pares,

Calainos y Gayferos,  
Oliveros y Roldán,  
que jugara con Rugero  
a la pelota por vos?  
Porque es tan antiguo el juego,  
que ha tres mil años, y más,  
y Roldán ha mucho menos.  
¿No respondéis? ¿Qué tenéis?  
¿Queréis que os cante?

OTAVIA. Sospicho

que fuera mejor llorarme.

LISARDA. Alzad los ojos del suelo,  
porque las grandes fortunas  
son para los grandes pechos.  
¿Queríades mucho al Conde?

OTAVIA. Como a mi esposo le quiero.

LISARDA. Pues ¿vistele?

OTAVIA. Cuando entraba.

LISARDA. ¿Y qué os pareció?

OTAVIA. No pienso  
que haya formado en la tierra  
más linda persona el cielo.  
Mira tú, Valor amigo,  
¿qué puedo hacer, si le pierdo?  
Tener mi nombre.

LISARDA. ¿Valor!

OTAVIA. Ya ¿qué valor tener puedo?

LISARDA. El de mujer bien nacida,  
que si vos queréis, yo entiendo  
que le daréis libertad,  
como otras muchas han hecho.  
En las historias de España,  
y en otras mil, hay ejemplos  
de mujeres valerosas  
que estando sus dueños presos  
los sacaron y llevaron

OTAVIA. por los montes con los hierros.  
¿Si yo pudiera intentarlo,  
aunque mi padre, soberbio,  
me quitara cien mil vidas,  
sacara mi amado dueño  
de la prisión donde está!

LISARDA. La obligación os concedo,  
pues está preso por vos;  
mas no os faltaría remedio.

OTAVIA. No tengo de quién fiarme.

LISARDA. Fíaos de mí, que a eso vengo.

OTAVIA. Pues ¿quién eres, que pareces  
cuerdo?

LISARDA. Por penas soy cuerdo.

OTAVIA. ¿No eres loco?

LISARDA. Puedo hablar?

OTAVIA. Puedes, si eres quien sospecho.

LISARDA.

Yo soy, Otavia, Enrique de Sajonia,  
primo de Carlos, hijo de madama  
Felicía, agora reina de Polonia;  
más por la obligación que por la fama,  
vine a estas bodas, por hacer en ellas  
lo que en la corte ostentación se llama;  
dióme colores una de las bellas  
señoras que ve el Sol en cuanto gira,  
y sus celos me dió también con ellas.

Vine con Carlos, a quien hoy la ira  
del Duque quiere dar injusta muerte,  
cosa que al cielo y a la tierra admira;

Amor entonces lo que ves me advierte;  
líjome loco para entrar a hablarte,  
porque fuera imposible de otra suerte;  
si quieres a su bien determinarte,  
aquí tendrás mis brazos y mi vida,  
que por el conde Carlos vengo a darte;

los dos podréis ponerlos en huida,  
donde el primero nicto hará las paces;  
si no, serás de un ángel homicida.

Pero, si le defiendes, satisfaces  
tu obligación y quedas por quien eres,  
con el laurel que a tus virtudes haces,  
y yo con el valor de las mujeres.

OTAVIA. Enrique, fuera de mí  
y con Carlos en el pecho,  
la relación que me has hecho  
enamorada advertí.

Alabo tu gran valor,  
y tu amor, Enrique, alabo,  
por quien entender acabo  
cuál es la fuerza de amor.

De menos conocimiento  
es el mío, claro está,  
mas yo sé que vencerá  
tu amoroso atrevimiento.

El tirano padre mío  
de Carlos me enamoró,  
por marido me lo dió,  
y que lo ha de ser confío.

Para prenderle ha tomado  
por instrumento mi amor  
y, infamando su valor,  
le ha vendido y me ha burlado.

Aquí he tenido con él  
palabras en que podría  
conocer que no sería  
con Carlos sólo cruel;  
pero en duda, intentaremos  
darle los dos libertad.

pues con una voluntad  
sangre y vida le ofrecemos;

tú, por amigo, has de ser  
dueño desta hazaña honrada;  
yo, por mujer, obligada,  
pues soy de Carlos mujer.

LISARDA. ¡Máden tu nombre, Otavia,  
plumas, mármoles, pinceles  
con los eternos laureles  
de mujer valiente y sabia!

que con esa confianza  
osé venir a poner  
en firmeza de mujer  
dos vidas y una esperanza.

Soy hombre, y estoy corrido  
de que venzas mi valor,  
mas siempre fué vuestro amor  
a nuestro amor preferido.

Aquí no queda lugar  
de pensar más que un engaño;  
resulte en provecho o daño,  
éste se ha de ejecutar:

tú has de entrar a ver al Conde  
comprando con un tesoro  
la entrada, que para el oro  
ninguna puerta se esconde;

yo, en forma de loco, tengo  
de entrar contigo también,  
que no hay sospecha en que den,  
en el hábito que vengo;

lo demás sabrás después;  
y plega al cielo que sea  
como mi pecho desea,  
que aún es más de lo que ves.

Si no te hallas con el oro  
que digo, yo te daré  
tales joyas, que no esté  
seguro el mayor decoro;

las guardas habla, y de pechos  
de diamantes no te espantes;  
diamantes labran diamantes,  
unos con otros deshechos.

OTAVIA. No le menester más que dicha,  
oro me sobra. El que viene  
contigo, ¿quién es?

LISARDA. Quien tiene  
en sus hombros mi desdicha;  
es Atlante de mis penas.

OTAVIA. ¿Su cierto nombre?

LISARDA. Tristán.

OTAVIA. ¿Tristán!

TRISTÁN. ¿Señora?

OTAVIA. Aquí están

dos piedades de amor llenas.  
una, de un perfecto amigo,  
y otra de una mujer noble.

TRISTÁN. Segura de trato doble  
puedes intentar conmigo  
la más atrevida hazaña,  
de más de ser tan piadosa  
que te han de llamar famosa  
Italia, Francia y España:

el hábito en que está Enrique  
es seguro para hablarte;  
Amor no hay industria ni arte  
que no busque y que no aplique

Ven a dar tu nombre ilustre  
a la fama que provocas  
ya con el bronce en mil bocas,  
porque corone y ilustre

*el valor de las mujeres,*  
con envidia de los hombres.

OTAVIA. Hoy ganaremos tres nombres.

TRISTÁN. Basta el que a tu fama adquieres.

OTAVIA. Enrique, de amigo honrado  
y el mejor que puede ser;  
yo, de la mejor mujer,  
y tú, del mejor criado.

*Salen ADRIÁN y cuatro soldados: LIDIO, BRUNELO,  
TACIO, LEANDRO y una caja de guerra.)*

ADRIÁN.

Cuidado y vigilancia son los ojos,  
con que pintó la antigüedad las velas.

TACIO.

Arrimo a la pared desta muralla  
el señor arcabuz.

LIDIO.

Cimientos tiene  
para tener a los demás.

BRUNELO.

¿Qué hace  
de encarecer el Capitán la guarda,  
 viniendo el Conde a solos casamientos?

LIDIO.

¿Si le querra matar?

BRUNELO.

Así lo dicen.

LIDIO.

¿Oyelo el Capitán?



BRUNELO.

Está mirando  
divertido la puerta de la torre.

LIDIO.

Pues ¡vive Dios, que es un bellaco Alberto!

TACIO.

¿Hase visto mayor tacañería?

BRUNELO.

¡Que por vengarse de su padre Albano,  
que a las mejillas le aplicó la mano,  
finja casar a Otavia con el Conde,  
y le traiga a su casa desta suerte  
para prenderle y darle injusta muerte!

TACIO.

Brunelo, poco a poco de los príncipes,  
que como tienen tantos lisonjeros,  
nunca les cuentan, honran ni encarecen  
a los que dicen bien de sus virtudes,  
sino a los que sus vicios vituperan;  
si le matare, mátele, no importa;  
un Alcalde Mayor está en el cielo,  
a quien se apela del poder del snelo.

LEANDRO.

¿Por qué le ha de matar?

TACIO.

Porque los reyes  
pueden hacer y deshacer las leyes.

LIDIO.

Muerto quedé cuando mandó prendelle  
y le vi tan gallardo y bien criado.

BRUNELO.

Todo el pueblo murmura.

TACIO.

El pueblo hace  
como pueblo y canalla.

LIDIO.

Por lo menos,  
cuando suben al cielo muchas voces,  
no están seguros los que son la causa.

BRUNELO.

Pon esa caja, y metan paz los huesos,  
cuyos puntos le den por los carrillos  
al que los inventó.

(Sale TRISTÁN.)

TRISTÁN.

Señor Alcaide,

una palabra oíd.

ADRIÁN.

¿Quién os envía?

TRISTÁN.

Otavia, mi señora, quiere hablaros.

ADRIÁN.

No me puedo quitar de aquesta puerta.

TRISTÁN.

Ni hay para qué, pues ella, rebozada,  
os viene a ver.

(Sale OTAVIA con una mantellina y un sombrero, y  
LISARDA, de loco.)

ADRIÁN.

¿Qué es esto, mi señora?

OTAVIA.

Alcaide, el justo amor de mi marido.

(Jugando las soldados en la caja, hablan entre sí:)

BRUNELO.

Tiene mucha razón, que le ha perdido.

LIDIO.

Pues tomo el dado yo.

ADRIÁN.

¿Vuestra excelencia  
viene de aquesta suerte con un loco?

LEANDRO.

A quien tanto ha perdido, todo es poco.

OTAVIA.

Con esto se encarece el amor mio;  
a vuestros pies me vengo a echar, Alcaide.

LEANDRO.

¿Qué humilde está quien pierde!

BRUNELO.

Más aviso.

ADRIÁN.

Señora, ¡vive Dios, que al Conde os diera,  
por tal piedad, como traición no fuera!

BRUNELO.

Es un bellaco el que inventó los dados.

OTAVIA.

No os pido al Conde yo, que sólo quiero que os sirváis desta caja de mis joyas, y me dejéis entrar a hablar al Conde.

TACIO.

Quien oye la razón, cortés responde.

ADRIÁN.

No puedo yo, señora, ni es posible.

BRUNELO.

Azar.

OTAVIA.

Tomad las joyas, que algún día será Otavia señora deste Estado y me habréis menester.

ADRIÁN.

Estoy turbado.

Por vos las tomo, y por mi gran pobreza.

BRUNELO.

Siete y llevar.

ADRIÁN.

Entrad sin que esta gente, que está jugando divertida ahora, os pueda ver ni murmurar, señora.

TACIO.

Todo lo veo, y juegue limpio.

OTAVIA.

Entremos.

Valor, a ver al Conde mi marido.

LISARDA.

¡Pardiez, entremos!

OTAVIA.

¡Qué ventura ha sido!

BRUNELO.

¡Soy venturoso yo!

ADRIÁN.

¡Qué no corrompe el oro? Pero, en fin, no ha sido yerro, que Otavia será presto nuestro dueño, y por ventura el Conde, aunque esta preso; que el Duque no querrá matar al Conde.

TACIO.

Quien gana, él se pregunta y se responde.

ADRIÁN.

¡Qué pueda tanto Amor que venga Otavia, soldado amigo, con aqueste loco, con ser mujer tan grave, honesta y sabia!

TRISTÁN.

Quien ama, honor y vida tiene en poco; y siendo su marido, ¿en qué se agravia?

ADRIÁN.

A piedad justamente me provoco.

TRISTÁN.

Es muy piadoso el recibir, que tiene efetos de ablandar...

TACIO.

Otro azar viene.

BRUNELO.

¡No juego más, pesar de los bellacos huesos! ¡Al fin, de un animal con cuernos! ¡En el cañón me han de servir de tacos!

TACIO.

Alguno habrá que le parezcan tiernos.

TRISTÁN.

La codicia ha rotpido muchos sacos, da siempre mala cuenta de gobiernos. Otavia sale, y disfrazado el Conde.

*Salen OTAVIA, y el Conde con el capote de LISARDA.*

CARLOS.

¡Cielos, favor!

OTAVIA.

Detrás de mí te escondes...  
Alcaide, adiós.

ADRIÁN.

Adiós, señora mía.

OTAVIA.

Este favor escribo en la memoria, y sé que ha de importaros algún día.

TRISTÁN.

Caminad por aquí.

ADRIÁN.

La mayor gloria  
de Amor es ver su dulce compañía;  
preso está el Conde, que ha de dar historia  
trágica al mundo con su injusta muerte,  
si no es que el tiempo nuestra paz concierte.

¡Alerta, hola, soldados!, que aunque el Conde  
está tan lejos de su patria y gente,  
no se puede saber qué engaño esconde  
el temor de la vida diligente;  
Roma con mil ejemplos nos responde,  
Grecia también; por eso es bien que intente  
la vigilancia en militares cargos  
vestir las armas de los ojos de Argos.

BRUNFLO.

Descuida de nosotros, que si fuera  
Dédalo el Conde, y de infinitas sumas  
camino al aire en cuerpo humano hiciera  
y en los rayos del sol mezclara plumas,  
de la torre en que vive no la viera,  
ni le dieran sepulcro las espumas  
del mar, adonde yace aquel mancebo  
ave con alma, y pez con plumas nuevo.

ADRIÁN.

Contento estoy de ver vuestro cuidado;  
sirvase el Duque, justo o injusto sea.

TACIO.

El suceso es del vulgo murmurado;  
mas ¿qué perdonará, que sepa o vea?

ADRIÁN.

Han hecho los políticos estado  
cualquiera hazaña ignominiosa y fea  
que a la conservación importe, y tanto  
que eso juzgan por justo, honesto y santo.

*(Sale el Duque.)*

ALBERTO. ¡Capitán!

ADRIÁN. ¿Señor?

ALBERTO. Yo vengo  
determinado a matar  
al Conde.

ADRIÁN. A lisonjear  
temor y vergüenza tengo;  
pero no sé qué consejo  
tienes para lo que intentas.

ALBERTO. El que me dan las afrentas  
que miro en mi propio espejo.  
Crueldad parece y no es,

pues que doy satisfacción  
al mundo.

ADRIÁN. No hay opinión  
que no la ponga a los pies  
la verdad, a quien ayuda  
el tiempo.

ALBERTO. ¿Tiempo en agravio,  
ni verdad?

ADRIÁN. Dicen que el sabio  
consejo y consejos muda.

ALBERTO. Entra, soldado, por él,  
y tú preven la pistola.

BRUNFLO. Yo voy.

ALBERTO. No es mi hazaña sola  
la que parece cruel;

no soy Claudio, ni Nerón,  
ni hago al claustro soberano  
con el incendio romano  
fiestas en esta ocasión;

no echo a fieras cautivos,  
en teatro o coliseo,  
ni en el toro Perileo  
enciendo los hombres vivos.

Un hombre quiero matar;  
¿es mucho, si me ha ofendido?  
A un poderoso atrevido,  
¿quién le puede replicar?

ADRIÁN.

*(Salen BRUNFLO, y LISARDA con una capa y sombrero.)*

BRUNFLO. ¡Extraña ha sido la traza!  
¡Sal fuera!

ADRIÁN. Confuso estoy.

LISARDA. Ya os digo que yo no soy  
ni conde, ni calabaza.

ALBERTO. ¿Qué es esto?

BRUNFLO. Que en vez del Conde,  
el loco Valor hallé.

ALBERTO. ¿Cómo?

BRUNFLO. Que el Conde se fué.

ALBERTO. ¿Qué es esto, Adrián? ¿Responde!

ADRIÁN. Señor.

ALBERTO. ¿Agora turbado?

ADRIÁN. Aquí vino mi señora,  
y con este loco ahora  
a ver su marido ha entrado;

pero yo la vi salir  
también con el mismo loco.

ALBERTO. ¡Ese era el Conde! ¿Tan poco  
quisiste, Alcáide, vivir?

¿Dispárale esa pistola!

*(Dispárale un soldado.)*

ADRIÁN. ¡Muerto soy! Matóme el oro.

*(Vase.)*

LISARDA. ¡Hola!, quitálde el tesoro  
causa de su muerte sola;

sacalde, que hallaréis  
una mina en él, soldados.

ALBERTO. Mis afrentas y cuidados,  
¡cielos!, sin razón crecéis.

No debo culpar a Otavía;

la misma verdad responde:

dile por marido al Conde,

fué heroica mujer, fué sabia.

¡Perro! ¿Cómo entraste aquí?

LISARDA. Vos lo sois, pues que rabiáis,  
que ese nombre que me dais  
no me viene bien a mí.

Díjome aquella doncella

que viniésemos acá,

donde su marido está;

¡pardíós!, que vine con ella.

eso no lo negaré;

habláronse de secreto

y sacó del falso peto

un limón, o no sé qué;

comenzó a hacer en los grillos

¡chique, chique!, y fué de modo

que se cayó el hierro todo;

y harto me pesó de oídos

amores que se dijeron,

dulzuras con que se hablaron,

con que en celos me abrasaron

y un rato llorar me hicieron;

dióme de larato a mí

el Conde un abrazo, y fuése.

ALBERTO. ¡Que Otavía este engaño hiciese  
por el Conde!

LISARDA. Yo los vi  
de la manera que os digo,  
y estoy ciego de llorar;

ved que me quieren dejar,

siendo yo su grande amigo.

Así Dios os guarde, Duque,

que me matéis; no queráis,

si con vida me dejáis,

que el alma se me trabuque.

Estoy, aunque soy león,

ahora con la cuartana;

si no los hallo mañana,

contadme *kyrieleyson*.

¡Oh, bellacos, cuáles van  
haciendo burla de vos!

ALBERTO. ¡Seré un tigre, pues los dos  
pienso que a la mar irán,  
y me llevan el honor!

LISARDA. Pues ¿no me matáis a mí?

ALBERTO. ¿Qué sirve matarte a ti,  
Valor, sin algún valor?

LISARDA. ¿No veis que soy el culpado  
y el que les di la invención?

ALBERTO. Con esa misma razón  
me has muerto y te has disculpado.

LISARDA. ¿Luego pensáis que lo digo  
de burlas?

ALBERTO. ¡Vete, inocente!

*(Vase el Duque con los soldados.)*

LISARDA. ¡Que esté la muerte presente  
y huiga porque la sigo!

¡Ah, que no merezca un triste

la muerte! ¡Extraño pesar!

¡Que se me haga de rogar

la que ninguno resiste!

¡Ay, Carlos mío! ¿qué puedo  
hacer por ti?

*(Sale TRISTÁN.)*

TRISTÁN. Con temor  
te vengo a buscar.

LISARDA. Mi amor  
no tiene a la muerte miedo,

y es tan eficaz razón,

que no me quiso matar

el Duque.

TRISTÁN. Ya está en la mar  
Carlos.

LISARDA. ¡Buenas nuevas son!

TRISTÁN. Halló fletada una nave,

y ya quieren dar las velas,

que es calzarse las espuelas

y hacelle viento suave.

Sólo te aguardan a ti,

aunque con desconfianza,

que no tienen esperanza

de tu vida.

LISARDA. Nunca vi

que a quien vivir no desea

falta vida que vivir,

y a quien huye de morir,

que larga su vida sea;

no quiso el Duque manchar

su espada en un inocente,

por más que atrevidamente

le intenté desengañar,  
con deseo de morir.

TRISTÁN. Ven al mar, que en la ribera  
te esperan.

LISARDA. ¡Oh, quién pudiera.  
Tristán, morir y vivir!

Morir por no ver gozar  
la bella Otavia del Conde,  
y vivir por ver adónde  
mi engaño viene a parar.

TRISTÁN. ¿Para qué matarte quieres?

LISARDA. Porque esa sola me niega  
Amor, y el ver dónde llega  
el valor de las mujeres.

*(Vanse. Solo el Duque con los soldados.)*

BRUNELO. Muy ciertas las señas son.

LEANDRO. Es imposible embarcarse,  
señor, con tal brevedad.

ALBERTO. Desde estas rocas que bate  
el mar soberbio veremos  
qué vela extranjera sale.

LIDIO. Muy lejos se ven algunas.

TACIO. Desde aquí parecen aves,  
alas el lienzo, las jarcias  
plumas.

BRUNELO. ¡Oh, qué hermosa nave  
iza las pardas antenas  
y quiere dar el velame[n]  
al fresco viento!

ALBERTO. Sin duda  
lleva al Conde.

*(Dé una vuelta una nave, que está en lo alto del  
vestuario, con música, y véanse OTAVIA y el CONDE,  
saliendo TRISTÁN y LISARDA al mismo tiempo.)*

LISARDA. No te espantes  
si de mis voces las olas  
ofendidas se retraen.

TRISTÁN. Esta es la nave, y aquél  
parece el Duque, su padre.

ALBERTO. ¡Ah de la nave, ah soldados!

TRISTÁN. Señas con un lienzo hace.

CARLOS. ¡Ah de la tierra! ¿Quién es?  
¿Es Enrique? Si lo es, parte  
piloto con ese esquife  
para que luego se embarque.

ALBERTO. No es Enrique, ni yo sé  
quién es Enrique.

CARLOS. Pues hazte  
a la larga, o haré luego  
que un esmeril te disparen.

ALBERTO. ¿Eres tú el Conde?

CARLOS. Yo soy.

ALBERTO. ¡Carlos, oye!

CARLOS. ¿A quién, que es tarde?

ALBERTO. Al duque Alberto.

CARLOS. No creo  
yo que el Duque venga a hablarme.  
¡Hijo, yo soy!

CARLOS. ¿Hijo ahora?

ALBERTO. ¡Hijo, escucha!

CARLOS. Siempre en tales  
persecuciones Saúl,  
con lágrimas semejantes,  
hijo llamaba a David.

ALBERTO. ¡Vuelve, vuelve, Carlos; baste!  
Mi arrepentimiento mira,  
que el cielo lo mismo hace:  
malos consejos me dieron  
para prenderte y matarte;  
ya he cumplido con mi honor  
y con quien mi agravio sabe:  
ven, Carlos; ven, hijo mío,  
para que luego te case  
con Otavia.

CARLOS. Hay en Egipto  
un animal semejante,  
que llora a los pasajeros,  
y viniendo a consolarle  
hace pedazos sus cuerpos.

ALBERTO. ¡No quiera Dios que te pague  
tan mal lo que tu mereces!  
sino que luego te abraze  
y te dé besos de paz.

CARLOS. No quiero yo que me engañes  
como a niño; vete, Alberto,  
y si no te satisfaces  
con que yo soy yerno tuyo,  
haz que tus naves se armen  
de gente y de bastimentos;  
ven a mi tierra.

ALBERTO. No alabes  
tu nobleza, pues castigas  
y no perdonas.

CARLOS. ¿No caes  
en que tú no la tuviste  
cuando intentaste matarme?  
¡Ah, hija Otavia!

ALBERTO. ¡Señor!

OTAVIA. Ruega a Carlos que se ablande.  
Dice que teme.

ALBERTO. ¿Qué teme?

OTAVIA. Que le mates.

ALBERTO. ¿Que le mate?

- OTAVIA. Si, señor; porque de ti  
¿cómo puede ya fiarse?
- ALBERTO. ¿Así, con un extranjero,  
has hecho tu honor infame?
- OTAVIA. ¡Tú sabes que es mi marido!  
Tú me lo diste, ¿y no sabes  
que hasta que esto se confirme,  
el Conde no ha de forzarme?
- ALBERTO. ¿Qué sé yo si querrá el Conde  
de mis agravios vengarse?
- CARLOS. ¡Estas lágrimas te muevan!
- OTAVIA. Otavia, no es bien que aguarde;  
mira que así me entretienen  
para que mejor me alcancen.

(Dentro, chusma.)

- CHUSMA. ¡Iza, camina, San Jorge!
- CARLOS. ¡San Juan!
- CHUSMA. ¡Ea!
- ALBERTO. Ya que se parten,  
estoy por seguirlos muerto  
y en las ondas arrojarle.  
¡Que ahora están en Dalmacia  
mis naves! Pero ¿en qué parte  
se puede esconder el Conde?

(Vase el Duque.)

- TRISTÁN. ¿Hay desdicha semejante?  
¡Ellos se parten sin ti!
- LISARDA. No hayas miedo que me falte  
muerte con menos dolor,  
pues no la habrá que se iguale  
a ver en brazos del Conde  
a Otavia.
- TRISTÁN. Deso no trates,  
porque no estando casados,  
ni amándola Carlos antes,  
es imposible.
- LISARDA. ¡Ay, Tristán!  
¿qué guardas tiene una nave,  
qué defensas y murallas,  
qué rejas?
- TRISTÁN. La lealtad grande  
de un señor, y la virtud,  
que en mujeres principales  
asiste por su defensa.
- LISARDA. Tú me consuelas en balde:  
una nave no es ciudad,  
ni tiene plazas, ni calles,  
donde no la verá siempre.  
¿Quién dirá que no la hable?
- ¿Quién le estorbará que toque  
sus manos?
- TRISTÁN. Innumerables  
causas de vergüenza y miedo  
y de respetos iguales.
- LISARDA. ¡Qué necias cosas me dices,  
Tristán! Yo quiero matarme,  
que esto de perder el seso  
no quiero que a nadie canse;  
yo me voy por esas rocas:  
desde ahora tengo de echarme.
- TRISTÁN. Si yo no tuviera manos  
y el cielo piedad.
- LISARDA. ¡Que baste  
el valor de las mujeres  
para desdichas tan graves!
- TRISTÁN. La más flaca, la más vil  
puede ser basa de jaspe  
en fortaleza y virtud;  
hoy de su alabanza sale  
el triunfo; ¡mujeres, vitor!  
Quien hoy no las alabare,  
y aun mañana, ¡plega a Dios  
que mi maldición le alcance!

### ACTO TERCERO

(Salen LUCINDO y FINO con bastones de Generales,  
cajas y soldados.)

- FINEO. Prósperamente camina  
la razón, de honor armada.
- LUCINDO. La condición más airada  
del mar sus montes le inclina.
- FINEO. Pierde su ferocidad  
en estas venganzas solas,  
porque sus gigantes olas  
se humillen a la verdad.
- LUCINDO. ¡Mucho te debe mi hermano,  
oh, generoso Fineo!
- FINEO. Aunque en libralle me empleo,  
también de mi parte gano;  
desde que te descubri  
quién era, Lucindo, sabes  
mi pecho, y cosas más graves  
osara fiar de ti;  
pretendo que Otavia sea  
su mujer, porque me aguarde  
la ventura de Lisarda,  
si él en Otavia se emplea.  
Un embajador envió  
a conquistar su rigor,

que obligarla con mi amor  
constantemente porfio;

deseo dar libertad  
al Conde, y verle casado,  
por estar asegurado  
de mi ciega voluntad.

Hice esta gente que ves,  
que con la tuya acompaño.

LUCINDO. Yo no te tratara engaño  
por todo humano interés.

Libra al Conde, y está cierto  
que será de Otavia esposo.

FINEO. Alberto viene furioso  
a defendernos el puerto.

LUCINDO. Antes de paz, que sin duda  
nos ha cobrado temor.

FINEO. Habrá mudado el rigor,  
que el tiempo todo lo muda.

(Sale ALBERTO y gente.)

ALBERTO.

Como llegó la fama anticipada,  
príncipes nobles de la causa justa,  
de haber juntado esta famosa armada,  
vengo a deciros que es ahora injusta.  
Volved al mar, y a deponer la espada;  
que el Conde que buscáis, en una fusta,  
ave del mar, y de los vientos nube,  
ya con Otavia sus montañas sube.

Sacóle (1) de la torre, lastimada  
como mujer valiente y generosa;  
que la virtud más alta y celebrada  
de la mujer fué siempre ser piadosa.  
Quise mudar la condición airada,  
pero no fué mi fuerza poderosa,  
por más que en las orillas con mis voces  
las altas olas amansé feroces.

Ellos van, como digo, navegando,  
y yo, cuando a mirar la mar diciendo,  
lágrimas y suspiros exhalando,  
vivos cometas por el aire enciendo;  
si le queréis seguir, decidle, cuando  
veáis a Carlos, que su bien pretendo  
y que le quiero ya por hijo mío,  
pues que mi sangre y vida le confío.

FINEO.

¿Que Carlos está libre?

LUCINDO.

¿Que mi hermano  
tiene ya libertad y a Otavia lleva?

ALBERTO.

A mí me pesa de tan cierta nueva.

LUCINDO.

Pues, Marqués, yo me parto en busca suya:  
vuelva mi gente al mar, y el Duque advierta  
que ya es su hijo el Conde, y que sin esto  
será bueno tenerle por amigo.

FINEO.

No es tiempo de traer a la memoria  
del Conde la prisión; parte, Lucindo,  
en busca de tu hermano, que yo quiero  
dar vuelta con mi gente a mis Estados.

LUCINDO.

¡Guárdate el cielo y logre tus deseos,  
que el Conde y yo quedamos obligados,  
Marqués, a tu servicio eternamente.

FINEO.

Lucindo, adiós.

LUCINDO.

¡Embárguese mi gente!  
¡A costa lanchas, llega presto a tierra!  
¡Gran bien, sin armas acabar la guerra!

(Vase LUCINDO.)

FINEO. Estarás, Duque, afligido  
por el ausencia de Otavia.

ALBERTO. Siento el ver que no me agravia  
el Conde, aunque me ha ofendido;  
porque dándole ocasión  
dirá que está disculpado.

FINEO. Fuiste mal aconsejado,  
Alberto, en esta prisión.

En fin, supo su mujer  
dar al Conde libertad.

ALBERTO. Conmigo usó de crueldad,  
que le he dado vida y ser.

FINEO. ¡Cuánto a las mujeres deben  
los hombres!

ALBERTO. No yo.

FINEO. ¿Por qué?

ALBERTO. Por este ejemplo.

FINEO. Amor fué;  
por él con razón se atreven.  
La más humilde mujer

(1) En la edición: *sacóla*.

tiene divino valor.  
ALBERTO. Si era primero mi amor,  
poco les pienso deber.

(Sale ESTACIO.)

ESTACIO.

Dame tus pies.

FINEO.

¿Quién es?

ESTACIO.

Estacio.

FINEO.

¡Amigo,

mil veces seas bien venido!

ESTACIO.

Creo  
que ya no lo seré, señor, contigo.

FINEO.

En tus palabras mis desdichas veo.

ESTACIO.

Entré en Bisela, y todo el orden sigo,  
con que ya me previno tu deseo:  
voy a palacio, y sale entre la guarda  
Lucrecia, hermosa hermana de Lisarda;  
infórmome de todo y, finalmente,  
dicen que el conde Carlos se ha llevado  
a Lisarda, y la tiene ocultamente

FINEO.

¿El Conde?

ESTACIO.

En una villa de su Estado:  
Lucrecia, con las nuevas insolente,  
tiene, con pocas armas, usurpado  
el nombre de duquesa de Bisela (1).

ALBERTO.

Luego el querer a Otavia fué cautela?

FINEO.

¿Pues no lo ves, y que a Lisarda tiene?

ALBERTO.

De las mujeres ¿qué dirás ahora?

FINEO.

Que cuando Amor a conquistarlas viene,  
tendré la más leal por más traidora.

ALBERTO.

Hacerle guerra al Conde me conviene.

FINEO.

Yo con mi gente, siempre vencedor,  
iré contigo.

ALBERTO.

En la ciudad entremos.

FINEO.

¡En bien y en mal, mujeres, sois extremos!

(Salen LISARDA y TRISTÁN.)

TRISTÁN. ¡Mal nos ha tratado el mar!

LISARDA. De mar, a mal corresponde.

TRISTÁN. Esta es la tierra del Conde.

LISARDA. Pues no la quiero besar;  
aunque, por ver si es veneno,  
quiero ponerle la boca.

TRISTÁN. Los celos te vuelven loca.

LISARDA. El nombre, Tristán, condeno:  
no son celos mis agravios,  
que si el Conde tiene a Otavia,  
no se llama lo que agravia  
celos, entre amantes sabios;  
fuése, y dejóme en la orilla  
del mar, ¡ingrato y villano!

TRISTÁN. Eso no estuvo en su mano.

LISARDA. ¿Cuál fué mayor maravilla:  
quedarme a morir por él,  
o el esperarme en la mar?

TRISTÁN. Si no te pudo esperar,

¿en qué fué Carlos cruel?

En los principios errados  
consiste todo el error:  
si le dijeras tu amor,  
tuvieran fin tus enojados.

Vienes como hombre a querer  
a un hombre, llámaste Enrique,  
¿cómo quieres que se aplique  
a amar lo que no es mujer?

Toda la culpa tuviste,  
no tienes de qué quejarte.

LISARDA. De aquesta roca en la parte  
que al mar las olas resiste  
se descubre una cabaña.

TRISTÁN. Será de algún pescador

(1) En la edición: *Riseia*.



o ganadero pastor  
desta bárbara montaña.

LISARDA. ¿Tendrá de comer?  
TRISTÁN. Tendrá;  
aquí me aguarda.

LISARDA. Aquí espero  
mirando el mar, que, ligero,  
ya se viene y ya se va.

TRISTÁN. Siéntate, pues, entre tanto,  
en esa peña.

LISARDA. Si baré,  
o en ella me subiré  
a ver el mar de mi llanto!

(Vase TRISTÁN. Súbase [LISARDA] en una peña que  
estará a un lado del teatro.)

A lo menos, a arrojar me  
desde ella al agua, que estoy  
de suerte que a pensar voy  
que aun no he de poder matarme.

No me ha dejado Tristán,  
y apartéle con engaño;  
que es la muerte el menor daño  
a los que muriendo están.

¡Olas del mar Oceano,  
que con escalas feroces  
de sierras de agua asaltáis,  
como gigantes inormes,  
las murallas de los cielos  
para impedir que se borden  
por sus azules almenas  
de los ojos de la noche;

yo soy Lisarda, yo soy  
una mujer que se pone  
en vuestra piedad pidiendo  
a vuestras aguas salobres  
sepultura, pues la muerte  
solamente me socorre.  
¡Dadme, piadosas, licencia  
para que en ellas me arroje!  
El Conde se lleva a Otavia,  
mi vida se lleva el Conde,  
¡ya no me queda remedio!

(Dentro "¡Amaina, amaina!")

Voces oigo; ¿quién da voces?  
Allí se pierde una nave,  
ya el mar las jarcias le rompe;  
la gente pide piedad  
al cielo desde los bordes.  
Suspendido se ha mi pena,  
con sus lástimas abrióse.

Ya cubren el mar las velas,  
los cables y municiones;  
ya la miserable gente  
va por las aguas, adonde  
la muerte sirve de puerto,  
¡mar que cuanto vive sorbe!

(Den muchos gritos juntos, y digan dentro:)

CARLOS. ¡Cielos, piedad; piedad, cielos!

LISARDA. ¡Qué lastimosos clamores!  
No queda jarcia, ni lona,  
que el campo del mar no entolde;  
cuál va de la gavia asido,  
cuál al corredor se acoge.  
¡Oh, casa sin fundamentos,  
qué presto te descompones!  
Allí veo un bulto negro.  
¡Plega a los cielos que aborde  
a la orilla!, pues la cubre  
de bucos y caracoles.  
Mujer parece. ¿Qué haré?  
Entrar por ella, pues corre  
menos tormenta; que yo  
haré que la vida cobre,  
y moriré de camino  
para que la fama adorne  
del valor de las mujeres  
con esta bandera el bronce.  
Heroicas hazañas hice;  
ésta no quiero que borre  
las demás.

(Dentro:)

OTAVIA. ¡Cielos, piedad!

LISARDA. Mujer es; pues baste el nombre,  
que no sé si le ayudara,  
aunque el Amor me perdone,  
si hombre fuera, porque son  
ingratos todos los hombres.

(Sale TRISTÁN.)

TRISTÁN. ¡Qué diferentes cuidados  
tiene el mundo en su ambición!  
Ponen los que ricos son  
mil guardas y mil candados  
a las puertas de su casa.  
y aquí un pobre pescador  
la deja abierta al rigor  
de sólo el viento que pasa.  
Hallé en ella pobres redes,  
no qué hurtar, ni qué pedir;

¡dichoso tú, que vivir  
sin puerta y seguro puedes!

No hallé allí la libertad

del enfadoso portero,  
ni del cansado escudero  
la importuna gravedad;

hallé un perro, que aun apenas  
me ladró, ni defendió  
la entrada, ni se alteró  
de ver pisadas ajenas.

“¿Que esto, dije, te reporte?  
¿Que en verme entrar no reparas?  
A fe que tú me ladraras,  
si vivieras en la corte.”

¡Qué de perros hay allá!

Por cualquiera niñería,  
todo es ladrar noche y día  
al que viene y al que va;

si entró, porque entró; si sale,  
porque sale. ¡Qué crueldad!  
¿Qué oficio, verdad ni edad  
contra tantos perros vale?

Esta es la pena en que dije  
a Enrique...; mas, ¡ay de mí!  
mal hice en dejarle aquí;  
¡muerto soy, temor me afije!

No me acordé que comprendí  
dos o tres veces matarse.  
El quiso al mar arrojarle;  
dejéle..., ¡al mar se arrojó!

¡Enrique, Enrique! Responde  
el eco sólo en la mar,  
como mostrando el lugar  
adonde su cuerpo esconde.

¡Oh, nunca pluguiera a Dios  
fuera buscar de comer!  
Matóse, ¿qué puedo hacer?  
¡Muramos juntos los dos!...

Pero morir tan aguado,  
desatino me parece...  
Un bulto cerca se ofrece,  
todo de jarcias cercado.

¡Válgame el cielo, si es hombre!  
Hombre es sin duda, que el mar  
quiere a la orilla arrojar.

*(Sale el Conde sobre una tabla.)*

CARLOS. ¡Madre de Dios!, que este nombre  
es la mayor alabanza  
que os pueden dar tierra y cielo;  
entre tanto desconsuelo,  
¡sola vos sois mi esperanza!

TRISTÁN. ¡Llegó a la orilla! ¡Qué extraño  
portento! ¿Si es hombre?... Sí,  
asírlle quiero.

CARLOS. ¡Ay de mí!  
¿Aún me falta mayor daño?

TRISTÁN. Hombre soy, no tengas pena;  
descansa en mis brazos.

CARLOS. ¡Ay!

TRISTÁN. ¡Válgame el cielo, qué tray  
de algas, de ovas y de arena!  
Quiero el rostro descubrielle...  
Parece el Conde. ¡Si es él!  
Siéntate aquí

CARLOS. ¡Qué cruel  
muerte!

TRISTÁN. ¿Qué podré decille,  
que todo turbado estoy?  
Descansa, amigo.

CARLOS. Sí haré.

TRISTÁN. ¿Puedes hablar?

CARLOS. Bien podré.

TRISTÁN. ¿Eres el Conde?

CARLOS. Yo soy.

TRISTÁN. ¡Conde y señor!

CARLOS. ¿Tú conoces  
al Conde?

TRISTÁN. Aunque te han trocado  
las desdichas que has pasado;  
mas ¿cómo tú desconoces  
a Tristán, el que servía  
a Enrique?

CARLOS. ¡Amigo Tristán,  
tus brazos vida me dan!

TRISTÁN. Darte mi vida querria.

CARLOS. Alienta y dime qué es esto.  
Que con tormenta se abrió  
nuestra nave, y se perdió  
mi Otavia.

TRISTÁN. El cielo te ha puesto  
en salvo; déjate ahora  
de imaginar en Otavia,  
que aunque dama hermosa y sabia,  
virtuosa y gran señora,  
muchas hallarás; mas vida  
¿adónde hallarla pudieras?

CARLOS. De llegar a sus riberas,  
Tristán, la tengo ofendida.  
¿Qué hay de mi Enrique?

TRISTÁN. ¡Ay, señor!,  
lo que siempre te encubrí  
sabrás ahora.

CARLOS. ¡Ay de mí!  
¿Que aún me falta más dolor?

TRISTÁN. Enrique, el que te libró  
de peligros tan notables  
y con hechos memorables  
de la cárcel te sacó,  
no era hombre, era mujer.

CARLOS. ¿Enrique mujer?

TRISTÁN. Sin duda,  
que es Amor Ovidio, y muda  
nuestro sér en otro sér.  
Enamorada de ti,  
te sirvió y acompañó.

CARLOS. ¿Dijote quién era?

TRISTÁN. No.

CARLOS. ¿Por qué me encubriste a mi  
que era mujer?

TRISTÁN. Porque soy  
hidalgo, y guardé secreto.

CARLOS. ¿Que era mujer, en efeto?

TRISTÁN. Sí, Conde.

CARLOS. ¿Confuso estoy!

TRISTÁN. Luego que te vió casar  
se descubrió para darte  
vida, y después de librarte  
se quiso echar en la mar;  
estorbé, y embarcóse  
con gran tristeza y dolor;  
llegó a tu tierra, señor;  
dejéla sola, y matóse.

CARLOS. ¿Cómo?

TRISTÁN. Mientras fui a buscar  
sustento a aquella pequeña  
cabaña, desde esta peña  
buscó sepulcro en el mar.

CARLOS. ¿Que no supiste quién era?

TRISTÁN. Nunca lo quiso decir.

CARLOS. ¡Saldré, Tristán, a morir  
de la mar a la ribera!

TRISTÁN. No he visto mayor amor.

CARLOS. ¿Por qué la dejaste sola?

TRISTÁN. Por sustentarla.

CARLOS. ¿Qué ola  
tan fuerte, en mar de dolor!

TRISTÁN. ¿Qué [es de tu] querida Otavia?

CARLOS. Yo la vi muerta en el mar,  
sobre el agua fluctuar,  
abrazada de una gavia.

TRISTÁN. ¿Que murió Otavia?

CARLOS. ¿Murió!

TRISTÁN. Quiero a mi tierra volver,  
y sus exequias hacer.

TRISTÁN. Iré a acompañarte yo.

CARLOS. Si, que aliviarás mi pena.

TRISTÁN. Llégate a mí.

CARLOS. ¡Mar airado,  
dos mujeres me has quitado:  
una propia y otra ajena!

(*Ense. Salen dos villanos y una zagaleja.*)

RISELO. Guisa presto de comer.

SILVIA. ¡Mala pascua te dé Dios!

RISELO. ¡No será para los dos!

SILVIA. ¡Más que debes de querer  
que te asiente cuatro palos!

SILVIA. ¡Qué regalos de marido!

LUCIO. No malos, si habéis sabido  
lo que viene tras los palos.

SILVIA. Malicias no faltarán.

RISELO. ¿No has desollado el conejo?

SILVIA. ¿Ya no llevan el pellejo

los gatos por el desván?

¿Qué dimiño os ha tomado,

que tal quillotro tenéis?

RISELO. ¡Más que miráola habéis!

¿Qué tengo de haber mirado?

SILVIA. A la que salió del mar

con el otro mancebito.

RISELO. ¡Si aquesta vez no le quito...!

SILVIA. ¿Qué me tenéis de quitar?

RISELO. ¿Por la tribuna de Dios,  
si os cojo...!

LUCIO. Dejaldá estar.

RISELO. ¿Qué la tengo de dejar,  
si hace burla de los dos?

LUCIO. Si os dice que está el conejo  
asándose, y puesta ya  
la mesa, ¿qué causa os da  
para tanto sobrecejo?

RISELO. Haced ajo al instante.

SILVIA. ¿No quiero!

RISELO. ¿Sabéisle hacer?

Haced un ajo, mujer;  
no sea el diablo. ¡Erguios delante!

LUCIO. ¡Acabá, que estáis pesado!

RISELO. Los huéspedes salen huera.

SILVIA. ¿Ajo me vuelva, si hiciera  
tal ajo!

(*Salen OTAVIA, de villana, y LISARDA, de hombre.*)

OTAVIA. Ya he descansado.

LISARDA. El traje te está muy bien.

OTAVIA. De gran peligro salí.

LISARDA. ¿Murió, en fin, el Conde?

OTAVIA. Sí.

LISARDA. Y Enrique murió también.

OTAVIA. ¿Mas yo, que era su mujer!

LISARDA. Yo, su amigo y su pariente.  
 OTAVIA. ¡Dios os guarde, buena gente!  
 RISELO. ¡Pardiez, por herles placer  
 he juntado media aldea.  
 OTAVIA. Mi tristeza antes sospecho  
 que se aumente.  
 SILVIA. Un baile han hecho  
 Claridano y Galatea  
 que os ha de agradar. Sentaos,  
 no en los estrados compuestos  
 de tela; que no son éstos  
 los palaciegos saraos.

(*Siéntense OTAVIA y LISARDA, y dancen y canten así*.)

Ibase la niña,  
 noche de San Juan,  
 a coger los aires  
 al fresco del mar;  
 miraba los barcos  
 que remando van,  
 cubiertos de flores,  
 flores de azahar.  
 Salió un caballero  
 por el arenal;  
 dijérale amores,  
 cortés y galán.  
 Respondióle esquivia:  
 quisola abrazar;  
 con temor que tiene  
 huyendo se va.  
 Salió al camino  
 otro, por burlar;  
 las hermosas manos  
 le quiere tomar.  
 Entre estos desvíos  
 perdido se han  
 sus ricos zarcillos;  
 vanlos a buscar.  
 Dejádme llorar  
 orillas del mar.  
 Por aquí, por allí los vi;  
 por aquí deben de estar.  
 Lloraba la niña;  
 no los puede hallar.  
 Danle para ellos;  
 quiérenla engañar.  
 Dejádme llorar  
 orillas del mar.  
 Por aquí, por allí los vi;  
 por aquí deben de estar.  
 Tomad, niña, el oro,  
 y no lloréis más;

que todas las niñas  
 nacen en tomar;  
 que las que no toman,  
 después llorarán  
 el no haber tomado  
 en su verde edad.  
 La que se quisiere holgar  
 dos hombres ha menester:  
 el uno para querer  
 y el otro para pelar.  
 Tomó la niña el dinero,  
 y rogáronle que baile,  
 y como era nueva en él,  
 así dijo que cantasen:  
 Yo no sé cómo bailan aquí,  
 que en mi tierra no bailan así;  
 en mi tierra bailan de otra manera  
 porque los dineros hacen dar vuel-  
 [tas,  
 porque no me suenan, ni sus armas  
 Yo no sé cómo bailan aquí; [vi.  
 que en mi tierra no bailan así.

(*Toquen dentro una caja a marchar.*)

LISARDA. Parad, amigos, un poco.  
 ¿Cajas de guerra a marchar?  
 OTAVIA. No están lejos de la mar.  
 Cuando en mis memorias toco  
 todo placer me es pesar.  
 ¡Con qué gusto me embarqué!  
 ¡Con qué dolor me perdí!  
 LISARDA. ¡Si es gente de guerra!  
 LUCINDO. ¡A fe  
 que ellos nos prendan aquí!  
 LISARDA. ¿Quién irá a verlo?  
 RISELO. Yo iré.  
 LUCINDO. Vamos los dos.  
 SILVIA. Y las dos  
 nos podremos esconder.  
 OTAVIA. Pues, Enrique, ¡adiós!  
 LISARDA. ¡Adiós!

(*[Vase.]*)

Si es verdad que el Conde es  
 vengan desdichas; yo soy [muerto.  
 su centro.

(*Sale TRISTÁN.*)

TRISTÁN. No sé si acierto;  
 pero yo pienso que voy  
 por aquí cerca del puerto.  
 He dado en imaginar

que las joyas que traía Enrique al quererle echar en el mar, las dejaría sobre la arena del mar.

Porque fuera grande error dar a los peces diamantes, aunque suele hacer amor disparates semejantes con la fuerza del dolor.

Si las hallo, yo he de ser gran señor, porque jamás hubo sin oro poder; porque en el mundo no hay más de tener o no tener.

¡Pesía tal con mi fortuna!, pensé yo que por aquí no hubiera persona alguna, y he visto un pastor allí.

LISARDA. ¿Qué gloria tuvo ninguna el ciego Amor que no fuese para más pena y dolor?  
TRISTÁN. Mas ¿si hallado las hubiese este pastor?

LISARDA. ¡Oh, si Amor fin a mis desdichas diese!

TRISTÁN. ¡Hola, pastor!

LISARDA. ¿Quién me llama?

TRISTÁN. Un soldado.

LISARDA. Deste puedo saber qué gente es aquesta.  
TRISTÁN. ¿Has visto...? ¡Válgame el cielo! ¿Qué es lo que miran mis ojos? ¡A no saber que era muerto Enrique...!

LISARDA. ¡Fortuna airada! ¿Será por dicha consuelo darme a Tristán? ¿Si es Tristán?

TRISTÁN. ¡El es! Pues ¿qué me detengo? ¡Enrique del alma mía! ¡Ah, señora, o, por lo menos, sol de mis ausentes ojos! ¿Dónde has estado trasnuesto?

LISARDA. ¿Tristán mío!

TRISTÁN. Aquestas peñas, en cuyos peñascos yertos parece que el cielo afirma los estrellados cimientos, son testigos de mi llanto; porque entendi que tus celos te habían llevado a la mar con desesperado acuerdo.

LISARDA. Verdad es que te engañé para matarme; mas viendo

una nave, a quien hacia pedazos, airado, el viento, como suele el labrador rajar con el hacha al leño, suspendí la ejecución; que suele quedar suspenso el sentimiento del mar viendo los males ajenos. En las removidas olas fluctuaba un bulto negro: vile acercar a la orilla, y en la voz conozco luego que es mujer; y al mar me arrojo, corto sus aguas, y asiendo sus brazos, sácola a tierra.

TRISTÁN. ¡Qué hazaña! ¡Qué raro ejemplo del valor de las mujeres!

LISARDA. Desvíole los cabellos del rostro, y conozco a Otavia.

TRISTÁN. ¿Qué dices?

LISARDA. Que a Otavia veo.

Hágole que arroje el agua, entre mis brazos la tengo, y en habiendo vuelto en sí a estas cabañas la llevo.

TRISTÁN. ¿Y está en ellas?

LISARDA. Habla paso.

TRISTÁN. Cuanto has dicho, cuanto hecho me ha pasado con el Conde.

LISARDA. ¿Luego no es el Conde muerto?

TRISTÁN. Salió del mar abrazado a una tabla, y yo le dejo en la ciudad.

LISARDA. ¿Qué podré darte sin abrirme el pecho?

Escoge del corazón la mejor parte, o podremos partir, si no el alma en dos, las tres potencias que tengo. ¿Quieres, Tristán, la memoria?

TRISTÁN. ¿Quieres el entendimiento?

TRISTÁN. No, sino la voluntad.

LISARDA. Otavia sale. ¿Qué haremos?

Dile, si me quieres bien,

que es muerto el Conde. Yo creo que sabré fingir tu engaño.

(Sale OTAVIA.)

OTAVIA. Pues, Enrique, ¿qué hay de nuevo?

LISARDA. Las nuevas de la ciudad, y que es Tristán el correo.

OTAVIA. ;Tristán mío!

TRISTÁN. ;Bella Otavia!  
Cuando del Conde me acuerdo,  
aunque te veo con vida,  
más me entristezco que alegro.  
Ya Enrique me ha dicho aquí  
el venturoso suceso  
de tu vida, si es vivir  
perder al Conde.

OTAVIA. Ya tengo  
hecho piedra el corazón.  
Las penas son el acero  
que en vez de lágrimas tristes  
sacan a los ojos fuego.

TRISTÁN. Lucindo está en Bellas Albas,  
corte de tu esposo muerto,  
haciendo un túmulo insigne,  
como hermano y heredero:  
sobre dóricas columnas  
ha levantado tres cuerpos  
que rematan tres figuras  
en tres pedestales negros.  
Vistelas bronce fingido,  
son la Guerra, Amor y el Tiempo;  
en otras tres, a los pies,  
Envidia, Traición y Celos  
tiene.

LISARDA. ;Qué sirve, Tristán,  
referirle los trofeos  
del Conde en esta ocasión?  
Otavia es hija de Alberto.  
Ya es muerto Carlos; bien sabe  
que la obliga el noble pecho  
a mostrar valor.

TRISTÁN. Perdona;  
yo conozco que soy necio.

LISARDA. ;Túmulos pintas aquí,  
cuando, por darle consuelo,  
me olvido de mis desdichas  
y busco entretenimientos?  
Hago yo que estos pastores  
le traigan bailes y juegos,  
y tú describes sepulcros  
de horror y sombras cubiertos.  
Otavia bella, despierta  
de ese lastimado sueño,  
éxtasis de tu sentido;  
Carlos es muerto; tratemos  
de tu remedio. Yo soy  
Enrique, primo del muerto;  
bien sabes lo que me debes;  
señor soy; bien te merezco  
sin otras obligaciones.

OTAVIA. Con justo agradecimiento  
estoy, Enrique, a tus obras,  
y agradezco tus deseos;  
pero juzga tú si es bien  
que yo me case tan presto.  
pues aún las lágrimas vivas  
bañan mi rostro y mi pecho.

TRISTÁN. ;Presto dices? ;Pesía tal!  
Hay mujer en este tiempo  
que mete el novio en la cama  
que aun deja caliente el muerto.  
Y una vi yo cierto día  
que, estando enfermo su dueño,  
se puso viudas tocas,  
y mirándose a un espejo  
le decía a una criada:  
“;Estánme bien? ;Qué parezco?”  
Mas tuvo salud el novio,  
y cuendiendo sus deseos,  
para todas las mañanas,  
que era médico de celos,  
le recetó ciertos polvos  
que llaman de palo seco,  
con que las tocas, de vendas  
muchas veces le sirvieron.

LISARDA. Otavia, no seas ingrata.

OTAVIA. Conozco lo que te debo.  
Seré tuya; mas no ahora.

LISARDA. La palabra, Otavia, aceto.

OTAVIA. No será de otro jamás:  
mas dame, Enrique, algún tiempo  
para acordarme de Carlos;  
no diga Tristán que tengo  
fácil condición.

TRISTÁN. No digo  
este ejemplo porque pienso  
que en mujeres principales  
cabe término tan feo.  
Bien sé de historias, y sé  
la dicha de Ulises griego  
con la del romano Bruto  
y el otro rey Mausoleo.  
Antes quisiera animarte  
a perder el sentimiento,  
pues no gozaste de Carlos;  
que esto bien sé yo que es cierto;  
y sé con la honestidad  
digna de un hombre discreto  
que vino siempre contigo.

OTAVIA. Hasta hacer el casamiento,  
hice que Carlos jurase.

LISARDA. Ahora bien, Tristán, ¿qué haremos,  
pues ya es Otavia mi esposa?

TRISTÁN. Ir a tu tierra secretos,  
por el peligro que hay.  
LISARDA. Pues una nave fletemos.  
Ven, esposa de mi vida.  
OTAVIA. ¿Qué he de hacer, viendo que debo  
la vida a Enrique?  
TRISTÁN. ¿Señora!  
LISARDA. ¿Qué quieres, Tristán?  
TRISTÁN. ¿Qué has hecho?  
LISARDA. Casarme.  
TRISTÁN. ¿No eres mujer?  
LISARDA. ¡A tiempos!  
TRISTÁN. ¿Por Dios, que creo  
que es hermafrodita Enrique!  
Pues si es que tiene este juego  
dos treinta y meves, ¿qué mucho  
que descarte el uno dellos?

(Salen LUCINDO y el CONDE.)

LUCINDO. Mucho templa en tu venida  
el alegría, y la agravia  
celebrar honras a Otavia.  
CARLOS. Pues no es razón que la impida;  
que si casado no fui  
con Otavia, culpa tuvo  
su padre, que airado estuvo,  
sin ofensa, contra mí.  
LUCINDO. Trucea en santos sacrificios  
y de ostentaciones faltos  
esos obeliscos altos  
y pirámides egipcios,  
y cástate con Lucrecia,  
que te solicita tanto;  
que no son el luto y llanto  
exequias que el cielo precia.  
CARLOS. Da este gusto a tus vasallos.  
Lucindo, yo se le diera;  
que tras tanta pena fiera  
bien fuera justo alegrarlos.  
Mas no saber de Lisarda,  
cuyos los Estados son,  
me pone en gran confusion,  
me detiene y me acobarda.  
Que si después de casado  
la Duquesa resuscita  
y los Estados le quita,  
seré de mi error culpado.  
Busque Lucrecia marido  
y déjeme sosegar,  
que no quiero yo quedar  
dos veces arrepentido.  
LUCINDO. Dícenme que viene a verte

para darte el parabién.  
CARLOS. Déme el pésame también.  
Llore de Otavia la muerte.  
LUCINDO. Ya la dejaba en camino  
el que este aviso me dió.  
CARLOS. Verme quiere; pero yo  
lo tengo por desatino.

(Sale FABIO, criado.)

FABIO. Tres criados han llegado  
de señores diferentes  
a verte.  
CARLOS. ¿Amigos ausentes  
merecen tanto cuidado?  
Di, Fabio, que entren los tres.

(Salen ESTACIO y el CAPITÁN y FLORENCIO.)

ESTACIO. Esta carta es de Fínco.  
LUCINDO. Debes obras y deseo  
de tu bien, Conde, al Marqués.  
CARLOS. Nunca al bien el premio tarda.  
CAPITÁN. Aquesta es del duque Alberto.  
CARLOS. ¿Ya sabe que no soy muerto?  
FLORENCIO. Esta es, señor, de Lisarda.  
CARLOS. ¿Lisarda vive?  
FLORENCIO. ¿Pues no?  
CARLOS. ¿Ves si en haberme casado  
con Lucrecia hubiera errado?  
LUCINDO. ¿Quién en casarse acertó?  
CARLOS. Muchos, Lucindo, que fueron  
tan venturosos, que hallaron  
mujeres que los amaron,  
noblez a y honor les dieron.  
De corona les dan nombre  
del hombre.  
LUCINDO. ¿A es general?  
CARLOS. La que no saliere tal  
será por culpa del hombre.  
Y de la mujer se entienda,  
si alguna tal vez resbala,  
que no tiene cosa mala  
que del hombre no la aprenda.  
Esta carta dice así.  
LUCINDO. ¿De quién?  
CARLOS. Del marqués Fínco.

(Llee.)

"Engañado mi deseo,  
mi voluntad puse en tí;  
mas pagaste mi afición  
robando a Lisarda bella;

que, casándome con ella,  
fué género de traición.

Por eso te desafío,  
y en esta raya te espero."

CARLOS. ¿Por la fe de caballero  
que es notable desvarío!

Hidalgo, ¿quién le informó  
deste engaño a vuestro dueño,  
o fué, por ventura, sueño?  
¿Yo robé a Lisarda? ¿Yo?

ESTACIO. No me toca responder  
más de haberos avisado.  
Si está el Marqués engañado  
allá lo podréis saber.

(Vase ESTACIO.)

LUCINDO. ¿Fuése?

CARLOS. ¿No lo ves?

LUCINDO. Prosigue  
las cartas.

CARLOS. Esta es de Alberto.

(Lee.)

"Tu engaño se ha descubierto  
porque el agravio me obligue.

No te veniste a casar,  
sino a quitarme el honor,  
pues hay quien diga, traidor,  
que echaste a Otavia en la mar.

Si eres caballero, ven;  
que aquí en su orilla te espero."  
¿Quién le ha dicho, caballero,  
si no fué sueño también,  
que he muerto a Otavia?

CAPITÁN. Callando  
me mandaron avisar  
que en la orilla de la mar  
os queda el Duque esperando.

(Vase el CAPITÁN.)

LUCINDO. ¿Qué resolución!

CARLOS. ¿Gallarda!

LUCINDO. La de Lisarda te espera.

CARLOS. Ésa será menos fiera,  
que, en fin, es mujer Lisarda.

(Lee.)

"La daga que me enviaste  
me atravesó el corazón,  
pues con falsa información

honra y vida me quitaste;  
y porque vengarme quiero  
después que dejé mi Estado,  
por Alemania he buscado  
un gallardo caballero.

El por mí te desafía,  
y orilla del mar te aguarda."

LUCINDO. Más razón tiene Lisarda.

CARLOS. Si fuera la culpa mía.

Responderéis, caballero...

FLORENCIO. El responder es salir,  
y si esto queréis decir,  
allá lo diréis primero.

(Vase FLORENCIO.)

CARLOS. ¿A quién jamás sucedió,  
Lucindo, tal desatino?

LUCINDO. A Finco, yo imagino  
que la envidia le informó,  
a Alberto el pasado agravio  
y a Lisarda el ciego amor.

CARLOS. ¿Qué haré?

LUCINDO. Salir es error.

CARLOS. Antes es consejo sabio;  
que más vale averiguar  
que yo no los ofendí  
por las armas, pues allí  
se podrá todo probar.

Haz que se aperciban luego.

LUCINDO. ¿Qué intentas?

CARLOS. Lo que es razón;  
pues en esta información  
jiró un loco, un falso, un ciego.

Fineo, celos; Alberto,  
envidia; Lisarda, amor.

LUCINDO. Si esto importa a tu valor,  
el viva, aunque salgas muerto.

(Sale LUCRECIA y criadas.)

LUCRECIA. ¿Cuando a ver al Conde vengo  
esas desdichas le vienen?

CRiado. Con estas nuevas, la fama  
las alas ligeras mueve,  
por la alta Alemania, dando  
a sus príncipes y reyes  
desco y causa de hallarse  
a la batalla presentes.

LUCRECIA. El Conde es gran caballero.

CRiado. Sí; mas quien las damas vence  
no suele vencer los hombres.

LUCRECIA. Para los hombres es fuerte,  
y galán para las damas.



**CRiado.** Injusto amor te enloquece.  
**LUCRECIA.** Casarme intento con él,  
 pues murió Otavia.  
**CRiado.** ¿Y si fuese  
 viva Lisarda?  
**LUCRECIA.** ¿Qué importa?  
*(Toquen.)*  
**CRiado.** Cajas suenan.  
**LUCRECIA.** Armas vienen.  
*(Sale por un palenque FINEO armado, y ESTACIO de padrino.)*  
**ESTACIO.** Opiniones hay, señor,  
 que no vendrá el Conde.  
**FINEO.** Ofenden,  
 Estacio, el valor de Carlos,  
 y no es razón.  
**LUCRECIA.** ¿Quién es éste?  
**CRiado.** Este es el marqués Fineo,  
 el que a Lisarda pretende.  
*(Tocan.)*  
**FINEO.** Cajas suenan. ¿Si es el Conde?  
 No; que no es él me parece.  
*(Sale ALBERTO, armado; el CAPITÁN, por padrino.)*  
**CAPITÁN.** Ya el Conde te está esperando.  
**ALBERTO.** Yo haré que la muerte espere,  
 que no hay edad en agravios.  
**CAPITÁN.** Habla primero que llegues.  
**ALBERTO.** ¡Carlos!  
**FINEO.** No soy Carlos yo.  
**ALBERTO.** ¿Pues quién?  
**FINEO.** Fineo.  
**ALBERTO.** ¿Qué quieres  
 del Conde?  
**FINEO.** Darle a entender  
 cuán falsamente procede  
 en ocultar a Lisarda.  
**ALBERTO.** Mayor agravio me debe:  
 a Otavia arrojó en el mar,  
 por vengarse de mí.  
**FINEO.** Siempre  
 tuvo esas traiciones Carlos.  
**ALBERTO.** Hoy las pagará si viene.  
*(Sale LISARDA, armada; TRISTÁN, por padrino, con una rodela, en que trae la daga clavada por la escritura; OTAVIA detrás, con un velo de plata por el rostro.)*  
**TRISTÁN.** Tardado habemos, Enrique.

**LISARDA.** ¿Espera el Conde?  
**TRISTÁN.** Y aun tiene  
 quien le ayude.  
**LISARDA.** ¿Si es Lucindo?  
**TRISTÁN.** Dos caballeros se ofrecen.  
**LISARDA.** No importa; que hoy has de ver  
 el valor de las mujeres.  
 ¿Cuál es de vosotros dos  
 el conde Carlos?  
**FINEO.** Advierte  
 que le estamos esperando.  
 Tú, ¿qué le buscas? ¿Quién eres?  
**LISARDA.** A su tiempo lo sabréis.  
**ALBERTO.** ¿Tantos enemigos tiene?  
**LISARDA.** En mí sólo tiene al mundo,  
 que los demás no los teme.  
*(Tocan. Sale LUCINDO, padrino, y el conde CARLOS, armado.)*  
**LUCINDO.** Ya tus contrarios te aguardan.  
**CARLOS.** Caballeros: quien mantiene  
 verdad, tan altas empresas,  
 con justa esperanza emprende.  
 Habéisme desafiado  
 los tres por vuestros papeles:  
 yo he venido por quien soy,  
 que no porque soy leve.  
 ¿Cómo queréis pelear?  
 ¿De solo a solo, o de suerte  
 que os mate juntos?  
**FINEO.** Bizarro,  
 y ya en la lengua valiente,  
 Pero yo pienso matarte.  
 Señores, volverse pueden;  
 que Carlos aquí se acaba.  
**OTAVIA.** ¡Ay, cielos! ¿Carlos es éste?  
 ¿Pues Carlos estaba vivo?  
**ALBERTO.** A mí es justo que me dejes,  
 Fineo, dar muerte al Conde.  
**LISARDA.** ¿No me daréis esa muerte  
 parte a mí?  
**LUCINDO.** Dejad, señores,  
 que algún tercero os concierte.  
**ALBERTO.** ¿Cómo?  
**LUCINDO.** Juzgando el agravio  
 que mayor de todos fuese.  
 Juzgaráse con pasión.  
**FINEO.** Una dama el campo ofrece:  
**LUCINDO.** que aunque juzgar en agravios  
 más a los hombres compete,  
 por ser desapasionada  
 podrá decir lo que siente.  
 Hacia nosotros camina.

(Sale LUCRECIA.)

FINEO. A muy buena ocasión viene.  
Llegue y díganos quién es.

LUCINDO. Pues os hallastes presente,  
señora, decid quién sois,  
y juzgaréis quién merece  
de los tres ser el primero.

LUCRECIA. Yo soy Lucrecia, que tiene  
el Ducado de Bisela  
por Lisarda.

LUCINDO. No se puede  
desear mejor jüez.

LISARDA. ¡Aquesta es mi hermana alevé!

LUCRECIA. Proponed.

FINEO. Yo pido al Conde  
a Lisarda.

LUCRECIA. Injustamente;  
que es mi hermana y muerta ya.

ALBERTO. Yo a Otavia, que no parece.

LISARDA. Yo, por parte de Lisarda,  
pido el honor que le debe,  
pues habiéndose casado  
con ella, traidoramente  
esta daga le envió,  
que esta rodela guarnece,  
pasada por la escritura,  
y pues tú su hermana eres,  
dile si es verdad la carta  
que al Conde escribiste.

LUCRECIA. Ofrece  
mil sospechas a mi alma.

LISARDA. Manda que el campo me dejen;  
que Fineo, sin razón  
del conde Carlos se ofende,  
pues él nunca vió a Lisarda;  
ni al Duque se le concede  
campo, estando viva Otavia,  
y siendo tan justamente  
mi mujer.

ALBERTO. ¡Otavia viva!

LISARDA. ¿No es ésta?

ALBERTO. ¡Cielos, tenedme  
en tanta dicha con vida!

OTAVIA. Señor, la vida y la muerte  
debo a aqueste caballero  
y al Conde.

CARLOS. Aunque tú sospeches,  
Otavia, que causa fui  
de tu muerte, nadie cree  
que pude alterar el mar.

LISARDA. Tu satisfacción aceten  
ella y el Duque; mas yo  
no puedo hasta que confiese  
Lucrecia que en todo cuanto  
dijo de su hermana miente,  
o esta daga ha de pasarle  
el pecho.

(Quitela de la rodela.)

LUCRECIA. ¡Espera, detente!  
Confieso que amor del Conde  
me obligó que le escribiese.

LISARDA. ¿Fué mentira?

LUCRECIA. Fué mentira.

LISARDA. Pues, Carlos, ¿si ella viviese,  
casaríaste con ella?

CARLOS. ¿Qué mayor dicha?

LISARDA. ¿Y si fuese  
mujer del Conde Lisarda,  
Fineo, y yo te ofreciese  
a Otavia, no la querías?

FINEO. ¿Pues no, si el Duque quisiese?

LISARDA. ¿Y tú, Lucindo, a Lucrecia?

LUCINDO. Desde que la vi me debe  
amor.

LISARDA. Pues yo soy Lisarda.

CARLOS. ¡Notable valor!

FINEO. Excede  
al de griegas y romanas.

TRISTÁN. ¿No hay alguien que diga "denle  
a Tristán seis mil ducados",  
como tantas veces suelen?

CARLOS. Yo te los doy.

ALBERTO. Daos las manos.

CARLOS. *El valor de las mujeres*  
acaba aquí, si los nobles  
las honran y favorecen,  
esta comedia lo pide.  
Yo os beso los pies mil veces.

LA GRAN COMEDIA  
DEL  
VENCIDO VENCEDOR  
DEL INSIGNE  
LOPE DE VEGA CARPIO

QUE ESTE EN EL CIELO. AÑO DE 1635.

PERSONAS

DON JUAN, *galán 1.º*  
EL PRÍNCIPE, *idem 2.º*  
MAURICIO, *idem 3.º*  
EL REY, *viejo*.  
SERGIO, *viejo gracioso*.

TIBALDO, *labrador*.  
UN GUARDA, *vejete*.  
LOS CRIADOS.  
UN HÚNGARO.  
SALADO, *villano, gracioso*.

ELENA, *dama primera*  
LA INFANTA, *dama segunda*.  
DOMINGA, *villana (1)*.

JORNADA PRIMERA

*(Sale DON JUAN, en cuerpo como perdido.)*

JUAN.       ¿Cuándo, enemiga fortuna,  
a piedad te moverás?  
¿Dónde llevándome vas  
por esta selva importuna?  
¿Cuándo mi vida y mis males  
acabarán mi destino,  
o me ofrecerán camino  
estos injustos jarales?  
Mas por aquella aspereza  
baja un hombre apresurado.

*(Sale MAURICIO, como que anda a caza.)*

MAURICIO. Hidalgo, ¿habéis encontrado  
por este bosque a Su Alteza?  
JUAN.       Vos el primero habéis sido  
que llevo a ver, en dos días  
que las desventuras mías  
solo y triste me han traído  
errando en este desierto,  
que ésos ha que una fragata  
que sobre espumas de plata  
volaba al toscano puerto,  
del borrascoso aquilón

duramente contrastada,  
fué víctima desdichada  
de las aras de Tritón;  
yo, del naufragio funesto,  
única reliquia fui,  
y con mis brazos venci  
las furias del mar opuesto;  
y así, pues os ha encontrado  
mi dicha en tal soledad,  
a un perdido encaminad,  
si mi mal os ha obligado.  
MAURICIO. Español me pareéis.  
JUAN.       España mi patria ha sido,  
y es mi nombre y apellido  
don Juan Chacón.

MAURICIO. Vos tenéis,  
si de tal árbol sois rama,  
lustre que os levanta al cielo;  
que no hay región en el suelo  
que no engrandezca su fama,  
y de cuantos granico  
amigos su claro nombre,  
en tierra extraña no hay hombre  
que lo estime más que yo;  
y así, por él y por ser  
forastero y desdichado,  
me tenéis aficionado.  
JUAN.       Descuento llega a tener  
con eso mi desventura  
MAURICIO. Yo no os iré acompañando,

(1) A continuación, tachado: *Un criado, otro paje todo es uno.*

que al Príncipe voy buscando;  
mas al fin desta espesura  
dejo un alazán, que al Sol  
injuría cuando camina:  
en él podéis a Mesina (1)  
llegar, famoso español,  
que con natural instinto,  
si le permitis la rienda,  
él os sacará a la senda  
deste ciego laberinto.

Yo soy Mauricio; llegad  
a Mesina, corte bella  
de Sicilia, y luego en ella  
por mi casa preguntad,  
que allí podréis hospedaros  
todo el tiempo que os sirváis.

(Vase.)

JUAN. La nobleza que mostráis  
me obliga a no replicaros.  
Gracias doy al santo cielo,  
pues hallé en un pecho extraño  
remedio a tan grave daño  
y a tanta pena consuelo.

(Dentro, el PRÍNCIPE, en voz alta:) (2)

PRÍNCIPE. ¡Aguarda, serrana hermosa!

(Sale ELENA, dama, vestida de labradora, huyendo.)

ELENA. (Ap.) ¡Valedme, espesos jarales!  
Como a fieros animales  
prestáis defensa piadosa,  
a una mujer amparad.

JUAN. Labradora soberana,  
emulación de Diana  
y destos montes deidad,  
¿de quién huyes? ¡Tente, espera!

ELENA. De quien mi ofensa procura.

JUAN. En mi amparo estás segura,  
si el mismo infierno viniera.

ELENA. Pues defendeme el honor.

JUAN. Yo lo ofrezco, que a no ser  
tan hermosa, por mujer  
obligaras mi valor.

(Sale el PRÍNCIPE, como de caza.)

PRÍNCIPE. Ninfa esquiva, cuanto bella...

(Ponese ELENA detrás de DON JUAN.)

JUAN. Caballero, deteneos,  
y adviertan vuestros deseos  
que me toca defendella.

PRÍNCIPE. ¡Qué locura os da osadía  
al intento que emprendéis!  
¿Acaso desconocéis  
al Príncipe?

JUAN. No sería  
el no conocello, en mí,  
culpa, que extranjero soy,  
y ha poco que adonde estoy  
náufrago del mar salí.

PRÍNCIPE. Por eso, de vuestro error  
os da perdón mi piedad,  
y vos, serrana...

ELENA. (Ap.) Guardad  
vuestra palabra y mi honor.

JUAN. ¡Oh, fuerte trance! El respeto  
se opone a la obligación;  
¡fuerza es morir! La razón  
os enfrente el pecho inquieto,  
y advertid que aunque digáis  
que sois el Príncipe, creo,  
por las acciones que veo,  
no sólo que me engaíais,  
pero también que a Su Alteza  
indignamente ofendéis,  
pues de su nombre os valéis  
para emprender tal baja.

¿El Príncipe puede ser  
que olvide su autoridad,  
su sangre y su majestad,  
y en vencer una mujer  
ocupe el real valor,

en cuya naturaleza  
es tan propia la grandeza?

PRÍNCIPE. Como eso puede el amor.

JUAN. Sí, mas si bien lo miráis,  
no tengo en esta ocasión  
de quién sois información  
más de la que vos me dáis;  
pero no por ella yo  
ser el Príncipe os creí,  
porque vos decís que sí,  
y vuestras obras que no,

y en igual contradicción,  
antes creo que, no siendo  
príncipe, lo estáis fingiendo,  
por gozar vuestra afición,  
que no que siéndolo hagáis  
cosas que lo contradigan  
y que, por bajas, obligan  
a que no lo parezcáis;

(1) Mesina. Ocurrió diversas veces.

(2) Tachado: embazado.

que el rey ha de ser crisol  
de honor, justicia y bondad:  
los rayos al Sol quitad,  
y dejará de ser sol;  
y así, o mudad parecer  
o advierta vuestra pasión  
que soy de España, y Chacón,  
y como tal he de hacer.

PRÍNCIPE. Aunque fuera, donde estoy,  
fácil cosa el convenceros  
y, a vuestro pesar, haceros  
presto conocer quién soy,  
es de tanta estimación  
en mi ese valor divino,  
que en premio dél determino  
que logréis vuestra intención:  
válgame vuestro sagrado  
a mi adorada homicida  
contra la furia encendida  
de mi amoroso cuidado.

que así me ha obligado el veros  
por lo que es justo arriesgar;  
que no la quiero gançar  
con la pensión de perderos,  
porque no pueda algún día  
decir la murmuración  
que yo ofendí sin razón  
a quien razón defendía.

JUAN. Agora sí que ha mostrado  
el hermoso resplandor  
de tan heroico valor  
que es el Sol el que lo ha dado;  
agora sí acreditáis  
conmigo vuestras razones,  
que con tan justas acciones  
de vos evidencias dais.

(De rodillas.)

Dadme esos pies.

PRÍNCIPE. Levantad.  
ELENA. (Habla a lo villano.) Agora sí, mal  
[pecado,

que estáis grave y sosegado,  
se os luce la majestad;  
el príncipe yo pensaba  
que un *sanctorum* era,  
y como un *agnus* de cera  
en mi cosdomino andaba.

¡Mal año y cómo corréis!  
de engaño salió mi pecho,  
que en esto que hoy habéis hecho  
muy humano parecéis.

PRÍNCIPE. Bellísima labradora,  
vivo y hermoso traslado  
de un claro sol eclipsado,  
cuya noche el alma adora,  
no culparéis mi flaqueza  
sí, por dicha, alguna fuente  
os dió espejo transparente  
para ver vuestra belleza;  
antes me admiro, si habéis  
visto vuestra imagen bella,  
que ciega de amores della,  
a Narciso no imitéis;

fuera de que si culpáis  
mi súbito rendimiento,  
tiene causa mi tormento  
más antigua que pensáis.

Y así, pediros querría  
que la oigáis, serrana bella,  
tanto por alivio della  
como por disculpa mía.

ELENA. Aunque cause mi tardanza  
murmuración en mi aldea,  
no quiero que en todo sea  
sin fruto vuestra esperanza,  
pues vos, español, primero  
de quién sois nos informad,  
que aunque vuestra calidad  
de vuestro valor infiero,

quiero, si del pecho mío  
participe os he de hacer  
y amigos hemos de ser,  
conocer de quién me fio.

JUAN. Don Juan Chacón es mi nombre;  
España, mi patria; en ella  
don Diego Chacón, mi padre,  
deste apellido cabeza.

Nací tercero en mi casa,  
y como estados y rentas  
por conservar las familias  
el primogénito hereda,  
no pude sufrir que el tiempo,  
con solas sus diferencias,  
desigualase en poder  
a los que ignalo en nobleza;  
y así, porque mis hazañas  
a mi fortuna vencieran,  
dándome lo que negaron  
a mi valor las estrellas,  
a Italia parti ambicioso  
de las glorias de la guerra,  
inclinación que en mi sangre  
es propia naturaleza;  
y apenas la herrada proa

de mi fragata ligera  
del golfo que domó Ulises  
los cerúleos vidrios quiebra,  
cuando del airado Eolo  
el cetro movió la Peña  
que en las cavernas oscuras  
sus ministros encarcela.  
Segunda vez parecía  
que contra el piadoso Encas,  
por dar a Juno venganza,  
ostentaba su braveza,  
pues, todos juntos, al mar  
se arrojan con tanta fuerza,  
que en sus alas lo levantan  
desde el centro a las estrellas,  
y del hirviente huracán  
la desatada violencia  
corona las altas ondas  
de las profundas arenas.  
No le vale en tal conflicto  
al bajel la ligereza,  
la vigilancia al piloto,  
al marinero la fuerza.  
Los árboles se rindieron;  
mas si de diamante fueran  
como de frágiles (1) hayas,  
les faltara resistencia.  
Cinco días hizo iguales  
a las noches esta guerra  
de encontrados elementos  
sin dar un punto de treguas,  
hasta que el misero leño,  
ya sin timón y sin velas,  
discurriendo libremente  
por donde el viento le lleva,  
vino a dar en esta costa,  
y cerca ya de la tierra,  
Neptuno cruel, lo mismo  
que le concede le niega;  
pues después que algunas horas,  
para aumentarnos las penas,  
entre sus ondas nos hizo  
Tántalos de su ribera,  
sorben la nave sus aguas,  
dándole en la triste empresa  
menos honra la vitoria  
que la crueldad le dio afrenta.  
Yo sólo evité su imperio;  
que con valor y con fuerzas  
hice remos de los brazos  
para vencer su soberbia.

Dos veces los altos riscos  
destas elevadas sierras  
del claro amante de Dafne  
han peinado las madejas,  
desde que yo, desdichado,  
empecé a vagar por ellas,  
hasta que llegué, dichoso,  
a los pies de Vuestra Alteza.  
¿Qué mucho, ilustre español,  
que Neptuno pretendiera  
por gozar libre sus ondas  
veros anegado en ellas,  
si cuando el sagrado Empíreo  
pisó el hijo de Alcúmena  
hizo en los hombros de Atlante  
más peso que las estrellas?  
Y aunque vuestros infortunios  
a justo dolor me muevan,  
la pasada tempestad  
es bien que al cielo agradezca,  
pues en cuantos siglos largos  
el mar Tirreno a mi tierra,  
a tantas naves tranquilo  
ha tributado riquezas,  
nunca ornaron mi corona  
con tan estimable piedra  
todas sus tranquilidades  
como esta sola tormenta  
con tan colmados favores.  
JUAN. Señor, mi fortuna queda  
corrida, pues vos me dais  
mucho más que ella me niega.  
PRÍNCIPE. Don Juan Chacón, si sujeto  
a sus mudanzas ligeras  
ibades buscando cómo  
pisar la cumbre, a su rueda  
poner la podéis un clavo,  
si es que mi reino os contenta;  
que la voluntad del rey  
es fortuna verdadera.  
JUAN. Yo, señor, desde este día  
soy vuestro, y mi patria es ésta;  
que aquélla es amiga patria  
que prósperamente alberga.

PRÍNCIPE.

Agora pues, atended,  
gran don Juan, serrana bella,  
porque disculpéis mi exceso  
a la ocasión de mis quejas.

En la noble Mesina,  
Corte antigua del reino siciliano,  
de perfección divina

ayos dió al mundo un serafín humano  
 n cuya gran belleza  
 u poder excedió Naturaleza.

Elena ¡oh, cielo santo!,  
 no puede el nombre pronunciar la boca  
 in que del tierno llanto,  
 on el fiero dolor que al alma toca,  
 alga del pecho ardiente  
 acompañar su acento la corriente,  
 Elena el nombre caro  
 era de aquella emulación del cielo;  
 impollo ilustre y claro  
 del mejor árbol que dió fruto al suelo  
 Sergio, cuya familia  
 error da al mundo y gloria da a Sicilia.

Aquella de albedrios  
 apetecido Argel, la causa bella  
 ué de mis desvarios,  
 destinación precisa de mi estrella,  
 ues su primera vista  
 hizo en mi pecho la postrer conquista.

A mi tierno cuidado  
 alas dió el ciego Sísifo, saetas,  
 y no tan abrasado  
 solicitó el mayor de los planetas  
 a hija de Peneo  
 como a la bella Elena mi deseo.  
 Mas no tan fugitiva  
 desdeñó Dafne al pastor de Admeto  
 como fiera y esquiva  
 ni dulce prenda a mí, que, en un sujeto,  
 si el cuerpo de belleza,  
 milagro el alma fué de fortaleza.

Un día y otro día,  
 aunque sin esperanza, con la gloria  
 de amarla entretenía,  
 cuando ¡pluguiera a Dios que a la memoria  
 de tan funesta suerte,  
 previniese el alfanje de la muerte!

Una fiebre envidiosa,  
 sacrílega, a beldad tan soberana  
 cambió en jazmín la rosa  
 que sólo el ser mortal tuvo de humana,  
 y al cielo, ¡ay, pena mía!,  
 el alma dió, que él sólo merecía.

Cual triste peregrino  
 que la senda ha perdido en tierra extraña,  
 y cuando el oro fino  
 en el opuesto mar Apolo baña,  
 queda en la selva umbrosa  
 solo, sin luz, en noche tenebrosa,  
 tal de mi dulce Elena  
 dejó el eterno eclipse mi sentido,

sin aliviar mi pena  
 no haber sido mi amor correspondido.  
 porque era en mí el querella  
 fuerza de su hermosura y de mi estrella.

Dos veces a los ríos  
 han crecido y menguado las corrientes  
 dos inviernos y estíos  
 después, ya que mis ojos, hechos fuentes,  
 rinden a un mismo paso  
 igual tributo al lamentable caso,

sin que el tiempo mitigue,  
 la fiesta aplaque, alivie ni divierta  
 el dolor que me sigue;  
 y así, la soledad muda y desierta  
 más me consuela, cuanto  
 permite más las riendas a mi llanto.

Hoy, pues, cuando una fiera  
 buscaba, fatigando la espesura,  
 quiso el amor que viera  
 en el cuerpo, en la gracia y hermosa  
 desta serrana esquiva  
 de mi difunto bien la imagen viva.

Como suena tocada  
 una cuerda la cuerda consonante  
 sin ser solicitada  
 más que del son del punto semejante,  
 muda y clara sentencia  
 que obliga a natural correspondencia,  
 así, viendo mis ojos  
 en vos, serrana hermosa, trasladados  
 los divinos despojos  
 que en mí por siempre viven retratados,  
 la semejanza ha hecho  
 corresponder con tanto amor al pecho.

No fué de mi albedrío  
 tan presto ardor, tan fácil movimiento;  
 nada conozco mío  
 en este repentino rendimiento,  
 sino la desventura  
 de aborrecerme así vuestra hermosura:  
 que en todo, ¡oh, ninfa hermosa!,  
 de Elena imagen sois tan verdadera,  
 que a no ser mentirosa  
 la opinión de Pitágoras, creyera  
 que ese bello trasunto  
 informa el alma de mi bien difunto.

Mueva, pues, ese esquivo  
 corazón ver la fe con que os adoro,  
 o por traslado vivo  
 de aquel divino original que lloro  
 tan firme enamorado,  
 o por original de aquel traslado;  
 que tal por vos me siento,

que o sois la misma Elena, o como el hado desde mi nacimiento a vuestro amor me hubo destinado y Elena os parecía, le adoré por aurora de ese día.

ELENA. (*Ap.*)

¿Qué pecho endurecido,  
qué acero fuerte, qué inmortal diamante  
no será al fin rendido  
de tanto amor, de pecho tan constante?  
¿Que fe tan firme y cierta  
viva en quien juzga ya la causa muerta?

De mármol soy si agora  
no descubro que soy la misma Elena  
que sin mudanza adora  
y doy el justo premio a tanta pena.  
Mas ¡ay, honor!, ¿qué digo?  
¡Nunca tan poco os vi valer conmigo!

PRÍNCIPE.

¡Suspensa habéis quedado!

ELENA.

Pensando estaba yo qué engañadores,  
si en la corte han estado,  
los hombres son. Acá los labradores  
verdad sencilla tratan  
y con la boca el corazón retratan.

Si tan enquillotrado  
decís que estáis por esa mal lograda,  
¿haberme requebrado  
no es falsedad y ofensa declarada?

PRÍNCIPE.

Antes soy verdadero,  
pues porque a ella os parecéis os quiero.

ELENA.

Luego a mí antes me ofende  
que obliga cuando me pintáis tan bella  
vuestra fe, pues pretende  
no quererme por mí, sino por ella;  
y así, pues ella os mueve  
a amarme, ella os lo pague que os lo debe.

PRÍNCIPE.

Aguardad, que diciendo  
que por aurora vuestra a Elena quise,  
vuestra beldad no ofendo.

ELENA.

No ofendéis; mas es fuerza que me avise

cuán poca confianza  
debo tener de vos esta mudanza;  
que, como habéis llamado  
mi aurora a Elena para ser mi amante,  
con eso disculpado,  
si ausente yo encontráis mi semejante  
diréis que la luz mia  
también su aurora fué y ella el día.

(*Vase.*)

PRÍNCIPE.

¡Dulce enemiga, espera!

JUAN.

Al viento imita su ligera planta.

PRÍNCIPE.

Si no quieres que muera,  
ten lástima de mí, bella Atalanta.  
Don Juan, venid conmigo.

JUAN. (*Ap.*)

Por defenderla de su amor le sigo.

(*L'anse, y salen SERGIO, viejo, grave caballero, y TIRALDO, villano, con él, algo detrás.*)

SERGIO. (*Ap.*) ¡Consuelo de desdichados

viene a ser mi desventura!

¿Es posible, suerte dura,  
posible es, crueles hados,

que es al hombre tan sin fruto  
la industria y la diligencia  
para evitar la sentencia  
de vuestro eterno estatuto?

¿Que no bastase fingir  
difunta a Elena, y que sea  
de una humilde, oculta aldea  
labradora, para huir

la ejecución del ultraje  
que el hado, con el amor  
del Príncipe, al claro honor  
destinó de mi linaje?

¡Vive Dios que ha de poner  
mi venganza al mundo espanto,  
y bañada en sangre y llanto  
Sicilia, triste ha de ver  
desde los pies a las copas  
arder sus montes de nuevo  
y, airado, otra vez a Febo  
las cuevas de los ciclopes! (1)

(1) Así está redondilla. Aun variando el acento a *ciclopes*, no hay rima.



Mas ¿qué digo? ¡Loco estoy!  
¡Oh, cuánto podéis, agravios;  
pues lo que han dicho los labios  
desdice tanto a quien soy!

El es mi rey; yo, leal;  
trazaldo, pues, corazón,  
cómo evitéis siurazón  
y deis remedio a este mal.  
¡Tibaldo amigo!

TIBALDO. ¡Señor!

SERGIO. Agora más me conviene  
el secreto, pues no tiene  
remedio mi deshonra,  
y así, quiero que le hagáis  
al rey esa relación,  
sin que en ella la ficción  
comenzada descubráis.

TIBALDO. ¿Luego Elena aun ha de ser  
mi sobrina y Galatea?

SERGIO. Así me importa que sea;  
que yo sé lo que he de hacer.

Su Majestad dará aquí  
audiencia agora. Llegad  
y el exceso le contad  
del Príncipe, sin que a mí  
en ello parte me hagáis.

TIBALDO. Aunque su enojo y rigor  
temo, vos sois mi señor,  
y basta que lo queráis.

SERGIO. Dios os guarde; que yo os quiero  
viendo en vos amor igual,  
por vasallo más leal  
y amigo más verdadero.

Bien lo ha mostrado el efeto,  
pues entre cuantos lo son,  
hice de vos elección  
para tan grave secreto.

Demás que ha de aseguráros  
ver que de por medio estoy,  
y un escudo firme soy  
a los golpes que han de daros.

En esa cuadra aguardad,  
porque importa al fin que siga  
que nadie os vea conmigo,  
y en la querella mirad  
que en ningún modo me hagáis  
sabidor deste suceso;

que estriba mi honor en eso.  
Haré lo que me mandáis.

(Vase.)

SERGIO. Prudencia, industria, valor,  
ilustre sangre ofendida,

¿qué haremos, si ni aun la vida  
puede cobrar el honor?

De reyes altos deciendo  
mi casa, y aunque me hallo  
su igual en sangre, vasallo  
soy al fin de quien me ofende.

¡Cielo!, ¿así oprimís el pecho  
cuando permitís el daño?

¡Ah, no fuera un rey extraño  
el que el agravio me ha hecho!

(Sale el REY y acompañamiento.)

REY. ¡Sergio!

SERGIO. ¡Señor!

REY.

Ya de Hungría

partió la Infanta que espero  
que a mi reino dé heredero

y al Príncipe dé alegría,  
y es forzoso la nobleza

de Sicilia prevenir,  
porque salga a Su Alteza,  
como es razón a Su Alteza,

y tratar y disponer  
las fiestas y regocijos  
que a las bodas de dos hijos  
de su rey es justo hacer,

porque con su Infanta envía  
los poderes y recados  
con que han de ser desposados  
todos cuatro un mesino día;

que a su Príncipe mi hija  
doy, como él la suya al mío.

SERGIO. (Apl.) En vano al valor confío  
que el sentimiento corrija.

¡A sus fiestas me previene  
cuando mi muerte prevengo!  
La fe y el amor que os tengo,  
gran señor, pienso que tiene  
tanto crédito con vos,  
que no dudo que estéis cierto  
de que ha dado ese concierto  
igual contento a los dos.

Los años que yo le pido  
Sus Altezas guarde el cielo;  
que en esto me verá el suelo  
antes muerto que vencido.

REY. Guárdeos Dios; que amor igual  
promete la simpatía  
de vuestra sangre y la mía  
por la que tenéis leal.

(Sale un CRIADO.)

CRIADO. Pidiendo están, gran señor,

mos serranos licencia  
para entrar a tu presencia.  
REY. Entren.

*(Pase el CRIADO.)*

SERGIO. *(Lp.)* El justo dolor  
que siento, encubrir pretendo:  
que la industria en este caso  
ha de asegurar el paso  
para el remedio que emprendo.

*(Sale TIBALDO y otros villanos.)*

TIBALDO. Yo soy, gran señor, Tibaldo:  
de una aldeguela vecino  
que seis leguas de la corte  
goza de apacible sitio.  
Tengo una sobrina, a quien  
dieron los cielos divinos  
con la hermosura de Venus  
de Diana el ejercicio;  
pues que, doncella y hermosa,  
discurría a su albedrío  
siempre los espesos bosques,  
peñas duras y altos riscos.  
Ayer, cuando ya de Apolo  
daban los rayos oblicuos  
dilatada sombra al llano  
y templado viento al río,  
mi querida Galatea,  
que su nombre es éste, quiso  
esparcir, como otras veces,  
luz en los valles sombríos,  
y seguida de nosotros,  
entre otras serranas vimos  
a Febea entre sus ninfas  
en los collados de Cintio.  
Descuidadamente al aire  
daba rayos de oro fino,  
discurriendo por los prados,  
ya, con ella, paraísos,  
cuando encontramos, señor,  
al Príncipe, vuestro hijo,  
favoreciendo los bosques,  
de las fieras enemigo:  
y como si la belleza  
diese voces al oído,  
así revolví los ojos  
a los que adoran los mios,  
y viéndola, más ajeno  
quedó al punto de sí mismo  
que si viera de Medea  
el encantado vestigio.

Rémora fué de su curso,  
letargo de sus sentidos,  
imán de sus pensamientos  
y prisión de su albedrío:  
pues, deteniendo el infante  
la rienda a un veloz tordillo  
que por alado Pegaso  
hizo Parnaso al Paquino,  
saltó dél, y a Galatea  
partió con el vuelo mismo  
que va el rapante nebli  
al tímido pajarillo:  
ella, honesta como hermosa,  
volvió con pies fugitivos  
en palestra de Hipomenes  
el espeso laberinto.  
Su Alteza siguió su curso  
sin ser de nadie seguido:  
que porque la soledad  
diese ayuda a sus designios,  
de sus monteros mandó  
que fuésemos detenidos;  
con que ni la vista pudo,  
ya que no los pies, seguirlos;  
que, ocultándolos la copia  
de chopos, olmos y alisos,  
de lo restante, pudieron  
ellos solos ser testigos.  
Este, señor, es el caso  
a que vengo y de que os pido  
remedio, pues de Su Alteza  
no es justo pedir castigo.  
REY. Yo ordenaré lo que importa.  
SERGIO. Que perdonéis os suplico  
estos yerros a Tibaldo,  
de su ignorancia nacidos,  
y vos, Tibaldo, bien fuera  
que, pues sois vasallo mío,  
hubiéradades consultado  
antes el caso conmigo:  
que el Príncipe a Galatea,  
¿qué ofensa o qué agravio hizo  
cuando su fin consiguiesen  
sus pensamientos lascivos?  
¿No es gran honra suya y vuestra  
que Su Alteza haya querido  
dar con su sangre a la vuestra  
tan soberanos principios?  
Id con Dios.

REY. No le riñáis.

SERGIO. No sin misterio le riño.  
Mandad que nos dejen solos,  
porque hay mucho que deciros.

REY. Dejados solos.

TIBALDO. El cielo,  
señor, a los largos siglos  
de su duración iguale  
tu vida y tu nombre invicto.

(Vase con los demás. Llora SERGIO.)

REY. Sergio, ¿lloráis? Ya la causa,  
antes de sabella, admiro:  
que de vuestro fuerte pecho  
doma los heroicos bríos  
las lágrimas.

SERGIO. Gran señor,  
yo lágrimas, yo gemidos  
mensajeros de la muerte  
que cerca me pronostico.  
Bien sabéis que habrá dos años  
que previniendo el peligro  
que a mi honor amenazaba,  
de ciego amor encendido  
el Príncipe, mi señor,  
por mi Elena, de vos mismo  
aconsejado, fingí  
que era muerta, y un vestido  
de serrana y una aldea  
oculta en desiertos riscos  
a Elena, y deste secreto  
mudo depósito ha sido,  
gran señor, la Galatea,  
de quien relación os hizo  
Tibaldo; juzgad, señor,  
con cuánta razón me aflijo.

REY. No hay palabras con que pueda.  
Sergio pariente y amigo,  
mi enojo significaros,  
mi sentimiento deciros;  
y aunque al Príncipe disculpa  
el no haberla conocido,  
igualmente me prevengo  
al remedio y al castigo.

SERGIO. Vuestra Majestad advierta  
que conviene al honor mío  
conservar siempre el secreto,  
y que ni el Príncipe mismo  
entienda que ha sido Elena  
a quien el agravio hizo;  
que así conservo mi fama  
y su indignación evito,  
que es cierta si de la vuestra  
sabe que la causa he sido;  
que con esa prevención  
me fingí, como habéis visto,

contra Tibaldo enojado  
y de su queja ofendido:  
porque ni Su Alteza piense  
que estos efectos son míos,  
ni que es la serrana Elena,  
pues con razón imagino  
que de ello, si no evidencias,  
sospechas habrá tenido.

REY. Vuestro parecer apruebo,  
y a ejecutarlo me obligo.  
Vos, por si el Príncipe acaso  
su intento no ha conseguido,  
de vuestra hija cuidad,  
y fiad en cuanto al mío  
que el remedio os asegure  
y os satisfaga el castigo.

(Vase grave.)

SERGIO. Prospera Dios esa vida,  
en quien de Numa Pompilio  
y de Augusto César veo  
los atributos vencidos.  
El primer lance acertamos.  
Fortuna, favor te pido,  
pues portentosas mudanzas  
son las glorias de tus giros.

(Vase. Sale el PRÍNCIPE y DON JUAN.)

PRÍNCIPE. ¿Cómo en Sicilia os halláis?  
JUAN. A mi agradecido pecho,

señor, ofensa habéis hecho  
cuando eso le preguntáis.

¿Cómo puede hallarse quien  
con el favor soberano  
de esa poderosa mano  
se ha encumbrado a mayor bien?

PRÍNCIPE. Pues vuestro huésped yo creo  
que el regalo os sabrá hacer;  
bien mayor que su poder  
si menor que mi deseo.

JUAN. Sergio y Mauricio, señor,  
de suerte me han festejado,  
que en sus obras he notado  
efectos de vuestro amor.

Es verdad que, como es justo,  
en la mitad de las glorias  
salteaban las memorias  
de vuestra pena mi gusto;  
que acordándome que fui  
yo causa, con defender  
de vuestro amor y poder

la serrana, no senti,  
viéndome obligado a ello,  
el haberla defendido;  
mas sentí el haber nacido  
con obligación de hacello.

¿Cómo os va de sentimiento,  
señor? ¿Cómo habéis pasado  
la noche? ¿Por dicha ha dado  
treguas el sueño al tormento?

PRÍNCIPE. Por puntos crece en mi amor  
de suerte la llama fiera,  
que si a la ninta ligera  
cubrió el dios fulminador  
de nieblas por detenella,  
la serrana fugitiva  
el mundo con llama viva  
he de abrazar por vencella.

Un segundo Mongibelo  
en mi y en ella ha de ver  
Tinacria, pues verá arder  
mis furias entre su hielo.

JUAN. Mas la Infanta es la que viene.  
Besarla la mano quiero.

(Salen la INFANTA, SERGIO y MAURICIO.)

INFANTA. ¿Es aquel el caballero  
a quien el Príncipe tiene  
tanta afición?

MAURICIO. Sí, señora.

INFANTA. Mucho le alaba mi hermano.  
SERGIO. Pues no es coromista en vano  
de las partes que atesora.

Hospedallo me ha tocado,  
y cada acción que produce  
es nuevo rayo en que luce  
más el sol que le ha engendrado.

INFANTA. No hará poco, si es igual  
el alma a la gentileza.

(Aparte los dos.)

MAURICIO. Mucho le mira Tu Alteza.  
Ya temo que, por mi mal,  
mi padre te ha encarecido  
lo que el español merece.

INFANTA. ¿Son celos?

MAURICIO. ¿No te parece  
que justamente los pido?

INFANTA. No sé yo que tenga acción,  
el que favor no ha alcanzado,  
de pedillos.

MAURICIO. Quien ha amado

y servido, con razón,  
Infanta, puede acusar  
la ingratitud.

INFANTA. Eso sí.  
Quejarte puedes de mí,  
Mauricio, mas no celar.

Pero ya quiero avisarte  
que desde hoy no te permito  
amarme, con que te quito  
la licencia aun de quejarte.

PRÍNCIPE. Llegad, don Juan.

(De rodillas.)

JUAN. Vuestra Alteza  
me dé, señora, los pies.

PRÍNCIPE. El caballero que ves  
es crisol de la nobleza,  
prudencia y valor de España,  
rama ilustre de Chacón.

INFANTA. Su nombre da información  
del valor que le acompaña.

En cuanto ayudaros pueda,  
no daré ventaja alguna  
al Príncipe. Alzad.

JUAN. (Ap.) Fortuna,  
dos clavos pongo a tu rueda.

(Levántase. Como ALCAIDE sale un hombre viejo, con  
un papel.)

ALCAIDE. Deme Tu Alteza, señor,  
licencia y perdón, y lea  
este papel, porque vea  
mi disculpa y su rigor.

(Dale el papel.)

PRÍNCIPE. ¿Qué puede ser?

(Lee para sí.)

SERGIO. (Ap.) Mi venganza  
comienza aquí.

INFANTA. (Ap.) ¿Que será?

JUAN. (Ap.) ¿Acaso, fortuna, ya  
te ha cansado mi bonanza?

PRÍNCIPE. Aquí me manda prender  
mi padre, Sergio, no hallo  
culpa en mí; pero mandallo  
basta para obedecer.

Vos, que por vuestra prudencia  
sois su privanza, sabed  
la ocasión, y defended  
de su rigor mi inocencia.

SERGIO. Breve será la prisión:  
que, pues Vuestra Alteza está  
inocente, nacerá  
de siniestra información.

Lo que manda Vuestra Alteza  
haré, pues sabéis, señor,  
que a vuestro gusto menor  
trocaré yo mi cabeza.

INFANTA. ¡Príncipe!

PRÍNCIPE. No os aflijáis.

INFANTA. ¿Cómo no, hermano querido?

PRÍNCIPE. Yo sé que no he cometido  
exceso porque tenáis  
ni yo sienta esta prisión.

INFANTA. Yo lo espero; mas a tí  
no es justo prenderte así,  
sin muy clara información  
de un gran exceso.

MAURICIO. (*Ap.*) Obligar  
quiero a la Infanta. Señora,  
no des tan del todo agora  
al sentimiento lugar,  
puesto que tiene cabeza  
y fuerza y valor Mauricio.  
que emplear en tu servicio  
y en defensa de Su Alteza.

PRÍNCIPE. Vos, don Juan, ¿no decís nada?  
JUAN. Fuera de que el sentimiento,  
confundiendo el pensamiento,  
tiene la lengua turbada,

callo por encareceros  
mi fe y amor deste modo,  
porque siendo vuestro todo,  
¿qué me queda que ofreceros?

Demás que en esta ocasión  
basta para haber callado  
ser el Rey quien lo ha mandado.  
tenga o no tenga razón.

Dadme que del rayo fiero  
autora otra mano fuera,  
viérades si se opusiera  
a todo el mundo este acero.

Mas puesto que vos estáis,  
como decís, inculpada,  
¿ay de aquel que causa ha dado  
al disgusto que pasáis!

Desde aquí palabra os doy  
de poner su vil cabeza  
a los pies de Vuestra Alteza  
u dejar de ser quien soy.

SERGIO. (*Ap.*) No aguardará el causador  
que la palabra cumpláis.

PRÍNCIPE. Vos solamente igualáis

la prudencia y el valor.

Infanta: ya que yo voy  
preso con Su Majestad,  
a don Juan apadrinad;  
este solo cargo os doy,  
si queréis ver aliviado  
mi mal.

INFANTA. Aunque su valor  
no lo ha menester, mi amor  
os mostraré en mi cuidado.

MAURICIO. (*Ap.*) ¡Bien se remedian mis ce-  
JUAN. Señor, ¿cuando preso vais, [los!  
sólo de honrarme tratáis?

Ocasión pido a los cielos  
en que tan alto favor  
agradezca mi lealtad,  
y en prueba de ello, mandad  
el imposible mayor,  
que al punto, señor, veréis  
cuán animoso lo emprendo,  
si con él pagar entiendo  
la deuda en que me ponéis  
y aliviar vuestra pasión.

(*Aparte los dos.*)

PRÍNCIPE. Pues, don Juan, sólo pudiera  
el ver mi serrana fiera  
dar alivio a mi prisión.

(*Vanse.*)

## SEGUNDA JORNADA

(*Sale DON JUAN por el tablado, y SALADO, gracioso,  
por lo alto de un monte, llamándose el uno al otro  
con la mano.*)

JUAN. ¡Hola, pastor! ¡Aho, pastor!

SALADO. ¡Cortesano! ¡Aho, cortesano!

JUAN. (*Ap.*) Malicioso es el villano.  
¡Bajad!

SALADO. Aquí estoy mejor.

JUAN. Mucho en hablaros me va:  
gran bien me podéis hacer.  
Bajad.

SALADO. ¿Me habéis menester?

JUAN. Sí.

SALADO. Pues subid vos aca.

JUAN. Es más fácil la bajada  
y, aunque quiera, no sabré  
la senda.

SALADO. Yo si la sé:

pero no se me da nada.  
 JUAN. Mirad que quiero saber  
 negocio que importa mucho.  
 SALADO. Pescudad, que ya os escucho.  
 JUAN. Tan lejos no puede ser,  
 que es largo.  
 SALADO. ¿Pues tenés hebra  
 de preguntas?  
 JUAN. Sí, pastor.  
 SALADO. Pues largo preguntador  
 ¡al infierno a dar culebra!

*(Sacó DON JUAN la daga, y apunta a SALADO como  
 con pistola.)*

JUAN. ¡Ah, vil grosero!  
 SALADO. Ya bajo;  
 ¡tenga, no dispare!  
 JUAN. ¡Al fin  
 rogar a gente ruin  
 es mal lograr el trabajo!  
 SALADO. Señor ya vo.  
 JUAN. Ya os espero.  
*(Ap.)* ¡Bien la daga lo engañó!  
 SALADO. Quite el tiro, que ya vo.  
 JUAN. Hasta que lleguéis, no quiero.

*(Baja SALADO.)*

SALADO. Si que yo no rehurtía  
 el bajar de corazón;  
 son que so un poco burlón,  
 y por holgarne lo hacía.  
 JUAN. Yo lo creo.  
 SALADO. Yo me admiro  
 de ver que se haya enojado.  
 JUAN. No enojé  
 SALADO. Ya yo he llegado.  
 ¡Válame Dios! ¡Quite el tiro!  
 JUAN. Agora sí.

*(Entraína.)*

SALADO. Veisme aquí.  
 ¿que me queréis pescudar?  
 JUAN. Si sois de aqueste lugar  
 quiero sólo saber.  
 SALADO. Sí,  
 pastor de sus sotos so,  
 y, si he de decir verdad,  
 de comprida voluntad  
 dejara de serlo yo.  
 Que es ¡par Dios! cosa pesada  
 desde el nacer al morir

estar oyendo decir  
 “be”, “be” a toda una manada.

“Be” dice la corderilla  
 en tipre, y luego el cabrón  
 “be” le responde en bajón;  
 “be”, el cabrito en tercerilla.

Al mismo infierno me iré  
 con más gusto que tratar  
 con quien sólo sabe habbrar  
 una cosa, y ésa es “be”.

JUAN. Pues vente en servicio mío  
 a la corte, y allí oirás  
 tantas cosas, que tendrás  
 de la variedad hastío.

*(Ap.)* Obligarle así me importa.

SALADO. ¿Que querés llevarme a ella?  
 JUAN. Sí.

SALADO. ¡Oh, lo que cuentan della!  
 JUAN. Pues la mayor fama es corta.

SALADO. Diz que crece a maravilla  
 una orden nueva que atrás  
 deja a todas las demás.

JUAN. ¿Cuál?

La de la muletilla.

SALADO. ¡Bueno!

SALADO. Diz que nadie deja  
 de entrar, si puede, en el uso:  
 tanto, que uno se la puso  
 porque le dolió una oreja;  
 más, que he oído murmurar  
 que todos los que han entrado  
 en esta orden han tomado  
 las mañas de mi lugar,  
 que por ocasión precisa  
 echa una a sisa o pensión,  
 y aunque cese la ocasión  
 se queda puesta la sisa:  
 así, imitando a la villa  
 en aquesa gente grave,  
 aunque el achaque se acabe,  
 se queda la muletilla.

JUAN. ¡Gracioso humor!

SALADO. Mas ¿qué tiene  
 esto que afligirme a mí?  
 De los taberneros, sí,  
 tener nuevas me conviene.

Señor, ¿es verdad que dan  
 estos santos, por poder  
 hurtar sin pena, en hacer  
 a los que por vino van  
 que beban a la salida  
 de la tienda un trago dél,  
 porque no pueda el fiel

JUAN. probar la mala medida?  
Yo soy forastero, amigo:  
poco de la corte sé;  
si te agrada, yo tendré  
gusto en llevarte conmigo.  
y tú en salir de villano.

SALADO. Digo que me vo con vos;  
cabras y ovejas, ¡adiós!,  
que Salado es cortesano.

JUAN. ¿Salado es tu nombre?

SALADO. Sí.

JUAN. Y eres mi criado ya.

SALADO. Y he visto en vos que será  
gran ventura para mí.

JUAN. ¿Sabes a lo que se obliga  
quien sirve?

SALADO. No lo he sabido,  
porque jamás he servido,  
y así es bien que me lo diga.  
sabré lo que debo hacer.

JUAN. Quien sirve ha de hablar verdad,  
guardar al dueño lealtad,  
y callando obedecer.

SALADO. Por bien que lo habés pintado,  
mejor comprillo sabré;  
mas tras esto también sé  
lo que ha de hacer, si un criado  
recibe, un señor discreto.

JUAN. Saberlo quiero también.

SALADO. Pagalle y tratalle bien  
y no fíalle secreto.

JUAN. Digo que lo cumpliré.

SALADO. Y yo que os sabré obligar.

JUAN. Pues ~~ahora~~ has de empezar  
a dar muestra de tu fe.

SALADO. Habrad, pues.

JUAN. Que una verdad  
sola me declares quiero.

SALADO. Bien záfí! (1) es lo primero  
en que probáis mi lealtad.

JUAN. ¿Dirásla?

SALADO. Dudáis en vano,  
la verdad vive en la aldea;  
¡plegue a los ciclos que sea  
mi enemigo un escribano,  
y en prolija enfermedad  
tenga cerca un herrador,  
un reloj y un habrador,  
si no os dijere verdad!

JUAN. Galatea, la sobrina  
de Tibaldo, ¿qué se ha hecho?

SALADO. ¡Ay!

JUAN. ¿Suspiras?

SALADO. Si, que el pecho  
de atormentado rechina  
en oyéndola nombrar.

JUAN. Pues, qué, ¿es muerta?

SALADO. Muerta, no.

JUAN. ¿Casose?

SALADO. No se casó.

JUAN. ¿Quiéresla?

SALADO. ¿Quién ha de osar,  
que como un potro respinga?

JUAN. Pues ¿por qué oyendo su nombre  
suspiras?

SALADO. Porque ama el hombre  
a su criada Dominga.

JUAN. Dime, pues, de Galatea,  
que si yo la llevo a ver,  
tercero prometo ser  
con la que tu amor desea.

SALADO. De eso nacen mis cuidados.

JUAN. ¿De qué?

SALADO. De que anoheció  
un día y no amaneció  
su sol más en estos prados.

JUAN. ¿Y no sabes qué se ha hecho?

SALADO. Yo, por no dejar perdido  
mi ganado, no he podido  
pesquisallo; mas sospecho  
que en una quinta famosa  
que fertiliza este río  
tiene Tibaldo, su tío,  
oculta la ninfa hermosa;  
que un pastor lo dijo así,  
que la vió.

JUAN. Llévame allá.

SALADO. Id andando, que no está  
la quinta lejos de aquí.

JUAN. Mas aguardad, que ésta es,  
si el alma, que lo desea,  
no se engaña.

(Salen TIBALDO, villano, ELENA y DOMINGA.)

*Aparte los tres*

TIBALDO. ¿Galatea!

JUAN. ¿dónde te llevan los pies?

ELENA. No te adejes, ten el paso;  
mira que tengo temor.

JUAN. ¿Qué temor? ¿Qué mal mayor  
puede venirme que paso?

ELENA. ¡Dejadme, que la pasión  
me ahoga! ¿Por ser amada,

(1) Záfí!, sic.

be de vivir encerrada  
en tan estrecha prisión?

¿Qué más castigo esperara,  
si fuera la culpa mía?

¿Qué más pena merecía,  
si fuera yo la que amara?

La tierra, el aire y el cielo,  
que común a todos es,

ya de la fiera a los pies.

ya de las aves al vuelo,

a mí sola me es vedada.

siendo, ¡qué inhumana cosa!

mi desdicha ser merceda:

mi delito, ser amada.

Dejadme, Tibaldo, pues,

que si a algún peligro vengo,

de tigre las manos tengo,

de cierva tengo los pies;

cuanto más que la razón

cesa de esos miedos hoy,

pues no saben dónde estoy,

y el Príncipe está en prisión.

TIBALDO. De tu padre el mandamiento  
obedece.

ELENA. Bien está,

que mi padre no querrá

que me mate el sentimiento;

si os fatiga esta aspereza,

en ese monte aguardad,

mientras por la soledad

divierto yo mi tristeza.

TIBALDO. No te alejes de mis ojos

ELENA. No haré de vos larga ausencia.

TIBALDO. ¡Plegue a Dios que esta licencia  
no cause nuevos enojos!

(*L'asc.*)

DOMINGA. El alcaide mas suave  
da fastidio.

ELENA. Te prometo

que, aunque es humano y discreto

Tibaldo, me es ya tan grave

por su oficio, que me enfado

sólo en velle.

DOMINGA. Cosa es cierta.

SALADO. (*Ap. los dos.*) Aquella es Domin-

ga; advierta

si es de mal gusto Salado.

JUAN. Aguardemos, pues se aleja

Tibaldo ya.

SALADO. ¡No sos bobo!

Esa treta es la del lobo

cuando va a pescar la oveja.

DOMINGA. Aquí viene gente.

ELENA. Y son

dos hombres.

Ya nos han visto.

(*Ap.*) Yo no puedo más, embisto,  
Dominga del corazón.

DOMINGA. ¡Oh, Salado!

JUAN. No temáis,

bellísima Galatea.

ELENA. ¿Es don Juan?

JUAN. Es quien desea  
serviros; segura estáis.

ELENA. Ya, don Juan, de esa verdad  
clara experiencia he tenido;  
mas ¿qué causa os ha traído  
a esta oculta soledad?

JUAN. Hermosa serrana, vos  
a sólo buscaros vengo;  
mucho que deciros tengo,  
si estamos solos los dos.

ELENA. Sólo de vos me fiara,  
porque sé vuestra nobleza,  
y con nadie mi tristeza,  
sino con vos, aliviara.

Dominga, divierte un rato  
ese pastor, porque quiero  
hablar a este caballero  
con secreto y con recato.

DOMINGA. Mi industria verás agora.  
¿Gana de beber te ha dado?  
A buscar agua, Salado,  
que tiene sed mi señora.

SALADO. ¿Y he de matársela yo?

Que vais errada creed,  
porque Salado dar sed  
sabe, mas quitarla no;

y si conmigo no vais,  
aun agua me ha de faltar;  
porque ¿cómo la he de hallar,  
si de salud (1) me priváis?

DOMINGA. Porque beba mi señora,  
iré contigo.

(*L'asc.*)

SALADO. Eo si.

¡Malos años para mi.

si no hay tarquinada agora!

(*L'asc.*)

(1) Salud, sic



ELENA. Ya estamos solos.

JUAN. Oid  
lo que me obligó a buscaros...

ELENA. Tibaldo puede esconcharos;  
bajad la voz, y decid.

JUAN. Después, bella Galatea,  
que mi dicha me encontró  
en este intrincado monte  
con el Príncipe y con vos,  
volvió (no sabré deciros  
con cuántas ansias volvió)  
imprimiendo en vuestras huellas  
por la boca el corazón;  
luego que llegó a Mesina,  
que me hospedase encargó  
a Sergio, un gran caballero,  
de la nobleza crisol;  
si contara los regalos  
de que su largueza usó,  
ceñir pudiera en guarismo  
las hebras también del sol.  
Mas esto no importa aquí;  
voy al caso: amaneció  
claro el día, pero en breve  
se eclipsó su resplandor,  
pues apenas a Su Alteza  
entré a ver, cuando llegó  
un orden del Rey su padre  
para ponerle en prisión,  
y aunque se ignora la causa,  
con prudencia y con valor  
recibió Su Alteza el golpe  
y el decreto obedeció,  
y cuando pensé que hiciera  
nueva de tanto rigor  
que se olvidara de todo,  
sólo atento a su pasión,  
se acordó, ¡quién tal creyera!,  
sólo de hacerme favor,  
y que con el Rey me ampare  
a la Infanta encomendó:  
yo, agradecido, obligado  
a tal fineza de amor,  
¡cuánto enseña el poderoso  
dictamen de la razón!,  
le pregunté en qué podría,  
cuando así obligado estoy,  
dando muestra de mi fe,  
dar alivio a su afición,  
que para que lo consiga  
la fe y palabra le doy  
que he de emprender animoso  
el imposible mayor;

entonces, tierno. Su Alteza  
“¡Ay, amigo!, respondió,  
sólo ver a mi serrana  
puede aliviar mi pasión”.  
Obligóme mi palabra  
y su pena me obligó,  
porque estoy agradecido  
y soy noble y español;  
y así, apenas al oriente  
dió Febo su resplandor,  
cuando en un caballo suyo,  
en lo bizarro veloz,  
partí, serrana a buscaros,  
y mi dicha me mostró  
la estrella de mis intentos  
en ese tosco pastor,  
y encomendando el caballo  
a un tronco, porque impidió  
lo espeso de ese jaral  
los efectos de su ardor,  
llegué, infórmome, partimos  
a la quinta, mas salió  
sin crepúsculos la aurora  
y antes del oriente el Sol;  
serrana bella, si acaso  
no miente esa perfección,  
si la hermosa del cuerpo  
es del alma resplandor,  
si en algo os tengo servida,  
si os obliga la razón,  
si os lastima el mal ajeno  
y os mueve un constante amor,  
pues ya tenéis experiencia  
de la palabra que os doy  
de que en facción tan piadosa  
no peligre vuestro honor,  
dad, con sólo permitirlos  
a los ojos de quien dió  
su libertad a los vuestros,  
dulce alivio a su pasión,  
pues sólo dejando veros  
salgo desta obligación:  
si es bien tan largo en Su Alteza  
tan corta largueza en vos,  
cumplid por mi esta palabra,  
guardad esta vez mi honor,  
si yo por vos la he cumplido,  
si el vuestro he guardado yo.  
Así tan galán esposo  
os goce cuan bella sois,  
y que, honrándolos como propia,  
como ajena os tenga amor.  
(*Ap.*) ¿Qué he de hacer? Ya no es

ELENA.

resistir a tanto ardor. [posible]

Hija de otro noble padre,  
quiero fingirle que soy,  
que así no rompo el secreto  
y le pongo obligación  
de guardarme la palabra  
y alivio yo mi dolor.

JUAN. Acabad, serrana hermosa:  
dad fin a la suspensión.

ELENA. Caballero valeroso,  
honra del nombre español:  
más alta dificultad,  
más profunda confusión,  
más misterio tiene el caso  
que habéis entendido vos;  
imposible es responderos,  
si no es que la llave os doy  
de secretos que me fuerza  
a callar mi obligación;  
mas si me dais de guardallos  
palabra como quien sois,  
esto me habéis de deber  
en el mundo sólo vos,  
que ha de fiaros seguro  
su archivo mi corazón:  
poca hazaña en quien ya tiene  
conocido ese valor.

JUAN. Hablad, bella Galatea;  
decid, que palabra os doy  
que a un sepulcro de diamante  
entregáis la relación.

ELENA.

Esta, don Juan, que veis ruda corteza,  
esta humilde cortina de villana,  
no encubre verdadera rusticidad:  
es cómico disfraz, es ficción vana,  
tosco engaste al valor de la nobleza,  
nube al candor de un alma cortesana,  
pañasco bruto que esconder porfia  
el precioso metal que Apolo cría.

Hija soy de Roberto, respetado  
en Mesina por noble caballero:  
no lo conoceréis, que retirado  
vive él, y vos, don Juan, sois forastero;  
el cortesano traje, el dios vendado  
me hizo trocar en el que veis grosero:  
si a Júpiter venció su ardiente brío  
no admiraréis el rendimiento mío.

Dos veces visitó la luz hermosa  
del Sol, los doce signos celestiales,  
mientras mi pecho de su pena ansiosa  
reprimió honestamente las señales;

el Príncipe, ¡ay de mí!, la poderosa  
causa fué de mi amor y de mis males;  
¿qué mucho, si a la envidia Amor pusiera  
que una frágil mujer se le rindiera?

Y aunque, por no esperar verlos pagados,  
jamás le di a entender mis desvarios,  
no anduvieron, al fin, tan recatados  
en callar su pasión los ojos míos  
que a entender no llegara mis cuidados  
mi noble padre, cuyos años fríos,  
si bien le han dado pecho más prudente,  
no aplacado al valor la sangre ardiente.

Mas como ni apelar a la venganza,  
pudiendo remediarlo, era prudencia,  
ni se atrevió a poner la confianza  
de su honor en mi flaca resistencia,  
sólo fundó en mi ausencia su esperanza,  
y en este traje me entregó a la ausencia,  
poniéndome candados al secreto,  
ya el propio honor, ya el paternal precepto.

El campo en esmeraldas a este río  
dos veces apagados sus cristales,  
después que tristes lágrimas envío  
sin fruto a humedecer estos sayales,  
y puesto que hasta ahora el pecho mío  
nunca a la lengua permitió mis males,  
la resistencia misma, esto os confieso,  
hizo en mi amor lo que en la palma el peso;

y cuando, vos presente, vi a Su Alteza,  
único centro y bien de mi memoria,  
acusar tiernamente mi dureza,  
penosamente conquistar mi gloria,  
no sé, no, cómo tuve fortaleza,  
no sé cómo de mí llevé vitoria:  
no sé cómo enfrenó mi pecho ardiente  
del incendio amoroso la corriente,

pues como estas pasiones por los ojos  
en lágrimas y penas reventaron,  
y en la fuga mis pies a los abrojos  
dieron sangre y mis faldas matizaron,  
después que sin defensa mis despojos  
siguió Su Alteza, indicios se juntaron  
con que dió el malicioso villanaje  
por plena la probanza de mi ultraje.

Con tal mueva, mi padre, si intentara  
pintaros su furor es desvario,  
pues sólo de acordarme desampara  
la sangre tenerosa el cuerpo frío,  
sólo su airado aspecto me matare,  
a no ser mi inocencia escudo mío;  
pero mi lengua, allí sin fruto, intenta  
quitar su enojo y disuadir mi afrenta.

Así, loco de airado, no me espanto,

noble sangre su enojo y pecho anima,  
extendiendo la noche el negro manto  
me trasladó deste (1) nuevo oculto clima,  
y porque sólo me consuele el llanto;  
del secreto y clausura ley me intima,  
siendo mi muerte, ¡qué cruel decreto!  
pena a la transgresión de su precepto.

Esta es mi historia, mi desdicha es ésta.  
ésta mi calidad, éste mi estado,  
tantas las causas porque el alma honesta  
en tan dura opresión tiene el cuidado:  
mas tanto es ya el tormento que me cuesta,  
tanto el fuego del pecho enamorado,  
que su inmortal ardor vence al eterno  
que ministra suplicios al infierno;

y como ahora en la prisión padece  
el Príncipe, y su pena me lastima,  
en tierna compasión el amor crece,  
ya dar alivio a su pesar me anima:  
mas luego la tragedia se me ofrece  
de la opinión, que un noble tanto estima  
y, como nave entre contrarios vientos,  
padezco tempestad de pensamientos.

Vos, pues, asilo sed al mal que paso,  
luz a la confusión, fin al tormento;  
y pues los puntos penetráis del caso,  
vos por mí responded a vuestro intento,  
si atento al ciego ardor en que me abraso,  
al claro lustre de mi estirpe atento:  
disponed mis acciones, que yo fio  
que más que vuestro honor miréis el mio.

JUAN.

Si, por dicha, ha servido el escucharos  
de dar alivio a vuestros males fieros,  
bien, señora, habéis hecho en declararos:  
mas si es por obligarme, el conoceros  
la obligación aumenta de estimaros,  
no la resolución de defenderos,  
pues yo soy noble, y para hacerlo ha sido  
la ley más fuerte haberlo prometido.

Venid conmigo, pues, en el secreto  
y en mi palabra y mi valor fiada;  
salga, con veros, del mortal aprieto  
que en la pasión le aflije enamorado  
el Príncipe, que en cambio yo os prometo  
armar el pecho, desnudar la espada,  
perder la vida porque goce iguales  
los bienes vuestro amor a vuestros males.

ELENA.

El hecho es arduo, mucho de la estera,  
acción igual, excede de mi estado;  
mas vuestro gran valor ¡qué me debiera,  
qué efeto produjera el dios vengado,  
como a la obligación correspondiera  
del Príncipe, por mi tan abrasado,  
si opuesta a los peligros más valientes,  
no atropellara un mar de inconvenientes?

Resuélvome, don Juan, a vuestro intento;  
cumplid lo que ofrecistes a Su Alteza.

JUAN.

Cerca tengo el caballo, que da al viento  
emulación, si quita ligereza.

ELENA.

Vamos en él, y preste un fingimiento  
a mi ausencia, y disculpa, la fiera  
de un oso: fingiré que me fatiga  
y que a esconderme su furor me obliga.

para que si a la quinta, por ventura,  
vuelvo sin ser de nadie conocida,  
diga que el miedo, en una cueva oscura  
me tuvo en las entrañas escondida.

JUAN.

¡Es ingemosa traza! En la espesura  
nos escondamos, y la voz fingida  
da al viento.

ELENA.

(En voz alta.) ¡Qué animal tan espantoso!  
¡Valedme, cielos, que me mata un oso!

(Entranse, y salen SALADO, cayendo en el teatro, y  
DOMINGA tras él.)

DOMINGA. ¡Guarda el oso!

SALADO. El diablo ha sido,  
sin duda, quien me ha engañado.

DOMINGA. ¡Así me dejas, Salado?

SALADO. ¡Salado está corrompido!

(Dentro, TIBALDO.)

TIBALDO. ¡Guarda el oso Galatea!

DOMINGA. ¡Helo viene!

SALADO. El me hallara

(Echase boca abajo.)

boca abajo. ¡Dénme alla,  
por donde yo no lo vea!

(1) Deste, sic.; deaso: del.

DOMINGA. Tus excesos amorosos,  
¿dónde están? ¿Qué es del valor  
de un amante?

SALADO. No es mi amor,  
Dominga, a prueba de osos.

TIBALDO. *(Dentro.)* ¡Galatea!

SALADO. ¡Veslo allí!

DOMINGA. ¡Entre aquellas ramas suena!

SALADO. Si es que mi amor te da pena,  
¡duélete, mi bien, de mí!

DOMINGA. ¿Agora me resquebráis?

SALADO. ¡Agora y siempre, Salado!

SALADO. ¿He de ser vuestro velado?

DOMINGA. Si del oso me libráis.

SALADO. Y si me mata, ¿qué haréis?

DOMINGA. ¿Qué? ¡Llorar un siglo entero!

SALADO. Pues, Dominga, mucho os quiero,  
y no quiero que lloréis.

*(Hace que se va.)*

DOMINGA. ¿Cómo me dejáis?

SALADO. Así.

DOMINGA. ¡Ah, villano!

SALADO. Ya lo sé.

DOMINGA. ¿De tan poco fruto fué  
esta palabra que os di  
de casarme?

SALADO. Pues ¿matarme  
por casarme he de querer?  
¿Qué más pudiera yo hacer,  
Dominga, por descasarme?

*(Vanse. Salen ELENA, cubierto el rostro con un velo,  
y DON JUAN y SERGIO, por la otra puerta.)*

ELENA. *(Ap.)* ¡Qué desdichada nací!

*(Túrbase.)*

¡Mi padre iba a visitarme  
a la quinta, y encontrarme  
ordenó mi suerte aquí!

SERGIO. *(Ap.)* Las señas son, en efecto,  
de Elena. ¿Qué puedo hacer?  
Si la intento conocer  
es descubrir el secreto;  
si lo descubro, me obligo  
a imposible recompensa,  
pues que publico mi ofensa,  
sin fuerzas para el castigo,  
que el Príncipe, no don Juan,  
deste agravio es el autor.  
Disimular es peor,  
porque hacía la torre van,

donde el Príncipe está preso;  
y si es que vive hasta aquí  
el honor de Elena, allí  
le ha de perder... ¡Pierdo el seso!

ELENA. El apearnos fué error.

JUAN. El temor de que cayeras  
me obligó a hacer que le dieras  
con tus pies al campo honor,  
que en cualquier peligro hallo  
que fiar es mejor medio  
de mis manos el remedio  
que de los pies del caballo.

SERGIO. *(Ap.)* Conocerla es acertado,  
que si es Elena, don Juan  
es caballero, y tendrán,  
pues yo le tengo obligado,  
mi honor en el buen lugar,  
y seguro mi secreto.

JUAN. Ya, Sergio, aguardo el efecto  
de habernos hecho dejar  
el caballo. ¿Qué dudáis?

SERGIO. Hablad: ¿de qué estáis suspenso?

JUAN. Vos, don Juan, según yo pienso,  
sois mi amigo...

JUAN. Bien pensáis,  
que engendra en mi corazón,  
vuestra amistad, amistad;  
vuestro hospedaje, lealtad;  
vuestra sangre, obligación.

SERGIO. Según eso, os agraviara  
si en pediros fuera corta  
mi lengua.

JUAN. Sí.

SERGIO. Pues me importa  
ver a esa mujer la cara.

ELENA. *(Ap. a DON JUAN.)* No me dejéis  
[conocer.

SERGIO. Esto os pido, como amigo.

JUAN. Y yo, como amigo, os digo,  
Sergio, que no puede ser.

SERGIO. Ved...

JUAN. No hay más qué ver aquí.

SERGIO. ¿Duéelos mi honor?

JUAN. ¡Claro está!

SERGIO. En verla, el honor me va.

JUAN. Y en no permitirlo, a mí;  
ya como amigo habéis dado  
cuenta de vuestra intención,  
y ya mi resolución  
como amigo he declarado  
Si otra cosa no mandáis,  
dadme licencia que siga  
mi jornada.

SERGIO. Pues me obliga a que en la ocasión sepáis la necesidad, sabed...

JUAN. Tened, no me digáis nada, porque no veréis mudada mi resolución, creed, si más causas me alegráis, si me alegráis más razones que en esas vagas regiones átomos del sol miráis; y así, advertid como sabio que cuanto más me obligéis, pues yo no he de hacerlo, haréis tanto mayor vuestro agravio.

SERGIO. ¿Esa es fe y esa es lealtad?

JUAN. Pues decid, si no lo fuera y la salva no trajera, lo que pedís, de amistad, a cosa tan mal pensada como la que habéis pedido ¿hubiérais yo respondido con la lengua, o con la espada?

Querer, si con ella voy, ver una mujer, si el fuero no ignoráis de caballero, ¿no es agravio, en quien yo soy?

Luego sin razón, mi pecho de poco fiel acusáis, si el efecto que miráis en mí la amistad ha hecho.

ELENA. (Ap.) ¡Duélase el cielo de mí!

SERGIO. Si no podéis mi deseo cumplir, don Juan, juntos veo dos imposibles aquí; porque, supuesto que ya os he afirmado que en ver el rostro desta mujer el honor todo me va, mirad, cuando la opinión estimo más que el vivir, si os puedo dejar partir sin conseguir mi intención.

JUAN. Según eso, mirad vos qué medio se puede dar, si ninguno ha de mudar su parecer, de los dos.

SERGIO. Este el remedio ha de ser,

(Saca la espada)

que en casos de honor, el nudo que desatarse no pudo, la espada lo ha de romper.

ELENA. (Ap.) ¿Hay tormento como el [mio]?

JUAN. ¿Hay más triste confusión? Vuestro noble corazón ponga freno al frágil brío, que si os enciende el valor el pecho en fuego, mirad que de la caduca edad la nieve os hiela el vigor; y os advierto, si a sacar una vez llevo la espada, que menos que ensangrentada nunca la vuelvo a envainar; y ni el mataros me puede dar honra a mí, ni quitaros la vuestra a vos, ni arriesgaros con quien en fuerza os excede.

SERGIO. Poco el valor me debiera, si fuerza igual me animara; poco en mi razón fiara, si esa ventaja temiera.

No hay ya cómo desistir con honra de lo empezado, que es mejor morir honrado que deshonorado vivir.

(Saca la espada DON JUAN, y acuchillanse.)

JUAN. Pues, Sergio, vuestra amistad y vuestras canas perdonen.

ELENA. (Ap.) ¡En qué confusión me ponéis desdichas! ¡Enviad, ¡en cielos, remedio que cuadre a este mal!

SERGIO. ¡Yo soy vencido!

(Cae SERGIO, y DON JUAN le va a dar y ELENA le detiene.)

JUAN. ¡Morid, pues lo habéis querido!

ELENA. ¡No le mates, que es mi padre!

JUAN. ¿Tu padre?

ELENA. ¡Sí!

JUAN. En el fervor de tu afecto se ha mostrado; viva por ti.

SERGIO. ¿Yo he engendrado hija que no tenga honor?

(Levántase.)

¡Mientes!

JUAN. ¿Qué queréis hacer?

SERGIO. ¡O he de quitarle la vida, o morir!

ELENA. (*Ap. a DON JUAN.*) ¡Yo soy per-  
si me pongo en su poder! [dida,

JUAN. Pues ¿qué resuelves?

ELENA. Medid  
la espada y golpes violentos,  
y sólo a sus movimientos  
la defensa permitid:  
sin ofendelle, obligallo  
a no seguirme intentad,  
mientras esta soledad  
mido yo en vuestro caballo.

JUAN. Yo lo haré, señora: vuela,

ELENA. que ése es el medio mejor.  
¡Quién quitara a mi temor  
para el caballo una espuela!

(*Vase.*)

SERGIO. ¿Adónde, enemiga, vas?  
En el caballo se ha puesto...  
¿Huyes, traidora? Con esto  
crecen mis desdichas más.  
¡Seguiréte, si en el vuelo  
vences al viento!

JUAN. Eso no,

SERGIO. que sabré impedirlo yo.  
¡Tal permitis, santo cielo!

(*Quiere seguilla, y DON JUAN se abraza con él y le  
echa en el suelo y, dejándolo allí, se va corriendo.*)

JUAN. Así no podrás quejarte  
de mí, pues jamás hui  
por vivir; ¡huyo de ti  
ahora por no matarte!

(*Vase.*)

SERGIO. No agradezco tu piedad,  
si la vida me has dejado,  
pues dársela a un desdichado  
es la más dura crueldad.  
¡Deja, español, mi caballo!

(*Dentro DON JUAN, como de lejos.*)

JUAN. Sólo porque no me obligues  
a matarte, si me signés,  
me determino a llevallo.

SERGIO. ¡Escucha!

JUAN. Di.

SERGIO. Que el secreto  
de lo que aquí ha sucedido  
me guardes sólo te pido.

(*Como mas lejos.*)

JUAN. Como español lo prometo.

SERGIO. Solo, a pie y con tanta pena,  
de noche y en despoblado,  
el cuerpo de años cargado  
y el alma de agravios llena...  
¡Dios!, ¿qué es esto? ¡O que no  
hasta vengarme ordenad, [muera  
o aquí a mi infelicidad  
dé monumento una fiera!

(*Vase. Salen el PRÍNCIPE y MAURICIO, y haya bujías  
sobre un bufete, como que es de noche.*)

PRÍNCIPE. ¿Qué culpas tan graves son,  
¡cielos!, las que cometi,  
que me oculta el Rey así  
la causa de mi prisión?

Mauricio, ¿qué has entendido,  
qué has oído o sospechado?

MAURICIO. Todo el reino, de turbado,  
tiene el discurso oprimido;  
que en los decretos reales,  
y casos tan ponderosos,  
todos callan, temerosos,  
lo que sospechan, leales.

PRÍNCIPE. (*Ap.*) ¡Qué bien los daños orde-  
la Fortuna a un desdichado! [na  
Apenas hube alcanzado  
el primer favor de Elena,  
cuando su muerte temprana  
me la quitó de los ojos;  
aún no aliviar mis enojos  
dió principio la serrana,  
cuando en tan dura prisión  
me puso porque su ausencia  
dé más furia a la impaciencia,  
y al amor su privación.

(*Sientase a escribir el PRÍNCIPE.*)

Quiero mi pena inhumana  
en vos, papel, aliviar,  
porque me engañe el pensar  
que podéis a mi serrana  
decirla vos mi dolor,  
ya que me lo impida a mi  
la suerte.

MAURICIO. (*Ap.*) En mi vida vi  
tan grave efecto de amor.

(*Salen DON JUAN y ELENA, cubierta con el velo, a  
un lado. Aparte los dos.*)

ELENA. A no haberos declarado

ya mi amor, tened por cierto  
que el haberos descubierto  
quién soy me hubiera obligado

a no llegar donde veis,  
tan contra mi obligación;  
mas ya sabéis mi afición  
y mi calidad sabéis,

y vuestra palabra espero  
que, como noble español,  
me habéis de cumplir.

JUAN. Al Sol  
faltará la luz primero.

Aguarda, mientras despejo  
la sala y a prevenir  
entro a Su Alteza.

ELENA. (Ap.) Elegir  
no puedo ya buen consejo  
que a la confusión le cuadre  
de mi vida. ¿Qué he de hacer?  
¿Cómo puedo ya volver  
a los ojos de mi padre?

Si me escondo, su rigor  
y la opinión de mi afrenta  
se confirma y acrecienta...

JUAN. (Ap.) Mauricio es.

PRÍNCIPE. ¿Don Juan?

JUAN. Señor,  
dadme esos pies.

PRÍNCIPE. Vuestra ausencia  
mis pesares aumentó.

JUAN. Y en la vuestra excedí yo  
los fines de la paciencia.

(A MAURICIO.)

Mauricio, junto a la fuente  
que de aquí dos leguas baña  
las plantas a la montaña  
y el cabello al sol de oriente

me dió su veloz tordillo  
vuestro padre para cierta  
necesidad. A la puerta  
le dejo deste castillo;

llevádselo, y advertid  
que queda solo y a pie.

MAURICIO. Tu Alteza, señor, me dé  
licencia.

PRÍNCIPE. Al punto os partid.

(Vase MAURICIO.)

ELENA. (Ap.) Mi hermano es éste; él  
[pasó  
sin reparar, ¡dicha ha sido!,

mas indicios no ha tenido  
para pensar que soy yo.

PRÍNCIPE. Don Juan, ¿dónde habéis estado?

JUAN. Si ausente, en servicio vuestro.  
¿Qué haréis por mí si aquí os  
[muestro

la que el pecho os ha abrasado?

PRÍNCIPE. ¿La serrana?

JUAN. Sí, señor.

PRÍNCIPE. Daréis mi reino y mi vida.

JUAN. Con menos veréis cumplida  
la gloria de vuestro amor.

PRÍNCIPE. ¡Pedid, pues, don Juan, que es-  
muriendo! [toy

JUAN. Con que me deis  
una palabra, veréis  
que ésta cumplo.

PRÍNCIPE. Yo os la doy.

JUAN. Sólo estar cierto procuro  
de que el honor que mantiene  
le guardaréis, porque viene  
debajo deste seguro.

PRÍNCIPE. Palabra os doy que su honor,  
por más que loco me abraso,  
no ofenda. (Ap.) Si deja acaso  
cumplirla tan ciego amor.

JUAN. Voy por ella.

PRÍNCIPE. ¡Agora soy

dichoso!

JUAN. Serrana, entrad.

ELENA. Los pies, gran señor, me dad.

PRÍNCIPE. ¡Los brazos y el alma os doy!  
Tan loco de gloria estoy,  
que si en vano de alegría  
el mundo llenar porfía  
la humana capacidad,  
en vos contemplo deidad  
viendo que llenáis la mía.

ELENA. ¡Lo que encarece su fe  
la lisonja cortesana!

PRÍNCIPE. El alma tengo serrana.

Desde el punto que os miré  
tanto en vos me trasformé.  
que restando al ciego dios  
en hacer uno a los dos  
su poder, yo solo agora  
dejo de ser vos, señora,  
por quereros más que vos.

ELENA. ¿Y Elena?

PRÍNCIPE. Quiero decir  
que sólo por vos la amé;  
que puesto que el amor ve  
como Dios lo por venir,

quise mi fe prevenir,  
y sabiendo que quereros  
es nada después de veros,  
hizo que la imagen bella  
de vos adorase en ella  
aun antes de conoceros.

ELENA. Con todo, no me daréis  
el título de tirana  
si pienso que a una serrana  
tan firme amor no tenéis.  
A cualquiera le diréis  
estos mismos fingimientos.

PRÍNCIPE. Si os queréis de mis intentos  
informar, ese papel  
mirad, y veréis en él  
cuáles son mis pensamientos.

*(Dale el papel que escribió, y ella le toma y le lee.)*

ELENA. Porque a la desconfianza  
le dan nombre de discreta,  
lo he de ver.

*(Lee para sí)*

PRÍNCIPE. *(Ap.)* El alma inquieta  
no sufre ya la esperanza.  
Un infierno es la danza.  
Yo muero. ¿Cuál ocasión  
tendrá mejor mi pasión?  
La palabra importa poco.  
Loco estoy; no tiene un loco  
de cumplir la obligación.

Morir es cosa inhumana  
de sed a orillas del río;  
ser mi fe verdugo mío  
fe bárbara, ley tirana;  
¿Y qué importa a una villana  
no guardalla, si así evito  
a un Rey un mal infinito?  
Ceda el menor al mayor,  
y quien no sabe de amor  
no condene mi delito.

Don Juan.

JUAN. ¿Señor!

PRÍNCIPE. Ya mis penas  
me han quitado el albedrío;  
ya el ardiente fuego mío  
ha llegado a las almenas.  
¿Yo he de gozar o morir!

JUAN. ¿Qué decís?

PRÍNCIPE. Que destas dos  
importancias juzguéis vos

cuál se debe preferir:

si de un príncipe la vida,  
o el honor de una villana.

JUAN. Pues, señor, ¿ha de ser vana  
la fe por vos prometida?

PRÍNCIPE. Por eso os pido permiso;  
que si dado no la hubiera,  
lo que es ruego, imperio fuera,  
y lo que es demanda, aviso.

Las palabras y las leyes  
nunca obligaron al rey;  
que a toda palabra y ley  
son superiores los reyes.

JUAN. Vos que lo sois, en afrenta  
no incurrís, señor; yo sí,  
faltando a lo que ofrecí.

PRÍNCIPE. Yo lo tomo por mi cuenta.

Demás que es fineza vana  
ésta de que usar queréis.  
¿Qué importa que no guardéis  
la palabra a una villana?

JUAN. Para cumplir la que doy,  
nunca, señor, atendi  
a quiénes a quien la di,  
sino sólo a quien yo soy;

y así es fuerza que os impida  
vuestro intento, si advertís.

PRÍNCIPE. ¿Vive Dios, si lo impedís,  
que os he de quitar la vida!

JUAN. Sois Príncipe, y ya he besado  
vuestra mano por señor.

PRÍNCIPE. Pues si lo soy, y el furor  
sabéis de un enamorado,  
mudad consejo, pues veis  
que si impedirlo intentáis,  
morís, y no la amparáis,  
y así, todo lo perdéis. [sistir

JUAN. *(Ap.)* ¿Qué he de hacer? El re-  
no es posible. ¿Que la consienta,  
siendo Elena, hacer la afrenta?  
Primero es fuerza morir.

¿Diré que es Elena, pues?

No; que romper el secreto  
es cierto así, y el efeto  
de amparalla no lo es;

pues si muero resistiendo,  
ni guarda su honestidad  
mi muerte, ni yo lealtad,  
pues a mi Príncipe ofendo.

¿Si de sus ojos pudiera  
quitalla sin resistir  
con las armas, incurrir  
en su enojo no temiera;



que pasado ya este ardor,  
y sabiendo que es Elena,  
me remitirá la pena  
y estimará mi valor.

Y, si no, el Rey me podrá  
librar de su indignación,  
pues es justo, y la razón  
que he defendido verá.

Salga yo una vez de aquí  
con la vida y el honor,  
y fulmine su furor  
iras después contra mí.

PRÍNCIPE. ¿En qué dudáis? Resolved  
ya vuestra muerte o mi gusto.  
JUAN. Serviros, Príncipe, es justo;  
mas hacedme una merced.

PRÍNCIPE. Decid.

JUAN. Pues por vuestra cuenta  
tomáis mi honor, un papel  
me dad, firmándolo en él,  
porque nadie desta afrenta  
me arguya, y sepan que di  
mi palabra confiado  
en la vuestra, y que forzado  
de vos mismo, la rompí.

PRÍNCIPE. ¿Eso pedís, cuando os diera,  
por gozar de mi serrana,  
de la región siciliana  
la corona que me espera?  
¡Una silla!

*Siéntase a escribir, y DON JUAN le aprieta contra el  
bufete y huye con ELENA.*

JUAN. *(Ap.)* Tu prisión  
puedes llamalla, pues antes  
que tú de ella te levantes  
cumpliré yo mi intención.

No dirá que le resisto;  
que el huir no es resistir.

ELENA. ¿Qué es esto?

PRÍNCIPE. ¿Qué hacéis?

JUAN. Cumplir  
mi palabra.

*(Vase con ELENA, llevándola en brazos.)*

PRÍNCIPE. ¿Quién ha visto  
locura más atrevida?

¡Ah de mi guarda, matad  
ese enemigo! ¡Mirad  
que me ha quitado la vida!

*(Vase.)*

## JORNADA TERCERA

*(Salen la INFANTA y DON JUAN, ambos de luto.)*

INFANTA. Proseguid.

JUAN. Bien justamente  
me fié; que antes pensara  
que al Sol hermoso faltara  
la diadema refulgente  
que su palabra, y juzgué  
que nunca, aunque es loco Amor,  
pudiera hacer su furor  
a un rey quebrantar la fe

Pues como vi que Su Alteza  
tan resuelto la rompía,  
resuelto a estimar la mía  
menosprecié la cabeza,

y pidiéndole un papel  
porque a poderme escapar  
me diese tiempo el estar  
puestos los ojos en él,  
apenas Su Alteza había  
puéstose a escribir atento,  
cuando yo, imitando al viento,  
ciego raptor de Oritia,

llevando en los pies dos alas  
y la serrana en los hombros,  
salí, atropellando asombros;  
penetré, volando, salas.

Su Alteza, con causa, airado  
si engañado justamente,  
"¡Matalde!", dijo impaciente,  
"que la vida me ha quitado".

Mas yo, cuando él lo decía,  
ya como el centauro Neso,  
a quien más plumas que peso  
su Deyanira ponía,

pisaba sombras secretas  
del campo, y tarde las guardas  
sus espadas y alabardas  
quisieron hacer saetas.

Así su gracia perdí,  
cosa que previne yo,  
pues hice lo que él sintió,  
si bien lo que yo debí;

y aunque aplacó su furor  
vuestro padre, como el cielo,  
quitando su vida al suelo,  
me quitó a mí el defensor,

y él reina ya, el pecho, lleno  
de temores, se desvela;  
que hay amor para la espuela  
y no hay padre para el freno.

Y así, me quiero partir  
a España, pues según ley  
contra la espada de un rey  
no hay más defensa que huir.

INFANTA. (Ap) ¡Qué bien sabe amor ha-  
los caminos al tormento, [cer  
pues sólo muestra el contento  
para volverlo a esconder!

Respetando obligaciones  
del honor con que he nacido,  
afectos he reprimido  
y he sujetado pasiones

causadas destos despojos;  
que jamás fué en su furor  
con más seso loco amor  
ni fué ciego con más ojos.

Mas no esperéis, corazón,  
que le diga mi pesar:  
pierda la vida el callar,  
y no el hablar la opinión;

pues si permito la ausencia,  
¿cómo he de poder llevalla,  
pues a sólo imaginalla  
niega paso la paciencia?

Deme la necesidad  
industria... Yo no me espanto,  
don Juan que al Rey temáis tanto,  
que ese temor es lealtad.

Pero busquemos un medio  
que aplacando este rigor  
dé fin a vuestro temor  
y al Rey, en su mal, remedio;  
pues nos obliga a este intento  
ver que sus melancolias  
a sus juveniles días  
amenazan fin violento.

JUAN. ¿Qué se ha hecho la serrana?  
Desde aquella noche habita  
los montes, donde ejercita  
la imitación de Diana;

que temiendo ya la furia  
de sus deudos y el poder  
del Rey, se quiso esconder  
donde libre de su injuria  
vive entre riscos de plata  
y entre peñascosas grutas,  
comiendo silvestres frutas  
y libres fieras que mata:

que tanta fuerza y destreza  
le ha dado el largo ejercicio,  
que hurta al Amor el oficio  
como a Venus la belleza.

INFANTA. Pues, supuesto que es tan claro

que estriba la paz en cila,  
venga la serrana bella  
con seguro de mi amparo.

a mi cuarto, porque sea,  
defendiendo yo su honor  
la paz de tanto rigor  
ver el Rey a Galatea.

JUAN. Traella, señora mía,  
imposible me será.

INFANTA. Pues decidme dónde está.

JUAN. ¿Cómo? Si de mí se fía.

INFANTA. Con ella, pues, lo tratad;  
que puede ser que cansada  
de esa vida tan pesada  
admita mi voluntad.

JUAN. Eso dicta la razón.  
Hacerlo quiero, que es justo:  
pues remitido a su gusto  
me quita de obligaci6n;

que de otra suerte, primero  
que la fe le quebrantara  
diera al mundo luz más clara  
que la del sol el lucero.

INFANTA. ¡Qué galán tan fino hacéis!

JUAN. Muy poco a deber me queda;  
que con la sangre se hereda  
esta obligaci6n que veis.

INFANTA. Si la hija de un villano  
entre peñascos nacida  
os hace oponer la vida  
al rigor del Rey, mi hermano.

por una Infanta, ¿qué fuera,  
si os hubiera menester,  
para evitar el poder  
de un Rey que su mano espera  
por tener ella su amor  
en quien, si no es majestad,  
es rey de su voluntad,  
que es el imperio mayor?

JUAN. Entonces fuera perder  
mil vidas pequeña hazaña.

INFANTA. Pues, don Juan, no os vais a Es-  
porque yo os he menester. [pañá,

(Fase.)

JUAN. Aquí es fuerza despreciar  
la vida ya; corazón,  
¿en cuál mejor ocasi6n  
la puede un noble arriesgar?

Sin duda pagar desea  
lo que Mauricio padece;  
que ni otro aquí la merece

ni otro en su afición se emplea.  
¡Ah, Mauricio feliz! ¡Hoy  
dulce descuento tendrás  
de tanta pena, y verás  
si yo agradecido soy.

(Sale SALADO, villano, y áscle de la capa a DON JUAN.)

SALADO. ¡Ah, pesia tal que os cogí!

JUAN. Salado, puedes creer  
que te he deseado ver.

SALADO. ¡Esa es buena para mí!

JUAN. La fiera nos apartó.

SALADO. Buscad un bobo que os crea.

JUAN. La fiera fué Galatea.

SALADO. Esa es malicia.

JUAN. Esa no.

SALADO. Mientras pide, es condición  
antigua del cortesano  
besar humilde la mano,  
y en alcanzando, ¡afufón!

JUAN. No lo haré yo.

SALADO. ¡Bien, por Dios!

Dejé por vos mi ganado,  
y halléme luego burlado,  
sin mi ganado y sin vos.

Fuí a cas de Sergio, y dijeron  
que ya más allá volvistes  
desde aquello que tuvistes  
con el Rey, cuando quijeron (1)  
sus criados, por pescar  
a Galatea, mataros.

Y así he tardado en hallaros,  
porque la corte es un mar.

Es verdad que en su grandeza  
tanto que ver he tenido,  
que con su gusto he perdido,  
de no hallaros, la tristeza.

Damas de mucha hermosura,  
aunque armadas, he encontrado;  
mas nunca les ha pasado  
del ombrigo la armadura.

Un lisonjero felice  
topé adulando a un señor:  
¡no sé yo cuál es peor,  
quien la escucha o quien la dice!

Un sacristán inocente  
vi, que escribiendo y hablando  
siempre se estaba quejando  
de la invidia solamente:  
que él era el Sol y intentaban

nubecillas eclipsalle;

que era león y a ladralle  
mil gozquillos se juntaban.

Y tras esto supe yo  
que cuantos discretos vían  
su inorancia, le tenían  
lástima, que invidia no.

Luego encontré un pretendiente  
quejoso de dilaciones.

a quien probé en dos sazones  
que era un grande impertinente.

JUAN. ¿Cuáles son?

SALADO. Díjele: "Ignoras,

cuando con tanta porfia  
te quejas, que en todo un día  
son veinticuatro las horas.

Al triste privado, pues,  
da siete para dormir;  
comer, desnudar, vestir,  
a un paje consumen tres;

al descanso, que esto es ley,  
una concede, no más;  
pues tres bien se las darás  
para tratar con el rey;

a la audiencia, dos cabales;  
una, al oír misa y rezar;  
pues otra se han de llevar  
las demandas corporales;

pues, cuando no me descuenten  
lo que gasta en cumplimientos,  
fiestas, acompañamientos  
y otros dos mil accidentes,

¿cuántas restan deste día  
para el despacho? No más  
de seis. Pues di, ¿no verás  
que hay Alemania y Hungria,

Francia, España, Ingalaterra,  
Italia, Venecia y Flandes,  
y que hay negocios tan grandes  
que tratar de Estado y guerra,  
que quieren tiempo infinito  
para su resolución,

y que en su comparación  
vienes tú a ser un mosquito?

Pues espera tu lugar  
o deja el ser pretendiente;  
que esta plaza solamente  
se alcanza sin esperar.

JUAN. Tu entendimiento, Salado,  
es como el nombre.

SALADO. Señor,  
¿no le mueve a gran dolor  
ver mi ingenio arrinconado?

(1) Quijeron, sic; nótese que habla en villano.

JUAN.

¿Quién, por la vista, de ti  
buen concepto ha de formar?

SALADO.

Pues ¡a fe que en mi lugar  
no lo pensaban así!

Alcalde he sido, y no en balde;  
que hacer justicia me vian  
tan bien, que todos decían  
que era bueno para alcalde.

Y a fe que puesto delante  
un delincuente de mi,  
que nunca le parecí  
punto menos que gigante.

Mas víneme de mi aldea  
fiado en que merecía  
a la villa en que vivía  
la serrana Galatea;

y aunque he dado ya experiencia  
de mi ingenio y opinión,  
pudo más la información  
del talle que de la ciencia.

Porfí por si vencia  
este estorbo y me tardé  
tanto tiempo, que gasté  
lo que gané en la alcaldía.

En viéndome así el planeta  
obro del nativo genio,  
porque, pobre y con ingenio,  
fué fuerza dar en poeta:

pero los versos me han dado,  
si no presunción, sustento;  
fuerza fué, no destraimiento  
lo que hacerlos me ha obligado,

hasta que tuviese sólo  
un amo tal como vos,  
que en tiniéndolo, ¡por Dios  
que ha de perdonar Apolo!

Pero tanto, al fin, me veo  
de mi fortuna abatir,  
que ni aun merezco servir  
por mucho que lo desco.

Todo esto os quise contar  
por haber con eso dado  
respuesta a mil que han culpado  
que me ocupe en coplear.

JUAN.

Y entre esos merecimientos  
con que acusar tu fortuna,  
¿no has tenido falta alguna  
que deslumbre tus intentos?

Lo que en ti el amor ha hecho  
por Dominga no se sabe.

SALADO.

Si; mas en eso el más grave  
meta la mano en su pecho;

porque un delito que abona

tanta hermosura, el que es sabio,  
si lo culpa con el labio  
con el pecho lo perdona;

y cuando me oye acusar  
dello algún cuerdo, responde:  
"Más invidia he de vos, conde,  
que mancilla ni pesar".

Nuestro Rey, ¿no sabéis vos  
que muere por Galatea?  
Pues aunque más rica sea,  
no es más hermosa, ¡por Dios!

JUAN.

Calla, y serás mi criado.

SALADO.

¡Por serlo quiero callar.

JUAN.

Al Rey no se ha de tocar;

SALADO.

que, aunque es humano, es sagrado.

JUAN.

¿Vas, señor, a la posada?

No; aquí me aguarda a las diez  
esta noche.

SALADO.

¡Oh, esta vez  
aforras la cantonada.

(*Vanse. Salen SERGIO y MAURICIO.*)

SERGIO.

Hijo, ya ves las razones  
que obligando nos están  
a no sufrir que don Juan  
nos traiga en más dilaciones.

Ya ves, Mauricio, que el Rey  
tan loco está por Elena,  
que a la de Hungría le ordena,  
tan contra razón y ley,

que no salga a tierra, dando  
por causa a la dilación  
la falta de prevención.

Pues yo me animo pensando  
que si el Rey supiese que era  
viva Elena, y la serrana  
por quien él muere es tu hermana,

ser su esposo resolviera;  
que, pues sin esa esperanza  
al tratado casamiento  
resiste, en este argumento  
fundo bien mi confianza.

MAURICIO.

Es así.

SERGIO.

Bien es verdad  
que he dado en formar conceto  
de que goza con secreto  
a Elena Su Majestad,

y que para descuidarme,  
es la tristeza fingida,  
puesto que no hay quien le impida  
el gozalla y agraviarme,  
siendo ya Rey, sin prisión

ni límite en su poder.

MAURICIO. Lo mismo llego a entender;  
y ayuda esa presunción  
ver que si fuera verdad  
que don Juan le resistía,  
el fin a su amor, le habría  
preso ya su Majestad  
y aun muerto.

SERGIO. Pues hoy, advierte:  
o don Juan, sin dilatar  
un punto, nos la ha de dar,  
o le hemos de dar la muerte.

MAURICIO. Señor, desde el mismo instante  
que don Juan pisó a Mesina,  
me aborrece a mí, y se inclina  
a ser la Infanta su amante.

Y cuando no, nuestro honor  
y el mandallo tú, bastara  
para que yo le matara  
con tantos celos y amor.

El viene; pero tenemos  
las ventanas de palacio  
muy cerca. Lugar y espacio  
más conveniente hallaremos.

(Sale DON JUAN solo.)

SERGIO. Tomada resolución,  
eso no importa. Don Juan,  
ya vuestras cosas no están  
para sufrir dilación.

Ya veis que, habiendo llegado  
la infanta Arminda de Hungría  
al puerto donde entendía  
llegar al de su cuidado,

el Rey manda que se esté  
sin saltar en tierra, y esto  
en gran sospecha me ha puesto  
de que en secreto se ve

con Elena, y que ya sabe  
que es ella; que es cosa llana  
que no hiciera una villana  
cieto en un Rey tan grave;

y más sin verla o tener  
noticia della, y así  
o la habéis de dar, o aquí  
vuestra muerte habéis de ver

JUAN. ¿Vos pagáis conforme a ley  
lo que veis que he padecido  
por ella, y haber caído  
en la desgracia del Rey?

SERGIO. Esas son sofisterías  
y mañosos fingimientos

para impedir mis intentos  
y desmentir las espías,

como también la tristeza  
del Rey lo debe de ser  
para encubrir, y poder  
gozar así la belleza

de Elena, sin dar sospechas.  
Pues, decidme: las espadas  
y alabardas que arrojadas  
fueron por el aire flechas

a matarme despedidas  
cuando, resuelto a la pena,  
saqué del castillo a Elena,  
¿fueron ciertas, o fingidas?

SERGIO. Ningún suceso ha tenido  
semejanza de ficción  
más que ése, pues la razón  
muestra que, a no ser fingido,  
no salierais, español,  
vivo de entre tantas puntas,  
que por muchas y por juntas  
no las penetrara el sol.

JUAN. ¿Lo que se debe al valor,  
al engaño se atribuye!

SERGIO. ¿No veis cuán claro se arguye  
que si defender su honor  
fuera, don Juan, vuestro intento  
no le llevarais allí,  
pues acercasteis así  
al fuego crecido el viento?

JUAN. La palabra me obligó  
que a Su Alteza le había dado;  
demás de que conuido  
iba yo en la que él me dió  
de contentar su miralla  
sus pensamientos.

SERGIO. Don Juan,  
palabra que reyes dan  
nunca pueden quebrantalla;  
y es el hablar de esa suerte  
poco respeto y temor  
al Rey. (Ap.) Con este color  
pienso disculpar su muerte.

Que a darla Su Majestad  
la cumpliera.

JUAN. Que la dió  
digo; no que la rompió,  
pues vive la honestidad  
de Elena. Y no forméis lazos  
ni quimeras fabriquéis  
con que a mi lealtad arméis  
maliciosos embarazos;

y advertid, si acaso os mueve

la razón agradecida,  
que vos me debéis la vida  
y Elena el honor me debe.

Bien lo sabe el cielo justo.  
En cuanto a que yo os la dé,  
la palabra le empeñé  
de no hacerlo sin su gusto.

Hasta agora no me ha dado  
licencia; pero pensad  
que su honor y honestidad  
defiende un lugar sagrado.

Decir más no puede ser,  
porque repugna a quien soy.  
Esto supuesto, aquí estoy;  
mirad lo que habéis de hacer.

*(Saca la espada.)*

SERGIO. Dar fin a tema tan loca  
rompiendo ese pecho infiel,  
para ver escrito en él  
lo que me niega la boca.

MAURICIO. El castigo que mereces  
tendrás.

JUAN. Pues mirad por vos,

*(Saca la espada.)*

Sergio, porque sólo Dios  
sabe perdonar dos veces.

*(Acuchillanse, y sale la INFANTA, en alto.)*

*(Aparte.)*

INFANTA. ¡Triste de mí, que es don Juan!  
¡Sergio; ah, Mauricio!

MAURICIO. La Infanta  
nos llama.

SERGIO. En desdicha tanta,  
en que vida y honra van,  
no hay respeto, ni temor.

INFANTA. ¡Mirad que la Infanta os llama!

MAURICIO. ¿Cómo puede el que bien ama  
romper las leyes de amor?

*(Mítese en medio MAURICIO.)*

¡Tenéos, padre!, que es forzoso  
a la Infanta obedecer.

SERGIO. ¡El cielo da en defender  
a este español venturoso!

INFANTA. Don Juan, en palacio entrad.

JUAN. Voy, señora, a obedecerte.

*(Vase.)*

INFANTA. Sergio, decid, ¿de esa suerte  
servís a Su Majestad?

¿Así a un noble forastero  
albergáis? ¿Así, a los ojos  
de palacio, los enojos  
remitís al blanco acero?

¡Por vida del Rey mi hermano,  
que os he de dar a entender  
qué respeto ha de tener,  
del más noble al más villano,

a esta casa, y con qué penas  
ha de verse castigado  
quien no adora por sagrado  
la sombra de sus almenas!

*(Vase.)*

MAURICIO. ¡Todo lo habemos perdido!  
No fué acertada facción  
haber en esta ocasión  
nuestra venganza emprendido.

SERGIO. ¿Quién pensara que primero  
que a nuestras manos muriera,  
la Infanta al balcón saliera  
a reprimir nuestro acero?

Ya se erró; sólo nos queda  
la esperanza de enmendallo;  
hijo, en pudiendo matallo,  
suceda lo que suceda.

*(Sale el PRÍNCIPE, ya rey, vestido de luto.)*

MAURICIO. ¡El Rey!

PRÍNCIPE. *(Ap.)* Las tristezas mías,  
Amor, ¿en qué han de parar?  
Si no me has de remediar,  
¿por qué dilatas mis días!

¡Sergio!

SERGIO. ¡Gran señor!

PRÍNCIPE. Yo muero;  
sin remedio es mi dolor.

SERGIO. La vida del Rey, señor,  
a la del reino prefiere;  
si os da pena el casamiento,  
vuestrs fuertes escuadrones,  
con armas y con razones  
defenderán vuestro intento.

PRÍNCIPE. ¿Don Juan Chacón, dónde está?

SERGIO. Él viene.

*(Sale DON JUAN CHACÓN.)*

PRÍNCIPE. *(Ap.)* Resuelto estoy  
a acabar mis penas hoy.

pues me acaban ellas ya.

Matarélo, ¡vive Dios!,

si no me da la serrana.

Cosa es, don Juan, inhumana  
que esté mi remedio en vos

y yo muera. Mi pasión.

vos lo veis, es ya de suerte  
que trueco a siglos de muerte  
instantes de dilación;

y así, en tan justa querella,  
resuelvo que es necesidad,  
si me matáis con crueldad,  
no defenderme con ella:

o al dueño de mi esperanza  
me dad luego, o aquí al punto  
tendré, con veros difunto,  
si no remedio, venganza,

pues que ni hay razón ni hay ley  
por qué guarde ese valor  
de una villana el honor  
más que la vida de un rey.

JUAN. Señor...

PRÍNCIPE. O darla o morir  
es fuerza, sin replicar.

JUAN. Pues el noble ha de guardar  
la palabra, o no vivir.

PRÍNCIPE. Pues, ¿Sergio y Mauricio, en  
la vida aquí le quitad! [pena,

SERGIO. (Ap.) Don Juan ha dicho verdad;  
el honor guarda de Elena.

PRÍNCIPE. ¡Matalde!

SERGIO. Mira, señor...

PRÍNCIPE. Poco mi vida estimáis,  
pues que la suya amparáis,  
cuando me mata el dolor;

pero la guarda, mi pena  
mitigará con su muerte.  
¡Hola!

SERGIO. Detente, y advierte  
que la serrana es Elena.

PRÍNCIPE. (Muy alegre.)

¿Qué decís Sergio?

SERGIO. Que así,  
arriesgando honor y vida,  
paga el alma agradecida  
lo que hace don Juan por mí.

PRÍNCIPE. ¿Que es Elena?

SERGIO. Si, señor;  
que os vi abrasado de suerte  
que hube de fingir su muerte  
para defender su honor;

y esto, a la fe, que miráis  
al gran don Juan ha obligado.

PRÍNCIPE. Don Juan está disculpado,  
y vos disculpado estáis;  
y en albricias de que Elena  
vive, os doy, Sergio y Chacón,  
mis brazos con el perdón  
de vuestra culpa y mi pena.

SERGIO. Vos sois sol de nuestras vidas.

JUAN. Y esfera de la piedad.

SERGIO. ¡Don Juan!

JUAN. ¿Sergio?

SERGIO. Perdonad  
culpas de un error nacidas.

JUAN. Dadme esos brazos; seran  
de mi humilde cuello lazos:  
Mauricio, dadme los brazos.

MAURICIO. Y el alma en ellos, don Juan.

(Aparte los dos.)

JUAN. En albricias he de darte  
por nueva que tengo indicio  
de que la Infanta, Mauricio,  
tu afición quiere pagarte.

MAURICIO. ¿Cómo?

JUAN. No preguntes más.

MAURICIO. De nuevo me has obligado  
a ser tu esclavo.

JUAN. Cuñado  
del Rey, si puedo, serás.

SERGIO. Ya mi cuidado cesó:  
ya, noble español, no os pido  
a Elena, pues habéis sido  
más padre della que yo.

PRÍNCIPE. (Ap.) ¡Ay, Elena de mis ojos,  
dichosamente he logrado  
los tormentos que he pasado!  
Yo agradezco mis enojos,  
que tal calidad de pena,

sin duda que pretendía  
declarar al alma mía  
que eras viva, dulce Elena

Mudar intento conviene,  
o al menos disimullarlo,  
por Sergio, que aunque es vasallo,  
de reyes la sangre tiene.

(Sale su CRIADO.)

CRÍADO. Un húngaro caballero  
pide licencia de verte.

PRÍNCIPE. Mensajero es de mi muerte,  
si es de Arminda mensajero.

SERGIO. Querrá que abrevies el día  
de tus bodas.

PRÍNCIPE.

¡Ay, Elena!

(*Ap.*) Tu memoria es en mi pena  
sol de la noche en Hungría.

(*Sal. un caballero HUNGARO.*)

HÚNGARO.

Famoso Rey, cuya vida  
libre del común tributo,  
a emulación de tu nombre,  
discurra infinitos lustros:  
la Infanta Arninda, mi prima,  
que después que al cielo plugo  
que tantos reinos pasase  
no puede pisar los tuyos  
con dudosa admiración  
y con sentimiento justo  
de que por galas nupciales  
te cubran funestos lutos,  
y que impidiendo a sus plantas  
tocar el puerto seguro,  
tanto le encubras el rostro  
cuanto le muestras disgusto,  
te suplica que den luz  
al laberinto confuso  
de sus bodas tus palabras;  
Rey, lo que te pide es justo:  
desata, pues, las prisiones  
a tus pensamientos mudos  
y de tan públicas penas  
publica el principio oculto,  
que Arninda partió de Hungría  
para que en consorcio tuyo  
fuese reina de Tinacia,  
no vasalla de Neptuno.

PRÍNCIPE.

No piense la hermosa Infanta  
que son para daño suyo  
estas dilaciones, no;  
su bien sólo en ellas busco;  
melancólicas pasiones,  
irremediables disgustos  
me tienen tal, que en el pecho  
vive el corazón difunto.  
¿Veis este afligido aspecto?  
¿Veis este funebre luto?  
Pues, cuanto el alma es mas noble,  
juzgad mayores los suyos.  
Mal, pues, le estará a la Infanta  
tener marido sin gusto,  
gozar un cuerpo sin alma  
y un casamiento sin fruto;  
y así, le podéis decir  
que por todo el cielo juro  
que si la mano le niego,

mayores penas le excuso,  
pues cuantos celebran sabios  
dicen que hallarse no pudo  
mayor infierno en la vida  
que un casamiento a disgusto.

HÚNGARO.

Según eso, vuestra hermana  
hará lo que vos.

PRÍNCIPE.

Y es justo,  
puesto que de mis conciertos  
son dependientes los suyos.

HÚNGARO.

¡Bien veneráis las cenizas  
de vuestro padre difunto!  
¡Bien sus contratos guardáis,  
y bien la fe que interpuso!  
¡Bien cumplís vuestra palabra!

PRÍNCIPE.

No peca, en romperla, mucho,  
que si la di compelido,  
el concierto fué ninguno.  
El respeto paternal,  
que se juzga temor justo,  
no obliga a lo que ofrecí  
forzado; libre, no cumplo.

HÚNGARO.

Basta, no aleguéis más leyes  
porque los juriconsultos  
no entiend[en] de la nulicia:  
sólo sé los estatutos,  
y averiguan los agravios  
entre monarcas del mundo,  
no puntos de blandas plumas,  
mas puntas de acero duro.  
Primo de la Infanta soy,  
y propia la ofensa juzgo:  
cuando no por ser su dendo,  
por ser escudero suyo:  
presto mil preñados montes  
veréis, por el mar cerúleo,  
romper con nevadas quillas,  
en la sal, azules surcos,  
y que llegando a tocar  
sus árboles vuestros muros  
es de Grecia vengativa  
un Paladión cada uno.

PRÍNCIPE.

¡Ni donde en peñascos fríos  
batiendo airada Anfítrite  
eco sus voces repite  
entre cóncavos bajíos,  
ni dónde en ebúrnea cama  
y purpúreos pabellones,  
las orientales regiones  
ilustra del sol la llama;  
ni dónde el blando elemento  
en sombras occidentales  
a las luces celestiales



prestó oscuro monumento,  
en sus discursos han hecho  
gigantes, fieras, vestiglos,  
monstruos ni rayos los siglos  
que den terror a mi pecho?

¡Pueblen los campos sileos  
los húngaros escuadrones,  
a contrastar los peñones  
de los montes lilibeos;

venzan en alado pino  
la furia al Tirreno mar,  
con presunción de aplacar  
la del Peloro y Paquino!

¡Verá, por su mal, Hungria  
que en el tinacrino suelo  
es un Etna y Mongibelo  
cada corazón que cria!

HÚNGARO. Arme, pues, ya vuestra tierra  
las peñas que el mar azota,  
que la amistad queda rota,  
y publicada la guerra.

JUAN. ¡Ah, caballero!, escuchad.

HÚNGARO. ¿Qué queréis?

JUAN. Dadme licencia,  
en tan grave diferencia,  
para hablar, señor.

PRÍNCIPE. Hablad.

JUAN. Ya que queréis que concluya  
la guerra lo que es derecho,  
no es bien que un pacto deshecho  
tan graves reinos destruya,  
pues, según experimento,  
la guerra, en prolijos años,  
causa innumerables daños  
y no consigue el intento;

y así, porque reducidas,  
si a vos y al húngaro agrada,  
a una vida y a una espada  
se rediman tantas vidas,

mañana, por todo el día,  
cuerpo a cuerpo, sólo quiero,  
gran señor, con este acero  
sustentar a toda Hungria  
que cumplir no le debéis  
los conciertos que asentó  
vuestro padre; y si soy yo  
vencido, señor, haréis

lo que ordene el vencedor,  
y si venzo habéis de estar  
libre, y las paces quedar  
en lazos de eterno amor.

PRÍNCIPE. ¿Qué os parece?

SERGIO. Que es don Juan

restaurador de tu tierra;  
evita, señor, la guerra,  
pues que los cielos te dan  
remedio y seguridad,  
que es cierto que su valor  
ha de salir vencedor.

HÚNGARO. Responda Su Majestad.

PRÍNCIPE. Yo respondo que está bien  
esto a todos, y me obligo  
a cumplirlo.

HÚNGARO. Pues yo digo  
que lo consiento también,  
pues demás de las razones  
propuestas, con este acero  
segura victoria espero.

PRÍNCIPE. A firmar las condiciones  
vamos al punto.

HÚNGARO. León  
me nombra el húngaro polo.

JUAN. Pues a mí me llama sólo  
España don Juan Chacón.

*(Vanse todos, y sale la INFANTA sola.)*

¡Oh, amado sin igual tormento! ¡Oh dura,  
oh dulce sujeción del albedrío!  
A una imaginación, a un desvario,  
a una ciega pasión, a una locura  
de la esperanza apenas la figura  
alcanzo a ver, y sin volar confío  
y un bien siguiendo incierto me desvío  
de remediar tan cierta desventura.

No tengo culpa yo, que soy llevada  
de una violenta mano, a cuyos fueros  
la razón prueba a resistir en vano:  
bien que no soy en esto muy forzada:  
yo con mis pies, don Juan, fuera a quereros,  
cuando no me llevara aquella mano.

*(Sale una CRIADA, o CRIADO, y luego se va.)*

CRIADO.

Una serrana aguarda tu licencia.

INFANTA.

Entre.

*(Sale ELENA, con velo en el rostro.)*

ELENA.

En tu real presencia  
está una humilde esclava.

INFANTA

¿Por qué escondes  
el rostro?

ELENA.

Si estás sola, el sutil velo  
correré.

INFANTA.

Sola estoy.

ELENA.

A Galatea  
tienes delante.

*(Quitase el velo.)*

INFANTA.

Nube opuesta al cielo  
la toca fué; feliz quien te desea,  
aunque jamás tan soberana gloria  
a humano amor conceda la vitoria.

Elena, que ya sé que eres Elena;  
que el Rey, para descanso de su pena,  
tu historia me ha contado. ¿Cómo he sido  
tan dichosa que a verme hayas venido?

ELENA.

El español don Juan, Infanta hermosa,  
fué causa de ser yo tan venturosa.  
De vuestras cosas me contó el estado,  
y me propuso lo que habéis mandado,  
y como en vuestro amparo estoy segura  
y aquí más cerca al fin de la ventura,  
y me aflige del campo la aspereza,  
y es fuerza obedecer a Vuestra Alteza,  
partí con él al punto. *(Ap.)* El cielo sabe  
que entre tantas razones me ha obligado  
más el amor que la razón de Estado.

INFANTA.

¿Quién sino el español darme pudiera  
tal gusto?

ELENA.

¿Y quién a mí tal bien me hiciera  
sino don Juan, cuyo valiente pecho  
hazañas mil en mi defensa ha hecho?

INFANTA.

¿Viste jamás tan noble caballero?

ELENA.

Desde las claras puertas que el lucero

abre al aurora a las que Tetis fría  
cierra en el mar para esconder el día,  
en valor, en nobleza y en prudencia  
ni aun la soberbia le hizo competencia.

INFANTA.

Elena, por tu vida y por la mía,  
una verdad me di.

ELENA.

¿Quién la podría  
negar cuando tal prenda en ella pones?

INFANTA.

¿Quiérete bien don Juan?, que mil razones  
me obligan a pensallo.

ELENA.

Agravio has hecho  
a tan leal y generoso pecho.  
¿Amando el Rey, tu hermano, mi belleza  
presumes de su sangre esa baja?

INFANTA.

¡Oh, qué mal sabes del amor las leyes!  
¿No ves que es dios y no respeta reyes?  
¿Cómo podrán en mudas soledades  
Venus y Adonis respetar lealtades,  
y más cuando lo dice claramente  
mostrarse en tu defensa tan valiente?  
No me lo niegues, que a los cielos juro  
que está el secreto en mi amistad seguro.

ELENA.

Por tu vida y por ellos, ¡ay!, por cuanto  
cubre y sustenta su estrellado manto,  
que acción suya, palabra o pensamiento  
jamás indicio dió de tal intento.  
Ya te he dicho verdad, Infanta bella,  
y otra me has de decir en cambio della.  
¿Quieres bien a Don Juan?

INFANTA.

¿Yo?

ELENA.

No lo niegues,  
que por mucho que encubras tus enojos,  
sale el alma a decirlo por los ojos.

INFANTA.

¿Cogeslo por dicha de que he sido  
curiosa en preguntar?

ELENA.

Más causa ha habido.

INFANTA.

Dímela por tus ojos.

ELENA.

(Ap.) ¡Ay, qué priesa!

O no sé yo de amor, o estáis vos presa.

Yo la haré confesar con un engaño.

Hame dicho don Juan...

INFANTA.

¿Qué?, por mi vida

di.

ELENA.

¿Y ése no es amor? ¿Tú estás perdida!

INFANTA.

Curiosidad es ésta.

ELENA.

Pues si en ello

no te va más, no importará sabello.

INFANTA.

Dímelo por mi gusto.

ELENA.

Es caso injusto

secretos descubrir por sólo el gusto.

Dime tú la verdad, si te da pena

porque te importa, que lo sepa Elena.

INFANTA.

¿Qué me puede importar?

ELENA.

Lograr tu intento.

INFANTA.

¿Cómo?

ELENA.

Allá lo veras en la estacada.

No pierdas la ocasión, que si ésta pierdes

no lograrás tus esperanzas verdes.

INFANTA.

Mi sangre tienes, su valor conoces.

Pues dices que su mano está en la tuya,

sólo te he de decir, porque concluya,

que su nobleza y gentileza es tanta,

que le he juzgado digno de una Infanta.

ELENA.

¡Basta, no digas más!

INFANTA.

Pues dime ahora

qué te ha dicho don Juan.

ELENA.

Diré, señora,

la verdad?

INFANTA.

Sí.

ELENA.

Pues no me ha dicho nada.

INFANTA.

¿A engañarme te atreves?

ELENA.

No atreviera

si en ello tu provecho no emprendiera.

Presto verás logrado tu deseo;

que del engaño la intención abono.

INFANTA.

Con eso, Elena, yo te lo perdono.

(Vanse SERGIO y MAURICIO.)

SERGIO.

Hoy, Mauricio, dará al suelo

envidia nuestra ventura;

que don Juan me lo asegura

si le da vitoria el cielo.

MAURICIO.

Tan cierta la dicha esté

como la vitoria esta

en su valor.

SERGIO.

Si estara,

pues que me empeñó su fe.

MAURICIO.

Ya llegan a sus asientos

Sus Altezas, y ya suenan

los instrumentos, que llenan

de estruendo marcial los vientos.

(Tocan chirimías y atabales, y salen el Rey y la Infanta y sientanse en su sitial, debajo de dosel, y luego tocan cajas y trompetas, y sale por una parte el Húngaro, armado, y otros dos con él, con banderas en los rostros o armados, y por el otro lado don Juan; y con el Húngaro, Elena, armada o con bando, espada y rodela, o si quieren sacar las cillas a modo de torneo, y botallar con lanza y espada, porceró mayor. Tocan corno, y batalla don Juan con los tres húngaros y porceró, y a la postre pelea con Elena y vence la rodella como vencido)

DON JUAN, y ELENA queda vencedora y alborótanse el PRÍNCIPE y la INFANTA, y salen SALADO y DOMINGA.)

PRÍNCIPE. ¡Ay de mí, cayó don Juan!  
¡A los tres vencido había  
y el cuarto al fin le venció!

HÚNGARO. ¡Vitoria!

INFANTA. ¡Qué gran desdicha!

SALADO. Todo lo ha puesto del lodo.

HÚNGARO. ¡La vitoria por Hungría!

SERGIO. (Ap.) ¡Aquí perdí mi esperanza!

MAURICIO. (Ap.) ¡Aquí dió fin mi alegría!

HÚNGARO. ¿Quién sois, heroico varón,  
a quien debemos tal dicha?

JUAN. (Ap.) Presto veréis vuestro engaño.

ELENA. Caballeros de Sicilia  
y Hungría, escuchad atentos,  
pues que la vitoria es mía:  
¿no fué el concierto que siendo  
vencido don Juan harían  
lo que el vencedor quisiese  
Sus Altezas?

HÚNGARO. Con sus firmas  
a cumplirlo se obligaron

ELENA. ¿Luego en mi sentencia estrile  
el caso?

HÚNGARO. Sí.

ELENA. [Pues] por ella  
condeno al Rey de Sicilia  
a que a mí, que Elena soy,

(Descúbrese.)

y del noble Sergio hija,  
restaurándome la fama  
que por él tengo perdida.

me dé la mano; y la Infanta  
la de al honor de Castilla,  
al noble don Juan Chacón,  
pues, venciendo a los de Hungría,  
la libró de sus conciertos,  
y después, porque consiga  
yo mi fin, dejó vencerse;  
y así, por la causa misma  
que es vencido, es vencedor.

TODOS. ¡Viva Elena. Elena viva!

PRÍNCIPE. Yo consiento mi sentencia.

INFANTA. Y yo obedezco la mía.

JUAN. Y yo os doy la mano.

MAURICIO. ¿Así  
cumplís la fe prometida,  
don Juan?

JUAN. Cuñado del Rey  
os dije yo que os haría,  
ya lo sois, pues vuestra hermana  
es su esposa.

SALADO. Y yo a Dominga  
¿no daré la mano?

JUAN. Al dote  
me obligo si eso la obliga.

DOMINGA. A dote y a casamiento  
¿qué mujer hay que resista?

JUAN. Y al vencido vencedor  
demois fin, para que os pida,  
senado, el autor perdón:  
que ya con él se publica  
vencido de esa nobleza,  
vencedor de su desdicha.

(Vanse todos.)

F I N

COMEDIA FAMOSA

DE

LA VENGANZA VENTUROSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO <sup>(1)</sup>

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

FABRICIO.  
EL MARQUÉS.  
FELIPA.  
RISELO.  
GERARDO.

LIDIO.  
FELICIANO.  
PINELO.  
FLORA.  
LISARDO.

TREBACIO, *soldado*.  
MIRENO, *soldado*.  
CARREÑO.  
CELIO.  
[ROSELA.]

ACTO PRIMERO

(*Salen el MARQUÉS DE LUSINANO en traje de noche, y FABRICIO, criado; trae el MARQUÉS una cédula en la mano, y su broquel en la cinta.*)

FABRICIO. No me espanto que la escribas, de un loco amor incitado.

MARQUÉS. ¿Has querido?

FABRICIO. No he llegado a tanto amor, así vivas.

MARQUÉS. Pues, Fabricio, no me quiebres la cabeza.

FABRICIO. Y di, señor, ¿podré sufrir que a tu honor últimas honras celebres?

MARQUÉS. ¿En qué le pierdo?

FABRICIO. En querer dar con tal vil pensamiento cédula de casamiento a una desigual mujer.

MARQUÉS. Si esta cédula me pide esta noche para dar con ella a mi amor lugar, ¿qué desigualdad me impide?

Hablando estaba con ella, rindióse como le diese esta cédula, en que fuese disculpa, y yo quise hacella;

porque de costa me tiene medio pliego de papel, y él y cuanto viene en él, si es que alguna verdad viene, no llevan más intención que cumplir este deseo.

FABRICIO. ¿Y el peligro?

MARQUÉS. No le veo.

FABRICIO. ¿Luego no es obligación con que te pueda pedir en cualquiera tribunal?

MARQUÉS. Tú dices que es desigual:

¿qué daño me ha de venir?

¿Ha de permitirlo el rey,

y más siendo yo extranjero?

FABRICIO. Considera...

MARQUÉS. Considero

que el amor no tiene ley,

como la necesidad.

Si cédula me pidiera para el cambio o joyas, fuera hacella temeridad;

pero cédula en que pide cosa que no puede ser, no la dejaré de hacer, si todo el mundo lo impide.

FABRICIO. ¿Y, para Dios, que también negocias con la promesa!

MARQUÉS. De que te traje me pesa.

FABRICIO. Pese o no, míralo bien.

MARQUÉS. De todo vamos seguros;

(1) Solamente en B figura el nombre de Lope.

que la antigüedad decía  
que Júpiter se reía  
de los amantes perjuros.

Las promesas que hacer ves  
al deseo del contento,  
nunca el arrepentimiento  
las viene a cumplir después:

y como sé que mañana  
he de estar arrepentido,  
de burlas he prometido  
esta letra incierta y vana;  
que cuando a acertarla llegue  
al deseo ya cumplido,  
no querrá de arrepentido,  
y aun puede ser que la niegue.

La reja es ésta; detente.  
que voy por ésta a cobrar  
lo que Amor ha de negar  
mañana, si se arrepiente.

FABRICIO. ¿Y si quedas más perdido?

MARQUÉS. Eso no, que de llegar  
parece que empiezo a dar  
los pasos de arrepentido.  
¿Ce! ¿Qué digo? ¿Ce!

(FELIPA, en lo alto.)

FELIPA. ¿Quién es?

MARQUÉS. El Marqués, señora, soy.

FELIPA. Con miedo, señor, estoy.  
Idos, y volved después,  
que mi viejo padre está  
con algún desasosiego.

MARQUÉS. Debí de templarse el fuego.

FABRICIO. Arrepintiéndose va.

MARQUÉS. Si por dicha atrás volvéis,  
Felipa, de la promesa  
y mi fe en poco tenéis,  
de quereros bien me pesa,  
pues tan mal correspondéis.

Advertid que traigo aquí  
la cédula, que escribí  
en casa de un deudo mío.

FELIPA. Un temor helado y frío  
va discurriendo por mí  
Atadme en ese listón  
la cédula.

MARQUÉS. Podréis ver  
una firme obligación.

FELIPA. Aquí la voy a leer.  
¿Qué temor! ¿Qué confusión!

(Quítase de la ventana.)

MARQUÉS. Señora, en fe tan segura

la que os tengo os considera,  
que ya vuestro amor procura  
vencer la hazaña primera  
de vuestra rara hermosura.

Y suplicoos que juzguéis  
cuál hace efeto mayor:  
si el rostro con que podéis  
miar el mundo de amor,  
si el amor que me tenéis.

Dirá vuestra perfección  
mi amor, que es más cierto espejo,  
y el vuestro mi obligación,  
si por ventura le dejo  
confesar que iguales son.

Si a ser confiado vengo  
podráme culpar alguno;  
por eso a mi amor prevengo  
que no diga que ninguno  
es como el que a vos os tengo.

Mas siendo imperfecto, así  
queden iguales los dos,  
por no alabarme que en mí  
hay cosa mayor que en vos  
si a vos el alma os rendí.

Pues teniéndome el que os tengo,  
¿por qué temor me retiro?  
¿A qué aguardáis, y a qué vengo?  
¿Con qué religión os miro?  
Señora, ¿en qué me detengo?

Ni lo imposible se alcanza,  
ni en lo cierto hay dilación,  
si no es por desconfianza;  
que en segura posesión  
es ociosa la esperanza.

Si amor corre, no os paréis,  
que se correrá si trato  
de que premio no me deis;  
pero ¿de qué me recato,  
o vos en qué os detenéis?

(FELIPA, en lo alto.)

FELIPA. Yo he leído, y está bien,  
aunque la firma en que afirma  
mi honor su valor, también  
sois vos.

MARQUÉS. Fíad que a esa firma  
cuanto yo prometo os den.

Abrid, que al cielo prometo  
ser vuestro marido.

FELIPA. Honor,  
Amor os pierde el respeto;  
que al honor nunca el amor

fué consejero discreto.

A la puerta está Belisa;  
ya os abre, entrad.

MARQUÉS. ¡Hola, avisa  
a Lucio, Riselo y Floro!

FABRICIO. ¡Pobre mujer! ¡En qué lloro  
se le ha de volver la risa!

Con notable atrevimiento,  
sobre valor de un papel  
da su honor, sin fundamento,  
porque cuanto viene en él  
es mentira y fingimiento.

¡Ah, tierna edad inocente,  
tan sujeta a los engaños  
de un amoroso accidente,  
qué costosos desengaños  
llora el gusto, el alma siente!

(Sale RISELO, criado del MARQUÉS.)

RISELO. ¿Si le ballaré por aquí?

FABRICIO. Gente siento. ¿Si es Riselo?

RISELO. ¿Es Fabricio?

FABRICIO. Sí, y de ti  
me estaba quejando al cielo,

RISELO. ¿Es miedo?

FABRICIO. Pienso que si;  
aunque la casa en que está  
nuestro dueño, no tendrá  
la defensa prevenida;  
mas, basta ser ofendida  
para que la tenga ya.

RISELO. Pues ¿ha entrado?

FABRICIO. ¿No lo ves?

Con un pasaporte entró.

RISELO. No lo entiendo.

FABRICIO. Fácil es;  
cédula a Felipa dió  
de casamiento el Marqués.

RISELO. ¿Cédula de casamiento?

FABRICIO. Y la fuimos a escribir  
a una botica.

RISELO. No siento  
cómo lo pueda cumplir.

FABRICIO. Todo ha sido fingimiento.

RISELO. ¿A herida de tal rigor  
por escrito ensalmo aplica?

FABRICIO. ¡Y en botica, que es peor!

RISELO. No entendí yo que en botica  
había emplastos de honor.

Suelto Amor anda estos días.

FABRICIO. ¿Cómo?

RISELO. Las melancolías

de su hermana del Marqués  
van declarando lo que es,  
si no mienten las espías.

FABRICIO. ¿Es amor?

RISELO. Pienso que vi  
cierto virote emplumado,  
cuando de casa salí  
y, aunque el capirote echado,  
es gerifalte o neblí.

FABRICIO. ¿Qué quieres? Cuanto se ve  
desde el principio del mundo,  
todo es amor.

RISELO. Bien lo sé.

No hay abismo tan profundo  
adonde el amor no esté.

Fabricio, en la tierna edad,  
parece la voluntad  
como la flor por abril;  
pero en la vejez es vil  
y cosa infame.

FABRICIO. Es verdad.

RISELO. Flora es doncella; es forzoso  
que ame y que quiera esposo;  
mas cuando veo que intenta  
mujer que toca en cuarenta  
tratar un pleito amoroso,  
pierdo el seso, ¡vive Dios!

FABRICIO. Yo conozco más de dos  
que pasan de cincuenta años,  
que de ir al Jordán por baños  
tienen romadizo y tos.

Moza he visto pelinegra  
que en la vejez está rubia  
y con los mozos se alegra.

RISELO. ¿Para qué la edad enrubia  
quien tiene cabeza negra?

Pero ¡a qué risa provoca  
ver una vieja sin toca,  
hecha asadura de rastro  
o modelo de alabastro,  
siempre frunciendo la boca!

FABRICIO. Ciertamente la perfección  
de los hombres es valiente;  
mozos de mil años son;  
pero las mujeres...

RISELO. Tente,  
que sufren mal la razón.

Sólo quiero, aunque la adule,  
lo que en el arquilla deja  
y gala que adorna y pule,  
que se ha de saber que es vieja  
aunque más lo disimule.

FABRICIO. Dios te libre, buen Riselo,

de dar en vieja aniñada.  
sin toca, y rubia de pelo.

RISELO. Deja que hechicera añada  
con gato negro y mochuelo.

FABRICIO. Con la mano de un mortero  
vi ayer ponerse color  
a una vieja.

RISELO. ¡Extraño agüero!

FABRICIO. ¿Qué es esto?

RISELO. No es el rumor  
sin causa.

FABRICIO. Temblando espero.

(FELICIANO, viejo, dentro.)

FELICIANO. ¡Lidio, Gerardo, Pinelo!

GERARDO. ¡Señor!

FELICIANO. ¡Ladrones, ladrones!

FABRICIO. No tuve en balde recelo.

RISELO. ¡Peligrosas ocasiones!

FABRICIO. Son de honor.

(Sale el MARQUÉS.)

MARQUÉS. ¡Válgame el cielo!

FABRICIO. Un hombre sale.

RISELO. ¿Quién es?

MARQUÉS. El Marqués soy.

FABRICIO. Pues ¿qué es esto,  
señor?

MARQUÉS. Sabréislo después.

¡Peligro corre este puesto  
a la vida del Marqués!

Caminad.

FABRICIO. ¿Tuvo tu amor  
satisfacción?

MARQUÉS. Cerca estuvo;  
pero despertó el honor,  
y la ejecución detuvo  
al atrevido favor.

FABRICIO. ¿De manera que le diste  
la cédula, y no llegaste  
al favor que pretendiste?

MARQUÉS. Lo mismo.

FABRICIO. ¡Buen lance echaste!

MARQUÉS. ¡Muriéndome voy de triste!

(Vase. Sale FELICIANO, y tres criados, LIDIO, PINILO, y GERARDO, y el uno traiga el broquel del MARQUÉS, y todos con espadas desnudas.)

LIDIO.

La puerta está cerrada

FELICIANO.

Pues no pudo  
salir por otra parte.

PINILO.

¡Si le abrieron,  
no dudo que saliese!

GERARDO.

Ni yo dudo  
que franca puerta hasta tu honor le dieron.

FELICIANO.

¿Mi honor?

PINILO.

Si luego que llamaste acudo  
y hallo el autor de tanto mal...

LIDIO.

Pudieron  
ser ladrones también.

FELICIANO.

Yo lo creyera  
cuando esa prenda menos noble fuera.  
Este broquel no es del ladrón; que tiene  
más señas de nobleza que de espadas,  
y si es ladrón, a hurtar mi fama viene  
y mi opinión a donde están guardadas.  
El hombre que guardar su honor previene,  
con vanas esperanzas engañadas,  
en escritorio de mujer, ¿no sabe  
que en cera de su amor le harán la llave?

GERARDO.

Bien puede ser que este broquel le hubiese  
hurtado este ladrón.

FELICIANO.

Haste engañado;  
que este broquel, aunque a mi honor le pese,  
más tiene de Mendoza que de Hurtado.  
A gran ventura tengo que estuviese  
en Portugal agora mi soldado;  
que si estuviera en casa, y se le fuera,  
mil estocadas a su hermana diera,  
que ¡buena condición tiene Lisardo  
para sufrir atrevimientos tales!  
Por él me pesa.

PINILO.

Mal suceso aguardo  
si del entendimiento no te vales.



LIDIO.

Lisardo es un soldado tan gallardo,  
que entre muchos que tiene principales  
el castillo y presidio de Lisboa,  
ninguno por mejor se nombra y loa.

FELICIANO.

¡Oh, Felipa cruel! ¿De qué ha servido  
que allá pretenda honor tu noble hermano.  
¡Acá le tienes tú tan ofendido  
que es su cuidado y diligencia en vano?  
Guardar castillo en Portugal no ha sido  
de tanta gloria a su invencible mano  
como será deshonra y maravilla  
que el fuerte de su honor pierda en Castilla.  
¡Oh, maldito broquel! Tabla en que queda  
escrita nuestra infamia; no es posible  
que reparar en ti nuestro honor pueda  
golpes del vulgo, en lastimar terrible.  
¿Tienes el traidor, aunque en aquesto exceda  
el silencio y prudencia conveniente,  
dichó de ver los golpes que esperaba,  
que el broquel de paciencia me dejaba  
Vete, Pinelo, y llama esa traidora.  
Esa villana aleve y fementida.

PINELO.

O voy.

LIDIO.

Señor, mira que importa agora  
que esté la lengua a la prudencia asida.

FELICIANO.

¡Ay, Lidio, sé que la prudencia dora  
tanto deslustra una opinión perdida;  
mas quien en tanto mal tiene prudencia,  
la bajeza convierte la paciencia.

(Sale FELIPA.)

GERARDO. Aquí viene mi señora.

FELICIANO. Salios todos afuera.

PINELO. Quedémonos por aquí,  
por si quisiera ofenderla.

GERARDO. ¡Que ha de querer no lo dudes!

LIDIO. ¿Adivinas tú quién era  
el galán que se nos fué?

PINELO. Si no me engañan las señas,  
lo que sospecho os diré,  
que los guantes y la cuera  
dejaron el aposento  
como tienda portuguesa.

LIDIO. Mejor me huele un tocino,

perdonen las excelencias,  
que todo el ámbar y almizcle  
con que las calles inciensan.  
Tiempo hay en que los señores  
no huelen como desean.

GERARDO.

PINELO.

LIDIO.

Y tiempo en que un ataud  
les sirve de casa estrecha.  
Si quisiera algún pintor  
retratar con eminencia  
a la vergüenza y la honra,  
¿adónde mejor pudiera?  
Mirad estas dos figuras  
que al vivo las representan:  
la honra, el viejo afrentado,  
y Felipa, la vergüenza.

PINELO.

GERARDO.

LIDIO.

PINELO.

GERARDO.

¡Ni el viejo habla, ni puede.  
Quitale el dolor la lengua.  
Ni ella le mira, mirando  
la calidad de la ofensa.  
Vamos, no nos sienta, y riña.  
¡Lástima es ver cómo quedan!

(Vanse los tres.)

FELICIANO.

Si hubiera vergüenza en ti,  
si en ti de mi sangre hubiera,  
cuando tu afrenta se supo,  
allí te cayeras muerta.  
Mas digo mal; que quien fué  
tan animosa en la ofensa,  
no me parece imposible  
que en la vergüenza lo sea.

FELIPA.

FELICIANO.

¿Sabes ya lo que te quiero?  
¿Querrás matarme?

Bien fuera,  
pues sabes que lo mereces.

FELIPA.

No hay muerte que no merezca;  
pero también haces mal  
si piensas tanta bajeza  
de mis costumbres.

FELICIANO.

¿Qué dices?

¿Luego lo que he visto niegas?

FELIPA.

¿Qué has visto?

FELICIANO.

Un hombre en mi casa.

FELIPA.

Es mi esposo.

FELICIANO.

Quien se precia  
de las costumbres que dices,  
no se casa sin que sepan  
los padres su casamiento,  
ni sé yo que abrir las puertas  
a un hombre pueda ser justo  
sin bendición de la Iglesia.

FELIPA.

El hombre es mejor que yo.

y ésta es la noche primera  
que entró en tu casa, y el cielo  
permítame abrirse la tierra  
y resolverme en su centro  
si puede dar otras nuevas  
mas que de solas mis manos,  
que amor, y vergüenza honesta,  
su temor y mi recato  
le ocuparon de manera  
que sólo entrar en tu casa  
puedes tener por ofensa.

FELICIANO. Yo no quiero preguntarte  
curiosidades tan necias;  
que las cosas entre amantes  
pasan cuando están tan cerca.  
Son puntos muy trascendentes;  
mas sólo quiero que creas  
que si el hombre no me dices,  
aunque viejo no me temas,  
te daré mil puñaladas,  
que aún para esto tengo fuerzas,  
y para correr la posta  
con juvenil diligencia  
a Portugal, donde está  
tu hermano.

FELIPA. Estoy yo tan cierta  
de que no he perdido honor  
y de que mi esposo queda  
tan obligado a guardarle,  
y de que pueden sus prendas  
sufrir cualquier liviandad  
de mi natural flaqueza,  
si como mujer me miras,  
que la más fuerte no es peña,  
que no es mucho que a decirte  
lo que me pides me atreva.

FELICIANO. ¡La confianza me agrada!

FELIPA. No te espantes que la tenga.

FELICIANO. ¿Quién es el hombre?

FELIPA. Un marqués.

FELICIANO. ¿Un marqués?

FELIPA. No es desta tierra.

FELICIANO. En pintármelo tan alto  
me has dado mayor tristeza.  
Más quisiera que un hidalgo  
de nuestro lugar dijeras,  
de Vizcaya o de Navarra.

FELIPA. ¿Por qué?

FELICIANO. Porque es cosa cierta  
que ese marqués te ha engañado.

FELIPA. Ya te digo que no creas  
que soy tan fácil.

FELICIANO. Pues bien;

no es desdicha que te deba  
a ti las manos, y a mí  
los pies, que por estas puertas  
entraron a despertar  
contra mi honor tantas lenguas.

FELIPA. Desdicha; pero, en efeto,  
con ventaja se remedia,  
pues se ha de casar conmigo.

FELICIANO. ¿Cómo lo sabes?

FELIPA. Pudiera  
mostrarte...

FELICIANO. ¿Cédula acaso?

FELIPA. Cédula, y notable.

FELICIANO. Muestra.

FELIPA. Mira si es cosa de burlas.

FELICIANO. La ofensa es harto de veras.

(Lee:)

"Digo yo, Arnaldo de Vince..."  
¡Esta, de extranjero es letra!

FELIPA. Sí, señor.

FELICIANO. "Marqués que soy  
de Lusitano y Rusela,  
que doy mi palabra y fe  
a doña Felipa Guerra  
de ser su esposo y marido,  
inviolable, llana y cierta;  
y cuando no la cumpliere,  
mi calidad y nobleza  
sujeto a cualquier justicia  
de España, sin que me absuelva  
ningún privilegio o ley,  
que me ayude o favorezca,  
de título, oficio y orden  
que haya tenido en mi tierra."  
Ahora bien, esto es así.  
La cédula está bien hecha;  
pero si te amaba tanto  
que sus prendas a las nuestras  
quiere humillar, como dices,  
¿por qué no me habló, y tuviera  
fácil efecto su intento,  
como lo manda la Iglesia?  
FELIPA. Porque tiene pretensiones  
por servicios de la guerra  
de Flandes, y no era bien  
que Su Majestad supiera  
el desigual casamiento.

FELICIANO. ¡Oh, cuántas cosas mal hechas  
nacen destas pretensiones  
sirviendo el rey de cubierta,  
porque el rey sólo pretende

que se ejecuten las buenas!  
Entra, Felipa, a dormir,  
si ya es posible que duermas,  
lo que debe de faltar  
para que el alba amanezca:  
que yo me quiero vestir  
y irme a la misa primera  
que dicen en San Felipe.

FELIPA. Suplicote que no seas  
padre airado, sino padre  
piadoso.

FELICIANO. De mi prudencia  
tienes ya satisfacción.

FELIPA. ¡Cielos! ¿Qué desdicha es ésta?  
Mas cuando el Marqués se enoje  
y no cumpla la promesa,  
faltando en amor las obras  
las palabras no son deuda.

(*Vanse, y salen en hábito de día el MARQUÉS, y  
FLORA, su hermana.*)

FLORA. Dicha notable tuvistes.

MARQUÉS. ¡Bien pudiera ser mayor!

FLORA. Mejor es no ser dendor,  
pues que pagar no pudistes.

MARQUÉS. Confieso que fué ventura  
salir tan bien (1) de su casa.

FLORA. ¿Sabrá el viejo lo que pasa?

MARQUÉS. ¿Quién duda que lo procura,  
y que con el hierro al pecho  
Felipa habrá confesado  
el suyo?

FLORA. No os dé cuidado  
verla en tan notable estrecho.

MARQUÉS. Más me le da no haber sido  
atrevido en la ocasión,  
por fiarme sin razón  
en el cabello ofrecido.

Creí que hubiera lugar,  
y comencé cortesano  
conquistando por la mano  
la fuerza que pude entrar.

Una hora larga entretuve  
en enamorarla más,  
sin ver que dejaba atrás  
el tiempo que entonces tuve.

Quísele la voluntad,  
y después no la comí.

¡Gentil ocasión perdí;  
conozco mi necesidad!

¿Qué es lo que un hombre procu-

qué aguarda cuando le han dado  
su dicha, amor y cuidado,  
lugar y tiempo y ventura?

FLORA. Estando un pecho rendido,  
aguardar es grande error;  
pero este vano temor  
muchos hay que le han tenido.  
¡Corrido estáis!

MARQUÉS. ¿No es razón,  
pues ya no puedo volver,  
sin gran peligro, a tener  
tanto lugar y ocasión?

FLORA. A otros se habrá ofrecido,  
que en el primer lance hallado  
muchos son los que han errado  
y pocos los que han sabido.

MARQUÉS. El respeto fué locura.  
¡Que entrase, que hablase y viese  
coyuntura, y no supiese  
gozar de la coyuntura!

(*Sale FABRICIO.*)

FABRICIO. Un viejo de buena suerte  
me ha dicho que quiere hablarte;  
preguntéle de qué parte,  
con el temor de ofenderte,  
y dice que de la suya.

MARQUÉS. ¿Qué señas?

FABRICIO. Un traje honrado,  
aunque viejo, con cuidado  
de que ser noble se arguya.

MARQUÉS. ¿Qué rostro?

FABRICIO. No le miré  
tan de espacio.

MARQUÉS. ¿Trae espada?

FABRICIO. Ya debe de estar colgada,  
que para tenerse en pie  
sirve de paje un bordón

MARQUÉS. ¿No más; que ya sé quién es  
y, por vida del Marqués,  
que me tiembla el corazón!

FLORA. ¿Es el padre, por ventura,  
de Felipa?

MARQUÉS. El mismo, Flora.  
¿Negaréme?

FLORA. No, que agora  
viene a buena coyuntura.

Y es mejor tener aparte  
la molestia que tenéis,  
pues satisfacer podéis  
sus quejas.

MARQUÉS. Quiero agradarte

(1) En las tres ediciones: *también*.

y salir deste cuidado;  
pero no te has de ir de aquí.

FLORA. Dile que entre.

FABRICIO. Entrad, señor.

MARQUÉS. ¡Basta! Que me da temor  
verle delante de mí.

(Sale FELICIANO.)

FELICIANO.

Beso los pies de vuestra señoría.

MARQUÉS.

Sea vuesa merced muy bien venido.

¡Hola, una silla!

FELICIANO.

A solas os querría.

MARQUÉS.

Siempre mi hermana mi secreto ha sido.

FELICIANO.

¿Hermana? Perdonad, señora mía,  
y dadme vuestros pies.

FLORA.

Si acaso impido,  
no es justo que por mí no habléis.

FELICIANO.

No creo;  
antes, señora, en vos mi amparo veo.

FLORA.

¡Sentaos, por vida mía!

FELICIANO.

Por los años,  
aceto la merced.

FLORA.

El valor vuestro  
merece todo amor.

FELICIANO.

Si los engaños  
en verde edad del pensamiento nuestro  
muestran historias con tan largos daños,  
generoso Marqués, yo no me muestro  
tan nuevo en quejas de la triste mía  
que os canse al paso que mi edad podría.

Furor llamó Aristóteles al fuego

de amor, que obliga a tanto desatino,  
y para todo atrevimiento ciego  
y audaz le describió Platón divino.  
Sin consejo le halló Menandro, griego;  
necio le llama el Cómico Latino,  
y en las Divinas Letras, por instantes  
se ve la ceguedad de los amantes.

Presupuesto que yo, por ser letrado,  
no me puedo espantar destos errores,  
y que si bien mis años han pasado,  
los frutos puedo ver de aquellas flores,  
no os tengo de decir que habéis errado  
en la desigualdad destos amores;  
que igualar en un sér los que se aman,  
el efecto mayor del amor llaman.

No menos que de Dios es el ejemplo,  
porque no hay proporción en la infinita  
distancia suya al mundo; en él contemplo  
con qué fuerza nos ama y solicita,  
y en parte de mi honor, el dolor templo  
con ver, señor, de vuestra letra escrita,  
la aprobación desta verdad, pues muestra  
que iguala vuestra sangre con la nuestra.

Anoche ya sabéis que me rompistes  
las puertas del honor, y que llegastes  
donde de mi temor sentido fuistes;  
la casa, en fin, y el dueño atropellastes;  
en contingencia luego me pusistes  
de dar la muerte a quien por vida amastes,  
y si aqueste papel no me mostrara,  
mil vidas que tuviera le quitara.

Por él sé que queréis honrarnos tanto,  
que, como lo confiese vuestra boca,  
aunque después se dilatase cuanto,  
a los negocios que tratáis os toca,  
tendré consuelo y perderé el espanto  
a que el honor perdido me provoca;  
que os aseguro que, aunque sois tan bueno,  
no estoy de sangre y de nobleza ajeno.

Dióme el valle mejor de la Montaña  
una torre, una casa solariega  
que en pie miró la destrucción de España,  
y hasta los tiempos de Filipo llega;  
las heredades que un arroyo baña,  
dehesa pobre entre Selaya y Vega,  
fueron todo el caudal de mis mayores,  
de algún rey, por ventura, sucesores.

Armas mohosas, lanzas y paveses  
cuelgan de las paredes consumidas,  
donde se encierran ya doradas mieses,  
de cuyo blanco polvo están vestidas.  
No os puedo dar mayores intereses;  
mas yo sé bien que algún villano Midas

diera por mi nobleza su riqueza;  
que la virtud es la mayor nobleza.

MARQUÉS. Habéis hablado de suerte,  
padre, que no os he entendido,  
mas, de que sois atrevido  
el mismo estilo me advierte.

Pintáis la fuerza de Amor,  
y tras que no os espantáis,  
luego mi sangre obligáis  
a aborrecer mi valor.

Como yo me quiero a mi  
a nadie puedo querer,  
pues si me he de aborrecer,  
¿qué puede el amor aquí?

Llamo, padre, aborrecerme,  
querer con vos igualarme,  
porque igualarme es casarme,  
y casarme es ofenderme.

Bien creo que sois letrado;  
no sé bien la Facultad;  
pero con la larga edad  
habréislo todo olvidado.

Porque cuando verdad fuera  
que yo vuestra hija amara  
y que en vuestra casa entrara  
y que ese papel le diera,

ni el rey me ha de permitir  
cumplirle, ni vos tampoco,  
si no es que acaso estáis loco,  
o ya, por mejor decir,

tan caduco, que pensáis  
que esa casa solariega  
hasta los títulos llega  
con quien hoy os igualáis.

La casa de las montañas  
es buena para esas mieses,  
y esas lanzas y paveses  
para urdir telas de arañas.

Dadlos, por mi vida en dote,  
y lo tengo por más sano,  
a un rico que de villano  
toda su tierra le note;

que yo no puedo añadir  
nobleza a la sangre mía.  
¡Pensé, hermana, que venía  
este buen viejo a pedir

que le diéades ración  
para ser vuestro escudero,  
y viene muy caballero  
a ser mi suegro!

FLORA.

Es pasión  
destos hidalgos de Asturias

hacer las casas de España  
de chozas de la Montaña.  
FELICIANO. No suelen hacer injurias  
de palabra a los pequeños  
los grandes; que los estados  
son como palos dorados,  
que antes fueron verdes leños.

Si volviérades atrás,  
viérades que no hay señor  
sin principio en su valor,  
porque esto es en Dios no más.

Los reyes hizo la guerra,  
y ellos hicieron señores  
por méritos o favores  
que hacen hombres de la tierra.

A muchos hizo el dinero,  
porque también hay nobleza  
comprada con la riqueza,  
que fué bajaza primero.

El oro, como es tan grande,  
con los grandes emparienta;  
que la sangre no se afrenta  
que el oro en sus coches ande.

Ni hay sangre de caballero  
si de reyes hace alarde,  
que por reliquias se guarde  
cuando la sangre el barbero.

La virtud es la nobleza  
verdadera, y no soy necio  
si desta virtud me precio  
como vos vuestra riqueza.

No estoy loco, ni la edad  
tan caduco me ha dejado  
que me haya desto olvidado,  
que es mi mayor soledad.

El noble solar que heredo  
no lo daré a rico infame,  
porque nadie me lo llame  
en el valle de Carriedo.

Ni esas armas deslucidas,  
esos mohosos arneses,  
esas lanzas y paveses  
de telarañas vestidas

quedarán en las montañas;  
que no me habéis vos, señor,  
tan poco herido el honor  
que le curen telarañas.

Ser escudero no espanta  
mi nobleza; mas será  
después que mi casa está  
por vos en bajaza tanta.

Que antes que en ella se viera  
deshonra tan inhumana,

sé muy bien que vuestra hermana mi hija servir pudiera (1).

MARQUÉS. Sois un viejo deslenguado, y aunque os abona la edad, no sufre mi calidad quedar de nadie afrentado.

(Dale un bofetón.)

Tomad ese bofetón, y agradeced que no sea herida tan grande y fea como las palabras son. ¡vos?

FLORA. ¿Qué habéis hecho? ¿Estáis en

MARQUÉS. ¡Quitaos, hermana, delante!

FELICIANO. ¡Una afrenta semejante corra por cuenta de Dios!

El la escriba en sus venganzas o sea para castigo, de mis pecados.

MARQUÉS. Yo os digo

que los paveses y lanzas de la casa solariega no os puedan vengar de mí.

FELICIANO. ¡Aunque alguna cansa os di, no para cosa tan ciega!

FLORA. ¿Qué sacastes de afrentar aquellas honradas canas?

MARQUÉS. Si ellas no fueran livianas no hubieran dado lugar.

¡Andad, buen hombre, con Dios!

FLORA. Satisfacedle.

MARQUÉS. No quiero.

FELICIANO. Puesto que seáis caballero, soy tan bueno como vos.

Mi casa habéis infamado con vuestro lascivo amor.

Aquí vine sin honor, que allá me le habéis quitado.

De suerte que el bofetón no me ha podido afrentar; que no hay de afrenta lugar en los que afrentados son.

Era mi hija mi cara, y cuando con ella os vi, el bofetón recibí, en quien la deshonra para.

Así que dármele acá y a un rostro caduco y seco, no es bofetón, sino el eco del que me distes allá.

¡Notable hazaña poner la mano sobre estas canas! ¡Vos decís que por livianas, y verdad debe de ser!

Si mi hija de mi nace, y os dió a mi afrenta lugar, liviano se ha de llamar quien cosas livianas hace.

Fuego de cólera os mueve, y así la mano abrasada quedó en mis canas templada por lo que tienen de nieve.

Estimad que en tantos daños a tener paciencia vengo. Sesenta y seis años tengo: ¡guardaos de veinte y seis años!

(Vase.)

FLORA. A listima me ha movido.

MARQUÉS. Confieso que me ha pesado; que de la edad que ha contado no pude ser ofendido.

Ello finé cólera, hermana. Ya es hecho, harémosle hablar.

FLORA. Fácil será de apacar: todo el interés lo allana.

Pero ¿qué quiso decir que a sus años no miréis y os guardéis de veinte y seis?

MARQUÉS. Quiso darme a presumir que si veinte y seis tuviera, a guardarme me obligara, que para que se vengara fuerzas esa edad le diera.

Vamos, haré que le hable algún grande, o religioso.

[FLORA.] Es necesario y forzoso, porque de la ofensa notable.

MARQUÉS. Su hija me tiene amor; ella hará las amistades, y am, si va a decir verdades, no se le tengo menor.

Es gente hidalga y honrada; mas para mi calidad no puede hacer igualdad la torre en Vega fundada.

Veni y de espacio hablaremos.

FLORA. ¡Guárdate de Amor, que Amor es notable igualador de los mayores extremos!

(Páuse y entran dos soldados con sus arcabuces: FELICIANO y MIRENO.)

MIRENO. Para que os oiga, podreis  
hacer salva a la ventana.  
TREBACIO. Toda diligencia es vana,  
ya su condición sabéis.  
MIRENO. ¿No saldrá?  
TREBACIO. De ningún modo.  
MIRENO. Pues vámonos a jugar.  
TREBACIO. Las armas quiero dejar,  
por estar rendido en todo,  
y volver de paz, a ver  
si tengo sin ellas dicha.  
MIRENO. Nunca tuve por desdicha  
esto de no me querer,  
porque a los que son queridos  
tengo por más desdichados:  
que, estando más obligados,  
vienen a estar más perdidos.  
Unos majaderos feos  
que con buenas diligencias,  
sin músicas, sin pendencias,  
saben cumplir sus deseos,  
es gente para envidiar,  
que haciendo a los lindos tiros,  
mientras ellos dan suspiros,  
suelen por la falsa entrar.  
De amor es cosa acertada  
hacerle juego de esgrima,  
ir y venir, cosa prima,  
y luego asentar la espada.  
TREBACIO. Yo he visto mil bellacones  
que en amor van de camino.  
MIRENO. Pues creed que es desatino  
pararse en las ocasiones.  
Una hermosa castellana  
vino de Sevilla ayer;  
fuimosla de noche a ver,  
echando rumbo y junciana;  
pero ya en la posesión  
estaban seis portugueses,  
y fué, por andar cortesés,  
común la conversación.  
Hoy pienso volver allá;  
que en un año, de Lisboa  
no he visto cosa más boa.  
TREBACIO. ¿Dónde posa?  
MIRENO. Cerca esta.  
Junto a Corpo Santo vive  
el suyo, que no lo es.  
TREBACIO. ¿Que el querer en portugués  
de esos regalos me prive!  
¿No me fuera a mí mejor  
el salir a pecorear  
de la hermosa y de la fea

que tener a un tigre amor?  
Cuando digo que la quiero  
con más braveza y más rumbo,  
todo es decirme que zumbo,  
y ¡vive Dios! que me muero.

(Sale CELIO, y CARREÑO, maltrapillo.)

MIRENO. Celio es éste.  
TREBACIO. Anda perdido  
por la mejor portuguesa  
que este ejercicio profesa.  
MIRENO. Temerario amante ha sido.  
Dalde un poco de lugar  
que pica en estas esquinas.  
CELIO. Qué bien, Carreño, adivinas  
en lo que puede parar.  
Pero, en fin, ¿me respondió?  
CARREÑO. ¿Qué darás por un papel?  
CELIO. ¿Cómo respondiere en él?  
CARREÑO. Pues este papel me dió.  
CELIO. Muestra, y veré cómo es  
en portugués el amor.  
CARREÑO. Luego te diré, señor,  
por qué es Amor portugués.  
  
(CELIO. [(Lea.)])  
  
“Amor, que faze a os homes fazer parvoices,  
naom he muito que faze as mulheres dizer liber-  
dades. En me sinto per vos enganar tao des-  
enganada, que depois que tudo o tenho perdido,  
cuido que queréis que perda o siso, porque as  
vinganças de os castelhanos naom cuido que  
param en nossos corpos: que ainda la tomam  
de nossas almas. Pera tudo dessejo verhos, que  
ya naom podia viver se naom vos vise. Esta  
noite vos espero, porque fora de esto bem naom  
tenho que esperar.”  
  
¡Galante cousa! (1)  
CARREÑO. ¡Extremada!  
CELIO. ¡Qué donaire!  
CARREÑO. Amor merece.  
CELIO. ¡Hasta la lengua parece  
que es también enamorada!  
CARREÑO. ¡Oh, si hiciese en cuantas vos (2)  
una pregmática Amor,  
que a nadie hiciese favor  
si no hablase en portugués!  
CELIO. ¿Qué hacía Mireno aquí?

(1) B. *causa*.

(2) M. *en quantas vezes. Mas si hiciesse desta*  
vez.

CARREÑO. Viene de meter la guarda.  
 CELIO. ¿Cosa que sirva a Leonarda!  
 CARREÑO. ¿Celazos?  
 CELIO. Pienso que sí.  
 CARREÑO. Pues no temas; que acompaña  
 un amante a lo cruel  
 de cierta doña Isabel  
 que a lo moscatel le (1) engaña.

(Sale leyendo una carta LISARDO:)

LISARDO. "Es mujer de argentería,  
 viciosa en corros de toros,  
 que quiere a un tiempo a diez mo-  
 y los escribe en un día." [ros

CELIO. ¿Es Trebacio?

CARREÑO. El mismo es.

CELIO. Bien merece que le quiera,  
 si en castellano le diera  
 y la amara en portugués.

Aguarda, ¿quién está allí  
 leyendo un papel?

CARREÑO. Tu amigo.

CELIO. ¿Lisardo!

CARREÑO. El habla consigo.

CELIO. Y aun está fuera de sí.  
 ¿Qué extraño divertimento,  
 pues no es el papel de amor,  
 que tuviera disfavor  
 celarme su pensamiento!

CARREÑO. Creo que tal suspensión,  
 de amor debe de nacer.

CELIO. No hay en Portugal mujer  
 a quien él tenga afición.

CARREÑO. Bien puede ser que trajese  
 esta afición de Castilla.

CELIO. No creas tú que encubrilla  
 a nuestra amistad pudiese.

CARREÑO. ¿Un (2) soldado deste talle  
 ha de pasar sin querer  
 una mujer?

CELIO. No hay mujer  
 que a su amor pueda obligalle.

Yo sé bien su condición.

¿Qué hay, Lisardo?

LISARDO. ¿Es Celio? (3)

CELIO. Sí.

LISARDO. Con el cuidado no os vi.

CELIO. Ciegos los cuidados son.

Pero ¿de qué le tenéis?

LISARDO. Hoy de Lisboa me parto.

CELIO. En poco me decís harto;  
 mas poca merced me hacéis,  
 pues como el papel guardáis  
 muy doblado y escondido,  
 si, cual pienso, causa ha sido  
 de que tan a prisa os vais.  
 agravio hacéis a mi amor.

LISARDO. ¡Ay, Celio, adiós os quedad!

CELIO. ¿Esa es, Lisardo, amistad?

LISARDO. Sí, por no daros dolor.

CELIO. ¿Cómo? ¿Es muerta vuestra her-  
 o vuestro padre? [mana,

LISARDO. ¿Los dos  
 son muertos!

CELIO. Pues guardaos Dios,  
 que toda esta vida humana  
 va caminando a ese fin.  
 Si heredáis, estad contento.

LISARDO. Heredo tanto tormento  
 que quedo sin honra, en fin.

CELIO. ¿Sin honra? ¿Qué desatino!

LISARDO. Si son muertos en su honra,  
 y viven por mi deshonra.

¿cual otra herencia imagino!

CELIO. ¿Para su honra? ¿Estáis loco!

LISARDO. A lo menos debo estar  
 loco; que tanto pesar  
 no puede sentirse poco.

CELIO. Si haber nacido en Madrid  
 los dos de padres iguales,  
 si haberlo sido en la edad  
 más tierna las amistades,  
 si haber pasado los dos  
 a Italia, a Francia y a Flandes  
 debajo de una bandera  
 con un mismo sueldo y gajes,  
 y últimamente, en Lisboa,  
 tener de dos capitanes  
 dos tan honradas ventajas  
 y dos tan nobles lugares,  
 puede, Lisardo, obligaros  
 con mi amor a darme parte  
 de la razón que tenéis  
 en sentimiento tan grande,  
 mirad esto, y que soy hombre  
 de quien pudiera fiarse  
 la muerte de Julio César.  
 LISARDO. ¡Tened, no vais adelante,  
 que parece que os ha dicho  
 el alma, con sólo amarme,  
 lo que pudiera la mía  
 con hablar y declararse!

(1) B: le.

(2) B: A un

(3) B: Celio



¡Ay, Celio, sin honra estoy!  
No os parezca disparate  
decir que voy a la corte  
a matar a un hombre grave.  
No me habéis de dar consejo,  
impedirme ni quitarme  
este justo pensamiento,  
porque, ¡vive Dios, que os mate!  
Quedaos en buen hora, Celio;  
que como con vida escape  
del peligro adonde voy,  
no volveré a veros tarde.

CELIO. ¡Esperad, tened! ¿Qué es esto?  
No os quiero estorbar. Dejadme  
que sepa lo que es siquiera,  
y ya que queréis matarle,  
no vais a la corte así;  
que es lugar donde se saben  
las más escondidas cosas,  
aunque en los infiernos pasen.  
Llevad un hombre con vos;  
permitid que os acompañe,  
que para todo soy bueno,  
y no he nacido cobarde.  
Si es grave el que os ha ofendido,  
no le matéis donde os maten;  
llevad ese maltrapillo,  
y por capa vieja echalde  
a un toro de tanta fuerza,  
y estemos los dos aparte  
para lo que sucediere.

LISARDO. ¡El cielo el consuelo os pague  
que me habéis dado! ¡Dejad  
que mil veces os abrace  
y otras tantas los pies bese!

CELIO. No son cumplimientos tales  
necesarios entre amigos.

LISARDO. Pues ya que para animarme  
a la empresa más honrosa  
y venganza más notable  
queréis partiros conmigo,  
porque no penséis que salen  
tan justos atrevimientos  
de agravios menos bastantes,  
leed esa carta, Celio,  
que no es posible que basten  
ni mis ojos ni mi lengua.

CELIO. ¿De quién es?

LISARDO. Es de mi padre.

(Lee CELIO:)

“Hijo, yo quedo a la muerte

de enfermedad incurable,  
porque agravios en la honra  
aciertan mal a curarse.  
No te pensaba escribir,  
por no desasosegarte,  
pero viendo que ya muero  
no fué posible excusarme.  
Anoche, a cierto ruido,  
aunque viejo y miserable,  
me levanté, y vi que un hombre  
mozo y de gallardo traje  
salía del aposento  
de Felipa.” No es bastante  
este agravio a darle muerte;  
negociemos que se case.  
Pasad adelante, Celio.

LISARDO.

CELIO.

LISARDO.

CELIO.

Pasad adelante.  
“Hnyóse, en fin, hice fuerza  
para saberlo y buscarle,  
y dijo que era su esposo,  
aunque eran tan desiguales,  
cuanto vi por una firma  
de una cédula.”

LISARDO.

CELIO.

LISARDO.

No pases  
de ese punto. ¿Quién será?  
Será algún hombre importante.  
¡Pero sea quien quisiere!...  
Lee más.

(Lee.)

CELIO.

“Yo quise hablarle  
luego que el día me diese  
lugar.”

LISARDO.

CELIO.

¡Qué afrentas tan grandes!  
“Oí misa, y fuíle a hablar.  
Recibíome con semblante  
de hombre que engañar desea.  
Díjeme mis calidades;  
que, aunque es título, no creo  
que me aventaja en la sangre.”  
¿Título dice?

LISARDO.

CELIO.

LISARDO.

CELIO.

LISARDO.

Esto dice.  
Pues yo no acerté esa parte.  
Grave es el hombre.  
¡Terrible;  
pero el agravio es más grave!

CELIO.

LISARDO.

CELIO.

Adelante leed.  
“Y desprecióme de suerte  
que, con deseos de honrarme,  
una palabra le dije

que pudiera perdonarse  
a las canas y a los años;  
que éstos no agravian a nadie;  
pero él, alzando la mano,  
en mi rostro..."

LISARDO. No la bajes  
desde tu lengua al papel.

CELIO. Pues ¿qué quieres?

LISARDO. Que le rasgues.

CELIO. Guardalle será mejor;  
y pues con lágrimas hacen  
tal sentimiento mis ojos,  
no tengo indicio que darte  
más notable de mi pena.

¡Carreño!

CARREÑO. ¡Señor!

CELIO. ¿No sabes

cómo con mucho secreto  
Lisardo a Madrid se parte,  
y vamos los dos con él?

CARREÑO. ¡Dé albricias!

CELIO. ¡Quedo, no hables!

CARREÑO. Toda mi ropa apercibe.

CARREÑO. Iré contigo en el aire.

LISARDO. A media noche saldremos.

¡La vida me va en que calles!

CARREÑO. No lo sabrá mi camisa.

LISARDO. Pues Dios nos dé buen viaje.

CARREÑO. ¿A qué vamos?

LISARDO. A las bodas

de una mujer como un ángel.

CARREÑO. ¡Oh, pues llevas tu remedio!

LISARDO. ¿De qué suerte?

CARREÑO. Haréme rajas (1);

que no hay mejor bailarín  
desde la Mancha a Getafe.

## ACTO SEGUNDO (2)

(Salen FELICIANO y FELIPA.)

FELICIANO. ¿Cómo se puede templar  
una tristeza tan justa?

FELIPA. Quisiera llamarla injusta,  
pero no me atrevo a hablar.

FELICIANO. Lo que quedarme pudiera  
por consuelo, que no aguardo,  
era el saber de Lisardo,

y que él de mi mal supiera.

Días ha que le escribí,

y que no he visto respuesta.

¿Vida para un padre es ésta,  
mayormente para mí?

He sospechado que es muerto,  
que no querrá la Fortuna  
que tenga esperanza alguna;  
que hasta la muerte no hay puerto.

Tú quitándome el honor,  
y el Marqués el de mi cara;  
tu hermano, en quien todo para,  
matándome de dolor.

No sé qué tengo de hacer,  
¡oh vil, perezosa muerte!

FELIPA. Conozco que el trance es fuerte  
en que te has venido a ver;

mas, si no eres poderoso  
para vengar tus agravios,  
haz lo que los hombres sabios  
adonde es el mal forzoso:

remite a Dios tu venganza,  
ten para el mundo prudencia,  
porque la justa paciencia  
todo cuanto quiere alcanza.

Y si éstos son flacos medios,  
¡mátame, señor, a mí!

FELICIANO. El dolor tomé de ti,

no tomaré los remedios.

FELIPA. ¿Por qué, si el remedio es bue-  
Que en la víbora también [no?  
los antidotos se ven  
contra su mismo veneno.

(CRIADO, entre.)

GERARDO. Aquí ha llegado un soldado  
que viene de Portugal.

FELICIANO. Mejor dirás que a mi mal  
algún consuelo ha llegado.  
¿Viene solo?

GERARDO. Solo viene.

FELICIANO. Di que entre.

(CELIO, entre.)

CELIO. El cielo te guarde.

FELICIANO. Consuelo que llega tarde,  
nombre de consuelo tiene;  
pero cuando se anticipa,  
remedio del mal se llama.  
Bien seas venido.

CELIO. ¿Esta dama

(1) Así el verso en las tres ediciones.

(2) En las tres ediciones: *Acto segundo de la  
venganza venturosa.*

es la señora Felipa?

FELICIANO. Esta es mi hija.  
CELIO. Las manos

os suplico que me deis,  
que un hermano que tenéis  
y yo somos tan hermanos,  
que vuestro lo puedo ser.

FELICIANO. Ya que nos queréis honrar,  
teneros en su lugar  
es lo que os puedo ofrecer.

CELIO. De vos puede recibir  
honra y valor el honor.

FELIPA. Si habláis de vuestro valor,  
muy bien lo podéis decir.

CELIO. Yo hablo del que tenéis.

FELIPA. Mirad que mi padre espera.

CELIO. Y yo esperara, si fuera  
tal como vos merecáis.

FELIPA. No pensé que los famosos  
soldados eso sabían.

CELIO. Estos pensamientos erian  
para cuando están ociosos.

FELIPA. Mi padre os aguarda allí.

CELIO. Disculpa puedo tener.

FELICIANO. Si a mí me venís a ver,  
haced más caso de mí.

CELIO. Es, señor, muy de soldados  
ser cortesés a las damas,  
porque a volver por sus famas  
son, como veis, obligados.

FELICIANO. [Ap.] Este debe de saber  
que ésta ya no tiene honor.

CELIO. Traigo una carta, señor,  
y con ella os vengo a ver,  
de vuestro hijo Lisardo.

FELICIANO. ¿Cómo queda?

CELIO. Algo indispuerto.

FELICIANO. ¿Tal el dolor le habrá puesto!  
Leerla quiero.

CELIO. Aquí aguardo.

(Lee el Viejo.)

Las manos, Felipa hermosa,  
vuelvo otra vez a besaros.

FELIPA. Yo también tengo que hablaros  
de secreto en cierta cosa.

Retirémonos de aquí,  
que el viejo está divertido.

FELICIANO. La letra lo ha enternecido;  
¿qué hará lo demás en mí?

(Lee.)

“Padre y señor: vuestra carta

recibi con tanta pena,  
que por no acortaros vida  
no me dispuse a perdel-la.  
Dos cosas se me ofrecían  
forzosas a la respuesta,  
que eran: consuelo y consejo,  
y no sé ninguna dellas;  
consuelo yo no le tengo  
para que dársle pueda;  
consejo, sois vos mi padre,  
mirad cuán impropio fuera.  
Si algo me atrevo a deciros  
es que pediré licencia  
para veros de aquí a un mes.  
¿de aquí a mil años os vea!  
Allá trataré con vos  
el remedio desta ofensa.  
no digo la de Felipa,  
puesto que ha sido tan fea,  
que, en fin, señor, es mujer,  
y no es la mujer primera  
que ha manchado en su linaje  
el paño de la nobleza:  
la de vuestra cara digo;  
mas ¿por qué digo la vuestra?  
Mejor diré que la mía  
ha recibido la afrenta.  
El señor alférez Celio,  
que ésta a vuestras manos lleva,  
es mi hermano y vuestro hijo,  
y a quien yo debo mil deudas.  
Va a negocios a la corte;  
suplicoos, señor, que tenga  
vuestra casa por posada,  
por dos causas: la primera,  
porque le paguéis por mí  
la obligación que me deja;  
la otra, porque entre tanto  
que voy sirva de defensa  
de vuestra casa, si acaso  
quisieren haceros fuerza.  
Dios os guarde muchos años  
con lo que el alma os desea,  
del castillo de Lisboa,  
esta humilde hechura vuestra.

FELICIANO. Yo, caballero, he leído.

CELIO. Enternecido estaréis.

FELICIANO. Es hijo de amor, sabéis  
que está con el alma asido;  
que aunque tiene su gobierno  
sobre la más fuerte vida,  
un viejo es carne manida,  
y así esta el amor más tierno.

Mi hijo me dice aquí  
 que en casa habéis de posar.  
 CELIO. Eso no habéis de mandar.  
 FELICIANO. Habéislo de hacer por mí.  
 que su alcaide habéis de ser  
 mientras que viene Lisardo,  
 que ya de aquí a un mes le aguar-  
 Hacedme aqueste placer. [do.  
 CELIO. Ahora bien, quiero servirlos;  
 vuestro hijo soy desde hoy.  
 FELICIANO. Y yo vuestro padre soy.  
 no tengo más qué deciros.  
 CELIO. Mientras que Lisardo viene,  
 en su lugar me tened.  
 FELICIANO. A todos hacéis merced.  
 CELIO. [Ap.] ¡Bellísimo talle tiene!  
 Ya temo de su hermosura  
 y mi tierna condición  
 algún mal de corazón;  
 pero todo lo asegura  
 la lealtad y amistad llana.  
 Lisardo escondido queda  
 para que ver no le pueda  
 ni su padre, ni su hermana;  
 porque, por mayor secreto  
 de su venganza, ha querido  
 que, sin saber que ha venido,  
 tenga su venganza efeto.  
 Con la carta me ha enviado  
 que en la posada escribido,  
 y quiere que quede yo  
 en su casa aposentado,  
 porque no le haga fuerza  
 este galán de su hermana,  
 que, a no haber sido liviana,  
 no sé qué deidad me e-fuerza  
 a tenerla inclinación.  
 Ahora bien, voile a buscar.)  
 Licencia me podréis (1) dar  
 para que vuelva al mesón  
 donde la ropa dejé.  
 FELICIANO. Vayan con vos dos criados.  
 FELISA. [Ap.] (Cortesos son los soldados;  
 ¡oh, qué presto me cegué!,  
 que aunque al Marqués no le deni  
 me debe más que amor. [bo  
 este me estaba mejor.  
 que es un gallardo mancebo;  
 mas ya perdí la esperanza.  
 Bien dicen que la mujer

es Sol en amanecer  
 y Luna en hacer mudanza.)

(Váyanse y entren LISARDO y CARREÑO.)

LISARDO. Quien fia de otros su honor,  
 mucho pienso que le obliga.  
 CARREÑO. Ya no sé lo que te diga,  
 de tanta merced, señor;  
 pero vive satisfecho  
 que mi humilde proceder  
 no falte de agradecer  
 las que debiere a tu pecho.  
 En materia de callar  
 no tengo qué te decir  
 más de que sabré morir  
 y no he de saber hablar;  
 cuanto toca al pantuflazo  
 que he de dar a ese señor  
 que te ha quitado el honor,  
 ya tengo sabroso el brazo.  
 Soy un duro montañés,  
 hasta el nombre guijarreño,  
 porque me llamo Carreño  
 de la cabeza a los pies.  
 Haréle a su señoría  
 tan lindo juego de manos,  
 que pueda a los cirujanos  
 servir para notomía.  
 LISARDO. Todo lo creo de ti,  
 que eres honrado soldado.  
 CARREÑO. El Alférez ha fiado  
 notables cosas de mí.  
 No hay potro en que yo cantase,  
 aunque el de los Vélez fuese,  
 si dos mil vueltas me diese.  
 LISARDO. Cuando a términos llegase  
 la muerte que se ha de hacer,  
 que la justicia la entienda,  
 no hayas miedo que te prenda,  
 porque habemos de correr  
 la misma noche la posta  
 todos tres a Portugal.  
 CARREÑO. Bien dices, porque es gran mal  
 hacer al diablo la costa.  
 Guardate de que se escriba  
 tu historia de procesado,  
 que hay impresor de tirado  
 que a un hombre de aliento priva;  
 pues cuando suele llegar  
 aquello del confesante,  
 no hay paciencia de diamante  
 para poderlo escuchar;

a la segunda pregunta  
dijo el dicho que valiera  
más que boca no tuviera:  
tales desdichas le junta;  
pues cuando en un aposento  
de dar sudores encierran  
a un hombre y los pies le hierran,  
¿adónde habrá sufrimiento,

o qué habrá que en él no esté?  
Ratón hay, que es cosa extraña,  
que vino a fundar a España  
con los hijos de Noé;

y pulgas hay tan disformes,  
que saltaron en Madrid  
desde las hijas del Cid  
en los robledos de Tormes;

pues chinches, no es esto engaño,  
sino muy cierta opinión,  
que fundaron a Chinchón  
después del diluvio un año;

pues piojos, es profundo:  
piojos hay, no te espantes,  
que fueron de los gigantes  
en el principio del mundo.

Pena me has dado.

¿Por qué?

Porque quien en eso mira  
no hará cosa que la ira  
le mande, aunque cerca esté;

el hombre considerado  
nunca lo he visto valiente,  
porque el fin hace prudente  
al más loco y más airado.

¿Cómo eso tiene vencido  
un hidalgo corazón?

¿No has oído la razón  
de aquel capitán temido,

que tembló cuando le armaban,  
y a quien se lo preguntó  
desta suerte respondió:  
que las carnes le temblaban

del estrecho en que querían  
ponerlas el corazón?

Agrádame la razón  
cuando las obras la fían.

(Sale CELIO.)

CELIO.

Si por acá se hubiera negociado  
como yo por allá. Lisardo amigo,  
nuestra ventura caminaba a prisa.

LISARDO.

Mas si vos por allá fuistes dichoso,  
Celio, en hablar mi padre y dar la carta,  
y está contento el viejo, presumiendo  
que vendré con la prisa que le escribo.  
acá se ha negociado de manera  
que asegura el cuidado la esperanza  
de cobrar el honor con la venganza.

CELIO.

La carta di, como quedô trazado:  
enterneciôse el lastimado viejo,  
y mándame quedar en vuestra casa,  
adonde huésped soy: hablé a Felipa...

LISARDO.

No la nombréis. ¡Oh, infame!

CELIO.

Las palabras  
sólo ofenden la boca que las dice;  
vos sois su hermano, y ella está sin culpa.  
pues engañarla un hombre la disculpa.

LISARDO.

Callo por vos; y, porque estéis contento  
del buen suceso, estad un rato atento:  
yo hice que Carreño me llamase  
un paje de mi padre con secreto,  
declaréle mi pecho en confianza  
de que yo le he criado, y estoy cierto  
de que sabrá callar, porque en mis cosas  
hice experiencia de su honrada lengua;  
dél supe, Celio, el título.

CELIO.

¿Qué nombre?

LISARDO.

Llamábase el Marqués de Lusitano.

CELIO.

¿Extranjero?

LISARDO.

Sí, Celio.

CELIO.

¡Gran ventura!  
digo que la venganza está segura.

LISARDO.

Preguntéle también cómo podría  
en casa del Marqués entrar, y díjome

que antes destos sucesos se trataban los de mi padre y sus criados.

CELIO.

Siempre

se busca esa ocasión.

LISARDO.

Y que sabía que este Marqués buscaba un secretario. Apenas pronunció tal nombre, cuando se me puso en la frente que podía servirle yo de aqueste o de otro oficio; no fué mal pensamiento, porque apenas solo quedé, cuando escribí seis cartas fingiendo nombres de diversos príncipes que todos abonaban mi persona, y con su calidad la de mi ingenio; finime atrevido, y en su misma casa se las di, con un prólogo discreto; o fuese mi ventura, o su desdicha, o que se aficionase a mi persona, o que mi entendimiento le agradase, yo soy su secretario.

CELIO.

¿Cierto?

LISARDO.

Cierto.

CELIO.

¿Hay hombre tan dichoso? ¿Hay tal industria que cuenten las historias de Pirandro, de Pisistrato, Sísifo y Ulises? ¿Que hablastes al Marqués? ¿Que os atrevistes a darle cartas de favor fingidas? ¿Que os recibió el Marqués?

LISARDO.

Veréis agora llevar la ropa. Alférez, a su casa, como a la mía llevarán la vuestra; allí si que tendré lugar bastante de hacer mi hecho sin que sea sentido, ni poner a peligro vida y honra; vos, Celio, con mi padre y con mi hermana habéis de asegurar que estoy ausente; yo, en casa del Marqués, mi poco a poco iré llegando al punto que deseo, que como le acompañe alguna noche sera la eterna de su triste vida.

CELIO.

No tengo qué deciros: sólo pienso

que se ha ofendido el cielo en tanto grado de las manos sacrílegas deste hombre, porque las puso sobre aquellas canas, que han cegado sus ojos a admitiros en su servicio por dos cartas solas, de señores apenas conocidos, de quien no hay tales nombres en el mundo.

LISARDO.

Carreño, Celio, ha de vivir conmigo, que vos tendréis allá bastante, en casa de mi padre, quien os sirva; yo voy a verle; ¡sabe Dios si veo un demonio en mirarle, y que quisiera pasarle a puñaladas dos mil veces!; mas ya vendrá ocasión.

CELIO.

Id con recato; pero advertid que no salgáis de día, que podrían acaso conoceros.

LISARDO.

No harán, que de Madrid salí sin bozo, y estoy como me veis; y aún es milagro que no tenga las canas de mi padre, después que puso aquél la mano en ellas. Veámonos de noche, si os parece, en las gradas de aqueste monasterio (1) y mirad por mi casa como amigo.

CELIO.

Fiad de mí.

LISARDO.

Como de mi conmigo.

(Vase LISARDO.)

CELIO. ¿Sabes tú ya la posada del Marqués?

CARREÑO. Pues con él fui, bien la sabré. ¿Qué hay de ti, que no me has contado nada?

CELIO. Si tuvieras más lugar, altas cosas te dijera.

CARREÑO. Pienso que Lisardo espera; después podremos hablar.

Pero de paso, me di.

CELIO. ¿qué casa es la de Lisardo? Casi en decir me acabardo lo que ha pasado por mí.

(1) Al y Ma monasterio.

Casa de un hidalgo honrado  
y no pobre, me parece;  
buen adorno la guarnece,  
sillas, pinturas y estrado.

Hay coche, que es grande honri-  
del vivir deste lugar,      [Illa  
y lo que es el viejo, honrar  
puede un gobierno en Castilla;  
mas, de todo cuanto vi,  
Felipa me pareció  
lo mejor que he visto yo  
desde que en Madrid nació.

¿Tienes seso?

No te digo  
que estoy muy enamorado,  
mas que a Felipa he mirado  
como a hermana de un amigo.

Harto has dicho. ¡Plega a Dios  
que de ese punto no pases!  
porque temo que te abrases,  
si estás tan cerca los dos.

Enamorarla no es justo,  
siendo hermana de quien sabes;  
que traición entre hombres graves  
nunca la disculpa el gusto;

pues tratar de casamiento  
para no serle traidor,  
no da lugar el honor,  
después de sabido el cuento;

aunque hay hombre que el casar  
a lo poltrón han llamado  
beber en jarro empegado,  
que mosca y paja ha de entrar  
puesto una vez en la boca,  
todo cuanto viene tragan.

No aconsejo que lo hagan,  
si punto de honor les toca.

Yo, por lo menos, Carreño,  
me defenderé de Amor.

Mira el exemplo, señor,  
que está cerca, y no es pequeño;  
quien da la muerte a un marqués,  
como la trata contigo,  
mejor matará un amigo,  
que el que es traidor no lo es.

El se va; queda con Dios,  
que quiero llevar la ropa.

Corra agora viento en popa  
la venganza de los dos,

que después, en otra parte,  
no me acordaré de Amor.

Vuélvete a decir, señor,  
que te guardes de casarte;

que si te casas, no es  
honra, amor, gusto ni gala,  
comprando el Marqués la cala,  
comer el melón después.

(*Vanse. Entra el MARQUÉS y FLORA.*)

MARQUÉS. Estoy tan contento dél,  
que pienso que ha de agradarte.

FLORA. Abonada de tu parte,  
conozco las que hay en él.

MARQUÉS. Fuera de haber conocido  
su gallardo entendimiento,  
de su tallo estoy contento,  
y sé que es muy bien nacido,  
que le abonan en extremo  
cartas de grandes señores.

FLORA. Los secretarios mejores,  
cosa que deste no temo,  
son los más ejercitados,  
que el ingenio y la prudencia  
suelen ir, sin la experiencia,  
en los papeles turbados;  
ésta debe de tener,  
pues tanta nobleza abona  
las partes de su persona.

(*LISARDO, entre.*)

LISARDO. [*Ap.*] (Ya no tengo qué temer;  
en un principio tan firme,  
seguras mis cosas van.  
Aquí mis dueños están.)

MARQUÉS. Ya viene, Flora, a servirme.

LISARDO. Deme vuestra señoría  
sus pies.

MARQUÉS. A mi hermana hablad.

LISARDO. Dadme los vuestros, y honrad.  
señora, la humildad mía.

FLORA. ¿Cómo os llamáis?

LISARDO. Es mi nombre  
Felipe, a servicio vuestro.

FLORA. Si en la pluma sois tan diestro  
como en galas gentilhombré,  
no tendrá igual secretario  
ningún señor desta corte.

LISARDO. Teniéndos a vos por norte,  
no temo viento contrario.

FLORA. Bien podrá de vos fiarse.

LISARDO. Con vuestro amparo y favor  
podrá el Marqués, mi señor,  
de mi servicio agradarse.

FLORA. No hay cosa que no prometa

vuestro estilo; estad seguro  
que seréis yedra en el muro  
de una persona discreta,

que sabrá bien conocer  
vuestro buen entendimiento.

LISARDO. Tenerle tan corto siento  
que eso pueda merecer;  
pero lo que dél faltare  
suplirá la voluntad,  
pues tengo seguridad  
de que la vuestra me ampare.

FLORA. Pues si vos ejercitáis  
vuestro buen entendimiento,  
y para servir contento  
la voluntad que mostráis,  
tendrá memoria el Marqués  
igual a vuestros servicios,  
y yo haré buenos oficios.

LISARDO. Bésoos mil veces los pies.

(Pase FLORA.)

Muy grande merced me ha he-  
mi señora. [cho

MARQUÉS. Como vea  
un buen ingenio, desea  
mostrar amoroso pecho,  
porque es grande estimación  
la que hace de quien sabe.

LISARDO. Esa estima sólo cabe  
donde hay tanta discreción.

MARQUÉS. Tiene gusto de leer;  
después que en España está  
bien habla, y escribe ya.

LISARDO. Nadie podrá conocer  
que fuera della ha nacido.

MARQUÉS. Ahora bien, ya es necesario  
que, como a mi secretario  
y a un hombre tan bien nacido,  
os comunique, Felipe,  
de mi secreto el mayor,  
porque a quien tuviere amor  
deste mi amor participe.

LISARDO. Yo entro tan obligado,  
señor, en vuestro servicio,  
que antes de ejercer mi oficio  
mil años me habéis pagado.

Decidme cualquier secreto,  
sea de amor, o de honor,  
que como hidalgo, señor,  
debida lealtad prometo.

MARQUÉS. Yo sirvo en Madrid, Felipe,  
una doncella gallarda,

por todo extremo discreta  
y por todo extremo honrada.  
No quiero cansarte agora  
en referirte sus gracias;  
por ser de tu mismo nombre,  
tu mismo nombre me agrada.  
No la he podido rendir  
con obras, ni con palabras,  
con haberme vuelto Ulises  
mis enamoradas ansias.  
Diséla de casamiento  
y con cédula firmada  
de cumplilla, que es mujer  
de presunciones tan altas;  
pero fué engañosamente,  
y sólo para obligarla,  
al fin de tantos deseos  
que me mataban el alma.  
Díome su puerta una noche;  
yo, con segura esperanza,  
entretúveme en amores;  
¡mal haya el hombre, mal haya,  
que en las venturas de amor  
tiene tiempo, y tiempo aguarda,  
sabiendo que la ocasión  
es aire por las espaldas!;  
cuando ya quise perder  
miedo y respeto a su cara,  
que también, si verdad digo,  
fué el miedo la mayor causa,  
porque mil veces, queriendo  
llegarme cerca, temblaba  
de un frío impropio, pues era  
tenerle en las mismas llamas.  
Llamó su padre a su gente;  
salí huyendo, ¡qué desgracia!  
pues perdiendo yo ocasión,  
Felipa perdió la fama.  
Gracioso niño es Amor,  
pues cuando en la calle estaba  
me abrasaba de animoso,  
yo, que temblaba en su casa.  
Vino a verme el noble viejo,  
y no poco de mañana,  
que durmiendo honor y ofensa  
siempre madrugan al alba;  
descompúsose conmigo,  
porque dijo que mi hermana  
podía servir su hija;  
olvidéme de sus canas,  
y puse la mano en ellas.

LISARDO.  
MARQUÉS.

¡Extraña cólera!  
¡Extraña!



LISARDO. ¿No te pesa?  
MARQUÉS. Ya está hecho.

Yo te digo lo que pasa:  
él fué libre, yo fui loco;  
como esas cosas se acaban;  
ya no paseo de día  
su calle, pero no falta  
quien la visite por mí.

LISARDO. La historia, señor, me espanta.  
¿Cómo ha llevado Felipe  
el ver afrontar la cara  
de su padre?

MARQUÉS. No la he visto,  
que con cuidado la guarda;  
pero, ya que algunos días  
habrán causado templanza  
al enojo de los dos,  
esta noche pienso hablarla.

LISARDO. Pues ¿ella dará lugar?

MARQUÉS. Haremos a la ventana  
las señas que yo solía.

LISARDO. Pienso que estará enojada.

MARQUÉS. No hay en eso qué temer,  
que aunque tiene alguna causa,  
satisfacciones y amores  
rinden a la más airada;  
yo creo que me le tiene,  
mas, por si acaso en su casa  
hubiere algún sentimiento,  
que no les falta arrogancia,  
porque el viejo está muy vano  
del solar de la Montaña,  
bien es que vayas conmigo;  
prevén, Felipe, tus armas.

LISARDO. Estimo que de mí tengas  
esa justa confianza:  
bien mi amor te la merece.  
Vamos a ver esa dama,  
y fía tu vida y honra  
deste brazo y desta espada,  
que adonde voy vas seguro  
como en un cuerpo de guarda.

MARQUÉS. Haz esto, en tanto que vuelvo,  
por si fuere de importancia:  
que dos hombres prevenidos  
para cuatro o cinco bastan.

LISARDO. ¿Qué son cinco, ni cincuenta,  
como yo contigo vaya?

MARQUÉS. Fiaré de ti mi vida.

LISARDO. Seguro puedes fiarla.

(Vase EL MARQUÉS.)

Próspera me sucede la Fortuna,

notablemente ayuda a mi deseo,  
pues ya tan cerca mi venganza veo;  
y sin temor, dificultad ninguna.

Escurece tus rayos, blanca Luna,  
si el de mi espada en un tirano empleo,  
cuyo delito temerario y feo,  
por venganza, a los cielos importuna.

Un pobre hidalgo soy, la empresa es alta;  
mas no merece caso tan piadoso  
el fin que me amenaza y sobresalta;

ni yo merezco el nombre de alevoso,  
que con la industria, si la fuerza falta,  
se vence al enemigo poderoso.

(Entre CARREÑO.)

CARREÑO. ¿Ya tienes tu ropa aquí?

LISARDO. Más tengo de lo que piensas,  
pues que todas mis ofensas  
vengan los cielos por mí.

El Marqués de mí se fía:  
toda su historia y suceso  
me ha contado.

CARREÑO. ¡Extraño exceso  
de amor!

LISARDO. Es ventura mía.

Esta noche quiere ir,  
Carreño, a ver a mi hermana,  
que piensa que a la ventana,  
con señas, ha de salir;

si veo buena ocasión  
y Celio estuviera en vela,  
de la trazada cautela  
llegará la ejecución.

Quédate aquí, y no te acuestes  
hasta que vuelva.

CARREÑO. Señor,  
ir allá será mejor.

LISARDO. Mejor es que en tanto aprestes  
lo que fuere menester.

CARREÑO. Ahora bien, guíete el cielo.

LISARDO. El sabe mi justo celo.

(Vase.)

CARREÑO. Bien me queda qué temer:  
pero con estar en vela  
para poner tierra en medio  
tendrá mi temor remedio.

(Sale FLORA.)

FLORA. Dile a Fabricio, Rosela,  
que vaya tras el Marqués.

CARREÑO. [*Ap.*] (Esta es Flora, hermana bella del Marqués; huigamos della.)

FLORA. ¡Hola! ¿Quién sale? ¿Quién es?

CARREÑO. Criado, señora, soy de Felipe, el secretario.

FLORA. Esperad.

CARREÑO. ¿Soy necesario?

FLORA. Deseosa, amigo, estoy de saber quién es.

CARREÑO. Estimo como es razón el favor y, en fe de vuestro valor, a decir quién soy me animo: yo soy un hidalgo honrado...

FLORA. Por vuestro señor pregunto.

CARREÑO. No importa, todo anda junto; soy, como digo, un soldado...

FLORA. No quiero saber de vos, sino de Felipe.

CARREÑO. Bien, pero no es malo también que os dé cuenta de los dos; soy, como digo, un hidalgo, que me apellido Carreño...  
FLORA. Decidme de vuestro dueño, que es lo que importa.

CARREÑO. Ya salgo.

FLORA. Si no lo quiero saber, ¿qué importa que lo digáis?

CARREÑO. Para que quién es sepáis, quién soy os doy a entender.

¿No conocen los discretos por la criatura al Criador, y se conoce mejor la causa por los efectos?

Pues conociéndome a mí, por criatura de mi amo, sabréis quién es; yo me llamo Carreño...

FLORA. ¿Ya lo entendí!

CARREÑO. Tengo nombre de valiente, que gente de rumbo y juncia lo que con erres pronuncia tiene por más excelente; sirvo porque no nací con dineros que gastar, que de servir a mandar no hay más distancia.

FLORA. Es así.

CARREÑO. Piensan estos caballeros que los sirven por quien son, pero la cierta razón es porque tienen dineros;

que el criado más leal, por el interés que espera sirve, que si no le hubiera, se fuera o sirviera mal.

Esto es lo que toca a mí; mas si secreto tenéis, quién es mi señor sabréis.

FLORA. Yo te lo prometo; di.

CARREÑO. Mi señor, señora, es hijo de un Grande de Portugal.

FLORA. ¿Legítimo, o natural?

CARREÑO. Pienso que no me lo dijo; pero sé que disfrazado, en la corte de Castilla quiere ver su maravilla. ¡Mirad qué noble criado!

Pero no le digáis nada.

ya que me fio de vos; que me pasara, ¡por Dios!, hasta el recazo la espada.

¡Ah, lengua; Dios te perdone! ¿Qué has dicho?

FLORA. No tengas miedo.

Dudarlo quiero, y no puedo; que no hay cosa que no abone su persona y gallardía.

CARREÑO. Servía allá, en Portugal, una señora, su igual; dióle unos celos un día.

y por hacerle pesar andamos desta manera.

FLORA. ¡Notable pasión!

CARREÑO. Quisiera que tuviéramos lugar para contaros mil cosas. Pero mañana sabréis sus amores, y veréis mil historias prodigiosas.

FLORA. Pues ¿quién la todavía?

CARREÑO. Tengo pensado que no.

FLORA. ¿Por qué al Marqués se inclinó?

CARREÑO. Espere su señoría, que me aprieta fuertemente (1). Diéronle un retrato allá, y juzgando que será para templar su accidente, vino con esta invención para servir al Marqués.

FLORA. Pues ¿cuyo el retrato es?

CARREÑO. ¿Cuyo? Vuestro, con perdón.

(1) B. firmemente.

FLORA. ¿Mío?  
 CARREÑO. Si no me ha engañado.  
 FLORA. No te vayas, que me importa hablarte.  
 CARREÑO. El hablar reporta.  
 FLORA. Entra, que tengo un cuidado que me has de satisfacer.  
 CARREÑO. Ve, señora, que ya voy.  
 FLORA. Llena de cuidado estoy; no me espanto, soy mujer.

(*Entrase.*)

CARREÑO. ¿Qué es esto? ¿Que desatino, qué mentira y fingimiento ha sido aquesta? ¿Qué intento, qué pretendo, qué imagino?  
 ¿Que pueda tanto mi humor que me obligue a tanto enredo! Pero satisfecho quedo; que cobré a Lisardo amor.  
 Y ésta la venganza es que con menos sangre aguardo, si por dos partes Lisardo es cuñado del Marqués.

(*Entra, y sale el MARQUÉS, de noche, y LISARDO.*)

MARQUÉS. Esta es su puerta y ventana.  
 LISARDO. ¡Y cómo si la sé yo!  
 MARQUÉS. Aquí mil veces me habló.  
 LISARDO. ¡Oh, falsa; oh, fingida hermana!  
 MARQUÉS. Aquí su hermosura vi.  
 LISARDO. Aquí mi deshonra veo.  
 MARQUÉS. Aquí me trae un deseo.  
 LISARDO. Aquí, mi venganza a mí.  
 MARQUÉS. Aquí veré si hay amor.  
 LISARDO. Aquí si hay honor veré.  
 MARQUÉS. Si hay en las mujeres fe.  
 LISARDO. Si hay en los hombres valor.  
 MARQUÉS. A las señas han salido.  
 LISARDO. ¿Qué tengo ya que esperar?  
 MARQUÉS. Allí puedes aguardar.  
 LISARDO. ¡Qué mal aguarda el vencido!

(*FELIPA en lo alto.*)

FELIPA. ¿Quién llama?  
 MARQUÉS. ¿Quién puede ser, sino quien tanto os adora?  
 FELIPA. ¿Es el Marqués?  
 MARQUÉS. Sí, señora.  
 FELIPA. ¿Qué queréis?  
 MARQUÉS. Sólo querer.

FELIPA. ¿Es posible que llegáis a esta puerta ni a esta calle?  
 MARQUÉS. Haced con amor que calle, y veréis que no os quejáis.

FELIPA. Si tuviérais amor no estuviera yo quejosa, porque amor es una cosa que no consiente rigor.  
 El que vos habéis usado con quien me dió el ser que soy, muestra cuán lejos estoy de vuestro amor y cuidado.

Quien ama, quiere también hasta un perro de quien ama; quien bien nacido se llama y dice que quiere bien.

¿cómo en un padre, en un viejo, pone la mano cruel?

Si habláis con amor, no es él el que os dió tan mal consejo.

Ni por mujer, ni por dama, eternamente me habléis.

MARQUÉS. Oíd, oíd, no os entréis, pues vuestro marido os llama.

LISARDO. ¿Quién lo que dicen oyera! Mas basta verlos hablar.

La espada quiero sacar; ahora es tiempo de que muera.

FELIPA. ¿Vos os llamáis mi marido?  
 ¿Vos?

MARQUÉS. ¿Luego no lo soy yo?

FELIPA. Digo mil veces que no.

LISARDO. ¡Ay, honra, favor te pido!

FELIPA. Con ser yo tan desigual que descalzar no os merezco, por señor os aborrezco, por marido os quiero mal.

MARQUÉS. Templad la furia, ojos bellos.

FELIPA. Quien afrontó tales canas, mejor por cosas más vanas me arrastrará los cabellos.

¿Mano había yo de dar a quien la puso en la cara de quien me engendró?

MARQUÉS. Repara...

FELIPA. No tengo que reparar.  
 LISARDO. Sí, llegaré; pero creo que no es ésta la ocasión.

(*Sale CELIO con dos criados, o tres, con rodela.*)

CELIO. Ya llegó la ejecución de nuestro mayor deseo.

Sin duda es éste el Marqués,  
que está con Felipa hablando,  
y el que aparte está esperando  
pienso que Lisardo es.

Digan, hidalgos, ¿saben por, ventura,  
cuya es aquesta casa?

MARQUÉS.

¡Vive el cielo,  
Felipe, que ha salido della un hombre!

LISARDO.

Déjeme hablar con él vuseñoría.  
¿Es eso con nosotros, caballero?

CELIO.

Con ellos, pues.

LISARDO.

Pues no se acerque tanto  
a la persona que habla en esta reja:  
que aunque traiga la escuadra que se mira,  
tiene valor para que no le mire.

CELIO.

No cumplo yo con eso.

LISARDO.

Pues espere,  
y hablaremos aparte los dos solos.

CELIO.

¿Es Lisardo?

LISARDO.

Yo soy. ¿Qué te parece?  
¿Daremos muerte a este hombre?

CELIO.

Yo quisiera  
que de una vez saliéramos de todo:  
que quien pierde ocasión, todo lo pierde.

LISARDO.

Hagamos tribunal, y aquí se acuerde.

CELIO.

Quién entrará en consejo con nosotros?

LISARDO.

Entre el honor, la afrenta y la vergüenza,  
que éstos son muy honrados consejeros.

CELIO.

Y quién será el fiscal?

LISARDO.

Justa venganza.

CELIO.

Pues éste solo a muerte le condena.  
Apele a la del fin.

LISARDO.

No haremos nada  
si lo llevas a tal chancillería,  
con las mil y quinientas, que en los pleitos  
pagará dos mil veces la esperanza  
de que después se hará mejor venganza.

CELIO.

Pienso que si esta vez le damos muerte,  
y le hallan en tu calle, donde saben  
que a tu hermana servía, al pobre viejo  
se la damos mayor, que en una cárcel  
ha de acabar sus miserables días,  
y tu hermana también perder la honra,  
y entre mujeres viles estar presa.

LISARDO.

En llegando las cosas, Celio amigo,  
a consideración, no haremos nada;  
pero, pues es mejor que aquí no sea,  
noches habrá que lejos desta casa  
le pueda dar la muerte; mas agora  
conviene que con él opinión gane  
de que soy tan valiente como piensa (1).  
Mete mano, y retira esos criados,  
porque en viendo que huyes, huirán todos.

CELIO.

Acuerdo me parece de tu ingenio;  
pensaremos mejor cómo salgamos  
de caso tan difícil sin peligro.

(Acométentele todos.)

¡Meted mano, villanos!

LISARDO.

¡Fuera, perros!  
¡Todos sois pocos! ¡Déjalos, que huyen;  
que son unas gallinas, vive el cielo!  
¡Habla entre tanto que los mato a palos!

(Tras ellos, LISARDO.)

(1) M y Ma: *pienso*.

MARQUÉS.

¡Qué notable valor! ¡Valiente mozo!  
¡Que justa fué mi confianza digo,  
que un buen criado es el mejor amigo!

(Sale LISARDO.)

LISARDO.

No los quise seguir, pero otro día  
yo traeré galgos a esta calle, y ellos  
podrán correr tras semejantes liebres.

MARQUÉS.

Darte quiero mis brazos.

LISARDO.

Tus pies beso.

MARQUÉS.

¡Oh, valiente Felipe!, desde agora  
de aquesta voluntad las llaves tienes.  
Manda mi casa, y mis estados manda.

LISARDO.

Agora soy tu esclavo más humilde.

MARQUÉS.

¿Quién eran esos hombres?

LISARDO.

El que aparte  
me habló aquel rato dijo que era deudo  
y galán de Felipa, a quien su padre  
la tiene prometida en casamiento.  
Yo respondí que no lo imaginase,  
que Felipa era tuya, y sobre aquesto  
vinimos a palabras de la marca,  
y sacadas las hojas, ni parece  
galán, ni deudo; y si ha de ser marido (1),  
mucho tiene de ciervo, mal agüero,  
porque es medroso, y en correr ligero.

MARQUÉS.

¿Deudo en su casa, y que casarle quiere?  
¡Cosa que sea deste viejo industria  
para vengarse del pasado agravio!  
La gente se alborota; ven conmigo.

LISARDO.

No tienes qué temer; yo voy contigo.

(1) B. mirado.

(Vanse, y salgan FLORA, y ROSELA, criada suya.)

FLORA.

Todo lo que te he contado  
de su lacayo lo sé;  
que a darle crédito y fe  
se dispuso mi cuidado.

Y es que como dél estoy  
tan contenta, cuanto creo  
es disculpar el deseo  
por igualarle a quien soy.

Sólo una cosa, Rosela,  
me ha dado pena.

ROSELA.

FLORA.

¿Cuál es?  
Haber en esto después  
algún engaño o cautela.

ROSELA.

FLORA.

¿Cómo?  
Ser éste casado  
por ventura en Portugal,  
que de lo que es ser mi igual  
no se recela el cuidado;  
y también puede haber hecho  
algún delito.

ROSELA.

FLORA.

¿Es verdad!  
¡Qué ciega es la voluntad,  
y qué loca en nuestro pecho!  
Mas yo lo pienso saber.

ROSELA.

FLORA.

¿Cómo, señora?  
El amor  
es el mayor hablador,  
esté en hombre o en mujer.

Finge, Rosela, que estás  
deste mozo enamorada;  
que no te encubrirá nada  
si sólo un favor le das.

ROSELA.

FLORA.

Déjame con él, que creo  
que fácilmente le engañe.  
Porque de ti no se extrañe,  
préndele bien el deseo.

Haz como buen pescador:  
dale cuerda de una vez  
hasta que se ahoga el pez.

(El MARQUÉS, alborotado.)

MARQUÉS.

FLORA.

MARQUÉS.

FLORA.

MARQUÉS.

¡Hermana Flora!  
¡Señor!  
¡Mal en extremo nos fué!  
¿Cómo?

A no llevar conmigo  
tan buen criado y amigo,  
¡no en vano dél me fié!  
muerto me traen a tus brazos.

FLORA.

MARQUÉS.

¡Santo Dios!

Esto pasó;

porque estando hablando yo,  
me hicieran dos mil pedazos;

y ese mozo valeroso,  
a cuatro o cinco villanos  
en los pies puso las manos.

FLORA. Vos habéis sido dichoso.

MARQUÉS. ¡Oh, cuánto me hubiera holgado  
que pudiera ser que vieras  
las cuchilladas más fieras  
que de Aquiles se han contado!

Mucho su nota me agrada,  
si hace en cualquiera suma  
tales rasgos con la pluma  
como en ellos con la espada.

No en balde mi corazón  
desde que le vió le amaba.  
FLORA. Era porque le esperaba  
para tan buena ocasión.

Mas como me prometáis  
secreto, os diré quién es.  
MARQUÉS. Yo os lo prometo.

FLORA. Después  
que en vuestro requiebro estáis,  
este lacayo ignorante,  
vencido del buen humor  
o del vino, a su señor  
pinto en forma semejante...

MARQUÉS. ¿Es acaso caballero?

FLORA. De un Grande de Portugal  
es hijo.

MARQUÉS. ¡No creáis tal!

FLORA. Oíd la causa primero.

MARQUÉS. ¿Cómo?

FLORA. Por ver a Castilla  
quiso venir disfrazado.

MARQUÉS. Pues ¿por qué ser mi criado?

FLORA. Si lo poco os maravilla,  
quiero callar lo que es más.

MARQUÉS. Por cierto que su valor  
es digno de un gran señor.

FLORA. Pues ¿por qué dudoso estás?

MARQUÉS. No lo dudo, y te prometo  
que sea verdad o no,  
que de aquí adelante yo  
le trate (1) con más respeto.

FLORA. ¡Quedo, que viene!

MARQUÉS. Quisiera  
que no entendiera que hablamos  
de sus cabellos.

FLORA. Pues vamos

donde a solas te refiera  
las cosas que me han contado.

(LISARDO, entre con CARREÑO.)

MARQUÉS. ¡Felipe!

LISARDO. ¡Señor!

MARQUÉS. ¿No es hora  
de descansar?

LISARDO. El aurora  
estoy, señor, enseñado  
a ver primero en mi tierra.

MARQUÉS. Costumbres son de hombre noble.

LISARDO. Por allá lo fuera al doble.

MARQUÉS. Siempre a los buenos destierra.

LISARDO. Y siempre los que lo son  
hacen iguales favores.

MARQUÉS. Criados hacen señores  
dándoles buena opinión.

Esta cadena te lleva,  
que anteayer me dió mi hermana,  
para que salgas mañana  
con alguna cosa nueva.

CARREÑO. ¡Aquesto si que es medrar;  
bien haya quien sirve a buenos!

LISARDO. Mil veces beso tus pies.  
Haz cuenta que soy tu preso.

FLORA. Pues que vos le dais cadena,  
darle estas memorias quiero;  
que bien parece al cautivo  
la memoria de su dueño.

LISARDO. En tantas obligaciones  
falta el agradecimiento.

FLORA. ¡Dios os guarde!

LISARDO. Dad licencia  
que os acompañe.

FLORA. No puedo  
disimular la afición.  
Entrad.

LISARDO. ¿Qué es aquesto, Cielos?

(Alce el paño y éntrese con ellos.)

CARREÑO. En una hora de servir  
dan a Lisardo este premio...

Pero, quedo, que está aquí,  
si no me engaña el deseo,  
una niña del Parnaso.  
Límpieme y póngome el cuello.

ROSELA. ¿Quieres cuarenta palabras?

CARREÑO. Y ciento a escuchar me atrevo,  
porque solamente de obras  
soy temeroso de cientos.

ROSELA. ¿Eres desta tierra?

CARREÑO. Soy  
no muy cerca ni muy lejos;  
¿no tengo cara corita?

ROSELA. Ella en cuidado me ha puesto.  
Pareces, ¡ay, Dios!...

CARREÑO. ¿Llorando  
me dices lo que parezco?

ROSELA. Estuve yo desposada  
en las Asturias de Oviedo  
con un hombre, a quien parecés  
por extremo en rostro y cuerpo.  
Téngote tanta afición  
desde que te vi, por esto,  
que me muero por hablarte,  
por abrazarte me muero.

CARREÑO. No te mueras, ¡con el diablo!  
sino, pues yo le parezco,  
y estamos vivos los dos,  
¡resucitemos el muerto!

ROSELA. Pues ¿querrásme querer tú?

CARREÑO. Conforme viere Carreño  
que tú le hicieres las obras.

ROSELA. Pues infórmate primero  
de las cosas de tu gusto.

CARREÑO. Oye el arancel que tengo  
en los mesones que pongo,  
en las posadas que duermo:  
Primeramente, jamás  
me has de pedir.

ROSELA. ¿Qué?

CARREÑO. Dineros,  
ni celos, otro que tal (1),  
que cansan mucho unos celos;  
ni dineros tendré yo,  
ni tú celos, y esto hecho  
no te has de llegar a mi  
jamás que yo esté suspenso:  
que sólo cuando te hablare  
tierno, has de hablarme a lo tierno;  
tú me has de labrar camisas  
y almidonarme los cuellos,  
y darme, de cuando en cuando,  
del Marqués algunos viejos,  
con otros manducativos  
como salchicha y torrezno.

ROSELA. Y tú, ¿qué has de darme a mi?

CARREÑO. ¿Yo a ti? ¡Rico terciopelo:  
el pelo cuando me afeite!

ROSELA. ¿Y el terció?

CARREÑO. En Flandes el terció;

piezas de raso, en el campo,  
y de comer, por lo menos  
capones de facistol,  
gallinas de hombres con miedo,  
y por postre, si lo pides,  
unos buñuelos de viento  
con sus nueces de ballesta;  
por ante, los de un colete.

ROSELA. Conozco tu buen humor;  
no nos desconcertaremos,  
mas quiero de espacio hablarte.

CARREÑO. Corriente y moliente quedo  
a tu servicio, Rosela,  
como no pidas dineros.

ACTO TERCERO (1)

*(Sale el MARQUÉS, vistiéndose; FABRICIO, y los demás criados, vendrá dando el paño con que se ha lavado, recibirán en una salva, irán dándole la capa y la espada, y el dejando la ropa.)*

MARQUÉS. No está el secretario ahí?

FABRICIO. La epítima que has tomado  
después que andas con cuidado  
del pecho, esperaba aquí;  
que no han venido con ella  
con ser tarde.

MARQUÉS. ¿El esperaba  
la epítima?

FABRICIO. Triste estaba  
de que te fueses sin ella;  
que cosas de tu salud  
estima Felipe en mucho.

MARQUÉS. De todos, Fabricio, escucho  
su nobleza y su virtud.  
Débole notable amor.

FABRICIO. Debe de ser bien nacido.

MARQUÉS. Mal puede estar escondido  
lo que es natural valor.

FABRICIO. A lo menos, él lo está;  
que jamás sale de casa.

MARQUÉS. ¿Siempre escondido?

FABRICIO. Esto pasa:  
que todos lo notan ya.

MARQUÉS. Sin duda, debe de ser  
quien dicen, pues que se esconde;  
a lo que igual corresponde  
su buen trato y proceder  
Para no ser conocido,

(1) M y Ma: tale

(1) En las tres ediciones: *Acto tercero de La ventura venturosa.*

debe de estar retirado.  
 ¡No en balde amor le he cobrado,  
 ¡es altamente nacido!

(Sale LISARDO con una copa y una toalla.)

LISARDO. Hoy, que en mis manos está  
 la epítima que el Marqués  
 toma cada día, después  
 que este accidente le da,  
 pone mi venganza en ellas  
 el cielo, pues, sin mi daño,  
 y su sangre en este engaño  
 reciba la muerte dellas.

Yo he puesto un veneno fiero  
 en aquesta confacción (1)  
 que me incita la razón  
 a la venganza que espero,  
 porque cuanto me ha templado  
 el amor que ha puesto en mí...  
 ¿Es Felipe?

MARQUÉS.

FABRICIO.

LISARDO.

MARQUÉS.

LISARDO.

MARQUÉS.

Señor, sí.  
 Tanto el honor me ha incitado.  
 ¡Felipe!

¡Señor!  
 ¿Con quién  
 tan enojado venías?

LISARDO.

Si tomas todos los días,  
 y si es tu salud también  
 esta cordial bebida,  
 ¿por qué se han de descuidar?

MARQUÉS.

Por no saberla estimar  
 como tú estimas mi vida.

LISARDO.

Fuí a reñir al que las hace,  
 y en eso me he detenido.

MARQUÉS.

¿Fuera de casa has salido?

LISARDO.

¿Por qué no?

MARQUÉS.

De tu amor nace;  
 que me dicen que te estás  
 con grande melancolía  
 retirado todo el día  
 y que no sales jamás  
 hasta que la noche sale.

LISARDO.

En la cuestión que tuviste  
 cuando a ver quien sabes fuiste,  
 no porque nadie me iguale  
 ni en ánimo ni en valor,  
 dicen que herí dos o tres,  
 y ésta es la causa.

MARQUÉS.

Bien es  
 que tengas algún temor;

mas si de casa no sales,  
 porque a tu gusto no son  
 los caballos, no es razón  
 que con los demás te iguales.

Anda, Felipe, en los míos,  
 y no en los de los criados;  
 que estarán bien empleados  
 en tus galas y en tus bríos.

Y porque no estés dudoso,  
 quiero darte mi alazán:  
 vaya un hombre tan galán  
 en caballo tan hermoso.

Mil escudos me costó.

LISARDO.

¡Tantas mercedes!

MARQUÉS.

Advierte  
 que la bebida se vierte.

LISARDO.

(Ap.) Verterla intentaba yo,  
 por no matar quien me obliga  
 con tanto amor. ¿Qué he de hacer?  
 ¿Cómo la podré verter?

MARQUÉS.

Y para que nadie diga  
 que no iguala lo demás  
 con el caballo, también  
 hoy mil escudos te den:  
 que aunque bien vestido estás,  
 quiero que compres, Felipe,  
 nuevas galas.

LISARDO.

Ya, señor,  
 ¿no es mucho que tu valor  
 a mi servicio anticipe?

(Ap.) ¿Este hombre he de matar?

¿Hay tan cruel confusión?

MARQUÉS.

Tomaré la confacción (1),  
 que me comienza a apretar  
 el pecho con más rigor.

Muestra, porque de tu mano  
 espero que quede sano.

LISARDO.

Aguarda un poco, señor.

MARQUÉS.

¿Para qué quieres que aguarde?

LISARDO.

¡Válame Dios! ¿Qué he de hacer?

MARQUÉS.

¿Qué miras?

LISARDO.

No acierto a ver  
 que es esto.

MARQUÉS.

Advierte que es tarde.

LISARDO.

Paréceme que es araña  
 esto que ha caído aquí.

MARQUÉS.

¿Araña?

LISARDO.

Pienso que sí.

MARQUÉS.

No la veo.

FABRICIO.

¿Cosa extraña!

LISARDO.

Del techo pudo caer.

(1) *Ma: confacción.*

(1) *Ma: confaccion.*



MARQUÉS. ¡No la tomes, por mi vida!  
¡Cosa que en esta bebida,  
si no lo aciertas a ver,  
me traieras hoy la muerte!

LISARDO. ¡No lo digas: que aun burlando  
me queda el alma temblando!  
Fabricio, ese vaso vierte.  
Jamás traigan al Marqués  
en plata aquesta bebida.

MARQUÉS. A ti te debo la vida.

FABRICIO. ¡Bien dices! Que mejor es  
en un vidrio que se vea.

LISARDO. Vayan por otra.

MARQUÉS. No irán:  
que en hacella tardarán,  
y ya no hay para qué sea,  
porque la imaginación  
ha hecho bastante efeto.  
Que te debo, te prometo,  
la vida.

LISARDO. ¡Tienes razón!

MARQUÉS. Fuera voy; aguarda aquí,  
que al instante volveré.

(*Vase el MARQUÉS.*)

LISARDO. ¿Qué amor, qué recelo fué  
éste, con que atrás volví?  
¿Yo puedo tener amor  
a un hombre que me ha quitado  
todo el bien que Dios me ha dado,  
que es mi padre y es mi honor?  
Perdí la ocasión. ¿Qué haré?  
A fe que si me acordara  
de aquella afrentada cara,  
que de su mano lo fué,  
que yo tuviera valor;  
mas ¿quién hay que no mitigue  
la furia, cuando le obligue  
premio, regalo y amor?

(*Sale CARREÑO.*)

CARREÑO. Vengo a darte el parabién  
de lo que tan admirados  
me han contado los criados,  
y de que medres tan bien.  
Lo primero, de la araña  
que advertiste en la bebida,  
para asegurar su vida,  
cosa que me desengaña  
de que ya le quieres bien  
y de vengarte no tratas,

pues que no sólo le matas (1),  
mas le defiendes también.

Lo segundo, de que seas  
tan dichoso en el servir,  
pues ya le dejas vivir,  
para que el engaño veas  
de los grandes y señores,  
pues para quien sirve mal  
tienen mano liberal  
de mercedes y favores.

A fe que si bien sirvieras  
y su vida procuraras,  
que ni dineros medraras  
ni en tal caballo subieras.

Porque vienes a matarle  
ha dado en favorecerte.  
Hoy no le ha dado la muerte;  
esto es serville y amalle.

LISARDO.

CARREÑO.

Cuántos mil años están  
en casa de los señores,  
quejosos, que a sus favores  
apenas alcance dan;  
porque, con buena intención,  
les sirven toda la vida,  
y otros, con alma fingida,  
llenos de engaño y traición,  
son los que el premio se llevan.

LISARDO.

¿En qué estás tan divertido?  
¡Cielos! ¿Tan ingrato he sido  
que no hay amor que me deban  
las canas de aquella cara  
a quien todo mi ser debo?  
Mejor hizo el Cid mancebo  
con una hazaña tan rara:  
venganza del bofetón  
que le dió a su padre el Conde,  
porque el noble, así responde  
a su justa obligación.

¡Ah, cielos! Si yo mirara  
a Sancho de Benavides,  
tuviera España dos Cides  
y mi patria y nombre honrara.

¿Qué sirve la pretensión  
de mi padre en el Consejo  
del rey, si saben que dejo  
sin venganza un bofetón?

¡Ay de mí!

CARREÑO.

LISARDO.

Señor, ¿qué tienes?  
¡Déjame, que estoy sin mí!

(1) Así este verso en las tres ediciones. Acaso:  
*pues no sólo no le matas.*

CARREÑO. Si pesadumbre te di,  
perdona.

LISARDO. ¡A matarme vienes!

(*Vase.*)

CARREÑO. Por qué notable camino  
voy sosegando la furia  
desta venganza. En la injuria  
pongo amor... ¡Qué desatino!

Pero no voy engañado,  
harto bien ha sucedido,  
pues es Lisardo querido,  
y aunque enemigo obligado,  
fingí que era hijo noble  
de un Grande de Portugal;  
Flora piensa que es su igual,  
y le va queriendo al doble.

El Marqués, por obligalle,  
le honra y le da dineros;  
él, templando los aceros,  
va difiriendo el matalle.

¡Notable quimera ha sido!  
Pues no ha de parar en esto,  
que pienso juntarlos presto  
con este papel fingido.

Flora viene con Rosela,  
de quien sé todo su amor;  
que en hacerle gran señor  
se ha fundado mi cautela.

De burlas lo comencé  
y de veras me ha salido;  
esta carta que he fingido  
hace mi crédito y fe.

Haré como que al salir  
por descuido se cayó.

(*Salen ROSELA y FLORA.*)

ROSELA. Todo lo que ayer conté  
hoy me lo ha vuelto a decir.  
Afirmase en que es tan bueno  
como tu hermano.

FLORA. Mi amor,  
Rosela, le hace mayor,  
por más que su furia enfreno.  
Estoy ya tan declarada,  
que hasta mi hermano me entiende;  
mas pienso que no se ofende,  
por verme bien empleada.

¿No es Carreño aquí?

ROSELA. El es.

CARREÑO. ¡Oh, si le pudiese hallar!

FLORA. ¿Qué es lo que andas a buscar?  
CARREÑO. Señora, beso tus pies.

Al secretario, mi amo,  
busco para cierto efeto.

FLORA. ¿Es de amor?

CARREÑO. Soy muy discreto,  
y con razón me lo llamo.

Porque sé cómo han de ser  
cosas de amor en persona  
grave.

FLORA. Escúchame.

CARREÑO. ¡Perdona,  
que tengo mucho que hacer!

(*Deja caer la carta. [Vase.]*)

ROSELA. Es tan discreto, que aquí  
la carta se le cayó  
que la señora le dió.

FLORA. ¡Mas si fuera para mí!

ROSELA. Toma, que bien puede ser,  
y que ésta fuese invención.

FLORA. ¿No lo dice la razón?

ROSELA. Ya la deseo saber.

FLORA. ¡Qué notable sobre escrito! (1)

ROSELA. ¿Cómo?

FLORA. Al Conde, mi señor.

ROSELA. Cuando creyese tu amor,  
que es Felipe, le permito.

¿No dice más?

FLORA. El "Dios guarde".

ROSELA. Lee, que sin duda es él.

¡Ya he puesto mi amor en él!

¿Qué tiemblo, qué estoy cobarde?

(*En comenzando a leer, entre el MARQUÉS, mirándola.*)

MARQUÉS. Dirásle que venga aquí.

¿Papel mi hermana? ¿Qué es esto?  
¡Suelta!

FLORA. ¿Tú tan descompuesto?

¿Qué es lo que piensas de mí?

MARQUÉS. ¿Espántaste de que sienta  
que estás leyendo un papel?

FLORA. Sin ver lo que dice en él,  
tu pensamiento me afrenta.

Advierte que es una carta  
que al criado se cayó  
del secretario.

MARQUÉS. Si yo,

si mi honor, Flora, se aparta

(1) *B. sobrescrito.*

un punto de tu valor,  
quítame la vida el cielo.  
No son celos, sino celo  
de tu fama y de mi honor.  
"Al Conde, mi señor", dice  
el sobre escrito. ¿Si es él?

FLORA. Pregúntaselo al papel.

MARQUÉS. Esto no lo contradice.

(Lee.)

"Después que vuseñoria salio de Aveiro,  
ha hecho el duque, mi señor, notables diligen-  
cias para saber qué camino lleva. Algunos le  
han dicho a Flandes; otros, a Castilla, con áni-  
mo de ser religioso. Yo hago en guardar se-  
creto lo que vuseñoria me mandó, y no diré  
dónde está, aunque me den tormento. Vuse-  
ñoria me diga si ha visto el dueño de aquel re-  
trato, y si es el vivo tan hermoso, y con qué  
salud ha llegado. Y mire cómo sirve al Mar-  
qués, que si se sabe aqui será quitar la vida  
a su padre. La de vuseñoria guarde Dios, como  
sus criados deseamos.—Don Jorge."

FLORA.

El es, no hay que dudar.

MARQUÉS.

¿Este es Felipe?

FLORA.

Sí; es hijo del de Aveiro.

MARQUÉS.

Así parece:

Mas ¿qué retrato es éste que aqui dice?

FLORA.

Ya que es tan cierta la nobleza suya,  
sabe que le ha traído mi retrato  
de Portugal aqui.

MARQUÉS.

¡Válgame el cielo!

FLORA.

Yo te digo verdad.

MARQUÉS.

¿Que Amor ha sido,

Flora, quien a servirme le ha traído?

FLORA.

Ten cordura, y advierte que hasta agora  
no me ha dicho palabra descompuesta  
ni de su voluntad me ha dado parte.

MARQUÉS.

No me tengas por hombre que no sepa  
aprovechar esta ocasión; que el cielo  
le ha traído a mi casa.

FLORA.

El mismo viene.

MARQUÉS.

Pues retírate un poco, que ya tengo  
celos de que te vea.

FLORA.

Mi honor mira  
y mi remedio como, en fin, mi hermano.  
no me quites el bien que Dios me ha hecho.

MARQUÉS.

Fia de mi.

FLORA.

Conozco tu buen pecho.

(Vase FLORA y ROSFLA. Sale LISARDO.)

LISARDO.

Pintaron, con gran razon  
con el cabello en la frente  
a la ocasión, pues, ausente,  
no queda más ocasión.  
Yo la perdi, porque son  
la nobleza y la venganza  
tan contrarias, que no alcanza  
a sus extremos el medio,  
ni mis agravios remedio,  
ni mi remedio esperanza.

Apenas salí de aquí,  
ni desta calle pasé,  
quando a mi padre encontré,  
y sus canas blancas vi.  
En un portal me escondí.  
Pasó el viejo venerable  
en acto tan miserable,  
que pensé perder el seso  
de ver que en este suceso  
perdí ocasión tan notable.

Parece que me miró,  
y aunque el rostro me tapé,  
de vergüenza de que fué  
quien su agravio perdono  
la color se me mudó

de ver que su cara honrada  
 así estaba colorada  
 del bofetón recibido,  
 y que por cobarde olvido  
 también lo estaba mi espada.

Volvióme resolución  
 de dar la muerte al Marqués  
 si me volviese después  
 el cabello la ocasión.  
 ¡Déjame, vana afición  
 de un señor que hará mañana  
 con su condición liviana  
 mudanza como la luna,  
 que no hay segura fortuna  
 en la condición humana!

¡Mataréle...! ¡Ay, Dios! ¿Aquí  
 estaba el Marqués? ¡Señor,  
 ¿cómo te sientes?

MARQUÉS. Mejor,

después que te debo a ti  
 la vida que cerca vi  
 de perder en aquel vaso.  
 ¡Ello ha sido extraño caso!

LISARDO. ¡No hay animal tan cruel!

MARQUÉS. En viéndole, tiemblo dél.

LISARDO. Y yo no acierto a dar paso.

MARQUÉS. Entretenerme querría.

MARQUÉS. Mucho alivia la tristeza.

MARQUÉS. Un soto, cuya maleza  
 ciervos y conejos cría,  
 adorna una fuente fría,  
 parras y olmos a millares,  
 orillas de Manzanares.  
 Vámonos, Felipe, los dos,  
 para ver si quiere Dios  
 que alivie tantos pesares.

LISARDO. Pues ¿qué es lo que te da pena?

MARQUÉS. Una hermana por casar,  
 y a mi estado no le dar  
 sola una esperanza buena  
 Felipa, de agravios llena,  
 haciendo a mi amor desdenes.

LISARDO. Pesares bastantes tienes.

MARQUÉS. ¿Cuál hombre los tiene iguales?  
 Porque no siente los males  
 quien no ha gozado los bienes.

Preven arcabuces luego.

LISARDO. ¿Adónde irás?

MARQUÉS. Di que aguardo  
 en el camino del Pardo;  
 que voy de tristezas ciego.

(Vase EL MARQUÉS.)

LISARDO. Hoy sí que tendrán sosiego  
 mis tristezas; hoy tendré  
 ocasión, hoy mataré  
 a quien me ha muerto el honor;  
 porque con el que es traidor  
 no es obligación la fe.

Irá Carreño a avisar  
 a Celio, porque en el Soto  
 en algún lugar remoto  
 me pueda oculto esperar;  
 desde allí pienso tomar  
 el camino de Lisboa,  
 si la venganza se lo a;  
 no hace mucho atrevimiento  
 quien tiene por popa el viento  
 y lleva el honor por proa.

(Vase. Sale FELIPA y CELIO.)

CELIO.

No desprecies mi justo pensamiento,  
 nacido de tus ojos celestiales.

FELIPA.

Desprecio tu amoroso atrevimiento,  
 porque son los sujetos desiguales.

CELIO.

Conozco el desigual merecimiento,  
 si de tus partes en mi amor te vales;  
 pero no soy tan faltar de nobleza  
 que tú me excedas más que en tu belleza.

FELIPA.

Con ojos te he mirado que desear  
 hablarme en el Marqués, por atajarme.

CELIO.

En el Marqués? Felipa, no lo creas,  
 que todo mi cuidado es olvidarme;  
 si hablarme acaso en el Marqués desear,  
 ¿de qué puede servir la ocasión darme?

FELIPA.

Pues si imaginas que le estimo y quiero,  
 ¿qué esperas de mi amor?

CELIO.

Matarme espero.

FELIPA.

Si quieres conocer mi pensamiento,  
 la cédula y palabra que me ha dado,

como has visto, el Marqués de casamiento  
te dirá su valor, si le has dudado.

CELIO.

No fundo en el Marqués mi pensamiento,  
que tengo el pensamiento más honrado;  
bien sé que aun una mano no te debe,  
que es la esperanza que a tu amor me atreve;  
y esta verdad, que tengo por tan cierta,  
me obliga a que pretenda ser...

FELIPA.

Detente.

CELIO.

Marido digo.

FELIPA.

Estoy agora incierta  
de lo que hacer en mi suceso intente;  
que no cerró el Marqués tras sí la puerta  
cuando trató a mi padre libremente.

CELIO.

Cerróla, y tan de golpe, que sospecho  
que la ha de abrir Lisardo por su pecho.

FELIPA.

Venga Lisardo, y pídemle a Lisardo,  
que si él quiere, yo seré tu esposa;  
pero, entre tanto que a Lisardo aguardo,  
ni me esperes airada, ni animosa.

CELIO.

Mucho con tus desdenes me acobardo.

FELIPA.

Estoy de una jornada sospechosa,  
que si mi padre con la plaza sale,  
espero que el Marqués aun no me iguale.

CELIO.

¿Qué se puede igualar a mi fortuna,  
pues vine a dar la muerte a quien me neta,  
quedando ya sin esperanza alguna,  
pues por quererla bien tan mal me trata?  
Al ingrato Marqués quiere, importuna,  
y a mí por tanto amor se muestra ingrata;  
¡oh efectos del amor, siempre distantes,  
dar fuerza a vidrios y ablandar diamantes!

Pues morirá el Marqués, que Amor me es-  
a que a Lisardo solicite. [fuerza

(Sale CARREÑO.)

CARREÑO.

¿Es hora  
de hablarte, oírte y verte?

CELIO.

¿Ya, por fuerza,  
mi propio estado mi memoria ignora!;  
porque, si no es que la Fortuna tuerza  
el camino cruel que lleva agora,  
temo...

CARREÑO.

¿Qué temes?

CELIO.

Mi temprana muerte.

CARREÑO.

Mejor le va a Lisardo.

CELIO.

¿Cómo?

CARREÑO.

Advierte:

Lisardo es adorado de la hermana  
del Marqués su señor; pero, ¿qué digo?,  
más le adora el Marqués.

CELIO.

¿Oh, vida humana!  
¿Quién se podrá librar de un falso amigo?

CARREÑO.

Ella, desde la noche a la mañana,  
le va siguiendo como yo le sigo,  
como la sombra al sol, y el necio hermano,  
con mil tesoros de su propia mano.

¿Qué caballos no tiene, qué vestidos,  
qué dineros, qué joyas! Finalmente,  
pienso que están entrambos reducidos,  
que desde aquí, si mi sospecha miente,  
al soto van entrambos divertidos  
de los agravios que ninguno siente,  
a matar dos conejos esta tarde;  
Lisardo no podrá, que es más cobarde.

Suplicote que vengas de secreto  
donde yo te llevaré.

CELIO.

Pues no creas  
que va Lisardo al campo sin efecto:

yo seré causa que su muerte veas.  
¿No me manda esconder?

CARREÑO.

Tú eres discreto;  
allá podrás hacer lo que desees.

CELIO.

Pues sígueme, Carreño, que este día  
no es la venganza suya, sino mía.

*Ense. Sale el MARQUÉS y LISARDO. LISARDO traía un arcabuz, que es del MARQUÉS.*

MARQUÉS. El sitio es harto agradable.

LISARDO. Notables son las riberas  
del humilde Manzanares.

MARQUÉS. Parece una sala fresca  
que la han regado en verano  
para pasearse por ella.

LISARDO. Bien dices, porque las aguas  
se embeben en las arenas.

MARQUÉS. Alabo aquesta frescura,  
sauces y olmos, en que cuelgan  
tantas amorosas parras,  
y el suelo, fértil de yerba.

LISARDO. La caza es cosa notable.

*(Aparte.)*

MARQUÉS. ¿No es bueno que al campo venga  
con resolución de darle,  
antes de saber quién sea,  
a este Felipe mi hermana?

*(Aparte.)*

LISARDO. ¡Cielos, la ocasión es esta  
de darle muerte al Marqués!

MARQUÉS. La ocasión pienso que es buena  
para decirle mi intento.

y para que no me entienda

que por interés la doy.

quiero que Felipe crea

que sólo por secretario

le entrego la mejor prenda

de mi casa y de mi sangre;

que no es justo que me atreva

a preguntarle quién es,

porque no tome sospecha

que sé que es hijo del Duque

y se vaya de vergüenza.

LISARDO. Paréceme que aguardar  
es locura manifiesta;

el arcabuz viene armado,  
de plomo traigo onza y media:  
todo el peso de mi honor,  
que por vengar tanto pesa,  
a onza y media se reduce,  
como en el pecho la tenga;  
¿qué aguardo, que no (1) da fuego  
a la pólvora la piedra?  
¡Jarabe de plomo ardiente,  
purga bien cualquier ofensa!

MARQUÉS. Pensando estoy en su tallo,  
que no es posible que sea  
menos que el hombre que dicen,  
y en sus acciones (2) se muestra:  
que si no fuera quien es  
y esto fingimiento fuera,  
el se hubiera encarecido.

LISARDO. Pensando estoy que sospecha  
que le quiero dar la muerte,  
que el alma es siempre profeta  
de los venideros daños.

MARQUÉS. Nunca ha mostrado grandeza,  
siempre ha mostrado humildad.

LISARDO. Que me teme es cosa cierta,  
porque, en fin, para mirarme  
aguarda que no le vea.

MARQUÉS. Ahora yo me atrevo a hablarle,  
porque si la fama llega  
de mi hermana a Portugal  
y éste, disfrazado, intenta  
servirme de secretario  
y señora quiere hacerla  
de los estados de Aveiro,  
¿quién duda que lo agradezca?

LISARDO. Ahora bien, matarle quiero;  
mas, para que no lo entienda,  
haré que a otra parte tiro,  
y daré presto la vuelta.

MARQUÉS. ¡Felipe!

LISARDO. ¿Señor?

MARQUÉS. ¿Qué haces?

LISARDO. Aquella tórtola bella

quería dejar viuda.

MARQUÉS. Mal descasarlas intentas

cuando te quiero casar.

¿Qué te turbas?

LISARDO. No pudieras  
decirme cosa más fuerte  
en ocasión como aquesta.

MARQUÉS. Baja, baja el arcabuz;

(1) P. me.

(2) P. ocasión, s.

pon la cox sobre la yerba,  
o arrimala en aquel tronco,  
no se dispare y te ofenda.

LISARDO. Y a ti pudiera ofenderte,  
como eso no me dijeras,  
que ha sido a buena ocasión.

MARQUÉS. Siempre es justo que se teman;  
dicen que nunca se burla  
persona que fué discreta  
con mujeres y arcabuces,  
porque a un descuido revientan

LISARDO. Ya, señor, está arrimado.

MARQUÉS. Agora quiero que sepas  
que te caso.

LISARDO. ¿Tú, señor?

MARQUÉS. Yo, pues.

LISARDO. Fáltame respuesta  
para mercedes tan grandes;  
mas no es posible que tengas  
criada en tan noble casa  
que yo descalzar merezca.

MARQUÉS. No, pero tengo una hermana,  
que mejor en ti se emplea  
que en ningún título o grande.

LISARDO. ¿Qué dices?

MARQUÉS. Que me agradezcas.  
Felipe, sólo este amor.

LISARDO. ¿Búrlaste de mí?

MARQUÉS. No creas

que te hablara de mi hermana  
si no te hablara de veras.

LISARDO. Pues, señor, ¿qué te ha movido  
para humillar tu grandeza?

MARQUÉS. Sólo amor que te he cobrado;  
no hay más de amor qué me debas.

LISARDO. Antes que de agradecido  
bese mil veces la tierra  
adonde los pies estampas,  
te quiero decir que advierta,  
que te soy muy desigual.

MARQUÉS. Amor, Felipe, no fuera  
Amor si no hiciera iguales:  
ésta es su mayor empresa.  
A Amor llamaron compás,  
que la primer punta puesta  
en el punto indivisible,  
con la otra alcanza y cerca,  
sin quitarse de aquel punto,  
todá la circunferencia;  
otros le llamaron nieve,  
que iguala las altas peñas  
y los humildes caminos,  
cuando descende a la tierra.

LISARDO. Señor, aunque soy hidalgo,  
no tengo tan altas prendas  
como tu estado requiere;  
mira que no te arrepientas.  
La profesión de mi padre  
no son armas, sino letras:  
Baldos tiene por espadas,  
y Bártulos por banderas.  
Mira, señor, que te aviso,  
y mira que amor te ciega;  
que no es bien dar a un hidalgo  
lo que a mil príncipes niegas.

MARQUÉS. Yo tengo determinado,  
y para que hacerse pueda,  
Felipe, esta noche misma  
haré que me dé licencia  
luego el señor cardenal,  
que como la causa sepa  
bastará a la información  
para que, sin que en la iglesia  
las municiones se hagan,  
Su Ilustrísima conceda  
que esta noche os desposéis:  
a esto vine, porque entiendas  
lo que puede un grande amor;  
mas, porque mi gente crea  
que sólo vine a cazar,  
aquella escopeta muestra:  
mataré un par de conejos.

(Dale el arcabuz.)

LISARDO. Está de suerte suspensa  
mi alma, que no responde.

MARQUÉS. Cuñado, no hay tal respuesta  
como agradecer mi amor  
cuando en tu reino te veas.

(Vase el MARQUÉS.)

LISARDO. ¡Basta!, que este hombre, con obras  
tan peregrinas y nuevas,  
de satisfacer mi honor  
todos los pasos me cierra;  
mas ¿qué más bien satisfecho?

(Sale CELIO, y CARREÑO, accechando.)

CELIO. ¿Es hora?

LISARDO. ¿Quién es?

CELIO. ¿Qué esperas?

LISARDO. ¡Oh, Celio; oh, Carreño amigo!  
ya sin traición, ya sin guerra,  
ya sin sangre, estoy vengado.

CELIO. ¿Qué dices?

LISARDO. Que te detengas.  
que te vuelvas a la villa.

CELIO. ¿Por qué quieres que me vuelva?

¿Qué ocasión puedes hallar  
que se compare con ésta?

Démosle muerte, ¿qué aguardas?

LISARDO. Celio, la venganza es hecha  
por camino muy seguro.

CELIO. ¿Cómo?

LISARDO. ¿Qué más, pues me entregas  
a su hermana en casamiento?

CELIO. ¿A su hermana?

LISARDO. Pues ¿qué ofensa  
no queda desagraviada?

CELIO. La de tu hermana bien queda,  
pues te casas con la suya,  
aunque no sé cómo crea  
tal disparate en un hombre  
que tiene alguna prudencia;  
pero cuanto al bofetón  
es bien, Lisardo, que entiendas  
que la cara de tu padre,  
aunque tú casado quedas,  
queda viuda de honor.

LISARDO. Mal dices, mal me aconsejas:  
con casarme con su hermana,  
eso también se remedia.  
¡Vete, no te vea aquí!

CELIO. Paréceme que lo dejas  
de gallina; y, ¡vive Dios!,  
que, pues me sienta a su mesa  
tu padre, y no tiene hijo  
que ya por su honra vuelva,  
que lo he de ser dende hoy,  
y matarle donde pueda.

LISARDO. Quien tocara a mi cuñado,  
dos mil vidas que tuviera  
sabré yo quitarle.

CELIO. Ven,  
que sola una tengo; llega.

CARREÑO. ¡Señores!, ¿tales amigos  
han de hablar cosas como éstas?

LISARDO. Por loco te dejo, Celio.

CELIO. Si tú por loco me dejas,  
yo te dejo por ingrato.

*Fin.*

CARREÑO. Señor, no le hagas fuerza  
contra el quinto mandamiento,  
que anda a caza en esta selva  
y además: fiebre le ha dicho

que tenga la espada queda.

CELIO. Desesperado me voy.

CARREÑO. Echa por aquesta senda,  
y sabrás toda la historia.

CELIO. ¿Qué historia?

CARREÑO. Escucha.

CELIO. Comienza.

*(Vanse, y sale FELIPA, y FELICIANO, su padre.)*

FELIPA. Quiero darte el parabién,  
aunque a mí me le han de dar.

FELICIANO. Bien te puedes alegrar  
de que esta plaza me den,  
que más en Indias la quiero  
que en España, aunque tan graves  
para aquello que tú sabes,  
que en Indias, Felipa, espero,  
con estar en medio el mar  
y haber tanta tierra en medio,  
hallará mi mal remedio,  
tan imposible de hallar;  
tú de España me destierras,  
aunque no sé si deshacen  
cuidados que de honra nacen  
las distancias de las tierras;  
a tu hermano he escrito ya  
cómo me han dado esta Audiencia;  
bien sabe Dios que su ausencia  
notable pena me da;  
como él hubiera venido,  
yo tuviera más consuelo.

FELIPA. Que no ha venido recelo  
por verte tan ofendido.

FELICIANO. En Celio, su amigo, vi  
estos días gran pesar,  
que de no verle llegar  
presumo que vive así.

FELIPA. Otra ocasión ha tenido,  
de que es razón avisarte.

FELICIANO. ¿Queráte bien?

FELIPA. No soy parte  
para amor, ni para olvido;  
en esta locura ha dado:  
casarse conmigo intenta.

FELICIANO. Hasta que olvide mi afrenta,  
¿cómo puedo darte estado?

En Indias te casaré,  
Felipa, con más hacienda;  
huye la ocasión, no entienda  
que su pensamiento sé;  
y, pues tienes escarmiento  
de lo que sabes, Felipa,



algo esta vez participa  
de mi honor y entendimiento,  
que si de mi provisión  
algo pudo ser azar,  
es de casarte tratar,  
después de aquella ocasión.

(Sale CELIO.)

CELIO.

A pedirte, señor, licencia vengo;  
desconfiado que vendrá Lisardo,  
de quien ni carta ni memoria tengo  
desde el día que sabes que le aguardo;  
partirme luego a Portugal prevengo,  
que al volver a mis cuidados tardo,  
y un soldado en Madrid que no pretende,  
rico y galán enfada, y pobre ofende.

Mas perdonad, que me olvidé de daros  
parabién desta plaza, aunque era justo  
que, en España pudieran emplearos.

FELICIANO.

Yo tengo en ello, Celio, un gran disgusto,  
y atrévome por él a suplicaros,  
aunque esto sea contra vuestro gusto,  
que no os partáis ni me pidáis licencia,  
pues de mi hijo aquí suplís la ausencia.

CELIO. (1)

Ya no puedo tardar; esto os suplico.

(Sale CARREÑO.)

CARREÑO.

En tales ocasiones no hay recato;  
¿quieres una palabra?

CELIO.

Ya te aplico  
el oído, si no es de aquel ingrato.

CARREÑO.

Que será por tu bien te certifico.

CELIO.

Quejoso estoy de su fingido trato.

CARREÑO.

No te quejes, escucha.

CELIO.

¿Paz intentas?

CARREÑO.

Con Flora se ha casado.

CELIO.

¿Qué me cuentas?

CARREÑO.

Sacó del Ilustrísimo Quiroga  
la licencia el Marqués, y en un instante  
el lazo conyugal su cuello ahoga.

CELIO.

No lo digas tan recio aquí delante,  
pues ya también la consejera toga  
honra a su padre en Indias.

CARREÑO.

No te espante  
que se arroje el Marqués a tal locura,  
que es invención de quien su bien procura.

Apenas, pues, Lisardo se desposa  
cuando, puesto de botas y de espuelas,  
viene a ver su padre.

CELIO.

¡Extraña cosa!

¿Qué fin han de tener tantas cautelas?

(Sale PINABELO (1), criado.)

PINABELO.

¡Oh, alegre día; oh, nueva venturosa!

FELICIANO.

¿Qué es eso, Pinabelo?

PINABELO.

¿No recelas?

Que ha venido Lisardo.

FELICIANO.

¡Albricias pide!

CELIO.

Salir a verle gran placer me impide.

(1) En las tres ediciones se cambia el nombre de  
*Pinelo* por *Pinabelo*.

(1) En *M* y *Ma* este verso se atribuye a Feliciano.

(Sale LISARDO, de camino.)

LISARDO.

No será necesario, ¡oh, padre amado!...

FELICIANO.

¡Ay, hijo de mis ojos! ¡Quién tuviera cara para mirarte!

LISARDO.

Haber pensado que con ese dolor me recibiera, hubiera, padre, mi placer templado; pero el que ya sospecho que os espera, con la venganza que me ha dado el cielo, bien puede en tanto mal daros consuelo.

No me digáis, señor, palabras tristes, hasta que llegue la verdad que os digo. De los brazos de padre que me distes, pasar es justo a los de tal amigo. Llega, Celio: ¿qué huyes?, ¿qué resistes?

CELIO.

¿Que, en fin, tengo de hacer paces contigo?

LISARDO.

Tú, que en el alma por amor asistes, sabes que nunca he sido tu enemigo; déjame ver el fin de mi venganza. ¿En qué venganza tienes esperanza?

FELIPA.

¿Podréte yo abrazar?

LISARDO.

Déjame ahora, hasta que vea el fin de un grande intento.

FELICIANO.

Celio, mi provisión pienso que ignora (1).

LISARDO.

Ya la he sabido, y con igual contento te doy el parabién, que no desdora tu honrada provisión mi casamiento; que el haberme en Lisboa detenido, por esta causa, y no por otra ha sido.

De Portugal, señor, vengo casado.

FELICIANO.

¿Casado?

LISARDO.

Y bien casado, no te azores, porque es el casamiento muy honrado, y no cual suelen, siendo por amores; en casa de su hermano y mi cuñado dejo mi esposa, adonde mil señores y deudos suyos la acompañan; creo que verás satisfecho tu deseo.

Un coche está a la puerta: juntos vamos, que es razón que la honres y la veas.

FELICIANO.

No sé qué responder; todos estamos mudos.

LISARDO.

Hoy cumplirás lo que desees.

FELIPA.

Si primero, Lisardo, no quedamos los dos en paz, ¡la prenda en quien te empleas no me ha de ver a mí!

LISARDO.

Pues ven, Felipa, que nadie de mí bien más participa.

No digas nada, Celio, y tú, Carreño, ya sabes que la vida importa.

CARREÑO.

Alcanza tu pretensión, que tú sabrás el dueño de toda la invención de tu venganza.

LISARDO.

Es tanto el bien, que pienso que le sueño.

FELICIANO.

Hoy cumplirán los cielos mi esperanza.

FELIPA.

Confusa voy, que pienso que a la muerte me lleva este soldado desta suerte.

*Váyanse. Sale el MARQUÉS, y FLORA, muy gallarda, de desposada, y todos los criados delante de acompañamiento.*

MARQUÉS. Todos están admirados del casamiento imprevisto.

FLORA. Presto estarán avisados.

MARQUÉS. Son en el hombre remiso los bienes mal empleados.

Vínoseme a casa el bien.

(1) M y R: *ignoras. Ma: nora*

conocile y estiméle.

FLORA. Dices, hermano, tan bien, que a los que más el bien duele son los que huyendo le ven: aprovechar la ocasión fué siempre consejo sabio.

MARQUÉS. Si tales los sabios son, no me quejaré de agravio, porque no fuera razón.

Alto casamiento has hecho.

FLORA. Presto me verás duquesa de Aveiro.

MARQUÉS. Así lo sospecho, que es viejo el duque; y me pesa que no le advertí primero.

que, por ventura, el pesar le hubiera dado la muerte: bien te he sabido obligar, que no hay más dichosa suerte que el acertarse a casar.

¿Haste de acordar de mí después que estés en Aveiro?

FLORA. ¿Pues eso dices así? Mis Estados darte espero, que no olvidarme de ti.

No habrá día sin que vengan regalos de Portugal que te alegren y entretengan.

MARQUÉS. Llevaré tu ausencia mal, aunque ellos más precio tengan: lo que me has de enviar es, no regalos de la China, oro y ámbar portugués, que el buen amor no se inclina eternamente a interés: memorias me has de enviar.

FLORA. si me quieres bien.

FLORA. No tendrás qué me culpar: pero a Portugal también me tienes de acompañar.

MARQUÉS. Esa palabra te doy.

FLORA. Don Felipe, ¿dónde está?

MARQUÉS. Flora, deseando estoy que vuelva y que diga ya: "el duque de Aveiro soy".

Díjome que me quería mostrar sus padres y hermanos: yo apostaré que este día muestra la genealogía de mil reyes lusitanos.

FLORA. No estoy en mí, de placer.

FABRICIO. ¿De qué tratarán, Risoelo?

RISELO. Del novio debe de ser.

FABRICIO. Que es algún señor recelo.

RISELO. Pues bien lo puedes creer: que, a lo que tengo entendido por un retrato de Flora, de Portugal ha venido.

FABRICIO. Notablemente le adora.

RISELO. Amor bien pagado ha sido

*Entra CARREÑO.*

CARREÑO. Don Felipe, por la gracia de Dios marido de Flora, sin ser rey de Dinamarca, de Fez, ni de Trapisonda, con su padre y con su hermana a visitar a su esposa viene, y te pide licencia.

MARQUÉS. En los días de las bodas, agradables son las burlas: todos andan de chacota.

FLORA. ¿Está don Felipe ahí?

CARREÑO. ¿Pues no les digo que agora, con su padre y con su hermana, vienen juntos por la novia?

FLORA. Entren, si es algún disfraz, que hoy no sólo se perdona, mas se agradece y estima.

CARREÑO. Bien dices: todo fué sombra; pero hoy llega la verdad.

*(Salen CELIO, LISARDO, FELIPA y FELICIANO, viejo; LIDIO, GERARDO y RISELO, criados.)*

FELICIANO. Dadnos vuestros pies, señora (1); a mí, por padre.

FELIPA. Y a mí por hermana de quien honra el nombre de esposo vuestro.

MARQUÉS. ¿Qué es esto? ¡Oh, gente traidora; oh, secretario fingido!

¿Quién eres?

LISARDO. ¿Qué te alborotas?

¿No te dije en aquel soto, cuando supe de tu boca que me dabas a tu hermana con palabras amorosas, que mirases lo que hacías, siendo cosa tan notoria la desigualdad de entrambos?

¿De qué te quejas agora?

MARQUÉS. ¿Pues no tengo de quejarme deste engaño?

(1) En las tres ediciones: *señor*.

LISARDO. Injusta cosa:  
dije que era un pobre hidalgo.  
MARQUÉS. Es verdad.  
LISARDO. Luego fué toda  
mi relación verdadera,  
y no sé de qué te asombras,  
que menos que soy me hice,  
pues con ambición tan poca  
hice a un letrado mi padre,  
y traigo un oidor agora:  
tú quisiste y porfiaste.  
FELICIANO. Si te quejas porque ignoras  
la calidad de mi hijo,  
también quiero que conozcas  
que me ha traído engañado,  
diciéndome que su esposa  
traía de Portugal;  
que a conocer tu carroza  
o saber que aquí venía,  
no hay oro en cuarenta flotas,  
calidad en mil linajes  
de Toledos ni Mendozas  
para que viniera aquí,  
que estimo en tanto mi honra  
que, si puedo deshacer  
el casamiento...  
CELIO. No pongas  
enemistad entre hermanos,  
pues toda afrenta y deshonra  
cesa con que ya sois deudos.  
FELICIANO. Si no es que mi hijo corta  
la mano que me ofendió.  
MARQUÉS. Feliciano, basta y sobra,  
que a no mirar que el que ha he-  
venganza tan rigurosa [cho  
del agravio que sabéis  
es Dios, que soberbios postra  
y derribados ensalza,  
aunque diera muerte a Flora,  
tomara destos agravios  
satisfacciones honrosas.  
Dios me ha dado este castigo,  
porque de su mano sola  
pudiera ser tan prudente;  
porque cartas sospechosas  
y quimeras de criados

no hicieran tan fuertes obras.  
Si te agravié, vesme aquí  
puesto a tus pies: padre, toma  
venganza de mi locura,  
que por Dios te juro agora  
que no supe lo que hice.  
FELICIANO. Tu humildad, señor, te abona  
para mayores agravios.  
LISARDO. Que no lo digas importa,  
porque no es bien que se sepa.  
MARQUÉS. Pues porque entiendas que cobras  
verdadero hijo en mí,  
pues que ya Lisardo goza  
en matrimonio a mi hermana,  
y es todo una misma cosa,  
por mujer quiero a Felipa.  
FELICIANO. Mi bendición te la otorga  
con la voluntad del cielo.  
MARQUÉS. ¡Dichoso soy!  
FELIPA. ¡Yo dichosa!  
LISARDO. Celio, no te desconsueles,  
que en casa queda Teodora,  
no menos noble y discreta,  
y por todo extremo hermosa.  
CELIO. Yo me huelgo de tu bien,  
que es lo que mi amor reporta.  
CARREÑO. Y al dueño desta invención,  
que fué el Sinón desta Troya,  
¿no le dan alguna dueña?  
¿No hay una mula con tocas?  
FLORA. A Rosela, que te quiere.  
CARREÑO. ¿En qué dinero la dotas?  
Que estos son los arcaduces,  
después que el casarse es noria.  
FLORA. En dos mil ducados.  
CARREÑO. ¡Lindo!  
CELIO. ¿Volveremos a Lisboa?  
LISARDO. No, Celio, que aquí se acaba  
*La venganza venturosa.*

FIN DE LA COMEDIA DE "LA VENGANZA VENTU-  
ROSA", DE LOPE DE VEGA CARPIO. (1).

(1) Solamente en B.

# LA VENTURA EN LA DESGRACIA

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA (1)

EL REY.  
DON GONZALO.  
MENDO.  
LAÍN.  
LA INFANTA.

ORDOÑO.  
DON GARCÍA.  
DON LOPE.  
ESTOPINÁN.  
DOÑA SANCHÁ.

DOÑA ELVIRA.  
COSTANZA.  
FORTÚN.  
DON JUAN.  
BERNARDINO.

## JORNADA PRIMERA

(Sale EL REY en cuerpo, con una ballesta, y GONZALO.)

GONZALO. Poco en el jardín asisten  
los pajarillos. Recelan  
morir.

REY. Parece, si vuelan,  
que de los vientos se visten.  
Mas no gozaran los vientos  
entre plumas de colores  
si en lugar de pasadores  
les tirara pensamientos.

Bien me atreviera a alcanzarlos;  
mas si dejo de seguillos  
es porque en lugar de herillos  
los ahogara al tocallos.

Adoro a Sancha, Gonzalo;  
y el bien de gozalla estriba  
en tu favor.

GONZALO. ¡Así viva  
Tu Alteza como yo igualo  
mi diligencia a tu amor!  
Mas, señor, ¿no consideras  
que a tu bella esposa esperas?

REY. Si me hiciera algún favor  
Sancha, pusiese en la bola  
del mundo seguro el pie.

GONZALO. ¿Luego has de romper la fe  
al Rey de Aragón?

REY. ¿No es sola

GONZALO.  
REY.

GONZALO.

REY.

GONZALO.

LAÍN.

REY.

LAÍN.

REY.

Sancha la que quiso el cielo  
dar por milagro a la tierra?  
¡Mira que la Infanta...!

Yerra  
quien la corona del suelo  
no le humilla.

¿Cuando llega  
la Infanta rindes despojos  
a otro amor?

¡Qué bellos ojos!  
Al Sol con su lumbré ciega.

¡El Rey está divertido  
con esta mujer que adora!

(Sale LAÍN.)

A tener espacio, ahora  
con la pompa que ha venido  
tu esposa, decir pudiera:  
pero entra ya en la ciudad.  
¡Qué peregrina beldad!  
¡Quién un favor mereciera  
de mi Sancha!

¿En el jardín  
estas cuando ya la Infanta  
llega con grandeza tanta  
a ser tu esposa?

¡Si el fin  
de mi amorosa pasión  
llegara a ver tan dichoso  
como es mi amor generoso!...

(Sale MENDO.)

(1) No figuran en esta lista: DON TELLO, TEOBALDO, BERMUDO, JIMÉN, OSORIO, EL SEGADOR.

MENDO.

Culpando tu remisión,

y aun ofendida también,  
llega a palacio la Infanta;  
de tu poco amor se espanta.  
GONZALO. Mira que ya viene.  
REY. ¿Quién?  
MENDO. Tu esposa; y ya la recibe  
la guarda.  
REY. Mandélo yo,  
porque Saneha mereció  
todo este honor.  
LAÍN. ¿Así vive  
divertido un Rey?  
GONZALO. Ya llega.  
*Dentro, plaza, y sale la INFANTA; ORDOÑO, trujo,  
y acompañamiento.)*  
INFANTA. Ya mi amor me ha dado aviso  
que es el jardín paraíso,  
pues que la salida os niega.  
Aunque siendo Amor tan fiel  
y ingrato vuestro rigor,  
por desobediente, Amor  
pudiese echaros de él.  
Advertid que aunque gocéis  
el bellissimo terreno,  
de flores y frutos lleno,  
es bien que solo os juzguéis.  
Aunque en dorado arrebol  
y entre lisonjera salva  
lleva en las flores el alba  
perlas que desata el sol.  
Y aunque en el cristal rompido,  
manso entre una y otra orilla,  
viéndose la tortolilla  
piense que tiene marido,  
tarde pudierais tener,  
don Sancho, mi caro esposo,  
ni descanso ni reposo  
como os faltase mujer.  
Y así, aunque no habéis salido  
a recibirme, mi amor,  
por daros el bien mayor  
en la mujer, me ha traído.  
REY. Seáis bien venida, señora.  
Fuéase cuando le apuntaba:  
que a mi gusto el tiro estaba.  
GONZALO. ¿En eso gastas ahora  
el tiempo, cuando destruyen  
tu opinión?  
REY. ¿Pasó el cercado!  
INFANTA. Sin duda que habéis pecado,  
pues que los pájaros huyen.

A no ser tan inhumanos  
vuestros intentos, señor,  
yo sé muy bien que el Amor  
os lo trujera a las manos;  
que Amor, si bien lo miráis,  
les pone redes y grillos;  
mas dicen los pajarillos  
huyendo que no me amáis.  
REY. Pues si dellos lo sabéis,  
no hay que preguntarme a mí.  
INFANTA. ¿Luego vine en balde?  
REY. Si.  
INFANTA. ¿Volveréme?  
REY. Bien podéis.  
INFANTA. A estar sin padre, lo hiciera  
avergonzada y corrida  
de ver vuestra fe rompida;  
mas cuando mi padre espera  
con nueva dichosa el fruto  
del matrimonio en los dos,  
don Sancho, no quiere Dios  
que vista el alma de luto  
el viejo Rey de Aragón  
viéndome así despreciar.  
De vos no me he de apartar  
aunque me deis ocasión;  
que despreciándome aquí  
con el desdén que resisto,  
dirá el mundo que lo ha visto  
que estuvo el defecto en mí.  
No le deis este pesar  
a mi padre, que os estima  
en mucho.  
LAÍN. ¿A quién no lastima  
el suceso?  
REY. No hay lugar.  
INFANTA. ¿Cómo excusaréis la guerra  
si me afrentáis?  
REY. En mi tierra  
estoy.  
INFANTA. ¿Que me despedís?  
Pasen siquiera tres días  
por honra del sacramento,  
que luego me irá a un convento  
a florar desdichas mías.  
REY. Esta es ya resolución.  
INFANTA. Dadme a besar vuestra mano  
siquiera.  
REY. Es el ruego en vano.  
ORDOÑO. ¿No saliera de Aragón  
nuestra Infanta sin un fuerte  
ejército a conocer

REY. vuestro injusto proceder!  
¡Que a mí me has hablado advierte,  
villano!

ORDOÑO. Noble nació,  
Sancho el Bravo, y si advertís,  
os toca lo que decís;  
que no me encargara a mí  
a vuestra esposa mi rey  
cuando naciera villano.  
Blanca, no le deis la mano  
a don Sancho, pues la ley  
rompe y el justo decoro  
que a vuestra persona debe.

REY. ¡Que hay quien a Sancho se atre-  
Luego ¿porque falta el toro [ve?  
de Perilo en que te abrase,  
faltará tormento igual?  
¡Un escarmiento mortal  
haré en tu vida!

INFANTA. No pase  
vuestro rigor de los labios.

REY. ¡Quitade un dardo a un villano,  
si puede serlo, en mi mano:  
que he de vengar mis agravios  
yo mismo!

INFANTA. Dadle la vida  
a Ordoño, que yo me iré.

REY. ¡Que estos disgustos me dé  
Aragón! La paz, rompida  
queda ya por mí; el poder  
que di para desposarme,  
pues quiero desobligarme,  
podéis hacerlo romper.  
Aragoneses: veremos  
qué ejército apercéis,  
con qué legiones medís  
de la falda a los extremos  
de Moncayo.

INFANTA. ¡Eterno lloro  
causarán vuestras pasiones!

REY. Muestre Aragón sus pendones  
con barras en campo de oro;  
que saldrán a recebillos  
mis leones en sus garras,  
para que sirvan sus barras  
de cimiento a mis castillos.

(Pase.)

ORDOÑO. Esto es hecho. Dar la vuelta  
es lo que a Su Alteza importa.

INFANTA. ¡Que fué mi dicha tan corta!

GONZALO. Es condición muy resuelta  
la del Rey.

ORDOÑO. Con sus vasallos  
tenga esa resolución;  
que agravios, en Aragón  
sabemos...

GONZALO. ¿Qué?

ORDOÑO. Castigallos.

(Pase y salen, de noche, DON GARCÍA, DON LOPE  
y ESTOPIÑÁN.)

LOPE. Ya hemos llegado a Toledo,  
y ya la calle dichosa  
pisáis de tu prenda hermosa.

GARCÍA. Pues ¿en qué serviros puedo?

LOPE. ¡Bendito sea Dios, que habló!

ESTOP. Como por su imagen tiene  
a Sancha, el milagro viene  
a pelo: la habla cobró  
en llegando a ver su templo.

GARCÍA. ¿Quién en deidades no espera?

ESTOP. Ponla una lengua de cera  
para que sirva de ejemplo  
a majaderos de amor,  
que quieren sufrir callando.

LOPE. Desde Barcelona vengo  
suplicando a don García  
me cuente su historia.

GARCÍA. La portía (1)  
vuestra venció: ya prevengo  
la memoria al triste cuento,  
cuyo lastimoso estrago  
vence al que escuchó en Cartago  
la veina.

LOPE. Ya os oigo atento.

GARCÍA. Ya sabéis, don Lope amigo,  
como, por los hechos claros  
de mis mayores, me honraba  
nuestro rey don Sancho el Bravo,  
y que mi abuelo en Sevilla,  
maestre de Santiago,  
honró con su fama el mundo  
sirviendo a Fernando el Santo.  
Fué mi padre la privanza  
de su hijo Alfonso el Sabio,  
que agonizando en la cama  
nos encomendó a don Sancho.  
Mi padre, sirviendo al Rey,  
acabó hecho pedazos  
de más cuchillas moriscas,

(1) Así en la edición de la edición. Acaso, me lo  
cuenta, la poeta.

que lloró la envidia agravios:  
 amparóme el Rey, servíle  
 desde los quince a veinte años  
 que abrí los ojos al mundo  
 y los del alma al palacio:  
 doña Sancha de Meneses,  
 a quien los cielos guardaron  
 porque viva su hermosura  
 acreditando milagros,  
 a quien si Alejandro viera  
 no fuera tan Alejandro  
 con Apeles, si es que el Sol  
 puede humillarse a retratos,  
 una tarde en el jardín  
 florido, ejemplar de mayo,  
 dando a Dafne envidia inútil,  
 pude hablarla al pie de un lauro.  
 Fué la vergüenza pintora,  
 y los ojos, al mirarnos,  
 pinceles que a las mejillas  
 de casta púrpura honraron:  
 rompió el silencio el Amor,  
 que aunque lo entienden callando,  
 divinamente se apura,  
 entre sentimientos castos.  
 Presentes cielos y flores,  
 merecí gozar su mano,  
 con fe de esposo jurada  
 por la lealtad de un abrazo.  
 Viónos el Rey, y cual suele  
 flechar escondido el arco  
 cauto el cazador que esparce  
 los pajarillos del árbol,  
 huyendo salí, medroso,  
 y ella por unos sagrados  
 mirtos de Venus se entró,  
 temiendo al Rey, en su cuarto.  
 Apenas pasó un instante,  
 que no me dieron más plazo,  
 cuando sus ojos me privan  
 entre el destierro y mi llanto.  
 Cumplí en Córdoba el destierro,  
 donde jamás se enjugaron  
 mis ojos, hasta que el cielo  
 me trujo para más daños.  
 Llegué a Toledo una noche  
 (cerca de la calle estamos  
 donde pasó mi tragedia),  
 pues no anduve muchos pasos,  
 cuando, entre espadas y voces  
 que hasta las piedras temblaron,  
 "matadla, primos", escucho,  
 "para que muera mi agravio".

Acerquémeme al fiero estruendo  
 diciendo: "¡Teneos, villanos!  
 que, si es mujer, es bajera  
 venir a matarla tantos".  
 Amparéme en la rodela,  
 y alzando la espada y brazo  
 vi a mi lado una mujer  
 pidiendo favor, temblando:  
 "Sosiega, mujer, no temas,  
 que segura estás en tanto  
 que gobierne el blanco acero",  
 dije; y, esperando a cuatro  
 que delanteros venían,  
 hice lo que me enseñaron  
 mi sangre y obligaciones:  
 cansélos, y me dejaron:  
 pero cargando una tropa  
 de amigos, deudos, criados,  
 como al jabali de Escocia,  
 me arrojan lanzas y dardos.  
 Venció a la razón la furia,  
 y como el espin armado  
 de rabia y manchadas puntas  
 pasa tronchando venablos,  
 dije, arrojándome entre ellos:  
 "Bien parece, toledanos,  
 que no me habéis conocido:  
 García soy, el desterrado".  
 Apenas mi nombre dije,  
 si bien no me respetaron,  
 cuando, enamorando el cielo,  
 aunque con ecos turbados:  
 "Doña Sancha soy, García",  
 dijo la dama, "que, avaros  
 los planetas en tu ofensa,  
 anoche me desposaron.  
 Si han forzado mi albedrío,  
 dígalo el presente caso,  
 pues me matan por hallarme  
 adorando en tu retrato.  
 Tuya soy, querido esposo:  
 para tus brazos me guardo,  
 que no ha tocado los míos  
 quien esperaba gozarlos".  
 No más furioso le pintan  
 a Polifemo burlado,  
 cuando a la nave de Ulises  
 iba arrojando peñascos,  
 que yo, pues la roja espada  
 figurando cielo el brazo,  
 como Júpiter en Flegra,  
 iba despidiendo rayos:  
 pero, temiendo el peligro,



sali por la calle abajo,  
a mis espaldas mi Sancha  
y a mi frente los contrarios.  
Dieron de una casa voces,  
diciendo: "Para guardarnos  
la abrimos"; gané la entrada,  
poniendo a mi esposa en salvo:  
retiréme, y a una esquina,  
que es el corazón presagio  
de desdichas, esperé  
lo que los cielos trazaron:  
entró don Jaime de Luna,  
con furia de desposado  
ofendido, y dando voces  
pasó atravesando patios:  
"¡Muera doña Sancha, primos!  
porque va depositado  
mi honor en su misma vida,  
y he de morir por cobrarlo".  
Arrojéme entre los suyos,  
pero con pasos más tardos,  
que él iba seguro a priesa,  
y yo, en peligro, despacio.  
Rompió a un camarín la puerta,  
que los infelices hados  
mortales avisos dieron  
que estaba Sancha en el cuarto:  
entró, y hallóla postrada  
a un oratorio abrazando  
a una imagen de la Virgen:  
mas, como iba ciego y bravo,  
perdiendo a Dios el respeto,  
de los cabellos dorados  
cogió a Sancha, y con la diestra  
un corto puñal sacando...

(Dentro.)

LOPE. ¡Plaza, plaza!

GARCÍA. ¡El Rey!

¿Qué es esto?  
Mirad si es para contado  
mi suceso, pues el Rey  
quiere matarme al contarlo.  
El Rey su palacio deja  
de noche: ¿si con presagios  
de mi muerte?

LOPE. Pues, García,  
seguidme, y pondréos en salvo.

GARCÍA. Mientras pasa el Rey será,  
porque he de morir amando  
en la esfera de mi fuego.

(Vanse los dos.)

ESTOP. Yo estoy sin culpa, y le aguardo.

(Sale el REY, acompañamiento y luces, y DON GONZALO.)

REY. Poco es mi reino, si esperas  
debidos premios, Gonzalo:  
¿que Sancha se determina  
a salir contigo?

GONZALO. Alcanzo  
dicha feliz en la tuya.  
De manera la engañaron  
letra y firma contrahechas,  
que me dió el porte en abrazos:  
besó mil veces la firma,  
diciendo: "Los cielos claros  
verán que Sancha y García  
se rinden a un mismo lazo.  
Dirásle a mi caro esposo  
que sólo a la noche aguardo,  
porque en su tiniebla y sombras  
siga al sol que voy buscando:  
vendrás a las once, amigo,  
con el posible recato,  
porque a tu señor me lleves".

REY. ¡Ahora si es rey don Sancho!  
¿Hay fortuna más dichosa,  
que sin escuadrón armado  
gozó la mayor vitoria?  
¿Y sabe su hermana el caso?

GONZALO. Fué necesario que Elvira  
lo supiese y, como en años  
es mayor, aconsejola  
sagaz en tu mismo engaño,  
porque tu gusto procura.

REY. Pues premiarála mi mano  
con dote igual a quien es.

(Vanse.)

ESTOP. ¿El Rey con tanto aparato,  
y de noche? ¡Vive Dios,  
que ya se me pudre el bazo  
por saberlo! ¡Ah, gentil hombre,  
que los hay del Rey en años!

GONZALO. ¿Qué mandáis?

ESTOP. Saber quisiera,  
para quedar hombre sabio,  
dónde va el Rey a estas horas.  
GONZALO. A ser de unos desposados  
padrino.

ESTOP. ¿Y los novios, quién?

GONZALO. Haré falta, si me tardo,  
y no es bien que me detenga.

ESTOP. ¿Y podréis decirlo andando?

GONZALO. Muy bien, si venis conmigo.

ESTOP. Sois discreto, a fe de hidalgo,  
y que os diera para guantes,  
a no acercarse el verano.

(*Vanse. Salen DON GARCÍA y DON LOPE.*)

LOPE. Ya estáis seguro del Rey.

GARCÍA. ¿Quién pudiera estarlo tanto  
que esta noche, sin peligro,  
viese a mi Sancha!

LOPE. Acordaos  
que dejasteis vuestra historia  
partida y hecha pedazos,  
como los sucesos de ella.

GARCÍA. Digo, pues, que alzando el brazo  
don Jaime quiso escondelle  
en el pecho, casi helado,  
el temeroso puñal;  
pero si mis pies volaron,  
digalo Amor: llegué a tiempo  
que, metiendo cuerpo y manos,  
puse treguas a la muerte,  
aunque luego se quebraron  
en la de Jaime, pues fiero,  
pude envainarle el manchado  
estoque, huyendo el alma  
de quien la despide a saltos:  
huyó doña Sancha, y yo,  
perseguido y maltratado,  
pude, dejando a Toledo,  
pasar los términos anchos  
del hondo mar: pasé a Italia,  
donde en muy confuso caos  
he estado tres años justos,  
siendo tan injustos años.  
No he sabido de mi esposa:  
sólo he sabido que traigo  
la vida en tanto peligro  
como los que os he contado.  
Si sois, don Lope, mi amigo,  
ahora habéis de mostráros,  
más que prudente en consejos,  
en atrevimientos franco:  
yo he de ver si Sancha vive,  
si alojan selvas y campos,  
para matarme, más hombres  
que peina arenas el Tajo.

LOPE. Con ánimo de morir,  
si importare, os acompaño;  
que, fuera de vuestra causa,  
otra me obliga a animaros.  
En vuestra ausencia, García,  
aunque ha seis meses que falta,

he solicitado a Elvira,  
hermana de Sancha; vamos  
a saber de vuestra esposa,  
que ya es la causa de entrambos,  
y bastan para mil hombres,  
dos amantes agraviados.

(*Sale ESTOPIÑÁN.*)

ESTOP. ¿Tanta desdicha apercibes,  
Fortuna, al hombre más bueno?  
Como el otro con veneno,  
tú con las desdichas vives.

GARCÍA. ¿Qué dices, Estopiñán?

ESTOP. Dice Estopiñán que ha visto  
la muerte, y no al pie de un Cristo,  
sino al entrar de un zaguán.

GARCÍA. ¿Tú la muerte?

ESTOP. Yo la muerte;

desesperada venia,  
mas dijo que no era mía,  
pero su título advierte  
que es tuya; mira si estoy  
con razón alborotado:  
a doña Sancha han casado,  
digo que se casa hoy,

ahora, de aquí a un momento,  
que el Rey va a ser su padrino;  
su esposo es don Bernardino,  
primo del muerto. Oye atento:

por pagarle liberal  
el Rey, dicen que le casa  
con la moza; aquesto pasa.

GARCÍA. Bien dices, que era mortal  
la imagen que viste. ¡Ah cielos!,  
si de espadas me libráis,  
¿por qué de amor me matáis?  
¿por qué me matáis de celos?  
¿Mi esposa en otro poder?  
¿en otros brazos mi esposa?

Don Lope, ya vive ociosa  
la espada; yo he de perder  
la vida, y si mil tuviera.

LOPE. La que tienes perderás,  
si te descubres.

GARCÍA. ¿Ya estás  
medroso?

LOPE. ¡Detente, espera!

Mira que vas a morir,  
y no a cobrar a tu esposa.

GARCÍA. Y si ahora se desposa,  
después ¿qué podrá servir  
el atrevimiento mío?

Déjame, que no es consejo  
el que así turba el espejo  
del valor; en vano tío  
de cuerda prudencia ajena  
mi atrevida ejecución,  
que en amor la dilación  
jamás para nada es buena.

Tan amigo de obras soy  
que yo me aborrezco hablando,  
pues estándolos matando  
diré que a matarlos voy.

¿No basta que me condenes,  
Rey, a morir, si a Toledo  
piso?

LOPE. ¿Que tan poco puedo?  
GARCÍA. ¿Sino que mi muerte ordenes  
por tan extraños caminos?

¿Hay linaje de rigor  
más fuerte? ¿Ayúdame, Amor,  
y verás hechos divinos!

Verásme cómo abrazado  
a un mármol del edificio,  
hurto a Sansón el oficio,  
ya ciego de enamorado.

¿Que no escarmiente el segundo,  
habiendo muerto al primero!

Pues él será, si no muero,  
ejemplo sangriento al mundo.

LOPE. Vamos, que oculto en mi casa...

GARCÍA. Don Lope, el alma se abrasa.

LOPE. Donde moriré contigo (1).

nos dará consejo Amor.

GARCÍA. Mira que agravios me incitan.

(*Vanse.*)

ESTOP. Ya que a su esposa le quitan,  
pónganle esposas, señor.

Por tan imposible siento  
que don Lope le sosiegue  
como que un ladrón no juegue  
y que juegue un avariento.

(*Salen SANCIA y ELVIRA, con mantos.*)

SANCIA. El estado (2)

más feliz que el alma espera,  
hermana, la posesión  
de mi pagada afición,  
vuela con planta ligera.

Fiel criado de García,

verá el Rey con tanta infamia  
mis bodas las de Hipodamia,  
por más que honrallas porfia.

ESTOP. Hasta que un rato desfleme  
mi señor, no me está a cuento  
verle el rostro.

ELVIRA. Gente siento,  
Sancha.

SANCIA. ¿Para que se extreme  
la Fortuna en derribarme!  
¿Si nos salen a buscar?  
Elvira?

ELVIRA. Da que pensar  
la gente y luces.

SANCIA. Guardarme  
puede el cielo, pues me guía  
una honesta voluntad.

ESTOP. ¿Por Dios que traen majestad!  
Hurtando vienen al día

la luz. ¿Si es el desposado?  
SANCIA. Hermana, ¿qué hemos de hacer?  
Mira que nos han de ver.

ELVIRA. Tu recelo me ha turbado.  
Allí está una casa abierta

donde encubrirnos podemos.  
SANCIA. Elvira, el riesgo que vemos  
me enseña mi dicha incierta.

ELVIRA. La mia, decir podrás  
que será incierta y dudosa  
si por la carta engañosa  
al Rey engañada vas.

Si adoro al Rey, ¿quién me ha  
que yo su engaño acredite, ¡hecho  
para que a Sancha le quite  
el bien que cabe en mi pecho?

¿Contra mi hermana y mi amor  
traición más acreditada,  
que dé yo misma la espada  
para probar su rigor?

No ha de ser así; que pienso,  
librando a Sancha del Rey,  
cumplir de mi amor la ley.  
Del alma es el fuego inmenso,

y sólo puede templarle  
el Rey, a quien ciega adoro,  
pues perdiéndole el decoro  
pienso esta noche engañarle.

Criado de don García  
fingido, llega y verás  
cuando tú engañando estás  
cómo hay quien te engañe un día.

(1) Así esta redondilla. Falta el primer verso.

(2) Sólo quedan estas dos palabras de toda la redondilla.

ESTOP. Miren lo que el mundo encierra:  
mi amo desesperado,  
y contento el desposado,  
todo en un palmo de tierra.

Es mundo; no hay que fiar,  
que ha de hacer como quien es,  
y sólo el que anda el revés  
es quien lo puede alcanzar.

Si hurta para soletas  
el sastre cojo, una vara,  
aunque el mundo no se para  
lo ha de alcanzar sin muletas.

Moja el mercader la seda  
para que le pese más;  
éste no se queda atrás,  
ni aun el tejedor se queda.

También le alcanza volando  
el albañil, no cayendo,  
sino el invierno mintiendo  
en lo que va trastejando:

porque aunque los techos clamen  
por muchas bocas abiertas,  
deja las más descubiertas  
para que otra vez lo llamen.

También si el mundo se nota,  
para sin freno el caballo,  
y es porque pueda alcanzallo  
cualquier logrero con gota.

Ya doy en legislador;  
mas si el alma no me engaña  
no hay mayor bulto en España,  
aunque lo pinte el temor.

A mi abrigo se me viene  
costeándome el estrecho;  
que no es pequeño el del pecho.

(Sale Doña SANCHA.)

SANCHA. ¡No esperar más me conviene!  
¿Dónde se ha quedado Elvira?  
¡Sola me ha dejado, cielos!  
pero acorta mis recelos  
el bien a que el alma aspira.

Que pienso que viendo estoy  
a quien me aguarda; ¿qué espero  
sin llegar hablar primero?

¿Sois de don García?

ESTOP. Soy...

¡Válgame un santo gigante!  
¿Apenas hemos venido  
y ya nos han conocido?

SANCHA. ¡Que una mujer os espante,  
y más sirviendo a García!

ESTOP. ¿Si no es que me habéis burlado?  
Digo que soy su criado,  
por el alma de mi tía.

SANCHA. Pues si lo que importa veis,  
¿cómo más prisa no os dáis?  
Sin duda, el riesgo ignoráis,  
pues que tan poco teméis.

En vuestra prisa consiste  
mi vida y la de García.

ESTOP. ¿Hay más nueva algarabía?  
¿Así una mujer embiste

de noche, sin ver a quién?  
¿Si por el pie me ha sacado?,  
que, aunque lo calzo apretado,  
mido un cordobán muy bien.

Buen olor; ¿si es ámbar gris?  
Mejor, ello es alhucema.  
¿Si como es la noche yema,  
fuera clara!

SANCHA. ¿Qué decis?

ESTOP. Vamos ya, que no querria  
llevarle a mi amo en duda  
una mujer zapatuda;  
mas ¿querrá la dicha mía  
que con toledano pico  
tenga de retrato el rostro,  
que ángel pintado un mostro,  
manaza grande y pie chico?

Que con esto y no pedir  
sino fuere la licencia  
para entrar, puedo en conciencia  
llevala. Bien podéis ir,  
que ya mi señor ensaya  
los brazos hecho un aspado.

SANCHA. ¿Sabrá la ley que he guardado?  
ESTOP. Si es la de Moisés, no vaya.

(Unse. Sale Doña ELVIRA.)

ELVIRA. De industria a Sancha he perdido  
porque no se pierda aquí.  
Engañese el Rey en mí,  
ya que su engaño he sabido.  
Que no pagara tan mal  
mi amor, sin suplir mi falta,  
pues ve que mi sangre esmalta  
la corona a Portugal.

Volveráse Sancha luego  
si ve que falta el criado,  
y templara el desposado  
su ardiente amoroso fuego.  
Que cuando la halle el día,

será muy cierto y forzoso  
que olvide, ausente, a García (1).

(Sale GONZALO.)

GONZALO. Serán las once; permita  
mi pretendida esperanza  
que haile en tanto mar bonanza.  
Ya el cuidado resucita  
mi bien. Doña Sancha es ésta,  
que ya esperando me está.

ELVIRA. Un hombre viene: ¿será  
el que aguardo? Ya se apresta  
para recebillo el alma.

GONZALO. Si es ella, las gracias doy  
a mi ventura; yo soy  
el que merece la palma  
de fiel eriado. García,  
si sois doña Sancha, espera  
vuestra luz, que es propia esfera  
de su amor.

ELVIRA. Pues llegue el día  
que entre peligros tan claros  
merezca pagar su amor.  
y a vos, por tanto favor,  
me deje el cielo premiaros.

GONZALO. Vamos, que sombras obscuras  
de la noche...

ELVIRA. Si me viera  
reina yo...; pero no fuera  
de las mayores venturas.

(Vanse. El REY, DON BERNARDINO, DON JUAN, criado  
del REY; DON TELLO, viejo, padre de SANCHA;  
acompañamiento y luces.)

REY. El cielo, don Bernardino,  
os haga a vos más dichoso  
que a don Jaime.

BERNARD. Ya es forzoso.  
pues quien a matarle vino  
nos ha puesto en medio el mar,  
temiendo vuestro rigor.

TELLO. Mucho os levanta el favor,  
y yo os pienso derribar.  
Mirad lo que hacéis, mancebo,  
y buscad otra mujer.

BERNARD. Vuestra hija lo ha de ser;  
que si al mismo Sol me atrevo,  
por la calidad que tiene  
mi sangre la mereció.

TELLO. No me meto en eso yo;  
sé decir que no os conviene.  
BERNARD. Sabrá que vos lo estorbáis  
el Rey.

TELLO. Hablemos más paso.  
BERNARD. Don Tello, cuando me caso,  
¿por qué la casa turbáis?

TELLO. Porque me importa que vos  
no seáis mi yerno.

BERNARD. Seré,  
cuando más pesar os dé.

TELLO. ¿No lo seréis, juro a Dios.  
porque ha de saber mi espada  
mataros si me enojáis!

BERNARD. ¿Muy descomedido andáis!

TELLO. ¿Mentis!

REY. ¿Qué es eso?

TELLO. No es nada  
si quiere don Bernardino.  
BERNARD. ¿Vive Dios!

TELLO. Hablemos paso.

BERNARD. ¿Tal suño cuando me caso?

TELLO. ¿Qué sufrir? ¿Mas imagino  
que hombre que el Rey atropella  
diciendo que ama a mi hija,  
y que él por mujer la elija,  
se casa para vendella!

BERNARD. Conmigo el Rey de Castilla  
muy poco en mi ofensa acaba.

TELLO. Quien la mujer os alaba,  
no está lejos de pedilla.

Sois mozo, y quiero advertiros  
por lo que en el mundo pasa,  
que pienso que el Rey os casa  
para tener qué pedirlos.

En suma; ¡no se ha de hacer,  
si os favorece el infierno,  
porque no ha de ser mi yerno  
quien prive por la mujer!

JUAN. Si, señor; la llave tiene  
de la casa de García  
don Gonzalo.

REY. Tarde el día  
cuanto mi bien se detiene.

Don Juan, ¿si habrá ya salido  
doña Sancha?

JUAN. Cosa es cierta,  
porque quien tu bien concierne,  
con cuidado te ha servido.

TELLO. Ya os he dicho que finjais  
algún nuevo impedimento.

BERNARD. El Rey hace el casamiento  
por más que vos lo impidáis.

(1) Falta el segundo verso de esta redondilla.  
Acaso: en los brazos de su esposa.

- y después que esté casado.  
quién soy os daré a entender.
- TELLO. Otros por tener mujer  
que perder, no se han vengado.  
Y vos, como aquí decís,  
os casáis para vengaros;  
mejor será no casaros,  
y veréis cómo reñís.
- (Sale COSTANZA, criada.)*
- COSTANZA. Si las desdichas han dado  
lugar para que se cuenten,  
ésta es la mejor de todas,  
que habéis de llorarla siempre.  
Doña Sancha, mi señora,  
sin que sentirla pudiesen,  
abriendo al jardín la puerta...
- JUAN. ¡Albricias!
- REY. De un Rey la[s] tienes.
- TELLO. Habla, [Costanza], ¿qué dices?
- BERNARD. ¡Cielos! ¿Qué estrellas crueles  
contrarias a mi fortuna  
de vuestro cerco me ofenden?
- COSTANZA. Digo, señor, que tu hija...
- TELLO. ¿Qué ha hecho mi hija? ¿Fuése?
- COSTANZA. Sí, señor.
- TELLO. ¡Válgame Dios!  
Segura estaba la liebre,  
que si me la han levantado,  
perros son del Rey, que puede  
entrar en el soto ajeno,  
aunque a su dueño le pese.
- BERNARD. ¡Vive Dios que fué don Tello,  
quien en salud se previene!  
¡El ha escondido a su hija!  
Haré que el Rey lo remedie.  
Señor, don Tello no gusta  
que yo mis bodas celebre  
con su hija doña Sancha,  
y hasta que yo me vengue  
quiero encubrir los agravios  
de su lengua; nadie tiene  
a Sancha, si él no la encubre.  
Vuestra Majestad le ordene  
que a su presencia la traiga.
- TELLO. Porque es en mi daño, miente.
- (Aparte.)*
- ¡Pluguiera a Dios que yo fuera,  
aunque dejara en rehenes  
mi vida. ¡Quiero esforzar,
- por lo que a mi honor conviene,  
su engaño, aunque yo peligre.
- BERNARD. A mi voluntad se debe,  
señor, que guardéis justicia  
y que vuestro enojo prueben  
los que en la presencia vuestra  
os burlan para ofenderme.
- REY. Bien nuestro engaño se entabla,  
pues Bernardino lo siente  
tanto, que a don Tello culpa.
- JUAN. Mira, señor, si merece  
don Gonzalo honrosos premios.
- REY. Hará mi amor que le premie.  
Mas disimular importa.  
Don Tello, nadie se atreve  
ni a la sombra de mis plantas,  
como de cuerdo se precie.  
Pues cuando don Bernardino  
naciera en la humilde plebe,  
y no de sangre tan clara,  
bastaba que yo quisiese,  
como su padrino, honrallo.  
No perdéis cuando se mezcle  
la ilustre sangre de Luna  
con la sangre de Meneses,  
aunque no me persuado  
que quien respeta a los reyes  
tanto como vos, se atreva  
a lo que el crédito excede;  
que no es posible que vos,  
aunque el mundo lo sospeche,  
la tengáis, que no es posible.  
Si es posible.
- TELLO. ¡Que confiese  
su mismo delito un hombre!
- BERNARD. ¿Quién tiene a Sancha?
- REY. Quien puede.
- TELLO. ¿Tenéisla vos?
- REY. Yo la tengo.
- TELLO. ¡Cielos, forzóse mi suerte!  
Tello, pienso que el dolor  
de ver vuestra hija ausente  
os hace desvariar.
- TELLO. Luego ¿los padres no pueden  
guardar sus hijas? Ya he dicho  
que soy quien a Sancha tiene.  
No es tan liviana mi hija  
para que su casa deje  
sin que lo sepan sus padres.  
Don Juan, si es esto verdad,  
¿a quién habrá que me queje  
de tan infeliz suceso?
- REY. Pues manda, señor, prenderle
- JUAN.

REY. porque dé a su hija.  
Escucha:  
turbado el dolor me tiene.  
BERNARD. Tello: perderé mil vidas  
antes que la empresa deje.  
Mi esposa me habéis de dar.  
TELLO. Para entre los dos, ¿quién puede  
dárosela? Yo no la tengo.  
¡juro a Dios!  
REY. Tello no quiere  
nuestra amistad. Escuchadme:  
¿sabéis de Sancha?  
TELLO. ¿Qué quiere  
saber Vuestra Majestad?  
¿No basta saber que siempre  
soy desdichado? Mi hija,  
aunque la vida me cueste,  
me pagará lo que ha hecho.  
Ya vuelve el semblante alegre  
el Rey. ¡Como ve que falta  
por orden suya!...  
REY. Si vuelve,  
merezca perdón por mí.  
TELLO. Y si vuelve diferente,  
¿quién ha de pagarme el daño?  
Pues mire el que el hecho emprende  
que tengo brazo y espada  
y soy Tello de Meneses.

## JORNADA SEGUNDA

(Salen de moros, con máscaras en las manos, DON  
LOPE y DON GARCÍA, y FORTÚN, criado.)

GARCÍA. Fortún, vuélveme a decir  
la prevención que se ha hecho,  
para que sosiegue el pecho.  
FORTÚN. Todos hemos de morir  
por servirte, y basta estar  
en casa de mi señor  
para negociar mejor  
de lo que puedes pensar.  
LOPE. Vuestro linaje y el mío  
se han empeñado; ya están  
a caballo, y perderán,  
que de su valor lo fio,  
las vidas, o vuestra esposa  
no ha de tocar mano ajena.  
Don Bermudo es quien lo ordena;  
una escuadra valerosa  
de valientes lleva armada;

otra don Alvaro lleva,  
que en la más difícil prueba  
han sabido honrar su espada.

En jinetes voladores  
todos de máscara esperan  
tiempo y lugar.

GARCÍA. Mal pudieran  
con tan seguros favores  
atreverse a darme enojos  
de Jerjes las compañías.  
¡Dejadme, tinieblas frías,  
gozar los serenos ojos  
de Sancha!

LOPE. Si el desposado  
la lleva a su casa, está  
seguro el hecho.

GARCÍA. ¿Y podrá  
cuando se quede...?

LOPE. Ya he dado  
orden que en saliendo el Rey,  
a quien respeto se debe...

GARCÍA. ¿Qué bruto a su Rey se atreve,  
cuando el respetallo es ley  
natural?

LOPE. Saliendo, digo,  
el Rey, acometeremos  
en tropas, y tendremos  
próspera suerte, me obligo;  
porque el pueblo ha de pensar  
que es máscara, y ordenada  
a honor de la desposada,  
con que tendremos lugar  
de sacarla fácilmente.

GARCÍA. ¿Y si las manos se han dado?  
LOPE. Dejádme a mí el desposado,  
aunque blasoné valiente

de haber muerto en desafío  
al Aleaide de Antequera.  
GARCÍA. Ya veis si importa que muera.  
LOPE. Poco ha de importalle el brío;  
mas quiéroos pedir licencia  
de robar también a Elvira:  
mirad que el alma suspira  
por su luz.

GARCÍA. ¡Fuera inclemencia,  
don Lope, la que yo usara  
con vos, si estorbo os pusiera;  
¡pluguiera a Dios que trujera,  
para que en algo os premiara,  
doña Elvira un reino entero!

LOPE. Sólo el aviso aguardamos  
para que los dos salgamos.

GARCÍA. Olvidar de industria quiero

ei enojo que me da  
Estopiñán.  
LOPE. Por excusallo (1)  
se quedó.  
FORTÚN. Yo iré a buscarlo.  
LOPE. No es menester; que él tendrá  
más cuidado de venir  
que su señor de esperar;  
quedóse por avisar  
lo que viese.  
GARCÍA. Y a dormir,  
que lo sabe hacer muy bien.

(*Salen al dosel ESTOPIÑÁN y SANCHÁ, cubierta con  
manto.*)

ESTOP. Espérate aquí tapada;  
daré mi humana embajada.  
¡Válgame el buey de Belén!  
¿Estoy en Marruecos yo?  
GARCÍA. Llega, no tengas temor.  
Estopiñán.  
ESTOP. ¡Oh, señor!  
Pues ¿tan presto renegó,  
sin dar parte a sus criados?  
GARCÍA. De tu tardanza pudiera.  
ESTOP. Ya vine, y saber quisiera  
qué intentos desesperados  
te han obligado a dejar  
nuestra católica fe.  
GARCÍA. ¿Yo?  
ESTOP. ¿Qué amante hay que no esté  
a pique de renegar?  
El capítulo primero  
dicen que es buscar mujeres:  
pues en verdad que si quieres  
comenzar, y aun sin dinero,  
que no es pequeño milagro,  
te daré yo una mozueta.  
GARCÍA. ¡Necio! Si el Sol me desvela,  
si a su hermosa luz consagro  
el alma, ¿a ofrecermé viene  
nuevo amor?  
ESTOP. Mira que está  
a la puerta, y que podrá  
escuchando tus desdenes  
irse. La moza es gallarda,  
tiene lindas pantorrillas,  
y hará por ti maravillas.

SANCHÁ. Mucho en recibirme tarda  
García.  
GARCÍA. Callando estoy,  
por no matarte. ¿Estás loco?  
Si sabes que el cielo toco  
y que en sus esferas voy,  
¿por qué bajamente quieres  
que mi pensamiento humille?  
A quien es puedes decille  
que son humildes mujeres  
cuantas el mundo sustenta,  
para que me agrade yo;  
sólo mi amor penetró  
la luz del sol que me alienta.  
Voy a despedilla.

ESTOP. Digo.  
GARCÍA. Escucha.  
LOPE. ¿Qué le queréis? (1)  
GARCÍA. Tenéis ganas de matarme,  
o que desespere aquí?  
ESTOP. ¿Hay despedimiento?  
GARCÍA. Si.  
ESTOP. Quien ha podido mandarme,  
dice que os volváis.  
SANCHÁ. ¿Por qué?  
ESTOP. El lo dirá, si escucháis.  
SANCHÁ. Sancha, buen premio lleváis.  
Mas si en el traje se ve  
mudanza, ¿de qué me espanto  
que mude el alma también?  
GARCÍA. ¿Yo más favor? ¿Yo más bien?  
No podrán las yerbas tanto  
de Tesalia y Colcos. Prueben  
Circe y Calipso a mudarme.  
SANCHÁ. Pues has podido olvidarme,  
hechizos son que te mueven.  
¿Hubo más fácil mudanza  
de tan largo amor? ¡Ah, cielos!  
¿Si comenzaré por celos  
a malograr mi esperanza?  
Internal hechizo ha sido  
que con tanta fuerza ha obrado,  
pues que tan presto ha mudado  
¡cielos! el alma y vestido.  
GARCÍA. ¡Ea! ¿Cómo no avisáis?  
Deudos y amigos, ¿qué hacéis,  
cuando mi peligro veis,  
en lo mucho que tardáis?  
Mirad que me va la vida,  
y aun la del alma me va;  
que si pierdo el bien será

(1) Así el verso; sobra una sílaba. Tal vez: *A  
excusallo.*

(1) Faltan dos versos de esta redondilla.



la del alma aborrecida.

Pienso que me han de eclipsar  
el bien si pasan las horas.

(Sale SANCHÁ.)

SANCHÁ. Dime qué mujer adoras;  
que yo te la iré a buscar.

GARCÍA. Don Lope, alcanzar no puedo  
qué yerba o flor virtuosa  
muestra esta imagen hermosa.  
¿Si es campo egipcio Toledo?

LOPE. Mira que es tu esposa bella;  
obra la imaginación.

GARCÍA. Don Lope, las yerbas son,  
que la han transformado en ella.

Cuando a los campos bajara  
Venus, y Adonis herido  
con desmayado sentido  
pidosamente llorara,

si bien son fábulas griegas,  
les diera crédito aquí  
primero, que han hecho en mí  
imaginaciones ciegas.

que me presentan en vano  
la imagen que humilde adoro.

ESTOP. Basta, que el vestido moro  
te quita el amor cristiano.

SANCHÁ. Por no querer conocerme  
pienso que no me conoce.

LOPE. Así mi esperanza goce  
el bien que puedo ofrecerte,  
que es dueño de tu albedrío.

SANCHÁ. Perdiéndome lo verás.

GARCÍA. Vuelve al alma donde estás,  
divino imposible mío,

que ¿quién ha de imaginar  
que baje el Sol blandamente?  
pues un rayo de su frente...

LOPE. ¡Ea, llegaos a abrazar!

GARCÍA. Mucho de imposible tiene  
este bien que gozo ahora:  
que llegar al punto y hora  
que tu boda se previene.

padrino el Rey, y tu casa  
llena de guarda real,  
y tú, con amor igual  
al mismo amor que me abraza.  
¿dejar esposo y padrino  
y buscarme sin saber  
que vine?

SANCHÁ. Eso es ofender  
mi honor, que al cielo encamino.

Porque me esperas, García,  
como lo dice un papel  
de tu mano, fui cruel  
a la ilustre compañía  
que dejo ahora burlada.  
¿Yo papel?

GARCÍA.

SANCHÁ.

Tu letra y firma  
mi resolución confirma,  
de mi amor acompañada.

Salí a buscar al criado  
que me esperaba en tu nombre;  
vi en el mismo puesto un hombre  
tuyo, y quedó acreditado  
mi amor; ¿son buenos testigos?

GARCÍA.

ESTOP.

¿Va fuera el robo de Europa!

¿Pues si conmigo no topa,

la llevan por esos trigos!

GARCÍA.

¿Yo papel? Apenas tuve  
lugar de pisar tu calle.

LOPE.

SANCHÁ.

¿Que tal ventura se halle!

¿Tan para perderme estuve?

También el papel decía  
que en tu casa me esperabas.

LOPE.

GARCÍA.

¿Muy buen camino llevabas!

Ya que doña Sancha es mía,

mi boda he de celebrar  
en mi casa.

LOPE.

Es imprudente  
tu consejo.

GARCÍA.

El delincuente  
más seguro suele estar  
donde el riesgo está más llano.

SANCHÁ.

Yerma está la casa, y tiene  
la llave el Rey.

GARCÍA.

Pues ya viene  
el dueño, y fuera villano.

cuando la vuestra dejáis,

no ampararos en la mía.

¿De quién el papel sería?

¿Ah, celos! ¿Ya comenzáis?

Don Lope, Fortún prevenga  
nuestros deudos, por si fueren  
menester.

LOPE.

Todos os quieren  
servir.

FORTÚN.

¡Plega a Dios que tenga  
próspero fin la jornada!

(Fase.)

GARCÍA.

Veré quién turba mi honor,  
don Lope.

LOPE.

Todo el favor

- que puedo ofrece mi espada:  
que quien, siendo un rey padrino  
y tan noble el desposado,  
robar a Sancha ha intentado,  
que es gran persona imagino.
- GARCÍA. Si de mis umbrales pasa,  
aunque en la grandeza llegue  
al Sol, yo le haré que riegue  
con sangre el suelo a mi casa.
- LOPE. Pues para encubrirnos más,  
dejemos el traje moro.
- SANCHA. La nueva invención ignoro.
- LOPE. Después saberlo podrás.
- GARCÍA. ¡Vamos, mi bien!
- SANCHA. ¡Infinitas  
gracias doy a Dios que os amo!
- GARCÍA. Sois alma de mi deseo.
- SANCHA. Vos, mi dueño.
- ESTOP. ¡Andar, pavitos!
- (Vanse todos. Salen DON GONZALO y DOÑA ELVIRA.)*
- GONZALO. En esta cuadra podrás  
esperar a don García.
- ELVIRA. ¿Sin luz?
- GONZALO. ¿No ves que podría  
venir a perderse más?  
Si está condenado a muerte,  
¿quieres que le acierte a ver  
quien le procura ofender?
- ELVIRA. Más quiero gozar la suerte  
de hablarle sin verle aquí  
que verle con el temor  
de perdelle.
- GONZALO. Ese es amor.
- (Aparte.)*
- ELVIRA. Muy bien he trazado así  
lo que estar sin luz me importa.
- GONZALO. Sancha, ya viene García.
- ELVIRA. Hará poca falta el día.
- GONZALO. Siente que la noche es corta  
para bien tan esperado.
- ELVIRA. En mi dicha corta fué.
- GONZALO. ¿Qué bien a Sancha engañé!
- ELVIRA. ¿Qué bien al Rey he engañado!
- (Sale el REY.)*
- REY. Sancha, no quieren los cielos  
que tan esperado bien  
lo goce sin que me den  
pensión de sombras y velos.
- Debe el bien comunicarse  
con imposibles de verse;  
que humilde, vendrá a perderse,  
y fácil, a no estimarse.
- De Italia vengo medroso  
de tu vida; que el amor  
tiene la parte mayor  
en ti.
- ELVIRA. Menos cauteloso,  
don Sancho, os quisiera ver.
- REY. Gonzalo, yo soy perdido:  
que Sancha me ha conocido.
- GONZALO. ¿Porque yo venga a perder  
lo que mi privanza espera!
- ELVIRA. No desesperéis, señor:  
por mi rey os tengo amor,  
y solo por vos viniera.
- Elvira, como prudente  
me aconseja, y mal podría  
vencer ausente García  
el amor de un rey presente
- El engaño del papel  
me dijo, y creed, señor,  
que he estimado a gran favor  
la verdad del dueño dél.
- REY. ¿Tenéisle acaso?
- ELVIRA. No acaso  
guardo vuestras prendas yo.  
*(Ap.)* A Sancha se le olvidó  
de contento.
- REY. El alma abraso,  
Sancha, en descubierto amor.  
¿Deseos, resucitad!
- ELVIRA. ¿Queréis el papel?
- REY. Mostrad.
- GONZALO. Yo lo guardaré, señor.
- (Salen ESTOPIÑÁN y DOÑA SANCHA.)*
- ESTOP. Por tu riesgo solamente  
no hay luz: pero si la quieres...
- SANCHA. No importa.
- ESTOP. Dice que esperes,  
que ha sentido en casa gente,  
y hasta que se asegure,  
no es bien descansar contigo.  
¿El miedo que va conmigo  
no es menester que lo jure!
- SANCHA. Cuando las almas se ven  
con el fuego del amor,  
no dan las sombras temor.  
No tiene el alma otro bien  
sino a vos.
- ELVIRA.
- SANCHA. Estopiñán,

¿oíste una voz ahora?  
 REY. Vos sois la reina y señora.  
 ESTOP. ¿Cuando así estos miedos dan,  
 llaman a Santa Polonia!  
 ELVIRA. Que soy vuestra esclava os digo.  
 ESTOP. ¡Ea!, ya ha dado conmigo  
 la fantasma de Bolonia.  
 REY. Dadme a besar una mano.  
 ELVIRA. Hay que averiguar primero.  
 SANCHÁ. Conocer las voces quiero,  
 por más que me aflige en vano  
 el temor. ¡Válgame Dios!  
 ¿Esta no es la voz de Elvira?  
 REY. Si a este bien el alma aspira  
 y estamos solos los dos,  
 ya es prueba de poca fe  
 negarme el favor que os pido.  
 SANCHÁ. ¡Basta!, que de Elvira he sido  
 engañada bien se ve.  
 Dejóme sola en la calle,  
 por hurtarme el bien que espero.  
 ¿Ha habido intento más fiero?  
 ELVIRA. El bien no es razón negalle  
 a quien lo ha de poseer;  
 mas quien tiene tanto amor  
 tampoco niega un favor  
 por grande que venga a ser.  
 REY. Si veis que el alma os concedo,  
 ¿qué favor he de negar?  
 ESTOP. Aquí no hay más que aguardar.  
 ¡húmedo me tiene el miedo!  
 Topar quisiera la puerta,  
 por llamar a mi señor.  
 SANCHÁ. ¿Que contra a mi mismo honor  
 tan fiero engaño concierta  
 Elvira! ¡Plega a los cielos,  
 falsa hermana, que en tu daño  
 pagues llorando este engaño  
 con averiguados celos!  
 ¡Plega a Dios que en mano y pe-  
 donde tu galán se alivia. [cho,  
 halle un arenal de Libia,  
 de fieros áspides hecho.  
 REY. Mirad que vuestro me pinto.  
 SANCHÁ. ¡Plega a Dios que al velle el rostro  
 te descubra el sol un monstruo (1)  
 mayor que el del Laberinto!  
 ¡Plega a Dios que llegue a oír  
 por amoroso trofeo,  
 los suspiros de Tifeo.

que vierte fuego en suspiros!  
 ¿Si es mi esposo a quien preten-  
 que su voz no determino. [de?,  
 ¿Si no es que al concierto vino  
 quien en mi deshonra entiende  
 con el fingido papel?  
 ¿Hay más nueva confusión?  
 REY. Notable resolución;  
 vendréis a dar en cruel;  
 mas con humildad espero  
 venceros.  
 ELVIRA. Será excusado.  
 ESTOP. ¿Si la puerta me han tapiado?

*Salen al doel DON GARCÍA, y con el ESTOPESÁN.*

GARCÍA. ¿Desviáte, majadero!  
 REY. Todo con amor se acaba.  
 ESTOP. Como andamos a buscar  
 la puerta, quise llamar  
 y entendi que eras la aldaba.  
 SANCHÁ. Donde hay celos, no hay temor.  
 Más cerca quiero escuchar.  
 Podré mi daño estorbar.  
 ESTOP. Digo que hay dentro rumor [bre,  
 y he escuchado voz de un hom-  
 GARCÍA. ¿Voz de un hombre? ¿Y has oído  
 a Sancha?  
 REY. Como a rendido  
 podéis.

*Túrbase ESTOPESÁN.*

GARCÍA. ¿Que una voz te asombre!  
 Escucha.  
 ELVIRA. Si el alma os di,  
 es porque me deis de esposo  
 la mano.  
 GARCÍA. ¿Cielo piadoso!  
 ¿Qué escucho?  
 REY. Sancha, no vi  
 en tan discreta hermosura  
 tanto rigor.  
 ELVIRA. Si negáis  
 pensaré que me engañáis.  
 REY. Mi bien, vuestro amor me apura  
 tanto, que habéis de vencer...  
 ELVIRA. A la envidia, siendo vos  
 mi esposo...  
 GARCÍA. ¡Válgame Dios!  
 ¿Esto se puede creer?  
 ¿Sancha de otro amor rendida!  
 ¿Y hay hombre que a dar se atreve  
 la mano a quien hoy me debe

(1) En la edición: monstruo. Compárese página 234, columna b, línea 27.

la voluntad y la vida  
que en don Jaime no escarmien-  
Mas de suerte el mundo está [te?  
que no hay quien le guarde ya  
el respeto a un hombre ausente.

No fuera por más trofeo  
de quien le ha de hacer pedazos  
el gigante de cien brazos,  
si tuvo ciento Briateo,  
para cortalle cien veces  
la mano que le ha ofrecido.  
¡Celos, vuestra furia os pido!

(*Vanse.*)

ESTOP. ¡Dale un pan como unas nueces!  
ELVIRA. Pues mientras llega este día,  
contentaos con un abrazo.  
REY. Importa alargar el plazo,  
y no por voluntad mía;  
que hay a quien mirar primero.  
ELVIRA. Sé que tenéis que mirar.  
REY. Sancha, que os llevo a abrazar.  
SANCHA. Será el abrazo postrero.  
ELVIRA. Esperad, señor, que he visto  
luz en la sala. ¡Ay de mí!  
Bien y esperanza perdi.

*Érase ELVIRA. Sale DON GARCÍA con espada desnuda  
y una hacha encendida, y está SANCHA junto al  
REY.)*

GARCÍA. ¡Así un agravio resisto?  
¡Muere, villano!  
REY. ¿A tu Rey?  
GARCÍA. ¿Quién sino mi Rey hiciera  
que un agravio obedeciera  
ley de quien no guarda ley?  
Mas quiero, Rey, avisaros  
de mis pensamientos fieros,  
que traje luz para veros  
y espada para mataros.  
Mas quien la sustenta honrada,  
siempre a su Rey la humilló,  
aunque ahora os ofendió  
más la lumbré que la espada.  
Que a un Rey que vive tan ciego,  
pues que la lumbré tenéis,  
viene la antorcha que veis  
a ser espada de fuego.  
REY. Bien haces, loco García,  
en darme nombre de rey,  
pues que no se empeñe es ley  
jamás la persona mía.

Sancho soy el Bravo, y sabes  
que este brazo se eterniza  
haciendo el pecho ceniza  
de las montañas más graves.

Y que si valor publicas  
y yo me llevo a enojar,  
puedo despeñarte al mar  
mejor que el tebano a Licas.

Pero quien cñe corona  
de española autoridad,  
mate con la majestad  
y turbe con la persona.

Rinde las armas; mi guarda  
llamad, que espero en la calle.  
¡Más que ha de mandar matalle?  
Bien dices que me acobarda  
la voz de mi Rey; que sola  
a la más alta montaña  
la humilla, cual tierna caña,  
pero es montaña española;  
que saben guardar lealtad  
a su rey hasta los montes,  
si bien hay reyes Faetontes  
que despeñan la bondad.

Venga tu guarda, don Sancho,  
y quedará satisfecho  
tu rigor; que tengo el pecho  
ya para heridas muy ancho.

La espada rindo a tus pies,  
que como a su Rey se humilla;  
mas si ganó una cuchilla  
de tu guarda, es interés.

Noble la defensa, entonces  
verá el valor que publicas  
qué son en mis brazos ricas (1)  
montañas de acero y bronce;  
verá tu guarda española,  
que no hay más que encarecer,  
cómo la llevo a romper  
con una alabarda sola;

verás, a tajos y puntas,  
si tu venganza porfía,  
vivo el honor de García  
cuando tus guardas difuntas;  
veráste sin guarda aquí,  
ni poderte defender,  
tanto, que habrás menester  
que yo te guarde de mí.

SANCHA. Señor, si tiene el amor  
disculpa, clemencia pide

(1) En la edición: *lisas*.

su yerro, aunque ciego, impide  
vuestra clemencia y favor.

Mirad si os tiene respeto  
que, viniendo tan feroz,  
lo suspendió vuestra voz  
para tenello sujeto;

no es vuestra hazaña el matallo  
aunque le culpe la ley,  
y no estima en poco al Rey  
quien se confiesa vasallo.

No os conocí, de turbado.

GARCÍA. Ni aun a ti te he conocido:  
a ti por lo que has subido,  
y al Rey por lo que ha bajado.

SANCHÁ. Quizá te dará por mí  
satisfacción mi inocencia,  
que ahora está una sentencia  
amenazándote aquí.

(Salen DON GONZALO y la guarda.)

GOZALO. La guarda está aquí, señor.

¡Prendedle!

GARCÍA. Mucho poder  
tendrá quien me ha de prender.

SANCHÁ. Mira que estás sin valor,  
y es flaca tu resistencia.

GARCÍA. Si me rindo he de morir,  
y muero por no rendir  
el valor.

[GUAR. I.\*] En tu presencia  
¿se atreve nadie?...

REY. ¡Matadle,  
hacedle pedazos, muera!

(Salen DON LOPE y enmascarados. FORTÚN y DON ALVARO, todos con espadas desnudas, y pónense al lado de DON GARCÍA.)

LOPE. ¡Muera el que ofenderle quiera!

REY. Dicen bien: ¡teneos, dejadle!

LOPE. ¡Válgame Dios! Deslumbrado  
he venido: aquí está el Rey.  
Moros, teneos.

GARCÍA. ¿Esa es ley  
de noble vasallo honrado?

(Toma GARCÍA su espada y pónese al lado del REY.)

(Ap.) Ninguno la planta nueva,  
porque he de intentar matallo.

ALVARO. Pues ve a buscar un caballo.

GARCÍA. Ya es tarde.

REY. ¡A cosa muy nueva,

don Lope, atribuyo el veros  
contra vuestro Rey armado;  
venís muy bien despachado,  
mercedes pretendo haceros

por lo que me habéis servido  
en el oficio y jornada!

¿Venirme a ver con armada  
mano?

GARCÍA. ¿Pues aún no ha venido?  
LOPE.

No he venido para veros.  
señor, que esta noche misma  
llegué a Toledo; mis obras  
mis pensamientos publican.  
En vuestro nombre corrí  
la costa de Berbería,  
general de seis galeras,  
de española gente ricas;  
salió una mañana el sol  
sobre las playas moriscas,  
humildes a los leones  
que en el tafetán divisan.  
con la palamenta floja  
corrimos la costa limpia  
hasta doblar una punta,  
casi al expirar del día:  
a reconocer llegamos,  
y fué tanta nuestra dicha,  
que diez galeras de Argel  
para su suerte se animan;  
como campos de amapolas  
se descubren las crujías,  
que entre dulzainas y voces  
vibran venablos y picas;  
embistieron, esperamos,  
y antes que el sol en las tibias  
ondas tocara, cantaron  
nuestra vitoria sus ninfas:  
esclavos, armas, bajeles,  
que por escaparse lidian,  
gané; volví a Barcelona,  
como vuestro pliego avisa.  
hallé a don García en ella,  
y si amigos se apadrinan  
en las empresas de amor,  
mi atrevimiento lo diga:  
mas contra la real persona,  
primero el cielo permita  
que a manos de mis amigos  
muera sin honra en Castilla.

REY. ¿Qué moros enmascarados  
son éstos?

LOPE. ¿Cómo podría,  
viendo moros de la armada,

saberse nuestra venida?  
Quise que cubriendo el rostro,  
a caballo, en dos cuadrillas  
de máscaras, nos guardasen  
las personas.

REY.                               Acredita  
vuestro valor la verdad;  
y para que yo me sirva  
de vos, Capitán, prended  
a García.

LOPE.                           Causa es mía  
la que os toca a vos; perdone  
la amistad, que a tanto obliga  
la lealtad de un rey.

SANCHÁ.                       Mirad  
que va a morir.

REY.                           No entre el día  
a verle; una torre oscura  
sea su prisión.

GARCÍA.                       Pues la fía-  
de don Lope, te aseguro  
que será la noche misma;  
que, como le estimo en tanto,  
no he de permitir que digas  
para ofender su lealtad  
que las prisiones me alivia.

(*Llévanle.*)

GUARDA 2.ª   Señor, al estruendo y voces,  
aunque daba el caso prisa,  
pude olvidarme; sabrás  
que ganando las esquinas  
de la calle, a pie seis hombres  
a reconocer venían  
los que pasaban, y el uno,  
que a nuestro lado se arrima,  
cubriendo la voz y el rostro,  
dijo: "¿Su Alteza, por dicha  
entró en esta casa?"

REY.                           Y bien,  
¿qué inferis?

GUARDA 2.ª               Que sean espías  
de la gente de Aragón  
que va entrando por Castilla.

REY.                           ¿Soy don Sancho, salíos fuera!  
Mi Sancha, bien merecida  
tengo ya vuestra hermosura,  
pues como a cosa divina  
la gano a persecuciones.

SANCHÁ.                   ¿Vos a mí? ¿Cuándo?

REY.                                               ¿Es enigma  
de amor?

SANCHÁ.                   Engaño, a lo menos,

de quien me desacredita  
con vos, que a saber quién soy  
no ofendíerais a García.  
REY.                           ¿Por quien soy, que no os entiendo!

(*Sale DON TELLO.*)

TELLO.                       ¿Quién, si no mi Rey, podía  
honrarme tanto? ¿Es posible  
que habéis hallado a mi hija?  
¿Tanto cuidado, señor?  
¿No merecen cosas mías  
que se canse un rey por ellas!  
¿Mas, como las apadrina,  
quiere que vivan honradas!  
¿Miren si en vano seguía  
los pasos al Rey! Mañana  
pienso dejar concluida  
su boda, y será en mi aldea,  
y Vuestra Alteza se sirva  
de no salir de la corte  
para que no nos afiija  
la gente. Quiero a mis solas,  
con mi pequeña familia,  
celebrar su casamiento.  
Sancha, vamos.

SANCHÁ.                       Doña Elvira  
vino conmigo, señor.

TELLO.                       ¿Segura es la compañía!  
¿Dónde está?

SANCHÁ.                       Salíó a esa cuadra.

TELLO.                       Llámalá, pues.

(*Vanse.*)

REY.                           ¿Hay desdicha  
que a mi desdicha se iguale?  
¿Que de las manos le quitan  
a un rey lo que estima en más!  
Gonzalo, llama a García.

GONZALO.                   Iré en las alas del viento.

(*Vase.*)

REY.                           Vuelve con la misma prisa.  
¿Hay semejante suceso?  
¿Que la grandeza me impide  
lograr mi gusto? El remedio  
en nueva máquina estriba.  
¿Engaños, acreditadme,  
que si seguí la avaricia,  
avariento soy de amor!

(*Sale DON GARCÍA, DON LOPE y DON GONZALO.*)

GARCÍA.                   Cabeza tengo que rinda

REY. a tus pies, como te importe.  
Don Tello es quien hoy os libra  
de la muerte; ¿no le visteis?

GARCÍA. No, señor.

REY. Lleva a su hija;  
vuestra vida me pidió,  
y como es quien acredita  
mi reino, pudo vencerme  
su ruego; en saliendo el día  
le iréis a rendir las gracias.  
GARCÍA. Darélas infinitas.  
REY. Mirad que no os excuséis,  
porque será villanía  
no agradecerle este bien,  
demás que Tello os estima  
tanto, que en su aldea mañana  
que honréis las bodas guerra  
de Sancha y don Bernardino.

(Vase.)

GARCÍA. Apenas dejará limpia  
la Puerta del Sol (1) las hices  
que con su luz se acreditan,  
cuando visite a don Tello.  
Parece que desperdicia  
sus desdichas la Fortuna,  
pues atropelladas libran  
su ejecución en las horas,  
y aun le han de sobrar desdichas.

LOPE. ¿Ahora os acobardáis?

GARCÍA. ¿Qué griegos habrá que finjan  
máquinas en tanto fuego?  
¿Sancha, espera!

LOPE. ¿Aguarda, Elvira!

(Vase. Salen ELVIRA y SANCHA.)

ELVIRA. ¿No ha sido grande el engaño!

SANCHA. Es muy dañoso el suceso.

ELVIRA. Que fué por tu bien confieso,  
aunque fué el enredo extraño.  
Al fin, del Rey te libré.

SANCHA. No pelagra mi honor;  
aunque ya rindo al temor  
el alma, presa se ve  
de unas congojas mortales;  
Sancho sujeto a la ley  
de amor, y en efeto, Rey  
con amor y fuerza iguales,  
y preso mi esposo. Hermana,

¿si lo quiere el Rey matar?

ELVIRA. ¿Qué puedes tú remediar?

Será tu esperanza vana

de gozar tu amor, si hoy quedas  
casada con Bernardino.

SANCHA. Habrá en la muerte camino

para que llorarne puedas

primero que llegue el necio

a lograr hoy su deseo;

mas ¿si es el que hablando veo  
con mi padre?

ELVIRA. En un desprecio

nio conoce un amante

que no he de perseverar.

SANCHA. Yo no los pienso aguardar.

(Vase.)

ELVIRA. Pues vete, hermana, delante.

que yo el fresco de la huerta  
quiero gozar por un rato.

(Salen DON GARCÍA y DON LOPE.)

LOPE. ¿Seréis a mi dicha ingrato,  
cuando mi amor la concerta?

Seguid a Sancha, que va

sola, mientras hablo a Elvira.

GARCÍA. Ya Sancha a matarme aspira:  
de otro amor prendada está.

(Vase.)

ELVIRA. ¿Este es Lope? ¿Habrà venido  
de la jornada?

LOPE. Señora,  
un pobre...

ELVIRA. Perdona ahora.

LOPE. ¿Sabéis qué limosna os pido?

No hay de ninguna qué os dar.

LOPE. Vuestra persona promete  
gran caudal.

ELVIRA. Pues ¿quién le mete

a un pobre en averiguar

si es rico el dueño de casa?

Otra vez llame primero,

que si es pobre majadero

y de los portales pasa...

LOPE. ¿Mataréisme?

ELVIRA. No, en verdad,  
aunque es sin disculpa el yerro;  
mas puede salir un perro  
que os haga la caridad

(1) En la edición: las puertas.

en quitaros la salud.  
 LOPE. Por vos fuera bien perdida,  
 pues me curarais la herida.  
 ELVIRA. No tengo tanta virtud.  
 Hermano pobre, id con Dios.  
 LOPE. ¿Tan presto me despedís?  
 ELVIRA. Pues ¿qué me queréis? ¿Venís  
 a que me pasee con vos?  
 ¿Pesado sois en pedir!  
 LOPE. Dadme limosna, y me iré.  
 ELVIRA. Porque os vais os la daré.  
 LOPE. Pues mirad que he de venir  
 cada día a importunaros.  
 ELVIRA. Yo no doy limosna a dos;  
 viene primero que vos  
 otro.  
 LOPE. ¿Y no podéis cansaros  
 y mudar de parecer,  
 viendo mi necesidad?  
 ELVIRA. Sí, que todo es caridad.  
 LOPE. Déjeosla el cielo tener.  
 ELVIRA. Quedaos, porque tenéis talle  
 de entraros en mi aposento.  
 LOPE. Animame el bien que siento.  
 ELVIRA. Pues sentidlo allá en la calle.  
 LOPE. Si ésta es pobreza, jamás  
 a buscar más bien me obligo.

(Salen DON TELLO y DON BERNARDINO.)

TELLO. ¿Queréis casaros conmigo?  
 Porque ya no falta más.  
 LOPE. Don Tello viene, y no es bien  
 que sin avisar me vea. (*Íase.*)  
 BERNARD. ¿Quién impide que no sea  
 Sancha mi esposa?  
 TELLO. No hay quién,  
 sino ella.  
 BERNARD. Haced por mí  
 vos lo que el alma procura  
 ¿Y desposarás el cura  
 con sólo que yo os dé el "sí"?  
 ¿Cuerpo de Dios! ¿No miráis  
 que anoche se quedó fuera?  
 BERNARD. Y honrada quedar pudiera.  
 TELLO. ¿Mujer en duda buscáis?  
 Mas quien habla como vos,  
 que busca llevo a saber  
 el deleite en la mujer,  
 y no el servicio de Dios.  
 Tener los dos no es razón  
 por lo que el mundo señala  
 hija en opinión de mala.

y vos no buena opinión.  
 Quien pudo anoche tenella  
 es el que puede casarse,  
 que él puede con ella honrarse,  
 vos afrentaros con ella.

(Sale un CRIADO.)

CRÍADO. El Rey a la puerta está.  
 TELLO. Con decir que lo excusara,  
 yo quisiera que me honrara  
 menos.  
 BERNARD. Ahora podrá  
 con real autoridad  
 hacer que a Sancha me deis.  
 TELLO. ¿El Rey? ¿Qué poco sabéis!  
 Tarde os la diera, en verdad,  
 aunque en su mano estuviera.  
 Salgámosle a recibir,  
 pues no se quiere servir  
 de dejarnos.

(Salen el REY y DON GONZALO.)

REY. Mal pudiera  
 mi voluntad excusarse  
 de mirar por vuestro honor.  
 TELLO. Yo lo estimo a gran favor.  
 REY. Para que pueda guardarse  
 más bien, os vengo a avisar  
 cómo ha venido García.  
 TELLO. No sé tal.  
 REY. Pues ¿quién podía  
 vuestra deshonra buscar,  
 sino él? El fué el ladrón  
 de vuestra hija.  
 TELLO. ¿Tal pasa?  
 REY. Yo le hallé en tu misma casa  
 anoche; que si a ocasión  
 más oportuna llegáis,  
 dél os pudiérais vengar.  
 TELLO. ¿Que un rey me quiera engañar!  
 GONZALO. Don Tello, ¿de qué dudáis?  
 En Toledo está García;  
 este papel le envié  
 a Sancha; por él salió.  
 REY. Vuestra hija le tenía,  
 y buscando algún indicio  
 para poder conocer  
 a quien os pudo ofender,  
 hice de juez el oficio;  
 halléle el papel, y vengo  
 a que prevenido estéis.



TELLO. Muy gran cuidado tenéis,  
menor es el que yo tengo;  
mas huélgome de saber  
que esté en Toledo García.  
BERNARD. Será la venganza mía  
cierta.

*(Salen GARCÍA, y SANCHÁ, deteniéndole.)*

GARCÍA. Déjame, mujer.  
SANCHÁ. Oye la satisfacción  
de una verdad clara y pura.  
REY. Mirad cuán presto procura  
pagar el hurto el ladrón.  
¡Vive Dios, que he de vengaros,  
por más piedad que mostréis!  
TELLO. Obedecido seréis.  
REY. ¿Tanto ha podido cegaros  
un desatinado amor?  
SANCHÁ. ¡Mi padre y el Rey, García!  
REY. Pues ya os ha llegado el día  
de mi justicia y rigor.  
GARCÍA. ¿Porque con Sancha me ha vis-  
pierde la prudencia el Rey? [to,  
REY. ¡Bien presto sabréis que hay ley!  
GARCÍA. ¿Cuándo a vuestra ley resisto?  
REY. Y más a la que os condena  
a morir.  
GARCÍA. Seguro puerto.  
BERNARD. Yo soy la parte del muerto  
Jaime, y con tan justa pena  
os pido que castiguéis  
su delito, porque borre  
nuestra ofensa.  
REY. En una torre,  
de quien alcaide seréis,  
don Gonzalo, quede él preso  
hasta que en mi tribunal,  
guarda[n]do justicia igual,  
quede concluso el proceso;  
y, con pena de traidor,  
mando que amigo o pariente  
no le vea.  
GONZALO. Es conveniente  
que uséis de tanto rigor.  
REY. Don Tello, ¿no gustáis vos  
de esta prisión?  
TELLO. Es tan justa,  
que aun hasta mi hija gusta.  
SANCHÁ. Mejor salud os dé Dios.  
REY. Pues ponedle a buen recado.  
TELLO. Don García es caballero,  
señor, y pediros quiero,

tenedlo por acertado:  
supuesto que han de impedirle  
que ni criado ni amigo  
entre, que lleve consigo  
alguien que pueda serville,  
porque es riguroso trato,  
aunque su delito es fiero,  
que no tenga un caballero  
alguien que le sirva un plato.

¡Mi hija gusto que vaya,  
de caridad solamente.

REY. Es caridad imprudente.  
TELLO. Para otra mayor se ensaya;  
y en obras de caridad  
sólo ha de mirarse el bien.  
Sancha, serville muy bien,  
con mucha puntualidad.

SANCHÁ. Señor, es la obra tan pia,  
que le he de servir con gusto.

REY. ¿Qué decis?

TELLO. El caso es justo,  
por ser quien es don García.

REY. Aunque de hecho pudiera  
estorballo, no es razón  
que conozca mi pasión.

BERNARD. Jamás de vos entendiera...

TELLO. Mi hija le ha de servir.

REY. Mirad que es en ella bajeza.

TELLO. Téngalo a bien Vuestra Alteza;  
porque, ¡vive Dios, que ha de ir!

## JORNADA TERCERA

*(Salen DON TELLO, DOÑA ELVIRA y DON LOPE.)*

TELLO.

Sin duda presumís, señor don Lope,  
que es tan poco el valor de aqueste pecho  
que no pueda sufrir cualquier desgracia.

LOPE.

Digo, en suma, señor, que don García,  
quedando, como veis, preso en la torre  
por antojos del Rey, sin que le obligue  
su ilustre sangre ni que fué su abuelo  
don Pelayo Correa, el Gran Maestre  
de Santiago, que ganó en Sevilla  
más laureles y palmas que Alejandro  
en el Oriente, estando, como he dicho,  
aprisionado, pero muy contento  
con la dichosa y dulce compañía

de vuestra hija, con calumnias falsas  
don Gonzalo y don Juan, del Rey criados,  
le acusaron ante él por el delito  
de lesa majestad que conspiraban  
sus deudos contra el Rey para matarle;  
y lo que más el alma siente y llora  
es que los dos traidores, vengativos,  
del mismo crimen acusaron luego  
a doña Sancha, que intentaba, dicen,  
si el Rey entrase a verla...

TELLO.

¿Quién? ¿Mi hija  
contra Su Majestad?

LOPE.

Que es testimonio  
dice todo el lugar, lleno de lástima  
que al Rey le quería dar mortal veneno.

TELLO.

‘No puede ser, habiéndola engendrado  
don Tello de Meneses. ¡Ah, traidores!  
¿Qué os ha hecho mi sangre?

LOPE.

Al fin, don Sancho,  
después que a muerte condenó sus vidas,  
preso de la pasión y del enojo,  
dejó ablandarse de piadosos ruegos  
y templó la sentencia; mas de suerte  
que han de llamar mil veces a la muerte.

TELLO.

¿Y es cómplice también don Bernardino  
en la maldad de tan villanos hombres?

LOPE.

Es caballero, y no me persuado,  
si bien se habrá de holgar que mano ajena  
le vengue del agravio de García  
en matar a su primo y en quitalle  
a vuestra hija. En suma, desterrado  
salió con pregón público, y con pena  
de muerte que ninguno ni le ampare  
ni dé sustento.

TELLO.

¡Oh, golpes de Fortuna!

LOPE.

Pues no es éste el mayor, que los traidores  
no se contentan hasta verle muerto.

TELLO.

Pues ¿qué les mueve?

LOPE.

Envidia solamente  
de ver que si volviese don García  
a la gracia del Rey, ha de quitalles.  
por justas causas, la privanza suya,  
sin conocer que el bien que ahora tienen  
se lo deben a él, pues fué tercero  
para que al Rey sirviesen en Palacio.

TELLO.

¿Este premio se espera de hombres viles!

LOPE.

Esta es la causa porque el hecho emprendo,  
cuando no por justicia por sus manos.  
Salieron con el Rey a caza ahora,  
donde piensan matar a don García,  
pues va sin armas, desterrado y solo;  
mas como la venganza en viles pechos  
es un volcán ardiente, por la boca  
reventó este secreto, a pesar suyo;  
y yo, que en el amparo de García  
me he desvelado, sin que el Rey entienda  
que voy contra el pregón, con un criado  
le envié una espada, con aviso y orden  
que se la deje en medio del camino  
en viéndole llegar; que de dos hombres  
bien podrá defenderse, y aun de cuatro  
si son traidores y de sangre baja;  
y a vuestra hija, ¡gran dolor!, la llevan  
a un castillo seis leguas de Toledo,  
donde han trazado que de hambre muera.

TELLO.

Si es al castillo de Matanzas, fácil  
será su muerte, a un tiempo con la mía.

LOPE.

¡Ah, rey don Sancho! ¿Qué furor te guía?

TELLO. Dadme un caballo.

ELVIRA. Señor,

¿adónde vas?

TELLO. ¿A morir!

LOPE. Ved en qué os puedo servir.

TELLO. En que aquí guardéis mi honor  
tendrá a merced muy crecida;  
mientras a sus pies me arrojo  
del Rey, templaré su enojo,  
o no volveré con vida.

- LOPE, a mi Elvira os encargo,  
que es del alma la mitad.  
LOPE. Debéislo a nuestra amistad;  
pero diferente cargo  
me podéis encomendar.  
ELVIRA. ¡Y es lo que más él desea!  
TELLO. Bien sé, Lope, en quién se emplea.  
LOPE. No me atreveré a guardar  
a una mujer.  
TELLO. Si de vos  
guardáis a Elvira, yo sé,  
Lope, que seguro iré.  
LOPE. Mi amor sabe, ¡vive Dios!  
Pues, señor, si sospecháis  
que puedo el honor mancharos,  
¿para qué queréis fiaros  
de quien mal seguro estáis?  
TELLO. Porque, si bien lo advierto,  
mi confianza causó,  
no el venir sin veros yo,  
sino el saber que venís;  
y así, no os parezca impropio  
fiar de vos esta carga,  
que a un noble jamás se encarga  
prenda que la robe él propio.  
Con esto os niego el venir  
oculto para negar,  
porque así sabréis guardar  
prenda que os han de pedir.  
(*Vase.*)  
ELVIRA. [*Af.*] Pienso que mi padre igno-  
que ya me parece bien [*ra*  
don Lope.  
LOPE. [*Af.*] ¡Cielos, que estén  
las luces que el alma adora  
donde contemplallas pueda  
sin que me aflija el temor!  
ELVIRA. Ya la fiereza y rigor  
del Rey me ha causado miedo;  
don Lope es bien que celebre  
de Amor las venturas hoy;  
llegó a buen tiempo, que estoy  
muerta porque me requiebre.  
¿Qué mesurados estamos!  
¿Pues el que ha de ser marido  
calla? ¿Si el tiempo ha venido  
que las mujeres rogamos?  
LOPE. [*A Don LOPE.*] Señor don Lope,  
ELVIRA. Señora?  
Mucha gravedad tenéis;  
según eso, ¿no queréis  
limosna?  
LOPE. No, por ahora.  
ELVIRA. Pues ¿de qué sirve venir  
sin pedilla?  
LOPE. Hanme mandado  
que guarde la que me han dado  
y que no vuelva a pedir.  
ELVIRA. ¿Que así la vergüenza os cuadre,  
cuando yo me ofrezco a darla?  
LOPE. Yo no me atrevo a tomarla  
delante de vuestro padre.  
ELVIRA. ¿Adónde mi padre está?  
LOPE. En vuestra presencia.  
ELVIRA. ¿Adónde?  
¿Si alguna nube lo esconde?  
LOPE. Ningún estorbo podrá.  
ELVIRA. Sólo vos estáis aquí.  
LOPE. Pues yo vuestro padre soy.  
ELVIRA. Guardando respeto os voy.  
LOPE. ¡Por él, cuando no por mí.  
Suele dar el que está au-ente  
poder a un amigo honrado  
porque en el caso tratado  
su persona represente;  
vuestro padre me dejó  
poder de mirar por vos,  
doña Elvira, y sabe Dios  
cuánto el amor lo sintió;  
que como una mujer causa  
los cuidados que prevengo  
por vuestro padre, no tengo  
lugar para hacer mi causa.  
ELVIRA. Muy corto poder os dió  
quien tanto quiso fiaros.  
LOPE. Fué poder para guardaros,  
pero para hablaros no;  
y así, hija, os retirad  
a vuestro cuarto, y no os vea  
a la ventana.  
ELVIRA. No crea  
tal de mi vuesa merced (1).  
LOPE. Sois mi hija, en cuyo es-  
projo la virtud se puede ver.  
(*Vase.*)  
ELVIRA. Tanto usa ya del poder,  
que lo considero viejo.  
(*Salen TELLO y LOPE con un papel y una espada.*)  
TELLO. ¡Plega a Dios que haya llegado  
(1) *Señal de la merced sea.*

a tiempo! Este es el lugar  
de mi señor señalado,  
pues por él ha de pasar  
don García.

(Sale DON GARCÍA.)

GARCÍA. ¿Que ha dejado  
de perseguirme un momento!  
Aunque, si las penas cuento  
que me da mi amor perdido,  
hallo que milagro ha sido  
tener vida en tal tormento.

TEOBALDO. ¿No tengo poca ventura!  
El verá luego la espada,  
con que su hecho asegura,  
pues aunque haya gente armada,  
lmscar su ofensa es locura.

(Vase.)

GARCÍA. ¿Para qué a vivir aspiro,  
¡cielos!, cuando me retiro  
ya de mi prenda adorada?  
¡Con un papel, una espada!  
La enigma y el caso admiro.  
A mi el sobre escrito dice.

(Léelo.)

"Aunque al dolor que te lleva,  
llevar armas contradice,  
porque en ti ha de hacerse prueba,  
aqueste favor recibe." (1) [do  
¡Cielos, que aún no me han deja-  
traidores!, que quien me ha dado  
espada desto me avisa.

(Salen con máscaras DON GONZALO y DON JUAN y  
otros dos.)

GONZALO. No es menester tanta prisa,  
que junto el bien ha llegado.

(Pónense las máscaras.)

GARCÍA. Quiero agradecer el don  
gozando de la ocasión.

(Ve gente.)

JUAN. Embistamos.  
GARCÍA. Que la vida

bien parece defendida:  
cuatro los traidores son.

Por mi la fiesta se ordena;  
mas, si Dios quiere librarme,  
ocasión y espada hay buena.  
¡Ea!, yo pienso arrojarne,  
que me da el espacio pena.

GONZALO. Quiero llegar, que podría  
acabar la cortesía  
lo que no pueden aceros.  
GARCÍA. ¿Pasaremos, caballeros?  
JUAN. ¿Sin alma?

GARCÍA. Vivo querría.  
JUAN. Pues ahora lo veremos.

(Metén mano.)

GARCÍA. Pues yo lo veré también.  
GONZALO. Amigos, ¿qué pretendemos,  
si ya no tenemos quién  
ofenda al león que vemos?

(Mételos a cuchilladas y sale rindiendo a DON GON-  
ZALO.)

GARCÍA. ¿Rinde la espada, enemigo!  
GONZALO. Persona y espada están  
sin fuerza; tu gusto sigo.  
GARCÍA. ¿Eres tú el vil capitán  
del fiero escuadrón?

GONZALO. Conmigo  
venían a cierto efeto.  
GARCÍA. ¿Luego encubres el secreto  
de quien te puede matar?  
GONZALO. Di que habré de confesar,  
sin ponerme en tanto aprieto.

GARCÍA. Descíbrete, porque quiero  
conocer a hombre tan fiero,  
pues sin que razón le sobre  
busca a un caminante pobre  
para matarle.

GONZALO. Yo muero  
de vergüenza y de temor.  
GARCÍA. Don García, ¿adónde estás?  
Cubre el rostro engañador  
porque no me ofendan más  
los reflejos de un traidor.  
¿Tú me has afrentado?

GONZALO. Si.  
GARCÍA. ¿Por qué?

GONZALO. Porque me venci  
de la envidia, que me instiga;  
ella y la ambición me obliga.

(1) Recibe, sie.

GARCÍA. ¿Que quieres mostralla en mí?  
¿Qué te he hecho?

GONZALO. Mucho bien.

GARCÍA. Y tú, ¿qué me has hecho?

GONZALO. Mal.

GARCÍA. Pues, dime, ¿cómo no ven tus ojos que no es igual al firme amor el desdén?  
¡Selvas de agradable estruendo, decidlo al Rey, mi señor!  
¡Adiós! Caminad corriendo; decid que el mismo traidor confiesa que no le ofendo.  
¡Vete, apresura el andar!

GONZALO. ¿Qué quieres hacer?

GARCÍA. No verte; porque procuro olvidar tu nombre, por no ofenderte, si me acabo de enojar.  
¡Honra los cielos te den, cuando a mi me hicieres mal!  
Vete, y conoce también que te quiero hacer leal, a puro hacerte bien.

(*Pause. Salen ORDOÑO, LAÍN, INFANTA y gente.*)

INFANTA. Ya os he dicho que mi padre por medianera me envía.

ORDOÑO. ¿Y si don Sancho porfía?

INFANTA. No habrá entonces qué me cuadre más que el rigor de la guerra.

ORDOÑO. Mil y quinientos infantes, para el intento importantes, nos siguen ya por la tierra de Sancho; a la deshilada, por diferentes caminos, de pobres y peregrinos viene entrando disfrazada la gente, aunque el limpio acero, para hazañas peregrinas, encubren las esclavinas.

INFANTA. Reducir a Sancho espero.

ORDOÑO. El vive tan descuidado de los contrarios que tiene, que dicen que se entretiene fatigando el monte y prado, siempre en la caza, y que apenas para la guerra que aguarda hay en sus castillos guarda, ni pendón en sus ahienas.

INFANTA. Todo es arrogancia y brio; su descuido nos conviene.

(*Sale BERMUDO.*)

BERMUDO. Ya tus venturas previene el cielo.

INFANTA. Del cielo fio que ha de ampararme.

BERMUDO. Jimén, Pelayo, Osorio y Fruela, que cada cual se desvela, con riesgo suyo, en tu bien, con el disfraz peregrino, al Rey don Sancho encontraron.

INFANTA. ¿Iba solo?

BERMUDO. Sí, y le hallaron atravesando el camino que va la sierra buscando, como ciervo, alguna fuente por matar la sed ardiente; y ellos le vienen guiando adonde estás, porque piensa que a alguna fuente le guían.

ORDOÑO. Mal hacen los que se fian, olvidados de la ofensa.

INFANTA. Ordoño, ¿qué hemos de hacer?

ORDOÑO. Que nuestra dicha esperemos encubiertos.

INFANTA. Gozaremos, sin que se llegue a perder un soldado, el bien mayor que darnos la paz pudiera. Premios de mi mano espera, noble Bermudo.

BERMUDO. El que amor tiene a sus reyes, jamás puso la mira al favor, porque su favor mayor lo libra en servillos más.

INFANTA. Quedaréme, si te agrada, para avísalllos también.

INFANTA. Forzoso es que salga bien, trazando Amor la emboscada.

(*Pause y sale DON TELLO.*)

TELLO. ¿Que se me canse el caballo buscando al Rey! ¿Qué he de hacer? Pienso que me da a entender ¿ver? que no me canse en buscallo.

BERMUDO. ¿Suerte dichosa! Ya vienen los peregrinos soldados con el Rey; de acero armados, buena fuente le previenen.

TELLO. Pázca la yerba agostada

- mientras cobra nuevo aliento:  
y que yo a sentir me siento  
la ocasión de mi jornada.  
¡Ay, hija! ¿Quién os besó  
la muerte que ya esperáis?
- Salen JIMÉN y OSORIO, de peregrinos, con espadas  
debajo, y el REY.*
- REY. Parece que me guiáis  
tan perdidos como yo.
- JIMÉN. Al pie de esa montaña  
hay una fuente, señor.
- REY. Volverme será mejor:  
que en arrimando la espuela  
al caballo, fácilmente  
descubriré algún lugar.
- BERMUDO. Ya no se podrá escapar.
- OSORIO. Cerca estamos de la [fuente] (1),  
y por aquesta maleza  
sirve ya poco el caballo.
- REY. Hice muy mal en dejallo.  
Muy torpe anduve.
- OSORIO. Su Alteza,  
pues nosotros le guiamos,  
nos siga.
- REY. Ya mudé intento:  
agradecido me siento.  
Id con Dios.
- OSORIO. No nos cansamos.  
Para que el camino tuerza,  
bien cerca la fuente esta.  
Beba y volverse podrá.
- REY. Pues ¿he de beber por fuerza?
- OSORIO. Yo pienso que sí.
- REY. *(A f.)* Y yo pienso  
que en esta resolución  
se encubre alguna traición.
- BERMUDO. El Rey los mira suspenso,  
y no prosigue el camino.
- OSORIO. ¿Qué siente Su Alteza?
- REY. Siento  
que es peregrino el intento  
de hablarme así un peregrino.
- TELLO. Rumor en los oídos suena  
de gente. ¿Quieran los cielos  
que mis turbados desvelos,  
para alivio de mi pena,  
hallen quien del Rey me diga!
- REY. ¿Y sois mi vasallo vos?
- OSORIO. No, Sancho.
- REY. ¿Valgame Dios!
- El corazon se fatiga  
con sospechas.
- TELLO. ¡Dulce suerte!  
Al Rey, mi señor, he hallado.  
La caza le habrá cansado.  
El traje vuestro me advierte  
que peregrinando vais  
por algún voto ofrecido,  
y es bien, ya que habéis venido  
a Castilla, que volváis  
acomodados mejor.  
Si os da la pobreza pena,  
de mi mano esta cadena  
tomad, y no por favor,  
sino para que el camino  
su precio pueda aliviar.
- OSORIO. Prenda nos habéis de dar  
Don Sancho, a lo que imagino,  
de más valor.
- TELLO. No quisiera  
quitalle el gusto que tiene  
ahora el Rey.
- REY. Hoy no viene,  
para que daría pudiera,  
conmigo prenda mejor.
- OSORIO. Seralo vuestra persona.
- REY. ¿Y sera quien os abona,  
como vos, también traidor!  
¿Habiéndome conocido,  
villanos, os atrevéis?  
¿En qué riesgo me ponéis,  
cielos!
- OSORIO. Tan noble ha nacido  
el que encubre este sayal,  
que no estima. ¡vive Dios!,  
por prenda menos que a vos.
- Mete mano, y el REY.*
- REY. ¿Y quien no siendo mi igual  
mide la espada conmigo  
sin resabios de traidor?
- TELLO. ¿Ha habido ocasión mejor  
para el intento que sigo?  
Valiéndole en este aprieto  
su gracia he de merecer.
- Mete mano.*
- JIMÉN. ¿Quién le ha podido valer,  
en un lugar tan secreto?
- BERMUDO. Rayos escupe la espada  
del viejo.
- OSORIO. ¿A la sierra, amigos!

TELLO. Pocos son los enemigos  
para ser traición pesada.

(*Llévalos.*)

REY. ¡Qué fiero los acuchilla!  
¿Quién será mi valedor?  
Merece, por tal favor,  
la corona de Castilla.

Ya le huyen, y él, gallardo,  
vuelve de valor vestido.  
Ya le espero agradecido;  
ya con los brazos le aguardo.

(*Sale DON TELLO.*)

TELLO. Nadie os procure ofender  
aunque traiga un mundo entero,  
si yo gobierno este acero.

(*Úelele el REY las espaldas.*)

REY. ¿Vos sois?

TELLO. Pues ¿quién puede ser  
sino don Tello, señor,  
el que os libre, aunque volviendo  
el rostro me estáis diciendo  
que no estimáis el favor?

A espalda vuelta, cual veis,  
huyen de la muerte aquí,  
y vos, por matarme a mí,  
las espaldas me volvéis.

Las veces que el Rey libró  
la venganza en sus enojos,  
dió la muerte con los ojos,  
mas con las espaldas canas.

Cuando un agravio se olvida,  
da por las espaldas muestras;  
mas vos lo echáis a las vuestras  
para quitarme la vida.

Volved vuestras soberanas  
luces, que, aunque exhalen fuego,  
yo podré temprarlas luego  
con la nieve destas canas.

REY. Mirad si os pudo importar  
favor tan sin esperanza,  
que se llevó la venganza  
y dejó el disimular.

Y para que conozcáis  
la merced que os vengo a hacer,  
mirad las que puede haber  
en permitir que viváis.

TELLO. Pues, señor, sólo querría,  
pues tantos bienes me hacéis,

que una palabra escuchéis  
al desterrado García.

REY. El Rey, al que quiso bien,  
ausente ha de castigallo;  
porque si llega a escuchallo  
lo ha de perdonar también.

Quien llega a la real presencia  
con la licencia del Rey,  
ya lleva, por justa ley,  
el perdón en la licencia.

TELLO. No importan esos desvíos,  
como os sepa yo agradar;  
que le habéis de perdonar  
a puros servicios míos.

(*Vanse. Sale DON GARCÍA.*)

GARCÍA. No sé si podrá en la Libia  
abrasar tanto la arena;  
parece que el fuego mismo  
le presta su ardiente fuerza.  
A la sombra desta torre,

(*Siéntase.*)

si la sombra no me niegan,  
podré esperar que la hambre  
vuelva al cuerpo en poca tierra.  
Mas ¿quién me ha hecho tan po-  
¿No tengo estados y rentas, [bre?  
mayordomos, maestresalas?  
¡Hola! Ponedme la mesa,  
y traeráse la comida.

Bien podéis, que estoy de priesa.

¿Ya no veis que a sus horas  
quiere comer su excelencia?

¿Qué hay para principio? ¡Frutas!

Que son vitorias muy buenas  
de tus pasados. ¿No comes?

No; porque son fruta seca.

El Rey las estima en mucho  
las veces que se las llevan.

Supiéronle un tiempo bien;  
ya no las come; volvedlas.

Descubrí ese plato. Tiene  
traiciones. ¡Jamás son buenas!

Saben mal y huelen mal;

¡pues en verdad que son frescas!

Dadme el postre. Aquí le tienes.

Descubridle. ¿Qué es? ¡Paciencia!

Darésmela en el camino,

¡que así un hombre se divierta!

Beber quisiera; no hay agua;  
ahora la sed me aprieta.

Todo es arenal, no hay fuentes  
ni arroyos trepando suenan.  
Un hombre viene cantando;  
parece que entona endechas.  
No quiero quitarle el gusto;  
cante, y después pedirélas.

(Sale un SEGADOR cantando.)

SEGADOR. Al mejor de los vasallos,  
al espejo de Castilla,  
el Rey, mal aconsejado,  
con mal semblante le mira.  
Traidores le quieren mal,  
y con el Rey le malsinan;  
ét es fácil; falsos ellos.

GARCÍA. Mataránme si porfían.

SEGADOR. Su esposa, noble y honesta,  
y más que los cielos linda,  
porque de esposa le dió  
la mano, también pelagra.  
Sola está en aquesta torre,  
y hambre y sed la fatigan;  
de suerte que hasta las aves  
les pide el sustento a prisa.  
Morirá, sin duda alguna.

GARCÍA. No muera, segador, viva;  
denle la vida los cielos.

SEGADOR. Los cielos le den la vida.

GARCÍA. Traidores no han de ser parte,  
por más que el peligro aflija  
a que muera un ángel bello.  
Señora inocente mía,  
respondedme, si no estáis  
en otra región más limpia  
pisando alfombras de estrellas.

(SANCHÁ, a la torre.)

SANCHÁ. ¿Quién a llamarme se arrima?

GARCÍA. Señora, bien de mi alma.

SANCHÁ. Dueño y señor de mi vida,  
aunque ya tengo tan poca  
que no es la hacienda rica.  
¿Que os vuelven a ver mis ojos?

GARCÍA. Decidme lo que os fatiga  
en vuestra prisión, mi bien.

SANCHÁ. Con extraña tiranía  
me roba el alma la sed.  
¿Agua, señor!

GARCÍA. No se cria  
en esta tierra desierta  
agua, por nuestra desdicha;

que el sol y la arena forman  
otro volcán (1) de Sicilia.  
Segador, piedad te pido,  
y un ángel te lo suplica;  
morirá si agua le niegas  
y el rigor del bando miras.  
¿Agua, don García!

SANCHÁ.

SEGADOR.

¿Cielos!

¿Dichoso agosto! ¿Qué miras?  
¿Vos sois don García?

GARCÍA.

Soy.

¿quien derribó la envidia.  
SEGADOR. Por vos y por vuestra esposa  
iré a la nevada Scitia  
por el cristal de sus montes  
cuando aquí el agua me impidan.  
¿Por vos moriré mil veces!

(Sale.)

GARCÍA.

Ya vuestro bien solicitan.  
¿Ah, cielos! Sufrid un poco,  
vuestro valor no se rinda.  
Mas ¿qué rumor de caballos  
suenan? Díos mis pasos rija.

SANCHÁ.

Entre esas rotas paredes  
que con esta torre alindan  
podréis tener, mientras pasan,  
vuestra persona escondida.

GARCÍA.

Para libraros, señora,  
vuestro esposo es bien que viva.  
¿Quién eran, si conocistes?

SANCHÁ.

Por lo menos, los traidores,  
que con voces y ecos tristes,  
huyen los rojos ardores  
del sol; venturoso fuistes  
en que no os vieses.

GARCÍA.

Segura

está con vos la ventura,  
señora, de parte mía.  
SANCHÁ. El Rey con ellos venia.

SANCHÁ.

GARCÍA.

¿Qué intenta?

SANCHÁ.

Sólo procura  
ahora matar la sed.  
El agua, cual ciervo herido,  
busca.

GARCÍA.

¿Dios le hará merced!

(Sale el SEGADOR con un cantarillo.)

SEGADOR.

¿Pardios que vengo molido!

(1) En la edición bulcan.



Aquí está el agua; bebed presto, que el peligro es tanto que aun para llegar me espanto cómo tuve atrevimiento...

GARCÍA. Amigo, tu buen intento te ha de librar.

SEGADOR. Entre tanto que bebéis, quiero escapar del riesgo como una cebra. Pero quiéroos avisar que si el cántaro se quiebra que me lo habéis de pagar.

(Vase. Sube el cántaro con unas cintas.)

SANCHA. Anduve descomedida; pero mi sed atrevida en la vuestra no miró.

GARCÍA. Si miró; pero advirtió que era la vuestra mi vida.

Bebed, señora.

SANCHA. ¡Dios mío, tanto bien, tanto favor!...

(Sale el REY, DON GONZALO y DON JUAN.)

REY. ¡Cielos, oírecedme un río adonde temple el calor del pecho!

GONZALO. ¡Fogoso estío, no des lugar a que muera!

SANCHA. Tanto la sed persevera del Rey y que agua no halle...

GARCÍA. ¡Cielos! ¡Quién pudiera darme al Rey la cántara entera!

(Baja el cántaro por la cinta, sin beber.)

SANCHA. Caballeros, perdonad, y esta cántara tomad para que la sed matéis.

REY. Amigos, ¿que el bien no veis?

GARCÍA. ¡Oh, inescrutable bondad de Dios! ¡Eres Dios, en fin, que desde el principio al fin del mundo das orden cierta! Llámese aqueste destierro desde hoy el de Rafidín.

(Bebe el REY.)

REY. ¿Quién este bien me envió?

SANCHA. La que aquí matar queréis; pero si algo mereció,

os suplica perdonéis a quien el agua me dió.

(Mírala el REY, y vase.)

¿Han bebido?

GONZALO. Y satisfecho la ardiente sed.

SANCHA. Buen provecho os haga.

JUAN. Pues ahora mide con lo que la envidia pide la furia de nuestro pecho.

GONZALO. Si es por esto, hecho está.

(Quiebra el cántaro.)

GARCÍA. ¡Jesús, qué hecho inhumano!

SANCHA. Perdi la esperanza ya con la vida.

GARCÍA. ¡Cruel tirano!

¿Qué furia en tu pecho va?

SANCHA.

¡Oh, bárbaros tiranos, indomables leones; más que del campo de Masilla fiero, en estos secos llanos, como en Libia, escorpiones os den la muerte que llorando espero. Amigo verdadero no le tengáis jamás. Búsqueos la muerte con asechanza vil, con brazo fuerte. Arsénico gustéis en la comida y muerte en la bebida si os concediere el cielo alegres bodas, mientras se ordena el amoroso empleo. Las muertes que os deseo, todas se juntan porque os maten todas.

(Vase.)

GARCÍA. Hale obligado la muerte que espera, a echar maldiciones, porque no es de corazones nobles.

(Salen DON LOPE, DOÑA ELVIRA y DON [BERNARDO.] (1))

BERNARD. Tu delito advierte: a ver a Sancha has venido,

(1) Bermudo en la edición.

LOPE. pues que le traes a su hermana.  
Ya es tu pretensión tan vana  
como en mí el delito ha sido  
honrado.

GARCÍA. ¡Qué bueno estoy  
para ver a mi enemigo!  
¿Qué es esto, don Lope amigo?

LOPE. Gracias a los cielos doy  
que os veo. Resuelto vengo  
si el Rey a matarme aspira,  
a que vea doña Elvira  
a su hermana.

BERNARD. Yo os prevengo  
de parte del Rey la muerte.

GARCÍA. Entradla a notificar  
dentro; no demos lugar  
por mi desdichada suerte (1)  
a que no la hallemos viva.

BERNARD. ¿Su vida me importa a mí?

LOPE. ¡Estoy por matarle aquí!

GARCÍA. No es bien que ofensa reciba  
quien reconoce ventaja.

ELVIRA. Allá lo veréis mejor.

GARCÍA. Que el que ofende superior  
da muestras de sangre baja.

(*Vanse, y salen la INFANTA, ORDOÑO, OSORIO y JIMÉN, y el REY, preso.*)

INFANTA. ¡De buena gente os fiáis,  
que os dejan en la ocasión!

REY. Si permite mi prisión  
el cielo, ¿qué os admiráis  
que me haya desamparado  
mi gente? ¿Qué pretendéis?

INFANTA. Que aquí de esposo me deis  
la mano, o que aprisionado  
en tanto que pasa el día,  
para que vais a Aragón,  
tengáis por vuestra prisión  
esta torre.

REY. Mal podría  
el mundo obligarme a mí  
si con violencia ha de ser.  
Ya estoy en vuestro poder,  
pues tan desgraciado fui.

(*Salen DON TELLO y ESTOPINÁN.*)

ESTOP. Digo que los dos entraron  
en la torre.

TELLO. ¡Pues los dos.

con el ayuda de Dios,  
pues siempre valor mostraron.  
han de libertar al Rey  
o a mi lado han de morir.  
¿Hay en qué os pueda servir,  
señor? Porque es justa ley  
que en vuestra defensa muera.  
Ya es el escuadrón mayor,  
don Tello.

REY. Pues ¿no hay favor?

TELLO. Si del cielo no se espera,  
no le siento.

ESTOP. Pues yo sí.

Caballeros castellanos,  
mirad que padece tuerto  
vuestro noble Rey don Sancho.  
INFANTA. ¿Qué dice este hombre? ¿Está lo-  
ESTOP. ¿No responde algún enano? [co?  
Si algún jayán os detiene  
echaos de la torre abajo,  
que estar de unos malandrines  
preso vuestro Rey, ¡no es barro!

(*Salen DON GARCÍA, DON LOPE y [BERNARDINO.] (1)*)

GARCÍA. ¿Preso el Rey, cuando Castilla  
vierte en su defensa rayos?

TELLO. ¡A ellos, claro García!

REY. No los ofendáis; dejadlos;  
que están luchando en el pecho  
obligaciones y agravios.

INFANTA. ¿Hay semejantes desdichas?

ORDOÑO. Hoy moriremos a brazos  
del Rey.

OSORIO. Nuestro atrevimiento  
nos trujo para matarnos.

(*Salen ELVIRA y SANCIA.*)

ELVIRA. ¡Padre y señor!  
SANCIA. ¡Santo cielo!

En las rigurosas manos  
del Rey hemos dado todos.

REY. Ya son manos para honraros.  
García, el cielo ha dispuesto  
del Rey el pecho más blando,  
que tiene ya esposa el Rey.  
Dadme vuestra hermosa mano,  
ahora que estoy más libre  
y menos apasionado.

INFANTA. ¡El alma y la mano os doy!

(1) En la edición: *muerte*.

(1) *Bermudo* en la edición.

GARCÍA. ¡Dadnos vuestros pies!

REY. Alzaos.  
y recibid por esposa  
a Sancha.

ESTOP. Deste milagro  
he de pintar una tabla  
de treinta varas de largo.

REY. Si Gonzalo os causó enojos,  
mi causa es la de Gonzalo.

GARCÍA. Mis agravios le perdono.

LOPE. Basta haberlo el Rey mandado.

SANCHA. Obedecido seréis.

BERNARD. Y a mí, ¿tenéisme olvidado,  
señor?

REY. Con mejor acuerdo,  
he pretendido casaros:  
será vuestra esposa Elvira.

LOPE. ¡Válgame Dios!

ESTOP. ¡Zapatazo!

TELLO. Señor, pienso que mi hija...

REY. ¿Habrás también casado?

ESTOP. Como lo cuenta.

TELLO. Presumo.

ESTOP. Llega y dile tus pecados;  
que es día de absolución.

LOPE. Pues tan liberal y franco  
os mostráis, por mis servicios,  
señor, este premio aguardo:  
a doña Elvira os suplico.

ESTOP. Que se la deis de barato,  
quiere decir.

REY. Si ella gusta,  
justicia será casarlos.

ELVIRA. Señor, mire Vuestra Alteza...

ESTOP. Elvira tuerce los labios...  
¡Vive Dios que dice nones!

LOPE. Iréme desesperado.

ESTOP. Al rollo de Ecija puedes,  
que es propio para estos casos.

REY. ¿Y qué decís vos, Elvira?

ELVIRA. Señor, que el alma le he dado.

TELLO. ¿A quién, Elvira?

ELVIRA. A don Lope.

REY. Pues dadle también la mano.

ESTOP. ¡Miren la socarroncilla!

REY. ¿Y a Bernardino?, sepamos  
con quien le hemos de casar,  
que será justicia honrarlo.

ESTOP. Conmigo, que estoy buído;  
mas será tan desgraciado  
que se le ha de despintar.

REY. Doña Isabel de Velasco,  
su prima, será su esposa.  
que sirve ahora en palacio  
a mi hermana.

BERNARD. Honrado quedo.

TELLO. Todos, señor, lo quedamos.

GARCÍA. Porque diga nuestra historia  
que se vió por varios casos  
*la ventura en la desgracia*  
premiada por Sancho el Bravo.

# LA VENTURA SIN BUSCALLA

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA

A LA SEÑORA DOÑA MARIA DE VERA Y TOBAR

SEÑORA DE SIERRABRAYA

Si pudiera ser entretenimiento para V. S., en la ausencia del señor don Juan Antonio de Vera, este libro, *Parte veinte de mis comedias*, quedárame por consuelo a mí del tiempo que no he de ver a su señoría, y del buen empleo del que gasté en estamparle; y ésta que he dedicado a su ilustre nombre tuviera tanta dicha en el efeto, como en el atrevimiento disculpa.

Pronóstico fué mio (que Amor es el astrólogo más cierto, y a quien ninguna ley prohíbe sus juicios) que habia de poner en práctica la teórica de su embajador, que quien persuadía con tan vivas razones la inteligencia y autoridad de su oficio, inclinaria el ánimo de Su Majestad a servirse de tal entendimiento en la ejecución, como lo ha probado con evidencia esta embajada a Saboya.

En todas las repúblicas del mundo (igual decoro y utilidad que sus mayores cónsules) se eligieron siempre los hombres de mayor valor, entendimiento y letras para estos cargos: testigos, Roma y Grecia,

de quien en el mismo libro se hallarán tantos ejemplos que me excusan con V. S. de ajustar los meritos del señor don Juan a lo que él mismo escribe; pues hablando con su prima con sangre, y con su mujer por elección, fácilmente me concederá que se retrató a sí mismo. Aquí bien pudiera yo atreverme a mayor juicio, viéndome tan acertado en el primero; pero no quiero dar a V. S. sospechas de ausencia por aumentos de dignidades, que Amor no los admite, si ha de perder la vista, que como ve por los ojos de lo que ama, por ausente se llamó ciego entre las almas nobles. El título desta comedia es *La ventura sin buscalla*; pues no me viene bien a mí, que la he buscado, sea este nombre de V. S., a quien dió el cielo tantos dotes naturales, y dentro de su sangre su mismo dueño. Dios guarde a V. S. como deseo.

Su capellán,

*Lope Félix de Vega Carpio.*

## FIGURAS DE LA COMEDIA:

DARÍO, *Rey de Hungría.*

OTAVIO,

LISARDA, *Infanta.*

ARNALDO,

CLARIDÁN,

CARLOS,

SERÓN, *gracioso.*

MÚSICOS,

CONRADO, *Rey de Polonia.*

UN EMBAJADOR,

LERÍN,

FINO,

SILVIO,

FILENA,

DIANA,

UN CRIADO,

[MATILDE.]

[CLARINDA.]

*Labradores.*

## ACTO PRIMERO

*(Sale el Rey DARÍO de Hungría, y OTAVIO, camarero.)*

REY. Este es mi intento.

OTAVIO. Señor,

mira que es terrible intento.

REY. ¿De-mayas mi pensamiento,

siendo, Otavio, en tu favor?

OTAVIO. Conozco el bien que me haces; pero imagino también, en la grandeza del bien, que, como el Sol, me deshaces.

REY. Otavio, no son los reyes poderosos en las cosas fáciles; en las forzosas, estableciendo las leyes;

entonces se ve el poder  
cuando alcanza lo imposible,  
que todo lo que es posible  
cualquiera lo puede hacer.

En sus *Éticas* se ve  
que Aristóteles decía  
que Dios hacer no podía  
no haber sido lo que fué.

Sólo este imposible halló,  
¿y tú le quieres poner  
en ser lo que puedes ser  
y que puedo hacerlo yo?

OTAVIO. Señor, al poder que tienes  
no es lo posible imposible:  
imposible es lo posible  
cuando a ejecutarlo vienes

sin consultar la razón,  
que es el alma de la ley,  
cosa que pide en un rey  
más respeto y atención.

Los *jurisconsultos* tienen  
por difícil cualquier cosa  
que es sólo al rey poderosa,  
y es máxima en que convienen.

Pero a poder soberano  
de los demás se remite  
que con ninguno compete.  
También dijo el gran romano  
que en las cosas grandes puso  
la misma Naturaleza  
dificultad.

OTAVIO. Su grandeza  
en esa parte antepuso  
al poder, mas no al saber.

REY. Dejemos filosofías,  
que en tu bien que me desvías  
disminuyes mi poder.

En quererte casar yo  
con mi hermana ¿qué imposible  
se halla, pues fué posible  
cuanto quiso a quien amó?

Subirte de un vil estado  
al que tienes y mereces,  
hase visto tantas veces  
que ya me tienen cansado

las historias que lo escriben  
y las lenguas que lo cuentan,  
que honrar los reyes intentan  
a los que en su gracia viven.

Lo que me has de agradecer  
es que, dándote a mi hermana,  
se pueda en cosa tan llana  
mi grande amor conocer:

que si dar la sangre es hoy  
lo más que hace el más amigo,  
el mundo será testigo  
que en mi hermana te la doy.

OTAVIO. No hay respuesta, sino echarme  
a tus pies, que si hasta aquí  
tu voluntad resistí  
era por indigno hallarme  
de subir a tanto bien,  
que si a la humildad le mido  
en que sabes que he nacido  
es imposible también;

mas si quieres levantarme  
cuanto yo humillarme quiero,  
y de un pobre caballero  
a tu grandeza igualarme,  
ya no es justo resistirme,

porque soy débil vapor  
que el sol de tu resplandor  
quiere a sus rayos subirme.

REY. Mi hermana viene; allí quiero  
que te escondas.

OTAVIO. Yo, señor,  
lo que espero en tu valor  
en mi humildad desespero.

(*Pase. Sale LISARDA, Infanta.*)

LISARDA. Dícenme que me ha llamado  
Vuestra Alteza.

REY. Ansí es verdad,  
porque tengo voluntad,  
Lisarda, de darte estado;

y, como yo no le tengo,  
el del matrimonio es justo  
darte, Lisarda, a tu gusto.

LISARDA. A lo que me mandas vengo  
con la obediencia debida,  
que en lugar de padre estás.

REY. Con nada me obligarás  
como siendo agradecida.

Mi amor se echará de ver,  
Lisarda, y cuanto yo soy  
en que marido te doy  
antes de tener mujer:

y ojalá tu sucesión  
sea, Lisarda, a mi gusto.

LISARDA. Siempre excedes de lo justo  
por amorosa afición.

Mucho deslustra el poder,  
y en ti se debe culpar  
tener extremo en amar  
y extremo en aborrecer.

- Ama y aborrece un medio.  
 REY. Es ésta mi condición,  
 y dar medio a mi afición  
 es negocio sin remedio;  
 demás que llamarte a ti  
 es muy razonable y justo.
- LISARDA. ¿De casarme tienes gusto?  
 REY. Sí, hermana; Lisarda, sí.  
 LISARDA. ¿Es mi primo el que te ha puesto  
 en este intento?
- REY. El me escribe,  
 y en esa esperanza vive.
- LISARDA. Justo pensamiento.  
 REY. Honesto;  
 pero no has de ser mujer  
 de quien te aparte de mí,  
 que quiero tenerte aquí  
 por si me has de suceder.
- LISARDA. Dios te guarde muchos años:  
 mas ¿cómo estará casada,  
 y contigo?
- REY. Si te agrada  
 vivir en reinos extraños  
 y no estar conmigo, es cosa  
 de que tendré sentimiento.
- LISARDA. No entiendes mi pensamiento  
 ni mi obediencia forzosa.  
 Si ha de ser a quien des  
 tu hermana por igual tuyo,  
 ¿no ha de llevar lo que es suyo  
 a donde sin ello estés?
- REY. No te casaré con rey,  
 sino haré un rey que suceda  
 en mi reino.
- LISARDA. ¿Que esto pueda  
 Amor?
- REY. En amor no hay ley;  
 y pues ya me he declarado,  
 hazme gusto, pues tenerte  
 conmigo, de aquesta suerte  
 a casarte me ha obligado.
- LISARDA. Todo es amor que te tengo.  
 ¿Y a qué príncipe me das?  
 REY. No me entiendes; lejos vas  
 cuando yo tan cerca vengo.
- LISARDA. ¿Quién tengo cerca de mí  
 de quien me sirva mejor?  
 ¿A quién tengo más amor?  
 LISARDA. ¿Es Otavio?
- REY. Hermana, sí.  
 LISARDA. ¿Otavio, aquel tu criado  
 tan bajamente nacido?
- REY. Lo que Otavio me ha servido  
 a lo que ves me ha obligado.
- SUS PARTES NO LAS JUZGUE  
 POR LOS PADRES, QUE NO VÍ:  
 SUS MUCHAS VIRTUDES, SI,  
 Y ÉSTAS YO LAS VÍ Y LAS SÉ.  
 No he mirado el exterior  
 que con la sangre se hereda,  
 sino el alma, porque pueda  
 hacer elección mejor.
- LISARDA. Es un alma la de Otavio  
 a quien le viniera estrecho  
 de cualquiera rey el pecho.  
 Háceme notable agravio,  
 o pretendes, si lo fundo,  
 en querer, como has querido,  
 darme un alma por marido  
 casarme en el otro mundo.
- Yo con el alma de Otavio  
 ¿qué cosas puedo tratar?  
 Tú si podrás estimar  
 un consejero tan sabio,  
 que las mujeres, señor,  
 y más de mi calidad,  
 no en vana curiosidad  
 hemos fundado el honor.
- Será bueno para ti:  
 será discreto y leal.
- REY. ¿Cómo respondes tan mal?  
 LISARDA. ¿Qué tan mal te respondí? [da?  
 ¿No has hecho a Otavio de na-  
 ¿No era ayer...? ¿Quiero callar!  
 REY. Dos cosas suelen ganar,  
 que son la pluma y la espada,  
 los imperios de la tierra;  
 destas los reyes se hicieron  
 que sus coronas tuvieron;  
 pues mira si en paz y en guerra  
 ha mostrado su valor  
 y si merece reinar.
- LISARDA. Dame un poco de lugar  
 para pensarlo, señor.
- REY. De buena gana, Lisarda.  
 LISARDA. Ve con Dios; libertad tienes.  
 El te guarde.
- (Pase, y sale OTAVIO.)
- OTAVIO. ¿Que a esto vienes!  
 REY. Otavio, ¿qué te acobarda?  
 Déjame a mí, que yo sé  
 lo que me está bien o mal.
- OTAVIO. El ser yo tan desigual  
 causa de ofenderla fué.

- REY. Otavio, aqueste es mi gusto,  
y el gusto en la majestad  
no tiene desigualdad;  
esto quiero, y esto es justo.  
Si esto mando y esto quiero,  
sirva en aquesta ocasión  
la voluntad de razón.
- OTAVIO. Que se ha de alterar espero  
tu reino también.
- REY. No hará.  
que yo le pondré sosiego.
- OTAVIO. Que no lo intentes te ruego,  
si tu amor contento esta  
de que se haya conocido  
al extremo que ha llegado;  
advierte que el rey Conrado  
es de Lisarda marido,  
por última voluntad  
expresa en el testamento  
de tu padre.
- REY. De su intento  
apela mi libertad.  
Mi padre, que tanto amor  
tuvo a Lisarda, quería  
darle una parte de Hungría,  
que es del reino lo mejor;  
pero yo no he de querer  
que otro señor viva dentro;  
que un reino, un alma y un centro,  
como el cuerpo, ha de tener.  
No ha de entrar aquí un criado,  
ni ser de Lisarda esposo.  
Será el disgusto forzoso.
- OTAVIO. ¿Ya estás, Otavio, pesado!
- REY. Mira que replicas mal;  
y en los reyes hay extremos  
que en los amigos bebemos  
como en tazas de cristal;  
no se ha de hallar en sus pechos  
un átomo de disgusto.
- OTAVIO. Digo que tu gusto es justo.
- REY. Tratando yo tus provechos,  
¿andas tú con desengaños?
- OTAVIO. Perdona, si te ofendi.
- REY. Que más te pesara a ti  
si yo tratara tus daños.
- OTAVIO. Dices bien.
- REY. Esto es forzoso.
- OTAVIO. No hay instrumento acordado  
que quiera estar más templado  
que el gusto de un poderoso.
- CARLOS. Pésame de haber traído  
un ignorante a la corte,  
pues para cosa que importe  
ni puedo, ni iré servido.  
¡Bestia!, ve compuesto y grave.
- SERÓN. ¿Dijete yo en mi lugar  
que era bueno para andar  
en esta confusa nave?  
¿Y tú no echabas de ver  
que era un pobre labrador?  
Ponte el vestido mejor.
- CARLOS. ¿Qué me tengo de poner,  
si vivo sin libertad,  
preso en la dura prisión  
destas calzas y jubón?
- SERÓN. No hay hombre en esta ciudad  
que no me mire por tí;  
¡y es muy lindo este cuidado  
para venir enlozado!
- CARLOS. ¿Tengo yo la culpa?
- SERÓN. ¡Si!
- SERÓN. ¿No tenias mil criados,  
como señor del lugar,  
enseñados a tratar  
estos hatos bigarrados?  
¿Con qué intento me sacabas  
del arado y de los bueyes,  
ya que a ver cortes de reyes,  
Carlos, te determinabas?
- CARLOS. Serón, aunque pobre vivo  
a cualquier villano igual,  
soy de la sangre real,  
della mi origen recibo;  
estoy en tu pobre aldea  
desde el día en que nací,  
contento de ver que allí  
no hay otro que mejor sea;  
oigo contar las grandezas  
de la corte, y el deseo  
me trujo donde ya veo  
su hermosura y sus riquezas (1);  
por venir más encubierto,  
no quise traer criado  
de los que andan a mi lado;  
pero fué mi engaño cierto,  
pues haciéndote vestir  
en traje de cortesano,  
me señalan con la mano  
y los provocho a reír.  
No te pares a las cosas  
que vieres: pasa adelante.

SERÓN. Que me pare no te espantes,  
si son tan bellas y hermosas.

CARLOS. Que te paras a vestidos  
que están en tiendas colgados,  
a aparadores honrados  
de mil joyas guarnecidos;  
a tiendas de mercaderes,  
de guanteros olorosos;  
a ver los rostros hermosos  
de bien vestidas mujeres,  
que entre clavel y jazmín,  
para dar al alma antojos,  
van metiendo por los ojos  
la virilla de un chapín,  
sin otras cosas que callo,  
o que te haga parar  
el ver gallardo pisar,  
un caballero a caballo  
desempedrando la calle,  
a la brida o la jineta,  
como pudiera un poeta  
en un romance pintalle,  
disculpa tienes; mas, di,  
¿por qué te has de detener  
a las cosas de comer?

SERÓN. Porque dese humor nací;  
¿qué guantero de ámbar fino  
dará tal confortación  
como el olor de un jamón  
o de una bota de vino?

Páranse ninfas a ti,  
viendo esas plumas doradas  
y esas calcillas miradas  
de alfeñique y caniquí;  
párate a ver sombreritos  
por gravedad sustentados,  
con bigotes engomados  
y cogotes de coritos;  
párate a mirar sin toca  
un afeitado pescuezo,  
que era de carbón de brezo,  
agora cristal de roca;  
párate a ver una bestia  
que vale dos mil ducados,  
y yo, a quien esos cuidados  
no pueden cansar molestia,  
que en las cosas que sustentan,  
que esfuerzan y que dan vida...

CARLOS. Los animales, comida  
para el cuerpo sólo intentan;  
mas para el alma, los hombres

SERÓN. ¿Las almas comen?

CARLOS. ¿Pues no?

Sustento el cielo les dió  
de más levantados nombres;  
boca en los ojos y oídos,  
gusto en el entendimiento;  
que el alma, para sustento,  
tiene interiores sentidos.

Mas esto no es para ti.

SERÓN. ¿Cuándo te piensas volver?

CARLOS. En acabando de ver  
las grandezas que hay aquí.

SERÓN. Pues nunca nos volveremos,  
que ellas infinitas son.

CARLOS. Damas vienen.

SERÓN. Con perdón,  
si no hay mozas, nos iremos;  
porque piensan muchas viejas,  
que en su tiempo fueron locas,  
que por quitarse las tocas  
han de encubrir las crisnejas.  
Búscalas por tu dinero  
mozas, ¡ansi Dios te guarde!  
aunque nos vamos más tarde.

(Salen MATILDE y CLARINDA.)

CARLOS. Dad licencia a un forastero  
que sepa vuestra posada.

MATILDE. No hay cosa allá que se alquile.

CLARINDA. El entendimiento afile  
en piedra menos gastada,  
y vuélvase por acá  
cuando aprenda cortesía.

CARLOS. Esta por allá sabía.

MATILDE. Pues úsela por allá.

CARLOS. Advierta vuesa merced  
que soy rico, aunque soy necio;  
y porque de dar me precio  
me suelen hacer merced.

CLARINDA. Bien lo pudiera excusar,  
que bien se echaba de ver.

CARLOS. ¿Qué tan necio puede ser  
el que es tan discreto en dar?

MATILDE. ¿Qué da?

CARLOS. Palabras y coces.

CLARINDA. Palabras no, coces sí.

SERÓN. Nunca más necio te vi.

CARLOS. Túrbome, ya me conoces.

SERÓN. ¿Quiérenme escuchar sanciones  
dos mil palabras?

MATILDE. ¿A él?

SERÓN. A mí, que este moscatel  
da coces por las paredes.

CLARINDA. ¿Cómo es su gracia?

SERÓN. Serón.



CLARINDA. ¿Y halo sido, por ventura?  
 SERÓN. Sabiendo que eran basura,  
 vine en aquesta ocasión.  
 MATILDE. Lacayo, pique adelante.  
 SERÓN. Señoras sotas, yo soy  
 hombre que delante voy,  
 pero honrado y importante.  
 CLARINDA. ¡Oiganle que bufoniza.  
 y es todo unto sin sal!  
 SERÓN. ¿De qué se espanta la tal,  
 si conmigo melindriza?  
 MATILDE. Agradándome va el puerco;  
 diga, hermano, ¿de dónde es?  
 SERÓN. Del mundo, que anda al revés.  
 MATILDE. ¿Y en qué entiende?  
 SERÓN. Agora merco  
 gente cecial a mi amo.  
 MATILDE. ¿Qué, su despensero es?  
 SERÓN. Come pescado este mes.  
 CLARINDA. Allí está colgado un ramo:  
 vaya, y tomará refresco.  
 CARLOS. Esto fué todo jugar,  
 que la corte da lugar  
 para el estilo burlesco;  
 y si vos le dáis a veras,  
 mirad qué queréis de aquí.  
 MATILDE. ¿Hay dinero?  
 CARLOS. Reina, sí.  
 MATILDE. ¿Adónde?  
 CARLOS. En las faltriqueras,  
 que no hay más cierta libranza,  
 si la voluntad la aceta.  
 MATILDE. ¿Concético a lo poeta?  
 CARLOS. Haced de mi confianza,  
 que sólo vengo a gastar  
 lo que ahorro en una aldea.  
 SERÓN. Señora, decid que sea,  
 porque el volver al lugar,  
 como deseo, consiste  
 en que se acabe el dinero.  
 MATILDE. Sois honrado caballero,  
 y es necia quien se resiste  
 a ese tallo y cortesía.  
 SERÓN. ¿Qué conocidas que son!  
 CLARINDA. Entrad.  
 CARLOS. ¡Gallarda ocasión!  
 SERÓN. De pelar en agua fría;  
 mas pregunta si hay criada,  
 ¡así Dios te dé placer!  
 Criada debe de haber.  
 CARLOS. Y que no esté muy criada,  
 que supuesto que mancebos  
 no apeten gente moza.

un gato viejo retoza  
 mejor con ratones nuevos;  
 y en la corte, las mujeres,  
 Carlos, como berzas son:  
 que pasada la sazón  
 de sus buenos pareceres,  
 con afeites y invenciones  
 que encubren sus perigallos  
 venden unos ciertos tallos  
 que dicen que son bretones.

*(Vanse, y sale el REY acompañado de CLARIDÁN, el  
 CONDE ARNALDO, y OTAVIO, y un ENBAJADOR de  
 Polonia.)*

REY.

Daréis al de Polonia por respuesta,  
 Embajador, que siempre el testamento  
 de mi padre me fué cosa molesta,  
 y que no puedo hacer el casamiento  
 de Lisarda, mi hermana, por su gusto,  
 porque llevo contrario pensamiento.

ENBAJADOR.

Nuevas, y con razón, de tal disgusto  
 no sé cómo las lleve al rey Conrado,  
 pretensor del Imperio siempre augusto;  
 ni sé dónde podrás hallar cuñado  
 de tan alto valor en todo el mundo,  
 habiendo de tomar Lisarda estado;  
 en vida de tu padre Sigismundo  
 se hizo este concierto y casamiento,  
 con gusto tuyo y con amor profundo;  
 después lo confirmó su testamento,  
 y el llamarse Conrado esposo suyo  
 no fué desigualdad, ni atrevimiento;  
 tan llanamente tu respuesta arguyo,  
 que me atrevo a pensar que te arrepientas,  
 si das lugar a tanto rigor tuyo.

REY.

Si persuadirme vanamente intentas,  
 la comisión, Embajador, excedes  
 tomando a un rey de un testamento cuentas;  
 yo sé mejor cuanto decirme puedes,  
 y me burlo de vanas amenazas.

ENBAJADOR.

Ya sólo digo que con Dios te quedes.

REY.

Vendrá a tomarme ese tu rey las plazas  
 que no le quiero dar, ni se las debo.

más que con armas, con fingidas trazas;  
 pues vete, que antes que corone Febo  
 los altos montes de la fuerte Hungría,  
 en su esposo tendrá defensor nuevo.

EMBAJADOR.

Antes que llegue de su boda el día,  
 sobre sus muros estará Conrado,  
 que desde aquí por mí te desafía.

REY.

Di que lo acepto, y parte acompañado  
 de ese guante, Rutilio.

EMBAJADOR.

Desta injuria  
 ninguno de los dos queda afrentado;  
 el guante, al que está ausente no le injuria,  
 ni a mí, por ser de rey, y yo vasallo  
 de quien sabrá después templar tu furia;  
 agora, aunque lo sea, sufro y callo,  
 que a tus soldados fuertes, algún día  
 hablaré con las armas a caballo.

REY.

Tú ni el rey tu señor saldréis de Hungría.

*(Vase el EMBAJADOR, y sale LISARDA.)*

LISARDA. ¿Qué es esto?

REY. Tu casamiento.

LISARDA. Pues ¿a voces?

REY. Sí, que ha dado  
 en la pretensión Conrado  
 de aquel necio testamento.

LISARDA. Pues ¿qué intentas?

REY. Lo que intento  
 es que Otavio sea tu esposo.

LISARDA. ¿Otavio?

REY. Es ya tan forzoso,  
 que en no lo queriendo hacer,  
 fuerza te hará su mujer,  
 y dejarasme quejoso.

Ya quedo desafiado  
 con el de Polonia, y sé  
 que el guante que le tiré  
 a su embajador, airado  
 querrá volverme Conrado,  
 y que no excuso la guerra;  
 pero mi gusto se encierra  
 en que des la mano a Otavio,  
 capitán que de su agravio

sabrá defender mi tierra.

¿Qué estás pensando, qué aguarda  
 tu (1) pensamiento indeciso?

LISARDA. ¿Tengo de hablar de improvviso?

REY. Ansí me importa, Lisarda.

LISARDA. Lo primero, me acobarda  
 el ver que casar me mandes  
 en presencia de tus grandes  
 con quien a alguno sirvió,  
 siendo codiciada yo  
 de Italia, de Francia y Flandes:

y lo segundo, que sea  
 contigo tan desdichada  
 que pretendas que casada  
 con hombre tan vil me vea:  
 si Conrado me desea,  
 no será por las ciudades  
 a que tú te persuades:  
 sin ellas podrá querer.

REY. Siempre fué propio en mujer  
 engañar con las verdades:

cuando Conrado me diga  
 que se casará sin dote,  
 para que no me alborote  
 ni su gusto contradiga,  
 dirá después que me obliga  
 de mi padre el testamento,  
 y por pleito a su contento  
 hará en la Rota romana  
 su pretensión justa y llana  
 y injusto mi pensamiento;

Lisarda, en resolución  
 da la mano a Otavio luego.

LISARDA. Que adviertas, señor, te ruego  
 que te ciega tu afición,  
 y que no es justa razón

que des tu hermana a un villano.

REY. ¿Dale, Lisarda, la mano!

LISARDA. Digo que darla no quiero,  
 si hay aquí algún caballero  
 que me libre de un tirano.

REY. ¿Qué caballero ha de haber?

¿Esas afrentas me dices?

LISARDA. ¿Por qué no, si contradices  
 a tu honor con tu poder?

REY. ¿Dale la mano!

LISARDA. ¿Ha de ser  
 muerta!

REY. Lisarda, repara  
 que te la pondré en la cara!

(1) En las ediciones: mi.

LISARDA. ¡Mataréte yo!  
REY. ¿Tu a mí?

(*Dala.*)

¡Toma!

LISARDA. ¿No hay un hombre aquí?

REY. ¡Mataréla!

ARNALDO. El furor para.

CLARIDÁN. El velo al rostro se echo,  
y de vergüenza se fué.

(*Vase.*)

REY. Esa me debe, y yo sé  
que mi mano se la dió:  
la color que no vistió  
su cara con la vergüenza,  
del golpe a salir comienza.

OTAVIO. Esto has querido, señor,  
para que con más rigor  
la dura envidia me venza.

REY. Calla, Otavio, que podría  
ser que hubiese para ti.

(*Vase.*)

CLARIDÁN. ¿Ira tras Lisarda?

ARNALDO. Si.

OTAVIO. Yo, señores, no quera  
que el Rey intentase tal:  
bien sé que soy desigual,  
y nunca tan atrevido  
que haya este lugar vencido,  
a mi humildad natural:

yo sé muy bien lo que soy.

CLARIDÁN. El hecho ha sido inhumano.

ARNALDO. ¡Con qué pena, Claridano,  
de la pobre Infanta estoy!

OTAVIO. Vamos, que palabra os doy  
de mudar al Rey de intento.

ARNALDO. Impide su pensamiento,  
que te va la vida, Otavio;  
que es de dos reyes agravio,  
y te dan por fundamento.

(*Panse, y salen CARLOS, y SERÓN.*)

SERÓN. ¡Famosamente saliste!

CARLOS. Lo que he de empeñar se gaste.

SERÓN. ¡Para el camino dejaste,  
o todo el *oremus* diste?

CARLOS. Una parte reservé.

SERÓN. ¡Taimada mujer!

CARLOS. ¡Noble!

SERÓN. ¡Brava burla!

CARLOS. ¡Irreparable!

Y desta manera fué:

en tomando los escudos,  
las joyuelas y la seda...

SERÓN. ¡Diérasme tú la moneda,  
que yo la diera cien nudos!

CARLOS. Su posada me enseñó,  
la cual te describo así,  
en lo poco que allí vi  
y el tiempo me permitió:

sala primera entoldada  
de unos damasquillos chinos  
y con sus franjones finos  
de alta cenefa adornada,  
unas respuntadas sillas  
y un bufete: ésta pasé.

y luego a la cuadra entré  
de las siete maravillas:

rasos nácares colgados,  
estrado con borlas de oro  
en largo tapete moro  
con rapacejos dorados.

escritorios y bufetes  
de ébano y marfil hacían  
correspondencia, y tenían  
pirámides, ramilletes

y redomillas de olor,  
algunos bellos retratos  
que no salieron ingratos  
a la paga del pintor;

una perrilla salió  
a halagarme, lisonjera:  
que como el amo lo era,  
sus lisonjas aprendió:

sentéme, y mandóme dar  
colación.

SERÓN. Llevarla vi.

CARLOS. Vino oloroso bebí,  
con dos contes de azahar:

pasose en conversación  
la tarde, la noche vino,  
la luz la cena previno.  
Ya lo vi desde el balcón.

SERÓN. Sentámonos a cenar;  
llamaron luego, escondíome,

CARLOS. y cierta esclava llevóme...  
¿Tienes vergüenza?

A un pajar;

que me dijo que era un conde  
y una escuadra de arcabuces:  
uno por mí entre dos luces,  
y hallóme la esclava...

SERÓN. ¿Dónde?  
CARLOS. Sepultado entre la paja.

donde en mi vida pasé  
tal noche: ésta el ángel fué.  
que de una en otra tinaja  
me sacó por la bodega  
a una puertecilla falsa;  
mas no comerá sin salsa.  
llórela la ninfa griega,  
que esta joya le tomé  
de un escritorio, al pasar.

SERÓN. Vengado te has del pajar.

CARLOS. ¡Ventura notable fué!

SERÓN. Yo me causé de esperarte,  
y esa gente vi venir;  
pero procuré dormir  
más seguro en otra parte.

Da, Carlos, gracias a Dios,  
que sin peligro saliste;  
El sabe si estuve triste

CARLOS. Concierto fué de las dos  
burlarse de un forastero.

SERÓN. Aquí, en la corte de Hungría,  
hacen éstas cada día  
mil burlas por el dinero.

CARLOS. Ya no puedo detenerme,  
que estoy sin blanca, Serón.

SERÓN. ¡Bendita sea la ocasión  
que tanto bien pudo hacerme!

CARLOS. Pon ese coche al instante,  
y a nuestra tierra nos vamos:  
esta noche; prevengamos  
lo que parezca importante.

SERÓN. Que mañana nos iremos.

CARLOS. Aquesta noche ha de ser,  
¡No más corte!

SERÓN. Hasta poner  
las mulas, presto podemos;  
pero, por áspera tierra  
¿cómo sin regalo irás?

CARLOS. Elirme della no más,  
el mayor regalo encierra.

Ponte tu sayo villano,  
y de lacayo en cochero  
te transforma.

SERÓN. Callar quería,  
pues es replicarte en vano,  
en dándote un apretón.

CARLOS. Bien haya mi santa aldea:  
viva en corte quien desea  
aparato y confusión;

más precio ver mis pastores  
mis labranzas, mis aradas

que sus calles ocupadas  
de caballos y señores;

más precio ver mis zagalas,  
salir al valle las fiestas  
que sus damazas compuestas  
de afeites y locas galas;

más precio matar dos liebres  
y ver, sin tantas mohinas,  
las mulas y las gallinas  
convidarse en los pesebres;

más precio sentarme al fuego  
de las cepas de mis viñas,  
y echarle las secas piñas,  
que se vuelven brasas luego;

más precio acostarme en pluma,  
sin cuidado de escribir  
cuando da el cielo en fingir  
montes de nevada espuma;

más precio el ver que se ría  
el alba de las estrellas,  
viendo que viene tras ellas  
con rayos de plata el día.

que todas cuantas grandezas  
tiene la corte, Serón;  
porque estas del alma son  
las más preciosas riquezas.

SERÓN. Y yo más estimo el ver  
la olla puesta al hogar,  
lleno de mosto el lagar  
y el barbecho de alcacer;

más precio traer mi carro  
lleno de rojas espigas,  
y que rebose, con migas,  
de cándida leche un tarro;

más precio poner en sal  
los tasajos de un cebón,  
con toda la guarnición  
de su menudo cabal;

más precio dormir en paja  
y despertar con el día,  
o en una bodega fría  
a sombras de una tinaja,

que cuantas calcillas hay,  
cadenitas, discreción,  
zapatos de paletón  
y el azulado cambay;

que es todo ese parecer,  
cuando más lo consideres,  
por agradar a mujeres,  
y yo no he de ser mujer.

REY.

Pues ¿cómo pudo irse, o de qué suerte?

OTAVIO.

Con temor de tu enojo.

REY

¿Por qué parte?

OTAVIO.

Por donde los recelos de la muerte  
la apartasen de verte y esperarte.

REY.

¿Que ha tomado por tema aborrecerte!

OTAVIO.

Disculpa tiene de poder culparte.

REY.

Sin duda que las bodas de Conrado  
por secretos terceros ha tratado.

ARNALDO.

El estuvo en la corte de secreto,  
que ya se ha murmurado; no me espanto  
que surta de tu gusto adverso efeto.

REY.

¿Que los dos puedan atreverse a tanto!  
Mas castigar su libertad prometo,  
aunque toda mi sangre vuelva en llanto.  
Pregónese, so pena de la vida,  
no pueda ser guardada ni acogida.

CLARIDÁN.

Por toda la ciudad andan pregones

*(Sale un criado.)*

CRÍADO.

Lucrecia, gran señor, tu ilustre tía,  
dice que de la ofensa le perdonas,  
que arrojar a Lisarda no podía;  
queda en su monasterio.

REY.

No la abones,  
que ha sido el acogerla alevostá;  
mas no es romper su inmunidad sacalla,  
si es bien de un rey

OTAVIO.

¿Señor!

REY.

¿Otavio, calla!

Vamos al monasterio, que Lucrecia  
mal podrá resistir tan justa furia;  
si la verdad de mis agravios precia,  
también querrá satisfacer mi injuria.

OTAVIO.

¿Libreme Dios de pretensión tan necia!  
Señor, Tu Majestad su honor injuria.

REY.

Otavio, calla, que el poder airado  
no ha de ser resistido ni ayudado.

*(Vanse, y sale CARLOS con gabán, y SERÓN de la-  
brador, y un azote de cochero.)*

CARLOS. ¿Está todo apercibido?

SERÓN. Ya sólo resta que partas;  
pero mira que me dicen  
que te ha buscado una daífa.

CARLOS. ¿De noche [y] a mi partida?

SERÓN. Pienso que es la necia hermana  
de la dama de la burla.

CARLOS. Ya se acabaron las damas  
de la corte para mí.

SERÓN. La joyuela que les falta,  
de buscarte a tales horas  
apostaré que es la causa.

CARLOS. ¿Es mucho que de barato  
de mi inocente oro y plata  
me dé este diamante?

SERÓN. No,  
demás de ser corta paga  
para pasar una noche  
en un pajar, hasta el alba.

CARLOS. Saca el coche, que aquí espero  
paseando estas ventanas,  
que ya no tengo qué hacer  
con huésped a ni posada.

SERÓN. ¿Pagaste?

CARLOS. Pagué.

SERÓN. Yo voy.

CARLOS. ¡Ay, mis soledades santas,  
selvas a quien hacen sombras  
inaccesibles montañas;  
río humilde, claras fuentes,  
cuyas sosegadas aguas  
no murmuran, que pretenden

no parecer cortesanas!,  
ya voy a vuestro silencio,  
que no tiene cosa mala  
quien no dice lo que ve  
y lo que le dicen calla.

(Sale LISARDA en hábito de pobre mujer.)

LISARDA. ¡Cielos: pues siempre os vestís  
de tantas hermosas galas,  
de noche estrellas, de día  
nubes doradas y blancas,  
sed hoy galanes conmigo  
en peligro y pena tanta!  
Mirad que los que lo son  
las mujeres acompañan:  
acompañadme, que voy  
huyendo la mano airada  
de un bárbaro hermano mío  
que sin mi gusto me casa.  
¡Ay, cielos, aquí está un hombre!

CARLOS. ¿Quién va?

LISARDA. Detened la espada,  
que una pobre mujer soy  
que va huyendo de su casa.  
CARLOS. Siempre he sido a las mujeres  
cortés, porque debo honrarlas,  
si bien cortesanas burlas  
hoy me han salido a la cara.

LISARDA. ¿Quién sois?

CARLOS. Caballero soy.

LISARDA. Mi defensa os toca.

CARLOS. Y tanta  
os hiciera, que la vida  
era poco aventurarla;  
mas yo me voy a una aldea,  
a las últimas montañas  
deste reino, que, aunque noble,  
tengo tan humilde patria.  
¿Queréis dineros, vestidos,  
o otra cosa?, que me aguarda  
un coche para partirme.  
LISARDA. Espérame una palabra:  
¿cómo te llamas?

CARLOS. Yo, Carlos.

LISARDA. ¿Carlos dices que te llamas?

CARLOS. Carlos me llamo.

LISARDA. Tu nombre  
alienta mis esperanzas;  
no conozco tus virtudes,  
pero sé que el nombre basta  
para que en él me confíe  
y, con justa confianza,

te pida, por ser mujer  
perseguida y desdichada,  
que me lleves a tu tierra.

CARLOS. ¿Que te lleve? ¡Cosa extraña!

LISARDA. ¿No tienes en qué te sirva?

CARLOS. Mi trato, amiga, es labranza,  
y allá tengo labradoras  
en las haciendas de casa.

LISARDA. Una de esas seré yo,  
que si aquí me desamparas,  
luego me daré la muerte;  
y donde fuere mi alma  
llevará quejas de ti.

CARLOS. Lástima me das, y tanta,  
que, aunque disparate sea  
llevar tan inútil carga,  
digo inútil porque apenas  
me puede ser de importancia,  
tantas leguas a mi tierra,  
por verte desesperada  
te quiero llevar conmigo,  
pues no hay mujer en mi casa,  
padre o madre, que me riñan.  
Sube en ese coche.

LISARDA. Calla,  
que podrá ser que algún día  
tengas...

CARLOS. La razón acaba.

LISARDA. No importa.

CARLOS. Dime tu nombre.

LISARDA. ¿Mi nombre, dices?

CARLOS. Si.

LISARDA. Laura.

CARLOS. Ven, Laura, y seas quien fueres,  
pues eres mujer.

LISARDA. Repara  
en que podría ser...

CARLOS. ¿Quién?

LISARDA. La ventura, sin buscalla.

## ACTO SEGUNDO

(Sale el REY CONRADO DE Polonia y ARNALDO y gente.)

CONRADO. ¿Su hermana me pide a mí,  
cuando me la escondió y guarda  
por darla a Otavio?

ARNALDO. Yo fui  
testigo de que Lisarda  
salió a valerse de ti.  
Si ha llegado, no lo sé.

CONRADO. Conde Arnaldo, ni eila fué solicitada en tal caso por mí, ni me cuesta un paso, para que en mi tierra esté; y si está, no descubierta ni sabiendo dónde está: mas si temiendo ser muerta, o mal casada, que es ya para su desdicha puerta, se viene a valer de mi daré a Lisarda favor.

ARNALDO. Si no la tienes aquí, no se quejará, señor, el Rey mi señor de ti.

CONRADO. Favoreceré su intento como de propia mujer, y mal cumple el testamento de su padre en defender el tratado casamiento. ¿Quién es Otavio, y qué Otavio iguala a un rey como yo, y haciendo a Lisarda agravio?

ARNALDO. Amor, señor, le engañó: ignorancia del más sabio.

El reino siente también que a tal hombre se la den, y se huelga que la tengas, digo, que a tenerla vengas, pues tú la mereces bien.

CONRADO. Yo también he respondido que no se halla hasta agora: mas si esta pobre señora, que a tal estado ha venido, de mí se quiere valer, no dejaré de amparalla, porque quiero y debo honralla, cuando él no lo sabe hacer; y esto darás por respuesta, Arnaldo, y que si él se apresta, no me pienso yo dormir, que tengo para salir la gente en campaña puesta.

ARNALDO. En fin, ¿diré que no sabes de Lisarda?

CONRADO. Así es verdad; y que, a ser casos más graves, si de más autoridad alguno en el mundo sabes, no lo supiera negar por fuerza, ni por temor.

ARNALDO. Ni yo tengo qué dudar, Conrado, de tu valor, ni mi Rey qué sospechar.

Guárdete el cielo.

CONRADO. Esto es hecho. ¡Al arma, nobles vasallos! Poned las lanzas al pecho, las piernas a los caballos, que todo el mundo es estrecho. ¡Tiemble la bárbara Hungría, pues persigue una mujer que tiene nombre de mía, pues ella lo quiere ser, y puede serlo algún día! Poned en una bandera un lobo que a una cordera quiere matar, y un león que con real corazón la ampara, libra y espera: salid al campo esta tarde, en largo y vistoso alarde, que quien ofende a mujer no puede dejar de ser o desdichado, o cobarde.

(*Vanse, y salen FILENA, y DIANA, labradora.*)

DIANA. Con razón estás celosa.

FILENA. ¡Pardiez, hermana Diana, que amaneció esta mañana como el mismo Sol hermosa!

DIANA. ¿De dónde ha traído aquí nuesano aquesta mujer?

FILENA. Del cielo debe de ser, del infierno para mí. ¡Soncas que yo no tenia hartos duelos que llorar, sin que me venga a matar con esta...!

DIANA. ¡Tente!

FILENA. Quería vestilla el nombre pascual, si la lengua no me tienes.

DIANA. Esa es menester que enírenes.

FILENA. A mí siempre me fué mal; que nunca Carlos me habló, después de aquel nuevo engaño, por agora cumple un año.

DIANA. ¿Te habló?

FILENA. En amor digo yo, que en lo demás de mandarme: "Haz aquesto, alcanza aquello", siempre muy tieso de cuello, bien sabe Carlos hablarme. ¡Ay de mí, questó morida! No sé qué diabros me tengo,

pues cuando a olvidarme vengo,  
si el primer amor se olvida.

me despierta este traidor  
con traerme esta mujer,  
que del rey lo puede ser  
y un mármol mata de amor.

Abrásome de colera;  
cuido que si mucho dura  
me han de abrir la sepultura.  
El viene.

DIANA.

FILENA.

Aquí aparte espera.

(Sale CARLOS.)

CARLOS.

Un áspid traje dentro de mi pecho,  
o entre las yerbas escondido acaso;  
probé, ignorante, de veneno el vaso,  
que ya pone mi vida en tal estrecho.

A la contraria espada fui derecho,  
y al vivo incendio con ligero paso,  
donde apenas le digo que me abraso  
a quien entre sus llamas me ha deshecho;  
aliviase la pena cuando es dicha,  
porque suele la queja socorrela,  
y poderse quejar del mal es dicha;

mas ni tan poco bien me dió mi estrella,  
que siendo por mi causa mi desdicha,  
¿cómo puedo quejarme de tenella?

FILENA.

¿No ves cómo se lamenta?  
¿No ves qué triste y qué solo,  
desde que se muestra Apolo  
hasta que en el mar se asienta?

CARLOS.

Todas son señas de amor.  
Laura hermosa, Laura bella;  
Laura, de mi cielo estrella,  
laurel dijera mejor.

a quien el rayo no ofende;  
¿qué truje a mi casa en tí?  
pero entonces no te vi,  
la ignorancia me defiende.

¡Ay, Laura, cuando salió  
el alba y vi tu hermosura,  
más que la luz clara y pura,  
el corazón me faltó!

Allá se fué por despojos,  
que aunque siempre el amor fiero  
tuvo corazón de acero,  
tuviste de imán los ojos.

¿Quién está aquí?

DIANA.

CARLOS.

Yo y Filena.

Filena, ¿quién va a llevar

al campo de merendar  
a la gente?

FILENA.

Silvio, o Clena,  
que yo estoy muy ocupada,  
y Diana ha de cerner.

CARLOS.

Hazme, Filena, un placer  
de enviar a esa entonada  
que truje de por allá,  
que anda muy grave, y es cosa  
para mí muy enojosa.

FILENA.

Mejor en casa estará,  
que los mozos, atrevidos,  
quizá la pecilgarán.

CARLOS.

No harán, Filena.

FILENA.

¿No harán?

¡Y con pecilgos torcidos!

CARLOS.

Tú, Diana, di a Lerino  
haga ensillar una yegua,  
que he de ir de aquí media legua.

DIANA.

No ha venido del molino.

CARLOS.

Pues no faltará en qué ir.  
Despacha a Laura, Filena.

FILENA.

¿No ves, si Carlos ordena  
hacerla al campo salir?

¡Bueno va para mi mal!

DIANA.

Anda, que quizá te engañas.

FILENA.

Tú verás si aquestas mañas  
no son con intento igual.

DIANA.

Si ésta mujer suya fuera,  
¿qué respeto le guardara?

¿Que amor en nada repara.

y en público la tuviera!

FILENA.

¿No había mozas acá?

¿Para qué la trujo aquí?

DIANA.

Filena, en llegando ahí,  
harta sospecha me da.

(Sale LISARDA vestida de labradora.)

LISARDA.

Altas montañas, donde el cielo llueve  
blancas defensas contra el sol que os gasta,  
Amor en sus principios me contrasta,  
mi pecho sepultad en vuestra nieve.

¿Qué resistencia a su rigor se debe  
en una voluntad sencilla y casta,  
si la del santo honor apenas basta  
cuando furioso a la razón se atreve?

Carlos me va mirando con vergüenza;  
ya por lo menos que me quiere creo,  
que de creerse amar amor [comienza]. (1)

(1) En las dos ediciones: *empieza*.



Incierto el bien y cierto el daño veo.  
pues me dice el honor que huyendo venza.  
y tiéneme los pasos el deseo.

FILENA. ¿También ella está quejosa?

DIANA. Calla, que es antojo.

FILENA. ¡Ay, cielos!

¿A quién no despiertan celos  
de una mujer tan hermosa?

¿Sabes, Laura, como vas  
al campo con la comida?

LISARDA. ¿Yo?

FILENA. Sí.

LISARDA. Si fueres servida,  
no me lo mandes jamás.

FILENA. Laura, es gusto de señor.

Diana ocupada está  
en las haciendas de acá.

No hay de qué tener pavor.

Ponte para el sol, si quiere,  
un sombrerete galán  
con randas de tafetán.

DIANA. Laura, palaciega eres.

Defiéndete de los mozos.

LISARDA. Ellos serán comidos.

FILENA. Esos tus ojos polidos  
cubre con blancos rebozos

de toca de argentería:  
no vayas sin toca allá,  
que a tu hermosura será  
resistencia y bizarría.

Del oír suele nacer  
cuanto mal suele venir:  
la toca encubre el oír,  
luego es honra en la mujer.

Después que han aborrecido  
las tocas nuestras serranas,  
anda a las palabras vanas  
más descubierto el oído.

Con ella, Laura, irás bien,  
y no te verán la cara.

LISARDA. Cuando la mujer repara  
en los hombres que la ven.

la toca no quita el daño,  
pues dentro el peligro veo:  
que el oído del deseo  
abre la puerta al engaño.

De mí no tengas temor,  
aunque el consejo agradezco.  
Pues otro también te ofrezco  
para materia de honor.

FILENA. en que tu peligro está,  
y es que si llegare a hablarte,

que dice que a cierta parte  
del campo a su hacienda va.

no te fíes de su halago  
y palabras lisonjeras,  
que sus burlas y sus veras  
serán de tu honor estrago.

Yo sé de su condición  
malpecado estos enredos!,  
que sólo de aquestos miedos  
tengo mal de corazón.

No hay moza en casa, ni aun fue-  
que no la intente vencer. [ra,  
Laura, de buen parecer,  
con su lengua lisonjera.

Y como está de su parte  
el ser hermoso y galán,  
cuantas vienen, tantas van:  
señalar y echar aparte.

¡Pardiez que estoy por decirte  
mi desdicha!, pero suebra  
saber que si hoy te resquebra,  
mañana ha de despedirte.

No te fíes, tente en buenas,  
que las buenas han de hacer  
gran defensa, por tener  
este nombre entre las buenas.

¿Qué no me dijo una fiesta  
en el soto! ¡Sabe Dios  
lo que pasamos los dos  
en una y otra respuesta!

Creíle; bien lo pagué.  
Seis meses ha que me mira  
como si fuera mentira  
lo que en el soto pasé.

LISARDA. No llores, ni con tus celos,  
que bien sé que celos son,  
pongas duda en la opinión  
de que me honraron los cielos.

que yo sé que soy diamante  
a esas burlas y a esas veras.

DIANA. ¡Cuántas blasonan de fieras  
con un ánimo gigante,

que tienen en la ocasión  
enana la resistencia!,  
que es nuestra antigua dolencia  
ser tiernas de corazón.

LISARDA. Dadme lo que he de llevar,  
que yo sé lo que me importa.

FILENA. Ven, que la jornada es corta.

DIANA. La burra quiero sacar  
en que la olla les lleves.

LISARDA. Carlos, avisos me han dado  
de que ya llevo cuidado.

DIANA. Perderásme si te atreves.  
 ¡Buen ensalmo le has contado!  
 Si él la llega a retozar,  
 mojicones le ha de dar  
 que venga en sangre bañado.

FILENA. ¡Ay, Diana! Estas moderna-  
 que tan valientes las ves,  
 hablan, hablan, y después  
 se dejan caer de tiernas.

(Vanse, y sale SERÓN, SILVIO, FINEO, y músicos  
 con azadones.)

SERÓN. ¡Voto al Sol, que ha de ser mía!  
 Eso no hay que replicar.

SILVIO. Desde que vino al lugar  
 no tengo paz ni alegría.

FINEO. Pues yo no soy tan grosero  
 que a Laura no haya mirado.

SERÓN. Yo tengo muy bien fundado  
 mi intento, y soy el primero.

SILVIO. Y yo ¿pensáis que no tengo  
 para quererla ocasión?

FINEO. De mi justa pretensión,  
 Silvio, satisfecho vengo.

SERÓN. Yo la truje de la corte  
 en el coche de mi amo,  
 y así el primero me llamo.

SILVIO. No hay cosa que en esto importe  
 como el tener su favor.

FINEO. Pues ¿qué favor has tenido?

SILVIO. Si no estoy favorecido,  
 que nunca me ayude Amor.

SERÓN. Si es por favor, con el mío  
 nadie se puede igualar.

FINEO. Del que yo puedo contar  
 bastantemente confío.

SERÓN. Pues si todos tres lo estamos,  
 pretendamos y callemos.

SILVIO. Todos tres ¿cómo podemos?

SERÓN. Nuestros favores digamos,  
 y al mayor demos lugar  
 sin que nadie tenga queja,  
 porque Laura no es oveja  
 que a cuartos se ha de llevar.

FINEO. Oíd lo que me pasó,  
 ¡así Dios os dé ventura!  
 Una noche, y bien oscura,  
 Laura a la huerta bajó  
 y, llegando a un arroyuelo  
 que va corriendo sutil,  
 metió los pies, de marfil  
 y más hermosos del suelo,

Yo, subido en un lindero,  
 estuve atento mirando  
 el arroyo, que, jugando,  
 se mostraba lisonjero.

Sacó una blanca toalla,  
 no tanto como los pies,  
 y enjugándose después  
 que el Sol pudiera envidialla,  
 hizo de la yerba un poyo.

SILVIO. ¿Que todo lo viste bien?

FINEO. ¿Pues no, si estaban también  
 dos lunas en el arroyo?

Durmió un poco, y despertó.  
 Volvióse en fin. Yo corriendo  
 fui al arroyo, y conociendo  
 donde los pies se lavó,  
 al agua puse la boca,  
 y de beber satisfecho  
 traigo sus pies en el pecho.  
 ¡Mirad si la causa es poca!

SERÓN. Mejor fueran de ternera  
 con su ajoqueso, a la fe.

SILVIO. Oíd mi favor.

SERÓN. ¿Qué fué?

FINEO. ¿Será como aqueste?

SILVIO. Espera.

Laura, en el soto, la fiesta  
 al amanecer salió,  
 y en el prado se sentó  
 más que sus flores compuesta.

Sacó luego unos papeles,  
 y, en habiéndoles leído,  
 un dulce sueño atrevido  
 bañó su rostro en claveles.

Durmióse, en fin, en saliendo  
 el sol, que daba en los ojos,  
 de envidia de los despojos  
 con que le estaba venciendo.

Yo, de presto, que tenía  
 un hacha, corté a dos olmos  
 los brazos, y de los colmos  
 de su esperanza y la mía  
 formé una breve cabaña,  
 y lo que ellos no cubrieron,  
 unos arroyos me dieron  
 de su juncia y espadaña.

Despertó pasada un hora  
 y, como cerca me vió,  
 me dijo: "Si fuera yo,  
 ¡oh, Silvio!, una gran señora!..."

Yo entonces más me acerqué,  
 y el alma le respondió:  
 "Labradora os quiero yo,

que señora. ¿para qué?"

FINO. ¿Habéis contado?

SILVIO. Esto ha sido

lo que esperanza nie ha dado.

SERÓN. Dadme un oído prestado,  
pues os he prestado oído.

FINEO. Comienza.

SERÓN. Laura divina  
ayer cuidadosa entró.

FINEO. ¿Dónde?

SERÓN. En la cocina, y yo  
tras ella entré en la cocina.

Estaba para señor  
una bien compuesta olla  
de una pierna y de una polla,  
y un torrezno en su asador,

que de guardasol servía  
a una perdiz, que en blancura  
pudiera, con su hermosa,  
competir el mismo día.

El tinajón de la gente,  
con sus tasajos, estaba  
a otra parte, y murmuraba  
de mi amoroso accidente.

Las coles y berenjenas  
que danzaban con la espuma,  
y a Laura también, que, en suma,  
era ocasión de mis penas.

Púsenme a considerar  
cuál estaba más hermosa:  
la olla hirviendo amorosa  
o Laura yendo a espumar;

pero venció la afición  
de la olla, porque hacía  
agradable melodía  
mis tripas, danzando al son,

y al ir a tomar, en vano,  
una berenjena yo,  
Laura el eucharón volvió  
y dióme un palo en la mano.

Aunque serena de cara,  
y contento del favor,  
huí con mayor temor  
que su desdén me causara.

Diómele, y por no aguardalle  
a que otro palo me diera,  
fuí rodando la escalera  
hasta parar en la calle.

¡Bravo furor!

SILVIO. Laura viene.

SERÓN. ¿Que Laura trae la comida?

SILVIO. Cantad algo a su venida.

Ya Tírsi la voz previene.

(Sale LISARDA con un sombrero, y reboso, y una cesta.)

LISARDA. ¡Arre acá, pues! No me quiebres  
la olla.

FINEO. Va de canción.

LISARDA. ¡Yo, pues, con la maldición!

FINEO. Razón es que la celebres.

(Cantan:)

Seáis bien venida,  
zagala pulida;  
seáis bien llegada,  
pulida zagala.  
Todos estos valles,  
sotos y selva,  
al veros en ellos,  
Laura, se alegran.  
Flores tienen ellas,  
las fuentes risa.  
Bien seáis venida,  
zagala pulida;  
bien seáis llegada,  
pulida zagala,  
seáis bien llegada.

LISARDA. A la fe que me debéis  
el haber aporreado  
la burra por ese prado.  
Hoy temprano comeréis.

SILVIO. Bendiga Dios tu hermosura.

LISARDA. Tomad esa cesta allá,  
y id por la olla, que está  
en esa verde espesura.

FINEO. Dígale a satisfacción  
cada zagal un resquebro.  
SILVIO. Yo soy un rústico enebro  
y un pollino.

SERÓN. Y yo un león.  
SILVIO. Zagala, yo estoy por ti  
como huevos en sartén.

FINEO. Y yo, Laura...

SERÓN. Mirá bien  
lo que dejáis para mí.

FINEO. Estoy como están las flores  
que se alambican al fuego.  
SERÓN. Y yo, a tanta hambre llevo.

¡oh, Laura!, por tus amores,  
que en la olla voy a dar  
para ver si se me quita.

SILVIO. Vamos con relincho y grita.

SERÓN. A Laura pienso brindar.

(Vanse.)

LISARDA.

Por qué varios caminos la Fortuna  
me ha traído al estado en que me veo.  
cuando de mí no espera más trofeo  
el Amor que me siga la fortuna.

Bajé desde los cercos de la cuna  
a las profundas aguas de Leteo,  
donde ni es poco bien, ni le deseo:  
tal es mi mal sin esperanza alguna.

Carlos es bien nacido; mas ¿qué importa  
si no puedo decirle el desengaño  
ni el engaño en la pena me reporta?

Yo moriré por no decir mi daño,  
porque no puede haber dicha más corta  
que no poder valerse del engaño.

(Sale CARLOS.)

CARLOS. Ya no podéis excusar,  
corazón, esta batalla;  
animad los pies cobardes,  
mirad que tocan al arma;  
ya no es tiempo de temor.  
no es fiera Laura, ¿qué aguarda  
vuestro encogido silencio?  
y vos no vais a enojarla  
con decirle pesadumbres;  
que no sé yo quién se enfada  
que otra persona le diga:  
"Señora, mi alma os ama".  
Ahora bien, quiero ensayarme  
a estudiar tiernas palabras  
con qué decirle mi amor.  
Laura... Bien entro por Laura,  
que el nombre enternece mucho.  
Laura, aquella noche amarga...  
¿Qué mal dije amarga noche!  
antes dulce, alegre y clara.  
Laura, aquella dulce noche  
que saliste de tu casa,  
y yo te hallé, me dijiste  
llorando... ¿Qué larga entrada!  
y para resoluciones  
no ha de haber entradas largas.  
Laura, cuando yo te vi...  
Ahora, ¿qué sirve estudiarlas,  
si en viéndola he de turbarme?  
Amor, que me dió esperanzas  
para tan altas empresas,  
también me dará palabras  
con que decirle mi amor.  
Laura bella.

LISARDA.

Tu criada,  
señor mío, has de decir,

(Ap.) ¡No en balde celosa estaba  
Filená! ¡Amor, luz en vidrio,  
qué presto enseñas el alma!

CARLOS.

Laura, a Filena le dije  
que te diese esta mañana  
la comida desta gente  
que en mis labranzas trabaja;  
no fué, que ya tú lo sabes,  
porque criados me faltan,  
aunque retirado vivo  
al pie destas sierras altas;  
que soy pariente del rey,  
cuyo padre, en la desgracia  
del suyo, vivió en destierro,  
y mi calidad es tanta  
que la he querido encubrir  
a sombra destas montañas,  
que pienso que no pudieran  
si acaso fueran más bajas.  
El intento ha sido hablarte  
y decirte que me mata  
esa tu rara hermosura,  
donde, si tú lo dudaras,  
pudiera aquí, sin testigos,  
entre aquestas verdes plantas,  
quejarme de tu crueldad  
deshaciendo las entrañas,  
en crédito de mi pena,  
más lágrimas que palabras.  
Ya sabes quién soy, ya sabes...

LISARDA.

Carlos, lo que dices basta.  
Pobre mujer he nacido,  
pero con extremo honrada.  
De ti me amparé; no es justo  
que mayor daño me hagas,  
pues nunca los caballeros  
a las mujeres agravian.  
Tu criada soy también,  
y que vivo en confianza  
de tu valor.

CARLOS.

Laura mía,  
desde que te vi la cara  
en el coche, porque en ella  
salió más temprano el alba,  
te di el alma y me perdí.  
Luego, la poca distancia  
del coche, daba ocasión  
a más abrasarme el alma.  
Callé, por respeto justo;  
callé, no te dije nada.  
Veniste, Laura, a mi aldea;  
veniste, Laura, a mi casa.  
Callé también, divirtiendo

mi pensamiento en la caza;  
mas ¿qué importaban las selvas  
si en el alma te llevaba?  
En resolución: me muero,  
tú me pierdes, tú me abrasas.  
Serás mía, o pasaréme  
mil almas con esta espada.

LISARDA. Carlos, Carlos, ya me han dicho  
tus lisonjas. ¿Qué te cansas  
en fingirme penas tuyas?  
Si desta suerte me tratas,  
poco viviré contigo.

CARLOS. Laura, ¿así me desengañas?

LISARDA. ¿No te duele a ti mi honor,  
joya que tengo guardada  
como reliquia en mi pecho,  
y hanme de doler tus ansias?  
Déjame pasar.

CARLOS. Detente:  
mira que mi muerte causas.

LISARDA. Ya sé que estás muy enfermo;  
pero ¿qué remedio aguardas  
de quien no dará su honor  
por todo el oro de Arabia,  
los diamantes de la India  
y las perlas de Cubagua?  
Déjame, Carlos, volver.

CARLOS. Haréte fuerza.

LISARDA. ¿Eso pasa?

¿Piensas que soy yo Filena,  
rústica y pobre serrana?  
Mejor soy, Carlos, que tú.

CARLOS. Pues sólo un momento aguarda.

LISARDA. ¿Quién ha de aguardar y oír?

CARLOS. No seas, señora, ingrata.

LISARDA. ¿Señora? ¿Criada soy!

CARLOS. Laura, si eres mi criada  
yo te llamo como dueño.

¡Ah, Laura; Carlos te llama!

LISARDA. ¿Qué mandas, señor? ¡Ya vuelvo!

CARLOS. Que con esa mano blanca  
temples (1) de mi boca el fuego.

LISARDA. Si desatinos me mandas  
vuélvome.

CARLOS. Yo iré tras ti.

LISARDA. Eso será si me alcanzas.

CARLOS. ¡Tenelda, agudos espinos,  
verdes y intrincadas zarzas;  
creced, arroyos, creced;  
mirad que me lleva el alma!

(*Vanse, y entren LERÍN y FILENA.*)

LERÍN. ¿Adonde es ido señor?

FILENA. A la heredad, en la yegua:  
que no quieren darle tregua  
estas libranzas de amor.

LERÍN. A la he todo lo entiendo:  
bien sé que por Laura muere.  
De que digas que la quiere,  
Filena amiga, me ofendo.

No es Carlos hombre que había  
de traer esta mujer  
en confianza, y hacer  
con ella esa villanía.

Los villanos tenéis fama  
de maliciosos.

FILENA. No sé.  
Carlos a la corte fué  
y de allá trujo esta dama.

que lo parece en su trato,  
en su talle y discreción:  
si la tiene o no afición  
no lo sé; sé que es ingrato.

Tú, que eres su camarero,  
su secreto y confianza,  
sabrás el son a que él danza,  
sabrás la muerte que espero.

¡Dome a Dios! Venas me vienen  
de alborcarme de una encina  
según esté de mohina.  
¡Tales mis rabias me tienen!

LERÍN. Si tú me hubieras creído,  
con poner en mí los ojos  
excusaras tus enojos.

FILENA. Ya he probado, y no he podido.

LERÍN. Pon los ojos con más pausa.

FILENA. Ya los procuro poner,  
y no se quieren tener.  
¡No sé qué diablo es la causa!

LERÍN. ¿Tan desigual te parezco  
de don Carlos, mi señor?

FILENA. Debe de ser que el temor  
es desigual que padezco.

LERÍN. Prueba no te canses; mira  
lo que este mi amor merece.

FILENA. Ya lo miro, y me parece  
que es todo burla y mentira.

(*Sale CARLOS.*)

CARLOS. ¡Que no la pude alcanzar!  
LERÍN. Carlos viene.

CARLOS. ¡Hola!

LERÍN. Señor.

CARLOS. Yo traigo un cierto dolor.  
Di que me quiero acostar.

(1) En las dos ediciones: *tiemples*.

FILENA. No le ha sucedido bien.  
La mujer se ha defendido.  
LERÍN. ¿Dónde has ido? ¿Qué has tenido?  
CARLOS. Filena, ¿aquí estás también?  
Dí que venga a desnudarme  
Laura.  
FILENA. Laura, ¿para qué?  
CARLOS. Con ella descansaré,  
que ella sabrá consolarme.  
FILENA. ¿Yo no estoy aquí?  
CARLOS. Tú no.  
que Laura es más cortesana.  
FILENA. ¿Quieres que venga Diana?  
CARLOS. A Laura te digo yo.  
FILENA. Vendrá del campo cansada.  
CARLOS. ¿Bestia! No repliques más.  
FILENA. Yo voy.  
CARLOS. Lerín, ¿aquí estás?  
LERÍN. ¿Qué tienes? Todo te enfada.  
CARLOS. En entrando Laura aquí,  
por un lado te desvia.

(Sale LISARDA.)

LISARDA. ¿Qué me mandas?  
CARLOS. Laura mía,  
yo vengo a servirte a ti.  
LISARDA. Déjame, señor, que estoy  
sin aliento de correr.  
CARLOS. Yo pensé que eras mujer.  
LISARDA. Y yo pienso que lo soy.  
CARLOS. ¿Cómo me dejaste así,  
que estuve para matarme?  
LISARDA. Mi honor me mandó guardarme  
de tu amor, de mí y de ti.  
De tu amor, por no vencerme;  
de mí, porque soy mujer;  
de ti, por no me poner  
en ocasión de perderme.  
CARLOS. Yo no digo que tu honor  
se aventure; mas que digas  
que me quieres; que me obligas  
huyendo a mayor furor.  
Entretén la pasión mía  
como al enfermo sediento  
dentro del mismo aposento  
fingen una fuente fría.  
Laura, no quiero beber;  
déjame que escuche el son  
del agua.

LISARDA. ¡Extraña pasión! (1)

(Sale FILENA.)

FILENA. Laura, ¿cómo allá dejaste  
la cesta y platos?  
LISARDA. No sé.  
A Silvio se la dejé.  
FILENA. Y la burra que llevaste.  
¿no era volvella forzoso?  
LISARDA. Salíome un lobo. ¿Qué quieres?  
Ya sabes que las mujeres  
es ganado temeroso.  
FILENA. ¡La burra se comería!  
LISARDA. Más vale que diese allá.  
CARLOS. Salte allá, Filena, ya.  
¿Qué cansada niñería!  
FILENA. Ya se irán.  
CARLOS. Acaba, pues.  
FILENA. Pues yo voto al sol de Dios  
que no han de hablarse los dos  
sin que riñamos los tres.  
CARLOS. ¡Ay, Laura! ¿Ves lo que paso  
por ti?  
LISARDA. ¿Yo qué culpa tengo?  
CARLOS. Mira que a abrasarme vengo,  
y que me yelo y me abraso.  
Ya estás en amparo mío;  
¿quién te puede defender?  
LISARDA. Ser yo una pobre mujer,  
que en ser quien eres confío.  
CARLOS. Laura, yo soy tu señor.  
LISARDA. Anda, Carlos, que no eres  
después que engañarme quieres  
con ese fingido amor.  
CARLOS. ¿Fingido? ¡Quítame Dios  
la vida, si no te adoro!  
FILENA. Más con celos me enamoro,  
aunque están juntos los dos.  
Laura.  
CARLOS. ¿Qué quieres, Filena,  
a Laura?  
FILENA. Tengo (1) de hacer  
lo que conviene hasta ver  
en lo que para mi pena.  
Di, Laura.  
CARLOS. Allá fuera aguarda.  
FILENA. ¿Dónde la burra quedó  
que aquel lobo te comió,  
porque vayan por la albarda?  
CARLOS. Deja la bestia.  
FILENA. No quiero.  
LISARDA. Carlos, si esto he de pasar,

(1) Falta el último verso de esta redondilla, en las dos ediciones.

(1) En las dos ediciones: *No tengo.*

hoy me saldré del lugar.  
Ven Filena.

*(Vanse las dos.)*

CARLOS. Ya, ¿qué espero?  
Lerino (1).

*(Sale LERÍN.)*

LERÍN. Señor.

CARLOS. ¿Qué haré?

Esta mujer se resiste  
por honrada. Ya lo oíste.

LERÍN. Ya lo oí. Pues esto fué,

cásala, que tú verás

que consigues lo que quieres;

que hay deste humor mil mujeres.

CARLOS. ¡Fuerte consejo me das!

LERÍN. ¿No es peor morir?

CARLOS. Es así  
peor.

LERÍN. Pues yo la he mirado  
con ojos, que en otro estado  
no se ha de doler de ti.

CARLOS. ¿Con quién la podré casar  
que después no sea celoso?

LERÍN. Bato es hombre malicioso,  
y no te ha de dar lugar;

Silvio, discreto, y fino,  
cuidadoso y advertido.

CARLOS. ¿Quién, en fin, te ha parecido  
más conforme a mi deseo?

LERÍN. Paréceme que Serón,  
que es hombre más descuidado  
y indigno de ser amado;  
y así te tendrá afición.

CARLOS. Cuádrame, y le quiero hablar.

LERÍN. Quita el honor de por medio.

CARLOS. Pues voy, que está mi remedio  
en que se quiera casar.

*(Vanse, y sale LISARDA y DIANA, y quedase LERÍN.)*

DIANA. Mientras entienda Filena  
en las haciendas de casa,  
como de celos se abrasa,  
que ya conoces su pena,  
que te guarde me ha mandado.

LISARDA. La mejor guarda soy yo  
y la sangre que me dió  
un padre noble y honrado.

Tuve un hermauo, Diana,  
que quiso casarme mal,  
con un hombre desigual,  
cuya violencia tirana  
me arrojó donde me ves.  
Lerín está aquí.

DIANA.

LISARDA.

LERÍN.

LISARDA.

LERÍN.

¿Lerino?

Lo que tratáis imagino.

Bien dices; de Carlos es.

En lo poco que has servido,  
Laura, a Carlos, como honrado  
quiere ponerte en estado,  
a tu honor agradecido.

Daráte dote bastante  
con que honrada vivirás,  
y yo sé zagal, que es más.

LISARDA.

LERÍN.

¿Hay locura semejante?

El va en aquesta ocasión  
a hablarle, y yo me quedé  
a decírtelo.

LISARDA.

LERÍN.

LISARDA.

LERÍN.

DIANA.

¿Y quién fué?

Chapado fué.

¿Quién?

Serón.

Júrote, Laura, que es hombre  
tan bien acondicionado,  
que no le hay en todo el prado  
de más opinión y nombre.

LISARDA.

Digo que tenéis razón;  
que a quien tantos importuna  
quiere arrastrar la Fortuna,  
bien es que vaya en serón.

¿Está loco Carlos, di?

LERÍN.

LISARDA.

¡Qué buen agradecimiento!

Por desigual casamiento,  
responde que vine aquí,

y que por más desigual  
me voy también, que mi suerte  
no quiere darme la muerte,  
que piensa que es menos mal.

*(Vase.)*

LERÍN.

DIANA.

LERÍN.

DIANA.

LERÍN.

LFRÍN.

DIANA.

¿Vas de veras?

¿Pues no?

¿Serón no es hombre de bien?

Y otros lo serán también.

Detenerla pienso yo,  
que se quitará la vida

Carlos si Laura se va.

Yo pienso que no se irá,  
que está del anzuelo asida

aunque más encubre el fuego.

(1) Lerino (sic). Ocorre otras veces.

(Sale CARLOS.)

CARLOS. ¿Laura está aquí?

DIANA. Señor, no.

CARLOS. Apenas Serón lo oyó, cuando dijo: "Que sea luego".

El luego es cosa que creo que me ha de costar la vida.

LERÍN. Yo pienso que Laura es ida conociendo tu deseo.

CARLOS. ¿Dónde?

LERÍN. No lo sé, por Dios.

Díjale tu pensamiento, y en oyendo casamiento se despidió de los dos.

CARLOS. No lo creas; antes bien sospecho que no se enfada; no hay mujer que no le agrada ver que marido le den.

(Salen SERÓN y SILVIO.)

SILVIO. Tú has sido más venturoso.

SERÓN. Yo muy venturoso he sido.

DIANA. Señor, el novio ha venido.

SILVIO. Del novio estoy envidioso.

CARLOS. Púlete, y vístete luego,

Serón, para tanto bien.

DIANA. Yo te doy el parabién.

SERÓN. Haz, señor, llamar el crego,

que estoy para reventar de la dicha en que me veo.

CARLOS. Salteador de mi deseo,

Serón, te puedes llamar.

Ven tú, Lerín, y hablaremos

a Laura; ven tú, Diana.

SERÓN. Amanezca yo mañana

con Laura.

CARLOS. Extraños extremos

de fealdad y de hermosura

junta mi desdicha aquí.

SERÓN. ¿En fin, nació para mí

Laura?

SILVIO. Aun no ha venido el cura.

(Vanse.)

¡Ah, Serón! ¡Cuál se te ve que eres dichoso en la cara!

SERÓN. Algo mi temor repara,

ya cuando casado esté,

en las leyes del casado.

SILVIO. ¿Quieres un buen arancel?

SERÓN. Di, veamos.

SILVIO. Oye en él

lo que conviene a tu estado:

Primeramente, has de ser hombre en tu casa, y muy hombre, que sólo ha de tener nombre tu mujer de tu mujer.

Ha de mandar en tu casa, pero no en tu libertad, que con esta potestad, a ser el marido pasa.

No la temas, aunque queme el mundo su condición, porque como monas son: que muerden al que las teme.

No la ocasiones a ser celosa, que las mujeres, pensando ajenos placeres buscan ajeno placer.

Sé astuto, y sepa de ti que la quieres lo que basta, que con esto será casta y la tendrás cierta así.

Jamás le des ocasión a que te pierda el respeto ni te conozca defeto ni en cuerpo ni en condición.

Salga poco, y sólo tenga de vestir lo que le dieres, y con honradas mujeres, pocas veces, se entretenga.

No seas por descuidado desdichado, ni dichoso por celoso, que un celoso cerca está de desdichado.

Esto en aquesta ocasión para lición llevarás, que yo diré lo demás a la segunda lición.

SERÓN. Todo a la letra lo haré.

SILVIO. Desde hoy tu maestro soy.

SERÓN. Vamos, que palabra os doy de estudiarlo [c] por b;

aunque si la b le quito, sospecho que mejor suena.

SILVIO. Pues la b ¿qué te da pena?

SERÓN. Lo que tiene de cabrito.

(Vanse, y sale LISARDA con un poco de ropa debajo del brazo.)

LISARDA. Con salir el triste día que dejé mi amada tierra



de un gran palacio de un rey,  
donde me llamaron reina;  
con dejar tantos criados,  
tanto aparato y grandeza,  
lo que conocí y traté  
en mi tierna edad primera,  
no tuve tal sentimiento  
como ahora el alma lleva  
de verme salir de un monte  
y de una pequeña aldea.  
¡Cielos! ¿Qué dejo yo aquí,  
que salgo con tanta pena?  
¿Qué reino, casa y criados,  
qué tesoros y riquezas?  
¡Ay de mí! ¿Que más deja [ella!  
quien deja el alma y que se va sin  
¡Oh, Carlos, pluguiera a Dios  
que mis ojos no te vieran,  
para tanta desventura  
como pienso que me cuestas!  
No quiero ponerte culpa,  
aunque tanto me desprecias,  
que bien sé que me estimaras,  
Carlos, si quién soy supieras.  
Voime de ti, y a perder  
la vida entre aquestas fieras,  
porque alejarme de ti  
ya no es posible que pueda.  
Pues decirte lo que soy  
no puede ser, aunque muera  
despreciada y abatida.  
La noche, ¡ay!, triste se acerca.  
Aquí quiero recostarme  
y aguardar que el alba venga  
a asegurarme el camino  
y el peligro de las fieras,  
aunque a quien va tan ciega,  
¿qué más tiene la luz que las ti-  
[nieblas?

(Sale CARLOS y LERÍN con venablos.)

CARLOS.        ¡Desdichada de mi casa!  
Como Laura no parezca,  
bien podéis todos pensar  
que en el fuego que nie quema,  
desde el pavimento al techo  
irá en humo a las estrellas.  
Lerino, ¿cuándo le dió  
su pobre ropa Filena?  
LERÍN.        No me pudiera avisar,  
que los celos no le dejan  
descubrir a la razón

para que lo justo vea.  
CARLOS.        Altas montañas de Hungria  
cuyas verdes faldas besa  
el cristalino Danubio  
que vuestras campañas riega.  
Desiertas, oscuras, tristes,  
sacras al silencio selvas,  
aves que habitáis sus plantas,  
fieras que habitáis sus cuevas,  
mirad que Laura bella  
me lleva el alma y la memoria deja.  
Tened lástima de mí,  
si no queréis esconderla  
para hacerla vuestra diosa  
como en Aracinto a Delia.  
Mis desprecios la cansaron.  
¿Qué justa ha sido mi pena,  
pues quise dar a un villano  
lo que para reyes era!  
¡Ah, cielos!, doleos de mí:  
noche bordada de estrellas,  
mostradme a Laura, y vosotras  
esclareced sus tinieblas.  
Mirad que Laura bella  
me lleva el alma y la memoria deja.  
¡Señor, señor!

LERÍN.        ¿Qué me quieres  
CARLOS.        ¿No ves entre aquestas peñas  
LERÍN.        una mujer recostada  
sobre un tapete de yerba?  
CARLOS.        ¡Ay, cielos! ¿Si es Laura?  
LERÍN.        ¡Credo  
que es Laura.

CARLOS.        Detente.  
LERÍN.        Llega  
CARLOS.        Espera, porque pensemos  
invención para volverla,  
porque se ha de resistir.  
LERÍN.        Pues di que vienes tras ella  
porque te hurtó una copa.  
CARLOS.        Bien dices; quiero prendella.  
¿Despierta, fingida Laura;  
traidora Laura, despierta!  
LISARDA.        ¡Ay, cielos, piedad os pido!  
¿Si me mata alguna fiera?  
CARLOS.        ¿Qué es de mi copa de plata,  
robadora de mi hacienda?  
LISARDA.        ¿Es Carlos?  
CARLOS.        Sí; Carlos soy.  
LISARDA.        ¿Yo copa de plata? Espera.  
¿Es posible que de mí  
has pensado tal bajeza?  
CARLOS.        Descoge luego esa ropa.

LISARDA. No hay cosa que en ella tenga.  
¡Deja, deja!

CARLOS. ¿Cómo no?

LERÍN. Aquí hay un paño de seda.

CARLOS. Abre a ver.

LERÍN. ¡Qué ricas joyas!  
Aunque la noche no quiera,  
se ve por su luz que son  
preciosas sus piedras.

CARLOS. Muestra.  
¿Tú piedras preciosas, Laura?  
¿Tú joyas desta manera?  
¿Quién eres?

LISARDA. Noble mujer.  
Tan ricos mis padres eran  
que pudiera sacar más.  
Si las dejé por la ofensa  
de un desigual casamiento,  
no es bien que culparme puedas,  
pues no fué falta de amor  
el dejarte, sino fuerza  
de mi honor; que yo te amo,  
mas aunque entre aquestas selvas  
me mates, Carlos, no pienses  
que harás a mi honor ofensa.

CARLOS. Laura, quien mira estas joyas  
de tal valor y grandeza,  
¿para qué busca testigos?  
No es posible que no seas  
tan bien nacida mujer  
que ser mi esposa merezcas.  
¿Quiéresme para tu esposo?

LISARDA. Sí, como tú me concedas  
mi honor hasta que tengamos  
la bendición de la iglesia.

CARLOS. Esa palabra te doy.  
Ven, Laura, que cerca queda  
en que a la villa volvamos.  
Tú aguarda en aquesta selva  
a la gente que viniere,  
para que luego se vuelva.

LISARDA. Vamos, que confío de tí.

CARLOS. Laura, quien quisieres seas...

LISARDA. Algún día lo sabrás.

CARLOS. Sé que eres sola y honesta.

(Pausa.)

LERÍN. ¡Hola, aho, gente de Carlos!  
¡Ah del prado! ¡Ah de la sierra!

(Sale SERÓN armado de un capacet, y calzas graciosas, y los labradores con lanzas.)

SERÓN. Por aquí dan voces, Silvio.

Echa por esa fresneda.  
¿Quién va?

SILVIO. Lerino.

LERÍN. ¿Qué hay?

SERÓN. ¡Pardiez! Serón, buenas nuevas.

LERÍN. ¿Pareció mi mujer?

SERÓN. Sí.

LERÍN. ¡Albricias, montañas yermas;  
pastores del prado, albricias;  
fuentes, flores, alamedas.  
Laura ha parecido ya,  
ya pareció Laura bella!  
¿Dónde está, amigo, mi esposa?

SERÓN. Carlos la lleva al aldea,  
a las ancas de un caballo,  
para casarse con ella,  
porque sabe que es mujer  
noble.

SILVIO. ¡Albricias, alameda,  
montañas, flores y ríos!

SERÓN. ¿Carlos a Laura se lleva?

FINEO. ¡Muy bien se ha hecho, por Dios!  
El es bien que la merezca;  
que una perla tan preciosa  
no se ha de dar a una bestia.

SERÓN. ¿Que, en fin, ya no es para mí,  
ni me caso?

SILVIO. No, que huera  
dar una liebre a un león;  
y a un tigre, una tierna oveja.

SERÓN. Dadme todos parabién,  
pastores de aquestas sierras.  
Pues ¿por qué, amigo Serón?

FINEO. Porque en aquesta refriega  
escapé de un gran peligro  
que amenazó mi cabeza.

(Pausa.)

## ACTO TERCERO

(Salen SILVIO, y FILENA.)

SILVIO. Que te dure el pensamiento  
de amar a Carlos, Filena,  
¿no es locura?

FILENA. No, que es buena  
la causa de mi tormento.  
Finalmente, a mi me agrada  
esta mi antigua locura;  
que mas parece cordura  
locura tan bien fundada.

SILVIO. Pues Carlos ¿no se casó  
y van pasando los años  
de su boda y de tus daños?

FILENA. Mis daños adoro yo.  
Pasen los años por mí  
y los contentos por él;  
que estimo el quejarme dél  
más que el estimarte a ti.

SILVIO. Adora a Laura.

FILENA. Hace bien.  
que es una hermosa señora,  
y si por bella la adora  
yo, por lo mismo, también.

SILVIO. Hijo tiene Carlos ya  
que confirma tanto amor.

FILENA. Silvio, no hay mayor error  
que amar quien amando está.

Si tú me quieres a mí,  
que quiero a Carlos, ¿no entiendes  
que con lo mismo te ofendes,  
pues yo no te quiero a ti?

SILVIO. Carlos y Laura son éstos:  
Dios los conserve en su estado,  
que mi envidia aún no me ha dado  
pensamientos descompuestos.

(Salen LISARDA, y CARLOS: ella en hábito de dama.)

CARLOS.

Es forzoso partirme, Laura mía,  
a defender la tierra que me toca  
de mil soldados que andarán perdidos,  
después que se ha perdido la batalla,  
que quiso mi desdicha que se diese  
tan cerca de mi tierra.

LISARDA.

¿Que en efecto  
es muerto el rey de Hungría?

CARLOS.

¿Pues tú lloras  
la muerte de aquel príncipe soberbio?  
Yo soy pariente suyo, y no le lloro.

LISARDA.

Críeme yo en la corte, y conóciale.

CARLOS.

¡Dichoso, Laura, yo que estoy tan lejos  
de las discordias y desdichas grandes  
que agora se aperciben en Hungría!  
Si no es que el rey Conrado tenga oculta  
a Lisarda, su hermana del rey muerto,

y agora, como rey y su heredero,  
la manifieste y diga que es su esposa.  
En más estimo, Laura, serlo tuyo,  
en esta paz de mi pequeña aldea,  
que todos cuantos cetros y coronas  
la ambición de los hombres ha tenido.  
¿Qué de muertes habrá, qué de traiciones!

LISARDA.

La pretensión del reino, que no tiene  
heredero legítimo, faltando  
Lisarda, que ha seis años, según dicen,  
me salió de la corte de su hermano,  
y se tiene por cierto que fué muerta,  
por cuya causa, y en venganza suya,  
airado le quitó la vida el cielo,  
¿quién duda que ha de ser fatal incendio  
de su reino afligido y miserable?

CARLOS.

Compitan, bella Laura, codiciosos  
los húngaros agora, y en campaña  
salgan con sus ejércitos civiles,  
y yo, puesto que soy del Rey pariente,  
mire a mi pobre mesa el hijo tuyo,  
sentado entre los dos, y con el alba  
salga a matar al campo dos conejos,  
la pintada perdiz y la paloma;  
vuelva a tus brazos como suele al nido  
con dulce voz el pajarillo ausente,  
que éste es mi reino, y pretensión tan alta,  
que lo que no imagino eso me falta.  
¿Silvio!

SILVIO.

¿Señor?

CARLOS.

Pregúntale a Lerino  
si esta ensillado ya, para que entramos  
vamos a ver la tierra del contorno;  
no la molesten los soldados húngaros,  
huyendo la fiereza de Polonia.

SILVIO.

Ya voy.

CARLOS.

Y tú, Filena, pon al punto  
la ropa que te dije esta mañana.

FILENA.

Cuidado tuve, y queda apercibida.

CARLOS.

¿Qué me mandas, esposa de mi vida?

LISARDA.

Que puesto, mi señor, que los soldados  
os diesen ocasión y se atreviesen  
a vuestras tierras y vasallos, sea  
tanta vuestra cordura que los sufra,  
que más importáis vos que vuestra hacienda.

CARLOS.

En todo mostraré lo que os adoro.  
Guárdeos el cielo.

*(Vase.)*

LISARDA.

Y tan piadoso sea,  
que libre y con salud venir os vea.  
¿Cuándo estará cansada la Fortuna  
de mis persecuciones? Y casada  
no como reina, y reina que ninguna  
se ve más combatida y deseada,  
no hallando en mi flaqueza fuerza alguna  
que resistiese el golpe de su espada,  
poniendo al pecho de mi hermano el filo,  
sin mudar el dolor, mudó de estilo.

El reino queda ya sin heredero,  
yo soy reina legítima de Hungría,  
casada con un pobre caballero,  
aunque ya la mayor riqueza mía.  
¿Diré quién soy? No sé. Pero ¿qué espero,  
cuando con tanta rabia y osadía  
el más indigno la corona emprende  
y, viva yo, que ha de reinar pretende?

Luego que supe que murió mi hermano,  
por bárbaro, arrogante y atrevido,  
y que estaba su campo tan cercano  
que el eco de las cajas fué sentido,  
al conde Arnaldo he escrito de mi mano  
que vivo, que aquí estoy, quién soy y he sido;  
pero callando siempre el casamiento,  
por el temor de su ambicioso intento.

Aquí traigo la carta, que escondida  
de Carlos aguardé ocasión como ésta.

*(Sale SERÓN.)*

SERÓN.

¡Saliera yo contra la vil canalla  
que discurre los montes fugitiva,  
que yo sé bien, si me esperaran cuatro,  
ni seis, ni diez, a disparar la honda!...

LISARDA.

¿Serón!

SERÓN.

¿Señora mía?

LISARDA.

¿Serás hombre?

SERÓN.

Que lo he sido hasta aquí jurar te puedo;  
de aquí adelante haré lo que pudiere,  
que nuestra vida nunca está de un modo,  
ni en todos tiempos lo podemos todo.

LISARDA.

Ya sabes que, no lejos destos llanos,  
los húngaros están desbaratados,  
muerto su Rey.

SERÓN.

Ya sé que a nuestra costa  
los aloja la tierra de nuestro amo,  
y que a Belgrado llevan el Rey muerto.

LISARDA.

Tú me has de hacer un gusto.

SERÓN.

¿En qué te sirvo?

LISARDA.

Esta carta has de dar al conde Arnaldo,  
con gran lealtad y con mayor secreto.

SERÓN.

De dársela en sus manos te prometo.

LISARDA.

Aprende, pues, Serón, la cortesía,  
que le has de llamar siempre Señoría.

SERÓN.

¿Señoría?

LISARDA.

¿Pues esto no es muy fácil?

SERÓN.

¿Señoría?

LISARDA.

Depréndelo, y camina;  
que si me traes respuesta, tu ventura,  
y aun la mía, también está segura.

SERÓN.

Por el camino pienso todo el día  
no dejar de la boca "Señoría".

(*Vanse, y salen el Conde ARNALDO y OTAVIO.*)

ARNALDO. Dejaré consejos viles,  
y remitirlo he a la espada;  
seré en el enojo Aquiles.  
¿Qué oración tan estudiada,  
qué conceptos tan sutiles!

Pero no me ha de hacer daño  
retórica locución.

porque yo más acompaño  
con la espada a Telamón  
que a Ulises con el engaño.

Faltando el rey que tenía,  
¿quién la corona de Hungría  
merecerá como el Conde,  
si el ejército responde  
todo en una voz que es mía?

Consejos están muy lejos  
de lo que al reino le importa:  
donde no asisten los viejos,  
si lo que es voto no corta,  
votos hacen los consejos.

Corten espadas aquí,  
y reine el que más pudiere,  
que el campo me elije a mí.  
OTAVIO. Quien a mí no me prefiere,  
¿qué es lo que piensa de sí?

Cuando Lisarda vivía,  
ya saben que me la daba  
el Rey para darme a Hungría,  
con cuyo voto se acaba  
vuestro consejo y porfía.

Yo no he de ser arrogante  
con palabras y amenazas,  
que en pretensión semejante,  
no los sobornos y trazas,  
la justicia es importante;  
y ésta ya todos sabéis  
que sólo la tiene Otavio.

(*Sale CLARIDÁN.*)

CLARIDÁN. Cuando hacer imaginéis  
a Claridán este agravio,  
lo que merece veréis.

Si no estináis vuestra vida  
y vuestro amparo estimáis  
otra espada preferida,  
yo haré que me obedezcáis  
con la que traigo ceñida;

que me llaméis heredero,  
con sólo un acero espero,  
en que he puesto mi valor;  
porque no hay cetro mejor

que el que sale del acero.

ARNALDO. Cesen ya tantos blasones,  
caballeros pretendientes,  
que en tan altas ocasiones  
para agraviados ausentes  
no son armas las razones.

Mi justicia está muy llana.

OTAVIO. ¿Y yo no tuve del Rey  
por mujer la muerta hermana?

CLARIDÁN. Si el derecho, si la ley  
las controversias allana,

¿qué tenéis, pues que tenéis  
la justicia que decís,  
que lo juzguen estos seis,  
pues del consejo salís  
y el campo alterar queréis?

Y si estáis determinados  
a perder con los Estados  
la vida en la pretensión,  
llevad al Rey, que es razón,  
y honralde con sus pasados,  
que después habrá lugar.

ARNALDO. Yo, que he de ser su heredero,  
le quiero llevar y honrar.

OTAVIO. Yo, que su corona espero,  
le pienso honrar y llevar.

CLARIDÁN. Pues llevémosle los tres,  
que mi pretensión no es  
de la de menos cuidado:  
descanse el Rey en Belgrado,  
y averíguese después.

(*Sale SERÓN con la carta.*)

SERÓN. ¿Dónde está su señoría?

ARNALDO. ¿A quién buscáis?

SERÓN. Busco al Conde.

ARNALDO. Yo soy.

SERÓN. Pues ésta le envía  
cierta señora.

ARNALDO. ¿De dónde?

SERÓN. De los campos de Atelia.

ARNALDO. ¿Caen muy cerca de aquí?

SERÓN. Sí, señoría.

ARNALDO. ¿Y a mí  
me escribe?

SERÓN. Sí, señoría.

ARNALDO. ¿Es queja?

SERÓN. No, señoría.

OTAVIO. Leed alto.

ARNALDO. Digo así:

(*Lee:*)

“Seis años ha que estoy en estos montes.

desde la noche que dejé a mi hermano;  
no tiene más legítimo heredero;  
si me queréis, seguid al mensajero.

*Lisarda."*

OTAVIO. ¿Hay suceso igual?  
ARNALDO. Hombre, ¿qué traes aquí?  
CLARIDÁN. El remedio universal.  
OTAVIO. ¿Que vive?  
ARNALDO. Dice que sí.  
CLARIDÁN. ¡Tanto bien en tanto mal!  
ARNALDO. ¿Viva está, serrano amigo?  
SERÓN. Sí, señoría: en verdad,  
de que vive soy testigo.  
OTAVIO. ¿Está en campo, o en ciudad?  
SERÓN. Venganse todos conmigo,  
que yo se la mostraré.  
ARNALDO. Ponte, amigo, esta cadena.  
CLARIDÁN. Y esta mía, que yo sé  
que la quitas a mi pena. (1)  
OTAVIO. También yo aquesta te doy.  
SERÓN. No me pongan, señorías,  
tan rico. ¡Turbado estoy!  
ARNALDO. Una estatua merecias.  
SERÓN. No importa, que ya lo soy.  
CLARIDÁN. ¿Cómo te llamas?  
SERÓN. Serón.  
aunque hablando con perdón.  
ARNALDO. ¿Sirvesla?  
SERÓN. Sí, señoría.  
OTAVIO. Pues alto al lugar nos guía.  
SERÓN. Aquéllas las torres son.  
¿Hanme de quitar aquesto?  
CLARIDÁN. Ni aun la mitad te hemos puesto.  
ARNALDO. ¿Por dónde, van a Atelia?  
SERÓN. Por aquí van, señoría.  
ARNALDO. ¡Guarda, y coche, gente presto!

*(Vanse, y sale LISARDA, y FILENA, y DIANA.)*

FILENA. En esto da Silvio agora,  
y Diana en esto da:  
tú, como señora ya,  
nos puedes juzgar, señora.  
LISARDA. ¿Qué dice Silvio?  
DIANA. Que quiere  
a Filena.  
LISARDA. ¿Y tú?  
DIANA. Que quiero  
a Silvio, mi amor primero,

aunque él por Filena muere;  
pero has de advertir que a mí  
me quiere también Fineo.  
LISARDA. Desconcertadas os veo.  
DIANA. Pues eso nos trujo a ti.  
LISARDA. Echad suertes, y podréis  
quedar en paz, que mi hijo  
las podrá sacar.

FILENA. ¡Bien dijo!  
LISARDA. Con esto las dos tendréis  
maridos, sin causa alguna  
de queja en nuestros oídos,  
que sabed que los maridos  
son suertes de la Fortuna;  
y mientras las escribís,  
a ver a mi Félix voy.

*(Vase.)*

FILENA. Por no echar suertes estoy,  
si tanto me perseguís.  
¡Ay, Diana!, yo no he dado  
de amarme a Silvio ocasión;  
antes, con mucha pasión,  
le tengo desengañado.  
Háblale y vuélvele a ti,  
que los hombres son mudables,  
y como tierno le hables  
dejará de amarme a mí.

*(Vase.)*

DIANA.

Amor desconcertado, ¿qué es tu intento?  
De locos eres ya reloj sin cuerdas,  
y no es razón que las potencias pierdas  
que son de tu concierto el movimiento.

La vida que te sigue corre a tienta,  
porque jamás con la razón concuerdas  
y, aunque despertador, que nos recuerdas,  
pocas veces al bien, sólo al tormento.  
¿Qué a priesa que das horas de desvelos,  
cuando se desconcierta el armonía  
de las correspondencias de los cielos!

Ya te has hecho de sol, que en pardo día,  
como te da con sombra de los celos,  
jamás señalas hora de alegría.

*(Sale SERÓN con un sombrero de plumas y muchas cadenas.)*

SERÓN. ¿Está mi señora aquí?  
DIANA. ¿Qué es esto, amigo Serón?

(1) Falta el último verso de esta quintilla en las dos ediciones.

SERÓN. ¡Entra con la maldición,  
que viene el mundo tras mí!  
DIANA. ¿Has muerto algunos soldados  
de los que huyen estos días?  
SERÓN. Vengo de las señorías,  
donde fui por mis pecados.  
Entra presto, y di que aquí  
vienen los grandes.  
DIANA. ¿Qué grandes?  
SERÓN. De Hungría, Polonia y Flandes,  
y de Alemania.  
DIANA. ¿Aquí?  
SERÓN. ¡Sí!

*(Sale ARNALDO, OTAVIO, y CLARIDÁN, y soldados  
de acompañamiento.)*

ARNALDO.  
¿Adónde está la Reina?  
SERÓN.  
Ya la llaman.  
OTAVIO.  
¿Vive la Reina aquí?  
SERÓN.  
Sí, señoría.  
CLARIDÁN.  
No es malo este palacio. ¿Y quién le habita?  
SERÓN.  
Un caballero pobre, pero noble,  
cuya grandeza le enriquece al doble.

*(Sale LISARDA, FILENA, DIANA, y SILVIO.)*

LISARDA.  
¿El ejército aquí?  
ARNALDO.  
¡Cielos!, ¿si es ésta?  
OTAVIO.  
¿Qué lo dudas?  
CLARIDÁN.  
¡Señora de mis ojos!  
ARNALDO.  
¡Señora y Reina mía!

FILENA.  
¿Qué es aquesto?  
DIANA.  
¿Reina la llaman?  
SERÓN.  
Sí.  
CLARIDÁN.  
Dadnos a todos  
esos pies muchas veces.  
OTAVIO.  
A los ojos  
preguntad, ya que callan nuestras lenguas.  
ARNALDO.  
Bañados todos en piadoso llanto,  
el alegría y el amor debido  
al bien de haberos visto dice el alma.  
¿De dónde o cómo aquí? ¿Tiéneos Conrado,  
ese rey de Polonia, por ventura?  
OTAVIO.  
Señora, ¡tanto tiempo tan oculta!  
CLARIDÁN.  
Señora, ¡tanto tiempo tan ingrata  
a quien de vuestro bien tan cuidadoso!  
LISARDA.  
El bien universal, vasallos, sólo  
me descubriera, y no interés humano;  
ni me tiene Conrado, ni me ha visto.  
ARNALDO.  
Señora, a la concordia del ejército  
y al aliento común de los vasallos  
importa que al instante mismo os vean;  
pagaldes el amor con que os descan.  
LISARDA.  
Si es tan forzoso, vamos, que querría  
llevar el cuerpo de mi muerto hermano  
a Belgrado también.  
ARNALDO.  
¡Ea, soldados!  
¡Toquen las cajas, suenen las trompetas!  
¡Reina tenéis, hagamos alegrías!

SERÓN.

¡Voto al Sol, que se van las señorías!

(Vanse.)

DIANA. ¿Qué os parece su desdén?

FILENA. Que no se acordó de Carlos.

SILVIO. Suele el estado mudarlos  
a los que más quieren bien.SERÓN. Pues ¿no fuera justa cosa  
que ser su esposo dijera?SILVIO. Al avestruz llaman fiera  
y madrastra rigurosa,  
porque los hijos desprecia.

SERÓN. Laura el suyo llevaría.

FILENA. ¡Que ésta era Reina de Hungría!  
Callo, por serlo.

DIANA. No es necia:

pero ¿por qué la llamáis

Laura, pues Lisarda es?

SILVIO. Bien podrá ser que después  
príncipe a Carlos veáis,  
pues aunque dejarle quiera,  
el hijo ha de suceder.

SERÓN. ¡No hay que fiar de mujer!

SILVIO. La más firme es más ligera.

SERÓN. Si en una balanza pones,  
Silvio, seis años de amor,  
y en otra un reino, el mayor  
de todas estas naciones,  
si la balanza es mujer,  
el reino pesará más.

FILENA. ¡Buenos títulos nos das!

SERÓN. ¿Pues cuándo sabéis querer?

Y aun plega a Dios que no diga

Laura que el hijo es ajeno.

DIANA. ¡Vierte, vibora, el veneno!

SERÓN. ¿Quién hay que me contradiga?

FILENA. Las historias, las firmezas  
de mil mujeres.

SERÓN. No sé:

esto que veo diré.

y otros dirán sus grandezas.

Yo he conocido un pastor  
que cuatro hijuelos tenía  
de cierta ninfa que había  
solicitado su amor,y en la primera pendencia  
les dió diferente dueño.

SILVIO. Carlos viene.

SERÓN. Todo es sueño:  
matáis de olvido, u de ausencia.

(Salen CARLOS y LERÍN.)

LERÍN. ¡La casa está alborotada!

CARLOS. ¿Qué es esto, pastores míos?

LERÍN. Todos callan.

CARLOS. ¿Qué tenemos?

Todos han enmudecido.

LERÍN. ¿Dónde está Laura, villanos?

CARLOS. ¿Qué miráis? ¿No me habéis visto?

¿Qué os enmudece? ¿Qué es esto?

SERÓN. Guardo el oro y el vestido.

SILVIO. ¡Señor!...

CARLOS. ¿De qué estáis turbados?

SILVIO. Señor, a tu casa vino

el ejército del Rey.

CARLOS. Pues bien, ¿qué habrá sucedido?

¿Hanse llevado el ganado?

¿La carne salada? ¿El trigo?

¿Entraron en las bodegas?

Beban norabuena el vino.

De buen rey eran vasallos.

y ya que no le he servido

con las armas, como debo,

con esta hacienda le sirvo.

¿Es esto? ¿Dónde está Laura?

SILVIO. Señor, Claridano dijo,

el Conde Arnaldo y Otavio...

CARLOS. Di lo demás; dilo, Silvio.

SILVIO. Dijo que era mi señora

no Laura, que su apellido

era Lisarda, y que es Reina.

CARLOS. ¿Qué dices?

SILVIO. La verdad digo.

porque dicen que es la hermana  
del Rey muerto, y que ella ha escrito  
al campo, que la sacasen [to  
destos montes.

CARLOS. ¿Y se ha ido?

SILVIO. En besándole la mano.

SERÓN. No podemos (1) resistirlo.

que era toda gente armada.

CARLOS. Caso entre nobles indigno

de la sangre y del honor.

de la banda y del oficio.

pues Laura, o Lisarda, o Reina,

¿no dijo que su marido

era Carlos, y que dél

tenía un hijo?

SILVIO. No quiso.

porque no fuese ocasión

de aventurar, por decirlo.

(1) Podemos (sic).



el reino a que la llevaban,  
donde, por dicha, el más digno  
será su esposo en llegando.

(Sale FINEO.)

FINEO. ¿Está aquí señor?

CARLOS. Si, amigo.

FINEO. ¿Sabes ya cómo era reina  
Laura?

CARLOS. Todo lo he sabido.

FINEO. ¿Sabes ya cómo en un coche,  
a quien su escuadrón lucido  
del Conde Arnaldo hizo escolta,  
llevó a Belgrado el camino?  
A no estar con la pasión,  
que es justo, vieras los riscos  
de los montes retumbando  
entre cóncavos y pinos  
con las trompetas y cajas,  
diciendo todos a gritos  
¡viva la Reina Lisarda!

CARLOS. ¡Calla, villano atrevido,  
que el corazón me traspasas!  
¡Oh, Laura, dulce bien mío!  
¡Oh, Laura, mi amada esposa!

¿Es posible que has tenido  
tan de piedra las entrañas  
que esto has usado conmigo?

¿Es posible que me dejas,  
sin que aquel hermoso niño  
que nuestra sangre juntó  
pudiese tanto contigo?

Cuando yo te quise, Laura,  
Laura, cuando Carlos quiso  
que fueses tú su mujer,  
bastó el haberte querido  
sin otro humano interés.

Tú eras pobre, yo era rico;  
tú, perdida; yo, señor.  
Agora que te ha subido  
la Fortuna a gran lugar,  
¿qué mucho que hubieras dicho:  
"Vasallos, reinaos vosotros,  
que Carlos es mi marido"?

No tiene el Arabia Félix  
oro en su centro, ni el indio  
oriental ricos diamantes,  
esmeraldas ni jacintos,  
no el Sur tan (1) preciosas perlas  
en sus nácares nativos,  
no el mundo tantas ciudades,

coronas y señoríos  
porque te dejara yo.  
¡Oh, Laura, tanto castigo  
por haberte honrado tanto  
sin haberte conocido!  
Conmigo, ¿qué te faltaba?  
No les dijeras con brío:  
¡"Vasallos, reinaos vosotros,  
que Carlos es mi marido"!   
La flaqueza es de mujer,  
¿Por qué escriben los antiguos  
esas mentiras de Porcia,  
esos sepulcros y nichos  
de la gran reina de Caria,  
ni dan el bárbaro Egipto  
pirámides, ni honra Grecia  
la señora de Zaquinto?  
¡Fábulas deben de ser!  
Maldiga el cielo los libros  
que nos cuentan sus firmezas.  
Pues espera, basilisco,  
que en tu seguimiento voy.  
Venid, amigos, conmigo.  
Traed el niño también.

LERÍN. Señor, mira que te aviso  
que te han de matar allá  
si con algún artificio  
no disimulas quién eres.

SERÓN. Señor, dice bien Lerino;  
mira que sus pretendientes  
son poderosos y altivos.

CARLOS. Tomaré vuestro consejo,  
que a la razón le permito  
lo que me niega el amor.  
¡Poderoso desvario!

¡Ay, Laura, qué ingratitud!

LERÍN. Un reino es grande enemigo.

CARLOS. ¿Qué importara si ella fuera  
de mármol y no de vidrio,  
pues les pudiera decir,  
si fuera su amor el mío:  
"Vasallos, reinaos vosotros,  
que Carlos es mi marido"?

(Vanse. Sale CONRADO y su EMBAJADOR.)

CONRADO.

¿No quieres que me admire lo que dices?

EMBAJADOR.

Antes, señor, es justo que este caso  
con más que admiraciones solencies.

Volvía yo del peligroso paso

(1) En las dos ediciones: *Surtan*.

donde se dió la próspera batalla,  
tan digna de los cisnes del Parnaso  
y con divinos versos celebralla,  
pues no sólo venciste al rey de Hungría,  
pero en la tierra para siempre calla,  
cuando siento el estruendo en que venía  
entre una densa nube polvorosa,  
la voladora Fama, que decía:  
“¡Viva Lisarda, nuestra Reina hermosa!”.  
que coronada de una y otra guarda  
y de la soldadesca belicosa,  
venía entre los nobles tan gallarda,  
que daba a todos gloria y alegría.

CONRADO.

¿Que vive la bellissima Lisarda?

EMBAJADOR.

Dicen que un alto monte la tenía,  
donde ha sido seis años labradora,  
callando, porque a Otavio aborrecía.  
Yo pienso que estará en Belgrado ahora,  
adonde grandes fiestas le previenen,  
locos de haber hallado a su señora.

CONRADO.

Con justa causa, pues que Reina tienen  
de sangre de los reyes generosa,  
cuando confusos y vencidos vienen.  
¿Con quién dicen allá que se desposa?  
¿Qué marido le dan? De mí, ¿qué tratan?

EMBAJADOR.

La empresa es alta, y la ambición, forzosa.  
Tú verás que se abrasan y se matan,  
sobre querer entre ellos merecella,  
y que con esto el príncipe dilatan.

CONRADO.

Pues ¿ya no saben que Lisarda bella  
es mi mujer, y que ese reino es mío?

EMBAJADOR.

Pienso que vive el mismo gusto en ella,  
pero los grandes, con orgullo y brío,  
querrán alzar la frente a la corona.

CONRADO.

Será, puesto que honroso, desvarío.  
Acercaré mi ejército y persona  
a Belgrado, de suerte que ellos vean  
si quien ayer los vence hoy los perdona.

EMBAJADOR.

Algunos pienso ya que te desean.

CONRADO.

No se despidan un mínimo soldado  
hasta que mis banderas la posean.

EMBAJADOR.

¿Dónde mandas marchar?

CONRADO.

Marcha a Belgrado,  
Y sepan esos bárbaros de Hungría  
que Lisarda nació para Conrado,  
y que no puede ser de otro si es mía.

(*Vanse, y salen ARNALDO, OTAVIO y CLARIDÁN.*)

ARNALDO. Con esto no hay replicar,  
porfiar ni pretender.  
OTAVIO. Pudiendo señor hacer,  
¿le queréis ir a buscar?

CLARIDÁN. Si todos los pretendientes  
fuérais una cabeza,  
de Lisarda la belleza,  
los rayos resplandecientes  
de la corona de Hungría,  
vinieran en ella bien;  
mas ¿cómo queréis que den  
a la vuestra y a la mía,  
y a la de tantos, lo que es  
forzoso que de uno sea?

OTAVIO. ¿Y es mejor que la posea,  
por ambicioso interés,  
el extranjero, que ufano  
de acabarnos de vencer,  
tuviese la espada ayer  
y hoy tenga el cetro en la mano?

ARNALDO. Otavio, no hay qué tratar.  
Tú deja la pretensión.

OTAVIO. Yo ¿por qué?

ARNALDO. Pues ¿qué razón  
hallas tú para dejar

Claridano la que tiene,  
otros y yo, que igualamos  
tus méritos?

CLARIDÁN. Si dejamos,  
porque a todos nos conviene  
y a la paz común también,  
que venga a reinar Conrado,  
no es por ser el más amado,  
sino que le está más bien.

Désele aviso a Lisarda:

OTAVIO. sepa que es ya su marido.  
Ya viene.  
ARNALDO. Ya lo ha sabido.  
Nunca estuvo tan gallarda.

*(Sale LISARDA vestida lo mejor que pueda, y acompañada de algunas personas con memoriales.)*

MUJER. Vuestra Majestad, señora.  
se duela de tantos daños.  
LISARDA. ¿Qué queréis?  
MUJER. Hará dos años  
que mataron, por agora,  
mi esposo, en Alba Real.  
El contrario, poderoso,  
se pasea. Ese piadoso  
pecho remedie mi mal.  
LISARDA. Yo haré que le den castigo.  
SOLDADO. Yo he servido al Rey tu hermano;  
perdí este pie y esta mano,  
y aquí mis servicios digo.  
No remitas mi papel  
a quien de tantos se carga,  
que un siglo el verlos alarga;  
mira tú lo que hay en él,  
y aunque me des dos escudos,  
dámelos con esa mano.  
LISARDA. ¿Sin manos estáis?  
SOLDADO. ¿No es llano?  
LISARDA. Los que las tienen son mudos.

*(Sale un ESTUDIANTE.)*

ESTUD. Señora, yo he pretendido.  
y pretendo, por amor  
vuestro y del Rey, mi señor,  
a cuyo padre he servido,  
ser del reino coronista.  
Pienso que soy suficiente  
en la opinión de la gente  
que escribiendo se conquista.  
Nunca he tenido persona  
que me haya dado la mano:  
ese valor soberano,  
digno de mayor corona,  
mande informarse de mí. (1)  
LISARDA. Yo lo haré ver, que es razón.

*(Salen CARLOS y SERÓN.)*

SERÓN. Agora puedes llegar.

Tiemblo.  
SERÓN. ¿Qué sirve temblar?  
CARLOS. ¿No es cosa extraña? Serón,  
que a quien ayer como esposa  
en mesa y cama tenía  
tiemble en distancia de un día?  
SERÓN. El verla tan poderosa  
entre tanta guarda y gente  
te pone, Carlos, temor.  
CARLOS. Conozco que está el honor  
en los ojos solamente.  
Viendo a Lisarda en pobreza,  
el respeto le perdí;  
mira el que le tengo aquí  
viéndola en tanta riqueza.  
SERÓN. Llega, acaba.  
CARLOS. Tiemblo, y llego.  
Suplico a Tu Majestad  
aparte me escuche.  
LISARDA. Hablad.  
CARLOS. ¿Sabes quién soy?  
LISARDA. No lo niego.  
CARLOS. ¿Podréte hablar como a Laura,  
o como a Lisarda?  
LISARDA. Creo  
que habrás culpado el deseo  
que esta corona restaura.  
CARLOS. No, sino aquella ventura  
que me vino sin buscalla,  
pues fué, Lisarda, el ganalla  
para mayor desventura.  
¿Cómo me dejaste así,  
y un hijo no te movió?  
Pues qué, ¿no merecí yo  
que me estimases a mí?  
LISARDA. Pésame que de rodillas,  
Carlos, hablándome estés;  
pero importa, que después  
igualaremos las sillas.  
No me culpes, que esto ha sido  
fuerza, engaño y discreción  
hasta tomar posesión,  
Carlos, de un reino perdido.  
CARLOS. Débesme de asegurar  
para hacerme matar luego.  
Sólo una cosa te ruego  
si me has de mandar matar:  
que el hijo que Dios nos dió  
no muera, y que de tu esposo  
le guardes, pues es forzoso,  
porque fui su padre yo.  
LISARDA. Carlos, no hables así,  
que en moviéndome a piedad

(1) Así este verso suelto en las dos ediciones

soltaré la majestad  
y me abrazaré de ti,  
que porque éstos no te maten  
estoy aquí como ves,  
sin arrojarme a tus pies,  
sufriendo que se dilaten  
los abrazos que te diera  
si te hallara solo aquí.

CARLOS.

¿Que no me engañas?

LISARDA.

¿Yo a ti?

Harto bueno, Carlos, fuera,  
habiendo estado en tus brazos  
seis años como mujer.

CARLOS.

Pues algo, esposa, has de hacer,  
ya que no sean abrazos,  
que vengo muerto por ti.

LISARDA.

¿Qué he de hacer?

CARLOS.

Darme una mano.

LISARDA.

Ese es negocio muy llano  
al despedirte de mí.

que, como a Reina, bien puedes,  
como que me la has besado  
por ir tan bien despachado.

CARLOS.

¿Cuándo, mi bien, me concedes  
que te vuelva a ver?

LISARDA.

Aquí

siempre te has de pasear,  
porque en habiendo lugar  
te llamaré.

CARLOS.

¿Cierto?

LISARDA.

Sí;

mas ven, Carlos, disfrazado:

haz que algunas cosas vendas.

CARLOS.

Yo lo haré; pero ¿qué emprendes  
de ti y de mí en tal estado?

LISARDA.

Ganar con mucho tesoro  
el ejército, y tener  
las fuerzas del reino, y ver  
puesto en él un rey que adoro.

CARLOS.

¿Quién, señora?

LISARDA.

Tú, mi bien.

CARLOS.

Pues dame la mano agora.

LISARDA.

Toma, Carlos.

CARLOS.

¡Ay, señora!

LISARDA.

La mano, el alma también,  
que eres mi esposo, y es ley:  
mas suelta, no cause espanto,  
que no se detiene tanto  
quien besa la mano al rey.

Vete, que damos sospecha.

CARLOS.

¿Dónde?

LISARDA.

A esperar lo que digo.

CARLOS.

El ser desigual contigo

me tiene el alma deshecha.

LISARDA.

Tú eres mi esposo, mi bien,  
mi rey, mi señor y amparo.  
¿Quieres que hable más claro  
aunque mil muertes nos den?

CARLOS.

No, señora. Queda a Dios.

LISARDA.

No te entenezcas.

CARLOS.

¿Qué ha sido?

LISARDA.

Aunque bien, nos han sentido  
tiernos, Carlos, a los dos.

CARLOS.

Ven conmigo, y te diré  
lo que la Reina me manda.

SERÓN.

Paréceme que se ablanda.

CARLOS.

No hay más lealtad ni más fe.

(Sale un EMBAJADOR.)

EMBAJADOR.

Por no darte, señora, pesadumbre,  
que como a su mujer te ha respetado,  
y como sol, de quien recibe lumbre,  
no viene con ejército Conrado;  
antes le deja en la desierta cumbre  
de los ásperos montes de Belgrado,  
y viene a darte el parabién.

LISARDA.

Ha hecho

cosa muy digna de su heroico pecho.

¿Dónde queda Su Alteza?

EMBAJADOR.

Está a la puerta;

tanto pudo el amor y confianza.

ARNALDO.

El la hallara, como su rey, abierta.  
Manda, señora, que entre.

OTAVIO.

La esperanza  
no será justo que le salga incierta.

CLARIDÁN.

Con esto la paz pública se alcanza.

LISARDA.

Decid que entre Su Alteza.

ARNALDO.

Y tu marido,  
que te ha esperado, amado y merecido.

(Sale CONRADO.)

CONRADO.

Parecióme obligar a Vuestra Alteza con ponerme en sus manos, y dejando mi ejército, ofrecerme a su belleza. Gracias al cielo, que la estoy mirando. La condición del Rey y su aspereza le causaron la muerte, y porfiando a que le diese yo la que tenía un monte entre los términos de Hungría.

La guerra y la batalla he desviado, no sin testigos, pues están presentes, y como quien en nada está culpado, desestimé la guarda de mis gentes, y de nuestro concierto provocado, los anchos fosos y las altas puentes pasé para llegar donde no creo habrá mayor prisión que mi deseo.

LISARDA.

Sea, señor. Tu Alteza bien venido, que viene con segura confianza.

ARNALDO.

Danos, señor, los pies como marido de nuestra Reina, que hoy tu amparo alcanza.

CONRADO.

Los brazos, con el gusto que es debido a tanto amor y fe.

LISARDA.

Si mi esperanza he puesto en vos. ¡oh, Príncipe excelente!, veréis después que mi suceso os cuente.  
¡Hola!

OTAVIO.

Señora.

LISARDA.

Todos salgan fuera.

CLARIDÁN.

Dejémoslos hablar, que están seguros.

CONRADO.

¿Tengo de quién temer la envidia fiera?  
¿No estoy seguro, Reina, en vuestros muros?

LISARDA.

Oíd, señor, y nunca el cielo quiera

que os vendiesen los húngaros perjuros.  
Este es negocio mío; estadme atento.

CONRADO.

Aun no se moverá mi pensamiento.

LISARDA.

Huyendo, Príncipe invicto, de las manos de mi hermano, que para quitarme a vos me casaba con Otavio, saliendo de un monasterio en hábito vil y bajo, porque su guarda venía a derribarlo y buscarlo, di en manos de un caballero, señor de pocos vasallos, pero de muchas virtudes, que una noche, caminando iba en un coche a su tierra, puesta entre los montes altos, que dividen como línea los húngaros y polacos. Llegué a su tierra, en la cual tomando traje villano, le servi como criada, mi valor disimulando. Puso los ojos en mí, y con lágrimas y engaños solicitaba su gusto vanamente porfiando. Hallóme un día unas joyas en un tafetán acaso, y por ellas, no por mí, que era noble imaginando, trató casarse conmigo. O lo quisieron los hados, o el verme yo perseguida, sola, triste y sin amparo, condescendi con su gusto; quedamos, al fin, casados, y de Carlos tengo un hijo que agora cumple seis años. Murió mi hermano en la guerra, y viendo muerto a mi hermano, y que yo heredaba el reino, descubríme a mis vasallos. Con ellos vine a tomar la posesión de Belgrado, sin decir que era casada, por poder asegurarlos. Mi esposo vino tras mí, y aquí me pidió llorando tuviese lástima dél,

que tiernamente le amo.  
Es Carlos deudo del rey  
por su padre, el Conde Flavio,  
de quien fué tercero hijo,  
que no heredó sus estados.  
Es, por la madre, español,  
de aquel apellido claro  
de los antiguos Manríques;  
es gentilhomme, es soldado,  
es discreto, es mi marido,  
perdonadme, si le alabo.  
No permitáis, gran señor,  
que, casada con don Carlos  
y teniendo un hijo dél,  
paséis por tan feo agravio;  
antes mostraréis quién sois,  
una mujer ayudando,  
y un hombre, que le tendréis,  
no como rey, como esclavo.  
Lisarda, si otro en el mundo  
pretendiera conquistaros  
siendo vos libre, mil vidas  
me quitaran en el campo;  
que el amor que os he tenido  
y los años que he esperado  
bien os darán a entender  
lo que hiciera en este caso.  
Pero siendo vos casada  
con un hombre como Carlos,  
y teniendo dél un hijo,  
hoy veréis que soy Conrado  
en las obras y en el nombre  
en daros favor y amparo  
hasta que por rey le admitan,  
como es razón, sus vasallos.  
Pésame que os he perdido;  
pero si los cielos santos,  
sin buscarla, aquella noche  
dieron esta dicha a Carlos,  
venid conmigo, que yo  
haré, mi campo acercando,  
que la nobleza de Hungría  
hoy bese a Carlos la mano.

LISARDA. Dadme esos pies dos mil veces.  
Sois rey, en fin.

CONRADO. Reina, bazo,  
no entiendan éstos agora  
lo que entre los dos tratamos.  
A Carlos haced buscar.

LISARDA. No está lejos.

CONRADO. Si los hados  
dan dicha a quien no la busca,  
¿de qué sirve importunarlos?

(*Vanse. Sale CARLOS con SERÓN con una espada y los ferrueros asidos al cuello.*)

CARLOS. Mira que hemos de fingir  
que vendemos peines.

SERÓN. Mira  
que puede aquesta mentira  
condenarnos a morir.

CARLOS. No es esto en lo que consiste  
el peligro.

SERÓN. Pues ¿en qué?

CARLOS. En que Lisarda no esté  
de mi casamiento triste,  
por serle tan desigual.

SERÓN. Calla, señor, que te adora.

CARLOS. Temo que se mude agora  
con la autoridad real.

Pregona, amigo Serón,  
porque te oigan en palacio,  
¡Mercan peines!

SERÓN. Ve de espacio  
cuando llegues al balcón.

(*Sale una GUARDA*)

GUARDA. Amigo, la Reina os llama.  
¿A mí, señor?

CARLOS. A vos, pues.

GUARDA. ¡Mercan peines!

SERÓN. Y después  
moza de moza de ama.

CARLOS. Dios va trazando que reines.  
Subid, pues.

SERÓN. Ya voy, señor.  
Temblando voy de temor.  
Ven conmigo.

CARLOS. ¡Mercan peines!

(*Soldados con arcabuces, ARNALDO, OTAVIO, CAR-  
RIDÁN, y CONRADO.*)

ARNALDO. ¿Para qué, señor, has hecho  
que tus banderas y armas  
entren en Belgrado así,  
pues ella misma te llama?  
Los grandes no se resisten  
ni te ponen asechanzas  
y los plebeyos te abren  
las casas y las entrañas.

CONRADO. No os alborotéis, señores,  
que hoy ha sido de importancia  
traer para mi persona  
aquesta gente de guarda.  
Bien sé que me obedecéis,

ya que me quiere Lisarda;  
mas no quiero que me quiera,  
y agora sabréis la causa.

*Salen FILENA, DIANA, y SILVIO.*

FILENA. Hoy dicen que han de casarse.

SILVIO. ¿Quién ha de mirar, Diana,  
a Carlos en tal desdicha?

DIANA. Aquí está Conrado, calla.

FILENA. ¿Qué gente es ésta?

DIANA. No sé.

FILENA. ¿Has visto a Carlos?

SILVIO. Andaba  
cerca de perder el seso.

DIANA. ¿Qué lástima!

FILENA. ¿Qué desgracia!

CONRADO. Conde Arnaldo, Duque Otavio  
y los demás que acompañan  
la nobleza deste reino;  
oíd atentos.

OTAVIO. ¿Qué mandas?

CONRADO. Lisarda tiene marido;

ya está casada Lisarda.

CLARIDÁN. ¿No eres tú, Rey de Polonia?

CONRADO. No, amigos; que en las montañas  
adonde estuvo escondida  
se casó, y está casada  
y ya tiene sucesion.  
No os lo dijo, porque estaba  
de vosotros temerosa.

Ya que con fuerzas se balla,  
y con el amparo mío,  
esto que os digo os declara:  
Carlos, de sangre de reyes,  
y de lo mejor de España,  
es su esposo; veisle ahí,  
no hay que replicar palabra.  
Ese es el Príncipe Félix.  
Nadie se atreva a enojarla,  
que le quitaré la vida.

*(Córrese una cortina, y están en tres sillas, sentados, CARLOS, coronado, y LISARDA, con una espada desnuda, y el niño entre los dos.)*

FILENA. ¿Todos tiemblan!

DIANA. ¿Todos callan!

ARNALDO. Señor, cuando a cosas justas  
sus vasallos el rey llaman,  
excusado es el rigor,  
las armas son excusadas.  
Todos besamos sus pies.

FILENA. Y tus pobres aldeanas,  
con lágrimas de contento.

CARLOS. Nobles, conquistad mi gracia  
con amarme, que hoy a todos  
os haré mercedes tantas,  
que quede pobre, aunque rey.

TODOS. ¡Viva Carlos y Lisarda!

CARLOS. Aquí, senado, da fin  
*La ventura sin buscilla.*

# VENTURA Y ATREVIMIENTO

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

El CONDE ENRIQUE.  
El REY DE NAVARRA  
DON NUÑO.  
DON LUIS.

RAMIRO, *lacayo*.  
DON FÉLIX, *caballero*.  
BELARDO, *escudero*.  
DOÑA LEONOR, *Infanta*.

DOÑA VIOLANTE, *dama*.  
MÚSICOS.  
DOS CRIADOS.

## JORNADA PRIMERA

(*Salen VIOLANTE y el REY.*)

REY. Amor es necesidad,  
carece de toda ley.  
VIOLANTE. Ya sé que le pintan rey  
del alma y la libertad;  
resistir la voluntad  
puede a todo su rigor,  
si tiene el dueño valor;  
que no admité el señorío  
del cielo del albedrío  
las impresiones de Amor.  
REY. ¿Fáltame valor a mí?  
VIOLANTE. ¿Cómo le puede faltar  
a Vuestra Alteza, ni estar  
sujeto?  
REY. Libré nací;  
mas si porque ya te di.  
Violante, mi voluntad  
sujetó mi libertad  
la fuerza de tu hermosura.  
¿qué resistencia segura  
podrá hacer la libertad?  
La razón de que te vales  
más tu ingratitud advierte.  
VIOLANTE. No hay cosa que Amor acierte  
mejor que prendas iguales.  
REY. Antes porque designales  
su le concertar Amor.  
es tan grande su valor;  
ni eres tú mi desigual,  
que quien me trata tan mal

ya tiene imperio mayor.

El reino de la belleza  
es celestial luz, del cielo  
sucesión; luego es el suelo  
más alta naturaleza.

VIOLANTE. Permitame Vuestra Alteza  
licencia, que Enrique viene.

REY. Quien tanta en desprecio tiene,  
mejor es que me la dé.

(*Vase. Sale ENRIQUE, galán, y RAMIRO, lacayo.*)

RAMIRO. El Rey te ha visto, y se fué;  
con Violante sé entretiene.

ENRIQUE. ¡Basta!, que soy sospechoso  
para Su Alteza por tí.

VIOLANTE. Lo que sabe el Rey de mí  
fué siempre a mi honor forzoso;  
no ha llegado a estar celoso,  
que aún no sabe que te quiero.

ENRIQUE. De tan noble caballero,  
aunque su sangre, no creas,  
Violante, que celos veas;  
y cuando hubiera nacido  
tu igual, fuera injusto olvido  
el que en sus prendas empleas;  
por no tener elección  
digna de vuestra belleza,  
o es común naturaleza  
poner en vuestra opinión  
los hombres sin perfección;  
aborreces quien merece  
amor, y a quien no te ofrece  
tan agradecido el gusto  
muestras amor.



VIOLANTE.

Mi disgusto  
tu sola arrogancia crece.

Eres hombre de la guerra:  
no hay quien amores aplique  
para las armas, Enrique:  
gran valor tu pecho encierra,  
bien sé que el cielo no yerra,

mas no sé cómo reparte  
esto de Venus y Marte  
su celestial influencia,  
pues en tanta diferencia  
con Amor términos parte.

¿Qué caballero naciera  
con tantas obligaciones  
que con tan bajas razones  
a una mujer respondiera?  
Que imperfección considera  
tu arrogancia, Enrique, en mí  
por dejar a un rey por tí,  
y rey de tanto valor.

ENRIQUE.

Violante, menos rigor:  
perdona, si te ofendí.

VIOLANTE.

¿Cuál hombre ha dicho a mujer  
que quiere a quien no le quiere?

ENRIQUE.

Espera, escucha.

VIOLANTE.

¿Que espere?  
Ya, ni esperar, ni querer:  
y advierte que puede ser  
que troquemos pensamientos;  
si te ofenden sus intentos.  
¿por qué alabas mi elección,  
amando, como es razón,  
del Rey los merecimientos?

(Vase.)

RAMIRO.

Justamente ha castigado  
Violante tu desamor.  
¡Oh, qué mal haces, señor,  
en vivir tan confiado!

Del agravio y la mujer  
nació la primer venganza.  
Ramiro, si no me alcanza,  
¿qué tengo yo que temer?

ENRIQUE.

Pues ¿no quieres a Violante?

RAMIRO.

Si me la has visto escribir,  
ha sido para encubrir  
otro amor, más arrogante;  
y aunque a su merecimiento  
debo yo satisfacción,  
vuela a más alta región  
mi atrevido pensamiento:  
ha muchos días que estoy

tan loco, que en este engaño  
hallo deleite a mi daño  
y alegre a la muerte voy;  
tan altamente ha subido  
al cielo mi atrevimiento,  
que en mi propio entendimiento  
muchas veces me he perdido:

y aunque no puedo creer  
verme en tan alto lugar,  
tal vez me quiero hallar  
para volvérmelo a perder.

¿No has visto una mariposa  
dando tornos a una vela,  
que por abrasar[se] anhela  
en aquella luz hermosa,

y después de muchas vueltas,  
con ansias enamoradas,  
deja las alas pintadas  
en sus cenizas revueltas?

Pues de esa suerte a la llama  
de una hermosura divina  
mi amor secreto camina,  
sin que se sepa mi dama.

RAMIRO.

Admirables mariposas  
tiene Amor, mas es error  
presumir que por amor  
sigue sus rayos hermosos (1);  
que no es amor que sostiene  
cuando abrasarse porfia,  
sino pensar que es el día  
y a salir por ellos viene.

Pero ¿no podré saber  
quién es la luz de quien eres  
mariposa?

ENRIQUE.

Si no inieres  
mi amor, de dejarme arder  
donde la muerte deséa,  
poco entendimiento alcanzas.

RAMIRO.

Si fuesen tus esperanzas  
dignas de tan alto empleo  
que te ha de costar la vida,  
osaré decir, señor,  
que fué la Infanta Leonor  
la luz que mira atrevida;  
y si esto, Enrique, es así,  
no permita tu humildad  
presumir que es claridad  
lo que es fuego para tí;  
que eres pobre caballero,  
aunque con algún jirón  
de su sangre, y no es razón

(1) mariposas, hermosos, sic.

que se quiera un escudero  
hacer Factón del Sol.

ENRIQUE. Ya no puedo, aunque quisiera,  
volverme atrás, que me espera  
difunto el mar español;

y así, quiero que presumas  
que sólo tendré sosiego  
cubriendo mi loco fuego  
blanco sepulcro de espumas.

¡Dichoso aquel pensamiento  
que halló su abrasado abismo  
en el centro del Sol mismo,  
qué no en la región del viento!

RAMIRO. Máteme, pues me enloquece:  
no me dé vida Violante.  
Resolución semejante  
todo consejo aborrece.

Ya que el Rey te levantaba,  
por servicios de la guerra,  
de la tierra, que aun la tierra  
parece que te faltaba:

ya qué fiaba de ti  
tantas materias de Estado,  
por hombre marcial, que ha dado  
tan buena cuenta de sí:

ya que Navarra tenía  
de ti tal satisfacción  
que la furia de Aragón  
con tu valor resistía,

ENRIQUE. ¿sales con tal desatino  
como querer a Leonor?  
Siendo secreto mi amor,  
¿qué ofende al valor divino

de Leonor, aunque sea hermana  
del Rey? Pues lo ha de saber  
quien me viere padecer,  
y no otra persona humana,  
¿diráslo tú?

RAMIRO. No, señor.

ENRIQUE. Ni yo tampoco, Ramiro:  
que ha dos años que suspiro  
por este imposible amor,  
y tú, siempre presumido  
que es por Violante.

RAMIRO. Es así.

ENRIQUE. Pues déjame estar a mí,  
por quien quisiere, perdido.

*(Vase RAMIRO, y sale el REY solo.)*

REY.

Enrique.

ENRIQUE.

¡Gran señor!

REY.

Tengo un cuidado  
que me importa tratar contigo a solas,  
que anda tal vez el mar de un alto estado,  
creciente de aguas y soberbias olas.

ENRIQUE.

Aquí, señor, me tienes obligado  
a tu servicio.

REY.

En estas cartas solas  
estriba cuanta pena tener puedo.

ENRIQUE.

En confianza, de Efestion (1) excedo.

REY.

Francia, Castilla y Portugal me escriben  
pidiéndome a Leonor, que Aragón quiere:  
todos de su valor seguros viven,  
y cada cual sus méritos refiere;  
ya parece que alegres se apérciben,  
de su grandeza la razón se infiere;  
mas, aunque fueran méritos mayores,  
¿cómo puedo tener cuatro Leonores?

Pienso que me podrá tu entendimiento  
aconsejar mejor en pena tanta;  
bien sé (2) que de los cuatro el pensamiento  
nació de la hermosura de la Infanta,  
todos tienen igual merecimiento,  
y que ninguno al otro se adelanta;  
la razón del Estado solamente  
se ha de mirar en la ocasión presente.

ENRIQUE.

*(Ap.)* ¿A quién pudiera suceder, ¡ah, cie-  
mayor desdicha? Pero ¿qué he perdido? ¡los!  
¿Era mía Leonor? Pues ¿qué recelos  
pueden quitarme el bien que no he tenido?  
Aconsejad mi muerte, injustos celos;  
vos, desdichado cuanto bien nacido  
amor, decid al Rey, para mi muerte,  
quien mereció a Leonor. Señor, advierte...

REY.

Si lo has pensado bien, dime a quién puedo,  
de todos cuatro, dar mi hermana amada.

ENRIQUE.

Aunque era justo, en parecer tan nuevo,

(1) En la edición: *festión*.

(2) En la edición: *que bien sé*.

señor, más tiempo, el de Aragón me agrada:  
por más vecino, su elección apruebo,  
y porque a entrambos la desnuda espada  
cubra oliva pacífica, dejando  
la guerra antigua, y la amistad firmando.

De la parte que más se le avecina,  
siempre recibe el corazón más daño:  
don Pedro hacerte guerra determina,  
más fácil de temer que reino extraño,  
y por la parte que Aragón confina  
por Navarra nos muestra el desengaño  
el daño recibido.

REY.

Bien quisiera  
que tu consejo ejecución tuviera,  
que con Francia y Castilla no he tenido  
disgusto, y Portugal está muy lejos:  
mas, siendo el de Aragón aborrecido  
de Leonor, son inútiles consejos.

ENRIQUE.

Si la hubieran las paces persuadido  
y ver pudiera como en dos espejos  
el provecho y el daño, estoy seguro  
que honrara ya de Zaragoza el muro.

REY.

Es imposible, Enrique: ya tú sabes  
que lo que las mujeres aprehenden  
cerrando el alma con eternas llaves  
a todo el mundo, bárbaras defienden.

ENRIQUE.

Si ella escuchara las razones graves  
que tu valor y el bien público ofienden,  
yo sé que fuerza la verdad le hiciera  
y que su entendimiento se rindiera.

REY.

Persuádela tú, si estás, Enrique,  
tan cierto de rendir su entendimiento:  
que si haces que al de Aragón se aplique,  
yo premiaré tu vitorioso intento.

ENRIQUE.

Si quieres tú que yo se lo suplique,  
será el premio servirte.

REY.

Voy contento,  
con la esperanza sola que me has dado.

(*Pase.*)

ENRIQUE.

Voy de que me dejas tu cuidado.

Esperanza por nacer.  
¿de quién os podéis quejar?  
Lo que no pude ganar,  
¿cómo lo puedo perder?  
Si nunca tuvisteis (1) ser,  
¿de qué podéis presumir  
que os han quitado el vivir?  
¿Quién, esperanza, os mató?  
Que lo que nunca nació  
es imposible morir.  
¿Sabe Leonor que le amáis?  
No lo sabe, ni es posible;  
pues si era el premio imposible,  
¿de qué desdicha os quejáis?  
Si no nacéis, ¿qué esperáis?  
¿Qué queréis, si nunca fuisteis? (2)  
Respondéis que en mí vivis-  
[teis? (2)]

Pues sufrid estas mudanzas,  
que si hay linbo de esperanzas,  
allá iréis, pues no nacisteis (2).

Nunca tuve atrevimiento,  
y vos lo tenéis conmigo:  
digno sois de gran castigo;  
mas no sois cuerpo, sois viento.  
¿Ay, cielos!, mi muerte intento,  
que voy a hablar a Leonor,  
teniéndola tanto amor,  
para que quiera su igual;  
pues ¿a quién será leal,  
si a mí mismo soy traidor?

Yo ¿qué esperanza tenía?  
Ninguna, aunque quiero bien  
sin remedio; pues ¿a quién  
puede ofender mi osadía?  
Si nunca Leonor fué mía,  
¿qué fortuna, qué mudanza  
de que se case me alcanza?  
¿Qué espero, ni desespéro,  
si fué mi amor el primero  
que nació sin esperanza?

*Sale la Infanta LEONOR sola*

LEONOR. ¿Que Enrique me quiere hablar?  
¿A qué causa, a o qué efecto?

(1) En la edición: *tuvisteis*.

(2) En la edición: *fuisteis, vivisteis y nacisteis*, respectivamente.

ENRIQUE. Para servirlos, señora.  
 licencia de hablarlos tengo.

LEONOR. ¿Qué me queréis?

ENRIQUE. (*Ap.*) ¿Quién pudiera  
 responderos lo que os quiero!  
 Mucho os quiero, pues me envía  
 Su Alteza (¿que mal comienzo!)  
 a deciros, gran señora,  
 que admitáis en vuestro pecho  
 de los cuatro que os pretenden,  
 o acetéis el casamiento  
 del señor rey de Aragón,  
 y que replicando en esto  
 solicite que entendáis  
 las causas que le movieron.  
 Esto, sin prólogo, ha sido [*tiendo*  
 lo que os quiero. (*Ap.*) Mas no en-  
 que lo que os quiero sabéis.

LEONOR. Bien entiendo su deseo.  
 De las guerras de Aragón  
 dice que soy causa, y puedo  
 aseguraros que el Rey  
 puede hallar mejores medios:  
 que no está bien a su honor  
 rendirse con flaco esfuerzo  
 a la porfía de un hombre  
 que tanto pesar le ha hecho.  
 Yo no tengo inclinación  
 a don Pedro, que don Pedro  
 tiene fama de hombre airado.  
 áspero, fuerte y soberbio:  
 y no he de ser general  
 de su ejército, ni espero  
 fama y laurel por la guerra.  
 Soy una mujer que intento  
 acertar en una cosa  
 donde, si por dicha yerro,  
 ese día fué mi muerte.

ENRIQUE. De tan raro entendimiento  
 es tan justa prevención.

LEONOR. Tengo tan cerca el suceso  
 de doña Blanca, que estoy  
 el mismo rigor temiendo.

ENRIQUE. No seréis tan desdichada:  
 que vuestros merecimientos  
 correrán mejor fortuna.

LEONOR. Yo tengo, Enrique, el ejemplo.

ENRIQUE. Cierto que considerando,  
 señora, en casos como éstos  
 que no se le da a los ojos  
 parte, siendo los primeros  
 que han de juzgar en el gusto,  
 por gran desdicha lo tengo

llegar a la ejecución  
 el casarse desde lejos.  
 Vase ya perdiendo el uso  
 de casarse con sus deudos-  
 las señoras de Navarra,  
 y así muchas casas vemos  
 sin valor, como la mía:  
 que pudiera el Rey, sospecho,  
 daros conocido esposo:  
 pues pienso que soy tan bueno,  
 que con mis pobres lugares  
 y vuestra dote, no creo  
 que lo pasáramos mal.

LEONOR. ¿Qué es esto, Enrique, qué es esto?  
 ¿Habéis perdido el juicio?

ENRIQUE. Días ha que no le tengo,  
 por vuestra hermosura y gracia  
 Rompió el Amor el silencio,  
 forzado de la ocasión,  
 porque ha dos años que muero  
 en la luz de vuestros ojos  
 abrasado y satisfecho.  
 Habló Amor, señora, en mí:  
 que le pintan niño y ciego,  
 y nunca fué discreción  
 fiar de niños secretos.  
 Dije lo que no pensaba:  
 pensé que ya estaba muerto,  
 y no tenía más castigo  
 que mi propio atrevimiento.  
 ¿Qué lágrimas me debéis,  
 qué suspiros!

LEONOR. ¿Basta, necio!

ENRIQUE. Si; mas no me negaréis  
 que ha sido el amor discreto.

LEONOR. ¿Hay semejante locura?

ENRIQUE. Bien decís, señora: hablemos  
 del casamiento.

LEONOR. Ya digo  
 que no me agrada don Pedro.

ENRIQUE. ¿Ay, Dios! ¿Si os agrada...?

LEONOR. ¿Otra locura? No pienso  
 que sabéis que habláis conmigo.

ENRIQUE. La boca pongo en el suelo,  
 y os pido perdón mil veces,  
 con palabra y juramento  
 de no hablar mas en mi amor.

LEONOR. Mirad que no es de hombres en-  
 en tantas desigualdades [dos  
 tan grandes atrevimientos.  
 Persuadid a don García  
 que el de Francia tan opuesto  
 esta como el de Aragón

a los confines del reino,  
y que, finalmente, yo  
al de Aragón no apetezco.

ENRIQUE. Persuadios vos, señora,  
a que os adoro y os pierdo  
y me ha de costar la vida.

LEONOR. Enrique, ¿y el juramento?

ENRIQUE. ¿Qué pleito homenaje os hice,  
y más si inclinada os veo  
a Francia, con que me dai-  
celos?

LEONOR. ¿Qué lenguaje es celos?

ENRIQUE. Diréos mil desatinos.

LEONOR. Y yo los haré tan presto,  
que os haré quitar la vida.

ENRIQUE. Ya vuestros ojos lo han hecho.  
Mirad que no puede ser  
un hombre dos veces muerto  
si no es que vuelve a vivir;  
pero pues yo fui tan necio  
que os dije mi loco amor  
después de tanto silencio,  
no me hagáis matar, qué yo  
a destierro me condeno  
de vuestra vista, en castigo.  
Dadme la mano, que quiero  
irme a Aragón a servir,  
dejando al hermano vuestro,  
al rey don Pedro, que es justo,  
para no morir de celos,  
servir al que aborrecéis,  
para que juntos estemos.  
¡Dios os haga venturosa!

(*Pase.*)

LEONOR. ¿Hay tan notable suceso?  
La mano lleva en los ojos  
tan valiente caballero.  
¡Lloré de amor! Gran pasión  
debe de ser, pues que ha hecho  
tan cobarde a un hombre en quien  
toda su defensa ha puesto  
Navarra, y el Rey envía  
para que me dé consejo.  
Aunque no sé qué es amor,  
le perdona, presumiendo  
la necesidad a que obliga,  
que, si no, tengo por cierto  
que se lo dijera al Rey.  
El se parte. Bien ha hecho.  
Viva en Aragón, y sirva  
un loco a un hombre soberbio.

(*Sale VIOLANTE*)

VIOLANTE.

Entrando en este punto  
a ver a Vuestra Alteza. Leonor bella,  
con el color difunto.

Enrique de Navarra me atropella  
y, luego detenido,  
despierta del dolor, cobra el sentido.

Pregúntole qué tiene.

Dice que al Rey le cansan sus servicios,  
que a los indignos viene  
a dar sin causa honor, cargos y oficios,  
y que él, desesperado,

parte a Aragón, quejoso y mal premiado.

En tales ocasiones,  
rompen, Leonor, la cárcel los secretos;  
hablan los corazones,  
y siguen a la causa los efectos:  
que no hay silencio humano  
para dolor que se resiste en vano.

Yo adoro a Enrique; advierte  
que moriré; por él al Rey suplica,  
darás vida a mi muerte,  
le mande detener, y si replica  
tú misma se lo manda.

LEONOR.

¿Qué quiere Amor, que con terceros anda?

VIOLANTE.

Las partes generosas  
de Enrique en guerra y paz, la gallardía,  
las hazañas famosas  
obligaran a amar, señora mía,  
las piedras y las fieras.

LEONOR.

¿Tan presto, Amor, te vales de terceras?

VIOLANTE.

El Rey un deudo pierde  
que no le tiene igual la corte; un hombre  
que cuando dél se acuerde,  
llorará la memoria de su nombre.

LEONOR. (*Ap.*)

De golpe se entra. ¡ay, cielos!,  
pues busca Amor la puerta de los celos.

VIOLANTE.

¿Qué vasallo en la guerra  
le ha servido como él? ¿Por quién segura

hoy tiene el Rey su tierra?  
 ¿Hallará tales hombres por ventura?  
 ¿No escuchas mis razones?

LEONOR.

¡Basta!, que Amor se vale de intenciones.

Violante, estoy diciendo  
 que amor es gran pasión; y de la tuya  
 también me estoy riendo;  
 que no le importa al Rey que Enrique huya  
 de su servicio agora.

VIOLANTE.

A mí me importa, si no al Rey, señora.

Este bien te suplico.

LEONOR.

Vete, que viene el Rey.

VIOLANTE.

Voy confiada.

(*Pase.*)

LEONOR.

Amor, yo no (1) replico;  
 digo que quiero amar si soy amada;  
 mas no me entréis por celos,  
 que todo el fuego cubriréis de hielos (2).

(*Salte el Rey solo.*)

REY. O ya le habrá persuadido,  
 o estará desengañado.

¡Oh, hermana!

LEONOR. ¡Señor!

REY. ¿Ha estado

LEONOR. Ya es ido

a Aragón.

REY. ¿Cómo a Aragón?

¿Va por albricias acaso  
 de que con su rey os caso?

LEONOR. No casáis, que no es razón.

El sé va por mal premiado,  
 no porque vos me casáis;  
 y pues que sabéis que estáis  
 de Enrique tan obligado,  
 detenle, que no es justo  
 que así le dejéis partir

y a otro rey vaya a servir  
 tal hombre con tal disgusto.

¿Quién tenéis en paz y guerra  
 como Enrique? ¿A quién debéis  
 el sosiego que tenéis?

¿Quién defiende vuestra tierra  
 como Enrique? ¿Quién ha hon-  
 vuestra Corte? Su valor. [*rado*]  
 ¿No es justo el premio, señor?

REY. Si Enrique no está premiado  
 no tengo la culpa yo,  
 que ya la ocasión espero,  
 pues como buen caballero  
 en guerra y paz me sirvió.

Pero ¿él no os dijo nada  
 acerca del casamiento  
 de Aragón?

LEONOR. Dijo, y su intento  
 volvió atrás viéndome airada.

REY. (*Ap.*) Más debe de haber aquí  
 de lo que dice Leonor.

LEONOR. (*Ap.*) El Rey sospecha mi amor,  
 y sólo hay celos en mí.

REY. Pues ¿cómo sin más licencia  
 se va Enrique así a servir  
 a otro rey, y tú al partir  
 intercedes sin prudencia  
 porque le mande volver?

LEONOR. No te cause confusión,  
 que no fué por mi ocasión.

REY. La ocasión quiero saber.

LEONOR. Violante ha venido aquí,  
 y llorando su partida,  
 me ha pedido que te pida  
 que le detengas por mí.

Prometle, que es razón,  
 hacerle merced.

REY. Sí haré.

LEONOR. Pues ésta que sabes fué  
 la ocasión.

(*Pase.*)

REY.

Justa ocasión.

¿Que amaba a Enrique la cruel Violante?  
 ¿No en vano despreciaba el amor mío:  
 que si una vez le rinde el albedrío,  
 ¿qué amor contra el Amor será bastante?

Labra un diamante fino a otro diamante.  
 Yo, amante, en vano deshacer porfío  
 amante que se funda en desvarío.

¡Pues perdido el amor, será constante.

(1) En la edición: yo no te.

(2) En la edición: celos.

Amaba tu hermosura en confianza  
de mi valor; tú en parte diferente  
con Enrique me quitas la esperanza.

Pero si cuando al Sol se ve al Poniente  
cubre todas las cosas de mudanza,  
mudarás Violante, Enrique ausente.

(Sale RAMIRO.)

RAMIRO. Aquí pienso que ha de estar.  
Con el Rey he dado.

REY. Espera.

RAMIRO. ¿Aquí, señor, o acá fuera?

REY. Llega; bien puedes llegar.

Yo te he visto, y no me engaño,  
con Enrique.

RAMIRO. Sirvo a Enrique,  
porque la guerra me aplique  
de mi valor desengaño.

REY. Imitarás su valor.

RAMIRO. En su casa me he criado.

REY. ¿Eres su deudo?

RAMIRO. No he dado  
en presumido, señor.

Mas dicen que una mañana,  
abriendo su noble puerta,  
me hallaron en una espuerta,  
como perro, envuelto en lana,  
y si contraen los padrinos  
parentesco, bien podrán  
los que en tales coches van  
en casa de sus vecinos.

Una nave que el mar pesa  
¿no toma el puerto qué acorta?  
Pues mi nave fué la espuerta,  
que tomó puerto en su casa.

El marido de mi madre  
Ramiro tuvo por nombre;  
mas, como era tan buen hombre,  
nunca quiso ser mi padre.

Y así, por hacerle tiro  
muchos, viéndole venir,  
luego daban en decir...

¿Qué os paráis?

Topa, Ramiro.

¿Buen humor!

Así nació

Sin duda, su deudo eres,  
y disimularlo quieres.

Como te digo salí,  
porque cierto cuatro picos  
destos de sol, fa, mi, re  
dicen algunos que fué

autor de mis villancicos.

Que pudiendo yo servir  
de bufete de nogal,  
como si fuera cristal,  
me obligan a traslucir.

REY. Sin duda que tú serías  
algo de su sangre y casa.

RAMIRO. Como eso en el mundo pasa,  
que por eso hay hijos pías  
que salen con sus remiendos.

REY. ¿Hidalgo, en fin, te engendrò?

RAMIRO. Si la espuerta no mintió,  
padres tuve reverendos.

¿Pero qué importa a Tu Alteza  
mi nacimiento?

REY. Ramiro,  
con diversos ojos miro  
tu buena naturaleza.

Querría yo hablar contigo  
cosas secretas.

RAMIRO. Señor,  
de hombres de poco valor  
que no os fiéis mucho os digo.

Mi bajeza os lo asegura;  
que, pues detrás dé una puerta  
me hallaron en una espuerta,  
debía de ser basura.

REY. Tu buen gusto me ha obligado,  
y pues, por desconfiarne,  
quieres, Ramiro, engañarme,  
yo me doy por engañado.

Oye y calla, y ten firmeza  
después de oír y callar.

RAMIRO. ¿Podréme yo pasear  
al lado de Vuestra Alteza?

REY. Podrás.

RAMIRO. Pues va dé paseo.  
REY. ¿Cómo anda Enrique estos días  
con Violante?

RAMIRO. ¿Eso querías?

REY. Saber sus cosas deseo.

RAMIRO. Algún principio de amor  
te debe de dar cuidado.

REY. Curiosidad me ha obligado;  
que esto no ofende al valor.

RAMIRO. Ni al amor, señor, tampoco;  
que Hércules fué también hombre;  
que hoy nos espanta su nombre,  
y estuvo de amores loco.

Ni puede ser de provecho,  
ni tenerse por honrado  
quien no ha sido enamorado  
y alguna copla no ha hecho.

REY. Los que las hacen son locos.  
 RAMIRO. No son, señor, muy de cuerdos;  
 unos dicen que son cuerdos,  
 otros dicen que son locos.  
 En fin, ¿tú quieres...?

REY. No sé.

RAMIRO. En vuestra facilidad  
 conozco la voluntad.

REY. Ya te he dicho lo que fué.

RAMIRO. Amores deshacen sueños,  
 porque sin éstos pesares,  
 nunca estan familiares  
 los grandes con los pequeños.

Hablará el enamorado  
 con el perro de su dama:  
 todo lo intenta quien ama  
 por aliviar su cuidado.

Mil amantes moscateles  
 dan músicas soberanas  
 a cántaros en ventanas  
 y a macetas de claveles.

Toda la noche en sarao  
 estuvo un galán cortés  
 con un gato, que después  
 le respondió *marramao*.

Una vez me enamoré  
 de un domine caniqui;  
 a verla de noche fui,  
 y a mí parecer la hablé.

Senti gente en el balcon.  
 y era qué habían cerrado  
 y, por descuido, quedado  
 un mono como un lechón.

Comencéle a requebrar;  
 pensé que me ceceaba;  
 trepo la reja, y buscaba  
 para hablarla lugar.

Llegamos a éstar parejos,  
 y yo, alargando el hocico,  
 la boca a la suya aplico,  
 entre barbas y pellejos.

El, encajando en mis labios  
 esto que llaman envés,  
 tal me perfumó, que un mes  
 me quedaron los resabios.

REY. En fin, yo comienzo en ti  
 a sufrir ya como amante.  
 ¿Quiérele mucho Violante  
 a tu señor?

RAMIRO. Señor, sí.

REY. ¿Escribele?

RAMIRO. Cada día;  
 mas yo os prometo, señor,

que si ella le tiene amor,  
 más que le abrasa, le enfria.  
 ¿Cómo?

REY. No la puede ver.

REY. ¿A Violante?

RAMIRO. Hay ocasión.

REY. ¿Qué ocasión?

RAMIRO. Cierta afición  
 de una principal mujer.

REY. ¿Cuál puede ser que no pueda  
 ser criada de Violante?

RAMIRO. Habláis como noble amante;  
 mas permitid que la exceda.

REY. ¿Y habla con ella?

RAMIRO. No puede,  
 que en sangre y valor le excede.

REY. Ya conozco su valor (1).  
 ¡Hola!

(Sale DON NUÑO y DON LUIS.)

LUIS. ¡Señor!

RAMIRO. El Rey llama.

REY. Ramiro, vete, y después  
 me verás.

RAMIRO. Beso tus pies.

REY. ¡Buen agravio, hermana y dama!

RAMIRO. Mal hablé, lengua; que en ti  
 está tanto bien o mal.  
 Castigo merezco igual.  
 En fin, hombre bajo fui;

que puesto donde autorice  
 su villano nacimiento,  
 con el desvanecimiento  
 no sabe lo que se dice.

(Vase.)

LUIS.

¿Qué manda Vuestra Alteza?

REY.

Dadme luego  
 recado de escribir. ; Ya determinan,  
 celos, contrarios del común sosiego,  
 a ejecutar las cosas que imaginan.

(Sale ENRIQUE.)

ENRIQUE.

¿Con qué temor a despedirme llevo!

(1) Falta el primer verso de esta redondilla.



Bien dicen que los que aman desatinan.  
Mas ¿cómo puede amarse sin locura  
tan alta perfección, tanta hermosura?

Señor.

REY.

¡Oh, Enrique!

ENRIQUE.

Habiendo imaginado  
que en ciertas pretensiones de tu gusto,  
sin ser en un átomo culpado (1)  
ni haber dado ocasión, te doy disgusto,  
a partirme a Aragón determinado.  
Me pareció, señor, que no era justo  
me fuese sin licencia tuya, y creo  
que ha sido hablarte al alma y al deseo.

No quiera el cielo que un pequeño indicio  
de deslealtad de mí Navarra entienda,  
habiendo sido en guerra y paz mi oficio  
serviros con la sangre y con la hacienda.  
Nobles quedan, señor, en tu servicio;  
cualquiera que el ejército pretenda  
te servirá mejor, aunque sospecho  
que sabes hasta el alma de mi pecho.

NUÑO.

Supuesto que no sea por su culpa,  
no le aconsejo que en el reino quede;  
que es difícil con reyes la disculpa.

ENRIQUE.

De mis palabras ya Tu Alteza infiere  
la causa que me anima y que me culpa  
de aqueste atrevimiento, con que intento  
dejar mi casa y propio nacimiento.

Nunca la patria fué menos ingrata.  
Historias viven hoy de Roma y Grecia:  
mas lo que aquí la natural maltrata,  
tal vez la tierra extraña estima y precia.  
El alma en mis palabras se retrata;  
que la verdad retóricas desprecia.  
Dame, señor, los pies y tu licencia,  
que yo sé que te sirvo con mi ausencia.

REY.

Enrique, el pagar y oír  
servicios por justas leyes,  
es condición de los reyes,  
no hacer por fuerza servir.  
Si te parece vivir  
en Aragón, no hay razón  
para vencer tu opinión;

que es tanta tu libertad,  
que en tu misma voluntad  
siempre estás en Aragón.

Y yo, por lo menos, hallo,  
pues tiene premio el servir,  
que un rey puede despedir,  
no despedirse el vasallo.  
Las demás cosas que callo,  
y tú entiendes, en efecto,  
no te han hecho más discreto:  
que dar un hombre a entender  
que su rey le ha menester,  
ya fué perderle el respeto.

El más fuerte, el más sutil,  
no hace falta al rey ninguno,  
porque donde falta uno  
están aguardando mil.  
Cualquiera secreto vil  
de lo que has imaginado  
te culpa y te ha engañado,  
y quien adquiere la culpa,  
se da sin tiempo disculpa  
y muestra que está culpado.

¿Vas a tratar lo que sabes  
con Aragón, y a Aragón  
te vas sin darme razón  
de cosas que son tan graves?  
Vete, pues, para que alabes  
la tierra ajena, pues fuiste  
tan soberbio que perdiste,  
con la propia, al Rey y a ti;  
que ni me haces falta a mí  
ni a la tierra que naciste.

(Vase.)

ENRIQUE.

Caballeros, sin razón  
se va Su Alteza enojado.

NUÑO.

¿Qué causa el Rey os ha dado  
para que os vais a Aragón?

ENRIQUE.

Cosas que yo entiendo son.  
¡Adiós, patria!, que algún día  
verás si yo te servía;  
que un vasallo como yo  
no se va porque ofendió,  
mas porque ofender quería.

(Vase.)

LUIS.

Cuando el natural amor  
a amar al Rey no obligara,  
hoy, don Nuño, me forzara  
haber visto su valor.

(1) Así este verso.

¿Con qué discreto rigor castigó su atrevimiento!

NUÑO. Que no le prendiese sienta.

LUIS. ¿No ves que fuera estimable? Mostró el Rey en despreciable su divino entendimiento.

NUÑO. Cosa grave e importante debe de ser la ocasión.

LUIS. Celos de Violante son, pues ama el Rey a Violante cuanto ella a Enrique.

NUÑO. Es bastante la ocasión.

LUIS. Vamos a ver si el Rey ha escrito.

NUÑO. En mujer hará mudanza la ausencia, pues faltando su presencia al Rey tiene de querer.

(Vase. Sale ENRIQUE, y RAMIRO con una carta.)

ENRIQUE. Ramiro, no puedo más.

RAMIRO. Pésame, ya que te ausentas, que camines con disgusto.

ENRIQUE. Llevo una mortal tristeza.

RAMIRO. Si es de amor, ¿por qué razón?

ENRIQUE. ¿Tuviste tú lo que dejaste?

RAMIRO. ¿Fué tuyo jamás?

ENRIQUE. Confieso que nace de amor mi pena. Mas las palabras de un rey aún parecen que me suenan hasta agora en los oídos.

RAMIRO. Cuentan que un sabio de Grecia hizo un libro de venenos, y después de varias yerbas, conficciones y animales, basílicos y otras fieras, puso palabras de rey.

ENRIQUE. Bien hizo, porque con ellas se da más violenta muerte.

RAMIRO. ¿Cómo dan muerte violenta siendo los reyes hermosos y de condición tan tierna?

ENRIQUE. ¿No matan los rayos? (1)

RAMIRO. Si.

ENRIQUE. Pues en el cielo se engendran. ¿Mira si es hermoso el cielo!

RAMIRO. No dirás cosa como ésta si la estudias dos mil años.

ENRIQUE. ¡Oh!, qué contentos que quedan. Ramiro, mis enemigos.

RAMIRO. ¿Lo que dirán en tu ausencia! Allí quedan capitanes que dirán que tus empresas fueron siempre de cobarde.

ENRIQUE. No creas que el Rey lo crea, que tiene ingenio divino.

RAMIRO. ¡Ah, señor!, poco aprovecha cuando hay quien informe mal.

ENRIQUE. Gente parece que suena...

RAMIRO. ¿Y aun por Dios que es invención!

ENRIQUE. ¿Cómo?

RAMIRO. Con máscaras negras vienen todos.

ENRIQUE. No lo entiendo; pero lo que fuere, sea.

(Sale DON LUIS, DON NUÑO y gente, todos con máscaras.)

LUIS. Por aquí dicen que van.

RAMIRO. Saca la espada, que llegan.

NUÑO. ¡Muera Enrique!

LUIS. ¡Muera Enrique!

ENRIQUE. Si lo manda Leonor, sea.

RAMIRO. No sea, ¿cuerpo de tal!, que la vida siempre es buena.

ENRIQUE. Si sabéis quién soy, villanos, ¿para qué decís que muera?

NUÑO. ¡Muerto soy!

(Huyen todos, y sigúelos RAMIRO.)

ENRIQUE. Sigue, Ramiro; esos cobardes, y entiendan que ya Enrique de Navarra comienza a hacelles ofensa. Mas ¿qué digo? ¿Estoy en mí? ¡Oh, cuánto el ánimo altera la defensa natural! Pero también es baja que mande Leonor matarme porque yo le adore y quiera; mas no fué por adoralla, que mi arrogancia y soberbia le dió ocasión; justamente me manda matar.

(Sale RAMIRO, con la espada desnuda.)

RAMIRO. Ya quedan dos muertos y dos heridos a curarse las cabezas.

(1) En la edición: *reyes*.

ENRIQUE. ¿Conociste a alguno?  
RAMIRO. ¡Y cómo!

A don Nuño de la Cueva,  
a quien por ver si tenía  
dinero en la faldriquera  
metí la mano, y hallé  
aquesta cédula.

(Saca un papel.)

ENRIQUE. Muestra.

(Lee.)

“Don Nuño (1), en viendo este papel saldréis con alguna gente al camino de Aragón, y no volváis a Pamplona sin dar la muerte a don Enrique de Navarra.—*El Rey.*”

Bien haya el día, Ramiro,  
que naciste en rabueña  
en mi casa.

RAMIRO. No me honres,  
Dios me ayude con mi espuerta.

ENRIQUE. Pesábame que Leonor  
de suerte me aborreciera  
que me mandaba matar.  
Huélgome, en fin, de que sea  
el Rey, pues voy a servir  
al de Aragón.

PAMIRO. Gente suena.  
¿Tenemos otra invención?

*Sale BELARDO, escudero, como de camino, con un  
papel.)*

BELARDO. Si van lejos, no pretenda  
Leonor que me ha de matar  
el mal paso de una bestia  
por donde las melecinas,  
que ¡vive Dios, que me vuelva!

ENRIQUE. ¿No es Belardo este escudero?

RAMIRO. El mismo.

ENRIQUE. ¿Qué furia es ésa,  
Belardo?

BELARDO. ¡Oh, famoso Enrique!  
Echarme a esos pies quisiera  
a no venir tan fajado.

ENRIQUE. Ya los brazos os esperan.

BELARDO. Un demonio de un rocín  
más largo que una cuaresma,  
más flaco que galgo enfermo,

más gruñidor que una deuda,  
silla de costillas vivas,

tan mal hablado en ausencia  
que mata más que un doctor,  
me ha traído en busca vuestra  
con un papel de la Infanta,  
como si éste el tiempo fuera  
que andaban los escuderos  
y las damas por las selvas.

ENRIQUE. ¿Qué decis?

BELARDO.

Que le leáis.

y que me deis la respuesta  
y otro rocín, si tenéis,  
que hasta Pamplona me vuelva,  
porque si en aqueste voy,  
él me mata o me despeña.

(Lee ENRIQUE.)

“Enrique: Yo he quedado con tanto sentimiento de vuestra ausencia, y de ser la causa della, que os suplico volváis a Pamplona, donde me holgaré mucho de volveros a ver.—*La Infanta.*”

¿Hay semejante fortuna?

¿Que mi atrevimiento sea

tan dichoso y desdichado!

¿Cómo es posible que vuelva,

si el Rey me manda matar?

¿Qué cosa tan indiscreta

fué el partirme de Navarra

y el pedir al Rey licencia!

RAMIRO. ¿Qué habéis traído, Belardo,  
que hace el Conde mil quimeras?

BELARDO. Soy desgraciado en papeles,  
y para ser estafeta  
no estaba desaminado.

ENRIQUE. ¡Ahora bien: volver es fuerza!

Pero ¿cómo puede ser?

Mejor es que me entretenga

algún tiempo en Aragón,

y que disfrazado vuelva

a ver a Leonor. ¡Ah, cielos!

BELARDO. ¿Cuánto va que por la pena

no ha de prestarme el rocín?

ENRIQUE.

Haced, amorosas letras,

estampa el alma, que ya

los labios serán la imprenta.

Tomad, amigo Belardo,

por el porte esta cadena,

y perdonad, que estoy pobre.

BELARDO.

El no dar fuera pobreza.

¡Milagro es que me den algo!

(1) En la edición: *Don Juan.*

ENRIQUE. Vamos, que en aquella venta responderé.

RAMIRO. Quede, digo parta.

BELARDO. ¿Cómo? ¿Sin respuesta?

RAMIRO. La cadena digo.

BELARDO. Bien;  
mas no quiero yo que sea,  
aunque se vaya a Aragón,  
puerto seco de mi hacienda.

RAMIRO. Pues digo que ha de partir.

BELARDO. Partiréle la cabeza.

ENRIQUE. ¿Qué es eso?

RAMIRO. Estoyle diciendo  
que parta, y no quiere.

ENRIQUE. Deja  
que escriba al alma que adoro  
las lágrimas de mi ausencia.

## JORNADA SEGUNDA

(Sale la INFANTA y BELARDO, escudero.)

LEONOR. Es extremada la traza:  
que luego que un pensamiento  
agrada al entendimiento,  
con la voluntad le abraza.

BELARDO. Esta cadena me dió  
aquel noble caballero,  
que quitarme su escudero  
diestramente pretendió;  
que no fué pequeña hazaña  
el sacarla de su Argel.

LEONOR. Yo he leído el papel.

BELARDO. No hay mejor hombre en España.

LEONOR. Lo que habéis de hacer, Belardo,  
es callar, como discreto.

BELARDO. Bien sabe el mismo secreto  
de la suerte que le guardo.

No pone un rico avariento  
más llaves a su tesoro.

LEONOR. Pues haced cuenta que es oro  
mi amoroso pensamiento,  
y que yo le guardo en vos.  
Descansad, y me veréis  
después.

BELARDO. Que os crié sabéis.

LEONOR. Dios os guarde.

BELARDO. Guárdeos Dios

(Vase.)

LEONOR. El Conde me avisa aquí  
el modo que ha de tener  
para que me vuelva a ver  
fiando su vida en mí.

Pero de mi amor arguya,  
si en mi lealtad la confía,  
que cuando me va la mía  
sabré volver por la suya.

(Salen el REY, DON NUÑO y acompañamiento.)

REY. No he sabido encareceros  
el gusto de veros vivo.

NUÑO. Ni yo puedo el que recibo,  
gran señor, del bien de veros.

REY. Basta, Leonor, que vivió  
Nuño entre tantas heridas.

NUÑO. Porque tuviese dos vidas  
con que os sirva a los dos yo.

LEONOR. Sea, Nuño, para bien  
que por muerto os han tenido.

NUÑO. Quedé en la campaña herido,  
y lo fué don Luis también:

aunque, con poca amistad,  
me desamparó y dejó.

LEONOR. El dice que muerto os vió.

NUÑO. No sé si dice verdad,  
aunque estuve sin sentido,

y así pudieron sin él,  
señor, sacarme el papel,  
por donde Enrique ha sabido  
vuestro intento. Al fin, llegué  
a una aldea, donde he estado,  
y entre villanos hallado  
lo que en un noble no hallé.

REY. ¿Qué tan mal lo hizo con vos?

NUÑO. Lo que os he dicho es verdad.

REY. Mal trato.

LEONOR. Falsa amistad.

REY. ¿Que así os tratase a los dos  
Enrique, y tan libremente

se metiese en Aragón!

Yo vengaré su traición  
antes que mayor la intente.

El me ha de dar luego a Enrique  
aunque rompamos las paces.

LEONOR. Pídesele al rey; bien haces;  
mas temo que te replique

que vive en su protección  
y que a su sagrado viene.

REY. No importa. Dármele tiene,  
o he de ir por él a Aragón.

LEONOR. Quien tuvo tan mal respeto

REY. merece tanto rigor.  
¿Luego ya sabes, Leonor,  
lo que en público y secreto  
pasó Enrique con Violante?

LEONOR. Ella fué causa, ¡ay de mí!,  
de que yo tratase aquí  
desatino semejante.

REY. ¿Qué dices?

LEONOR. Que he recibido  
una carta de Aragón,  
en que a su rey, con traición,  
le ha dicho Enrique y fingido  
que me das a Portugal,  
en desprecio de su honor,  
y el rey, con justo furor,  
le nombró por general  
de la guerra que comienza.

REY. ¿Por general contra mí?  
¿Dónde está la carta?

LEONOR. Aquí;  
pero porque no te vengas  
la razón a mayor furia,  
no será bien que la leas.

REY. ¿Qué poco, Leonor, deseas  
la venganza de mi injuria.  
Que cualquiera letra fuera  
un veneno contra el Conde.  
¿Desta manera responde?  
¿Quién sino Enrique pudiera  
a la sangre que es traidora  
contra su patria y su rey  
tomar las armas?

NUÑO. Si es ley  
justa que yo tome agora  
la espada en satisfacción  
del agravio recibido,  
licencia, señor, te pido  
para entrar en Aragón.  
Yo os sacaré los soldados  
que prevenidos tenías,  
y verás en pocos días  
dos traidores castigados.  
Hazme este justo favor.

LEONOR. Honrar a Nuño te toca,  
pues la razón te provoca.

REY. A mí me toca, Leonor.

LEONOR. No viniendo el rey, ¿por qué  
has de ir contra tu vasallo?

REY. Bien dices; a castigallo  
vaya Nuño.

NUÑO. Pues yo iré,  
y tú verás qué venganza  
hago en el Conde traidor.

REY. ¡Ay, Nuño!, que sea mayor  
que tu propia confianza.

LEONOR. La que tu pecho desea  
verás en menos espacio.

(Sale MENDO, criado.)

MENDO. A la puerta de Palacio,  
el Conde Enrique se apea.  
Creciendo en toda la gente  
la común admiración,  
ignorando la ocasión,  
dicen atrevidamente  
que le enviaste a llamar.

REY. ¿Yo a llamar! ¿Dónde ha nacido  
un hombre tan atrevido?

NUÑO. Hoy, Nuño, le has de matar!  
Impedía tu presencia  
el no prevenir la espada;  
mas ya está determinada  
su muerte, con tu licencia.

LEONOR. (Ap.) Temblando estoy que no  
la traza de Enrique bien [salga  
y que la muerte le den,  
sin que la suerte le valga  
esta vez su atrevimiento.

MENDO. Ya el Conde a la puerta está.

REY. ¿Qué haré, Leonor? ¿Entrará?

LEONOR. Para un acto tan sangriento,  
no es bien que yo esté delante;  
mas, ya que delante estoy,  
de parecer, Nuño, soy  
que escucharle es importante;  
porque a ninguno hizo daño  
escuchar al enemigo,  
que en pie se queda el castigo  
y en su fuerza el desengaño.  
Causa tendrá, y bien fundada,  
tan notable atrevimiento.

REY. Es prudente advertimiento;  
detén, don Nuño, la espada.

(Sale ENRIQUE DE NAVARRA, solo, de camino.)

#### ENRIQUE.

Dame los pies, y escucha, si enojado  
te tiene, gran señor, mi atrevimiento,  
la causa porque intento  
venir a verte, estando tan airado;  
de mí mal informado...  
¿Huyes, señor? ¡Desdicha en sangre noble!  
¿Por dicha pensarás que es trato doble  
el venir desta suerte?

Pues, señor, el peligro de la muerte que me amenaza ya tu injusta ira, ¿no me pudiera detener? ; Pues mira cómo no me detiene!  
Luego trata verdad quien sólo viene solicitado de mi amor a darte de lo que importa parte a tu real servicio, que no es de mi lealtad pequeño indicio.  
¿Aún no volvéis la cara? Señor, ; basta!  
Adios, que no contrasta la injuria; adiós, me vuelvo.  
; Oh, siempre amparo generoso mío!  
Oídmе vos, que a daros me resuelvo cuenta de mi lealtad.

LEONOR.

Es desvarío:  
que, callingo mi hermano,  
buscas piedad en vano.  
Hoy tengo de pedirle que te quite la vida.

ENRIQUE.

Tal crueldad no se permite donde hay tanta inocencia, que no volviera a verte si pensara que en ti piedad no hallara.  
Muestra, ilustre Leonor, en tu clemencia lo que me has prometido; que no hubiera venido si presumiera engaño en tu nobleza.

LEONOR.

Ten, Enrique, firmeza en lo que está tratado, que yo te quiero ya como mi dueño.

ENRIQUE.

Pues oye tú, señora, mi cuidado, y verás que te adoro.

LEONOR.

El Rey está enojado; pero dime qué fué tu pensamiento.

ENRIQUE.

Oye, ilustre Leonor; oye mi intento, pues el Rey, mi señor, está con ira.

LEONOR.

Di, que te escucha, aunque no te mira.

ENRIQUE. Con licencia de García.

mi propio rey y señor de Pamplona de Navarra partí, señora, a Aragón: pocas leguas de la raya, en los olmos a quien dió hojas un arroyo humilde, y ellos sombra, ardiendo el sol, un escuadrón de embozados para matarme salió: mal dije, si con el miedo me pareció un escuadrón. Defiéndime, que es derecho divino y humano, y yo quedé como disculpado, de mi fortuna deudor: en llegando a Zaragoza di a su rey admiración con mi venida y mis quejas, porque sabe bien quién soy: halléle de tantas lleno, que para poder mejor resistir a sus razones apenas hallé razón. Dice que el Rey le ha quebrado la palabra, y que en rigor debiera desafíale, y que habéis hecho los dos contra las firmadas paces cosa digna de quien sois: él, en quebrar la palabra, y tú, en no estimar su amor. Solicité el persuadille, pero no me aprovechó: que no hay razón que presida adonde reina el furor: fué de manera el que tuvo, que, como a este tiempo vió un retrato tuyo, a quien daba un dosel guarnición, con la espada hizo pedazos, más que prudente, feroz, tela, dosel, lienzo y silla, y en su rostro se vengó: sacrilegio que debiera castigar el cielo, autor de tu divina hermosura, si celos desprecios son. Formó un ejército luego, con tal furor, que tembló al eco de sus trompetas, por Jaca, el francés león; cubrióse el Coso de gente, las banderas de color

entoldaban las ventanas,  
fiesta del aire veloz.  
El más humilde soldado  
coronaba el morrión  
de plumas y guarnecía  
de oro el acero español,  
en las cumbres de Moncayo  
retumbaba el claro son  
de las cajas, y volvía  
su nieve en agua el temor;  
nombróme por general,  
pero apenas me nombró  
cuando me vi como arroyo  
que puso el cierzo en prisión;  
consultando en mi lealtad,  
la sangre me respondió:  
"Contra tu Rey y tu patria  
Enrique, serás (1) traidor,  
pues si en Aragón te quedas,  
al Rey diciendo de no,  
te ha de tener por espía  
o por hombre sin valor;  
irte a Castilla a ser  
a su rey es discreción,  
que si vuelves a Navarra  
será el peligro mayor".  
Respondí: "Máteme el Rey,  
y sepa el mundo que voy  
a morir por ser leal  
y que mi amor me mató".  
Con esto, cuando al oca-  
so iba el padre de Faetón,  
y la temerosa noche  
llamaba al sueño, sin voz;  
cuando reinaban las sombras,  
que huyeron su resplandor,  
salgo, de Ramiro solo (2),  
de quien satisfecho estoy,  
con tal silencio que apenas  
si el caballo lo sintió,  
lastimó su planta herrada  
a la más humilde flor,  
de suerte que las arenas  
aun no darán relación,  
por donde estaban mojadas,  
de que por allí pasó.  
Con esto vengo a morir,  
ilustrísima Leonor,  
a los pies del Rey airado,

con siniestra relación.  
No pido perdón, que sólo  
vengo a volver por mi honor;  
porque donde no hay ofensa  
no se ha de pedir perdón.

LEONOR.

Pues el Rey, Enrique, ha oído  
el memorial que le has dado  
y no responde, enojado,  
notable tu culpa ha sido.  
Sí respondo, persuadido  
que el Conde trata verdad,  
pues ha sido más lealtad  
el venir por no ofenderme  
que fué el irse por tenerme  
poco amor y voluntad;

REY.

si le llevó presunción,  
Leonor, humildad le vuelve,  
pues a cumplir se resuelve  
con su justa obligación:  
yo le concedo perdón  
por mi parte, pues si fuera  
desleal, tomar pudiera  
las armas que el rey le dió;  
pues si pudo y las dejó,  
con fe obliga, y premio espera.

Resta que tú se le des,  
pues yo estoy desengañado;  
que de Nuño, aunque agraviado,  
haré las paces después.  
Esta la respuesta es  
deste memorial, Leonor;  
no lo mires con rigor,  
antes su amor favorece,  
que pues mi perdón merece,  
bien merece tu favor.

(De rodillas, ENRIQUE al REY.)

ENRIQUE.

¡Señor, aquí me tenéis  
para que me deis castigo!  
De muevo a servir me obligo  
las mercedes que me hacéis;  
no me iré, si no queréis,  
eternamente a Aragón.

LEONOR.

Mi hermano te dió perdón,  
que yo no te perdonara.  
[Ap.] ¡Ay, Enrique, quién pensara  
tal dicha en tal ocasión!

ENRIQUE.

No se pudo imaginar  
menos de su pecho noble

LEONOR.

Fuera, Enrique, trato doble,  
no venirte a disculpar.

ENRIQUE.

No pude yo imaginar

(1) En la edición: *será*.

(2) No hace sentido: parece que faltan al me-  
nos dos versos.

para venir, otra cosa  
más justa ni más forzosa.  
LEONOR. Levántate, que ya tienes  
mi gracia, Enrique, pues vienes  
con alma tan amorosa.  
Quiero estar agradecida,  
pues el Rey me lo ha mandado.  
ENRIQUE. Partime desconfiado.  
LEONOR. Fué muy necia tu partida.  
ENRIQUE. Vos, señora, sois mi vida.  
LEONOR. Y yo vivo ya por ti.  
REY. Nuño, no hay venganza aquí;  
el Conde se defendió.  
NUÑO. Si tu perdón mereció,  
¿qué agravio ha quedado en mí?  
LEONOR. [*Ap.*] Esta noche, por la puerta  
del jardín te quiero hablar.  
REY. Hoy la mano le has de dar  
de amistad segura y cierta;  
pero quiero que se advierta  
que, debajo de amistad,  
has de saber si es verdad  
que quiere a Violante bella:  
no encubra el venir por ella  
con disfrazada lealtad;  
sigue sus pasos, secreto,  
de noche.  
NUÑO. Tú me verás  
hecho un lince.  
REY. Y tú tendrás  
el premio que te prometo.  
ENRIQUE. ¿Iré al jardín, en efecto?  
REY. ¿Conde!  
ENRIQUE. Señor.  
REY. Dad la mano  
a Nuño.  
ENRIQUE. A todo me allano  
por vuestro gusto.  
REY. Venid  
conmigo.  
ENRIQUE. De mí os servid.  
NUÑO. Por la mano, Conde, os gano.  
*(Vase el REY, DON NUÑO y ENRIQUE. Sale VIOLANTE  
sola.)*  
VIOLANTE. Sola descaba hallarte.  
LEONOR. Pues, Violante, ¿qué me quieres?  
VIOLANTE. Presumo que ya lo infieres  
de mi temor, sin hablarte.  
LEONOR. Será la venida parte,  
de Enrique, a tratar de asiento  
tu casamiento.  
VIOLANTE. Eso intento.

que el ver que por mí ha venido  
me ha obligado, aunque he tenido  
de su ausencia sentimiento.  
Está en tus manos hacer  
que sin el Rey esto sea,  
porque lo que el Rey desea,  
señora, no puede ser. [*Ver,*  
LEONOR. [*Ap.*] (Si a Enrique he de hablar y  
de alguien tengo de fiarme.  
¿Quién mejor podrá guiarme  
que Violante, si la engaño?  
;Y será suceso extraño  
querer casarse y casarme!)

Dices bien, Violante: hoy quiero  
hablar al Conde: no des  
lugar al Rey.  
VIOLANTE. A tus pies  
pido esta merced, y espero  
que me has de casar primero  
que el Rey sepa nuestro intento.  
LEONOR. Trataré su casamiento  
de Enrique; tú lo verás.  
¿Quieres más?  
VIOLANTE. No quiero más.  
LEONOR. Diciendo verdades, miento.  
*(Vase. Sale ENRIQUE y RAMIRO, de noche.)*  
RAMIRO. Para atreverte a esta puerta,  
muy temprano me parece.  
ENRIQUE. El que se tarda, Ramiro,  
no ha de decir que se atreve.  
RAMIRO. Mejor fuera asegurar  
al Rey.  
ENRIQUE. No fuera atreverme  
asegurarme de nada;  
la Infanta me favorece:  
yo pienso que mi ventura,  
como es mujer, también tiene  
un poco de aquel planeta  
que a Marte adoró valiente.  
RAMIRO. Ahora bien, tú te confías  
en tus venturas.  
ENRIQUE. Detente,  
que en el balcón hacen señas.  
*(Salen al balcón, de noche, LEONOR y VIOLANTE.)*  
VIOLANTE. Señora, Enrique parece.  
LEONOR. Pues apártate, no escuches.  
VIOLANTE. Siendo fuerza obedecerte,  
aquí me retiro. ¡Ay, Dios,  
quién lo oyerá! Di que llegue.



LEONOR. ¿Quién es?

ENRIQUE. Yo, señora mía.  
si permites que me acerque  
al sol de tus bellos ojos,  
que pueden hacerme fénix.  
¡Lucióse mi fingimiento!

LEONOR. Fué la invención excelente.

ENRIQUE. Con ella, señora, pude  
venir atrevido a verte;  
mas, dime, ¿de qué nació  
gustar de favorecerme,  
después de tantos desprecios?

LEONOR. Amor, que por hijos tiene  
los celos, trocaron nombre,  
si amor de celos procede:  
Violante me dió la cau-a,  
pues por verla yo querverte  
tuve envidia, imaginando,  
Enrique, lo que mereces.  
No la has de ver ni hablar más.

ENRIQUE. Si la hablara, que me dejes  
por vil caballero.

VIOLANTE. ¡Ay, Dios!

¿Oyes, señora?

LEONOR. ¿Qué quieres?

VIOLANTE. ¿Qué dice Enrique de mí?

LEONOR. Que hará por ti lo que debe  
a tu valor.

VIOLANTE. ¡Dios te guarde,  
que tanto me favoreces!

LEONOR. Retírate.

VIOLANTE. Ya me aparto.

LEONOR. Conde, esta necia pretende  
casarse con vos.

ENRIQUE. ¿Y vos  
qué decís?

LEONOR. Que no lo sueñe.

VIOLANTE. ¿Qué dice agora, señora?

LEONOR. Que, como yo lo concierte,  
en todo ha de hacer mi gusto.  
¡El cielo tu vida aumente!

VIOLANTE. Basta, que Violante, Enrique,  
los engaños me agradece.

ENRIQUE. No es poco bien en amor.

LEONOR. Si esto es bien, tendrá mil bienes.  
Vos habéis de aborrecerla.

ENRIQUE. Desde agora la aborrecen  
todos mis cinco sentidos.

VIOLANTE. ¿Qué dice el Conde?

LEONOR. Que puedes  
estar segura.

VIOLANTE. ¿De qué?

LEONOR. (1.ª.) De aborrecerte y querverme.

(Sale Nuño solo, ambozado, de noche.)

NUÑO.

Este es Enrique.

RAMIRO.

¡Todo va perdido!

Temí los rayos cuando vi los truenos.  
El Rey es éste.

LEONOR.

¡Ay, Dios, qué gran ruido!

RAMIRO.

Treinta soldados, de pistolas llenos,  
ocupan el terrero y el sonido  
me parece de ciento, poco menos;  
muera el Conde por ángeles sin alas;  
denme a mi calenturas, y no balas.

(Vase.)

ENRIQUE.

¡Gran gente es ésta! ¿Qué he de hacer, se-  
ñora?

LEONOR.

¿Quién sabe como vos lo que conviene?

ENRIQUE.

Dejar el puesto me conviene agora.

NUÑO.

Enrique huyó; ¡mirad qué valor tiene!

(Vanse tras ENRIQUE.)

VIOLANTE.

Señora, ¿qué es aquesto?

LEONOR.

El Conde agora.

Violante, que por ti de Aragón viene,  
¡valiente general su rey hacia!,  
¡quién pensara jamás tal cobardía!,  
apenas vió a la gente en el terrero,  
cuando de miedo huyó.

VIOLANTE.

¿De miedo el Conde?

LEONOR.

Así lo pienso, y temerosa infiero  
que mal a lo que debe corresponde.

(Sale ENRIQUE otra vez, solo.)

ENRIQUE.

No cumple con la ley de caballero quien, pudiendo morir, la vida esconde; ya vuelvo arrepentido, que no es tarde; que no hay respeto para ser cobarde.

Cefiir quiero la espada y pasearme, fingiendo que ahora llego: ¡buen intento!

(Sale NUÑO, MENDO y gente.)

MENDO.

Huyó de suerte que no quise cansarme (1) y se cansara de seguille el viento, según llevaba el vuelo.

NUÑO.

Es muy ligero el miedo de la muerte.

VIOLANTE.

Señora, Enrique es éste.

LEONOR.

¿Qué contento me ha dado su venida!  
No fué temor el miedo de su huida (2),  
sino guardar respeto  
con prudencia a mi honor y su secreto.

MENDO.

Oye, ¿quién es este hombre que en el terrero a lo galán pasea?

ENRIQUE.

Ahora quiero yo que Leonor vea si hay valor en Enrique.

NUÑO.

Este el Conde parece;  
no hay sombra que no aplique,  
si de celos amor se desvanece  
y la imaginación. Hablarle quiero.  
¿Es Enrique?

ENRIQUE.

¿Es don Nuño?  
Perdonad, Nuño, si la espada empuño.

que con la escuridad no os conocía.  
¿Ha mucho que aquí estáis?

ENRIQUE.

Ahora llego:  
pero ya me volvía.

NUÑO.

Oídme aquí agora lo que os ruego.

ENRIQUE.

Si hay en qué os sirva, aquí tenéis el Conde.

NUÑO.

Vuestro valor responde.

ENRIQUE.

Yo soy amigo vuestro.

NUÑO.

Yo lo creo.

ENRIQUE.

Siempre fué de serviros mi deseo.

NUÑO.

A vos, como caballero de tal sangre y tal valor, Enrique, preguntar quiero dos dudas que en el honor del que lo fué considero:  
la primera, si el morir por él es obligación,  
y la segunda, decir si puede haber ocasión que obligue a huir.

ENRIQUE.

¿Qué es huir?

NUÑO.

Huir urgente en un puesto, y dejarle con hajeza para huir descompuesto.

ENRIQUE.

Nuño, quien tiene nobleza, ¿para qué se informa desto?

Yo hasta ahora que escuché qué es huir de vuestra boca, ni lo supe ni pensé; que solo el saberlo toca al que huyo donde yo sé.

Pero puedo presumir, Nuño, de esa información que no se debe admitir disculpa ni hay ocasión que a un noble obligue a huir.

Satisfacción no ha llegado a poderlo defender;

(1) Así el verso; sobra una sílaba. Acaso *De suerte huyo que no avise cansarme*.

(2) En la edición, *su ida*.

pero queda disculpado  
si cuando pudo volver  
cumplió con la ley de honrado.

NUÑO. Mirad que os contradecís,  
porque bien sabéis si huir  
del mismo puesto en que estáis.

ENRIQUE. ¿Qué es huir? Ocasión dais  
a que os diga que mentís.

NUÑO. Quien a mí me lo diera,  
aunque el Rey me perdonara,  
dos mil vidas que tuviera,  
cuerpo a cuerpo le quitara  
y entre mis pies la pusiera.

Y cuantos están aquí  
os vieron huir.

ENRIQUE. Así  
el mentís les cabrá a menos.

NUÑO. Quien miente, miente entre buenos,  
y esto no me toca a mí.

Y aunque el verme acompañado  
me haga sufriros necio,  
y oiros tan mal hablado,  
volverá, por mi desprecio,  
sola la que traigo al lado.

Hidalgos, hoy a mi honor  
importa que solo quede.

ENRIQUE. Hidalgos, será traidor  
quien se fuere, que no puede  
dejar nadie a su señor.

Ya estoy esperando aquí.  
Matadle, pues ha de ser  
castigar un loco así.

ENRIQUE. Bien pudiérais saber  
que sois pocos para mí.

(Vase ENRIQUE, acuchillándolos.)

LEONOR. Bien haya, Violante, el hombre  
que así vuelve por su honor  
sin que un escuadrón le asombre.  
VIOLANTE. Con razón le tengo amor  
y él tiene tal fama y nombre.

(Sale RAMIRO solo.)

RAMIRO. A ver vuelvo en qué ha parado  
Enrique. ¡Ah, cielos, quién fuera  
valiente!

VIOLANTE. Allí viene un hombre.

RAMIRO. Leonor ocupa la reja.  
Ella me dirá del Conde.

LEONOR. Hombre, ¿sois de la pendencia?

RAMIRO. Pacífico soy, señora.

Benévolo fué el planeta  
que de no hacer mal a nadie  
me dió la naturaleza.  
Criado del Conde soy.  
Ramiro soy.

LEONOR. ; Oh, si hubieras  
llegado, para ayudalle!

RAMIRO. Soy San Telmo en la tormenta;  
pero si llegara yo...

LEONOR. ; Oh, buen Ramiro! ; Qué hicieras?

RAMIRO. Corrieran sangre las calles...  
; Miento, que yo las corriera!

(Vanse VIOLANTE y LEONOR, y sale ENRIQUE corriendo la espada.)

ENRIQUE. Pregúntame qué es huir,  
y ellos me dan [la] respuesta;  
que saben hablar los pies.

¿Qué es esto? ; Un hombre tan cer-  
de las rejas de Leonor? [ca  
; Vive Dios que habla o requiebra!  
Aun queda toro en la plaza;  
no es acabada la fiesta.

¿Quién va?

RAMIRO. El diablo me ha traído.  
ENRIQUE. ¿No responde?

RAMIRO. Bien pudiera;  
pero soy un gran señor  
y no quiero que se sepa.

ENRIQUE. (Ap.) ; Si es el Rey, que por Vio-  
a tales horas pascas [lante  
las ventanas del terrero?

RAMIRO. Hidalgo, no se detenga,  
sino váyase.

ENRIQUE. En la voz  
conozco que no es Su Alteza.

Pues ; vive Dios!, que he de ver  
quién es. ; Quienquiera que sea,  
se desarrobe luego!

RAMIRO. Los médicos me aconsejan  
que ande de noche así.

ENRIQUE. ¿Así? Pues, ; tome!

(Dale un cintarazo.)

RAMIRO. ; Espera!

; Cuerpo de Dios! ; Es mi amo?

ENRIQUE. ; Es Ramiro?

RAMIRO. ; Linda flem!

después de haberme pegado!

ENRIQUE. ¿Qué haces aquí?

RAMIRO. Tu pendencia  
me trujo, Conde, a ayudarte;  
que hablando a cierta mozuca

seis casas de aquí, la oí;  
 llamóme desde la reja  
 Leonor.

ENRIQUE. ¿Con ella has hablado?

RAMIRO. Ahora hablaba con ella,  
 y como ya el alba sale,  
 fuése porque no la vieran  
 darla flores y jazmines.

ENRIQUE. Para mi tormento y pena.  
 Mucho tengo que decirte:  
 vamos a casa, que llega  
 mi desdicha a que de Nuño  
 se rompan las paces hechas.

RAMIRO. ¿Habéis reñido?

ENRIQUE. Y me huyó,  
 que es peor, y vivo queda;  
 y no hay mayor enemigo,  
 que después de una pendencia,  
 el que con vergüenza (1) sale,  
 pues siempre vive con ella.

(*Vanse. Sale el REY y DON NUÑO.*)

NUÑO.

Yo te he dicho verdad; que no es mi intento  
 sobre las amistades con el Conde  
 poner en la venganza el pensamiento.

REY.

Pues ¿cómo dices que le viste o dónde  
 huyó primero, si después le viste,  
 y con tanta arrogancia te responde?

¿Y hombre que a tantos desta suerte embiste,  
 primero huyó? ¿No sé cómo lo crea!  
 ¡Así el suceso a la verdad responde!

Mas comoquiera que el suceso sea,  
 ¿las paces que yo firmo quiebra el Conde  
 y en el terrero a lo galán pasea?

¡Hola! Llamad a Enrique.

NUÑO.

Aunque replique  
 que yo le di ocasión, servir tu dama  
 hará que tu secreto se publique,

que poco importa buena o mala fama  
 después que la perdí por tu respeto.

REY.

La honra en hombre noble no se infama.

Yo he de sacar del Conde algún indicio  
 del amor de Violante, o podré poco.

¡Así me quitan celos el juicio!

Y de suerte con ellos me provo-  
 que venir contra mí tuviera en menos  
 por el rey de Aragón, que verme loco.

Hallé en Violante como en dos venenos  
 en tus divinos ojos rigurosos,  
 cuando sus cielos presumí serenos.

¿Qué harán los míos si te ven celosos?

(*Sale ENRIQUE.*)

ENRIQUE. ¿Qué me manda Vuestra Alteza?

REY. Nuño, despejad la sala.

(*Vase NUÑO.*)

ENRIQUE. Ya Nuño te habrá informado,  
 y podrá ser que le valga  
 su primera información.

Dirá que sirvo una dama,  
 y que me halló en el terrero,  
 como los que pleitos tratan,  
 que hablando con los jueces,  
 la parte contraria infaman,

pensando que su justicia  
 le quitan con infamarla.  
 Mas los jueces discretos  
 mucho se enojan y cansan:  
 que la verdad no consiste,  
 señor, en malas palabras.

REY. Enrique, si te previenes  
 para conmigo de tantas,  
 ¿qué me queda que decirte?

ENRIQUE. Romper las paces juradas  
 no fué perderte el respeto,  
 que de Nuño fué la causa.

REY. Quien primero se disculpa,  
 no será sin culpa.

ENRIQUE. No hagas  
 ese argumento conmigo,  
 que mis servicios agraviás.

REY. (*Ap.*) (Yo tengo de averiguar  
 con industria si este anda  
 de favores con Violante.)

Cuando Nuño se engañara,  
 Conde, en decir que has huido,  
 ¿Cómo pudo gente tanta?

Debí de ser la ocasión  
 tan fuerte, que te obligaba  
 por el secreto, y advierte,  
 por un ejemplo, la causa:  
 yo quiero bien a Violante.

ENRIQUE. (*Ap.*) (Ya entiendo lo que dudaba:

(1) En la edición: *se muestra*.

por esto el Rey me aborrece,  
y ¿vive Dios!, que se engaña.)  
Yo, señor, nunca he sabido  
que a doña Violante amabas.

REY. (*Ip.*) (Miente el Conde, que él me  
que se ausentó de Navarra [dijo  
para no darme disgusto.

¡Oh, qué memoria tan rara  
han de tener los que mienten!

Pero ¿cómo fueran tantas  
las mentiras si tuvieran  
memorias de las que pasan?)  
Vuelto al ejemplo, en efeto,  
haz cuenta tú que la hablas  
por el terrero una noche,  
que yo también vengo a hablalla,  
conoces que soy el Rey;  
por esto, y por no infamarla,  
¡no es fuerza, Conde, que huyas?  
¿Puedes tú sacar la espada  
conmigo? ¿Qué me respondes?

ENRIQUE. Cogérme quiere a palabras.  
REY. ¿Qué dices?

ENRIQUE. Que yo no huyera:  
pero que a tus pies me echara,  
y la muerte o el perdón  
te pidiera en confianza  
de tu valor, porque un noble  
no ha de huir.

REY. (*Ip.*) Este me engaña:  
es discreto y es muy hombre.

ENRIQUE. (*Ip.*) Fuertes desdichas me aguar-  
que desengañar al Rey [dan:  
de que no sirvo a su dama  
es imposible.

REY. Ahora bien,  
Conde, lo pasado basta.  
Quien estaba en el terrero  
cuando tantas cuchilladas  
dió a Nuño, pudo estar antes.  
Pienso que es mucha arrogancia  
no excusar estos indicios:  
la pendencia comenzada  
no pase adelante, Conde;  
guardad, Enrique, las armas  
para las que de Aragón  
vos decís que me amenazan.

(*Vase.*)

ENRIQUE. ¡Ah, cielos! ¿Cuál hombre estuvo  
en tal confusión? ¿Qué aguardan  
mis locos atrevimientos,

si la ventura me falta?  
Pero que viva o que muera,  
Leonor, no he de hacer mudanza,  
que vivo podré ser tuyo,  
y muerto, amante en el alma.

## JORNADA TERCERA

(*Salen DON NUÑO y DON LUIS.*)

LUIS. Esto me han dicho de vos.  
NUÑO. No será en todo verdad;  
que el Rey sabe la amistad  
que profesamos los dos.

LUIS. Decir al Rey y a la Infanta  
que yo fui con vos traidor,  
ni es amistad ni valor,  
y debiéndome vos tanta,  
dijisteis (1), Nuño, también  
que por ser cobarde yo  
el conde Enrique os hirió,  
y fuera bien hablar bien:

que yo hice lo que pude  
cumpliendo mi obligación,  
y no hay fuerte corazón  
que en buena fortuna ayude.

Enrique es hombre valiente,  
y que la tiene tan buena,

que a estar la campaña llena  
de escuadras de armada gente,

lo mismo hubiera importado;  
y si en ella os dejé yo,  
no fué porque él me obligó,  
mas por estar obligado

a guardar secreto al Rey.

NUÑO. Mirad, don Luis, que no es justo  
darme agora ese disgusto,  
ni entre amigos justa ley.

Si al Rey guardasteis (2) secreto  
cuando os fuisteis (2), bien hicier-  
[teis (2):

pero ¿por qué no volvisteis (2)  
después?

LUIS. ¿Después? ¿A qué efeto?

NUÑO. A saber si muerto o vivo  
quedaba en el campo yo.

LUIS. Ese agravio no igualó  
con el que de vos recibí.

(1) En la edición: *disgustis*.

(2) En la edición: *guardastis, fuistis, b. v. v.*  
*balloástis*, respectivamente.

Que infamar un caballero  
por toda la corte, es cosa  
que a satisfacción forzosa  
obliga un pobre escudero,  
cuanto y más a quien yo soy,  
y a traer aquesta llave;  
todo palacio lo sabe,  
que por vos sin honra estoy;  
que no hay menina ni dama

NUÑO. Es que la culpa os avisa  
de que el delito os infama.

¿Y es bueno venir quejoso  
de lo que lo estoy de vos?

LUIS. A no estar aquí, ¡por Dios!...

NUÑO. Bien. Sois vos muy animoso.

Por no dar al Rey disgusto  
no os he buscado y aun muerto,  
que dejar en un desierto  
a un muerto es caso injusto.

Que el Conde como valiente  
me huyó esperando y no huyendo,  
que el que huye va diciendo  
que es cobarde, vil, y miente.

(Salen LEONOR y VIOLANTE.)

LEONOR. ¿Qué es esto?

LUIS. ¡A qué tiempo vino!

NUÑO. No creo que os ha pesado.

LEONOR. El Rey, Nuño, os ha llamado.

LUIS. ¿Qué crueldad, qué desatino!

NUÑO. Voy a ver lo que Su Alteza  
me manda.

(Vase.)

LUIS. Yo, por mi honor,  
aunque por tenerle amor  
me quite el Rey la cabeza.

Pero mejor es matarle  
esta noche con secreto;  
ponerlo quiero en efeto;  
que bien sé que han de culpalle  
desta muerte al conde Enrique.  
Muera Nuño, que es gran mengua  
dejar una infame lenena  
que mi deshonra publique.

(Vase.)

VIOLANTE. Seguro a Vuestra Alteza  
que gasta Enrique el terrero,  
y mas galán caballero

ni de mayor gentileza  
no es posible imaginalle.

LEONOR. ¿Quién duda que en el balcón  
estuvo en contemplación  
vuesa merced de su tallo?

VIOLANTE. Miréle como a marido. (1)

LEONOR. Y no lo has mirado en vano  
si yo la ocasión he sido.

Dale este papel, Violante,  
al Conde, que en dos razones  
están las resoluciones  
de amor tan firme y constante.

Hoy sabrá Enrique, por él,  
lo que ha de hacer; queda adiós,  
porque esto importa a las dos.

(Vase la INFANTA, y sale RAMIRO.)

VIOLANTE. ¡Oh, venturoso papel!

¡Pondré tu sello en mi boca!

RAMIRO. En efeto, ¿puedo entrar?

VIOLANTE. ¡Ramiro!

RAMIRO. Dame a besar  
la tierra que pisas: toca  
la plata de esos chapines  
que gastan dos azucenas,  
entre cintas de almas llenas  
que están cogiendo jazmines.

VIOLANTE. ¡Ay, Ramiro lisonjero!,  
de tu dueño imitador,  
¿cómo queda tu señor?

RAMIRO. Hecho un propio majadero  
destos en que envuelven hilo  
dando vueltas y revueltas  
a esperanzas que andan saeltas  
y sueñan del mismo estilo.

VIOLANTE. ¿Dice que me quiere bien?

RAMIRO. ¡Pesia tal! Está perdido  
por quien le quita el sentido,  
que bien sabe Amor por quién.

VIOLANTE. Bien pago su voluntad;  
dale este papel, Ramiro,  
que me dió la Infanta.

RAMIRO. Admiro  
vuestra ilustre necedad  
en dilatar estas cosas.

VIOLANTE. No está en mi mano, ¿qué quieres?

(Vase.)

(1) Falta el verso siguiente. Termina con éste la página, y el reclamo dice: y *ma...*, acaso, y *ma...* de la mano, según sugiere una nota manuscrita de los años del siglo XIX, puesta al margen inferior de la página.

RAMIRO. Yo he visto pocas mujeres  
que dejen de ser celosas;  
no sé cómo ésta no entiende  
el engaño de Leonor;  
pero el desigual amor  
que le entienda le defiende,  
porque no puede pensar  
que se humille a hablar el Conde.

(Sale ENRIQUE.)

ENRIQUE. ¿Aquí has entrado?  
RAMIRO. Pues ¿dónde  
no tiene, Enrique, lugar  
esto que llaman bufete?

ENRIQUE. ¿Quién estaba aquí?  
RAMIRO. Violante,  
que, en sus engaños constante  
ser tu mujer se promete;

ENRIQUE. y aqueste papel me ha dado.  
RAMIRO. ¡Rásgale, necio!

ENRIQUE. Señor,  
RAMIRO. es de Leonor.

ENRIQUE. ¿De Leonor?

RAMIRO. De Leonor o de Leonado,  
y por el atrevimiento  
y desacato al papel  
me has de dar...

ENRIQUE. Daré por él  
el alma.

RAMIRO. ¡Gracioso cuento!  
Ni infierno ni cielo soy;  
aunque purgatorio he sido;  
truécame el alma a un vestido.

ENRIQUE. Con botones te lo doy.

RAMIRO. ¿De seda, o de oro?  
ENRIQUE. De oro  
y de diamantes quisiera.

RAMIRO. ¿Quién te lo quita?

ENRIQUE. Oye, espera.  
(Lec.)

"Dueño del alma que adoro;  
Esta noche os quiero hablar,  
llave tenéis del jardín.  
Yo, tu dueño." ¿Serafín!  
Quiero las letras besar,  
y ruego al alma que salga  
a la boca.

RAMIRO. ¿Es calentura?

ENRIQUE. Porque tan alta escritura  
se imprima en ella.

RAMIRO. ¿Que valga

un papel en ocasión  
tanto que a la boca llegue,  
y que pasado se entregue  
a tan baja oposición!

ENRIQUE. Entrar donde me asegura  
su amor, es atrevimiento;  
pero sin él, yo no siento  
que tenga el amor ventura;  
¡iré, divina hermosura,  
a gozar tanto favor!

RAMIRO. Será necedad, señor.

ENRIQUE. No será, porque acompaña  
el valor a toda hazaña,  
y a toda infamia el temor.

(Anse. Sale DON NUÑO y MENDO, como de noche.)

NUÑO.

Sabiendo, Mendo, el Rey que es imposible  
durar las amistades con el Conde,  
de celoso y terrible,

que lo siga de noche me responde;  
porque este amor, que pienso que es secreto,  
no quiere que a otro pecho esté sujeto.

MENDO.

Si le da pesadumbre Enrique, y teme  
que le quiere Violante,  
¿para qué sufre que le abrase y queme  
teniéndole delante?  
Destiérrele del reino.

NUÑO.

Por la guerra  
que tiene (1) de Aragón no le destierra.  
Y porque no está cierto  
que le quiere Violante ni él la quiere.

MENDO.

¿Celoso desconcierto!  
Pero ¿dónde me mandas que te espere?

NUÑO.

En esa esquina, Mendo, y advertido  
a mi voz el oído;  
que hasta que salga el alba coronada  
de cándidos jazmines,  
alegre triunfo de la noche helada,  
a quien sirven las aves de clarines,  
no has de dejar de este jardín la puerta

(1) Tiene, sic. Más sentido haría tener.

MENDO.

Los ladrones de Colcos en la [huerta] (1)  
de las manzanas de oro  
no tuvieron cuidado como el mío.

Nuño.

Advierte, Mendo, que el del Rey te fio (2).

*(Sale Dox Luis solo, de noche.)*

Luis.

Siguiendo vengo a Nuño, por quien vivo  
con dolor excesivo;

que he de tomar venganza con su muerte  
de todas las afrentas que me ha hecho.  
Al jardín ha llegado, y yo, de suerte  
que he de pasarle el pecho,  
aunque me cueste patria, hacienda y vida:  
que no hay vida, la opinión perdida.

*(Salen Enrique y Ramiro, de noche, embozados.)*

ENRIQUE. Ven, Ramiro, poco a poco,  
y advierte que estés atento.

RAMIRO. Ve delante, que ya voy.

ENRIQUE. La puerta es ésta; yo llevo.

RAMIRO. Pon quedo en ella la llave.

ENRIQUE. Con la obscuridad no acierto.

RAMIRO. ¡Vive Dios, que hay gente aquí!

El entra; a peligro quedo  
de que me maten; pues voyme,  
porque a muchos, ¡tierra en medio!

*(Vase.)*

ENRIQUE. ¿Oyes, Ramiro? Ya entró

*(Esto le dice a Dox Nuño, pensando que es Ramiro.)*

la llave, que tuve miedo  
que una por otra me daban;  
turbado Amor, todo es yerros.  
Yo me entro; quédate aquí.

*(Entrase.)*

Nuño. No eran en vano los celos  
del Rey. ¿Hay mayor maldad?  
¿Hay mayor atrevimiento?  
¡Mendo, Mendo!

MENDO. ¿Qué me quieres?

Nuño.

Llama al Rey; ¡imita al viento!  
El lo ha de ver con sus ojos.

MENDO.

Pues ¿no me dirás qué es esto?

Nuño.

No, Mendo; porque me importa  
que no lo sepas primero  
que el Rey.

MENDO.

Yo voy.

*(Vase.)*

Nuño.

De Violante

con justa causa me quejó;  
venga el Rey, y véalo el Rey. [to?  
Mendo, ¿aquí te estás? ¿Qué es es-

*(A Dox Luis le dice, pensando que es Mendo.)*

¿Por qué no vas a llamarle?  
Que te enojaste sospecho  
porque no te he confiado  
este secreto; pues, ¡pecio!  
¿será bien que tú lo sepas  
primero que el Rey?

Luis.

¿Qué espero,  
que no le quito la vida?

*(Dale con la daga, y vae.)*

Nuño.

¡Ah, traidor! ¿Por qué me has

Luis.

¿Así se enfrenta el honor [muerto?  
de los nobles caballeros?  
Quien le quita y no se guarda,  
no espere mejor suceso.

*(Vase. Sale el Rey y Mendo.)*

MENDO.

¿Ventura ha sido encontrar  
con Vuestra Alteza!

REY.

Los celos  
ya, Mendo, me habían traído.  
¿Dónde está Nuño? ¿Qué es esto?

MENDO.

Tente, señor, que es un hombre.

REY.

¿Hombre en el suelo? Recelo  
que no sin causa me llama [to.  
Nuño, si es que a Enrique ha muer-  
¿Cómo muerto a Enrique? ¿Si es  
Nuño el muerto!

REY.

¿Muerto? ¿Ah, cielos!  
¿No me dijiste que Nuño  
me llamaba?

MENDO.

En este puesto  
me dijo que te llamase,  
encubriéndome un secreto  
que habías de ver tú sólo.

REY.

¿Secreto! ¿Qué dices, Mendo?  
¡Vive Dios!, que estaba el Conde

(1) En la edición: guerra.

(2) Falta el verso anterior.



con Violante hablando, y luego  
que debió de ver que Nuño,  
que le venía siguiendo,  
me lo había de decir,  
le ha muerto a traición; no creo  
que ha nacido de los hombres  
un bárbaro tan sangriento,  
¡Nuño muerto, y a traición!  
¡Hola! Retirad el cuerpo,  
que haré tan cruel venganza  
que espante al mundo el ejemplo;  
y tú, Violante cruel,  
que haciendo de un rey de-precio  
diste causa a tal desdicha,  
¡hoy verás que también puedo  
ser rey de mi voluntad!

(Sale ENRIQUE.)

ENRIQUE. Apenas mis pensamientos  
comencé a decir a quien  
fué la dulce causa vengo,  
que en un mármol de una fuente  
me aguardaba, y el silencio  
de la noche interrumpía  
con amorosos requiebros,  
cuando siento tantas voces,  
que, por un jazmín subiendo,  
desde una tapia me arrojó  
y a saber la causa vengo.  
Gente hay aquí, ¡cielo santo!  
¡Si es Ramiro, muerto o preso?  
Pues ¡ánimo, corazón!  
que, fuera del Rey, no temo  
a todo el poder del mundo,  
¡Puedo pasar, caballeros?  
¡Es el Conde?

REY. El Conde soy,  
que jamás mi nombre niego.  
REY. Yo soy el Rey.

ENRIQUE. Pues, señor,  
¿a tales horas? ¿Qué es esto?  
REY. ¿Qué buen descuido, traidor,  
habiendo a don Nuño muerto!  
ENRIQUE. ¿Nuño es muerto?

REY. ¿Disimulas?  
ENRIQUE. Pésame, por ser tu deudo  
y mi amigo, aunque de enojos  
pasados tendrás recelos,  
como se ve en tus palabras;  
nunca fui traidor, ni vengo  
de traidores; si hay alguno  
que te ha dicho lisonjero  
que yo le he muerto...

REY. ¡No hables!  
ENRIQUE. ¿No he de hablar, si airado y ciego  
de siniestra información  
me llamas traidor?

REY. Si veo  
muerto a Nuño, y tú a su lado,  
¿no es justo mi sentimiento?  
Y siendo tú su enemigo  
es indicio verdadero,  
no siniestra información.  
Muestra la espada.

ENRIQUE. Estoy cierto  
que conoces su valor  
y servicios que te ha hecho  
y, pues la pides, advierte  
que va limpia como quedo  
de la sangre de don Nuño.  
REY. ¿Qué buena disculpa, Mendo!  
Como si no hubiera dagas.

ENRIQUE. ¿Mendo estaba aquí?  
MENDO. No creo  
que me ha engañado el amor,  
con ser don Nuño mi dueño.  
Su Alteza halló el cuerpo aquí.

REY. ¡Llevalle luego!  
ENRIQUE. Voy preso,  
sin culpa.

REY. Sábelo Dios,  
que sabe humillar soberbios.  
Ya revuelves a Navarra,  
como a Aragón has revuelto.  
ENRIQUE. Eres mi Rey, no respondo.

(Llevan a ENRIQUE, y sale DON LUIS y un CAPITÁN.)

REY. ¿En qué pararon mis celos!  
¿No puedo volver en mí!

CAPITÁN. Con justa causa, señor,  
la venganza y el dolor  
hacen este efecto en ti.

REY. ¿Don Luis!  
LUIS. De ver tu cuidado,

todos, señor, le tenemos.  
REY. A tales ansias y extremos  
me tiene Nuño obligado.

LUIS. ¿Pruébase que Enrique ha sido?  
REY. Por un criado envié,  
que se sospecha que fué  
del conde Enrique insistido.

(Sale RAMIRO.)

RAMIRO. Mi inocencia está a tus pies. (1)

(1) Falta el verso anterior.

LUIS. Señor, este mismo es ;  
que yo le conozco, y vi  
el que a Enrique acompañaba  
cuando a Aragón se partió.

RAMIRO. ¿Qué importa que fuese yo  
cuando en su servicio estaba,  
si agora no le servía?

REY. ¿Niegas lo que saben todos?

RAMIRO. Bien sé yo que de mil modos  
hará la desdicha mía  
testimonios contra mí.

REY. Si te lo mandó matar,  
¿de qué te sirve negar?

RAMIRO. ¿Eso se reprueba?

LUIS. Si.

RAMIRO. Harto más talle tenéis  
de haber muerto a Nuño vos.  
¡ah, testigos, plega a Dios  
que alguna vez lo paguéis!

LUIS. ¿Yo, villano? Si Su Alteza  
no estuviera aquí...

REY. Ahora bien,  
luego tormento le den.

RAMIRO. ¿Tormento?

REY. Si tu bajeza  
a sufrirlo no se atreve,  
di la verdad.

LUIS. Di verdad.

RAMIRO. Ramiro.

RAMIRO. ¿Hay mayor maldad?  
¿No me diréis lo que os mueve  
a perseguirme? Yo creo  
que debéis de ser culpado,  
que andáis desasosgado  
y muy solícito os veo;  
que hay muchos que por discul-  
a sus locos desatinos, [pa  
sus inocentes vecinos  
juran que tienen la culpa.

REY. Ya se sabe que le has muerto.

LUIS. ¿Y cómo que ya se sabe!

RAMIRO. Señor, en caso tan grave,  
que des tormento te advierto  
a don Luis también conmigo.

REY. Llevad este hombre.

CAPITÁN. Camina

RAMIRO. Apelo.

CAPITÁN. Ya desatina.

REY. Di verdad.

RAMIRO. Que apelo digo.

*Vase el CAPITÁN y RAMIRO, y sale DON FÉLIX, em-  
bajador de Aragón.*

FÉLIX.

Aunque tan ocupado y lastimado  
esté, señor, Tu Alteza, como es justo,  
la fuerza deste caso me ha obligado.

REY.

Quisiera, embajador, en tal disgusto  
excusar esta plática propuesta,  
por diferilla a tiempo de más gusto.

FÉLIX.

Pienso, señor, que no será molesta,  
pues el rey de Aragón sólo se espanta  
de que a sus cartas no le deis respuesta;  
que ya hubiera enviado por la Infanta,  
si supiera su gusto.

REY.

¿Bueno es esto!

¿En tanta enemistad, en guerra tanta  
está cuando esto trata descompuesto?  
¿Hacerme guerra y nombra al conde Enrique  
por general, a tal rigor dispuesto,  
y quiere que con ella le publique?

FÉLIX.

¿Quién lo dice, señor?

REY.

El mismo Conde.

FÉLIX.

Pues perdone su ausencia que replique.  
Si él nunca estuvo en Aragón, ¿adónde  
le hizo general mi rey, o cuándo  
hacerte guerra o paces corresponde?

REY.

¿Qué de traiciones se le van juntando!  
Traed de la torre aquí  
al conde Enrique.

FÉLIX. Señor,  
desafiar a un traidor  
por mi rey me toca a mí.

REY. Antes no quiero que estéis  
presente.

FÉLIX. El cielo te guarde.

REY. ¿A no estar preso el cobarde!...  
Presto el castigo veréis.

*(Sale ENRIQUE y el CAPITÁN)*

ENRIQUE. ¿Qué es, señor, lo que me quie-  
[res?

REY. ¡Ah, Conde, que en ser traidor al que lo ha sido mayor en toda maldad prefieres!

¿No dices que el de Aragón te hizo su general, y que por serme leal dejaste tanto escuadrón como a Navarra venía? Su embajador ha llegado, y dice que no has estado en Aragón.

ENRIQUE. Si diría.

REY. Pues, di, ¿cómo ha sido engaño?

ENRIQUE. Tuve ocasión.

REY. ¿Qué ocasión?

ENRIQUE. No puedo dar la razón.

REY. ¿Por qué?

ENRIQUE. Porque es mayor daño.

REY. ¡Eso es locura!

ENRIQUE. Es desdicha.

REY. ¿Cómo?

ENRIQUE. El no poder hablar.

REY. Pues ¿a un rey se ha de engañar?

ENRIQUE. Ese engaño fué mi dicha.

REY. Enrique, ¡tú has de morir!

No por esto, por la muerte de Nuño.

ENRIQUE. Tu engaño advierte.

REY. Pues ¿qué me puedes decir contra tanta información?

ENRIQUE. Que pudiera dar testigo que en aquel tiempo conmigo estubo en conversación.

REY. Di quién es.

ENRIQUE. No puedo hablar.

REY. (Ap.) ¡Vive el cielo, que es Vio-  
¡Brava fineza! Constante [lante!  
quiere morir y callar.)

Llevalde, que voy a ver si puedo hacer que el testigo hable en su abono conmigo, que aun esto no ha de querer.

(Vase.)

ENRIQUE. No hayas miedo que replique, si mil tormentos me dan.

(Sale LEONOR sola.)

LEONOR. Deteneos, Capitán: dejadme hablar con Enrique.

ENRIQUE. Señora, ¡tanto favor!

LEONOR. ¡Ay, Enrique!, de tal suerte

las sospechas de la muerte al alma impiden temor que me la da su rigor: y así, me he determinado que le digas que has estado conmigo, y máteme a mí, que pues yo la causa fui, bastante ocasión le he dado.

ENRIQUE. Yo, señora, a vuestro amor tal respeto guardar debo, que aun a pensar no me atrevo que me habéis tenido amor: máteme el Rey, y el rigor muestre en mí su gran poder: la vida quiero perder para no quedar con miedo que algún tiempo decir puedo lo que pude merecer.

Yo no me quiero fiar de mí mismo, aunque no es poco, que si el bien me vuelve loco, ¿qué loco supo callar? Muerto, no podré pensar en que este bien merecí, ni diré, Leonor, que os vi dando perlas a una fuente, cuya envidiosa corriente ya murmuraba de mí.

Las razones amorosas, las promesas y la fe de quien depósito fué el alma en prendas dichas, y lo que saben dos rosas a mi amor enternecidas, que mis penas merecidas no han de ser imaginadas, que sólo fueron ganadas para llorarlas perdidas.

CAPITÁN. Señora, advierte que vienen el Rey y el embajador.

LEONOR. ¡Ay, mi Enrique!

ENRIQUE. ¡Adiós, Leonor!

LEONOR. Mi vida tus ojos tienen.

ENRIQUE. Tus lágrimas la entretienen.

CAPITÁN. ¡Presto, señor!

ENRIQUE. ¡Ay, engaños de amor! Prestos son los daños, y eternos son los tormentos, porque de amor los contentos vuelven instantes los años.

(Vanse ENRIQUE y el CAPITÁN, y sale el REY y DON FÉLIX.)

REY. No es enojo, sino gusto;  
mi hermana habéis de llevar.

FÉLIX. Quiero primero avisar  
y prevenir lo que es justo.

REY. ¿Sabes cómo has de partir?

LEONOR. Andas agora enojado.

REY. Lo que está determinado  
no se puede diferir;  
que trae don Félix poder  
para casarse contigo.

LEONOR. Quiero hablarte, y sin testigo.

REY. ¿Cómo, si eres su mujer?

Que, aunque del rey de Aragón  
embajador, es tu esposo.

LEONOR. ¿Mi esposo?

REY. Siendo forzoso,  
no hay que poner dilación.

LEONOR. Luego ¿el rey de Aragón es  
mi esposo?

REY. Por justas leyes.

LEONOR. Pues hablaré con dos reyes,  
y responderéis después.

Famoso rey de Navarra,  
cuya invencible corona  
los leones de Castilla  
y lises de Francia adornan;  
gallardo rey de Aragón,  
a quien las cabezas moras  
blancas cruces, rojas barras  
por tantas hazañas bordan:  
conozco el atrevimiento  
de hablaros furiosa y loca,  
que no pudiera tenerle  
menos que estando furiosa.  
Habéis de oírme los dos,  
sin que alguno me interrompa;  
que tiempo al furor le queda  
para que después responda.  
Don Enrique de Navarra,  
que el Conde valiente nombran  
franceses y castellanos  
por sus hazañas heroicas,  
vino, por orden del Rey,  
a decirme que le importa  
que en Aragón me casase:  
oíle una tarde a solas,  
dijo del Rey la embajada,  
y en razones amorosas  
mil pensamientos turbados  
sacó del alma a la boca:  
enojéme desabrida,  
afligíme vergonzosa;  
castigüele con palabras,

mejor fuera con las obras:  
él, corrido de haber sido  
tan atrevido, con honra  
de caballero me dijo  
que su ausencia era forzo-a,  
y llorando tiernamente  
se fué con tales congojas,  
que en mil imaginaciones  
me puso, quedando sola.  
En esta ocasión llegó  
Violante, una dama hermosa  
que sirve el Rey, y me dijo,  
llorando, que al Conde adora;  
sus méritos me encarece,  
y me ruega que interponga  
mis fuerzas a detenerle,  
pues el Rey no se lo estorba:  
póneme en mucho cuidado,  
y comienzo a estar celosa  
antes de tenerle amor,  
y así su amor me provoca  
de uno en otro pensamiento,  
ya celosa, ya envidiosa,  
que no sé si enamorada,  
que el amor más se reporta:  
envió a llamar al Conde,  
el Conde a Navarra torna,  
valiéndose de mentiras,  
de amor disculpa notoria:  
escuché sus pensamientos,  
que nuestras desdichas todas  
nos entran por los oídos  
a conquistar la memoria:  
dile lugar una noche,  
honestamente amorosa,  
a que en un jardín me hablase,  
que fué deste engaño Troya:  
ya digo que el pensamiento  
aun no es justo que se ponga  
en átomos de mi honor,  
que el Sol con ellos es sombra.  
Estando los dos hablando,  
a las voces lastimosas  
de (1) Nuño herido, alterado  
Enrique las armas toma,  
salta una pared poniendo  
los pies en las ramas toscas  
de unas yedras (2), presumiendo  
que es alguna gente ociosa  
que a su criado Ramiro

(1) En la edición, por errata: don.

(2) En la edición piedras.

acuchillaban en tropa,  
y cuando llega halla al Rey,  
que le prende y le aprisiona;  
que está inocente es [sin] duda,  
si bien la culpa no es poca,  
que confieso, aunque mi amor  
hoy por su defensa informa.  
Ya, rey de Aragón, sabéis  
de mi desdicha la historia;  
si así me queréis llevar,  
la partida se disponga,  
que yo, a mi muerte dispuesta  
antes de admitir sus bodas,  
no hay pena que por Enrique  
no tenga por dulce gloria;  
que, viva y muerta, soy suya,  
pues no hay razón que conozca  
ni más de un amor con alma,  
ni más de un dueño con honra.

REY. ¿Tengo yo de responder?

FÉLIX. Eso a mí me toca agora,  
que como traigo el poder,  
soy rey de Aragón, señora,  
y vos, en fin, mi mujer;  
mas, como soy rey fingido,  
así también lo habéis sido,  
y por el mismo poder  
digo que no quiero ser,  
ni seré, vuestro marido.

Antes es bien que publique  
al Rey que os dé en casamiento,  
pues es justo, al conde Enrique,  
porque a tal atrevimiento  
tanta ventura se aplique;  
que es justo que su cordura  
esto quiera y esto mande,  
y es bien que, firme y segura,  
a atrevimiento tan grande  
sucedan tan gran ventura.

REY. Llamadme al Conde; hoy me  
piadoso con tanto amor. {nuestro  
LEONOR. ¿Qué embajador sois tan diestro!  
FÉLIX. Ya no soy embajador,  
que soy abogado vuestro.

{Sale el CONDE ENRIQUE, el CAPITÁN, RAMIRO y DON  
LUIS.}

CAPITÁN. ¿También vos queréis entrar?

RAMIRO. Si es día de jubileo,  
dejad que lo gane a todos.

LUIS. Aquí está el Conde.

ENRIQUE. No pienso  
darte más satisfacción.

REY. Ya estoy, Conde, satisfecho  
de la muerte de don Nuño,  
que es probada, sin saberlo,  
muy a costa de mi honor.  
la coartada (1) del derecho.  
Pero, ya que libre estáis  
desta causa, que deseo  
averiguar, dime, Conde,  
¿quién sospechas que lo ha hecho?  
ENRIQUE. Señor, Ramiro me dijo  
que esta noche en el terrero  
vió a don Luis.

RAMIRO. Así es verdad,  
rebozado y descompuesto;  
y en verle andar tan agudo  
para que me den tormento  
acabé de confirmar  
que a costa de mi pescuezo  
quiere defender su vida.

LUIS. ¡Mientes, infame!

RAMIRO. No miento,  
y tú mientes.

LUIS. ¿Esto sufrés  
que diga un vil escudero?  
¡Pues sufre que yo le mate!

{Saca la daga para él.}

REY. ¡Tente, villano! ¿Qué es esto?  
Muestra la daga.

LUIS. Señor,  
aquí está a servicio vuestro.

REY. ¿Sangre no es ésta que miro?  
¿Cómo estuviste tan ciego,  
que no limpiaste la daga?

LUIS. Porque me ha cegado el cielo.  
Confieso que le maté;  
pero que me dió, confieso,  
ocasión.

REY. ¡No a ser traidor!  
¡Llevadle!

RAMIRO. Denle tormento.  
¡Confiesa, perro!

LUIS. ¿Estas cosas  
permítes?

RAMIRO. ¡Confiesa, perro!  
¿A mí no me perseguías?

Pues agora ¿qué te debo?  
¡Bien lo mereces!

REY. ¡Llevadle!  
Tú, Félix, al rey don Pedro,

(1) En la edición: *quartada*.

tu señor, dirás la historia  
 deste notable suceso,  
 y que no puedo excusar  
 a tan noble caballero  
 como el Conde dar mi hermana.

FÉLIX.

Eso es justo.

ENRIQUE.

Tus pies beso.

REY.

Condestable de Navarra  
 sois desde hoy.

*(Sale VIOLANTE.)*

VIOLANTE.

Ya no me quejo.

porque couozco que es justo  
 dejar por lo más lo menos.

RAMIRO.

¿Y yo no soy nada aquí?

REY.

¿Qué quieres?

RAMIRO.

Dame, te ruego,

un cuarto no más al mes  
 de cada galán mancebo  
 que presumiere de lindo.

ENRIQUE.

Y aquí, senado discreto,  
 acaban del conde Enrique  
*ventura y atrevimiento.*

FIN

COMEDIA FAMOSA  
DE  
VER Y NO CREER  
DE  
LOPE DE VEGA CARPIO

LAS PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA:

CELIA, *dama*.  
FABIO, *Duque*.  
LEONORA, *dama*.  
FELICIANO, *galán*.  
ENRIQUE, *Conde*.  
INFANTA LUCINDA

LAURENCIA, *criada de la*  
INFANTA.  
REY, *padre de* LUCINDA.  
GRANDE PRIMERO.  
GRANDE SEGUNDO.  
Muchos SOLDADOS.

CLASCANO, *lacayo del*  
CONDE ENRIQUE.  
Un PAJE.  
MÚSICOS.  
ORTENCIO y FULGENCIO,  
*criados (1)*

ACTO PRIMERO

\*(Sale CELIA, *dama*.)

Tras el invierno proceloso y frío.  
sale ufana (2) la alegre primavera,  
y al agostado y caluroso estío,  
templado, agradable otoño espera.  
El tiempo lo dispone a su albedrío;  
todo lo muda así la edad ligera;  
y para hacer en mí mayor mudanza,  
ni mengua el mal ni crece mi esperanza.

(Sale el DUQUE FABIO.)

Ni mengua el mal ni crece mi esperanza,  
ni se muda de amor la ardiente llama  
que la gloria, aquel pecho amado, alcanza;  
es fuego del amor que al alma inflama;  
no me mates, cruel desconfianza,  
que al verdadero bien mudanza inflama;  
que si Lucinda es pena a mis enojos,  
fuego mis quejas son, mares mis ojos.

(Sale LEONORA, *dama*.)

Fuego mis quejas son, mares mis ojos,  
y en su golfo, de vientos combatida,  
nave soy que, siguiendo mis antojos,  
por sus ondas celosas voy perdida,  
de la dulce ocasión de mis enojos,  
en cuanto desdichada, aborrecida:  
que, pues a quien me adora así aborrezco,  
del cielo es el castigo que padezco.

(Sale FELICIANO, *galán*.)

Del cielo es el castigo que padezco,  
del infierno la pena que me mata,  
pues, adorando un sol que no merezco,  
sigo, cual tornasol, su luz ingrata,  
y aunque [al] (1) resplandor el alma ofrezco,  
con tal desdén y gloria la maltrata,  
que, muerta por sus rayos y gozosa,  
ciego muere por ver su luz hermosa.

FABIO.

¡Celia hermosa!

FELICIANO.

¡Bellísima Leonora!

No en balde, del jardín las flores bellas  
hurtan varios colores al aurora  
viendo que vos os retratáis en ellas.

(1) En el manuscrito los personajes tienen el siguiente reparto: *Celia, dama, Isabelica.—Duque Fabio, Pérez.—Leonora, dama, Isabel.—Feliciano, Corabaja.—Conde Enrique, Bernarido.—Lucinda, Infanta, Marija.—Laurencia, La señora Catalina.—Rey, Diego.—Clascano, Garobito.—Paje, Primero.* La comedia está dividida en *jornadas*.

(2) *Ms.: sale la ufana.*

LEONORA.

¡Retórico venis!

CELIA.

Quien os adora  
¿podrá, Duque, contaros las querellas  
de un alma triste, amando desdeñada  
y en sus mayores glorias desdichada?

¿Podrán mis ojos tristes, podrá el alma,  
un corazón en lágrimas deshecho,  
el fuego ardiente desta dulce calma  
los hielos encender de vuestro pecho?  
¿Prometeréme yo gloriosa palma  
desta empresa de amor mal satisfecho?  
¿Moverán nos jamás tiernos suspiros? (1)

FABIO.

No sé, divina Celia, qué deciros.

Sabe Dios que me pesa no adoraros,  
y sabe que no puedo yo quereros;  
sé que es divina gloria contemplaros;  
sé también que no puedo mereceros,  
que tienen justa causa de invidiaros  
del cielo los clarísimos luceros;  
pero la voluntad, que Amor reparte...

CELIA.

Tenéis, Fabio, cautiva en otra parte.

¡Ay de quien llega a tanto desengaño!

FELICIANO.

¡Ay de quien llega a tanta desventura!

¿Posible es que los cielos, ¡caso extraño!,  
juntén con tal crueldad tanta hermosura?

LEONORA.

Consolaos, Feliciano, con mi daño,  
que iguales son la vuestra y mi ventura.

FELICIANO.

No son mis males, no, para consuelos,  
¡que es rabia amor si le atormentan celos!

*Aquí se miran los unos a los otros.* (2)

CELIA.

¡Leonora!

FABIO.

¡Feliciano!

FELICIANO.

¡Duque amigo!

LEONORA.

Celia bella, ¿tan triste?

CELIA.

Son desdenes.

FABIO.

¿Sois mi señora vos?

CELIA.

Vos, mi enemigo,  
avaro tesorero de mis bienes.

LEONORA.

En vano yo también el viento sigo.

FELICIANO.

¿Como yo firme estoy en los vaivenes?

FABIO.

Yo adoro un mármol.

FELICIANO.

Yo amo una sirena.

FABIO.

Pues lloremos a cuatro (1) nuestra pena.

*Pónense a hablar a una parte los cuatro, y sale la  
INFANTA LUCINDA y el CONDE ENRIQUE.* (2)

CONDE.

No es querer, sino matar;  
no es matar, sino fingir,  
hacerme desesperar,  
que prometer sin cumplir.  
\*es por rodeo negar.

¿Hasta cuándo, bella Infanta,  
durará desdicha tanta,  
pues, cual Tántalo, me toca,  
sin que me llegue a la boca,  
aquel dulce a la garganta?\*

¿Cuándo mis altos antojos  
gozarán (3) glorias dispuestas  
a dar fin a mis enojos?

INFANTA.

¡Sabe Dios lo que les (4) cuestas

(1) Ms.: a un tiempo.

(1) Así el verso en el Ms., acaso los moraban jamás, etc.

(2) Aquí comienza la comedia en la edición. Salen Celia, Leonora, Fabio y Feliciano, etc.

(2) Ms.: Pónense a hablar en una parte del tablado todos cuatro y por la otra salen el Conde Enrique y Lucinda infanta.

(3) Ed.: hallaron.

(4) Ed.: le



de lágrimas a mis ojos!

No digas, Enrique mío,  
tan notable desvarío,  
si sabes que tuyas son,  
como las del corazón,  
las llaves de mi albedrío.

CONDE. Deja (1) al tiempo aquesta haza-  
gran trazador de ocasiones. [ñá.  
El mismo me desengaña  
que es menos las aflicciones  
mudar, que no una montaña.

Si por el suelo poner  
suele montes y vencer  
la más altiva arrogancia,  
¿qué será de la constancia  
del pecho de una mujer?

¡Temo!

INFANTA. Pensamientos vanos  
no temas su ligereza,  
que si hace los montes llanos,  
son ellos, con mi firmeza,  
inconstantes y livianos.

¡Ay, Enrique! Yo quisiera  
que, como quiero, pudiera (2)  
darte...

CONDE. La ocasión presente,  
que te lo (3) ruega esta fuente  
bulliciosa y placentera.

\*estos mirtos, estas flores,  
destos álamos la sombra,  
que para hurtos de amores  
pinta el sol la verde alfombra  
de cambiantes de colores.

Mira los olmos y yedras,  
que con amorosas medras  
unos con otros se enlazan,  
que aquí, de amores se abrazan  
hasta las heladas piedras.\*

Todo, mi Lucinda, hermosa,  
todo lo rinde Amor, ciego,  
en esta (4) estancia dichosa.  
¡Basta, que ya doy al fuego  
más vueltas que mariposa!

CONDE. Tome (5) ejemplo tu tibieza  
en lo que Naturaleza  
nos enseña.

CELIA. ¿Quién?  
LEONORA. Lucinda.

FELICIANO. Ya nos han visto.

FABIO. ¡Que rinda  
el Conde tanta belleza!

INFANTA. ¡Ay, mi bien! ¿Quién esta aquí?  
CONDE. Sólo son desdichas mías.  
¡En triste punto nací!

INFANTA. Hoy tendrán fin mis porfías.

CONDE. ¿Qué dices?

INFANTA. Digo que sí.

(Aquí los cuatro se acercan a la INFANTA) (1)

CELIA. Con razón brotan las plantas  
flores tan bellas y tantas.

LEONORA. Y de varios ramilletes  
borda la tierra tapetes  
para tus hermosas plantas.

FELICIANO. Y las sonoras (2) aves,  
viendo tu claro arrebol,  
acordando voces suaves,  
reciben al (3) nuevo sol  
con tonos dulces y graves.

FABIO. Si su melodía encanta,  
hermosa y divina Infanta,  
cantando glorias de Amor,  
no falta algún ruiseñor (4)  
que tristes endechas canta.

\*Pero viendo tu belleza  
que da al mundo tanta gloria,  
templa alegre su tristeza,  
que se muda la memoria  
si no la naturaleza.\*

INFANTA. De suerte lo habéis pintado,  
que os prometo me ha pesado  
no causarlo, porque fuera  
ver aquí a la primavera  
mi gusto no imaginado.

Prima del alma, Leonora,  
¿en qué la siesta se pasa?

CELIA. Sólo en servirte, señora.  
FABIO. Un corazón que se abrasa  
¿podrá decir que te adora?

\*Da licencia a mis querellas,  
que con desdén atropellas,  
para decir mis enojos;  
que, si llegan a tus ojos,  
subirán a las estrellas.\*

INFANTA. ¡Basta, Duque!

FABIO. Y basta tanto

(1) Ms.: *dezia*.

(2) Ms.: Este verso, escrito sobre otro ilegible.

(3) Ed.: *y se lo*.

(4) Ms.: *instancia*.

(5) Ed.: *toma*.

(1) Ms.: Falta esta acotación.

(2) Ed.: *cantadoras*.

(3) Ms.: *reciben el*.

(4) Ed.: *rey señor*.

esa razón homicida,  
ese "basta" que me espanto,  
que basta a quitar la vida  
y no a dar fin a mi llanto.

CELIA. ¿Hay más celos?

LEONORA. ¿Hay más pena?

CONDE. Furia y cólera refrena;  
escucha.

LEONORA. ¿No hay qué escuchar! (1)

Mas, pues te vine (2) a rogar,  
mi liviandad me condena;  
bien tu desdén merecí.

CELIA. ¿Quieres pasear la floresta?

INFANTA. No, prima; vamos de aquí,  
que me hallo un poco indispueta  
y corre viento.

CELIA. Es así. (3)

INFANTA. Ven a este mismo jardín  
esta noche, y tendrán fin,  
dulce Enrique (4), tus cuidados.

CONDE. ¿Tormentos bien empleados,  
si es el premio un serafín!

Mas, aunque estoy tan ufano  
con tal bien, tal galardón,  
que lo temo y dudo es llano.

INFANTA. En prueba y confirmacion,  
te quiero dar una mano.  
¡Ay!

(Hace como que cae, y le da la mano.) (5)

LEONORA. ¿Cayó!

CELIA. ¡Jesús!

FABIO. ¿No fuera  
yo quien la mano le diera!

CONDE. De resplandor circuido  
jurara que habia caído  
el mismo Sol de su esfera.

Cayendo, me levantaste.

INFANTA. Mayor fué la dicha mía,  
pues en ocasión te hallaste  
que cuando al (6) suelo venia,  
en palmas me sustentaste.

LEONORA. Celia amiga, mis recelos  
han declarado los cielos.

CELIA. Toma consuelo en mi mal.

LEONORA. Es el mio sin igual;  
que, tras desengaño, es celos (1).

(Vanse todos, sino FABIO y FELICIANO.)

FELICIANO. ¿Qué te parece?

FABIO. Que son

mis desdichas de tal suerte,  
con esta grave aflicción,  
que sólo puede la muerte  
dar vida a mi corazón. (2)

FELICIANO. \*Si al Conde favoreció,  
no es bien que te vuelvas loco.  
¿Qué hizo, en qué te ofendió?

FABIO. Darle la mano, ¿fué poco?

FELICIANO. ¿Fué mucho, si tropezó?

FABIO. Temo, amigo Feliciano,

que para que tome pie  
quiso alargarle la mano  
al fin, que el darsela fué  
para darme a mí de mano.

Teme, en esta triste calma,  
con mil recelos, el alma;  
que, con donaire y aviso,  
con su mano misma quiso  
darle de su amor la palma;

dar fin a sus tristes penas,  
a sus congojas y males,  
del alma vistos apenas,  
cuando glorias celestiales  
le da y rinde a manos llenas.

Esto a darme muerte basta;  
esto mi vida contrasta,  
y ver que, con pecho humano,  
el Conde le da mano  
y a mí que me diga "basta".\*

(Vanse, y salen la INFANTA, y LAURENCIA, criada.)

LAURENCIA. Resuelta estás.

INFANTA. En querer.

LAURENCIA. ¿Y qué pretendes?

INFANTA. Pagar.

LAURENCIA. ¿Con qué?

INFANTA. Con agradecer.

LAURENCIA. ¿A quién?

INFANTA. A quien sabe amar;  
a Enrique, ¿quién (3) ha de ser?

(1) Ed. Que he de escuchar.

(2) Ed. se vino.

(3) Ms. Falta esta redondilla.

(4) Ms. Conde amigo.

(5) Ms. Falta esta acotación.

(6) Ed. el.

(1) Ms.: Faltan esta redondilla y la anterior.

(2) Ms.: Este verso y los dos anteriores:

que en esta grave aflicción  
sólo acabara la muerte  
las penas del corazón.

(3) Ms.: a quien.

\*¡Ay, mi Laurencia querida!  
¡Ay, Laurencia!, estoy perdida  
con tal gusto y gloria tanta,  
que sólo mi ser levanta  
lo que tengo de rendida.\*

Estoy, amiga, muriendo,  
cuando vivo en dulce calma;  
mil tormentos padeciendo  
está entre glorias el alma,  
y estoy tal que no me entiendo (1).

¿No te lo dicen mis ojos?  
Llorando dulces enojos,  
¿quieres que más lo publique?,  
¿no dicen que al Conde Enrique  
el alma rendí en despojos?

\*Pues no son, amiga, engaños.  
Verdades son, ¡ay de mí!,  
que, esta noche, desengaños  
y el premio le prometí  
de esperanzas de tres años.\*

No soy de bronce, Laurencia,  
¿Qué te admiras?

LAURENCIA. Tu prudencia  
hoy, señora, te ha faltado.

INFANTA. Es que el (2) amor me ha sobrado;  
esto se ha de hacer.

LAURENCIA. ¡Paciencia!  
Pero, en (3) fin...

INFANTA. Ya miré el fin.

LAURENCIA. ¿Y es (4) bien?

INFANTA. Que le quiero hablar.

LAURENCIA. ¿Adónde?

INFANTA. Por el jardín.

¿Parécete mal lugar  
el amparo de un jazmín?

LAURENCIA. No te acabo de entender,  
señora.

INFANTA. En vano ha de ser  
ponerme al deseo (5) rienda.

LAURENCIA. Pues ¿qué pretendes?

INFANTA. Que entienda  
que esposa suya he de ser (6).

LAURENCIA. ¡Gallarda resolución!

Pero, en fin, mira tu honor,

que no es razón...

INFANTA. ¿Y es razón  
que entre las manos de Amor  
reviente mi corazón?

LAURENCIA. No es razón, disculpa tiene (1);  
ahora bien, por Dios te ruego  
que no te aflijas, y fía  
de mi lealtad.

INFANTA. ¡Dame luego  
tus brazos, Laurencia mía,  
pues me dan vida y sosiego! (2)

\*El Conde, esta noche obscura,  
clara para mi ventura,  
en el jardín ha de entrar;  
por centinela has de estar  
para que yo esté segura.

Quiero decirle mi mal,  
porque entienda que es mi bien,  
y que Amor me tiene tal,  
que para mí no hay más bien  
como tenerme mortal.

Entre mudas soledades  
quiero decirle verdades,  
porque es la noche la capa  
con que Amor su rostro tapa  
para decir libertades.

Quiero, pues él ha querido\* (3)  
darme el alma, enternecido,  
concedelle (4) el bien que espero;  
y, en fin (5), pues tanto le quiero,  
quiero hacerle mi marido.

¿Quieres más?

LAURENCIA. Ni esto quisiera;  
mas, pues tan determinada,  
señora, estás, bueno fuera  
ir al jardín, que estrellada  
la noche ya nos espera.

INFANTA. Darte quiero el corazón.

LAURENCIA. Con todo, en esta ocasión,  
temo...

INFANTA. ¿Qué puedes temer?

LAURENCIA. Que me tiene de vencer.

(1) Este verso suelto y la quintilla anterior faltan en el Ms.

(2) A continuación, en la Ed., siguen estos tres versos:

LAURENCIA. Pero, en fin ¿qué le dirás  
al Conde?

INFANTA. Si en eso das  
daráme que sospechar

(3) Ed., quiero que pues ha querido

(4) Ed.: concederle.

(5) Ed. y al fin.

(1) Ed.:

[INFANTA.] y estoy...  
LAUR. Tal que no te entiendo.

(2) Ed.: En el.

(3) Ed.: al.

(4) Ed.: Y el.

(5) Ed.: aesecho.

(6) Ed. Enrique que soy mujer.

INFANTA. ¿Quién?

LAURENCIA. Alguna tentación (1).

*Trans. Salen LEONORA y CELIA* (2)

CELIA. \*; Ay, amiga!, cuántos daños causa [en] el mundo el Amor: todo es mal, todo es rigor, mentiras todo y engaños.

Si los que habemos trazado no[s] salen, Leonora, bien, hoy del más fiero desdén las dos habemos triunfado;

que, a quien venturas le niega, trazas el cielo concede,

y el Amor todo lo puede, que es ciego, y las almas ciega;

y estalo tanto la mía, que a lo que ves me arrojé, pues siempre del Amor fué grande amiga la osadía.\*

Por tu consejo escribi al Duque Fabio el papel, y pienso, amiga, con él darte al Conde Enrique a ti;

que si lo llega a saber, por fuerza te ha de adorar.

LEONORA. Basta!, que me quieres dar (3) lo que (4) imposible ha de ser.

\*Y cuando tan venturosa fuera que a Enrique alcanzara, que sólo esto me bastara, Celia, para ser dichosa;

aunque es pensamiento vano pensar tener tanta dicha, ¿puede haber tan gran desdicha como amarme Feliciano?

Mil veces le he despedido y (5) tantas desengañado: ninguna cosa ha bastado; todo, Celia, lo ha sufrido.

¿No sé qué hacer, por mí vidi!, que no hay enfado mayor entre todos los de amor que sin querer ser querida.

CELIA. No haces bien, pues tu beldad da ocasión a su porfía.

LEONORA. Di tu que es desdicha mía

y en él fina necesidad:

que un galán, cuando es discreto, si persevera ofendido,

a unos desdenes rendido y a una crueldad sujeto,

no ha de ser con tal tesón que enfade en vez de obligar, porque entonces no es amar.

¿Pues qué?

CELIA.  
LEONORA.

Tema y sinrazón,

locura, con que mil necios han dado en ser porfiados; de puro cansar, [cansados] (1), y no de oír menosprecios.\*

CELIA. ¿Qué brava estás! Pero escucha:

¿y si Enrique respondiera? (2)

LEONORA. Si yo lo que he dicho fuera, tuviera razón (3) y mucha; pero nunca desengaños me dió sin darme esperanzas.

CELIA. Esas mismas confianzas entretuve algunos años:

\*mas como creció el amor al paso que ellas menguaron, mis tormentos procuraron otro remedio mejor,

y, al fin, amiga, le hallé en tu amparo y discreción.

LEONORA. Con menos lisonjas son tuyas mi amistad y fe.

Mas, dime, ¿cuál estará con la carta de la Infanta el Duque, y en gloria tanta qué de locuras dirá?

¿Goce el bien felices años, pues en tu mano le tienes!

CELIA. ¿Qué he de esperar de los bienes que se fundan en engaños?\*

mas, ¡ay cielos, gran ventura! ¿Cómo?

LEONORA.

CELIA.

LEONORA.

¿Viene Feliciano!

¿Piensas tú que está en mi mano no hacer alguna locura?

Mas vete, que he de vengarme. ¿Con qué?

CELIA.

LEONORA.

CELIA.

Con dalle un buen rato.

Adios.

*Trans. CELIA*

(1) Faltan esta guntilla y la anterior en el Ms

(2) Ms. *Trans. Salen los, Salen Celia y Leonora*

(3) Ms. *Basta, que me quieres dar*

(4) Ed. *lo a*

(5) Ms. *Después de v. tachado: otea*

(1) Ms. *cansar.*

(2) Ms. *Si Henrique caso respondiera*

(3) Ed. *tuviera ventura.*

LEONORA. ¡Que este mentecato  
haya dado en adorarme! (1)

(Sale FELICIANO.)

FELICIANO. Pues que tratáis mis despojos  
con tan injusto rigor (2),  
viene a quejarse mi amor  
a las niñas de esos (3) ojos.

\*Y niñas juzgarlo pueden,  
pues tanta [es] vuestra crueldad,  
que a mi fe y vuestra beldad  
vuestros rigores exceden.\*

LEONORA. Es el amor, Feliciano,  
una inclinación secreta,  
con que el alma está sujeta  
a seguir su gusto vano;  
y como de las estrellas  
depende esta inclinación,  
si yo no os tengo afición,  
quejaos, Feliciano, a ellas. (4)

\*Porque sus influjos fieros  
permiten, por más rigor,  
que agradezca vuestro amor,  
mas no que pueda quererlos;  
pero mi naturaleza  
he de forzar para amaros,  
con que hagáis...

FELICIANO. Para adoraros,  
un altar a esa belleza:  
ya, simulacro tan bello,  
por víctima más querida  
sacrificaré mi vida.

LEONORA. ¡Bien sabéis encarecello!\* (5)

FELICIANO. Haré por vos imposibles  
que espante el imaginillos;  
porque, en fin, por alcanzallos (6)  
mi amor los hará posibles.

\*Haré...

LEONORA. ¡Paso, no hagáis tanto,  
que ya parece que os veo  
prometer, como otro Orfeo,  
bajar al reino del llanto!

¡Quejas son promesas locas!

(1) Falta esta redondilla en el Ms.

(2) Ms.:

*Pues que mis despojos (sic)  
tratáis con tanto rigor*

(3) Ms.: de sus.

(4) Ms.: dellas.

(5) Ms.: encarecello.

(6) Ms.: imaginarlos y alcanzarlos, respectiva-  
mente.

FELICIANO. Si en las que os he de servir  
mi amor habéis de medir,  
paréceme que son pocas.\*

LEONORA. Ahora bien, haced que Fabio  
adore a Celia (1), que es justo:  
decídselo (2) por mi gusto,  
pues sois su amigo, y sois sabio;  
porque os prometo que el día  
que el Duque a Celia querrá,  
en ese mismo tendrá  
dulce fin vuestra (3) porfía.

Y adiós.

FELICIANO. ¿Cómo no me mata,  
pues tan súbito (4) ha venido,  
tanto bien?

LEONORA. El ha bebido  
veneno en taza de plata.

*(Sale LEONORA, y sale el Duque FABIO leyendo un  
papel.) (5)*

FABIO. Papel blanco, ¡cielo mío!,  
pues en ti esas letras bellas  
no son letras, sino estrellas  
que influyen en mi albedrío.

\*Caracteres con que Amor  
hechiza mi voluntad,  
cautivó una libertad  
enterneciendo un rigor.

Ya desdenes no recelo  
con este fuerte conjuro;  
con tal carta de seguro  
y tan favorable cielo,  
victoria, Amor; no temáis:  
embestid, fiel corazón,  
que llevando este guión  
cualquier gloria aseguráis.

¡Mi papel! El alma loca,  
cuando vuelve a contemplaros,  
quisiera, para adoraros,  
cifraros toda en la boca.

Pero, ya que en su despecho  
no lo ha permitido Dios,  
pues sois su epítima vos,  
poneros quiero en el pecho.\*

FELICIANO. ¡Duque amigo!

FABIO. Estoy corrido

(1) Ms.: quiera a Celia pues.

(2) Ms.: decírselo.

(3) Ms.: nuestra.

(4) Ms.: súbito.

(5) Ms.: Al principio del soneto, sale el Duque  
Fabio leyendo un papel. El aludido soneto falta en  
Ms. y en la Ed.

de haberme así (1) descuidado:  
mas no importa.

FELICIANO. ¿Estáis turbado!

FABIO. Vengo un poco divertido.

FELICIANO. ¿Es de amores el papel?

FABIO. Es, amigo, de una fea.

FELICIANO. ¿Ventura!

FABIO. No sé cuál sea.

FELICIANO. Ser discreta y no cruel.  
Pero será de la Infanta,  
pues tanto le celebráis.

FABIO. ¡Basta!, que de mí os burláis:  
no cabe en mi dicha tanta,

que es para mi mármol frío  
con entrañas de diamante.

FELICIANO. Ya no es, Fabio, el ser constante  
amor, sino (2) desvario:

dejadla estar (3), pues desdenes  
da por premio (4) a vuestro amor:  
querer a Celia es mejor,  
y os dará colmados bienes:

Celia es un sol en su cielo (5)  
que, con luz clara y divina,  
a que la adoren inclina  
todos los hombres del suelo (6).

y pésame, ¡vive Dios!,  
que siendo della querido  
y entre tantos escogido,  
seáis el ingrato vos.

FABIO. Yo sé (7), Feliciano, bien  
que es (8) Celia un cielo, es un sol  
que es divino su arrebol,  
y que es un ángel también:

sé que quisiera querella,  
y razón fuera adoralla:  
sé que es posible alcanzalla,  
imposible merecilla (9):

sé en la obligación que quedo  
a su amor sencillo y llano:

sé, en fin, que no está en mi mano  
y que querella (10) no puedo.

La Infanta, amigo, Lucinda (11).

gloria de su padre el cielo,  
cuya hermosura en el suelo  
con los querubines linda (1).

está, pues, para que aplique (2)  
a mis penas dulce fin.

FELICIANO. Al salirse del jardín  
dió la mano al Conde Enrique.

FABIO. No, sino a mí.

FELICIANO. ¿Cómo es eso?

FABIO. Esta noche, ¡oh claro día,  
mira si en tanta alegría  
es razón que pierda el seso!:

mira, amigo, ¿cómo puedo  
querer a Celia jamás?  
En el papel lo verás.

FELICIANO. Muestra, a ver.

FABIO. Léele quedo.

(Lee FELICIANO:)

“Vuestras pasiones públicas siento de suerte  
en secreto que si le guardáis con el recato (3)  
de no hablarme jamás de día, podréis lograr  
las noches por el jardín, en el cual ésta os es-  
pero (4), en confianza de que vuestra nobleza  
no romperá las leyes de mi gusto.—*La In-  
fanta.*”

¡Breve, en suma, y compendioso!

FABIO. Viene en él mi bien ciñado.

FELICIANO. ¡Basta!, que soy desdichado  
el día que vos dichoso:

mi amor (5), amigo, os rogaba  
que a Celia quisiescis bien,  
porque haciéndolo, también  
a mi Leonora alcanzaba:

\*y veo que no es posible,  
porque es segura verdad,  
que forzar la voluntad  
es el mayor imposible.

¡Goza! los dulces despojos  
del Amor, felices años,  
libre de enredos y engaños,  
de locos celos y enojos!\*

Mientras (6) con lágrimas quiero  
a mi Leonora ablandar.

FABIO. No os vais, ¡tened!

FELICIANO. No hay lugar.

(1) Ms., *ans.*

(2) Ms., *y no.*

(3) Ms., *desvalda ya.*

(4) Ms., *Por errata: promiso.*

(5) Ms., *es un cielo.*

(6) Ms., *del cielo.*

(7) Ms., *ya sé.*

(8) Ms., *Falta es.*

(9) Ms., *Falta esta redondilla.*

(10) Ms., *querella.*

(11) Ed. Dice así el verso:

La Infanta *amigo* Lucinda.

(1) Ms. Falta esta redondilla.

(2) Ms., *La Infanta para que aplique.*

(3) Ms., *la cantela.*

(4) Ed., *espera.*

(5) Ed., *honor.*

(6) Ed., *mas ya.*

FABIO. ¿Sois mi amigo?  
 FELICIANO. Y verdadero.  
 FABIO. Pues no haya (1) más, por agora,  
 porque os juro, en gloria tanta,  
 que en siendo mía la Infanta,  
 ha de ser vuestra Leonora (2).  
 Que le diremos (3) conviene  
 por el secreto.

FELICIANO. Tus pies,  
 por tan precioso interés,  
 me has de dar.  
 FABIO. Quedo. El Rey viene.

(Sale el REY, padre de LUCINDA, y LUCINDA el  
 CONDE ENRIQUE y dos GRANDES.) (4)

GRANDE 1.º

Puesto que aborrecido y desdenado  
 de mi señora Infanta, Felisardo,  
 con todos los bohemios de su reino,  
 marchando al (5) tardo son de roncás cajas,  
 pisa ya victorioso nuestras tierras,  
 y que es casi imposible resistirle (6),  
 digo, excelso señor, que fuera justo  
 que la mano le diese y la palabra,  
 la Infanta serenísima, de esposa.

GRANDE 2.º

Dice el Duque muy bien.

REY.

No me parece  
 que esté puesto en razón darle de miedo  
 lo que cuando rogado (7) negar quise,  
 pues con facilidad puede juntarse  
 un numeroso ejército valiente  
 que contraste sus fuerzas y arrogancia.

INFANTA.

Si a los hombres les falta esfuerzo y ánimo  
 por defender su Rey, por defenderme.

en lanza trocaré la breve aguja (1)  
 y, cual (2) otra Semiramis famosa (3),  
 haré que de temor sus tafetanes  
 tremolen, no del viento a quien azoten (4)  
 y haré...

CONDE.

Que afeitado me avergüence,  
 que nos corramos todos; si la sangre  
 en la vejez helada no da esfuerzo  
 al noble (5) corazón, si quita el brío,  
 disminuye las fuerzas y da entrada  
 al pálido temor, ¿de qué me espanto  
 del Marqués, ni del Duque, en lo que dicen,  
 pues, siendo viejos, es razón que teman?  
 ¿Qué famoso (6) Anibal, qué gran Pompeyo (7),  
 qué Scipión (8), qué César, qué Alejandro,  
 para que se le dé de puro miedo  
 la más hermosa prenda que han criado  
 para su honor los soberanos cielos?  
 Caudillos tienes tú, señor invicto,  
 que oscurezcan los Césares romanos  
 y humillen su arrogancia.

REY.

El uno dellos  
 sois vos, famoso Conde, en cuyos hombros  
 quiero cargar el peso de esta empresa;  
 salid y acaudillad mi gente toda,  
 que el peligro consiste en la tardanza.

CONDE.

Dame a besar tus pies, por merced tanta.

REY.

Tomad mis brazos.

CONDE.

Porque dellos pueda  
 tomar valor heroico y dicha grande.

\*FABIO.

Cuando faltara Enrique, en quien se emplea  
 este cargo, también hay otros nobles  
 que pudieran salir para castigo

(1) Ms.: Enmendado, con tinta diferente, ago, sobre aiga.

(2) Ed.:

que he de dexar a la Infanta  
 porque gozéis a Leonora.

(3) Ed.: que le dire nos.

(4) Ms.: Sale el Rey, Henrique, Infanta y dos grandes.

(5) Ed.: manchando el.

(6) Ms.: resistirle.

(7) Ed.: rogando.

(1) Ms.: abuja.

(2) Ms.: a qual.

(3) Ed. muy famosa.

(4) Ms. azotan

(5) Ms. noble, de letra y tinta distintas sobre Conde, tachado

(6) Ms.: famoso, escrito sobre magno

(7) Ms. Pompeyo.

(8) Ed. Cipion

de Felisardo, loco y arrogante.  
 Tu Majestad perdone, que la sangre  
 que [en] mi pecho se esconde, tan honrada  
 de aquellos que la suya derramaron,  
 con (1) tan justa razón en tu servicio,  
 revienta por salir a la venganza.

CONDE.

La espada es en la guerra la que mata.

FABIO.

¡Yo sé decir y hacer!

KEY.

Aquesto baste.

Luego os podéis partir.

CONDE.

En este punto

voy a servirte.

FABIO.

Rabio de coraje,  
 Feliciano, y de celos, que la Infanta (2)  
 jamás aparta aquellos dulces (3) ojos  
 del Conde.

FELICIANO.

¡Vive Dios, que no lo (4) entiendo!

FABIO.

De que tenga este cargo estoy corrido,  
 estoy rabiando y (5) pierdo la paciencia.

FELICIANO.

Nada te está tan bien como su ausencia.

*Vanse todos, sino el CONDE y la INFANTA (6)*

INFANTA. Mal que das bien en presencia,  
 bien que mil males ofreces,  
 ¡oh hermoso que amaneces  
 al ocaso de tu ausencia;  
 \*gloria apenas alcanzada  
 perdida, por ganar penas.

(1) Ms. son.

(2) Ed.

*Yo rabio de coraje, Feliciano  
 y de celos, por ver como la Infanta*

(3) Ms.: bellos.

(4) Ed.: lo.

(5) Ed.: Falta y.

(6) Ms.: Vanse todos y queda la Infanta y el Conde.

que las glorias goza apenas  
 un alma tan desdichada. [yera

¡Ay, mi Enrique! ¿Quién cre-  
 que así la Fortuna [avara] (1)  
 de tus brazos me pasara  
 a los de la Muerte fiera?

¿Quién creyera que fingías  
 cuando tierno me adorabas?

¡El bien que solicitabas,  
 para dejarle querías!\*

Por seguir, mi vida, a Marte (2),  
 me dejas sin ella a mí;

¿adónde vas? Vuelve en ti.

¡A perderte por ganarte!

No muevas, mi bien, el labio  
 en ofensa de mi honor,

que por ti me manda Amor  
 salga a vengar un agravio;

pues desde que de esos (3) cielos  
 tengo dulce posesión,

furias en el alma son  
 de Felisardo los celos;

\*y pues con el pensamiento  
 puedo gozarte o quererte,

he de vengar en su muerte  
 mi agravio y su atrevimiento!\*

vuelve tus ojos serenos,  
 que su muerte y mi ventura

nacieron de su (4) hermosura.  
 De mí desdicha, a lo menos,

pues me apartan de tus bra-  
 zoviendo mis ojos rios. [zos (5).

Sirvan de darte los mios,  
 dulce bien, tiernos abrazos;

y pues es trance forzoso,  
 ten paciencia.

¡Triste suerte!

Pero pasaré (6) la muerte  
 por no tenerte celoso.

Vete, pues.

¡Divinos ojos!,  
 serenad, que no es razón

que me cubra el corazón  
 ese mublado de enojos.

¡Ah, mi gloria!

INFANTA.

¡Amarga calma!

(1) Ms. *audara*

(2) Ed. *por seguir mi vida a amarte.*

(3) Ms. *dende que dessos.*

(4) Ms. *su, sobre una, tachado.*

(5) Ms.: *pues te apartan de mis brazos.*

(6) Ms. *pero trancar.*



En fin, ¿te vas? (1)  
 CONDE. Si, mi bien:  
 si puede partirse quien  
 deja en tus manos el alma.  
 INFANTA. ¿Tú lloras?  
 CONDE. Si, y (2) no me impidas  
 que forme de llanto un mar,  
 que harto (3) tengo que llorar  
 si pierdo en una dos vidas,  
 si pierdo el cielo y la gloria  
 de tu divina hermosura.  
 INFANTA. El te conceda ventura,  
 y Marte fiero vitoria (4)  
 CONDE. Pues tanto en todo lo imitas,  
 tus brazos pudieran (5) más.  
*(Aquí se abrazan. (6))*

INFANTA. Estos bienes que me das  
 son los mismos que me quitas.  
 \*¿Quién sino la ausencia fiera  
 romper pudiera estos lazos?  
 CONDE. ¿Y quién tan dulces abrazos,  
 mi Lucinda, mereciera?  
 Pero el Rey, señora mía,  
 me aguarda.  
 INFANTA. ¿Triste de mí!  
 ¿Adiós, vida que perdí!  
 CONDE. ¿Adiós, bien del alma mía!  
*(Vanse todos. Sale el Duque Fabio, de noche. (7))*

FABIO. Noche lóbrega y obscura,  
 el alma en verte se alegra,  
 pues entre tu sombra negra  
 verá al sol de su hermosura.  
 Mis suspiros se hacen salva,  
 y te ruega mi deseo  
 que encubra (8) tu manto feo  
 la luz hermosa del alba;  
 porque, en pago, el alma mía  
 hará que su hermoso sol  
 te preste el claro arrebol,  
 dando invidia al mismo día.\*

(1) Ms.: Falta ¡ah mi gloria!; dice sólo: amar-  
 calma, al fin te bas.  
 (2) Ms.: Falta y.  
 (3) Ed.: que bien.  
 (4) Ms.: vitoria.  
 (5) Ed.: pudieron.  
 (6) Ms.: abraçanse.  
 (7) Ed.: Vase y sale el Duque Fabio sólo, en  
 manto de ir de noche. El Ms. indica como personaje  
 duque; la Ed., Fabio.  
 (8) Ms.: encumbra.

Las doce creo que han dado,  
 y no hay nadie (1) en el balcón;  
 ¡qué bien vela el corazón,  
 si le entretiene un cuidado!  
 Reconocer quiero el puesto,  
 por ver si nadie (1) querrá  
 turbar la gloria que está  
 a darme el cielo dispuesto.

*(Vase. Sale CELIA a un balcon.)*

CELIA. \*Con enredo tan extraño  
 gozo, guardando mi honor,  
 fingidas glorias de amor,  
 que son las tuyas engaño.\*  
 En la Infanta transformada,  
 tengo al Duque de engañar,  
 que mal se puede mudar  
 un alma determinada,  
 pues cuando quién (2) soy supie-  
 en obligación me queda. [ra,

*(Sale otra vez el Duque Fabio.)*

FABIO. No hay cosa que impedir pueda  
 mis glorias, ¡oh, noche fiera,  
 para mí la más hermosa  
 que han bordado las estrellas!  
 CELIA. Pasos siento.  
 FABIO. ¡Oh, luces bellas,  
 nortes de un alma dichosa!  
 ¿Cómo amanecéis (3) tan tarde?  
 CELIA. ¿Sí es Fabio?  
 FABIO. ¿Sí es mi lucero  
 la que siento? Llegar quiero,  
 que no hay amante cobarde.  
 ¡Ce! (4)  
 CELIA. ¿Quién es?  
 FABIO. ¡Mi suerte alabo!  
 CELIA. ¿Sois el Duque?  
 FABIO. Soy, señora,  
 un alma que vive agora:  
 el Duque soy, vuestro esclavo.  
 ¿Sois la Infanta?

CELIA. Si, mi bien.  
 FABIO. ¿Quién tan grande le alcanzó?  
 Y pues que no me mató,  
 es bien sobre todo bien.  
 \*Así como sois vos bella  
 sobre toda la belleza.

(1) Ms.: nadie.  
 (2) Ms.: Falta quien...  
 (3) Ms.: como amante.  
 (4) Ms.: Falta ce.

*Nale el CONDE ENRIQUE*

CONDE. Será mi naturaleza  
o fuerza de alguna estrella.\*  
Apenas me he despedido  
de los que me acompañaban  
y mis glorias limitaban.  
cuando a mi centro he venido.  
\*Pretendo a la Infanta hablar,  
que si ayer la noche oscura  
favoreció mi ventura.  
me dará agora lugar.\*

Mas ¿quién está en el balcón.  
¿Quién habla a Lucinda? ¿Que-  
este tormento de celos [los (1).  
faltaba a (2) mi corazón!  
¿Hay sospecha más liviana?

De mí mismo estoy corrido:  
¿tal bajeza he presumido  
de una diosa soberana! (3)

Mas quiero acercarme un poco.

CELIA. Si os adoro, ¿en qué dudáis?

FABIO. Esas glorias que me dais  
me vuelven, señora, loco.

CONDE. ¿Qué glorias? ¿Mal haya,  
tanta oscuridad! [amén (4).

FABIO. No os creó.

pues negáis a mi deseo,  
mis ojos, tan dulce bien;  
y sin feliz (5) posesión.

¿quién puede tener contento?

CONDE. ¿Qué me aprietas, pensamiento:  
qué me dices, corazón?

FABIO. ¡Ay, Lucinda!

CONDE. ¿Cómo es eso?

¿No dijo Lucinda? ¿Cielos,  
agora si que de celos  
rabia el alma! ¿Pierdo el seso!

¿Estoy dormido, o despierto,  
o sueña mi fantasía?

CELIA. Como no me habléis de día,  
seré vuestra.

CONDE. ¿Yo soy muerto!

\*¡Ah, falsa!

FABIO. ¿Quién gloria tanta

pudo jamás alcanzar,  
ni quien la pudiera dar,  
sino vos, divina Infanta?

Guardaré las condiciones  
que manda vuestro papel.  
¿El sello echaste con él  
a sus infames traiciones.\*  
¿Cuya sois?

Del Duque Fabio.

¿Y de Enrique?

Celos necios.

¿De su boca estos desprecios,  
y que no vengue mi agravio!

\*Pues ¿en qué reparo muera?  
¿No lo he visto con mis ojos?  
¿Verdad es, no son antojos,  
y ojalá aquesto fuera!\*

Este sí esperaré (1) de vos.  
Y de mi funesto fin.

Pues entrad en el jardín.

¿Matarele, vive Dios! (2)

*(Lase el Duque FABIO, y el CONDE quiere darle  
con la daga y quédase suspenso.) (3)*

\*¡Amargo desengaño,  
con antojos de celos vi mi da-  
[ño!\*(4)

Loco estoy, ¡viven los cielos!,  
que lo vi y (5) estoy dudando  
si es verdad; pero ¿en qué dudo,  
si no es el día tan claro?

¡Ah, falsa Lucinda bella,  
dueño fementido, ingrato!  
¿Aquestas son tus firmezas,

y son éstos los regalos  
que al partirme me dijiste,

bañada en amargo llanto?  
\*¿Pero quién creyera, ¡cielos!,  
de mi Lucinda este trato?

¿Lucinda, cielo, Lucinda!,  
vuestro virginal retrato,  
aquella rara hermosura,  
aquel divino milagro,  
ésia, pues, amarga suerte,  
por vuestra ofensa [y] mi agravio,

(1) Ms.:

*Siento hablar y en el balcón  
de que me habla Lucinda cielos (sic)*

(2) Ms.: Falta a.

(3) Ms.: Falta esta redondilla

(4) Ed.: amor

(5) Ms.: y si feliz

(1) Ed.: espero.

(2) Ms.: ¡Perdido soy, vive Dios!

(3) Ms.: Va a darle al que se entra y queda solo.

(4) Ed.:

*Mas reportarme es mejor  
pues que ya he visto mi daño*

(5) Ms.: y lo.

¿a otros brazos concede  
lo que los míos gozaron?  
¡Venganza, cielos piadosos!  
Mas ya veo que enlutados  
miráis la triste tragedia  
de mi muerte y fin amargo.  
¡Ay, Lucinda! Si esto han hecho  
tus pensamientos livianos  
en media noche de ausencia,  
¿qué hicieras en muchos años?  
¡Amargo desengaño,  
con antojos de celos vi mi daño!\*  
¡Yo otra noche tan dichoso,  
y ésta tan desventurado,  
muero en ésta; en la pasada  
gocé tus divinos brazos! (1)  
\*¡Plega a Dios, yedra lasciva,  
pues te abrazas con otro árbol,  
que te ma[r]chite su sombra,  
que a los dos divida el rayo  
de celos, aunque me quemo,  
de tu crueldad justo pago;  
pues ya tus brazos en mi  
cuerdas son, que me han atado  
al potro de mi tormento,  
a cuyo son, loco, canto,  
verdades de mis desdichas,  
mentiras de tus engaños,  
tu mudanza, mi firmeza,  
mi lealtad, tu pecho falso,  
mi sencillez, tus embustes,  
tu condición y mi hado!\*  
¡Plega (2) a Dios, ingrata bella,  
que al salir el Sol dorado  
descubra ese Marte hermoso  
entre tus lascivos brazos!  
¡Hállete tu padre en ellos,  
y, todo junto, el palacio  
os mire como metidos  
dentro en la red de Vulcano. (3)  
¡Plega (4) a Dios...! Pero ¿qué  
Ruego al cielo soberano [digo?  
que, mientras gustes, le goces  
sin temores ni cuidados.  
\*Nadie os revele el secreto  
si lo es él comunicado,  
y, si es posible, no os vea[n]  
ni los hombres ni los astros;

la obscura noche os encubra,  
mientras voy, aunque agraviado,  
mi Lucinda, ¡a defenderte  
o a morir desesperado!\*

¡Amargo desengaño;  
con antojos de celos vi mi daño!

ACTO SEGUNDO

(Sale la INFANTA LUCINDA.) (1)

INFANTA.

Culpando la inclemencia  
de los cielos airados y mi suerte  
en esta larga ausencia,  
por remedio quisiera el de la muerte;  
que, ausente de mi cielo,  
no pide el alma triste otro consuelo.

\*Dulces bienes perdidos  
causan amargos y presentes males,  
dan muerte a los sentidos  
de la ausencia las penas inmortales,  
que de pasadas glorias  
son verdugos del alma las memorias.\*

¡Ay, Conde, dueño mío,  
luz del alma, que ya en tinieblas llora,  
cárcel de mi albedrío,  
que no puede tenerle (2) quien te adora!  
¿cuándo otra vez mis brazos  
gozarán tus dulcísimos abrazos?

\*¿Cuándo podré, dichosa,  
escuchar de tu boca los favores,  
y en el jardín, gozosa,  
dar invidia a las fuentes y a las flores  
que en esta ausencia riego  
con lágrimas del alma que son fuego?\*

(Sale el DUQUE FABIO.) (3)

FABIO.

Dichosa suerte mía,  
benigno cielo, próspera fortuna,  
venturosa porfía  
con que subí a los cuernos (4) de la Luna:  
en tan felice (5) extremo,

(1) Este verso y los tres anteriores no están en el Ms.

(2) Ed.: *plegue*.

(3) Ms.: *dentro de una red de Vulcano*.

(4) Ed.: *plegue*.

(1) Ms.: *Salte la INFANTA con una banda azul*.

(2) Ms.: *Falta tenerle*.

(3) Ms.: *Salte el DUQUE FABIO, también con banda azul*.

(4) Ms.: *a la esfera*.

(5) Ms.: *en tan infeliz*.

bienes no envidio ni desdicha temo. (1)

¡Ay, mi Lucinda bella,  
hermoso y cierto norte de mis ojos:  
piadosa a mi querella.  
te goza el alma, que te di en despojos.  
Mira si glorias medra,  
pues eras de su tronco dulce yedra (2);

\*Mas ¿no es Lucinda hermosa  
la que miro? Dichoso yo mil veces,  
¡oh, suerte venturosa!,  
que tanta junta gloria al alma ofreces.  
Que en ver tu hermoso cielo  
todo es luz, todo bien, todo consuelo.

¡Ah, quién osara hablarla!  
Pero ¿quién no osará obedecerla?  
Que aunque puede adorarla,  
no puede ni podrá el alma ofenderla,  
porque su vida propia,  
asi como del Sol natural copia,\*  
mándame injustamente  
que no la hable de día; mas ¿qué espero  
si la ocasión presente  
me ofrece su copete? Llegar quiero.

INFANTA.

¿Quién está (3) aquí?

FABIO.

Señora,  
quien humilde os respeta y os adora.

Temeroso me atrevo,  
cobarde aspiro a tan heroica empresa;  
que sólo el paso muevo  
a lo que me concede esa belleza;  
y fuera caso injusto  
las leyes exceder (4) de vuestro gusto.

Y aunque mi gloria mengua  
lo que mandáis con áspera sentencia,  
pondré un freno a la (5) lengua,  
para que muda esté en vuestra presencia,  
porque sólo pretendo...

INFANTA.

Sabed, Fabio, de mí, que no os entiendo.

FABIO.

A vos si el alma mía  
os entiende (6), y en fe desto os prometo

que cese mi porfía  
en hablarlos. (1)

INFANTA.

Haréis como discreto.

FABIO.

Si yo lo hubiera sido,  
antes, señora, hubiera (2) obedecido.

INFANTA.

Cuerdo se desengaña.

FABIO.

Loco me aventuré. ¿Qué necio he sido!  
¡Oh, cuánto el gusto engaña  
a la razón!

INFANTA.

Habrás arrepentido  
de sus locos (3) antojos.

FABIO.

¡Ay, mi Lucinda!

INFANTA.

¡Ay, Conde de mis ojos!

(Sale el REY y los dos GRANDES.)

GRANDE I.º

No puede tardar mucho.

REY.

Hija querida.

INFANTA.

Padre y señor.

REY.

Hoy entra victorioso (4)  
el Conde Enrique.

INFANTA.

Estoy agradecida  
a su heroico valor.

FABIO.

Y yo, envidioso. (5)

(1) Ms.: no invidio glorias, ni desdichas temo.

(2) Ms.: Faltó esta sextilla.

(3) Ms.: ¿Quién habla.

(4) Ed.: conceder.

(5) Ms.: en la.

(6) Ed.: ya os entiendo.

(1) Ed.: en amaros.

(2) Ed.: lo hubiera.

(3) Ms.: vanos.

(4) Ed.: victorioso.

(5) Ms.: invidioso.

GRANDE 1.º

Ha sido grande hazaña.

GRANDE 2.º

Esclarecida.

FABIO.

Su nombre con el tuyo hizo famoso;  
que a la (1) inmortalidad, señor, te llama  
en el sagrado templo de la Fama.

GRANDE 2.º

Las cajas he sentido.

REY.

Aquí aguardamos.

INFANTA.

¡Alma dichosa, templa la alegría! (2)

GRANDE 1.º

Es ley tu gusto, y ésa obedecemos. (3)

INFANTA.

No celebro la gloria deste día  
como merece si no hago extremos.

FABIO.

Dichoso yo, dichosa el alma mía (4),  
pues el contento de Lucinda hermosa  
es estar libre para ser mi esposa.

*(Sale con un alarde de soldados, y, tras ellos,  
CLASCANO, y el CONDE ENRIQUE, con bastón de  
general.)* (5)

CONDE.

Dame, excelso señor, tu invicta mano. (6)

REY.

Alzad, famoso capitán valiente,  
en la guerra marcial Héctor troyano,  
así como en la paz Catón prudente.  
Africano Cipión, César romano,  
alzad.

CONDE.

Este lugar es más decente  
a mi humildad.

REY.

Amigo, alzádel del suelo.

CONDE.

Súbesme (1) a la grandeza de tu cielo.

Vuestra Alteza ¡ah, cruel! este servicio  
con aceptalle (2), ensalce y engrandezca.

INFANTA.

Vuestro valor en él ha dado indicio  
de que no hay galardón que no merezca,  
y así, el premiaros (3) tomo por oficio.

CONDE.

Temo que mi humildad se desvanezca.  
¡La banda azul, cual la de Fabio! ¡Cielos,  
que siempre llegue a ver rabiosos celos!

REY.

\*La batalla contad.

CONDE.

Fué de esta suerte,  
(¡la de mi corazón mejor pudiera!):  
Formando un escuadrón vistoso y fuerte,  
en campo raso, junto una ribera,  
do[n]de [guijas] (4) de plata perlas vierte  
del claro arroyo el agua placentera,  
al enemigo hallé, donde aguardaba  
la batalla, que Febo dilataba.

Mandé poner en orden a mi gente;  
formóse en cuadro el escuadrón famoso  
que miraba al contrario frente a frente,  
con ánimo invencible y valeroso;  
pero apenas por el balcón de Oriente  
sacó su roja frente el Sol hermoso,  
para ver dende allí nuestra porfía,  
cuando le hizo temblar la artillería.

Revueltos los ejércitos feroces,  
no sé, excelso señor, cómo contarte  
las infinitas muertes, [tan] (5) atroces  
que enternecieran al sangriento Marte.  
Aquí crece el temor, allí las voces,  
y tanto de una como de otra parte  
con el furor crecieron las heridas,

(1) Ed.: que la.

(2) Ms.: el alegría.

(3) Ms.: Tu gusto es ley, y aqueza obedecemos.

(4) Ms.: Falta: dichoso yo.

(5) Ms.: Sale el CONDE ENRIQUE con bastón de general, y CLASCANO, soldado, y un alarde de soldados.

(6) Ms.: Dame, invicto señor, tu invicta mano.

(1) Ed.: Súbeme.

(2) Ms.: aceptarle.

(3) Ms., por errata: premiediaros.

(4) Ms.: gijas, enmendado sobre jigas.

(5) Ms.: como.

naciendo muertes y muriendo vidas.

En esto, en un melado que dejaba  
en la veloz carrera atrás al viento,  
y por boca y narices arrojaba,  
en vez de blanca espuma, humor sangriento  
con que el hermoso pecho matizaba,  
vuelto en cólera ciega su contento,  
a mis ojos se ofrece Felisardo,  
rey poderoso y capitán gallardo;

blandiendo viene la sangrienta espada  
con pecho airado y mano vengativa;  
era un bosque de plumas la celada,  
entre las cuales, por empresa altiva,  
la pena de Trión lleva pintada,  
subiendo la gran rueda monte arriba,  
con un rótulo de oro que decía:  
"Con mi pena se aumenta mi porfía."

Colérico, impaciente y arrogante,  
a cuantos topa priva de la vida,  
sin que el acero fuerte, malla o ante  
a su espada resistan homicida.  
Quise oponerme a su furor delante,  
pero los suyos, con infame huida,  
la esperanza fraudaron de mi gloria,  
rindiéndonos del todo la vitoria.

Con esto y otras dos que ellos perdieron,  
les echamos de toda Hungría (1);  
catorce mil britanos (2) perecieron;  
hicimosle dejar la artillería;  
banderas veinte y seis, que noblecieron  
los despojos que, humilde, el alma mía  
viene a postrarlos (3) a esos pies reales:  
dones a tal grandeza desiguales.\*

REY.

El premio justo a tal valor prometo (4).  
Id, Conde, a descansar, que después quiero  
despacio hablaros.

INFANTA.

Corazón inquieto,  
encubre la alegría (5).

FABIO.

Mi lucero,  
celos me da tu luz.

(1) Ms. Así este verso.

(2) Ms. britanos escrito primero Uritanos y enmendado una B sobre la V.

(3) Ms. Por errata: prostrarlos.

(4) Ed. Mucho antes me he holgado a fe os pro-

meto

(5) Ms. en alegría.

CONDE.

Estoy sujeto  
a tu gusto.

REY.

Sois noble (1) caballero;  
pues que defender supo mi corona,  
he de premiar con ella su persona.

(Vanse todos, sino CLASCANO y el CONDE.)

CLASCANO. Si de quien soy satisfecho,  
y a mi humor (2) aficionado,  
me hiciste por mi provecho  
de un maltrapillo soldado  
secretario de tu pecho,  
no me encubras la ocasión,  
si no es la antigua pasión,  
de tus celosos enojos,  
del capote de tus ojos  
y pena del corazón.  
¿Tan triste estás?

CONDE. ¡Ay de mí!

CLASCANO. ¿Qué tienes, señor?

CONDE. No sé.

CLASCANO. ¿Qué viste?

CONDE. Mi muerte vi.

CLASCANO. Ningún cuidado te dé,  
pues sabes que la venci;  
que en la batalla pasada  
la dejó tan afrentada  
mi brazo fuerte y feroz,  
que trocar quiso su (3) hoz  
por (4) los filos desta espada.

CONDE. ¡Banda azul el Duque Fabio!  
¡Banda azul la Infanta! ¡Cielos!  
Pasóse el mal de que rabio  
del purgatorio de celos  
al infierno del agravio.

\*O nunca a la guerra fuera,  
o ya que fui no volviera,  
o ya que volví cegara  
por no ver mi afrenta clara,  
del alma guerra más fiera.

O nunca de aquellos ojos,  
lunas en hacer mudanzas,  
gozara bellos despojos,  
o nunca del ciego engaño,  
para el alma dulce daño,

(1) Ed. sois grande.

(2) Ed. amor.

(3) Ed. la.

(4) Ms. con.

me sacara la razón,  
pues menores penas son  
que sufrir un desengaño.\*

Desengañado y corrido  
estoy. ¿Qué tengo de hacer,  
que pierde el alma el sentido? (1)

CLASCANO. No hay cosa como beber  
un vaso de agua de olvido,  
o de Tesalia (2) procura  
las verbas, y los (3) conjura  
para que sanes mejor.

CONDE. Es enfermedad amor  
que con yerbas no se cura,  
y con agravios y celos  
es peste del corazón.

CLASCANO. Quizá (4), señor, tus recelos  
son no más que tu opinión.

CONDE. ¡Oh, qué graciosos consuelos!  
Si lo vi, si lo miré,  
si agora claro se ve  
en sus bandas y colores,  
¿serán necios mis temores,  
o será firme su fe?

\*¿No lo tengo de creer,  
si lo vi con estos ojos?

CLASCANO. Si, mas suele acontecer  
que con celosos antojos  
ven lo que no puede ser.  
Mira...

CONDE. De haberlo mirado,  
amigo, nació (5) mi mal,  
nació el serlo desdichado  
este tormento inmortal  
y este celoso cuidado;

nació en mi pecho una furia  
de los celos y la injuria,  
hija cruel que atormenta  
el alma con esta afrenta  
que más su lealtad (6) injuria.

CLASCANO. Que estás sin juicio, de amor,  
me parece.

CONDE. ¿Hay más dolor?  
¡Vete, que viene la Infanta!\* (7)

Mas ¿qué haré en desdicha tanta?  
CLASCANO. Callar y fingir, señor.

(Vase. Sale la INFANTA, y LAURENCIA, criada.) (1)

INFANTA. Ten cuidado y ten prudencia,  
y avisa si alguno viene.

LAURENCIA. ¿Cuándo en servirte no tiene  
siempre cuidado Laurencia? (2)

INFANTA. Si la ingrata y desdenosa  
Dafne, a tu dichosa frente,  
para tenerme celosa,  
una corona excelente  
teje de su rama hermosa (3),  
yo, que amante Clie soy  
y en tal ocasión estoy  
que puedo verte y gozarte (4),  
¿qué corona podré darte  
si mis brazos no te doy?

Libertador de mi vida  
para cautivar me el alma,  
vencedor de una vencida  
que toda su gloria y palma  
consiste en estar rendida... (5)  
Pero ¿qué es esto? ¿Tú estás  
triste, mi bien? Mas ¿querrás  
darme aquesta pena fiera  
porque de gozo no muera  
con los bienes que me das?

¡Ea! Cesen embarazos.

CONDE. (Ap.) ¡Que esto se pueda fingir!

INFANTA. Darte quiero mil abrazos;  
que es muerte fiera el vivir  
si me privas de tus brazos (6).

CONDE. ¡Ay, celos!

INFANTA. ¿De qué suspiras?

A darme la muerte aspiras  
por mil modos diferentes;  
que estos suspiros ardientes

y así Clascano concluyo.

CLASCANO. Que con el clavo de Fabio  
sacó de su pecho el tuyo  
que en esto el clavo al amor  
se parece.

CONDE. Ay mas rigor  
causa que viene la Infanta.

(1) Ms.: Vase Clascano y sale la Infanta y Laurencia y quedase Laurencia.

(2) Así esta redondilla, intercalada entre las décimas. En el Ms. los dos primeros versos los dice el Conde; los dos últimos faltan.

(3) Ed.: que teje su rama hermosa.

(4) Ms.: alabarte.

(5) Ms.: Faltan este verso y los cuatro anteriores.

(6) Ms.: Faltan este verso y los cuatro anteriores.

Esto a Lucinda atribuyo  
en descuento de mi agravio

(1) Ms.: que pierdo el alma y sentido.

(2) Ed.: Tezabia.

(3) Ed.: y la.

(4) Ed.: guiso.

(5) Ms.: amigo nació claro mi mal.

(6) Ms.: lealtad.

(7) A continuación de o será firme su fe, hay en la Ed. los siguientes versos:

balas son que al alma tiras;  
y en (1) el mar de mi cuidado  
donde navega mi amor,  
vientos son que han levantado  
la borrasca de un temor  
que aun me (2) ahoga imaginado:  
terno ¡ay, triste! que me dejas.  
CONDE. ¿Es posible que estas quejas  
salgan de un pecho fingido?  
Mas si lo he visto y oído,  
¿para qué, Amor, me aconsejas?  
INFANTA. ¿Qué te suspende, qué dices?  
Verdad mis sospechas son,  
y mis dichas, infelices.  
CONDE. ¡Cómo encubre su traición,  
con qué (3) dorados matices!  
Yo, señora, estoy de suerte  
que el bien de gozarte y verte  
esa divina belleza  
aumentan más mi tristeza  
con el miedo de perderte;  
que como ya el alma alcanza  
la mayor gloria del suelo  
y no hay segura privanza...  
INFANTA. Por esa razón recelo,  
Enrique, alguna mudanza,  
pues ninguna (4) como yo  
tan altas glorias gozó (5);  
y aunque es segura verdad,  
mudarse (6) tu lealtad,  
pero mi firmeza no.  
El alma pierdo y sentido  
si esta razón considero.  
CONDE. Su llanto me ha enternecido.  
¿Qué pudiera verdadero,  
si me (7) enloquece fingido?  
INFANTA. Tú, Enrique, tú te (8) mudaste;  
ingrato, tú me olvidaste.  
¿Qué dulces lotos (9) comiste?  
¿Qué encantamientos oíste?  
¿Por qué sirenas (10) pasaste?  
¿Estas las lágrimas son  
que al partirte derramabas,  
falso y fingido Sinón?

¡Para matarme engañabas  
mi sencillo corazón!  
Vuelve los ojos, cruel,  
y mírate dentro dél:  
verás tu vivo traslado,  
que el amor te ha retratado  
con su divino pinel.  
¿Triste de mí!

(Desmáysase.)

CONDE. ¡Amargo punto!  
¡Las rosas vuelve azucenas!  
¡Todo el mal me viene junto!

(Sale LAURENCIA.)

LAURENCIA. ¿Qué es esto, Enrique?  
CONDE. ¡Mis penas!  
Mira su rostro difunto.

LAURENCIA. ¡Id por agua, presto, presto!  
CONDE. ¡Aquí Fortuna echó el resto!

(Vase el CONDE y déjala en brazos de LAURENCIA,  
y sale el DUQUE FABIO.) (1)

LAURENCIA. ¡Señora, señora mía!  
FABIO. ¡Tardo y perezoso día,  
corre veloz! Mas ¿qué es esto? (2)  
Di, Laurencia.

LAURENCIA. De repente  
\*la acaba la muerte [fiera] (3)  
con tan terrible accidente.

FABIO. ¡Trae presto, porque no muera,  
cristal de esa helada fuente!\* (4)

LAURENCIA. Pues tenedla mientras voy.

(Vase.) (5)

FABIO. Las lágrimas que te doy,  
dulce bien, prenda querida (6),  
sirvan de darte la vida  
cuando yo sin ella estoy.

Mas, en tanta desventura  
gozar tus bellos despojos  
de día, ha sido ventura;

(1) Ms.: Vase y sale Fabio.

(2) Ed.: corre cielos mas que es esto.

(3) Ms.: fuera.

(4) Ed.:

la mata la muerte acrua  
con tan terrible accidente.  
V'e por alguna conserua  
ze por damas ze por gente.

FABIO.  
(5) Ms.: Vase y dexala desmayada en los brazos  
de Fabio.

(6) Ms.: dulce bien de el alma prenda querida.

(1) Ms.: Falta en.

(2) Ed.: que me.

(3) Ed.: con los.

(4) Ed.: ninguno.

(5) Ed.: tan altos bienes oyó.

(6) Ms.: mudança.

(7) Ms.: dime.

(8) Ms.: tu que.

(9) Ed.: otos.

(10) Ed.: serenias; Ms.: siarenas.



pero cerrados tus ojos  
es el día noche obscura.

(Sale CELIA por una parte, y el CONDE ENRIQUE por otra, con un vaso de agua, y no acaban de salir.) (1)

INFANTA. ¡Ay, mi bien!

CONDE. ¡Ay, fiero mal!

CELIA. ¡Ay, celos! ¡Furia infernal!  
¡La Infanta en brazos de Fabio!

CONDE. ¡Dos veces ver un agravio!  
¿Quién vió desventura igual?

INFANTA. ¡Ay, mi vida! ¿Quién creyera  
que entre tus brazos la muerte  
a dárme la se atreviera?  
¡Que adonde hallé dulce suerte  
hallase pena tan fiera!

CONDE. Quien esto ve, ¿qué porfía?

INFANTA. No quisiera el alma mía  
apartarse destos lazos,  
pues gozar puede (2) tus brazos  
con esta ocasión de día.

CELIA. ¿Qué escucho? ¿Qué dolor fiero  
me traspasa el corazón!

CONDE. ¡Rabio, cielos, desespero!

CELIA. Mi engaño dió la ocasión  
para su amor verdadero.  
¡Basta, que lo que fingí  
hallo verdadero aquí!

CONDE. ¿Posible es que me olvidó?  
El Amor dice que no,  
pero mis ojos, que sí.

FABIO. ¡Dulce gloria de mis ojos!  
¿Posible es que he merecido  
gozar tan altos despojos?

(Aquí vuelve del todo del desmayo.) (3)

INFANTA. ¡Cielos, estoy sin sentidos!  
¿Es verdad, o son antojos?

¿En qué laberinto estoy?

CONDE. Conmigo luchando voy  
en este confuso abismo,  
y tal estoy, que a mí mismo  
apenas crédito doy.

FABIO. Señora, pues ha trazado  
el Amor esta ocasión,  
pues el tiempo nos ha dado  
tiempo y lugar, y pues son  
mis ansias vuestro cuidado,

si, como en la noche obscura,  
de ojos nos asegura  
estar solos y en tal calma,  
permitid que pueda el alma  
contemplar tanta hermosura.

CONDE. ¡Agora si que veré  
del todo mi desengaño!

CELIA. ¡Cielos! ¿Qué es lo que escuché?  
Aquí descubre mi engaño;  
mas yo se lo estorbaré.

INFANTA. ¿En brazos del Duque Fabio?  
¡Loca estoy!

FABIO. ¡Notable agravio  
hacéis callando a mi amor!

INFANTA. ¿Que en (1) ofensa de mi honor,  
sin saber, moviese el labio  
de aquesta suerte! (2)

(Aquí sale del todo CELIA.)

CELIA. ¡Señora!

INFANTA. ¡Oh, Celia, prima querida!

CELIA. ¿Cómo estás?

INFANTA. No ha media hora  
que pensé perder la vida,  
y aun estoy muriendo agora.

CELIA. Siento el haberme tardado.

CONDE. ¡Basta, que yo me he quedado  
con mi mal de corazón!

FABIO. ¿Qué mal logré esta ocasión!  
¿Hay hombre tan (3) desdichado?

(Sale LAURENCIA con una caja de conserva, y sale del todo el CONDE.)

LAURENCIA. Esta es conserva extremada  
para tu desmayo.

CONDE. El agua  
está aquí.

INFANTA. No quiero nada,  
porque si es mi pecho fragua  
crecerá mi llama airada (4).

CONDE. Dichosa ha sido mi suerte,  
pues con salud vuelvo a verte.

INFANTA. ¡Buen modo de remediarme  
ha sido, Enrique, dejarme  
en los brazos de la muerte.

CONDE. Da a veces la muerte vida;  
yo lo sé, pues la deseo.

INFANTA. ¡Turbada estoy y corrida!

(1) Ms.: Sale Celia y Enrique el uno por una parte y el otro por la otra.

(2) Ed.: pueden.

(3) Ms.: Aquí vuelve en sí la ynfanta.

(1) Ed. y Ms. quen.

(2) Ed.: Amarga suerte.

(3) Ms.: más.

(4) Ms.: creciera su llama ayrada.

¡Ah, fugitivo Teseo!  
 CONDE. ¡Ah, bella ingrata querida!  
 INFANTA. Ven, Celia, que estoy mortal.  
 CELIA. ¿Quién vió confusión igual?  
 CONDE. ¡Oh, vaso! ¡A ser de veneno  
 yo os bebiera, y fuerais bueno  
 para rematar mi mal!

(*Vanse todos, sino FABIO.*)

FABIO. ¡Cuán presto pasa un contento;  
 sólo es del bien un asomo:  
 viene con los pies de plomo,  
 vase con alas de viento! (1)

\*¡Cuán poco (2) dura de amor  
 la dulce y sabrosa calma,  
 si prueba el acedo el alma  
 de su celoso rigor!

Del bien del amor gocé,  
 mas tan desdichado fui  
 que apenas su bien perdí  
 cuando sus celos probé.

Confieso que me ha dejado  
 celoso Enrique. ¿Qué haré?  
 Pero es ofender la fe  
 de quien sus brazos me ha dado.

Perdona, Lucinda mía,  
 si se ofende tu hermosura,  
 que el Amor es calentura,  
 y así, el alma desvaría.\*

(*Vase. Selen LEONORA y FELICIANO.*)

LEONORA. Esto es amor.  
 FELICIANO. Di fingir.  
 LEONORA. ¿Eso dices?  
 FELICIANO. Con verdad.  
 LEONORA. ¿Qué te ofende?  
 FELICIANO. Tu crueldad.  
 LEONORA. ¿Y qué pretendes?  
 FELICIANO. Morir.  
 LEONORA. ¿Resuelto estás?  
 FELICIANO. En quererte

pues tú lo estás en matarme;  
 que así tengo de vengarme,  
 si amarte yo es ofenderte.

LEONORA. ¿No te digo, Feliciano,  
 que agradezco tu afición?

FELICIANO. Como esas palabras son  
 las que lleva el aire vano.

\*¿De qué sirve que lo digas,  
 si no lo quieres hacer?

Pero sirve de querer  
 sólo aumentar mis fatigas.\*

LEONORA. Si mi amor te causa pena,  
 yo excusaré darte enojos.

FELICIANO. Vuelve a mirarte en mis ojos,  
 fingida y dulce sirena.

Como me ves tan rendido,  
 me tratas desta manera.

LEONORA. Yo, Feliciano, quisiera  
 verte más agradecido.

(*Sale un PAJE.*)

PAJE. El Rey, Feliciano, os llama.

FELICIANO. Luego voy. Leonora mía,  
 aquí da (1) fin mi alegría  
 y empieza a crecer mi llama.

Perdóname aquesta ausencia,  
 pues ves que no está en mi mano.

(*Vase.*)

LEONORA. Ruego al cielo soberano  
 no te vuelva a mi presencia.

\*¡Qué finja tener amor  
 [a] quien me cansa y enfada,  
 y que el alma lastimada  
 tenga yo de otro dolor!\*

¿Hay enredo más (2) extraño?  
 Pero Celia viene. ¡Amiga!

(*Sale CELIA.*)

CELIA. ¡Ay de mí!

LEONORA. ¿Qué te fatiga?

CELIA. ¡Ay, Leonora; mucho daño!  
 Pero sabráslo después.

Dime ahora, ¿qué has pasado  
 con Feliciano?

LEONORA. Cuidado  
 es éste de tu interés.

Dile a entender que vencida  
 de los ruegos y amistad  
 de la Infanta, a su lealtad  
 quedaba el alma rendida (3).

La banda al Duque envié,  
 puse a la Infanta las flores,  
 y con bandas y colores  
 nuestro engaño disfracé.

Piensa, en fin, Fabio que soy  
 secretaria de Lucinda.

CELIA. ¿Quién habrá que no se rinda

(1) Ms.: Falta esta redondilla.

(2) Ms.: *canpo*, antes de *quan poco*, por errata.

(1) Ms.: *dió*.

(2) Ms.: *tan*.

(3) Ms.: *estava mi alma rendida*.

LEONORA. a tu ingenio? Pero estoy...  
 ¿Qué te tiene deste modo?  
 CELIA. No ha dos horas, ¡caso extraño!,  
 que pensé que nuestro engaño  
 se descubriera del todo.  
 LEONORA. ¡Calla, que Enrique está aquí!  
 CELIA. Y tu contento también.  
 LEONORA. ¿No es galán?  
 CELIA. Quiéresle (1) bien.  
 LEONORA. Y tanto, que estoy sin mí.

(Sale [el CONDE] ENRIQUE.)

CONDE. \*Aunque mi suerte dichosa  
 fué en la pasada vitoria,  
 en contemplar tanta gloria  
 ha sido más venturosa.

Pero en tan alta ocasión,  
 si dos soles llevo a ver,  
 con razón he de temer  
 la desdicha de Faetón.\* (2)

LEONORA. En fin, sois Marte galán.

Vos seáis muy bien venido.

CONDE. Hasta agora no lo he sido.

¿si en vos mis bienes están?

CELIA. (Ap.) ¡Buena ocasión!

LEONORA. ¡Extremada!

CONDE. Si muestro a Leonora amor  
 me vengaré del rigor  
 de la Infanta.

CELIA. (Ap.) Esto me agrada.

LEONORA. Pues vete.

CONDE. Con dalle (3) celos  
 bravo picón le daré.

LEONORA. Si no me quiere, ¿qué haré?

CELIA. Pide favor a los cielos,  
 pues te ofrece su copete  
 esta ocasión. Perdonad,  
 Enrique, mi cortedad,  
 que me aguarda en el retrete  
 la Infanta.

CONDE. Infinito siento

que así os vais.

CELIA. Amiga, adiós.

(Vase.)

(1) Ed.: parece bien; dícelo Leonora.

(2) De estas dos redondillas, la primera falta en la Ed., y la segunda dice así:

No puedo en tal ocasión  
 que dos soles llevo a ver  
 poder dejar de temer  
 la desdicha de Faetón.

(3) Ms.: darle.

CONDE. Como me deje con vos,  
 mis glorias van en aumento.

LEONORA. ¿Glorias yo, Enrique? ¡Oh, qué  
 Advertid que soy Leonora. [bien!

CONDE. Y que mi alma os adora  
 habéis (1) de advertir también.

LEONORA. \*¿Tan presto tanta mudanza?

CONDE. ¿Tan presto os ha parecido?

LEONORA. Tenía ya en vuestro olvido  
 sepultada mi esperanza.\*

LEONORA. ¡Nunca pensé que pudiera  
 aleanzar tanto favor!

CONDE. Ni yo jamás que el amor  
 tantos bienes me ofreciera (2);  
 sonne testigos los cielos  
 que os adoro.

(Sale la INFANTA) (3)

INFANTA. ¡Trance fuerte!

¡Iba buscando mi suerte (4),  
 y tropiezo con mis celos!

\*¿Hay mujer más desdichada?

¿Hay hombre más desleal?

¿Quién vió amor tan inmortal  
 y quién fe tan mal pagada?

Los dos hablan, ¡no hay dudar!  
 Celos, ¿en qué me resisto?  
 Pero, pues nadie me ha visto,  
 dende aquí quiero escuchar.\*

LEONORA. Que lo neguéis no es razón.

CONDE. Son ya pasiones pasadas,  
 que en esta guerra, a lanzadas  
 salieron del corazón.

INFANTA. ¡Rayos traspasan el mío!

¡Ah, falso!

CONDE. ¿De qué teméis,  
 si vos, mi vida, tenéis  
 las llaves de mi albedrío?

INFANTA. ¿Esta es (5) la melancolía,  
 y son éstos los enojos?

CONDE. Por estos (6) serenos ojos,  
 dulce bien del alma mía.

(1) Ms.: tuncis.

(2) Ms.:

Ni yo pensé que el amor  
 tanta gloria me ofreciera.

(3) Ms.: Sale la INFANTA, y no acaba de salir.

(4) Ms.:

Triste suerte  
 iba buscando la muerte.

(5) Ms.: vuestra es.

(6) Ms.: esos.

- que no tratéis de la Infanta.  
 LEONORA. Trato por si gusto os doy.  
 CONDE. Sólo, mi bien, vuestro soy.  
 INFANTA. ¿Quién vió jamás maldad tanta?  
 \*; De celos rabio; estoy loca!  
 ; Trance duro, amarga calma!  
 ; Cómo me tendra en el alma  
 quien no me tiene en su boca? \*  
 ; Perdida soy! (1)
- LEONORA. Esto os pido,  
 si queréis que el alma os rinda.  
 CONDE. Para siempre está Lucinda  
 ya sepultada en mi olvido;  
 ; queréis más? (A p.) ; Qué bien  
 [la engaño! (2)
- LEONORA. Tengo mil justos recelos.  
 INFANTA. ; De la enfermedad de celos  
 es la muerte el desengaño!  
 \*; Ya llego, no hay que esperar!  
 ; Aquí pruebo sus dolores!  
 Mas, por dármelos mayores,  
 no los acaba de dar;  
 que aunque es mi pena crecida  
 y su dolor bravo y fuerte,  
 por darme siempre la muerte  
 no rematan con la vida.\*
- CONDE. Pues os vais, daldes licencia  
 a mil (3) ardientes suspiros  
 para que puedan seguirlos.  
 INFANTA. ; Que esto pasa (4) en mi presencia!  
 CONDE. Porque cuando os olvidéis  
 deste esclavo tan rendido,  
 del sueño de vuestro olvido  
 a su son os despertéis.
- LEONORA. A quien despierta el Amor,  
 que es reloj del corazón.  
 en vano será otro son.  
 y vano vuestro temor.
- CONDE. \*Creed que en [el] alma os llevo,  
 que sin ella me dejáis;  
 también creed... Y si os vais,  
 [a] acompañaros me atrevo.\*

(P'ansse. Sale del todo la INFANTA.)

- INFANTA. ; Amor, celos, desengaño,  
 varia fortuna, mudanzas,  
 imposibles esperanzas,  
 loca razón, ciego engaño!

\*; Víboras sois de mi pecho,  
 furias que le atormentáis!,  
 y si con fuego abrasáis,  
 queda en cenizas deshecho.  
 ; Que me muero? ; Loca estoy!  
 ; Qué digo? ; Triste de mí!  
 Mas, si yo la causa fui,  
 ; yo misma mi muerte soy! \*

(Sale LAURENCIA.)

- LAURENCIA. Porque muestres tu alegría,  
 una saya nacarada,  
 de diamantes matizada  
 que presten su luz al día,  
 con que saldrás tan hermosa  
 en este sarao, señora,  
 que des envidia a la aurora,  
 te vengo a vestir, gozosa.
- INFANTA. A quien tiene negra suerte,  
 negras galas le has de dar;  
 que ha sido mi suerte azar,  
 y si encuentro, el de la muerte (1),  
 ; ay, Laurencia!
- LAURENCIA. No te entiendo.  
 ; Qué dices?
- INFANTA. ; Que estoy mortal!
- LAURENCIA. ; De qué mal?
- INFANTA. No sé qué mal;  
 sólo sé (2) que estoy muriendo.  
 No me pidas que publique  
 la ocasión de mis enojos.
- LAURENCIA. Serena esos claros ojos,  
 ; por vida del Conde Enrique!
- INFANTA. ; No le (3) nombres; cierra el la-
- LAURENCIA. ; Luego tienes desto celos? [bío!
- INFANTA. ; Ay, que le han hecho los cielos  
 instrumento de mi agravio!  
 \*; Enrique, Laurencia mía,  
 Enrique, hechizo del alma,  
 a quien le rendi la palma  
 y el premio de su portía!  
 ; Enrique, bien de mi vida,  
 gloria de mi pensamiento,  
 es para el alm tormento,  
 y de mi vida homicida! \*
- ; Aborrezco hasta su nombre,  
 hasta el alma, vida y trato,  
 que es mudable, falso (4), ingrato,

(1) Ms.: Perdida estoy.

(2) Ed.: queréis mas bien la enaño.

(3) Ms.: a mis.

(4) Ms.: questo pase.

(1) Ms.: Faltan esta redondilla y las dos anteriores.

(2) Ed.: no lo sé.

(3) Ed.: lo.

(4) Ms.: Por errata. Fabio, en vez de falso.

es cruel, y al fin es hombre!

LAURENCIA. ¿Son celos?

INFANTA. Desdichas di,  
y venturas de Leonora.

LAURENCIA. Pues ¿cómo?

INFANTA. Enrique la adora  
para aborrecerme a mí.

LAURENCIA. ¿Tú lo sabes?

INFANTA. Yo lo sé.

LAURENCIA. Pues ¿quién descubrió su engaño?

INFANTA. Desde aquí, mi desengaño  
y su traición escuché:  
de quererme arrepentido,  
vi que a Leonora juraba  
que mi amor, ¡ay, triste!, estaba  
sepultado ya en su olvido;  
¡mira si tengo razón,  
mira si soy desdichada!

LAURENCIA. ¡Ruego al cielo que una espada  
le traspase el corazón,  
y que en su sangre deshecho...!

INFANTA. Detén la lengua atrevida,  
que el alma siente la herida:  
¡mira si vive en mi pecho! (1)

LAURENCIA. Pues ¿vengarte no es mejor?

INFANTA. Sí; mas quisiera que fuese  
de suerte que yo sintiese,  
Laurencia, todo el dolor;  
que mi estrella me condena  
a querelle de tal suerte,  
que me diera fiera muerte  
su dolor, más que mi pena.

LAURENCIA. Si te da celos con celos,  
venga, señora, tu agravio;  
pues para esto el Duque Fabio  
te ofrecen los altos cielos.

INFANTA. Finge que le quieres bien.

LAURENCIA. Mal conociste mi fe,  
que ni fingida (2) podré  
a Enrique mostrar desdén.

LAURENCIA. Pues no hay remedio mayor (3),  
que son los celos acero  
que de un pecho (4) helado y fiero  
sacan centellas de amor.

INFANTA. ¿Y querráme?

LAURENCIA. Desta suerte.

INFANTA. ¿Que le cobraré?

LAURENCIA. Sin duda.

INFANTA. ¿Sabré fingir?

LAURENCIA. Con mi ayuda.

INFANTA. Casi me arrojo a creerte.

LAURENCIA. ¡Muestra del dolor que mueres!

INFANTA. Pues ven. (1)

LAURENCIA. ¡Buen suceso espera!

INFANTA. Para que Enrique me quiera  
haré cuanto tú quisieres.

(Vanse. Solo FABIO y FELICIANO.) (2)

FELICIANO.

Contáisme cosas que parecen sueños.  
¿De día en vuestros brazos?

FABIO.

Feliciano,  
digo que entre mis brazos, y de día,  
la tuve desmayada, y que me dijo  
mil ternezas.

FELICIANO.

¡Por Dios, que sois dichoso!

FABIO.

\*Pues por el mismo os juro que aunque veo  
que llevo sus colores y sus bandas,  
que ella lleva mis prendas y que escribe  
cada día mil cartas y papeles  
que Leonora me envía, y aunque veo  
que las más noches gozo su hermosura,  
estos gustos felices y estas glorias  
enfriaba, por Dios, ver que de día  
no la podía hablar, precepto injusto.  
Mas nada me habéis dicho de Leonora,  
que la Infanta me dice que ya os quiere.

FELICIANO.

Bien lo puede decir, mas no lo creo.

FABIO.

Pues ¿cómo, qué teméis?

FELICIANO.

Que no me engañe.\* (3)

(1) Ms.: Vamos.

(2) Ms.: Vase la Infanta. Salen el Duque Fabio y Feliciano.

(3) Ed.: Este verso.

FABIO.

Pues como que os parece.

FELICIANO.

No os engañe.

(1) Ms.: Falta esta redondilla y la anterior.

(2) Ms.: que ni fingiendo.

(3) Ms.: mejor.

(4) Ed.: de un pecho ya.

FABIO.  
¿De quién?

FELICIANO.  
De Enrique.

FABIO.  
Ya al sarao salen  
el Rey, Lucinda, caballeros, damas.

FELICIANO.  
¿Viene Enrique?

FABIO.  
También.

FELICIANO.

¡Muero de celos!

(*Salen el REY, LUCINDA, LEONORA, CELIA, ENRIQUE y demás MÚSICOS.*) (1)

REY.  
Vitoria (2) de que Amor ha procedido,  
que la celebren damas con saraos  
es, Conde, gran razón.

CONDE.  
Prosperes el cielo  
nestóreos años tu corona invicta.

FABIO.  
¡Que me rinda (3) de noche sus despojos,  
y que le (4) hable de día no permita!  
¡Vive Dios, que me atreva!...

FELICIANO.  
Mirad, Duque,  
si son necios mis celos, ¡vive el cielo!,  
que delante de Leonora se arrodilla  
Enrique.

INFANTA.  
¿Hay tal maldad? ¡Ah, pecho ingrato!  
¿En público, y delante de mis ojos,  
a los pies de Leonora arrodillado?  
¡Haré locuras (1), celos; vengaréme!  
Con Fabio quiero hablar. ¡Duque!

(1) *Ms.: Salen al sarao, el Rey, la Infanta, Celia, Leonora, Henrique y los demas que pudieren.*

(2) *Ms.: victoria.*

(3) *Ed.: rinde.*

(4) *Ms.: la.*

FABIO.  
¿Señora!  
¿Su fin han alcanzado mis deseos? (2)  
No puedo pedir más. ¡Cierta es mi dicha,  
que podré hablarlos, dulces ojos bellos!

INFANTA.  
¿No os llegáis?

FABIO.  
Temeroso me atrevía.

CELIA.  
¿La Infanta con el Duque? ¡Justos cielos,  
matadme de una vez, no me deis celos!

FELICIANO.  
¡Ah, fingida Leonora!

CONDE.  
¡Infanta ingrata!  
¿En un sarao, en público le hablas?  
¡Mi (3) corazón se abrasa!

LEONORA.  
No, no, Enrique,  
no miréis a la Infanta (4). ¿Tenéis celos  
de que hable con el Duque?

CONDE.  
Tenéis gracias  
vos, a lo menos, que me vuelven (5) loco.

REY.  
Empiécese a danzar, y el Conde Enrique  
dé principio a la fiesta.

CONDE.  
Yo obedezco (6).

INFANTA.  
Dudo de una verdad encarecida (7).

(1) *Ed.: haré un exceso.*

(2) *Ed.: su fin han alcanzado es a mis celos.*

(3) *Ms.: el.*

(4) *Ms.: a Lucinda.*

(5) *Ed.: bolucys.*

(6) *Ms.:*

*empiece a danzar el duque Fabio  
y de principio a la fiesta.*  
HEN. Obedezco.

(7) *Ed.: en que resida.*

FABIO.  
 ¡ Amor, por ser tan grande, es verdadero.  
 CONDE.  
 Qué risueña que está! ; Viven los cielos  
 que nada se le da que le dé celos!  
*Danzan ENRIQUE con LEONORA y FABIO con la INFANTA.) (1)*  
 REY.  
 La danza se acabó; vamos, que es tarde.  
 FABIO.  
 Trasponerse mi sol!  
 INFANTA.  
 ; Ah, falso Enrique! (2)  
 Vamos, padre y señor.  
 LEONORA.  
 Siento el partirme;  
 pero en el alma vais.  
 CONDE.  
 Nunca te vean  
 mis ojos ruego a Dios, que un infierno  
 de celos rabio. ; Vive el alto cielo  
 que he de matar a Fabio!  
 CELIA.  
 Feliciano.  
 FELICIANO.  
 En qué os sirvo?  
 CELIA.  
 Los dos nos consolemos;  
 que en desdichas y amar somos extremos.  
*Vanse todos, y al entrar le tira ENRIQUE de la capa al DUQUE FABIO.) (3)*  
 CONDE.  
 Fabio, escuchad.  
 FABIO.  
 ; Qué queréis?  
 CONDE.  
 (Ap.) ; Mataréle, vive Dios! (4)

(1) Ms.: Salen a dançar y en acabando alçase Rey.  
 (2) Ms.:  
 REY. Con tu licencia retirarme quiero.  
 INFANTA.] En bana disimulo, o falso Enrique.  
 (3) Ms.: Vanse i ansi como quiere entrar Fabio a matar (sic) a Henrique de la capa.  
 (4) Ms.: Falta este verso.

Solos estamos los dos.  
 Solo y aqui me tenéis.  
 CONDE.  
 Duque, para ser amigo,  
 muy fingido habéis andado;  
 necio por disimulado,  
 cobarde para enemigo.  
 Y es sobra de atrevimiento  
 a Lucinda pretender;  
 que ninguno ha de tener  
 adonde yo el pensamiento.  
 \*Yo la adoro, y es razón,  
 puesto que sólo soy yo  
 quien la defendió y compró  
 con sangre del corazón.\*  
 FABIO.  
 Enrique, los caballeros  
 nobles no ofenden hablando;  
 las razones, desnudando  
 y envainando los aceros.  
 Y así, si mi lengua airada  
 se moviera en vuestra mengua (1),  
 cuanto dijere mi lengua  
 hará bueno aquesta (2) espada.  
*(Metén mano, y sale la INFANTA.)*  
 INFANTA.  
 ; Qué es esto?  
 CONDE.  
 ; Si no llegara!  
 FABIO.  
 Agradécele tu vida.  
 INFANTA.  
 Turbada estoy y corrida.  
 ; Tal desvergüenza en mi cara? (3)  
 Agradeced que prenderos  
 no mando. Salios de aquí.  
 FABIO.  
 Para (4) respetarte a ti  
 reportamos los aceros,  
 que si no...  
 CONDE.  
 Vieras tu muerte.  
 FABIO.  
 Hablas, Enrique, en sagrado.  
*(Vase.)*  
 CONDE.  
 Y también en campo armado  
 hablo, Duque, desta suerte (5).  
*(Hace como quien se va, y detiènele la INFANTA.) (6)*  
 INFANTA.  
 Detente,  
 CONDE.  
 Suelta, señora.

(1) Ms.: se mobiere en nuestra mengua.  
 (2) Ms.: hará bueno aqui la.  
 (3) Ms.: de una libertad tan clara.  
 (4) Ms.: por.  
 (5) Ms.:  
 HEN. Al campo te aguardo armada  
 veras si ablo de otra suerte.  
 (6) Ms.: Vanse y la Infanta detiene a Henrique.

INFANTA. ¿Dónde vas, fiero homicida?  
 CONDE. Voy a quitarle la vida  
 que tú quieres darle agora.  
 No me tengas, que sospecho  
 que más crecerá mi furia  
 si en ti contemplo mi injuria  
 y a Fabio dentro en (1) tu pecho.

INFANTA. \*¿Qué enredos y qué quimeras  
 son éstas? Mas ya te entiendo,  
 que te olvido vas fingiendo  
 para olvidarme de veras.\*  
 ¿Yo en mi pecho al Duque Fa-  
 ¿Bien fundaste tu traición! [bio?

CONDE. Mejor dirás la razón  
 para vengar este agravio.  
 ¿Tú le hablaste?

INFANTA. Si le hablé  
 ¿tú no hablaste con Leonora,  
 a quien ya tu amor adora,  
 el ídolo de tu fe?  
 \*por quien vivo sepultada  
 en tu olvido? Y no te asombre,  
 que hasta de nombrar mi nombre  
 vi que tu boca se enfada.  
 Ya he descubierto tu engaño,  
 ¡vénguese el cielo de ti!,  
 que con estos ojos vi,  
 por mi mal, mi desengaño.\*  
 Pienso que para olvidarme  
 solamente me has querido.

CONDE. ¡Ah, cocodrillo fingido,  
 que lloras para matarme!  
 \*Y yo ¿qué vi con mis ojos  
 y con mis manos toqué?  
 ¿Qué es, ¿falsa!, lo que escuché?  
 ¡Verdad es, no son antojos!\*  
 ¡Ojalá, pues, que mi agravio (2)  
 fuera antojos o celos;  
 pero ya pasan de celos  
 las posesiones de Fabio.  
 Yo vi...

INFANTA. ¿Qué viste, traidor?  
 CONDE. Eres reina, y yo vasallo;  
 y así, señora, lo callo,  
 por el tuyo y por mi honor.

(1) *Asc.*

INFANTA. Espera, ¡ay, triste calma!  
 ¿Que siendo la que he sido,

ejemplo de lealtad y de firmeza,  
 tras de robarme el alma,  
 ingrato y atrevido  
 atropelle mi honor y mi grandeza!  
 ¡Que recele bajeza  
 de mi constante pecho,  
 mirándole abrasado,  
 y amando desdénado,  
 el corazón en lágrimas deshecho!  
 ¡Venganza, justos cielos! [celos!  
 que esto es traición con máscara de  
 \*¡Plegue a Dios, fermentido,  
 fingido y falso Eneas. [pada!,  
 que atraviase tu pecho infame es-  
 que yo no he deservido  
 aunque mi fin deseas,  
 para morir, primero que vengada;  
 y aunque soy desdichada,  
 no ha de faltar un rayo  
 del fuego de mi pecho  
 con que quede deshecho  
 tu corazón en fúnebre desmayo;  
 que vengarán los cielos  
 esta traición con máscara de celos.\*

### ACTO TERCERO

(Salen CELIA y LEONORA.)

LEONORA. Lee el papel ¿qué te suspen-  
 CELIA. Ver, amiga, por mi daño, [de? (1)  
 que aunque Amor es todo engaño,  
 de tanto engaño se ofende,  
 lo mismo que me da vida  
 me da triste y fiera muerte.  
 LEONORA. Harálo mayor tu suerte.  
 Mira bien.  
 CELIA. ¿Que estoy perdida!  
 LEONORA. Deja, Celia, esas quimeras;  
 no atormentes tu memoria.  
 CELIA. ¡Ay!, que es fingida mi gloria,  
 y mis penas, verdaderas.  
 LEONORA. ¿Has logrado tus deseos,  
 y agora con eso sales?  
 ¿Tú no alcanzaste...?  
 CELIA. Mil males.  
 ¿Mira qué ricos trofeos!  
 LEONORA. Si te dió mano de esposo

(1) Ms.: Falta en.

(2) Ms.: y ojalá que mi agravio.

(1) Ed.: Falta te.



FABIO. ¿qué puedes temer?,  
pues cuando llegue a saber  
tu engaño, será forzoso  
cumplirte lo prometido.  
CELIA. Animas mi pensamiento:  
pero el celoso tormento  
es quien me quita el sentido (1).  
LEONORA. Acaba ya de leer  
el papel.

CELIA. ¡Ay, mi Leonora!  
Aquí dice que me adora.  
Yo sé que no puede ser.  
Tómale tú, por tu vida,  
que yo no me atrevo a más.

LEONORA. En gracioso extremo das.  
CELIA. El alma tengo perdida.  
LEONORA. Yo leo, pues. Dice así (2).

(Sale la INFANTA, y no acaba de salir.) (3)

INFANTA. ¿Qué es esto? ¡Suerte cruel!  
¿No es Leonora, y no es papel  
lo que está leyendo? ¡Si!

\*Pues ya en él mis penas leo,  
de un ingrato las mudanzas,  
mis frágiles esperanzas  
en su blanco, en blanco veo:\*  
que esta pena, este cuidado,  
me declaran que es de Enrique.

LEONORA. No sé cómo signifique  
el contento que me ha dado.

INFANTA. ¡Papel, fuego, rayo, infierno,  
que me abrasas, que me matas!

LEONORA. Confieso que para ingratas  
es hechizo un papel tierno,  
pues ¿quién podrá resistir  
a una amorosa razón?

INFANTA. ¿Y quién tendrá corazón  
que tanto pueda sufrir?

¿Qué más aguardo, qué espero?  
¿Cuyo es el papel?

(Aquí acaba de salir, y toma el papel.) (4)

LEONORA. Señora,  
mira que...

INFANTA. Suelta, Leonora.

CELIA. ¡Perdida soy, desespero!

LEONORA. ¡Advierte...

INFANTA. ¿De qué te alteras?

LEONORA. ¡Buenos mis enredos (1) van!

CELIA. Cuando fueras su galán,  
no sé que hacer más pudieras.

Ese es ya mucho rigor.  
INFANTA. Reina me han hecho los cielos,  
y así más que un galán celos,  
tengo celos de su honor (2).

CELIA. Yo sé qué es celar, y sé  
que es vana curiosidad.  
Ven, Leonora.

(Vanse las dos.)

INFANTA. ¿Hay tal maldad?  
Mas yo lo castigaré.

Salid vos, tercero astuto,  
que con melifluas (3) razones  
rendis fuertes corazones  
cubriendo el mío de luto.

(Aquí lee la carta.)

Infanta... ¡Válgame Dios!  
Y aquí dice Fabio... ¡Cielo!,  
alguna traición recelo,  
pues me han dejado los dos.

(Aquí vuelve a leer.)

“Infanta, pues fué mi suerte  
tan alta como dichosa,  
que en la noche tenebrosa,  
y será la de mi muerte,

con mil amorosos lazos  
para no temer mudanzas  
alcanzan mis esperanzas  
la posesión de tus brazos,

si ellos me rinden mil palmas,  
dulces glorias, tu favor,  
aunque bastaba el menor  
para enriquecer mil almas.

no permitas...” ¡Que permitan  
los cielos esta traición!  
¡Injustos los cielos son,  
y ellos el honor me quitan!

¡Loca estoy, triste de mí!

(1) Ms.: Faltan esta redondilla y las cuatro anteriores.

(2) Ms.: así.

(3) Ms.: Lehen baxo las dos. Sale la Infanta.

(4) Ms.: Falta esta acotación.

(1) Ms.: negocios.

(2) Ms.: Falta esta redondilla.

(3) Ms.: fingidas.

(Sale el Rey, formando dos cartas, y FELICIANO.) (1)

FELICIANO. Esta es para el escocés,  
y estotra (2) para el inglés.  
REY. Su triste viudez sentí,  
que era la reina Leonida  
un ángel en carne (3) humana.  
FELICIANO. Esta escribes (4) a su hermana.  
INFANTA. ¡Ah, Celia! ¡Prima fingida!  
REY. Toma, y despáchalas luego.  
FELICIANO. Voy a servirte, señor.

(Vase.)

INFANTA. ¡Que para abrasar mi honor  
baste de un papel el fuego!  
¡Qué enigma de esfinge (5) es és-  
para quitarme la vida? [ta  
REY. Lucinda, hija querida,  
¡tú voces? ¡Tú descompuesta?  
¿Nace (6) del papel tu pena?  
INFANTA. ¿Qué le diré?  
REY. Muestra a ver.  
INFANTA. Mira bien...  
REY. Esto ha de ser,  
ya esconderle te condena.  
¿Qué dudas?

INFANTA. Corta (7) es mi dicha.  
REY. Que soy padre considera;  
no temas.

(Aquí le toma el papel, y lee.)

INFANTA. Nada temiera  
a no temer mi desdicha:  
que no teme mi lealtad  
estos aparentes daños,  
que tras las nubes de engaños  
saldrá el sol de la verdad.  
\*No des a sospechas vanas  
crédito tan fácilmente,  
que desdice, al ser prudente,  
al concreto desas canas.\*  
REY. ¿Qué es esto, cielo cruel?  
¿Qué es esto, fortuna airada?  
¡Afronta dais tan pesada

con tan liviano papel?  
¡Ah, falsa!

INFANTA. Por disculparme,  
oye, señor.  
REY. Es en vano.  
INFANTA. Sabe que llegó a mi mano  
solamente... (1)  
REY. Por matarme.  
INFANTA. \*; Mira...  
REY. ; Ya miré mi agravio!  
INFANTA. ¿Quién vió desventura tanta?  
REY. Esto ¿no dice: a la Infanta,  
y esta firma: el Duque Fabio?  
Y ¿qué pudo merecer  
de tu honor la posesión?  
INFANTA. ¡Advierte que esto es traición!  
REY. ¡Advierte que eres mujer! \*  
INFANTA. Soy tu hija.  
REY. Eres liviana.  
INFANTA. Escúchame.  
REY. No hay disculpa  
a tan manifiesta culpa.  
INFANTA. ¿Por qué es mi suerte inhumana?

(Vase.)

REY.

\*; A cuál hombre jamás ha sucedido  
tan impensado daño, tal desdicha?  
¿Es posible? ¡Mi honor! ¡Mi honor perdido!  
¿Qué he de hacer? ¡Vengar[é]me! Mas ¿qué  
matar al ofensor, siquiera viva [importa  
la ofensa y mi deshonra? Fabio es noble  
y tiene de mi sangre algunas venas,  
que a mi remedio algún remedio ofrece.\*

(Sale FABIO.) (2)

FABIO.

Señor

REY.

Fabio, pues ¿cómo tantos días  
sin verme?

FABIO.

En tu servicio el alma emplea  
las horas (3) y momentos de su vida.

REY.

\*(Ap.) Mejor dirás, ¡villano!, en mi honra.\*

(1) Ms.: Sale el Rey, y Feliciano, secretario. El mundo el Rey unas cartas.

(2) Ms.: estotra.

(3) Ms.: en forma.

(4) Ed.: Y aquesta escribe

(5) Ed.: de fingir

(6) Ed.: nunca es.

(7) Ed.: cierta.

(1) Ms.: solamente lo dice el Rey.

(2) Ed.: Sale el Duque Fabio, galán.

(3) Ed.: horas

Venis a tiempo, Duque, en que deseo hablarlos.

FABIO.

Tendré a dicha que se ofrezca en qué servirte pueda mi persona.

REY.

Pues para que acortemos de proemios: (1) yo, Fabio, como veis, estoy ya viejo: mis esperanzas y de todo el reino cifran muy pocos años en Lucinda.

\*Y como ha dado en despreciar los reyes comarcanos, me pone en gran cuidado qué sucesión tendrá mi sangre ilustre, qué rey dará a mis húngaros famosos.\* Quisiera yo que un Grande de mi reino, virtuoso, valiente, ilustre y claro, llenase mi deseo (2) dando a Hungría felice sucesión y eterna gloria; \*Y como yo conozco vuestras partes, fio de vuestro ingenio este consejo.

FABIO.

Sólo al tuyo, señor excelso, puede rendirse aquel de Sócrates famoso (3) a quien la antigüedad llama [el] oráculo, pues lo que ni el de Apolo dar pudiera mejor respuesta, modo tan conforme al provecho común de todo el reino.\* (Ap.) Quiero entablar mi pretensión dichosa. Reyes puedes hacer, que es virtud grande levantar los humildes hasta el cielo. \*de tu grandeza, hecho heroico y claro de tu mano suprema y poderosa.\*

REY.

¿Cómo descubre bien su infame pecho!

FABIO.

Cierta es mi dicha (4).

REY.

Mi deshonra es cierta. Enrique, Fabio, es noble y virtuoso.

FABIO.

(Ap.) ¿Es virtuoso y noble el Conde Enrique? ¿Qué es esto? ¿Cielos!

REY.

Pues tu sangre iguala a la mejor; y a los heroicos hechos de sus pasados dar envidia pueden los de su fuerte brazo y (1) mano invicta. \*Tiene el Conde valor.

FABIO.

Tiene ventura, y yo [de] desdichados soy ejemplo.\* (2)

REY.

(Ap.) El se ha turbado: extraña y alta prueba de su delito.

FABIO.

¡Amarga y triste suerte! (3) \*Luchando estoy con mil dificultades. [alma\* ¿Qué he de hacer?, que entre dudas muere el

REY.

¿Qué respondéis?

FABIO.

Señor, que el Conde Enrique es hombre que merece que sus sienes dichosamente ciñan la corona universal del mundo; mas la Infanta, única prenda tuya, en (4) quien los cielos mostraron su poder...

REY.

Es bien que sea vuestra esposa.

FABIO.

Señor.

REY.

Son vuestras partes Duque, las que pedía (5) mi deseo.

FABIO.

Dame a besar tus pies.

(1) Ms.: de razones.

(2) Ed.: mi desecho.

(3) Ed.: Desde y como yo conozco, hasta todo el reino, sólo hay los dos versos siguientes:

solo en cuyo señor excelso puede rendirse aquel de Sócrates famoso.

(4) Ms.: cierta es mi gloria.

(1) Ed.: Falta y.

(2) Ed.: Reduce este verso y el anterior a uno solo:

FABIO. Tiene ventura y yo soy desdichado.

(3) Ms.: amarga y triste pena.

(4) Ed.: a.

(5) Ed.: pide.

REY.

Tomad mis brazos.

FABIO.

Súbesme (1) a la grandeza de tu cielo.

*(Salen ENRIQUE y CLASCANO.)*

CONDE.

\*Con el ausencia, madre del olvido,  
tengo de hallar, Clascano, a penas tantas  
remedio igual.

CLASCANO.

Es pensamiento digno  
de tu valor y generoso pecho  
no hay hechizo, no hay mágico que tenga  
para olvidar virtud como el ausencia;  
yo fio que en dos horas no te acuerdes  
de ti mismo.

CONDE.

Bien dices, que es la Infanta  
yo mismo, si es el alma que me rige.\*  
Dame, señor, tus pies.

REY.

Amigo Enrique,  
defensor de mi reino; claro espejo  
en quien la lealtad misma se mira.  
*(Ap.)* ¡Ah! ¡Quién pudiera darte mi corona!

CONDE.

Tanta merced, señor, bien me asegura  
lo que a pedirte vengo.

REY.

De mi pecho  
tienes las llaves, pide.

CONDE.

Mis vasallos  
necesitan, señor, de mi presencia,  
y como yo he seguido tantos años  
la corte...

REY.

Si pretendes ausentarte,  
Enrique, no es posible.

CONDE.

Eso venía,  
señor, a suplicarte.

REY.

Dos razones  
me obligan a no hacer lo que me pides:  
la primera es perderte, y la segunda  
el casamiento de la Infanta.

CONDE.

*(Ap.)* ¡Cielos! (1)  
¿Qué es lo que escucho? ¿Que la (2) Infanta  
[casas?]

REY.

Para premiar las partes y servicios  
del Duque Fabio, sangre propia mía,  
se la di por mujer.

CONDE.

Goce mil años  
vuesalencia (3) la prenda más hermosa  
que ha visto el Sol en cuanto dora y mira;  
que a tal valor, tal premio le esperaba.

FABIO.

Para premiar el vuestro, yo quisiera  
tener del universo la corona (4),  
para rendirla a vuestra frente.

CONDE.

*(Ap.)* Celos  
el alma abrasan.

REY.

Vamos; vos, Enrique,  
tenéis de honrar la corte; no es posible  
poderos ausentar..

CONDE.

Siempre mi vida  
a tus manos, señor, tienes rendida.

*(Fanse todos, sólo CLASCANO y ENRIQUE.)*

CONDE. Tiempo, Clascano, ha llegado (5)  
en que la fortuna varia  
ni puede ser más voltaria  
ni hacerme más desdichado.

\*Por mudable, viene a ser  
en mis desdichas tan firme,  
que ni más puede abatirme

(1) *Ms.: ay triste.*(2) *Ms.: que a la.*(3) *Ms.: su esclencia.*(4) *Ms.: tener del mundo universal corona.*(5) *Ms.: amigo tiempo a llegado.*(1) *Ed. o.banc.*

ni tengo más que perder.

Perdí a Lucinda, perdí la gloria de mi deseo, que en tanta pena me veo por la gloria en que me vi.

Perdí aquel sol, la esperanza de gozar su luz serena; pero fué luna, y si llena menguó con tanta mudanza.

Perdí mi gusto, mi bien, y todo con tanto exceso, que tras de perder el seso el alma pierdo también.\*

Muerto de envidia celosa. CLASCANO. (1), estoy sin sentido. Que sientas haber perdido un reino es muy justa cosa.

\*Y cuando el Rey intentara casarte a ti con la Infanta, a sentir desdicha tanta con mis ojos te ayudara; pero a risa me provoca ver tu queja o sinrazón, pues te viene esta ocasión, señor, a pedir de boca.

No procede de firmeza ese daño, ese rigor, que es la mudanza mayor mudar la naturaleza.\*

CONDE. Siento ver que me condena a muerte, pues si gusté glorias tantas, sólo fué para darme ahora más pena.

Fué echar aceite a mi fuego, y en la noche tenebrosa mostrarme la luz hermosa para dejarme más ciego.

;Ay, Lucinda!

CLASCANO. ;Bueno estás!

CONDE. ;Que así tengo de perderte!

CLASCANO. ;Que en el jardín no he de verte! Del lobo, un pelo, y no más.

No sé en qué fundas tu agravio.

CONDE. En que la perdí, y es bella.

CLASCANO. ;Alto! Cástate con ella y da que reír a Fabio.

Mira qué te está mejor.

CONDE. Quejarme de su mudanza.

CLASCANO. Eso aumenta tu esperanza.

CONDE. Eso aumenta mi dolor,

CLASCANO. Mañana te ha de querer

si hoy pudo aborrecerte.

CONDE. Es desdichada mi suerte.

CLASCANO. También la suerte es mujer. (1)

CONDE. En vano son tus consuelos; vanos tus remedios son si está enfermo el corazón de amor, agravios y celos.

Ya no los puedo sufrir.

CLASCANO. Sosiégate y ten cordura.

CONDE. He de hacer...

CLASCANO. Una locura.

CONDE. Calla, y déjame morir.

\*;Plega a Dios, mudable ingrata, que no logres tu esperanza; castigue Amor tu mudanza con el rigor que me mata!

;Plega a Dios que no le goces, pues para sus enemigos tienen los cielos castigos, lágrimas ven, y oyen voces.\*

(Vanse. Sale la INFANTA sola y al jardín.)

INFANTA.

Líquidas fuentes puras, espejos destos álamos sombríos, arroyo que murmuras risueño mis llorados desvaríos; tiernas y hermosas flores, verde jardín, alegres ruiseñores:

De mis glorias felices, testigos habéis sido, y de mis bienes; pues ¿cómo en infelices (2) desdichas se han trocado, y en desdenes? Mas ¿por qué el colmo os pido (3), si mudanzas de amor nacen de olvido?

;Quién en tanto contento temiera esta tristeza, esta mudanza, y que al ligero viento diera Enrique su amor y mi esperanza? Pero ¿qué mucho ha sido, si mudanzas de amor nacen de olvido? (4)

El sitio de esta fuente convida a que descansen mis cuidados, y el son de su corriente sueño da a los sentidos fatigados; no tiene ingrato dueño la que sola se rinde al dulce sueño.

(1) Ms.: Faltan ésta y las cinco redondillas anteriores.

(2) Ms.: Faltan este verso y el anterior.

(3) Ms.: Falta este verso.

(4) Ms.: Falta esta sextilla.

(1) Ms.: amigo.

(*Echase a dormir la INFANTA, y sale el CONDE EN-RIQUE.*)

CONDE.

Verde jardín hermoso,  
árboles que subiendo a las estrellas  
el (1) cielo luminoso  
presumen escalar las cimas bellas,  
cuyos locos intentos  
simbolizan soberbios pensamientos.

\*También junté arrogante  
montes de amor, con que subí a los cielos,  
pero en el mismo instante  
llovieron sobre mí rayos de celos,  
quedando sumergido  
en el infierno de un ingrato olvido.

Furtiva enamorada  
que, con dulces arrullos, tus amores  
de tu amante obligada  
gozas entre estos árboles y flores.  
Narcisos de amor locos;  
pero, con tanto amor, hay cuerdos pocos.

Más ardientes deseos,  
pico más dulce, tierno y regalado,  
en tan altos empleos  
gozó mi amor, y de tan alto estado  
en un punto he caído  
en el infierno de un ingrato olvido.

Quejosa Filomena,  
testigo y centinela en mi contento,  
si en la noche serena  
mis glorias esparciste por el viento,  
ya tu endechoso canto  
acompañe mi voz y amargo llanto.

Lloremos mis desdichas,  
lloremos de Lucinda la mudanza,  
que, perdidas mis dichas,  
¿de qué sirve el amor y la esperanza,  
si nadie la ha tenido  
en el infierno de un ingrato olvido?\*

En esta fuente clara,  
de Lucinda gocé los dulces brazos.  
¡Cielos! ¿Quién tal pensara?  
¡Que a verla me lleváis, inciertos pasos!  
Pero ¿qué devaneo  
a los ojos le forma mi deseo?

\*No son, no son antojos,  
aunque eclipsen la luz serena y pura,  
y de aquellas mejillas  
las rosas que parecen maravillas.\* (2)

(1) Ms.: *al.*

(2) Ms.: Faltan dos versos de esta sextilla.

Exenta de cuidados  
entregó regalona al sueño leve  
los miembros delicados,  
envidia de la pura y blanca nieve,  
vertiendo por el viento  
ámbar su boca por el blando aliento. (1)

¡Ay, bello paraíso!  
¡Ay, gloria del amor, y quién llegara  
agora de improviso  
a gozar los despojos de su cara!  
¿Qué es esto, Amor? ¿Tencos,  
que tengo honor, si vos tenéis deseos!

Refrenaldes la furia,  
que dijera mejor naturaleza.  
Contemplad vuestra injuria;  
mas diréis que contemplo su belleza;  
que son los dulces labios  
locos de amor para olvidar agravios. (2)

\*Allí el Amor me llama;  
aquí me fuerza honor, y de los celos  
miro la ardiente llama  
si allí toda la gloria de los cielos;  
que si a gozarla llego,  
vengo a ser mariposa en este fuego.\*

¿Qué he de hacer, desengaños  
amargos, pero amigos verdaderos:  
queréis que huya mis daños (3)  
dejando estos engaños lisonjeros,  
aunque el amor replique?

INFANTA.

(*Dice esto soñando.*) (4)

Detente, ingrato; escucha, falso Enrique.  
Siente mi amarga pena,  
no cierres a mis quejas tus oídos.

CONDE.

¡Ay, hermosa sirena,  
que encantas dulcemente mis sentidos!  
¡Que no hay sera de agravios (5)  
que resista el hechizo desos labios!

\*¿Quién podrá desta calma  
apartarse, aumentando sus cuidados,  
si en ella goza el alma  
bienes de Amor, mas ya bienes soñados?

(1) Ms.: Falta esta sextilla.

(2) Ms.: *los hechos de amor para olvidar agravios.*  
Sobra *los.*

(3) Ms.: Faltan este verso y el anterior

(4) Ms.: *Sueña la Infanta y dice.*

(5) Ed.: *que no hay sera de agravios.* Ms.: *que no hay sera de agravios.*

Que mis hados injustos  
dan penas ciertas y soñados gustos.\*

INFANTA.

Ya que dejas mis brazos,  
ya que dejas un alma que te adora,  
por los tiernos abrazos,  
por los dulces amores de Leonora,  
te ruego...

CONDE.

No me mates,  
que si apuras mi amor, sube quilates.  
¿Quién, prenda destos ojos,  
olvidarte podrá? Saben los cielos  
que si te he dado enojos,  
rigor ha sido y fuerza de unos celos;  
que con su ardiente llama  
crece la de mi amor, que al (1) alma inflama.

¿Yo a Leonora? Ofendido  
adoro tu rigor y tu hermosura,  
aunque haya merecido  
Fabio tan (2) alto bien, tanta ventura;  
que agravios no son parte  
para que deje el alma de adorarte.

INFANTA.

¿Yo ofenderte, y con Fabio?  
¡Haces notable ofensa a mi firmeza;  
quéjome deste agravio  
a los cielos!

CONDE.

No aumentes tu belleza  
con los rojos colores,  
que si vida me dan, matan de amores.  
Loco estoy.

INFANTA.

No, no, Enrique:  
ya conozco tu engaño y tu mudanza.

CONDE.

¿Quieres que signifique  
la gloria que mi pecho en verte alcanza?  
Mas no podrán razones.

INFANTA.

Ni amarte como yo mil corazones.

CONDE.

¡Ay, Lucinda querida!

INFANTA.

¡Ay, adorado ingrato!

CONDE.

Amor lo sabe,  
que dice que eres vida  
del alma que te doy, prenda suave. (1)

INFANTA.

Y así en cambio mis brazos (2)  
te da mi amor, con mil estrechos lazos (3).

(*Abrázale con sueños.*) (4)

CONDE. Glorias de mi alma iguales (5),  
cielo que el pecho enriqueces,  
hermoso sol que amanece  
a la noche de mis males.

(*Aquí despierta la INFANTA.*)

\*Dulces prendas celestiales,  
que os merezco, miro y toco;  
de gozo me vuelvo loco.\*

INFANTA. ¿Qué es esto, cielos! ¡Ay, triste!  
CONDE. ¿Tan presto te arrepentiste  
del bien que en sueños me dabas?  
¡Pero, en efecto, soñabas,  
y los sueños, sueños son!

INFANTA. ¡Suelta, ingrato!

CONDE. No es razón  
que así permitas que muera.  
¡Detente, Dafne ligera!  
INFANTA. Ligera sí, Dafne no;  
que a no ser ligera yo  
no me dieras...

CONDE. Alma y vida  
te he dado, prenda querida,  
y a la luz de aquellos ojos  
mi libertad en despojos  
humilde rendí.

INFANTA. ¡Ah, traidor!

CONDE. Cese ya tanto rigor.  
¡Oye, mira, escucha, advierte!

INFANTA. Que son tus brazos mi muerte  
oigo, advierto, escucho y miro.

CONDE. Si a más que a ser tuyo aspiro,  
que es el mayor bien del alma,  
que juzga a gloriosa palma

(1) *Ed.*: prenda suave lo dice la Infanta.

(2) *Ed.*: abrazos.

(3) *Ed.*: brazos.

(4) *Ms.*: Abrazale (sic) y despierta alborotada la Infanta.

(5) *Ms.*: gloria que al pecho regalas.

(1) *Ed.*: el.

(2) *Ed.*: tu.

rendirse a tanta belleza;  
 si en mí no es naturaleza,  
 \*lo que en otros elección,  
 que adorar el corazón  
 ese rostro celestial  
 es ya deuda natural  
 debida a tanta hermosura;  
 si pretendo más ventura  
 que la gloria de tus brazos,  
 cuyos dulcísimos lazos  
 han atado mi albedrío;  
 si de otro, mi bien, confío  
 que de tu cielo divino,  
 cuyo velo cristalino  
 engasta dos soles bellos;  
 si desos rizos cabellos  
 no cuelgan mis esperanzas;  
 si jamás hizo mudanzas  
 ni te ha ofendido jamás  
 mi amor, que ofendiendo estás  
 al tiempo que más te adora;  
 si yo he querido a Leonora,  
 y si querido la hubiera,  
 corrido de arrepentido  
 muera a manos de tu olvido,\*  
 alcánceme tu rigor,  
 ¡que es la desdicha mayor  
 que pueden darme los cielos!

(Sale LEONORA, y no acaba de salir.)

LEONORA. ¿Hay en el mundo más celos,  
 \*o tiene el infierno pena  
 como ésta, a que me condena  
 un desengaño a la vista?  
 ¿Qué pecho habrá que resista\*  
 tantos males, tantos daños?

CONDE. Mira, mi bien.

INFANTA. Tus engaños.

CONDE. Mejor dijeras mis penas,  
 aunque están de gloria llenas  
 por tal causa padecidas.

INFANTA. Suelta.

CONDE. Quitame mil vidas,  
 y no me quites tus brazos.

INFANTA. Harélos antes pedazos.  
 Primero me mataré.

CONDE. ¿Así se paga mi fe?

INFANTA. ¿Y así se paga mi amor?

CONDE. ¿Sabe el cielo mi dolor!

INFANTA. ¿Sabe el cielo mi tormento!

(Aquí escapa de ENRIQUE y hace como que se va,  
 y ENRIQUE la detiene.)

CONDE. Detente.

INFANTA. Es asir al viento.

CONDE. Mira un pecho que te adora.

INFANTA. No quiero ver a Leonora.  
 ¡Muere, pues me matan celos!

(Vase.)

CONDE. ¡Oh, maldiganla los cielos,  
 aunque a su sol enamora.

(Sale aquí LEONORA del todo.)

LEONORA. A tan justa petición,  
 ¿quién no responderá amén?  
 Y está muy puesto en razón,  
 que pues yo te quiero (1) bien  
 me alcance esta maldición.

¡Falso, traidor, fementido!

¿a tanto amor y a fe tanta  
 esto es haber prometido:

Para siempre está la Infanta  
 ya sepultada en mi olvido?

\*¿Son las pasiones pasadas  
 que en esta guerra, a lanzadas  
 salieron del corazón?

Pero ¡ha sido tu traición!

¡Fueron mentiras doradas!\*

Agravios son, no son celos,  
 que los dudosos recelos  
 aun se pudieran sufrir.

CONDE. Oye.

LEONORA. ¿Querrásme decir  
 que me maldigan los cielos?

(Sale la INFANTA, y no acaba de salir.) (2)

INFANTA. Persuadida y adorada  
 me he visto, si desdeñada,  
 y así vuelvo agradecida;  
 cuanto menos ofendida,  
 tanto más enamorada.

\*¿De qué sirve resistirme,  
 si quiere el alma entregarse,  
 si está cerca de rendirse?

¿Para qué quiere apartarse,  
 si luego ha de arrepentirse?\*

Mas ¿qué miro? ¿Hay tal mal-  
 Lo que te digo es verdad. [dad?  
 Y es también, Conde, tormento  
 querer que el entendimiento

(1) Ms.: quise.

(2) Ms.: Sale otra vez la Infanta.



quiera y no la voluntad.

INFANTA. ¡Que nunca dé paso yo  
que el de mi muerte no sea!  
¿Quién a tanto mal llegó?

LEONORA. De mí es justo que lo crea;  
mas de tu nobleza, no (1).

CONDE. Si el amor tiene disculpa  
de cualquiera loco error,  
aunque tu lengua me culpa,  
en cuanto tuve de amor,  
me quita él mismo de culpa.

Celoso, fingí quererte,  
para ver si desta suerte  
pudiera hermosura tanta  
borrar del alma la (2) Infanta,  
que no ha de poder la muerte.

\*[Te] b[u]squé por instrumento  
de mi venganza, agraviado;  
de unos celos loco intento,  
que un celoso y desdichado  
cuanto pretende es tormento.

No te quejes ofendida:  
de mi amor la queja olvida,  
pues son mayores mis daños  
si a ti te da desengaños  
y a mí me quita la vida.

Sufre, pues sufro, la muerte,  
o ejecuta tu rigor  
en mi pecho; pero advierte  
que no hay venganza mayor  
que verme de aquesta suerte.\*

Y advierte... (3)

LEONORA. ¿Qué he de advertir?  
¿Qué tienes más que decir,  
ni más penas que me dar?  
Ya, ni más debo escuchar  
ni menos puedo sentir.

INFANTA. ¡Pedilde albricias al alma (4)  
desta gloria, triunfo y palma,  
\*alegres y hermosas flores!

LEONORA. Ya, pues con tantos dolores  
el corazón se desalma,  
y pues fuiste fementido,  
para olvidarte no pido  
remedios, que es caso llano  
que he de hallar en Feliciano  
todo el río de mi olvido.\*

Yo pido a los altos cielos,

porque en desventura tanta  
basta para mis consuelos,  
¡que no goces a la Infanta!  
que mueras de eternos celos! (1)

(*Esc. LEONORA.*)

CONDE. ¿Celos, y agora? ¡Oh, qué bien!  
Cuando penas me combaten  
con importuno vaivén,  
no hayas miedo que me maten:  
que ya me ha muerto un desdén,  
si ha despreciado mis brazos,  
rompiendo amorosos lazos,  
Lucinda ingrata y querida.

(*Aquí sale la INFANTA del todo, y va para abrazar  
al CONDE.*) (2)

INFANTA. Vuelve agora arrepentida  
a darte dos mil abrazos. [rias.  
Desde (3) aquí escuché mis glo-  
vi los triunfos y vitorias (4)  
que rindes a mi firmeza.

CONDE. Di (5), Lucinda, a tu belleza,  
digna de eternas memorias.

INFANTA. Pues mío puedo llamarte,  
dame tus brazos.

CONDE. Detente.

INFANTA. ¿Tan presto quieres vengarte?

CONDE. El honor no lo consiente;  
si el amor quiere adorarte,  
\*si ciego tras sus antojos  
corazón y alma, en despojos,  
quiso rendirte a porfía,  
ya llegas a sangre fría  
cuando abre el alma los ojos:  
ya con antojos de celos  
crece, mirado mi agravio,  
que contemplan mis recelos  
en este jardín a Fabio  
cuando se enlutan los cielos.\*  
Paréceme...

INFANTA. Cierra el labio,  
que es hacer notable agravio  
a tu valor (6) y mi honor  
si te parece; que amor  
jamás tuvo al Duque Fabio.

(1) Ms.: Falta esta quintilla y la anterior

(2) Ms.: a la.

(3) Ms.: advierte.

(4) Ed.: Pide albricias luego alma.

(1) Ms.: Falta esta quintilla

(2) Ms.: Sale del todo Lucinda y (sic) la Infanta.

(3) Ms.: donde.

(4) Ms.: victorias.

(5) Ed.: Vi.

(6) Ed.: dolor.

CONDE. Si la noche que me fuí,  
que te hablaba Fabio oí,  
si en el jardín le vi entrar,  
¿es delito sospechar  
lo que con mis ojos vi?

INFANTA. Enrique, tus celos son;  
y mucho hubieras perdido  
conmigo en esta ocasión,  
más de un papel he sabido (1)  
que te engañó una traición.

\*Y pues satisfecha estoy  
de ti, palabra te doy  
de sacarte deste engaño.  
Mas ¿qué mayor desengaño  
que ser tuya y ser quien soy?\*

CONDE. Mayor no lo puede haber  
si le mido con tu ser;  
mas lo que vi considero.

INFANTA. Es el amor hechicero  
*ver*, Enrique, y *no creer*.

De mil aparentes velos,  
fantasmas forma a los ojos  
que el temor sube a los cielos,  
y este (2) engaño, estos antojos,  
juzgan por verdad los celos.

¿Viste alguna?

CONDE. Eso sería.

INFANTA. Pues, dueño del alma mía,  
ven esta noche.

CONDE. ¡Ay, honor!

INFANTA. Verás quién entra.

CONDE. Mi amor  
de remedios desconfía.  
¿Cómo, si el Rey te ha casado  
con Fabio, podré venir?  
El mismo me lo ha contado.

INFANTA. Es imposible.

CONDE. Vivir;  
yo a lo menos.

INFANTA. ¡Cielo airado!  
¿Por qué encubres desengaños  
permitiendo a los engaños  
que con disfraz de verdades  
atropellen calidades?

CONDE. ¿Qué dices?

INFANTA. Siento mis daños.

\*No que el Rey quiera casarme,  
pero que tú presumieses  
que a tal pudiera obligarme,  
eso siento, pues mil veces

sabré, primero, matarme.

Ha culpado mi lealtad,  
de dos fingidas mujeres (1);  
mas no le[s] temas, pues eres  
quien reina en mi voluntad.\*

CONDE. ¿Quién te puede (2) a ti ofender?

INFANTA. Ven, si lo quieres saber (3),  
porque confirmes mejor  
que es todo engaños amor,  
y así *ver* y *no creer*.

(*Vanse. Sale LEONORA y FELICIANO.*)

LEONORA. Eres cruel.

FELICIANO. Tú, mudable.

LEONORA. ¡Ay, Feliciano! No puedo  
ya dejar de confesarte...

FELICIANO. Por esos ojos serenos,  
que no pases adelante,  
pues que sabes que me has muerto.

(*Salv CELIA.*)

CELIA. ¿Qué es esto, amiga Leonora?  
Nunca pensó el alma menos  
que hallar a los dos aquí.

LEONORA. Vienes, Celia a muy buen tiempo.

FELICIANO. La Infanta viene.

LEONORA. ¡Ay de mí!  
Vamos, Feliciano, luego,  
que, aunque por puntos la tope,  
tengo por azar su encuentro.

(*Vanse FELICIANO y LEONORA, y queda CELIA y  
sale la INFANTA y LAURENCIA.*)

INFANTA. Déjame, Laurencia, sola.

LAURENCIA. Sólo tu gusto obedezco (4).

(*Vase.*)

CELIA. Señora.

INFANTA. Prima querida.

CELIA. ¿Cómo estás?

INFANTA. Traigo un contento  
que revienta por los ojos  
porque no cabe en el pecho.

CELIA. ¿De tu gusto la ocasión

(1) *Ed.*: ha no aver antes sabido.

(2) *Ms.*: que este.

(1) *Ms.*: Falta el verso anterior.

(2) *Ms.*: te pudo.

(3) *Ms.*: Oye si lo as de saber.

(4) *Ms.*: Faltan este verso que dice el Conde antes de hacer mutis con la Infanta, los quince anteriores y las correspondientes acotaciones.

saber, señora, no puedo?  
 INFANTA. Es de un casamiento, Celia.  
 CELIA. ¿Casamiento?  
 INFANTA. Casamiento.  
 CELIA. ¿Casaste tú?  
 INFANTA. Yo me caso.  
 CELIA. Por muchos años y buenos.  
 INFANTA. Muchos no sé si serán;  
 buenos, yo te lo prometo;  
 porque casarse, y con gusto,  
 no han hecho tal bien los cielos.  
 CELIA. Pues ¿quién pudo merecerte?  
 INFANTA. Celia, un Grande de mi reino.  
 CELIA. ¿Será Enrique?  
 INFANTA. No es Enrique.  
 CELIA. Pues nadie en tu pensamiento  
 tuvo jamás tanta parte.  
 (Ap.) Alguna desdicha temo.  
 INFANTA. Que a Enrique quise y me quiso  
 yo, prima, te lo confieso;  
 mas nunca aspiró (1) este amor  
 a más que (2) entretenimiento.  
 \*Sirvióme públicamente,  
 mas otro causó el incendio  
 de mi pecho, que el amor  
 arde mejor en secreto.\*  
 ¿No viste penar a Fabio?  
 ¿No me viste a mí riendo  
 de sus continuas pasiones  
 y encarecidos extremos?  
 \*Y viéndome un hielo entonces  
 ¿quién pensara que era el tiempo  
 en que se abrasaba el alma  
 en la fragua de mi pecho!  
 En secreto padecía  
 sin declarárselo, viendo  
 que era la luz de dos ojos,  
 porque fuera caso feo,  
 siendo mi prima, quitarte  
 tu bien para darte celos.  
 Tú escribiste aquel papel,  
 Celia, no sé con qué intento;  
 llegó a manos de mi padre,  
 que, viendo mi honor deshecho,  
 sin que disculpas bastaran  
 ordenó este casamiento.  
 Yo, pues, viéndome obligada  
 a mi honor y amor, ardiendo  
 en su punto mis pasiones,  
 imposible tu remedio,

dije que seré su esposa;  
 y así, vine a darte luego  
 los brazos, el alma y vida  
 por la traición que me has hecho.\*  
 CELIA. ¿Que casas con Fabio?  
 INFANTA. Digo  
 que a medida del deseo  
 son sus prendas. ¿Quieres más?  
 CELIA. ¿Qué más desdichas espero,  
 si mi honor corre a tu cuenta,  
 si son dorados los yerros,  
 disculpadas las traiciones  
 que por el amor se han hecho?  
 \*Si cuando casan los reyes  
 hacen mercedes, no puedo  
 dejar de alcanzar, señora,  
 ésta que te estoy pidiendo.  
 Fabio, ¿dueño de mi vida!,  
 el que puso por el suelo  
 el alcázar de mi amor  
 con balas de pensamientos,  
 a tu belleza rendido,  
 ingrato a mi amor atento,  
 que heladas ingratitudes  
 encienden de amor el fuego,  
 con ellos pudo obligarme  
 a que atrevida, fingiendo  
 que eras tú, pues te adoraba,  
 lograrse yo mis deseos.  
 Una noche, en fin, tan noche  
 que pudo su manto negro  
 servir de nube al engaño  
 y al alma de triste agüero,\* (1)  
 entre unos mirtos floridos,  
 adonde (2) un manso arroyuelo,  
 \*murmuraba bullicioso  
 nuestros engaños riendo,\*  
 con este Fabio que nombras (3)  
 en el jardín le rindieron  
 mi ciego amor y mis brazos  
 mil amorosos trofeos,  
 y esta noche concertamos  
 que volviese al mismo puesto.  
 Mira, pues...

(1) Ed.: Este verso y los siete anteriores del Ms. quedan reducidos a los cuatro siguientes:

*Suplicote me perdones  
 porque una noche fingiendo  
 que eres tú pues te adoraba  
 para lograr mis deseos.*

(1) Ms.: *espiró*.  
 (2) Ms.: *a más de*.

(2) Ed.: *junto de*.  
 (3) Ms.: *con el que te dije agora*.

INFANTA. No digas más,  
que ya sé todo el enredo;  
\*ya tu traición he sabido  
y tus engaños, que hicieron  
que el sentido se engañase  
que yerra (1) y se engaña menos.\*  
Yo quisiera remediallo,  
Celia, pero ¿cómo puedo,  
si el Rey ha visto en la carta  
que es Fabio de mi honor dueño?  
CELIA. Si se engañaron sus ojos,  
un desengaño tracemos  
que tu honor limpio restaure  
y se desengañen ellos.  
INFANTA. ¿Harás lo que te dijere?  
CELIA. Seré tu esclava a lo menos.  
INFANTA. Pues haz que acuda esta noche,  
y lo demás trataremos.

(*Vanse. Salen ENRIQUE, galán; CLASCANO, ORTENCIO y FULGENCIO, criados.*)

CONDE. Adórote, noche oscura,  
con quien el alma se alegra;  
que aspira en tu sombra negra  
al blanco de su ventura.  
CLASCANO. \*¡Oh, qué tierno corazón  
que tienes!  
CONDE. No soy cruel;  
si es verdad lo del papel,  
¿no está clara la traición?  
Y cuando verdad no fuera,  
¿qué pierdo yo en ir allá?  
CLASCANO. Del todo tu amor esta  
rendido, mas considera  
que si tu alma porfia  
en no creer lo que ve,  
que ha menester mucha fe,  
y yo mayor cortesía.\*  
Dame el colete, Clascano,  
que ya se enlutan los cielos.  
CLASCANO. ¡Gracias a Dios que tus celos  
se han acabado.  
CONDE. Es muy llano. (2)  
¿Nunca se engañan los ojos?  
CLASCANO. Muchas veces, y lo fundo,  
pues cuanto ves en el mundo  
son emblecos y antojos.  
Y mira...  
CONDE. No más, Clascano:

ya lo vi, las burlas deja.  
CLASCANO. Pues nadie, señor, se queja,  
no me detengas la mano.  
CONDE. Dame, Fulgencio, la espada.  
FULGENCIO. Es tiesa, pero ligera.  
CONDE. La negra me das, espera.  
FULGENCIO. ¿Cuál quieres, pues?  
CONDE. La dorada.  
Cubridme de galas y oro;  
muestre el alma su contento.  
CLASCANO. Retratas tu pensamiento.  
CONDE. Y él retrata el bien que adoro.  
CLASCANO. En las plumas hay diamante  
que vale dos mil ducados.  
CONDE. Dí que te los den contados.  
CLASCANO. La fama tus hechos cante (1).  
CONDE. ¿Qué hora es?  
ORTENCIO. Las once son.  
CONDE. Pues dame el broquel, que es tarde.  
ORTENCIO. \*¿Iremos?  
CONDE. No.  
ORTENCIO. Dios te guarde.\* (2)  
CLASCANO. Quédense.  
ORTENCIO. ¡Lindo lebrón!

(*Vanse todos. Salen CELIA y LEONORA al jardín, de noche.*)

CELIA. \*Estos arroyos y plantas,  
árboles y flores bellas,  
son los testigos, Leonora,  
de mis glorias y mis penas.  
Aquí gocé bienes dulces,  
mas temo que no se vuelva  
en rejalar el almibar,  
tanto contento en tristeza.  
¡Poco duran los engaños,  
que no hay en el mundo fuerza  
como la de la verdad!\* (3)  
LEONORA. Deja, Celia (4) esas quimeras.  
CELIA. ¡Ay, Leonora! Aunque la Infanta  
es mi prima y me prometa  
que restaurará mi honor,  
\*que confíe y que no tema,

(1) Ms. Falta esta redondilla y las cuatro anteriores.

(2) Ed.: Dice este verso:

ORTENCIO. ¡Iremos ya!  
FULGENCIO. Dios te guarde.

(3) Ed. Dice este verso.

CELIA. En este jardín le aguardo

(4) Ms. dexa amiga.

(1) Ms.: *hiera*.

(2) Ms.: Falta esta redondilla.

temo, y tema mi desdicha,  
porque no quiero que sepa  
de la suerte que ha de ser.  
¡Gran duda!

LEONORA.  
CELIA. ¡Terrible prueba!

Sólo me dijo que hiciese  
que Fabio, esta noche mesma,  
viniese al puesto en que estoy.  
Luego ¿vendrá?

LEONORA.  
CELIA. Aquí le espera  
el alma; mas fingir tengo  
la Infanta.

LEONORA.  
CELIA. Desa manera  
proseguirás el engaño.  
¡Claro está!

LEONORA.  
CELIA. No sé si aciertas.  
¿Qué he de hacer, si estoy perdida?  
Y así, pues mi compañera  
fuiste en todo, aquí te traigo  
para consolarme.\* (1)

LEONORA.  
CELIA. Espera.  
¿Qué sientes?

LEONORA.  
CELIA. Siento ruido.  
Temo que el Duque no sea.  
Pues yo me voy.

LEONORA.  
CELIA. Vete, amiga.  
¿Dónde estarás?

LEONORA.  
CELIA. A la puerta.

(Vase. Sale el DUQUE FABIO.)

FABIO. \*¡Cielo benigno!, a mi suerte  
haz ojos de las estrellas  
para contemplar mis dichas,  
por ver mis glorias inmensas.  
Pero, envidioso, mirando  
de Lucinda la belleza,  
se ha puesto negro rebozo,  
no han osado salir ellas.\*  
¿Es el Duque?  
CELIA. ¡Bella Infanta,  
hermosa y divina prenda!  
FABIO. \*de una alma que os ha alcanzado.

(1) Ed.: Sólo hay los versos siguientes:

CELIA.] Yo temo.  
LEONORA. Terrible prueba.  
CELIA. Solo me dijo la Infanta  
que a Fabio esta noche negra  
trujese al puesto en que estoy.  
LEONORA. Luego ¿vendrá?  
CELIA. Aquí le espera  
el alma y fingir intento  
ser la Infanta amiga.

puesto que mil no os merezcan.\*  
el Duque soy, vuestro esclavo.  
\*quien a tantas glorias llega,  
que, pues no me vuelven loco,  
no debo de conocerlas;  
mas con lo que alcanza el alma  
sé que sois...

CELIA. Fabio, muy vuestra.  
FABIO. Con sol, quería decir.\*  
CELIA. Mirad que estamos a ciegas.  
FABIO. Pues permitid que mis ojos  
os vean: daldes licencia,  
pues me ha dado el Rey palabra  
que seréis mía.

CELIA. Quisiera  
poder decir el contento,  
mi bien, que me da esa nueva;  
\*mas en tales ocasiones  
quien menos habla es la lengua.  
Ya lo supe de mi padre  
antes, y así, donde quiera  
licencia os doy que me habléis.  
FABIO. Dejad que bese la tierra  
que pisan tan bellas plantas.  
CELIA. No permitáis que se ofendan  
mis brazos.

FABIO. Lazos serán  
con que atéis alma tan vuestra.\*  
CELIA. Vamos tras de (1) aquellas murtas,  
que tengo que (2) daros cuenta  
de infinitas cosas. (3)

FABIO. Vamos.  
mi bien.  
CELIA. No sé si lo crea.

(Vase los dos. Sale el CONDE ENRIQUE y CLAS-  
CANO.)

CONDE. ¿Caiste?  
CLASCANO. No ha sido nada;  
sólo me quebré una pierna  
y un brazo, que las costillas  
creo que quedan enteras.  
CONDE. \*No será tanto, borracho;  
miralo bien; no lo creas.  
CLASCANO. Basta, que por mis desdichas  
volvimos a nuestro tema.  
CONDE. Habla paso  
CLASCANO. ¿Cómo paso?

(1) Ed.: tras aquellas.

(2) Ed.: Tengo de.

(3) Ed.: de mil niñerías.

Pues, si embrazo la rodela  
y empuño la del perrillo,  
¿qué importará que nos sientan?\*

CONDE. En este puesto me dijo  
que aguardando me estuviera  
\*la Infanta. (1) ¡Plantas hermosas,  
besasteis las suyas bellas,  
visteis sus alegres soles  
entre esta triste tiniebla!  
¡Decildo, arroyos parleros,  
dad al alma alegres nuevas!  
¡Ay, amigo, no está aquí!  
¿Qué he de hacer?

CLASCANO. ¡Cosa que sea  
que te haya dado mamola!\*

CONDE. ¡Oh, maldiga Dios tu lengua!

CLASCANO. \*Mira, pues, en qué pararon  
las lágrimas y las quejas.  
¡Esto sí quisiera yo  
que vieras y no creyeras!\*

Vente tras mí hasta la fuente (2)  
del mármol, que es la postrera  
del jardín.

CLASCANO. ¡Qué fe que tienes! (3)

CONDE. Sin duda que allí me espera. (4)

(Vase. Salen el REY, la INFANTA, LEONORA, FELICIANO y dos PAJES con dos hachas encendidas.) (5)

INFANTA. ¿Quedarás desengañado?

LEONORA. ¡Cielos! ¿Qué desdicha es ésta?

REY. ¡Yo haré un castigo que iguale  
su maldad y su insolencia!

INFANTA. \*Con el enojo, señor,  
te olvidas de la promesa;  
palabra de perdonalles  
me diste.

REY. Pues cumpliréla,  
que no hay cosa que me pidas,  
Infanta, que no conceda.  
a tu honor agradecido,  
obligado de tus prendas.

(1) Ed.:

la Infanta.

CLASCANO. Cosa que Celia  
que te haya dado mamola.

(2) Ms.: Lleguémonos a la fuente.

(3) Ed.: ¿qué fue? que tienes?

(4) Ed.: no dudes que allí me espera. Dícelo CLASCANO.

(5) Ms.: Vanse dentro el jardín. Sale el Rey, la Infanta, Celia, Feliciano y dos pajes con achas encendidas, y Laurencia.

LEONORA. ¡Qué ruido! ¿Si es el Duque?

FELICIANO. Oíd. ¿Qué voces son éstas?\*

(Dicen dentro, a voces:)

CONDE. Aspid que para matarme  
te escondiste (1) entre la yerba.  
¡hoy has de morir!

CELIA. ¡Ay, triste!

FABIO. ¡Suéltame, señora!

CLASCANO. ¡Muera!

LEONORA. ¡Qué ruido! (Ap.) ¿Si es el Du-  
[que éste?

REY. ¿Qué cuchilladas son éstas? (2)

(Salen riendo el CONDE ENRIQUE y el DUQUE FABIO, y CELIA deteniéndolos, y queda dentro CLASCANO.)

CONDE. ¡Déjame, falsa enemiga;  
déjame, ingrata, que muera,  
\*pues me matan desengaños  
y averiguadas sospechas!

FABIO. ¡Hoy ha de acabar, Enrique,  
a mis manos tu soberbia!\*

REY. ¿Qué es esto?

FELICIANO. ¡Ténganse todos!

REY. ¿Qué locura, o desvergüenza,  
es la que intentáis los dos?

CONDE. Señor... (Ap.) ¿Qué desdicha es  
[ésta?

¡El Rey viene con la Infanta!

¡Oh, malhayán mis sospechas,

que a tal punto me han traído!

\*Pero ¿quién no lo creyera  
si lo viera como yo?\*

FABIO. ¿Qué es esto, enemiga Celia?  
¿no eres la Infanta?

CELIA. No soy,  
sino la misma firmeza.

REY. \*¿Qué respondéis?

CONDE. Yo, señor,\* (3)

vi que escalaba la huerta  
un hombre, salté tras él,  
halléle hablando con Celia;  
fué fuerza reñir los dos,  
hallásteme en la pendencia;  
si en esto yo te (4) ofendí,

(1) Ms.: te escondes.

(2) Ms.: Falta este verso; el anterior le dijo ya

LEONORA.

(3) Ms.: si con esto te.

(4) Ed.:

CONDE Yo señor  
yendo rondando.

CELIA. aquí tienes mi cabeza.  
Para disculpar mis culpas,  
la lengua de Amor (1) quisiera.  
REY. Yo sé todo lo que pasa,  
tus enredos y quimeras;  
dale de esposa la mano  
a Fabio.  
FABIO. Señor, espera.  
REY. ¡No hay qué esperar!  
FABIO. ¿Que la Infanta?...  
REY. Es espejo de limpieza;  
si te engañaron, ¿qué quieres?  
FABIO. No es razón que engaños puedan  
hacer que atrás tu palabra... (2)  
REY. ¡Cortaréte la cabeza!  
FABIO. Si es tu gusto, no replico;  
vuestro soy.  
CELIA. Y yo muy vuestra. (3)  
REY. Tú, Enrique, dale la mano  
a la Infanta, que es la prenda  
con que premio tus hazañas.  
CONDE. Es hecho de tu grandeza;  
tu mano pido corrido.  
INFANTA. En amorosas quimeras,  
ver, Enrique, y no creer.  
CONDE. Sólo creo tu firmeza.

INFANTA. A Feliciano y Leonora  
casaré, con tu licencia.  
REY. Dense las manos los dos.  
*(Sale CLASCANO, todo alborotado y la espada desnuda.)*  
CLASCANO. ¡Ah, lacayo infausto! ¡Espera,  
pues no te valdrán los pies  
contra mis manos horrendas!  
CONDE. ¡Clascano!  
CLASCANO. Señor.  
CONDE. ¿Qué es esto?  
CLASCANO. ¡Aquí es ello, aquí me queman! (1)  
REY. ¿Quién es éste?  
CONDE. Mi criado,  
que aún le queda la pendencia  
en los cascos.  
CLASCANO. Pues ¿no hay nada  
para mí?  
LAURENCIA. Aquí está Laurencia,  
que te espera con los brazos  
abiertos.  
CLASCANO. ¡Oh, ninfa bella!  
Y aquí tienes un Roldán  
loco por tanta belleza.  
CONDE. Y de *Ter* y no *creer*  
da fin también (2) la comedia.

(1) *Ms.*: de amor la lengua.  
(2) *Ed.*: hazer que de atrás tu palabra.  
(3) *Ms.*:

REY. Duque, guarda tu cabeza.  
CELIA. Yo soy vuestra.  
FABIO. Si es tu gusto  
no replico buestro soy.

(1) *Ms.*: Faltan este verso y los cinco anteriores.  
(2) *Ms.*: da fin aquí. Este verso y los nueve anteriores faltan en el fol. 64, recto, en que termina la comedia, pero están, tachadas, en la última hoja, recto, donde van las licencias de representación.

# LA VILLANA DE GETAFE

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA

A DON FRANCISCO LOPEZ DE AGUILAR

Juntanse a concilio poético ciertos que hablan siempre en versos, y deben de saber hacerlos, aunque quien esto sabe, pocas veces habla en ellos, que cuando los dueños andan a buscar quien se los oiga, no pienso que arguya buena opinión, que anda (1) siempre fuera de la persona, y muchas leguas de la propia conversación. Y en esta junta, o digamos Ateniense Liceo, llegó un soneto mío al rayo de aquel generoso caballero, tan desdichado como ilustre, que decía así:

"Venerable a los montes laurel fuera  
Júpiter servador, tu sacra encina,  
si tu mano feroz la sierpe trina  
en su tronante origen suspendiera.

Cuando el temor humano considera  
tal vez inmóvil la piedad divina,  
teme la majestad, porque imagina  
preciso el orden de la eterna esfera.

¿Por qué de un árbol siempre duro hiciste  
defensa al cielo, ¡oh tú!, que su horizonte  
bañado en esplendor trémulo viste?

¡Ay, decreto fatal!, en todo un monte  
blanco a las flechas de sus iras fuiste,  
y siendo Endimión, mueres Faetonte."

Aunque éste no sea su propio lugar, y más pareciera carta de defensa que delictoria de una fábula, en tanta amistad, en tanto amor, y escribiendo a ingenio tan coincidentalmente docto, no cae fuera de su lugar satisfacer brevemente a las objeciones propuestas, aunque si en esto he de mirar, teniendo tanto escrito, corta fuera mi vida, puesto que la igualara el cielo con la de aquellos hombres en cuyo siglo había menos poetas, pero más sabios.

A Júpiter llamaron *servator*, consagrandole la encina por el primero sustento del mundo. *Jovis arbore*, y *sacra Jovi*, dijo Ovidio; *amica Jovi*, Valerio Flaco; y Claudiano y Alciato en una emblema: *Grata Jovi est quercus qui nos vervat foretque*. Pero si no está la dificultad en esto, y les enfada haber llamado al rayo de Júpiter sierpe trina, porque usan tanto de sierpe de cristal para las aguas, debe de ser este elemento más común por la tierra, con que le merclan

como junta de dos ceras los astrólogos, que el fuego elemental no todos le alcanzan de vista, por fácil que nos le enseñen los *Meteoros* de Aristóteles; llamarla trina, siendo de tres puntas, ¿qué dificultad tienen? *Trisulci fulminis*, dijo Séneca de los antiguos; y Policiano, de los modernos: *Trifidum fulmen*; y por la misma razón Baptista Pio de Neptuno: *Trifido tridentis*; y Claudiano: *Cuspis trifida*; y Ovidio en la muerte de Faetón por el rayo:

"*Naiades Hesperie fumantia flamma  
corpora dant tumula.*"

Pero no les pareciera que es lo mismo que trino, de quien usaron César, Cicerón y Suetonio.

Si Endimión fué cazador, ¿por qué se contentan, por calumnia, de que haya sido astrólogo? Valerio le llama: *Lathmus venator*; Reusnerio: *Errantem sylvis Endimiona*; Ovidio: *Lathmus Endimion*, y aquellos versos:

"*Lathmus aestiva residet venator in umbra,  
dignus amore Dec.*"

Natal Comite, en su *Mittheologia* (1), da la culpa de los amores de la luna, porque: *ad lunc lumen venatorum*, de donde le nació para su astrología el observarla, y decir Pausanias que tuvo de la misma diosa cincuenta hijos, habiéndolo él sido de Ethleo, y de Calices. Finalmente, no olvidaron esta opinión después de todos Fausto Sabeo, Vespasiano Estroza, y el Sanazaro, y todo el soneto junto se entiende así: D. Miguel de Guzmán era cazador, andaba por los montes, no se hizo hijo del Sol, aunque pudiera, siendo del duque de Medina Sidonia, pues ¿cómo le mata Júpiter con su rayo, si fué sólo Endimion por las selvas, y no por el cielo Faetonte? V. M. no se cansa en su defensa, sino recibe en su servicio y protección esta fábula mientras sale a luz con su nombre la Filomena, con mas digno estilo de su alto ingenio, aunque también desigual a sus merecimientos y mis deseos. Dios guarde a V. M.

Su capellan,

*Lope de Vega Carpio.*

(1) *Ma: ande.*

(1) *Ma: Mittheologia.*



FIGURAS DE LA COMEDIA

DOÑA ANA.  
INÉS, *labradora*.  
PASCUALA, *labradora*.  
BARTOLOMÉ, *labrador*.  
HERNANDO, *labrador*.  
DON FÉLIX, *caballero*.  
LOPE, *su criado*.  
DOÑA BEATRIZ.

RAMÍREZ, *escudero*.  
RUIZ y ZAMORA, *camionantes*.  
SALGADO, *estudiante*.  
PEDRO, *estudiante*.  
MARTÍNEZ, *estudiante*.  
DON PEDRO, *caballero*.  
FABRICIO, *criado*.

LEONELO, *criado*.  
LUCIO, *criado*.  
JULIA, *criada*.  
URBANO, *viejo*.  
FULGENCIO, *viejo*.  
DOÑA ELENA, *dama*.  
CARRERA y RIBAS, *criados*.

(REPRESENTÓLA VALDÉS.)

ACTO PRIMERO

Salen DOÑA ANA, *dama*; DON FÉLIX, y LOPE, *lacayo*.

ANA. ¿A Sevilla vas, en fin?  
FÉLIX. En fin, a Sevilla voy,  
sólo a procurar mi fin.  
LOPE. Mientras con la yegua estoy,  
di que me tenga el rocín.  
ANA. ¿Ya te vendrán a llamar,  
y ahora acabas de entrar?  
¿Qué hay, Lope?  
LOPE. Dejé a la puerta,  
por verte...  
ANA. ¿Hallárame muerta!  
LOPE. El caminante ajuar:  
maleta, portamanteo,  
rocín, fieltro y guardasol.  
FÉLIX. Que nos ha de ofender creo,  
si aquí dejamos el sol;  
más que el calor, el deseo  
los ojos han de llover:  
el fieltro puedes llevar.  
ANA. ¿Buen modo de encarecer!  
LOPE. Si tanto piensas llorar,  
fieltro será menester.  
ANA. Si aquí te partes llorando,  
¿qué harás cuando estés ausente?  
FÉLIX. Morir, doña Ana, pensando  
quien queda en Madrid presente  
tu gusto solicitando.  
¿Ay de quien se va a Sevilla  
a negocios de un indiano,  
adonde por maravilla  
vendrá una carta a mi mano!  
Ni tú querrás escribilla,  
y yo, triste, en dolor tanto,  
con soledades del gusto  
que con matrimonio santo  
pensé gozar, como es justo,

ANA.

causaré el cielo con llanto.

Yo aseguro que en partiendo,  
de don Pedro los servicios  
solicitando, escribiendo  
y dando de amor indicios,  
le dan lo que yo pretendo;  
que como el que ya murió  
no puede volver por sí  
contra aquel que le ofendió,  
no podré volver por mí,  
que ausente y muerto soy yo.

Don Félix, si a tu partida  
no nuestro más sentimiento,  
es porque estoy ofendida;  
y hace mal tu pensamiento,  
si allá me llevas la vida.

Sin imaginar que en mi  
hay potencias, ni sentidos,  
todo lo llevas en ti:  
ojos, manos, gusto, oídos;  
sombra soy, no soy quien fui.

La voluntad en mi amor,  
la memoria en tu deseo,  
que ausente será mejor,  
que el sol que en partirte veo  
crece la sombra al temer;  
pues ya de mi entendimiento  
¿qué te puedo yo decir?  
Dirás que es falso argumento,  
si apenas para sentir  
me ha de quedar sentimiento.

Deja de don Pedro celos,  
que en tanto que por tu parte  
aseguras mis recelos,  
no han hecho para olvidarte  
talle ni ingenio los cielos.

Cúmplenme ausente la fe  
que de ser mío me has dado.  
Como parto volveré,  
pues ya voy asegurado

FÉLIX.

de que firme te hallaré.

Daré prisa, por volver,  
doña Ana, a casar contigo,  
a lo que llevo que hacer.

ANA.

¿Cumplíraslo?

FÉLIX.

En lo que digo,  
¿qué duda puedes poner,  
sin ofender tu valor?

ANA.

¿Mil años te guarde el cielo!  
No agravies, Félix, mi amor;  
y pues de ausencia el consuelo  
y la obligación mayor  
es escribir el ausente  
al que deja, lo que siente,  
no venga a Madrid correo  
sin nuevas de tu deseo  
y que tu salud me cuente.

FÉLIX.

Tú lo verás.

ANA.

Dios te guarde.

FÉLIX.

Partamos, Lope, que es tarde.

ANA.

Lope.

LOPE.

Señora.

ANA.

Oye.

LOPE.

Di.

ANA.

Don Félix parte de aquí;  
yo quedo, y quedo cobarde.  
Hazme un bien.

LOPE.

Pide segura.

ANA.

De acordarle mi deseo;  
y si vieres por ventura  
que trata de nuevo empleo,  
ciego de alguna hermosura,  
ríñele, estorba, desvía  
que no se llegue a mi ofensa;  
que te prometo aquel día  
que llegues...

LOPE.

Detente y piensa,  
señora, la lealtad mía.

Soy hidalgo, aunque lacayo,  
y puedo, en lo que es firmeza,  
ser peñasco de Moncayo.

ANA.

Lope, una limpia belleza  
del más firme ausente es rayo.

Dicenme que hay en Sevilla  
hermosuras con tal brío  
que exceden las de Castilla;  
¿pues la ocasión de aquel río  
y de aquella verde orilla!

¿Ay, Lope! Si en algún barco  
les juntare la ocasión,  
detén al Amor el arco.

LOPE.

Tú verás mi obligación,  
si camino o si me embarco.

¡Vive Dios!, que si le emprende  
ojo negro sevillano,  
que desde lejos enciende,  
sombbrero o blanca mano,  
después moneda de duende

que se convierte en carbón,  
que le he dar un jabón  
con que a tus obligaciones  
pida humilde mil perdones;  
y dame ahora perdón.

que es tarde, y queremos ir  
a Las Ventas a dormir,  
y entrar mañana en Toledo,  
supuesto que tengo miedo  
que no ha de poder salir

o en Getafe ha de quedarse.

ANA.

Lope, bien suelen pagarse  
las buenas obras.

LOPE.

Señora,  
bástales por premio ahora  
tan justamente emplearse.

(*Vase.*)

ANA.

No hay cosa de temor que no se nombre  
con el nombre de ausencia justamente;  
la ausencia es noche, porque, el Sol ausente,  
hace que el mundo su tiniebla asombre;

la ausencia es muerte, porque muerto un hom-  
mortales ojos no le ven presente; {bre,  
la ausencia es deslealtad, pues que consiente  
que se disfamen la opinión y el nombre.

Pues con un enemigo tan extraño,  
justamente a la muerte se apercibe  
quien, antes de venir, conoce el daño.

¡Oh, mal que en el principio el fin recibe!,  
pues antes de llegar el desengaño  
es desdichado quien ausente vive.

(*Vase. Sale INÉS y PASCUALA, labra lora.*)

PASCUALA. No levantéis la cabeza,  
por vuestros ojos. Inés;  
goce el suelo esa belleza:  
contaréis a vuestros pies  
y no a mi vuestra tristeza,  
que a fe que es lo que mostráis  
de vuestro dolor testigo.

¿Qué teméis, en qué pensáis?

Porque, si verdad os digo,  
zagala, no me agradáis.

Si en Getafe no tenéis

quien esa belleza rara  
no trate como queréis.  
¿para qué os laváis la cara  
con lágrimas que vertéis?

Si a cualquiera que os desea  
le decís que de otra sea,  
yo lo que diga pensando,  
que de la corte llorando  
vais y venís a la aldea.

Pero, aunque callar importe.  
deciros será mejor,  
sin que el temor me reporte,  
que con cuidados de amor  
vais y venís a la corte.

Si, obliga a que no lo crea  
conocer quien os desca,  
¿qué tengo yo de pensar,  
si en el campo y el lugar  
andáis triste, y no sois fea?

Yo conozco quien os ama,  
pero no os veo contenta  
cuando os mira, cuando os llama:  
otra ocasión os alienta  
si no me miente la fama.

Vos lloráis, vos suspiráis:  
bien puede ser que tengáis  
otros dolores secretos;  
pero con estos efectos,  
doime a Dios si vos no amáis.

Pascuala querida,  
las obligaciones  
de habernos criado  
amigas conformes  
desde la maestra,  
puntos y labores,  
juntando meriendas  
y los corazones  
con las voluntades,  
en años mayores,  
me piden que diga  
que las ocasiones  
causan mis tristezas,  
penas y dolores.  
De Getafe, aldea  
tan grande que acoge  
a dos mil vecinos,  
iba yo a la corte.  
En estas dos leguas  
cantaba canciones,  
y los pasajeros  
me pagaban porte.  
Requiebros oía,  
pero sus razones

menos me movían  
que si fuera un monte.  
Jamás de Madrid  
saqué pretensiones  
que no las dejase  
en su puente o bosque;  
mas pasando un día,  
ya tú me conoces,  
libre como un ave,  
dura como un bronce,  
una cierta calle,  
no lejos de adonde  
al santo flechado  
hacen una torre.  
estaba en su puerta  
un hidalgo noble:  
sombrerito bajo,  
cuya falda entonces  
de dosel servía  
a los dos bigotes;  
el cuello, parejo,  
haciendo arreboles;  
de blanco y azul  
los puños disformes,  
que de servilletas  
sirven cuando come;  
lienzo de narices,  
nuevas invenciones;  
el rostro y las manos  
en que se los pone  
parecen tres caras  
con cuellos conformes;  
una cuera desto...  
no sé si lo nombre,  
que da mal de madre,  
y entre los olores  
no tiene vergüenza,  
pues porque la doblen  
anda siempre en cueros  
con agua de olores;  
su calza a lo nuevo,  
su zapato doble,  
romo como macho,  
porque tire coces;  
la espada a lo bravo,  
que los valentones  
de las apariencias  
quieren que se asombren;  
chamelote de aguas  
era su capote,  
aforrado en felpa  
con tres guarniciones;  
mas si seda de aguas

INÉS.

quiere que le adorne,  
sepa que mis ojos  
ya son chameletes.  
Iba descuidada,  
y, al pasar, asíome  
de aquestos corales.  
Dios se lo perdone,  
que por no quebrallos  
me fui tras el hombre  
el zaguán adentro.

PASCUALA.

INÉS.

¿Pues bien?  
Pellizcóme;  
y a lo que me dijo  
respondíle ¡oxte!  
como acá lo dicen  
nuestros labradores.  
A la fe Pascuala  
que estos bellacones,  
cansados de pavos,  
ruedas de colores,  
con varios perfumes  
y puntas de Londres,  
gustan de la fruta  
que nace en los montes:  
cantuesos, tomillos,  
mastranzo y treboles.  
¡Oh, qué diestro era  
en decir amores  
y mirar con alma  
y ojos socarrones!  
Si verdad te digo,  
midióme de golpe  
la boca, aunque daba  
sopiros (1) y voces.  
Bajó en este tiempo  
cierto gentilhombre:  
“¿Qué es esto, don Félix?”  
le dijo, y dejóme.  
Sali, mas ¿qué digo?,  
quedéme, y partióse;  
que traje a Getafe  
todas sus faciones.  
Idas y venidas  
he hecho a la corte,  
hasta que mis padres  
vieron mi desorden;  
no quieren que vaya,  
y, cual ves, me ponen  
a que labre redes  
en sus bastidores  
y con mis tristezas

cubra corazones,  
y es el de don Félix,  
que el alma me rompe.  
No puedo olvidalle.  
No quieren que torne  
donde pueda velle.  
Moriré de amores.  
¿Veis aquí, Pascuala,  
porque ejemplo tomes,  
las tristezas mías  
y imaginaciones  
en que pasa el alma  
los días y noches,  
rica de deseos,  
de esperanzas pobre!

PASCUALA.

Hame pesado en el alma.  
INÉS, de tu loco amor,  
y que con ese rigor  
tengas el discurso en calma;  
pero no tengas cuidado,  
que, pues ya no le has de ver,  
presto vendrás a tener  
el corazón sosegado.

INÉS.

y más si pones en medio  
amor en otro lugar.  
Era el remedio olvidar,  
y olvidóseme el remedio.

PASCUALA.

Así dice la canción:  
pero yo sé quién te adora,  
en quien si pones ahora  
tu cuidado y afición,  
no habrá más Félix en ti;  
y, en fin, es amor igual:  
que esotro te estaba mal.

INÉS.

¿Dices por Hernando?

PASCUALA.

Si;  
que es mozo, aunque labrador,  
que no le dará ventaja  
el día que no trabaja  
al cortesano mejor.

Media de punto, zapato  
de cordobán, de telilla  
jubón, cuello con vainilla  
a quien no es el rostro ingrato;  
griguesco (1) y sayo de raja,  
sombrero y cordón de seda;  
pues gracias ¿quién hay que pueda  
llevar a Hernando ventaja  
en saltar, correr, danzar,  
llevar un carro enramado  
por Santiago el Verde al prado?

(1) Ma: suspiros.

(1) M griguesco.

NÉS. Entra, Pascuala, a sacar  
los bastidores y redes,  
y hagamos nuestra labor:  
que no he de tener amor,  
y desengañarte puedes,  
de que mozo del lugar  
no me agrade eternamente.  
PASCUALA. ¡Entro, que un amor ausente  
no es difícil de olvidar!

(*Tase.*)

INÉS.

Sube tal vez alguna débil parra  
por el tronco del álamo frondoso  
hasta su extremo, sin hallar reposo,  
y está loca en sus brazos de bizarra.  
Tal vez del gavilán la veloz garra  
vence la cuerva, y sube el caudaloso  
arroyo al monte, y en su extremo hermoso  
desestima la margen de pizarra.  
Llega a ser mar el más humilde río  
cuando por sus riberas le concede  
que tome de sus aguas señorio:  
luego podré, si el de mi llanto excede,  
igualar esos brazos, Félix mío:  
pues cuanto quiere Amor, todo lo puede.

(*Saca PASCUALA dos bastidores de red.*)

PASCUALA. Aquí las redes están.  
NÉS. A la puerta de la calle  
labraremos.  
PASCUALA. De buen talle  
vienen de la corte y van  
pasajeros por aquí.  
NÉS. De Getafe es uso hacer  
labor a la puerta, y ver  
los que pasan.  
PASCUALA. Es así.  
Gente en el mesón se apea.

(*Salen DON FÉLIX y LOPE.*)

FÉLIX. Pues ¿de Madrid le sacabas  
desherrado? ¿En qué pensabas?  
LOPE. ¿Qué quieres? Disculpa sea  
que en Madrid muy pocos son  
los que no andan siempre herrados.  
FÉLIX. ¿Quién fía de sus criados?  
LOPE. Aguárdame en un mesón  
viendo ese coche que encierra  
gente de tordo y valor,

que allí he visto un pecador.  
FÉLIX. ¿Qué es pecador?  
LOPE. El que hierra.  
FÉLIX. ¿Hay banco allí?  
LOPE. ¿No le (1) ves?

FÉLIX. Parte, que allí enfrente veo.  
para engañar el desco.  
dos labradoras o tres.

Suelen en este lugar  
mozas, como un oro, hacer  
redes a la puerta y ver  
a veces más que labrar,  
y si éstas son como aquella  
que en la corte me agradó,  
en herrar Lope no erró  
si me entretengo con ella.

Dios guarde a vuestras mercedes.  
INÉS. ¡Ay, Pascuala!

PASCUALA. ¿Qué te ha dado?  
INÉS. Este es aquél mi cuidado.  
FÉLIX. Si en el paso labráis redes,  
de la gente que camina  
almas cogeréis en ellas.  
INÉS. A las cortesanas bellas,  
si tales nos imagina,  
puede su mercé decir  
razones tan cortesanas,  
que esto de almas (2), las villanas  
no lo podemos sufrir.

FÉLIX. ¡Vive el cielo que es Inés,  
la labradora aseada,  
bien vestida y bien tocada  
que me dió cuidado un mes!  
¿Hay tal dicha, hay tal ventura?  
Bella Inés, alza la cara  
con esa belleza clara  
como fuente limpia y pura.

Don Félix soy, que ahora llevo  
por la posta en mi cuidado.

INÉS. ¡Ay!  
PASCUALA. ¿Qué es eso?  
INÉS. Heme picado.

PASCUALA. Turbada estás.  
INÉS. No lo niego.

FÉLIX. Levanta el rostro a mirarme,  
no pagues tan mal mi amor.

INÉS. Ya me ha costado, señor,  
querer miraros picarme.

FÉLIX. ¿Sangre os cuestó? Pues ¡por  
que vengo yo tan picado [Dios!

(1) *Ma: lo.*

(2) *Ms: alma.*

que por lo que os he costado  
me pienso sangrar por vos.

Pero suplicoos que honréis  
aqueste lienzo con ella.

INÉS. No quiero manchalle della,  
que es villana, como veís,  
y vos noble caballero.

*(Sale HERNANDO, labrador, con espada debajo el brazo, capa y sombrero.)*

HERNANDO. Labrando están, y aun parlando,  
si no es red que están labrando  
en que caiga el forastero.

¡Que tuviese Inés su casa  
enfrente deste mesón!

¡Bravo talle! ¡Celos son!

¡Todo me hiela y abrasa!

FÉLIX. No estéis, mis ojos, cobarde  
adonde es honesto el fin.

*(Sale LOPE.)*

LOPE. Ya queda herrado el rocín,  
aunque me parece tarde.

Hoy a Las Ventas has de ir;  
pero con estas villanas,  
a la de "Las Dos Hermanas"  
que llegas puedes decir.

¡No estás mal entretenido!

FÉLIX. ¡Quedo, bárbaro, que es ésta  
Inés.

LOPE. ¿Aquella compuesta  
del botinillo polido? (1)

¿La que dió en la devocion  
de pasar por nuestra puerta?

FÉLIX. La cama y cena concierta.

LOPE. Cama y cena, ¿a qué intencion?

FÉLIX. A que no saldré de aquí  
sin ver lo que me quería  
cuando no pasaba día  
que le pasase sin mí.

LOPE. ¿Ves aquí por lo que yo  
truje (2) el rocín desherrado?  
Dos leguas no has caminado  
y apenas se te perdió

Madrid de vista, ¿y ya olvidas  
a doña Ana?

FÉLIX. Es pensamiento  
dirigido a casamiento.  
Pero, necio, no me pidas

cuenta de mi gusto a mí.

LOPE. ¿Luego aquí quieres parar?

FÉLIX. No he de salir del lugar.

INÉS. Quita esas redes de aquí.

PASCUALA. Razón es, que ya anochece,  
y he visto a Hernando acechando.

INÉS. Pues desengañese Hernando  
de que otro amor me enloquece.  
¿Don Félix?

FÉLIX. ¿Mi labradora!

INÉS. ¿A qué venis?

FÉLIX. Sólo a ver  
los ojos de una mujer  
con que la corte enamora.  
¿Mentis?

INÉS. Yo digo verdad.

FÉLIX. Pues mañana lo veré.

INÉS. Aquí, señora, estaré  
más años que en la ciudad  
de Troya el príncipe griego.

FÉLIX. Allí enfrente un labrador  
murmura de nuestro amor.  
INÉS. Que os vais al mesón os ruego,  
que yo os enviaré a decir  
por dónde hallarme podéis.

FÉLIX. Como palabra me déis  
de que os dejaréis servir,  
conoceréis mi firmeza.

INÉS. Adiós.

FÉLIX. Lope, a la posada.

LOPE. ¿Qué tenemos de jornada?

FÉLIX. La cena y cama adereza,  
que está muy lejos Sevilla.

LOPE. Harto más Madrid está.

FÉLIX. Lope, el alma se me va  
por aquella chinelilla.

Duerma doña Ana, pues es  
negocio de casamiento,  
mientras vela el pensamiento  
en los donaires de Inés.

LOPE. Por mí, duerma morabuena;  
tu gusto debo seguir.

y, así, voy a prevenir,  
como mandas, cama y cena;

pero si Inés lleva el fin  
a no más de entretenerte,  
¡vive Dios que he de ponerte  
los zapatos del rocín!

*(Fase DON FÉLIX y LOPE.)*

HERNANDO.

¿Podrá un quejoso hablaste, desdén mío?

(1) M: pulido.

(2) Ma: traxe.

INÉS.

¿Y qué puede quererme a mí un quejoso?

HERNANDO.

Decirte que mi amor es desvarío.

INÉS.

Hernando, mi desvarío es peligroso,  
y quien a los peligros se aventura,  
más tiene que de cuerdo de animoso.

HERNANDO.

¿Parécete peligro tu hermosura?

INÉS.

Paréceme peligro aventurarte  
donde el perderte es cosa tan segura,  
porque primero que yo pueda amarte  
volarán por el aire los delfines,  
y en vez de estrellas en la *etérica* (1) parte  
verás paredes altas de jazmines  
y el Sol todo de yedra revestido,  
tanto que sus facciones determines.

HERNANDO.

Pues primero en las aguas harán nido  
los ruiseñores que en las selvas suelen,  
y el fénix nunca visto y siempre oído,  
y antes verás que tras los sacres vuelen  
contra razón las temerosas garzas  
que al aire la región segunda impelen,  
y antes verás las intrincadas zarzas,  
en vez de espinas, fértiles de fruta  
cuando la vista a tu cercado esparzas,  
y antes verás, cuando de sombra enluta  
la noche el rostro, el Sol como en Oriente  
la tierra estéril y la mar enjuta,  
que yo te olvide ni olvidarte intente  
por mayores agravios que me hagas.

INÉS.

La noche baja, y viene ya mi gente;  
o quiere, o aborrece, si te pagas  
de entretenerte así.

HERNANDO.

¡Detente! Advierte,  
porque de mi verdad te satisfagas.  
Deténla tú, Pascuala.

PASCUALA.

¿De qué suerte?

Paciencia, Hernando; en el lugar hay mozas.

(*Vanse las dos*)

HERNANDO.

¿Así te vas? Pues tú verás mi muerte,  
y tú también, que de mi mal te gozas.

Halla el herido ciervo de la hierba  
de la flecha veloz, en cristal puro  
de clara fuente, alivio, y por lo oscuro  
del monte llama a su amorosa cierva.

El unicornio cándido preserva  
todo animal del áspid fiero y duro;  
en verdes brazos de álamo seguro  
el ruiseñor su pájaro reserva.

La medicina, a enfermedades graves  
con que este ser mortal nos pone asedios,  
halla reparos dulces y suaves.

A todos dió Naturaleza medios,  
¡y yo sólo entre fieras, hombres y aves,  
para afrenta nací de sus remedios!

(*Sale BARTOLOMÉ, labrador.*)

BARTOLOMÉ.

¿Qué cierto que es hallarte en esta puerta!

HERNANDO.

No vienes tú, Bartolomé, sin causa;  
aquí la hallaras no ha un momento abierta.

BARTOLOMÉ.

Aunque Pascuala más cuidados causa,  
me trujo (1) el tuyo, con deseo de verte.  
Música fué mi amor; paró en la pausa.

HERNANDO.

Inés, que de mi vida y de mi muerte  
tiene el imperio, aquí me habló tan fiera  
que no dárme la debo agradecerte;  
si no te hubiera visto, me la diera.

BARTOLOMÉ.

Inés, Hernando, porque en esto acorte  
lo que, si no la amaras, te dijera,  
llena de pensamientos de la corte,  
los principios humildes tiene en tanto,  
sin que nacer tan cerca la reporte.

(1) *M. eterna*

(1) *Ma. trazo.*

que ya se arroja [al] (1) cortesano manto  
y se atreven sus pies a los chapines.  
Pero si quieres remediar tu llanto.

como a pedir a Inés te determines  
por mujer a su padre, no hayas miedo  
que te la niegue, por tan justos fines.

(Ruido dentro.)

HERNANDO.

¿Qué es aquesto?

BARTOLOMÉ.

Los carros de Toledo.  
que, preñados de gente, aquí la paren.

HERNANDO.

Ni el mesón ni la gente sufrir puedo.

(Salen SALGADO y PEDRO, de estudiantes.)

SALGADO.

No he venido en mi vida más cansado.

PEDRO.

¡La gente que ha embarcado el carretero!

SALGADO.

Esos benditos Padres me han molido.

PEDRO.

A mí, una vieja, que en mis tristes lomos  
cargó cien años.

SALGADO.

No lo piensa ella.  
que a la fe que se enrubia y arrebola.

PEDRO.

Disfrácese, ¡pardiez!, cuanto quisiera,  
que como una cadena, que es de alquimia  
en que huele a la herrumbre se conoce,  
así también en el olor las viejas.

SALGADO.

Pues ¿a qué huelen?

PEDRO.

A corral de ovejas.

SALGADO.

El estudiante a la mozuela mira.

PEDRO.

Dad al diablo esa gente de sotana,  
que con tener de asiento el sustantivo  
responden a cualquiera vocativo.

HERNANDO.

Tu consejo me agrada, y determino  
pedírsela a su padre; pero quiero  
darle otro tienta aquesta noche.

BARTOLOMÉ.

Vuelve.

Quizá saldrá a la puerta a ver los carros,  
y más si alguno dellos tañe y canta;  
que yo quiero también acompañarte.

HERNANDO.

Si hará, como Pascuala salga a hablarte.

(Vanse los dos.)

PEDRO.

Parece que la moza y aquel dómene  
se conciertan.

SALGADO.

Si harán.

PEDRO.

Digo cantando.

Ya salen a la puerta. Hagamos hora  
mientras el bellacón del carretero  
da cebada al ganado y se hace un cuero.

(Sale MARTÍNEZ, estudiante, de camino, con sotanilla; Doña BEATRIZ; y el tenga templando una guitarra.)

MARTÍNEZ.

¡Por mi vida, que canta como un ángel!

BEATRIZ.

¿Búrlase de la voz?

MARTÍNEZ.

Fuera yo necio.  
Díganos, por su vida, un toncillo.

BEATRIZ.

¿Sabe, por dicha, "En esta larga ausencia"?

MARTÍNEZ.

¿Quién no sabe ese tono en todo el mundo?

(1) M y Ma.

(Cantando)



En esta larga ausencia...

(Salen (1) RUIZ y ZAMORA, caminantes.)

RUIZ.

¡Ah, mis señores!

cese el cantar, que no ha de haber responso, sino cosas alegres.

BEATRIZ.

¿Querrá un baile?

RUIZ.

Yo sé bailar, si hubiere quién.

MARTÍNEZ.

Ya entiendo.

Allí viene una bella labradora convidada del son.

(Sale INÉS.)

BEATRIZ.

¡Ah, reina mía!

Aquí hay quien cante, si a bailar ayuda.

INÉS.

Mis bailes son a uso del aldea.

RUIZ.

Pues eso pido, y a su gusto sea.

INÉS.

¡Oh, si saliese aquel mi amor dormido!

(Salen DON FÉLIX y LOPE.)

FÉLIX.

¡Baile y fiesta, por Dios!

LOPE.

Dichoso has sido, que a Inés, tu labradora, aquí la veo.

FÉLIX.

¡Oh, bella Inés! ¡Oh, fin de mi deseo!

INÉS.

Ya pensé que estuvieras acostado.

FÉLIX.

¡Mal sabes lo que vela un desdichado!

INÉS.

Por verte vine con aqueste achaque, querido Félix mío, que has querido perseguir mi inocencia hasta buscarme en el sagrado de mi pobre aldea; mas porque aquesta gente ver desea cómo bailan las mozas de Getafe, retírate a mirarme tan turbada como quien se confiesa enamorada.

FÉLIX.

¡Ay, bella Inés! Si de tu hermosa boca merezco yo favores tan notables, para matarme basta que me habies, y basta para hacer que aquí me quede a servirte, a quererte, a acompañarte, que me des esa luz para mirarte. Ponte las castañuelas, y el donaire desos hermosos pies dé envidia (1) al aire; que mientras bailas tú sin divertirme, en tus mudanzas estaré yo firme.

INÉS. ¿Qué es lo que queréis bailar?

MARTÍNEZ. Lo que vos sepáis, señora.

BEATRIZ. ¿Vacas?

INÉS. Aunque labradora, dama, no las sé bailar.

BEATRIZ. ¿Folías?

INÉS. Comunes son.

BEATRIZ. ¿Canario?

INÉS. Soy toledana.

BEATRIZ. ¿Villano?

INÉS. No soy villana en ingenio y condición.

BEATRIZ. ¿Conde Claros?

INÉS. Puede dar gusto a quien tuviere amores, si es verdad que con amores no podía reposar.

BEATRIZ. ¿Zarabanda?

INÉS. Está muy vieja.

BEATRIZ. ¿Chacona?

INÉS. Sátira es.

BEATRIZ. ¿Rey don Alonso?

INÉS. ¿No ves que es juntar corona y reja?

Aquello del ¡ay, ay, ay! tiene un no sé qué, a mi modo,

(1) M: *salgan*.

(1) M: *invidia*.

pues se queja el mundo todo  
de las cosas que en él hay;

no me ha parecido a mí  
como esa dulce canción,  
más a propósito son  
de los que en la corte oi;

quéjense los pretensores  
y quéjense los soldados,  
quéjense los agraviados  
y quéjense los señores.

los criados también dellos  
forman mil quejas secretas,  
los pobres y los poetas  
las barbas y los cabellos;  
todo se queja, y así  
viene bien el ¡ay, ay, ay!

BEATRIZ. ¡Pues vaya con su cambray!

INÉS. ¿Bailláis vos?

RUÍZ. Señora, sí.

(*Cantan y bailan.*)

Una dama me mandó  
que sirviese y no cansase,  
que sirviendo alcanzaría  
todo lo que desease.

¡Ay, ay, ay!

Una señora me pide  
sobre su amor cien ducados;  
¿qué haré yo, ¡triste de mí!,  
que los busco y nos los hallo?

¡Ay, ay, ay!

Celoso estoy de una dama,  
y no puedo sosegar  
de dolores de una pierna;  
¿de cuál me debo quejar?

¡Ay, ay, ay!

Para San Juan debo a un hom-  
dineros en cantidad; {bre

¿qué haré yo, que cada día  
me parece el de San Juan?

¡Ay, ay, ay!

Quise entrar en cierta casa,  
donde era su dueño honrado;  
cogiéronme entre las puertas  
y hanme dado muchos palos.

¡Ay, ay, ay!

(*Sale el CARRETERO.*)

CARRETERO. ¿Qué borrachería es ésta,  
uncidos los carros ya?

BEATRIZ. ¿Está uncido?

CARRETERO. Uncido está.

BEATRIZ. ¡Desbaratose la fiesta!

CARRETERO. ¡Ea! ¡Suban con el diablo,  
que hay dos mil atolladeros!

SALGADO. Vamos.

INÉS. ¡Adiós, caballeros!

MARTÍNEZ. ¡Lo que usáis este vocablo!

CARRETERO. Mucha priesa y mucho "vos",  
y en habiendo guitarruncia  
todo cristiano echa juncia;  
pues ¡voto al agua de Dios  
que si desunzo las mulas!...

PEDRO. ¡Acabad, que sois de hueso!

CARRETERO. ¡Ceja, mozo! ¿No ves eso?  
¡Ver adónde va a reculas! (1)  
¡Ea, pues, háganse atrás!  
¡Tente, mula de un bellaco!

LOPE. ¿Es vuestra?

CARRETERO. ¡Si el cordel saco!...

(*Vanse todos los de los carros.*)

FÉLIX. Espera, Inés. ¿Dónde vas?

INÉS. No me puedo detener,  
que ya preguntan por mí.

FÉLIX. Luego ¿no he de hablarte?

INÉS. Sí.

FÉLIX. Pues, mi bien, ¿cómo ha de ser?

INÉS. A las espaldas, señor,  
de mi casa hay una vieja  
tapia, por quien me aconseja  
que os hable esta noche Amor.  
Detrás, en unos reparos (2)  
pondré los pies.

FÉLIX. ¡Oye, aguarda!

INÉS. Yo sacaré por la barda  
la cabeza para hablaros.

(*Íase.*)

LOPE. ¿Eso te agrada?

FÉLIX. ¿Pues no?

Lo que es melindres y amores  
de cortesanos favores,  
¿a cuál discreto agradó?

Pero el amor de una aldea,  
¿no es cosa del cielo, Lope?

(1) *M a orreculos.*

(2) *Ma reparos.*

LOPE. Como en algo no se tope  
que de hierro o tranca sea...  
FÉLIX. ¿Cuál será la tapia vieja  
por donde me quiere hablar?  
LOPE. ¿Que en esto gustes de andar!  
¿Cuál diablo te lo aconseja?  
FÉLIX. ¿Tú no me darás el pie?  
LOPE. ¿Eres tú representante?  
FÉLIX. ¡Ay, Dios, quién fuera gigante!  
Pente a gatas.  
LOPE. ¿Para qué?  
FÉLIX. Para que subido en ti  
pueda alcanzar a tocalle.  
LOPE. Basta hablalla.  
FÉLIX. ¿Como hablalla?  
LOPE. Dos hombres vienen aquí.

*(Sale HERNANDO y BARTOLOMÉ, con tapado y de tij-  
najas y espadas desnudas.)*

HERNANDO. Con mirar, Bartolomé,  
las paredes desa casa,  
toda el alma se me abrasa.  
FÉLIX. Villanos son; dame el pie.  
LOPE. ¿Gracia tienes!  
FÉLIX. ¿De qué modo?  
LOPE. Hay labrador getafeño  
que con el grueso de un leño  
nos medirá el cuerpo todo;  
¿pues qué, si de una pedrada  
rompe un rayo a una carreta!  
BARTOL. Aquí hay gente.  
LOPE. No te meta  
el diablo en esta celada;  
mira que esta labradora  
te ha dado aqueste lugar,  
por dicha, para vengar  
su pasado agravio agora.  
FÉLIX. ¿Qué le hice?  
LOPE. Pellizcalla,  
y la fruta del zaguán.  
FÉLIX. Pues aquestos no se van.  
LOPE. Yo tengo de hablalla.  
LOPE. Industria lo puede hacer.  
FÉLIX. Pues ¿cómo?  
LOPE. Espérate aquí.  
¿Son del lugar?  
HERNANDO. Señor, sí.  
LOPE. Hacedme, ¿por Dios!, placer,  
de que vamos a buscar  
una bolsa que ha perdido  
mi dueño, que me ha querido,  
de puro enojo, matar:

tiene doscientos ducados,  
con que vamos a Sevilla,  
que no será maravilla  
entre seis ojos honrados;  
arrójenlos por ahí,  
daré a los dos un doblón.  
HERNANDO. Aunque por otra ocasión  
andábamos por aquí,  
de lástima ayudaremos  
a buscarla.  
LOPE. Pues partamos  
adonde nos apeamos;  
desde allí comenzaremos.  
BARTOL. Vamos, vamos.  
LOPE. ¡Oh, quién fuera  
en esta ocasión zaherir!

*(Vase Lope y las dos labradora.)*

FÉLIX. El se los lleva de aquí.  
*(Dixes, en lo alto)*  
IXÉS. ¿Es Félix?  
FÉLIX. Yo soy.  
IXÉS. Espera.  
FÉLIX. No me mandes esperar,  
que estoy ya desesperado.  
IXÉS. Agradezco tu cuidado.  
FÉLIX. Agradecer es pagar.  
IXÉS. ¿Con qué puedo yo pagarte?  
FÉLIX. Con abrirme.  
IXÉS. Bien te abriera,  
Félix, si tu igual naciera;  
pero no puedo igualarte.  
FÉLIX. Pues ¿seré el primero yo  
que se haya casado así?  
IXÉS. Mi fe me dice que sí,  
y mi ventura, que no.  
FÉLIX. Mis ojos, si me igualaras,  
¿en casarme yo qué hiciera?  
Esta es prueba verdadera  
de amor; abre, ¿en qué reparas?  
Seré tu marido, pues;  
treinta palabras te doy.  
¿Como quién?  
FÉLIX. Como quien soy.  
IXÉS. ¿Y negarás las desdén?  
FÉLIX. Si las quebrare.  
IXÉS. No jures,  
que yo te quisiera abrir;  
pero es decir que a morir  
esta noche te aventuras.

FÉLIX. ¿Cómo?  
 INÉS. Hay un mastín aquí  
 que te podrá hacer pedazos.  
 FÉLIX. Esta espada y estos brazos  
 ¿para qué son?  
 INÉS. Es así:  
 mas mi honor, si le hallan muer-  
 ¿con qué podré remediallo? [to.  
 Demás que ya canta el gallo,  
 y está el de casa despierto;  
 y cuando acá se (1) madruga,  
 el alba llorando está  
 sus perlas, no como allá,  
 después que el sol las enjuga.  
 Ten hoy paciencia, mi bien,  
 que también es triste caso  
 que sus glorias tan de paso  
 Amor y el tiempo te den:  
 aguarda en esta posada,  
 yo te enviaré de comer.  
 FÉLIX. ¿Paciencia quieres poner  
 en un alma enamorada?  
 INÉS. ¿Pidote yo que sean siete  
 los años que (2) has de servirme,  
 o que un día esperes firme  
 lo que mi amor te promete?  
 Vete, mis ojos, vete;  
 mira que amanece.  
 FÉLIX. ¡Ay, hermosa labradora!,  
 déjame mirar mejor  
 ese rostro al resplandor  
 de la ya vecina aurora;  
 no me despidáis, señora,  
 que yo me iré cuando sea hora.  
 INÉS. Puesto que tu ruego acete (3)  
 y dilate mi partida,  
 ¿para qué quieres, mi vida,  
 que el perderte me inquiete?  
 Vete, mis ojos, vete;  
 mira que amanece.  
 FÉLIX. ¡Ay!, que esa voz me enamora  
 y tiene el sentido en calma;  
 tened compasión de un alma  
 que a vuestros umbrales llora;  
 no me despidáis, señora,  
 que yo me iré cuando sea hora.  
 INÉS. Gente es aquella. ¡Adiós!  
 FÉLIX. ¡Ay,  
 que el seso me hacéis perder!

(Salen LOPE y los dos labradores.)

LOPE. Perdióse por ir a ver  
 el baile del ¡ay, ay, ay!;  
 que nos fuera harto mejor  
 estarnos en la posada.  
 HERNANDO. Ya debe de estar guardada.  
 BARTOL. Allí está vuestro señor.  
 LOPE. Debe de estar ahorcado.  
 Id con Dios, que sale el día  
 por Madrid, y no querría  
 que me viese acompañado.  
 ¡Oh, qué palos me ha de dar!  
 HERNANDO. El cielo, amigo, os consuele,  
 que en el corazón me duele  
 que no se pudiese hallar;  
 pero con la luz del día  
 la podréis (1) buscar mejor.  
 ¿Qué hará Inés?  
 BARTOL. Dormir.  
 HERNANDO. ¡Qué amor!  
 Mas duermia, que ha de ser mía.  
 LOPE. No dirás que no has tenido  
 de entrar y salir lugar.  
 FÉLIX. Si yo no he podido entrar,  
 ¿cómo puedo haber salido?  
 LOPE. ¡Chufetas, por no decillo!  
 Ahora bien, quírote oler  
 más de cerca, por saber  
 si es verdad lo del tomillo.  
 FÉLIX. ¿Hazte allá, bestia!  
 LOPE. Harto bien  
 me pagas la industria sola  
 con que he dado esta mamola  
 a dos hombres tan de bien!  
 FÉLIX. Parte luego en el rocín  
 a Madrid. ¿Cómo no sales?  
 LOPE. ¿A qué?  
 FÉLIX. Compra unos corales,  
 una sarta, un faldellín,  
 chinelas y zapatillas,  
 como a mis hermanas sueles,  
 ellos oro en los caireles  
 y ellas plata en las virillas,  
 y vuelve a comer aquí.  
 LOPE. ¿Y en Getafe vivirás?  
 FÉLIX. Con no preguntarme más  
 sabrás lo demás de mí.

[L'ons. Sale DON PEDRO, de camino; FABRICIO y LEO-  
 NARDO.]

(1) Ma y quando aqui sale.

(2) M. Por errata: los años que me.

(3) M y Ma. acépte.

(1) 'Ja por ja.

FABRICIO.

¿Quieres desayunarte, o pasaremos?

DON PEDRO.

Diráse misa aquí tan de mañana?

LEONELO.

¡Hartos clérigos hay! Misa hallaremos.

FABRICIO.

Yo pensé que la oyeras con doña Ana.

LEONELO.

Veniste de Sevilla haciendo extremos,  
enamorado desta cortesana;  
vesla en Madrid, es bella, y te resuelves  
a no casarte, y por la posta vuelves.

DON PEDRO.

Leonelo, si hallo luego desta dama  
fama en Madrid que quiere a un caballero,  
que don Félix sospecho que se llama,  
¿no sabes tú que buena fama quiero? (1)

LEONELO.

Pues mira tú cómo mintió la fama,  
porque a Sevilla llegará primero.

DON PEDRO.

¿Fuése a Sevilla?

LEONELO.

Sí.

DON PEDRO.

Pues ¿bueno fuera  
que eso a Madrid, sin causa, me volviera!

FABRICIO.

Quédate aquí en Getafe algmos días,  
hasta que con disculpas volver puedas.

DON PEDRO.

Mejor es acudir a cosas mías:  
que ausente el dueño, quiebranse las ruedas;  
en Sevilla a don Félix pondré espías,  
y sabré si las manos están quedas.

LEONELO.

Ya han traído las postas.

DON PEDRO.

Sube y pica.  
que la virtud es la mujer más rica.

(*Úanse, y salen DOÑA ANA y RAMÍREZ, escudero.*)

RAMÍREZ. Pues yo digo que le vi.

¿De qué sirve porfiar?

ANA. ¿Tú a Lope en este lugar?

RAMÍREZ. En el mismo.

ANA. ¿A Lope?

RAMÍREZ. Sí.

ANA. ¡Loco estás!

RAMÍREZ. Y, por más señas,  
compraba unas chinelillas,  
con calzas y zapatillas  
harto angostas y pequeñas.

ANA. ¿Chinelas de mujer?

RAMÍREZ. Sí.

ANA. Pues ¿ayer no se partió  
don Félix?

RAMÍREZ. Esto vi yo.

ANA. ¿Si se quedó Lope aquí?

RAMÍREZ. Claro está; mas no te dé  
celos dama cortesana,  
que eran las calzas de lana,  
y de media vara el pie.

ANA. Será de Lope el presente,  
si por dicha fregoniza.

RAMÍREZ. La lana desautoriza  
el ser de tu amado ausente.

(*Sale (1) LOPE.*)

Pero vesle aquí.

LOPE. En una hora  
vine, en otra volveré.

ANA. ¿Tente, perro!

LOPE. ¿A mí, por qué?

ANA. ¿No me conoces?

LOPE. Señora...

ANA. ¿Cómo en Madrid?

LOPE. Por la posta

he venido en un rocin,  
¡oh espíritu de Merlin,  
oh jinete de la costa!

desde Getafe a comprar  
bizcochos, calabazate,  
almibar y piñonate,  
aleorzas y agua de azallar,  
que dió del caballo ayer

(1) *Ma. adquiere.*

(1) *M. salga.*

mi señor tan gran caída,  
que no costarle la vida  
milagro debe de ser;

apenas sentí el rumor,  
cuando dije, aunque sin seso:  
"¡La Virgen del Buen Suceso  
vaya contigo, señor!"

Ella quiso que viniese,  
puesto que está en el lugar,  
sin poderse rodear  
mas que si de bronce fuese;

Allí, una buena mujer  
que concierta quebraduras  
le ha hecho ciertas unturas,  
y también le puso ayer  
una estopada famosa  
con incienso y agua ardiente,  
de que aliviado se siente,  
y ya, en efeto, reposa.

No estéis, señora, afligida,  
que, según esta mujer,  
que lo debe de entender,  
debe de ser carne huida,

no hay hueso alguno quebrado,  
que este maldito accidente  
sólo en la carne lo siente.  
¡No lloréis!

Harto he llorado.  
¿Para quién son las chinelas?  
Para mi dafía, señora,  
que también yo tengo ahora  
mi cierto dolor de muelas.

¿Caso que hayas sospechado  
en don Félix mi señor  
alguna infamia en su honor?  
Las calzas me la han quitado.

Ven conmigo, y llevarás  
conservas y agua de olor,  
y una carta a tu señor.

¿Para que no caiga más!

Cayó, Lope, mi esperanza.

[*Ap.*] Tragóla su señoría.

Dulce llevo. ¡Lindo día!

¡Oh, cuál me pongo la panza!

(*Entran. Salen (1) DON FÉLIX y INÉS.*)

INÉS. Engañásme, cortesano.

FÉLIX. ¿Cómo engañarte, mi bien?

INÉS. Pues, dime, ¿de que manera  
podré yo ser tu mujer?

FÉLIX. Yo voy ahora a Sevilla;  
cuando vuelva, te traeré  
galas de corte.

INÉS. ¿Qué dices?

FÉLIX. La verdad te digo, Inés;  
traeré un coche de camino.

INÉS. ¿Coche?

FÉLIX. Para ti también.

INÉS. ¿Para mí? ¿Válgame Dios!

Y que en la corte andaré  
coche acá, coche acullá.

FÉLIX. Luego que pongas los pies  
en él, te has de llamar...

INÉS. ¿Cómo?

FÉLIX. Aguarda, lo pensaré:  
doña Beatriz.

INÉS. No me agrada  
doña Beatriz.

FÉLIX. ¿No? ¿Por qué?

INÉS. Porque tiene el "triz" un eco  
de vidrio, y me quebraré  
¿Doña Anastasia?

INÉS. Es de Papa.

FÉLIX. ¿Doña Costanza?

INÉS. No sé

si nombre que entra con costa  
es bueno para mujer.

FÉLIX. ¿Doña Jimena?

INÉS. Si fuera  
el Cid, me estuviera bien.

FÉLIX. ¿Doña Manuela?

INÉS. Es largo;  
parece que estoy en pie.

FÉLIX. ¿Doña Teresa?

INÉS. Es antiguo.

FÉLIX. ¿Doña Casilda?

INÉS. Con él  
se llama bien una esclava.

FÉLIX. ¿Doña Tecla?

INÉS. ¿Para qué?

Que no has de ser tú organista,  
ni tan libre que [tú] des  
en poner en mí los dedos.

FÉLIX. ¿Doña Esperanza?

INÉS. Es hacer  
de posesión esperanza,  
si tu mujer he de ser.

FÉLIX. ¿Doña Escolástica es bueno?

INÉS. ¿Tengo yo de pretender

alguna cátedra, Félix?

FÉLIX. ¿Doña Brianda?

INÉS. Andar bien  
y con brio pide el nombre.

FÉLIX. Dile tú; nómbtrate, pues.  
INÉS. ¡Ah, cómo te guardas de uno adonde más de una vez te vi pasear la calle, y aun entrar dentro!

FÉLIX. ¿Yo, quién?  
INÉS. ¿No hay doña Anas en el mundo?

FÉLIX. Pues esa señora es mi prima.

INÉS. Por partes de Eva.  
FÉLIX. ¡Maliciosa estás!

INÉS. Si haré.  
FÉLIX. Ahora bien, con cualquier nombre llevada a Madrid, diré que eres hija de un indiano, y que en Cádiz me casé.

INÉS. ¿Que he de creerte? ¡Estoy loca!

(Sale LOPE.)

LOPE. ¡A qué buen tiempo llegué!  
No sé si alabe la espuela, o el rocín.

INÉS. ¿Es Lope?  
FÉLIX. El es.

INÉS. Pues a la noche te espero.  
FÉLIX. ¿Huyes dél?

INÉS. No huyo dél, pero vienen forasteros.

(L'asc.)

FÉLIX. En fin, ¿que no te han de ver mis ojos hasta la noche!

LOPE. Dame tus benditos pies, ermitaño de Getafe.

FÉLIX. ¿Compraste, Lope?

LOPE. Gasté treinta escudos de oro enteros.

FÉLIX. ¿Gastaras cuarenta y seis!

LOPE. ¿Dónde queda?

LOPE. En la posada. Pero a doña Ana encontré, y aquesta carta me dió.

FÉLIX. ¿Tus cosas?

LOPE. No pudo ser de otra manera, señor.

FÉLIX. La carta quiero leer.

(L'lec:)

“Dios sabe lo que he llorado vuestra caída, y que fuese tan peligrosa. En la Virgen del Buen Suceso he mandado decir cien misas, y Lope os

lleva cuatro cajas de perada, dos de alcorzas, dos de azahar y una redoma extremada: si el mal pasare adelante fingiré una novena a Illescas, e iré a veros. Dios os me guarde y levante desa cama con bien.”

LOPE. ¿Esta carta es para mí?

FÉLIX. Sí, señor; ¿ya no lo ves?

LOPE. Pues ¿yo he caído y estoy en la cama?

LOPE. Todo fué por encubrir mi venida.

FÉLIX. ¿Y si me viniese a ver?

LOPE. Remedio habrá para todo.

FÉLIX. ¿Dónde está el regalo?

LOPE. Ven, y verás tanta dulzura, entre cortado papel, hecha un árbol que te eleve.

FÉLIX. Todo lo presento a Inés.

LOPE. Menos lo que yo he comido, que de azúcar, dulce y miel vengo hecho un monasterio;

y aún habrá un (1) torno después.

ACTO SEGUNDO

(Salen PASCUALA y INÉS.)

PASCUALA. Ya no tengo a maravilla que no te alegres jamás.

INÉS. Diez y seis meses, y más, ha que partió de Sevilla.

PASCUALA. ¿Llévate más que deseos?

INÉS. Bien pensaba el cortesano engañarme; pero en vano gasta el ingenio en rodeos.

Yo he visto lágrimas tales en estas puertas, fingidas, que estaban enternecidas las piedras de sus umbrales.

Aunque es verdad que le adoro hasta llegar a morir,

no me puedo arrepentir de haber guardado el decoro como le debo a mi honor,

pues todo debió de ser, como se ha echado de ver,

Pascuala, fingido amor.

(1) M. Falta un.

Estuvo Félix aquí  
ocho dias conquistando  
mi pecho y ocasionando  
que murmurasen de mí;  
como vió que en el lugar  
le miraban con cuidado,  
partiósese desesperado;  
fué sin quererme hablar.  
¡No me costó poco a mí,  
que seis meses me pasé  
de enfermedad, y tal fué,  
que por dos veces me vi  
a las puertas de la muerte!

PASCUALA. ¿Y no te ha escrito?

INÉS. Janías.

PASCUALA. ¿Y ahora qué tal estás?

INÉS. Estoy de la misma suerte,  
y aun sospecho que peor.

PASCUALA. Pues ¿qué quieres?

INÉS. Estoy loca,  
y más firme que una roca.

PASCUALA. ¡Extraña fuerza de amor!

(Sale LUCIO, criado.)

LUCIO.

(Esta sospecho que ha de ser la casa.)  
¿No me sabrán decir vuestras mercedes  
dónde el maestro de las postas vive?

INÉS.

En esta casa de las tapias nuevas.  
Mas diga, caballero, ¿es de la corte?

LUCIO.

No, señora, que vengo de Sevilla,  
aunque sirviendo estoy a un cortesano.

INÉS.

¿Cómo se llama?

LUCIO.

Llámanse don Félix  
del Carpio.

INÉS.

¡Ay, Dios! Y diga, gentilhombre,  
viene bueno ese hidalgo?

LUCIO.

¿Conocéisle?

INÉS.

Sé que es un hombre rico.

LUCIO.

Pues ahora  
lo será mucho más, porque se casa  
con doña Ana de tal, que no sé el nombre;  
mas sé que el dote es veinte mil ducados.

INÉS.

En fin, ¿él viene bueno?

LUCIO.

Y tan gallardo,  
que en el camino le echan bendiciones.  
Hemos venido en mulas, que traemos  
un coche muy galán para la novia,  
y querría tomar agora (1) postas  
para entrar con más pompa.

INÉS.

Dios le guarde  
y haga felices sus dichosas bodas.

LUCIO.

Quedad con El, que estoy de prisa.

(Vase.)

INÉS.

¡Ay cielos,  
que aun hay, amando, mayor mal que celos!

PASCUALA. Lástima tengo de ti.

INÉS. ¡Mira qué fin ha tenido  
tanto amor y tanto olvido!  
éste en él, y el otro en mí.

Pues toma resolución,  
como pertinaz amante,  
que lleve el alma adelante  
esta loca presunción:  
yo voy a la corte.

PASCUALA. ¿A qué?

INÉS. A estar donde verle pueda,  
aunque Amor no me conceda  
que una esperanza me dé.

PASCUALA. ¿Estás loca?

INÉS. Y lo confieso.

Di que no sabes de mí.

PASCUALA. Escucha.

INÉS. Cuando perdí  
a don Félix, perdí el seso.  
Voy a dar fin a mi vida.

PASCUALA. ¿Hay locura tan extraña?

(1) M. a ora.



¡Mira. Inés, que Amor te engaña:  
mira, Inés, que vas perdida!  
Acabóse; no hay pensar  
en vencer tu obstinación:  
donde falta la razón,  
no halla el consejo lugar.

(Vase INÉS; sale HERNANDO.)

HERNANDO. ¡Notable prisa me di  
para alcanzarte a la puerta!  
PASCUALA. ¡Hernando!  
HERNANDO. Desde la güerta,  
Pascuala hermosa, corrí  
en mi propio pensamiento.  
¿Has visto mi bella ingrata?  
PASCUALA. Sí la he visto, y sé que trata,  
con un loco atrevimiento,  
su perdición y la tuya.

HERNANDO. ¿Cómo?  
PASCUALA. A Madrid quiere ir.  
HERNANDO. ¿A qué, Pascuala?  
PASCUALA. A seguir  
aquella locura suya.  
HERNANDO. Pues ¿vino aquel caballero  
con quien entonces me dió  
tales celos?

PASCUALA. Confesó  
quererle como primero,  
y va a la corte tras él,  
que ya viene de Sevilla:  
si pudieses reducilla  
a que se olvidase dél,  
pues que ya se va a casar,  
y que al lugar se volviese,  
para que después no fuese  
la fábula del lugar,  
harías un justo oficio,  
digno de un hombre de bien.  
HERNANDO. Ella en amor, yo en desdén,  
vamos perdiendo el juicio.

¿Hay tal mujer, hay engaño  
de amor con tal desacuerdo,  
que yo por ella me pierdo,  
y ella por un hombre extraño?  
Pascuala, ¿quién mete a Inés  
en estas caballerías?  
Si aquél la quiso ocho días,  
correspondiérale un mes;  
pero burla de dos años...  
Mas yo ¿cómo tengo en poco  
mi locura, si soy loco  
entre mayores engaños?

Iré a la corte, Pascuala,  
si no puedo reducilla,  
antes que llegue a la villa,  
a querer a quien la iguala:  
y allá también viviré,  
si ella se quedare allá.

PASCUALA. Un loco tras otro va.  
HERNANDO. Dirásle a Bartolomé  
que donde don Félix vive,  
allí pregunte por mí.  
PASCUALA. ¡Lástima tengo de ti!  
HERNANDO. Con los perdidos me escribe.  
Mas desengañate, Inés,  
que si a Félix, sin querella,  
sigue hasta morir, yo a ella,  
más de mil siglos después.

(Tanse. Salen DOÑA ANA y LOPE.)

ANA. Los brazos te doy mil veces.  
LOPE. Bien lo merece mi amor.  
ANA. ¿Cómo viene tu señor,  
cuya estrella me parecés?  
LOPE. Si hay estrellas de azabache,  
bien lo puedo parecer:  
basta que mi amo ayer  
por su aurora me despache,  
porque viene como un sol.  
ANA. ¿Qué vida que habéis tenido?  
LOPE. De unos cartujos ha sido,  
a fe de hidalgo español.  
ANA. ¿Sí, sí: tales nuevas tengo!  
Así en Sevilla se pasa.  
¿Piensas que no sé la casa?  
LOPE. Yo, como del yerno vengo;  
¿no me ves la devoción?  
ANA. ¿Cómo os fué de la belleza,  
asco, brío, limpieza  
y agradable condición?  
Que una mujer sevillana  
vierte mil perlas de sí.  
LOPE. Todas esas cosas vi.  
ANA. ¿Adónde?

LOPE. En el Aduana  
y allá, en la Contratación.  
ANA. Este no dirá verdad  
si le queman.

LOPE. Mi lealtad  
merece satisfacción.  
Nuestra vida pasa así:  
levantarnos a las ocho,  
tomar en vino un bizcocho,  
oír misa, y desde allí,

a Gradas, a negociar;  
y en tocando a mediodía,  
comer con poca alegría,  
dar gracias, y levantar.

A la tarde, a la Tahona,  
y luego, en mil estaciones,  
rosarios y devociones.

ANA. ¡Oh, qué bendita persona!

LOPE. Hasta que, ya al acostar,  
cantábamos la doctrina.

ANA. Bien Córdoba te refina:

lucido se te ha el pasar

que debe de haber habido  
de mujeres, ya en las tiendas,  
ya en los barcos, ya en meriendas.

¿Cuál de todas, Lope, ha sido  
la que más tiempo duró?

¿Despidióse tierno? ¿Si

lloraron? ¿Hablóte en mí?

¿Qué maldiciones me echó?

¿Prometió venir acá?

¿Cuándo la escribe?

LOPE. ¡Qué celos

tan ociosos!

ANA. Pedirélos

del sol que es mi dueño ya.

LOPE. Ahora bien; ¿qué le diré?

ANA. Que sea muy bien venido,

y que le suplico y pido

que me vea.

LOPE. Yo lo haré.

ANA. Pues dale muchos recados.

Mañana te sacarán

un vestido.

LOPE. Sea galán,

así viváis bien casados,

que esta negra quitación

no alcanza cosa de seda.

(Vase LOPE. Sal: RAMÍREZ, escuchando.)

RAMÍREZ. ¿Hay cosa que verse pueda  
con más gusto?

ANA. ¿Qué ocasión  
os tiene con tanta risa?

RAMÍREZ. Una hermosa labradora  
que se ha entrado en casa ahora  
buscando con mucha prisa

una perdida pollina,

que, si sus lágrimas viese,

aseguro que dijese

que era fiesta peregrina.

ANA. Ve por ella, que me da

lástima cualquier mujer.

RAMÍREZ. Voy volando.

(Vase.)

ANA. Y mi placer  
dándome voces está.

En fin, querida esperanza,  
tomaréis la posesión;  
que de amor la ejecución  
perseverando se alcanza.

Bien merece amor constante  
tales sucesos del cielo.

(Sale INÉS y RAMÍREZ.)

INÉS. ¿Cómo puedo hallar consuelo  
en desdicha semejante?

¿Piensan estos cortesanos  
que es de burla, en un camino  
haber perdido el pollino  
que era mis pies y mis manos?

ANA. ¿Qué es esto, buena mujer?

INÉS. ¿Es vusacerd la señora?

ANA. Yo soy.

INÉS. Pues esté en buen hora,

que en mala la vengo a ver.

¿No habrá visto por acá  
el jumento que perdí?

ANA. No, hermana.

INÉS. ¿No ha entrado aquí?

Pues diz que ha llegado ya.

ANA. Ved lo que en el mundo pasa.

INÉS. Era un pollino andaluz

que era destos ojos luz

y el espejo de mi casa.

ANA. ¡Qué extraña simplicidad!

INÉS. ¡Qué de lágrimas me cuesta!

El debe de andar de fiesta  
como yo de soledad.

A fe que si yo creyera  
que era falso, que le echara  
trabas con que le obligara  
a que jamás se me fuera.

ANA. ¿A qué veniste con él?

INÉS. ¿Trujiste (1) leña?

Y aun fuego,  
pues cuando a abrasarme llego  
no vive memoria en él.

Pero sabed que venía  
de Sayago a este lugar

(1) Ma traviste.

a buscar un amo, y dar principio a la vida mia, que aunque tosca y sayaguesa tengo pergeño de honrada.

ANA. Si quieres ser mi criada, casa es ésta que profesa remediar los que lo son.

INÉS. ¡Pardiez!, por ver si al pollino puedo hallar, me determino.

ANA. Desta simple condición se han de tener las criadas.

¿Qué os he de dar?

INÉS. Lo que es mio.

ANA. ¿Fías de mí?

INÉS. De vos fio prendas por mi mal halladas.

Pero ¿qué estado tenéis?

ANA. De casarme trato ahora.

INÉS. Mejor, dichosa señora, de vuestro novio gocéis que yo gocé mi pollino.

¿Cómo se llama?

ANA. Es su nombre don Félix.

INÉS. ¿Es gentilhomme?

ANA. Lo que es talle peregrino.

INÉS. ¿Ha mucho que le queréis?

ANA. Habrá tres años.

INÉS. Yo había casi dos que conocía el jumento que sabéis; pero yo lloro perdido lo que vos tenéis ganado.

ANA. ¿Tu nombre?

INÉS. Gila.

ANA. El cuidado del novio recién venido no me permite lugar.

¡Julia!

(Sale JULIA.)

JULIA. Señora.

ANA. Yo ahora recibo esta labradora porque te pueda ayudar, que bien será menester. Enséñala.

(Vase Doña ANA.)

INÉS. Yo, só boba, si no es fregado y escoba, no hay más qué darme a entender.

JULIA. Vos seáis muy bien venida.

INÉS. Por imposible lo tengo, que, al fin, a la corte vengo, donde no estuve en mi vida.

JULIA. De veras me lo diréis cuando sepáis qué es servir.

INÉS. Ya sé que vengo a morir, más de lo que vos sabéis.

¿Es bien acondicionada esta señora?

JULIA. Con gusto; pero dándole disgusto fiero, tigre, áspid pisado: todo el día se le va en sus aguas y en sus galas, en perfumar cuadras, salas y cuanto en la casa está.

Si don Félix escribía, nos daba a todos barato, ya el jubón viejo, el zapato mas si el correo venía sin cartas, ¡fuego de Dios!

INÉS. ¿Tanto le quiere?

JULIA. Le adora.

INÉS. Descansará esta señora, que ya se casan los dos.

JULIA. Si no fuera porque tengo en casa un poco de amor, no sufriera su rigor.

INÉS. Pues yo por lo mismo vengo.

JULIA. Entrad, que os quiero enseñar en lo que habéis de servir.

(Vase.)

INÉS. ¿Cómo eso sabré sufrir?

¿Cómo eso sabré esperar, que ya estoy adonde espero?

¡Amor, ayúdame aquí: algún remedio me di de la desdicha en que muero!

Cerca el casamiento anda de venirse a ejecutar; ¡pues téngole de estorbar, o morir en la demanda!

(Vase. Sale DON FÉLIX y LUCIO.)

FÉLIX.

¿No conozco a Madrid!

LUCIO.

Va por instantes poblándose de ricos edificios.

[FÉLIX.]

Ya sus enanas casas son gigantes;  
¿qué portadas, qué ricos frontispicios!  
¿Adónde se hallan tantos materiales  
y tanta cantidad destos oficios?

LUCIO.

Del Turco dicen que para obras tales  
da término de solos quince días,  
en que levantan máquinas reales.

FÉLIX.

Serán encantamientos, fantasías.

LUCIO.

No, sino haciendo que diez mil esclavos  
[trabajen] (1) juntos con diez mil porfías,  
buscando en las naciones los más bravos  
y juntando, primero que comience,  
desde las piedras los menores clavos.

FÉLIX.

Esta famosa máquina que vence  
mil antiguas ciudades, aunque alguna  
apenas a sufrillo se convence,  
ni tiene para mí falta ninguna,  
si no es hallar aquel don Pedro en ella,  
sombra del claro sol de mi fortuna;  
es pretendiente de doña Ana bella,  
y aunque no soy celoso, me ha pesado  
que trate, donde estoy presente, della.

LUCIO.

Si está tu casamiento concertado  
y ella te quiere a tí, señor, ¿qué importa?  
Tú serás escogido, y él llamado.

(Sale Lope.)

LOPE.

Aquí está el sastre con la capa corta,  
y el platero también.

FÉLIX.

¿Trae el platero  
el cabestrillo?

LOPE.

El nombre me reporta;  
no sé cuál cortesano caballero  
puso a las cadenillas ese nombre.

Pero ya me olvidaba del cochero;  
aquí a la puerta me habló ahora un hombre  
que te quiere servir en este oficio.  
Es mocetón de fuerza y gentilhombre.

FÉLIX.

Es (1) el más importante en mi servicio;  
llámale acá.

LOPE.

Buen hombre, entrad contento,  
que ocuparéis aquí vuestro ejercicio.

(Sale (2) HERNANDO, de cochero.)

HERNANDO.

Sabiendo vuestro noble casamiento  
y el coche que trujistes (3) de Sevilla,  
de mi persona os hago ofrecimiento;  
sabré serviros en aquesta villa,  
que sé todas sus calles y rodeos,  
y de algunos lugares de Castilla.

FÉLIX.

Yo quiero agradecer vuestros deseos,  
y con satisfacción de vuestro talle,  
que pudiera ocupar otros empleos,  
daréos cuatro caballos con que calle  
el que mejor tiró real carroza.

HERNANDO.

Vos lo veréis, andando por la calle.  
¿Sois casado?

HERNANDO.

A Dios gracias, aún se goza  
mi libertad de serlo, si bien ando  
en sermimiento de una hermosa moza.

FÉLIX.

Pues yo las pierdo así, porque en casando  
no hay libertad; entréguesele luego,  
Lope, que voy ahora procurando  
ver mi esposa, galán.

HERNANDO.

[A.F.] Ya entablo el juego  
que estoy en casa del que Inés adora.  
Veré la causa que me tiene ciego.

(1) En las dos ediciones: *ese es*.(2) *M. entra*.(3) *Ma' travistes*.(1) En las dos ediciones: *trabáscen*.

LOPE.

Ya estáis en casa, y quiero desde agora que seamos amigos, y mostraros en aqueste lugar cierta señora.

HERNANDO.

Lope, si yo merezco acompañaros, ninguna pesadumbre os alborote, que ya entiendo mohadas y reparos.

LOPE.

Ya entiendo lo que son gente de azote: soberbios, atrevidos y ligeros, desde cuando Faetón anduvo al trote:

Andan en almohadas caballeros ellos y los que empiedran solamente.

HERNANDO.

Si, pero los lacayos y escuderos es gente deportante y diligente.

LOPE.

(Bellaco me parece aqueste payo: aun no le tocan, y la espuela siente.)

Yo me precio de hidalgo, y de lacayo, ayo del haca soy.

HERNANDO.

Dejemos esto.

y haceme (1) dar en esta boda un sayo.

LOPE.

Vos os veréis como un sultán compuesto, de cocheril vaquero ajironado, que caigan mil en la cochera presto.

HERNANDO.

Bebamos la amistad.

LOPE.

Aquí hay recado. Sangre diz que les daba Catilina; ¿no era mejor un tinto, en blanco armado? ¡Brindis!

HERNANDO.

¡A qué salud?

LOPE.

De Celestina.

*Salen DON PEDRO y URBANO, padre de DOÑA ANA.*

DON PEDRO.

No me atreviera, a no ser justas quejas, a daros la de agravio tan notable, pues vine de Sevilla habrá dos años, y en vez de llevar premio llevo engaños: vuelvo otra vez, y veo que don Félix viene a casarse, y que me habéis burlado. ¿Esto hacen caballeros, esto es justo conmigo, Urbano?

URBANO.

Cuando yo escribía, señor don Pedro, que casar quería con vos mi hija, estaba satisfecho de la obediencia de su noble pecho, y por eso os llamé; pero aun apenas vuestro nombre escuchó, cuando en las venas tal ponzoña infundi, que fué ventura no abrille con mi voz la sepultura: ella le adora, y yo lo supe tarde; si el camino dos veces os enoja, una joya os daré, que me ha costado dos mil ducados.

DON PEDRO.

No soy yo de aquellos que con vil interés pueden vencellos; dalda a don Félix, que vendrá empuñado en los cuatro caballos que ha comprado y la caja del coche, que ha traído por las ventas y aldeas más ruido que le diera a Sevilla en las riberas del Betis una escuadra de galeras.

URBANO.

Pues no es bien que quedemos enemigos.

DON PEDRO.

¿Como será posible ser amigos?

*Se va el CRIADO, y luego DON FÉLIX.*

CRÍADO.

Don Félix está aquí.

FÉLIX.

¡Dadme las manos!

URBANO.

Seáis, hijo, mil veces bien venido. En despachando aqueste caballero, hablaros, hijo, y abrazaros quiero.

(1) *Ma y hazme.*

DON PEDRO.

A mí ya no tenéis que despacharme,  
que desde aquí me doy por despachado,  
y aun pudiera decir por despedido.

(*Vase.*)

FÉLIX.

¿Qué es lo que dice aqueste calderero?

URBANO.

No es nada; ya se fué, ya es acabado.  
¡Hola! Dile a doña Ana que ha llegado  
su esposo ya.

(*Salc. Doña Ana.*)

ANA.

¡Ya el alma me duele,  
con su contento, que mi luz venía!

FÉLIX.

Bien merezco esos brazos, por ausente.

ANA.

Mejor diréis que porque estáis presente

URBANO.

Hijos, para ternuras y regalos  
de desposados no están bien las capas  
presentes; yo me voy hacia palacio,  
adonde tengo un pleito; hablad de espacio.

(*Vase.*)

FÉLIX.

¡Discreto viejo se mostró tu padre!  
No hay cosa en los ingenios que me cuadre  
como es el no estorbar.

ANA.

Es gallardía,  
prudencia y amistad y cortesía.

Mas sentaos, mi bien, aquí,  
que tengo muy bien que hablaros.

FÉLIX. Pedidme cuenta de mí,  
que la misma puedo daros  
que cuando partí de aquí.

ANA. No es posible que vengáis  
tan mío como partistes.

FÉLIX. Mucho en esto os engañáis,  
pues entonces me perdistes

como agora (1) me ganas.

ANA. Cuando se pasaba el mes,  
y los dos, sin escribirme,  
no era buen compás de pies.

FÉLIX. Yo estuve en ausencia firme  
a todo humano interés.

ANA. ¿Y los brios sevillanos?  
¿Con quién os entretuvistes?

FÉLIX. Vengieron los castellanos  
Ya sé que no les dijiste;  
¡añuera consejos vanos!

FÉLIX. Ausencia pone temor,  
que toda su diligencia  
es desesperar a Amor.

ANA. ¡Ay, no me tratéis de ausencia,  
que despertáis mi dolor!

FÉLIX. Ya son esos celos vanos,  
Dadme esas manos.

ANA. También  
es justo que queden llanos,  
y hasta averiguarlos bien  
no me toquen vuestras manos.

FÉLIX. Yo os aconsejo mejor,  
creyendo mi desengaño.

ANA. Yo os lo agradezco, señor;  
mas ¿dónde hay mayor engaño  
que en los consejos de Amor?

¿Salud tenéis?

FÉLIX. Si estas manos  
me la dan (2).

ANA. Tengo recelos,  
y si sanáis (3) son tiranos;  
que bien sabéis que en los celos  
los que matan son los sanos.

FÉLIX. ¿Qué mal me tratáis!

ANA. Soy cuerda  
en que no me merecáis  
hasta que estos celos pierda;  
que, como no confesáis,  
quieeros dar tratos de cuerda.

FÉLIX. Pues si tantos me habéis dado,  
señora, y no he confesado,  
que me traigan agua haced,  
que me ha dado el amor sed,  
y vuestros celos cuidado.

ANA. ¡Hola! Traigan agua aquí.

(*Sale Isés.*)

al señor don Félix

(1) *M: aora.*

(2) *Ma: me dan.*

(3) *Ma: sanays.*

INÉS. Yo  
estoy sola aquí, ¡ay de mí!  
ANA. ¿Y Julia?  
INÉS. Señora, no.  
ANA. ¿Irán por el agua?  
INÉS. Si.  
ANA. ¡Ve presto!  
INÉS. ¡Ay, cuánta pudieran

dar mis desdichados ojos,  
que nunca a don Félix vieran!  
Pero, a vengar mis enojos,  
agua no, que llamas dieran.

¡Esto quiso mi deseo  
venir a ver! Pues, Amor,  
paciencia, que ya lo veo;  
desengañad el temor,  
que ya mis desdichas creo.

ANA. ¿No vas?  
INÉS. Estaba pensando  
si será en vidrio o en oro.  
ANA. ¡En... presto, y venir volando!  
INÉS. De las lágrimas que lloro,  
ya se va el agua formando;  
¡no sé qué ha de ser de mí!

(Vase.)

ANA. Al fin, con agua, ¿queréis  
confesar?  
FELIX. Señora, sí;  
porque más fuego saquéis,  
si es fragua el amor en mí;  
que el no haberos ofendido  
es lo que más cierto ha sido;  
no me deis tormento acá:  
basta que por vos allá  
tantos meses lo he sufrido.

(Sale LOPE.)

LOPE.

Baja, ¡por vida tuya!, que a la puerta  
su padre de doña Ana, mi señora,  
con don Pedro ha tenido pesadumbre.

FÉLIX.

¿Está ahora con él?

LOPE.

No sé si es ido.

ANA.

¡No vais, por vida mía, que es un loco!

FÉLIX.

Guardá ese juramento para cosas  
que no toquen, señora, a vuestro padre.

LOPE.

Por fuerza quiero que le case Urbano.

FÉLIX.

¡Tan engañado de Sevilla viene?

(Vase.)

LOPE.

Yo pienso que el amor la culpa tiene.

(INÉS, dentro.)

ANA.

¡Hola, Julia!

INÉS.

Señora.

ANA.

Dile a Julia  
que deje el agua: ya se fué don Félix.

INÉS.

No tengo yo la culpa, si he tardado;  
que a Julia le he pedido una toalla,  
y abriendo un cofre se tardó en buscalla.

ANA. Espaciosa me parece.

INÉS. Pues harta prisa me di  
por ver el bien que mereces;  
mas ¿cómo se fué de aquí?

ANA. Porque vendrá muchas veces.

Llama ese viejo escudero,  
que enviar a mí bien quiero  
contigo en un azafate,  
unas camisas...

INÉS. [Ap.] ¿Que trate  
Amor mi causa! ¿Qué espero?

ANA. El te enseñará la casa,  
y tú darás el recado  
a don Félix.

INÉS. [Ap.] ¿Lo que pasa  
por un amor mal pagado,  
y lo que un agravio abrasa!  
¡Ea, pues! ¡Ánimo, cielos! (1)  
A Félix vamos a ver:

o son penas, o consuelos;  
mas ¿qué gloria puede haber  
adonde intervienen celos?

(*Vanse. Salen DON FÉLIX y LOPE.*)

FÉLIX. Cuando llegué, ya eran idos.  
LOPE. ¡Vive el cielo, que me holgara  
que le hablaras!

FÉLIX. Si le hablara.  
LOPE. ¡Pesar de los mal nacidos!

Donde tú tratas casarte  
intentan...; mas no fué tuya  
la injuria, señor.

FÉLIX. ¿Pues cómo?

LOPE. Ese no puede agraviarte;  
y así es de Lope.

FÉLIX. ¿De ti?

LOPE. Oye, señor, pues es mía:  
al lacayo que traía  
desafío desde aquí:

quiero escribir un papel,  
que esta noche salga al Prado  
en cueros.

FÉLIX. ¡Bien lo has pensado,  
que tú lo estarás con él!

¡Que don Pedro me persiga  
en Sevilla y en Madrid!

LOPE. Querrá, con algún ardid,  
que Urbano otro intento siga.

Dirá de tus cosas mal.

FÉLIX. Ya, ¿qué mal me puede hacer?

Ella ha de ser mi mujer.

LOPE. ¿Y él, por ventura, es tu igual?

¿No eres tú Carpio, sobrino  
del famoso don Miguel  
del Carpio, que hoy cuentan del  
un valor casi divino?

¿Qué puede decir de ti,  
que mañana te darán  
un hábito?

(*Sale LUCIO.*)

LUCIO. Afuera están  
preguntándome por ti,  
de mi señora doña Ana  
dos criados.

FÉLIX. Entren luego.

(*Salgan INÉS y RAMÍREZ.*)

INÉS. Al último punto llego  
de mi desdicha inhumana

RAMÍREZ. Dale tú, Inés, el recado  
que mi señora te dió.

INÉS. ¡Pardiez, Ramírez, que yo  
le tengo mal estudiado!

Y perdonadme, señor,  
que ha poco que sirvo en casa,  
si es poco lo que se pasa  
adonde hay celos y amor.

Vine a servir a Madrid,  
desde el valle de Lozoya,  
y temo que en esta Troya...

FÉLIX. Pues ¿de qué os turbáis, decid?

INÉS. He de perderme, si Dios  
no pone remedio en mí.

FÉLIX. ¿Adónde este rostro vi?

Di, Lope, ¿dónde los dos  
hemos visto a esta mujer?

LOPE. Ya sé que en Inés reparas.

FÉLIX. ¿Puede dos iguales carar  
la Naturaleza hacer?

Tengo para mí que es ella.

¿Cómo os llamáis?

INÉS. Yo, señor,

Gila.

FÉLIX. El habla es el mayor  
testigo o retrato en ella.

¡Ramírez!

RAMÍREZ. Señor.

FÉLIX. ¿Quién es.

y de dónde, esta criada?

RAMÍREZ. No está la pobre enseñada,  
no ha que está en Madrid un mes;

De Sayago la trajeron  
a mi señora doña Ana,  
que por rústica villana  
en casa la recibieron:

porque, en gracioso lenguaje,  
muestra buen entendimiento.

FÉLIX. Ello fué mi pensamiento

INÉS. Pudiera venir un paje

que diera aqueste recado

sin vergüenza y con destreza,  
y enviaron mi simpleza.

FÉLIX. ¡No he visto mayor traslado!

LOPE. No hay más de ser más villana.

FÉLIX. Decídme, buena mujer,

¿cómo venistes a ser

de mi señora doña Ana?

INÉS. Si yo buena mujer fuera,

no anduviera por acá,

que mejor me estaba allá.

¡Pobre mujer que fuera:

mas este negro de Amor,



que también anda en Sayago,  
como en Roma [o] en Cartago (1),  
tuvo la culpa, señor:

andábase un hidalgo,  
hablando (2) con remenencia,  
a caza de mi inocencia,  
ya por la posta, ya al trote,  
y con bravas correrías,  
como en la corte se usa:  
mas entendile la musa,  
y fué las manos vacías;  
aunque, si digo verdad,  
quedé con más picaduras  
que unas botas. ¡Qué locuras,  
qué enredos, qué necedad!

Fué tal mi desesperanza,  
que determiné dejar  
mi tierra y venir al mar  
de confusión y mudanza:

traía un negro pollino,  
aunque era pardo, señor,  
en posesión andador  
y en esperanza mohino:  
porque, viendo el alcazel,  
no aguardara la cebada  
si se la dieran tostada;  
así pegaba con él;

éste, al fin, se me perdió,  
y llorando, una mañana  
a mi señora doña Ana  
mi inocencia preguntó  
si del pollino sabía:  
cayóla en gracia a la fe,  
y en su casa me quedé,  
donde veré cada día,

para que el dolor reporte  
que de su agravio sentí,  
el pollino que perdí,  
entre mil que hay en la corte.

FÉLIX. ¡Extremada es la mujer!  
RAMÍREZ. Ella no ha dado el recado;  
mas, supliendo el que no ha dado,  
que no debe de saber,  
sabad, señor, que os envía  
estas camisas ahora,  
y estos cuellos, mi señora,  
que puesto que es niñería,  
por ser labor de su mano  
se atreve, aunque echa de ver  
que es necesidad ofrecer

FÉLIX. ropa blanca a un sevillano.  
Bésoos mil veces los pies,  
amigo, por el favor.

INÉS. Las manos fuera mejor,  
pues la labor dellas es.  
¡Cuáles son los cortesanos,  
destos de querer besar!  
Palabra no se ha de hablar  
sin besar, o pies, o manos:  
por esto en Madrid se haría  
la fuente de Lavapiés,  
que lavárselos bien es,  
besándolos cada día.

FÉLIX. ¡Lope!  
LOPE. Señor.

FÉLIX. Al cochero  
llama.  
LOPE. ¡Hola, Hernando!

(Sale HERNANDO.)

HERNANDO. ¿Señor?

FÉLIX. Soy a mi esposa deudor,  
pagarle el presente quiero:  
pon, Hernando, esta criada  
en el coche, y a mi esposa  
le presenta, aunque era cosa  
que ya estaba presentada.  
Dile que esto le he traído  
de Sevilla.

INÉS. Pues ¿a mí  
me traéis en coche?

FÉLIX. Sí.  
INÉS. La palabra habéis cumplido:  
ya no tengo que quejarme.  
FÉLIX. Dale, Lope, diez doblones  
a los dos.

LOPE. Voy.  
INÉS. ¡Qué ocasiones  
de perderme y de acabarme!

LOPE. Venid vos por el dinero.  
RAMÍREZ. ¡Vivas mil años, señor!

(*Táncense todos; quedan HERNANDO y INÉS.*)

HERNANDO. Venid al coche.

INÉS. Mejor  
os iréis solo, cochero.

HERNANDO. Esa voz he conocido.  
INÉS. Id con Dios.

HERNANDO. ¿Qué es esto, Inés?  
INÉS. ¡Qué sé yo! Desdicha es  
de un pensamiento atrevido.

HERNANDO. No me atrevo a darte culpa  
del nuevo traje en que estás,  
pues en el mío dirás

(1) En las dos ediciones: *Quartago*.

(2) *Ma. andando*.

que hallaste. Inés, la disculpa.

Parece que adiviné  
que habías de ser señora  
a quien yo llevase ahora  
en el coche que busqué;  
¿qué honroso oficio aprendí,  
pues vino mi coche a ser  
el del Sol, viniendo a ver  
que le llevo todo en ti!

Mas ayer oí cantar  
que despeñado, un mancebo,  
por lo mismo que me atrevo,  
cayó abrasado en el mar.

Tú, pues eres sol, mejor  
podrás guiar los caballos,  
que yo podré despeñalos  
con este mi ciego amor;

pero ven, que estás corrida  
de que te haya hallado aquí  
y de que hay amor en ti  
de que estés agradecida.

Los dos vamos a servir  
a una casa; sea en buena hora:  
tú al señor, yo a la señora,  
tú a esperar y yo a morir;  
allí nos hemos de ver,  
aunque te pese. ¿Qué escondes  
el rostro? ¿No me respondes?  
¿Qué tengo de responder?

INÉS.

*(Pase.)*

HERNANDO.

Pidió Facten al Sol el carro de oro,  
venció al importunado padre el ruego,  
dióle las riendas y, corriendo, luego  
vino a parar sobre el Atlante moro;

Allí, vertiendo de uno y otro poro,  
en cambio de sudor, llamas de fuego,  
cayó sobre el Heridano, que, ciego,  
le dió sepulcro en lamentable coro.

No menos yo, por más ardiente polo  
el carro deste sol a llevar pruebo;  
¡ingrata!, más que Daine con Apolo,

hoy a mayor hazaña el alma atrevo,  
pues si aquél se perdió con un Sol solo,  
yo con dos soles que en tus ojos llevo.

*(Pase. Salen Doña Ana y Urbano.)*

URBANO.

Esta, don Pedro en esto portado!

ANA.

de guerra que don Félix, no le hallase,

URBANO.

Pero diré mejor enamorado,  
aunque no temas que adelante pase.

ANA.

¿No le has dicho que estaba concertado  
primero que pedirme imaginase?

URBANO.

Entre vosotros sí, mas no conmigo,  
porque es toda la culpa que le digo.

ANA.

Pues bien, ¿qué hemos de hacer? ¿Puedo par-  
para don Félix, y con él casarme? *[tirme]*

URBANO.

Todo es cansarme, y todo referirme  
su sangre, de que yo debiera honrarme.

ANA.

Pues, en eso, ¿qué tiene que decirme?  
Cuantos nacieron pueden envidiarme,  
que es don Félix del Carpio la nobleza  
del mundo, y celestial su gentileza.

*(Sale JULIA.)*

JULIA. De un coche que puede al Sol  
servir de rica litera,  
dentro terciopelo verde,  
con mil doradas tachuelas  
sobre molinillos (1) de oro,  
y cerradas las cubiertas;  
las cortinas de damasco,  
con sus franjas de oro y seda,  
que están llamando las manos  
a quitallas y a ponellas;  
con cuatro caballos blancos,  
y las guarniciones negras,  
rizas las elines en lazos  
de cintas rojas, se apean,  
¿quién dirás?, Gila (2) y Ramírez,  
que tu esposo te presenta  
en cambio de las camisas  
joya de tanta riqueza.

*(Salen HERNANDO, INÉS y RAMÍREZ.)*

HERNANDO. Dadme, señora, los pies,  
ANA. ¿Buen cochero!

(1) Molinillo.

(2) En las dos ediciones: Julia.

HERNANDO. Será buena la voluntad de serviros: pero, si no lo es, la muestra el coche que mi señor presenta a vuestra belleza bien sé que es digno de vos.

ANA. Cuando la persona vuestra no me obligara, bastara el ser de mi esposo prenda. ¿Venís con él de Sevilla?

HERNANDO. No, señora; aunque eso fuera para mi mucha ventura.

RAMÍREZ. Dile, Gila, cómo queda, si no te turbas también.

INES. A la he, señora nuestra, que el coche me ha mareado, como soy en ellos nueva. No traigo más que decir. ¿Quién me trajo de las eras a pasar de trillo a coche?

ANA. ¿Ramírez!

RAMÍREZ. Señora. Lleva

ANA. a este buen hombre contigo, y enseñale la cochera. Mirad que he de regalaros. ¿Cómo os llamáis?

HERNANDO. No quisiera irme. Yo, señora, Hernando.

ANA. Hernando, la vez primera habéis de ir mañana a Atocha.

HERNANDO. Vos veréis mi diligencia.

URBANO. ¿Qué loca estás!

ANA. ¿No es razón? ¿Qué mujer habrá que pueda llegar a mayor ventura?

INES. (Mis enredos aquí entran, que yo he fingido un papel con tal industria y tal fuerza, que pienso que el casamiento desbarata y desconcierta.) Oye aparte.

ANA. ¿Qué me quieres?

INES. Un señor, no sé quién era, viniendo ahora en el coche me dió este papel.

ANA. Enseña.

(Sale URBANO.)

Pero mi padre ha venido.

Ya no es tiempo que yo lea papel de nadie, señor, que no sea en tu presencia: dice aquélla que un hidalgo se lo dió en el coche.

URBANO. Espera. que le quiero yo leer, pues es tan clara la letra.

"La lástima que os tengo, señora doña Ana, me ha obligado a escribiros, que este caballero con quien os casáis es morisco, y ansimismo lo es su criado: ya se les hace la información para echалlos de España. Su abuelo (1) de don Félix se llamaba Zulema, y el de Lope, lacayo, Arambel Muley, que eso del Carpio es fingido, porque con los dineros que ganó su padre a hacer melcochas en el Andalucía ha comprado la caballería con que os engaña."

ANA. ¿No leas más!

URBANO. ¿Hay maldad como aquesta?

ANA. Si no reina envidia en quien te escribió, en obligación le quedas. ¿No puede ser esto envidia?

INES. Tú por envidia la tengas, que yo pensé que sabías de don Félix la flaqueza, porque es público en la corte.

ANA. ¿Tú lo has oído?

INES. Y apenas puse los pies en tu casa, cuando me dijeron della el desatino que hacías.

ANA. Que Lope morisco sea, aun lo parece en la cara: mas don Félix...

INES. Si te ciega

Amor...

URBANO. Ahora bien, doña Ana: séalo o no, no quisiera marido con esta fama: don Pedro es noble y te ruega, mudemos de pensamiento.

(Sale RAMÍREZ.)

RAMÍREZ. Ya Hernando, señora, queda albergando los caballos.

(1) Así esta acotación en *Me.*, en *M. Entre l.* *bano.*

JULIA. ¡Calla, que hay mil cosas nuevas!

RAMÍREZ. ¿Cómo?

JULIA. Don Félix y Lope son moriscos.

RAMÍREZ. ¿Qué me cuentas?

JULIA. De España quieren echállos; la información está hecha.

RAMÍREZ. De Lope siempre tenía.

JULIA. Julia, que morisco era: cara tiene de quemado.

JULIA. De don Félix fué Zulema abuelo (1), y del bellacoín de Lope, ¡maldita sea el ánimo que le quiso!

Muley Arambel.

RAMÍREZ. Pues quedas desengañada, aquí estoy, que canas sin tiempo llegan. También hay rocines blancos.

ANA. ¿Es don Félix?

URBANO. Ten prudencia.

(*Salgan DON FÉLIX Y LOPE.*)

FÉLIX. Sólo haber en vuestro nombre hecho este coche en Sevilla...

ANA. ¿Que éste es morisco?

RAMÍREZ. En Castilla no hay moro tan gentil hombre.

FÉLIX. Puede disculpar, señora, la bajeza del presente.

¿No me habláis?

ANA. Cierta accidente me acaba de dar ahora, de que no me siento buena.

FÉLIX. ¿Qué es esto, señor? (2)

URBANO. No sé.

ANA. Mas de espacio le miré, no en balde la fama suena.

Morisco me ha parecido, y aun en el habla (3) también.

FÉLIX. ¿Hablaís conmigo, o con quien?

URBANO. Un poco estoy desabrido.

No estoy para negociar.

FÉLIX. Pues, señora, ¿qué es aquesto?

URBANO. El tiene de moro el gesto, y aun lo parece en hablar.

Perdonad, señor, que voy a mis negocios.

(*Úase.*)

FÉLIX. Señora.

¿desdenes conmigo agora que vuestro marido soy?

ANA. ¿Mi marido? ¿Cómo o cuándo, qué clérigo nos casó?

Entrate Julia.

(*Úase DOÑA ANA, Y JULIA.*)

FÉLIX. Si yo.

Lope, estuviera soñando.

¿pensara este desatino?

LOPE. ¡Hola, Ramírez, detente!

RAMÍREZ. ¿Qué quieres, impertinente?

LOPE. Mira que don Félix vino desde Sevilla a casarse por cartas, y no es razón que don Pedro...

RAMÍREZ. Esta ocasión a nadie debe imputarse.

De don Félix los abuelos y los tuyos son culpados.

LOPE. ¿No escuchas estos criados?

FÉLIX. ¿Mis abuelos (1), o los celos de don Pedro?

RAMÍREZ. ¿Pues es bien, don Félix o calabaza, que ande tu honor en la plaza y que por moro te den, y te hagan información para que de España salgas, y con sangres tan hidalgas quieres mezclar tu nación y la secta (2) de Zulema, y el Lope cuyos abuelos vivían de hacer buñuelos en cuyo aceite se quema, con Julia, que es como el Sol?

¡Váyanse perros a Argel, y, pues Muley Arambel, el melcochero español fué abuelo suyo, lacayo, aquí jamás los pies meta, que voy por una escopeta, y quisiera por un rayo!

(*Úase.*)

LOPE. ¿Qué es esto?

FÉLIX. Estoy sin sentido.

(1) M. *aguelo*.

(2) Ma. *señora*.

(3) M. *hablar*.

(1) M. *aguelos*.

(2) Ma. *secta*.

LOPE. ¿Tú Zulema, y yo Arambel,  
y que nos vamos a Argel?  
FÉLIX. Traición de don Pedro ha sido.  
LOPE. La puerta nos han cerrado.  
FÉLIX. Llama, que será razón  
que demos satisfacción,  
pues que nos han engañado.

(RAMÍREZ, en lo alto.)

LOPE. ¡Ah de casa!  
RAMÍREZ. ¿Quién va allá?  
FÉLIX. Abre, engañado escudero.  
RAMÍREZ. Señor Zulema, no quiero:  
que no entran moros acá.  
FÉLIX. Dile a tu señor que oyendo  
sabrás engaño tan sutil.  
RAMÍREZ. He de colgar un pernil  
para que vayan huyendo.  
LOPE. ¿Vos sabéis con quién habláis?  
RAMÍREZ. ¿Y no saben quién son ellos?  
FÉLIX. ¿Yo Zulema?  
LOPE. ¿Yo Arambel?  
RAMÍREZ. ¿Más que les suelto un lebrele  
a que se muerda con ellos?  
LOPE. ¿Hola, escudero! Yo he sido  
el que el tocino inventé;  
yo los puercos engendré;  
mía la invención ha sido.  
FÉLIX. El se fué; torna a llamar.  
LOPE. ¡Ah de casa! ¿Qué es aquesto?  
¿Cómo la envidia tan presto  
a tantos pudo engañar?

(Sale INÉS, en lo alto.)

INÉS. ¿Qué bellaquería es ésta?  
¿Aquí llaman? ¿No hay justicia?  
FÉLIX. Gila, mira que es malicia,  
y si mil vidas me cuesta,  
lo tengo de averiguar:  
que este don Pedro ha trazado,  
como me vió ya casado,  
hacerme aqueste pesar.  
Yo soy Carpio de Castilla,  
y de mi linaje hay hombre  
que hoy se acuerda de su nombre  
el castillo de Sevilla.  
Di a doña Ana, que esta red  
es una necia porfía.  
INÉS. Si supiera algarabía  
hablara a vuesa merced,  
a quien suplico se vaya

de Madrid, que estos hidalgos  
no van a caza con galgos,  
que es su origen de Vizeaya,  
y son Alderetes finos:  
fuera de que en esta casa  
sólo don Pedro se casa.  
FÉLIX. Haré dos mil desatinos.  
¿Gila, Gila!

LOPE. Ya se fué.  
INÉS.

Si no dejan la perrera  
haré que salga allá fuera  
quien mucho azote les dé.  
¿Cuál el perrazo venía  
con su carlanca de cuello  
a gozar un ángel bello  
y a manchar tanta hidalguía!  
Y el alano del lacayo,  
haciéndose braco humilde  
con la desollada tilde  
que le cubre el color brayo.  
Váyanse luego de aquí  
o pondréis una maza.

(Vase.)

FÉLIX. ¿Rompe esas puertas!  
LOPE. No es traza  
discreta infamarte así.  
FÉLIX. ¿Pues téngome de quedar  
con ser Zulema de Argel?  
LOPE. ¿Y yo Muley Arambel?

(Salgan DON PEDRO y LEONELO.)

DON PEDRO. Dile que le quiero hablar.  
LEONELO. Don Félix está a la puerta.  
FÉLIX. ¿No es éste don Pedro?  
LEONELO. Si.  
FÉLIX. Quisiera estar más en mí  
en traición tan descubierta,  
para sólo preguntaros  
qué demonio os engañó  
a decir aquí que yo  
soy morisco, por casaros.  
No suelen los caballeros  
con tan malas intenciones  
intentar sus pretensiones:

(Va a meter mano.)

si no...

DON PEDRO. Tened los aceros;  
mirad que os han engañado.

FÉLIX. Urbano me ha dicho aquí que soy morisco.

DON PEDRO. ¿Y que fui de quien ha sido informado?

FÉLIX. A mí no me han dicho quién.

DON PEDRO. Pues es muy buen desatino ser en mi agravio adivino, y esto trataremos bien en el campo, en que os aguardo.

FÉLIX. Caminad, que voy tras vos.

LEONELO. ¿Qué habemos de hacer los dos señor hablador gallardo?

LOPE. Lo mismo, seor bravonel: que ha de decirme en el suelo de qué sabe que mi abuelo era Muley Arambel.

LEONELO. ¿Yo he dicho tal?

LOPE. En Madrid han hecho este falso estruendo. Pues ¡vive Dios! que diciendo de un estornudo del Cid.

### ACTO TERCERO

(Salen HERNANDO y BARTOLOMÉ)

BARTOL. Mucho me huelgo de verte.

HERNANDO. ¿Y el hábito, no te agrada?

BARTOL. En efeto, ¿eres cochero?

HERNANDO. Faetón soy de aquesta casa, donde llevo al sol de Inés, aunque ya, por mi desgracia y el engaño de don Félix, no estoy en la de doña Ana.

BARTOL. ¿Qué, en efeto, fué mentira?

HERNANDO. Era su nobleza tanta, que presto honrará los pechos de la cruz de Calatrava. Salió al campo con don Pedro; hirióle, mas no fué nada porque llegó la justicia.

BARTOL. ¿Era el don Pedro la causa del testimonio?

HERNANDO. Yo creo que fué del demonio traza, que presto tendrá la verde o roja de Calatrava, por servicios de sus padres, y con papeles que bastan para mayores empresas.

BARTOL. Pues ¿de qué son tus desgracias?

HERNANDO. De que con aquel enojo, don Félix casarse trata en otra parte, y sospecho que más que amor es venganza. Hay aquí una doña Elena, rica, de buen talle y gracia, hija de Fulgencio sola, con quien don Félix se casa. Con esto, de ningún modo tienen licencia mis ansias de entrar para ver a Inés.

BARTOL. En mil laberintos andas; pero ya tu cobardía es muerte de tu esperanza. Entra, no estés a la puerta ni mires por las ventanas; que tú no has tenido culpa en sus disgustos.

HERNANDO. Repara en que está doña Ana.

BARTOL. Llegá, no te acobardes de hablalla, que si ella ha tenido amor a don Félix, no se pasa tan presto que no se alegre de verte.

HERNANDO. Afuera me aguarda.

(Sale DOÑA ANA.)

ANA. Hernando, seas bien venido. ¿Cómo nos olvidas tanto? De tu ingratitud me espanto.

HERNANDO. Nunca, señora, lo he sido, sino que este desatino del testimonio pasado, para verte me ha quitado atrevimiento y camino.

ANA. ¿Cómo a don Félix le va?

HERNANDO. ¿Quiérole mucho, está buena la señora doña Elena?

ANA. Bien le quiere, y buena está.

HERNANDO. ¿Cómo va de casamiento?

ANA. Eso está muy adelante.

HERNANDO. ¿Fué la probanza importante?

ANA. Con mucho enojo le siento de los que le han levantado, aunque ha cobrado su honor.

HERNANDO. ¿Y está acaso tu señor como primero engañado?

ANA. La culpa te pone a ti por don Pedro.

HERNANDO. Dios lo sabe.

¿Y Lope, está ya muy grave?

¿Qué dicen los dos de mí?

HERNANDO. A todos nos ha mandado  
que nadie tome en la boca  
tu nombre.

ANA. Vuélvome loca.  
En fin, ¿está enamorado  
de doña Elena?

HERNANDO. El lo dice:  
pero yo traigo (1) en los ojos  
que no es amor.

ANA. Pues ¿qué?  
HERNANDO. Enojos.

ANA. ¿Tan grande ofensa le hice:  
pero ya es mucha venganza.  
¿Va Elena en el coche ya?

HERNANDO. En él muchas veces va.

ANA. ¿Ay de mí loca esperanza!

HERNANDO. Hoy me ha mandado llamar,  
que a la feria quiere ir.

ANA. Ya no lo puedo sufrir:  
muriendo estoy por llorar.  
Vete, Hernando, que no quiero  
que te halle mi padre aquí.

HERNANDO. Perdona si te ofendi.

ANA. Vete con Dios. ¡Rabio y muero!  
Julia.

(*Una: HERNANDO, y sale INÉS.*)

INÉS. ¿Qué mandas, señora? (2)

ANA. Maldiga Dios tu papel,  
pues que vengo a estar por él  
en tanta desdicha agora (3).

INÉS. Y yo, ¿qué habré negociado  
si se casa con Elena?

ANA. ¿Qué dices?

INÉS. Que de tu pena  
tengo el pecho lastimado,  
y que echándome a pensar,  
aunque ruda labradora,  
en tu: desdichas, señora,  
un remedio vine a hallar:  
mas es muy dificultoso.

ANA. Di, aunque me cueste la vida.

INÉS. Pues oye, si eres servida,  
un pensamiento ingenioso.

Quando en mi tierra vivía,  
donde Elena hacienda tiene,

supe esta historia, que viene  
a ser parte de la mía.

Un hermano de Fulgencio,  
padre de Elena, que fué  
a las Indias...

ANA. Ya lo sé.  
INÉS. Pues hasme de dar silencio.

Llevó solo un rapacillo,  
primo de Elena, que ya es  
grande. O sea el interés,  
que nunca me maravillo.

O la sangre, han concertado  
los hermanos que los primos  
se casen.

ANA. Mucho ha que oímos  
que está entre los dos tratado.

INÉS. Esperándole estuvieron.  
ANA. Es verdad; pero han sabido  
que es muerto o preso, que ha sido  
la causa porque le dieron  
a don Félix la palabra  
de casarle con Elena.

INÉS. Oye, pues, que en tela ajena  
tal vez el ingenio labra.

Una vez me disfracé  
de hombre en mi tierra, y decían  
que mis bríos parecían  
de hombre, del cabello al pie.

Yo quiero, en hombre trocada,  
fingir que soy el sobrino  
de Fulgencio, y de camino,  
bota y espuela calzada,  
dar por la posta en su casa.

ANA. ¿Y allá dentro qué has de hacer?

INÉS. Pedírsela por mujer,  
y tú verás que se abraza  
en dos días de mi amor,  
y que a don Félix descase,  
y que vuelve a todo paso  
a pretender tu favor.

ANA. Estoy mirándote atenta:  
demonio debes de ser.

INÉS. No soy; pero soy mujer,  
que más que el demonio inventa.

ANA. Pues ¿dónde hallarás vestidos?  
INÉS. Yo los buscaré, y criados.  
ANA. ¿Qué has menester?

INÉS. Mil ducados,  
porque los recién venidos

de Indias tienen aquí  
opinión de miserables,  
y es menester que me entables,  
porque el dar vence.

(1) *M: trajo.*

(2) En las dos ediciones: *Julia que mandas se-  
ñora*, atribuido el verso entero a Inés.

(3) *M: aora.*

ANA. Es así.  
 Un sátiro vi muy feo  
 en una tabla pintado,  
 del estudio de un letrado,  
 y en medio de un buerto hibleo  
 una dama muy hermosa,  
 a quien unas joyas daba,  
 por quien ella le abrazaba,  
 blanda, tierna y amorosa.  
 INÉS. Conquista tú, gasta, luego  
 los mil te pondré en la mano.  
 ANA. Ve por ellos.  
 Hoy, tirano,  
 te ha de confundir mi fuego.

[*Vase Doña ANA.*]

INÉS. Esta, con su desvarío,  
 piensa que en mi fingimiento  
 su vano remedio intento.  
 y voy procurando el mío.  
 En que no se case fundo  
 mi invidia; de celos muero;  
 yo desconcerté el primero,  
 lo mismo haré del segundo.  
 Con la industria es cosa llana  
 que Félix queda excluido,  
 porque no ha de ser marido  
 de Elena, ni de doña Ana.

[*Vase, y sale DON FÉLIX y LOPE.*]

FÉLIX. Todo me sucede bien;  
 Madrid se ha desengañado.  
 LOPE. Agora (1) estás más honrado  
 y más vengado también.  
 FÉLIX. ¿Que haya lenguas en el mundo  
 que un testimonio levanten?  
 LOPE. De que estas cosas te espanten  
 me espanto.  
 FÉLIX. En mi honor lo fundo.  
 LOPE. Pues ¿cómo cosa tanto  
 como testimonios ya?  
 FÉLIX. Lleno este lugar está.  
 LOPE. De lo que sufren me espanto.  
 FÉLIX. ¿No se puede remediar?  
 LOPE. Es oficio de demonios,  
 FÉLIX. Que levantar testimonio  
 es a veces levantar;  
 que aunque padecen con ellos  
 mientras no son conocidos,  
 muchos que estaban caídos

se han levantado por ellos.  
 LOPE. No escucharás en corrillos  
 de hombres, que mirar podrían  
 tus cosas, que al vulgo fían  
 vinagres, quita pelillos.  
 sino Fulano es un tal,  
 y una tal por cual Fulana,  
 pues en casa de Zutana  
 no se bate el cobre mal,  
 y mil nuevas mentirosas  
 contra el honor de mil gentes.  
 FÉLIX. Son lenguas impervientes,  
 y son vidas siempre ociosas.  
 No hay ley más santa en la tierra  
 que castigar los ociosos.  
 Yo muero.

LOPE. Tus generosos  
 padres, ya en paz, y ya en guerra,  
 bastante-mente has probado;  
 pero yo, ¡triste de mí!,  
 que me he de quedar aquí  
 por pobre y por desdichado,  
 conque Muley Arambel  
 fué mi abuelo melcochero,  
 ¿qué humano remedio espero  
 si me pasasen a Argel?  
 FÉLIX. Pues, necio, si levantaron  
 el testimonio a los dos,  
 lo que yo, gracias a Dios,  
 pruebo, por los dos probaron.

No tienes ya que temer.  
 LOPE. Ya si este moro de España  
 Azarque fuera, el de Ocaña;  
 Zayde, el de Zocodover;  
 Tarfe, el de Vivataubin;  
 Albayaldos, el de Ollas,  
 tuvieran las dichas mías  
 menos de bajaça, en fin;  
 ¡pero Muley Arambel!...  
 FÉLIX. ¡Quedo, que Fulgencio es éste!  
 LOPE. Hijo soy de un arcipreste  
 muy católico y fiel.

[*Salen FÉLIX y LOPE.*]

FULGENCIO.

Perdonad si tan presto no he salido,  
 en cartas y en papeles ocupado,  
 don Félix, mi señor, si sois servido.

FÉLIX.

El señor seréis vos, y yo el criado.  
 Vengo con la respuesta de Leonido.

(1) *M. aora.*



que me ha dicho que estáis determinado a honrarme en vuestra casa tan contento, que me ha de enloquecer mi pensamiento.

Dadme esas manos como a hijo vuestro.

FULGENCIO.

Señor don Félix, yo he ganado tanto, que si ahora en palabras no lo muestro, es porque no podré deciros cuánto.

Hoy se confirma el parentesco nuestro, y aun hoy puedo decir que me levanto al más alto lugar que la Fortuna pudiera darme en ocasión ninguna.

No he dado parte desto a doña Elena, si bien ha conocido que lo trato; con que ya de su primo está sin pena: que Amor es con los muertos siempre ingrato. Y pues del vuestro ya no vive ajena, venceré fácilmente su recato con pintar vuestros méritos, si puedo.

FÉLIX.

Para tantas mercedes, corto quedo.

En fin, señor, haremos escrituras luego que le digáis vuestro deseo.

FULGENCIO.

Puesto que las palabras son seguras siempre en las firmas, la firmeza creo.

FÉLIX.

Hoy pueden envidiarse mis venturas, pues en la posesion cierta que veo del bien que gozaré seguro y firme, yo voy, si lo mandáis, a prevenirme.

FULGENCIO.

El cielo os guarde y haga tan dichoso como deseo.

FÉLIX.

Vuestro mismo aumento  
y pedis en mi bien.

LOPE.

Ya que es forzoso,  
te doy el parabién del casamiento.

FÉLIX.

Lope, yo sé que ha sido un hecho honroso y digno de mi noble pensamiento.

LOPE.

Como no te arrepientas...

FÉLIX.

No lo creas.

LOPE.

Librete el cielo que a doña Ana veas.

*(Ense. Salga DOÑA ELENA y FULGENCIO.)*

ELENA. Aguardando a que se fuese don Félix, no entraba a hablarte.

FULGENCIO. Yo, Elena, quería buscarte. Pero mas cuidado es ése.

¿Quién duda que habrás oído esto que habemos tratado?

ELENA. Sospecho que me has casado.

FULGENCIO. ¿Sabes quién es tu marido?

ELENA. Si me culpas de que fui cuidadosa en escuchar, ¿como lo puedo ignorar?

FULGENCIO. ¿Y podré decille sí?

ELENA. Yo no sé qué me convenga para mi remedio más de aquello que tú me das.

FULGENCIO. ¿Quién hay que las partes tenga deste ilustre caballero de los de su calidad?

ELENA. ¿Y tiene ya libertad del casamiento primero?

FULGENCIO. Justamente aborreció don Félix esta mujer.

ELENA. Celos debieron de ser.

FULGENCIO. Elena, lo que sé yo es que él probó su nobleza de hecho y notorio solar.

*(Sale MENDOZA, criado.)*

MENDOZA. A los dos vengo a buscar, haciendo mi ligereza de otro Mercurio los pies.

FULGENCIO. Sosiega un poco el aliento, ¿Son de tristeza, o contento?

MENDOZA. ¿Dame albricias!

ELENA. Di lo que es.

MENDOZA. De dos postas ya se apean en la puerta del zaguán un caballero galán, en cuyo rostro se emplean las galas famosamente, y otros en forma de pajes, en menos bizarros trajes, y todos (1) lucida gente:

(1) *Ma' todo.*

mucha pluma, brava espuela,  
dorada cadena y banda,  
bota y calceta con randa.  
lindos forros, todo es tela;  
y, si no lo entendí mal,  
viene diciendo, señor,  
que es tu sobrino.

FULGENCIO. En rigor,  
la nueva mudanza es tal:  
mas de ver a mi sobrino,  
que era muerto en mi opinión,  
a tal tiempo y ocasión,  
y cuando don Félix vino  
a que palabra le diese  
de darle a Elena, y la he dado,  
puesto que estoy disculpado,  
no te espantes que me pese:  
pero ¿qué se puede hacer?

(*Salta Inés, de camino y botas, espuelas y dos cravados; CABRERA y RIRAS*)

MENDOZA. Ya llega.

INÉS. Esos pies te pido

FULGENCIO. ¿Seas, don Juan, bien venido!

INÉS. Pues os he llegado a ver,  
tras tanta fortuna y mar,  
bien os merezco ese nombre.

FULGENCIO. ¿Qué gallardo y gentilhombré!  
Elena, llégale a hablar.

INÉS. ¿Es mi prima?

ELENA. ¡Primo mío!

¡Jesús, qué grande venís!

INÉS. Llego al cielo, bien decís.

¡Lindo talle!

MENDOZA. ¡Hermoso brio!

FULGENCIO. La pena de su venida  
su presencia me ha quitado;  
ya sea muy bien llegado,  
aunque me cueste la vida.

Yo, hijo, como te vi  
niño, no te conociera,  
si en otro lugar te viera.

INÉS. Pues yo a vos, mi señor, sí;  
aunque bien sé que os dejé  
con menos canas.

FULGENCIO. La edad  
vuela.

INÉS. Si digo verdad,  
cuando mi padre se fué  
no puse con tantas veras  
en mi prima la memoria,  
que saben poco de historia  
nuestras edades primeras;

y así, por todo el camino  
mil ideas fabriqué,

pero con ninguna hallé  
donaire tan peregrino.

¡Está hermosa! Dios la guarde.  
Muchos años la gocéis.

FULGENCIO. ¿Cómo venís?

INÉS. Ya lo veis.

FULGENCIO. ¿Que te viniese esta tarde  
don Félix a persuadir!  
¿Y mi hermano?

INÉS. Bueno queda.

FULGENCIO. ¿Cartas?

INÉS. ¿Quién habrá que pueda  
criados viejos sufrir?

Con las ropas las dejaron,  
en un baúl, en Sevilla.

FULGENCIO. Descuidos, no es maravilla.

INÉS. Mucho, señor, me enojaron,  
porque quedaron allí  
los regalos de mi prima:  
cosas de valor y estima.

RIRAS. Esa culpa estuvo en ti,  
porque queriendo tomar  
la posta fuera imposible  
traerlas.

CABRERA. Será posible  
esta semana llegar,  
porque al hombre prometí  
buenas albricias.

INÉS. ¡Por Dios,  
que hagáis, Gonzalo, los dos  
diligencia!

CABRERA. Haráse así.

FULGENCIO. ¿Qué malas nuevas me dieron,  
sobrino, de vos!

INÉS. Señor,  
en las alas de mi amor  
mis deseos me trujeron (1):  
en gran peligro me vi.

ELENA. De unas naves extranjeras  
nos contaron mil quimeras.

INÉS. Entre pichelingues di:  
llegaron diciendo: "Amaina,  
amaina, español"; mas luego  
ni en los tiros quedó fuego,  
ni espada quedó en la vaina:  
hago de un cabo trinchea  
en un punto, y desde allí  
tiro, y vuelven sobre mí  
balas que no habrá quien crea

(1) *Ma: traxeron.*

que me pudiese librar  
sin milagro de otra suerte;  
mas libróme de la muerte  
una alteración del mar,  
que nos dividió de modo  
que, siendo en mitad del día,  
agua y cielo parecía  
que lo barajaba todo.

Bien saben esos criados  
si cumplí la obligación  
de tu sobrino.

FULGENCIO. Ellos son  
de ti justamente honrados.

ELENA. Quiero volver a abrazarte.  
Pues que mi primo ha venido,  
que con don Félix ha sido  
la razón de disculparte,  
ve luego a buscallo, y di  
que no se trate el concierto.

FULGENCIO. Que lo ha de sentir te advierto,  
y se ha de quejar de mí.

Don Juan.

INÉS. Señor.

FULGENCIO. ¿Es sin duda  
que te vienes a casar?

INÉS. Si enemigos en el mar,  
si vientos en la Bermuda,  
si deseos de tu aumento,  
si ser tu sangre merece  
mi prima, y lo que engrandece  
tu hacienda mi casamiento,  
y que es de mi padre el gusto,  
¿cómo lo puedes dudar?

FULGENCIO. Ahora bien, yo voy a hablar  
a don Félix.

ELENA. Eso es justo.

FULGENCIO. Apercibe, en tanto, Elena,  
adonde tu primo esté.  
Hijo, luego volveré.

(*Fase.*)

INÉS. Id, señor en hora buena.  
¡Prima de mi corazón,  
volvedme a abrazar! No creo  
que en tanta gloria me veo.

ELENA. Pagáis mi justa afición,  
que añadió después que os vi.  
primo, ese tallo y valor  
a la sangre nuevo amor.

INÉS. ¿Soy vuestro marido?

Si.

ELENA. Pues ¿por qué me llamáis primo?

ELENA. Usase entre los señores,  
y caen muy bien los amores  
sobre un primo.

INÉS. Yo lo estimo;  
mas, como no sé de corte,  
y a ella vengo cual veis,  
bien será que me enseñéis  
lo que a serviros me importe.

Soy ignorante, en razón  
de que aún las espuelas llevo;  
esto acá se llama nuevo,  
y en las Indias chapeton;  
y así, os ruega mi rudeza  
perdonéis.

ELENA. Confieso, Amor,  
la fuerza de tu rigor.  
¿Hay tal bien, hay tal belleza?

Amé a don Félix, y ahora  
ya le aborrezco y desamo.  
INÉS. Cayendo viene al reclamo  
esta moscatel señora:  
ya don Félix se tripula  
jaque deste casamiento.

CABRERA. ¿Vamos bien?

INÉS. A mi contento.  
CABRERA. Pues negocia y disimula.

(*Salen HERNANDO.*)

HERNANDO. El coche te aguarda ya,  
si a la feria quieres ir.

ELENA. Más te quisiera decir  
que le volvieras allá;  
mas, por no ser descortés  
con don Félix, vamos luego.

INÉS. Que me deis licencia os ruego,  
si día de feria es,  
que os las quiero dar.

ELENA. Por veros  
ir en el coche conmigo,  
las aceto (1).

HERNANDO. ¿Ce!, ¿a quién digo?

INÉS. Si se suele a los cocheros  
dar ferias también, buen hombre,  
al volver os las daré.

HERNANDO. No es eso, ¡por Dios!

INÉS. Pues ¿qué?

HERNANDO. Tocar, a ver si sois hombre.

INÉS. ¿Habéis bebido?

HERNANDO. Bebi;  
pero por los ojos fué,

(1) *M. a cepto.*

que no ha un hora que os hablé,  
y como mujer os vi.

INÉS. Callad, que si aquí se entiende  
vuestra falta, no querrán  
ir con vos.

ELENA. ¿Venís, don Juan? [de.

INÉS. Voy, prima. [Ap.] (Todo me ofen-  
; Que viniese Hernando aquí  
a traer el coche! ; Ay, cielo!  
Pero ; de qué me recelo?  
Ingenio ha de haber en mi  
para salir bien de todo.)

HERNANDO. Sospecho que dice bien,  
que lo que mis ojos ven  
debe de ser de otro modo ;  
que no puede ser posible  
que sea Inés, pues me habló  
ahora en casa, y beber yo  
no me parece imposible.  
; Pues mis ojos dónde están?  
Pero más quiero entender  
que he bebido que creer  
que ésta es Inés y es don Juan.

(Vanse, y sale FULGENCIO y DON FÉLIX.)

FULGENCIO.

Bástame por castigo mi vergüenza.

FÉLIX.

De que vos la tengáis estoy corrido.

FULGENCIO.

Mi sobrino dijeron que era muerto ;  
mortales somos, túvelo por cierto ;  
los peligros del mar y los cosarios  
me hicieron fácil la fingida nueva :  
él llega (1) como veis, y a Elena pide ;  
desde las Indias por Elena viene,  
pasando mil trabajos y fortunas,  
que no repara en que a su padre deja ;  
que sus cien mil ducados no estimara  
en lo que vuestro honor y entendimiento.

FÉLIX.

Yo os confieso, Fulgencio, que lo siento ;  
mas ; qué se puede hacer, siendo tan justo?  
Sólo os pido una cosa, por mi gusto :  
que os sirváis de aquel coche, que no quiero  
que ande de boda en boda, ya que ha sido  
tan desdichado como fué el romano

por el caballo que llamó Seyano :  
quizá que topa en él.

FULGENCIO.

¿Qué pareciera  
que, siendo conocido, se sirviera  
Elena dél? creedme que lo estimo :  
pero también le pesará a su primo.  
Quedemos muy amigos, que os prometo  
que os quiero como a hijo.

FÉLIX.

El nombre aceto,  
y decid que me tenga esa señora  
en lugar de su primo desde ahora,  
pues su primo me quita el de marido.

FULGENCIO.

El trueco es justo, y vos tan cortesano  
cuanto fué menester para el suceso,  
que me ha llegado hasta perder el seso.  
Quedad con Dios.

(Vase.)

FÉLIX.

El cielo os guarde. Creo  
que éstos han conocido mi deseo ;  
que, ya que la venganza se resfría,  
me pesara de ver a Elena mía,  
que ya vuelve el amor de aquella ingrata,  
y estoy más abrasado con su agravio ;  
pues replicar no quise al desconcierto,  
que la dejé de su remedio falto,  
como quien vuelve atrás para dar salto.

(Sale (1) LOPE.)

LOPE.

Si alguna vez me has dicho injustamente  
que he tomado más vino de lo justo,  
cosa que amigos y saludes pueden,  
y alguno dió al beber esta disculpa,  
ahora justamente, señor mío,  
me lo puedes decir, con esas nuevas.

FÉLIX.

Si son de que se casa doña Elena  
con su primo, que de Indias ha venido,  
ni lo son para mí, ni tú has bebido.

LOPE.

Aunque serlo pudieran, son más graves.

(1) En las dos ediciones: *llegar*.

(1) M: *salvo*.

FÉLIX.

¿De qué manera?

LOPE.

Andando por la feria  
con otros seis de aquestos, ya me entiendes,  
de quien murmuran siempre los caballos,  
que, en fin, a sus espaldas van tosiendo...

FÉLIX.

¿Lacayos?

LOPE.

Si, señor; vi que en tu coche  
iba la bella Elena con su primo.  
Reparé en él, porque me dijo Hernando:  
"Ese mozo es sobrino de Fulgencio".  
y veo que es... ¿dirélo?

FÉLIX.

¿Qué lo dudas?

LOPE.

Gila, la sayaguesa de doña Ana.

FÉLIX.

¿Qué bien se habrá bebido esta mañana!

LOPE.

¿No se lo dije yo? Pues, ¡vive el cielo,  
que es Gila, o que es el diablo aquel mozuelo!

FÉLIX.

Anda, bárbaro, vete. Y cuando fuera  
posible, que tal cosa ser pudiera,  
¿había más de verla en cas de Urbano?

LOPE.

Pues ¿quién ha de ir allá?

FÉLIX.

Tú, Lope hermano.

LOPE.

Yo, señor, ¿a qué efeto?

FÉLIX.

A que me muero.  
Verdad te digo, que es mi amor primero,  
y todas estas locas valentías  
han sido sólo entretener los días,  
porque las noches todas a esa puerta  
me ha visto el alba, cuando el Sol despierta.

LOPE.

Que te adora doña Ana, y que ese día  
que le dijese yo que tú la quieres  
me daría la ropa y la basquiña,  
la toca, y aun los mismos alfileres;  
eso es muy cierto, pero no querría  
que dijese después que culpa tengo  
y que fui bachiller en ir a prisa;  
que se han de ejecutar con mucho espacio  
los pareceres de quien ama.

FÉLIX.

Lope,  
si te dijere tal, ¡Dios me destruya!

LOPE.

Pues mira que ha de ser la culpa tuya.

FÉLIX.

Digo que es mía.

LOPE.

Voy.

FÉLIX.

Pues yo te espero.

LOPE.

¡Ya no hay Elena!

FÉLIX.

¡Por doña Ana muero!

(*Vanse, y salen DOÑA ANA, y INÉS, en su hábito de villana.*)

ANA. ¡Sin seso estoy, de escucharte!

INÉS. Pues todo ha pasado así.

ANA. Ya crédito quiero darte.

INÉS. Quinientos escudos di.

ANA. ¿De ferias?

INÉS. Para empeñarte

estos en la platería,  
y aun le dije que esto hacía  
con vergüenza, hasta llegar  
mis joyas, que por la mar  
todas las Indias traía.

ANA. ¿Qué les diste a los criados?

INÉS. Docientos, y di al cochero  
ciento.

ANA. Gasta, bien me agradas,  
que con oro comprar quiero  
fortunas tan desdichadas.

INÉS. ¿Pues cuál queda la bobilla!  
 ANA. ¿Enamorada?  
 INÉS. ¿Hasta el alma!  
 ANA. Por única maravilla,  
 Gila, te han de dar la palma  
 las montañas de Castilla.  
 INÉS. Pues en el coche pa-saron  
 lindas cosas.  
 ANA. ¿De qué modo?  
 INÉS. Los pies, sin lenguas, hablaron:  
 allá lo imagina todo.  
 ANA. ¿Que esto los montes eriaron!  
 ¿No fueras hombre!  
 INÉS. ¿Yo?  
 ANA. Si,  
 que me perdiera por tí.  
 INÉS. Ya no me faltaba más  
 sino que tú, como estás,  
 te enamoraras de mí.  
 Paso por mil que me ven  
 persecución desigual:  
 pero es milagro también,  
 que otros por quererlas mal,  
 y yo por quererme bien.  
 ANA. En fin, ¿ya don Félix queda  
 despedido, y tú casado?  
 (Sale LOPE.)  
 LOPE. ¿Habrá por donde entrar pueda  
 un caballo descartado  
 que vió gualdrapa de seda?  
 INÉS. ¿Es Lope?  
 LOPE. ¿Es Gila? Ahora digo  
 que es peligroso beber  
 salud de ningún amigo.  
 (¿Qué notable parecer!  
 De lo dicho me desdigo.)  
 ANA. Lope, ¿es hora que nos veas?  
 LOPE. El no saber castellano  
 fué causa, si lo desear,  
 por no te hablar africano,  
 para que vuelvas o creas  
 que de Muley Arambel  
 a esta parte no he podido  
 venir tan presto de Argel.  
 ANA. ¿Tu dueño estará perdido?  
 LOPE. ¿Sí, por Dios! Y yo con él.  
 ANA. ¿Cuándo fué la boda?  
 LOPE. Anoche.  
 ANA. Gila, ¿qué es esto?  
 INÉS. Tú nientes  
 que hoy iba Elena en un coche

con su primo.  
 LOPE. ¿Que esto sientes?  
 Pues sabe que todo es noche.  
 Y ¿de qué sirve engañarte?  
 Félix me manda que venga,  
 como que no es de su parte,  
 a que en vuestras bodas tenga  
 otra vez industria el arte;  
 yo soy hombre sin rodeos:  
 hame mandado un vestido  
 si te digo sus deseos  
 sin que entiendas que ha tenido  
 tu amor tan altos trofeos.  
 ¿No lo entiendas, por tu vida!,  
 y hágase este casamiento.  
 ANA. Lope, estoy muy ofendida.  
 LOPE. Pues sabe que es fingimiento.  
 ANA. Pues, Lope, estoy muy perdida.  
 LOPE. Entra, y escribe un papel;  
 di que venga ese cuitado,  
 que entre esa puerta cruel  
 diez noches se le han pasado  
 durmiendo sobre el broquel.  
 ¿Ea! ¿Qué dudas?  
 ANA. Ahora  
 conozco lo que te debo,  
 Gila amiga.  
 LOPE. Ven, señora.  
 ANA. ¿Qué nueva a mi padre llevo!  
 Vamos.  
 LOPE. [Don] (1) Félix te adora.

(Fanse.)

INÉS.

Yo he negociado desdichas,  
 con mi ingenio mis pesares:  
 de donde estaba el remedio,  
 mayores peligros salen;  
 o, como dijo muy bien,  
 en ocasión semejante,  
 aquel ilustre poeta  
 en el ingenio y la sangre:  
 Aquí verán mis males  
 que en vano corre el que sin dicha nace.

Nace de pequeña fuente  
 el humilde Manzanares,  
 llega el verano sediento,  
 las secas arenas lame;  
 tal yo, de humildes principios  
 quise al cielo levantarme

(1) En las dos ediciones: donde.

de un caballero que tiene  
los suyos tan desiguales,  
porque vean mis males  
que en vano corre el que sin dicha nace.

(Sale HERNANDO.)

HERNANDO. No he podido antes de ahora,  
para poder informarme,  
dejar el coche. ¡Ay! ¿qué veo?  
¿No estaba Inés con dos pajes  
en la forma de su primo  
de Elena? Puedo engañarme;  
mas ¿cómo será que pueda  
la Naturaleza errarse?  
Mis enamorados ojos  
estos tornasoles hacen,  
que con frenesí de amor  
sueña el alma disparates.  
Inés, pues me trajo el cielo  
a ocasión que pueda hablarte,  
vuelve esos esquivos ojos.  
INÉS. ¡Déjame, bestia, elefante,  
rinoceronte, león, tigre!

HERNANDO. Oye...

INÉS. ¿Quieres que te mate?

HERNANDO. ¡Ojalá!

INÉS. ¡Déjame aquí!

HERNANDO. ¡Inés!

INÉS. Daré voces tales  
que la casa se alborote.  
Diré que fuerza me haces.

HERNANDO. No más, Inés; yo me voy;  
mas mira que has de acordarte  
cuando el cielo te castigue.

(Vase HERNANDO.)

INÉS. Ya me castiga, pues hace  
que mi don Félix se case; {nace.  
que en vano corre el que sin dicha

(Sale DON FÉLIX.)

FÉLIX. Gila, mi amor atropella  
los agravios que tú sabes,  
y porque estos testimonios  
antes fueron para honrarme,  
rendido como ves,  
a vuestra casa me traen  
para que tú y cuantos sirven  
a doña Ana bella, a este ángel,  
le pidan que me perdone.

INÉS. ¡Perro!, ¿qué dices? Ya es tarde

para escuchar tus injurias,  
para sufrir tus maldades.  
No soy Gila, que Inés soy,  
la villana de Getafe.

¡Tus bodas voy a impedir!

¡Hay desdicha semejante?

¡Inés, Inés!

FÉLIX.

INÉS.

FÉLIX.

¿Qué me quieres?

Pues yo no puedo casarme  
contigo, yo te prometo  
de hacer que luego te cases.

INÉS.

FÉLIX.

¿Con quién?

Hernando el cochero,  
es hombre de bien, y darte  
quiero con él mil escudos.

INÉS.

¿Fuego del cielo te abrasé!  
¿Yo cochero? ¿Qué bien cumples  
tus palabras desiguales!

¿Qué bien las obligaciones  
en que te he puesto, tan grandes!  
El coche me prometiste;

¿quién dirá que es engañarme  
que, prometiéndome coche,  
con el cochero me pagues?

¿Pues justicia habrá, don Félix!

FÉLIX.

Oye, Inés, que es disparate  
tratar de justicia aquí;  
no me estorbes que me case,

pues no es posible contigo.

INÉS.

FÉLIX.

¿Topa en el ser desiguales?

INÉS.

En eso y en tu pobreza.

INÉS.

¿No sabes tú que es mi padre

hidalgo, aunque labrador?

FÉLIX.

INÉS.

Es verdad.

Pues, cuando trates  
de dote, ¿quién te ha de dar  
el dote que puedo darte?

FÉLIX.

INÉS.

FÉLIX.

¿Tú?

Yo.

INÉS.

¿Cómo?

¿De cuarenta  
mil ducados es bastante?

FÉLIX.

¿De cuarenta mil ducados?

¡Loca estás!

INÉS.

Llega a informarte  
del sobrino de Fulgencio,  
que viene de Indias, que trae  
para mí dote.

FÉLIX.

INÉS.

¿De quién?

De dos tíos, capitanes,  
que tengo en Lima.

FÉLIX.

INÉS.

¿Quién son?

Son hermanos de mi madre,

y don Juan trae el dinero.  
Si yo quisiera engañarte,  
no había de ser con cosas  
que tienen prueba tan fácil.  
Ves allí viene Fulgencio;  
haz que vaya a preguntalle  
a su sobrino si son  
los cuarenta mil cabales.

FÉLIX. Con cuarenta mil escudos  
muy bien puede perdonarse,  
pues eres limpia, el jirón  
que te ha dado el villanaje.  
INÉS. Si es verdad, soy tu marido.  
Pues con él quiero dejarte,  
que yo sé que verdad digo.

(Vase.)

FÉLIX. No es posible que me engañe.  
¡Vive Dios!, que si es así  
que tan grande dote trae,  
que el hombre más bien nacido  
puede con ella casarse.

(Sale (1) FULGENCIO.)

FULGENCIO.

A darle cuenta de mis cosas vengo  
a Urbano, que es mi amigo, y es muy justo.  
Don Félix está aquí.

FÉLIX.

Que hablaros tengo.

FULGENCIO.

Huélgome que volváis con tanto gusto  
al amistad de Urbano.

FÉLIX.

No estoy sano,  
señor Fulgencio, bien de aquel disgusto.

No vengo, cual pensáis, a ver a Urbano,  
ni menos a su hija; a vos os quiero.

FULGENCIO.

¿En qué os sirvo?

FÉLIX.

Sabed que al nuevo indiano,  
a ese recién venido caballero,

le habéis de preguntar si trae de Lima  
de cierto capitán algún dinero.

FULGENCIO.

¿Hay otra cosa?

FÉLIX.

No.

FULGENCIO.

Pues con su prima  
debe de estar; si importa, iremos luego.

FÉLIX.

Importa cuanto la verdad se estima.

FULGENCIO.

Yo voy a hablalle.

(Vase.)

FÉLIX.

Aquesto sólo os ruego.  
Si esto no es burla, es la mayor ventura  
que ha sucedido por amante ciego.

(Vase, y sale Doña ANA, y URBANO, su padre.)

URBANO.

Digo que se haga luego la escritura.

LOPE.

Aquí está mi señor.

ANA.

Hablarle puedes.

URBANO.

Sí haré, pues de su amor estás segura.

ANA.

Era razón, porque también lo quedas.

URBANO.

Don Félix, cuanto ayer me vi corrido,  
que no osaba salir destas paredes,  
hoy me siento animoso, agradecido  
a la merced que a nuestra casa has hecho

FÉLIX.

A besaros las manos he venido.



URBANO.

Ya estoy de vuestra sangre satisfecho;  
y así os doy a mi hija nuevamente.

FÉLIX.

Digna es, ¡por Dios!, de otro más noble pecho:  
y así, en otro mejor, más justamente  
la podéis emplear; yo estoy casado.

URBANO.

Hija. ¿qué es esto?

ANA.

¿Luego Lope miente?

LOPE.

¿Que le hablase, señor, no me has rogado,  
y un vestido me dabas porque hiciese  
mudar el casamiento concertado?

FÉLIX.

No era razón que un ángel se le diese  
a un nieto de Zulema. El cielo os guarde.

ANA.

¿Que esta venganza entre los dos se hiciese!  
¡Yo haré, alcahuete vil; yo haré, cobarde,  
que te corten las piernas!

LOPE.

¡Vive el cielo,  
que me engañó don Félix esta tarde,  
y que no he de servirle!

URBANO.

¡Es buen consuelo  
de mi vejez estas deshonras!

ANA.

Mira  
que yo te hablé con limpio y puro celo,  
y que los dos trazaron la mentira  
para tomar venganza de su afrenta.

URBANO.

En paces quiero resolver la ira;  
la virtud de don Pedro me contenta.  
Yo no he de andar al paso de tu gusto.  
¡Loca, desvergonzada, vil exenta!  
¡Con él te has de casar!

ANA.

Digo que es justo.  
y que a don Pedro no merezco.

URBANO.

Acabo

con que no me has de dar otro disgusto,  
que aun no mereces un infame esclavo.

ANA.

Tienes razón, no puedo responderte:  
don Félix se vengó.

URBANO.

La industria alabo.

ANA.

La invidia ha sido causa de mi muerte.

(Salen FULGENCIO y ELENA.)

FULGENCIO. Fuí para contar a Urbano  
mi buena suerte, y hallé  
en su casa a Félix.

ELENA.

Fué

quererse vengar en vano  
de los agravios de Amor;  
él quiere casarse aquí.

FULGENCIO. Pesóle de verme allí.

ELENA. Tengo por cierto, señor,  
que con doña Ana se casa.

FULGENCIO. Yo me huelgo.

ELENA.

Ello es sin duda,

que Amor los agravios muda  
en más amor.

FULGENCIO. ¿Está en casa

mi sobrino y tu marido?

ELENA.

Ahora de fuera viene.  
¡Mira qué talle que tiene!

(Salga INÉS, de hombre.)

INÉS.

¡Fortuna, favor te pido  
para este engaño segundo!

FULGENCIO. ¡Sobrino!

INÉS.

¡Señor!

ELENA.

¡Esposo!

INÉS.

¡Prima!

ELENA.

¿Cómo estáis?

INÉS.

Celoso

de aquesta cifra del mundo.

ELENA.

¿Qué te parece Madrid,  
ya que en velle te inquietas?

INÉS.

Que lo que a las alcahuetas  
le ha sucedido advertid:  
que no ganan de comer  
hasta haberlas azotado.

que habiéndolas afrentado  
las han dado a conocer:  
no menos Madrid ha sido,  
pues el haberse aumentado  
nace de haberse dejado,  
porque sea más conocido.  
¡Lindas calles!

FULGENCIO. Que te admires  
es justo: casas de fama  
se labran.

INÉS. Si el vulgo llama  
ángeles los albañires,  
de los que tiene, y muy bien,  
Madrid se puede alabar,  
pues que por todo el lugar  
tantos ángeles se ven.

ELENA. ¡Por las damas lo dirás!

INÉS. ¡Cielos? (1)

FULGENCIO. Así que dinero  
traes de cierto caballero.

INÉS. Una encomienda no más,  
mas es bizarra, a la fe:  
son cuarenta mil ducados,  
¡oh, son pesos ensayados!

FULGENCIO. ¿Para quién y para qué?

INÉS. Para un hidalgo bien pobre  
de Getafe.

FULGENCIO. ¿Y quién, don Juan,  
los envía?

INÉS. Un capitán:  
aunque para dote sobre  
con aquella calidad,  
a esto vienen dirigidos.

FULGENCIO. Muchos hombres bien nacidos  
cegará la cantidad.

(Sale (2) un CRIADO.)

CRIADO. Don Félix te busca.

FULGENCIO. A ti,  
sobrino, sospecho yo.  
Háblale.

INÉS. Tío, eso no:  
que no es bien que me halle aquí.  
¿A quien casarse intentó  
con mi prima he de mirar?  
Ni aun él con ella ha de hablar.  
Dile que aseguro yo  
los cuarenta mil ducados  
para la Contratación,  
y que le daré razón.

y cuando fueran doblados  
si es él quien los ha de haber.

FULGENCIO. Ello fué verdad, en fin.

INÉS. Vamos, prima, a ese jardín.

ELENA. Soy tu prima y tu mujer.

(Vanse, y sale DON FÉLIX.)

FÉLIX. El cuidado me ha traído  
a saber si fué verdad.

FULGENCIO. Toda aquella cantidad  
confiesa haber recibido.

Queda en la Contratación,  
¿hame espantado saber  
que es dote de una mujer  
y de humilde condición,  
cuyo padre es labrador  
de Getafe.

FÉLIX. Así es verdad;  
mas con limpia calidad  
y muy hidalgo señor.  
Hacedme placer que vea  
a don Juan.

FULGENCIO. Fuera salió.

FÉLIX. Mas, pues ya estoy cierto yo  
de que el dinero lo sea,  
agravio os hago en negaros  
que esta hacienda es para mi  
y este dote.

FULGENCIO. ¿Cierto?

FÉLIX. Sí.

FULGENCIO. El parabién quiero daros  
del dote y el casamiento.

FÉLIX. Y, pues ya lo habéis sabido,  
por hoy vuestra casa os pido,  
donde con mucho contento  
me tengo de desposar,  
porque seáis vos y Elena  
mis padrinos.

FULGENCIO. Norabuena,  
que es también asegurar  
los celos de mi sobrino.  
A hablarlos voy.

FÉLIX. ¿Quién casó  
más altamente que yo?  
¿De contento desatino!  
Inés es limpia, ¡oh Fortuna!,  
que la diferencia es  
el llamalla doña Inés,  
que no cuesta cosa alguna.  
¿Quién pensara que por ella  
me viniera tanto bien?

(1) Ma celosos.

(2) Me salga.

(Sale (1) LOPE y HERNANDO.)

LOPE. Yo te abonaré también,  
y estarás muy bien con ella.

HERNANDO. Llega, y dile que me dé  
licencia.

LOPE. Hablarte querría  
Hernando.

FÉLIX. Y hallame (2) en día  
que hasta el alma le daré.

HERNANDO. Pues si tan contento estás  
pide a doña Ana, señor,  
a Gila, a quien tengo amor.  
Y si esta mujer me das,  
como Lope me ha contado  
que lo has tratado con ella,  
yo te serviré por ella  
mil años de esclavo herrado.

FÉLIX. Picaro, Gila no es  
Gila; doña Inés se llama,  
muy hidalga y noble dama.

HERNANDO. Ya sé que se llama Inés.

FÉLIX. Esa señora lo es mía,  
y así se ha de obedecer  
como mi propia mujer.

HERNANDO. Señor, yo no lo sabía.  
Perdona.

FÉLIX. Págame luego  
y despidete.

LOPE. Señor,  
yo fui causa de su error.  
Que le perdone te ruego;  
que la tuvo en la opinión  
que todos hemos estado.

FÉLIX. Pues con ella estoy casado.

HERNANDO. ¿Esto es verdad, o invención?

FÉLIX. Lope, en casa de doña Ana  
lleva el coche sin hacer  
ruido que dé a entender  
lo que yo diré mañana,  
y tráeme en casa de Elena  
a doña Inés.

LOPE. Voy volando.  
¿Irá Hernando?

FÉLIX. Vaya Hernando.

LOPE. Hernando, no tengas pena,  
que éste es enredo.

HERNANDO. Yo sé  
quién es Inés.

LOPE. Y yo, y todo.

FÉLIX. Yo voy para hacer de modo  
que Inés prevenida esté.  
Quedemos hoy desposados,  
que es mejor mientras más presto,  
pues se aseguran con esto  
los cuarenta mil ducados.

(Táncese, y salga DOÑA ELENA y FULGENCIO.)

ELENA. Mucho me huelgo que traiga,  
que estaba dello ignorante,  
mi primo el dote a don Félix.

FULGENCIO. El goza el dote más grande  
que hombre de su calidad.

ELENA. Debe de ser importante  
para suplir en la novia  
la humildad de su linaje,  
y heme holgado con extremo  
que en nuestra casa se case,  
porque asegure mi primo  
estos celillos que trae.

FULGENCIO. ¿Dónde está don Juan?

ELENA. Ahora  
ha salido a pasearse,  
que lo trae loco Madrid,  
tan lleno de novedades.

(Sale un CRIADO.)

CRÍADO. Aquí está doña Ana.

ELENA. ¿Quién?

CRÍADO. La hija de Urbano.

ELENA. ¿Sabe  
que se casa ya don Félix?

CRÍADO. Triste viene.

(Sale DOÑA ANA, con manto y ESCUERO.)

ANA. No te espantes  
que venga en esta ocasión,  
doña Elena, a visitarte.

ELENA. En cualquiera honras, señora,  
esta casa, y sin que hables  
conozco a lo que has venido.

ANA. Sólo a ver un disparate;  
que la novia de don Félix,  
oye, por tu vida, aparte,  
es mi criada.

ELENA. ¿Qué dices?

ANA. Invención será notable.  
Tú verás en lo que para,  
que me ha rogado que calle,  
porque todo aqueste enredo  
dice que es para vengarme,  
y en extremo lo deseo.

(1) M: *salgan*.

(2) M: *hallame*.

(Sale RAMÓN (1), URBANO y DON PEDRO.)

RAMÓN. Don Pedro viene, y tu padre.  
 URBANO. Todos somos conocidos.  
 FULGENCIO. No os agradezco el honrarme, señores, pues es don Félix quien a aquesta casa os trae.  
 DON PEDRO. Señor Fulgencio, el ser vuestra ha sido la mayor parte.  
 URBANO. Y el desear que esta noche se hagan las amistades de don Pedro y de don Félix, para que también se trate otra boda que sabréis.  
 FULGENCIO. Téngolo a dicha notable.

(Sale (2) LOPE.)

LOPE. Los novios piden licencia.  
 FULGENCIO. Ellos la tienen.  
 ANA. ¡Que engañe una ruda sayaguesa hombre que suele alabarse que en la corte no hay ingenio que con el suyo se iguale! Pues hoy le daré a don Pedro la mano para burlarle, por venganza de su agravio.  
 ELENA. ¡Que en aquestas cosas falte mi primo!...  
 FULGENCIO. Búsquenie luego.  
 ELENA. ¡Hola! Vayan a llamarle.

(Sale DON FÉLIX y INÉS, de dama; HERNANDO y CRIADOS.)

FÉLIX. Muy agradecido estoy de que hayas venido a honrarme.  
 FULGENCIO. Vos lo merecéis, don Félix.  
 ANA. Buena viene.  
 ELENA. Hermosa y grave.  
 ANA. Pero dime, ¿aquesto es burla?  
 ANA. ¡Y cómo!  
 URBANO. Adelante pase mi señora doña Inés.  
 ELENA. Antes que pase adelante, otra boda se ha de hacer que por la mano le gane.  
 FULGENCIO. ¿De quién?  
 ELENA. Del señor don Pedro, con licencia de mi padre.

(1) M. *salgan*; Ramon, sic. en las tres ediciones, es, seguramente una errata por RAMÍREZ.

(2) M. *salga*

URBANO. Así concertado viene. Dense las manos.  
 FÉLIX. Vengarse debe de querer doña Ana, pero ya se venga tarde. Cumplió el cielo mi deseo.  
 URBANO. Y el mío, como se abrazen don Pedro y don Félix.  
 DON PEDRO. Yo lo deseo.  
 FÉLIX. El cielo os guarde. Y, pues ya será razón que de mis bodas se trate, sabed que aquesta señora no es Gila, que son disfraces con que su paciencia supo obligarme y conquistarme. Es hija de un hombre hidalgo de Getafe, a quien le trae don Juan cuarenta mil pesos de dote con que se case; dos años ha que con ella estoy casado; esto baste para saber que la debo obligaciones tan grandes. Así la mano le doy.  
 INÉS. Mi paciencia fué bastante a conquistar tanto bien.  
 HERNANDO. Y de fortunas iguales te da el parabién Hernando.  
 INÉS. Hernando, quiero casarte con Julia, si mi señora doña Ana quiere.  
 HERNANDO. Es honrarme.  
 ANA. Yo gusto mucho, y le doy mil escudos. Mas no tardes tanto, Inés, en esta boda, que ya es bien que te declares

(Sale un CRIADO.)

CRIADO. Dos acénitas, señor, con reposteros, plumajes, un papagayo, una mona y otras cosas semejantes llegan de Sevilla ahora.  
 FÉLIX. Yo apostaré que me traen los cuarenta mil ducados.  
 CRIADO. Esta carta me dió un paje.  
 FULGENCIO. Muestra a ver. Don Juan se árrima.  
 ELENA. ¿Don Juan?  
 INÉS. Aquí se de-hace todo mi enredo.

FULGENCIO. Así dice.  
INÉS. Bien puedo ya declararme.

[*Lee FULGENCIO.*]

“Por haber llegado de la mar indispuerto, no partí con la brevedad que deseo y fuera justo. Quedo en Sevilla, y a fin deste seré en Madrid. Esa es mi ropa, y algunos regalos para mi prima.—*Don Juan.*”

FULGENCIO. ¿Qué es esto? ¿Cómo en Sevilla don Juan?

ANA. Porque no te canses quiero yo decir lo que es.

FULGENCIO. ¿Por Dios, que me desengañes!

ANA. Es que en forma de sobrino tuyo, ha venido a engañarte la señora doña Inés, que don Félix, arrogante, por codicia del dinero, con demostraciones tales se ha desposado con ella; que ha sido engaño notable.

FULGENCIO. Descúbrete.

ELENA. Estoy corrida.  
¿Que pudiese enamorarme una mujer desta suerte!

FÉLIX. ¿Inés!

INÉS. Don Félix.

FULGENCIO. Ya es tarde

FÉLIX. para enojaros, don Félix.  
¿Desta suerte me engañaste, traidora Inés? ¡Vive el cielo, corrido estoy!

INÉS. Que repares no en el dote, en la virtud con que he sabido ganarte es discreción, pues ya es hecho.  
FÉLIX. ¡Buen consejo!

ANA. Ya el tomarle es el último remedio.

LOPE. Señor.

FÉLIX. ¿Qué hay, Lope?

LOPE. Ya sabes

que te he servido diez años, y que es razón que me pagues. Librame algún dinerillo en Sevilla, de mis gajes, para la Contratación, por no aguardar a que saques los cuarenta mil ducados.

FÉLIX. Dejemos burlas aparte, que yo he sido muy dichoso en que mi fortuna halla-se mujer de tan raro ingenio, de tal hermosura y talle.

LOPE. Pues háganse las tres bodas.

HERNANDO. Y cuatro connigo.

INÉS. Acabe con ellas, senado ilustre.  
*La zillana de Getafe.*

LA GRAN COMEDIA  
DE  
LA VITORIA DE LA HONRA  
DE  
FREY LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA:

DON ANTONIO.  
DON PEDRO, *su padre*.  
JULIO, *criado*.  
LEÓN, *criado*.  
DOÑA ANA, *hermana de*  
DON ANTONIO.  
FRANCISCO, *negro*.  
ANTÓN, *negro*.  
TIZNADO, *negro*.  
SALUSCIA, *vieja*.

UN ESCUDERO.  
MAURICIO.  
POZCAYA.  
UN ARRÁEZ.  
EL CAPITÁN VALDIVIA.  
DOÑA LEONOR, *su mujer*.  
DON JUAN.  
FERNANDO, *caballero*.  
EL DUQUE DE ALEA.

DOROTEA, *esclava*.  
UNA NEGRA.  
LOPE, *lacayo*.  
MIRABEL, *músico*.  
HERNANDO.  
HORACIO.  
RAMOS.  
UN ALGUACIL.  
EL ASISTENTE (1).

ACTO PRIMERO

(*Salen DON ANTONIO vestido de juego de cañas y*  
*LOPE, lacayo, de librea*

ANTONIO. ; Buenas suertes!  
LOPE. Tuyas son.  
ANTONIO. Ser primeras maravilla (2).  
LOPE. Hoy has dejado a Sevilla (3)  
en eterna admiración.  
Conozca el rey los vasallos  
que tiene en Andalucía.  
ANTONIO. ; Brava fiesta!  
LOPE. ; Bizarria!  
ANTONIO. ; Quién pasea los caballos?  
LOPE. Hernandillo y Antoñuelo.  
ANTONIO. Haz, por tu vida, llamar (4)  
quien me venga a desnudar.  
LOPE. Mil años te guarde el cielo,

que hoy quisiera que llevaras  
toda una negra por higa;  
mas diérate gran fatiga  
si al cuello te la colgaras;  
aunque una dama sospecho,  
y morena de color  
(pues los que tienen amor (5)  
llevan su dama en el pecho),  
era la mejor de todas.  
aquí, para entre los dos (6).  
ANTONIO. ; Buen azabache, por Dios (7),  
a mis galas acomodas!  
Toma esa caña en barato  
del donaire de la higa.

(*Dale la caña.*) (8)

LOPE. Pues ¿qué quieres que te diga,  
si eres a ti mismo ingrato,  
pues hoy no pagas al cielo  
la belleza que te dió?  
ANTONIO. ¿Estoy muy galán?  
LOPE. ; Pues no?

(1) V. *Hablan en ella las personas siguientes*.  
*Don Antonio galán* / *Doña Ana su hermana* / *D. Pedro*  
*su padre* / *Anton negro* / *Francisco negro* / *El Capitan*  
*Baldria* / *Dona Leonor su mujer* / *D. Juan*  
*cañan* / *Tiznado negro* / *Una negra y Leon criado* /  
(2) *Duque de Alea* / *D. Fernando caballero* / *Lope*  
*lacayo* / *Dorotea esclava* / *Julio criado*.

(2) V. *Es primera maravilla*.

(3) V. *Sivilla*. Ocurre diversas veces.

(4) V. *Haz Lope aplisa llamar*

(5) V. *que es las que tienen amor*.

(6) V. *yo le vos vi, sic*.

(7) V. *Por Dios que echo buenos cabos*

(8) *Falta en M.*

ANTONIO. Calla, Lope, que recelo (9)  
que me pides la librea.  
LOPE. No te debes de engañar:  
pedir y lisonjear,  
de cualquier suerte que sea  
una misma cosa son.  
ANTONIO. ¿Qué dirán de nuestras fiestas,  
si es que se ha llegado en éstas  
a la mayor perfección,  
los señores castellanos  
que con el rey han venido?  
LOPE. Que las libreas han sido  
de príncipes sevillanos (10).  
ANTONIO. ¡Bestia! ¿Qué tienen que ver  
las manos y las libreas?  
LOPE. Tú divertirte deseas  
de lo que yo he menester,  
y yo traigo a la memoria  
lo que quiero que me des.  
ANTONIO. De eso tratemos después.  
que es como el fin de la historia,  
que aun (11) agora estoy vestido,  
y no has andado tan bien  
que es justo que te la den.  
LOPE. Pues ¿qué lacayo ha tenido  
tan espantoso tesón (12)  
en el lado de su amo?  
¿Ves aquí por qué desamo  
tu enfiadosa condición!  
¿Entraste al toro jamás,  
que no le diese, a tu lado,  
dos cuchilladas?  
ANTONIO. Ni osado  
mirarle.  
LOPE. ¡Gracioso estás!  
Cuando te hirieron el bayo,  
¿no di al toro tantas coces,  
que el mismo rey dijo a voces:  
“¿De quién es (13) aquel lacayo?”,  
y el Duque de Alba le dijo:  
“Del hijo de un caballero,  
mi huésped”. “Pues verle quiero”,  
dijo el rey, “porque es buen hijo,  
y me agrada el verle dar  
pantufrazos a los toros”,  
y el Duque dijo: “Entre moros  
le he visto yo pelear,  
y es el mozo como un rayo”?

ANTONIO. ¿Tú has bebido?  
LOPE. Y tú con nieve (14);  
cuando hace lo que debe  
un valeroso lacayo,  
tanta alabanza merece  
como el amo.

(Dentro.) (15)

¡Guarda, el toro!  
ANTONIO. Avisa, Lope, a ese [moro] (16),  
que el ruido me parece  
de toro que se soltó;  
no le mate algún caballo.  
LOPE. ¿Cómo tengo de avisallo?  
ANTONIO. ¿Ves cómo te digo yo  
que eres un gallina?  
LOPE. ¡Advierte  
que entra en el patio de casa  
ANTONIO. ¡Bestia, por la calle pasa!

(Dentro.)

¡Guarda, el toro!  
LOPE. Haré una suerte.

(Vase. Entre Doña LEONOR, con manto, huyendo.) (17)

LEONOR. ¡Favorecedme, señores!  
ANTONIO. ¡Señora mía! ¿Qué es esto?  
LEONOR. ¡Abbrid esa cuadra presto!  
ANTONIO. No marchitéis tantas flores  
como el cielo puso en vos,  
que si el toro entrare aquí  
no os hará mal junto a mí.  
LEONOR. ¡Poneos delante, por Dios!  
ANTONIO. Ya le espero con la espada;  
mas con tal ángel detrás,  
vos a mí me guardáis más  
que de mí seréis guardada.  
No viene; mas ya recelo  
por lo que debe de ser,  
si le es posible saber  
que me hace espaldas el cielo.  
Por verle diera un tesoro,  
aunque no acierto a guardaros,  
pues por volver a miraros  
no veo si viene el toro.

(9) V: Collado, porque recelo.

(10) V: sevillanos.

(11) V: que aunque.

(12) V: rexon.

(13) I: cuyo es.

(14) M: Y tu con nieve.

(15) V: Dentro mucha grito de guarda el toro.

(16) En las dos ediciones: moço.

(17) V: Vase Lope, y entra doña Leonor con manto, huyendo del toro, con los chapines en las manos.

*«Estando así, entra el CAPITÁN VALDIVIA, la espada desnuda.»*

VALDIVIA. ¿Entró una mujer aquí?  
 ANTONIO. ¿Por qué lo queréis saber?  
 VALDIVIA. Porque es mi propia mujer.  
 ANTONIO. Pues defendidla (18) por mí,  
 que yo con esto he cumplido.  
 VALDIVIA. Y ella lo pudo excusar:  
 que bien se pudiera (19) estar  
 al lado de su marido.  
 LEONOR. Si veo un toro furioso  
 por una calle venir,  
 ¿he de esperar, o he de huir?  
*(Sale LOPE.)*  
 LOPE. ¿Vive Dios que era famoso,  
 y que le pegué al pasar  
 una gentil cuchillada!  
 ¿Mira cuál traigo la espada!  
 ANTONIO. Bien la puedes envainar.  
 LOPE. Porque no se entrara el toro,  
 que, por tí, pena me dió.  
 ANTONIO. Antes el toro se entró  
 de una mujer como un oro.  
 Sube a mi hermana, y dirás  
 que me envíe colación.  
 LOPE. Voy.  
*(Vase.)*

LEONOR. De vuestra condición,  
 ¿qué se puede decir más?  
 ¿Qué obligación me ha de dar  
 fuerzas para resistir,  
 siendo en la mujer huir  
 como en el hombre esperar?  
 Con la espada es un villano  
 el hombre que viene huyendo,  
 mas no la mujer corriendo  
 los chapines en la mano.  
 VALDIVIA. Cuando me matara a mí  
 pudierades vos temer,  
 no de mi lado correr  
 y para entraros aquí.  
 LEONOR. ¿Por qué me hicistes bajar  
 tan presto de la ventana?

*«Salen LOPE y dos pajes, LEÓN, y JULIO, con una saltillo de agua, paños de manos y colación.» (20)*

LOPE. A esta dama, que tu hermana

(18) *V. defendidla.*

(19) *V. podía.*

(20) *V. Entra Lope y dos pajes, Leon y Julio, con una saltillo de aguamanos, y paños, y colación, y un burro con agua.*

vió descolorida entrar,  
 envía un búcaro de agua  
 y unos confites de azahar.  
 VALDIVIA. ¿Qué bien que sabes trazar;  
 qué bien que tu ingenio fragua  
 un embúste, una quimera!  
 LEONOR. ¿Dirás que el toro fingí  
 para que me entrase aquí?  
 LOPE. También dijo que os dijera  
 que subáis, señora, allá,  
 y en su estrado descanséis.  
 ANTONIO. Muy bien, señora, podéis,  
 que sola mi hermana está.  
 LEONOR. Yo la besara las manos  
 a no ser tarde.  
 ANTONIO. No importa:  
 coche hay en casa.  
 VALDIVIA. *(Ap.)* Reporta,  
 estos cumplimientos vanos,  
 que aunque es gente principal  
 no quiero sus amistades.  
 LEONOR. Siempre tú me persuades  
 a cosas que me están mal.  
 ¿Hame de comer a mí  
 un caballero vestido  
 de juego de cañas?  
 VALDIVIA. ¿Pido  
 cosa injusta, Leonor?  
 LEONOR. Si.  
 VALDIVIA. Pues haz lo que tú quisieres.  
 ANTONIO. ¿No tomáis la colación?  
 LEONOR. El agua, si; que es razón  
 ser medrosas las mujeres:  
 y querría sosegar  
 la sangre.  
 ANTONIO. Decir podría  
 que no lo queda la mía.  
 VALDIVIA. ¿Más que te quieres quedar  
 en esta casa esta noche?  
 LEONOR. Ya me voy, que estoy helada.  
 ANTONIO. Si el esperar no os enfada,  
 ya vendrá, señora, el coche:  
 que está mi padre en la fiesta.  
 VALDIVIA. Yo os lo agradezco, señor:  
 basta el pasado favor.  
 ANTONIO. Mi casa, señor, es ésta.  
 si aquí me queréis mandar,  
 en ella os debo servir (21).  
 VALDIVIA. De aquí no habéis de salir.  
 ANTONIO. Yo os tengo de acompañar.  
 ¿Hola! ¿Una capa!

(21) *M. Dice esto verso Valdivia*



VALDIVIA. ¡Eso no!

ANTONIO. Mucha merced recibiera.

VALDIVIA. Haráos mal desamancera.

*(Vase marido y mujer.) (22)*

LOPE. ¿Fuése?

ANTONIO. [¡El alma me llevó!] (23)

LOPE. Amargo estaba de ver que habías de enamorarte.

ANTONIO. ¡Pasóme de parte a parte!

LOPE. Tal suele el principio ser de las comedias, señor. Luego verás que el galán se enamora, y que le dan en hora y media favor.

ANTONIO. No me espanto yo que allá en breve tiempo suceda para que escribirse pueda, pues aquí viéndose está, no la fábula y mentira: ¿qué más breves pueden ser que lo que acabas de ver?

LOPE. Muévesme a risa y a ira: a risa, de ver cuán presto te enamoras cada día; a ira, de la osadía con que a decirlo te (24) has puesto.

ANTONIO. Dame ese barro, León: beberé para este fuego; tú, Lope, síguela luego (25), que me lleva el corazón.

LOPE. ¿Que la siga?

ANTONIO. Y te prometo la librea.

LOPE. Voy volando.

ANTONIO. ¡Ay, que me quedo abrasando!

LOPE. Dile entre tanto un soneto.

*(Vase.)*

ANTONIO. ¿Sabes, Julio, tú por dónde puso aquel ángel la boca?

JULIO. Todo el barro en torno toca, pues ya la señal se esconde: que con eso acertarás.

*(Toma el barro.) (26)*

ANTONIO. Aquí pienso que sería.

¡Ay, boca dichosa mía, en qué puro cielo estás!

A las reliquias que en distancia poca dejó la boca de mayor dulzura pondré, abrasada, la que ya procura saber si en esta tierra el cielo toca.

Alma, de amores de aquel ángel, loca: ya lo mortal (27) del cuerpo os asegura el barro que tiñó su grana pura, presa en las perlas de su dulce boca.

Amor, ya que te doy laurel y palma, ¡oh, si mi boca aqueste barro fuera, y el agua el alma que me deja en calma, porque mis labios en los suyos viera, y ella, en el agua, me bebiere el alma: que si fuego me dió, fuego le diera!

*(Bebe con el barro.) (28)*

LEÓN. ¿De cuántos años de amor dijeras más?

ANTONIO. Yo he bebido gustoso: mas no he sentido templanza.

JULIO. Advierte, señor, que viene tu padre ya.

ANTONIO. Julio, este barro me guarda como a los ojos. Ya tarda Lope.

LEÓN. Ya, señor, vendrá. No te fatigues tan presto por una mujer casada.

ANTONIO. Conozco (29) el alma turbada; en tanto temor me ha puesto, que aquí no valdrá decoro (30).

LEÓN. El oro es lindo alcahuete.

ANTONIO. Pero buen fin me promete amor que comienza en toro.

*(Vanse. Salgan caballeros con acompañamiento, Don PEDRO, tío, padre de Don ANTONIO, y el DUQUE DE ALBA.)*

PEDRO.

Parecerán a Vnecelencia fiestas de caballeros mozos.

DUQUE.

Por mi vida que nunca yo las vi mejores que éstas.

(22) V: *Vase el Capitán y doña Leonor su mujer.*

(23) En las dos ediciones: *Y el alma me lleva.*

(24) V: *me.*

(25) V: *tu la puedes seguir luego.*

(26) M: Falta esta acotación.

(27) V: *ya el amor tal.*

(28) M: Falta esta acotación.

(29) V: *con esso.*

(30) V: *que aquí no valdrán fauores.*

ni escuadra en Alemania mas lucida.  
Las damas, por extremo bien compuestas,  
y dania (31) toda la ciudad vestida  
de areos triunfales, de lucidos versos (32)  
y de mil jeroglíficos diversos.

Esa Puerta Real, y el lienzo todo  
que hasta la de Triana corre el muro,  
está adornado por gallardo modo (33).

PEDRO.

El sol que entró lo deja todo oscuro.

DUQUE.

Antes la luz del César le acomodo  
para bañarla en resplandor tan puro.  
¡Qué bien llena de dones, cualquier villa,  
se mira del contorno de Sevilla!

Gandul, Cazalla y Alanís le ofrecen  
pan regalado y vino generoso  
con las demás aldeas que enriquecen  
de sustento a Sevilla.

PEDRO.

Era famoso  
el pintor que las hizo.

DUQUE.

Bien merecen  
ser ninfas deste río caudaloso,  
pues su belleza en forma están pintadas (34)  
de frutas y de olivas coronadas.

De espacio miró el rey y todos vimos  
este vistoso lienzo, y la elegancia  
de los versos.

PEDRO.

De espigas y racimos  
fertiliza su copia la abundancia.  
Hoy a Su Majestad la fiesta hicimos  
que nos ha parecido de importancia.

DUQUE.

El presente le diera maravilla  
a no ser de las manos de Sevilla.

PEDRO.

Desde que la ganó Fernando el Santo  
no ha tenido, señor, más alegría.

(31) *V': y de damasco.*

(32) *V': de oros, de discreciones y de versos.*

(33) *V': Falta este verso.*

(34) *V': pues creó (sic, en vez de crea) su belleza  
en formas tan pintadas.*

DUQUE.

El juego de hoy nos ha causado espanto.  
Don Antonio ha mostrado valentía.

PEDRO.

No merece, señor, que le honréis tanto.  
Mas ya esta casa es vuestra, que no es mía,  
que pues un Duque de Alba posa en ella,  
ya no es mucho que salgan rayos della.

DUQUE.

Mañana quiero que beséis las manos  
los dos al rey, que ya le tengo hablado  
para el hábito.

PEDRO.

¡Cielos soberanos,  
aumentad la salud, vida y estado  
deste Alejandro, que húngaros, germanos  
y flamencos, en mar, en tierra (35) armado  
llaman Marte español.

DUQUE.

El cielo os guarde,  
y perdonad, que volveremos tarde.

(*Vase.*) (36)

PEDRO.

Cuando no hubiera tenido  
mi casa más honra que ésta,  
queda en la más alta puesta,  
y en el más noble apellido.

Toledo la honra, y puedo  
decir para (37) maravilla  
que no es casa de Sevilla,  
sino casa de Toledo.

Ya mis armas quito della;  
éstas tengo en cualquier parte;  
mas ya es la esfera de Marte  
si está el Duque de Alba en ella;  
que es tan valiente (38) español,  
que no de Dafne imprudente (39),  
mas (40) del laurel de su frente  
está enamorado el Sol.

(*Sale DON ANTONIO, ya desnudo (41), y JULIO con él.*)

ANTONIO. ¿El Duque ha venido ya?

(35) *V': en mar y tierra.*

(36) *V': Vase el Duque y todo el acompañamiento,  
y queda don Pedro solo.*

(37) *V': decir para mayor.*

(38) *V': gallardo.*

(39) *V': tan discreto y tan valiente.*

(40) *V': que.*

(41) *V': Sale don Antonio vestido de negro.*

JULIO. Tu padre vino con él;  
mas dice don Manuel  
que a palacio volverá.

PEDRO. ¿Es Antonio?

ANTONIO. Sí, señor.

PEDRO. Ven acá; dame esos brazos  
con los más tiernos abrazos  
que puede (42) darte mi amor.  
Hay has honrado mi casa.  
Hoy has andado muy hombre.

ANTONIO. Quien lo estaba de tu nombre  
a ningún extremo pasa;  
mas basta tu aprobación  
para que yo esté contento.

PEDRO. De mi es tenerla del viento,  
por mi forzosa afición (43);  
mas bien lo puedes estar:  
del Duque de Alba la tienes.  
Galán fuiste y galán vienes;  
Dios te me deje gozar.

No estuviera más contento  
cuando hoy te viera casado.  
A Sevilla has admirado.

ANTONIO. Amor te obliga.

PEDRO. Esto siento.  
¿Qué lindas suertes hiciste,  
y qué gentil cuchillada  
que al toro de la lanzada  
por el cerviguillo diste!  
Ahora bien, esto es de padre.  
Dios te guarde.

ANTONIO. Y de mi vida  
ponga en la tuya.

PEDRO. ¿Qué herida!  
¡Ah, si hoy (44) te viera tu madre!  
Oye, que, con el contento,  
de lo mejor me olvidé:  
el Duque de Alba, a quien dé  
el cielo inmortal aumento,  
me dice que al rey habló,  
y que el hábito tendrás.

ANTONIO. ¿Para que le sirva más!

PEDRO. ¿Qué tengo que (45) esperar yo,  
sino morirme ese día?

ANTONIO. Antonio.

ANTONIO. Señor.

PEDRO. Desde hoy (46),

más que bien contigo estoy.  
ANTONIO. Tu vida es, señor, la mía.

(Vase DON PEDRO.)

Tarda Lope, y camina mi deseo,  
que es como el tiempo, que callando pasa;  
mucho tarda en saber sólo una casa (47),  
si no es que de ir al cielo fué rodeo.

En la ribera de la mar me veo  
puesto. ¡Qué playa tan desierta y rasa!  
El agua temo, y el amor me abrasa.

¿Qué haré sin Norte, que pasar deseo?

¿En qué tardan, peón, tus pasos viles  
para saber la casa de una dama?

Mas ¿guardanla caballos, hay arfiles?

¡Qué mal se entabla el juego de quien ama;  
que en no siendo las tretas muy sutiles  
la vida cuesta el mate (48) de la fama!

(Sale LOPE.)

LOPE. ¡Válgate Dios, por mujer  
y por celoso del diablo!

ANTONIO. ¿Perdióse?

LOPE. En este vocablo  
lo puedes echar de ver.

ANTONIO. ¡Maldigate Dios, borracho!  
¿Qué habías de hacer, sino eso?

LOPE. ¿Parécete mucho exceso?

ANTONIO. ¿Yo tengo gentil despacho!  
¡Muerto soy!

LOPE. ¿Quién te mató?

ANTONIO. Tu descuido.

LOPE. No lo ha sido,  
porque la casa he sabido.

ANTONIO. Buen Lope, ¿es muy lejos?

LOPE. No;  
pero ¿topa tu remedio  
en ser cerca?

ANTONIO. Sí, también,  
porque si se acerca el bien,  
también se acerca el remedio.  
¿Es casa grande?

LOPE. Bien cabe  
en ella tu pensamiento,  
aunque es encerrar (49) el viento.

ANTONIO. ¡Basta, que este necio sabe  
al paraíso en el suelo!

LOPE. La vía láctea (50) fui

(42) *V: pueda.*

(43) *M: aflicción.*

(44) *V: Falta hoy.*

(45) *V: que tengo de.*

(46) *V: Antonio—mi señor—(y)*

(47) *M: sola una cosa.*

(48) *V: la vida cuesta el alma.*

(49) *V: aunque sin cerrar.*

(50) *V: la vía, la estrella.*

siguiendo hasta que la vi entrar...

ANTONIO. Di presto ¿en el cielo?

LOPE. ¿Soy amante yo, que tengo licencia para locuras?

ANTONIO. ¿Hay escaleras?

LOPE. Y oscuras (51).

ANTONIO. ¿Patio grande?

LOPE. Luego vengo.

ANTONIO. ¿Burlaste?

LOPE. En efeto, viene a llamarse...

ANTONIO. ¿Qué?

LOPE. Leonor.

ANTONIO. Los ecos tiene de amor.

León por principio tiene (52).

Pero el dulce fin alivia el principio riguroso.

LOPE. Ese habrá de ser su esposo.

ANTONIO. ¿Quién?

LOPE. El Capitán Valdivia.

ANTONIO. ¿Que soldado es su marido? (53)

LOPE. Pienso que el hombre es indiano.

ANTONIO. Mi remedio está en tu mano.

LOPE. ¿Nunca yo hubiera nacido!

ANTONIO. ¿Puede dejar de tener criadas?

LOPE. ¿Qué, enamorarme?

ANTONIO. Eso puede remediarme.

y el irla esta noche a ver.

Guíame, Lope, que adoro este ángel.

LOPE. Negociarás, si en plato de plata das (54) ciertos corazones de oro.

ANTONIO. Ya tócase en eso, Lope, que a venderme estoy dispuesto.

LOPE. A lo menos topa en esto que más de un marido tope.

(*Unse. Sale Doña LEONOR, y DOROTEA, esclavilla.*)

DOROTEA. ¿En efeto, no te holgaste?

LEONOR. Holguéme, holgué, Dorotea; pero no hay gusto que sea sin tragedia y sin contraste.

Traíame el Capitán de la mano, al tiempo cuando

viene el vulgo voces dando: "¡Guarda, el toro!", y tantas dan, que, en soltándome la mía, para moverla a la espada, me entré, perdida y turbada en una casa que había en la calle principal, donde estaba un caballero mozo acaso, cuadrillero del juego.

DOROTEA. ¿Hay suceso igual?

LEONOR. Sus (55) caballos paseaban y el desnudarse quería.

Como que el toro venía, gritos en la calle daban.

Púsome detras de sí, y esperóle con la (56) espada; mas fué diversa la entrada: que entró el Capitán allí.

Pesóle de verme puesta al reparo de un mancebo.

DOROTEA. No es para sus celos nuevo. Mas ¿qué le diste en respuesta?

LEONOR. Que el miedo la culpa tuvo; mas él con gran desatino, me riñó todo el camino, y, muy enojado, estuvo diciéndome que había muerto indios, cocodrilos, fieras (57) en las playas y riberas del nuevo mar descubierto, y que supiera mejor de un torillo defenderme.

DOROTEA. Hablan celos, y amor duerme; pero nunca duerme Amor.

LEONOR. Lo que del mozo sentí es que, de verme admirado, más que yo estaba turbado: yo del toro, y él de mí.

DOROTEA. ¿Tenia buen talle?

LEONOR. Estaba en traje que parecía bien contenta (58) bizzarria, y esto pienso que le daba al Capitán más enojos, porque en la plaza esta tarde, lo bueno, ¡así Dios me guarde!, puso en su talle los ojos.

(51) *oscuros.*

(52) *León por principio (sic) tiene.*

(53) *Que es soldado su marido.*

(54) *sin platos de platadas.*

(55) *los.*

(56) *su.*

(57) *los cocodrilos fieros.*

(58) *bien con much.*

DOROTEA. No sé qué sienta de ti;  
pero quieres bien tu esposo.  
LEONOR. Quiérole, y aun es forzoso,  
por lo que me importa a mí.  
Es Valdivia principal,  
es honrado caballero;  
con justa razón le quiero  
y le debo ser leal,  
sin otras causas contrarias  
a mi honor.

(Sale VALDIVIA, DON JUAN y FINARDO, amigos. (59))

VALDIVIA. No me canséis (60).  
FINARDO. ¿Pues es bien que os acostéis  
en noche de luminarias?  
VALDIVIA. Por hoy me basta la fiesta:  
los dos os podéis holgar.  
JUAN. Si no vais, no hay qué tratar.  
VALDIVIA. Quedito: Leonor es ésta.  
LEONOR. No hay quedito; que ya oí  
que las fiestas vais a ver.  
VALDIVIA. Con tu licencia ha de ser,  
porque no saldré de aquí  
menos que con gusto tuyo.  
LEONOR. Con amigos tan leales,  
seguros y principales,  
el mío, Valdivia, es tuyo.  
Vete a holgar, y vuelve presto.  
VALDIVIA. Tus manos beso, mi bien,  
por besártelas también  
de veras más que por esto.  
Ponte en aquele balcón,  
verás algo de la fiesta.  
LEONOR. Sin verte, no (61): sola ésta  
es fiesta de mi afición.  
VALDIVIA. Dios te guarde.  
LEONOR. Para ti.  
VALDIVIA. ¿Veis aquí dónde ya voy?  
JUAN. Huélgome, a fe de quien soy.  
VALDIVIA. Más por los dos que por mí.  
¿Dónde iremos?  
FINARDO. A la calle  
de las Armas lo primero.

(Vanse los tres, y quedan DOROTEA, y LEONOR.)

DOROTEA. ¿En efeto, el caballero

tenia extremado talle?

LEONOR. ¿Agora te acuerdas de eso?

DOROTEA. ¿Quiéresme hacer un placer,  
aunque te ha de parecer  
para tu recato, exceso?

LEONOR. ¿Cómo?

DOROTEA. Que, sin que lo sientan  
ni criados ni criadas,  
vamos a ver disfrazadas  
lo que de las fiestas cuentan;  
que el Capitán no vendrá  
más de dos horas después.

LEONOR. ¿Estás loca?

DOROTEA. ¿Y esto es  
locura?

LEONOR. ¿Déjame ya,

que me sacas de juicio!  
DOROTEA. ¿No te has de holgar como todas?  
¿Fueron prisión estas bodas?

LEONOR. Con el vino hablas de vicio.

Vete en buen hora, mulata;  
no despiertes a quien duerme.

DOROTEA. Esta merced has de hacerme.

LEONOR. Si algún cuidado te mata,  
toma el rebocíoño tú,  
y vete a ver esas luces.

DOROTEA. Señora...

LEONOR. ¿Haréme mil cruces!

¿Yo disfrazada? ¡Jesús!

DOROTEA. Pues ¿hante (62) de conocer?  
Calla, que estás embobada.

LEONOR. ¿Déjame, perra!

DOROTEA. ¿Que en nada  
sepas jamás ser mujer!

LEONOR. Pues ¿podría yo salir  
y volver sin conocerme?

DOROTEA. ¿Pues no?

LEONOR. No sabré atreverme.

DOROTEA. Solamente puedes ir  
hasta el cabo de la calle,  
y luego te volverás.

LEONOR. Hasta la calle no más,  
¡y aun plegue a Dios que lo calle!

DOROTEA. Si hará, que eres tú su espejo.

LEONOR. Dame otra ropa peor,  
y ven; que no hubiera error,  
si no hubiera mal consejo.

(Vanse. Salen DOÑA ANA, hermana de DON ANTONIO,  
y un ESCUDERO.)

ANA. Aunque atrevimiento ha sido

(59) V: Sale el Capitan Baldivia, y don Juan, y don Fernando sus amigos. Cambia el personaje FINARDO, de M, en DON FERNANDO.

(60) V: No me conocéis?

(61) V: Sin verte yo.

(62) V: pues antes.

a una mujer de mi estado,  
la noche ocasión me ha dado (63).

ESCUDERO. Justa disculpa has tenido,  
que no ha quedado en Sevilla  
dama que por calles varias  
no vaya a sus luminarias.

ANA. ¿Qué hermosa ha estado la orilla  
del Betis, con las que han puesto  
tantas naves extranjeras!

ESCUDERO. No le han visto sus riberas  
tan adornado y compuesto.

ANA. Parece que las estrellas,  
que las (64) ondas retrataban,  
como en competencia andaban,  
deseando ser más bellas;

otro cielo parecía  
el agua, y otra ciudad  
las naves.

ESCUDERO. Su claridad  
a la del cielo excedía,  
y el hallarse las galeras  
en esta ocasión también  
lo fué para que más bien  
pareciesen (65) sus riberas.

ANA. ¿Notable es la confusión  
de la gente!

ESCUDERO. Es tan notable,  
que no hay lengua que no se ha-  
todas diferentes son. [ble (66);

¡Hoy sí que ha sido Sevilla  
Babilonia!

ANA. Gente viene.

(Salen VALDIVIA, DON JUAN, y FINARDO.)

VALDIVIA. El río, lo mejor tiene.

JUAN. Ganóla al muro la orilla.

FINARDO. ¡Brava dama!

VALDIVIA. Si licencia  
puede aquesta noche dar  
de hablar honesto, y hablar  
como en la misma presencia  
de padre, hermano o marido,

vuesa merced no se enoje  
de que un requiebro le arroje.

ANA. Venga, y venga comedido;  
aunque, si digo verdad,

¿cómo ya lo puede ser,  
si es necesidad?

VALDIVIA.

Con mujer  
todo ha de ser necesidad;  
pero ya la he dicho yo,  
¿cuándo dicen que es forzosa?  
Cuando un hombre se desposa.

ANA.

VALDIVIA.

Estoy por decir que no;  
¡oh, pesía la libertad,  
que se pierde y no se gana!

ANA.

Paréceme que mañana  
me diréis la necesidad.

VALDIVIA.

No estoy tan mal enseñado  
a requiebro que os 'a diga. [ga?

ESCUDERO.

ANA.

¿Qué es lo que a escuchar te obli-  
No más de haber comenzado.

Reniega tú de mujer  
que una palabra escuchó.

VALDIVIA.

¡Vive Dios, que me obligó  
su extremado parecer!;

y que, a no tener temor  
de ofender mi Leonor bella,  
hablara un rato con ella  
desto que llaman amor.

¡Pesía tal! Pues sois mancebos,  
¿por qué no la requibráis?

JUAN.

Porque donde vos estáis  
somos estudiantes nuevos.

VALDIVIA.

Señora, si un capitán  
entre bárbaros criado,  
de verter su sangre honrado  
por los reyes que aquí están,

os puede servir con oro  
que ayer estaba en la mina,  
o con la plata más fina  
del antártico tesoro,

mandadme, sin que penséis (67)  
que perderéis vuestro honor.

ANA.

Yo os lo agradezco, señor,  
que lo que sois parecéis;

pero mi (68) necesidad  
no se extiende a vuestra plata,  
porque pienso yo que trata  
cosas de más calidad;

la noche, las luces della,  
las fiestas, la encamisada  
me sacó de mi posada,  
mas no a quedarme sin ella.

Voy (69), con licencia...

VALDIVIA.

ANA.

Del reloj.

¿De quién?

(63) I' Falta este verso y los dos anteriores.

(64) M *quales*.

(65) I' *merced, sen*.

(66) I' *no se habia*.

(67) I' *mandad, decid, no penséis*.

(68) I' *pero sí*.

(69) M *voirre*.

VALDIVIA. ¿Luego soy yo?  
ANA. No por cierto, que vos no,  
que habláis cortesano y bien,  
y con vos me detuviera,  
si fuéades castellano,  
que probar mi ingenio humano  
con los divinos quisiera;  
quizá por esto sali,  
y he sido tan desdichada  
que me vuelvo a mi posada  
sin que se acuerden de mí.  
VALDIVIA. Caballeros han venido  
con el rey harto gallardos,  
mas no son sayales pardos  
los que habréis visto y oído;  
en verdad que hablan también  
en esta lengua que hablamos.  
ANA. Siempre novedad buscamos.  
VALDIVIA. Tenéis buen gusto, hacéis bien.  
ANA. Ya me voy.  
VALDIVIA. Y yo con vos,  
que sola a peligro vais.  
ANA. Con el término obligáis.  
VALDIVIA. ¿Irán más?  
ANA. Vengan los dos.  
JUAN. Bien podéis creer, señora,  
que con los tres vais segura.  
VALDIVIA. ¿No he visto tanta hermosura!  
FINARDO. ¿Y Leonor?  
VALDIVIA. Perdone agora.

*Vanse. Salen con grande grita negros, y negras con adufes, guitarras y sonajas, cantando los dos.*  
*Cantan:*

Aquisá que no saperiro (70),  
aquisá.

Aquisá seño! Cupilo.,  
aquisá, aquisá. (71)

TIZNADO. ¿Voto Andioso (72) verrarero,  
que sa Sinvilla la reina  
de cuantas civilidades (73)  
turolo mundo rodea! (74)  
¡Mal años para Madrillos,  
para Córdoba (75) e Tuledas,  
Valadulid en Castillas (76),  
y en Capalonas, Valencias. (77)

- (70) *V: si ha periro.*  
(71) *V: aquí ca todas las veces.*  
(72) *V: o Dios.*  
(73) *V: sevilidad s.*  
(74) *V: toro lo mundo rodea.*  
(75) *V: Corduba.*  
(76) *V: Castilla.*  
(77) *V: y en Capalona l'alsencia.*

¿No mira tú cuánta nave,  
cuánto del barco y galera  
culorimo Guadalquivir  
de mil luminarias yena? (78)  
¿No mira (79) como Triana  
satura yena de hoguera,  
que parece que a Sinvía (80)  
queremo mear pajueta?  
¿No mira Antón lo castio (81)  
donde lo sífelo (82) quema  
a beyacos luteranos?  
ANTON. ¡Vivan Dioso, que manlegra! (83)  
¡Agora, putan judío  
que está en la Castiya, tiembra  
de vel el fogo que hacemo  
que para sun culo pien-sa!  
¡Beyaco nunca han quemado!  
¡Ah, cabeza de bayeta!,  
que creemo a pie juntiya  
cuanto mandamo la Iglesia.  
Toca, toca guitarrita.  
Francisquijo de Tejera,  
que ha venido el rey Filipo,  
¡Alegramo, nenglo y nengla! (84)

*(Salen DOÑA LEONOR, y DON ANTONIO tras ella.)*

ANTONIO. Pues vais sola, mi señora,  
¿en qué os ofende quien llega  
a defenderos no más?  
LEONOR. No quiero vuestra defensa;  
perdióseme (85) cierta esclava,  
pero bien sabré sin ella  
ir a mi casa, que ha días  
que falta de la maestra. (86)

- (78) *V: lenas.*  
(79) *M: mira.*  
(80) *V: que a te ría.*  
(81) *M: tatiyo.*  
(82) *V: donde lo sínó lo.*  
(83) *V: Vivan Dios que me asegra.*  
(84) *V: agarran puto ludio  
que hasta la custiya tiembra  
de ver el fogo que hazimo  
que para su culo pinso (sic)  
beyaco nuncaun quemado  
a cabeza de boyera  
que en emonzi (sic) juntiya  
quanto mandamo la Iglesia  
Toca, toca guitarrilla  
Francisquijo de Tercero  
que ha venido el rey Filipo  
alegramo nenglo y negla.*

- (85) *V: perdióse mi.*  
(86) *M: maesa.*

ANTONIO. ¡Ay, luz de mis ciegos ojos!  
Ya mariposas que vuelan  
a abrasarse en esas luces:  
vos sois, vos, mi bien, aquella  
que hoy entró huyendo del toro  
en mi casa. ¡Ay, Dios!, si fuera  
tan solamente en mi casa.  
LEONOR. ¿Pues dónde?  
ANTONIO. ¡En mi alma!  
LEONOR. Tenga,  
tégase vuesa merced,  
que a quien tanto honor profesa  
como yo, no es cosa justa  
decille palabras tiernas.  
¿Ya no vió la calidad  
de mi marido?  
FRANCISCO. ¡Hola, nengla! (87)  
¿A qué aguarda, que non baila?

(*Tocan y bailan.*)

NEGRA. A que toca la pandera.  
CANTAN. Aquisá que no saperiro,  
aquisá,  
aquisá seño! Cupilo,  
aquisá, aquisá;  
aquisá como entre flore.  
TODOS. Aquisá.  
NEGRA. Aquisá dormido amore.  
TODOS. Aquisá.  
NEGRA. Aquisá dentro en Siviya.  
TODOS. Aquisá.  
NEGRA. Aquisá quien mata y mira.  
TODOS. Aquisá.  
NEGRA. En la porta de Triana.  
TODOS. Aquisá.  
NEGRA. Aquisá quien mata y sana.  
TODOS. Aquisá.  
NEGRA. La nengla como una flore. (88)  
TODOS. Aquisá.  
NEGRA. Que non si pone colore. (89)  
TODOS. Aquisá.  
NEGRA. La cara tiene di plata. (90)  
TODOS. Aquisá.  
NEGRA. Aunque calza paragata. (91)  
TODOS. Aquisá.  
NEGRA. Dama pone solimane.  
TODOS. Aquisá.

NEGRA. No la quiere lo galane.  
TODOS. Aquisá.  
NEGRA. Negla tiene fresicura.  
TODOS. Aquisá.  
NEGRA. No así male que aunque cura. (92)  
TODOS. Aquisá.  
NEGRA. Aquiso que no saperiro.  
TODOS. Aquisá.  
NEGRA. Aquisá seño! Cupililo (93),  
aquisá, aquisá.  
ANTONIO. Parece que más atenta  
estáis a un baile, en efeto,  
de bárbaros que a mis quejas (94),  
tiernos y dulces requiebros.  
Mirad, señora, que haber  
permitido el alto cielo  
que a mi casa y a mis brazos  
os entráades huyendo,  
es para que no dudéis  
de que ha sido (95) su concierto  
el que me obliga a adoraros,  
el que me fuerza a quererlos.  
LEONOR. No digáis eso, señor,  
que no es posible que el cielo  
concierte (96) las voluntades  
para tan malos deseos.  
Casada soy, ¿qué queréis?  
Voluntad ya no la tengo,  
de mi marido soy toda.  
A estar por casar, yo creo (97)  
que me obligara ese tallo.  
Más digo de lo que quiero,  
por lo que me importunáis.  
ANTONIO. Señora mía, bien veo  
que os canso y que os importuno;  
mas ¿qué he de hacer, si me mue-  
[ro?  
LEONOR. ¿En dos horas? ¡Brava cosa!  
ANTONIO. ¿En dos horas, y aun en menos!  
¿En un instante no mata  
un rayo a un hombre, pues vemos  
que le tiene hecho ceniza  
antes de acabarse el trueno?  
Pues ¿por qué, si del amor  
es más que rayo (98) el incendio,  
no me ha podido abrasar?

(87) V. nengla.

(88) V. la negla comuna flore.

(89) V. que no si poni colore.

(90) V. de prata.

(91) V. alparagata.

(92) V. no así male aunque cura.

(93) V. Cupido.

(94) V. Falta este verso.

(95) V. de que si de.

(96) V. concierto a.

(97) V. que a no serlo yo os ofrezca.

(98) V. es mas que el rayo.



FRANCISCO. Canta, negla.

NEGRA. Toca, neglo.

Aquisá lo rey Filipo.

TODOS. Aquisá.

NEGRA. Démosle cazonc flito.

TODOS. Aquisá.

NEGRA. Y su camarón con lima.

TODOS. Aquisá.

NEGRA. Guisemos casolan prima.

TODOS. Aquisá.

NEGRA. Y su cervina con haba.

TODOS. Aquisá.

NEGRA. Lo duque de Almadraha.

TODOS. Aquisá.

NEGRA. Lo fresco atune envialla.

TODOS. Aquisá.

NEGRA. Y para por la mañana.

TODOS. Aquisá.

NEGRA. Hacemo unan poleada.

TODOS. Aquisá.

NEGRA. Y piñone cada día.

TODOS. Aquisá.

NEGRA. De la culunfuturia.

TODOS. Aquisá.

NEGRA. [Aquisá, señor Cupilo.]

TODOS. [Aquisá.]

NEGRA. Aquisá que no saperiro.

TODOS. Aquisá, aquisá. (99)

[Salen VALDIVIA, DON JUAN, y FINARDO.]

VALDIVIA. ¡Bizatra mujer, por Dios!

JUAN. ¡Es de lo bueno de España!

FINARDO. ¿Que ésta es hija de don Pedro?

JUAN. Y de don Antonio hermana;

daráa su padre en dote

treinta mil escudos.

VALDIVIA. Basta

para llevar esa cruz

que del matrimonio llaman.

JUAN. Vos os podéis ya quedar (100).

(99) V. Dicen así estos versos

*Aquí ça lo re Filipo.*

*Démosle cazonc flito.*

*Y su camalon con lima.*

*Y su corbina con ama.*

*Lo duque del almadraha.*

*Lo fresco atune embialla.*

*Y para por la mañana.*

*Hazemo una polea*

*Y piñone cada día.*

*De la culun que e quehido.*

*Aquí ya señor Cupido.*

*Aquí ça que no sa periro.*

(100) V. y vos ya os podéis quedar.

pues llegáis (101) a vuestra casa.

LEONOR. ¡Ay, señor, que el Capitán es éste!

ANTONIO. ¡Extraña desgracia!

VALDIVIA. ¿Quedo! ¿No es Leonor aquélla, con un rebociño? ¿Para, para! ¿Qué es esto, Leonor?

LEONOR. Desde la ventana estaba mirando este negro baile; cayóseme una arracada, llamé, no me respondieron; bajé a la puerta a buscalla, hamlá cogido estos negros, y es canalla tan bellaca que no me la quieren dar.

VALDIVIA. ¡Ah, negros, los de la danza!

¿Qué es del diamante que aquí se le cayó a aquella dama, en una arracada de oro?

FRANCISCO. ¿Qué diamante, o qué diamanta?

VALDIVIA. ¡El arracada les digo!

NEGRA. ¿Arracada, sinora horada?

¿E esamos (102) puyas?

JUAN. ¡Ah, negros,

venga luego el arracada,

o la danza de panderos

se les volverá de espadas!

ANTONIO. ¿Qué hago, que no me voy?

VALDIVIA. Entrate, Leonor, en casa, que bien excusar pudieras bajar de noche a buscarla. (103)

LEONOR. Por no te dar pesadumbre.

VALDIVIA. Más en esto me la dabas.

¿Qué hacía aquel hombre aquí?

LEONOR. Cuando yo bajé, pasaba. (104)

VALDIVIA. Entrate ya.

LEONOR. No te enojés.

VALDIVIA. ¡Ea, negros! ¿En qué tardan?

FRANCISCO. Si a lo neglo o a la negla algún biyaco o biyaca dice que samos ladrones, ni habemos visto arrancalas. ¡Voto al hijo de mi abuelo, que mente como tacaña! (105)

(101) V. *pues llegais ya.*

(102) V. *escamos.*

(103) V. *buscalla.*

(104) V. *quando passó yo baxana.*

(105) V. *algún biaco o biaco dice que somos ladrones no auemos visto arracadas voto al hijo de mi abuelo que mente como tacaña.*

FINARDO. ¡Sacude!  
 JUAN. ¡Córtale un brazo!  
 TIZNADO. ¡Para esamputa branca,  
 que no hablara desansorte (106)  
 si trujéramo sipalas!  
 VALDIVIA. ¡Dejaldos (107), por vida mía!,  
 que otra cosa más pesada  
 me da pesadumbre aquí.  
 JUAN. Si es el de la pluma y capa,  
 yo le echaré (108) de la calle.  
 VALDIVIA. Esta noche es reservada,  
 por confusa: no es razón,  
 que acaso otra cosa aguarda,  
 yo me entro a acotar.  
 JUAN. Adiós.  
 VALDIVIA. El mismo con los dos vaya. (109)  
 JUAN. ¿Queréis que le conozcamos?  
 FINARDO. Si a quien le tocaba calla,  
 ¿quién os mete en eso a vos?  
 Venid, que hoy la feria es franca.

(*L'ansc.* (110))

ANTONIO. ¡Ah cielos, en qué me vi!  
 ¿Qué tristes principios daba  
 a la historia de mi amor,  
 si aquella industria no halla  
 un ingenio de mujer!

(*Sale LOPE.*)

LOPE. ¿Quién va?  
 ANTONIO. ¿Quién es?  
 LOPE. Quien no acaba  
 de conocer que eres loco.  
 ¿Qué haces en aquesta (111) casa?  
 ¿Qué quieres en esta puerta?  
 ¿Qué pides a esta ventana?  
 ¿Hoy no viste esta mujer? (112)  
 ANTONIO. Sí, Lope.  
 LOPE. Pues ¿qué te mata?  
 ¿Quieres que esta noche sea  
 tuya, viendo que la guarda  
 el propio honor, que a las hices  
 vence diamantes, montañas,  
 mares, alcabices, picas,  
 pertrechos, fuegos y espadas?

(106) *L'* para essan putan, branca  
 que nos abirara deua sorte.

(107) *L'* dexadlos.

(108) *L'* yo le echo.

(109) *L'* El mismo vaya con vos

(110) *L'* L'ansc todos y queda d. Antonio y Lope

(111) *M'* esta.

(112) *L'* oy no vistes tu mujer

ANTONIO. Ido me hubiera, ¡por Dios!  
 Mas, ¡ay!, que sola, sin guar-  
 [das (113),  
 sin peligros y sin manto (114),  
 en la calle de las Armas  
 la hallé luego que te fuiste.  
 y me oyó tiernas palabras:  
 vine a su casa con ella,  
 y cuando en la (115) puerta estaba  
 vino el marido, y me vió.

LOPE. ¿Hubo industria?

ANTONIO. ¿Y qué gallarda!  
 Dijo que bajado había  
 a buscar una arracada  
 que estando viendo unos negros  
 con panderos y sonajas  
 se le cayó de la oreja.

LOPE. ¿Qué mucho, si te escuchaba?  
 Las arracadas, señor,  
 se hicieron para ser guardas  
 de los oídos, que es puerta  
 que llaman torno del alma:  
 que no pienses que se hicieron  
 de diamantes por más gala,  
 mas porque fuesen más duras.

ANTONIO. Mira, buen Lope (116), si hablan;  
 mira si el hombre la riñe.

LOPE. Quien ama mujer casada,  
 nunca la escuche de noche.  
 Vamos de aquí.

ANTONIO. ¿Por qué causa?

LOPE. Porque pensará que riñen,  
 y oirá tan dulces palabras  
 que le pese, como a todos  
 los que escuchan y se engañan.

ANTONIO. Aun eso quisiera oír.

LOPE. Un discreto confesaba  
 tres cosas.

ANTONIO. ¿Y cuáles son?

LOPE. No burlarse con espadas,  
 no ver comer a señor,  
 ni escuchar dos que se aman.

## ACTO SEGUNDO

(*Salen DOÑA LEONOR, y DOROTEA*)

DOROTEA. Más fiestas se han publicado.  
 LEONOR. No lo serán para mí.

(113) *L'* guarda.

(114) *M'* montes.

(115) *L'* y quando a su.

(116) *L'* mira buelce por sí.

que desde que a verlas fui,  
tantos disgustos me han dado.

DOROTEA. Mientras Felipe Segundo,  
su grandeza y majestad  
ocupe (117) esta gran ciudad,  
puerta del mar y del mundo,  
no las dejará de haber. (118)

LEONOR. A sus fiestas y a sus lumbres  
igualan (119) mis pesadumbres,  
y así (120) no las pienso ver.

Quien tiene dicha las vea.

DOROTEA. ¿Desto te entristeces?

LEONOR. Si,  
que desde que te perdí  
me he perdido. Dorotea.

¿Qué dices?

DOROTEA. Que el Capitán  
me mata a celos.

DOROTEA. ¿De quién?

LEONOR. De los aires que me ven  
y el aliento que me dan.  
¿Mira qué culpa he tenido  
de que un caballero loco  
pase, teniéndole en poco,  
por esta calle atrevido!

¿Luego tiene celos dél?

DOROTEA. Conmigo no se declara.  
LEONOR. mas bien sé yo dónde para  
todo el enojo cruel:

que cuando un cuerdo marido,  
como el Capitán lo es,  
pierde el compás de los pies  
y habla con otro sentido;

cuando en la cama suspira  
y en la mesa está pensando,  
con el cuchillo tocando  
en los manteles que (121) mira  
cabizbajo y mal contento,  
o son celos, o no hay gusto.

DOROTEA. Cualquiera enojo y (122) disgusto  
será de ese pesamiento,  
porque mi señor te adora.

LEONOR. ¿Qué he (123) hecho a aqueste mo-  
que contra la ley del cielo [uelo  
me sirve y me quiere agora?

No soy casada, y soy noble;

será dar pasos atrás,  
que mientras me siga más  
pienso resistirme al doble.

¿No ve que puede costalle  
la vida?

DOROTEA. Los pocos años  
le disculpan.

LEONOR. Son engaños;  
porque si él pasa mi calle,  
en el caballo de día,  
y la noche arrodelado;  
si atrevido y deslenguado  
requiebra mi celosía,  
cansaráse el Capitán  
y costarále la vida.

(Sale HERNANDO, esclavo.)

HERNANDO. Una mujer atrevida,  
pienso que destas que van  
acompañando en Sevilla,  
o sea dueña alquilada,  
te quiere ver, porfiada.

LEONOR. Entre, que no es maravilla;  
y tú, Hernando (124), entra a  
[avisarme  
luego que Valdivia venga.

HERNANDO. ¿A fe que ella te entretenga!

LEONOR. Vendrá a pedirme y cansarme. (125)

(Sale SALUSCIA, con manto, y sombrero.)

SALUSCIA. Dios aumente tu hermosura,  
y esos años dos mil años.

LEONOR. (Estas todas son engaños.)

SALUSCIA. ¿Qué limpieza, qué frescura!  
¿Bendiga tu casa el cielo!

Mas ¿cómo no lo será,  
si en ella una esclava está  
que es la limpieza del suelo?

¿Por la mi fe, Dorotea,  
que a la reina servir puedes!  
¿Qué escritorio a estas paredes  
igual a su taracea? (126)

¿Qué ladrillos como grana,  
y qué lustre de azulejos!  
¿Parecen unos espejos!

DOROTEA. (La dueña (127) es trujamana.)

LEONOR. Sientese, madre, y dirá  
a lo que viene.

(117) *V: ocupa.*

(118) *V: hazer.*

(119) *V: iguala en.*

(120) *V: así.*

(121) *V: en los manteles y.*

(122) *V: qualquiera enojo a.*

(123) *V: Que a.*

(124) *M: y tu hermano.*

(125) *V: cantarme.*

(126) *V: tu ataracea.*

(127) *V: esta dueña.*

SALUSCIA. ¡Qué boca  
de grana! El cristal de roca  
venciendo en el alma está.  
Poco ganaré yo aquí  
con mis polvillos de dientes.  
LEONOR. Ya te digo que te sientes.  
SALUSCIA. Siéntate tú junto a mí;  
esto del cansancio es tacha  
de nuestra edad enfadosa.  
¡Válgate Dios, y qué hermosa! (128)  
¡Bendígate Dios, muchacha!  
¡Jesús, qué lustre y qué tez! (129)  
¿Qué te pones?  
LEONOR. Madre, el río  
me afeita.  
SALUSCIA. Un resplandor mío  
creo que te di una vez.  
Ya no me conocerás:  
pasa el tiempo, ¡mal pecado!  
A fe que es tu padre honrado  
que me conociera más.  
¡Lo que has crecido! Ayer ibas  
con la (130) almohadilla...  
*(Hace que llora.)* (131)  
LEONOR. No llore.  
DOROTEA. Todo es vino.  
SALUSCIA. ¡Dios mejore...!  
DOROTEA. Las viñas y las olivas.  
SALUSCIA. ¡La bellacona mulata,  
cómo se ríe de mí!  
DOROTEA. ¿Yo, madre?  
SALUSCIA. ¡Que no la vi!  
¿Y no se acuerda la ingrata  
de aquel ungüento (132) famoso  
que la sarna le quitó?  
Pues ¡a fe que lo hice yo!  
DOROTEA. ¿Ungüento? ¡Cuento donoso!  
Mire, madre, que sería  
para ser bruja.  
SALUSCIA. ¡No llegues  
a mis años, porque niegues! (133)  
LEONOR. Diga presto, madre mía,  
lo que quiere, porque temo  
que no venga mi marido.  
SALUSCIA. Aquí una pobre ha parido,  
que lo es, hija, con extremo;

tiene padrino, y querría  
que tú lo fueses con él.  
LEONOR. Habla al Capitán, que dél  
pende la libertad mía.  
¿Qué traes aquí? (134)  
SALUSCIA. No sé,  
como eso tendrás acá...  
Esto de comer me da,  
como ya la edad se fué...  
El gran Turco viene aquí,  
en extremo preparado  
y en mil aguas destilado.  
LEONOR. Nunca tan claro le (135) vi.  
SALUSCIA. Aqueste se ha de poner  
encima de la color.  
LEONOR. ¿Nueva invención?  
SALUSCIA. La mejor.  
LEONOR. ¡Mil cosas tienes que ver!  
SALUSCIA. Estos papelillos son  
secretos para mil cosas,  
que somos siempre achacosas.  
DOROTEA. ¿Hay, madre, algún diaquilon  
que quite el color mulato?  
SALUSCIA. ¡Fueras tú la que debías,  
que te pusiera en dos días  
la cara como un retrato!  
mas dime, hija, ¿no irás  
al bateo? (136)  
LEONOR. Pues ¿quién es  
el caballero?  
SALUSCIA. Después  
sus calidades sabrás,  
que es el más lindo mancebo,  
más hermoso y bien hablado,  
más limpio y más estimado;  
porque es, finalmente, el cebo  
adonde pican agora  
las damas desta ciudad,  
aunque cierta voluntad  
le tiene enfermillo agora (137)  
anda descoloridillo  
y sin gusto, de un desdén:  
quiere y no le quieren bien.  
LEONOR. Pues mucho me maravillo  
que, si es tan lindo, no sea  
querido quien lo es de todas.  
SALUSCIA. Ha topado el pobre en bodas;  
mas yo pienso que pusea

(128) *V. Jesús y como eres hermosa.*(129) *V. Válgate Dios y que tez.*(130) *V. con el.*(131) *M. Falta esta acotación.*(132) *M. ungüento; V. ingüento.*(133) *V. a mis manos; porque niegues.*(134) *V. que traes aquí.*(135) *V. lo.*(136) *V. al bateo.*(137) *V. le tiene enfermo, ahora.*

LEONOR. por esta calle mil veces.  
 ¿Es su nombre?  
 SALUSCIA. Don Antonio.  
 DOROTEA. ¡Oh, vieja!, al mismo demonio  
 en los embustes pareces.  
 LEONOR. Miremos el (138) azafate;  
 deja, madre, de hablar desto.  
 SALUSCIA. ¡Descolorida te has puesto! [te?  
 ¿No quieres que dé te (139) tra-  
 LEONOR. ¿Qué hay en este papelillo?  
 SALUSCIA. La oración de Santa Marta.  
 LEONOR. ¿Y esto qué es?  
 SALUSCIA. Es cierta carta  
 de aquel descoloridillo.  
 Toma, y mira lo que aquí  
 te (140) dice aquel desdichado,  
 que queda desesperado,  
 muerto de amores por ti.

(Levántase.) (141)

LEONOR. ¡Vieja, o demonio, quisiera,  
 como el (142) papel, mil pedazos  
 hacerte entre aquestos brazos!  
 ¡Sal de aquí, sal presto fuera;  
 sal, que si saco un cuchillo  
 del estuche!...

DOROTEA. A mí me deja,  
 que yo cortaré a la vieja  
 de la boca el colodrillo.

(Dale con el cuchillo.) (143)

SALUSCIA. ¡Hija, piedad! ¡Ay de mí!

(Vase.)

LEONOR. ¿Herístela?  
 DOROTEA. A tu servicio.  
 LEONOR. ¡Por tu vida!...  
 DOROTEA. Un beneficio  
 de greja a oreja le di.  
 Pero a fe que me ha pesado  
 que hayas rasgado el papel.  
 LEONOR. Aquí están las partes dél.  
 DOROTEA. Y las del dueño engañado,  
 te pudiera decir yo.

(138) V: miremos al.

(139) M: Falta te.

(140) V: Falta te en este verso, y que en el si-  
 guiente.

(141) V: Toma el papel, rompelo y levántase.

(142) V: como oh.

(143) M: Falta esta acotación y la siguiente.

LEONOR. ¿Quieres que te dé yo a ti  
 lo que tú a la vieja?  
 DOROTEA. Sí;  
 pero que te enojés, no;  
 pasaba yo la otra tarde  
 por casa deste (144) galán,  
 y un lacayo a lo truhán,  
 entre discreto y cobarde,  
 con tal ansia me llamó (145),  
 que, en fin, arriba subí,  
 donde ese mozuelo vi.  
 LEONOR. ¡El demonio te engañó!  
 DOROTEA. En una cama acostado,  
 bordada de fina tela (146),  
 con valona o arandela,  
 el rostrico perfilado;  
 una almilla de color  
 de nácar, de oro bordada;  
 la cabeza en la almohada,  
 todo enfermito de amor;  
 los puños de la camisa  
 levantados para dar  
 muñecas de blanco azahar...  
 LEONOR. Calla, que mueves (147) a risa.  
 DOROTEA. Los bigotes muy alzados,  
 montante a la cabecera,  
 y una jacerina y cuera;  
 bravos retratos colgados,  
 mucho olor, escritorios  
 con mil curiosos juguetes  
 entre muchos ramilletes...  
 LEONOR. Harásme reír a gritos.  
 DOROTEA. Hablome tierno, y habló  
 en tu amor (148) de tal manera  
 que una piedra enterneciera:  
 lloró, en efeto.

LEONOR. ¿Lloró?  
 DOROTEA. Yo te juro que le vi  
 los ojos, no te alborotes,  
 dar perlas a los bigotes.  
 LEONOR. ¿Por mí?  
 DOROTEA. ¡No, sino por mí!  
 LEONOR. Si se te hiciere (149) camino,  
 Dorotea, le dirás  
 a ese necio...  
 DOROTEA. ¡Bien!  
 LEONOR. Que más

(144) V: por casa de esse.

(145) M: y con tal labia me habló.

(146) V: de damasco y verde tela.

(147) V: calla que me mueve.

(148) V: en tu honor.

(149) V: si te hace.

no siga tal desatino,  
y que es mal hecho inquietar  
a mujeres como yo.

DOROTEA. El dios machin (150) la pegó;  
ya se quiere declarar.

LEONOR. Dile que es un imposible  
el disparate que emprende.

DOROTEA. El, a lo menos, no entiende  
que intenta cosa posible,  
sino que aquel picarón  
de Lopillo, su estafeta,  
le anima, esfuerza e inquieta (151)  
a seguir su pretensión;  
y yo, que no miro mal  
a este mismo descarado,  
me alegro de tu cuidado.

(Sale VALDIVIA.) (152)

VALDIVIA. ¿No he visto descuido igual!

DOROTEA. Señor viene.

LEONOR. ¿Qué hay, señor?

VALDIVIA. De Cádiz aquesta carta, [parta  
que me ha de obligar que (153)  
luego al instante, Leonor.

LEONOR. ¿Cómo?

VALDIVIA. Escribeme mi tío  
que (154) cuanto nos ha llegado  
tiene Ricardo embargado.

LEONOR. ¿Por dónde iréis?

VALDIVIA. Por el río,  
por caminar esta noche.  
¿Hernando, Hernando!

(Sale HERNANDO.)

HERNANDO. Señor.

VALDIVIA. Y aun es para mí mejor  
el barco que el mejor coche.

A Cádiz voy; luego al punto  
pon recado y fleta (155) un barco.

LEONOR. No sale flecha del arco  
como vos.

VALDIVIA. Si tengo junto  
el crédito y el dinero  
de la suerte que sabéis,  
¿que he de hacer?

(150) V. *mechin*.

(151) V. *y inquieta*.

(152) V. *Entra el Capitán Balduino con una carta en la mano*.

(153) V. *me ha de obligar a que*.

(154) V. *Falta que*.

(155) V. *pon recado y suelta*.

LEONOR. Muy bien haréis. (156)

¿Cuándo en Sevilla os espero?

VALDIVIA. Dentro de dos o tres días.

LEONOR. Ropa os quiero aderezar.

VALDIVIA. Tú no tienes que aguardar.

HERNANDO. Yo voy.

(Vase.)

VALDIVIA. ¡Ay, desdichas mías!

LEONOR. ¿Qué camisas hay lavadas,  
mulata, del Capitán?

DOROTEA. Cinco o seis; pero no están  
más de dos aderezadas.

(Vanse los dos.)

LEONOR. Ven presto.

VALDIVIA. De otra manera

pensé yo que se tomara  
mi ausencia, aunque imaginara  
que de sola una (157) hora fuera.  
¿Por la ropa tan ligera  
y sin otro sentimiento?

O lo causa el que yo siento  
de los celos de estos días,  
o las ignorancias mías  
fabrican torres de viento.

No sé qué sombras cansadas  
de noche mis ojos ven,  
que no me parecen bien,  
arrinadas y embozadas;  
si de mi sol son causadas,  
eclipsarle de modo

que lo deje a oscuras todo;  
mas ¿qué me da pesadumbre,  
pues sin ensuciar su lumbré  
suele pasar por el lodo?

Nace de mi grande amor  
aquesta necia sospecha;  
él es arco y ella es flecha,  
y el blanco mi propio honor.  
Casta y honesta Leonor,  
este mozo es arrogante;  
luego no es bien que me espante;  
mas justos son mis desvelos,  
que en aventuras de celos  
siempre el temor es gigante.

Salgo de mi casa, y veo  
a don Antonio en mi calle,

(156) V. *Muy bien haréis*.

(157) V. *un*.

mozo de gallardo talle  
y de esta ciudad trofeo (158);  
Una y mil calles rodeo,  
vuelvo, y hállole a mi puerta;  
vengo de noche a hora incierta,  
y allí rebozado está;  
luego ocasión se le da  
y mi deshonra concerta.

Pero ¿cómo puede ser  
que el amor le de ocasión  
sabiendo la (159) condición  
de tan principal mujer?  
Amor, ¿qué habemos de hacer,  
tener ánimo, y partir?  
Decid, ¿opdrémonos ir?  
Podemos; pues, ¡alto!, al barco:  
mas si con celos me embarco,  
¿qué barco me ha de sufrir?

Pues, Leonor, resolución.  
Mirad que soy caballero  
y soldado, y que preñero  
a vuestro amor mi opinión.  
No os guardo, porque no son  
guardas con vos menester;  
la que se ha de defender  
vos sois. Yo callo, en efeto,  
que nunca dijo el discreto  
sus celos a su mujer.

(*Esc. Sale DON ANTONIO con una ropa, y una banda, y LOPE.*)

LOPE. ¿Qué romano o qué gentil  
a sus dioses ofreciera  
sangre como tú, ni diera  
tal precio a cosa tan vil?

ANTONIO. Estas finezas no son  
de amante noble y honrado.  
¡Bestia!, el haberme sangrado  
no ha sido sin ocasión.

Amor es un mal de ojo  
que entra por ellos al pecho;  
la sangre altera, y sospecho  
con más rigor que el enojo.

Luego no me negarás  
que es justo sacarla luego,  
porque su desasosiego  
no corrompa la (160) demás.

Y si de alguna caída  
se sangra aquel que cayó,

LOPE.

¿quién la ha dado como yo?  
Una historia muy sabida  
en un librito lei,  
de Faustina, enamorada  
de un gladiator, cuya espada  
fué del Amor flecha allí.

Súpole el emperador;  
matóle, y dióle a beber  
su sangre, que sule ser  
contra el veneno de amor.

Si esto a ti te sucediera,  
con su sangre te curaras  
y la tuya no sacarás  
porque dices que se altera.

¡Ah mocedad, oh embeleco  
de la vida! ¿Hay desatino  
como éste? Mas imagino  
que de cerebro tan seco  
no puede agora salir  
secreto menos cruel.

(MIRABEL, músico.) (161)

Aquí llega Mirabel;  
con él te puedes reir.

MIRABEL. Dícenme que estás sangrado.  
ANTONIO. Cai, Mirabel, ayer.

LOPE. No en la cuenta, porque, a ser,  
la sangre hubiera guardado.

MIRABEL. ¿Galán estás!  
LOPE. Las sangrías

adaman a los amantes.  
ANTONIO. ¿Qué hay de nuevo que me cantes?  
MIRABEL. Tonos y letrillas mías.

(Canta:)

Mal conocéis el amor,  
Leonor,  
mal conocéis el amor.

ANTONIO. Doite un abrazo.  
MIRABEL. ¿Por qué?

ANTONIO. Por la letra.  
LOPE. Hasle tocado  
en la vena del cuidado.

MIRABEL. ¿Es Leonor?  
ANTONIO. El tuyo fué.

(Canta:)

MIRABEL. Mal conoces el (162) rapaz  
que es blando y es porfiado,

(158) P. Orfeo.

(159) P. sabiendo s.

(160) P. lo.

(161) P. Sale Julio y Mirabel músico.

(162) P. al.

es terrible y regalado,  
y es rendido y pertinaz.  
En las guerras pone paz,  
y en las paces es traidor.  
Mal conocéis el amor,  
Leonor,  
mal conocéis el amor.

(Sale JULIO.)

JULIO. Una cierta no sé quién,  
con un manto y sombrero,  
el semblante de membrillo  
y el pisar de palafrén,  
te quiere hablar en secreto.

ANTONIO. Mirabel, adiós, adiós,  
y veámonos los dos. (163)

MIRABEL. Venirte a servir prometo.  
Pero ¿no hay algún argén?

ANTONIO. Dale diez escudos, Lope.

LOPE. Repárelos.

MIRABEL. Cuando tope.

LOPE. Siete y llevar.

MIRABEL. Hago bien.

(Fase MIRABEL, y sale DOROTEA.)

DOROTEA. ¿Está don Antonio aquí?  
Aquí estoy, perla.

DOROTEA. No vengo  
para gracias.

ANTONIO. Ni yo tengo  
gracias, que desgracias sí.

DOROTEA. ¿Usan los que se han preciado  
de nobles y caballeros  
enviar tales terceros  
en casa de un hombre honrado?

¿Dónde halló vuesamerced  
aquella vieja en cecina,  
retrato de Celestina?

ANTONIO. Oyeme, y hazme merced  
de templar la justa pena  
con que vienes a reñirme,  
que estoy cerca de morirme,  
y pienso que de la vena  
la sangre se me ha soltado.  
¡Lope, Lope!

LOPE. ¿Qué hay, señor?

ANTONIO. La alteración del rigor  
con que esta señora ha entrado  
pienso que la causa fué  
de soltarse la sangría.

LOPE. ¿A esto vienes? ¡A fe mía  
que no es lo que yo pensé!

¡Ay del pobre caballero!

ANTONIO. Átame la venda bien.

LOPE. ¿Desmayaste?

ANTONIO. ¡Qué desdén!

LOPE. Siéntate, pues.

ANTONIO. ¡Yo me muero!

DOROTEA. Nunca yo viniera acá.

¡Ah, señor mío!

ANTONIO. ¡Ay, Leonor!

LOPE. ¿Qué mujercilla mejor  
fingiera un desmayo allá?

ANTONIO. Los ángeles como vos,  
¿matan hombres deste modo?

DOROTEA. Yo tuve culpa de todo,  
y me ha pesado por Dios;  
mas púedelo remediar  
con deciros que mi amo  
no está en Sevilla.

ANTONIO. Si os llamo (164)  
mi vida, ¿en qué puedo (165) errar?

Veísme aquí para servirlos.

¿Cuándo se fué?

DOROTEA. No ha media hora;  
y díjome mi señora  
que esto viniera a reñiros.

ANTONIO. A deciros, sospeché.

DOROTEA. Y desta noche, a la calle...

ANTONIO. Lope, ¿qué tengo que dalle  
a esta perla?

LOPE. ¡Yo qué sé!

ANTONIO. Voy a abrir mis escritorios.  
¡Loco de contento voy!

(Fase.)

LOPE. ¿Y cómo en su gracia estoy?

DOROTEA. Ya tenemos locutorios.

LOPE. Pues ¿ayer no me decía  
que era yo su perrigalgo? (166)

DOROTEA. ¿Sabe qué ha de hacer, hidalgo?  
Amainar volatería,  
que es conmigo moscatel.

LOPE. Y tú, mosca en leche, amores.

DOROTEA. Tengo yo muchos colores  
para frisarme con él.

LOPE. ¿Su ánima de bayeta  
no sabe que soy Narciso  
de lacayos?

(164) L': a quien llamo.

(165) L': púdo.

(166) L': so perrigalgo.

(163) L' y veámonos después.



DOROTEA. Ya le aviso  
que conmigo no se meta.  
Calle, y déjese de voces.  
LOPE. ¿Tú, conmigo melindrosa?  
DOROTEA. Que (167) soy mula cosquillosa,  
y le daré cuatro coces.  
LOPE. Entra, que te quiere dar  
mi amo alguna cadena.  
DOROTEA. No la quiero.  
LOPE. Antes es buena  
para llevarte a cazar.  
DOROTEA. ¡Oiga, en lo vivo me dió!  
LOPE. ¡Oiga ella!  
DOROTEA. ¡Oiga él!  
¡Nunca liebres como él  
corren galgas como yo!

(*Vanse. Salen caballeros, DON PEDRO y el DUQUE DE ALBA*) (168)

DUQUE.  
¿Venís contento?  
PEDRO.  
Con merced tan grande,  
¿cómo puedo, señor, no estar contento?  
Mil veces esos pies vuelvo a besaros.

DUQUE.  
Quisiera que con vos, señor don Pedro,  
viniera don Antonio, vuestro hijo,  
porque juntos besárades las manos  
como vos lo habéis hecho agora solo  
al rey, pues (169) su persona le agradara (170),  
y a quién ha hecho esta merced supiera.

PEDRO.  
Anda indispuerto todos estos días,  
y pienso que sangrado, a cuya causa  
no vino (171) a acompañarme.

DUQUE.  
Pues ¿qué tiene?

PEDRO.  
Achaques de las fiestas habrán sido.

(167) *V: Yo.*  
(168) *V: Salen caalleros los que pudieren y detrás el Duque de Alba y don Pedro.*  
(169) *V: al rey que.*  
(170) *M: aorodara.*  
(171) *V: no tiene.*

DUQUE.  
Los brios de la edad tal vez se cansan.  
No hay cosa que al trabajo no se rinda.  
¿Daréisle estado agora?

PEDRO.  
Eso deseo;  
mientras que duran las informaciones,  
que, por ser aquí cerca, serán fáciles,  
trataré los conciertos de sus bodas,  
que ya tengo los ojos inclinados  
a cierta hermana de un amigo mío,  
con partes singulares de hermosura,  
nobleza, discreción y alguna hacienda.

DUQUE.  
No le daréis menos honrada prenda.  
Metan luces.

PEDRO.  
Ya tienen prevenido  
todo lo necesario.

DUQUE.  
El cielo os guarde.  
No me aguardéis después, que vendré tarde.

(*Vase.*) (172)

PEDRO.  
Julio, Julio, ¿esta aquí don Antonio?

JULIO.  
Fuera salió con Lope.

PEDRO.  
Pues ¿de noche  
sale sangrado, y guardase de día?

JULIO.  
Brios son de la edad.

PEDRO.  
Llegue a la ma. (173)

(*DON ANTONIO y LOPE, con broqueles.*) (174)

ANTONIO.  
¡Ay, calle, que, en entrando en tí, consuelas

(172) *V Vanse todos los caalleros delante y el Duque detras, y sale Iulio criado.*  
(173) *V: Gran osadia.*  
(174) *V: Vase, y sale don Antonio y Lope con espados y broqueles.*

mi perdida esperanza! ¡Ay, calle hermosa,  
que hueles a jazmines de Valencia,  
a azahares blancos y a mosquetas bellas!

LOPE.

Si fuera calle de Madrid, tú olieras  
azahar, que oleilo por azar tuvieras.  
De una calle que llaman de Santiago  
hay una enigma.

ANTONIO.

¿De qué modo?

LOPE.

Dicen

que es de día jardín; de noche, infierno.

ANTONIO.

¿Por qué?

LOPE.

Porque, de día, los guanteros  
con ámbar y polvillos la perfuman,  
con liquidámbar y otras mil conservas,  
y de noche, de rejas y ventanas,  
que el campo, de allí a un año, vuelve en (175)  
[yerbas.

(*Asómase a la ventana* DOROTEA.) (176)

DOROTEA.

¿Es don Antonio?

ANTONIO.

¡Ay, Lope; que han abierto  
una ventana de aquel cielo!

LOPE.

Llega.

ANTONIO.

¿Es Dorotea?

DOROTEA.

Soy esclava tuya. (177)

ANTONIO.

¿Qué hace aquella reina de belleza?

DOROTEA.

Quiere acostarse.

ANTONIO.

¡Ay, Dios!

DOROTEA.

Toma consuelo.

de que se acuesta (178) sola.

ANTONIO.

Más quisiera

que fuera yo su esposo y compañía.  
¿Quiéresme hacer un bien, y ponme luego (179)  
mil hierros, mil cadenas, mil prisiones?

DOROTEA.

Antes tú con las tayas me los pones.

ANTONIO.

Déjame entrar donde escondido vea  
cómo aquel ángel bello se desnuda.

DOROTEA.

Si tú fueses tan cuerdo que, escondido,  
estuvieses callando, hasme obligado  
de suerte con tu amor y con tus dádivas,  
que en su propio aposento te pusiera.

ANTONIO.

¡Plega a Dios que si yo, si mis deseos,  
si mis pies, si mis manos, si mi boca  
se moviere jamás, que nunca tenga  
ventura en cosa que la mano ponga.

DOROTEA.

Pues yo quito el aldaba de la puerta.

ANTONIO.

Entra, Lope.

LOPE.

¿Qué haces?

ANTONIO.

Ya está abierta.

¿Agora es tiempo de mirar en eso?

LOPE.

El cielo te dé próspero suceso.

(*Vanse, y salen LEONOR con UN ESCUDERO.*)

LEONOR. Aunque he de dormir sin ga-  
ya es hora de recoger. [na (180),

(178) L: acueste.

(179) L:.

que fuera yo su esposo, compañera  
quieres hazerme un bien y ponme luego.

(180) L: Ahora que he de dormir sin gana.

(175) L: Falta en.

(176) L: *Asómase Dorotea y diga.*

(177) L: Soy tu esclava.

ESCUDERO. No vengo más que a saber lo que has de comer mañana.

LEONOR. Nunca solas las mujeres nos solemos regalar.

ESCUDERO. Fresco vendrá de la mar, si de este (181) regalo quieres, y en casa hay una perdiz.

LEONOR. Comprad lo que gusto os diere, y (182) id con Dios.

ESCUDERO. El te prospere.

(*Asc.*)

LEONOR. Echad, ¡hola!, ese tapiz. La ocasión de desnudarme sólo me incita a pensar cosas, que darlas (183) lugar bastaban (184) para matarme. ¡Válgate Dios por mozo! si le puedo echar de mí! Cuando yo te hablé y te vi, pacífico estaba el cielo. Bien me pareces, confieso, para mí, que me agradara de tu talle y de tu cara, no siendo en mi honor exceso. Si yo casada no fuera, diera lugar a tu amor; pero, casada, mi honor dice que te deje afuera. Perdona, y no estés enfermo de imposibles, pues te basta decir una mujer casta que hablando en ti no me duermo. ¿De qué sirven las sangrias que Dorotea me cuenta? No pongas sangre a mi cuenta, que no son heridas mías. Lástima tengo de ti; pero ¿qué se puede (185) hacer? ¡Por allí siento toser! [ahí?] ¡Hola! ¡Ay, Dios! ¿Quién está

(*Sale DON ANTONIO.*)

ANTONIO. ¿Quién puede ser sino yo, el que es digno de la muerte?

LEONOR. ¡Jesús!

ANTONIO. Mi señora, advierte que Amor me enseñó y forzó. Ya estoy aquí. ¡Yo soy muerta!

LEONOR. Vesme aquí, echado a tus pies.

ANTONIO. Cierta mi deshonra es, y mi desventura es cierta. [aquí?]

LEONOR. ¡Hombre! ¿Quién te puso (186) ¿Eres, por dicha, hechicero?

ANTONIO. Un hombre soy que te quiero y que me muero por ti.

LEONOR. Mi mulata me ha vendido. ¡Oh, esclavos!, quien os desea en lo que yo estoy se vea.

ANTONIO. Confieso que esclavo ha sido; pero ese esclavo soy yo, que lo soy de tu hermosura.

LEONOR. ¿Quién hay que viva segura? ¡Hombre, tu amor me mató!

ANTONIO. De ser esclavo no huyo; tú sola mi dueño eres; tuyo soy, tú no me quieres; esclavo soy, pero ¿cuyo? Ya estoy aquí, ya me ha dado Fortuna aqueste lugar; sé querer y sé callar sirviendo a quien me ha comprado. ¿A quién Amor no obligó? Pues si tanto amor no pagas, aunque más favor me hagas eso no lo diré yo. Ten piedad, dulce bien mío, de este (187) esclavo que te adora; amor me mandó, señora, hacer este desvarío. Esto fué causa que yo lo pierda por emprendello, para no faltar a aquello que cuyo soy me mandó. ¿Qué miras? Pues claramente se ve mi verdad en mí: tuyo soy y tuyo fui, y lo seré eternamente. Mi dueño es el rostro tuyo, y es con él tanta mi fe, que nadie (187 bis) le ve y me ve que no diga que soy suyo.

LEONOR. ¡Ah, mi señor don Antonio! ¿Me han vendido mis criados?

(181) *V: deste.*  
 (182) *V: falta y.*  
 (183) *V: darla.*  
 (184) *V: bastana.*  
 (185) *M: te puedo.*

(186) *V: te ha puesto.*  
 (187) *V: deste.*  
 (187 bis) *V: que nayde.*

De vuestros justos cuidados  
no quiero más testimonio  
que ver si me obedecéis,  
porque tratar de enojarme  
ya veo yo que es cansarme  
para que vos descanséis.

No ha mucho que me habéis visto  
no estaréis muy a la muerte: [to:  
ni me doy, por no ser fuerte,  
ni a vuestro amor me resisto;  
ni os despido, ni os recibo;  
ya estáis aquí, presto es:  
Amor lo ha de hacer después,  
corra el tiempo fugitivo.

No me forcéis a disgusto,  
que bien me sabré matar.  
Vos sois el que me ha de honrar:  
vos quien procure mi gusto.

Salid de casa esta vez,  
que yo saldré a la ventana  
muy rendida y cortésana,  
donde el amor sea juez  
de la causa de los dos (188),  
y si hablando me vencéis,  
como es razón, entraréis,  
que os quiero yo abrir a vos.

Ni es justo que a tal mujer  
fuerce un hombre por engaño.  
Bien sé que intento mi daño;  
mas tengo de obedecer.

Mi amor es pura verdad,  
yo os amo; si es vuestro gusto  
eso solamente, es justo;  
señora, con Dios quedad.

Piérdase tal ocasión;  
¡todo se pierda, esto es hecho!  
Obligado habéis mi pecho  
a más que honesta afición.

(Vase DON ANTONIO.)

Dorotea, Dorotea.

(Sale DOROTEA.)

DOROTEA. Ya sé que me has de reñir,  
y, desde perra, decir  
hasta la cosa más fea.  
¿Qué quieres? Yo vi llorar,  
yo desmayar, yo razones;  
yo soy mujer.

LEONOR. Tú me pones  
a donde me han de matar.  
¿Abriste?

DOROTEA. Ya quedan fuera  
don Antonio y su lacayo.

LEONOR. Toda me pierdo y desmayo,  
mi propia sombra me altera.

Ya no te quiero reñir;  
ya no me quiero quejar;  
mas tengo que remediar,  
que tengo que resistir.

¿Qué hombre es éste, qué haré  
¿Agora, después que es ido? [yo?

DOROTEA. La voluntad ha rendido;  
LEONOR. pero la persona no.

DOROTEA. Rendida la voluntad,  
que es del alma la potencia  
quizá de más excelencia,  
pues manda la libertad,  
del cuerpo no hay que hacer caso.

LEONOR. Hablarle quiero en la reja.

DOROTEA. El en la calle se queja.

LEONOR. Pues abre los marcos paso. (189)

DOROTEA. Esa es buena resistencia.

LEONOR. ¿Mi obstinación contradices?

DOROTEA. Esto me huele (190) a perdices.  
Somos mujeres, paciencia.

(DON ANTONIO, y LOPE, en la calle.) (191)

LOPE. ¿Quién, sino tú, pudo hacer  
cosa tan desatinada?

ANTONIO. Desnuda, Lope, la espada.  
¡Mátame! (192)

LOPE. Pudiera ser.  
¿Vióse tan gran cobardía:  
solo en su aposento, y todos  
dando ocasión de mil modos  
a tu amorosa porfía,  
y tú, gallina, salir  
porque ella te lo mandó?

ANTONIO. ¿Pude yo forzarla?

LOPE. No;  
pero intentarlo, o morir.  
¿Querrias que te rogase?  
Advierte que las mujeres  
resisten a sus placeres

(188) 1.<sup>a</sup> Faltó este verso.

(189) 1.<sup>a</sup> ¿Qué?

(191) 1.<sup>a</sup> Vase. Salen a la calle don Antonio  
y Lope.

(192) 1.<sup>a</sup> y mátame.

cuanto lo posible (193) pase;  
pero, en fin, no son de piedra.

ANTONIO. Es verdadero mi amor,  
que con su loco furor  
estas calles desempiedra.

Muera, padezca, suspire,  
mi amor es honra, es verdad,  
es llaneza, es voluntad.

LOPE. Es el rollo que te estire.  
¡Cuerpo de tal, con el hombre!

(A la ventana, LEONOR.)

LEONOR. ¡Ah, caballero!

ANTONIO. ¿Quién es?

LEONOR. Quien os quiere hablar después,  
aunque el después os asombre.

ANTONIO. Quien antes su bien perdió,  
¿qué tiene ya que esperar?  
Hacedme abrir.

LEONOR. No hay tratar  
de abrir; la ocasión pasó.

Llegad cerca, y hablaremos,  
que no es poco.

ANTONIO. ¡Muerto soy!

(Llégase (194). Salen VALDIVIA y HERNANDO.)

VALDIVIA. No pensaron vernos hoy.

HERNANDO. Presto negociado habemos.

VALDIVIA. Si tan presto no saliera,  
esta jornada excusara;  
que a Sevilla, en fin, llegara  
el propio, y nuevas me diera  
de que se desembargó  
mi hacienda en Cádiz.

HERNANDO. ¿Qué es esto?

VALDIVIA. ¿Gente, Hernando, en este puesto?

HERNANDO. Detente, que pienso yo  
que algún requiebro será  
desta mulata habladora.

VALDIVIA. Sospecho que es su señora  
la que a la ventana está.

HERNANDO. No lo creas.

VALDIVIA. Ya me han visto,  
y la ventana han cerrado.

¿Quién será aqueste embozado?

¿Cómo mi infamia resisto?

ANTONIO. Lope, ¿quién es esta gente?

LOPE. No lo sé, por Dios, señor.

ANTONIO. ¿Volverá a salir Leonor  
luego que de aquí se ausente?

LOPE. Téngolo por cosa cierta,  
que la he sentido picada;  
que la mulata es taimada  
y está acechando a la puerta.

VALDIVIA. Fingirme justicia quiero,  
por no deslustrar (195) mi honor,  
para conocer mejor,  
Hernando, este caballero.  
¡Ténganse al rey!

ANTONIO. Nadie (196) aquí  
le deja de obedecer,  
y más quien lo sabe hacer  
con la sangre que hay en mí.

VALDIVIA. Alguacil de Corte soy.  
Vengo con Su Majestad.  
Las armas manifestad.

ANTONIO. Rendidas al rey las doy;  
pero donde el rey está  
es corte, y así no hay queda.

VALDIVIA. Si; pero el andar se veda  
sin que se sepa quién va.

ANTONIO. Don Antonio Altamirano  
soy. ¿Queréis más?

VALDIVIA. No, señor;  
pero sería mejor  
el recogeros temprano;

que esta casa donde habláis  
tiene dueño, que, ¡por Dios!,  
que es tan bueno como vos.

ANTONIO. Yo pienso que os engañáis,  
porque acaso me paré (197)  
a hablar (198) con cierta mulata;  
porque en la calle me mata  
otra cosa que yo sé. (199)

VALDIVIA. Idos, señor, a acostar,  
y mirad si tenéis gusto  
que os acompañe.

ANTONIO. No es justo;  
yo os tengo de acompañar.

(Vase DON ANTONIO, y LOPE.)

VALDIVIA. Id con Dios.

ANTONIO. Adiós.

VALDIVIA. Adiós.  
¡Maldiga Dios mi paciencia!

(195) V: *dislustrar*.

(196) V: *naide*.

(197) V: *porque a caso me parece*.

(198) V: *hablar*.

(199) V: *otra cosa que se ofrece*.

(193) V: *quanto lo imposible*.  
(194) M: Falta esta acotación.

HERNANDO. Pues ¿queda otra diligencia si no es mataros los dos?

VALDIVIA. Llama a esa puerta, ¡ay de mí! ¿Qué procuro informaciones cuando delante me pones lo que con mis ojos vi?

¿Honra! ¿Qué es esto? ¿Qué ¿quieres?

¿A qué aguardas? ¿Ya no ves lo que puedes ver después?

¿Esta fe guardan mujeres?

¿Esto en el mundo se usa?

¿Esto es honra? ¿Esto es lealtad, que con decir voluntad hallan la sombra y la excusa?

¿Esto, Leonor, te debía mi pura fe, mi amor, tal que al ser del alma inmortal (200) juró que vencer tenía? [primero]

¿Ah, Dios! ¿Quién fué aquel que el honor del hombre puso en la mujer, y dispuso que le limpiase el acero?

No sé si te quiero mal, porque las cosas que veo, queriéndote bien, no creo que no hay desatino igual.

¿Llamaste?

HERNANDO. Ya en la ventana mi señora respondió.

VALDIVIA. ¿Abre, Leonor, que soy yo!

LEONOR. Esa diligencia es vana. Vete con Dios, caballero, y agradece que no pasa algún dueño (200 bis) desta casa mientras a su dueño espero; que si él estuviera aquí, respetaras (201) de otra suerte las puertas.

VALDIVIA. ¿Qué bien me advierte de lo que agora temí!

¿Si lo finge por saber que soy yo? Pero no hará. Amor de su parte está. ¿Como eso vendré a creer?

¿Por dicha este mozo (202) loco la sigue como atrevido?

Necio por celoso he sido

teniendo a Leonor en poco.

¿Ah, mi bien! Yo soy; mirad que me vuelvo del camino. Llegué a Coria, y allí vino un propio. Oid, esperad.

No cerréis. (203)

LEONOR. ¿Ay, Dios! ¿Quién es?

VALDIVIA. Vuestro esposo, mi Leonor.

LEONOR. ¿Jesús! ¿Que vos sois, señor? Abre, Constanza. ¡Hola, Inés! Dorotea. ¿dónde estás? (204)

VALDIVIA. Las tres leguas he corrido por tierra.

LEONOR. ¡Dichosa he sido, y en la resistencia más!

(*Entranse, y queda VALDIVIA solo.*)

VALDIVIA.

En duda de mis celos, honra grave, mejor es inclinarme a mi sosiego; si los celos son lince, Amor es ciego, y no quiere buscar lo que no sabe.

Si voy seguro al puerto con mi nave, ¿quién me vuelve a la mar cuando ya llevo? pero ¡ay de mí!, que si en el alma hay fuego, ¿qué importa que los ojos tengan llave?

No son de hombre discreto (205) estos oficios, aunque con el temor el honor lucha; que averiguar los celos por indicios,

o sea con razón, pequeña o mucha, es como quien escucha por resquicios: que le pesa después de lo que escucha.

(*Vase. Salen DON JUAN y FINARDO.*)

FINARDO.

¿Que vos venis con ese pensamiento en casa de don Pedro?

JUAN.

Aquí le aguardo; que desde aquella noche, arder me siento por doña Ana bellísima. Finardo. Trato Leonardo apestado casamiento.

FINARDO.

¿Y qué le respondieron a Leonardo?

(200) *En la edición de 1851: "del mundo mortal".*

(200 bis) En las dos ediciones: *dueño, sea, seguramente por dudo.*

(2003) *En la edición de 1851: "espera".*

(204) *En la edición de 1851: "¿dónde estás?"*

(203) *En la edición de 1851: "¿Ay, Dios!"*

(204) *En la edición de 1851: "¿dónde estás?"*

(205) *En la edición de 1851: "No son de hombre discreto".*

JUAN.

Que don Pedro, su padre, quería verme.

FINARDO.

Y ella, por dicha, ¿a vuestro intento duerme?

JUAN.

No sé, mas sé que todos estos días, desde la noche que a su casa fuimos del Capitán Valdivia, y las porfías de su discreto proceder vencimos, mudo le ha dicho las razones mías. (206)

FINARDO.

¿Luego decir podremos (207) que venimos a casaros Baldivia y yo?

JUAN.

Sospecho  
que muy presto se hará, si no está hecho.  
Don Pedro es éste.

(Sale DON PEDRO.)

PEDRO.

Dile cuando venga  
que tengo que le hablar.

JUAN.

Dadme esas manos.

PEDRO.

¿Es el señor don Juan?

JUAN.

Y el que desea  
honrarse de servirlos.

PEDRO.

Informado  
de vuestras partes he deseado veros,  
que tengo tanto amor a esta muchacha,  
que quiero contentar también los ojos  
como están de la fama los oídos.

JUAN.

Yo soy esto que veis; pero sospecho  
que lo que falta en esto, suplir pueden  
la voluntad de padres (208) que he tenido.

PEDRO.

Así es verdad, y que os volváis os pido,  
porque mañana, en Gradas, o en la Lonja (209),  
os hablaré muy (210) claro, y sin lisonja.

JUAN.

¿Qué hora? (211)

PEDRO.

Entre diez y once.

JUAN.

Allí espero. (212)

FINARDO.

¿Hasle agradado?

JUAN.

Temo que no agrado,  
porque el temer y amar corren parejas.

FINARDO.

Satisfecho presumo que le dejás.

(Vanse los dos.)

PEDRO.

Corren los días, y el que ya los pasa,  
si es cuerdo, el fin que ha de llegar (213) pre-  
mira las prendas que en su casa tiene; [viene;  
que es bien, partiendo, concertar la casa.

Rómese la columna, mas la basa  
en pie se queda, y aumentarse viene  
el edificio que el honor contiene,  
si no es que el tiempo hasta el cimiento abrasa.

Dos hijos tengo, que me dan enojos  
hasta que su remedio se concierte,  
porque son de mis ojos los despojos.

Esto el partir y la razón me advierte,  
porque como los hijos son los ojos,  
conviene concertarlos con la muerte.

(Sale JULIO.)

JULIO.

Señor, aquí está un criado  
de un indiano, que a buscarte  
viene con cierto papel.

(209) V: y me aguardéis mañana alla en la lonja.

(210) V: donde os hablare.

(211) V: A que hora?

(212) V: Alla os espero.

(213) V: llevar.

(206) V: mudole a dicha las passiones mías.

(207) V: podemos.

(208) V: la voluntad del padre.

PEDRO. No es hora ya de cansarme.  
Dí que te le dé, y se vuelva.  
JULIO. Voy.

(*Vase.*)

PEDRO. No hay cosa que me canse  
como negocios de hacienda.  
Yo todo lo dejo aparte.  
El remedio de mis hijos  
y mi sucesión se trate.

(*Sale JULIO.*) (214)

JULIO. Este es, señor, el papel.

PEDRO. Muestra.

(*Lee entre sí.*) (215)

ANTONIO. ¿Aquí estaba (216) mi padre?

LOPE. Leyendo un papel está;  
mira los gestos que hace.

ANTONIO. Será cosa de dineros;  
que su avaricia es notable.

PEDRO. ¿Antonio está en casa? ¡Hola!  
¿Está Antonio en casa, pajes?

ANTONIO. ¿No me ves en tu presencia?

PEDRO. No es posible que tú andes  
en pasos de hombre (217) de bien.  
¿Quieres, por dicha, matarme?  
Sí querrás, y lo peor  
habrá de ser que te maten.  
Mira, mira este papel.

ANTONIO. ¿Qué papel?

PEDRO. Escucha aparte,  
y verás a (218) qué me obligan  
tus locas temeridades.

(*Lee.*) (219)

“Cuando un hijodalgo, y tan honrado como  
yo, llega a esto, bien creeréis lo que le obli-  
ga: don Antonio solicita una mujer virtuosa,  
que lo es mía; mandalde que no lo haga, que,  
¡por vida del rey!, que le he de disparar un  
arcabuz (220).—*El Capitán Valdivia.*”

¿Qué te parece?

(214) *Entra Julio con el papel, don Antonio y Lope.*

(215) *M: Falta esta acotación.*

(216) *P: Aquí está.*

(217) *P: hombres.*

(218) *P: Falta a.*

(219) *M: Falta esta acotación.*

(220) *P: que le dispara en arcabuz.*

ANTONIO. Señor,  
este (221) es un loco arrogante  
que tiene celos del viento.

PEDRO. Hijo, mira lo que haces.  
que estas palabras y avisos  
no son de pecho cobarde,  
sino de quien tiene honra,  
y para no deshonrarse  
te previene desta suerte.  
Por mi vida, que no pases  
por su calle, que en sabiendo  
que has pasado por su calle,  
no has de estar más en Sevilla.  
Muy bueno ha sido cansarme  
en procurarte una cruz  
que ese lado izquierdo esmalte,  
y juntamente con ella  
tan altamente casarte,  
como concertado queda,  
para que tú, cuando sabes  
los pasos que doy por ti,  
los des en hazañas tales.  
Este Capitán Valdivia,  
¿quién es?

ANTONIO. No puedo informarte  
más de que es loco y celoso.

PEDRO. Pues bien dices; eso baste;  
que de celos y locura  
¿quién habrá que no se guarde?  
El avisa, en que no muestra  
que es loco, y con avisarte  
ha cumplido con su honor.

ANTONIO. ¿Qué bien sus locuras sabes!

PEDRO. Entre (222) allá, desvergonzado,  
y el alcahuetejo (223) infame  
del lacayo de Castilla!

LOPE. Yo, señor, no soy notante (224)  
de sus (225) pascos y gustos.

PEDRO. Ahora bien; él almohace  
los caballos noramala,  
y ande allá con sus iguales.  
El rece, y sepa que es hombre,  
y que no hay hombre tan grande  
que el polvo de un pistoleta  
a dos (226) pasos no le alcance.

ANTONIO. ¿Perdido soy!

(*Vase.*)

(221) *P: esse.*

(222) *P: Entra.*

(223) *P: y el alcaguetejo.*

(224) *P: Yo, señor, soy inorante.*

(225) *P: de los.*

(226) *P: a los.*



LOPE. Esto es hecho,  
que ya Valdivia lo sabe.  
ANTONIO. Ahora adoro a Leonor.  
LOPE. ¿A Leonor?  
ANTONIO. ¡Aunque me maten!

ACTO TERCERO

(Sale DON PEDRO, y DOÑA ANA, su hija.)

PEDRO. En día de tanto gusto,  
y que, ya el hábito puesto,  
Ana, tu hermano ha dispuesto  
mi vida a su aumento justo,  
y más habiendo salido  
tales las informaciones  
que sus calificaciones  
de tan nuevo honor (227) han sido,  
no habiendo cosa que pueda  
darme cuidado o pesar  
para poder descansar,  
sólo el casarte me queda.  
Es don Juan un caballero,  
Ana, de mucho valor,  
a quien pintara mejor;  
pero detenerme quiero,  
porque si este casamiento  
no se hace, no es razón  
que un padre, sin discreción,  
despierte tu pensamiento.  
ANA. Como siempre el blanco justo  
a que yo debo mirar  
es pensar que te he de dar  
con obedecerte gusto,  
este, señor, ha de ser  
mi cuidado y pensamiento.

(Sale DON ANTONIO, muy galán, con hábito de Santiago, y LOPE, con vestido nuevo.) (228)

LOPE. Contento estás.  
ANTONIO. ¿Qué contento  
mayor pudiera tener,  
que haberme favorecido  
desde su reja Leonor?  
LOPE. Que tú merezcas favor

con hábito tan lucido,  
no es mucho, pero que a mi  
tantos favores me den  
de lo que a ti te está bien,  
por ir delante de ti,  
esto se ha de agradecer.  
¡vive Dios!, que el de Santiago  
ha (229) dado carta de pago  
a toda (230) tu envidia ayer.  
ANTONIO. Mi padre está aquí. ¿Señor?  
PEDRO. ¡Oh, Antonio, Dios te me guarde!  
¿Qué habrás tenido esta tarde  
de cumplimiento y favor?  
Bizarro estás; logre el cielo  
tus años, y muchos viva  
aquel Alba, donde estriba  
cuanto bien tengo en el suelo.  
Toledos somos desde hoy,  
ya no, hijo, Altamiranos,  
con hechura de las manos  
del Duque.

ANTONIO. Su esclavo soy.  
PEDRO. ¿Qué bien que te honra el pecho,  
Antonio, esa roja espada,  
de ti no menos honrada,  
pues tan bien has (231) satisfecho  
a la deuda en que te pone!  
¿Qué brava vuelta habrás dado  
a Sevilla, y qué mirado!,  
Dios a tu madre perdone,  
que éste fuera su gran día.  
Mil bendiciones te doy.  
ANA. Yo, que como parte soy  
de (232) tu sangre y tu alegría,  
tanta tengo de tu bien. (233)  
Parabién te doy, Antonio.  
ANTONIO. Ana, ¿qué más testimonio (234)  
del bien que tu parabién?  
Todo este aumento es tuyo.  
PEDRO. Vete, Antonio a descansar.  
ANTONIO. Dios te guarde.  
LOPE. ¿Podré dar  
a la (235) amistad lo que es suyo  
en tanto que te desnudas  
para ver a tu Leonor?

(229) *V: ya ha.*

(230) *M: todo.*

(231) *M: pues también ha.*

(232) *V: Falta de.*

(233) *V: participo de tu bien.*

(234) *V: Ana que mas paraben. Falta el verso siguiente.*

(235) *V: al.*

(227) *V: buena honra.*

(228) *V: Sale D. Antonio muy galan con un abito de Santiago en los pechos, y Lope de librea.*

Que los amigos, señor,  
en tus pruebas ponen dudas,  
si no vamos a probar [ques.  
(236) alo-  
Que a mi placer te provoques  
no puede darme pesar: [so.  
mas guarda un poco del (237) se-  
si (238) esta noche has de ir con-  
Que haré lo posible digo [migo  
para que no haya exceso.  
No hayas (239) miedo tú que to-  
lo blanco, a fe de andaluz, [que  
que, por ser roja la cruz,  
dicen que ha de ser aloque.

(*Vanse los dos.*)

PEDRO. ¿No va tu hermano galán?  
ANA. Nunca tan galán le vi.  
PEDRO. ¿Quisieras el novio así?

(*Sale JULIO.*)

JULIO. Un indiano Capitán,  
hombre de buena persona,  
te busca.  
PEDRO. Di que entre.

(*Sale (240) VALDIVIA.*)

VALDIVIA. El cielo  
te guarde, y te dé en el suelo  
lo que tu nobleza abona.  
PEDRO. Seáis, señor bien venido.  
VALDIVIA. Aparte os quisiera hablar.  
PEDRO. Aquí os podéis retirar.

(*Retiranse a hablar en secreto.*) (241)

ANA. Este hombre he conocido,  
porque, sin duda, es aquí  
que la noche que salí  
cuando a ver las luces fui  
estuve hablando con él.  
Con mil honestos amores  
me acompañó muy cortés,

(236) *V*: Falta y.

(237) *V*: de.

(238) *V*: que.

(239) *V*: no has.

(240) *V*: entra.

(241) *M*: Falta esta acotación.

que en ausencias (242) son mayo-  
en que yo pensé después. [res.

Pero nunca más le (243) vi;  
sin duda que él lo ha sabido  
que se trata de marido,  
y no me pesara a mí;  
porque me agradó su talle  
y su mucha discreción  
gozando de la ocasión  
de hallarme sola en la calle.

Si él viene a pedirme a mí,  
perdone don Juan, que yo  
diré a todo el mundo no  
y sólo a mi gusto sí.

(*Vase.*)

VALDIVIA. Y, como os (244) digo, señor,  
en Flandes serví estos años  
con tan justos desengaños  
de mi heredado valor.

Mas viendo que el pretender  
es en la corte morir,  
sin manos para subir,  
pues no lo son merecer,  
porque en Flandes con la espada  
se sube un muro, y en corte,  
como es de papel sin corte,  
ni sube ni puede nada.

di al olvido memoriales,  
y en Indias, tras mil desdichas,  
pasé por agua mis dichas,  
a la tierra (245) desiguales,  
porque si serví, medré,  
y en menos tiempo volví  
donde en un templo que vi  
de paz, la espada colgué.

Este fué de una señora  
con quien yo vivo casado,  
honrada si soy honrado,  
que la adoro y que me adora.

Hijos no tengo, aunque creo  
que hay sospechas deste bien;  
mas la envidia, que también  
sigue el bien en que me veo,  
ha interrumpido (246) esta paz  
con dar este caballero,

(242) *V*: ausencia.

(243) *V*: lo.

(244) *V*: Falta os.

(245) *V*: a las tierras.

(246) *V*: ha interrumpido.

vuestro hijo, en ser tan fiero,  
atrevido y pertinaz

en solicitar su honor,  
y el que guardar solícito,  
que tras haberos escrito,  
como habéis visto, señor,

y que pienso que le habéis  
reñido, como es razón,  
a costa de mi opinión  
me ha obligado a lo que veis.

No quise otra vez fiar  
cosa que tanto me importa  
de un papel o razón corta;  
antes os quise obligar

con que viendo mi persona  
por ella me hagáis merced,  
y así, este aviso tened  
por último.

PEDRO. (*Afp.*) ¿A quién perdona  
la Fortuna sólo un día?  
¿Cuál (247) hombre alegre amanece  
que sin mudanza alegre anochece [ce  
del bien que tener solía?)

En notable obligación,  
señor Capitán, os quedo;  
encarecerla no puedo  
con igual demostración.

Vuestra persona y valor  
también por su parte obliga  
a que enternecido os diga  
estas palabras de amor.

¡Pluguiera (248) a Dios que a  
entrárades a pedirme, [doña Ana  
y a honrarme sin persuadirme  
a cosa tan cierta y llana (249),

como el valor y nobleza  
que tan lisamente abona  
vuestra gallarda persona;  
mas pues ya la suerte empieza

a trocarme en tal disgusto  
el hábito de Santiago,  
que fuera más justo pago  
de vuestro servicio justo

que no de la liviandad  
de Antonio, yo, a quien me toca,  
sabré enfrenalle la boca,  
quitarle la libertad.

Y si él os diere más pena,

haced en mí lo que en él.  
VALDIVIA. Importa mirar por él,  
y que a una sangre tan buena  
correspondan las costumbres. (250)

Yo no he de sufrir, señor,  
burlas con mi propio honor.  
PEDRO. Haced cuenta que en las lumbres  
de mis ojos queda puesto.

VALDIVIA. Mi honor pongo en vuestras manos  
que de mancebos livianos  
suele ser tan descompuesto,  
con esta medio envainada,  
que ayer casi la saqué,  
para lo que hacer pensé.  
Vuelvo a sosegar la espada  
templada, que no querría (251),  
si (252) mi afrenta satisfago,  
que la roja de Santiago  
fuese blanco de la mía.

PEDRO. ¿Vuestro nombre?  
VALDIVIA. El Capitán  
Valdivia.

PEDRO. Quejaos de mi  
si él os enojare aquí.

BALDIVIA. Más a vos os culparán  
si sus livianos placeres  
yo con la espada corrijo,  
porque vos no hallaréis hijo,  
y yo hallaré mil mujeres;  
que si yo me satisfago,  
lo que no permita Dios,  
de la sangre de los dos  
haré una cruz de Santiago.

(*L'asc.*)

PEDRO.

¿Esto es ser padre, esto es tener contento,  
con gustos de los hijos, que se pagan,  
no a siete, no, sino cien mil por ciento? (253)

(DON ANTONIO, Y LOPE, *de noche.*)

¡Antonio, Antonio!

(250) V: *y que una sangre tan buena  
corresponda a las costumbres.*

(251) V: *temple de que no quería.*

(252) V: *si a.*

(253) V: *no asiente, no, sino es de mil por ciento.*

(247) V: *que él.*

(248) V: *pluguiera.*

(249) V: *Trocados este verso y el anterior; en este falta a.*

ANTONIO.

Diles (254) que nos hagan  
la cena presto.

LOPE.

Ya se te adereza. (255)

PEDRO.

¿Qué bienes puede haber que satisfagan,  
si del placer es sombra la tristeza?  
Yo te prometo que sin sombra (256) tanta  
el mismo Sol perdiera la belleza.

Tu sinrazón, tu liviandad me espanta,  
habiéndote reñido una locura.

¿Qué Circe es ésta que tu gusto encanta?

Si la edad es disculpa; por ventura  
es la insigne Sevilla alguna aldea?

¿No hay otro entendimiento ni hermosura,  
si amar es fuerza (257), cuando fuerza sea?

¿Es bien solicitar una casada  
que la defensa de su honor desea?

Pues ¿cómo aquel papel tuviste en nada,  
escrito con tan justo atrevimiento  
que por la pluma lo escribió la espada?

Ahora bien; no respondas, que no intento  
satisfacción aquí. Ponte unas botas;  
no has de estar en Sevilla ni un momento.

¿Así mis blancas canas alborotas?  
Ya me muestran (258) tu sangre ajenas manos  
por las señales de Santiago rotas.

¿Qué bien no desharán mozos livianos?  
Andaos a procurarles casamientos  
mientras procuran casamientos vanos.

ANTONIO.

Señor...

PEDRO.

Ya no sé yo tus pensamientos.  
¡Ea, cázate (259) luego, presto, a prisa!  
Años, siglos, se me hacen los momentos.

Ya no aquel hombre por papel me avisa:  
en persona ha venido, ¿qué pretendes?  
pues no es aviso para echarlo en risa.

Voy a sacar dinero.

(Íase.)

(254) *Í: dices.*

(255) *Í: ya se te acerca.* Atribuido, como el verso anterior, a Lope.

(256) *Í: que a su sombra.*

(257) *Í: si amores fuerzan.*

(258) *Í: muestra.*

(259) *M: en calçate.*

LOPE.

Ya lo entiendes.

ANTONIO.

¿Que Valdivia le habló?

LOPE.

¿Pues no lo escuchas?

Paciencia, y barajar.

ANTONIO.

¿Así me enciendes!

LOPE.

Agora con amor y temor luchas,  
que no es tiempo de cuentos, que es un necio  
quien se quiere mojar por pescar truchas;

Mujeres hay, señor, de todo precio;  
los límites se gozan los maridos,  
que no es justo a su honor hacer desprecio:  
vistamos catorcenos mal tundidos,  
que dar la vida por un gusto loco  
no es para cuerdos, si de amor vencidos.

ANTONIO.

La vida, y aun el alma, tengo en poco.

LOPE.

¿Estás en tí? ¿Qué dices?

ANTONIO.

Que me pierdo  
cuando en las cosas (260) de aquel ángel toco.

LOPE.

¿Sabes lo que decía, si me acuerdo,  
uno destos que llaman los sutiles,  
aunque en esto, ¡por Dios!, que andaba cuerdo,  
con la experiencia de sus gustos viles?

que eran ángeles todas las mujeres  
del modo que lo son los albañiles;

fabrican un andamio cual tú (261) quieres  
fundar (262) en mil palillos de esperanzas  
y en tres o cuatro tablas de placeres.

descompone un suceso las balanzas  
del peso, en mal secreto fabricado  
y en criados, amigos de mudanzas,  
o porque su marido fué avisado,  
cae el andamio y viene por el viento  
el ángel albañil descablado.

(260) *Í: cosas.*

(261) *Í: te.*

(262) *Í: fundado.*

ANTONIO.

Dame espada y broquel.

LOPE.

¿Qué pensamiento

te lleva así?

ANTONIO.

No más de despedirme.

LOPE.

Oyeme una palabra.

ANTONIO.

Estoy atento.

LOPE.

¡Mira, señor, que no hay andamio firme!

(*Vanse. Salen Doña LEONOR y DOROTEA.*)

LEONOR. ¡Loca de contento vengo!

DOROTEA. ¿No es por extremo galán?

LEONOR. No aborrezco al Capitán,  
por gentilhomme le tengo;  
mas, como Antonio ha salido  
con la roja cruz al pecho,  
ventaja notable ha hecho...

DOROTEA. Dí que a cuantos han nacido.

LEONOR. Y a los que están por nacer.

DOROTEA. ¡Qué buena vienes!

LEONOR. Perdida,  
que tener sola una vida  
es no tener qué perder;  
pospuesto (263) cualquier temor  
soy de don Antonio ya.

DOROTEA. Y esta negra ¿qué dirá?

Que Lope mata de amor,  
es pícaro y de buen tallo;  
mas, si es de tu causa efeto,  
¿cómo no será discreto?

LEONOR. Randas pasan por la calle.

Llama luego, Dorotea,  
a aquel cajero.

DOROTEA. ¡Ah, buen hombre!

(*LOPE, disfrazado de cajero.*)

LOPE. ¿A quién no obliga ese (264) nom-

LEONOR. ¿Qué traéis que nuevo sea? [bre?

LOPE. Las randas de un corazón,  
con las puntas de mil flechas  
labradas de unas sospechas  
que ya desventuras son.

LEONOR. ¿Es Lope?

LOPE. ¿Pues no me ves?

Para entrar me puse así.

LEONOR. ¿Qué hay de mí Antonio?

LOPE. ¡Ay de mí!

LEONOR. ¿Es muerto?

LOPE. Lo mismo es.

LEONOR. ¿Cómo?

LOPE. Ausencia.

LEONOR. ¿Cierto?

LOPE. Cierto.

LEONOR. Más es que muerte el ausencia.  
Si, porque busca paciencia,  
que no ha menester el muerto.

LOPE. Su padre, de aquí le envía,  
de tu marido avisado.

LEONOR. Causa le ha dado cuidado,  
pero ya la causa es mía;  
dile, Lope, a Don Antonio  
que ya me parece tarde  
para mostrarse cobarde,  
y que es muy vil testimonio  
de la cruz que trae al pecho;  
que para qué me ha servido,  
solicitado y perdido  
con las locuras que ha hecho.

Ya no hay que volver atrás,  
que estos celos de Valdivia  
han sido, si estaba tibia,  
para declararme más.

Dile, Lope, que le adoro,  
y que, pues (265) yo soy mujer  
y me aventuro a perder  
lo que es el mayor tesoro,  
tenga valor de quien es  
y que en Triana me aguarde,  
o a los barcos esta tarde,  
donde hablaremos después;  
que quiero (266) que aquí escon-  
de noche me venga a ver, [dido  
y este engaño vendrá a ser  
de toda sospecha olvido.

Harto te he dicho.

(*Vase.*)

LOPE. Oye.

(263) F: *pues puesto.*

(264) F: *este.*

(265) V: *y pues que*

(266) F: *si quiere*

- DOROTEA. Fuése.  
 LOPE. ¡Toda la rufia tendió! (267).  
 DOROTEA. ¿Cómo estamos él y yo?  
 LOPE. ¿Cómo? Tuyo, aunque me pese.  
 Me quedaré con mi amo,  
 y escondido vendré a verte.  
 DOROTEA. ¿Y no tiene a mucha suerte  
 que le rica bien, hermano? (268)  
 LOPE. ¿En romance (269) gerigonza?  
 Te quiero más que de plata,  
 si te vendieses, mulata,  
 que eres de a (270) doblón la onza;  
 júntense estos mentecatos,  
 que ya tanto lo desean,  
 que no hayas miedo que sean  
 sus convites con más platos;  
 mas si me coge en la (271) tram-  
 y su mancebo he de ser, [pa  
 no piense que ha de tener  
 trato con los de la hampa;  
 que, ¡por el agua de Dios,  
 que la cosa sobre un cerro  
 con agujetas de perro!  
 DOROTEA. Perros seremos los dos  
 en lealtad, que no desdice,  
 y en cetera. (272)  
 LOPE. Pues, hermosa,  
 ¿qué es ecetera?  
 DOROTEA. Una cosa  
 que dice lo que no dice.

(*Íanse, y salen dos bravos: POZGAYA (273) y RAMOS.*)

POZGAYA.

¡Famosa está Sevilla, mi seor Ramos!

RAMOS.

No hay estos viernes de entre Pascua y Pascua  
 desde la gran Toledo hasta la China,  
 ni desde Tetuán a Trapisonda.

POZGAYA.

¿Qué le parece cuál está Triana,  
 y ese abundoso río que los propios  
 llaman Guadquivir, y los poetas  
 padre de las olivas, claro Betis?

(267) *Í: rufia; M: rendio.*

(268) *Í: que le rica? diga hermano.*

(269) *Í: en romance o.*

(270) *Í: Falta a.*

(271) *Í: mas si me cogen en.*

(272) *Í: etcetera.*

(273) *M. En la lista de personajes: POZGAYA.*

Mire cómo le empiedran tantos barcos,  
 y vestido de rústicas coronas  
 de verdes hojas de cortados árboles,  
 cortan sus aguas con los remos de haya.

RAMOS.

Ípareceme a Sevilla, seor Pozgaya;  
 mas dígame, por Dios, ¿vendrá su ninia  
 con la que prometió para nobiscum?  
 Porque me pareció mujer de toldo.

POZGAYA.

Vendrá cuarenta veces, porque es hembra  
 que se desvela en dalle gusto alhombre;  
 mas tiene cierto bravo de Castilla  
 un poco de cellera contra todos.

RAMOS.

¿Eso me dice? Pues sacalo ellanima,  
 ¡pesar de la bayeta de su vida!

POZGAYA.

Ya le tengo mandado los bigotes  
 a la misma, seor Ramos.

RAMOS.

Pues perezca,  
 y por todo sin Roma, a la mañana  
 por agua nos iremos a la Habana. (274)

(*Salen DOÑA LEONOR, y DON ANTONIO, y LOPE, y  
 DOROTEA, y un ARRÁEZ de un barco.*)

ANTONIO.

Para la vuelta le tened a punto;  
 pero advertid que le tengáis vacío.

ARRÁEZ.

No entrará en él el sol.

ANTONIO.

Eso deseo.  
 Y tomad este escudo.

ARRÁEZ.

No de valde  
 os honra a vos la (275) roja cru: del pecho.  
 ¡Por un Tusón la desechéis (276) mañana!

(*Vase.*)

(274) *Í: Falta esta escena.*

(275) *Í: os honra a vos esa.*

(276) *Í: dexéis.*

LEONOR.

¿En efeto, quedamos, señor mio...?

ANTONIO.

En que me quede en casa de don Sancho  
y le diga a mi padre que me parto;  
desde allí, disfrazado, cada noche  
vendré a veros, a hablaros y (277) servirlos.

LEONOR.

En casa de Finardo, su vecino,  
todas las noches a jugar se pasa,  
y hay conversación hasta las doce:  
en este tiempo, Antonio, Dorotea  
os abrirá la puerta.

(Sale LOPE y DOROTEA.) (278)

ANTONIO.

¿Que es posible  
que escuche (270) yo, mi bien, palabras tales  
de esa boca divina?

LOPE.

Y ella, diga.

¿no me dirá con esa boca humana:  
"a tal hora entraréis, Lope del ánima (280),  
que ya os aguardo" (281), como a don Gaiferos  
captiva (282) le esperó Jimena Gómez,  
sospecho que en San Pedro de Cardeña?

DOROTEA.

¿Dígame yo que no, mi tigre arcana? (283)  
¿No sabe que los mozos son danzantes  
cuando los amos son tamborileros?  
Dígame que se parte a su Lucía (284),  
y escóndase.

LOPE.

Si haré, mulata mía.

(Vanse. Salen VALDIVIA, FINARDO y DON JUAN.)

FINARDO.

El parabién os doy del casamiento.

(277) *V: y a*

(278) *M: Falta esta acotación*

(270) *V: que escucho.*

(280) *V: alma.*

(281) *V: que yo os aguardaré.*

(282) *V: cautivo.*

(283) *V: ircano.*

(284) *V: díga ella que se parte a Lucía.*

JUAN.

Agora solamente la palabra  
me dió don Pedro, aunque con mucho gusto.

VALDIVIA.

(Ap.) Desde que vi salir del barco a tierra  
estas (285) mujeres vengo cuidadoso.

FINARDO.

Vos casáis altamente.

JUAN.

Así lo pienso:  
y desde que aquí estuvo el duque de Alba  
por huésped de don Pedro, que abonase (286)  
tanto sus cosas que tendrán las mias  
para la corte en él un grande amparo.

VALDIVIA.

(Ap.) La basquiña es, sin duda, y aunque fue-  
las señas diferentes, y el cuidado [ran  
con que se tapan, y según (287) bastaba  
para mis celos ver a don Antonio,  
que no quiero más claro testimonio.

FINARDO.

¿Qué tiene el Capitán, que no nos habla?

JUAN.

¡Ah, Capitán! Un día tan alegre  
¿sacáis vuestras tristezas a Triana?  
¿Qué es esto? ¿En qué pensáis?

VALDIVIA

En tales días  
suelen matarme las tristezas mías.

FINARDO.

Volved los ojos a ese claro río,  
no río ya, sino ciudad famosa:  
veréis más niñas que en su centro frío  
la Boecia describe fabulosa.

VALDIVIA.

Ya los ojos al Betis claro envío,  
y por su tabla de cristal lustrosa  
un barco sigo, donde un árbol prueba  
encubrir otra vez a Adán y a Eva. (288)

(285) *V: estas dos*

(286) *V: por guésped de don Pedro, favorece.*

(287) *V: y se van.*

(288) *V: a encubrir; y Eva*

JUAN.

¿Es cosa que en cuidado agora (289) os pone?

VALDIVIA

Amor también se atreve a los casados.

FINARDO.

Cuando de barcos tantos se corone,  
nunca al Betis traigáis esos (290) cuidados.

VALDIVIA

Su confusión me dice que perdone,  
que por más que mis ojos desvelados  
la van siguiendo, más se desaparece.

FINARDO.

Seguidla (291) en otro barco, si os parece.

VALDIVIA.

No importa, que ya sé donde hace (292) puer-  
y allá, si quiere Dios, nos hallaremos. [to,

JUAN.

Que alguno va (293) con ella será cierto.

VALDIVIA

De eso (294) estaba, ¡por Dios!, haciendo ex-  
[tremos.

FINARDO.

¡Hola! ¡Arráez, a costa!

VALDIVIA.

¡Yo soy muerto!

JUAN.

Donde es la vela (295) Amor, celos son remos.

FINARDO.

Entrad, que ya pasamos a Sevilla.

VALDIVIA.

¡Fuego me ha dado el agua de su orilla!

(*Vanse, y sale Doña LEONOR, y DOROTEA.*)

LEONOR.

Toma ese manto, que vengo,  
de haberle visto, turbada.

DOROTEA.

No te vió, no importa nada.

LEONOR.

Más amor que temor tengo.

Yo sé que si a mí (296) me vie-  
luego me llegara a hablar: [ra,  
si esta noche va a jugar,

será en mi bien la primera:

ten a Hernando prevenido,

por lo que toca a la puerta,

y al aviso (297) el alma abierta

al bien que al Amor le pido.

¡Ay, Dorotea! ¡hay belleza(298),

hay talle ni discreción (299)

como las de Antonio?

DOROTEA.

Son

monstruos en Naturaleza.

¡Qué bien habla, qué cortés,

qué galán, qué cuerdo en todo!

LEONOR.

¡Ay, que me pierdo de un modo  
que con mil disculpas es!

Conozco mi loco error,

mas dóile de dos la una

a la más cuerda, si alguna

lo ha sido teniendo amor.

¡Ah, Dios, cuánto daño viene

de escuchar! Escuché, oí,

muerta soy, ¡yo me perdí!

DOROTEA.

Disculpa dorada (300) tiene

cualquiera yerro de amor.

(*Sale HERNANDO.*)

HERNANDO.

Mi señor viene a cenar.

DOROTEA.

¿Cuándo se le suele dar

tan temprano a su señor?

LEONOR.

Pon recaudo, Dorotea,

y advierte en lo que te digo.

(*Sal. VALDIVIA.*)

VALDIVIA.

¡Señora!

LEONOR.

Nunca conmigo

hay quien en el campo os vea.

Hacéis bien, que más contento  
otras cosas os darán.

(*Vase.*)

(289) V: *Falta agora.*

(290) V: *trayáis vuestros.*

(291) V: *seguidla*

(292) V: *donde es el.*

(293) V: *que alguno irá.*

(294) V: *de eso.*

(295) V: *donde es bayel.*

(296) V: *yo sé que si el.*

(297) V: *ya le avisé.*

(298) V: *Ay Dorotea belleza.*

(299) V: *discreción.*

(300) V: *Disculpas agora.*



VALDIVIA. ¿Celos, mi bien, cuando están mis gustos en tanto aumento?

Fuése tu señora airada.  
¿Qué hay, mulata?

DOROTEA. Con razón,  
de tu poca estimación  
mi señora está enojada;  
nunca tú con ella vas,  
nunca le das este gusto.

VALDIVIA. De que hubiera sido justo  
no pongas duda jamás.  
Vete adentro, Dorotea,  
y adereza de cenar,  
mientras me voy a jugar,  
que otro tiempo habrá que sea  
para paces destos celos  
más conveniente (301) y mejor.

DOROTEA. El tenerte tanto amor,  
celos causa.

(Vase.)

VALDIVIA. ¡Ah, santos cielos!  
¡Qué lindo disimular! (302)  
¡Qué lindo engañar con quejas,  
cuando sin honra (303) me dejas!  
aunque la (304) pienso cobrar.

La misma basquiña es,  
¿qué lo dudo? Yo lo vi.  
Hernando, ¿tú estás aquí?

HERNANDO. ¿Mandas algo?

VALDIVIA. Que me des  
esos brazos.

HERNANDO. ¡Yo, señor!

VALDIVIA. Hoy, Hernando, libre quedas.

HERNANDO. ¿Por qué, señor?

VALDIVIA. Porque puedas  
hacerme un favor.

HERNANDO. ¿Favor?

VALDIVIA. Por la fe de caballero,  
de darte aquí libertad.

HERNANDO. No quiere mi voluntad  
ser libre de lo que quiero.

VALDIVIA. Hijo, tú me has de poner  
en la tapia del corral  
una escalera.

HERNANDO. ¿Qué mal  
te puede a ti suceder,

que a tal cuidado te obligue?

VALDIVIA. En ti mi remedio está.

HERNANDO. Señor, quien pena te da,  
razón es que se castigue.

VALDIVIA. Si me descubres, Hernando,  
¡vive Dios, que te he de dar (305)  
de estocadas!

HERNANDO. Ve a jugar,  
aunque no estarás jugando,  
y déjame hacer a mí.

VALDIVIA. Voy en tu lealtad fiado;  
¡págame haberte criado,  
que está mi remedio en ti!

(Vase.)

HERNANDO. Aunque soy pobre cautivo,  
soy bien nacido y leal;  
este hombre es principal.  
él me crió, con (306) él vivo:  
sucédame mal o bien,  
que le sirva es justo. (307)

(Sale LEONOR.)

LEONOR. Hernando,  
¿fuése el Capitán?

HERNANDO. Jugando  
está aquí cerca.

LEONOR. ¿Con quién?

HERNANDO. Sospecho (308) que con don  
de don Antonio cuñado. [Juan,

LEONOR. ¿Cuñado?

HERNANDO. Ya está tratado. (309)

LEONOR. Mientras viene el Capitán  
recógete, ¡por tu vida!,  
que tengo un poco que hacer.

HERNANDO. ¿Es bañarte?

LEONOR. Puede ser.

HERNANDO. Tú serás de mí servida.

LEONOR. Ven mañana a mi aposento,  
que te he de dar un vestido.

HERNANDO. Hoy ando (310) favorecido,  
mas no por eso contento.

(Vase.)

(305) V: que te dare.

(306) V: y con.

(307) V: que yo le sirva es muy justo.

(308) V: entiendo.

(309) V: Faltan este verso y el anterior.

(310) V: oy entro.

(301) V: conuiente. M: conuiente, sic.

(302) Falta este verso en M.

(303) V: quando sin honor.

(304) V: le.

LEONOR. ;Dorotea! ;Ah, Dorotea! (311)

*(Sale DOROTEA.)*

DOROTEA. ;Para qué voces me das?

LEONOR. Turbada estoy.

DOROTEA. Si estarás.

LEONOR. ;Quién hay que mi intento crea?

DOROTEA. Luego que señor salió,

a don Antonio metí.

LEONOR. ;Ya está don Antonio aquí?

DOROTEA. ;Luego no quisieras?

LEONOR. No.

DOROTEA. ;Pues no quedó en el concierto?

LEONOR. Confieso mi grande amor;

pero véncelo el temor,

que ya el honor está muerto.

;Vino Lope?

DOROTEA. Y muy galán,

de pluma, espada y broquel.

LEONOR. Habla tú sola con él.

DOROTEA. ;Qué temes?

LEONOR. Lo que dirán,

si este mancebo se alaba

de mi desdicha (312) en Sevilla.

DOROTEA. Entra, que no es maravilla

que en ti comienza ni acaba. (313)

LEONOR. Toda resistencia es poca

con amor determinado;

algún hechizo me ha dado. [loca.

Perdone Amor, que (314) estoy

*(Vanse. Sale HERNANDO con una escalera.)*

HERNANDO. La lealtad y la crianza  
me han vencido y obligado.

Ya me parece que es tiempo...

Aquí la escalera traigo,

y esta espadilla también,

para ayudar a mi amo,

aunque confieso que estoy

(perdona (315) Leonor) turbado.

Arrimarla quiero aquí.

*(Se va con la Cruz VALDIVIA.)*

VALDIVIA. ;Hernando! ;Qué digo? ;Hernan-

HERNANDO. Señor. ;eres tú? [do!

VALDIVIA. Yo soy.

HERNANDO. Pues baja.

VALDIVIA. ;Y cómo, pues hago

tanta baja del honor,

que tuve un tiempo tan alto!

La escalera de mi horca

me han puesto mis desengaños;

mas, ¡ay!, que todos la suben,

yo solamente la bajo (316):

otros suben a su honor

por escaleras y pasos,

que al honor siempre se sube,

y yo, por librarle (317), bajo:

pero no es mucho, si el mío

estaba depositado

en infierno de mujer,

que yo le cobre bajando.

HERNANDO. Baja, pues.

VALDIVIA. ;Está ya dentro?

HERNANDO. Don Antonio y un criado

están ya dentro (318), señor.

VALDIVIA. ;Guárdame esa puerta, Hernando!

*(Vase.)*

HERNANDO. ;Pobre señora! Ya estoy

arrepentido.

*(Dentro.)*

VALDIVIA. ;Villanos!

;Así se limpia el honor!

*(Herido DON ANTONIO.) (319)*

ANTONIO. ;Muerto soy!

VALDIVIA. ;Yo sin agravio!

ANTONIO. ;Favor, cielos! ;Confesión!

VALDIVIA. La roja cruz de Santiago,

*(Entra cayendo, y sale VALDIVIA con la daga llena de sangre, y su mujer por otra puerta.) (320)*

como yo se lo había dicho,  
sirvió a la espada de blanco.

*(Entra tras la mujer.)*

(311) F. Falt. ha (sic) Dorotea

(312) F. de mi deshonra.

(313) F. y acabo.

(314) F. Falt. que.

(315) F. por doña.

(316) F. abaxo.

(317) F. cobrarle.

(318) F. están a dentro.

(319) F. Sale don Antonio herido.

(320) M. Falt. está dentro.

LEONOR. ¡Valdivia, yo no te pido la vida!

VALDIVIA. Y aun fuera en vano.

LEONOR. El alma sola deseo.

VALDIVIA. ¡Pidela a Dios!

LEONOR. ¡Ay, tirano!

VALDIVIA. Entra, Hernando, a ver si muere.

HERNANDO. ¿Echaré el cuerpo en su estrado?

VALDIVIA. Sí, mas no podrás tú solo; aguarda, iremos entrambos.

(*Vanse. Solen LOPE y DOROTEA.*)

LOPE. ¡Ya los debe de haber muerto!

DOROTEA. ¡Ay, Lope, que estoy temblando!

LOPE. ¿Dónde nos esconderemos?  
Que este Valdivia es un diablo,  
y como allá sucedió  
en Córdoba, al Veinticuatro (321),  
querrá matar las criadas,  
hasta los perros y gatos;  
y, si ha de matar los perros,  
escóndete.

DOROTEA. Pues, ¡lacayo!,  
también matará las monas.

LOPE. Ya suenan.

DOROTEA. ¡Triste! ¿Qué aguardo?  
¡Voime a esconder!

LOPE. ¿Yo qué haré,  
que no sé la casa, y dando (322)  
de la ceniza en el fuego,  
vendré a caer en sus manos?  
¡El sale! Aquí está un bufete:  
quiero meterme debajo.

(*Métese debajo de una mesa cubierta, y salen VALDIVIA y HERNANDO*) (323)

VALDIVIA. ¿Cerraste?

HERNANDO. La llave es ésta.

VALDIVIA. Dame tinta.

HERNANDO. Voy volando.

(*Vase.*)

LOPE. ¡Santantón (324), cierra sus ojos!

VALDIVIA. Aun pienso que deste asalto (325)  
no he salido con la honra.

(*Trae recado de escribir HERNANDO.*)

HERNANDO. Aquí hay tinta y papel.

VALDIVIA. ¡Paso!

HERNANDO. Escribe, que yo te juro  
que a no haberse escapado  
el lacayo por las tapias,  
que de un revés y dos tajos...

(*Escriba, dando puñadas.*) (326)

Pero no, que dos mojadas (327)  
le diera, al uso (328) del Rastro.  
¡Enfadado me tenía  
el ver al (329) bellaconazo  
pasear por Dorotea,  
dando pecho, haciendo el bravo,  
el gallina!...

(*Cierre el papel, y dando muy recio sobre el bufete.*)

VALDIVIA. Toma, Hernando,  
este papel y esta llave,  
y a don Pedro Altamirano  
se le darás de mi parte.

HERNANDO. Voy.

VALDIVIA. Yo te quedo aguardando.

HERNANDO. ¿Adónde?

VALDIVIA. En la Madalena.

HERNANDO. ¡Que se me fuese el lacayo!

(*Vanse. Sale DOROTEA llena de harina.*)

DOROTEA. Desde una cesta de harina  
estuve atenta mirando  
cómo se han ido. ¡Ay de mí!  
Y el aposento cerrado,  
y donde Leonor y Antonio  
yacen, por tan triste caso.  
¡Ay, cielos! ¿Si han muerto a Lo-  
pe! [pe?]

LOPE. ¡Dorotea!

DOROTEA. ¡Ay, cielo santo!

LOPE. ¡Cé! ¿Qué digo?

DOROTEA. ¿Dónde estás?

LOPE. Aquí estoy embuñetado.

(321) *V'*: en Cordova el Veinticuatro. *M'*: en Cordova al veinte y quatro.

(322) *V'*: ando.

(323) *M'*: Falta la primera parte de la acotación.

(324) *V'*: San Anton.

(325) *V'*: deste caso.

(326) *V'*: Escribe dando golpes en la mesa.

(327) *M'*: mohadas.

(328) *V'*: a uso.

(329) *V'*: el ver el.

DOROTEA. ¿Aquí te metiste?  
 LOPE. Si;  
 donde, escribiendo, tu amo  
 daba puñadas de ira,  
 de que me ha descalabrado.  
 DOROTEA. Sal fuera, ¡triste de ti!,  
 que parece papagayo.  
 LOPE. Tanto temor he tenido,  
 que el bufete he perfumado;  
 mucho es que por el olor  
 no me sacase de (330) rastro.  
 A Monserrate he de ir.  
 DOROTEA. Pues dame, Lope, la mano (331),  
 que yo prometí lo mismo.  
 LOPE. Vamos juntos.  
 DOROTEA. Juntos vamos.

(*Danse las manos, y váyanse, y salgan DON PEDRO,  
 HORACIO, MAURICIO, y LEONELO, deudos suyos.*)

PEDRO.

No quise hacer aqueste casamiento  
 sin dar, como es razón, a todos parte.

HORACIO.

Ya os he dicho, don Pedro, lo que siento,  
 y que es noble don Juan por cualquier parte.

PEDRO.

Esa razón tomé por fundamento.

MAURICIO.

En galas y armas es Narciso y Marte.

LEONELO.

Yo os aseguro que doña Ana tiene  
 cuanto vos deseáis que le conviene.

Yo conocí sus padres (332) de ese mozo,  
 y sus inclinaciones he sabido  
 deste rapaz hasta salirle el bozo.

PEDRO.

Mis deudos sois; mi honor el vuestro ha sido.

HORACIO.

Destas bodas ya tengo el mismo gozo  
 que si fueran, don Pedro, de Leonido;  
 juntal luego estos años y estas galas,  
 y los Altamiranos y Zabalas.

¿Cuándo os hemos de dar mil parabienes  
 casando a don Antonio?

PEDRO.

Ese deseo  
 no me deja decir tan altos bienes  
 como tuviera deste rico empleo.

MAURICIO.

Pues dícenme que estado le previenes.

PEDRO.

Obligame el peligro en que me veo.

(*Salen JULIO.*)

JULIO.

Este papel me ha dado aquel criado  
 del Capitán Valdivia.

PEDRO.

¿Otro recado?

Muestra (333).

LEONELO.

Yo pienso que casarle intenta  
 con doña Inés de Atienza.

HORACIO.

Yo, Leonelo,  
 con doña Elvira Salazar de Armenta. (334)

MAURICIO.

Muy ricas son las dos.

PEDRO.

¡Válgame el cielo!

LEONELO.

¿Qué es esto?

PEDRO.

A voces quiero daros cuenta,  
 parientes, de mi eterno desconsuelo:  
 muerto es mi hijo!

HORACIO.

¿Quién?

PEDRO.

Mi hijo Antonio,  
 que este triste papel es testimonio.

(330) *Él, yo me sacasen del.*

(331) *Él, pues dámele por la mano.*

(332) *Él, los padres.*

(333) *Él, amuestra.*

(334) *Él, Vermenta.*

Servia a una mujer casada (335). ¡ay, triste!, del Capitán (336) Valdivia, que me ha escrito dos veces que le (337) guarde.

MAURICIO.

Pues ¿qué hiciste?

PEDRO.

Echarle (338) de Sevilla solicito, engañóme y quedóse; ¿quién resiste tanto dolor, si a la razón permito que me saque de mí? Leed, parientes, tragedia igual, pues os halláis presentes.

(*Lea LEONELO el papel.*)

“Yo te escribí que don Antonio, tu hijo, solicitaba mi mujer, suplicándote que le refrenases, y no lo haciendo, te vine a hablar a tu casa y te avisé de que procuraba entrar (339) en la mía; no lo has hecho, ni como padre, ni como viejo; yo le (340) he hallado con doña Leonor, y los he muerto juntos (341) en mi aposento. En mi aposento quedan; ésa es la llave, y con esto Dios os guarde.—*El Capitán Valdivia.*” (342)

PEDRO.

¿Qué voces no daré! ¿De qué manera reprimiré mi mal?

MAURICIO.

¡Ea, señores!

¡El Capitán, y todo el mundo, muera!

PEDRO.

Venid a ver mis últimos dolores.  
¿Dióte la llave?

JULIO.

¡Nunca me la diera!

PEDRO.

Muestra.

(335) *M:* mujer repetido; falta casada.

(336) *V:* con el Capitán.

(337) *V:* que se.

(338) *V:* echele.

(339) *V:* y te avisé que entraba a hablar.

(340) *V:* lo.

(341) *V:* Falta juntos.

(342) *M* Termina en llave.

LEONELO.

Del arcabuz (343) son las mejores.

PEDRO.

El hombre me avisó, ¿de qué me quejo?

MAURICIO.

No (344) es tiempo de piedad, ni de consejo.

(*Vanse. Salen DOROTEA y LOPE, vestidos de peregrinos.*)

DOROTEA. ¿Animo te ha parecido?

LOPE. Pues ¿no lo es grande volver donde acabamos de ver lo que nos ha sucedido?

DOROTEA. Tengo ropa que llevar; que, aunque peregrina (345) voy, quiero ir como quien soy.

LOPE. Pues ¿cómo la has de sacar?

Que yo, Dorotea, en ver el bufete estoy temblando.

DOROTEA. Valdivia estará buscando el alma de su mujer;

no temas, que retraído quedaba en la Madalena.

LOPE. ¿Ruido notable suena!  
¿Si la justicia ha venido?

¿Plegue a Dios que antes de ir a Monserrate a rezar no nos vengan a buscar!

DOROTEA. ¿Pues qué nos han de decir?

LOPE. De decir, no, que (346) no son gente que habla (347) tan bien; pero temo que nos den a cada cual su jubón.

DOROTEA. No vea a Valdivia yo, y venga lo que viniere.

LOPE. Su padre éste.

DOROTEA. ¿Qué quiere?

LOPE. Verle, y ver quién le mató.

(*Salen DON PEDRO, HORACIO, MAURICIO y LEONELO.*)

PEDRO.

Abrid aquesa cuadra miserable, depósito de un mozo (348) mal logrado.

(343) *V:* alcabuz.

(344) *V:* ni.

(345) *V:* peregrina; en la acotación anterior: peregrinos.

(346) *M:* porque.

(347) *V:* hablan.

(348) *V:* deposito de un hijo.

HORACIO.

No hay piedra que no lllore y que no hable.

MAURICIO.

Pienso que al mismo Sol le ha lastimado.

(*Descubren un tafetán, y vese DON ANTONIO, y DOÑA LEONOR muertos en un estrado.*) (340)

LEONELO.

¡Por Dios, que es espectáculo notable!  
¡De suerte su dolor me ha procurado,  
que voy a dar al Capitán la muerte!

(Vase.)

PEDRO.

¡Leonelo, espera; espera, primo; advierte...!

HORACIO.

Déjale ir, que no es honrado y noble  
quien no le va a matar.

PEDRO.

¡Horacio, Horacio!

HORACIO.

¡Fuera ser yo con este pecho innoble!... (350)

MAURICIO.

Es oficio de amigo y de pariente.  
¿Esto puedes sufrir?

PEDRO.

Yo siento al doble  
el doloroso fin deste accidente;  
mas veo que no ofende aquel que (351) avisa.

HORACIO.

¡De espacio estás!

PEDRO.

Para morir de prisa.  
No saquéis las espadas, tiempo queda;  
pero sacaldas, ¡muera el homicida!

que luego que mirarle muerto pueda,  
yo sé que entonces cobraré la vida.

(Señan las espadas y vansen.) (352)

LOPE.

A darle muerte van.

DOROTEA.

¡Dios les conceda

vitoria!

LOPE.

No es razón que a Dios lo (353) pidas.

DOROTEA.

Pues ¿de qué quieres, Lope, que yo trate?

LOPE.

De calabaza, alforja y Monserrate.

(Vanse Salen el ASISTENTE, criados y alabardas y  
DON JUAN.)

ALGUACIL. A la torre se ha subido.

ASISTENTE. Eso de torre, ¿qué importa?  
Haced fuego en esa puerta;  
si no, es mejor que se rompa.

ALGUACIL. Dicen que tira ladrillos,  
que no le tienen de costa  
más que el alargar (354) la mano.

JUAN. Vueseñoría se ponga  
a esta parte, porque yo,  
a quien tanta parte toca,  
porque ya como cuñado  
del muerto el lugar me nombra,  
con esta espada y rodela  
tengo de subir, si arroja  
rayos del cielo Valdivia.

ASISTENTE. Es hazaña peligrosa,  
que un hombre desesperado  
a todo mal se acomoda.

(Valdivia, en lo alto, con dos ladrillos.)

VALDIVIA. ¡Afuera de abajo, hidalgos;  
que si alguno destos topa,  
no se han de escapar, por Dios,  
ni sombreros ni coronas!

(340) V. Corren una cortina y vese a don Antonio y a doña Leonor muertos sobre un estrado.

(350) V. Fuera a ser yo; falta lo demás del verso.

(351) V. ofende quien

(352) M. Falta esta anotación.

(353) V. le.

(354) M. arrojar

ASISTENTE. Señor Capitán Valdivia.  
¿cuánto ha que esta vara sola,  
por ser del rey, no merece  
mejores palabras y obras?  
Por capitán general  
de Sevilla y desta costa,  
cuando no por ser quien soy,  
merezo que me respondan  
los soldados como vos  
con respeto (355).

VALDIVIA. Que me oiga  
suplico a vuesañoría.

ASISTENTE. A ser la distancia poca.  
Bajad sobre mi palabra.  
¡por vida del rey!, que sobra  
decir por vida del rey,  
que, aunque la tierra se rompa,  
os guarde vuestra justicia.

(Dentro:) ¡Al arma! (356)

ASISTENTE. ¡Extraña cosa!  
¿Qué gente es ésta?

JUAN. Los deudos  
de don Antonio.

ASISTENTE. ¡Si hay horca  
para el vulgo, habrá cuchillo  
para quien se descomponga,  
si tuviese dos mil cruces  
y otras tantas, si es Mendoza,  
Guzmán, Toledo o Manrique!

(Salgan todos con armas, y DOROTEA, y LOPE.)

FINARDO. Donde su voz interponga,  
señor, vuestra señoría,  
a nadie (357) el hablar le toca.

ASISTENTE. ¿Qué es esto, señor don Pedro?

PEDRO. Voces injustas y odiosas  
a mi honor y a mis oídos.

ASISTENTE. Pues ¿qué haremos?

PEDRO. Que si tomas  
mi parecer, baje aquí  
Valdivia.

ASISTENTE. ¿A qué?

PEDRO. A cierta cosa.

ASISTENTE. Bajad, Valdivia.

VALDIVIA. Yo baje,  
con vuestra palabra sola  
y a decir (358) lo que veréis.

(Sale DOÑA ANA y el ESCUDERO.) (359)

ASISTENTE. ¡Valor tiene!

PEDRO. El mundo asombra.

¿Aquí estás, Ana?

ANA. ¿No quieres

que con tan justa congoja  
perdiese el (360) autoridad?

PEDRO. Ana, la furia reporta:  
ya está don Antonio muerto (361).

(Sale VALDIVIA.)

VALDIVIA. Con la sangre generosa  
que heredé de mis abuelos (362),  
y aquel honor que se compra  
en Flandes con mil heridas,  
de que yo sé que me abonan,  
más que la fe de papeles,  
la Infantería española,  
vengo a sustentar aquí  
que fué Leonor alevosa,  
y que, de mi honor guiado  
para conseguir vitoria  
tan justa como es la mía,  
ya por papel, ya en persona,  
previene a don Pedro el caso  
que de don Antonio llora;  
yo le avisé, yo le quise  
guardar su hijo; responda  
si es todo aquesto verdad.  
Verdad es.

VALDIVIA. Pues digo agora  
que a quien mal le ha parecido  
que haya cobrado mi honra,  
miente, y lo sustentaré.

PEDRO. No será, Valdivia, a solas,  
que yo he de estar a tu lado;  
porque hazaña tan honrosa (363),  
al mismo padre del muerto  
obliga a envidiar tu gloria.

JUAN. ¿Eso haces?

PEDRO. Esto hago;  
y para que correspondan  
las obras a las palabras,  
don Juan, escucha, y perdona:  
doy al Capitán Baldvía  
mi hija doña Ana.

(359) M: Falta esta acotación.

(360) V: *la*.

(361) V: A continuación: *Valdivia sale, como si*  
*fuera verso.*

(362) V: *aguclos*.

(363) V: *eroicu*.

(355) V: Falta este medio verso.

(356) V: Repetido al arma.

(357) V: a *naiide*.

(358) V: y a *de ser*; dos versos antes: ya *baxo*.

ASISTENTE. Es cosa  
digna de tal caballero.  
PEDRO. Desta manera se cobra  
un hijo muerto, parientes.  
JUAN. Pues ¿cómo a mí me despojas  
de lo que me has prometido,  
y a un hombre que aún tiene ro-  
la espada de sangre tuya [ja (364)  
das tu hija?  
PEDRO. Esto me importa.  
Dale, doña Ana, la mano.  
ASISTENTE. ¿Qué antigua o moderna historia  
cuenta (365) escribe ni celebra  
hazaña tan valerosa?  
PEDRO. Doyle treinta (366) mil ducados

---

(364) *V*: que tiene roja.

(365) *M*: cuerda.

(366) *V*: Por errata: trita.

de (367) dote.  
VALDIVIA. A esos pies se postra  
un esclavo.  
LOPE. Agora es tiempo  
de que a Lope reconozcas:  
criado soy de Valdivia.  
VALDIVIA. ¿Es Dorotea tu esposa?  
DOROTEA. Sí, señor.  
PEDRO. Yo me he vencido  
para que quede en memoria  
con una hazaña tan alta,  
tuya en acabarla toda,  
mía en comenzarla aquí:  
*La vitoria de (368) la honra.*

FIN

---

(367) *V*: en.

(368) *V*: por.



# COMEDIA FAMOSA

DE LA

# VIUDA, CASADA Y DONCELLA

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

CLAVELA.  
LEONORA, *criada*.  
ALBANO, *viejo*.  
LIBERIO, *caballero*.  
FELICIANO y LAURENCIO,  
*hermanos*.

CELIO, *criado*.  
TANCREDO, *criado*.  
OTAVIA.  
LUPERCIO, *capitán*.  
UN ALFÉREZ.  
UN PILOTO.

HAQUÍMBE.  
BUACÓN.  
TARIFA.  
HARRÉN.  
FÁTIMA.  
ARDIN.

## ACTO PRIMERO (1)

(*Salen CLAVELA leyendo en un papel, y LEONORA, criada.*)

CLAVELA. "Todo, en efeto, soy vuestro.  
Feliciano."

LEONORA. ¿Y se nombró?

CLAVELA. Así fué concierto nuestro.

LEONORA. Quien papel de amor firmó,  
no estaba en amores diestro.

CLAVELA. ¿Por qué no se ha de firmar?

LEONORA. Porque viniéndose a hallar (2)  
no se sepa quién lo escribe.

CLAVELA. La ley de Amor lo prohíbe,  
pero no la del casar.

Cuando dos están dispuestos  
sólo a tenerse afición,  
van con tales presupuestos;  
que, en efeto, (3) entonces son  
los papeles poco honestos;  
pero cuando sólo es  
por otro honrado interés,  
cuantos papeles escribo  
son cédulas de recibo  
para ejecutar después.

LEONORA. Términos (4) ejecutorios

en amor son excusados,  
y peligros muy notorios,  
que anden papeles firmados  
por audiencias y escritorios.

Cuando se escriba (5) muy llano,  
el verle en público duele;  
que el papel más cortesano,  
necio muchas veces suele  
parecer en otra mano;

quien lenguas teme y jueces,  
si es discreto, y que se aparta  
deste error a que te ofresce,  
para firmar una carta  
antes la lee seis veces;

yo con éstos me acomodo,  
y sigo su estilo y modo.  
que nunca he visto medrar  
quien responde sin pensar  
y es hombre que firma a todo.

CLAVELA. Ya me parece que lees  
la cátedra (6) de escribir;  
pero, cuando más te emplees  
en quererme persuadir,  
sé que lo contrario crees.

No puede hacer ningún hombre,  
que su amor lícito nombre,  
cosa más justa y fiel  
que enviar en su papel  
escrito su propio (7) nombre;

(1) *Ba: Comedia famosa. Doncella, Viuda, y Casada. De Vn Ingenio desta Corte. Está dividida en jornadas.*

(2) *B: Porque viniesse a hallar, sic. Ba: Porque si se viene a hallar.*

(3) *Ba: Siempre efeto.*

(4) *M y B: Tenemos.*

(5) *Ba: escribe.*

(6) *M y B: cathedra. Ba: cathreda.*

(7) *Ba: Siempre proprio.*

que, fuera de que enterece,  
como retrato parece,  
y, al fin, quien firma asegura  
de que lo honesto procura  
y pide lo que merece.

Pero, hablando claro aquí,  
yo entiendo tu intento vano.  
porque te parece a ti  
que en firmarse Feliciano  
toma posesión de mi;  
aquí está la envidia (8) tuya,  
este fué tu desvario;  
mas desta firma se arguya  
que en sólo firmarse mío  
me viene a ganar por suya.

LEONORA. Esto ha de ser, no otra cosa.  
No dices bien envidiosa,  
mas celosa de tu bien,  
y deja un poco el desdén,  
pues te precias de amorosa;  
que todo aqueste misterio  
consiste en tu bien, que es llano  
de tu padre el vituperio  
sí, queriendo a Feliciano,  
has despreciado a Liberio.

CLAVELA. ¡No lo nombres!

LEONORA. Pues ¿su nombre  
te ofende?

CLAVELA. Una cosa entiende,  
aunque ser contra él te asombre:  
que también el nombre ofende  
cuando se aborrece el hombre.

LEONORA. ¿Y si pierde Feliciano  
el pleito, y tu padre Albano  
te da a Liberio por fuerza?

CLAVELA. Amor entonces me esfuerza  
matarme con propia mano.

LEONORA. Que ya no es tiempo de Roma.  
Por fábula y disparate  
en este tiempo se toma  
haber Julia que se mate  
ni Porcia que brasas coma.

Que son, como el mundo está,  
los Brutos muy brutos ya  
y las Porcias muy escasas  
de boca para las brasas  
que tan ciego Amor les da.

Quiere a Liberio, señora,  
y tus padres obedece.

CLAVELA. Ya estás muy necia, Leonora.

(Salen ALBANO, viejo, y LIBERIO, caballero.)

ALBANO. Si el perderos me entristece,  
el alma os lo dice agora (9);  
que harto es verla por los ojos,  
desta pena humedecidos.

LIBERIO. Si Amor sólo fuera antojos,  
y el perderle a los sentidos  
diera solamente enojos.  
fuera consuelo de amor  
la esperanza del rigor  
de quien me ha tratado así (10);  
pero también pierdo aquí  
parte alguna de mi honor.

ALBANO. Esa a ninguno deshonra  
no habiendo en esto malicia,  
que antes la sentencia os honra,  
pues los pleitos dan justicia,  
pero no quitan la honra.

Mi hija, si ya es mi hija,  
confiesa que da la mano,  
aunque a sus padres aflija,  
a (11) este indigno Feliciano,  
en su relación prolija.

Quiérello por su marido:  
hoy hace un año que ha sido  
el pleito matrimonial  
en la Audiencia Arzobispal,  
de todas partes reñido.

Portiaste, porfié;  
pudo más su grande amor,  
que amor en efeto fué;  
luego no perdéis honor  
de que la mano le dé.

Ya creo que le he perdido,  
pues pierdo tal yerno en vos.  
Yo he perdido hasta el sentido.  
No fué voluntad de Dios  
que yo fuese su marido.

LIBERIO.

Pero, pues Clavela agora  
se ofrece a los ojos tristes  
de quien la pierde y la adora,  
y ya por fuerza le distes  
a quien de yerno os mejora,  
antes que se la entreguéis,  
suplícocos que me dejéis  
darle esta nueva primero.

(a) Ba el alma lo dice aora.

(10) Ba Siempre así.

(11) M y B: Falta a.

(8) Ba: Siempre invidia

ALBANO. Llegad, que a esta parte espero:  
licencia os doy que la habléis.

CLAVELA. ¿Qué vendrán los dos tratando?

LEONORA. Que te cases con Liberio.

CLAVELA. Quiere hablar, y está dudando.  
Sin duda tiene misterio  
irse mi padre apartando.

LIBERIO. Clavela hermosa y discreta,  
¿qué albricias me quieres dar?

CLAVELA. Pues ¿hay de qué las prometa?  
que suele a veces estar  
la pena en el bien secreta,  
y es traza del enemigo  
dar por regalo castigo.

LIBERIO. Acabado el pleito nuestro,  
no soy enemigo vuestro,  
sino verdadero amigo.

CLAVELA. ¿Luego el pleito se acabó?

LIBERIO. Señora, sí.

CLAVELA. ¿Y quién ha sido  
el que ha vencido? Hablad.

LIBERIO. Yo.

CLAVELA. ¿Luego ya sois mi marido?

LIBERIO. Sí, señora; digo, no.

CLAVELA. Ya estaba fuera de mí.

LIBERIO. Pues vuelvo a decir que sí.

CLAVELA. ¿Es sin duda?

LIBERIO. No, señora.

CLAVELA. Pues ¿cómo vencéis agora?

LIBERIO. Porque vencido, vencí.  
Descaba yo agradaros,  
que ésta fué toda mi gloria.  
Ganaros era enfadaros;  
luego vencido, es vitoria (12)  
perderos por no cansaros.

Perdí y vencí, porque fui  
el que os agradé, y perdí,  
que si os ganara, perdiera,  
pues tanto disgusto os diera,  
que es lo que no pretendí.

Ya sois de aquel Feliciano  
que vos amáis justamente,  
y pues ya ser vuestro es llano,  
acertastes llanamente  
en darle palabra y mano,  
que es honrado caballero,  
y más que yo bien nacido;  
que no soy yo tan grosero  
que compre un amor fingido  
por mi riqueza y dinero.

Amalde (13), que es hombre gra-  
en cuyo mérito cabe [ve,  
todo el lustre y (14) hidalguía,  
que a quien vos sois se desvia  
y que todo el mundo sabe.

Y aunque han sido extrañas  
[pruebas,

que por hombre me tengáis,  
de Roma, Grecia o (15) de Tebas,  
quiero yo que me debáis  
haberlos dado estas nuevas;

que, aunque os he dado disgusto  
con éste mi pleito injusto  
y en nada os pude agradar,  
ya no me podréis (16) negar  
que me debéis este gusto;

que yo puedo, de mi intento,  
ya la esperanza perdida,  
con este buen pensamiento,  
pues hice cosa en mi vida  
en que os diese algún contento.

Y aun a quien ha pretendido  
casarse, y es desechado,  
venganza ordinaria ha sido,  
que ya con otra ha casado,  
su dama entienda su olvido.

Yo le hago voto al cielo  
de no casarme jamás  
si no es con vos, que recelo  
que pueden los tiempos mas  
y las mudanzas del suelo.

Y bien creeréis que os prefiero  
a (17) muchas que hoy desespero,  
que alguna codicia doy,  
porque en los tiempos de hoy  
se estima mucho el dinero.

Y aunque no lo habéis queri-  
es porque solo de amor [do (18),  
fuera el dinero mentido,  
que es grave competir  
y no puede ser vencido.

Con tanto, me voy, señora,  
donde llore mis desdichas,  
que pues que mueren agora (19)  
con vos mi pasadas dichas,  
justamente el alma llora.

(13) *Ba: amalde.*

(14) *Ba: e.*

(15) *Ba: u.*

(16) *B y Ba: podcys.*

(17) *M y B: Falta a.*

(18) *Ba: y quando no haveys querido.*

(19) *Ba: Siempre ahora.*

(12) *Ba: Siempre vitoria.*

De luto me vestiré,  
pues hoy murió (20) para mí.  
Clavela, y mi mujer fué.  
Ruego al cielo desde aquí  
que muy larga vida os dé.

Que os regale noche y día.  
que mucho me pesaría  
de que no os tratase bien,  
siendo vos la vida en quien  
muere y vive el alma mía.

(Vase.)

LEONORA. ¿No te mueve a compasión  
ver que se parte llorando?

CLAVELA. No, que de su llanto al son  
está mi alma cantando  
de mi amor la perfección. (21)

ALBANO. ¿Fuése Liberio?

CLAVELA. Ya es ido.

ALBANO. ¿Sin despedirse de mí?

LEONORA. Iba un poco enternecido.

CLAVELA. Tuvo vergüenza de ti.

ALBANO. Y la que tú no has tenido.

¿Sabes ya tu casamiento?

CLAVELA. Sí, señor.

ALBANO. Pues en mi casa  
no tendrás este contento;  
donde quisieres te casa.  
Bástame el pesar que siento.

CLAVELA. Señor...

ALBANO. No repliques nada,  
que esto he dicho a Feliciano.

CLAVELA. Yo he de hacer lo que te agrada.

ALBANO. No casada por mi mano.  
no pienso verte casada.

(Vase.)

LEONORA. El se fué.

CLAVELA. Yo me quedé,  
aunque tristeza le fingido.  
alegre de que se fué.  
Ya es mi padre mi marido;  
basta que Dios me le dé.

LEONORA. Contenta estás.

CLAVELA. En extremo.

(Salen FELICIANO, LAURENCIO, hermano suyo; y CLAVELA, criado.)

FELICIANO. Entra, pues, que a nadie temo.

LAURENCIO. Clavela está aquí y Leonora.

CLAVELA. Feliciano.

FELICIANO. Mi señora.

CLAVELA. Llegasteis a vela y remo.

A gran tiempo habéis venido.

FELICIANO. Por este mar de mi amor  
a mi esperanza, he (22) tendido  
y los vientos del favor  
las velas de mi sentido.

¿Ya sabéis todo el suceso?

CLAVELA. Sé que soy vuestra mujer,  
y que por tal me confieso.

FELICIANO. Y yo sé que he de perder,  
de puro contento el seso.

Vuestro padre me ha mandado  
que os saque de aquí, enojado;  
yo, que eso sólo deseo,  
apenas el punto veo  
que esté con vos desposado.

Un coche he traído aquí;  
vos, con Laurencio, mi hermano,  
iréis a su casa así.

CLAVELA. Donde mande Feliciano,  
que es hoy el que manda en mí,  
pasaré con rostro igual  
el regalo o (23) el desdén  
un siglo, un tiempo inmortal,  
que sin vos no quiero bien  
ni con vos temo algún mal.

FELICIANO. Justamente le debéis  
al corazón que os adora  
esa merced que le hacéis,  
y, si es posible, señora,  
mi infinito amor crecéis.

Aunque pobre caballero,  
regalaros tanto espero,  
que vuestro padre agraviado  
más me quiera ya casado  
que me aborreció soltero,  
que en casamiento a disgusto  
del padre alcanza perdón  
hacer el yerno lo justo,  
cumplir con su obligación  
y dar a su esposa gusto.

LAURENCIO. Celio. ¿llega el coche?

CELIO. Ya  
sonando a la puerta está  
el carro de Proserpina.

(20) En las tres ediciones: *pues hoy muero*

(21) *Ba.* Siempre perfección.

(22) *M y B:* Falta *he*.

(23) *Ba:* u.

FELICIANO. Alza el estribo y cortina.  
y tú esa mano me da.

LAURENCIO. ¿No es mejor que yo la (24) lle-

FELICIANO. Déjame asir esta nieve. [ve?]

CELIO. Dadme vos ese carbón.

LEONORA. ¿Más que busca un bofetón?

CELIO. Toca.

LEONORA. Llegue.

CELIO. Acaba.

LEONORA. Pruebe.

(*Vanse, y salen LIBERIO, y TANCREDO, criado suyo.*)

TANCREDO.

Mal parece en extremo  
que haga un hombre noble  
esas (25) locuras en las calles públicas.

LIBERIO.

Donde es público el daño  
no lo será la pena;  
mayores son las tuyas, aunque vienen  
en forma de consejos.  
Perdi mi amada esposa,  
perdi, Tancredo amigo,  
mi querida Clavela.  
¿Qué digo que perdi? ¡Perdi la vida,  
y traigo el alma en punto  
que puede ser perdello (26) todo junto!  
Si se queja el cautivo  
que ha perdido su patria;  
si el que jugó, porque perdió su hacienda;  
si el mercader se queja  
del mar inexorable,  
y si el enfermo del dolor se queja,  
también he yo perdido  
patria, hacienda y tesoro.  
con dolores padezco,  
también estoy doliente:  
mercader, jugador y enfermo he sido.  
Déjame de mil modos  
contra todos quejarme como todos.  
¡Oh, engañados jueces;  
oh, fingidos testigos;  
oh, sentencia, contraria a mi justicia;  
oh, falso Feliciano;  
oh, enemiga Clavela!...  
Pero ¿cómo blasfemo de dos ángeles?

¡Oh, Feliciano ilustre;  
oh, Clavela divina;  
oh, jueces piadosos;  
oh, testigos fieles;  
oh, sentencia, justísima, debida!  
¡Todos, todos sois justos,  
y yo también en padecer disgustos!

TANCREDO.

A compasión me mueves;  
mas mira, por tu vida,  
que es de los sabios el mudar consejo.  
Vuelve tú por ti mismo;  
conoce que te afliges,  
porque es imposible, siendo ajeno,  
que el entendimiento  
que busca lo imposible  
muy cerca está de loco.

LIBERIO.

Pues ¿hay algún remedio  
para mi mal, Tancredo, en todo el mundo?

TANCREDO.

Y aun muchos juntos vienen;  
falta a la muerte; los demás le tienen.

LIBERIO.

Di presto, que me muero;  
di presto, que ya expiran  
la vida y la esperanza; que ésta sola  
tiene asida la vida,  
aunque a pesar del alma.

TANCREDO.

Mujer te ha de curar.

LIBERIO.

¿Es hechicera?

¿Quiéresme dar hechizos?  
¿Quiéresme dar acaso  
este libre albedrío  
que Dios me dió tan mío?

TANCREDO.

De ninguna manera tal intento,  
porque yo jamás creo  
que se sujete a hechizos el deseo.  
Si curan los contrarios,  
como es cosa ordinaria,  
en el amor, Liberio, es de otra suerte:  
con lo mismo se cura.

(24) M y B: Falta la.

(25) Ba: estas.

(26) Ba: perderlo.

LIBERIO.

¿Querrás decir que ame?  
 ¡Oh, temerario loco! ¿Cómo puedo  
 bajar de un ángel único  
 a una mujer humana?

TANCREDO.

Déjate de locuras.  
 Aquí una hermana vive  
 del dichoso contrario de tu gloria.

LIBERIO.

¿De Feliciano?

TANCREDO.

El propio.

LIBERIO.

Pues espera, que no es remedio impropio.

TANCREDO.

¿Cómo impropio? Es hermosa  
 por todo extremo Otavia (27).

LIBERIO.

Parece que me vengo si la sirvo,  
 y amor todo es venganza.  
 ¿Pero cómo no vive  
 en cas de Feliciano esta señora?

TANCREDO.

Porque en cas de un soltero  
 no hay tanto encerramiento  
 como pide su estado.

LIBERIO.

¿Si está agora en la boda?

TANCREDO.

No puede ser, que están los dos reñidos  
 sobre pleitos de hacienda,  
 que el dinero no hay sangre que no ofenda.  
 Llegar puedes a hablarla,  
 que a la ventana sale,  
 con achaque de darle aquesta nueva.

LIBERIO.

Si; pero no; ya hice voto (28)  
 de no casarme al cielo.

(27) *Ba: Siempre Otavia.*

(28) Así el verso en las tres ediciones. Tal vez  
 sobra ya.

TANCREDO.

¿Delante de qué imagen?

LIBERIO.

De Clavela.

TANCREDO.

Pues bien puede ser quebrarlo (29)  
 que es imagen del mundo;  
 Para el templo de idólatras  
 ya no valen los vetos.

LIBERIO.

Yo cumpliré el que hice a su hermo-ura.

TANCREDO.

Si; pero también piensa  
 que no admite los votos en su ofensa.

(Sale OTAVIA, en alto.)

OTAVIA. ¡Ah, caballero!

LIBERIO. Señora.

OTAVIA. Llegad a esta celosía,  
 si en ley desa cortesía  
 es justo atreverme agora.

TANCREDO. La misma ocasión te llama.

LIBERIO. Yo lo tengo a buena suerte.  
 OTAVIA. Como no hay lugar tan fuerte  
 que no se rompa, la fama  
 desde este balcón he oído,  
 no sé si es nueva o novela,  
 que esta noche, de Clavela  
 es Feliciano marido.

y, pues en esta ciudad  
 son conocidos, espero  
 saber, pues sois caballero,  
 del suceso la verdad.

LIBERIO. Así, mi señora Otavia,  
 yo lo estuviera con vos.

OTAVIA. ¿Que es verdad?

LIBERIO. Verdad, ¡por Dios!,  
 si el deseo no os agravia;  
 que es hacer comparación  
 de vuestra sangre a la mía  
 y de la noche y el día,  
 la luz y la confusión.

OTAVIA. Pues ¿quién es vuesa merced?

LIBERIO. Liberio soy.

OTAVIA. Sois muy noble.

(29) Así el verso en las tres ediciones. Acaso:  
 pues bien puedes quebrarlo.

LIBERIO. Agora me estimo al doble,  
pues vos me hacéis tal merced.

OTAVIA. A quien sois se debe todo.

LIBERIO. Y del alma habrá hermosura.

OTAVIA. Yo lo tuviera a ventura.

LIBERIO. Yo mi bien del mismo modo.  
(Ap.) No va muy malo hasta

TANCREDO. ¿Y el voto? [aquí.]

LIBERIO. No le he quebrado.

TANCREDO. no estoy casado;  
no seas (30) fiscal contra mí.

OTAVIA. ¿Oís, Liberio?

LIBERIO. ¿Señora?

OTAVIA. ¿No amábades a Clavela?

LIBERIO. Un tiempo, señora, améla;  
pero aborrézcola agora.

TANCREDO. Prosigue, y ni aun la nombres.

LIBERIO. Ya estoy de todo olvidado.

TANCREDO. Este desprecio abrasado  
es ordinario en los hombres.

OTAVIA. Pues ¿el pleito ¿quién le ha-

LIBERIO. Cuando amaba le traté; [cía? (31)]  
pero por vos le dejé,  
adorada Otavia mía;  
que nunca aquesta sentencia  
hoy se diera contra mí.  
si no fuera porque os vi.  
que fué quien dió la licencia.

OTAVIA. ¿Vos a mí, dónde?

LIBERIO. En San Juan,  
el domingo, en el sermón,  
siendo de mi corazón  
vuestros ojos piedra imán.

OTAVIA. Estuviera agradecida  
si os hubiera visto a vos.

LIBERIO. Tancredo, ¡mal me haga Dios,  
si la vi en toda mi vida!

TANCREDO. ¿Pues qué tierna está la boba!

LIBERIO. No sé qué humor las gobierna,  
que (32) cualquier palabra tierna  
el alma y vida le[s] roba.

Desde que la mujer nace,  
pensando está el casamiento,  
y en el aborrecimiento  
desde el punto que le hace.  
¿Qué haré de aquesta mujer?

TANCREDO. Casarte.

LIBERIO. ¿Y el voto?

TANCREDO. El voto.

decirle a un padre devoto  
que te le pueda absolver;  
donde no, Roma está ahí.

LIBERIO. Mejor dijeras Clavela.

TANCREDO. Mientras te duele esa muela,  
no pienso creer en ti (33).

LIBERIO. ¿Estará ya desposada?

TANCREDO. Para lo que Otavia piensa,  
es extremada esa ofensa.

LIBERIO. Pues luego ¿dáseme nada?

TANCREDO. Mira que aquesta es posible,  
y que esotra no lo es.

LIBERIO. Y, Tancredo, ¿tú no ves (34)  
la gloria de lo imposible?

TANCREDO. La noche nos ha cubierto;  
hachas y gente ha pasado.

LIBERIO. Si él la pasa desvelado,  
yo la pasaré despierto;  
pero será desigual  
su descanso de mi llama,  
que él la pasará en la cama,  
y yo midiendo un portal.  
¡Un bravo susto me ha dado!

Dile que se quede adiós.

TANCREDO. ¿Yo, señor?

LIBERIO. Tú, por los dos.

TANCREDO. ¿Gentil galardón le has dado!

LIBERIO. ¿Qué le debo, majadero?  
Por un rato me entretuvo,  
mientras de por medio estuvo  
toda esa pared de acero.  
¿Resulta pleito de aquí?  
Ya tengo que le pasar.

TANCREDO. Ya, Otavia, os podéis entrar.

OTAVIA. ¿Fuése ya Liberio?

TANCREDO. Si.

OTAVIA. ¿Cómo no se despidió?

TANCREDO. Por la gente que pasaba.

LIBERIO. Déjala pues; necio, acaba.

TANCREDO. ¿Mándasle que vuelva, o no?

OTAVIA. Dile que esta noche vuelva.

TANCREDO. Adiós, mi señora.

OTAVIA. Adiós.

LIBERIO. ¿Enamoráisos los dos,  
o aguardas que se resuelva?  
No fuera Clavela así,  
¡ah Dios! Mas, como en belleza  
excede a Naturaleza,  
también en ser contra mí.  
¡Tan desesperado estoy,

(30) *Ba: seas.*

(31) *Ba: quien lo heró.*

(32) *M y B: quando.*

(33) *Ba: Faltan este verso y los tres anteriores*

(34) *M y B: y Tancredo tu no lo ves.*

- que no sé dónde me vaya!  
Vamos, Tancredo, a la playa.  
TANCREDO. ¿Qué playa? Acostarme (35) voy.  
LIBERIO. ¡Tente!, no me dejes solo;  
vámonos a casa a armar,  
que en su puerta me ha de hallar  
desde su ventana Apolo.  
TANCREDO. Ya, señor, no te aconsejo,  
que sé de experiencia y fama  
que seguir a un hombre que ama  
es pedir gusto a un espejo.

*Vanse, y salen de la mano CLAVELA y FELICIANO,  
LAURENCIO, CELIO, LEONORA.)*

FELICIANO. Cesen las fiestas, Laurencio;  
váyanse esos embozados.  
LAURENCIO. Todos están sosegados,  
y puerta y casa en silencio.  
FELICIANO. Para el que ama, ¿qué más fiesta  
que su propia soledad?  
CLAVELA. En ecos, mi voluntad  
os da la misma respuesta.  
FELICIANO. Fiesta que impide el deseo,  
¿cuál necio fiesta la llama?  
CELIO. A la fiesta de la cama,  
Leonora, espera el torneo.  
¿No tienes alguna envidia?  
LEONORA. ¿Yo, de qué?  
CELIO. De ver los dos  
tan a servicio de Dios.  
LEONORA. Más me alegra que fastidia.  
CELIO. ¿Posible es que has de pasar  
esta noche en confusión  
de aquesta imaginación,  
pudiéndola tú gozar?  
LEONORA. ¿Quieres dejarme, demonio,  
o daré voces aquí?  
CELIO. ¿Tan malo soy, ¿pesa a mí!,  
para el santo matrimonio?  
LEONORA. ¿No adviertes que nos oirán?  
CELIO. ¿En eso estarán, por Dios!  
Que no se acuerdan los dos  
de la casa donde están.  
FELICIANO. Ve, Laurencio, a prevenir  
que se sosiegue la gente.  
LAURENCIO. Voy a cerrar.

*(Vase LAURENCIO.)*

LEONORA. ¿Celio, tente!  
Creo que nos han de oír.  
CELIO. ¿Quieres ver cuán embebidos  
mi amo y Clavela están,  
y cómo no nos oirán  
más que cuando están dormidos?  
Pues ¿cuánto va que, si quiero,  
le quito la espada y capa  
sin que lo sienta?  
LEONORA. Ya escapa  
de loco y da en majadero.  
Celio, vete enhorabuena.  
CELIO. Yo voy, ponte aquí delante,  
porque veas que un amante  
ni tiene gloria ni pena.  
LEONORA. Quitándole está la espada:  
ya le saca de la hebilla  
la belicosa cuchilla  
y la guarnición dorada.  
¿Hay tal estar transformado?  
¿La capa también le quita!  
CELIO. ¿Ves cómo un amante imita  
un hombre en mármol labrado?  
Dame esos brazos agora,  
y esta noche nos casemos.

*(Ruido dentro de espadas.)*

*(Dentro.)* ¿Aunque te pese, entraremos!  
LAURENCIO. ¿Fuera!  
FELICIANO. ¿Qué es esto, señora?  
CLAVELA. ¿Espadas son, ay de mí!  
FELICIANO. Pues ¿cómo no tengo espada?  
CLAVELA. ¿No está esa puerta cerrada?  
FELICIANO. ¿Y mi espada?  
CELIO. Vesla aquí.  
CLAVELA. ¿No salgáis, por vida mía!  
FELICIANO. ¿Fuera, soltadme!  
CLAVELA. ¿Traidor!  
¿Armas diste a tu señor?  
CELIO. ¿Por qué no, si las pedía?  
CLAVELA. ¿Corre a ver en lo que para!

*(Vanse, y queda CLAVELA y LEONORA.)*

LEONORA. ¿Si es tu padre?  
CLAVELA. Pnes ¿qué quiere,  
si no es que por verme muere  
en una infamia tan clara,  
pues desposada estoy ya?  
LEONORA. ¿Liberio fué, por ventura?  
CLAVELA. Pues Liberio, ¿qué procura  
con quien ya casada está?



LEONORA. Por dicha vino embozado,  
y, sobre entrar o no entrar,  
quiso tu casa alterar,  
como hombre desesperado.

(Sale LAURENCIO.)

LAURENCIO. ¡En triste punto se han hecho  
tus bodas, Clavela triste!

CLAVELA. De sangre y luto me viste  
la voz que arrojas del pecho.  
¿Qué ha sucedido?

LAURENCIO. Venía  
con un escuadrón de amigos,  
de su inorancia (36) testigos,  
Liberio a tu casa y mía,  
y, sobre entrar o no entrar,  
para mí metieron mano,  
cuando llega Feliciano...

CLAVELA. ¿Es muerto?

LAURENCIO. Déjame hablar.

CLAVELA. ¡No quiero! ¿Es muerto?

LAURENCIO. Mató,  
ciego de cólera, Alberto (37),  
de Liberio hermano.

CLAVELA. ¿Es cierto?

LAURENCIO. Cierto, pues lo he visto yo.

CLAVELA. Del mal, lo menos, Laurencio;  
en parte me has consolado.  
¿Y va huyendo?

LAURENCIO. Estoy helado;  
del muerto no diferencio.

LEONORA. ¡Señora!

CLAVELA. No me gobiernes,  
que mejor es que te apartes.

LEONORA. ¡Triste boda!

LAURENCIO. Como en martes.

CLAVELA. ¡Más trágica fuera en viernes!

(Vanse, y sale CELIO y FELICIANO.)

CELIO. Envaina, señor, la espada.

FELICIANO. No temas; ve a lo que digo.

CELIO. Aquí vive don Rodrigo,  
y está su puerta cerrada.

FELICIANO. Llama en casa de don Juan.

CELIO. Créeme, y caballos toma.

FELICIANO. Acá no hay tierra de Roma.

CELIO. Sí; mas sus deudos ¿qué harán?

FELICIANO. Bien dices; quiero tomállos,  
y embarcarme a Italia luego.  
¿Aquí no vive don Diego?  
Llama, y pide esos caballos.

CELIO. Abierto he visto el portal.  
Entra.

FELICIANO. ¡Que ponga la espada  
antes que goce a Clavela,  
no puede ser mayor mal!

(Vanse, y sale OTAVIA en hábito de hombre.)

OTAVIA. A las bodas de mi hermano,  
con disfrazado vestido,  
curiosamente he venido,  
y habrá de salirme en vano;  
que no me atrevo a llegar,  
tanta es la gente y las voces.  
¡Cuánto, oh noche, desconoces:  
cuánto sabes disfrazar!

Con razón, noche gallarda,  
llamaron santo a tu manto;  
porque si el silencio es santo,  
nadie como tú le guarda.

Pero ¿qué será de mí?  
Esta máquina de gente...

(Salen ALBANO y CLAVELA.)

ALBANO. Tu padre tienes presente,  
aunque tu enemigo fui;  
ven a mi casa, por sola  
y por mujer desdichada.

OTAVIA. ¿No es ésta la desposada?

ALBANO. Traed esas hachas, ¡hola!

CLAVELA. Conozco, padre y señor,  
que el casarme a tu disgusto  
ha sido castigo al susto  
de mi amor y de mi error;  
mas, ya que de mi marido  
desamparada he quedado,  
no es justo hallarte enojado,  
cuando remedio te pido.

ALBANO. ¡Tú quedas buena, por cierto,  
casada sin ver con quién!  
Y tu marido también,  
sin mujer, y un hombre muerto.  
¿Ves cómo quien no obedece  
a los padres, Dios permite  
que aquello el tiempo les quite  
que el mismo tiempo le ofrece?  
¿De qué te sirvió tu amor  
y el ansia por Feliciano,

(36) *Ba. ignorancia.*

(37) *Ba. a Alberto.*

que aún no le has dado la mano cuando conoces tu error?

No te quiero afligir más; soy padre, y mándame el cielo que hoy asista a tu consuelo y no te falte jamás.

Entra en tu primera casa, donde naciste y viviste, casada y viuda triste.

(*Vanse, y salen* LIBERIO, TANCREDO.)

LIBERIO. ¿Qué gente?  
OTAVIA. Un hombre que pasa.

LIBERIO. ¡A propósito! ¡En verdad vos respondéis a concierto, habiendo en la calle un muerto, y alterada la ciudad!  
Desembozaos.

OTAVIA. No podré.

LIBERIO. Pues confesaos agresor.

OTAVIA. Oid aparte, señor.

LIBERIO. Todo el mundo a punto esté.

OTAVIA. Bien podéis llegar seguro.

LIBERIO. ¿Quién sois?

OTAVIA. Soy una mujer, que por veniros a ver todo mi honor aventuro.

LIBERIO. ¿Otavia?

OTAVIA. La misma soy.

LIBERIO. ¿Sabéis lo que ha sucedido?

OTAVIA. En este punto he venido, y en vuestras manos estoy.

Pensé veros sin que fuera vista de vos; mas, pues ya mi honor en tal punto está que otro remedio no espera, disponer podéis de mí como caballero honrado.

LIBERIO. Si hasta aquí no lo he mostrado hoy lo verá el mundo aquí (38).

(38) En las tres ediciones:

[OTAVIA.] *Disponer podéis de mí como caballero honrado.*

LIBERIO. *Si hasta aquí no lo he mostrado.*

OTAVIA. *Triste de mí que os he amado oy lo verá el mundo aquí.*

El verso *triste de mí que os he amado* corresponde a la última redondilla de esta escena, siendo el penúltimo de la columna *a* del folio 198 de *M*. Es una errata por trasposición de línea, pues coincide el final de las redondillas con el de la columna *b* del

Vuestro hermano Feliciano a mi hermano Alberto ha muerto.

OTAVIA. ¿Que decís? (39)

LIBERIO. Matóme a Alberto, bienquisto y honrado hermano;

y aunque le di la ocasión queriendo en su casa entrar, no quiero, Otavia, tomar de vos la satisfacción;

que aunque estáis en mi poder de noche, y acompañado, ningún caballero honrado toma venganza en mujer.

Que vengáis conmigo pido, porque sepa Feliciano que, habiendo muerto mi hermano, vuelvo por su honor perdido.

A vuestra casa volved; Tancredo, esa gente lleva.

TANCREDO. ¿Qué hay de nuevo?

LIBERIO. Cosa es nueva.

OTAVIA. Honra me hacéis, y merced;

y esa gallarda hidalguía y condición generosa casi me tiene quejosa de tan nueva cortesía.

Mi honor está en vuestra mano, el vuestro es mi amparo fuerte, si no es culpa, en esta muerte, ser yo sangre de mi hermano;

y si dármela queréis, tanto os quiero que os ofrezco mi vida, si ya merezco que al punto me la quitéis.

Y mirad lo que Amor puede, pues no me ha dado lugar de poder imaginar lo que a mi hermano sucede.

LIBERIO. Venid, Otavia, conmigo...

OTAVIA. ¡Triste de mí, que os he amado!

LIBERIO. Que habéis mi enojo templado, cuando sois más mi enemigo.

(*Vanse, y salen* caja, bandera, soldados y LUPERCIO, capitán.)

mi-mo folio, habiendo después solamente la acotación que sigue y el endecasílabo primero de la escena siguiente, con el que termina la plana.

Copió *B* esta errata de *M*, y a su vez *Ba* de *B*. En *M* y *B* dice *amada* por *amado*.

(39) *Ba*: que dices.

LUPERCIO.

Para la enbarcación, todos cobardes,  
y para alojamientos, animosos;  
pasen delante, no se quede nadie,  
que al que cogiere en esas cobardías  
le colgaré de aquel peñol de entena,  
y ¡por vida del rey, que no sean tratos  
sino para escarmiento de los otros!

ALFÉREZ.

No es esta gente la que te merece,  
famoso Capitán, esas razones,  
que todos van contentos con extremo,  
sólo en saber que al rey Felipe sirven,  
que van a Italia, a Nápoles la bella,  
y que al virrey dignísimo acompañan,  
gloria de los Girones andaluces.

SOLDADO.

¿De qué sirven agora esas quimeras:  
si van, no van, si alojan, si se embarcan?  
Aquí van, ¡voto a eribas!, seis manchegos  
que bebieran el mar, si fuera vino,  
y se comieran entre seis diez bueyes.

OTRO.

No hay hombre aquí que tema, señor Alférez,  
mil galeotas de famosos turcos;  
que a seis urcas de bravos rocheleses  
basta ducientos (40) hombres de mi tierra,  
que sorbérseles pueden como píldoras.  
Si vamos cabizbajos, Dios lo sabe,  
y otro naon, como dicen en Lisboa.

OTRO.

Declárese todo hombre, y sepa el mundo  
que pedimos socorro.

LUPERCIO.

Razón tienen;  
sin duda le tendrán para embarcarse.

(Sale CELIO, y FELICIANO, en hábito peregrino.)

¿Qué gente es ésta?

ALFÉREZ.

Son dos peregrinos.

CELIO.

El Capitán es éste; llega y háblale.

FELICIANO.

Pues a tal ocasión llegado habemos,  
oid, señor Alférez, dos palabras.

ALFÉREZ.

Al Capitán, señor, podéis decirlas.

LUPERCIO.

¿Qué quiere, Alférez, esa buena gente?

FELICIANO.

Aquí, señor, podéis aparte oírme.

LUPERCIO.

¿Es acaso pasaje?

FELICIANO.

Más importa;  
y, pues sois caballero, oídme (41) atento.

LUPERCIO.

Que vos lo sois me ha dado el pensamiento.

FELICIANO. En la famosa ciudad  
que Turia sus muros bate  
nací caballero pobre,  
puesto que de ilustre sangre;  
Feliciano es mi apellido,  
perdone Dios a mis padres,  
que se enterró con el suyo  
la dicha de su linaje;  
críeme en los ejercicios  
de mi edad y sangre iguales,  
hasta los años que tengo,  
en Valencia y otras partes,  
que antes de cumplir catorce  
había pasado a Flandes,  
desde Namur a Enchusén,  
y desde Dunquerque a Marle;  
volví a mi patria después,  
cansado de mil combates,  
donde con gusto excesivo  
descansé de mi viaje;  
la calle de los Mascones  
tenía entonces un ángel,  
vila una tarde en su reja,  
temprano fué, que no tarde,  
pues vi el Sol en el oriente,  
que el Sol de mañana sale  
con divino resplandor

(40) B y Ba: dozientos.

(41) Ba: oid.

de rayos piramidales;  
 si la libertad perdí,  
 no fué, Capitán, de balde,  
 que acá me quedó la suya:  
 mira qué hermoso rescate.  
 Creció el amor, vila, habléla,  
 servila, y porque no cause  
 tus oídos con mi historia,  
 llegué a concertar casarme:  
 tema el padre a este tiempo  
 con otro a cuyo linaje  
 llevaba yo la ventaja  
 que él pudo en oro llevarme,  
 concertado, y aun firmado,  
 lo que los tristes amantes  
 en cédulas y papeles  
 firmaron en varias partes.  
 Vino a parar en un pleito  
 que trece meses cabaes  
 duró, remedio de todos;  
 pero venció amor constante.  
 Mi suegro, Albano, corrido,  
 no quiso que me casase  
 en su casa, que fué sólo  
 de mí mal causa bastante;  
 llevé a Clavela a la mía,  
 y no acabé de tomarle  
 la hermosa mano de esposa,  
 premio de penas tan grandes,  
 cuando siento que por fuerza  
 Liberio mis puertas abre,  
 contrario del amor mío,  
 que vino a ver desposarme;  
 tomo mi espada, y apenas  
 he llegado a los umbrales,  
 cuando con las hachas veo  
 brillar los aceros, y antes:  
 más, puesto en medio de todos,  
 quiere mi suerte que pase  
 de una estocada de puño  
 al mejor de los cobardes:  
 maté un hermano a Liberio;  
 y con este pobre traje,  
 adonde ves he corrido,  
 más que pisadas, pesares.  
 Para soldado soy bueno:  
 pues hoy a Italia te partes,  
 pues no lo fui para esposo,  
 medroso de muerte o cárcel.  
 Tu amparo, si es justo, pido;  
 que estriba en este pasaje  
 la salvación de una vida,  
 por desdichada, notable.

LUPERCIO.

Caballero, si, puesto en la desdicha,  
 el hombre muestra el corazón que tiene,  
 en la presente no es razón que os falte;  
 mi compañía, alojamiento y mesa,  
 y esta mano que os doy, no ha de faltáros.

FELICIANO.

Dejadme echar a vuestros pies mil veces.

LUPERCIO.

Ya, pues habéis llegado a tan buen tiempo,  
 os podéis embarcar y estar seguro.  
 ¡Marche esa gente, Alférez!

CELIO.

¿Qué le has dicho?

FELICIANO.

Todo el fuego.

CELIO.

¿Todo?

FELICIANO.

Todo entero.

CELIO.

Por qué, señor?

FELICIANO.

Porque era caballero. (42)

*Pause, y salen LIBERIO, TANCREDO y gente.*

TANCREDO. Sin duda se han embarcado.  
 ¿Qué tienes ya que esperar?

LIBERIO. A muy bien tiempo he llegado,  
 porque el viento de la mar  
 lleve a Italia mi cuidado;  
 pero no piense el traidor  
 escapar de mi rigor.

TANCREDO. No le verás en tu vida.

LIBERIO. Bien puedo (43) ser homicida,  
 si quisiere, de su honor;

(42) *Ba* Faltan los versos del romance desde *pero venció amor constante*, y todos estos endecasílabos. Los resume en los dos siguientes:

LIBERIO. *Embarquémonos que allá me contareys lo restante.*

(43) *M y B: bien puede; Ba:*

*Bien puede ser homicida si quiera (sic) de su honor.*

mas tan infame venganza,  
mi virtud no la consiente.

TANCREDO. Con más honrada esperanza  
deja a tus ojos presente  
cuanto bien ausente alcanza.

LIBERIO. ¿Cómo?

TANCREDO. Que deja a Clavela.

LIBERIO. Tancredo, por esa vela  
que le lleva por la mar  
hoy diera a Clavela.

TANCREDO. Hablar...  
¿Esa es vela, o es novela?  
Estoy por tener por cierto  
que de la muerte de Alberto  
por extremo te has holgado.

LIBERIO. Tancredo, en lo cierto has dado,  
si fuera yo mismo muerto.  
¡Cielos!, que no la gozó.  
¿Hase visto igual ventura?

TANCREDO. ¿Cuitado del que murió!

LIBERIO. Que un hombre en la sepultura,  
de la cama le sacó.  
¡Alegraos, sentidos míos,  
que Clavela está en Valencia.

TANCREDO. ¿Aquí haces desvarios?

LIBERIO. Déme Amor esta licencia,  
que los muertos ya están frios.  
¿Hay tal cosa, hay tal suceso?  
¿Que al tiempo del acostarse  
llegase a hacer tal exceso  
que eso pudiese estorbarse!  
¿Pierdo de contento el seso!

Mira por cuánto, Tancredo,  
no gozó mi bien.

TANCREDO. No estubo  
de verse en la cama un dedo.

LIBERIO. ¿Quién piensas que le detuvo?

TANCREDO. Su desventura.

LIBERIO. Mi miedo. (44)

Pero a Valencia volvamos,  
que quiero entrar muy galán  
porque a Clavela veamos,  
que ya sus ojos darán  
más lugar que les pidamos.

TANCREDO. ¿Galán, y el hermano muerto?

LIBERIO. No me acordaba de Alberto.  
¿Mira, amigo, cuál estoy!

TANCREDO. ¿Matáronle ayer, y hoy  
te pintas de oro cubierto!

LIBERIO. Bien dices; forzoso es.

TANCREDO. Galas te pondrás después.

LIBERIO. Pica, Tancredo a Valencia;  
que a hermano muerto en penden-  
bástale luto de un mes. [cia

TANCREDO. ¡Harto bien pagar procuras  
su sangre, en ese desprecio!

LIBERIO. Quisiera enterrarle a oscuras. (45)

TANCREDO. ¿Por qué?

LIBERIO. Porque fué un gran necio  
en meterse en mis locuras.

ACTO SEGUNDO

*(Ruido de una nave que se pierde; digan dentro)*

PILOTO. ¡Amura, amura! ¡Zaborda!

¿Amaina, amaina! ¡Detén,  
que se ve el arena gorda!

FELICIANO. ¡Todo es contrario a mi bien,  
oh mar, a mis quejas sorda!

PILOTO. ¡Vivir, vivir!

OTRO. ¡Ya es en vano!

PILOTO. ¡Iza, compañeros, iza!

OTRO. ¿Dónde pondremos la mano,  
que no hay braza, traza o triza?

FELICIANO. ¡Triste de ti, Feliciano!

PILOTO. ¡Ni filaciga parece,  
cabo, amarra, ni atadura!

OTRO. ¡Hasta el timón desfallece:  
rompió la escota y la mura!

FELICIANO. ¡Aquí la nave perece!

PILOTO. ¡Alijar, alijar!

OTRO. ¡Echa  
todas esas cajas!

PILOTO. ¡Van! (46)

OTRO. La hacienda ¿de qué aprovecha?

FELICIANO. ¡Oh, qué espantoso huracán! (47)  
¡Esta es fortuna deshecha! (48)

CELIO. Celio, a esa tabla te abraza.

CELIO. De ti, señor, tengo pena.

FELICIANO. Ya el mar nos tiene en su plaza.

CELIO. ¡Huye la piadosa arena,  
y el agua nos amenaza!

PILOTO. ¡Virgen de Loreto!

OTRO. ¡Espera  
para que contigo muera!

(45) Ba: obscuros.

(46) En las tres ediciones: ya van.

(47) En las tres ediciones: o que espantoso Bracon.

(48) M: deflecha, B y Ba: de flecha.

(44) B: ni miedo; Ba: el miedo.

(Sale FELICIANO, mojado, asido a una tabla; CELIO, de la misma suerte.)

FELICIANO. ¡Milagro ha sido llegar con vida, espantoso mar, a ver tu playa y ribera!

CELIO. ¡Vuestro santo templo ocupe ora y cera, Virgen pura de Atocha y de Guadalupe!

FELICIANO. ¡Oh, tabla de mi ventura, qué bien abrazarte supe!

CELIO. ¡Oh, tabla que ya sin habla tu piedad mi vida entabla, conmigo, si puedo, irás, y allá en mi tierra serás deste milagro la tabla!

FELICIANO. ¿Si se habrá Celio perdido?

CELIO. ¿Si se perdió Feliciano?

FELICIANO. No pudo ser socorrido.

CELIO. Fuera socorrerle en vano, y pensamiento atrevido.

FELICIANO. Sorbido le habrá la mar.

CELIO. Ya la mar le tendrá dentro. Más piedad fuera acabar, ¡oh mar!, en tu duro centro que vernie en este lugar.

¿Qué he de hacer, ¡triste de mí!, sin mi Feliciano aquí,

que ésta es isla despoblada?

FELICIANO. Muerte en el peligro amada, ¿quién hay que se arroje así?

Pero este lugar incierto ha de ser mi sepultura, de fieras o de hambre (49) muerto; porque no es playa segura, cala, ensenada ni puerto.

¿Qué bulto es aquél oculto?

CELIO. Allí, ¡ay Dios!, he visto un bulto cubierto de arena y agua.

¿Si es monstruo (50) que el mar [desagua?

Que ser hombre difícil.

FELICIANO. Hombre parece. ¿Eres hombre?

CELIO. Hombre soy; llega esos brazos, que no hay en mí qué te asombre.

FELICIANO. ¡Daréte dos mil abrazos, por albricias de ese nombre!

¿Eres de aquesta tormenta?

CELIO. Destos soy.

FELICIANO. ¡Celio!

CELIO. ¡Señor!

FELICIANO. Cese el mal que me atormenta.

CELIO. Tras la nube, el resplendor; ya no hay tormenta que sienta. ¡Señor mío!

FELICIANO. ¡Celio amado!

CELIO. ¡Agora rómpase el cielo, caiga del eje dorado, anegue su furia al suelo, o vuelva a verte abrasado, que ya contigo la muerte será la más dulce suerte!

FELICIANO. ¿Qué tierra es ésta?

CELIO. No sé; toda desierta se ve, ríscosa, intratable y fuerte;

no ha llegado planta humana a pisar la espuma cana desta playa, de ovas llena, ni hay estampa en el arena.

FELICIANO. En fin, nuestra muerte es llana.

CELIO. Salimos, señor, del mar para morir en la tierra.

FELICIANO. En ella quiero acabar; tierra soy, tierra me entierra: lo que me dió me ha de dar.

¡Ay cielo, cuánto me cuesta Clavela, si aquí se acaba vida tan triste y molesta! (51)

CELIO. ¿Qué oculta la muerte estaba de la sombra de la fiesta!

Por tu mal la conociste; aunque ella poco ha ganado, pues no sabiendo la triste nuevas de tu triste estado, ni el duro fin que tuviste, sin remedio ha de vivir siendo doncella y casada.

FELICIANO. ¿No es mujer?

CELIO. Oí decir que lo era.

FELICIANO. No importa nada; no se dejará morir.

CELIO. Pues ¿qué presumes, señor, de aquel famoso valor?

FELICIANO. Que no hay Penélope ya, y que a gran peligro está, Celio querido, mi honor.

CELIO. De tan principal mujer debes tener confianza.

(49) Ba: u de hombre.

(50) M y B: monstruo.

(51) Ba: modesta.

FELICIANO. Confianza he de tener  
por lo que de noble alcanza,  
no por la parte del ser.

Celio, todo hombre casado  
muestre que está confiado,  
que es de importancia a su honor;  
pero en el alma interior  
viva con mayor cuidado.

No porque resulte daño  
del honrado desengaño  
que una mujer noble alcanza,  
mas porque la confianza  
es vispera del engaño.

CELIO. ¡Buenos estamos, señor,  
para no sentir la pena!  
Hambre, cansancio y dolor,  
cubiertos de agua y de arena,  
y disputando de honor.

Di todo lo que quisieres,  
ya te alegres o te alteres,  
si honra te quitan o dan;  
más quisiera ahora un pan  
que cuatrocientas mujeres;  
que, según agua me obliga  
y el estómago me enagua (52)  
y la hambre me fatiga,  
le hiciera sopas en agua  
dentro de aquesta barriga.

Pensemos lo que ha de ser  
de nosotros sin comer,  
ya que mujer no te nombre;  
porque con hambre no hay hombre  
que vaya a buscar mujer.

Estáse agora Clavela  
comiendo el gentil capón  
que Leonora mata y pela,  
y el oloroso jamón  
cocido en vino y canela;  
duerme como niño en cuna,  
desde las nueve a la una  
de la noche y la mañana;  
hace a la tarde ventana,  
sale de noche a la luna;

vase a holgar, viene del Grao  
más reluciente, a porfía,  
que una espada de Bilbao;  
anda el paseo de día,  
y a media noche el sarao;  
y acá de hambre muriendo,  
medio pescado (53) y medio hombre,

te me estás desvaneciendo  
si hay mujer en obra o nombre.  
¡Al diablo las (54) encomiendo!

Deja aquesos aforismos,  
cojamos destos marismos (55),  
que si es mujer imperfecta,  
tampoco hay cosa perfecta (56)  
dentro de nosotros mismos.

Si en Valencia la pendencia  
de Liberio deslenguado  
nos condena a tanta ausencia,  
cree que habemos quedado  
a la luna de Valencia.

FELICIANO. ¿Hablas de veras?

CELIO. No, a fe,  
que ya de Clavela sé  
que es un ángel en el suelo,  
y que la ha criado el cielo  
para un ejemplo de fe.

¡Ay de mí, que un barco sale  
de una galeota a tierra!

FELICIANO. No poco el monte nos vale  
para escapar de su guerra,  
que no hay Jerez que le iguale.

CELIO. ¡Moros son!

FELICIANO. ¿Qué miedo tienes?

CELIO. ¡Huye!

FELICIANO. ¿Que a pensar no vienes  
que el cautiverio es mejor  
que el morir de hambre?

CELIO. ¡Señor,  
moros son! ¿Qué te detienes?

FELICIANO. Por agua vienen aquí.  
¿No es mejor que nos cautiven,  
si hemos de morir así?

CELIO. Ya el tirarnos aperciben.  
¡Hoy me han de matar por ti!

(Salen HAQUELME, BUACÓN, TARIFE, HABRÉN: MOROS con escopetas.)

HAQUELME. Es agua muy dulce y clara;  
haced hinchir (57) a esa gente.

BUACÓN. Haquelme, un poco repara.

TARIFE. Gente es.

HABRÉN. ¡Dispara!

FELICIANO. ¡Detente,  
la mano y la cuerda para!

(54) Ba: al diablo se la.

(55) M: morismas; B y Ba: morismos.

(56) Ba: imperfecta, perfecta.

(57) Ba: hinchar.

(52) Ba: me enega.

(53) Ba: medio pez.

Dos cristianos arrojados  
de una tormenta del mar,  
a tus pies están postrados.

CELIO. Mejor pudiera acertar  
cuando dijera pescados.

HAQUELME. ¿Dónde era vuestro camino?

FELICIANO. A Italia, en buena ocasión,  
pero en desdichado sino (58),  
cuando el español Girón  
de Osuna a regirla vino.

HAQUELME. Conozco su gran valor.

FELICIANO. Es un gallardo andaluz,  
de España y del mundo honor.

HAQUELME. Gran vasallo de vuestra Cruz. (59)

FELICIANO. Y su antiguo defensor.

HAQUELME. Desde la Sierra Nevada  
está el Africa enseñada  
a temer esos Girones.

FELICIANO. Son españoles leones;  
de reyes sangre heredada.

HAQUELME. ¿De dónde sois?

FELICIANO. De Valencia.

HAQUELME. ¿Sois caballeros?

FELICIANO. Yo soy  
caballero.

HAQUELME. En tu presencia  
se ve.

CELIO. ¿Qué has hecho?

FELICIANO. Ya estoy  
confesando mi inocencia.

CELIO. ¿Con qué te has de rescatar?

HAQUELME. ¿Qué estado tienes?

FELICIANO. (Ya quiero  
lo que he dicho remediar.)  
No soy, señor, caballero  
de sangre y noble solar.

HAQUELME. ¿Pues cómo?

FELICIANO. Es uso cristiano,  
dándole grado a un doctor,  
darle este nombre.

HAQUELME. ¿Y es llano  
que así es noble?

FELICIANO. Sí, señor,  
puesto que fuese villano,  
que le dan armas y espuela;  
pero no es la calidad  
la que tu pecho recela,  
que no decirte verdad

(58) En las tres ediciones: *signo*.(59) Así en *M* y *B*; *Ba*: *vassallo de vuestra cruz*,  
acaso el verso primitivo fuese: *gran vasallo de la Cruz*.

fuera bajeza y cautela. (60)

HAQUELME. ¿Luego tú médico eres?

FELICIANO. Sí soy.

CELIO. ¿Qué has dicho, señor? (61)

HAQUELME. ¡Alá, socorrerme quieres!

CELIO. Tú has hecho un notable error.

FELICIANO. Celio, vive, si pudieres.

HAQUELME. Dame esos brazos, cristiano!

FELICIANO. Tus pies, señor, besaré.

HAQUELME. Di tu nombre.

FELICIANO. Feliciano.

HAQUELME. ¿Sabes curar?

FELICIANO. Muy bien sé.

HAQUELME. Toma éste, pues, a esta mano:  
toma, alivia (61 bis) el rigor  
del fuego que el alma siente.

CELIO. ¿Conoces que has hecho error?

FELICIANO. Este pulso es accidente...

HAQUELME. ¿De qué, cristiano?

FELICIANO. De amor.

HAQUELME. ¡Echarme quiero a tus pies!

Médico, sin duda, es.

CELIO. Y agora la borla toma,  
graduado por Mahoma,  
porque es milagro al revés.

HAQUELME. Muestra ese alquizeleguazén (62):  
cúbrele, y (63) y parte, Tarife,  
para que a comer les den.

TARIFE. Conserva trae el esquite.

HAQUELME. ¿Bizcocho blanco?

TARIFE. También.

(Vase TARIFE.)

HAQUELME. Arrópale bien.

CELIO. ¿Y a mí?

¿No hay un trapo por ahí,  
que soy mozo del doctor?

HAQUELME. Cubrídle (64) también.

CELIO. ¿Señor!

FELICIANO. ¿Qué quieres?

CELIO. Voy bien así.

FELICIANO. Como pudieres te tapa,  
Celio amigo, y disimula.

CELIO. Que, al fin, ser doctor te escapa;

(60) En las tres ediciones: *fuera cautela y bajeza*.

(61) En las tres ediciones:

CELIO. *Que has dicho señor?*FELICIANO. *Sí soy.*(61 bis) En las tres ediciones: *toma Alá viva*.(62) *B* y *Ba*. *alquizel guazel*.(63) *Ba*. *cubreles*.(64) *Ba*: *cubrídle*.



ya más parezco tu mula.

FELICIANO. ¿En qué, Celio?

CELIO. En la gualdrapa.

(Sale TARIFE.)

TARIFE. Aquí hay conserva.

HABRÉN. Tomad.

CELIO. La caja de haya o (65) de pino  
puedo comerme en verdad.

TARIFE. ¿Cómo?

CELIO. ¿Habrá un trago de vino,  
hermano, por caridad?

TARIFE. ¿Vino o qué?

CELIO. Bien me reserva  
mi ley deste desatino.  
Beber agua es comer yerba.

FELICIANO. El vino para el tocino,  
y el agua para conserva.

CELIO. Mi sed a Valencia apela.  
¿Quién echara pimpinela  
a (66) un poco de malvasia!  
¿Quiera Dios que algún día  
haga un brindis a Clavela!

HAQUELME. Cristiano, ya que has comido,  
mientras mi gente hace el agua  
que a esta isla me han traído,  
bañando mis ojos agua,  
dame por un rato oído.

FELICIANO. Ya deseo complacerte,  
y quiera el cielo que acierte  
a procurar tu salud.

HAQUELME. Más fio de tu virtud  
y de tus letras: advierte:  
Haquelme es mi propio nombre,  
y de mi nobleza toda:  
Alcaide de Tremecén,  
señor de diez galeotas,  
con ellas discurro el mar,  
y por mi nombre en sus costas  
enciende Valencia fuegos  
y Málaga se alborota.  
Casado soy cuatro veces,  
porque, legítimas, solas  
nuestro Alcorán nos permite  
cuatro mujeres hermosas.  
Tengo, amigo, treinta esclavas,  
griegas, turcas y españolas,  
y una entre todas tan bella,  
como entre espinas la rosa;

compréla en Fez a su padre,  
con sólo el manto y la toca,  
por cuarenta meticales,  
¿qué precio para tal joya!  
porque la vi en unas fiestas,  
con una ludada roja  
atravesada la frente  
y una encarnada marlota.  
La puerta de Bebecba,  
por el infante, famosa,  
de Portugal don Fernando,  
que así del mismo se nombra,  
guardaba un moro feci,  
que trataba de hacer bodas  
con ella secretamente:  
viola salir, y estorbóla.  
Volvímos al Mesuar,  
que es adonde el rey negocia,  
donde propuesta la causa,  
le volvieron ciertas joyas,  
dándome a mí por sentencia,  
que aun saber esto te importa,  
a Lela (67) Fátima, aquella  
que el alma por cielo adora.  
Cuando el moro vió que luego  
a sus jervillas se postra  
un dromedario cubierto  
de una mequinesa alfombra,  
así dijo en voces altas:  
"Llevarla puedes agora,  
pero no la has de gozar,  
ya que Ardain no la goza;  
y plega a Alá que le falte  
la salud que aquí le sobra,  
de suerte que en tu poder  
viva, enferma, vida corta".  
Cristiano, agora me escucha,  
que desde la misma hora  
está enferma de tal suerte  
que nunca un punto reposa:  
dicen que el moro es caziz,  
y que con hechizos obra  
esta desventura mía,  
de algunas yerbas que toma.  
Mas tú, médico cristiano,  
has de alcanzar esta gloria:  
que no me trujo sin causa  
por estas islas Mahoma.  
FELICIANO. Maravillado he quedado,  
noble Alcaide, de tu historia;  
pero ella tendrá salud

(65) Ba: u; ourre diversas veces.

(66) Ba: o.

(67) En las tres ediciones: halle la

o no habrá ciencia en Bolonia.  
Allí lei de Galeno  
y de Avicena las obras,  
y de Hipócrates y Rasis  
con una cátedra honrosa.  
Yo haré que el moro caziz  
vea su infamia notoria.

HAQUELME. Dame esos brazos mil veces.

FELICIANO. A Tremecén luego torna,  
que he de buscar mas yerbas.

HAQUELME. Iré de Tesalia a Rodas.

FELICIANO. Pues, Celio, ¿qué te parece?

CELIO. ¿Cómo has de curar la mora?

FELICIANO. Encomendándola a Dios  
cuando la mano le ponga.  
Ya soy doctor confirmado.

CELIO. ¿Por dónde tienes la borla?

FELICIANO. Por la gran casa de Meca  
y el zancarrón de Mahoma.

(*Vanse, y salen LEONORA y CLAVELA.*)

CLAVELA. Es esa mucha locura.

LEONORA. Si tu gran recogimiento  
su amoroso atrevimiento  
tiene por des-compostura,  
el que da disculpa a amor  
merece ser más culpado;  
nunca ha sido enamorado  
quien juzga a (68) amor por error.

CLAVELA. Al estado que me tiene  
la ausencia de Feliciano  
ofende Liberio en vano  
y quien de su parte viene.

Hoy, en premio del papel  
que de su parte has traído,  
que tan odioso me ha sido  
como su memoria dél,

te irás, Leonora, de casa,  
que no has de quedar aquí.

LEONORA. Señora, en tratarme así  
no entiendes bien lo que pasa;  
que cuando a mi me le dieron,  
por carta de Feliciano,  
osé tomarle en la mano,  
que deste ardid se valieron.

¡Mal haya el papel, amén,  
y mal fuego el dueño abraze,  
y a mi cuando te enojase,  
aunque mil mundos me den!

Conozco que es liberal,

y tus criadas obliga,  
mas no quiero que se diga  
de mi lealtad cosa igual;  
que si él es muy gentil hombre  
y tiene hacienda y valor,  
para él será lo mejor.

CLAVELA. No hables más de ese (69) hombre.

LEONORA. Las vecinas son, señora,  
las que le nombran y alaban,  
que dicen, y nunca acaban  
de engrandecerle, señora.

CLAVELA. ¿Quieres callar?

LEONORA. En mi vida  
dije yo que era galán;  
que otros en Valencia están  
de gracia más recebida,

sino que el no haber gozado  
de Feliciano te ha hecho  
esa aspereza en el pecho.  
¡Buena en verdad te ha dejado!

Perderás la mocedad  
esperando su venida,  
siendo un caballo la vida  
por donde corre la edad.

Vendrá muy viejo después,  
y tú estarás que el espejo  
no sepa darte consejo,  
cuál es la cara o los pies.  
¡Ay, mocedad engañada!

CLAVELA. Vieja o moza, hasta la muerte  
le he de querer desta suerte.

(*Sale ALBANO con una carta.*)

ALBANO. Albricias, Clavela amada.

CLAVELA. Buenas sean. ¿De qué son?

ALBANO. Cartas son de un capitán  
con quien ya tus ojos van;  
digo cartas, relación  
que a Valencia se ha enviado,  
donde quedaba un pariente  
deste capitán ausente  
y de tu bien desterrado.

Pasaba a caballo agora,  
y en la puerta me la dió.

CLAVELA. ¿Qué: aún no la (70) has leído?

ALBANO. No.

CLAVELA. ¡Oh papel, que el alma adora!

Lee, padre y mi señor.

ALBANO. "Relación de los que han muerto

(69) *Ba aquesse.*

(70) *Ba Falta la.*

(68) *Ba: Falta a.*

en el naval desconcierto  
de la nao llamada Flor."

CLAVELA. ¡Desdichada yo! ¿Qué es eso?

ALBANO. No sé; sospecha me ha dado  
algún caso desastrado.

CLAVELA. Lee, señor.

ALBANO. ¡Oh, mal suceso!

(*Lee*.)

"Caballeros y soldados  
que se ahogaron y perdieron,  
los que aquí se siguen fueron,  
porque estaban alistados:

Guillermo Fidardo, Antonio,  
Pedro Enriquez Lomelin,  
Sancho Ordóñez, don Martín,  
Lope de Zúñiga, Andronio,  
don Juan Camargo Rosano,  
el alférez Claramonte,

don Nicolás de Biamonte,  
Fuentes de Oca, Landriano,

Nuño de Lara, Andrés Gil,  
Luis Palafox, Tello, Castro,  
Lucas de Martos Barbastro,  
Ribalta, Oraceo, Gentil,

Tomás de Melo, Ricardo,  
Palabeano, Terrazas,  
los dos alférezes (71) Plazas,  
Tadeo, Claro y Leonardo,  
Santángelo, Feliciano..."

CLAVELA. ¡Desventurada de mí!

¡Con el ángel vino ahí,  
pero no le dió la mano!

¡Muerto es mi bien, muerta soy;  
la mar me quitó mi bien,  
y yo seré mar también  
de las lágrimas que doy!

¡Jesús, Feliciano muerto!  
¡No habrá consuelo en el mundo  
para dolor tan profundo!  
En fin, ¿es cierto?

ALBANO. ¡Y qué cierto!

Sin sentido me he quedado.

CLAVELA. ¿Cómo estaré yo, señor,  
que vos ya tenéis valor,  
desde el ser de hombre heredado?

Muerto, Feliciano mío,  
¿adónde os iré a buscar,  
a mí, que también soy mar  
que por los ojos envío?

¿Qué he de hacer?

ALBANO.

Hija, detente.

Leonora, llévala luego.

CLAVELA. ¿Adónde tendré sosiego,  
mi bien de este mundo ausente?

¿Quién me puede aconsejar  
que no me quite la vida?

ALBANO. Quien de ti la tiene asida  
y se la puedes quitar.

CLAVELA. ¡Déjame que me maltrate,  
ya que matar no me dejas!

LEONORA. No la dejes.

ALBANO. Justas quejas;  
mas no es justo que se mate.

En parte, ventura ha sido,  
porque, muerto Feliciano,  
tiene el remedio en la mano  
y a Liberio por marido.

(*Vanse, y salen FELICIANO, esclavo, y HAQUELME*)

HAQUELME. ¿Hate parecido bien?

FELICIANO. Un ángel me ha parecido  
del infierno de Cupido.

HAQUELME. Y de su gloria también.

FELICIANO. Digo que te dió Mahoma  
gran bien en esta mujer;  
puede en Troya Elena ser,  
puede ser Lucrecia en Roma.

HAQUELME. ¿Fueron muy hermosas?

FELICIANO. Mucho.

HAQUELME. ¿En forma te lo parece?

FELICIANO. ¿Qué engaños Amor te ofrece,  
cuando, ¡oh (72) Haquelme!, te es-  
[cucho]

Galeno, que fué tan dino (73)

de alabanzas inmortales,  
hace entre los animales  
al hombre sólo divino.

Yo le daré la salud  
que agora ves (74) que le falta.

HAQUELME. ¡Oh, español! Tu ciencia es alta  
y divina tu virtud.

FELICIANO. Deja hacer a Feliciano.

HAQUELME. En tu mano está mi bien.

FELICIANO. Aristóteles también

llama instrumento a la mano.

Esa aguda calentura  
que tuvo con sudor frío  
menguando entonces el brío

(72) *Ba*: Falta o.

(73) En las tres ediciones: *digno*.

(74) *Ba*: pues ahora ves.

(71) *M* y *B*: Terrazas / los dos alférez Plazas;  
*Ba*: y los dos alférez Plazas.

de su divina hermosura,  
muerte le pronosticaba.  
De Hipócrates fué aforismo  
que cesando el sudor mismo  
el mismo calor se acaba.

Ya todo aquello cesó,  
y hay falta de alegría,  
porque esta melancolía  
del mismo mal procedió.

No hay tanto conocimiento  
de yerbas alla en España,  
que algunos piensan que daña  
su falso conocimiento.

Levinio, un grave doctor,  
trata esta materia bien;  
Virgilio dice también  
que es ciencia de mucho honor.

Yo me espanto que no haya  
curado (75) su enfermedad  
la morisca autoridad,

que tiene la nuestra a raya:  
que lo que es la Medicina  
moros la supieron bien.

HAQUELME. Si eran de España también  
a España ese loor se inclina.

FELICIANO. ¿Diceslo por Avicena?

HAQUELME. ¿Luego español no se llama?

FELICIANO. Que es de Córdoba fué fama,  
pero está de engaños llena;  
que era bárbaro persiano,  
y natural de Batora.

HAQUELME. Trata, por tu vida, agora  
lo que importa, Feliciano.

FELICIANO. Esa sangre de narices  
que a Lela (76) Fátima dió,  
de mucho le aprovechó;  
no hay por qué te escandalices,  
que acudiendo el [natural] (77),  
Hipócrates lo confirma.

HAQUELME. Si estará alegre me afirma.

FELICIANO. Fué epítima cordial  
la que allí le recetó. (78)

HAQUELME. ¿Quién dada que está mejor,  
y que me ves, doctor (79),  
dar a tu- palabras fe?

(Sale FÁTIMA.)

¿Vos en pie, vos levantada,  
vos al jardín, vida mía:  
vos ya sin melancolía,  
vos ya sin color turbada?

¡Ah, cristiano de los cielos!

FÁTIMA. Harto obligada le estoy.

HAQUELME. Desviad, mi bien, desde hoy  
del rostro hermoso los velos.

Dadnos parte de ese sol  
donde Alá su luz reparte.

FÁTIMA. Antes quiero hablar aparte  
a ese médico español,

que le quiero descubrir  
algo de mi mal secreto.

HAQUELME. Tenga la cura el efeto  
que a Alá le puedo pedir,  
y él os guarde, hermosa Le-  
[la (79 bis).

(Váyase HAQUELME.)

FELICIANO. ¿Qué vida o remedio espero?  
¿Cómo, cielos, no me muerdo  
tantas leguas de Clavela?

FÁTIMA. ¿Qué estás hablando entre tí?  
¿Adivinas ya mi mal?

FELICIANO. Ya yo le (80) sé.

FÁTIMA. Estoy mortal  
desde el punto que te vi.

FELICIANO. Eso ignoraba, por Dios.  
Qué, ¿os he parecido bien?

FÁTIMA. Bien en extremo, y tan bien...  
¿Hay quien nos oiga a los dos?(81)

FELICIANO. No hay nadie en todo el jardín.

FÁTIMA. Pues tan bien me has parecido,  
que todo el mal que he tenido  
hoy hace en tus ojos fin.

Sabe, cristiano, que estoy [ma,  
de ausencia (82) de un moro enfer-  
sólo en ver que coma y duerma  
cuando de otro moro soy;

pero con verte y hablarte,  
hoy, que estuve un rato atenta,  
ya de mi mal te doy cuenta,  
que me duele en otra parte.

Tengo mal de corazón;  
sosiégate con la mano.

FELICIANO. (Este amor, aunque es liviano,  
ha de ser mi redención.

Yo he de engañar o morir;

(75) *M.* curatio.

(76) En las tres ediciones: *ella*.

(77) En las tres ediciones: *que acudiendo el nutrio*.

(78) *M.* y *B.* rescato.

(79) Así este verso en las tres ediciones.

(79 bis) En las tres ediciones: *Tela*.

(80) *Ba* lo.

(81) *M.* Falta a; *Ba*: *hay quien os oiga a los dos*.

(82) En las tres ediciones: *en ausencia*.

que si el alma no me engaña,  
para ir de Africa a España  
de puente me ha de servir.)

Si yo (83) entendiera, mi bien,  
que a tanta gloria venía,  
no llorara el triste día  
que me trujo a Tremecén  
este Alcaide, tu enemigo:  
mas también, Fátima, advierte  
que será tu amor mi muerte,  
de mi error, justo castigo.

Poderte yo aquí gozar  
siendo el moro tan celoso,  
es caso dificultoso,  
puesto que a verte ha de entrar;

que ya ves con cuántos ojos  
guardan aquí las mujeres.  
FÁTIMA. Pues ¿qué es lo que de mí quieres,  
descanso de mis enojos?

FELICIANO. Irme a mi tierra quisiera  
y llevarte allá conmigo.

FÁTIMA. Si me burlas enemigo,  
que soy noble considera:  
que por salir del tirano  
que aquí me tiene cautiva,  
no hay tierra donde no viva:  
mares y montes allano.

Si es verdad que a eso te atreves,  
aunque infames mi flaqueza,  
yo te daré gran riqueza  
que con tu cautiva lleves.

Sácame, por Dios, de aquí;  
sea yo esclava en libre tierra. (84)

(Sale TARIFE.)

TARIFE. ¡Oh, cuánto el Alcaide yerra  
en fiarse deste así.

Y ha sido costumbre nueva  
para sus celos y enojos;  
que aun fiarla de sus ojos  
no quiere Amor que se atreva.

¿Qué hablan los dos a solas?  
Las dos manos se han asido.  
Días ha que he conocido  
estas tretas españolas.

¡Por Dios, que se han abrazado!  
A hablar al Alcaide voy.

FELICIANO. ¡Oh, qué desdichado soy!

FÁTIMA. Pues ¿en qué eres desdichado?

FELICIANO. Tarife nos vió abrazar,  
y a toda priesa corrió.

FÁTIMA. ¿Y eso no lo sabré yo,  
si yo quiero, remediar?

Cuando me hables otra vez,  
alaba al Alcaide mucho.

FELICIANO. Ya con su temor te escucho,  
que es riguroso (85) juez.

Imposible me parece  
que puedas salir de aquí.

FÁTIMA. A mujer que quiere así,  
ningún peligro se ofrece.

Yo haré el Alcaide ausentar  
fabricando un largo enredo  
con un moro, de quien puedo  
la vida y honra fiar.

Ausente, en una fragata  
a media noche saldremos,  
donde, al mar velas y remos,  
corren las aguas de plata.

Y por no dar más sospecha,  
me voy.

FELICIANO. El cielo te guarde.

FÁTIMA. Español, no seas cobarde.  
De la ocasión te aprovecha.

FELICIANO. Trazando va mi ventura  
darme algún alegre bien.

(Vase FÁTIMA y sale CELIO.)

CELIO. ¿Cómo le va en Tremecén,  
señor que todo lo cura?

¿Qué habemos de hacer aquí?  
Fuera mejor ser isleños  
que no tener tales dueños.

FELICIANO. ¿Cómo vienes, Celio, así?  
¿Ese es hábito de moro,  
o de cristiano?

CELIO. No sé:  
el primero que me hallé  
en las ajenas que moro.  
No voy mal vestido así.  
Podrá ser que la Fortuna  
no me dé pena ninguna  
no siendo el mismo que fui.

FELICIANO. ¿Luego el hábito podría  
mudar las mismas estrellas?

CELIO. Adonde adoran en ellas  
harto imposible sería.

FELICIANO. Calla, Celio, que muy presto  
nos veremos en España.

(83) Ba: Falta yo.

(84) Ba: sea yo esclava en tu tierra.

(85) Ba: riguroso.

CELIO. El pronóstico le (86) engaña.  
 FELICIANO. Yo digo verdad en esto.  
 CELIO. ¿Hay día crítico aquí  
 para nuestra enfermedad?  
 FELICIANO. De un gusto la voluntad,  
 que pierde (87) el seso por mí.  
 CELIO. Que estas moras son ligeras  
 de las plantas de los pies.  
 ¿Hase (88) resbalado? ¿Ves  
 alguna de sus quimeras?  
 FELICIANO. ¿Por Mahoma (89), Celio amigo,  
 que ha de ir conmigo a España!  
 ¿Brava cura!  
 FELICIANO. ¿Ciencia extraña!  
 CELIO. ¿Fátima a España contigo?  
 FELICIANO. Calla, y contarte he el caso,  
 y verás por qué misterio  
 al umbral del cautiverio  
 hoy he dado el primer paso.  
 CELIO. ¿Que he de ir contigo?  
 FELICIANO. Sí.  
 CELIO. Pues busca, ¡por vida tuya!,  
 para que así se atribuya,  
 otra galga para mí.

(*Vanse, y salen HAQUELME y TARIFE.*)

HAQUELME.

Que le abrazaba? (90)

TARIFE.

Yo lo vi, y lo afirmo.

HAQUELME.

—No ves que a mí me dijo Lela Fátima  
 que descubrirle quiso un mal secreto?

TARIFE.

Ese secreto, mal era del alma.

HAQUELME.

Ese secreto, mal era del cuerpo;  
 ¿no ves que la licencia de los médicos  
 es libre de sospechas peligrosas?

TARIFE.

Donde está la ocasión está el peligro.

(86) *Ba: h.*

(87) *Ba: pierda.*

(88) *M y B: ha: , Ba: ha si.*

(89) *Ba: en verdad.*

(90) *Ba: abrazaba*

HAQUELME.

El peligro es su mal, y él el remedio.

TARIFE.

Ser mujer es peligro, noble Alcaide,  
 y el remedio es quitar las ocasiones.

HAQUELME.

Procúrole la vida con mi esclavo.

TARIFE.

Mas tu esclavo procura tu deshonra.

HAQUELME.

¿De ayer venido, una maldad tan grande?  
 Apenas una vez tocó su pulso.

TARIFE.

Las desdichas no vienen muy de espacio,  
 porque se remediaron de esa suerte;  
 desdicha es la que viene de improviso,  
 y eso del pulso ha sido todo el daño,  
 que no está más una mujer segura  
 del tiempo que algún hombre no la toca.

HAQUELME.

Luego, por ese miedo, no haya médicos,  
 o, por decir mejor, mujer no haya.

TARIFE.

Los médicos son buenos, siendo honestos,  
 con canas y vergüenza, ciencia y años,  
 y con buena opinión entre la gente.

HAQUELME.

Júntalos, ¡por tu vida!, que yo me entro  
 en este pabellón, porque mis ojos  
 juzguen tu engaño, o mi (91) desdicha juzguen.

TARIFE.

Entra, y verás que la verdad te digo.

HAQUELME.

¡Gran luz del alma es siempre el buen amigo!

(*Salen FÁTIMA, y ARDÍN, moro.*)

FÁTIMA. Ya estás de todo advertido.

ARDÍN. ¿Mandas otra cosa?

FÁTIMA. No;

(91) *Ba: o lo.*

esto sólo, Ardín, te pido.  
**ARDÍN.** Pues a Haquelme diré yo todo ese cuento fingido.  
**FÁTIMA.** Parte.  
**ARDÍN.** Voy.  
**FÁTIMA.** Con esta orden, cuando las estrellas borden el azul manto del cielo saldré deste infame suelo, lleno de engaño y desorden: y hubieranme sucedido a medida del deseo, si (92) hubiera mi bien venido, que desde esta cuadra veo al necio Alcaide escondido.  
 Sin duda que determina, como oculto se (93) imagina, saber si mi amor lo es; y descúbrelle los pies la franja de la cortina.

(Sale FELICIANO.)

**FELICIANO.** (No se va trazando mal, aquí está Fátima agora; vengo a buen tiempo.)  
**FÁTIMA.** ¿Y qué tal?  
**FELICIANO.** Dame esos pies, mi señora.  
**FÁTIMA.** ¡Oh, esclavo honrado y leal!  
**HAQUELME.** ¡A buen tiempo me escondí!  
 ¡Qué bien veré desde aquí si los dos me han engañado!  
**FÁTIMA.** ¿Has la bebida ordenado?  
**FELICIANO.** Hermosa Fátima, sí; de jacintos y coral, de perlas, ámbar y oro, que a un enfermo ya mortal a su primero decoro vuelve el aliento vital.  
**FÁTIMA.** ¡Quiérote dar mil abrazos!  
**FELICIANO.** Señora, aparta los brazos, que aunque fuera gran favor, la lealtad de mi señor me junta con fuertes lazos.  
**FÁTIMA.** Bien dices; el alegría del servicio que me has hecho es quien el favor te hacía, que está el Alcaide en mi (94) pecho y es dueño del alma mía. [cho]

**HAQUELME.** ¡Ah, desvergonzado Ardín, falso, fingido y mal-sin! Envidia de este cristiano te hizo, como villano, procurar su amargo fin.  
 ¡Oye la Fátima casta! ¡Oh, bien nacido español!, que ser español te basta.  
**FELICIANO.** Cuando al escondido sol la dura noche contrasta, tomarás esta bebida donde ninguno te vea, porque te importa la vida.  
**FÁTIMA.** ¿Ni mi Alcaide?  
**FELICIANO.** No, aunque él sea y aunque él mismo te lo pida.  
**FÁTIMA.** Serviránme de consuelo, que, como sabes, le adoro.  
**FELICIANO.** Bien lo merece su celo, porque este gallardo moro honra el africano suelo.  
**HAQUELME.** ¿Hase visto tal lealtad en cautivo, ni en mujer?  
**FELICIANO.** Señora, con Dios quedad, que tengo mucho que hacer.  
**FÁTIMA.** ¿Vas fuera?  
**FELICIANO.** A ver la ciudad.  
**FÁTIMA.** Si a mi Alcaide vieres, di que sin él estoy sin mi.  
**FELICIANO.** Yo haré que te venga a ver.

(Vase, y sale HAQUELME.)

**HAQUELME.** Y no será menester, porque está, Fátima, aquí.  
**FÁTIMA.** ¡Alcaide mío!  
**HAQUELME.** ¡Mi bien!, no sólo serlo quisiera del Peñón y Tremecén, mas que Fez me obedeciera, Marruecos y Argel también, y que Caí y Azamor me tuvieran por señor, los Montes Claros y Ulete, Tarulante y Tafílete, y cuanto ve el Mar Mayor, para ponerlo a tus pies.  
**FÁTIMA.** ¿Desde cuándo, señor mío, deseo tan alto es?  
**HAQUELME.** Por verte con ese brío diera mayor interés.  
 ¿Qué quería Ardín allí?  
**FÁTIMA.** Venía a buscarte aquí.

(92) En las tres ediciones: *ni*.

(93) *M y B: te; Ba: le.*

(94) *Ba: tu.*

y después venía el doctor (95),  
que en este punto, señor,  
se fué y apartó de mí.

HAQUELME. ¿No es muy noble este cristia-

FÁTIMA. Adonde está tu nobleza. [no?  
cualquiera noble es villano.

HAQUELME. Verte sin tanta tristeza  
debo a su discreta mano.

(ARDÍN sale.)

ARDÍN. Otra vez vine a buscarte.

HAQUELME. ¿Qué es lo quieres, Ardín?

ARDÍN. A solas quisiera hablarte.

HAQUELME. Dilo a Fátima, que, en fin,  
tiene en mis secretos parte.

ARDÍN. Cuando de la mar salí,  
una nave arragozesa  
con poca defensa vi.

HAQUELME. No fuera mala esa empresa  
para ofrecértela a ti.

ARDÍN. Trujo (96) trigo, y lleva seda,  
que donde de paz ha estado  
hay quien contártelo pueda.

FÁTIMA. ¿Seda lleva?

HAQUELME. Ese (97) cuidado,  
Fátima, a mi cargo queda.

¿Por Alá que has de vestir  
la seda y grana que lleva!

FÁTIMA. Antes lo quiero impedir.

HAQUELME. Deja que los remos mueva,  
y ponte a verme partir.

FÁTIMA. ¿Así te vas?

HAQUELME. Queda adiós.

ARDÍN. ¿Hicelo bien?

FÁTIMA. ¡Con extremo! (98)  
No vos vemos más los dos.

(Vanse, y sale FELICIANO.)

FELICIANO. ¿Pátese ya?

FÁTIMA. En el aire.

FELICIANO. ¡Oh, viento, ayudadme vos!

Ya Celio, con la barquilla,  
aguardando está a la orilla,  
con sus moros en gran suma,  
y el mar volviéndose espuma  
para argentar tu jervilla.

(95) B. *dotor*, diversas veces.

(96) B. *traxo*; ocurre varias veces.

(97) B. *este*.

(98) Así este verso en las tres ediciones. Acaso:  
Con donaire.

FÁTIMA. Pues ¿con qué los ha engañado?

FELICIANO. Dice que tú le (99) has mandado  
que esta noche a punto estén,  
que has de ir desde Tremecén  
por el río al mar salado;

que importa a (100) la medicina  
que te aplico el ver del mar  
la playa, arena y marina.

FÁTIMA. ¿Y allá podréme embarcar?

FELICIANO. Ese remedio imagina.

Sal una vez por el río,  
que esa barca ha de ser nave  
que nos lleve, en Dios confío.

FÁTIMA. No será el peso muy grave,  
si no pesa el amor mio:

joyas de grande valor,  
cuantas el Alcaide tiene,  
ofrece a tus pies mi amor.

FELICIANO. Todo a propósito viene.

(Sale HAQUELME.)

HAQUELME. Todo esto puede el honor.

Hablé a Tarife enojado,  
y tales señas me ha dado,  
que otra vez aquí he venido.

FELICIANO. ¡Mi bien, que pierdo el sentido,  
de alegre y de enamorado!

Vuelve esos ojos contenta,  
sosegando el corazón,  
que corre entre amor tormenta.

HAQUELME. De amor es esta razón.

¡Cierta es, Tarife, mi afrenta!

¿Esta manera se cura  
de Fátima la locura?

¡Oh, fiero español doctor!  
Pero ¿quién no tiene amor  
a tan divina hermosura?

FELICIANO. Tú verás, Fátima hermosa,  
presto en tierra santa el Sol  
sobre esa encarnada rosa.

HAQUELME. ¿Qué no sabe un español?

¡Hizo Alá tan mala cosa?

FELICIANO. [Jf.] ¡El Alcaide nos ha oído,  
el negocio está perdido!

Mas yo lo emendaré todo.)

Pues, Fátima, ¿deste modo  
habéis cobrado el sentido?

HAQUELME. ¿Qué es esto?

FELICIANO. Casi sin vida,

(99) B. *lo*.

(100) B. *Falta a*.



Alcaide famoso y fuerte,  
la ha tenido tu partida;  
mas ya va huyendo la muerte.

HAQUELME. ¿Aprovechó la bebida?

FELICIANO. Cuando da aquesta tristeza,  
es en España costumbre  
hacer alguna extrañeza  
con truenos, con agua o lumbre,  
a los pies, o a la cabeza:

faltando todo esto (101) aquí,  
para remedio escogi  
decir a Fátima amores,  
porque saliesen colores  
adonde faltar las vi:

con aqueste sobresalto  
tan extraño en su vergüenza,  
el rostro, de color faltar,  
a cobrar color comienza,  
que de clavetes (102) esmalto;

que en esta melancolia  
un súbito desatino  
remueve la fantasía;  
¡qué bien Galeno divino  
este (103) entimema decía:  
qué bien le siguió Platón,  
y Aristóteles también!

HAQUELME. Deja tanta confusión,  
y decidme vos, mi bien,  
¿cómo estáis del corazón?

FÁTIMA. Cierito que he estado afligida;  
no entendi que me costara  
tal pena vuestra partida.

HAQUELME. Nunca yo lo imaginara,  
antes perdiera la vida.  
¡Y que el astuto español,  
con ese súbito engaño...!

FELICIANO. Volvió a nuestro cielo el sol;  
sobre su nube di un baño  
de colorado arrebol.

FÁTIMA. Hizome estar vergonzosa.

HAQUELME. Pues vamos, Fátima hermosa,  
donde un rato descanséis,  
que algo marchitado habéis  
del rostro la sangre y rosa.

FÁTIMA. Vamos; mas no habéis de iros.

HAQUELME. Gustaré de obedeceros.

(Los dos se van.)

FELICIANO. En vano he dado suspiros,  
¡cielos altos!, por no veros,  
que estaba del alma tiros;  
pero, como estáis tan altos,  
llegaron de fuerza faltos.

(Sale CELIO.)

CELIO. Acá te vengo avisar  
que estaba gente del mar  
con notables sobresaltos.

Volveránse a la ciudad.

FELICIANO. Vuelvan, que ya está perdida  
mi esperanza y libertad.

CELIO. Si estaba a mujer asida,  
soltó con facilidad.

FELICIANO. No es eso.

CELIO. Pues ¿qué es, señor?

FELICIANO. Ibase, Celio, este galgo  
de Tremecén, y el amor  
le hizo sospechar algo  
de lo que suele el honor...

Pero allá lo sabrás (104) todo.

CELIO. ¿Ha de faltar otro modo?

FELICIANO. Si se va deste jardín  
a Tremecén, ¡triste fin  
a mi suceso acomodo!;  
que está lejos la ciudad,  
y habrá más dificultad.  
¡Oh, qué de joyas traía!

CELIO. ¡Dios me deje ver el día  
del oro y la libertad!

FELICIANO. ¡De la libertad primero!

CELIO. ¿No sabes qué considero?

FELICIANO. ¡Da consuelo a mi dolor!

CELIO. Que veniste acá doctor (105),  
y que has de volver platero.

## ACTO TERCERO

(Salen FELICIANO, CELIO, y FÁTIMA, en hábito de esclavo con sus hierros.)

FELICIANO. Este es, Fátima, Alicante,  
y allí queda Cartagena;  
mira la costa adelante  
Almería, un tiempo llena  
del africano arrogante:

(101) Ba: Faltando todo hasta.

(102) B y Ba: laureles; errata debida a que en M, la c de clavetes está casi por completo borrada.

(103) Ba: esta.

(104) Ba: subrá.

(105) Ba: doctor.

luego Málaga y Marbella,  
y el Estrecho (105 bis) junto a ella,  
que por Cádiz mira enfrente  
el Cabo de San Vicente,  
punta de España la bella:

mira cómo puestos van  
Tánger, Melilla y Gúmera,  
Ones, Tremecén y Orán,  
y cómo a la Formentera,  
Bujía y Argel lo están;

Mallorca y Menorca mira,  
y Ebiza (106) que áspera admira,  
en cuyo diamante ves  
a Denia, la del Marqués,  
que a tan alta fama aspira;

Oliva Sotima es ésa.  
a Monviedro (107) y Oropesa,  
los Alféques y Tortosa,  
y a Barcelona famosa,  
de Cataluña princesa;

Palamós sigue el mar libre,  
tras la insigne Barcelona,  
con Perpiñán y Colibre,  
y por Salsas y Carmona  
se va caminando al Tíbre.

¡Da gracias a Dios, que ha sido  
de que lleguemos servido  
a tierra de libertad!

FÁTIMA.

No tendrá mi voluntad  
ese divino apellido;

y no poca muestra he dado  
con los hierros de mi cara  
y el hábito disfrazado,  
que si ser libre buscara,  
mejor lo fuera en mi Estado (108):

como hombre, como cautivo,  
hoy en tu servicio vivo:  
no quiero más libertad.

FELICIANO.

Ya sé que de tu (109) lealtad  
esas mercedes recibo.

Fátima, de aqueste engaño  
para sacarte hasta el mar  
de (110) Tremecén.

FÁTIMA.

¡Es extraño!;  
que un celoso suele estar  
siempre velando su daño.

CELIO.

Antes no es dificultoso

(105 bis) M y B. y el es hecho.

(106) En las tres ediciones: Ebiza, sic.

(107) Ba: Morbiedro.

(108) Ba: mejor lo fuera en mi edad.

(109) Ba: mi.

(110) En las tres ediciones: desde.

engañar al que es celoso;  
que él propio, como cobarde,  
siempre avisa que se guarde  
el que le engaña animoso.

FÁTIMA.

Has dicho discretamente,  
porque el hombre confiado  
suele coger de repente,  
y del celoso el cuidado  
avisa discretamente.

El Alcaide, al fin, se queda  
donde jamás vernie pueda.

FELICIANO.

¿Si habrá vuelto a Tremecén?

CELIO.

Cuando las nuevas le den,

¿qué habrá que no le suceda?

FÁTIMA.

Y más cuando menos eche  
más de treinta mil ducados,  
y el blasonar no aproveche.

CELIO.

Vengaráse en los criados  
y en cualquiera que sospeche.

FELICIANO.

¿Por qué caminos tan varios  
da el cielo, Celio, a los hombres  
los favores necesarios,  
sacando, porque te asombres,  
bien del mal de los contrarios!

Yo, que era pobre (111), perdí  
mi patria para volver  
como ves que vengo aquí.

FÁTIMA.

¿Esto sabe el cielo hacer!

CELIO.

Y traerme esclava aquí!  
De otra suerte lo estimaras,  
si a lo que vas entendieras.

FÁTIMA.

¿Qué dijiste?

FELICIANO.

Celio, escucha:  
la priesa de ver es mucha  
de Valencia las riberas.

y el haber yo muerto a Alberto  
hace que desta mujer  
tema el daño, en viendo cierto  
que Clavela lo ha de ser,  
por el pasado concierto.

Es mejor desengañalla,  
para que allá no dé voces.

CELIO.

¿Mataréla, si no calla!

FELICIANO.

Ahora estamos feroces,  
y blandos para engañalla (112).

CELIO.

Tal en el mundo acontece.  
¿Qué quieres que agora tema?  
Si este daño nos ofrece,  
¿he de andar Alá y zalema

(111) Ba: yo que era hombre.

(112) Ba: desengañarla y engañarla, respectivamente.

donde a mi Rey se obedece?

Ande Mayo en Catarrocha  
tirando a la negra tocha  
por la famosa Albufera,  
y ella coma (113) en su galera  
el alcuzcuz y haba cocha.

¡Vive Dios, que si en Valencia  
habla palabra que valga,  
que la ahogue, sin clemencia!

FELICIANO. ¿Y no es mejor que me valga  
del desengaño en presencia!

Yo se lo quiero decir,  
para que secretamente  
me pueda a mi casa ir,  
a ver en su mismo oriente  
el sol que adoro salir.

Sepa toda mi cautela:  
sepa que adoro a Claveña,  
y que es Claveña mi esposa.  
Escucha, Fátima hermosa.

FÁTIMA. Algo el alma me revela.

FELICIANO. ¿Quiéresme dar por un breve  
rato, Fátima, el oído?

FÁTIMA. La lengua, cristiano, mueve,  
que no te niega el sentido  
quien toda el alma te debe.

FELICIANO. Bella Fátima fezi,  
mora generosa y noble,  
a un hombre que lo es escucha,  
que te ha engañado como hombre:  
no soy el doctor fingido,  
si no es que Amor me doctore,  
al cabo de tantos años,  
de mis tormentos enormes;  
ilustre nació en Valencia,  
y de los padres mejores  
que desde su gran conquista  
trujo don Jaime a sus torres;  
amé una dama, servila,  
caséme, y aquella noche,  
antes de gozar sus gustos,  
comenzaron mis dolores;  
maté un hombre en mis umbrales,  
hermano de otro que entonces  
envidiaba mi ventura,  
que no hay placer que no estorbe;  
salí huyendo con un paje,  
que es Celio, a quien ya conoces,  
donde hallé pasaje a Italia,  
vestido en hábito pobre,  
porque iba entonces a ella

el mejor de los Girones,  
aunque hice mal en hablarle  
y recibir sus favores;  
embarquéme por soldado,  
con un tercio de españoles,  
alistando Celio y yo,  
con dos pagas, nuestros nombres;  
corrí fortuna tan fuerte,  
que mil veces los penoles  
de las cruzadas entenas  
bebieron agua salobre;  
como enamorado iba,  
los sentidos exteriores,  
llenos de jarcias de amor,  
formaban mil confusiones,  
que dentro de la cabeza  
traía, entre llanto y voces,  
cuanto los árboles tienen  
desde el tiro hasta los bordes:  
nacamentos amarillos,  
flámulas de mil colores,  
tricas, trocas, cañechares,  
escotas amuras dobles;  
entendimiento y memoria  
en quimeras y visiones,  
las portañolas del alma  
llenas de vasos de bronce,  
del bauprés hasta la popa  
discurriendo los temores,  
en la jareta restaba  
mis esperanzas disformes;  
en esto vi que arrojaban  
en el mar cajas y cofres,  
que llevaba la carlinga (114)  
más agua que Tajo y Tormes;  
vi que los vientos contrarios,  
con fieras grupadas, rompen  
el edificio embreado  
y que ya el mar se le sorbe;  
así me a una tabla, y fui,  
sin saber cómo ni dónde,  
llamando a la Virgen pura  
y a nuestro patrón San Jorge;  
llegué a un pedazo de tierra,  
para que en mi ejemplo notes  
que corre fortuna en mar  
quien en la tierra la corre,  
y estando allí descansando  
en la maleza de un bosque,  
donde temor de las peñas  
me hacía rinoceronte,

(113) B y Ba: como.

(114) Ba: carlinga.

a Celio vi junto a mí,  
como están dos caracoles  
cuando en cáscaras pintadas  
deslizan los cuerpos torpes;  
no le hube dado mis brazos,  
cuando llega al pie del monte  
tu Alcaide, a quien fui traidor.  
si éstas se llaman traiciones.  
Yo vuelvo agora a Valencia,  
donde te ruego que tomes  
mi casamiento y suceso  
como el tiempo lo dispone,  
que de no desampararte  
te prometo, a fe de noble,  
y mas si quieren los cielos  
que allá cristiana te tornes.

FÁTIMA. ¿Que eres casado?  
FELICIANO. Si soy.  
FÁTIMA. ¿Que me has engañado?  
FELICIANO. Si.  
FÁTIMA. ¿Que eres noble?  
FELICIANO. Pasa así.  
FÁTIMA. ¿Tienes alma?  
FELICIANO. Vivo estoy.  
FÁTIMA. ¿Tanto mal!  
FELICIANO. Fué por mi bien.  
FÁTIMA. ¿Qué he de hacer?  
FELICIANO. Tomar consuelo.  
FÁTIMA. ¿Quién me le (115) ha de dar?  
FELICIANO. El cielo.  
FÁTIMA. ¿Y tú, enemigo?  
FELICIANO. También.  
FÁTIMA. ¿Que he de ir contigo?  
FELICIANO. A Valencia.  
FÁTIMA. ¿Y allá qué he de hacer?  
FELICIANO. Sufrir.  
FÁTIMA. ¿Hasta cuándo?  
FELICIANO. Hasta morir.  
FÁTIMA. ¿No hay más remedio?  
FELICIANO. Paciencia.  
FÁTIMA. ¿No eres noble?  
FELICIANO. Caballero.  
FÁTIMA. ¿El noble engaña?  
FELICIANO. En la fuerza.  
FÁTIMA. ¿Quiérome matar!  
FELICIANO. Es fuerza.  
FÁTIMA. Dame mis joyas.  
FELICIANO. No quiero.  
FÁTIMA. Celio, ¿qué he de hacer?  
CELIO. Callar.

(115) *Es: lo.*

FÁTIMA. ¿Cómo podré?  
CELIO. Con la boca.  
FÁTIMA. ¿Mataréme!  
CELIO. Serás loca.  
FÁTIMA. ¿Loca estoy!  
CELIO. Echate al mar.  
FÁTIMA. Ahora bien, yo iré contigo.  
FELICIANO. ¿Callarás?  
FÁTIMA. Eso prometo.  
Conozco que eres discreto  
y que te adoro, enemigo.  
Seguiré tu ley así,  
y tú bien podrás hacer  
que yo sea tu mujer.  
CELIO. ¿Oye lo que dice!  
FELICIANO. Di. (116)  
CELIO. ¿Que te cases!  
FELICIANO. ¿Y Clavela?  
FÁTIMA. Dos mujeres ¿muchas son?  
CELIO. ¿No escuchas esta canción?  
FELICIANO. Responde.  
CELIO. Responderéla:  
Hermana, en esta tierra  
no se casan como allá,  
que hay Inquisición que da  
los docientos (117), y destierra:  
no le faltará marido,  
vuelta a nuestra ley.  
FÁTIMA. Pues quiero  
ser su amiga.  
FELICIANO. Eso (118) yo espero.  
que no te agravié mi olvido.  
FÁTIMA. Vamos, Celio, porque pises  
del mar las blancas arenas.  
¿Qué nos sirve ser sirenas,  
si son los hombres Ulises?

(*Ense, y salen CLAVELA, en hábito de viuda; LEONORA y ALEANO.*)

ALBANO. Responde "sí". ¡por tu vida!  
que ya es mucho sentimiento,  
y este justo casamiento  
ese injusto luto impida;  
deja ya las blancas tocas,  
mortaja triste de vivos,  
y esos (119) llantos excesivos  
con que a las piedras provocas;  
que es disparate llorar

(116) *Es: que.*(117) *Es: docientos.*(118) *Es: esto.*(119) *Es: estos.*

tanto tiempo por un muerto,  
pues hoy la muerte de Alberto  
lastima a todo el lugar;

ya Liberio perdonó  
al hermano de tu esposo,  
por sólo este "sí" dichoso  
que vengo a pedirte yo.

Laurencio está libre ya,  
y aquesto mismo te pide.

CLAVELA. ¿Cómo quieres que me olvide  
de lo que en el alma está?

¡Ese es terrible dolor!

LEONORA. Señora, mira que el cielo  
castigó tu injusto celo  
por aquel pasado error.

Desobedecer así  
al padre es injusta cosa.

CLAVELA. ¿Es su obediencia forzosa?

ALBANO. Clavela, haz esto por mí;  
mira que está tu remedio  
y el mío en casarte agora.

CLAVELA. Vuelve a rogalle (120). Leonora,  
¡Qué dos extremos sin medio;  
olvidar mi muerto bien  
y amar mi presente mal!

LEONORA. ¿Que a un hombre tan principal  
tratas con tanto desdén!

¿No miras su gran riqueza?

¿No miras su grande amor,  
su tallo, gracia y valor,  
su condición y nobleza?

En vida de Feliciano  
hiciste bien; pero agora  
¿qué quieres hacer, señora?

(Sale un PAJE.)

PAJE. Aquí ha llegado tu hermano.

(LAURENCIO, de luto.)

ALBANO. Entre, y sillas nos llegad.

LAURENCIO. Desde la cárcel aquí,  
como estaba, prometi  
verte. Los brazos me dad.

ALBANO. Dadme vos a mí las manos.

CLAVELA. Sea, señor, para bien  
la libertad.

LAURENCIO. Y también,  
pues es razón, entre hermanos,  
lo sea, Clavela hermosa,

vuestro nuevo casamiento.

ALBANO. Sentaos, hijo.

LAURENCIO. Ya me siento.

CLAVELA. ¿Casamiento, nueva cosa?

Señor cuñado, ¿pues vos  
eso me habéis de decir?

LAURENCIO. Yo os lo vengo a persuadir  
con mucho gusto, ¡por Dios!,  
que Liberio ha procedido  
conmigo de tal manera,  
que cuando quien es no fuera,  
os le diera por marido.

Bajóse de la querella  
por muertos y vivos ya.

ALBANO. En obligación le está  
Clavela, y vos después della;

y mirad si honrado ha sido,  
pues le mató Feliciano  
a Liberio tal hermano,  
y da por él tal marido.

Hija, dura cosa es  
que estimes un muerto en tanto,  
que basta de un mes el llanto,  
y dicen que sobra un mes.

No debes de ser mujer,  
pues no te habiendo (121) gozado  
apenas te has consolado,  
si hoy bastaba para ayer.

LAURENCIO. Hermana, nunca los muertos  
quieren llantos excesivos,  
que les pesa que los vivos  
hagan tales desconciertos;

yo fui de tu esposo hermano,  
y pues que te cases ruego,  
bien creerás que tu sosiego  
no es ofensa a Feliciano;

mejor es que estés casada,  
que a menos peligro estás,  
que en este estado tendrás  
la envidia a tus pies echada;

que si a esta vida tu esposo  
agora volver pudiera,  
esto mismo te pidiera,  
porque es honrado y forzoso.

De tu padre es este gusto,  
y de los hijos, prudencia  
mostrar al padre obediencia  
en lo que es honesto y justo;

haz esto por ti y por él,  
y por mí, Clavela hermosa.

- CLAVELA. Si ha de ser cosa forzosa casarme, no sea con él.
- LAURENCIO. Pues ¿con quién será mejor?
- CLAVELA. Contigo, pues que tu hermano no me gozó, como es llano.
- ALBANO. ¡Mirad qué invención de amor!
- CLAVELA. Con esto yo pensaré que vive mi Feliciano, pues es su sangre su (122) hermanito y está en su sangre su fe; [no, pasará, desta manera, mi alma de un muerto a un vivo.
- ALBANO. Más pena de oír recibo tan espantosa quimera.
- ¿Qué dices desto, Laurencio?
- LAURENCIO. Que se ha burlado Clavela, porque con esta novela ponga a mis ruegos silencio.
- ALBANO. Ya, pues mi mucha blandura no es parte para ablandarte, y parece que rogarte antes te vuelve más dura,
- ¿por Dios, que te he de quitar la vida en este aposento, o has de hacer mi pensamiento!
- CLAVELA. ¡Señor!
- ALBANO. ¿No hay que replicar?
- ¿Soy padre, o qué soy?
- LAURENCIO. Señora, mira que a tu padre indinas. (123)
- ¿Qué es lo que hacer imaginas, no le obedeciendo agora?
- CLAVELA. Meterme en un monasterio.
- ALBANO. No quiero sino casarte.
- CLAVELA. Pues mátame.
- ALBANO. ¿Ya es matarte, villana!, el darte a Liberio?
- LAURENCIO. Señora, por Dios que mires que yerras en lo que haces, que mal tu honor satisfaces porque llores y suspires.
- Dame, Clavela este "sí";
- ¿mira que muero por él!
- ALBANO. Y cástate ya (124) con él, por Dios, por él y por mí.
- LAURENCIO. ¡Ea, señora! ¿Qué dudas?
- CLAVELA. ¡No me apretéis desa suerte!
- ALBANO. ¡Acaba, ya mármol fuerte, que a ningún aire te mudas!

- CLAVELA. ¿Qué he de hacer? Digo que sí, porque forzada y rogada no es mujer, es piedra helada la que no se rinde así.
- ALBANO. ¡Dame esos brazos, mi bien!
- LAURENCIO. Y a mí, Clavela, pues creo que conocéis mi deseo.
- LEONORA. Y a mí, señora, también.
- ALBANO. ¡Ea, vaya fuera el luto! (125)
- Vé tú avisar a Liberio.
- LAURENCIO. ¡Qué albricias!
- ALBANO. ¿Por qué misterio (126)
- dió tu dureza este fruto?
- Luego te viste de bodas, y huélguese aquesta casa.
- LEONORA. ¡Ea, Clavela se casa; vengan las vecinas todas!
- ALBANO. Cíñese aquí la hermosura de Valencia, y tú preside, que es con quien decillo (127) mide gracia, donaire y ventura.
- No estés triste, dame un día que me aumente otros diez años.
- CLAVELA. ¡No acaba, esposo, mis daños tu muerte, sino la mía!

(*Vanse, y salen LIBERIO y TANCREDO.*)

- TANCREDO. ¿Para leerle siquiera no tomarás el papel?
- ¿Hay algún veneno en él?
- LIBERIO. Como veneno me altera.
- ¿Ves que trato de casarme, y cuán cerca dello estoy, y de ligero que voy no pesa el peso un adarme, y dasme papel de Otavia hermana (128) de aquel cruel

(125) En las tres ediciones:

*Ea vaya fuera el llanto.*

(126) *M y B.*

LAURENCIO. *Que albricias.*

CLAVELA. *Porque miseria.*

ALBANO. *Porque misterio dió tu dureza este fruto.*

*Ba.*

LAURENCIO. *¿Qué albricias!*

CLAVELA. *Por qué misterio?*

ALBANO. *Por qué misterio dió tu dureza este fruto?*

(122) *Ba mi.*

(123) En las tres ediciones: *indignas.*

(124) *M y B: Y ya casarte.*

(127) *B y Ba: decílle.*

(128) *M y B: en mano.*

que con ser muerto por él  
tanto Clavela me agravia?  
¡Déjame, Tancredo, y vete.

TANCREDO. ¡Ea!, para entre los dos.  
LIBERIO. Mira que dice, ¡por Dios!,  
que es Tancredo alcagüete. (129)

TANCREDO. Como eso será por ti  
lee tú, y veráslo aquí.

LIBERIO. ¿Qué quiere aquesta (130) mujer?

TANCREDO. Algo debe de querer  
¿Es carta escrita de mano  
enferma de pestilencia,  
que entra la misma (131) dolencia  
por la vista al que está sano?

Lee, que no has de enfermar  
del amor que tiene Otavia.

LIBERIO. ¡No que fuera mal de rabia,  
que es aborrecido amar!

Aunque el mismo mal me mata,  
pues aborrecido adoro  
quien a tanto amor y oro  
tan de una manera trata.

Léele, ¡por tu vida!

TANCREDO. Di  
de Clavela.

LIBERIO. Muestra (132) acá.

TANCREDO. Quita la nema.

LIBERIO. Ya está.

TANCREDO. Pues comienza.

LIBERIO. Dice así:

(Carta.)

“Desde el primero día, que me engañaste,  
te he querido, Liberio; porque el amor de las  
mujeres asienta mejor sobre el engaño de los  
hombres que sobre la buena correspondencia.  
Cuando fui a ver a mi hermano, casado con  
la mujer que agora procuras, me debiste los  
pasos de aquel atrevimiento, y agora, que tú  
mismo eres el desposado, me deberás los de  
mi muerte.”

LIBERIO. ¿Matarse quiere?

TANCREDO. Sin duda.

LIBERIO. ¿Créselo tú?

TANCREDO. ¡No, por Dios!

LIBERIO. No solamente los dos,  
ni todo el mundo que acuda;

que cuando alguna mujer  
dice que se ha de matar,  
come de puro pesar,  
y duerme para comer.

LIBERIO. Yo pienso que ella imagina  
que ya la imagino yo  
como Lucrecia se vió  
al descubrir la cortina.

Mas que se mate o no mate,  
yo estoy tal, si está más terca  
Clavela, que voy muy cerca  
de hacer algún disparate.

TANCREDO. ¿No es éste Laurencio?

LIBERIO. El mismo.

(Sale LAURENCIO.)

LAURENCIO. Es rogar una mujer  
querer un ángel hacer  
de una furia del abismo.

LIBERIO. ¿Cómo, Laurencio?

LAURENCIO. ¡Oh, Liberio!

Más dura está que solía.

Ya está monja en la Zaidia.

LIBERIO. ¿Cómo? ¿Fuése al monasterio?

LAURENCIO. Venció la importunación (133),  
y a este paso la dureza.

LIBERIO. Villana naturaleza;  
indómita condición.

¡Oh, muerto el más venturoso  
que dejó moza mujer,  
¿tal firmeza puede ser  
que engendre una hora de esposo?

¿Quién dice que las mujeres  
son fáciles? ¡Vive Dios  
que nos matemos los dos,  
Clavela! Pues ¿tú lo eres?

No escriba el mundo los siete  
que alaba tanto la fama (134),  
los que tan famosos llama,  
que no olvidarlos promete.

Plinio ¿por qué no se espanta  
con sus piedras monstruosas,  
Roma con sus castas diosas,  
de que tuvo copia tanta?

Vengan todos a Valencia:  
verán en una mujer  
milagros, fama, poder  
y castidad en ausencia.

LAURENCIO. Acabada esa oración,

(129) *Ba. alcachute.*

(130) *M. aquí está.*

(131) *B y Ba: misma.*

(132) En las tres ediciones: *muestrale.*

(133) *M: impornacion.*

(134) *Ba y B: Falta este verso.*

¿podréte hablar? (134 bis)

LIBERIO. ¿Qué me quieres?

LAURENCIO. Milagros, fama y mujeres,  
todos de tu parte son.

Ya ha dado Clavela el sí.  
¿Vaste? ¡Espera!

(Vase LIBERIO.)

TANCREDO. Harto responde.

LAURENCIO. Pues ¿dónde va?

TANCREDO. No sé dónde.

Bien se ha vengado de ti (135).

Apenas oyó que había  
dado el sí, cuando volvió  
las espaldas.

LAURENCIO. Respondió  
que responder no podía.

Sin duda que parte allá.

Las albricias he perdido  
sólo por andar fingido.

TANCREDO. Muy bien empleado está.

LAURENCIO. Voy a vestirme de fiesta.  
No entiendan que me ha pesado,  
que es Liberio mi cuñado  
aunque no me dió respuesta.

(Vanse, y salen FELICIANO y CELIO, galanes, y FÁTIMA, de esclavo.)

FELICIANO.

Por mi fe que venimos muy galanes.

CELIO.

Apenas se acabaron los vestidos.

FELICIANO.

¿Qué haremos entre tanto que la noche  
nos da lugar para cruzar la puerta  
de mi dulce Clavela, de mi esposa.

FÁTIMA.

¿Aun eso (136) agora quieres que te sufra?

FELICIANO.

Como eso sufrirás agora, Fátima,  
en viendo la hermosura de Clavela.  
Fátima, vive el cielo que hasta agora  
a ninguna de entrambas he ofendido  
el amor que se debe a un amor sólo.

(134 bis) *Ba: podré hablarte?*

(135) *En las tres ediciones: sí.*

(136) *Ba: esto.*

Cristiano soy en esto, y tan cristiano,  
que algunas veces me has encarecido  
lo que mi ley me debe en esta parte.

CELIO.

Fátima, mi señor por el camino,  
y amor también, que del camino nace,  
que el camino y la cárcel, como dicen,  
la mayor amistad y amor engendran,  
me ha dicho que, pues él tiene a Clavela  
y no puede acudir al amor tuyo,  
contigo partirá dinero y joyas,  
que bien serán catorce mil escudos,  
y esos te dan en dote con un hombre  
nacido entre Aragón y Cataluña,  
que soy yo, por tu vida, y tan hidalgo  
como en tu ley lo fuiste. ¿Qué respondes?

FÁTIMA.

Ya después que ese perro de tu amo,  
tan avariento de su amor conmigo  
me ha mostrado su pecho cauteloso,  
determiné pedirle yo lo mismo;  
que, como allá decís los españoles,  
al mal pagador, siquiera en pajas.

CELIO.

¿Luego paja soy yo?

FÁTIMA.

Si tu amo es noble,  
¿no está claro que es limpio trigo,  
y tú, que sirves de crecer la parva,  
la paja que debajo rompe el trillo?

CELIO.

Salga comparativa, poco a poco,  
que aun no conoces el amor que tengo  
después que me han tocado las narices  
los floridos azahares de Valencia.

FÁTIMA.

Tu buen amor, y tu donaire, Celio,  
señor te hacen de mis brazos: tómalos.

CELIO.

Y a mí, por ti, de recibillos (137): dácalos.

FELICIANO.

¡Por Dios que estáis de fiesta echando esdrújulos!

(137) *Ba: recibirlos.*



CELIO.

¿Quién no ha de enloquecer, amo querido,  
amo del alma, viéndose en su tierra  
con quince mil ducados y esta moza?  
¡Así no fueras galga!

FÁTIMA.

Mientes, Celio,  
que ya estoy aprendiendo los artículos.

FELICIANO.

La noche se ha cerrado; que en mi vida  
he visto día tan prolijo y largo.  
Si agora Josué batalla hiciera,  
creyera yo que el Sol se había parado.  
Echa por esa calle a los Mascones,  
y Fátima de hoy más se llame Fátimo,  
sin apartarse un punto de nosotros.

CELIO.

Desde agora eres mía.

FÁTIMA.

Y yo te sigo.

CELIO.

Casarse quiere Fátima conmigo.

*(Váncse, y salen ALBANO, dos PAJES con hachas.)*

ALBANO. En ese patio poned  
esas dos hachas, que ya  
todo apercebido está,  
y lo que os aviso haced.

PAJE 1.º Fijadas quedan aquí.

ALBANO. La luz en noche de fiesta  
lo que pasa manifiesta.

Bien quedan las dos así.

La música no ha venido.

¿No hicistes más diligencia?

PAJE 1.º A la usanza de Valencia,  
salterio y flauta han traído.

¿Era el que dije el salterio?

PAJE 1.º El mismo.

ALBANO. Pues toque al punto  
que venga el escuadrón junto  
que hoy acompaña a Liberio.

PAJE 1.º Sin duda el viejo caduca.

¿Qué chirimías les tiene?

Pues ¿qué colación previene?

PAJE 2.º Alguna entisán con ruca.

Pero Liberio es galán,  
y han de rodar canelones.

PAJE 1.º ¿Cuanto te dió?

PAJE 2.º Tres doblones.

PAJE 1.º ¿Quién es padrino?

PAJE 2.º Don Juan.

Ya viene todo el ruido:

di que toquen el salterio.

que ya es venido Liberio. (138)

*(Sale todo el acompañamiento, y LIBERIO, galán, con LAURENCIO.)*

ALBANO. Señal, Liberio, bien venido.

LIBERIO. ¿Dónde está, señor (139), mi es-

ALBANO. Ya os aguarda: entrad. [posa?

LIBERIO. ¿Qué día!

¿No esperaba el alma mía

verse en hora tan dichosa!

*(Váncse, y salen FELICIANO, CELIO y FÁTIMA.)*

FELICIANO. De poner la planta en ella  
un nuevo aliento he cobrado.

CELIO. Sin duda el aire te ha dado

de tu esposa, airosa y bella.

FÁTIMA. ¿Ya vas tomando el humor?

FELICIANO. Que no me mate alegría

de verme en vos, calle mía,

como en ausencia el dolor.

¿No te parece que entramos

a mi jardín lleno de flores?

FÁTIMA. A la calle dice amores,

¡con buena luna llegamos!

FELICIANO. ¡Oh, rejas que de mí llama

sois testigos y mis quejas!

FÁTIMA. Si eso dices a las rejas,

¿qué has de decir a la dama?

FELICIANO. Esperad. ¿Qué hay a la puerta?

CELIO. Dos hachas están aquí.

FELICIANO. ¿Hachas, Celio?

CELIO. Señor, sí.

FELICIANO. ¡Ay, Celio. Clavela es muerta!

CELIO. ¿Desmáyate, por tu vida!

FELICIANO. ¿Pues hachas y ausente yo?

CELIO. Quizá de aquí se mudó,

o la casa se me olvidó.

FELICIANO. Es de su padre y su abuelo;

¿cómo se pudo mudar?

CELIO. ¿No puede su padre estar,

como su abuelo, en el cielo,

y haberse después vendido,

o haberse esta noche muerto?

(138) Ba. Falta esta escena.

(139) Ba. Falta señor.

FELICIANO. Entra y sabráslo de cierto.  
 CELIO. Voy.  
 FÁTIMA. ¿Si saben que has venido?  
 FELICIANO. Viniendo yo de secreto,  
 nadie lo pudo saber,  
 ni era justo fiesta hacer;  
 que a un desterrado, ¿a qué efeto?  
 Y sin duda fiestas son,  
 que hallé (140) en el patio gente.

(Sale CELIO.)

CELIO. ¡Jesús!  
 FELICIANO. ¿Qué es esto? ¡Detente!  
 FÁTIMA. ¿Has visto alguna visión?  
 CELIO. Di por mil veces Jesús.  
 FELICIANO. ¿De qué pierdes los estribos?  
 CELIO. Más valiera estar cautivos  
 en Fez, Marruecos o en Sus.  
 FELICIANO. ¿Quieres darme algún picón?  
 CELIO. A fe que te ha de picar.  
 FELICIANO. Pues acaba ya de hablar,  
 o sácame el corazón.  
 CELIO. Clavela está ya casada,  
 que han pensado que eres muerto,  
 con el hermano de Alberto,  
 a quien diste la estocada.  
 FELICIANO. ¿Ha muchos días?  
 CELIO. Agora  
 se acaban de desposar.  
 FELICIANO. ¿Y deso me he de picar?  
 Mirad lo que el necio llora.  
 ¿Hay hombre más venturoso?  
 CELIO. ¿Y si el otro está acostado?  
 FELICIANO. No seas, Celio, pesado  
 ni te precies de enfadoso,  
 que si acostado estuviera  
 ya no hubiera hachas aquí.  
 CELIO. Bien has dicho.  
 FELICIANO. En la luz di  
 como mariposa al fuego.  
 FÁTIMA. Agora acabo de ver,  
 cristiano, tu dicha y nombre,  
 pues casi un dedo de un hombre  
 veniste (141) hallar tu mujer.  
 FELICIANO. ¡Ay, Fátima, en estos puntos  
 tienes al honor gran miedo;  
 no me quites ese dedo,  
 que vendrán a quedar juntos.  
 FÁTIMA. ¿Por qué no les escribías

que eras vivo en Tremecén?  
 FELICIANO. Por daríes el parabién  
 al cabo de algunos días.  
 ¿Oh, cuánto el descuido trueca!  
 Que voluntad de mujer  
 como jardín viene a ser (142):  
 que sin la lluvia se seca.  
 Entremos dentro embozados,  
 hasta ver en lo que para.  
 CELIO. Mas si un poco se tardara,  
 él los hallaba acostados.

(Vanse, y salen todos, y el PADRE y desposados.)

LIBERIO.

Hanme favorecido con extremo,  
 y más en irse que en acompañarme.

PADRINO.

Mi parabién, Liberio, es el postrero,  
 aunque, pues tanto estimo el agradaros,  
 en entrando quisiera haberle dado,  
 para dejaros con Clavela solo,  
 que es la fiesta mayor que puede hacerse.  
 El cielo os guarde, y vos veáis, Albano,  
 dichosos nietos de tan buenos hijos.

LIBERIO.

De mi parte, señor, los pies os beso.

(Salen, embozados, FELICIANO, CELIO y FÁTIMA.)

CLAVELA.

Yo de la mía.

ALBANO.

Y yo por las (143) de entrambos.

LAURENCIO.

Solo he quedado; plega a Dios, Liberio,  
 que os gocéis muchos años con Clavela.

FELICIANO.

Despidiéndose della está Laurencio.

CELIO.

Pues qué, ¿vanse acostar?

FELICIANO.

¿Luego eso dudas?

(140) Ba: que allí hay.

(141) Ba: veniste a.

(142) Ba: a hacer.

(143) En las tres ediciones: y yo por los.

LIBERIO.

En el mismo lugar del muerto hermano,  
Laurencio, os tengo.

LAURENCIO.

Y yo también del mío.

FELICIANO.

¿Que este traidor los junte desta suerte?

CELIO.

¿Por qué es traidor, sabiendo que eres muerto?

FELICIANO.

¿Qué importa, si era este hombre mi contrario?  
Y cuando fuera amigo, fué mal hecho;  
otro lo concertara, no mi hermano.

CELIO.

Dijome un paje que pidió Clavela  
su libertad antes que la entregase,  
y que la dió forzándola su padre  
y una daga poniéndola a los pechos.

FELICIANO.

Bien se ve en ella, Celio, y la tristeza  
con que apenas del suelo alza los ojos.  
No ha visto el suelo tales tres (144) engaños.  
Clavela piensa que Liberio agora  
la ha de gozar, y que en sus brazos duerme,  
y ha de dormir en los dichosos míos.  
Liberio piensa que a Clavela tiene  
segura entre sus brazos esta noche,  
y ha de tener los brazos de esta espada  
si por ventura en algo me replica.  
Albano, pues que ya me piensa muerto,  
su aborrecido yerno será vivo.

FÁTIMA.

Paso, que acaban ya los cumplimientos.

LIBERIO.

Aún no han salido todos de la sala.  
Tres hombres hay aquí. Tancredo, llega  
y diles que se vayan, que ya es hora.  
Dí que me aguarda un siglo de deseos.

TANCREDO.

¡Ah, caballeros; esto es acabado;  
cesó la fiesta, y el padrino es ido.

Las damas estan ya en sus casas todas,  
y los novios querrian acostarse.

FELICIANO.

Pues si se quieren acostar, acuéstense.

TANCREDO.

¡Gentil razón y cortesano término!  
¡Habéis de ver la desposada en carnes?

FELICIANO.

Podría ser, que aquí lo piensa alguno.

TANCREDO.

Ya se acabó la fiesta, y los rebozos,  
los donaires, son buenos entre muchos;  
pero parecen mal estando solos.

FELICIANO.

Yo he respondido.

TANCREDO.

Basta, que han dado  
en que no han de salirse de la sala.

LAURENCIO.

¡Gentil término es ése!

LIBERIO.

Ven, Laurencio;  
acuérdate que hice yo otro tanto,  
y que un hermano me costó la fiesta,  
y a ti también el muerto Feliciano.  
Si quieres que yo mate alguno déstos,  
traza debe de ser, para que otro  
después venga a gozar de mi Clavela  
sí, huyendo yo, también el mar me sorbe.

LAURENCIO.

Palabra doy de no decilla mala,  
sino rogalles (145) que se vayan luego.

LIBERIO.

Desa (146) manera, parte. Mi Clavela.  
¿por qué no alzáis aqueso hermoso rostro?

LAURENCIO.

Caballeros, bastaba haberme visto  
venir, como en persona a hablaros vengo,  
para saliros luego de la sala.

(145) *Ba. decirla, y rogarles, respectivamente.*

(146) *Ba. de essa.*

(144) *Ba. Falta tales.*

que esta casa es ajena, y no parece término hidalgo que a tal hora y solos queráis acompañar los novios tanto. Suplicoos que os salgáis.

FELICIANO.

Señor hidalgo, el que trazó tan bien el casamiento, [tos, el que es tan buen (147) hermano de los muertos; qué bien honráis (148) los enemigos vivos! Yo estoy donde ni él ni el desposado ni todo el mundo junto podrá echarme, porque, en fin, a pesar de mala sangre y de hermanos fingidos, pienso agora volver por el difunto Feliciano.

LAURENCIO.

Caballero, si sois pariente suyo, mirad que yo he tenido aquí buen celo; que muerto ya mi hermano, no era justo que Clavela tuviese mal suceso; yo vuelvo por su honor y por el mío, y a no haber dado al novio la palabra de no alterar su casa...

FELICIANO.

Paso, paso, que si eso hacéis os costará la vida.

LAURENCIO.

¿Hase visto negocio semejante?

LIBERIO.

¿Qué es eso?

LAURENCIO.

Un hombre bárbaro, un demonio que allí se quiere estar.

LIBERIO.

¿Cómo?

LAURENCIO.

Por fuerza.

LIBERIO.

Ese hombre es echadizo. Entrad, Clavela, cerrarán (149) esta cuadra de la cámara, y dormirá en la sala norabuena.

ALBANO.

Pues cómo, ¿ha de sufrirse esto en mi casa? ¿En mi casa esta fuerza?

LIBERIO.

Padre mío, por Dios os ruego que tengáis la cólera, no se venguen de mi mis enemigos.

ALBANO.

Pues cómo, ¿ha de quedarse dentro un hombre? ¿Somos hombres aquí? Dame una espada.

LIBERIO.

Padre mío, teneos. Mi Clavela, conmigo entrad.

FELICIANO.

Detente.

LIBERIO.

Hombre, ¿quién eres, que así estorbar mi casamiento quieres?

FELICIANO. Feliciano.

LIBERIO. ¿Quién es?

FELICIANO. Yo;

[yo] soy Feliciano.

ALBANO. ¡Ay, cielo!

FELICIANO. Vivo estoy, que muerto no.

CLAVELA. Toda me ha cubierto un yelo.

LIBERIO. ¡Ved a qué tiempo llegó!

LAURENCIO. ¡Hermano mío!

FELICIANO. ¡Desvía!

Dadme vos, Clavela mía, esos brazos.

CLAVELA. ¿Es mi bien?

FELICIANO. Soy, ¡mi vida! el mismo.

LIBERIO. ¿A quién tanto mal venir podía?

ALBANO. ¡No se tardara dos horas!

¿No eras muerto, Feliciano?

FELICIANO. ¡Mi bien! ¿De contento lloras?

LAURENCIO. ¡Dame esos brazos, hermano!

FELICIANO. ¡Quita esas manos traidoras!

LAURENCIO. Tú te informarás mejor, y conocerás mi amor.

LIBERIO. Tancredo, dame un cordel.

¿Pudo a tiempo más cruel llegar este hombre?

TANCREDO. Señor...

LIBERIO. ¿Qué es lo que quieres?

TANCREDO. No hagais extremos.

(147) *Ba tambien.*

(148) En las tres ediciones: *honras.*

(149) En las tres ediciones: *y cerrar.*

LIBERIO. ¡Vete de ahí!

FELICIANO. Mi amor, Clavela, me pagas;  
que cuanto pasé por ti  
es bien que me satisfagas.

Liberio, a tu hermano he muerto,  
pero sabido (150) el concierto  
y que es tu esperanza vana,  
te quiero dar a mi hermana,  
si en esto a servirte acierto.

LIBERIO. Bien creerás que todo el cielo  
me ha perseguido este día;  
pero agradezco tu celo:  
no nació para ser mía  
la mejor mujer del suelo.

Habráme de consolar  
el emparentar (151) contigo.  
¡Que agora vino a llegar!  
¡Ah, duro tiempo enemigo,  
bien lo pudiste estorbar!

¿No había rayos, no había true-  
agua faltó? [nos,

ALBANO. Feliciano,  
no echo a Liberio menos,  
pues ya, muerto vivo, gana  
hijo de padres tan buenos.

Quiero abrazarte.

FELICIANO. Señor,  
después que mi larga historia  
vengas a saber mejor,  
tendrás por mayor vitoria  
la que juzgaste menor.

Traigo treinta mil ducados,  
a un moro alarbe quitados.  
Llégate, Fátima, aquí.

CLAVELA. ¿Es mujer?

FELICIANO. Señora, sí.  
Serenaos, ojos airados,  
que casada viene ya.  
y aquí su marido está.

CLAVELA. ¡Pesárame de otro modo!

LIBERIO. ¡Allá lo gozara todo,  
y nunca viniera acá!

¿No hubo dónde cayese,  
no hubo una calentura  
que un hora le detuviese!

ALBANO. Mucho estimo tu ventura.

LIBERIO. No hay cosa que no me pese.  
Goza mil años tu hacienda,  
que también la tuya es mía,  
que no por ella se entienda  
que he recibido (152) alegría,  
sino por hallar tal prenda.

Mas, dime, ¿aquel pobre paje  
que era de honrado linaje,  
en qué paró?

FELICIANO. Allí quedó.

LEONORA. ¿Que se ahogó Celio?

FELICIANO. ¿Pues no?

Perdióse entero el pasaje. (153)

LEONORA. Hábiame prometido  
que sería mi marido.

FELICIANO. De Fátima lo era ya.

LEONORA. Pues muy bien ahogado está,  
y que antes hubiera sido.

CELIO. Poquito deso (154), Leonora,  
que vivo estoy, Celio soy.

FÁTIMA. Y yo su mujer, señora.

LAURENCIO. Hermano, aquí solo estoy.  
¿No me abrazarás agora?

FELICIANO. Doyte mis brazos.

ALBANO. Bien sella  
su vida.

FELICIANO. Y la historia bella  
aquí puede fin tener,  
pues se ha visto una mujer  
viuda, casada y doncella.

FIN DE LA COMEDIA DE LA "VIUDA, CASADA  
Y DONCELLA".

(150) *Ba: sabiendo.*  
(151) *M y B: aparentar.*

(152) *Ba: recibido.*  
(153) *En las tres ediciones: pataque.*  
(154) *Ba: de esso.*

# YA ANDA LA DE MAZAGATOS

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

## PERSONAS:

DON MANRIQUE.  
EL REY DON PEDRO.  
PASQUAL, villano.  
DON JUAN.  
D. ALVARO, viejo.  
NUÑO, viejo.

GUTIERRE.  
TRONERA.  
LORENZO.  
UN ALCALDE VILLANO.  
LAIN.  
FELICIANO.

ELVIRA, villana.  
DOÑA ELVIRA.  
TERESA.  
VILLANOS.  
MÚSICA (1).

## PRIMERA JORNADA

(Salen DOÑA ELVIRA, con luz, y DON MANRIQUE.)

DOÑA ELV. ¿Ya te vas, Manrique?

MANRIQUE. Sí.

DOÑA ELV. Poco cariño (2) a mi amor.

(1) A: Dn. Manrique; D.<sup>a</sup> Elvira; Dn. Alvaro, viejo; Dn. Juan; Feliciano, criado; Elvira, villana; Teresa, villana; / Pasqual, villano; Nuño, viejo, billano; Perote (tachado, y al lado, con letra y tinta distintas: Tronera), lacayo; Gutierre; Lain; Lorenzo; el Rey Dn. Pedro; un alcalde villano; criados.

D: Manrique; Rey; Pasqual; Dn. Juan; Dn. Alvaro, viejo; Nuño, viejo; Gutierre; Tronera; Lorenzo; Alcalde; Lain; Feliciano; Elvira; Theresa; 2 villanos; Música.

En B hay el siguiente Repartimiento: Manrique—1.<sup>o</sup>; Rey—2.<sup>o</sup>; Pasqual—3.<sup>o</sup>; Dn. Juan—Sobresaliente; Dn. Alvaro, viejo—2.<sup>o</sup> Barba; Nuño, viejo—1.<sup>o</sup> Barba; Gutierre—Huerta; Tronera—Garrido; Lorenzo—Gonzalez; Alcalde—Coronado, Lain—Paco; Feliciano—Moncin; Elvira—1.<sup>a</sup> Dama; D.<sup>a</sup> Elvira—2.<sup>a</sup>; Teresa—Ibañez; Villano 1.<sup>o</sup>—Alfonso; Villano 2.<sup>o</sup>—Correa; Música—Mendez.

En C hay este otro: Dn. Manrique—Juan Ramos; El Rey Dn. Pedro—Vis[en]te Galban; Pasqual, villano—Tomás Ramos; Dn. Juan—Robles; Dn. Alvaro, viejo—Vis[en]te Ramos; Nuño, viejo—Ruano; Gutierre—Huerta; Tronera, gracioso—Garrido; Lorenzo—Gonzalez; Un Alcalde villano—Coronado; Lain—Paco; Feliciano—Moncin; Elvira, dama—Mera del Rosario; D.<sup>a</sup> Elvira, 2.<sup>a</sup> dama—Paca M[a]rtimeja; Teresa, graciosa—Ibañez; Villano 1.<sup>o</sup>—Alfonso; Villano 2.<sup>o</sup>—Correa; Música—Mendez.

(2) A: Entre cariño y a mi amor, tachado te debo.

MANRIQUE. Mas detenerme es (3) error,  
Doña Elvira.

DOÑA ELV. ¿Por qué?, di.

¿Tanto deseo al venir,  
tanto afán al suspirar,  
sólo han venido a parar  
en la prisa del partir!

¿Qué bien hace la mujer  
que se mantiene constante  
en no dar crédito a amante,  
por más que llegue a querer!,  
que a su daño le provoca  
permitiros la ocasión,  
falsos en el corazón,  
pero finos en la boca.

Sin duda que de otra dama  
el ansia te está llamando.

MANRIQUE. Cuando el alma te está amando,  
así tu labio me infama?

DOÑA ELV. Mucho (4) temo que tirano  
pagues lo que te he querido.

MANRIQUE. De que seré tu marido  
no te di palabra y mano?

Pues ¿por qué injustos recelos  
tienes de mi fino trato?

DOÑA ELV. Creo (5) que has de ser ingrato.

MANRIQUE. Esos son mentales celos.

DOÑA ELV. A mi pasión interpreta

(3) A: Entre detenerme y es, tachado no puedo.

(4) A: Entre mucho y temo, tachado siento.

(5) A: Antes de creo, tachado temo.

tu cuidado lo enojada.  
 MANRIQUE. No por más desconfiada  
 pretendas ser más discreta:  
 tus sospechas satisfago:  
 ya (6) sabes que está en Ayllón  
 el Rey, y en esta ocasión  
 a las sierras de Buitrago  
 ha de ir a caza; conviene  
 hallarme, Elvira, con él;  
 conmigo será cruel  
 tu amor, si más me detiene.  
 pues la posta he de correr  
 saliendo el sol; no porfies,  
 ni de mi fe desconfíes.

Doña ELV. No te espantes: soy mujer.

MANRIQUE. Haz mayor estimación  
 de mi amor y tu recato.

Doña ELV. Tienes opinión de ingrato.

MANRIQUE. ¿Y una vulgar opinión  
 puede más que tu experiencia?

Doña ELV. Es Amor desconfiado.

MANRIQUE. Correspondido y pagado,  
 más es tema que prudencia:  
 ya sabes que es mi enemigo  
 tu hermano, y posible fuera  
 que gusto no recibiera  
 en que te cases conmigo.

Doña ELV. Pídenme a mi padre.

MANRIQUE. Ha sido  
 mi opuesto: yo dispondré  
 otro medio en que podré  
 lograr...

(Dentro, DON ALVARO.)

[ALVARO.] ¿Quién hace aquel ruido?

(Dentro, DON JUAN.) (7)

[JUAN.] Hacia el cuarto es de mi herma-

Doña ELV. ¡Mi padre y mi hermano son. ¡Na.  
 Manrique!

MANRIQUE. ¿Qué confusión!

[ALVARO.] ¡Sígueme!

Doña ELV. ¡Suerte tirana!

Esconderte es mejor medio.

MANRIQUE. ¿Yo me había de esconder?

Diré que eres mi mujer.

Doña ELV. Hasta que halles otro medio

más conveniente a mi honor,  
 es arriesgarme.

MANRIQUE. Eso intento:  
 retírate a tu aposento,  
 porque el paso mi valor  
 le buscará.

Doña ELV. ¡Triste suerte!

(Fase, y salen DON ALVARO y DON JUAN.)

MANRIQUE. Mato la luz.

ALVARO. ¡Feliciano.

trae luces!

MANRIQUE. ¡Hado tirano!

JUAN. ¡Primero hallará su muerte  
 quien intentó (8), poco sabio,  
 de aquesta casa (9) el baldón!

(Trán los tres a tienta, hasta que, con los versos,  
 encontrará DON JUAN a MANRIQUE, y le asirá de  
 un escudo de la capa.)

ALVARO. ¡Nadie mancha mi opinión,  
 y si intentaron mi agravio,  
 sabrá mi acero...!

MANRIQUE. ¿Qué airada  
 es mi estrella!

JUAN. ¿Quién va, digo?

MANRIQUE. ¿Qué haré?

JUAN. ¡Ya hallé a (10) mi enemigo!  
 ¿No responde?

(Tira DON JUAN del escudo de la capa de MANRIQUE,  
 y se queda con él.) (11)

MANRIQUE. ¡Con la espada  
 la respuesta dar intento!

JUAN. ¡Villano, te hará pedazos  
 mi valor!

ALVARO. ¡Si no, mis brazos  
 guardan furor más violento.

MANRIQUE. La puerta hallé; no es temor  
 el que cuerdo me retira.

(Fase MANRIQUE, y riñen DON JUAN y DON ALVARO.)

(8) A: yntente; entre yntente y poco, tachado el desonor.

(9) A: Entre casa y el, tachado traidor.

(10) A: Falta a.

(11) A: Tira del escudo de la capa Dn. Juan y se queda con el y riñen. Manrique alla la puerta y riñen Dn. Juan y Dn. Alvaro.

(6) A: Antes de ya, tachado el rey.

(7) A: Falta esta acotación.

sino mirar que de Elvira  
no se atropellé el honor. (12)

JUAN. ¡Pero ya le hallé!

ALVARO. Este (13) fué  
el que don Juan encontró.

JUAN. ¡La muerte le daré yo!  
¡Hoy mi honor satisfaré!

*Salen FELICIANO y Doña ELVIRA, con luces, por distintas puertas.*

FELICIANO. ¿Qué es esto?

Doña ELV. (14) Pues ¿quién se atreve...?

ALVARO. ¡Vil afrenta (15) de mis años!

JUAN. ¡Fiera causa de mis daños!

ALVARO. ¿Por dónde se fué el (16) aleve?

JUAN. ¡Seguiréle! (17)

ALVARO. ¿Ya no ves  
que es en vano?

Doña ELV. ¡Muerta estoy!

JUAN. ¡A vengar mi afrenta voy!

ALVARO. Le calzan alas los pies  
a quien tan ligero escapa,  
y se hace ave, sombra o sueño.

JUAN. No deja indicio pequeño  
el escudo de la capa  
que le arranqué.

ALVARO. Pues ¿qué importa,  
si no pudo la fiera  
arrancarle la cabeza?

Doña ELV. Señor, el dolor reporta,  
que de todo lo que pasa  
ignorante, salí al ruido.

ALVARO. Es el último estallido  
que da el honor de esta casa.

¡Ay (18), don Juan! No se pu-  
[blique

nuestra afrenta, el labio (19) calle  
porque la venganza (20) halle  
la ocasión.

JUAN. ¿Si es don Manrique?  
el que encontré?

ALVARO. No, no ha sido

(12) *A:* Este y los tres versos anteriores, escritos al margen, verticalmente.

(13) *A:* Antes de *este*, tachado *testigo*.

(14) *A:* Antes de *pues*, tachado *ermano señor*.

(15) *A:* Entre *de* y *mis*, tachado *mi honor*.

(16) *A:* Entre *el* y *aleve*, tachado *traidor*.

(17) *A:* *seguirle*; *B, C, E:* *seguirle*; *D:* *seguirle*.

(18) *A:* *oi*.

(19) *A:* *labio*.

(20) *A:* Entre *venganza* y *alle*, tachado *calle*.

Manrique, y es ilusión  
pensar que estando en Ayllón  
con el Rey, haya venido

a Segovia; y luego, siendo  
mi enemigo capital,  
es fuerza que quiera mal  
a Elvira.

JUAN. Yo no lo entiendo.

ALVARO. Vamos al remedio. Elvira,  
la vida y el ser te he dado,  
amor mi enojo ha templado,  
ya es pasión lo que antes ira:  
¿quién era aquel hombre? ¡Mira  
a quien las rosas entregas  
de tus años!

Doña ELV. ¿Qué me ruegas,  
ni adviertes? ¿Puede yo ver  
hombre alguno?

ALVARO. Eres mujer,  
y obstinadamente niegas.

JUAN. No teme su enfermedad  
quien al médico la encubre;  
quien al padre no descubre  
su flaqueza y liviandad,  
ama su propia (21) maldad,  
pues el mismo honor desprecia:  
no eres Porcia, ni Lucrecia.

Doña ELV. Soy mujer pundonorosa,  
y si piensas otra cosa,  
te engañas y...

ALVARO. ¡Calla, necia!  
¡Ketirate!

Doña ELV. [*Ap.*] En vano aliento,  
viendo mi muerte tan clara.

¡Quién a (22) Manrique avisara!  
Llevarla a Burgos intento.

ALVARO. Pague allí su atrevimiento, (23)  
JUAN. siendo monja, tal hermana. (24)  
Mancha de mujer liviana. (25)  
con sangre se ha de lavar.

ALVARO. Para enseñarme a llorar  
va saliendo la mañana.

Don Juan, de aqueste secreto,  
que con tanto dolor sabes,

(21) *B:* *propria*.

(22) *A:* Después de *a*, tachado *Fadri*.

(23) *B:* Entre este verso y el anterior, tachado  
*siendo monja tal hermana*.

(24) *A:* *siendo monja con mi hermana*; *C, D, E:*  
*en un claustro tal hermana*, escrito en un claustro  
encima de *siendo monja*, tachado.

(25) *A:* Atribuido primero este verso *D. Albr*,  
tachado después.



JUAN. los dos tenemos las llaves.  
Pues guárdelas el respeto  
para que tengan efeto (26)

ALVARO. Argos del honor seamos;  
las venganzas que intentamos.  
de esa capa, el fiero escudo  
contra mi honor fiscal mudo (27).

JUAN. Sí haré.  
ALVARO. ¿Vamos?  
JUAN. Vamos.

(*Vanse, y salen ELVIRA, villana, y TERESA.*) (28)

TERESA. Elvira, tu primavera,  
aun más que el abril florida,  
pues la envidia de tus ojos  
parece que la marchita,  
no es razón que con los años  
aje la pompa más linda:  
cásate, pues, en la aldea;  
de los garzones que miras  
el más bizarro es Pascual.

ELVIRA. Es verdad, y su porfía  
no me cansa.

TERESA. Siendo así,  
¿qué melindre (29) te retira?  
No aguarden tus juveniles  
años a pasar la línea  
de la vejez, que el Amor  
con los viejos no hace liga,  
que hace la guerra con mozos.

ELVIRA. Discreta estar solícitas  
con la ociosidad, Teresa.

(*Sale PASCUAL.*)

(26) B, C, D, E: *efecto*.

(27) A: *que deriba nuestro muro*, B: *contra mi honor fiscal mudo*, escrito en una tirita de papel, pegada sobre el verso primitivo; al margen, tachado, *contra mi honor fiscal mudo*.

(28) B: *Selva larga a la izq[ui]erd[er]a del foro casa con puerta y ventana que suben Dama y z.ª, con sus tapias, y salen Elv[ir]a y Teresa de villanas*. Tachado: *Casa pobre*. D: *Selva larga con puerta y ventana a la izq[ui]erd[er]a y tapias*. Salen, etc. Tachado: *Casa pobre*. E: Tachado: *con bal casa pobre*; a continuación: *Selva larga con balcon a la izq[ui]erd[er]a en el foro que suben dos mug[er]es*.

(29) A: *melinde*.

[PASCUAL.] ¡Qué bien, dulce prenda mía,  
me avisaron esas flores  
del prado que tú salías!  
¡Qué bien la nieve del monte,  
a tus rayos derretida,  
convirtiéndose en arroyos,  
lo publicó con su risa!  
Sólo las peñas callaron,  
y de ti saber querría  
si se lo has mandado (30) tú;  
porque eres tan parecida (31)  
a las peñas, que querrás  
que, mudas, no me lo digan.

ELVIRA. Pascual, la desconfianza,  
por más que sea entendida,  
no sé que sea discreta:  
en la aldea no se estilan  
requiebros de cortesanos,  
es la frase más sencilla:  
tus cariños ya he (32) escuchado;  
la libertad, aunque es mía,  
es razón que con el gusto  
de mi padre la dirija.

PASCUAL. Si llego a verme tu esposo,  
¿quién (33) no envidiará mis di-  
Teresa, ¿deste contento [chas?  
no aplaudes el alegría?

TERESA. No sabes lo que me debes.  
PASCUAL. Es verdad.

ELVIRA. ¿Te determinas  
a pedirme?

PASCUAL. Con vergüenza  
llegaré, aunque mi porfía  
no sé si disgustará  
a Nuño.

TERESA. Venir se mira  
hacia aquí.

PASCUAL. Si la Fortuna  
ampara las osadías,  
también (34) osado he de ser.

(*Entra, Nuño.*)

[NUÑO.] Bras, compón la jumentilla  
y parte al monte por leña.

(30) A: Escrito primero *si se los aman*; después, enmendado, poniendo la *a* de *as* sobre la *s* de *los*, y la *s* sobre la *a* de *aman*.

(31) A: Entre este verso y el anterior: *porque en señas entendida*, tachado.

(32) A: *Falta* he.

(33) A: Antes de *quien*, tachado *dulce*.

(34) A: Antes de *también*, tachado *si la osa*.

que la ociosidad no cría  
buenas costumbres jamás.

(Sale.)

PASCUAL. Señor, así eterno vivas,  
que me oigas y me disculpes;  
la ansia que el amor publica  
fuego es del alma, y así  
a la boca se encamina:  
ya comeces los ganados  
que en las dehesas vecinas  
el tapete verde nievan  
cuando a pacer se encaminan,  
lo copioso de las cabras  
que a Guadarrama se empinan,  
que a veces juzgan los ojos  
que son peñas movedizas;  
las ovejas, que en el monte,  
cuando el sol su luz declina, (35)  
parecen pellas de nieve (36)  
que del monte se derriban; (37)  
el campo lleno de vacas,  
también verás que publica  
opulencia; todo es nada  
para ofrecer a la vista  
de Elvira; sin ella soy  
pobre; con ella, la India  
corto tesoro será;  
hazme su esposo, ¡asi vivas  
la edad del fénix, que siempre  
al tiempo se immortaliza!

NUÑO. No desdeño la elección,  
Pascual; yo te daré a Elvira  
después que el agosto en parvas  
coja las rubias espigas.  
¿Qué dices, hija? (38)

ELVIRA. Señor...

TERESA. Tiene vergüenza la niña,  
y haciendo pucheros dice  
que sí.

PASCUAL. ¿Quién logró tal dicha!

(Dentro, MANRIQUE.)

[MANRI.] ¡Válgame el cielo!

(Dentro, TRONERA.)

[TRONERA.] ¿Caíste?  
¡Postillón para caídas,  
detente!

NUÑO. Postas son éstas;  
que, como en Ayllón habita  
el Rey, los más días pasan  
señores.

TERESA. Y se encamina,  
el que cayó, hacia esta parte.

PASCUAL. Teresa, saca una silla.

(Salen TRONERA y MANRIQUE.)

TRONERA. ¿Te has hecho, di, mucho mal?  
MANRIQUE. No, Tronera.

TRONERA. ¿Con tal prisa  
vienes! Y, si yo tu mal  
he de sentir, imagina  
que de lo poco me pesa.

NUÑO. Un jarro (39) de agua le sirvan.  
Id por el. Señor, sentaos,

(Cae ELVIRA y TERESA.)

que hallaréis (40) fina acogida,  
si no decente a quien sois.  
¿Traen el agua?

TRONERA. ¿Hay tal mohina?  
Traigan vino, que es mejor.  
¡Bien haya una jumentilla  
que camina a paso lento,  
con su mano de tardía,  
como si fuera reloj,  
que nunca mover se mira!

¿Cómo se llama esta aldea?

PASCUAL. Mazagatos.

TRONERA. ¿Tal no diga!

¿Mazagatos? Con perdón,  
ya no extraño la caída;  
aquí se inventaron chatos,  
zurdos, calvos, suegras, tías. (41)  
¡Raro nombre de lugar!

(35) A: Entre de y clina, tachado riba.

(36) A: Antes de parecen, tachado dejan. Entre este verso y el anterior, tachado copos de nieve de niebe (sic) que pazen.

(37) B: Atajados este verso y los siete anteriores, que faltan en C, D y E.

(38) B Al margen: 2 sillars; D: 2 sillars pre-  
[enida]s

(39) A: y D: garro.

(40) A: allarís. Al margen: B, C, D y E: Van-  
se Elvira y Theresa.

(41) A: Eseritos al margen este verso y el ante-  
rior; en la columna, tachados estos dos:  
calbos, zurdos y gorristas  
y aun los suegras y las suegras.

MANRIQUE. Otra villa tengo mía  
cerca de aquí.

TRONERA. Sí, señor;  
que se ha de llamar la Anguilla  
NÚÑO. ¿La Anguilla? Deme los pies,  
señor conde, useñoría,  
que no le había conocido.

MANRIQUE. Levantad.

TRONERA. No habrá en Castilla  
quien, al oír tus estados...

MANRIQUE. ¿Qué, Tronera?

TRONERA. No se ría.  
Son lugares de vizconde. (42)

(Sale ELVIRA, con un vaso de agua en una salva,  
y TERESA.) (43)

ELVIRA. Ya está aquí el agua.  
NÚÑO. Camina,  
dásela.

TRONERA. No, no la bebas,  
que a una cuartana te obligas.

MANRIQUE. Mostrad, que el polvo y calor  
a beberla me convidan.  
Pero, ¿qué miro? Tus ojos  
son estrellas desprendidas  
del cielo; pero mal dije, (44)  
soles son que rayos tiran.  
¿Qué honestidad, qué decoro!  
¿En selva tan escondida  
puede haber tal perfección?  
Pero en bruto corcho hila  
una abeja hebras de oro,  
en sus entrañas retira  
la Tierra (45) metal precioso,  
el Sol sus luces registra  
entre nubes inconstantes,  
la perla más peregrina  
produce la concha, el campo  
la hermosura nos cultiva  
en bellas flores, los riscos  
entre peñascos animan  
la dureza del diamante,  
con que la admiración mía

(42) A: Al margen, verticalmente, este verso y los tres anteriores; entre el tercero y el cuarto, tachado *lugares estados son de biscoude*.

(43) A: Con una salva y un baso de agua Elbira y Teresa, C: Sale Elbira con un vaso de agua en una salvilla, y Teresa.

(44) A: digue; B y D: dige; C y E: dije.

(45) A: Entre tierra y metal, tachado *el mayor tesoro el laroma* (sic) *fino*.

en vano es, cuando en ti hallo  
en tu cielo luces vivas,  
ya con estrellas y sol. (46)  
Labradoras peregriñas (47)  
tenéis cerca (48) de la corte;  
no ha sido mi suerte esquivar  
en caer en esta parte,  
cuando he logrado tal dicha.  
Los caballos, ¿desherrados  
estarán?

NÚÑO. No (49) os dé fatiga,  
que cerca está el herrador.

MANRIQUE. Llevadlos. (50)

ELVIRA. Pues ¿no convida  
a su mercé el agua?

MANRIQUE. Sí.

NÚÑO. Hija, dile señoría.

(Vase.)

ELVIRA. Acabe ya de beber.

MANRIQUE. Dos cristales me convidan,  
y ambos están en tus manos;  
pero a la sed que tu vista  
ha puesto en mi corazón  
el agua es materia tibia;  
cuajado cristal tus manos  
ostentan, bella homicida,  
que la nieve de tu cuello  
por carámbanos destila;  
deja que lleguen mis labios  
a templar su hidropesía. (51)  
ELVIRA. ¿Qué hace, señor? ¿Está loco?  
PASCUAL. Mucho la bajeza humilla.  
¿Que esto vea!

TRONERA. El labrador,  
señor, las pulgas le pican  
de tus palabras. Detente. (52)

MANRIQUE. ¿Por qué?

TRONERA. Porque está que brinca.

ELVIRA. Quito el agua, pues no bebe.

MANRIQUE. Dame la copa, enemiga,  
aunque he bebido en tus ojos

(46) B: Atajados este verso y los quince anteriores, que faltan en C, D y E.

(47) A: Entre este verso y el anterior, tachado *en tu cabeza luzida; antes de labradoras, tachado labran de oro*.

(48) A: serca.

(49) A: Antes de no, tachado *sin tonto*.

(50) A: Llebaldos.

(51) C, D y E: Atajados este verso y el anterior. A: dexe.

(52) A: Falta *detente*.

más fuego que el que respira  
todo el Etna. (53)

(Bebe.)

ELVIRA. ;Gran pachorra  
gasta!

TRONERA. ;Y de eso se admira?  
A la una empieza a comer,  
y no acaba la comida  
hasta las seis de la tarde.  
[Ap.] Señor, mira que te atisba  
este labrador, y es gente  
que se crió a la malicia.

MANRIQUE. Id, zagal, a ver si herrados  
están los caballos.

TRONERA. Chinas,  
;qué cara puso!

MANRIQUE. ;No vais?

PASCUAL. No, señor: el (54) otro día  
reñí con él.

MANRIQUE. Bien está.

TRONERA. ;Diestro es! ;Qué brava salida  
dió!

MANRIQUE. Entretenle.

TRONERA. Norabuena.

MANRIQUE. Serrana, oye.

ELVIRA. Esté quedita  
la mano, y no me pellizque, (55)  
porque no soy bien sufrida.

TRONERA. Dígane (56) usted: ¿este país,  
si es que un hombre se dedica  
a la siembra, prenden bien  
los ajos y alcafonías?

PASCUAL. Y allá, entre los cortesanos  
en la siembra que ejercitan, (57)  
¿qué fruto dan los bufones,  
y alcahuetes (58) sabandijas  
no excusadas? [Ap.] ;Vive Dios,  
que ya es mucha demasia  
la que gasta el cortesano!

TRONERA. [A MANRIQUE.] El payo salta ha-  
cia arriba.

(53) A: Etna.

(54) B, C, D y E: que el. A: Antes de no, tachado reñí.

(55) C: la mano scór cortesano, en una tiritita de papel pegada sobre los versos. D y E: scór cortesano escrito sobre no me pellizque, tachado.

(56) C, D y E: diga usted. B: tachado me.

(57) C: ya que mi paciencia irrita, escrito sobre una tiritita de papel. D y E: Escrito sobre en la siembra que ejercitan, tachado.

(58) C: habladores. D y E: habladores sobre alcahuetes, tachado.

MANRIQUE. A quien tanta gracia tiene,  
bien el que la solicita  
dar a entender puede que,  
si tu donaire le anima,  
sabrá desde cortesano  
pasar a labrar tus iras,  
si es que a siembra de esperanzas  
Amor coge (59) las fatigas.

ELVIRA. Caballero cortesano,  
esas retóricas finas  
en la aldea se malogran;  
id con Dios, que estas campiñas  
dan a esperanzas rigores,  
y por halagos, las iras;  
por favores, los desdenes,  
y la espalda a las porñas.

MANRIQUE. No te vayas.

TERESA. ;Oiga el hombre,  
que en ello está!

MANRIQUE. ;No apadrinas  
tú mi amor? Ruega por mí.

TERESA. ;A linda puerta se arrima!

TRONERA. Señor, que son montaraces,  
y los requiebros que estilan  
son a coces y bocados.

PASCUAL. ¿Cómo, Elvira, te descuidas?  
Ve, que han salido los gansos,  
¿no los oyes? No la impida  
su señoría.

MANRIQUE. [A TRONERA.] El villano  
celoso está.

TRONERA. Es una avispa  
está que salta a la cara.

(Sale Nuño.)

[Nuño.] Ya las postas prevenidas  
y herradas están: marchad.

MANRIQUE. ;Y aun dejaré aquí la vida!

Nuño. El postillón os espera.

MANRIQUE. Decidme: ¿son vuestras hijas?  
Nuño. Elvira es hija, señor,

y Teresa es mi sobrina.

MANRIQUE. ;Son hermosas! Y, decid,  
¿está ya casada Elvira?

Nuño. No, señor: pero ya está  
en la aldea prometida  
a un zagal.

MANRIQUE. Pues para el dote  
aquesta cadena sirva.

(59) A: coven.

PASCUAL. ¿Quién trujo a este cortesano  
a la aldea? ¡Ay, ansias mías!

MANRIQUE. ¿No la tomáis?  
NUÑO. No, señor;

llévela vuesañoría,  
que no le habemos servido  
en nada, y a ser me obliga  
descortés; las aldeanas  
los sayuelos (60) o basquiñas  
no guarnecen con el oro;  
eso en la corte se estila.

MANRIQUE. Si aquí me habéis hospedado,  
¿no es justo que agradecida  
vuestra piedad de mí quede?

NUÑO. El oro que la fatiga  
no ha ganado, honra no da;  
y yo, señor, la codicia  
nunca la puse en el oro.

MANRIQUE. Bien está.

TRONERA. [*A MANRIQUE.*] ¿Qué le porfías?

MANRIQUE. Tronera, ¡Elvira se llama!

TRONERA. Tú has nacido para Elviras,  
¿Ya la primera voló?

MANRIQUE. Un noble nunca se olvida.

TRONERA. ¿Y quieres a ésta?

MANRIQUE. Es hermosa.

TRONERA. Señores, mi amo es Macías.  
[*A P.*] (Vámonos presto de aquí;  
¡te pasmas!)

MANRIQUE. Atento mira  
si son bajas las paredes  
de esta casa.

TRONERA. Si, bajitas  
son.

MANRIQUE. A robarla vendré.

QUEDAD CON DIOS.

NUÑO. Siglos viva  
su señoría.

MANRIQUE. ¡Ay, amor,  
muerto voy!

TRONERA. ¡Qué bobería!

(*Vase.*)

NUÑO. Elvira, a la sierra voy.

(*Vase.*)

ELVIRA. Con la cena prevenida  
aguardo.

TERESA. Pues yo me voy (61)  
a casa.

(*Vase.*)

PASCUAL. ¡Tente, enemiga!

(*Detiene PASCUAL a ELVIRA.*)

ELVIRA. ¿Qué quieres, Pascual?

PASCUAL. Decir

que a tu condición altiva  
tanto amoroso requiebro,  
que ha abrasado (62) el alma mía,  
te habrá dejado (63) gustosa,  
y a ti (64) llegará corrida  
la atención de mi humildad.  
¡Oh, mal haya mi desdicha!  
¿Qué tósigo, o qué veneno  
el cortesano traía  
en las voces lisonjeras  
que alabaron tus dos niñas?  
¡Nunca las hubiera visto,  
o ya que a tu luz aspira  
fueran rayos que le hubieran  
hecho a mis ojos ceniza! (65)  
Infierno de Amor, los celos  
bien se llaman, bien se explican;  
mas no matan de una vez,  
que consuelo ser podía,  
antes para más dolor (66)  
el amante que suspira,  
si a su ardor muere mil veces,  
otras tantas resucita  
para volver a morir. (67)  
Pascual, sin duda deliras, (68)  
del amor al frenesí,  
o sin duda que te olvidas  
de que soy yo con quien hablas;  
poco mi constancia estimas.  
Si ese pesar te causó

(61) Sigue medio verso tachado:

*pasa que esta p.*

(62) *A: que abrasado.*

(63) *A: degato.*

(64) *A: ya a ti.*

(65) *B: fueran rayos que (le humieran, tachado) a mis ojos (no viera, añadido) hecho a mis ojos, tachado) ceniza.*

(66) *A: Este verso al margen: a continuación, tachado: pues para morir de nuevo.*

(67) *B: Atajados este verso y los doce anteriores, que faltan en C, D y E.*

(68) *B: Tachado deliras y sustituido por declinas. C, D y E: declinas.*

(60) *A: sayales. B: sayuelos enmendado sobre sayales.*

el cortesano que explica  
con preámbulos de corte  
amantes cortesanas,  
te pudiera consolar  
ver que la constancia mía  
dió a sus vanas presunciones  
la respuesta con las (69) iras:  
pero, pues que neciamente  
de ser quien soy desconfías,  
no me veas, no me hables.

PASCUAL. ¡Necio estuve, Elvira mía!

(Sale Doña ELVIRA, de camino, apresurada.)

Doña ELV. Labradores, si piedad  
merece una adversa suerte,  
huyendo voy de la muerte,  
escondedme y amparad  
mi inocencia en esta aldea.

ELVIRA. ¡Lindo rostro tiene, a fe!  
Sígueme, y yo te pondré  
donde un lince no te vea.

Doña ELV. ¿Dónde me llevas, amiga?  
¡Turbada estoy, hado injusto!

PASCUAL. Señora, templad el susto.

ELVIRA. Sin miedo mis pasos siga. (70)

(Vanse las dos.)

PASCUAL. No hay hermosa con ventura,  
por ésta podrán decir,  
pues huye, debiendo huir  
la muerte de su hermosura:  
llenas están las ciudades  
de celos, muertes y agravios;  
más dichosos y más sabios  
nos hacen las soledades.

(Salen DON JUAN y FELICIANO.)

JUAN. ¿Entró una mujer aquí,  
en hábito cortesano?

PASCUAL. No, señor. (71)

JUAN. ¡Dilo, villano! (72)

(69) A: la respuesta de mis iras; tachado de mis,  
y escrito después con las.

(70) A: Este verso y los tres anteriores, escritos  
al margen, verticalmente. B: Escritos los cuatro ver-  
sos en una tira de papel, pegada al margen, verti-  
calmente.

(71) A continuación, este verso, tachado: Dn.  
Juan.—que dire si no la bi/solo.

(72) C: Al margen. Vozes 4.ª y 5.ª dra.

PASCUAL. ¿Qué diré, si no la ví?  
Sólo el conde don Manrique  
por aquí pasó a su aldea.

JUAN. Ya mi desdicha desea  
que este villano se explique.  
¿Cuándo, di?

PASCUAL. Habrá media hora, (73)  
y habló con una mujer  
de buen tallo y parecer;  
no miento en esto.

JUAN. ¡Ah, traidora!

Sin duda que el Conde ha si-  
quien anoche me agravio. [do (74)  
¡Que mientras que salí yo (75)  
a la iglesia hayas tenido  
tal descuido en la posada!  
Sin duda vino siguiendo (76)  
el coche. ¡En ira me enciendo!  
¿Hay suerte más desdichada?

FELICIANO. El sueño y la confianza,  
mientras las mulas comían,  
me rindió.

JUAN. ¿Por dónde irían,  
porque tomara venganza,  
y cuántas leguas está  
el lugar del Conde?

PASCUAL. Una.

JUAN. ¿Qué haremos, si la Fortuna  
tantas desdichas me da?

Vamos. ¡Que airados los cielos  
en mí empleen su poder!

(Vanse.)

PASCUAL. Así libré a la mujer  
y me vengué de mis celos.

(Selva corta. Vase y salen DON GUTIERRE y LAIN, con  
venablos.) (77)

(73) C: Al margen: relampagos y truenos pre-  
venidos.

(74) A: Este verso, al margen, a continuación  
de traidora.

(75) B: Al margen: Coxa atruen.

(76) A: siguiendo.

(77) A: Vase y salen (Lorenzo, tachado) Gu-  
tierre y un montero con venablos. C: Selva, tem-  
pestad de truenos y salen Dn. Gutierre y Lain con ve-  
nablos. E: Selva corta y obscuro; y más adelante  
selva, truenos y relampagos y salen, etc. A: En esta  
escena, el copista atribuyó primero los versos res-  
pectivos a Lorenzo y Un montero, tachando después  
y poniendo Gutierre y Lain.

(Dentro:) ¡To, to!

GUTIERRE. En el monte empinado  
de jaras y azules flores,  
sabuesos y cazadores  
se han perdido y intrincado,

y en el último horizonte  
el sol se va sepultando.

LAÍN. Mucho el Rey se fué empeñando  
en la maleza del monte.

GUTIERRE. Las nubes rotas con truenos  
no dejan ver los halcones  
en esferas y regiones  
de cielos y aires serenos;

a un mismo tiempo una garza  
vió en las nubes un neblí,  
también siguió (78) a un jabalí  
un lebre entre una zarza.

LAÍN. ¿Cuál siguió (78) el Rey?

GUTIERRE. Aunque en vano,  
tras los halcones iría,  
perdiéndolos con el día.

LAÍN. Allí descubro a un villano.  
¡Ah, buen hombre!

(Sale Nuño.)

[Nuño.] Solamente  
es Dios bueno. ¿Qué queréis?

GUTIERRE. Decidnos si visto habéis  
venir de ese monte gente.

Nuño. No vi a nadie.

LAÍN. Pesadumbre  
la tempestad amenaza.

GUTIERRE. Vamos. ¡malhaya la caza!,  
otra vez hasta la cumbre.

(Vanse.)

Nuño. Cortesanos no enseñados  
a sentir jamás fatiga,  
el pasatiempo os obliga,  
y hoy, porque os sentis mojados  
decís mal de aquesta tierra;  
huélgome (79) de vuestro mal;  
a la guerra. ¡pese a tal!,  
id noramala a la guerra.

Otro llega en un caballo,  
que parece que desea  
recogerse en nuestra aldea;  
a una encina quiere atallo,

y a mi viene. Su severa (80)  
presencia (81) me maravilla.

(Sale el REY.)

[REY.] ¡Que venga un rey de Castilla  
perdido de esta manera!

Sucesos del monte son,  
a la guerra parecidos.  
Los rayos del sol, vestidos  
de tiniebla y confusión;

la noche nos amenaza  
con agua y oscuridades.  
Al fin, al fin, soledades,  
sólo agradáis en la caza;  
después cansáis. Labrador,  
¿hay por aquí algún lugar  
para poder descansar  
esta noche?

Nuño. Mi señor,

¿veis aquella luz?

REY. Si veo.

Nuño. Lugar es donde mi casa,  
mientras que la lluvia pasa, (82)  
os dará pobre acogida.

REY. El favor estimo.

Nuño. Andad,  
y el cansancio reparad.

REY. ¡Os lo estimo, por mi vida!

(Vanse, y salen DOÑA ELVIRA, de aldeana, y ELVIRA.) (83)

ELVIRA. En ese traje me alegras.  
¡Qué linda y gallarda moza!  
También el sol se reboza  
en nubes pardas y negras,  
y cuando la sombra oscura  
nos impide la luz nuestra  
el sol distraído nuestra  
vislumbres de su hermosura;  
nube es y sombra villana  
el traje de labradora,  
y en él descubres, señora,  
gracia y beldad cortesana.

(80) A: Después de mi, tachado se; después de bien, tachado este tiene.

(81) A: Después de presencia, me, escrito sobre que, tachado.

(82) Falta el último verso de esta redondilla en los cinco manuscritos.

(83) B, C, D y E: Añaden La casa pobre.

(78) A: sigio.

(79) A: quelgome.

Doña ELV. ¡Pluguiera (84) a Dios que el que me sirve de disfraz [vestido me diera el sosiego y paz que en los campos ha nacido,

y, ya que el traje he mudado, también desdichas mudara!

ELVIRA. No por eso se excusara tu temor y tu cuidado: que también acá los cielos llueven penas, disfavores, (85) desdichas, olvido, amores, mudanzas, envidia y celos: y, pues ves mi voluntad, dime, ¿tu nombre cuál es?

Doña ELV. Ahora he de ser Inés, y (86) Elvira fui en la ciudad.

ELVIRA. Huélgome (87) de parecerte, una fortuna nos mira: también yo me llamo Elvira. ¡Dete el cielo mejor suerte!

(*Salen el REY y Nuño.*)

Nuño. Señor, vuestra autoridad a mis obras no excediera. si rica esta casa fuera como lo es mi voluntad: ya, señor, estáis aquí: paciencia habéis de tener. porque el hombre ha de saber de bien y mal.

REY. Es así.

Nuño. Elvira, un huésped tenemos.

ELVIRA. Y una huéspeda también.

Nuño. Pues ¡buen ánimo! Prevén algo que cenar les demos.

ELVIRA. Inés nos lleva ventajas.

Nuño. Y el huésped (88) es caballero. Enciende, Elvira, primero luz, y que echen unas rajas en la chimenea.

ELVIRA. Voy a servirte.

(*Vanse las dos.*)

Nuño. Ten (89) cuidado

(84) A: *Plubiera*.

(85) A: *Después de dis, tachado fraxadas.*

(86) B: *si escrito encima de y, tachado; C, D,*

E: *si.*

(87) A: *guelgome.*

(88) A: *guesped; guespeda; ocurre otras veces.*

(89) A: *Falta ten.*

Sentaos, que por esos cerros tras de pájaros y perros, por fuerza os habréis cansado;

y, ya que solos estamos, aunque sea murmurar.

¿de qué nos sirve cazar jabalíes, garzas, gamos?

¿No le estuviera mejor al Rey gastar sus tesoros en talar y matar moros que andarse tras un azor?

Por correr un avechuelo ¿es razón traer cansados los monteros y criados, como vos?

REY. No lo estoy mucho.

Mas, decid, ¿no ha de tener alivio el rey en la tierra?

Es parecida a la guerra la caza, y puede aprender

ardides y sufrimiento en los trabajos. Si fuérais vos el rey, ¿no la tuviérais por digno entretenimiento? (90)

Nuño. ¡Pardiez!, que soldado he sido, mas nunca fui cazador.

La cena viene, señor; a penitencia os convido:

bien sé yo que en el tinelo con más gusto se cenara de lo que al rey le sobrara; pero no lo quiere el cielo, con agua y oscuridad.

REY. Esta quietud no es mal plato, que el espléndido aparato cansa a veces.

(*Sacan la mesa zillanos, y sale ELVIRA, con luz, y Doña ELVIRA.*)

Nuño. Es verdad, que la vida del aldea algunos la han envidiado.

¿Qué mal os habéis sentido!; que, por ruin que el huésped sea, le toca el mejor lugar, cuanto y más al que es hidalgo.

ELVIRA. Empezad a comer algo, que aun el Rey puede cenar en mesa de un labrador.

(90) B: *Atajados este verso y los quince anteriores; suprimidos en C, D y E.*



si es (91) limpia y está con gana.  
 REY. ¡Buena gracia de villana!  
 ¿Visteis al Rey?  
 NUÑO. No, señor.  
 ELVIRA. Yo nunca a la corte fui.  
 NUÑO. No haberle visto me pesa. (92)  
 Pon esa luz en la mesa.  
 ELVIRA. Yo estaré alumbrando así.  
 REY. Y aun sin (93) esa luz pudieras  
 con tus ojos alumbrar,  
 como la luz singular  
 de las celestes esferas;  
 dando su vida en despojos,  
 la vela compite en vano  
 en la cera con tu mano  
 y en la llama con tus ojos. (94)  
 ELVIRA. Mejor cenaréis callando,  
 como el reírán se os acuerde;  
 ¿no veis que "bocado pierde  
 la oveja que está balando"?  
 REY. Contemplar una hermosura  
 es comida dulce y grata.  
 ELVIRA. Que hay un animal que mata  
 con (95) los ojos cuenta el cura,  
 mas quien por los ojos coma  
 nunca en mi vida lo vi.  
 REY. El cuerpo no, el alma sí.  
 fuerzas y espíritu toma  
 por los ojos.  
 ELVIRA. No me agrada,  
 que la misma razón hallo  
 si estando hambriento el caballo  
 dan al amo la cebada.  
 NUÑO. Dejad las bachillerías  
 de la corte en nuestra cena;  
 comé y callad norabuena,  
 no gastéis astrologías.  
 ELVIRA. Bebed la leche sabrosa (96)  
 de la oveja, humilde y franca,  
 que forma nata más blanca  
 que la nieve.  
 REY. Mas no hermosa  
 como la nieve del pecho  
 tuyo.

ELVIRA. ¡Otra más! ¡Arre allá! (97)  
 NUÑO. ¡Ah, huésped!, comed (98) y callá,  
 porque os haga buen provecho.  
 DOÑA ELV. [Ap.] Este es el Rey, y admira-  
 está de la buena cara [do  
 de Elvira. Veré en qué para  
 cazador y aficionado,  
 y en ambas cosas perdido. (99)  
 REY. [Ap.] Esta es hermosa también;  
 la hermosura y el desdén  
 el sosiego (100) han divertido  
 del alma (101), con atención.  
 Refrenemos los antojos.  
 ¿Qué tienen aquellos ojos,  
 que rayos del alma son?  
 NUÑO. ¿Qué hará el Rey ahora?  
 DOÑA ELV. Viendo  
 hermosura labradora;  
 que el rey también se enamora,  
 como los hombres.  
 NUÑO. Y entiendo  
 que con más facilidad;  
 que el humano poderío  
 dará a sus deseos brío.  
 REY. (Ap.) En mi dices la verdad.  
 NUÑO. El huésped tiene más gana  
 de dormir que de comer.  
 REY. ¡Qué peregrina mujer,  
 qué extravagante villana!  
 NUÑO. La mesa levanta, Elvira.  
 El sueño, señor, os llama  
 a limpia, aunque pobre cama.  
 DOÑA ELV. [Ap.] ¡Qué tiernamente la mira!  
 REY. La noche es breve, y aquí  
 la acabaré de pasar.  
 NUÑO. Pues no quiero porfiar.  
 REY. Un íenix, un cielo vi.  
 un mar en hermosa calma,  
 un sol en humana esfera,  
 de cuya luz reverbera

(97) B: *tuio*. - Elvi.—No ai pullas acá, escrito en una tirita de papel, pegada sobre los primitivos versos; C: *como tu pues satisfecho/diré*. Elvi.—No ay pullas acá. D y E: Tachados los primitivos versos y escritos encima los mismos de C.

(98) A: *come* (comé).

(99) B: *está de la buena cara / de Elvira; verá en que para / que el* (enmendado sobre al) (*valo*, tachado) *amor* (*es inclinado*, tachado) *le ha avasallado / si en valor no le han rendido*, escritos en una tirita de papel pegada sobre los versos primitivos; C, D y E siguen a B.

(100) A: *sosiego*.

(101) A: *Después de alma*, tachado *mas que glusión*.

(91) A: *si el*.

(92) A: Escrito este verso a continuación de *rey es el que al rey no bío*, tachado.

(93) A: *y aun si en*.

(94) A: A continuación, tachado: *la vela alumbra y se abrasa*. Este verso y los tres anteriores, atajados en B, C, D y E.

(95) A: *por*.

(96) A: *bebed la leche suave*; B: *sabrosa* a continuación de *suave*, tachado.

gloria y tormento en el alma.  
 ELVIRA. ¡Ah!, buenas noches, señor.  
 REY. Bien dices, si el sol se va.  
 ELVIRA. Descansado dormiré  
 como un rey.  
 REY. ¡Quíeralo Amor!  
 NUÑO. Zagalas (102). a retirar,  
 que se madruga a la aurora;  
 buenas noches. Voy ahora  
 las puertas a registrar.  
 Luz no os dejo, que decir  
 suele el refrán labrador  
 que no es menester, señor,  
 luz para hablar ni dormir. (103)

(Vanse.)

REY. ¡Qué bien el día he gastado,  
 pues en la caza me he visto  
 perdido, y una serrana  
 esta noche me ha rendido!  
 ¡No he visto igual hermosura!  
 Pero, si no me ha mentido  
 el oído, pasos sueñan: (104)  
 rendirme al sueño imagino,  
 si es que la imaginación  
 deja en calma los sentidos.

(Salen TRONERA y MANRIQUE.)

TRONERA. Ya estás dentro. ¿Qué pretendes?  
 MANRIQUE. Tronera, yo solicito  
 ver si puedo hablar a Elvira.

(102) C: zagalas.

(103) A: Este verso y los tres anteriores, escritos al margen verticalmente. B: Escritos sobre una tira de papel, pegada al margen, y tachados después. C, D y E: Faltan.

(104) B: En una larga tira de papel, pegada encima de los versos primitivos:

apagar la luz elijo  
 para averiguar mejor  
 la causa: ¡si Amor propicio  
 dispusiera que otra vez  
 volviere Elvira a este sitio/  
 mas ¡ay!, que en vano lo espero,  
 que su natural esquivo  
 sabrá negarme cruel  
 el dar a mi mal alivio  
 para que más me atormente.  
 Rendirme al sueño imagino,  
 si es que acaso el pensamiento  
 deja en calma los sentidos.

(Se sienta el Rey en una silla, figurando que se duerme, y salen poco a poco Manrique y Tronera.)  
 TRONERA. Ya estás dentro, ¿qué pretendes?

TRONERA. ¿A estas horas? (105) ¡Desvario!  
 que desde que anocheció  
 roncando (106) estará, imagino;  
 que se recogen aquí  
 con las gallinas, y, al mismo  
 tenor, cuando el gallo canta  
 se levantan.

MANRIQUE. Determino (107)  
 robarla.

TRONERA. ¡Qué disparate!  
 Pues ¿a aquesto (108) me has traído?  
 Si nos sienten los villanos, [do?  
 hemos de volver ahitos  
 de palos y de pedradas. (109)

MANRIQUE. No seas cobarde.

TRONERA. Es preciso:  
 que no quisiera, señor,  
 como dice el estribillo,  
 que ande la de Mazagatos.

MANRIQUE. Sin luz la casa examino. (110)

TRONERA. Peor que peor.

MANRIQUE. ¿Tienes miedo?

TRONERA. Yo no puedo más conmigo.

MANRIQUE. ¿Tiemblas?

TRONERA. Sí (111), que por ahora  
 hace un año, señor mío,  
 que me dieron las cuartanas,  
 y ahora me retoña el frío. (112)

MANRI. Tronera, yo solicito  
 ver si puedo hablar a Elvira.

TRONERA. ¿A estas horas? ¡Desvario!,  
 que desde que anocheció  
 estará dando ronquidos,  
 porque se acuestan aquí

En C, D y E, así estos versos; atajados, como en B, que su natural esquivo, y los tres siguientes.

(105) A: Después de horas, tachado *ymagino*.

(106) A: Después de roncando, tachado *está señor mío*. B, C, D y E: *estará dando ronquidos*.

(107) A y B: Antes de determino, tachado *so-lizito*.

(108) A: Falta a.

(109) B: En tira de papel, pegada al margen:

Y si quatro brincos dimos  
 para saltar las paredes  
 del corral, temo, ¡por Cristo!,  
 que nos hagan los villanos  
 que los saltamos de un brinco,  
 y que sea de cabeza.

Copiados en C, D y E.

(110) A: *examino*.

(111) A: Después de sí, tachado *por este tiempo*.

(112) B: En una tira de papel, pegada sobre los versos primitivos:

REY. De la luna al devel rayo  
 que franqucan los resquicios.

REY. Dos bultos miro: villanos  
serán, que de Elvira finos  
vienen a galantearla.

MANRIQUE. ¡Viven los cielos divinos,  
que he de templar esta llama  
en sus soles atractivos.

TRONERA. ¡Ah, quién una chimenea  
tuviera, porque tirito.

MANRIQUE. Sigueme.

TRONERA. Te han de sentir,  
si es que me llevas.

MANRIQUE. ¿Qué miro?  
¿No ves un bulto? . . .

TRONERA. Esto es hecho.

MANRIQUE. ¿Que se acerca?

TRONERA. ¡Jesucristo!

MANRIQUE. Sin duda que es el villano,  
que, celoso y atrevido,  
rondar la casa pretende.

TRONERA. Dios de aqueste laberinto  
me saque.

REY. Reconocerlos  
quiero. ¿Quién va?

MANRIQUE. Aqueso mismo  
solicito saber yo.

TRONERA. Yo, ni saberlo ni oírlo.  
Volvámonos, que no sabes  
lo malo que es ser sentidos.

REY. Vuélvanse, u digan quién son.

MANRIQUE. Hombres como yo, salimos  
por la punta de la espada.

(Saca la espada y deja caer la capa, y el REY hace  
lo mismo.) (113)

REY. A quien tan desvanecido  
habla, sabré escarmentar. (114)

TRONERA. ¿Quién estuviera cautivo!

REY. Bien riñe.

MANRIQUE. Valor ostenta.

TRONERA. ¿Que sea yo tan mezquino  
que para echar a correr  
no tenga ánimo. Dios mío!

*dos bultos miro: criados  
serán, pues, ¿quién a este sitio  
llegar pudiera, a no ser  
de la casa? Con sigila  
a observarlo me dispongo.*

Copiados en C, D y E.

(113) A: *aroja la capa; aroja el Rey la capa.*

(114) A: Después de quien, tachado tiene tanto  
brio; antes de *abla*, tachado *escarmentarle sobre*.  
B: *castigar*, tachado, y encima, *escarmentar*.

REY. ¡Mataré, vive (115) el cielo!

MANRIQUE. Castigarle solicito.

REY. No es de villano este aliento.

MANRIQUE. No es de un rústico este brio.

(Dentro, Nuño.)

NUÑO. ¿Quién alborota mi casa?

TRONERA. Señor, si no eres judío,  
no esperes, que los villanos  
vienen con chuzos y picos.

REY. Gente viene.

MANRIQUE. Así es verdad.

REY. La capa hallé, idos.

(Truecan las capas.)

MANRIQUE. Idos.

Esta es mi capa. Tronera.

TRONERA. ¡Carambola!

MANRIQUE. Ya es preciso  
volvemos.

TRONERA. Vamos a prisa,  
que mi tronera imagino  
que ha hecho la ida por bajo. (116)

REY. La capa troqué; un abismo  
tengo (117) en el pecho al mirar  
de este rústico lo altivo;  
y así me voy, por no ser  
de esta gente conocido. (118)

(Vase. Dentro, Nuño.)

NUÑO. ¡Hola, Pascual; hola, Antón!

TRONERA. ¿Que vienen a sacudirnos!

MANRIQUE. Vamos.

TRONERA. Vamos con el diablo.

MANRIQUE. La capa del que ha refido  
llevo por la mía, y tiene  
guarnición de plata. (119)

(115) A: Después de *bibe*, tachado *Dias*.

(116) A: *abaxo*.

(117) A: Antes de *tengo*, tachado, *llebo*. B: Ta-  
chados este verso y el anterior y sustituidos por:

*en que de dudas vacilo,  
santos cielos, al mirar.*

C, D y E siguen a B.

(118) A: Escritos al margen, verticalmente, este  
verso y el anterior. A: *desta*.

(119) B: En una tira de papel, pegada sobre los  
versos primitivos:

MANRI. Si el tacta no me ha mentado,  
parece que no es mi capa

TRONERA. ¡Lindo!  
 ¡Yo la esperaba de felpa!  
 MANRIQUE. ¡Ay de mí, que voy sin juicio,  
 envidioso del villano!  
 TRONERA. ¡Bueno vas!  
 MANRIQUE. ¡Rayos respiro!  
 TRONERA. Si de ésta escapo, yo ofrezco  
 no volver acá en un siglo. (120)

(*Vanse. Saldrá Nuño, con espada antigua en la mano,  
 y dos VILLANOS, con palos, y, por otra puerta, EL-  
 VIRA, con un chuzo, y Doña ELVIRA y TERESA, con  
 lucas.*)

NUÑO. De esta (121) manera sabré  
 poner paz al que atrevido  
 en mi casa...  
 ELVIRA. De esta (121) suerte  
 sabré hacer.... pero ¿qué miro?  
 Doña ELV. ¿Qué es esto, Elvira?  
 VILLANO 1.º ¡Pardiós  
 que si el garrote derribo...!  
 TERESA. Tente, salvaje.  
 ELVIRA. Señor.  
 NUÑO. ¿Todos os habéis vestido?  
 ELVIRA. Si oíste el rumor, ¿qué extrañas?  
 Doña ELV. El susto salir me hizo  
 con Elvira.  
 TERESA. A mi también.  
 VILLANO 2.º Yo sentí andar con cuchillos.  
 ELVIRA. ¿Y el cortesano, señor?  
 NUÑO. No debe de haber tenido  
 buena posada, y se fué. (122)

*esta, (con, tachado) la del que ha reñido  
 conmigo, sin duda es.  
 (Otro nuevo acoso!*

TRONERA. ¡Lindo!  
 Yo la esperaba de felpa.  
 MANRIQUE. ¡Ay de mí, que voy sin juicio.  
 ¿Quién, cielos!, será este hombre?

C, D y E siguen a B.

(120) A: *Vanse. Aquí, con Finis, terminaba la  
 Primera jornada. El copista se arrepintió, sin duda,  
 de este corte, y en otras dos hojas copió los versos  
 que van a continuación, en el texto.*

(121) A: *desta.*

(122) B: Termina aquí el fol. 16; arrancado o  
 perdido el siguiente, completaron el final con los si-  
 guientes versos, escritos en una tira de papel, pega-  
 da al margen inferior:

ELVIRA. El es hombre de capricho;  
 pues, no cerraste las puertas?  
 NUÑO. Como tan quietos vivimos,  
 la tranca sólo le puse,  
 y supuesto que el se ha ido,  
 volvímonos a acostar.

ELVIRA. El es hombre de capricho.  
 Pues ¿no cerraste las puertas?  
 NUÑO. Como tan quietos vivimos,  
 con la tranca la dejé.  
 TERESA. ¿Quién haría tanto ruido,  
 que parece que reñían?  
 NUÑO. Le daría algún delirio  
 al cortesano, o quizás  
 burlarnos así ha querido.  
 Doña ELV. Sin duda que el Rey se fué  
 por no ser (123), esto imagino,  
 conocido.

VILLANO 2.º Yo me vuelvo  
 a roncar.

VILLANO 1.º Vamos.  
 NUÑO. ¡Qué lindo

deseanso, cuando del alba  
 el gallo está dando aviso!  
 Gilote saque las vacas:  
 Antón lleve el jumentillo  
 con el pan, a los pastores;  
 y Teresa, lo preciso  
 prevenga para la gente.  
 Y pues que el huésped (124) no qui-  
 que durmiéramos, prevén [so  
 unas migas, que hace frío,  
 y porque yo he de comerlas,  
 echarás un torreznillo. (125)  
 TERESA. Voy a hacer lo que me mandas.  
 V. 1.º y 2.º Y nosotros.

NUÑO. Andad, hijos.  
 Vamos, señoras; y ¿a qué,  
 Elvira, sacó tu brio  
 ese chuzo?

ELVIRA. *En qué de dudas vacilo!*  
 D.ª ELVIRA. *En qué de penas me anega!*  
 NUÑO. *En qué cuidados me miro!*  
 ELVIRA. *Pero, ¡cuidado!*  
 D.ª ELVIRA. *Esperanza!...*  
 NUÑO. *Recelo!...*  
 LOS TRES. *En tal laberinto...*  
 ELVIRA. *Mi advertencia dejaré  
 los riesgos desvanecidos.*  
 D.ª ELVIRA. *Yo confío, con el tiempo,  
 recobrar mi honor altizo.*  
 NUÑO. *Yo, más prudente, veré  
 a qué huéspedes admito.*

Así termina la Primera jornada en B.  
 C, D y E siguen a B.

(123) A: *Antes de esto, tachado de alguno bistó.*

(124) A: *quesed.*

(125) A: *Después de este verso, tachados otros  
 dos:*

*y sacas de la tinaja  
 reservada dos cuartillos.*

ELVIRA. Si aguardara  
el huésped (126) lo hubieras visto.  
Doña ELV. Más sosegada y mejor  
es esta vida.  
Nuño. Esos bríos  
hijos son de aquesta niéve.  
ELVIRA. Vamos, Inés.  
Doña ELV. Ya (127) te sigo.  
ELVIRA. Sólo quiero preguntarte,  
señor...  
Nuño. ¿Qué me quieres? Dilo.  
ELVIRA. Si quedas aficionado  
a traerte compasivo  
otro huésped esta noche.  
Nuño. No, Elvira; y aunque me has visto  
tan reportado, no juzgues (128)  
que no me ha dado fastidio  
y recelo, que oí espadas.  
ELVIRA. Y yo también...  
Nuño. Atrevidos  
hay en la aldea también.  
Soy villano, y no me olvido  
de las malicias, Elvira.  
ELVIRA. No te entiendo.  
Nuño. ¿Qué delirio!  
¿Qué has de entender tú, rapaza?  
Yo he tenido este descuido: (129)  
si cerrara bien las puertas  
no hubiera estos desvaríos

## SEGUNDA JORNADA (130)

(Salen el REY, GUTIERRE, LAÍN y CRIADOS.)

REY. Gutierre, la montería

(126) A: *guésped.*

(127) A: Antes de ya, tachado, vamos.

(128) A: *juzgues.*

(129) A: Después de este verso:  
*no sube cerrar las puertas,*

tachado; después del siguiente:

*no hubiera abido este ruido.*

(130) A: Cambia el título de la comedia: *Segunda jornada de la ystoria de Mazagatos.*

E: En la hoja 1, V. de esta *Segunda jornada*:

*Teatro.*

X.<sup>a</sup> 1.<sup>a</sup>

*Salon corto, obscuro y claro al abiso.*

*Selba larga, a la izq.<sup>a</sup> casa con puerta y ventana encima, con tabladillo y al foro tapia.*

*Selba corta y truenos al abiso.*

*Casa pobre, obscuro y claro al abiso.*

X.<sup>a</sup> 2.<sup>a</sup>

prevenid, que entretenerme (131)  
intento en la caza, y luego,  
que un cuidado me divierte, (132)  
haced todos diligencias,  
si es posible, en conocerme  
el dueño de aquesta capa.  
¡Curiosos celos me mueven! (133)  
Si tan malas noches (134) pasa  
Tu Majestad, no es deleite  
la caza, sino fatiga  
del hombre.  
REY. De todo tiene.  
¡Vive Dios que me engañé  
anoche cuando, imprudente,  
imaginé que villano  
era el que, ciego, pretende  
conocerme, pues la capa  
lo dice; qué (135) darle muerte  
no pudiera, y el valor  
que mostró, ya dió a entenderme  
que es cortésano. No sé (136)  
qué hiciera por conocerle.  
GUTIERRE. Parece que cuidadoso  
señor, a este sitio vuelves,  
habiendo toda la noche

*Selba corta.*

*Selba larga con la casa, tapias, etc.*

*Selba corta y obscurecer al abiso un tramo.*

*Selba larga con la casa, tapias, etc.; obscurecer del todo, y aclarar un tramo al abiso.*

*Selba corta y acabar de aclarar al abiso.*

X.<sup>a</sup> 3.<sup>a</sup>

*Selba corta.*

*Selba larga con la casa y tapias, etc.*

*Selba corta.*

*Plaza de lugar larga.*

*Sala de casa de Nuño, con puerta y reja a la izq.<sup>a</sup>*

(131) A: A continuación de éste, tachados dos versos:

*intento en la caza y luego  
que un cuidado me atormente.*

B, C, D y E: Estos dos primeros versos dicen:

GUTIERRE. Ya toda la montería  
dispuesta está.

REY.

*Entretenerme.*

(132) A: Antes de que, tachado, por; después de me, tachado, muebo.

(133) A: Escritos este verso y los siete anteriores al margen, en vez de los siguientes, tachados:

*Hagan luego diligencia,  
si es posible conocerme,  
el dueño de aquesta capa  
curiosos celos me mueben.*

(134) A: *noche.*

(135) A: Antes de que, tachado, que conozierle.

(136) A: Después de se, tachado, que.

- en ese monte eminente  
tenido la montería  
asustada de no haberte  
podido hallar, gran señor  
No es susto para dos veces,  
y no te hemos de dejar.
- REY. Es curiosidad alegre (137)  
de la inclinación real,  
y suceden accidentes  
raras veces sucedidos,  
y más si la noche viene,  
y en una casa (138) pajiza  
es un ángel (139) nuestro huésped,  
como a mí me ha sucedido  
en ese rústico albergue;  
y pues tú, Gutierre, has sido  
en el arte nuevo Apeles  
de la pintura, un retrato  
has de hacer.
- GUTIERRE. Pronto me tienes.
- REY. Esa aldea es Mazagatos;  
los humos que dejan verse,  
son de sus humildes casas;  
las torres y chapiteles  
bien se divisan, y en ella,  
por hija, un villano tiene  
a un ángel; llámase Elvira,  
y en sus labios los claveles  
la primavera copió  
para coronar su frente.  
Esta me has de retratar.
- GUTIERRE. Luego voy por los pinceles  
y colores, y te ofrezco  
hacer (140) un cuadro elocuente  
de este monte y de esta casa,  
y como yo la bosqueje  
aire y medidas del rostro  
me bastará.
- REY. De ella aprende  
beldad la Naturaleza.  
¿No vas?
- GUTIERRE. Voy a obedecerte.

(Vase, y salen DON ALVARO y DON JUAN.) (141)

(137) A: Después de curiosidad (sic), tachado, des me mueben; alegre a continuación, y es, puesto delante, fuera de la caja de la escritura. El verso primitivo decía: curiosidades me mueben.

(138) A: caza.

(139) A: afel.

(140) A: a acer.

(141) A: Vase Gutierre y salen Dn. Alvaro y Dn. Juan.

- LAÍN. Don Alvaro con don Juan,  
su hijo, aquí llegan.
- ALVARO. Déme  
los pies Vuestra Majestad.
- REY. Alzad; no estéis de esa suerte.  
¿Venís de Segovia?
- JUAN. Si,  
señor.
- REY. ¿Qué hay de nuevo?
- ALVARO. (Ap.) Alevos  
desdichas; nada sabemos.
- REY. Reparo que más alegres  
me soléis hablar los dos.  
¿Qué tenéis? (142)
- ALVARO. Dolor tan fuerte,  
que al mayor tormento iguala,  
la mayor desdicha excede.  
Tengo, señor, una hija  
cuya deshonra pretende  
ese Conde, ese vasallo.
- LAÍN. Señor.
- REY. ¿Qué dices?
- LAÍN. Si quieres  
tirar a un gamo que baja,  
o temiendo tus lebreles  
o buscando esos arroyos,  
entre esos lentiscos, puedes  
sin fatigarte tirarle.
- REY. Luego vuelvo a que me cuentes  
ese suceso; don Juan,  
toma aquesa capa; denme  
un venablo, y aquí todos  
en este puesto se queden.

(Dale LAÍN un venablo al REY, y se va.)

- ALVARO. ¿Aun para quejarme al Rey  
quieren los hados crueles  
que tiempo y lugar me falte!  
¿Qué desdichado fui siempre!  
¿Es posible que don Pedro  
por tirar a un gamo deje  
de escuchar nuestros agravios?  
¿Es cruel (143) y no los siente!
- JUAN. He reparado en la capa  
y se me antoja o parece  
la que llevaba el traidor  
de nuestra honra, pues tiene

(142) A: tenis.

(143) B: es cruel, tachado, y encima, pero es mozo. C, D y E: pero es mozo.

el indicio en el escudo  
que falta.

ALVARO. Mira si viene  
con el otro, pues contigo  
siempre le traes.

(Saca el escudo.)

JUAN. ¿Cuándo suelen  
mentir agravios que matan  
honor y vida? ¡El es!

(Miran la capa.)

ALVARO. Denme  
los cielos, don Juan (144) pruden-  
el Rey es quien nos ofende. [cía;  
Quien justiciero le llama,  
no le ha conocido, miente,  
porque no ha de hacer ofensas  
el que castiga prudente.  
JUAN. Con orden suya robaron  
a mi ingrata hermana.

(Salen el REY, LAÍN y CRIADOS.)

REY. Fuése  
espantado del ruido  
de los perros y la gente.  
Proseguid (145). Alvaro, pues,  
el suceso por que (146) vierten  
diluvios de agua los ojos  
sobre la barba de nieve.  
Decid ya.

ALVARO. ¿Qué he de decir,  
lo que tú, señor, entiendes  
mejor que yo? Mis desdichas  
la voz helada detienen;  
considera tú la causa,  
considera tú si deben  
llorar mis ojos abismos  
que mi edad cansada aneguen. (147)

REY. ¿Cómo puedo saber yo  
tus pesares o placeres  
si tú no los comunicas?

ALVARO. ¡Ah, señor, señor! Los reyes  
no deben disimular;  
toda el alma es bien que muestren,  
porque engañar y fingir

es vileza, es una especie  
de traición, y ésta no cabe  
en los hombres eminentes. (148)

REY. ¿Qué es lo que decís?

ALVARO. Si causa  
de aquestas lágrimas eres;  
no disimules mi agravio,  
no lo encubras, no lo niegues.  
REY. Don Juan, ¿qué dice tu padre?

JUAN. Dice, señor, lo que siente.

Lastimale lo que ve  
y llora lo que padece  
como padre y como honrado.  
No te admire que se queje  
viendo el autor de su agravio,  
viendo el ladrón de sus bienes.

REY. También tú, don Juan, me hablas  
tan ciega y confusamente,  
que ni tus quejas penetro  
ni sé qué he de responderte.

¿Qué decís? Habladme claro.  
ALVARO. No quieras que me avergüencen  
mis palabras publicando  
mi deshonra.

REY. ¿Cómo pueden  
consolarse o remediarse  
los agravios si no quieren  
manifestarlos sus dueños?

ALVARO. Y (149) si son reos los jueces,  
vanas serán las querellas;  
seguro está el delincuente.

REY. Cada vez te entiendo menos.

JUAN. Si cuando el vasallo duerme  
entra el príncipe en su casa  
a robar su honra, y pretende  
encubrirse (150) y cuando le hallan  
solo de noche, sin gente,  
se defiende a cuchilladas... (151)

REY. No me digas más; detente.

¿Luego esta capa conoces?

JUAN. Testigo fué que presente

(148) B: En una tira de papel, pegada sobre los  
versos primitivos:

*el disimulo, señor,  
en hombres vulgares puede  
caber, pero no es posible  
en los hombres eminentes.*

REY. ¿Qué es lo que decís?

C, D y E siguen a B.

(149) A: Falta y.

(150) A: encubriese.

(151) A: se defiende a cuchilladas, tachado, y  
escrito otra vez.

(144) A: Don Juan, escrito sobre tanta, tachado

(145) A: prosegid.

(146) A: por quien.

(147) A: anegen.

a mis desdichas se halló.  
 REY. ¿Luego tú celas y quieres a Elvira?  
 ALVARO. ¿Mira si sabe el nombre de aquella alevé!  
 JUAN. ¿No te parece que es justo que la quiera y que la cele?  
 REY. ¿Y acuchillar a tu Rey?  
 JUAN. Si pudiera conocerte no te perdiera el respeto.  
 REY. Pues tu padre, ¿por qué siente que Elvira me agrade a mí?  
 ALVARO. Porque soy Alvaro Pérez de Guzmán, y eres casado.  
 REY. ¿A qué propósito viene mi estado y tu calidad? (152)  
 ¿Qué os importa que festeje a una villana?  
 ALVARO. Señor, no afrentes, no menosprecies su sangre de esa manera, ya que mi deshonra (153) quierés.  
 REY. Cuando pienso que os entiendo, más confusiones se ofrecen. Desalumbados venís; despropósitos me ofenden.  
 ALVARO. Si llevándola a ser monja quiso el cielo que saliese del coche sin verla yo, si la encubres, si la tienes escondida, ¿cómo dices que despropósitos pueden ofenderte? ¿Rey, mi hija!  
 JUAN. ¿Rey, mi hermana!  
 REY. ¿Qué imprudentes! ¿Os ha faltado el juicio? Callad, callad, que me ofende el sufrimiento que tengo. Atrevidos a los reyes no han de hablar los que deliran, sino los que razón tienen. Venid, dejadlos por locos. (154)

(152) A: Escrito este verso inmediatamente a continuación del anterior.

(153) B: *desdicha*, enmendado sobre *desonrra*. C, D y E: *desdicha*.

(154) B: En vez de este verso y los seis anteriores, en una tira de papel, pegada sobre los primitivos:

*«Los otros os atrevéis a creer tan fácilmente que yo oculte a vuestra hija? Agradece el que temple mis justas iras, el veros*

(Vase el REY y CRIADOS.)

ALVARO. ¿Muerto estoy! ¿Cielos, valedme!  
 JUAN. ¿Qué injusticia y tiranía!  
 ALVARO. ¿Qué Dionisio, qué Diomedes, qué Nerón hicieran tal? (155)  
 JUAN. Callemos, como prudentes.  
 ALVARO. ¿El Rey a mi honor ultraja!  
 JUAN. ¿El Rey mi sangre aborrece! (156)

(*Ense, y salen MANRIQUE y TRONERA y LORENZO.*)

TRONERA. ¿Es posible que haya hombre de entendimiento y prudencia, que tenga ánimo de ver aun de lejos esta aldea?  
 MANRIQUE. ¿Qué quieres, si a mi albedrío la razón no se sujeta?  
 TRONERA. Señor, ¿es ésta villana alguna Circe (157) hechicera? ¿No te acordarás que anoche nos vimos tan entre puertas que si los villanos salen pan de perro nos recetan; que reñiste con un hombre?  
 MANRIQUE. No lo acuerdes, cesa, cesa; que ése es el áspid torcido que a mi corazón rodea. La capa (158); ah, celos!, que hallé mayor confusión me deja, y aunque la he visto otra vez, no penetro de quién sea.  
 TRONERA. No hiciste mal baratillo cuando tu capa le dejás, pues sin (159) un escudo va, y dos escudos te llevas. El tu capa se llevó

*con pesares tan crueles, que no es mucho que el juicio y el discurso os enagene, para que olvideis el modo con que ha de hablarse a los reyes. ¡Enid: vosotros quedaos...*

Continúa con los mismos versos de A hasta *no lo acuerdes, cesa, cesa*. C, D y E siguen a B.

(155) A: *quiera*.

(156) B, C, D y E: Añaden estos versos:

D. ALVAR. *Pues de los cielos espero que mis desdichas remedien.*  
 D. JUAN. *Pues hasta entonces suframos de nuestro honor los baibenes.*

(157) A: *sirce*.

(158) A: Después de *capa*, tachado *vuelto*.

(159) B, C, D y E: *con*.



con bordadura de seda,  
y la que tú te trujiste  
bordada es de plata y nueva. (160)  
¿Sabes lo que he imaginado?

Si vienes a la querencia  
y haces lo que a la oración  
en algunas almonedas,  
que dejan (161) gato por liebre.

MANRIQUE. Deja las burlas, Tronera.

TRONERA. Dejo las burlas, y hablo,  
si puedo, contigo en veras.

¿Supiste de doña Elvira  
aquella noche que dejás,  
como el otro el escarpín,  
tú de la capa una (162) pierna?

MANRIQUE. Supe que el padre y hermano,  
recelosos de su ofensa,  
en un coche la sacaron (163)  
a media noche, y la dejan  
dentro de un (164) convento, el cual  
no me han dicho.

TRONERA. Y en la ausencia  
tú con otra Elvira quieres  
divertirte.

MANRIQUE. Más es tema  
de mi cuidado que amor.

TRONERA. ¡El puto que te creyera! (165)

MANRIQUE. Negarte que un ángel es  
de hermosura, injusto fuera. (166)

TRONERA. ¿Ángeles en Mazagatos?

Fuera dar el olmo peras.

¡Tú, con la pasión deliras!

MANRIQUE. Ya que nos vemos tan cerca,  
lo que te he dicho has de hacer.

Dádivas su desdén suspiros  
ya que no pueden suspiros.

TRONERA. Dádivas ablandan peñas,  
dice el adagio, mas (167) yo  
niego aquesta consecuencia,  
porque a villanas las rinde

(160) B: Tachados este verso y los tres anteriores.

(161) A y B: *bonden* escrito sobre *dexan*, tachado. C, D y E: *venden*.

(162) A: Después de una, tachado, *prenda*.

(163) A: Después de este verso, en la línea siguiente, tachado: y según l.

(164) A: *Dentro de un*, enmendado sobre *en un*.

(165) C, D y E: *No dudo yo que así sea*, escrito sobre el verso primitivo, tachado.

(166) A: Escrito este verso seguido a continuación del anterior. En la línea siguiente, tachado: *de crmo*; en la línea siguiente: *en su amor ynjusto fuera*.

(167) A: Antes de *mas*, tachado, *mas dice*.

sin la voluntad la fuerza.  
Cortesanas y aldeanas  
las comparo yo, y no es tema...

MANRIQUE. ¿A qué?

TRONERA. A los perros y gatos.

MANRIQUE. ¿Cómo?

TRONERA. De aquesta manera.  
Al perrillo llama el amo,  
y arrastrando por la tierra,  
amoroso y juguetón,  
le halaga, lame, hace fiestas. (168)  
Coge al gato más lozano,  
que al aire la cola encrespa,  
y si le pasan la mano,  
él, que no entiende la lengua,  
le tira una manotada  
y media mano le lleva,  
pongo (169) la comparación;  
ya que regalar desear  
regala allá, en la ciudad,  
que hallarás quien lo agradezca  
como gente racional. (170)  
no a villana, que aunque vea  
el más cumplido regalo,  
sólo dará en recompensa,  
con un respingo, una coz,  
filigrana de las bestias.  
MANRIQUE. Pues disfrazados venís (171)  
de labradores, Tronera,  
quédate tú con Lorenzo,  
que yo, cerca de la aldea  
os espero, y a la mira  
estaré.

(*Íase.*)

TRONERA. Y en tanto, reza  
y encomiéndate al dios niño, (172)  
amigo Lorenzo.

LORENZO. Ostenta  
con la cautela el valor.

TRONERA. Con villanos no hay cautelas.  
porque las malicias son  
conceptos de su rudeza.  
Espías somos los dos,

(168) A: *fiesta*.

(169) A: *poco*.

(170) A: Escrito este verso al margen, verticalmente; a continuación del anterior, tachado: *ya que no en*.

(171) A y B: *venís*, enmendado sobre *venimos*.

(172) B, C, D y E: *porque yo salga con bien*. En B, tachado el verso primitivo.

LORENZO. Pues vete, que yo en aquesta parte te aguardo.

TRONERA. Ya voy con más miedo que vergüenza.

(*Vase, y sale DOÑA ELVIRA.*)

DOÑA ELV. ¿Cuándo, Amor, ha de encontrar una mujer en su pena el alivio que procura?  
¿No bastan airadas flechas, sino que de mi fortuna se haya cansado la rueda?  
¿Cómo encontrará ocasión de avisar, airada estrella, a don Manrique mi mal, para que, amante, pudiera (173) llevarme donde...? ¿Qué mi-  
ro? (174)

Un villano aquí se acerca, y, si no reparo mal, no parece de esta aldea. Pero llamarle desco: ¡Labrador!

LORENZO. ¿Qué queréis? (175)

DOÑA ELV. Llega.

¿Conoces acaso al Conde don Manrique?

LORENZO. Sí; una legua está de aquí su lugar.

(173) B, C, D y E Atajados este verso y los seis anteriores.

(174) B, C y E Sobre *llevarme donde*, enmendado:

*como yo avisar pudiera a Don Manrique.*

D, como A.

(175) B: En una tira de papel, pegada sobre los versos primitivos:

D.<sup>a</sup> ELV. Llega.

*y dime de donde eres.*

LOREN. Soy de esa cercana aldea que llaman la Anquilla.

D.<sup>a</sup> ELV. El Conde

*don Manrique, fuerte pena!*

*¿no es su dueño?*

LOREN. Sí, señora.

D.<sup>a</sup> ELV. Y ¿le conoces?

LOREN. No es fuerza conocerle.

D.<sup>a</sup> ELV. Amor alienta. (ap.)

*En ese supuesto quiero que hagas por mí una fineza.*

Siguen los versos como en A, hasta Señora. C, D y E, como B.

y es mi señor, cosa es cierta que he de conocerle.

DOÑA ELV. Pues ¿harás por mí una fineza?

LORENZO. Su merced mande.

DOÑA ELV. Pues dile

que su Elvira está violenta en esta casa y lugar; que fino y amante venga, que, muerta de amor, sin él nada es gloria y todo es pena; testigos de esta verdad mis tiernas lágrimas sean. ¿Sabrás decirlo?

LORENZO. Señora,

vos veréis mi diligencia. En la Anguilla quedó el Conde. Vóselo a decir.

DOÑA ELV. Pues vuela.

¡Quién del pensamiento ahora las alas darte pudiera!

LORENZO. Yo diré que venga al punto.

DOÑA ELV. Pues de la casa las señas lleva.

LORENZO. Muy bien la conozco. Buenas albricias me esperan. ¡Adiós, señora!

(*Al irse, sale GUTIERRE, con tabla de colores y pinceles.*) (176)

GUTIERRE. Esperad.

La casa ha de ser aquesta, y allí una mujer está.

LORENZO. ¿Qué mandáis?

GUTIERRE. ¿Sois de esta tierra?

LORENZO. Sí soy.

GUTIERRE. ¿Sabréisme decir

aquella mujer quién sea?

LORENZO. El sol que este valle abraza y que flores da a la selva. Llámase Elvira, y es dueño de esta casa.

(*Vase.*)

GUTIERRE. ¡Id norabuena.

Ea, pincel, ella es.

Prevenid para esta empresa la destreza y valentía.

(176) A: *Aze que se ba y sale Gutierre con tablilla y pinceles.*

Señora, vuestra belleza  
a una osadía da causa,  
y pues la Naturaleza  
asombro os hizo y milagro,  
dad licencia, dad licencia (177)  
para que un bosquejo vuestro  
del mundo admiración sea.

Doña ELV. Pues decid quién os ha dado (178)  
a esa osadía licencia.

GUTIERRE. ¿Quién la diré? De la Corte  
un Conde es, y no se acuerda  
de su nombre la memoria.

Doña ELV. ¡Cielos, si mi amante fuera!...  
¿Llámasse Manrique?

GUTIERRE. Si:  
el mismo es. (179)

Doña ELV. Una sospecha  
me ha dado: ¿si a estotra Elvira  
el Conde acaso desea,  
de su hermosura inclinado?  
Mas, desconfianza necia:  
Manrique en su vida habrá  
visto a Elvira en esta aldea;

¿qué desconfiados son  
los amantes en ausencia!  
Permitir que me retrate  
no será objeción (180) pequeña,  
mas si es para el Conde (181), y  
de él enviado, ¿qué me deja [viene  
de escrúpulo?; antes así  
le diré que a verme venga,  
por si el villano se olvida.

Si retratarme deseas,  
empieza el retrato, que  
te permito la licencia.

GUTIERRE. Pues que mejor luz dará  
apartados de la puerta,  
venid, señora.

Doña ELV. Ya voy.  
¡Ay, Conde, lo que me cuestas!

(*Vanse, y sale ELVIRA.*) (182)

ELVIRA. Fuertes sospechas me dan  
la suspensión y tristeza

(177) A: *dal licencia.*

(178) A: *os ado.*

(179) B, C, D y E: A continuación de letra de C, al margen: *esta cautela / me valga, pues ella misma / me dió luz.*

(180) A: *ojeccion.*

(181) A: Después de *Conde*, tachado, *como*.

(182) A: *Vanse y sale Elvira por otra puerta.*  
B, C, D y E: *Selva corta.*

de esta Elvira u ésta Inés.  
De alguna pasión violenta  
su corazón adolece;  
ella suspira y se queja.  
Mas ¿por qué lo extraño yo,  
si en aquesta pobre esfera  
también Amor se introduce?  
que es como el Sol, que no deja  
de registrar cuando sale  
desde la altiva eminencia  
hasta la humilde cabaña,  
ya sea risco, ya sea (183) selva.  
Yo también amo y deseo,  
y mi padre, con sospechas  
anda después que hospedó  
confusión extraña y nueva, (184)  
al cortesano que en paga  
del albergue y de la cena,  
sin despedirse, nos dió, (185)  
con mala noche, pendencia.

(*Sale TRONERA.*)

TRONERA. Como el podenco que está  
agazapado en la espera,  
habrá dos horas que estoy,  
y pues la campaña escueta  
está, y el conejo atisbo,  
antes que en la madriguera  
sé meta, le echo la garra.  
Señora Elvira, o coneja, (186)  
a este pobre cazador  
sin hurones ni escopetas,  
que viene a cazar favores,  
préstele un rato la oreja.

ELVIRA. ¿Quién eres, hombre?

TRONERA. Yo soy  
un enviado a tu belleza  
de parte de don Manrique,  
que está por tí dado a suegras.  
En esta caja te envía  
unas joyas y cadena  
de oro; no hay sino tomarlo,  
y lo que viniere (187) venga.  
Madurativo es, Elvira.

(183) A: *ya se selva.*

(184) A: Este verso inmediatamente a continuación del anterior.

(185) A: En la línea siguiente, tachado: *mal a noches, y; noches*, enmendado sobre *uozes*.

(186) C: Tachados este verso y los seis anteriores; atajados en D y E.

(187) A: *veniera.*

y aunque estés como una pie-  
[dra (188).

no importa, que el refrán dice  
"dávivas ablandan peñas".

ELVIRA. Haga un verdugo en tu cuello  
cabriolas.

TRONERA. Danza es aquesa  
de partir nueces.

ELVIRA. Traidor,  
¿cómo inadvertido llegas  
a ofrecer a mi decoro  
lo que a mi decoro afrenta?  
Y para que te escarmiente,  
le has de llevar la respuesta  
de esta (189) manera a tu amo.  
¡Labradores de esta aldea,  
asido tengo a un ladrón!

(Agárrale.)

TRONERA. ¡Pesía el alma de mi abuela! (190)  
¡Suéltame, Elvira, por Dios!

ELVIRA. La que de honrada se precia,  
de un alcahuete (191) ha de ser  
alguacil.

TRONERA. ¡Yo la hice buena!

ELVIRA. ¡Labradores, acudid,  
porque librarse (192) no pueda  
aqueste ladrón.

(Salen el ALCALDE y PASCUAL, villanos.)

LOS DOS. ¿Qué es esto?

ELVIRA. Luego al instante se prenda  
aquéste, que lleva hurtadas  
unas joyas y cadena  
de oro.

ALCALDE. Agarradle (193), amigos.  
¡Suelta, ladrón!

PASCUAL. ¡Suelta, suelta!

(188) *A: piedra sobre Peña, tachado; los dos versos siguientes, escritos al margen, inmediatamente a continuación de éste, en sustitución de otros dos, tachados:*

*te ablandaras al instante  
que el oro ablandara piedras.*

*C, D y E: Tachado madurativo es elvira, y sustituido por el oro es un gran metal.*

(189) *A: Antes desta, tachado, aora ver.*

(190) *A: aguela.*

(191) *A: alcahuete. C, D y E: insolente sobre alcahuete, tachado.*

(192) *A: librase.*

(193) *A: agarradle.*

TRONERA. ¡Así soltarais vosotros!

ALCALDE. ¡Qué rica es! A la trena  
le llevad (194), porque en el cepo  
de cabeza se le meta.

TRONERA. Alcaide de Bercebu,  
¿te he descorchado colmenas?  
Di, sayonazo cruel.

¿me has hallado en tu bodega,  
en tus cabras o rastros?

ALCALDE. ¡Calla, don hurta cadenas;  
que soy Alcalde este año,  
y porque el aldea tenga  
un buen día, he de ahorcarte!

ELVIRA. Si hemos de dar la sentencia,  
digo que antes de ahorcalle  
le den tormento.

PASCUAL. Así sea,  
porque ducientos azotes  
lleve para ir a galeras.

TODOS. ¿Qué os parece?

TRONERA. ¡Voto a Cristo (195),  
que apeio a mil y quinientas!  
¿Estamos en Berbería?

PASCUAL. Vaya el truhán.

ALCALDE. Venga el bestia.

(Sale MANRIQUE.)

MANRIQUE. ¿Qué es aquesto?

ALCALDE. Un ladronazo.

MANRIQUE. ¿Qué lleva hurtado?

PASCUAL. Unas prendas  
de oro.

TRONERA. Señor, saca[d]me  
de estas montaraces bestias.

MANRIQUE. En su busca vengo yo,  
y, pues me ha hurtado estas pren-  
yo sabré darle el castigo. [das,

ALCALDE. La vuestro poder se entregan  
las alhajas.

MANRIQUE. Id con Dios.

ELVIRA. Quieroirme de la presencia  
de este Conde, que Pascual  
celoso está. (196)

(194) *A: Después de llevad, tachado, y de ca-  
beza.*

(195) *A: El rasgo final de la o de Cristo, aun-  
que no lo es, parece una s, que copiaron B, C, D y  
E, poniendo Cristos.*

(196) *A: Inmediatamente a continuación: Pas,  
duda fiera, montando la última a sobre la r de Vase.  
Es un olvido, rectificado, del copista, que puso Pas-  
cual como personaje al frente del verso siguiente.*

(Vasc.)

PASCUAL. ; Duda fiera!  
; Traer las joyas el criado;  
Elvira que de él se queja,  
y venir el Conde luego?  
; No me atormentéis, sospechas!

(Vasc.)

ALCALDE. ; Vaya con Dios el lacayo,  
que se ha librado de buena!

(Vasc.)

TRONERA. Del poder de un fiero Herodes  
he librado la cabeza.  
MANRIQUE. ; Qué ha sido esto?  
TRONERA. ; Qué ha de ser?  
Llegar a esa machihembra  
a ofrecerle tu regalo,  
y cuando que lo agradeza  
entendí, a gritos y voces  
decir con gentil friolera (197):  
“; aborquen aqueste ladrón!”,  
y ellos, sin gastar pereza,  
si tardas, en mí ejecutan  
borca, azotes y galeras.  
MANRIQUE. ; Tan ingrata es? ; ¡ay de mí!  
TRONERA. Pues tú, ; para qué te quejas?  
Quejome yo, pues aun no (198)  
me ha salido el susto fuera.

(Solo Lorenzo)

LORENZO. Deme albricias, u-iría.  
MANRIQUE. ; Qué habrá de que yo las deba?  
LORENZO. Para ti me dió un recado  
con hermosura que eleva  
tu Elvira, diciendo: “Al Conde  
le dirás lo que me cuesta,  
de disgustos y pesares;  
que, amante, acuda a mis pe-  
[nas (199),  
que, muerta de amor, sin él  
nada es gloria y todo es pena”.  
Aquesta noche te aguarda,

(197) A: Escrito este verso inmediatamente a continuación del anterior. En la línea siguiente, tachado: *agarrandome*.

(198) A: *auno*.

(199) A: En la línea siguiente, tachado, a dar alibio.

y me hizo tomar las señas  
de la casa.

MANRIQUE. ; Eso es verdad?  
LORENZO. Señor, pues ; si no lo fuera,  
te lo habia de decir?

MANRIQUE. Toma esta sortija.  
LORENZO. Venga.

TRONERA. Vean ustedes aquesto:  
éste con sortija queda (200),  
y yo he sido el estafermo  
de puñadas y de afrentas.

MANRIQUE. Fuentes de aqueos peñascos,  
flores de esta amena selva,  
aves que cantáis amores,  
árboles de esta (201) maleza,  
pues mudos testigos fuisteis  
de lo que Elvira me cuesta,  
sedlo también de mi dicha,  
dándome la enhorabuena.

TRONERA. ; Loco estás!

MANRIQUE. ; No lo he de estar (202),  
si un bien no esperado llega?  
Tú, Lorenzo, los caballos  
tendrás detrás de esa huerta.

LORENZO. Voy al punto.

(Vasc.)

TRONERA. ; Hombre dichoso!;  
llámase Lorenzo, es fuerza,  
fué santo de la parrilla. (203)  
Mi nombre es de mala estrella,  
porque (204) en ningún calendario  
he leído a San Tronera.  
MANRIQUE. ; Oh, si la hora llegara  
de ver a Elvira!

TRONERA. ; Hay tal tema?  
; Por no verla yo, tornara  
me diera dolor de muelas!

MANRIQUE. Vámonos, pues, acercando, (205)  
que ya las luces se ausentan. (206)

(200) A: Siguen dos versos tachados:  
y yo a pique de aorcado  
con tanta lengua les.

(201) A: *desta*.(202) A: Primero escrito: *Troner*, *no lo es de ser*.

(203) A: Fue enmendando co; el verso siguiente escrito inmediatamente a continuación de este.

(204) A: Antes de *porque*, tachado y así.(205) B, C, D y E: *acercando*, tachado y sustituido por *a hacer hora*.

(206) A: Escrito este verso al margen, verticalmente.

TRONERA. Si, que ya en el mar (207), señor,  
se zambulló de cabeza  
el sol.

MANRIQUE. Y deja a la noche  
por virreinas las estrellas. (208)  
Esta la casa ha de ser.

TRONERA. Ya a mi me tiemblan las piernas.  
Llega tú, que yo aquí aguardo:  
mas con Elvira está alerta,  
no te haga otra burla a ti  
en que por ladrón te prendan.

(Llega MANRIQUE al lado izquierdo, donde habrá una  
ventana encima de la puerta, y sale DOÑA ELVIRA  
a la ventana.) (209)

DOÑA ELV. Poderoso Amor, que iguales  
lo que humilde y grande ha sido,  
ya que la noche has traído  
con el batir de las alas,  
trae al Conde, pues inquietas  
mi rendida voluntad.

(207) A: mar, enmendado sobre mal.

(208) B: Después de este verso, escritos en una  
tira de papel, pegada sobre los versos primitivos:

*Vámonos pues acercando.*

TRONER. Ya a mi me tiemblan las piernas,  
tú irás y yo aguardaré;  
mas con Elvira está alerta,  
no te haga otra burla a ti  
en que por ladrón te prendan.

MANRR. Amor, de tu influjo aguardo  
que sea mi dicha cierta.

(Váanse y sale GUTIERRE con el retrato.)

GUTIERRE. Pues (concluido, tachado) ya concluí el  
[retrato,

a impulsos de mi destreza,  
aunque vencer fué preciso  
cscrupulosas sospechas  
de la villana, y el rey  
tan cerca de aquí se encuentra,  
porque de mí fue conocida  
quanto en servirle se empeña,  
a entregársele contento  
rey con toda diligencia.

(Vase.)

C, D y E: Siguen a B, con la siguiente variante:  
(209) A: Entre este conuigo, sobre vámonos pues acer-  
cando.

(210) A: Retírase Tronera al lado derecho y  
Manrique llega al lado izquierdo donde abra una ven-  
tana debaxo (sic) de la puerta, y sale doña Elvira a  
la ventana. B: encima sobre debaxo, tachado.

y denle velocidad  
las plumas de tus saetas. (210)

MANRIQUE. ¿Es Elvira?

DOÑA ELV. ¿Es mi Manrique?

MANRIQUE. Tan otro de gloria estoy,  
que no sé, Elvira, quién soy:  
el alma misma se explique:  
ella, que contigo está,  
mejor te respondería  
si a la voz y lengua mía  
su movimiento le (211) da;

manda, divina mujer,  
al alma que dé la vida  
a mi lengua suspendida  
porque pueda responder. (212)

DOÑA ELV. ¡Ay, Conde!, y qué soledad  
esas razones me hicieron,  
después que tus ojos fueron  
prisión de mi libertad;

que, ausente de tanta gloria,  
mis lágrimas me anegaran,  
si mis penas no templaran  
la esperanza y la memoria.

Y en mi pena repetida  
han unido sin mudanza  
la memoria y la esperanza  
los extremos de mi vida:

una, promesas me da:  
otra, glorias me acordó;  
una, del bien que pasó;  
otra, del bien que vendrá.

MANRIQUE. Cómo engañan los sentidos  
el pensamiento veloz:  
los ecos de aquesta voz  
me suenan en los oídos  
los de doña Elvira, y fué  
que como el nombre repito,  
y su agravio solicito,  
temí, y de ella me acordé.

(210) B: Entre este verso y el siguiente, escritos  
en una tira de papel, pegada sobre los primitivos:

*Salen Manrique y Tronera.*

MANRR. Ya a la casa hemos llegado,  
y si el desseo no miente,  
que ay en la ventana gente  
me parece.

TRONERA. Yo he cegado

y nada veo señor.

DOÑA ELVIR. Gente parece que siento

MANRR. Llegar poco a poco intento:  
cumple mi esperanza, Amor!

C, D y E: Siguen a B.

(211) A: le enmendado sobre no.

(212) B, C, D y E: Falta esta redondilla.

Antojos de quien amó;  
errores de quien olvida.

(Sale PASCUAL.)

PASCUAL. ¿Este es amor? ¿Esta es vida?  
¿Yo temores? ¿Celos yo?

TRONERA. Yo temo esta serranía,  
y del Conde me avergüenzo.  
Voy a llamar a Lorenzo  
para tener compañía.

(Entrase TRONERA, y se pone PASCUAL en donde estaba.)

MANRIQUE. Mi Elvira, tuyo he de ser,  
y te adoro de manera,  
que eterna vida quisiera  
para amar y agradecer;  
que, debiendo ser igual  
el amor y bien que siento,  
el noble agradecimiento  
no cabe en vida mortal (213)  
un amor tan exquisito.

Doña ELV. Mi don Manrique, quien debe  
sentir que la vida es breve  
para amor tan infinito,  
yo soy, y si pueden algo  
mis deseos, que en su centro  
hoy están... Pero acá dentro  
suenan gente. Luego salgo.

(Retírase, y llega MANRIQUE a PASCUAL.) (214)

MANRIQUE. Tronera, ¿habrá quien posea  
tan feliz gloria en su dama?  
No llega el bien de quien ama  
al gusto de quien desea.

PASCUAL. ¡Cielos! ¿qué escucha?

MANRIQUE. ¿Mi Elvira!

PASCUAL. En celoso abismo (215) ardo.  
¿Si aquesto escucho, qué aguardo?  
El pecho se enciende en ira.

(Sale Doña ELVIRA.)

Doña ELV. Mi señor y dueño mío  
a quien mi fe veneró  
y a quien gustosa dejó  
toda el alma mi albedrío,

(213) B: Atajada esta redondilla. C, D y E: Falta.  
(214) A: Llega a hablar con Pascual por Tronera.  
(215) A: abismo, sobre incendio tachado.

en el tálamo dichoso  
¿cuándo se verán premiados  
mis amorosos cuidados?  
¿Cuándo, di, serás mi esposo?

MANRIQUE. (Ap.) ¿Su esposo? ¿Qué cobar-  
Amor le da esta esperanza. [día!  
Mas quién no engaña, no alcanza;  
por aquí vendrá a ser mía.] (216)

Siendo tú la luz que adora  
el alma, que tuya es ya,  
mientras no llega, será  
eternidad cada hora.

Deja, mi Elvira, esta casa,  
vente conmigo a otra (217) aldea,  
donde (218) el alma te desea  
y el corazón, que se abrasa,

harán libre rendimiento  
al amor y a la ventura,  
a tu divina hermosura,  
a tu gran merecimiento. (219)

PASCUAL. Apenas puedo escuchar  
las palabras, ¡ay de mí!

Doña ELV. Ese dulcísimo si  
nuevo aliento me ha de dar. (220)

Manrique, espera, ya voy,  
porque contigo tendré,  
no más amor, no más fe,  
porque en eso fénix soy;  
pero tendré más ventura (221),  
más valor, más alegría.  
Ya voy.

(Quítase.)

MANRIQUE. Harán noche el día  
los rayos de tu hermosura.

(216) C, D y E: Esta redondilla y la anterior, han  
sido substituidas por otras dos, escritas en una tira de  
papel, pegada sobre los versos primitivos:

Da a mi corazón reposo,  
pues que posible no fuera  
que de otra suerte te oyera.  
¿Cuándo, di, serás mi esposo?

MAN. ¿Su esposo? ¿Qué altanería!  
Mas quiero disimular  
y su esperanza alentar  
con amorosa porfía.

(217) A y B: o otra, escrito sobre mi tachado.

(218) A: don por descuido del copista.

(219) B: Atajada esta redondilla, que falta en C,  
D y E.

(220) A: Antes de nuevo, tachado que; me a escri-  
to sobre el renglón.

(221) A: amor por descuido del copista. B: tacha-  
do amor y substituido por ventura al margen.

Tronera, ni mi esperanza,  
ni mi amor, ni mi deseo,  
con la gloria que poseo  
se igualarán. Más alcanza  
el alma que ha deseado:  
conmigo Elvira se va;  
guarda estas joyas, que allá

(*Dale una caja con joyas.*) (222)

en el pecho donde he entrado  
brillarán como una estrella.  
Parte, Tronera, a traer  
mi caballo, que ha de ser  
toro de Europa (223) más bella.

PASCUAL. Palabras que abismos son  
de veneno y de pesar,  
¿cómo llegan sin matar  
del oído al corazón?

No desmayéis, esperanza,  
ánimo, y en mal tan fuerte  
prevengamos con la muerte  
la defensa o la venganza.

(*Vase, y sale ELVIRA a la ventana.*)

ELVIRA. Celoso he visto a Pascual,  
cuando a mi amor corresponde,  
de los antojos del Conde,  
venido aquí por mi mal;  
quiérole satisfacer:  
que entre los campos y flores  
nacen sencillos amores,  
y celos no han de nacer.

MANRIQUE. ¿Oyes, Elvira?

ELVIRA. ¿Quién llama?

MANRIQUE. Quien en esta noche espera  
rayos de luz verdadera  
de los ojos de quien ama.

Manrique soy, que e aguardan-  
ci alba de tu hermosura. [do (224)  
en la noche más oscura  
al sol estoy esperando. [zas?

ELVIRA. ¿Cómo es posible? ¿Qué alcan-  
[Discurso] (225) si loco estás,  
pues tan fácilmente das

(222) A: Dale la caja de joyas.

(223) A: Uropa.

(224) A y B: aguardando, enmendado sobre espe-  
rando.

(225) A: Discurso copiado por los otros cuatro  
es, sin duda, error del copista por discurre.

crédito a tus esperanzas.

¿Vencer quieres con promesas  
los pensamientos honrados  
de la Dafne de estos prados,  
Diana de estas dehesas? (226)

Pudieras, escarmentado,  
no volver jamás aquí,  
con la respuesta que di  
al loco de tu criado.

(*Vasc.*)

MANRIQUE. ¿Vive Dios, que burla ha sido  
el favor que me mostró,  
la palabra que me dió  
y el amor que me ha fingido!

(*Sale PASCUAL.*)

PASCUAL. Esperad todos ahí,  
porque impidamos mi muerte.

MANRIQUE. ¿Ah, villana! ¿De esta suerte  
has hecho burla de mí?

¿Esto es amar a villanas?  
¿Esto es dar crédito y fe  
a rústicas?

PASCUAL. Burla fué,  
¡por las luces soberanas!,  
de Elvira discreta y bella.  
Consoládome han los cielos,  
pues quedamos yo sin celos,  
él sin joyas y sin ella.

Pero a la mira (227) estaré  
con la gente que he traído,  
por si acaso es atrevido,  
y a Nuño le avisaré.

(*Vasc.*)

MANRIQUE. ¿Qué es esto. Amor y esperanza,  
burla nos hizo a los dos?  
¡Roharéla, vive Dios,  
que no es inercia la venganza!

(*Doña ELVIRA, a la ventana.*)

Doña ELV. No he podido descender (228),  
que esta gente está despierta.

(226) B y D: Atajada esta redondilla, que falta  
en C y E.

(227) B: vista enmendado sobre mira. C, D y E:  
vista.

(228) A: dezcender.



¿Si está Manrique a la puerta?  
Conde, señor.

MANRIQUE. Vil mujer,  
que de villana te precias.  
¿pensabas que yo deseo  
tus favores y que creo  
palabras falsas y necias?

¿Yo esposo de una villana?  
¿Rabiando de enojo estoy!

DOÑA ELV. ¡Qué desdichada que soy!

MANRIQUE. Quitate de esa ventana.

DOÑA ELV. ¿Cómo? ¿Así pagas mi amor,  
Conde, señor?

MANRIQUE. Déjame.

DOÑA ELV. Mal premio das a mi fe.

MANRIQUE. Eres vil.

DOÑA ELV. Eres traidor.

¡Muerta estoy! ¡Burlada fui!

¡Ya son deshonra los celos!

¡Montes, fieras, hombres, cie-  
tened lástima de mí! [los (229),

(*Íase. Sale TRONERA.*)

TRONERA. Mira, señor, que amanece,

MANRIQUE. ¿Qué importa que salga el día,  
si en el pecho y alma mía  
ninguna luz resplandece?

TRONERA. ¿Qué tenemos?

MANRIQUE. Burla fué.

La villana me engañó.

TRONERA. Bien lo adivinaba yo.

¿Dístele las joyas?

MANRIQUE. ¿Qué?

TRONERA. Las joyas.

MANRIQUE. ¿Burlas también

cuando desespero y rabio,  
cuando tengo por agravio  
un desprecio y un desdén?

TRONERA. Como no te haya engañado  
en las joyas, bien está.

MANRIQUE. ¡Necio (230) estás!

TRONERA. ¿En lo que da  
un amante desdeñado!

MANRIQUE. Villano, ¿si tú las tienes,  
qué porñas?

TRONERA. ¿Yo, señor?

El está loco de amor.

¡Lo que pueden los desdenes!

Si joyas tengo, señor,  
plegue a Dios que todo un día  
camine yo en compañía  
de un necio preguntador.

MANRIQUE. ¿Niegas, viéndome con ira,  
si mi mano te las dió?

TRONERA. Pues ¿quieres que pague yo  
todas las burlas de Elvira?

¿Hay tan fiero disparate?

MANRIQUE. ¿Me apuras!

TRONERA. Es testimonio.

Señor, me lleve el demonio. (231)

MANRIQUE. ¡Vive el cielo que te mate!

(*Salen NUÑO, PASCUAL y VILLANOS, con palos.*)

NUÑO. ¿Por la puerta del corral  
me has hecho salir (232) tan tarde?

PASCUAL. Señor (233), el valor alarde  
ha de hacer.

NUÑO. ¿Por qué (234), Pascual?

PASCUAL. ¿En la puerta de tu casa  
no ves gente?

NUÑO. Bien se mira.

PASCUAL. Nos quieren robar a Elvira.

NUÑO. ¿Qué (235) dices?

PASCUAL. Que aquesto pasa.

Yo lo oí, y he prevenido  
los zagalos del lugar.

VILLANOS. (236) Y no se la han de llevar.

TRONERA. ¡Ah, señor, que siento ruido!

¡Ira de Dios, qué cuadrilla;  
viene a darnos malos ratos!

MANRIQUE. ¿Qué gente?

PASCUAL. De Mazagatos.

¿Quién lo pregunta?

TRONERA. La Anguilla. (237)

NUÑO. Esta no es jurisdicción  
suya.

MANRIQUE. Yo la puedo hacer.

PASCUAL. ¿Y cómo?

MANRIQUE. Con el poder,  
villanos.

(231) C, D y E: Tachado este verso y la mitad  
del anterior, y sustituidos por:

*Caso es sentido  
señor que nada me has dado.*

(232) A: Después de salir, tachado Pascual.

(233) A: Después de Señor, tachado rezalde.

(234) A: Porque, escrito sobre de quien tachado.

(235) A: Antes de qué, tachado aquesto pas.

(236) A: zagalos.

(237) A: Anguilla.

(229) B, C, D y E: Tachado este verso; sustituido  
por que pena sagrados cielos.

(230) A. Antes de necio, tachado, en lo que.

*Saca la espada, y los Villanos los retiran a Manrique y Tronera, que saldrán por la otra puerta.* (238)

PASCUAL. ¡Ah, tu traición  
castigaré!

TRONERA. ¡Qué mal rato!  
Retirate.

MANRIQUE. Fuerza es:  
que yo volveré después.

TRONERA. Vamos, que tocan rebato.

NUÑO. Dejadlos si se retiran.

MANRIQUE. ¿Cómo mi rencor mitigo?  
Yo os daré el justo castigo.

TRONERA. ¡Fuego, los palos que tiran  
y piedras! (239) ¡Ah, perros, ga-

MANRIQUE. A los caballos, Tronera. [tos!]

TRONERA. Vamos presto. ¡Guarda, fuera!  
*Ya anda la de Mazagatos.*

*(Vanse, y salen el REY, DON JUAN y DON ALVARO.)*

REY. Don Alvaro, los (240) monarcas  
preciados de justicieros,  
a quejas de sus vasallos,  
no vencidos, sino atentos  
y piadosos han de estar;  
la potencia y el imperio  
no deben ser tiranía;  
la Justicia, con un peso  
se pinta por la igualdad,  
y un ojo solo en un cetro  
pintó el egipcio, mostrando  
que uno ha de ser en el reino  
el cuidado y el amor  
con los vasallos; por eso,  
aunque estáis de mí quejosos (241),  
y aunque la causa no entiendo  
de las quejas, quiero oíllas,  
no con ánimo severo  
de rey a quien ofendéis,  
sino de amigo, que espero,  
oyéndoos atentamente,  
como rey satisfaceros.

ALVARO. Don Pedro, Rey de Castilla,

(238) *A: Saca la espada con los villanos. Meten a Manrique y a Tronera y salen por la otra puerta retirándose Manrique y Tronera.*

(239) *A: Pedras (sic), escrito sobre pedradas tachado.*

(240) *Después de los, tachado vasallos.*

(241) *B: Atajados este verso y los nueve anteriores; faltan en C, D y E.*

no te espantes, si me quejo,  
porque un agravio en la honra  
se pasa mal en silencio:  
robada tienes mi hija,  
sin atención ni respeto  
a la grandeza de rey,  
a la dignidad y celo  
de monarca, a los servicios  
de mi padre y mis abuelos. (242)  
No es, don Alvaro, verdad;  
algún engaño hay en esto.  
¿Qué motivo habéis tenido  
para el libre atrevimiento  
de pensar y de decir  
tal acción de mí?

ALVARO. Si puedo  
referillo con el llanto  
que produce (243) el sentimiento,  
diré cuál es: una noche,  
embozado, un caballero  
entró al cuarto de mi hija;  
queriendo reconocerlo  
don Juan, quitó de su capa  
un escudo; después de ésto (244),  
yendo a Burgos, la robaron  
de nuestro coche.

REY. ¿Y por esos  
indicios me habéis culpado (245)  
solamente?

JUAN. Si te vemos  
la misma capa después,  
y el escudo confirmando  
con ella está, ¿no ha de ser  
el delincuente su dueño?  
¿No es bastante información?

REY. Don Juan, no; mas yo prometo,  
estad atentos, yo juro  
por mi vida, por los cielos,  
por cuanto puede jurar  
un rey cristiano; así el tiempo  
los términos me dilate  
de la vida y de mis reinos,  
así del Andalucía  
el africano soberbio  
huya vencido, y el Betis [so (246)  
que al mar de España da cen-  
lo pague en árabe sangre,

(242) *A: aquellos.*

(243) *A: produce.*

(244) *A: desto.*

(245) *B: Tachado me habeis culpado y al margen lo sospechasteis. C, D y E: lo sospechasteis*

(246) *A: censo.*

y no en cristales tan bellos (247),  
que no soy yo el que pensáis,  
ni aun mi mismo pensamiento  
os ha ofendido, ni he visto  
jamás vuestra hija.

ALVARO. Creo

a Tu Majestad, señor.

REY. En un extraño suceso  
perdi mi capa, y hallé  
la que decís (248), y deseo  
saber quién su dueño ha sido;  
haced diligencias luego  
para saber quién os hace  
tal agravio, y yo os prometo  
que seré con él Trajano;  
pero os aviso y advierto  
que un rey da satisfacción  
solamente por sí mismo,  
no a vasallos atrevidos.

ALVARO. Los pies mil veces os beso.

REY. ¿De quién podéis presumir  
que os ha ofendido, supuesto  
que yo no soy?

JUAN. Solamente

de don Manrique.

REY. Sabedlo,  
porque en mí hallaréis justicia  
como rey y amigo vuestro.

(Vase.)

ALVARO. ¡Vivas los años del fénix,  
ya que en singular extremo  
es un fénix tu justicia!

JUAN. ¡Viva más que vive el tiempo!  
¡Animo, señor! Hagamos  
con recato y con secreto  
diligencias con Manrique  
por saber si es él; no erremos  
esta venganza.

(Sale GUTIERRE.)

ALVARO. Gutierre,  
noble amigo y compañero,  
a buen tiempo habéis llegado.

GUTIERRE. ¿Qué hay, don Alvaro, de nuevo  
en que yo os pueda servir?

(247) B: Atajados este verso y los cinco anteriores. C, D y E: faltan.

(248) C, D y E: Tachado la que decís y sustituido por esta que veis.

ALVARO. Es larga historia.

GUTIERRE. Yo vengo  
de retratar una dama  
que con ardientes afectos  
quiere el Rey; daré el retrato,  
y va salgo, aunque deseo  
que veáis la valentía  
del pincel y atrevimientos  
del Arte, competidora  
de Naturaleza, y temo  
que lo sepa el Rey.

ALVARO. Yo juro

de guardar siempre silencio.  
GUTIERRE. Pues mirad esta hermosura,  
trasladada del sujeto;  
reparad, mirad los ojos:  
dos lenguas que están diciendo:  
"O soy mudo original,  
o retrato que habla".

ALVARO. ¡Cielos!

¿Qué desdichas son las mías?  
¿Qué rigores son los vuestros?

GUTIERRE. Mirad alegre este rostro,  
tan apacible y atento  
que parece que nos oye  
y nos responde risueño.

ALVARO. ¿Hanse engañado mis ojos,  
o es retrato verdadero  
de aquella aleva?

JUAN. Señor,

no se engañan, que antes vieron  
más agravios; snyo es  
el retrato.

ALVARO. ¿Con qué intento  
el Rey ofendernos (249) quiere?

JUAN. Con ánimo de ofendernos,  
con intención de agraviarnos.

GUTIERRE. ¡El Rey sale!

ALVARO. Yo te ruego  
me digas dónde la dama  
está del retrato.

GUTIERRE. A eso  
responder no puedo yo,  
el Rey lo sabe; el secreto  
habéis jurado guardar:  
callad, que yo no pretendo  
que con vosotros me vea.

(Retírase.)

(249) B, C, D y E: Tachado ofendernos, sustituido por engañarnos.

ALVARO. ¡Muerto estoy!  
 JUAN. ¡Sin alma aliento!

(Sale el REY.)

REY. ¿Todavía aquí os estáis?  
 ALVARO. Rey don Pedro, el Justiciero,  
 que aqueste nombre te dan  
 por justo, sabio y discreto,  
 perdona mis demasías,  
 por agraviado y por viejo:  
 a la tirana justicia  
 pone Dios leyes y freno;  
 Roma, Troya, y aun España,  
 te pueden servir de ejemplo,  
 cuyos reyes acabaron  
 su majestad y su imperio  
 por violar honras ajenas;  
 son eternos escarnientos  
 Paris, Tarquino y Rodrigo  
 en los anales del tiempo;  
 tú, que justicia nos finges,  
 robando honores ajenos,  
 y a verdaderos agravios  
 pones falsos juramentos.  
 ¿por qué no temes castigo  
 de aquel Tribunal supremo  
 donde son iguales siempre  
 los grandes y los pequeños?  
 ¿Las hijas de tus vasallos  
 han de ser por ti desprecio  
 y fábula de las gentes?  
 ¡Al Rey de reyes apelo.

REY. ¿Qué es esto? ¿Otra vez porfían  
 tus locuras, ¡iras vierto!,  
 cuando ya mis desengaños  
 te dejaron satisfecho?

JUAN. Permítenos que mi hermana  
 pueda entrar en un convento,  
 gran señor, y no te enojen  
 de mi padre los consejos.

REY. ¡Vive el cielo, que están locos!  
 ¡Ah! de mi guarda!

ALVARO. ¡No puedo  
 decir que he visto el retrato!

(Salen LAÍN (250) y SOLDADOS.)

LAÍN. Señor, ¿qué mandas?  
 REY. Que luego

a esos atrevidos pongan  
 en una jaula.

JUAN. ¿Hay desprecio  
 mayor?

ALVARO. Vamos.  
 REY. Mas dejadlos;  
 su propia ignominia quiero  
 que los castigue. (251)

(Sale GUTHRIE.)

[GUTHRIE.] Señor,  
 ya trasladé el rostro bello

(251) B: Sobre las tres últimas páginas, hasta el fin de esta jornada, hay pegadas sendas tiras de papel, cubriendo por completo los versos primitivos, sustituyendo los treinta y ocho anteriores a éste, por los siguientes:

que estímulos de la honrra  
 dan a mis canas aliento;  
 vizo seguro, señor,  
 que aqueste monte es el centro  
 donde asiste el que me causa  
 los pesares que padezco;  
 por esta razón, señor,  
 de este sitio no me muero,  
 que si ya sé el ofensor  
 que me agravia, fuera yerro  
 el buscarle en otra parte,  
 pues solo aquí hallarle puedo.  
 No os repetiré mis quejas,  
 gran señor, pues no pretendo  
 porque yo ofendido esté,  
 que lo esté vuestro respeto;  
 pero mi continuo llanto  
 hablará por mí: espero  
 que él os moverá, señor,  
 a que me deis el consuelo.  
 ¿Qué es esto? ¿Otra vez porfían  
 tus errados desaciertos,  
 quando ya mis desengaños  
 te dejaron satisfecho?

REY. Solo a poner aspiramos  
 a mi hermana en un convento,  
 gran señor, y así, os pedimos  
 deis vuestro consentimiento.

REY. ¡Viven mis iras! ¡Alevos!  
 ¡Ha de mi guarda!

D. ALVAR. ¡No puedo  
 decir que he visto el retrato!

LAÍN. Señor, ¿qué mandas?  
 REY. Que luego  
 a los dos en una torre  
 los pongan.

D. ALVAR. ¡Sagrados cielos,  
 ¡torre!

D. JUAN. ¡Vamos!  
 REY. Mas dejadlos;  
 su propia ignorancia quiero  
 que los castigue.

C, D y E. Siguen a B

(250) A: Tachado 1º soldado y sustituido por Laín.

de la hermosa labradora  
que vive en tu pensamiento.  
ALVARO. ¿Labradora dijo?  
GUTIERRE. Mira  
si a su semejanza puedo (252)  
haber mejor trasladado  
la perfección.

(Dale el retrato.)

REY. ¿Quita, necio!,  
que no es ésta la que digo;  
ésta, si mal no me acuerdo,  
se llama Inés, y es su prima.  
GUTIERRE. Engañáronme. (253)  
REY. ¿No acierto  
a reprimir el enojo!  
Toma el retrato, y atento  
mañana te enseñaré  
la luz de aqese bosquejo,  
venid: vosotros quedaos (254),  
que de castigaros dejo,  
porque este desprecio ahora  
pueda servir de escarmiento. (255)

(L'anse.)

ALVARO. Don Juan.  
JUAN. Señor. ¿Ay de mí!  
ALVARO. ¿Qué es aquesto, qué es aquesto?  
¿El Rey desprecia el retrato,  
diciendo que no es su dueño?  
JUAN. Después, ¡a nuestra lealtad,  
de locos nos da el desprecio! (256)  
ALVARO. ¿Que nos prendan manda, y dice  
que (257) nos dejen!  
JUAN. No comprendo  
el enigma de este (258) encanto.  
ALVARO. Pues esperemos que el tiempo  
lo diga.

(252) B, C, D y E: si a tal original puedo.

(253) B, C, D y E: Me informaron mal.

(254) B, C, D y E: Venid y advertid vosotros.

(255) B, C, D y E: Sustituyen este verso y el anterior, por los siguientes:

por desmentir lo que dicen  
que no hay piedad en mi pecho.  
Pero os aviso también  
que otra vez obréis más cuerdos,  
acordándoos sots vasallos  
y que soy el rey don Pedro.

(256) B, C, D y E: Faltan este verso y el anterior.

(257) A: Antes de que, tachado y luego.

(258) A: deste.

JUAN. Fuerza ha de ser.  
ALVARO. Y hasta entonces ¡dadme, cielos,  
paciencia para esperarlo  
y ánimo para saberlo! (259)

### TERCERA JORNADA

(Salen MANRIQUE, y TRONERA, y LORENZO, y otras,  
de moros.) (260)

MANRIQUE. Amigos, esto ha de ser.  
TODOS. A tu obediencia resueltos  
venimos.  
TRONERA. Yo no.  
MANRIQUE. ¿Por qué?  
TRONERA. Porque vengo echado a perros.  
MANRIQUE. Esta no es pasión, que es rabia,  
ira, furia y dolor fiero.  
TRONERA. En el Argel de tu amor  
has renegado, ¿y resuelto  
quieres que reniegue yo,  
siendo tan cristiano viejo?  
MANRIQUE. Hoy se casa aquella fiera  
con ese rústico, y quiero,  
antes que de mí se burle,  
burlar su honor con desprecios.  
TRONERA. Pero vestidos de moros,  
que no es buen disfraz entiendo,  
y (261) nadie lo ha de creer,  
que en Andalucía ellos  
y nosotros en Castilla  
la Vieja estamos muy lejos.

(259) B, C, D y E: Sustituidos este verso y los dos anteriores, por:

Los dos Y hasta entonces, dadnos, cielos,  
D. Juan. Paciencia para esperarlo.  
D. Alvar. Y ánimo para saberlo.

A: Termina con: Finis. En el fol. 36, v. de B, hay de letra distinta, el siguiente:

Repartim[en]to de esta comedia en el año de 1733: Manrique.—Garcés; El Rey.—Joaquín; Pascual.—Quirante; Dn Juan.—Matias Orozco; Don Gutierrez.—El Sobresaliente; Lain.—Palomino; Lorenzo.—Ramirez; Nuño.—Molina; Don Alvaro.—Plasencia; Tronera.—Zerquera; Elvira, villana.—Señor]a Juana Orozco; D<sup>a</sup> Elvira.—Señor]a Vallejo; Teresa.—Señor]a Rita Orozco; 4<sup>a</sup>, 5<sup>a</sup> y 6<sup>a</sup>.—Música; Un Alcalde.—Rivas; Feliciano y Un villano.—Juan de Castro.

(260) B, C, D y E: Añaden: Selva.

(261) A: Antes de nadie, tachado que; sobrepuesto y.

MANRIQUE. Para no ser conocidos  
no tomé el disfraz, que es (262)  
que nos han de conocer; [cierto  
sólo quise hacer desprecio  
de su esposo, y porque el susto,  
descuidados del suceso,  
los ponga en más confusión.

(Grita dentro como de fiesta, y música de villanos.)

TRONERA. Ya de la boda el estruendo  
se escucha; embestir, señor (263)  
que por Maxoma estar perro;  
empezar la zambra todos.

TODOS. ¿Y cómo es?

TRONERA. Estar atentos:  
Li, li, li, li.

TODOS. Li, li, li, li...

MANRIQUE. ¿Qué haces, borracho?

TRONERA. Comenzo  
la zambra.

MANRIQUE. Conmigo todos  
venid.

TODOS. Vamos.

TRONERA. Dar ejemplo  
con cimitarra e marlota  
a estos cristianillos tengo.

(Vanse (264) y salen Doña ELVIRA y ELVIRA.)

ELVIRA. ¡Lágrimas noches y días!  
Inés, muy poco te debo;  
yo quisiera que mi casa  
tuviese dorados techos  
donde tú te aposentases  
con más gusto, y si el remedio  
de tus desdichas pudiera  
yo remediar, te prometo  
que lo hiciera como amiga,  
porque te estimo y te quiero;  
y pues hoy es de mis bodas  
el día, no el desconsuelo  
me des de que tu tristeza  
ague todos mis deseos.

Doña ELV. ¡Ay, Elvira!, no presumas  
que no te estimo el afecto;  
que en amor seas dichosa  
será mi mayor contento;  
lloro que Elvira también

soy yo, y un ingrato dueño,  
no apreciando mis favores,  
vuelve la espalda a mis ruegos;  
de mi padre perseguida  
y mi hermano vengo huyendo,  
y no sé en qué han de parar  
de mi vida los sucesos.

ELVIRA. Tiempo vendrá en que mejores  
y alivies pesar tan fiero.

(Grita.)

Ya mi padre y los zagales,  
con Pascual, vienen; el cielo  
de tu cara se (265) divierta  
para que al verle sereno  
tengan risa y alegría  
troncos, flores y arroyuelos.

(Salen VILLANOS y VILLANAS, cantando y bailando (266), y PASCUAL y NUÑO.)

MÚSICA. De Pascual y Elvira  
la unión celebremos,  
el galán Adonis  
y ella hermosa Venus,  
y a su boda todos  
cantemos, bailemos.

PASCUAL. Estos campos que desean  
rubias coronas de espigas,  
ya que vieron mis fatigas,  
quiero que mis glorias vean,  
y esa fuente en que me vi  
llorando celos a prisa  
pague (267) en mis bodas con risa  
las lágrimas que le di.

Doña ELV. Gozad la dichosa unión  
de dos almas, como es justo,  
con más dicha, con más gusto  
que tiene mi corazón.

NUÑO. Y jamás lleguéis a ver,  
en paz de amor singular,  
ni la cara del pesar  
ni la espalda del placer.

ELVIRA. ¡Plegue a Dios que te veamos,  
Inés, con más alegría  
solemnizando otro día  
a la sombra de estos ramos,

(265) A: Antes de *debierta*, tachado *sereno*.

(266) A: Salen los *labradores* y *labradoras cantando* y *bajando* y *Pascual* y *Nuño*.

(267) B: Tachado *pague*, y sustituido por *trueque*.  
C, D y E: *trueque*.

(262) A: *ques*.

(263) B, C, D y E: *sonior*; ocurre varias veces.

(264) A: *Entranse*.

y los pájaros que en ellos  
cantan mi dicha y la suya  
celebren también la tuya  
en lazos de tus cabellos!

MÚSICA. De Pascual y Elvira  
la unión celebremos, etc.

(Sale TERESA.)

TERESA. ¡Vuestra dicha ha sido poca,  
que moros vienen con prisa!

PASCUAL. Hace mil burlas Teresa.

NUÑO. ¿Qué dices, necia? ¿Estás loca?

TERESA. De miedo estarlo podía.

NUÑO. Teresa, las burlas deja.

¿Cuándo en Castilla la Vieja  
moros vimos?

TERESA. Este día.

PASCUAL. Verdad dice. ¡Caso extraño!

¡Zagales, piedras cojamos  
porque defender podamos (268)  
a Elvira!

TOÑOS. ¿Moros? ¡Mal año!

(Retiranse los VILLANOS, y salen MANRIQUE, TRONERA y los demás, y cogerán a ELVIRA.)

MANRIQUE. La hermosa novia robada;  
venganzas y amores son  
las que dan al corazón  
más aliento y más crueldad.

TRONERA. ¡Hamete, li, li, li, li!

¡Cristianillos, morir todos!

ELVIRA. ¡Por qué caminos y modos

burlas. Fortuna, de mí! (269)

¡Padre, esposo! ¡Ay, desdicha!

MANRIQUE. Ponedla en el andaluz. [da!]

TRONERA. ¡Alá, Mahoma, alcuiczuz  
venid (270) a darle a Granada!

(Llévanla los moros.)

PASCUAL. ¿Qué desdicha es ésta, cielos?

¿Es posible que el amor  
tiene tormento mayor  
que el desprecio y que los celos?

TERESA. A Elvira sólo se llevan;  
no hacen caso de nosotras.

(268) B: Tachado cojamos y podamos; substituido por tomemos y podemos. C, D y E: tomemos y podemos.

(269) B: Atajada esta redondilla. C, D y E: Falta.

(270) Los cinco manuscritos: venir.

Doña ELV. ¡Ay de mí, que ya son otras  
las desdichas que me prueban!

Manrique es el falso moro  
que a Elvira ha robado. ¡Cielos,  
dadme muerte con los celos!,  
pues al París cruel adoro.

Los villanos de la aldea  
de don Manrique habrán sido,  
y yo al Conde he conocido;  
llamad gente a voces, ¡ea!

id tras ellos y quitad  
a Elvira de su poder.

NUÑO. Yo los quise conocer;

¡Inés ha dicho verdad.

PASCUAL. El ladrón de aquella joya

era él un moro, sin duda;

¡amigos, dadnos ayuda,

viva Grecia y muera Troya!

¡A Elvira nos han robado

los villanos de la Anguilla! (271)

NUÑO. ¿Moros andan en Castilla?

¡Venga a morir el honrado!

(Vase.)

Doña ELV. Yo tengo la culpa, yo.

pues sin decoro y recato  
he querido a un hombre ingrato  
que entre moros se crió.

¡Qué desdichada es mi suerte,  
pues en tan (272) grandes desvelos  
hoy han venido los celos  
a publicarme la muerte! (273)

Ya la gente del lugar

a seguirlos (274) impaciente,

airada sale y valiente;

temo que los han de hallar;

pero ¿por qué inadvertida

prevengo el mal de un traidor?

Mas, ¡ay!, que no quiere Amor

perder el ingrato la vida. (275)

(Vase, y salen MANRIQUE y los demás, que traen a ELVIRA.) (276)

MANRIQUE. No viertas, Elvira mía.

(271) A: Angilla.

(272) A: pues entran.

(273) C, D y E: Atajada esta redondilla.

(274) A: seguirlos.

(275) A: Tachado un verso anterior: que al ingrato den la muerte.

(276) A: Vase y sale Manrique con Elvira y demás moros. B, C, D y E: Añaden: Selva.

ELVIRA. el tesoro de tus perlas;  
no estás en poder de moros:  
Manrique es el que te lleva.  
¿Qué me consuelas, ¡tirano!,  
al ver que menos sintiera  
verme entre bárbaros viles  
que verne en tus manos fieras?  
¿Un caballero ha de usar  
de traiciones ni de ofensas  
contra una humilde mujer?  
¿No sabes, no consideras  
que donde no hay voluntad  
inútil gusto es la fuerza?  
¿Qué blasón has añadido  
a la sangre de tus venas,  
si con lo mismo que vences  
es con lo que más te afrentas?  
Mira que la voluntad  
no ha de rendir tu soberbia,  
porque antes hecha pedazos  
mi casto honor defendiera;  
desengaños te publico,  
y así vuélveme a mi aldea;  
una mujer te lo pide,  
una razón te lo ruega.

MANRIQUE. Elvira, en vano te causas,  
que con lo mismo que templas  
es con lo que más enciendes  
el ardor que me atormenta;  
tus desdenes a mi amor  
no han apagado la hoguera (277),  
que más fuerte han encendido  
de mi corazón el Etna. (278)  
¿Por un rústico villano  
a tu fortuna atropellas,  
cuando quiero colocarte  
al solio de mi grandeza?  
Enternézcame mis ansias.

ELVIRA. No aguardes que me enternezca,  
he nacido labradora,  
es mi corazón de peña;  
restituyeme a mi padre,  
deja que a mi Pascual vea  
con el sayal tosco y pardo,  
de mi amor preciosa tela.  
¿No te corres de quereme?  
¿Qué fruto sacar esperas  
de una mujer que a tus ojos  
te aborrece y te desdenea?

MANRIQUE. Amor también es tirano,

(277) A: *ofera*.(278) A: *Etna*.

y la monarquía bella  
de la hermosa conquista,  
o con la paz, o la guerra:  
si no te vence el halago,  
te vencerá la violencia.  
ELVIRA. ¿Soy diamante!  
MANRIQUE. Buril soy  
que te labrará a ternezas.  
ELVIRA. ¿Mal le labrará tu engaño  
sin la sangre de mis venas! (279)

(Sale TRONERA.)

[TRONERA.] ¿Sinior visir, qué alcanzar  
dos mil cristianillos!

MANRIQUE. ¿Bestia!,  
¿qué es lo que hablas?

TRONERA. ¿Eres moro,  
y no me entiendes la lengua?  
Decir, sinior, que villanos  
como bodencos se acercan,  
arremetendo torbantes  
con pecos, con esgobetas,  
y decir: “¡Morilio, aguarda,  
que el peliejo de colebras  
querer quitar, si a Elvirilla  
no volver a la aldeguela!”

MANRIQUE. ¿Te burlas, villano?

TRONERA. ¿A Dios  
pluguiera que burla fuera! (280)  
Huyamos, que Mazagatos  
quiere mazarnos las testas;  
más de mil palduros vienen  
con chuzos, palos y piedras,  
diciendo: “¡Mueran los moros!  
¡Viva Castilla la Vieja!”

MANRIQUE. Amigos, a resistirlos  
y a escarmentar su soberbia.

ELVIRA. ¿Parece que compasivos  
los cielos mostrarse intentan!

TRONERA. Formemos un escuadrón;  
vaya Hamete en la derecha,  
y Muza Hernandez delante,  
y Ali Pérez (281) a la izquierda,  
que yo iré en la retaguardia;  
señor, mira que ya llegan.

MANRIQUE. Dejados llegar.

(279) B, C, D y E: Atajados este verso y los tres anteriores.

(280) A: *plubiera*. B: tachados este verso y los nueve anteriores que faltan en C, D y E.(281) A: *Perez*.



(*Salen NUÑO, PASCUAL y todos los VILLANOS.*) (282)

NUÑO. ¡Ah, perros!  
 ;Viva Castilla la Vieja!  
 ;No quede ninguno vivo!  
 TRONERA. ;Temed que los perros muerdan!  
 MANRIQUE. Rústicos, ¿adónde vais?  
 PASCUAL. A librar a Elvira bella.  
 ;Dejad aquesta cautiva!  
 MANRIQUE. ¿Conocéis-me?  
 NUÑO. Bien se muestra  
 que sois moros.

ELVIRA. ¡Ay, Pascual,  
 librame!

PASCUAL. Si haré.  
 MANRIQUE. ;Tenedla,  
 no la dejéis que se escape!

NUÑO. Moro, la cautiva deja,  
 o vuestra africana sangre  
 teñirá en nácar la tierra.

MANRIQUE. ¿No veis que el conde Manrique  
 os habla?

NUÑO. ¡Andad norabuena!  
 Es caballero y cristiano  
 el Conde; ¡tu alevé lengua  
 no oscurezca sus blasones!

MANRIQUE. ¡Ya el sufrimiento es bajaza!

PASCUAL. Moro, entréganos a Elvira,  
 si volver a África (283) intentas;  
 porque, si no, ¡has de morir!

MANRIQUE. ¡No os la he de dar!

NUÑO. Pues ¡perezan  
 los enemigos de Dios!

PASCUAL. ¡Amigos, al arma!

TODOS. ;Guerra!

NUÑO. Diciendo: ¡Mueran los moros!  
 ;Viva Castilla la Vieja!

TRONERA. ¡Cáscaras!

TODOS. ;Mueran los moros!  
 ;Viva Castilla la Vieja!

(*Acometen unos con otros, y los de MANRIQUE  
 se* (284) *retiran.*)

TRONERA. ¿Qué zorra que anda, señores!  
 ;Quién me metió en esta gresca,  
 abogado de los moros,  
 sino el zancarrón de Meca?  
 ;No puede haber quien hallara

para meterse una cueva? (285)  
 Los moros van de vencida,  
 que cada villano lleva  
 un Santiago en cada palo,  
 un San Jorge en cada piedra. (286)

(*Salen VILLANOS.*)

VILLANO I.º Aquí se ha quedado un moro.

TRONERA. Si, que bautizarse intenta (287),  
 y a voces dice, cristianos,  
 que de Mahoma reniega.

VILLANO I.º Aguarda, ¿no eres tú el que  
 las joyas robadas llevas  
 del Conde?

TRONERA. ;Qué testimonio!

VILLANO I.º ;Agárrale! (288)

TRONERA. ;Eso es culebra!

Primero os he de enseñar...

TODOS. ¿Qué, cobarde?

TRONERA. Las soletas;  
 ya anda la de *Mazagatos*,  
 se dijo por esto.

TODOS. ;Espera!

(*Vanse, y sale MANRIQUE, herido.*) (289)

MANRIQUE. ¡Ah, Fortuna desdichada!  
 ;cómo tu inconstante rueda,  
 cuando a la altura me sube,  
 al abismo me despeña?  
 Rotos los que acaudillé  
 están, y yo herido, apenas;  
 y lo que más siento es  
 que en la confusión se queda  
 perdida Elvira, y si el Rey  
 mi delito a saber llega,  
 mi cabeza se aventura;  
 que aunque la vulgar idea (290)  
 le da el nombre de cruel,  
 justificada sentencia,  
 mejor será retirarme  
 y ponerme en la presencia  
 del Rey, porque de esta suerte  
 la malicia desvanezca.

(285) C, D y E: Faltan este verso y los tres anteriores.

(286) B: Atajados este verso y los siete anteriores.

(287) A: *yententa*.

(288) A: *agárrale*, añadido, con letra de B.

(289) B añade *cayendo y levantando*, con tinta diferente. C, D y E: *cayendo y levantando*.

(290) A y B: Antes de *idea*, tachado *sentencia*.

(282) B, C, D y E: Añaden *Con sus chuzos*.

(283) A: *Africa*.

(284) A: *Acometen en los dos campos y retirando-  
 se siempre Manrique y los suyos*.

¡Ah, villana, bien Amor  
de mi osadía se venga!

(*Vase, y sale ELVIRA.*)

ELVIRA. Con la confusión logré  
librarme, y perdí la senda (291)  
del camino que llevaba;  
no acierto por dónde pueda  
cobrar la aldea.

(*Dentro:*) ¡Seguidlos! (292)

ELVIRA. ¡Ay de mí! el rumor se acerca,  
y no sé si es de la gente  
de mi padre o la que lleva  
mi enemigo: de estas (293) ramas  
podré mirar encubierta  
qué gente es la que ha llegado.

(*Retírase, y salen Nuño y Pascual.*) (294)

PASCUAL. Deja, señor, que en defensa  
de mi Elvira siga al Conde.

NUÑO. ¿No miras que está deshecha  
su gente, y que, fúgitivos,  
habrán dado ya la vuelta  
a la Anguilla? (295)

PASCUAL. ¿Y es consuelo  
el ver que a Elvira se llevan?

ELVIRA. Mi padre y mi esposo son.

PASCUAL. ¡Amigos, seguidlos (296), muéran!

TODOS. Todos hemos de seguirte.

NUÑO. Repórtate.

PASCUAL. ¿Me aconsejas  
que pierda el honor? ¡Ay, cielos!  
Elvira, escucha mis quejas. (297)  
¿Dónde estás, mi bien?

(*Sale ELVIRA.*)

ELVIRA. Aquí.

PASCUAL. ¡Ay, esposa!

ELVIRA. ¡Ay, dulce prenda!

NUÑO. ¡Hija de mi corazón!

TODOS. ¡Viva Elvira!

ELVIRA. ¡El traidor muera!

Seguidle (298), que huyendo va.

TODOS. Dices bien.

NUÑO. Tened prudencia.

que es un señor poderoso.  
Tú, Pascual, parte a dar cuenta  
de su loco arrojo al Rey;  
su justicia España tiembla,  
con razón vas a quejarte;  
Elvira conmigo queda,  
yo te la sabré guardar.  
Mira que...

PASCUAL.

NUÑO.

No te detengas;  
parte a Segovia, esto importa;  
viejo soy, tengo experiencia:  
el primer informe siempre  
con la verdad aprovecha;  
como anciano te aconsejo,  
y como padre pudiera  
mandártelo: escoge ahora,  
para hacerlo, lo que quieras.  
Obedecerte me toca.

PASCUAL.

Adiós, Elvira.

ELVIRA.

La vuelta  
no la dilates.

PASCUAL.

Contigo  
alma y corazón se quedan.

(*Sacan a TRONERA los VILLANOS.*) (299)

VILLANO I.<sup>o</sup> Este moro hemos cogido.

PASCUAL. ¿Dónde?

TRONERA.

En una chimenea.

NUÑO.

Criado es del Conde; vaya  
a la prisión.

TRONERA.

Considera  
que ya estoy arrepentido,  
y bautizarme quisiera.

VILLANO I.<sup>o</sup> ¡Venga el alcamete! (300)

TRONERA.

¡Mientes!

Yo he negociado en conciencia. (301)

pues voy preso a Mazagatos,  
que es peor que estar en gale-  
ras. (302)

(*LLévenle.*) (303)

NUÑO. Pascual, adiós.

PASCUAL.

El te guarde.

(*Vase.*)

(291) A: *escaparme y perdida la senda.*

(292) A: *seguidlos.*

(293) A: *desta.*

(294) A: *Salen Nuño, Pascual y villanos.*

(295) A: *Angilla.*

(296) A: *seguidlos.*

(297) A: *mi quejas.*

(298) A: *seguido.*

(299) A: *Sacan preso a Tronera.*

(300) C, D y E: *Tachado alcahete y a continua-  
ción: el moro ingerto.*

(301) A: *conciencia.*

(302) B, C, D y E: *que es peor que yr a galeras.*  
I. Este verso y los nueve anteriores escritos al mar-  
gen.

(303) A: *Falta esta acotación.*

NUÑO. ¡Ea, hijos!, dad la vuelta a Mazagatos.

TODO. Sí haremos.

NUÑO. Y pues quedó la soberbia del africano fingido castigada, a decir vuelva, en aplauso del lugar, la victoria que os celebra: ¡Mueran los moros traidores! ¡Viva Castilla la Vieja!

TODO. ¡Mueran los moros (304) traidores! ¡Viva Castilla la Vieja! (305)

(*Vanse, y salen DON ALVARO y DON JUAN.*)

ALVARO.

Cada vez que a Palacio, don Juan, vengo, nuevos pesares, nuevas penas tengo; porque el Rey, enojado y persuadido de que nuestro dolor locura ha sido, con ceño nos atiende y con enfado. [do (306) ¿Hasta cuándo, ¡ay de mí!, el rigor del ha-ha de ostentar tan fieros desconsuelos? ¡Doleos de mi vejez, piadosos (307) cielos!

JUAN.

Las mudanzas, señor, de las fortunas, ya a la dicha intratables, ya oportunas, aunque vengan de mano airada y fiera, siempre el varón constante las tolera;

(304) A: Después de moros, tachado *finjidos*.

(305) B: Sobre el fol. 44. r. y v., han sido pegadas sendas tiras de papel, cubriendo toda la página, en las que además de los versos de A, se ha añadido la siguiente escena, olvidada por el copista de A:

(*Salen Gutierre, Lain y Otros, de casa.*)

LAÍN.

¿Con qué fin, Don Gutierre, habrá dispuesto la montería el Rey en este puesto, si ya otra vez en él se vió perdida, causándonos pesar?

GUTIERRE.

Yo he comprendido que en el lugar tomar descanso quiere; y que es por la villana bien se infiere; pero no es bien publique su cuidado, supuesto que de mí se ha confiado.

C, D y E siguen a B.

(306) B, C, D y E: Sustituidos este verso y los cinco anteriores por:

Llamado de mi honor, siguiendo vengo al Rey, por si en mis penas ¡ay Dios! tengo el alivio que tanto he deseado.

¿Hasta quando, destino siempre airado,

(307) B, C, D y E: Dolcos de mis canas, santos.

X

si vuestro deshonor quiso la suerte, ella misma el consuelo nos advierte, pues al que no eligió el fatal desvelo, el mismo mal le sirve de consuelo.

ALVARO.

¿Que de Elvira, tu hermana, no haya indicio!

JUAN.

No (308) ha quedado resquicio que la cautela no haya imaginado y, por violencia o dádiva, intentado.

ALVARO.

Pensar que el Rey la guarda aqueso indicia.

JUAN.

¿Cómo ha de haber justicia con quien la ha de observar y no la tiene?

ALVARO.

Calla, don Juan.

JUAN.

¿Por qué?

ALVARO.

Porque el Rey viene; y quisiera no verle, ¡ansias crueles!

JUAN.

Ocultennos, señor, estos cancelos. (309)

(308) A: Antes de no, tachado *ya sabes*.

(309) B, C, D y E sustituyen este verso y los seis anteriores por:

que no haya mi cautela examinado.

GUTIERRE.

¿Quando verá, don Alvaro, templado el dolor que os oprime injusto y fiero?

D. ALVAR.

Poca me oprime, puesto que no muero.

D. JUAN.

Pensar que el Rey la oculta, no es malicia.

D. ALVAR.

¿Cómo ha de haber justicia si el Rey la debe hacer y no la tiene?

D. JUAN.

Callad, señor.

D. ALVAR.

¿Por qué?

D. JUAN.

Porque el Rey viene y quisieran no verle mis cuidados.

D. ALVAR.

A este lado esperemos retirados.

(*Salen el REY, PASQUAL y LAIN y GUTIERRE, y CRIADOS.*) (310)

REY.

¿Qué dices, labrador?

PASQUAL.

La verdad digo.

REY.

Examinara el Conde mi castigo.

PASQUAL.

Señor, para excusaros los rigores,  
a ti acudimos: somos labradores,  
cada cual se entretiene en su labranza. (311)  
y en esta confianza,  
los poderosos, porque nada sobre,  
no es bien que inquieten y hagan mal al pobre.

REY.

Seguro puedes ir. (312)

(310) *A: Sale el Rey, y Pasqual, y acompaña-  
miento.*

(311) *B, C, D y E substituyen este verso y los dos  
anteriores, por:*

PASQUAL.

*A Segovia partia diligente  
a pedirnos justicia solamente,  
y tan dichoso soy y afortunado,  
señor, que en Mazagatos os he hallado.*

REY.

*Elvira y Nuño quedan en su casa?*

PASQUAL.

*No, señor, que advirtiéndolo que pasa,  
del Conde don Manrique temerosos,  
a una huerdad se fueron presurosos  
donde no sea fácil el hallarlos.*

REY.

*Al punto, labrador, haz que a llamarlos  
vayan, que yo me encargo en su defensa  
y a hacer justicia de tan grave ofensa.*

PASQUAL.

*Así lo haré, señor; de estos rigores  
a ti acudimos. Somos labradores;  
nos mantiene del campo la labranza.*

(312) *B, C, D y E intercalan a continuación:*

REY.

*¿La casa de Nuño tu me guía.*

PASQUAL.

*No está de aquí distante.*

REY.

*Yo, en el día,  
os guardare justicia.*

PASQUAL.

*A tu persona  
sirvale todo el mundo de corona.* (313)

(*Vase.*)

REY.

Gutierre.

GUTIERRE.

Gran señor.

REY.

*No lo creyera,  
si a esta gente sencilla fe no diera.*

GUTIERRE.

Señor, no será tanto el desacierto.

REY.

Tú le disculpas noble, pero es cierto.

(313) *B, C, D y E intercalan a continuación:*

(*Vase con Pasqual.*)

LAIN.

*Seguir es fuerza al Rey.*

GUTIER.

*Su justo enojo  
ha excitado del conde el cruel arrojó.*

(*Vanse y salen don Alvaro y don Juan.*)

D. JUAN.

*El Rey entra en la villa.*

D. ALVAR.

*Ya lo he visto.*

D. JUAN.

*Fuerza es que le sigamos.*

D. ALVAR.

*Mal resisto  
el dolor que me aflige rigoroso.*

D. JUAN.

*El cielo, amado padre, es piadoso,  
y ha de facilitarnos el consuelo.*

D. ALVAR.

*El solo templar puede mi desvelo.*

D. JUAN.

*Pues, señor, otra vez a hablarle vamos,  
que en favor nuestro la razón llevamos.*

(*Se descubre la casa de Nuño, y salen el Rey, Gutierre, y Lain. A la izquierda una reja, y más arriba una puerta.*)

*C, D y E substituyen entra en la villa, tachado, por se  
ha retirado.*

GUTIERRE.

Don Manrique. Señor, templa tu enojo.

REY.

No sé si he de poder.

GUTIERRE.

¡Tiembo su arrojo!

*(Sale MANRIQUE.) (314)*

[MANRIQUE.]

Dame, señor, tus plantas ¡qué desvelo!,  
si merezco (315) tal dicha.

REY.

Alzad (316) del suelo.

¿Tanto olvido (317) tenéis con mi presencia,  
que olvidáis la asistencia  
que a los reyes profesa el leal vasallo?

MANRIQUE.

Señor, a tu razón disculpa no hallo.

REY.

Mejor entretenido os considero,  
pues tanto os olvidáis.

ALVARO.

Al verle, muero; (318)  
que el corazón me avisa, como sabio,  
que el Conde es el autor de nuestro agravio.*(314) B, C, D y E:**(Sale Manrique y dice los dos primeros versos al bastidor.)*

MANRI.

*Supe que aquí está el Rey y a hablarle vengo,  
pues, por si sabe el lance, así prevengo  
que de mi boca escuche ¡suerte fiera!  
la información primera.**(Sale.)**(315) A: meresco.**(316) A: Alza. (Alzá.)**(317) A: Después de olvido, tachado tal retiro.**(318) B, C, D y E:**(Al bastidor D. Alvaro y D. Juan.)*

D. JUAN.

*El Rey con don Manrique aquí se mira.*

D. ALVARO.

*Su presencia ha excitado en mí la ira.*

REY.

Decid, ¿cuál es la causa que os destierra?

MANRIQUE.

Señor, como es imagen de la guerra  
de la caza el gustoso afán, contento  
encuentro en ella del divertimento,  
todo el ocio apacible que me inflama;  
a veces, con los perros, de la cama  
da gusto ver saltar al conejuelo,  
y después, con anhelo, (319)  
en la montaña el jabalí se acosa  
y a la sangrienta osa,  
y cuando aquesto cansa y da pensiones,  
en el aire conquisto con halcones  
el vuelo de la garza infatigable, (320)  
que es confusión notable  
ver cómo se presentan la batalla;  
y estas delicias mi afición las halla  
en las historias griegas y romanas.

REY.

Yo pienso que también de las troyanas,  
pues hecho París que el honor no mira,  
habéis robado a Elvira.

MANRIQUE.

(El Rey lo sabe ya, murió mi fama.  
No conviene negar.) Señor, quien ama,  
errores suele hacer; yo te confieso  
amor, de un tirano amor rendido y preso  
de la beldad que admira,  
a su padre ofendí robando a Elvira.

ALVARO.

Ya averiguamos que es autor el Conde  
de nuestro deshonor, pues le responde  
confesando el delito.

JUAN.

Y culpamos al Rey.

ALVARO.

Viva infinito

un Rey que nos sufrió con bondad mucha.  
El caso irá diciendo; escucha, escucha.*(319) A: Escrito este verso inmediatamente a continuación del anterior. C, D y E: Atajado este verso y los tres anteriores.**(320) A: Tachado un verso anterior: el vuelo infatigable de la garza.*

MANRIQUE.

A los reyes señor, no ha de negarse  
la más secreta culpa,  
y más cuando el amor halla disculpa;  
que si a Elvira robé, con honra queda,  
sin que el agravio pueda  
formar quejas, y más que fui llamado  
de su amor y obligado.

ALVARO.

Aquello siento. ¿En qué mujer se halla  
tan poca estimación?

JUAN.

Escucha y calla.

REY.

¿Con honra queda?

MANRIQUE.

Sí, señor.

REY.

¿De modo  
que casados estáis?

MANRIQUE.

No, señor.

REY.

¿Cuándo  
os pensáis desposar?

MANRIQUE.

¿Qué es lo que dices?

ALVARO.

Parece que se altera. (321)

REY.

Padrino de la boda ser quisiera.

MANRIQUE.

¿Qué dices, gran señor?

REY.

Que os caséis luego.

MANRIQUE.

¿Con tal desigualdad?

(321) A: Después de *altera*, tachado y que *lo*  
duda.

ALVARO. (322)

¡Respiro fuego!

REY.

¿No sabéis que me nombro el justiciero?  
Pues ¿cómo un caballero  
cuando su rey le manda lo que es justo,  
quiere darle disgusto?

MANRIQUE.

Señor, no intento tal, ¡pena tirana!  
pero el unir mi sangre a una villana  
es ultrajar la sangre de tus venas,  
pues pariente me llamas.

(Salen DON ALVARO y DON JUAN.)

ALVARO.

Te condenas  
en lo mismo que dices, y es Elvira  
tan buena como tú.

JUAN.

¡Reviento de ira!  
Después de hacer agravios, ¿tus traiciones  
intentan ultrajar tantos blasones?

MANRIQUE.

No sé con quién habláis.

REY.

No más, Manrique.

ALVARO.

Señor, mirad que yo...

REY.

¡Nadie replique!

¡Hola!

LAÍX.

Señor, ¿qué mandas?

REY.

Prendé al Conde;  
tenedle en esa quadra oscura, donde (323)  
le dé un hora a su vida solamente.

(322) A: *Don Alon.*

(323) A: Después de este verso, tachado otro:  
*De Da Elvira ará burla imprudente*. B: Tachado *te-*  
*nedle en esa quadra al imprudente* y sustituido por *en*  
*esa sala le guardad en donde*. C, D y E: *en esa sala*  
*le guardad en donde*.

MANRIQUE.

¡Que el Rey, que me estimaba, así me afrente!

GUTIERRE.

Venid, Conde.

MANRIQUE.

Ya voy, ¡desdicha fiera!

¡Logro será que un infelice muera!

(Llévanlo.)

ALVARO.

Don Juan.

JUAN.

Señor.

ALVARO.

El Rey está indignado;  
confuso estoy, y absorto.

JUAN.

¡Estoy helado!

REY. Salió el sol de la verdad;  
no darán al sentimiento  
las canas atrevimiento  
de hablarme con libertad.  
Don Alvaro, mi piedad  
os trató como a su amigo;  
no tengo a Elvira conmigo,  
bien lo veis con la experiencia,  
y quiero que mi inocencia  
sólo sirva de testigo.A los reyes llamó Homero  
espejos de la justicia,  
y no cabe la malicia  
entre el cristal y el acero:  
mirad otra vez primero  
de quién estáis agraviados,  
porque inocentes culpados  
se darán por ofendidos,  
y es fuerza que estéis corridos  
cuando os veis desengañados; (324)  
siendo fuente, siendo origen  
los príncipes y los reyes  
de la justicia y las leyes  
que en paz a los hombres rigen,  
no se ha de pensar que afigen  
a sus vasallos.ALVARO. (325) Así es.  
Deja que hese tus pies

y tu justicia publique.

REY. Casárase don Manrique,  
y aun ha de morir después.

(Éanse, y sale MANRIQUE, y en la cortina habrá una reja.)

MANRIQUE. De confusiones y dudas,  
¡cielos!, tengo absorta el alma;  
diversas contradicciones  
me asustan y sobresaltan.  
Que el Rey la noticia tenga  
del alboroto (326), y la causa,  
que ocasioné en Mazagatos,  
no me admira, no me extraña;  
pero me extraña y me admira  
ver que don Alvaro trata,  
y don Juan, con tal desprecio  
mi persona, la demanda  
tomando, que no les toca,  
de aquella astuta villana;  
si fuera por doña Elvira  
su disgusto no extrañara.  
¡Oh, quién de estas tropelías  
que el pensamiento me asaltan  
pudiera salir! Si acaso  
por esta reja encontrara  
a quien decir... Mas don Juan  
y su padre, en la antesala  
están del Rey; yo los llamo.  
¡Ah, don Alvaro!

(Dentro, DON ALVARO.)

[ALVARO.] ¿Quién llama?

MANRIQUE. Don Manrique.

ALVARO. ¿Qué me quieres?

MANRIQUE. Que me oigas una palabra.  
(De él me he de valer, diciendo  
que tengo a su hija dada  
la palabra de ser suyo;  
que si con ella me casa,  
el Rey templará su oñojo,  
y yo restauro su fama  
pagando lo que la debo.)

(Salen DON ALVARO y DON JUAN.)

ALVARO. ¿Qué quieres?

MANRIQUE. Que (327), perdonada

(324) B: Atajados este verso y los nueve anteriores. C, D y E: Faltan.

(325) A: Dn Juan y Dn Alb.

(326) A: Antes de alboroto, tachado lo que a elvira.

(327) A: Antes de que tachado perdonada.

mi desatención, consiga don Alvaro, pues que tanta es la igualdad de los dos, la dulce prenda, la blanca mano de tu hija, pues tanto tiempo mi esperanza ha deseado ser suyo. Esto, postrado a tus plantas, humilde pido.

ALVARO. ¿Qué dices?

Tuya es Elvira.

JUAN. Mi hermana,  
¿de quién mejor admitida?  
¿En quién mejor empleada?

MANRIQUE. ¡Soy dichoso!

ALVARO. Al Rey diremos  
elección tan acertada.  
Retírate, porque viene.

MANRIQUE. ¡Halle puerto mi esperanza!

(Sale el REY.)

[REY.] ¡Don Alvaro!

ALVARO. Si pretendes  
el sosiego de (328) mis canas,  
tu enojo puedes templar,  
que ya Manrique se casa  
con doña Elvira, mi hija:  
arrepentido se halla,  
y yo, por lo que te debo,  
por él intercedo.

REY. Basta,  
que aunque es verdad que enojado  
osadías tan extrañas  
me tienen, por ti lo haré.

ALVARO. Don Juan, a Manrique llama.

JUAN. ¡Don Manrique!

(Sale MANRIQUE.)

[MANRI.] Ya, señor (329)  
invictísimo, postrada

(328) A: Antes de *mís*, tachado *mi casa*.

(329) B: En una tira de papel, pegada sobre los versos primitivos:

(Vase D. Juan.)

D. ALVARO. De esa suerte, gran señor,  
mi perdido honor restauras.

REY. A vasallos como vos,  
debe atender el monarca  
obrando siempre en justicia.

D. ALVARO. Deja que tus reales plantas  
bese humilde.

mi humildad tu mano besa.

REY. Ahora (330) estarás en mi gracia.

ALVARO. Señor, mi yerno es Manrique, (331)  
y pues le hacéis honras tantas,  
sed su padrino.

REY. Sí haré.

¿Cuándo es la boda?

ALVARO. Mañana.

MANRIQUE. Señor, ¿cuándo podré ver  
a mi Elvira soberana?

JUAN. Cuando tú quieras.

MANRIQUE. Ahora.

¿Dónde la tienes?

ALVARO. ¿Qué hablas?

MANRIQUE. ¿Luego en Segovia no está? (332)

ALVARO. Mira tú dónde la guardas.

MANRIQUE. Pues ¿yo qué sé de tu hija?

JUAN. ¿Tú no robaste a mi hermana?

REY. ¡Ahora salimos con esto!

MANRIQUE. Caballeros de tu fama,

por ponerme a mí a un desaire,  
no han de hacer estas mudanzas,  
si no es que quieres vengarte  
de la enemistad pasada.

ALVARO. Tú te quieres eximir,  
don Manrique, y doble andas,  
pues por vengarte de mí  
quieres a Elvira negarla.

MANRIQUE. Pues ¿sé yo dónde la tienes?

REY. Ni os entendéis, ni os alcanza  
a entender humano juicio,  
y ya a (333) atrevimientos pasan,  
Conde, tus palabras.

MANRIQUE. ¡Cielos!,  
sacadme de dudas tantas.

REY. ¿Te quieres casar?

MANRIQUE. Señor, (334)  
si a mi Elvira me restauran,  
sí quiero.

REY. Pues dadle a Elvira,  
don Alvaro.

ALVARO. Que te engaña,  
señor, porque él la ha robado  
más ha de un mes. (335)

(330) A: Antes de *aora*, tachado *desde oí*.

(331) A: Señor mi yerno es *Fadrique*. Después de este verso, otro tachado: y le *abéis de honrrar*.

(332) B: Tachado *Segovia* y escrito encima: *en su poder. C, D y E: tu poder*.

(333) A: Falta a.

(334) A: Escrito este medio verso inmediatamente a continuación del medio verso anterior.

(335) B: Tachado *más ha de un mes*, y sustituido por *de mi poder. C, D y E: de mi poder*.



REY. Ya me falta  
la paciencia, y de esta suerte  
sabré la verdad más clara.  
A la prisión vuelva el Conde,  
por ver si el castigo aclara  
esta enigma que no entiendo. (336)

MANRIQUE. Ya obedezco, ¡Suerte (337) ingrata,  
acábame de sacar  
de tropelías tan raras.

(*Llévanle.*) (338)

REY. Id a hacer las diligencias  
vosotros, por ver si hallarla  
podéis, que de aquesta suerte  
tendréis más justificadas  
vuestras razones.

ALVARO. Si haremos.

JUAN. Señor, en cosa tan ardua,  
aconsejémonos bien.

ALVARO. Don Juan, con discreción hablas.

(*Vanse.*)

REY. Este delirio (339) de entrambos  
me tiene sin mí.

(*Sacan los VILLANOS a TRONERA.*)

VILLANO 1.º ¿No andas?

TRONERA. Estoy cansado, y no puedo.

REY. ¿Qué ruido es ése?

VILLANO 1.º A tus plantas  
aqueste moro traemos,  
que en la reñida batalla  
de Mazagatos cogimos.

VILLANO 2.º Llegue el moro.

TRONERA. Tú y tu alma  
sois los moros. Gran señor,  
estos villanos me tratan  
como a esclavo, y porque veas  
que tengo sangre cristiana,  
aquesta es mi filiación,  
y en mi linaje de fama  
se verá que no soy moro,  
que tengo abuelos de casta,  
y, con tu licencia (340), leo,  
señor.

REY. Adelante pasa.

(*Saca un papel.*)

TRONERA. Adán engendró a Cain  
cuando comió la manzana.  
y Cain a no sé quién,  
no sé quién a doña Urraca,  
doña Urraca al Tamorlán,  
el Tamorlán a Pedro Arias,  
Pedro Arias a Julio César,  
Julio César a Cleopatra,  
Cleopatra engendró al Sofi (341),  
el Sofi a Mari Castaña,  
Mari Castaña a Tintillo  
y Tintillo a Mari Blanca  
la de la Puerta del Sol,  
el Sol a una calabaza,  
de que se hizo mi Tronera.  
Aquesta es mi generacia.

REY. Basta, pues.

TRONERA. Si aquesto es poco, (342)  
diré más.

VILLANO 1.º ¡Qué bien lo garla!

REY. Retíradle con el Conde  
que preso está en esa cuadra, (343)  
que criado suyo es éste.

GUTIERRE. Llévadle luego.

TRONERA. Palabras  
bien habladas son aquéas.  
¿Moro yo, cuando es tan rancio  
mi estirpe? (344) Eso no, eso no!  
San Martín y Rivadavia  
son testigos de que soy  
rancio enemigo del agua.

(*Llévanle, y sale DOÑA ELVIRA, de villana, cubierta el rostro.*)

DOÑA ELV. Oye, señor poderoso,  
a una mujer agraviada  
que de dos injurias pide  
satisfacción y venganza,  
y aunque a los reyes, señor,  
osadía es reparada  
hablar con embozo, os pido  
me deis la licencia. (345)

REY. Habla. (346)

(341) *A: sufrir. B, C, D y E: sophi.*

(342) *A: Escrito este medio verso inmediatamente  
a continuación del medio anterior.*

(343) *B, C, D y E: sala.*

(344) *A: esterpie.*

(345) *A: licencia; este verso y los tres anteriores,  
escritos al margen.*

(346) *B, C, D y E: Añaden:*

*me concedais esta gracia;  
que el respeto y el rubor*

(336) *A: Después de esta, tachado que no en-  
tiendo.*

(337) *A: Después de suerte, tachado ayrada.*

(338) *A: Lleban al Conde.*

(339) *A: Después de delirio, tachado a enigma.*

(340) *A: lisenzia.*

Doña ELV. Querida fui, por mi mal,  
de don Manrique de Lara,  
si querida ha de llamarse  
una mujer desgraciada.  
Idolatró mis paredes,  
solicitó mis ventanas  
con ojos y con deseos,  
con amor y confianza.  
Mas ¿para qué te suspendo  
con retórica tan vana?,  
pues que las quejas no piden  
artificiosas palabras. (347)  
Prometiendo ser mi esposo,  
rindió el difícil alcázar  
donde mi honor defendía  
los tesoros de su fama,  
y después que mi opinión  
discurrió el mundo en las alas, (348)  
dice que no le merezco,  
que son sus promesas falsas,  
que mi esposo no ha de ser,  
que mi sangre no le iguala.  
Gran señor, hazme justicia,  
que nobleza tengo tanta  
como vergüenza al decirlo,  
pues que me cubro la cara.

REY. ¿Fuisteis la robada vos  
de la aldea desgraciada?

Doña ELV. No, señor; Elvira ha sido,  
aquella hermosa serrana.

REY. ¿Otro delito? ¿Qué es esto?  
Llamad al Conde. ¿Qué hazañas  
de español contra caudillos  
de la nación africana! (349)

*quando llevo disfamada  
a vuestros, pica, me disculpa  
de que os encubra la cara,  
pues no sufre la presencia  
del sol denegridas manchas,  
y vos sois sol de justicia.  
Esto os pido humilde.*

(347) B, C, D y E: Atajados este verso y los siete anteriores.

(348) C, D y E: En una tira de papel, pegada sobre éste y los cuatro versos anteriores:

*logró en fin que me inclinara  
a quererle y admitirle  
la promesa, mas su ingrata  
falsedad ya me abandona,  
y así lloro despreciada,*

(349) B: Escritos en una tira de papel, intercala a continuación de este verso, los siguientes:

*Tú, muger, en esta parte  
cubierta así, y retirada,*

LAÍN. Aquí está el Conde.

(Sacan al CONDE.)

REY. No deben  
tu soberbia y arrogancia  
hallar, Conde, mi (350) piedad;  
tus siurazones son tantas,  
que en mi sangre y parentesco,  
en mi amor y en la privanza  
que te animó a cometellas,  
apenas disculpas hallan.  
¿De modo que esta mujer,  
cuando en su tálamo estaba, (351)  
robaste atrevidamente?  
¿Qué crueldad tan inhumana!

MANRIQUE. Ya, señor, ¿no lo sabías,  
y con severas palabras  
me recibiste enojado?  
¿No confesé mi ignorancia?  
¿No te merecí el perdón?

REY. O te engañas, o me engañas.

MANRIQUE. Advierte también, señor,  
que a esta mujer, que robada  
fué de mi ardiente deseo,  
no toqué una mano, y basta  
para testigo ella misma,  
aunque una noche, en su casa,  
con un gabán guarnecido  
o bordadura de plata, (352)  
hallé un hombre, que quizá  
esta hermosura gozaba, (353)  
y no es bien que tú me obligues  
a ser su esposo.

REY. ¿Una capa  
no perdiste entonces?

MANRIQUE. Si.

REY. Conde, Conde, ¿más probanza?

*espera hasta ver en qué  
estas confusiones paran.*

D<sup>a</sup> ELVIRA. ¡Cielos!, dolcos de mi  
en tal tropel de desgracias.

C, D y E siguen a B.

(350) B, C, D y E: en mi.

(351) C, D y E: Tachado este verso y sustituido por: *quando descuidada estaba.*

(352) B: En una tira de papel, pegada sobre este verso y el anterior:

*por un acaso, señor,  
truje trocada la capa  
y allá.*

C, D y E siguen a B.

(353) C, D y E: Tachado sete verso y sustituido por: *ella engañosa ocultaba.*

Y engañar a esta mujer,  
prima de Elvira, o hermana,  
con palabra de ser suyo,  
¿ha sido empresa bizarra?

MANRIQUE. ¿Yo, señor? ¿viven los cielos!,  
que estos villanos levantan  
esa quimera, y no sé  
quién es tal mujer.

(Salen ELVIRA, NUÑO, PASCUAL y TERESA.)

NUÑO. Si hallan  
estos miseros rendidos  
puerto en tus invictas plantas,  
permíteles que las besen.

REY. ¿Qué queréis?

NUÑO. Que perdonada  
la osadía del lugar,  
pues que ninguno dió causa,  
mandéis que no nos envíen  
juez pesquisidor.

ELVIRA. De tantas  
muertes como sucedieron  
el Conde, presente se halla,  
él tuvo la culpa: pague, (354)  
gran señor, con su garganta.

TERESA. Esa es razón y justicia.

DOÑA ELV. ¿A Elvira Manrique ama?

MANRIQUE. ¡Cielos! ¿Si aquesta es Elvira!  
¿Quién será aquesta tapada?  
¿Yo he de perder el sentido! (355)

REY. Contra ti (356) piden venganza  
muchos, Conde; preveníos,  
que soy Rey, y debo darla.

NUÑO. El Rey es el cortesano  
que me alborotó la casa!  
Señor, pues os hospedé,  
debéis pagar la posada,  
que os fuisteis sin despediros,  
dando mala noche.

REY. Basta. (357)

(Vase.)

(354) A: el antepuesto al verso; antes de *page* (sic), tachado *que*.

(355) A: Escritos al margen este verso y los tres anteriores.

(356) B: Tachado *ti* y sustituido por *vos*. C, D y E siguen a B.

(357) A: Este verso y los cinco anteriores, escritos al margen, enmendando a los tachados siguientes:

*este es el que pedimeño le;  
señor, pues mi guesped fuisteis;  
muestra hermo; Nuño.  
Quien dixerá que era el  
rey, Elbira.*

MANRIQUE. ¿Qué nuevas desdichas son  
las que perturban y agravian  
mis esperanzas? ¿Villano,  
la verdad al Rey declara!

NUÑO. El Rey guardará justicia.

(Vase.)

PASCUAL. Ya mi celosa venganza  
se trueca, Elvira, en piedad.

MANRIQUE. Tú, tan bella como ingrata,  
si de mí te querellaste,  
di verdad, ¿para qué callas?

ELVIRA. El Rey guardará justicia.

(Vase.)

MANRIQUE. ¡Oh condición sin mudanza!  
Intercede, tú, Teresa,  
con tu prima; ve a rogarla.

TERESA. El Rey guardará justicia.

(Vase.)

MANRIQUE. ¡Ah, vengativas villanas!

(Sale TRONERA.)

TRONERA. Todos estamos acá,  
señor mío, y si no tratas  
de disculparme, yo creo  
me ha de dar mal de garganta.

MANRIQUE. Dime tú, tirana, di,  
¿por qué mi desdicha quieres,  
si no he sabido (358) quién eres,  
ni jamás tu rostro vi?

Nubes cubren tu luz clara,  
como al sol en el invierno, (359)  
no esté en tu lengua un infierno  
pues que está un cielo en tu ca-  
[ra. (360)]

DOÑA ELV. Veneno de honras ajenas,  
inconstante más que el Sol,  
falso París español,  
robador de dos Elenas,

¿en mi ves tus sinrazones,  
mis propias flechas me tiras,  
o soy espejo en que miras  
tus malas inclinaciones?

(358) A: si no e sabido, enmendado sobre si no sa-  
bia de.

(359) A y B: ybierno.

(360) B: Atajada esta redondilla. C, D y E:  
Falta.

MANRIQUE. Tu voz dulce y sonora  
dudas y glorias me ofrece,  
como el Sol cuando amanece,  
que nos da la luz dudosa.

Ya piadosa y ya feroz,  
tus quejas son homicidas,  
y, por quitarme más vidas,  
me da mil vidas tu voz.

(Descúbrese.)

Doña ELV. ¿Conocéisme?

MANRIQUE. ¡Dueño amado!,  
mirándote ya no puedo  
tener a mi muerte miedo.  
¿Cómo (361) de mí te has quejado?

Doña ELV. Cuando (362) a llamarte envié,  
que yo estaba (363) en Mazagatos,  
y tú, con alevos tratos,  
menospreciaste mi fe.

MANRIQUE. Pues ¿cómo fuiste a parar  
a esa aldea?

Doña ELV. Es que mi hermano  
quiso llevarme, tirano,  
a un convento, y avisar (364)  
no pude en trance tan fuerte  
de la violencia.

MANRIQUE. Soy tuyo,  
y a mi ser me restituyo.

Doña ELV. ¿Serás mío?

MANRIQUE. ¡Hasta la muerte!  
Cubre el sol que me ha cegado,  
que vuelve el Rey, y con ira,  
y trae con él a la Elvira  
aldeana.

Doña ELV. ¿Qué cuidado!

TRONERA. La postrer definición  
de este embolismo ha llegado.

(Salen todos.)

ALVARO. Señor, si le dan la muerte  
antes que le dé la mano  
a mi hija, mal se enmiendan  
mi deshonor y mi agravio.

REY. No será así. Don Manrique,  
vos tenéis hoy cuatro cargos

de que dar satisfacción  
a todos los agraviados:  
robasteis a esta mujer,  
y porque la han desposado  
con su igual, es mi sentencia  
que la Anguilla y Mazagatos,  
vuestras villas, suyas sean. (365)  
y del haber ocultado  
a doña Elvira.

MANRIQUE. Eso niego.

REY. Vos me lo habéis confesado.

MANRIQUE. De esta Elvira hablaba yo;  
los nombres me equivocaron.

REY. ¿No es aquesta labradora?  
¿Qué decís?

MANRIQUE. Que si mi mano  
restaura el honor que pide,  
suyo soy. (366)

ALVARO. ¡Perjuro, falso!  
¿Cómo te quieres casar  
con una villana, cuando  
confesaste ser esposo  
de mi hija, y por agravio  
recibes su casamiento?

Doña ELV. Estás, señor, engañado.

(Descúbrese.)

ALVARO. Mis oprimidos alientos,  
con tu vista han respirado.

JUAN. ¡Elvira! ¿qué dicha es ésta?

Doña ELV. ¡Dame los (367) brazos, hermano!

REY. Ahora que doña Elvira  
tiene honor con tal estado,  
por las muertes que causaste  
has de morir.

MANRIQUE. Ahora aguardo  
con más ánimo la muerte, (368)  
pues esta dicha he logrado. (369)

Doña ELV. Señor, si pueden mis ruegos,  
si puede mi tierno llanto...

(365) B: En una tira de papel, sustituye *este verso* y el anterior por:

*que la Anguilla, así lo mando,  
vuestra villa, suya sea.*

Tacha, por haberlos escrito en dicha tira, desde el verso con su igual hasta vos me lo habéis. C, D y E si guen a B.

(366) A: Tachado *dale la mano*.

(367) A: *los, los*.

(368) A: A continuación, un verso tachado: *damla esta mano*.

(369) A: Escrito este verso inmediatamente a continuación del anterior.

(361) C, D y E: Sobre *como*, tachado *por qué*.

(362) C, D y E: Sobre *cuan*, tachado *porque*.

(363) C, D y E: Sobre *que yo estaba*, tachado *es-tando ya*.

(364) A: Después de este verso, tachado *Troner*. Rara idea.

ALVARO. Premia, señor, mis servicios,  
pues son muchos, perdonando  
al Conde, que ya es mi hijo.

ELVIRA. Si contigo valen algo  
dos labradoras humildes  
que una noche te hospedaron,  
a tus plantas te pedimos  
su perdón.

REY. Los soberanos  
ojos de Elvira me mueven:  
ya que resisto sus rayos,  
la gracia está concedida.

TODOS. ¡Viva el Rey don Pedro, el sabio  
y valiente justiciero!

MANRIQUE. Tn hechnra soy.

REY. Lo que encargo  
es que destroquéis las capas,

pues ya sabemos entrambos  
lo que es vuestro y lo que es  
[mío. (370)]

TRONERA. Y este Tronera, que es calvo  
de los palos y pedradas  
que le dieron estos payos,  
¿justicia no ha de pedir?

REY. Te quedarás en Palacio,  
que gusto que me entretengas.

TRONERA. Señor, si es para el verano,  
te gustará mi friolera.

TODOS. Y si no merece aplauso,  
halle perdón, a lo menos.  
*Ya anda la de Mazagatos.*

(370) A: Escritos al margen éste y los tres ve-  
sos anteriores.

# LOS YERROS POR AMOR

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

DON LOPE OSSORIO.  
DON JUAN DE TOLEDO.  
DOÑA ANGELA, *dama*.  
DOÑA LEONOR, *dama*.  
VIOLANTE, *dama*.

INÉS, *criada*.  
MONZÓN, *lacayo*.  
DON FERNANDO, *de barba*.  
OTAVIO, *capitán*.  
EL PRÍNCIPE FILIBERTO.

DON LUIS DE CÓRDOBA.  
[BRISARTE.]  
LEONARDO.  
SOLDADOS.

## JORNADA PRIMERA

(*Salen DON LOPE OSSORIO y el CAPITÁN OTAVIO, de camino.*)

CAPITÁN.

El verdadero amor no mira en puntos.

LOPE.

Anoche, Capitán, llegamos juntos de Sevilla a Madrid, y hoy prevenida tenéis, y por la posta, la partida: no debe de agradaros la posada.

CAPITÁN.

La posada, don Lope, es tan honrada como casa que es vuestra, y yo he tenido a gran ventura haberos conocido.

LOPE.

Quien no para en Madrid ni aun una hora, ni la corte, ni hacerme cortesía le pueden obligar, bien claro muestra que es la ocasión amor.

CAPITÁN.

La amistad vuestra a decirlos la causa me obligara, si amor de alguna prenda me llevara.

(*Sale Monzón*)

MONZÓN. Poned cojin y maleta, que ya salgo.

LOPE. ¿Qué hay, Monzón?

MONZÓN. Que ha llegado un postillón, con su azote y su corneta, que puede ser estafeta del infierno, si de allá hay correspondencia acá, que si habrá de amor y celos.

LOPE. Por no sufrir sus desvelos, Otavio a Malta se va.

MONZÓN. No será por no agradalle Madrid, si anoche llegó.

CAPITÁN. A don Lope he dicho yo lo que me obliga a dejalle: una moza de buen talle, no menos que hermana mía, me obliga a descortesía, si lo es en tanta amistad.

MONZÓN. ¿Moza y sola? Caminad, y no os detengáis un día.

No paréis hasta llegar. Que aquí estéis me maravillo, que muralla con portillo es fácil de derribar.

(*Sale el Postillón.*)

POSTILLOX. ¿Habemos de caminar?

CAPITÁN. Adiós, don Lope, que es tarde.

LOPE. Mil años el cielo os guarde.

CAPITÁN. Con Malta yo no os convido,

ni aun es bien que en tanto olvido  
vuestras memorias aguarde.

LOPE. No dejaré de escribir,  
mientras vos me respondáis.

CAPITÁN. Adiós.

POSTILLÓN. ¡De espacio estáis!

MONZÓN. ¿Aun no se ha de despedir?

LOPE. Quiéroos, Capitán, servir  
con una famosa espada.  
Baja, Monzón, la dorada.

CAPITÁN. Por prenda vuestra la aceto.

LOPE. Que me enternezco os prometo.

CAPITÁN. Yo llevo el alma turbada.

(*Pausa, y queda DON LOPE.*)

LOPE. Ahora, mi pensamiento,  
que estamos solos, es bien  
entrar en cuenta también  
con vos y con mi tormento;  
justísimo sentimiento  
de negarme un padre airado  
la causa de mi cuidado  
me sacó deste lugar;  
ausente pensé olvidar,  
y vuelvo a verme olvidado.

Como virtud y nobleza  
no tienen estimación,  
y una avarienta ambición  
sólo aspira a más riqueza,  
fué la mi honesta pobreza  
veneno para el oído;  
yo, desechado y corrido,  
puse en manos del ausencia  
mi remedio, que en presencia  
mal se solicita olvido;

mas, no pudiendo vivir  
sin ver, Angela divina,  
tus ojos, donde me inclina  
su llama, vuelvo a morir;  
que si tengo de sufrir  
tantas penas sin mirallos,  
aunque no pueda gozallos,  
pues es forzoso perderme,  
más quiero morir y verme  
que vivir y descallos.

(*Sale MONZÓN.*)

MONZÓN. ¡Buenas nuevas!

LOPE. ¿Cómo así?

MONZÓN. ¿No hay albricias?

LOPE. ¿Para qué?

¿Quieres que pena te dé,  
si no hay otra cosa en mí?

MONZÓN. En partiendo el Capitán,  
cayó la bendita Inés  
en nuestra casa de pies.

LOPE. ¿Esos cuidados le dan?

MONZÓN. ¡Qué propia desconfianza  
de Amor!

LOPE. No es lo que solía,  
porque un desengaño enfria  
la más ardiente esperanza.

(*Sale INÉS, criada.*)

INÉS. ¿Podré entrar?

LOPE. Mala señal  
entrar pidiendo licencia.

INÉS. ¿No quieres que un mes de ausen-  
me obligue a temer igual? [cia

LOPE. Quien después, Inés, de un mes  
un ausente recibió  
sin brazos, presumo yo  
que en años convierte el mes.

INÉS. No ha sido falta de amor,  
sino venir temerosa  
de una desdicha forzosa.

MONZÓN. No se engaña mi señor,  
que siempre la voluntad  
del dueño, alegre o airado,  
se ve escrita en el criado.

INÉS. Yo confieso que es verdad;  
pero también puede ser  
que nuevas que suelen dar  
traigan escrito el pesar  
en el papel del placer.

Este doña Angela envía,  
y como presumo yo  
que no es de gusto, me dió  
pena, entre tanta alegría;  
que no era justo abrazaros  
para daros un papel,  
si vienen penas en él.

LOPE. ¿Qué desengaños tan claros!  
¡Muestra!

INÉS. Estad cierto de mí  
que, más que letras, costó  
lágrimas.

LOPE. No quiero yo  
más desengaño que a ti.

(*Lee.*)

“Después que de aquí te fuiste,  
mis desdichas han llegado

a que mi padre ha tratado casarme..." ; Ah, qué bien dijiste!

Quien estas nuevas traía , para matarme después, gran traición hiciera, Inés, si me mostrara alegría.

(Lee:)

"... Un andaluz caballero vino a vistas y me vió, de suerte que pienso yo que entendió lo que te quiero; hicieron las escrituras..."

No leo más, por no aguardar a vengarme con rasgar tal copia de desventuras.

; Oh, cómo fué mocedad venir a Madrid!

MONZÓN. ¿Qué has hecho?

LOPE. Rompo un papel que mi pecho rompió con tanta crueldad.

INÉS. Mal has hecho, que venía al fin alguna esperanza.

LOPE. En tanta desconfianza será esperanza muy fría.

A lo que ves le remito la respuesta: sólo, Inés, ésta quiero que le des.

INÉS. ¿No respondes por escrito?

LOPE. Pues ¿no te digo que es ésta?

Piénsalo bien, que es cruel.

LOPE. Rasgar, Inés, un papel es la más breve respuesta.

Dile que, si ella se casa, que yo no me vengaré en casarme, porque sé lo que quien se venga pasa;

poco seso le gobierna si quien, el amor pasado, se halla vengado y casado con una mujer eterna.

Yo, para confirmación desta verdad, determino irme a Malta.

MONZÓN. ; Desatino!

LOPE. Así tendremos, Monzon, los dos diferente cruz: yo tendré la de san Juan, y ella, la de aquel galán y caballero andaluz;

y dile que es necesidad el remedio que procura,

porque quien firma escritura ya rindió la voluntad.

(Vase.)

INÉS. ; Brava determinación!

MONZÓN. ¿Qué ha de hacer en tal mudanza? ; Quieres que tenga esperanza y el otro la posesión?

Fuera en Angela mal trato hacer al otro escritura y en la sucesión futura cometer estelionato.

Pero ; tú tienes también causa que me la haya dado de ir a Malta?

INÉS. Su criado

dice que me quiere bien;

es bravo de Andalucía

y desto[s] de presunción

de treta de conclusión;

mas no gasto valentía,

que quiero más tu donaire y el ceño con que te enojas que cuantas desnudas hojas dan círculos por el aire.

MONZÓN. Cuando no más, voy a Malta por una cruz.

INÉS. No las dan a tales hombres.

MONZÓN. Si harán, cuando una pierna les falta.

INÉS. Si, pero daráte enojo el traella con tres pies.

MONZÓN. Traeréla con treta, Inés, tapándola medio ojo.

(Vanse. Salen DON JUAN DE TOLEDO y LEONARDO.)

JUAN. No habréis oído jamás pensamiento como el mío.

LEONARDO. Si nace de amor, yo os fio que es lo que la inquieta más.

JUAN. Tiene Amor muchas maneras de inquietar honras y vidas.

LEONARDO. Tiene las glorias fingidas y las penas verdaderas.

JUAN. Como os he visto servir a Leonor, de Angela hermana, con amistad limpia y llana sin engañar, sin fingir,

quise tenerla con vos,

y, aunque poco os he tratado,



estoy de vos confiado.

LEONARDO. Podéis estarlo, ¡por Dios!,  
si sabéis, don Juan, quien soy.

JUAN. Tengo mil satisfacciones.  
Oíd, en breves razones,  
la confusión en que estoy:

Don Fernando, tan noble caballero  
como sabéis, se precia de pariente  
de mi tío, don Juan Portocarrero;  
yo, que con mayorazgo suficiente  
a no envidiar los títulos de España,  
vivía en mi lugar seguramente.

tenía el no casarme por hazaña,  
cuando, de tantos deudos persuadido,  
oigo esta vez en mi memoria extraña.

En fin, del casamiento doy oído,  
y escriben a la corte a don Fernando,  
caballero tan rico y bien nacido,  
el cual, mi hacienda y sangre consultando,  
como a la sangre se añadió la hacienda,  
por ventura, lo menos estimando,

a doña Angela, en fin, su mayor prenda,  
me prometió, con prendas tan seguras,  
que el venir por la posta me encomienda;

con esto, yo, por no casarme a oscuras,  
alegre parto a verla, cuidadoso,  
sin vistas, de no hacer las escrituras:

llego a Madrid galán, rico y airoso,  
visítole turbado, y, en fin, veo  
buen talle, cuerdo ingenio, rostro hermoso:  
dieron los ojos crédito al deseo;

enamorado, los conciertos firmo,  
y en esperanza breve el bien poseo;

pero, entre tanto, en presumir me afirmo  
mirándome doña Angela a disgusto,  
cuyo desdén con el hablar confirmo.

Parecióme temer, como era justo,  
alguna novedad en mi suceso.  
pues no era honestidad hablar sin gusto;

mi amor crecía con notable exceso,  
al paso del desdén que me mostraba:  
celos temí, la necedad confieso;

mas, cuando en esta confusión estaba,  
de mi posada una mujer me advierte  
que esta señora un caballero anaba,

en cuyo amor, por dicha, se divierte,  
sabiendo que su padre no quería  
que se casasen de ninguna suerte;

que éste su casamiento pretendía,  
y con ser caballero tan notorio  
como es la luz en la mitad del día,  
trocó en desprecio el justo desposorio,

tan noble como pobre; y aun me acuerdo  
que le llamó al galán don Lope Osorio.

Con estos celos, el sentido pierdo;  
confuso y triste, dos peligros miro,  
loco en la pena, en el silencio cuerdo.

¿Deshonro esta mujer, si me retiro?

Pues casarme celoso no es cordura;  
temo nota en mi honor, de amor suspiro;  
dadme remedio a tanta desventura.

LEONARDO. Conozco la confusión,  
don Juan, en que Amor os tiene,  
y que a vuestro honor conviene  
debida satisfacción.

Todo lo que os han contado  
es verdad; pero no hubiera  
quien se casara, si fuera  
agravio un amor honrado;

si don Lope la pidió  
a su padre, claro está  
que satisfacción os da  
que honestamente la amó;

pero, de consejo mío,  
sabad primero mejor  
si está libre vuestro honor  
de algún loco desvario  
a que Amor suele obligar.

JUAN.

LEONARDO. Hoy me han contado que ayer  
llegó don Lope al lugar,  
y que mañana se parte  
a Malta, por el desprecio  
de su padre.

JUAN.

LEONARDO. El fué muy necio.  
La industria, don Juan, y el arte  
remedia grandes sucesos:  
buscalde, y decid que vos  
vais a Malta.

JUAN.

LEONARDO. ¡Bien, por Dios!  
Celos son de Amor excesos;  
algo habéis de aventurar;  
de aquí a Zaragoza iréis  
con él, donde dél sabréis.  
don Juan, si os podéis casar,  
y os lo dirá en el camino.

JUAN.

LEONARDO. ¿Y en llegando...?  
Fingiréis  
algún mal con que os quedéis,  
y si hubiere desatino  
de amor que toque al honor,  
no os casaréis, y si fuere  
casto amor y no excediere  
de lo que es honesto amor,

os podréis casar, con ver  
que lo sabéis de su boca,  
pues a vuestro honor le toca  
juzgar lo que habéis de hacer.

Quedaréis, si os asegura.  
desengañado y casado,  
o libre y enamorado,  
que con el tiempo se cura.

JUAN. ¡Brava industria! Mas, ¡ay, cie-

LEONARDO. ¿Qué teméis? [los!...

JUAN. Saber mi mal.  
porque es cosa natural  
a quien averigua celos.

([T'ause.] Entra DON LOPE, y MONZÓN con una ca-  
dena.)

LOPE. A mi determinación  
corresponden los sucesos.

MONZÓN. ¡Este ha sido peregrino!

LOPE. Muestra la cadena.

MONZÓN. Creo  
que debe de ser retrato.  
Al limpiar el aposento  
donde el Capitán durmió,  
entró Julia. [y] previniendo  
quitar la ropa a la cama,  
halló esta cadena.

LOPE. Pienso  
que cuanto cuidado fué  
haberla (1) de noche puesto  
debajo de la almohada  
para guardarla durmiendo,  
tanto en haberla dejado  
fué el descuido.

MONZÓN. Irá tan lejos,  
que no ha querido volver,  
habiéndola echado menos.  
¡Bien te pagó la posada!

LOPE. Antes no, pues que tan presto  
estaré con él en Malta...  
¡Bella mujer!

MONZÓN. ¡En extremo!

LOPE. No es su dama.

MONZÓN. ¿Cómo?

LOPE. Dice  
en estas letras del cerco:  
"Violante".

MONZÓN. Pues es su hermana,  
que así la llamó, me acuerdo.  
¡Con razón celoso estaba!

LOPE. ¡Grande hermosura!

(1) y averla.

MONZÓN.

Sospecho

que la sirves desde aquí.

LOPE. Si, pues desde aquí la quiero.

Gente siento.

MONZÓN.

Tres tapadas.

(Salen con mantos DOÑA ANGELA, DOÑA LEONOR y  
INÉS.)

LEONOR. ¿No llamas, di?

ANGELA. No, que tengo  
paciencia para esperar,  
cuando lo que busco veo.

MONZÓN. ¿Usase en la corte entrar  
hasta el último aposento  
de una casa sin licencia  
del dueño?

ANGELA. ¿Quién es el dueño?

MONZÓN. Don Lope Osorio, el galán.

ANGELA. ¿Sois vos quien le sirve?

MONZÓN. Y puedo  
servir a vuesa merced,  
si gusta.

ANGELA. Tengo cochero.

MONZÓN. Paso a la segunda parte:  
reina, mucho atrevimiento  
fué entrarse con sobrevaina  
donde estamos descubiertos.  
¿Búscame a mí?

LEONOR. ¿Para qué,  
si hay, de donde ahora vengo,  
mozos de silla y caballos?

MONZÓN. ¿Desprecios? ¡Bravo elemento!  
Paso a la tercera parte,  
y aun lo parece: aquí llevo,  
para deshacer agravio,  
a ver si es cara o si es gesto.  
INÉS. ¿Esto soy!

MONZÓN. ¡Ay! ¿Bofetada  
a un hombre de mi despejo?

INÉS. ¿Quién le mete en descubrir  
lo que yo traigo en secreto?

MONZÓN. No, por lo menos, la mano.  
LOPE. Señoras damas, yo entiendo  
que han errado, por las señas,  
la casa, o el pensamiento.  
Si algún forastero buscan,  
ayer vine yo, y me vuelvo:  
forastero soy del alma.

Digan lo que quieren presto,  
que muchas leguas de aquí  
me espera el hermoso dueño  
deste retrato que adoro:  
cielo el ángel y oro el templo.

No dirán que las engaño,  
pues todo mi sentimiento  
he dicho en cuatro razones.

ANGELA. ¿Y está esa dama muy lejos?

LOPE. Está en Malta, adonde voy.

INÉS. Vos sois el hombre primero  
que fué por mujer a Malta,  
porque es isla, o monasterio  
de frailes, que no se casan.

LOPE. Entre un desdén y un deseo,  
voy a olvidar un agravio  
y a buscar un pensamiento.

ANGELA. Dejádme ver el retrato.

LOPE. Perdonad, porque no quiero  
fiarle a quien no conozco.

ANGELA. Bien decís, pues vais huyendo  
de una mujer que os adora.

LOPE. ¡Angel[a] hermos[a]! (2). ¿qué  
[es esto?

ANGELA. Saber que os vais, y querer,  
en esta desdicha, veros,  
de que estoy arrepentida,  
pues que con tanto desprecio  
vais a ver a quien decís  
que de ese retrato es dueño.

LOPE. Angela, con la fineza  
de vuestra venida tengo  
bastante satisfacción,  
mas no bastante remedio;  
yo no he de quedar aquí  
a ver vuestro casamiento,  
y aunque importa a vuestro honor,  
porque es el vulgo muy necio,  
ya sabéis que os he querido  
con amor limpio y honesto:  
mis papeles, mis palabras  
aún no han llegado a requiebros.  
No voy a Malta por ver  
de aqueste retrato el dueño,  
que era muy largo el viaje  
para tan corto deseo;  
aquí durmió un capitán,  
con quien vine, y a quien pienso  
verle, que por desuendo  
me le ha dejado, partiendo  
Con esto no puedo dar,  
Angela, lo que es ajeno;  
casaos, pues por mi desdicha,  
siendo quien sois, no os merezco:  
que no diré yo lo mismo,

pues que la cruz que pretendo  
será para no casarme,  
y será para mi entierro.

ANGELA. A tal determinación  
no tengo qué responderos.  
Hablá a mi hermana.

LOPE. ¡Ay, Leonor,  
qué venganza dan tus celos!

LEONOR. ¿Qué venganza puede ser  
la que me das, si te pierdo?

LOPE. Verte, aunque fuera casado,  
tuviera a piedad del cielo.

LEONOR. Nuestro padre, como sabes,  
vive en Madrid pretendiendo  
un cargo para Sicilia.

Si le tuviere, te ruego  
que, pues tan cerca has de estar,  
vengas a verme, que es cierto  
llevarme mi padre a mí;

pues, con este casamiento,  
en España ha de dejar,  
con su marido y sus deudos,  
a doña Angela, mi hermana.

LOPE. Ir a Sicilia prometo  
luego que me den la cruz.

LEONOR. Pues con ella no te quiero.

ANGELA. Ya, don Lope, que te vas,  
sólo una cosa te ruego,  
que merezco en cortesía.

LOPE. Tú sabes mis pensamientos.  
Como quedarme no sea...

ANGELA. De eso te aseguro el miedo,  
que tampoco quiero yo  
tenerle de mis deseos;  
que aquesta noche me hables  
dadas las diez, no es exceso.

LOPE. Yo lo haré, si es gusto tuyo.

ANGELA. Aliviare mi tormento  
con despedirme de ti.

(Sale Monzón.)

MONZÓN. Advierte que un forastero  
está a la puerta llamando,  
y debe de ser, sospecho,  
recado del Capitán.

LOPE. Angela, adiós. Yo prometo  
verte esta noche.

MONZÓN. Al salir  
tapaos bien.

ANGELA. Guárdete el cielo.

JUAN.

¿Es aquel caballero?

CRÍADO.

El mismo.

JUAN.

Llego.

Bien parece, señor, que esto es partirse; pues vienen tiernamente a despedirse tantas damas de vos.

LOPE.

Son deudas mías; si no es que amor llamáis las cortesías.

JUAN.

Muchas deudas tenéis.

LOPE.

Todas las pago, con irme, en que les doy cartas de pago.

JUAN.

Ahora veo, aunque era tan notorio, que érades el galán don Lope Osorio, de la (3) casa de Astorga, conocida en cuanto el Sol da luz.

LOPE.

Por vuestra vida que dejemos de hablar en cumplimientos, tan cansados donde hay entendimientos; que vuestra gala es tal que, en competencia, aun me obligara a hacer la misma ausencia. Pienso que el Capitán Otavio ha sido por quien a visitarme habéis venido. ¿Venís de Barcelona?

JUAN.

No conozco al Capitán; por otro me tuvistes.

LOPE.

Yo me engañé. Decidme, ¿a qué venistes?

JUAN.

Yo soy un caballero de Granada, Lope, que vais a Malta en mi posada, o por llevar tan buena compañía.

a suplicaros que llevéis la mía vengo, con gran deseo de servirlos; que voy a Malta yo.

LOPE.

Puedo deciros que sucederme cosa no pudiera que para mí de tanto gusto fuera. Que llevo soledad de un bien perdido, y en vos, si no me engaño, he conocido que llevo mi consuelo.

JUAN.

Dios os guarde. ¿Y cuándo partiremos?

LOPE.

Esta tarde me fuera, a no haber dado la palabra de hablar aquesta noche cierta dama de quien siento en el alma despedirme; mas soy de suerte en mis palabras firme, que la debo guardar.

JUAN.

Si ella merece, por fe de amor, correspondencia justa, no verla en la partida es cosa injusta, ni dejarla esperar desesperada. La bella aurora cándida y dorada, propicia a los principios del camino, nos le dará. Mejor irá que vino; mi buena suerte (4) mereció, don Lope, que en tal viaje tal amigo tope. Yo os quiero acompañar, que aun ser podía importaros allí mi compañía, que no perderá honor esa señora si a Madrid llevo de Granada ahora; ni sé calles ni casas, ni aunque fuera natural de Madrid la conociera, por serlo en mí el silencio y el retiro.

LOPE.

No me quiero mostrar con vos ingrato; amor os he cobrado y, en efecto, es bueno para amigo el que es discreto. Partiremos en viendo en nieve y grana bañarse el resplandor de la mañana; y si queréis venir a acompañarme, aquí podéis hasta las once ballarme.

(3) d'la

(4) que merecí.

Y no me pesa de llevar conmigo  
adonde os dije tan seguro amigo,  
que hay cierto novio mozo y de buen talle  
que podría también rondar la calle,  
y aunque Monzón se precia de la hoja  
y la ejecuta bien cuando se enoja,  
suelele divertir una criada.

JUAN.

Pues yo podré sustituir su espada,  
aunque tenga valor tan diferente.

Monzón.

Quien sirve con lealtad, ése es valiente;  
y nunca yo me vi tan divertido  
que un Roldán a tu lado no haya sido,  
ni has menester, si yo contigo salgo,  
más hombre, ¡vive Dios!

JUAN.

Señor hidalgo,  
así lo creo yo.

Monzón.

Me maravillo  
que tema mi señor novio o novilla,  
y más cuando nos vamos.

JUAN.

Mal comienzo.  
Ya de mi pensamiento me a ergüenzo.

LOPE.

¿Vuestro nombre?

JUAN.

Ricardo.

LOPE.

De sí, Ricardo,  
hasta las once, como digo, aguardo.

JUAN.

Mudéme el nombre, y ojalá pudiera  
rondar el alma.

Monzón.

Vuestro perdón.

JUAN.

Antes yo gusto que el valor se abone,  
Seamos muy amigos.

Monzón.

Hoja y mano  
están a su servicio.

JUAN.

¡Amor tirano,  
ya comienzan los celos sus efectos!  
morir muy necios y nacer discretos!

(*Vanse y sale DOÑA ANGELA y DOÑA LEONOR*)

ANGELA. Si alguna cosa, Leonor,  
puede en el mundo imitar  
las inconstancias del mar,  
es la condición de amor.  
Con qué notable rigor  
viste a don Lope tratarme,  
con qué violencia dejarme,  
con qué libertad perderme,  
con qué celos ofenderme  
y con qué crueldad matarme.

Esto dicen que es querer,  
y lo que quiere olvidar,  
que quien lo puede dejar  
cerca está de aborrecer.  
No sé qué tengo de hacer,  
a mi disgusto casada.

LEONOR. El casarte enamorada  
no estorba el querer después,  
cuando la persona es  
digna de ser estimada.

Mil veces ha sucedido,  
y así, olvidando se van  
los requiebros del galán  
en los brazos del marido.

ANGELA. ¡Ay, Dios, qué costoso olvido,  
aguardar, Leonor, al trato!

LEONOR. Pues no se da más barato.  
ANGELA. No sé si más pena siento  
del rigor del casamiento,  
o ver a don Lope ingrato.

(*Sale INÉS*)

INÉS. Cuando la suerte cruel  
corre con fortuna igual,  
más se ha de temer que el mal  
a los que vienen con él.

ANGELA. ¿Pues puede haberle mayor  
en tanta desdicha mía?

INÉS. El cargo que pretendía  
don Fernando, mi señor,  
para Sicilia, ha salido,  
y le dan el parabién.

LEONOR. Y a doña Angela también,  
pues queda con su marido;  
que yo habré de ser, Inés,

la que le he de acompañar.  
 ANGELA. ¿Qué buena suerte es quedar,  
 si con mi disgusto es?  
 ¡Pluguiera a Dios que yo fuera  
 con mi padre, y tú quedaras  
 con don Juan!  
 LEONOR. ¿En qué reparas?  
 ANGELA. En que, por dicha, pudiera.  
 pues en Italia ha de estar  
 don Lope, verle algún día.

(Salen DON FERNANDO y DON JUAN.)

JUAN. Yo, a lo menos, no os daría  
 parabién de mi pesar.  
 FERNANDO. Si daréis, que es vuestro aumento  
 este cargo que me han dado.  
 JUAN. Vos habéis el cargo honrado  
 con vuestro merecimiento.  
 FERNANDO. En mi mocedad, don Juan,  
 me dieron tales gobiernos  
 las galeras de Sicilia,  
 que honré mi espada con ellos.  
 El marqués de Santa Cruz  
 ha informado de mis hechos  
 de suerte que me ha premiado  
 con este cargo el Consejo.  
 A Sicilia voy, en fin,  
 consolado de que os dejo  
 con doña Angela casado,  
 guarda, esposo, padre y dueño.  
 A Córdoba llevaréis,  
 don Juan, vuestra esposa, luego  
 que me parta a Barcelona  
 con Leonor, que a Leonor llevo  
 para templar el dolor  
 que de vuestra ausencia siento.  
 Aquí están, don Juan, mis hijas:  
 hablad, que yo estoy tan tierno  
 por Angela y tan cobarde,  
 que las espaldas le vuelvo.  
 JUAN. Con temor de que se aumente  
 la pena que ya tendréis,  
 os ruego que me acetéis  
 en lugar de un padre ausente.  
 Grande amor jamás consiente  
 que, libre, el entendimiento  
 diga bien su sentimiento.  
 Vuestros ojos me han turbado;  
 tanta confusión me ha dado  
 pensar en mi pensamiento.  
 Con esto podréis estar  
 satisfecha que os adoro,

y que por vuestro decoro  
 apenas acierto a hablar.  
 Busco mi propio pesar,  
 mi buena o mi mala suerte,  
 quiero que acierte y no acierte  
 la sospecha que recibo,  
 y en estas enigmas vivo  
 entre la vida y la muerte.  
 ANGELA. ¿Qué quiso en tal confusión  
 decir este hombre?  
 LEONOR. No sé.  
 ANGELA. ¿Cosa que advertido esté  
 de mi amor, o su afición!  
 LEONOR. No te dió poca ocasión  
 de sospechar advertido,  
 que alguna causa ha tenido.  
 ANGELA. ¿Discreto debe de ser,  
 si antes de ser su mujer  
 presume de ser marido!  
 Parece que tarde es ya.  
 INÉS. Como esperas, te parece  
 tarde.  
 ANGELA. ¿Luego no amanece?  
 LEONOR. ¿Cómo si al principio está  
 la noche?  
 ANGELA. ¡Ay, Dios! ¿Si vendrá  
 don Lope? ¡A esperarle voy!  
 LEONOR. Alegre de ver estoy  
 que doña Angela se case.  
 ANGELA. Por más desdichas que pase,  
 tuya he sido y tuya soy.  
 (Sale DON LOPE, DON JUAN y MONZÓN, de noche.)  
 LOPE. Conozco vuestra amistad,  
 Ricardo, en acompañarme  
 donde puede haber peligro.  
 JUAN. Ninguno será tan grande  
 que no le venza mi amor.  
 LOPE. Esta, Ricardo, es la calle.  
 En esta esquina os poned.  
 MONZÓN. Si son verdad los refranes,  
 "mi caso en esquina" dice  
 el castellano lenguaje...  
 JUAN. Peligrosas son, ¿por Dios!  
 MONZÓN. "Ni moza marina", añade:  
 mas eso a mí me parece  
 que fué por el consonante.  
 JUAN. El discurso que decís  
 muestra en razones iguales  
 que algún trancantón os dieron.  
 Pero hablad, y no os aguarden,  
 que yo guardaré esa esquina

porque no os ofenda nadie.

LOPE. Advertid, Ricardo, bien que no ha de pasar la calle este don Juan novio en jerga, si más escopetas trae que se forjan en Milán.

JUAN. Hablad, don Lope, y dejadme, que no es tan loco ese novio que a estas horas se levante. Como yo vengo, vendrá. Los novios no son galanes.

LOPE. ¡Ah, de arriba!

MONZÓN. Hicieron señas.  
¿Qué damas tan puntuales!

ANGELA. ¿Es don Lope?

LOPE. El mismo soy.

ANGELA. ¿Hay alguien que os acompañe?

LOPE. Monzón viene aquí, señora.

ANGELA. Aquí está Inés.

INÉS. No me trates de ausencia, que ya me muero. Si tú de amor, yo de hambre.

MONZÓN. ¿Tienes algo que me dar?

INÉS. ¡Qué lindas quejas de amante!

MONZÓN. No he cenado, por andar buscando matalotaje.

INÉS. ¿No ha quedado alguna cosa?

MONZÓN. Los señores, ya tú sabes que apenas dejan los huesos la noche que cenan aves. Lo que hubo para nosotros fué muy líquido.

INÉS. ¿Cenastes guisados?

MONZÓN. Si, por tus ojos.

ANGELA. Antes fué por tu gaznate. (5)

LOPE. En fin, cruel, ¿que no quieres detenerte?

JUAN. Persuades un mármol. Es imposible esperar a que te cases.

LOPE. ¿Quién oyera lo que dicen!  
¡Cielos, apenas el aire trae de la voz el eco, y no me atrevo a acercarme!  
¡Ah, qué bien me hiciste, esquina!  
Al principio se hace fácil cualquiera cosa al amor, y cuando llega un amante a disculpar un agravio, o está loco, o es infame.

(Sale LEONARDO, de noche.)

LEONARDO. Con estas bodas, no pienso que saldrá Leonor a hablarme. Todos andan de alboroto. Aquí hay un hombre.

JUAN. No pase la calle vuesa merced.  
¡Cielos, que yo mismo guarde las espaldas a mi agravio!

LEONARDO. Ese no es cortés lenguaje para un hombre como yo, porque no será bastante el ni el mundo a detenerme.

JUAN. Antes que la espada saque, me escuche.

LEONARDO. ¿Qué es lo que quiere?

JUAN. Demos la vuelta a la calle, por honra de ciertas damas.

LEONARDO. Camine.

JUAN. Vaya delante.

(Vanse.)

ANGELA. ¿Qué poco pueden con vos lágrimas!

LOPE. Que no se cansen vuestros ojos les suplico, porque de tales diamantes no es digno el suelo, que en oro del Sol pueden engastarse.

ANGELA. En vuestro pecho quisiera; mas no es posible que engaste mos diamantes en otros ni la porfía ni el arte.  
¡Vos oiréis decir de mí!

(Sale DON JUAN, con la espada desnuda.)

JUAN. ¡Ya mi fortuna inconstante se ha declarado conmigo!  
¿Qué haré? Ya es fuerza llamarle.  
¡Ce, ce!

LOPE. Un amigo me llama. Entraos, Angela, que es tarde, que mañana yo os veré.

MONZÓN. ¡Adiós, Inés!

INÉS. No me hables, que me desmayo de oírte.

ANGELA. ¡Adiós, don Lope!

LOPE. ¡Adiós, ángel!

JUAN. ¿Qué es esto, Ricardo amigo?

LOPE. Que nos vanos de la calle, que he muerto un hombre por vos.

(5) tus gaznates.

LOPE. ¡Oh, que desdicha!  
 MONZÓN. ¡Notable!  
 JUAN. ¡Mayor fué, que era mi amigo,  
 y me conoció!  
 LOPE. Dejalde,  
 pues que nos vamos.  
 JUAN. ¡Ya es fuerza,  
 y será fuerza asentarme,  
 que, intentándolo de burlas,  
 a ser de veras me sale!

(*Fuense.*)

## JORNADA SEGUNDA

(*Salen DON JUAN, DON LOPE y MONZÓN.*)

JUAN. Una novela de amor  
 parece lo que ha pasado.  
 LOPE. Mar y tierra se han juntado,  
 Ricardo, a hacernos favor.  
 MONZÓN. La mar, de tormentas llena,  
 tan pacífica ha dormido,  
 que parece que has venido  
 en carros sobre su arena.  
 Y ahora no entiendo mal,  
 viendo sus olas quietas,  
 lo que dicen los poetas:  
 que son sus aguas cristó.  
 JUAN. ¡Qué bien nos ha recibido  
 el gran Maestre de Malta!  
 MONZÓN. Ya lo blanco sólo os falta.  
 LOPE. Ni la quiero ni la pido.  
 después, Ricardo, que vi  
 su hermana del Capitán,  
 por quien licencia me dan  
 las memorias que perdí.  
 JUAN. No creo yo que ese agravio  
 pueda caber en tu pecho.  
 LOPE. Estos milagros ha hecho  
 Violante, hermana de Otavio.  
 MONZÓN. Por grande que el amor sea,  
 Ricardo, si es sólo amor  
 donde es el mayor favor,  
 que ella viva y él pascen.  
 con mira a otra mujer  
 se olvida; que no hay memoria  
 donde fué breve la gloria  
 y limitado el placer.  
 Si este fuere amor de brazos,  
 años pasaran, por Dio,  
 primero que de los dos  
 se deshicieran los lazos.

JUAN. ¿Que con tanta honestad  
 sirvió don Lope esa dama?  
 MONZÓN. ¿Dijo otra cosa la fama  
 que una limpia voluntad?  
 JUAN. Yo no sé.  
 MONZÓN. La inclinación  
 y mala naturaleza  
 de gente cuya cabeza  
 esté la imaginación  
 de su misma liviandad,  
 trasladan los testimonios,  
 que temblarán los demonios  
 de hablar con tal libertad.  
 JUAN. Como yo le acompañé,  
 Monzón, cuando se partió,  
 más imaginaba yo  
 de lo que dices que fué.  
 LOPE. Pues no fué nada, ¡por Dios!  
 Limpianamente la serví.  
 A su padre la pedí  
 por voluntad de los dos;  
 es rico y soy pobre...  
 JUAN. Basta,  
 que a mí no hay por qué me dar  
 satisfacción.  
 LOPE. Por honrar  
 una mujer noble y casta.  
 Ya sólo a Violante quiero,  
 gallarda, hermosa, discreta.  
 Oye, Monzón.  
 MONZÓN. ¿Qué te aprieta  
 este amigo maiadero?  
 Que por los varios caminos  
 de la tierra y de la mar  
 todo ha sido preguntar  
 amores y desatinos:  
 si suspirabas de amor,  
 si a doña Angela querías,  
 queriendo con mil porfias  
 averiguar su favor.  
 LOPE. Hay hombres, Monzón, así;  
 son tiernos de condición.  
 Ya sabes la obligación,  
 mató aquel hombre por mí.  
 Y admírame que dé en necio  
 viéndole preguntador.  
 JUAN. Ya parece, amigo honor,  
 que tenéis el justo precio.  
 Ya basta la información;  
 poca fué la voluntad,  
 pues con tanta brevedad  
 se mudó la inclinación.  
 Hoy me partiré, dejando



mi pensamiento celoso.  
A Sicilia era forzoso  
que se fuese don Fernando;  
sus hijas ha de llevar,  
pues que ninguna casó;  
allí le hallaré o, si no,  
allí le pienso esperar.

No más don Lope. Los cielos  
quieren que de Angela sea.  
Ya no hay sospecha que crea;  
bastan dos meses de celos.

¿Fuése Ricardo?

LOPE.  
Monzón.

Advertió  
que me hablabas en secreto:  
fuése, que ningún discreto  
miró, estorbó ni escuchó.

Hay hombres que están mirando  
lo que el otro está leyendo,  
y otros que, papeles viendo  
de aquel que están visitando,  
luego los van a tomar  
y se los quieren leer,  
y lo que el otro esconder  
quieren ellos publicar.

Este no lo hizo así:  
viéndonos hablar, se fué.  
En fin, al Maestre hablé;  
vió las cartas que le di  
del marqués de Astorga, el de  
su suegro, ahora virrey [Alba,  
de Nápoles, y del rey  
de España, a quien hizo salva  
con un notable ademán,  
y entendiendo mi nobleza,  
hiciera toda una pieza  
de Holanda cruz de San Juan.

Esta no pienso tomar  
hasta ver si va adelante  
la voluntad de Violante,  
Monzón, a quien has de hablar  
por el orden que te he dado.

Monzón.  
De tu amor me maravillo;  
que ya del blanco martillo  
pensé que volviera honrado.

Vete, que ya sale aquí,  
antes que vuelva su hermano.  
Mi remedio está en tu mano.  
quise, oídelé, llegué y vi:  
quiero, deseo, vengué  
mi agravio. ¡Viva Violante!

(Sale VIOLANTE.)

VIOLANTE. No hay amor, firme diamante,

que a tus rigores lo esté.

Notable mudanza has hecho  
en mi esquivá condición.

Monzón.  
¿Podrá reclinar Monzón  
en tu chapín boca y pecho?

¿Podrá imprimir la roseta  
de tu zapato en los labios?

VIOLANTE. Tanta humildad son agravios  
de mi amor.

Monzón. No eres discreta.

Después que estamos aquí,  
a don Lope has abrasado,  
y del fuego que le has dado  
resultan rayos en mí.

Sólo diferencio del  
en este amoroso empleo,  
que él te quiere con deseo,  
y yo te quiero sin él.

Lo que es la cruz, ya voló  
al desierto de San Juan;  
que ya por su cruz le dan  
los ojos con que te vió.

La cadena que tu hermano  
dejó en Madrid, fué cadena  
para su primera pena,  
pero no olvidada en vano.

De imagen para la mar  
tu retrato le ha servido.

VIOLANTE. Desde España te ha querido.  
Sólo de oírle nombrar  
me alegra el alma, Monzón.

Monzón. ¡Ay Dios, quién se viera en ella!  
¿Cómo puede para vella  
haber mejor ocasión.

VIOLANTE. ¿Quien vino a Malta, no vino  
a casarse?

Monzón. Bien se infiere,  
pues el hábito no quiere,  
que el casamiento previno.

Tu retrato fué ocasión,  
y el hábito la cubierta.

VIOLANTE. Estoy de su amor incierta,  
y no me falta razón,

que alguna noche escuché  
que Ricardo preguntaba  
si de Angela se acordaba.

Monzón. Yo te diré lo que fué.

Es, bellísima Violante,  
Madrid, la corte de España,  
puerto (6) en alto para un novio,  
de mucha dicha y poca agua;

dicha digo, porque ha visto  
la más parte de sus damas  
bachiller entremetido  
entre la carne y la Holanda;  
por la otra parte, en un llano,  
al salir del sol, descansa,  
fértil de viñas y huertas,  
rico de abundantes cazas,  
lugar que, como amanece  
en otras partes el alba  
y se ven aguas y flores,  
en él amanecen casas.  
Estas crecen ya de suerte  
que para edificios faltan  
los árboles a las sierras,  
las piedras a las montañas.  
En fin, de casas, y nuevas,  
hay la cosecha, que basta  
para entretenir el mundo:  
tantos vienen, tantos hablan.  
En éste un alegre día  
que las fiestas celebraban  
al Santo de muchas cruces,  
entramos a ver la plaza  
en ocasión que Filipe  
Cuarto, a quien el Magno llaman,  
con la divina Isabel,  
a ver las fiestas entraba:  
llevándonos el deseo  
hasta el rigor de la guarda,  
vimos al cuarto planeta  
en un coche que envidiaba  
los que, conduciendo al Sol,  
pisan luz y aspiran (7) ámbar:  
en una silla, a la Luna,  
planeta hermoso de Francia,  
presidiendo a la belleza,  
fénix de mejor Arabia;  
con ellos, tres serafines:  
Carlos, Fernando y la Infanta;  
sol de nieve en rayos de oro,  
rosa entre el cristal y nácar.  
Ibamos a reparar  
en las bellísimas damas,  
cuando vemos en un coche,  
huyendo las alabardas,  
dos mujeres, que pudieran  
dejarlas y respetarlas:  
miró la mayor don Lope,  
que doña Angela se llama,  
y ella le miró también

hasta salir de la plaza:  
vimos la casa, que fué  
la puerta de sus ventanas,  
y desde ellas a las nuestras  
le informaron dos criadas.  
Hijas son de un gran soldado  
que sirvió mozo en Italia  
al segundo y al tercero  
Filipo, reyes de España,  
y que con un cargo honroso  
vuelve a Sicilia, en que aguarda  
casallas, si por ventura  
ya no las tiene casadas.  
Mucho te dijera aquí:  
de los que honraron la plaza;  
mas como no los conoces,  
ya parece que te cansas.  
Dió fin la fiesta, y la noche  
se abrió de estrellas y hachas:  
que hasta las luces del cielo  
al sol del mundo acompañan.  
Seguimos los dos la nuestra,  
y desde saber su casa  
hasta pedirla a su padre  
corrimos fortunas varias.  
No quiso yerno tan noble;  
que debió de ser la causa  
tenerla ya prometida.  
Don Lope, con estas ansias,  
a tu retrato pidió  
favor caminando a Malta,  
más por verte que por honra,  
que la de Osorio le basta.

VIOLANTE.

Conozco tu discreción  
en que verdad me has tratado,  
porque, de haberme engañado,  
pudiera inferir traición.

Antes que a don Lope viese,  
mi hermano me enamoró,  
porque nunca imaginó  
que conocerle pudiese.

El camino de Sevilla  
hasta Madrid, me contaba  
(que yo, ignorante, escuchaba  
con aplauso y maravilla)

cómo su casa le dio,  
y que la posada y cena  
le pagó con la cadena  
que al partir se le olvidó.

Bien es verdad que decía  
que estaba bien empleada.  
En darle aquí su posada  
se ve que amor le temía.

MOXZÓN

(7) *espiran*.

Está tan agradecido,  
que su mujer has de ser.  
VIOLANTE. Provócasime a responder;  
pero ya te he respondido.  
¿Qué es esto, Monzón?

MONZÓN. No sé.  
Espadas son; ¡entra presto!

VIOLANTE. ¡En qué confusión me han puesto!

MONZÓN. ¿Cosa que don Lope esté  
en aquella confusión!

(Sale DON LOPE, la espada desnuda; OTAVIO; deteniéndose algunos soldados al capitán BRISARTE, alemán, del hábito de San Juan.)

CAPITÁN. ¿Ténganse, digo!

BRISARTE. En agravio  
no pidáis respeto, Otavio.

MONZÓN. Señor, aquí está Monzón.

CAPITÁN. Don Lope, entraos en mi casa,  
que os han de matar aquí.

LOPE. ¿Tú no me retiras?

CAPITÁN. Sí.

LOPE. Entra, y sabrás lo que pasa.

MONZÓN. ¿Qué le has hecho?

LOPE. Cierta afrenta,

y aun agradezca que vive.

MONZÓN. ¡Vive Cristo, que derribe  
destos picaros cincuenta!

BRISARTE. ¿Que huya le dais lugar?

CAPITÁN. Eso no se ha de decir,  
porque no es, Brisarte, huir  
un honrado retirar

cuando la ventaja es tanta.

BRISARTE. ¿Y solo no basto yo?

¡Sal, español, o si no  
rompe, derriba, quebranta!

CAPITÁN. ¡Quedo!, que mi casa es ésta:

señores tudescos, ¡quedo!

BRISARTE. Si no se esconde por miedo,  
como huyendo manifiesta,

salga cuerpo a cuerpo aquí,  
que yo no me he de quedar  
con un mentís.

CAPITÁN. Para honrar  
a quien vos tratáis así.

en el campo os le pondré,  
si la palabra me dais  
de ir solo.

BRISARTE. ¿En eso dudáis?

¡Solo y sin espada iré!

¿No sabe la Religión,  
y sus galeras no saben [ben,  
que no hay otro hombre que ala-

de cuantas naciones son?

CAPITÁN. Entro por él.

[BRISARTE.] ¿A Brisarte,  
perro español?

(Salen DON LOPE y MONZÓN.)

LOPE. Sin que entréis,  
aquí a don Lope tenéis.

MONZÓN. Y a Monzón, segunda parte.

LOPE. Hacer de mi rey desprecio.

Brisarte, os he desmentido.

MONZÓN. ¿No hay un tudesco traído  
para Monzón?

LOPE. ¡Calla, necio!

BRISARTE. Lo que he dicho de tu rey  
es que nunca fué soldado,  
que murió siempre ocupado  
en las cosas de su ley,

y otras palabras así,  
cuando tú me desmentiste.

LOPE. ¿Tú sabes lo que dijiste  
cuando yo te desmenti?

David fué un grande soldado,  
y su hijo Salomón

pacífico, y no hay razón,  
ni de guerra, ni de Estado.

para que un rey desaparezca  
su reino, cuando no tiene  
necesidad y conviene  
que la religión ampare.

Dime dónde está un marqués  
Espinola, un don Gonzalo  
de Córdoba, que le igualo  
a su abuelo y a Cortés:

un duque de Feria, y Alba,  
un marqués de Santa Cruz,  
que no hay Argel que a la luz  
de su farol no haga salva.

¿Qué necesidad tenía  
de vestir el fuerte acero  
el gran Felipe tercero,  
si con el suyo vencía?

BRISARTE. Ahora bien, vamos a ver  
quién puede más de los dos.

LOPE. Por mi rey, después de Dios,  
morir espero, o vencer.

BRISARTE. Obras abrevian razones.

MONZÓN. ¿No hay uno que yo destripe?

¡España, viva Felipe!

¡Hoy mato treinta finflones!

(Vanse, y salen DOÑA ANGLA, LEONOR y INÉS.)

ANGELA. Dejo el coche para ver  
si mis tristezas alegran  
las claras ondas del mar,  
y aumentan más mis tristezas.  
¿Cómo no se muda Amor  
mudando cielos y tierra?  
¿Como no quedan atrás,  
en el camino, las penas?  
Debe de ser que el Amor,  
como vive en las potencias,  
camina con quien camina,  
navega con quien navega.  
¡Ay, mar de Italia,  
pues a Malta llegas,  
esmalta de mi llanto sus riberas!

Dile a don Lope que estoy  
en Sicilia: si se acuerda  
de las palabras de España:  
lleva estas lágrimas tiernas.  
Dile que el esposo mío  
mató un hombre, porque sepa  
que fué (8) con él y conmigo  
piadosa la muerte fiera.

LEONOR. Cuando está don Lope Osorio  
adonde de España apenas  
se acuerda, por no acordarse  
de tus bodas y tus quejas,  
y con la cruz de San Juan,  
por dicha, en la mar soberbia  
con las góndolas de Malta  
sigue el rayo de Bizerta,  
¿por cosa tan imposible  
en Mesina te lamentas?

INÉS. A fe que sé yo un trañón  
que no es de menores prendas,  
aunque perdone don Lope,  
si esto es hablar en ausencia,  
que pudiera...

ANGELA. No prosigas,  
que tems las dos tan necias  
que, por no hablaros, hablaba  
con el mar. ¡Ay, Dios, qué cerca  
viene rompiendo sus ondas  
una feroz galera!  
Ramos y velas, Leonor,  
montes de alutropellan  
los forzados con los remos,  
y los víentos con las velas.  
¡Ay, Dios, que ya llega al puerto!  
No sin causa la deseas,  
porque las cruces de Malta

sus flámulas atraviesan.  
INÉS. Si; pero ¿no es grande engaño  
presumir que viene en ella  
don Lope?

ANGELA. ¡Pudiera ser,  
si mi fortuna quisiera:  
pero para consolarme  
basta que me traiga nuevas.  
Lleguemos a las orillas.

LEONOR. Detente, que ya se acerca:  
ya salta gente en la barca,  
ya viene la barca a tierra.

INÉS. Ya, señora, los esclavos  
sacan a la blanca arena  
los caballeros, en hombros.

ANGELA. ¡Ay, Dios! ¡Si don Lope fuera  
el que viene hacia nosotras! (9)

(Sale DON JUAN y TELLO.)

JUAN. Esta es Mesina la bella,  
cuyos edificios altos  
el mar con sus ondas besa.

TELLO. No se mira en él ciudad  
de su hermosura y grandeza,  
de curutas baña en Enrrua  
Haz, Tello, que saquen fuera  
la ropa con esa chusma.

ANGELA. Lleguemos a hablarle.

LEONOR. Llegar.

ANGELA. ¡Ah, caballero!, escuchad  
por cortesía. (¿Qué es esto  
que ven mis ojos?)

JUAN. ¡Qué presto  
quiere Amor que sea verdad  
su propia imaginación!

ANGELA. ¡Ay, Leonor, éste es don Juan!

LEONOR. ¡Don Juan!

JUAN. Mirandame están.  
¿Qué estoy dudando? Ellas son.  
¡Angela!, ¿qué dicha mía,  
si no lo sois, me ha guiado  
donde el fin de mi cuidado  
en vuestros ojos tenía?  
Neciamente desconfía  
quien ama, pues llevo a ver  
tanto bien, que viene a ser  
más que pude (10) imaginar.

ANGELA. [Lp.] ¡Puede ser más mi pesar?

LEONOR. [Lp.] ¡Puede ser más mi placer?

(8) que él fué con él.

(9) nosotras.

(10) puede.

ANGELA.       Seáis, señor, bien venido.  
 LEONOR.       ¡Señor don Juan!  
 JUAN.                               ¡Mi Leonor!  
 INÉS.           ¿Y a Inés no le dáis, señor,  
                   los brazos?  
 JUAN.                               Hubiera sido.  
                   Inés, descortés olvido  
                   ¿Hay tal dicha, hay tanto bien?  
 ANGELA.       [*A p.*] ¡Que mis desdichas estén  
                   ahora como en España!  
                   ¡Qué fortuna tan extraña!  
 JUAN.           Angela, ¿tanto desdén?  
 ANGELA.       No es desdén: la novedad  
                   me ha detenido, señor.  
 LEONOR.       Tomar el coche es mejor,  
                   y entraros en la ciudad.  
 JUAN.           Aún no creo que es verdad  
                   la ventura que he tenido.  
 LEONOR.       Toda mi ventura ha sido.  
 ANGELA.       Ya sin esperanza queda.  
 LEONOR.       Alégrate.  
 ANGELA.       ¿Cómo puedo,  
                   que voy perdiendo el sentido?

(*Vanse, y salen VIOLANTE y FABRICIO, criados.*)

FABRICIO.  
                   No tuvo, de otra suerte,  
                   seguridad su vida.  
 VIOLANTE.  
                   Su partida.  
 FABRICIO, fué mi muerte.  
 FABRICIO.  
 ¿Tu muerte?  
 VIOLANTE.  
                   Si don Lope fué mi vida  
                   y se partió de Malta,  
                   ¿cómo puede vivir a quien le falta?

FABRICIO.  
                   Del capitán Brisarte,  
                   muerto con tal valor en desafío,  
                   fuera en cualquiera parte  
                   de Europa, su venganza desvarió;  
                   pero en estas naciones  
                   no hay más razón que no escuchar razones.

VIOLANTE.

No sé si haber [*nacido*] (11)

en esta isla libre y belicosa,  
 o amor tan merecido  
 de prenda tan ilustre y generosa  
 me infunde un alma osada,  
 a perderme por él determinada.  
 Vamos los dos, Fabricio,  
 pues mi hermano salió con las gaïeras  
 al bélico ejercicio  
 con que corre las bárbaras riberas,  
 a Sicilia entre tanto.

FABRICIO.

¿Qué dices?

VIOLANTE.

Que te duelas de mi llanto.  
 No niegues, que no es justo,  
 a mis obligaciones lo que debes.

FABRICIO.

A un caso tan injusto,  
 ¿contra el honor del Capitán te atreves?

VIOLANTE.

Nunca des a quien ama  
 consejo.

FABRICIO.

Es justo, si su honor infama.

VIOLANTE.

No haré, porque me ha dado  
 la palabra don Lope, y es mi esposo.

FABRICIO.

Tu hermano es gran soldado;  
 si vuelve a Malta, ¿no ha de ser forzoso  
 saber por dónde has ido?

VIOLANTE.

No lo será, mudando yo vestido.  
 En Malta, como sabes,  
 hay mil esclavas turcas, bien nacidas  
 y de personas graves,  
 que conforme a quien son andan vestidas  
 cuando son de rescate,  
 y no sirven en tanto que se trate.

En turca disfrazada,  
 con dos hierros fingidos, voy segura.

FABRICIO.

Pues, ¿noble, has de ir herrada? (12)

(11) *aver Ricardo.*

(12) *criada.*

## VIOLANTE.

¿Tengo de hacer probanza por ventura?  
Mi honor, mi amor, mi vida,  
consisten en salir desconocida.

Yo no quiero remedio:  
Fabricio, loca estoy; no ha (13) de estorbarme  
tan poca mar en medio:  
¡o ver mi bien, o tengo de matarme!  
¡Suya soy de una suerte,  
en bien, en mal, en pena, en vida o muerte!

(*Páuse, y salen DON LOPE y MONZÓN*)

LOPE. A lo que el valor emprende,  
Fortuna ayuda también.

MONZÓN. Todo le sucede bien  
a quien la verdad defiende.

LOPE. Esta es la mejor ciudad  
desta isla.

MONZÓN. ¡Con razón  
la alaban!

LOPE. ¡Qué bellas son  
las calles! ¡Qué majestad!

MONZÓN. ¡Bravo palacio!

LOPE. ¡Extremado!

MONZÓN. Pero, para entre los dos,  
trocárale, ¡vive Dios!  
por un álamo del Prado.

LOPE. Yo, por un rincón de Malta  
adonde el alma dejó.

MONZÓN. ¡Extraño suceso fué!

LOPE. ¡Todo en Violante me falta!

MONZÓN. ¿Tanto la quisiste?

LOPE. Sí.

MONZÓN. Que lo merece te juro.

LOPE. Aunque dejarla procuro,  
no puedo, que viene en mí.

MONZÓN. En fin, ¿Angela expiro?

LOPE. Apenas della me acuerdo.

MONZÓN. Fuiste, en oídarla, cuerdo,  
que, en efeto, se casó.

Pero, dime, ¿cómo, adónde

se fué tu amigo Ricardo?

Para verlo sólo aguardo  
que el mar de Malta le esconde:

porque aquellos alemanes

le debieron de matar

por cosa tuya, y vengar  
su furia.

LOPE. ¡Qué capitanes!

¡Pobre Ricardo! Por mí

pagó lo que no debía.

¡No sé cómo de aquel día  
con vida, Monzón, salí!

Monzón. ¡Qué bien sacaste la espada!  
¡Qué linda cosa es saber  
lo que un hombre debe hacer  
en una ocasión honrada!

Cuando vi que el tudescón  
cuchilladas te tiraba,  
dije: "¡De esta vez le clava  
cerrando de conclusión!"

¡Bien haya don Luis Pacheco!

¡Mal año, cómo te entraste!

¡Tan furioso te arrojaste.

que sonó en España el eco!

Pero alárame tú a mí,

que también será razón.

LOPE. ¡Bravo anduviste, Monzón!

MONZÓN. ¡Bravas monzonadas di!

Que, como se defendía  
el valor del rey de España,  
me pareció que en campaña,  
armado en blanco, venía;

y aun dije, con un suspiro  
transformado en libertad:

"¡Mire Vuestra Majestad  
las cuchilladas que tiro!"

LOPE. ¡Quedo!

MONZÓN. ¿Cómo?

LOPE. Viene aquí

el príncipe Filiberto.

MONZÓN. Pues háblale, que estoy cierto  
del valor que vive en ti.

(*Sale acompañamiento, y el PRÍNCIPE FILIBERTO, con  
la Gran Cruz, y DON LUIS DE CORDOBA.*)

FILIBERTO.

¿Partió el marqués de Santa Cruz?

LUIS.

Hoy parte.

FILIBERTO.

Su cuidado, valor y diligencia

está esperando el mar, que en esta parte  
con tan justa razón siente su ausencia.

LOPE.

Dad los ilustres pies, cristiano Marte,  
a un soldado español.

FILIBERTO.

Vuestra presencia

dice vuestro valor.

LOPE.

Si alguno tengo,  
procede (14) de la casa de quien vengo.  
Del gran Maestre en esta carta lea  
Vuestra Alteza la causa porque escribe.

FILIBERTO.

Basta que yo vuestra persona vea.

MONZÓN.

¡Con qué alegre semblante le recibe!  
¡Qué bien la sangre de su abuelo emplea,  
qué bien la imagen de su madre vive  
en su modestia y ojos retratada!  
Lloró España su muerte acelerada.

FILIBERTO. Por cierto con gran razón,  
el gran Maestre encarece  
quien poner reyes merece  
en tan justa obligación:  
no sólo a quien acompaña  
su sangre, que tanto estima,  
pero a toda España anima  
defensa de toda España.

¡Salir bien de esta ocasión  
fué valor, fué gentileza!

MONZÓN. Señor, ¿quiere Vuestra Alteza  
que se lo cuente Monzón?

FILIBERTO. ¿Quién es Monzón?

LOPE. Un soldado  
que viene en mi compañía.

FILIBERTO. ¡Buen nombre!

MONZÓN. No le podía  
tener más propio y honrado.

FILIBERTO. ¡Notable debéis de ser!

LOPE. Es un honrado soldado.

MONZÓN. ¡Vive cribas, que a su lado  
el rey me pudiera ver!

Y aun ahora estoy...

FILIBERTO. Teneos.  
Premiar a don Lope es justo,  
y comienzo por mi gusto  
para mayores empleos:  
gentilhombre sois, desde hoy,  
de mi cámara.

LOPE. Esos pies  
me dad mil veces.

FILIBERTO. No es  
la obligación en que estoy  
para esto sólo: adelante

conoceréis mi afición.

MONZÓN. ¿Y qué le dan a Monzón?

¿No hay algún cargo importante?

FILIBERTO. Una ventaja: soldado  
de diez escudos.

MONZÓN. ¡Famosa!

¡Vivas más que una celosa,  
fea y necia, a un mal casado!

(*Vanse, y salen FABRICIO y VIOLANTE, de esclava, con  
hierros en la cara.*)

FABRICIO. Volvamos a la posada,  
así te guarden los cielos,  
que alborotas a Mesina  
con la cara y con los hierros.

VIOLANTE. ¿Cómo he de saber, Fabricio,  
lo que amorosa pretendo,  
si me encierro en la posada?

FABRICIO. Confieso, Violante, el miedo,  
que como yo sé quién eres,  
que todos lo saben pienso.

VIOLANTE. Pues advierte que es engaño  
y que es injusto recelo,  
que aunque reparan en mí,  
no entienden mi pensamiento;  
que me hiera Amor el rostro  
porque no acierten el pecho;  
así sabré de don Lope,  
y ellos no sabrán el dueño.  
ni habrá quien diga a mi hermano  
ni amoroso atrevimiento.  
¡Qué bravas damas!

FABRICIO. ¡Notables!

VIOLANTE. En el traje diferencia  
las de esta ciudad.

(*Salen ANGELA, LEONOR y INÉS.*)

ANGELA. Mi padre  
prosigue en el casamiento.

LEONOR. Y tiene mucha razón,  
porque es don Juan de Toledo  
muy rico, noble y galán.

ANGELA. Todo, Leonor, lo confieso,  
y que de cualquiera dama  
es digno tal caballero;  
pero yo no puedo más.

LEONOR. Pues ya no podrá ser menos,  
si a su casa le ha traído  
a título de su yerno.

INÉS. ¡Ay, señora, qué esclavilla  
tan linda! ¡Malhaya el dueño  
que pudo manchar tal cara

(14) *procede.*

con dos lunares tan necios!

ANGELA. Cierta que tienes razón.  
¡Ah, hidalgo!, ¿pónese en precio esta esclava?

FABRICIO. No, señora;  
hasta ahora no la vendo,  
porque es turca de rescate.  
ANGELA. Su nobleza escrita veo  
en su rostro. ¿De dónde es?

FABRICIO. De Constantinopla, creo,  
aunque la traigo de Malta.

ANGELA. Parece que el mar y el cielo  
mis pensamientos ayudan:  
todo es Malta, cuanto encuentro.  
¿Cómo es vuestro nombre, turca?

VIOLANTE. Fátima, al servicio vuestro.

ANGELA. ¿Estuvistes mucho en Malta?

VIOLANTE. Año y medio.

ANGELA. En año y medio  
muchos habréis conocido,  
con hábitos y sin ellos.

VIOLANTE. Como vos sois española,  
de los españoles puedo  
deciros los más notables,  
si alguno os importa de ellos.

ANGELA. Nombradme algunos.

VIOLANTE. Don Juan  
Guerra de la Vega, Tello  
de Silva, don Luis de Aponte,  
don Sancho de Montenegro,  
con la Cruz Blanca, y sin ella  
don Lope Ossorio... (15)

ANGELA. Teneos,  
porque este don Lope Ossorio  
es el que me importa.

VIOLANTE. [Ap.] ¡Ay, cielos!

ANGELA. ¿Que a don Lope conocistes?

VIOLANTE. Vile en casa de mi dueño  
acuérr algunos días  
a conversación y juego  
[Es nuestro hermano, por dicha]

ANGELA. No, Fátima; que, de serlo,  
tuviera menos cuidado.

VIOLANTE. ¿Vuestro marido?

ANGELA. Fué de...  
con el trato de casarme  
no logré ni consueño  
por cierto competidor.

VIOLANTE. Que sois, Angela, sospecho  
de quien me hablo su estado,  
que andabamos de requiebro

ANGELA. La misma soy.

VIOLANTE. [Ap.] ¡Ay de mí!

ANGELA. ¿Cómo está mi ingrato dueño?

VIOLANTE. No está en Malta.

ANGELA. ¿Cómo no?

VIOLANTE. Por un extraño suceso  
dicen que vino a Sicilia.

ANGELA. ¿Aquí? No.

VIOLANTE. Pues será cierto  
el haber pasado a España.

[ANGELA.] [Ap.] Hoy las esperanzas pierdo.

VIOLANTE. [Ap.] Aquí me puedes vender.  
Fabricio.

FABRICIO. Contenta os veo,  
señora, de aquesta esclava;  
estoy por ponerla en precio.

ANGELA. Venid conmigo a mi casa,  
y mi escritorio que tengo  
llenad (16) de joyas y escudos.

FABRICIO. Con trecientos me contento.

ANGELA. Pues, Fátima, ya eres mía.

VIOLANTE. Por ser española quiero  
serviros, que esa nación  
fué causa de aquestos hierros.

LEONOR. ¡Dicha notable has tenido!

ANGELA. Con esta esclava consueño  
las memorias de don Lope.

INÉS. Fátima, pues ya tenemos  
un dueño las dos, abraza  
a Inés.

VIOLANTE. Ser tu amiga espero.

FABRICIO. [Ap.] ¿Qué has hecho, Violañte?

VIOLANTE. Calla,  
que desta manera puedo,  
o dar remedio a mi honor,  
o dar descanso a mis celos.

### JORNADA TERCERA

*Salen: el CAPITÁN OLAVIO; FABRICIO y LEONOR, soldados.*

CAPITÁN. Notable temeridad:  
pero ya el castigo tarda  
para tan grave maldad.  
¿Así el decoro se guarda  
a la sagrada amistad?  
[Llevarme mi hermana ansí,  
en pago del alma y casa  
que a un huésped traidor le di!

(15) Anda entre Olavio y Ossorio

(16) robal



FULGENCIO. Otavio, a Sicilia pasa,  
que en ella a don Lope vi;  
no me engañé, aquesto es cierto,

y preguntando en el puerto  
de Mesina lo que hacia,  
me dijeron que servia  
al príncipe Filiberto;

y aun, si no me informé mal,  
priva con él y le ha hecho  
capitán de la Real.

CAPITÁN. Encubre, Fulgencio, el pecho  
aquel alma desleal.

LISENO. No se burlará contigo,  
que eres muy fuerte enemigo

CAPITÁN. ¿Que don Lope en la campaña  
defendiese un rey de España  
y deshonrase un amigo!...

Vamos, que es justo que pida  
ventaja tan conocida,  
que yo le quiero volver  
la espalda; pero ¿ha de ser  
cuando le quite la vida!

(*Vanse. Salen ANGELA y VIOLANTE.*)

ANGELA. Gusto, Fátima, de darte,  
por tu buen (17) entendimiento,  
parte de mi pensamiento.

VIOLANTE. No me alcanza poca parte.

ANGELA. Aborrezco este don Juan  
con quien mi padre me casa.

VIOLANTE. Amor, con ausencia pasa;  
este remedio le dan;

y yo sé que se decía  
que vuestro don Lope amaba  
una Violante que estaba  
en la casa en que vivía.

hermana de un capitán

ANGELA. Todo a más amor me obliga

VIOLANTE. No sé remedio qué os diga,  
sino querer a don Juan.

Dejad las vanas memorias  
de ese Ossorio, ya olvidado  
de vos, que un amor pasado  
yerra en revolver historias.

que hizo sin dificultad  
lo que por fuerza ha de ser;  
porque querer es querer  
inclinan la voluntad.

ANGELA. No puedo, por más que intento,

VIOLANTE. Eso es tema, y no es amor.

y admirame tal rigor  
con tan buen entendimiento.

Anoche víspera fué  
de vuestro Baptista santo,  
y, con celebrarle tanto  
vuestro amor y vuestra fe,  
no quisistes ir al mar  
con don Juan.

ANGELA. Pero no le ver  
dejé, Fátima, perder  
lo que me pudo alegrar.

VIOLANTE. Pero, ¡ay, Dios!, que viene aquí.  
Mostralde, señora, amor.

(*Sale DON JUAN.*)

JUAN. En fin, Angela, ¿el rigor  
todo ha de ser contra mí?

Pienso que fui la ocasión  
de no salir a gozar  
la mayor fiesta que el mar  
hizo al divino Patrón  
de la cruz de Filiberto

ANGELA. A Fátima le decía  
la causa.

VIOLANTE. Y yo la sabía,  
y que vos no sois es cierto.

JUAN. Pues oíd en relacion  
lo que no quisistes ver,  
que yo os quiero entretenir.

ANGELA. ¿Qué causa discreción!

VIOLANTE. ¿Por qué le tratas así,  
si has de ser suya?

ANGELA. No sé.

JUAN. En la fiesta os hablaré,  
para no hablaros en mí.

A las espaldas del Sol  
salió la noche entutada,  
que por parecer mujer,  
le salió de las espaldas.  
La víspera de la Voz  
cuya cabeza cortada  
fué triunfo de la verdad,  
donde muchas veces folia,  
en el puerto de Mesina,  
a la real capitana,  
digna de su mismo nombre,  
de las galeras de España,  
acompañaban, señora,  
estas lucidas escuadras  
las galeras de Sicilia,  
las de Florencia y de Malta,  
las de Nápoles famosas,

las de Venecia y del Papa:  
 una milla el mar adentro  
 se previenen, coronadas  
 como de estrellas la noche,  
 de luminarias las jarcias;  
 boga de espacio la chusma,  
 y en música concertada  
 parece el mar instrumento,  
 teclas parecen las palas;  
 las penas de las antenas,  
 con ruedas de fuego enlazan:  
 retrato del mundo, en quien  
 una comienza, otra acaba:  
 en el espolón y popa,  
 en garceses y arrumbadas,  
 los relámpagos imitan,  
 truenos y rayos disparan:  
 la fuerte mosquetería  
 y arcabucería entraba,  
 como si esperara entonces  
 pelear con otra armada;  
 entre estas escaramuzas,  
 la artillería jugaba  
 sobre su palabra sola,  
 que no eran tantos las balas.  
 Así entraron en el puerto  
 a la real capitana,  
 llevando el cuerno derecho  
 la bella escuadra de Malta,  
 la de Sicilia el izquierdo;  
 la de Nápoles llevaba  
 a la de Malta el derecho,  
 y Florencia, la vanguardia;  
 al diestro lado, Venecia,  
 y la patrona del Papa,  
 venerada por su dueño,  
 llevaba la retaguardia;  
 la patrona real seguía,  
 de Filiberto, a la escuadra,  
 con tal música que al son  
 iban danzando las aguas.  
 La ciudad y la marina  
 coronaban luminarias,  
 que tiene el lienzo de enfrente  
 más de cuatrocientas casas;  
 a vista de mar se miran  
 con tal igualdad labradas,  
 que parecen todas una,  
 desde la mar que las baña;  
 entre balcones de piedra  
 las hachas ardiendo, pasan  
 la luz al agua, de suerte  
 que en su cristal las retrata.

Baluartes y castillos,  
 con innumerable salva  
 saludaron la Real,  
 única fénix del agua:  
 madrugó, por ver la fiesta,  
 más que otros días el alba,  
 que dándole prisa el sol  
 anticipó la mañana.  
 Aparecen las galeras  
 en media luna formada  
 de una selva que vestía  
 seda de colores varias:  
 la Real con un tendal  
 de brocado que enlazaban  
 cordones de seda y oro,  
 de las antenas colgadas  
 flámulas y gallardetes  
 que el manso viento enrespaba,  
 por imitar a las ondas,  
 que su amistad murmuraban:  
 todos de damasco y oro,  
 bordados escudos y armas  
 del cuarto Felipe agosto  
 y de las flores de Francia.  
 Por todas las ballesteras  
 banderas, que no dejaba  
 mirar el viento en las ondas,  
 codicioso de inquietarlas:  
 de los forzados también  
 rojo damasco adornaba  
 bonetes y camisolas,  
 camisa y calzón de Holanda.  
 Era la tienda pajiza  
 y en la arena de la playa,  
 otra, en que un altar había,  
 donde, con música extraña,  
 se celebró el sacrificio  
 de la nueva ley de Gracia:  
 cuando el sacerdote, en fin,  
 el Pan divino levanta,  
 un escuadrón de mil hombres  
 que junto a palacio estaba,  
 galeras y artillería  
 de la tierra y mar disparan:  
 los corazones suspenden  
 tanto, que en la Forma blanca  
 con los ojos de la Fe  
 parece que se miraba  
 Dios en el último día  
 que está juzgando las almas.

(SALA DON FERNANDO)

FERNANDO. Decidle que estimaré

la merced que quiere hacerme.

VIOLANTE. Tu padre viene.

ANGELA. A perderme,  
Fátima, que ya lo sé.

FERNANDO. Dije al Príncipe que había  
a doña Angela casado,  
y tal placer ha mostrado,  
que me dicen que te envía  
el parabién. Está atenta  
a lo que has de responder.

ANGELA. ¿Qué atención he de tener,  
si todo mi muerte intenta?

(Salen DON LOPE y MANZÓN.)

LOPE. ¿Qué lejos debe de estar.  
Monzón, de que yo soy quien  
viene a dar el parabién!

MONZÓN. Pienso que te has de turbar.

LOPE. Cuando yo a Fernando vi.  
al salir de la Real,  
donde con descuido igual  
este verano asisti,  
apenas pude (18) creer  
que aquí sus hijas tenía,  
aunque en ceniza tan fría  
no hay fuego que pu[é]da arder;  
porque cuando me mandaba  
el Príncipe mi señor  
darla el parabién. Amor  
de su olvido se vengaba  
con ponerme la hermosa  
de mi Violante delante.

MONZÓN. ¿Tanto quieres a Violante?

LOPE. Así Dios me dé ventura,  
que me estoy muriendo ausente.

MONZÓN. No prosigas; aquí están.

FERNANDO. Ya ha llegado el Capitán.

LOPE. ¿Hasta el novio está presente!

FERNANDO. ¿No es éste don Lope Ossorio?

ANGELA. ¡Ay, Dios! ¿Don Lope no es éste?

JUAN. Loco estoy, o al parabién  
el mismo don Lope viene.

VIOLANTE. ¿Daré crédito a mis ojos?  
¿Tanto los deseos pueden?  
¿Este no es don Lope?

MONZÓN. Todos  
mirándose se suspenden.

LOPE. ¿Aquél no es Ricardo?

MONZÓN. Sí.

LOPE. ¿Ricardo!

JUAN. (Llegó mi muerte.)

¿Don Lope!

LOPE. ¿Qué es esto, amigo?  
¿Tú en Sicilia! No me niegues  
tus brazos, que imaginé  
que te mataron.

JUAN. Advierte  
que no me llames Ricardo,  
pues sabes que me conviene  
mudar el nombre.

LOPE. ¿Pues cómo?

JUAN. Don Juan de Toledo.

LOPE. ¿Y eres  
tú, por dicha el desposado?

JUAN. ¿No lo ves?  
Pues ¿de qué suerte,  
si en Madrid me acompañabas,  
ahora casarte quieres?

JUAN. Pues ¿supe yo casa o calle  
ni quien esta dama fuese?  
Aquí lo habemos tratado;  
y si tú, por dicha, tiene  
algo que te importe aquí,  
a tiempo llegas, que puedes,  
con decirme la verdad,  
desengañarme (19) y ponerte  
en el lugar en que estoy.

LOPE. No, por Dios; ni agradecerme  
debes esta cortesía:  
pero, porque no sospechen  
algo de vernos hablar,  
dame licencia que llegue  
a decir a lo que vengo.

JUAN. No sé, don Lope, qué tienes,  
que todos están turbados.

LOPE. Es la novedad de verme.

El Príncipe mi señor,  
a daros el parabién  
me envía, que ya soy quien  
puede dárosle mejor:  
tiempo fué que tanto amor  
no me diera esta licencia;  
ya me ha curado el ausencia,  
que en otro tiempo no creo  
que hallara voz el desco,  
ni el sufrimiento paciencia.

¿Dónde hallaste este don Juan,  
sombra que se anda tras mí?  
¿Hallástele acaso aquí  
y desde allá te le (20) dan?

(18) puede.

(19) desengañarte.

(20) la.

¡Por mi vida que es galán!  
Que serás dichosa espero.  
Goces tan gran caballero,  
que, aunque él se me quiere dar,  
a los dos puedo jurar  
que no eres tú lo que quiero.

ANGELA. Conozco, ingrato, que tienes  
puesto que estás engañado,  
razón de haberte quejado,  
no de agravios ni desdenes;  
pero ¿de qué hallarme vienes  
en esta triste ocasión?  
Pero también no es razón  
que me desprecies así;  
que me has de querer a mí  
o he de matarte a traición.

LOPE. Yo he dicho a lo que venía.  
Señores, ¿qué me mandáis?

FERNANDO. Que a Su Alteza le digáis...  
Pero necedad sería  
daros razones a vos.  
¡Oh, don Juan! Acompañemos  
al señor don Lope.

LOPE. ¿Extremos  
conmigo? Eso no, ¡por Dios!  
Vuestras mercedes se queden.

JUAN. Entre amigos, no es razón.  
En mi necia confusión  
se ve lo que celos pueden.

(*L'ense.*)

ANGELA. No hablas, Monzón. ¿Qué es es-  
MONZÓN. Señora, hablar y servir. [to?

ANGELA. En él más merced me hicieras.  
MONZÓN. ¿Merced? Bien sabes que allí  
fui tu esclavo, y lo he de ser.

ANGELA. ¿Bucnos de Malta venís?  
MONZÓN. Señora, como mi amo  
salió tan fuera de sí  
que no ha parado hasta Malta,  
solicitamos vivir.

ANGELA. Deparólo Amor un ángel  
que fuera blanco marfil;  
si tuviera cola, fénix;  
y con alas, serafín;  
una Violante compuesta  
de violetas por abril;  
una mano como un preste,  
y tal, que sin perejil  
pudiera comerla un sastre,

cuanto más un albañil.

ANGELA. ¿Buena moza?  
MONZÓN. De azul y oro.

ANGELA. ¿Discreta?  
MONZÓN. Como un pasquín.

ANGELA. ¿Gallarda?  
MONZÓN. Como una pava.

ANGELA. ¿Y quiérela?  
MONZÓN. ¡Pese a mí!

ANGELA. ¿Mucho?  
MONZÓN. No sé yo si tiene  
Amor vara de medir,  
pero...

ANGELA. ¿Qué pero, villano?  
MONZÓN. ¡Demonio, déjame aquí!

MONZÓN. ¡San Blas, no vuelvo a esta casa!

(*Fase.*)

ANGELA. Fatima, ¿qué sientes, di,  
de mis desdichas?

VIOLANTE. Señora,  
mucho tengo que sentir.

ANGELA. ¿De qué estás triste?  
VIOLANTE. De verte.

ANGELA. Este es don Lope.

VIOLANTE. Ya vi  
a don Lope.

ANGELA. ¿No es el mismo  
que viste?

VIOLANTE. Señora, sí.

ANGELA. ¿Quién es aquesta Violante,  
o violencia para mí?

VIOLANTE. Una mujer principal;  
y no me mandes decir  
lo que pesarte podría.

ANGELA. Temo que la tiene aquí.  
Parte luego a su posada;  
di que le vas a servir.  
Llevarásle algún regalo,  
y, como lince sutil,  
mira si aquesta Violante,  
por quien me ha olvidado así  
le viene a ver o la tiene  
o, si no, Fátima, di  
tales cosas a don Lope  
que crea que soy quien fui.

VIOLANTE. Fía de mi amor tus celos.

ANGELA. Mi remedio pongo en ti.

(*L'anse. Salen DON LOPE y MONZÓN.*)

LOPE. ¿Quién pudiera imaginar  
desatino semejante?

**MONZÓN.** Della me quise vengar,  
y el jarabe de Violante  
fué comenzalla a purgar.

**LOPE.** Hurtaste mi pensamiento;  
que sólo venganza intento,  
fuera de tener amor  
a un ángel de igual valor  
y mayor merecimiento.  
Yo quiero a Malta escribir  
para pedir a Violante  
a su hermano.

**MONZÓN.** Si el pedir  
a Violante es importante  
para vengarte y vivir,  
yo seré el embajador.  
Dame una carta, señor,  
que las albricias son ciertas.

**LOPE.** Mira quién abre esas puertas.

(Sale VIOLANTE.)

**VIOLANTE.** Ríndase el miedo al Amor.

**MONZÓN.** Una esclava viene aquí.

**VIOLANTE.** ¿Puede haber atrevimiento  
en mujer como el que intento?  
Pero es alma Amor en mí.  
Para ser un capitán,  
y de la Real de España,  
poca gente os acompaña,  
don Lope Ossorio, el galán.  
Con grande miedo venia  
de hallar aquí mil soldados.

**MONZÓN.** En cierta casa alojados  
gozan del mar todavía.  
Es un palacio real  
de madera, lienzo y cuerda,  
donde hay chinche que se acuerda  
de la Batalla Naval.  
Bien veis al galán Ossorio,  
pues al río de la mar  
nos salimos a espulgar.

**VIOLANTE.** ¿Brava cosa!

**MONZÓN.** Es purgatorio.

**LOPE.** Déjala decir, Monzón,  
a qué viene o quién la envía.

**MONZÓN.** ¿No ves que la respondía  
a la tácita objeción?

**VIOLANTE.** Doña Angela, mi señora,  
un regalo y mil suspiros  
os envía, y a serviros  
quiere que me quede ahora  
mientras que no os embarcáis.

**LOPE.** Monzón, ¿qué es esto que veo?

Ojos, decid al deseo  
si es verdad lo que miráis.

**MONZÓN.** Espera, yo apostaré  
que se te antoja a Violante.

**LOPE.** La misma tengo delante.  
¿Violante!

**VIOLANTE.** ¿Qué? ¿Téngase!  
¿No ve que Fátima soy,  
esclava de don Fernando,  
y que aquí me dejó cuando  
se fué a España?

**LOPE.** ¡Loco estoy!

**MONZÓN.** No he visto cosa en mi vida  
de su original copiada  
tan vivamente pintada.

**VIOLANTE.** ¿Ya de los hierros se olvida?

**LOPE.** Ese rostro, esa belleza,  
Fátima, no es el herrado,  
porque en hacer tu trazado  
se erró la Naturaleza;  
imitó con tal destreza  
una de otra, y tan igual,  
que yo, en diferencia tal,  
aunque fuera lince en ver,  
no pudiera conocer  
cuál es el original.  
¿Qué es esto que estoy mirando  
en dos iguales mujeres?  
¿Es posible que tú eres  
esclava de don Fernando?  
¿Que Naturaleza, herrando  
tu rostro, tanto acertó?  
Pero diga quien te herró  
que puso, o fué tu fortuna,  
dos lunares a la Luna  
y que el Sol se lo sufrió.

**VIOLANTE.** Muy bien habrá negociado  
mi señora en mi venida.

**MONZÓN.** De verla tan parecida  
turbado estoy y admirado.

**VIOLANTE.** ¿Luego don Lope no quiere  
a mi señora?

**MONZÓN.** Si adora  
su ausente, que a tu señora  
aborrece, bien se infiere.  
¿A lindo tiempo veniste  
a consolar su tristeza!,  
que aquella ausente belleza,  
Fátima, le tiene triste.

**VIOLANTE.** ¿De qué suerte piensa hallar  
don Lope consuelo en mí?  
Porque yo he venido aquí  
a servir, no a consolar.

Enséñame el aposento,  
la ropa y lo que he de hacer.

MONZÓN. ¿No sabrás entretener  
su amoroso pensamiento?

VIOLANTE. Luego ¿cuando quieren bien  
los hombres y están ausentes,  
con mujeres diferentes  
se entretienen?

MONZÓN. Si, también;  
pero han de ser parecidas  
a la que quieren.

VIOLANTE. ¿Así  
como esa Violante a mí?

MONZÓN. De esa suerte son queridas.  
Vamos, y advierte que aquí  
estamos mal alojados.

VIOLANTE. Sois ajedrez los soldados;  
no hay casa firme.

MONZÓN. Es así.  
Dígoles porque podría  
faltar cama, y así creo,  
por lo que limpia te veo,  
que habré de partir la mía.

VIOLANTE. ¿Luego tienes tú también  
a quien me parezca yo?

MONZÓN. ¿Pues no?

VIOLANTE. ¿A quién?

MONZÓN. A mujer, no;  
que a mí me parece bien.

(*Vanse.*)

LOPE.

Por varios casos la fortuna intenta  
a extremos tales conducir mi vida,  
que cuando más la imaginé perdida  
más esperanzas, favorable, alienta.

La fama de aquel fénix que aposenta,  
gloria inmortal, de resplandor vestida,  
de mis obligaciones defendida,  
mi nombre ensalza y mi valor aumenta.

Ya capitán de la Real de España,  
en cuanto en este mar descubre Apolo  
se muestra a mis preceptos obediente.

Mas ¿qué me importa tan ilustre hazaña,  
si un niño ciego, desarmado y solo  
triunfa de mi valor, y muero ausente?

(*Sale Monzón.*)

MONZÓN. Cuando a Fátima, señor,  
enseñaba la posada,  
un soldado, no mal puesto,

y mal contento de cara,  
me dió este papel.

LOPE. ¿De quién?

MONZÓN. Ni me lo dijo, ni aguarda  
respuesta.

LOPE. Veré lo que es.

MONZÓN. No me agrada la arrogancia.

(*Lee DON LOPE:*)

“Señor don Lope Ossorio: Un caballero agraviado de vuestra merced y de Monzón, su criado, le aguarda en la playa con otro amigo, en confianza de su valor, con sola la espada y daga.”

MONZÓN. Ello es poco y mal hablado.

LOPE. ¿Agraviado? Imaginaba,  
si no trujera mi nombre,  
que erró el soldado la casa.

MONZÓN. ¿Y cómo me mete a mí  
para que contigo vaya?  
Pero bien hace, sabiendo  
que soy sombra de tus armas.

LOPE. Estoy pensando, Monzón,  
que no es posible que haya  
hombre agraviado de mí,  
si Ricardo no se agravia.

MONZÓN. Bien dices; Ricardo es,  
y la ocasión es tu esclava,  
que había visto en Tarragona.

(*Sale DON JUAN.*)

JUAN. ¿Qué poco a la puerta llama  
quien viene a pedir albricias,  
y donde hay amistad tanta!  
¿Quién es?

LOPE. Ricardo.

JUAN. Teneos.

JUAN. Con tal nueva, ¿por qué causa?

LOPE. ¿No es vuestro aqueste papel?

JUAN. ¿Qué papel? Yo no aguardara  
con esta nueva a papel,  
pudiendo en persona darla;  
y cáusame admiración  
que previniendo la espada  
me recibáis, mereciendo  
vuestros brazos.

LOPE. ¿Cosa extraña!

Es mala costumbre mía  
el poner así la capa.  
Pero ¿qué nueva decís?

**JUAN.** Que tiene cartas de España don Fernando, en que le avisan dos personas de importancia que Su Majestad, atento a vuestra sangre y la hazaña que sabéis, merced os hace de una cruz de Calatrava, con una ayuda de costa de ocho mil escudos, paga debida a vuestro valor.

**LOPE.** Aunque los brazos no igualan esta merced, sean albricias mientras que Monzón os vaya a llevar dos arcabuces de Milán, cosa extremada, y un peto fuerte que, a prueba de mosquete, no le pasa. Cosas de soldado, en fin.

**JUAN.** Todas podéis excusallas; que ya las armas no son para un hombre que se casa.

**MONZÓN.** ¡Oigame vuesa merced!

**JUAN.** Pues ¿con disgusto (21) me hablas, Monzón en esta ocasión?

**MONZÓN.** Hanme enfadado esas cartas. ¿No supo Su Majestad que mató Monzón en Malta treinta o cuarenta finflones?

**JUAN.** Pues ¿cómo no me da nada? El príncipe Filiberto os ha dado una ventaja, y vos iréis a Madrid. Alentad vuestra esperanza, que en España siempre premian a las letras y a las armas.

**LOPE.** Yo tengo que hacer, Ricardo; cierta persona me aguarda.

**JUAN.** ¡Qué albricias llevara yo, si con Leonor os casara, confirmando el amistad casados con dos hermanas.

(Salen FULGENCIO y el CAPITÁN.)

CAPITÁN.

Tarda, Fulgencio, el Capitán.

FULGENCIO.

No tarda,

si adivina la ofensa que te ha hecho y la culpa que tiene le acobarda.

CAPITÁN.

Estoy de la disculpa satisfecho, que por lo que es valor no habrá faltado, que en las galeras que en el puerto vemos el Príncipe está ahora.

FULGENCIO.

¡ Hermosa vista!

CAPITÁN.

No lo será si la ocasión perdemos.

FULGENCIO.

No habrá valor que la razón resista.

**MONZÓN.** Dos hombres he visto allí.

**LOPE.** Es de manera la gente que sale de la ciudad que a ver al Príncipe viene, que tengo por imposible hallarlos, si no es que lleguen como quien ya nos conocen y nos digan lo que quieren.

**MONZÓN.** A doña Angela y su hermana vi salir del coche.

**LOPE.** Advierte que éstos se van acercando.

**MONZÓN.** ¡ Por Dios, don Lope, que es éste Otavio, tu gran amigo!

**LOPE.** ¿ Hay más venturosa suerte? Capitán, ¿ vos en mi casa? ¡ Dadme los brazos!

**CAPITÁN.** Detente, ¡ desleal, ingrato amigo!, que en vez de brazos mereces que este acero te reciba.

**LOPE.** Yo no respondo que mientes hasta saber de qué engaño esas palabras proceden, que no es posible que un hombre cuerdo hablase desta suerte a un amigo como yo, cuando ese amigo no fuese un hombre de mi valor; y si cuando tú la tienes desnuda, envaino la espada, es porque sabes que puede estar cubierta por grande después que defendiendo reyes, y porque quiero que veas que los pechos inocentes tienen su verdad por armas, y ella misma se defiende.

¡ Saca la espada, cobarde!

¡ CAPITÁN.

MONZÓN. ¿Cómo sufres que te afrente?  
¡Vive Dios!

LOPE. Advierte, Otavio,  
que me obligas a que quiebre  
con tus palabras el lazo  
de la amistad que me debes;  
pero si es fuerza sacarla,  
ésta es mi espada.

CAPITÁN. No pienses  
engañarme con las tuyas.

(Salen DON JUAN y DON FERNANDO.)

JUAN. Pues ¿para qué me detienes  
viendo reñir a don Lope?

FERNANDO. Yo no quiero detenerte,  
sino ponerme a tu lado.

CAPITÁN. ¿No ves cómo eres alevé  
en la gente que has traído?

FERNANDO. Ossorio gallardo, ¡tente!,  
que el Príncipe desembarca,  
y desatinados vienen  
soldados y capitanes  
a dar a este hombre mil muertes.

LOPE. Pues pondréme yo delante  
y no podrán ofenderle,  
aunque con él mis espaldas  
en mayor peligro queden.

(Vanse, las espadas desnudas, y salen el PRÍNCIPE FILIBERTO, con bastón; LEONOR, ANGELA y INÉS.)

FILIBERTO. ¡No le matéis, apartaos!

MONZÓN. Si tan gran cruz le defiende,  
seguro está de enemigos.

CAPITÁN. ¡Qué desdichas me suceden!

FILIBERTO. ¿Qué es esto, don Lope?

LOPE. Amparo  
un amigo que pretende  
quitarme la v[i]da a mí.

FILIBERTO. ¿Por qué?

LOPE. No sé.

FILIBERTO. Pues ¿quién eres?

CAPITÁN. Un caballero de Malta  
que fui de don Lope huésped  
en Madrid, corte de España.  
Vino él a Malta, y paguele  
en la misma cortesía.  
Mató un capitán y fuése,  
robándose lo mejor  
de mi casa.

FILIBERTO. Agravio es ése,  
Ossorio, indigno de un hombre  
como vos.

LOPE. Bien lo encareces;

porque es, señor, un retrato  
de cierta hermana que tiene,  
que nunca me le ha pedido  
¿Retrato? ¿Aun ahora quieres  
hacer engaño a Su Alteza  
tan injusto?

CAPITÁN.

LOPE. ¿De qué suerte?

CAPITÁN. ¿Tienes mi hermana contigo  
y dices que no me queje  
del retrato?

LOPE. ¿Yo tu hermana?

CAPITÁN. Tú la tienes, no lo niegues.

ANGELA. ¿Oyes aquello, Leonor?

LEONOR. ¿Cómo había de quererte  
teniendo su dama en casa?

INÉS. ¿Y Monzón? ¿Piensas que viene  
sin su poquito de dama  
para terceros papeles?

FILIBERTO. Pues, don Lope, ¿a un caballero?

LOPE. Señor...

FILIBERTO. No neguéis.

CAPITÁN. Ni puede.

LOPE. ¡Por vida de Vuestra Alteza,  
que en mi casa solamente  
hay una esclavilla turca  
que viene por tiempo breve  
a servirme, y que lo es  
de Angela, que está presente!

ANGELA.

FILIBERTO. Si, señor; yo la he enviado  
a que a don Lope sirviese.

FILIBERTO. Traigan esa esclava aquí.

MONZÓN. Yo voy por ella.

LOPE. No pienses  
que ella sabe cosa alguna.

FILIBERTO. Pues de que venga no os pese.

LOPE. ¿Cómo me puede pesar,  
si estoy, señor, inocente?

CAPITÁN. ¿Pues cómo falta Violante,  
que habló con Monzón mil veces,  
desde que tú te embarcaste?

LOPE. ¿Qué sé yo?

INÉS. Fátima viene.

(Salen VIOLANTE y MONZÓN.)

MONZÓN. Esta, señor, es la esclava.

VIOLANTE. ¿Qué es, señor, lo que me quieres?

CAPITÁN. Esta, señor, es mi hermana.

FILIBERTO. Pues, don Lope, ¿a mí me mientes?  
¿Mi vida juras?

LOPE. ¡Señor,  
ésta es turca, aunque parece  
a Violante!



- CAPITÁN.                   ¿Quién te ha herrado,  
loca mujer, de esta suerte?
- ANGELA.                Señor, este hombre está loco.  
¡Bueno es que hacer intento  
su hermana una esclava mía  
que le compré habrá dos meses  
a un hombre de Malta aquí!
- CAPITÁN.                Señor, todos te pretenden  
engañar: ésta es mi hermana.
- VIOLANTE.            Dice verdad. ¡No te alteres!  
Pero don Lope no sabe  
quién soy, ni culparle pueden,  
que yo vine disfrazada  
a seguirle, hablarle y verle.  
Si dicen que por amores
- LOPE.                   los yerros perdón merecen,  
los míos, que son fingidos,  
mayores disculpas tienen.  
Quien tanto ha errado por mí,  
bien es que en casarse acierte,  
pues Angela está casada.
- FILIBERTO.            ¿Sabéis ya las dos mercedes  
que os hizo Su Majestad?
- LOPE.                   Sí, señor, y que proceden  
de habérselas vos pedido.
- JUAN.                   Lo demás, claro se ofrece,  
que no habemos de cansaros,  
sino dar humildemente  
fin, que *yerros por amores*  
perdonan discretos siempre.

# ALLÁ DARÁS RAYO

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

REPRESENTÓLA MANUEL VALLEJO.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

CARLOS.  
ENRIQUE. *Rey.*  
CONDESTABLE.

CORVINO.  
REINA MARÍA.  
ISABELA.

MARGARITA.  
GRANDE.  
OTAVIO.

## ACTO PRIMERO

*(Sale el Conde CARLOS, galán, de camino, y CORVINO, su criado, también galán.)*

CORVINO. Alégrate, que hoy verás  
a la señora Isabela.

CARLOS. La memoria se consuela  
en la distancia no más,  
pues de Nápoles estoy  
dos leguas.

CORVINO. Siempre amor crece  
en la ausencia que padece,  
y, así, el parabién te doy  
de los gustos que te esperan  
en los ojos y en los brazos,  
ya en vergonzosos abrazos,  
ya en ternezas que ponderan  
los quilates del amor.

CARLOS. En él las mayores palmas  
son enlazarse dos almas  
que las dividió el rigor  
de la ausencia. Ya parece (1)  
que Isabela me apercibe  
los brazos y me recibe (2)  
con el alma que me ofrece  
por los ojos, que, anegados  
en la púrpura y la nieve

del rostro, donde amor bebe (3),  
esperanzas y cuidados.

CORVINO. Agora, sin duda alguna,  
será tu esposa, que el Rey,  
por razón y justa ley,  
pues te ayuda la Fortuna,  
viento en popa en la privanza  
de la Reina, que le llevas  
después de las varias pruebas  
de deseos y esperanza,

no te la puede negar,  
puesto que su prima sea.

CARLOS. Como la fuente desea  
precipitándose al mar  
en abismos cristalinos,  
llegue por pizarras toscas,  
siendo en fugitivas roscas  
lisonja de los caminos,  
así yo lograr deseo  
las finezas de mi amor;  
fuente que con más rigor  
precipitada la veo,

que en cuatro meses de ausencia,  
siglos de penas han sido  
los que el alma ha padecido.

CORVINO. Yo quiero, con tu licencia,  
adelantarme a pedir

(1) *parece* siempre.

(2) *rescibe*.

(3) Al margen, en apostilla manuscrita, letra contemporánea de la edición, como todas las siguientes: *son fuentes*, indicando que debe ir al comienzo del verso, en vez de *del rostro*.

las albricias de que llegas con salud; que en tales nuevas tal vez suele amor salir de límite.

CARLOS. Dices bien: adelántate (4), y procura retratarme en su hermosura y animarme en su desdén: enamórala contando las mercedes y favores, gustos, halagos y honores que me hace la Reina, dando envidia a los que conmigo la acompañan, que tal vez Amor en las almas es de las lisonjas amigo.

Y dila que a el Rey le pida por la nueva venturosa de que llegó con su esposa, dél tan amada y querida, nuestro casamiento.

CORVINO. Ha sido peregrino pensamiento, pues viendo su casamiento por tu ocasión concluido, forzosamente ha de hacer con Isabela otro tanto.

CARLOS. Encarécele (5) mi llanto.  
CORVINO. ¿Eso lo hic de encarecer, siendo barbado? ¿Qué dices?

CARLOS. Que eres loco, y no has amado.

CORVINO. Llorar, señor, un barbado, aunque más lo solemnes, es de vergüenza, es bajeza.

CARLOS. Amor los defectos dora; que, al fin, cuando un hombre llora, grande amor o gran flaqueza.

CORVINO. Flaqueza: dices muy bien.

CARLOS. La fortaleza en amor es la flaqueza mayor: lágrimas causa un desdén, lágrimas una esperanza, lágrimas una alegría, un favor, una porfía, un rigor, una mudanza, y lágrimas unos celos, que son las nubes de Amor.  
CORVINO. Siendo así, digo, señor, que Amor es un llora-duelos; yo me voy.

CARLOS. Si haces, Corvino, que Isabela del Rey gane la palabra y que se allane mi amoroso desatino, tuya mi vida ha de ser.

CORVINO. ¿Tu vida, señor, me das, cuando enamorado estás, para darme en qué entender?

Yo la doy por recebida (6), que es la vida de un amante al infierno semejante, y dicen que no hay tal vida.

CARLOS. La Reina sale.

CORVINO. Será tu esposa Isabela hermosa.

(Pase CORVINO.)

CARLOS. ¿Como ella sea mi esposa, no quiero más premio ya!

(Sale la REINA MARÍA, bizarra, de camino.)

REINA. ¿Carlos?

CARLOS. Señora. (6 bis.)

REINA. ¿No es hora de caminar?

CARLOS. Sólo esperan las carrozas de caballos a que salga Vuestra Alteza.

REINA. Fue ayer la jornada larga.

CARLOS. Amor, a ver que desean, hace infinitas las horas y hace imposibles las leguas. (7)

REINA. Aunque a Enrique ver desco. Amor no me da tal priesa. Carlos, que me descomponga cuando dél estoy tan cerca.

CARLOS. Pues yo sé que el Rey, señora, los límites de la tierra, en estas dos leguas mide, que tan prolifas y eternas las hace el desco.

REINA. Basta, que con lisonjas ajenas sabe enamorar el Rey.

CARLOS. Todas son verdades éstas en sus deseos leídas.

REINA. Del Rey estoy satisfecha

(6) *recibida*.

(6 bis) *Señora mía*.

(7) *leguas*, con tilde, abreviatura de *u*, sobre la *e*.

(4) *adelantase*.  
(5) *encarecerle*.

en vos, porque admiro en vos  
su decoro y su prudencia,  
porque da a entender la suya  
en fiarse de la vuestra;  
muy obligada os estoy  
en esta jornada.

CARLOS. Empresa  
y blasón mío es serviros;  
premio mis descos tengan  
en vuestro ingenio divino.

REINA. Allá en Sicilia se premia  
con obras, que las palabras  
hacen poco, y mucho pesan;  
y así, porque conocáis  
cuán pagada y cuán contenta  
estoy de vuestra virtud,  
quiere que este premio sea  
conforme a vuestro valor,  
medido a vuestra nobleza,  
y así, el ducado de Fox  
ha de ser la recompensa  
de vuestros servicios.

CARLOS. ¿Cómo,  
si es de Fox digna duquesa  
Margarita, vuestra hermana?

REINA. Pues si mi hermana no fuera  
duquesa de Fox, ¿que hacía  
en daros título y renta  
yo del ducado? El ducado,  
para que mi amor se entienda,  
es vuestro.

CARLOS. Pues ¿qué ha de hacer  
Margarita?

REINA. ¿Qué? Ser vuestra;  
que si es el título suyo,  
el título os doy con ella.

CARLOS. Mis cortos merecimientos  
mirad.

REINA. No hay quien más merezca  
que la virtud vuestra, en quien  
reinos, imperios comienza;  
cuanto más que conde sois  
de Gaeta, y de Gaeta  
a Nápoles han salido,  
y a Francia, más de dos reinas.  
Es verdad; pero...

CARLOS. ¿Dudáis?

REINA. Tengo miedo no se ofenda  
el Rey mi señor.

REINA. ¿De qué?

CARLOS. De que su cuñado sea  
un pobre vasallo suyo.

REINA. Amor las leyes dispensa;

yo salgo al enojo, duque. [za?]

CARLOS. [Ap.] ¿Hay tal rigor, hay tal fuer-

(Sale MARGARITA de camino, bizarra.)

MARGAR. Ya, hermana, están aguardando  
las carrozas y literas.

REINA. Pues vamos. Dale la mano  
a Carlos.

MARGAR. ¿Cómo, si lleva  
la tuya?

REINA. No te la da  
como escudero, que hay fuerza  
en ella para un ducado;  
puesto que Fox tanto pesa,  
dale la mano de esposa  
al duque Carlos.

MARGAR. Celebra  
a un tiempo Amor, en mis glorias,  
mi ventura y mi obediencia.

REINA. ¿Estás contenta con él?

MARGAR. Si el rey del mundo me dieras  
por dueño, no lo estimara  
tanto.

CARLOS. [Ap.] ¿Hay mayor violencia,  
sin pensar? ¿Cielos! ¿qué es esto?  
En mi muerte se conciertan  
las (8) dos; pero, si en estado,  
en dignidad y en grandeza  
me aumentan y me levantan,  
desatinos son mis quejas;  
la Isabela perdona  
que olvidarse una Isabela  
puede por tal Margarita.  
Para que esto efeto tenga  
sin disgustos, por ahora  
importa que no se sepa.  
¿Haréislo así?

CARLOS. Si, señora;  
siendo en los favores piedra,  
en las vigilancias Argos,  
como en las fortunas César.

MARGAR. Yo lo prometo también.

CARLOS. Pues en vuestra mano bella  
este contrato se jure.

(Besó la mano a MARGARITA.)

MARGAR. ¿Cómo?

CARLOS. Así.

REINA. ¿Su mano besas?

CARLOS. Firmo el contrato, y los labios  
sirven, señora, de letras.  
REINA. Pues mira lo que has firmado,  
porque cuando te arrepientas  
y lo niegues, habrá firma  
que te obligue y te desmienta.  
CARLOS. ¿Yo arrepentirme, señora?  
Vivirá esta firma eterna  
en el papel de la mano,  
donde queda el alma impresa,  
que es lámina de alabastro,  
y no ha de poder romperla  
el tiempo con sus edades,  
la Fortuna con sus vueltas.

(Sale el CONDESIABLE, bizarro, de camino, y dos  
GRANDES.)

CONDEST. Ya los caminos y campos,  
dándole al Sol primaveras  
y emulación a las flores,  
que más hermosas reventan  
las prisiones de esmeraldas  
en que abril las tuvo presas,  
viendo que les hace el arte  
generosa competencia  
de títulos y de grandes  
con admiración se pueblan:  
tan varias son y tan ricas  
las colores y libreas,  
y sólo Tu Alteza aguardan.  
REINA. Pues por mí no se detengan  
más; dadme, Carlos, la mano.  
CARLOS. No es mía.  
REINA. Aunque no lo sea,  
que para aquesta (9) ocasión  
su dueño dará licencia.  
CONDEST. (Ap.) Ya esto pasa de favor  
y sobra de desvergüenza,  
donde hay príncipes tan grandes.  
Yo hablara cuando no fuera  
la duquesa Margarita  
tirano de mis potencias.

(Todos, dentro:)

¡Plaza!

CARLOS. Llegad las carrozas.  
MARGAR. Ya Italia, hermana, se alegra  
con tu vista.  
REINA. Y se entristecen  
los que la mano me prestan.

(9) para que esta.

(Entranse llevando de la mano CARLOS a la REINA,  
y salen CORVINO e ISABELA.)

CORVINO.

Colgaré en tu presencia,  
como a imagen divina a quien consagro  
las horas desta ausencia  
en memoria, señora, del milagro,  
por gloriosos trofeos,  
un lienzo de esperanzas y deseos.

ISABELA.

¿Más lisonjero vienes?

CORVINO.

Verdadero, dirás.

ISABELA.

Luego ¿verdades,  
Corvino, me previenes?

CORVINO.

La ausencia, aliento da a las voluntades;  
y así, ignorante ha sido  
quien dice que la ausencia causa olvido.

ISABELA.

Su Alteza, ¿cómo viene?  
¿Hermosa como el Sol? Aunque en su hermana  
divino puesto tiene,  
porque si es celestial, es soberana:  
que en competencias bellas  
con amagos del Sol burlan estrellas.

CORVINO.

Sólo decirte puedo  
que somos de la Reina la privanza:  
¿privanza?, corto quedo:  
somos su corazón y su esperanza:  
y así, Carlos confía  
el polo ser de aquesta monarquía;  
un momento, un instante  
no se halla sin el Conde.

ISABELA.

Yo lo creo.

CORVINO.

Y en honra semejante,  
ya parece, señora, que te veo  
su mayor camarera,  
como tu amor premiar sus partes quiera;  
y así, a ti te suplico  
en su nombre, Isabela, que al Rey pidas,

pues su amor te publico,  
que en vínculo (10) inmortal junte dos vidas  
que tanto se desean,  
donde el mayor amor premiado vean.

Esto, en albricias, pide  
a Su Alteza, Isabela soberana;  
mide su amor y mide  
un imposible que la ausencia allana.

ISABELA.

Corvino, el seso pierdo  
de ver que, siendo loco, andas tan cuerdo.

CORVINO.

Si los locos las dicen,  
diciendo estoy verdades.

ISABELA.

¡Si ya viene!

(Salen ENRIQUE, Rey, de bodas, bizarro, y OTAVIO  
con él.)

REY.

Luego a la guarda avisen.

OTAVIO.

¡Insignes aparatos le previene  
Nápoles a Su Alteza!

REY.

Publica la lealtad en la riqueza.

¡Isabela!

ISABELA. ¡Gran señor!

REY. ¡Qué hazañas!

ISABELA. Gustos prevengo  
para este día.

REY. Es el día,  
en mí, de mayor contento;  
porque, como fatigada  
de los asombros del sueño  
espera la noche el Sol  
que en dorados pavimentos  
de jazmines y de rosas  
salga a ser vida del tiempo,  
así yo, en la confusión  
de mis gloriosos deseos,  
espero a la Reina.

CORVINO. Ya,

(10) vínculos.

a pesar de impedimentos (11),  
la traemos.

REY. ¿Quién sois vos,  
que decís que la traemos?

CORVINO. Soy...

REY. ¡Alzad!

CORVINO. Soy, gran señor,  
en poblados y en desiertos,  
el maná del conde Carlos.

REY. ¿Maná?

CORVINO. Maná.

REY. ¡No os entiendo!

CORVINO. Soy criado que en su casa,  
sin tener oficio, tengo  
todos los oficios.

REY. ¿Cómo?

CORVINO. Como en todo me entrometo,  
siendo hablador mentiroso  
y siendo enfadoso eterno,  
soy arrendajo del Conde,  
vistiéndome al modo mismo (12)  
que él se viste: si él se pone  
una torre por sombrero,  
yo torre con chapitel;  
si él cuatro varas de peto,  
yo también con cuatro varas  
soy el enfado del pueblo;  
con los que no me conocen  
me finjo (13), señor, su deudo,  
digo necedades, río,  
tercio la capa, hablo recio  
y enamoro a lo señor,  
con deidad y sin dinero,  
porque dinero y camisa  
en todo el año los veo.

REY. Y, al fin, ¿de qué le servís?

CORVINO. Las valonas aderezo. (13 bis.)

REY. ¡Ilustre entretenimiento!

¡Humor tenéis!

CORVINO. Soy benigno.

REY. ¿Cómo os llamáis?

CORVINO. Nombre tengo  
del pescado que con habas  
da en sus récipes (14) Galeno:  
Corvino, señor, me llamo.

REY. ¿Viene el conde Carlos bueno?

CORVINO. Viene culto y superior.

(11) impedimentos.

(12) mismo.

(13) finjo.

(13 bis) Falta el verso siguiente.

(14) recetas.

mal contentadizo: efetos  
de las mercedes que goza  
de Su Alteza, en quien el cielo  
hizo un depósito hermoso  
de las gracias.

REY. Agradezco  
tu alabanza.

CORVINO. De esos pies  
tierra es mi boca.

REY. ¡No es necio!

OTAVIO. Estimale en mucho el Conde,  
por sus donaires.

REY. (*Ap.*) Desco  
por él hacerle mercedes:  
libralle en el tesoro  
mil escudos, y haced vos  
que se los den al momento.  
[*A CORVINO.*] Id con Otavio.

OTAVIO. Venid.

CORVINO. ¿Dónde me lleváis?

OTAVIO. Os llevo  
a un desafío.

CORVINO. Mi espada  
riñe poco y corta menos.  
(¡Esta es famosa ocasión  
para vuestro casamiento!)

(*Vanse.*)

REY. Isabela, ¿no me pides  
albricias de mis empleos?  
Poco celebras mis gustos.  
Pide mercedes, que soy  
rey que en el tálamo espero  
hoy la mayor hermosura;  
desata los labios puestos  
en la cárcel del temor  
y en la prisión del silencio.  
IsABELA. ¿Hasme de hacer la merced  
que pidiere?

REY. El premio dejo  
en tus labios.

IsABELA. Pues, señor,  
el más generoso premio  
que de esas heroicas manos  
en esta ocasión deseo  
es el conde Carlos.

REY. ¿Carlos?  
Es libre, y darle no puedo  
sin su voluntad, que en ella  
no tiene poder el cetro.

IsABELA. Fuera sin su voluntad,  
en mi honestidad defeto,

porque él también lo suplica.  
REY. Siendo así, yo lo concedo.

(*Sale OTAVIO.*)

IsABELA. ¡Dadme esos pies!  
OTAVIO. Vuestra Alteza

salga a los vidrios y espejos  
de esos balcones a ver  
el grave acompañamiento.  
REY. Juntas serán esta noche  
las bodas.

IsABELA. Besar te quiero  
la mano.

REY. Es mi amigo el Conde,  
y no quiero darle celos. (15)

(*Vase el REY y OTAVIO.*)

IsABELA. Es tan tirano conmigo  
Amor, que este bien no creo,  
aunque en las manos lo veo,  
cuando lo alcanzo y consigo;  
porque, como es enemigo  
de todo agradecimiento,  
se endurece en el tormento  
y en el desprecio se anima,  
porque es un egipcio enigma (16)  
confuso en su entendimiento.

Es un desconcierto hermoso  
que en el concierto perece,  
y una duda que se ofrece  
en el tiempo más dichoso,  
a un enemigo forzoso,  
a la libertad sonoro  
un apacible rigor,  
y es un mortal accidente  
que cuando el alma lo siente  
lo hace Dios y lo hace Amor.

[*Sale CORVINO.*]

CORVINO. ¿Qué tenemos?  
IsABELA. No sabré

(15) En la edición dice:

REY. Juntas serán esta noche,  
es mi amigo el Conde,  
nuestros desposorios.  
Isa. Besar te quiero  
lo mano.

REY. Es mi amigo  
el Co[n]de. (*Vase el Rey y Otavio*)

(16) *enigma.*

decirte el bien que prevengo,  
 porque un espíritu tengo  
 que se admira y no se ve;  
 tengo un premio de una fe  
 que muere en la posesión,  
 una razón sin razón  
 que puede y no puede en mí;  
 que es darme a entender así  
 que inciertas mis glorias son.

CORVINO. ; Dióte el "sí" el Rey?

ISABELA. No me atrevo

a decillo, por saber  
 que en los labios ha de ser  
 incierto el placer que apruebo;  
 porque como en mí es tan nuevo  
 lo que deseo alcanzar,  
 pienso que no he de llegar  
 a efeto de conseguillo,  
 y así no quiero decillo,  
 por no tener que llorar.

CORVINO. ; Sofística estás!

ISABELA. Estoy,  
 siendo de Carlos esposa,  
 tan confusa y temerosa,  
 porque desdichada soy.

CORVINO. ; Cómo el alma no te doy (17)  
 en albricias?

ISABELA. Suyas es ya  
 la mía.

CORVINO. Sabida está  
 del Rey la grandeza así,  
 que es santo un rey que da un "sí"  
 y que mil escudos da.

(Ruido de trompetas y cajas.)

Mas esto es decir, señora,  
 la Reina entra en Palacio.

(Sale la REINA MARÍA, y MARGARITA, su hermana,  
 con vestidos diferentes, enteros, y el CONDESTABLE,  
 y CARLOS, de la mano de la REINA, y los GRANDES,  
 y por otra puerta, el REY, y OTAVIO y acompañamien-  
 to.)

REY. Mi amor no permite espacio  
 cuando os desca y adora,  
 que si el pincel me enamora,  
 que mudo espíritu tiene,  
 y en vos con mil almas viene  
 el divino original,

el efeto celestial  
 la adoración os previene;  
 y así reverencia en vos  
 soberana omnipotencia,  
 pues con mayor providencia  
 quiso engrandeceros Dios,  
 que hay tal distancia en los dos,  
 llegando a considerar,  
 que no sólo es fuerza amaros;  
 mas tanta excelencia os doy,  
 que, sin ser gentil, estoy  
 casi a pique de adoraros.

REINA. Estimo de Vuestra Alteza  
 las mercedes y el favor,  
 debidas a vuestro amor  
 mucho más que a mi belleza;  
 que si la Naturaleza  
 decís que me ha engrandecido,  
 en vos tan valiente ha sido  
 que ha quedado, aunque gloriosa,  
 de haberos hecho envidiosa:  
 tanto la habéis excedido.

REY. Mas, dejando aparte agora (18)  
 belleza tan conocida,  
 a Nápoles bien venida  
 seáis a ser su señora,  
 que en el alma que os adora  
 antes de llegar reímaís:  
 y vos, Duquesa, seáis  
 muy bien venida también,  
 que así os vuelvo el parabién  
 de la gloria que me dais.

MARGAR. Criada de Vuestra Alteza  
 es Margarita.

REINA. A esos pies  
 publique, señor, lo que es  
 su humildad y su llaneza.

REY. Altar de tanta belleza  
 es mi pecho: el pecho honrad.

REINA. A Carlos, señor, premiad,  
 que a las dos nos ha servido.

REY. Carlos, seáis bien venido.

CARLOS. Dadme esos pies.

REY. Levantad.

Vuestra camarera es  
 mi prima Isabela.

REINA. Así  
 mis brazos merece aquí.

ISABELA. Y estoy honrada en los pies.

REY. Vos, Condestable, después  
 me ved.

(17) dio.

(18) Atribuido este verso a la REINA.



CONDEST. Vuestra hechura soy.  
REY. Descansad.  
(*V'a a tomar la REINA la mano de CARLOS para entrar y éntrase.*)

REINA. ¿Vamos?  
REY. Yo estoy aquí, que agora ser quiero, señora, vuestro escudero.  
REINA. El alma en la mano os doy.  
CARLOS. Vuestra señoría me dé su mano a besar.

CORVINO. La mano ya es tuya, pierde el temor, llega al cuello con los brazos, atrévete a su hermosura, profana el vestido intacto.  
¡Ya es tuya! (19) ¡Qué tibio espó- qué necio, qué mentecato! [so,  
Quitale el miedo, Isabela;  
llega al Conde. ¡Con qué espacio te mueves! Anda, que Amor tiene más largos los pasos.  
¿Hay tan necia mirladura?  
¿Sois alabastro, sois mármol?  
¡Vive Dios, que he de juntar el mármol y el alabastro!  
¡Tente, loco!

CORVINO. El loco y necio eres tú, cuando te ha dado en un instante el Amor lo que deseabas tanto, y te acobardas y tiembles en la ocasión de gozarlo!  
Habla tú, que Carlos viene a el tálamo tan turbado, que tiene sin alma el pecho y sin palabras los labios.  
ISABELA. Ya, Carlos, pues quiere Amor que yo deshaga este encanto, perdiendo, siendo mujer, mi encogimiento y recato, el Rey me dió el "sí", y me dijo que esta noche desposarnos quería, admirando al reino con la boda de los cuatro; y así, ya puedes perder los temores que causaron tus confusos pensamientos, en dulce y glorioso lazo

CARLOS. gozar las horas conmigo. Yo soy, señora, el que gano en ello; mas por agora te advierto y te desengañó que no me puedo casar.  
ISABELA. ¿Qué dices, qué dices, Carlos?  
CARLOS. Que estoy deste parecer.  
ISABELA. ¿Pues conmigo tal agravio?  
CARLOS. Ese nombre no le des, porque te estoy adorando; el alma es tuya, mas esto con amor perfeto y casto, y en esta conformidad las potencias te consagro, pero casarme no puedo.  
ISABELA. ¡Muerta soy!

(Sale MARGARITA.)

MARGAR. Amor tirano, ¡ya a darme celos comienzas! Mas eso tienes de ingrato. A Carlos buscando vengo, que son divinos milagros las napolitanas.  
CARLOS. Cesen las lágrimas, cese el llanto de estrellas.  
ISABELA. No son estrellas, pues con ellas no me abraso.  
MARGAR. Con la condesa Isabela está hablando. Amor, ¡ya al campo de confusiones y celos me sacas! Quiero apartarlos. Carlos.  
CARLOS. Señora.  
MARGAR. La Reina te está aguardando en su cuarto.

(Vase.)

CORVINO. Perdóname, y ten paciencia.  
ISABELA. ¿Paciencia me pides, falso, en tan grandes sinrazones y en tan alevosos tratos? Corrida estoy, que un desprecio puede en las mujeres tanto que suele abrasar imperios y suele acabar estados. Y tú, ¡bárbaro enemigo, fiera ocasión de este engaño!, ¿qué dices desto?

CORVINO. Isabela,

que Carlos está borracho,  
si éste no ha sido picón.

ISABELA. Si es picón, pica en más alto.  
¡Ah, celos!, demonios sois,  
pues discurris (20), temerarios,  
tan brevemente y tan presto,  
por lo divino y lo sacro,  
que los reyes son de Dios  
imágenes (21) y retratos.

CORVINO. ¡Vive Dios, que en cuatro meses,  
señora que ausente ha estado,  
que han sido tuyas las horas.  
han sido tuyos los ratos!  
Isabela era su gloria,  
Isabela su vocablo;  
tanto, que un día a un monsiur  
en su cuarto estornudando (22),  
por decir "¡Jesús!", le dijo:  
"¡Isabela!"; y retirados  
y hoy, últimamente, me hizo  
venir con este recado,  
y así, que es, señora, pienso  
picón.

ISABELA. Corvino, en los casos  
de tanta importancia son  
los picones excusados.  
Mudado ha de parecer  
Carlos bien dice, y ya alcanzo  
la ocasión, que con cien ojos  
son siempre los celos Argos.  
¡Daré voces, quejaréme  
al Rey!

(Sale el Rey.)

REY. ¡Tú voces, tú llanto!  
¿Qué es esto, Isabela?

ISABELA. Ofensas.

REY. ¿De quién?

ISABELA. Basta que las nombre  
para conocer el hombre,  
aunque tú dél no las piensas.

REY. ¿Quién puede ofenderle a ti  
que a mí no me ofenda?

ISABELA. Quien  
sabe que le quieres bien.

REY. ¿Es Carlos?

ISABELA. Gran señor, sí.

(20) *discurris*.

(21) *imágenes*: ocurre varias veces.

(22) *esternudando*.

REY. Pues ¿qué ha hecho?

ISABELA. Me ha tratado  
con desprecio y con rigor,  
desestimando mi amor  
y despreciando mi estado;  
pues habiéndome él pedido  
que yo a Vuestra Alteza hablase  
y el casamiento tratase,  
ahora me ha respondido  
que está de otro parecer  
y no se quiere casar.

REY. ¿Y eso te obliga a llorar?

ISABELA. Es desprecio y soy (23) mujer.

REY. Pasa al cuarto de Su Alteza,  
que yo a Carlos hablaré,  
y la novedad sabré.  
Y vos despejad la pieza.

(Vanse ISABELA y CORVINO.)

Los reinos soberanos,  
sin gustos son tiranos,  
que donde falta el gusto  
es todo bien injusto.  
Y si el gusto del hombre  
es la honesta mujer, desde hoy me nombre  
Nápoles venturoso.  
pues llevo a ser esposo  
de la prenda que a gusto Dios me envía  
para ser mi gloriosa monarquía.

(Sale el CONDESTABLE.)

CONDESTABLE.

De ver vuestra presencia  
el día da licencia.

REY.

¿Cuándo se os ha negado,  
cuándo no se os ha dado,  
gran Condestable, abierta  
de mi cámara a vos la entrada y puerta?  
Para vos en palacio  
no hay reservado espacio,  
y así, será excusada  
la licencia jamás para la entrada.  
¿Cómo, Cónde, os ha ido?

CONDESTABLE.

Honras he recebido de Su Alteza.

(23) *scr.*

REY.

Es María la misma cortesía.

CONDESTABLE.

En los reyes, a veces,  
mucho importa, señor, no ser cortesés,  
que suele la llaneza  
profanar la grandeza  
del decoro real, dando ocasiones  
y principios así a mormuraciones.  
La llaneza es ganancia,  
y hace en nuestra arrogancia  
bárbara antipatía,  
y así, señor, sería  
razón de estado agora  
proponella a la Reina, mi señora,  
que autoridad profese,  
sin que persona exprese,  
porque el pueblo, de ver llaneza tanta,  
mormura alguna vez, si otra se espanta.

REY.

No os entiendo.

CONDESTABLE.

Su Alteza  
con tan grande llaneza  
a Carlos engrandece,  
que a algunos mal parece.

REY.

Como yo a Carlos precio,  
la Reina le honra así. Enemigo o necio  
venís agora Conde.

CONDESTABLE.

A mi amor corresponde  
y al decoro real lo que aquí os digo.

REY.

Conde, a Carlos dejad, que es vuestro amigo.  
A tan leal vasallo  
debe la Reina honrallo  
con fe tan verdadera,  
que, cuando no lo hiciera,  
con ella me enojara,  
y honralle desta suerte le mandara.  
Carlos es la persona  
que más mi imperio abona;  
lo mismo que soy yo, en el reino es Carlos,  
y así, a los que hablan dél, podéis culparlos.

CONDEST. Basta.

REY. Id a advertillo

porque no vuelva a oílo  
segunda vez, que quiero  
castigarlo severo.

CONDEST. Yo voy.

(Vase el CONDESTABLE.)

REY.

¡Qué necia envidia!  
Ser afable la Reina les fastidia.  
¡Oh, pueblo, que no perdonas  
virtud (24) con lengua infernal,  
turba[n]do el poder real  
profanando las coronas.  
¡Qué presto, lince, pregonas  
en la Reina deshonores  
los que en Carlos son favores;  
pero si pueblo no fueras,  
la virtud no aborrecieras  
ni animaras los traidores.

(Entra CARLOS y la REINA MARÍA y MARGARITA.)

CARLOS.

¿Habíala de dejar  
con la palabra en la boca,  
siendo presumida y loca?  
No des, señora, lugar  
a que puedan sospechar  
nuestros conciertos.

REY.

REINA. ¿Qué es esto?  
¿No basta haberme yo puesto  
en medio? Enojada estoy,  
Margarita.

MARGAR.

¡Piedra soy,  
si el amor me ha descompuesto.

REY.

Si en mi bajeza no fuera,  
en la Reina imaginara  
defeto; pero excusara,  
y a mi amor agravio hiciera;  
mas estar desta manera  
hablando con Carlos, ¡cielos!,  
causa es de justos recelos.  
Aquí pienso que hay cautela,  
pues despreciar a Isabela  
no es sin causa. ¡oh, viles celos!,  
¿eso habéis de presumir  
de tan ilustre señora?  
¡Mentis mil veces!

REINA.

Agora,  
Carlos, te puedes salir,  
porque podrá el Rey venir.

REY.

El Rey podrá venir, dijo.

(24) *virtuo.*

No tiene Amor punto fijo,  
 en todo puede acabar,  
 más es locura pensar  
 que es verdad lo que colijo;  
 porque un rey ha de entender  
 que es rey poder soberano,  
 y que a un rey un hombre humano  
 no le ha de osar ofender,  
 y pensar que no es mujer  
 una reina que en belleza  
 en majestad y en grandeza  
 el cielo la engrandeció,  
 y poderoso le dió  
 distinta naturaleza.

REINA. Dame la mano por ella.

(*Tase CARLOS, y dale la mano.*)

REY. La mano le dió y se fué;  
 ¡que el Condestable me dé  
 cuidado en mujer tan bella!  
 Pero es bajeza ofendella;  
 castigar fuera razón  
 tan vil imaginación.  
 que la culpa del intento  
 está en el consentimiento  
 origen de la aprensión. (25)  
 Salirme quiero, y pensar  
 que no la he visto.

REINA. Señor,  
 aunque huyas, sabrá mi amor,  
 para prenderos, velar.

REY. Quiseos con Carlos dejar  
 para que le hagáis favores;  
 que tiene el reino traidores  
 que los envidia.

REINA. ¿Que ya  
 la envidia (26) severa va  
 hecha lenguas y rigores?

Sicilia (27) con más llaneza  
 procede (28), señor. Si aquí  
 se ofende el decoro así  
 y la suprema grandeza,  
 perdóneme Vuestra Alteza,  
 y más no me vea (29), pues  
 hay quien, necio y descortés,  
 con inadvertencia loca,

ose en él poner la boca  
 cuando la pone en mis pies.

Y perdonad si os provoco,  
 señor, respondiendo así,  
 que yo en Sicilia nací:  
 sé de Nápoles muy poco.

REY. El poder soberbio y loco  
 enfrena la majestad  
 con tan grande potestad.

REINA. El poder, si lo ha de ser,  
 siempre ha de tener poder  
 sin perder su autoridad.

REY. Esa, con Carlos, os ruego  
 y (30) mando que atropelléis;  
 que, sobre [el] que vos tenéis,  
 nuevo poder os entrego.  
 Honralde agora de nuevo (31),  
 que yo esta noche también  
 le honro con vos, porque estén  
 siendo de su honor testigos,  
 rabiando los enemigos. (32)

(*Salé CARLOS.*)

CARLOS. Ya el arzobispo esperando  
 está.

REINA. Voyme a prevenir,

REY. gran señor, para salir.  
 Carlos, id acompañando  
 a Su Alteza, así triunfando  
 déstos. (33)

REINA. Hasta aquí ha podido  
 ser lo que vos; mas venido,  
 señor, donde estáis los dos,  
 vos solamente sois vos,  
 y vuelve a ser lo que ha sido.

(*Tase.*)

REY. Satisfecho me ha dejado.  
 Carlos, honesto venís.  
 Decid, ¿cómo no os vestís  
 siendo también desposado?  
 Ya en vuestro nombre le he dado  
 el sí a Isabela.

CARLOS. Señor,  
 murió en la ausencia mi amor.  
 REY. La ilustre correspondencia

(25) *aprension.*

(26) *la envidia tan.*

(27) *Sicilia. Ocurre otras veces.*

(28) *se procede.*

(29) *sea.*

(30) *yo.*

(31) *Así este verso, asonante.*

(32) *Falta un verso de esta décima.*

(33) *estos.*

antes viene a ser mayor. (34)

¿En Isabela dudáis?

¿No es Isabela mi prima?

CARLOS. El acto me desanima,  
puesto que vos me animáis.

REY. Basta; mas pues no os casáis,  
porque quejas no me den,  
todos con vos bien estén,  
prudente en privanza igual.  
Carlos, ved (35) que os quieren mal,  
y ved (35) que yo os quiero bien.

(Vase.)

CARLOS. ¿Qué es esto? Apenas, envidia,  
a Nápoles he llegado,  
cuando, bramando, has mostrado  
que mi suerte le fastidia;  
pero en los bárbaros lid[i]a  
no en el Rey, que es polo en quien  
hoy mis fortunas se ven,  
pues me dice con fe igual:  
"Carlos, ved que os quieren mal,  
y ved que yo os quiero bien".

Isabela ha andado aquí.  
Isabela al Rey incita;  
al Rey temo; Margarita  
perdone si esto es así.  
A esta privanza subí  
por ella, y pagar es bien,  
pues es la ocasión por quien  
dice el Rey con ira igual: [mal,  
"Carlos, ved (35) que os quieren  
y ved que yo os quiero bien".

Mas si ella lo solicita, (36)  
¿qué he de hacer? Darle al Rey  
[gusto,  
que el poder más sabio y justo  
del pensamiento se irrita.  
Perdóneme Margarita  
y la Reina, pues fué quien  
dió principio a este desdén.  
Triunfe el Rey con ansia igual,  
pues todos me quieren mal  
y él sólo me quiere bien.

ACTO SEGUNDO

(Sale el REY ENRIQUE, puesta la mano sobre el hombro de CARLOS, y él con memoriales; CONDESTABLE, OTAVIO y GRANDES.)

REY. Que os canséis tanto no quiero.

CARLOS. Este es el descanso mío.

REY. Aunque a Nápoles os fío,

a Nápoles os prefiero.

Idos, Conde, a recoger,  
que estos se consultarán  
después, que los que aquí están  
os irán a entretener.

CARLOS. ¿Quién, gran señor, mereció  
las glorias que me habéis hecho?

REY. Vos sólo, porque sospecho. (37)

CARLOS. ¿Tanto favor?

REY. Aún no os muestro  
mi amor.

CARLOS. Mi lealtad os fío.

REY. Carlos, sed amigo mío,  
pues yo soy amigo vuestro.

(Entranse Todos acompañando a CARLOS.)

Celos, villanos andáis,  
pues a un Rey os atrevéis;  
mucho de infierno tenéis,  
pues la memoria abrasáis.

¿Cómo verdad os fingís,  
si sois imaginación? (38)

¿Cómo os creen, si mentís?

Y, si no tenéis razón,  
¿qué ley os dió tanta fuerza?  
Mas sois, celos ríguerosos,  
mentiras de poderosos  
que se han de ercer por fuerza.

Carlos en sus ojos dice  
que es leal, sabio y modesto,  
y en él defeto habéis puesto  
porque en él me escandalice;  
mas llamar quiero desvelos  
los míos, que en los casados  
es bien que sean cuidados  
los que, en los amantes, celos.

Mas despreciar a Isabela,  
a alguna sospecha incita;  
mas ¿si quiere a Margarita,  
y ella este amor le desvela?

Puede ser, que el trato suela

(34) Falta un verso de esta décima, consonante en *encia*.

(35) *vo*.

(36) Manuscrito este verso al margen.

(37) Falta el último verso de esta redondilla.

(38) Manuscrito este verso al margen.

tales milagros hacer,  
que amor que hace aborrecer  
tiene amor que le desvele.

¡Oh, si fuera así y si hallara  
en tan bárbaros desvelos  
en Margarita consuelos  
con que el alma descansara!

¡Qué poca paciencia tiene  
el honor! Luego he de hacer  
esta experiencia y saber  
la verdad. Mas Carlos viene.

(Entra CARLOS con los memoriales.) (39)

CARLOS. Vuestra Alteza me perdone,  
que aunque me manda que viva  
con sosiego, el bien común  
me desvela y me da prisa.  
Lleno estoy de memoriales  
y de quejas infinitas,  
que es la esperanza en la Corte  
un infierno de por vida.  
Vuestra Alteza los despache.  
En este pide justicia  
madama.

REY. Si de vos fuera,  
luego, por causas precisas,  
se ejecutara.

CARLOS. ¿De mí?

REY. De vos.

CARLOS. Traiciones y envidias  
podrán culpar mi lealtad  
con engaños y mentiras.  
¿Tan presto el favor es odio?  
¿Tan presto el amor es ira?  
Mas subirme Vuestra Alteza  
al sol que en su solio (40) pisa  
y ahora que en él me tiene,  
¿al centro me precipita?  
Hechura soy de esos pies;  
ellos me alzan y derriban,  
mostrando que es la privanza  
tan débil o quebradiza.  
Aquí mi cabeza ofrezco  
si son delitos las dichas  
y pecados las mercedes;  
pero si es por culpas mías,  
¡vive Dios, que no es la luz  
del sol más pura y más limpia

que mi lealtad y mi fe,  
y que...

REY. ¡Basta!

CARLOS. Al cielo imitan  
los reyes, y el (41) cielo consta  
de imágenes cristalinas,  
dando a entender que han de ser  
ellos desta forma misma,  
y así, transparente y claro,  
a Vuestra Alteza quería  
en esta ocasión.

REY. ¡Villano!  
ya que queréis que os lo diga:  
Vos os atrevéis al Sol;  
vos amáis a Margarita;  
vos casaros pretendéis  
con ella; vos han codicia  
y ambición; ser mi cuñado  
solicitáis vos, si animan  
favores a intentos locos  
y halagos a demasías,  
castigos a ser leales  
y cuerdos a sinjusticias.  
(Ap.) ¡Oh, celos, bien dijo un sabio  
que érades la fantasía  
de la razón! Si confiesa  
que la sirve y que la estima,  
me da vida, y si lo niega,  
mis sospechas acredita.  
CARLOS. El Rey está airado. Aquí,  
aunque la Reina lo diga,  
me importa negar, que el Rey  
es la máquina en que estriba  
mi esperanza.

REY. En el silencio  
y en la púrpura esparcida  
en vuestro rostro, conozco  
la intención y la malicia.

CARLOS. Señor, si algún envidioso  
defeto en mi honor ha puesto,  
y, ingrato, me ha descompuesto  
con Vuestra Alteza, es forzoso  
dar mi descargo, y así,  
en esta ocasión, no hablando,  
antes haciendo y obrando,  
quiero responder por mí.

Y esto, señor, ha de ser  
dando a Isabela la mano,  
que es el término más llano  
con que os puedo responder.  
Porque responder que yo

(39) Manuscrito, al margen: *Va a entrarse.*  
(40) *sus olios.*

(41) *los reyes y al.*

en tan loco pensamiento  
no tuve jamás intento  
y que la envidia mintió,  
era dejar la sospecha  
siempre viva en la intención,  
y con tal resolución  
queda vencida y deshecha.

Así mi honor se acredita  
y la traición se desvela,  
respondiendo en Isabela  
que no quiero a Margarita.

REY. Yo he sido mal informado,  
y aunque os reprendí ofendido,  
quisiera haberos oído  
que la habíades amado.

Mira lo que amor ha hecho  
en mí, pues es cosa clara  
que si culpado os hallara  
quedara más satishecho.

Aunque también lo he quedado  
viendo que a Isabela amáis,  
que así me desengañáis  
de mi enojo su cuidado.

Hoy Isabela ha de ser  
vuestra esposa; deste gusto  
todo es dudar y temer. (42)

CARLOS. Vuestra hechura soy del modo  
que vco.

REY. ¡Basta!

CARLOS. Vuestro soy.

REY. Celos, satishecho voy,  
aunque no lo voy del todo.

(*Vase.*)

CARLOS.

Dijo Aristarco bien que el rey Sol era,  
pues en la lumbré que en sus rayos crece  
a un tiempo los diamantes endurece,  
a un tiempo ablanda la engrumada cera.

Ya da espanto y temor con voz severa,  
ya con blanda piedad clemencia ofrece;  
que lo que pierde aquél, éste merece,  
y así el loco en sus rayos persevera.

No hay en el rey y el Sol cosa constante:  
el fuerte se enternece en sus consejos,  
el manso se endurece en su semblante.

¡Dichoso aquel que, huyendo sus reflejos,  
cero no quiere ser, ni ser diamante,  
y a los reyes y al Sol mira de lejos!

(42) Falta un verso de esta redondilla.

(*Sal'e CORVINO.*)

CORVINO. Dos horas ha que te husco  
abriendo y cerrando puertas,  
que después que eres privado  
alma pareces en pena.  
Ahora memoriales miras  
de un necio que al Rey se queja,  
de un enfadoso que pide,  
o un soldado que blasfema.  
¡Miren qué papeles llenos  
de halagos y de terneza  
de una niña de quince años,  
entre blanca o entre negra:  
blanca en manos, blanca en cara,  
blanca en dientes, negra en cejas,  
negra en cabellos y en ojos,  
que no hay belleza perfecta  
cuando las niñas no son  
espíritus de Guinea,  
que unos ojos dominicos  
van predicando belleza!  
Ciertas nuevas te traía;  
mas, porque no te diviertas,  
me voy, adiós.

CARLOS. ¡Loco! Aguarda.

CORVINO. Aguarde tu mucha flemma  
un bellaco que hace en carro  
jornada de ochenta leguas  
o un triste que está sufriendo  
la eternidad de una suegra.  
CARLOS. Aguarda.

CORVINO. No he de decillas  
si los papeles no dejas.

CARLOS. Yo los dejaré si son  
de Isabela.

CORVINO. De Isabela  
son.

CARLOS. Pues dejo los cuidados;  
pero quiero que me adviertas  
si son buenas o son malas.

CORVINO. Son entre malas y buenas;  
que suele a veces la envidia  
estimar lo que desprecia.  
Isabela, al fin, señor,  
sentida de tus ofensas,  
para vengarse de ti  
se casa.

CARLOS. ¡Venganza necia!,  
que la venganza ha de ser  
sin daño del que se venga;  
y así, se castiga cuando  
vengarse, Corvino, piensa,

porque es casarse sin gusto  
castigo en cárcel perpetua.  
¿Son ésas las nuevas?

CORVINO. Pues  
siendo las bodas tan ciertas,  
ni son nuevas para dichas,  
y más cuando son tan frescas  
que vienen bullendo (43) sangre.  
CARLOS. Por el mismo filo intenta  
vengarse de mí.

CORVINO. Por Dios,  
que hechos los contratos quedan  
con el Condestable ya,  
y que aguardan la licencia  
del Rey. Isabela dice  
que se ha de casar sin ella  
cuando se la niegue el Rey.  
CARLOS. ¿Qué dices?

CORVINO. Que no hay prudencia  
en mujer desestimada,  
y si el daño no remedia,  
te has de quedar, como dicen,  
a la luna de Valencia.

CARLOS. ¿Cómo puede ser si el Rey  
tiene su palabra puesta  
y me la da por esposa?

CORVINO. ¿Qué importa que el Rey la tenga,  
si en la voluntad consiste,  
y ésta es monarquía exenta? (44)  
¡Vive Dios que los vi juntos  
diciéndose mil ternezas  
como tórtolas amantes!

CARLOS. Será mía aunque no quiera.

CORVINO. Ya, señor, *tarde piache*.  
Bien le picó.

CARLOS. ¿Hablas de veras?

CORVINO. Tan de veras, que esta noche  
han de estar las bodas hechas.

CARLOS. ¡Calla, infame!

CORVINO. ¿Que me ha muerto!  
Belcebú que dé otras nuevas.

(*Vase.*)

CARLOS. Bien dices; que nuevas tales  
darlas demonios pudieran.  
¡Oh. celos!, partos infame[s]  
de la envidia y la sospecha,  
con quien no hay prudencia sabia  
ni hay robusta fortaleza.

Isabela se ha vengado  
de mis desprecios, que llegan  
los desengaños a ser  
luz del alma y sus potencias;  
pues a Isabela he perdido,  
todo con ella se pierda:  
acábase la privanza,  
los memoriales perezcan.

(*Rompe los memoriales.*)

y así, en confusos pedazos,  
lisonjas del viento sean.

(*Salc la REINA.*)

REINA. Carlos, ¿qué es esto?

CARLOS. Señora.

REINA. ¿Vos descompuesto y así?

CARLOS. Sale la razón de sí,  
y pude, sin ella, agora,  
como ves descomponerme  
dándole a la novedad  
licencia (45) esta soledad,  
que es la que pudo atreverme.

REINA. Y estos papeles ¿qué son?

CARLOS. Papeles que mis crueles  
ansias pagaron, papeles,  
sin dar ellos la ocasión.

REINA. ¿Es disgusto con Su Alteza?

CARLOS. ¿Pues quién, señora, podría (46)  
turbar la prudencia mía  
sino sólo su grandeza?

REINA. ¿Y ha sido el enojo injusto?

CARLOS. Es tan pesado y tan grave,  
que a Vuestra Alteza le cabe  
también parte del disgusto.

REINA. ¿A mí?

CARLOS. A Vuestra Alteza, pues  
Margarita es la ocasión  
de tan grave confusión.

REINA. ¿Qué decís?

CARLOS. Que ocasión es  
Margarita del disgusto  
que el Rey conmigo ha tenido.  
REINA. Pues ¿lo ha sabido?

CARLOS. Ha sabido,  
señora, mi intento injusto,  
y sus razones podían  
hacer mucho más en mí.

(43) bulliendo.

(44) essenta.

(45) licencia a.

(46) podrá.



REINA. ¿Qué dijisteis?  
CARLOS. Respondi  
que lisonjeros mentían  
y envidiosos que en mi honor  
habían defetos puesto,  
pero no ha parado en esto  
su disgusto y su rigor,  
porque me manda casar  
con Isabela, forzado;  
mirad si desesperado  
y si confuso he de estar,  
pues mi muerte solicitan  
cuando inocente padezco,  
y me dan lo que aborrezco,  
y lo que adoro me quitan.

(Sale el REY ENRIQUE, y vase a entrar la REINA, y detiéndose.)

REY. Ya no lo puedo sufrir.  
Si es engaño saber quiero.  
Señora.

REINA. Señor.  
CARLOS. No espero  
de esta confusión salir.

REY. Carlos, ¿vos estáis aquí?  
REINA. Trujo un pliego.  
REY. ¿Tal escucho?

Señora, estimálde en mucho,  
que en él me estimáis a mí.

REINA. ¿Pues si tanto le estimáis,  
como lo casáis por fuerza?,  
que el gusto jamás se fuerza,  
y dice que le forzáis.

REY. ¿Yo le fuerzo, yo? El a mí  
a Isabela me ha pedido,  
y yo se la he prometido.

REINA. ¿Qué decís? ¿Es esto así,  
Carlos?

CARLOS. Sí, señora.

REINA. Pues  
¿cómo decís que os forzaba  
y que a disgusto os casaba  
Su Alteza?

CARLOS. Señora...  
REINA. No es (47),

Carlos, negar la verdad  
acción para merecer,  
porque el mentir suele ser  
puerta a toda falsedad;  
y quien mintiendo confirma,

perjuero, su poca fe,  
aunque en alabastro esté  
negará su misma firma.

Pero a firma cautelosa  
de fementido escribano,  
habrá mano, y será mano (48)  
vengativa y poderosa.

Voyme. Disculpad, señor,  
disgusto que es tan forzoso,  
que hallo a Carlos mentiroso;  
mirad no le halléis traidor.

(Vase.)

REY. Carlos, ¿qué es esto?  
CARLOS. Señor,

sentido de la mudanza  
de Isabela que, en venganza  
de mi desprecio y rigor,  
en secreto se ha casado  
con el Condestable, aquí  
engañé a Su Alteza así,  
celoso y desesperado,  
encubriendo mis desvelos,  
porque en persona que alcanza  
su favor y tu privanza  
es bajeza tener (49) celos.

REY. ¿Qué son celos?

CARLOS. Son, señor,  
una sospecha admitida,  
y una quimera nacida  
de la imprudencia de amor.

Son un mal que causa bien,  
y son siempre, mal seguros,  
unos espíritus puros  
que animan y no se ven.

REY. Y cuando viéndose están  
sin quimeras ni desvelos,  
¿qué serán?

CARLOS. No serán celos:  
agravios, señor, serán.

REY. Y entonces, ¿qué debe hacer,  
si el agraviado es discreto?

CARLOS. Vengarse.

REY. ¿Cómo?

CARLOS. En secreto.

REY. Admito ese parecer;  
tanta pesadumbre dan  
unos viles pensamientos.

(48) *avrá maestro y será maestro; enmendado manuscrito mano.*

(49) *es bajeza aver.*

CARLOS. Los infernales tormentos,  
glorias llamarse podrán  
a su rigor comparados,  
y si en celos padecieran (50),  
mayor infierno tuvieran  
en ellos los condenados.

REY. Notable ponderación.  
¿Y en ma[ri]dos? (51)

CARLOS. Más forzosos.

REY. Los reyes somos dichosos  
en no saber lo que son;  
que como en todo los cielos  
nos privilegian (52), el nombre  
de rey dice que no hay hombre  
que se atreva a darnos celos.

CARLOS. ¡Ah, señor!, si Vuestra Alteza  
como hombre experimentara  
sus rigores, disculpara  
mis yerros en su fiera.

REY. Carlos, si me diera a mí  
el cielo tan vil castigo,  
y me ofendiera un amigo,  
como vos lo sois aquí  
del Condestable, ya hubiera  
hecho un grave desatino,  
porque en vos los imagino  
como si en mí los sintiera;  
porque vuestros desconsuelos  
tanto en mí los transformáis,  
que en vuestros celos me dais  
ocasión de tener celos,  
y con ellos, ¡vive Dios  
que mate!

CARLOS. Señor, ¿qué es esto?

REY. Los celos me han descompuesto  
que he considerado en vos.

Mirad, Carlos, lo que es ser  
buen amigo, pues así  
vuestros disgustos a mí  
me pueden descomponer.

Y del ejemplo presente  
seguro podéis estar  
que lo sabrá remediar  
el que así por vos lo siente.

Al Condestable llamad,  
que yo desistir le haré  
de Isabela.

CARLOS. El bronce os dé,  
burlando la eternidad,

vida inmortal. Hágaos Dios,  
rey de opuestos paralelos,  
no sepáis lo que son celos.

REY. No podré, viviendo vos;  
que siento los que sentís.

CARLOS. Mis celos son desvaríos;  
se acaban hoy.

REY. Y los míos  
se acaban si vos morís.

(Vase CARLOS, y sale la REINA MARÍA y MARGARITA,  
con una carta en la mano la REINA.)

REINA. Esto mi hermano me escribe.

(Lee MARGARITA:)

MARGAR. "A Margarita, casada  
tengo en Portugal". Amor  
sólo es el rey de las almas;  
no hay otro rey que las fuerce.

REINA. Piensa que Carlos se casa  
con Isabela, y podrás,  
contenta y desengañada,  
hacer el gusto del rey.

MARGAR. ¿Eso dices cuando agravia  
Carlos tu grandeza y pone  
en contingencia mi fama?  
Será Carlos mi marido:  
cumplirame la palabra,  
aunque Italia se convoque  
y aunque se alborote Francia.

REINA. ¿Estás loca?

MARGAR. Loca estoy.

REY. Teneroso, en cuanto tratan  
imagino que me ofenden.  
¿Es carta, señora?

REINA. Es carta  
del rey.

REY. ¿Qué escribe?

REINA. Que tiene  
a Margarita en España  
casada, y que en Portugal  
es reina.

REY. Y a mi me encarga  
que las galeras prevenga,  
porque ha de ser la jornada  
esta primavera. Al fin,  
es tan discreta y gallarda  
como cuerda Margarita,  
que aunque disgustado estaba  
por siniestra información,  
con sus virtudes y gracias

(50) padescieran.

(51) mados, con tilde sobre la a.

(52) privilegian.

ya he quedado satisfecho.

REINA.  
REY.

¿Y fué el enojo con causa?  
¿Qué más causa que decirme  
que en deshonor y en infamia  
de Nápoles y Sicilia (53)  
en secreto se casaba  
con un escudero nuestro,  
cuyo padre fué en mi casa,  
si en mis doseles pintura  
en mis mármoles (54) estatua,  
y a quien yo, por la humildad,  
al cielo de mi privanza  
levanté de entre mis pies,  
si no ha sido darle alas  
para que caiga del cielo  
antes que en la cuenta caiga?  
Carlos, me dicen, señora,  
que, hecho Luzbel, se levanta  
a su (55) amo, yo, y no piensa  
que hay Miguel que con la espada  
de la justicia divina,  
que en los reyes desenvaina  
diciendo “¿Quién como el rey?”,  
su soberbia y su arrogancia  
no derribe y atropelle,  
porque si mi enojo pasa  
a ejecución, daré espanto  
con su castigo a la Italia,  
aunque en Vuestra Alteza así  
tenga tal ángel de guarda.  
Si pensamientos han sido,  
sólo pensamientos bastan  
para ser digno de pena:  
que si los reyes retratan  
a Dios con los pensamientos,  
también los reyes se agravian.  
Entiéndame Vuestra Alteza,  
que en las majestades sacras,  
como causas superiores  
son (56) superiores las faltas.  
Quien de Margarita tiene  
tal pensamiento, se engaña,  
que es Margarita prudente  
y es Margarita mi hermana.  
MARGAR. Esto es cerrarme los labios  
y robarme las palabras;  
mas no han de poder con esto  
sacarme a Carlos del alma,

REINA.

MARGAR.

REY. porque mi esposo ha de ser.  
Esta noche, al fin, sin falta,  
Carlos se ha de desposar  
con Isabela, y a honrarlas (57)  
habéis de asistir las dos.

MARGAR. Lo que Vuestra Alteza manda  
se hará, puesto que inocente  
está Carlos, si es venganza  
el casalle sin su gusto.

REY. Carlos es sólo el que gana.  
Isabela es la que pierde,  
que la virtud y la fama  
son dotes de la hermosura,  
que muere si éstos le faltan.

REINA. Mucho merece Isabela.

REY. Bañada en púrpura y nácar  
mis temores acredita,  
que Amor en los rostros habla.

REINA. ¿Qué me manda (58) Vuestra Al-  
[teza?

REY. Si Amor en todo es monarca,  
Amor manda que me quiera.

REINA. Yo soy vuestra humilde esclava.

(*Entranse las dos.*)

REY. ¿Cuán diferentes que son  
las obras de las palabras!

(*Sale el CONDESTABLE.*)

CONDESTABLE.

Carlos dijo, señor, que Vuestra Alteza  
me mandaba llamar.

REY.

Yo os he llamado.

Alzad, y cubrid, Conde, la cabeza,  
que os honro así teniéndome enojado,  
que puesto que os disculpa la belleza,  
con quien nunca fué Amor considerado,  
fuera bien declararme vuestro intento,  
antes [que] del favor, [d]el casamiento.

CONDESTABLE.

No entiendo a Vuestra Alteza.

REY.

Yo he sabido

que tratáis de casaros.

(53) *Cecilia.*  
(54) *marmores.*  
(55) *a ser.*  
(56) *sin.*

(57) *honrarlos.*  
(58) *mande.*

CONDESTABLE.

¿Yo casarme?

Engaño, gran señor, o envidia ha sido.

REY.

¿A qué intento [podrían] (59) engañarme?

CONDESTABLE.

Tal pensamiento ahora no he tenido;  
 libre estoy, no pretendo sujetarme,  
 demás que la Infanta Margarita  
 más soberano esposo solicita.

REY.

¿Quién vió igual confusión? Todo es cautela  
 deste Carlos ingrato, que en mi agravio,  
 en mi daño y ofensa se desvela,  
 que es ciego Amor espíritu del labio.  
 ¿Luego vos no os casáis con Isabela?

CONDESTABLE.

¿Con Isabela yo?

REY.

El honor más sabio  
 le pintaron en forma de serpiente,  
 diciendo que ha de ser mudo y prudente.

CONDESTABLE.

¿Yo a Isabela, señor? No he imaginado  
 aún en ella atrever el pensamiento;  
 ¿Yo con ella concierto efetuado?  
 ¿Yo con ella tratado casamiento?  
 Carlos, que aspira a superior cuidado  
 juntando al Sol pirámides de viento,  
 será el esposo de Isabela bella,  
 mas ya casarse no querrá con ella.

REY.

¿Por qué ocasión?

CONDESTABLE.

Infunden los favores  
 de los reyes mayores esperanzas,  
 y así debe aspirar a otros amores;  
 que dan atrevimiento las privanzas.

REY.

Enemigos cobardes y traidores,  
 ¿cuando es digno de eternas alabanzas  
 a Carlos descomponen? Condestable,  
 Carlos es otro yo; nadie en él hable.

Este sabe en mi agravio alguna cosa;

pues tanto hablaré Carlos algún día  
 que (60) será esta advertencia provechosa.

CONDESTABLE.

¿Su Alteza sabe bien de quién se fia?  
 No lo sabe.

REY.

¡Qué necia, qué enfadosa  
 es siempre, Condestable, esta porfía!  
 Carlos sólo en mi reino verdad trata;  
 el áspid, alimento que me mata.

CONDESTABLE.

Muchos tratan verdad.

REY.

¡Basta! Conmigo  
 Carlos ha de ir al cuarto de Isabela (61),  
 y venid vos también, a ser testigo  
 de su gloria.

CONDESTABLE.

¡En qué [modo] se desvela  
 honrando a este traidor, que es su enemigo!

REY.

Prudente es el honor que se recela.  
 Conde, ¿no sois mi amigo?

CONDESTABLE.

Esclavo vuestro.

REY.

Pues no culpéis aqueste amor que muestro.

(Entrese, dándole la mano al Conde el REY, y sale  
 ISABELA y CORVINO.)

CORVINO. Dije, al fin, que te casabas  
 con el Condestable, y luego  
 vertió por los labios llamas  
 y por los ojos infiernos.

ISABELA. Pues ¿a qué efecto, villano,  
 hiciste tan loco enredo?

CORVINO. A efecto de que estas bodas  
 tuviesen próspero efecto.

ISABELA. ¿Yo casarme con el Conde?  
 Primero verás los vientos  
 hechos montes de cristal,  
 y en los abismos los cielos.

CORVINO. ¡Basta, leona!

ISABELA. Casarme

(60) que me.

(61) Carlos al quarto de Isabela ha de yr.

no puedo con él, que han puesto impedimento (62) en mi gusto.

CORVINO.

¿Ya buscas impedimentos?

ISABELA.

Que no me case me mandan.

CORVINO.

¿Quién tiene en Carlos imperio que te lo puede mandar?

ISABELA.

El lo sabe.

CORVINO.

Viles celos son los que dan en villanos, pues son pesados y necios y no perdonan injurias. Por delito tan pequeño grande castigo es el tuyo.

ISABELA.

¡Ay, Corvino, que reviento por dar voces que en los labios despedazadas las tengo: Carlos es ingrato, Carlos es traidor, Carlos...

(Entre CARLOS.)

CARLOS.

Los ecos de Carlos, Condesa hermosa, al peñasco de mi pecho llegaron, y hiriendo en él a vuestras plantas han vuelto. Aquí está Carlos, aquí tenéis al esclavo vuestro, honradme en vuestras prisiones, señalad (63) con vuestros hierros, dadme esa mano divina de jazmin...

(Sale MARGARITA.)

MARGAR.

¡Cielos! ¿Qué veo? Dale Isabela la mano, y deja que firme a besos contratos que siendo llanos se pongan después a pleito. Lleg a la mano los labios, ¿qué te acobardas? Impresos, si es lámina de alabastro, queden en ella.

CARLOS.

Hoy me pierdo si en tan grave confusión no vengo a perder el seso.

CORVINO.

Es Carlos un mentecato, y tan corto, que sospecho que aun poniéndola en su boca ha de fruncilla (64), temiendo,

(62) *impedimiento; impedimentos.*

(63) *señaladme.*

(64) *fruncillar.*

si es la mano de jazmin, algún áspid encubierto esté en ella. Tú, señora, con tu raro entendimiento, pierde el enfado a este tonto, quita a este cobarde el miedo. Yo lo haré si el recaballa y el besalla estriba en ello. Dame, Isabela, la mano, porque como no está hecho Carlos a excesos iguales, pensará que éste es exceso.

MARGAR.

(Toma la mano MARGARITA a ISABELA.)

Llega y mira lo que firmas, porque aquí juntas te ofrezco en dos manos, dos contratos; firma en una con respeto; no te atrevas a las dos, considerando primero, Carlos, la mano que tomas, porque será atrevimiento tomar dos, siendo una sola la que mereces en premio, que siendo así, ha de quedar una desechada. [y] (65) pienso que una mano desechada, ofendida del desprecio, se sabrá vengar, y basta ser de mujer para sello. Yo no se la quiero dar. CARLOS. Ni yo recebilla (66) quiero. MARGAR. Pues, siendo así, entre los dos el contrato está deshecho. CORVINO. ¡Válgate el diablo por hombre! ¿Eres galán recoleto? ¿Eres monja en lo mirlado? Llégate, que ya no hay cuello.

ISABELA.

CARLOS.

MARGAR.

CORVINO.

(Entra [el REY y] la REINA y el CONDESTABLE, GRANDES y OTAVIO.)

REINA.

REY.

Despósate con valona. Si con esto no sosiego, ten lástima. Amor, de mi. Sed de este dichoso empleo todos testigos.

OTAVIO.

Señor, fruncidos y rost[r]ituertos están los novios.

(65) *una desechada que.*

(66) *recebilla.*

REY. No son mis temores y recelos sin causa. ¿No os dais las manos? Este es Rey en cura injerto. (67)

CORVINO. REY. Carlos ¿no das a Isabela la mano?

MARGAR. Ya se lo ruego, y se encoge y acobarda.

ISABELA. Yo, gran señor, me resuelvo en no casarme; y forzada será infierno el casamiento.

CARLOS. Yo digo, señor, lo mismo.

REY. Basta. Si aquí no me vengo no soy Rey. Callar importa, pues el daño he descubierto.

MARGAR. Carlos mi enojo ha temido.

REY. Yo voluntades no fuerzo, y así, en vuestras voluntades aquí replicar no quiero.

CONDEST. Mira, señor, si de Carlos son las traiciones y enredos.

REY. Nada de Carlos me digas, Conde, que no he de creerlo.

ISABELA. ¡Ah, quién pudiera dar voces!

REINA. Mal hicistes en traernos Carlos, aquí para tales locuras y desaciertos.

CARLOS. ¿Quién vió mayor confusión?

CONDEST. Corazón, ¿qué sentis desto?

REY. Hoy he de acabar con todo, si no me acaban los celos.

(*Vanse.*)

### ACTO TERCERO

(*Entra el CONDESTABLE y ISABELA.*)

CONDEST. Suele de dos discordancias amor formarse mejor, porque es instrumento Amor de imposibles consonancias, pues vemos, tal vez, hacer en dos almas diferentes cláusulas tan excelentes que aun no las sabe entender; y así, nuestras esperanzas conseguirán fin dichoso, porque Amor es más glorioso cuando comienza en venganzas.

ISABELA. Engendre en dos ofendidos,

si en la venganza es mayor, tal conformidad Amor y tal paz en los sentidos, que con eternos desvelos, puesto que es venganza ingrata, ¡el que de celos me mata muera de envidia y de celos!

CONDEST. En esta conformidad, las manos las prendas sean del vínculo que desean el alma y la voluntad.

ISABELA. Lazos serán que apartarlos pueda la muerte no más.

CONDEST. Con la mano que me das, ¡muera Carlos!

ISABELA. ¡Muera Carlos!

CONDEST. Sepa lo que pasa el Rey, que hay grandes que le sigan.

ISABELA. A estos desprecios obligan.

CONDEST. Y a esto la razón y ley.

Aquí está la camarera.

(*[Vase el CONDESTABLE.] Sale la REINA vistiéndose; madama JULIA, CRIADOS.*)

REINA. ¿Cómo no me habéis corrido la cortina?

ISABELA. Causa ha sido pensar que no se vistiera hoy Vuestra Alteza tan presto.

REINA. Fuerza ha sido estar vestida, que mi hermana y su partida en tal cuidado me han puesto.

Dejadme con la Condesa, que por hacer que me asista quiero que sola me vista.

ISABELA. Merced por castigo es ésa.

REINA. ¿Qué hay de vuestro casamiento?

ISABELA. Ya no trato de casarme.

REINA. Las sortijas. ¿Por qué?

ISABELA. Hallarme pudo Amor con nuevo intento.

REINA. El espejo. Pues ¿por qué, mereciendo Carlos tanto?

ISABELA. Y aun por eso.

REINA. Yo me espanto que Carlos disgusto os dé, que, después de ser en todo el más galán caballero y cortés, el que más quiero.

ISABELA. Y aun por eso.

REINA. De ese modo, autes habias de ser

su esposa con mayor gusto.  
Los guantes.

ISABELA. Puede el disgusto  
de Vuestra Alteza temer.

REINA. ¿Mi disgusto?

ISABELA. Si, señora.

REINA. ¿Cómo? Dadme aquel papel.  
De no casaros con él  
me advertid la causa agora.

ISABELA. Margarita me mandó,  
en nombre de Vuestra Alteza,  
con extraño y extrañeza,  
que no me casara.

REINA. ¿Yo  
pude tal cosa mardar?

ISABELA. Esto lo que pasa es.

REINA. Si eso es así, con él, pues,  
agora os mando casar.

ISABELA. ¿Yo casarme?

REINA. Esto ha de ser,  
no tenéis que replicarme.

ISABELA. Ya es imposible casarme.

REINA. ¿Por qué?

ISABELA. Porque soy mujer...

REINA. ¿De quién?

ISABELA. Señora...

REINA. ¿Acabad!

ISABELA. Del Condestable.

REINA. ¿Tan presto?

ISABELA. Si, señora.

REINA. Pues en esto,  
sin poner dificultad  
no ha de haber réplica, y hoy  
vuestro marido ha de ser  
Carlos, o en mi habéis de ver  
lo que puedo y lo que soy;  
mira[d] que me sé enfadar,  
y mirad que me tenéis  
desabrida.

ISABELA. ¿Yo?

REINA. No deis  
a que me enoje lugar,  
que ya sé que os sirve el Conde  
dos años.

ISABELA. Siendo eso así,  
¿por qué me mandáis aquí  
que a quien tan mal corresponde  
en dos años, desta suerte,  
dé la mano?

REINA. Esto ha de ser,  
no tenéis que responder.

ISABELA. ¿Ley dura, mandato fuerte!

REINA. Mandando fuerte en los dos

sea, o sea dura ley,  
sedlo, o, ¡por vida del Rey,  
que me he de enojar con vos!  
¡Basta!

ISABELA.

REINA. ¡Mirad cómo quedo!

ISABELA. ¿Que la voluntad se obliga!

REINA. ¿No vais?

ISABELA. Voy. (¡De esta enemiga  
me pienso vengar, si puedo!)

([Vase.])

REINA. Es tan fuerte prevención  
excusar a Margarita  
del rigor a que se incita,  
puesto que tiene razón,  
pues con palabra y con mano  
de esposos, y a un alma asido,  
y yo la culpa he tenido,  
pues sin saber que el villano  
era de Isabela esposo,  
a Margarita le di,  
engrandeciéndole (68) así;  
y así, el remedio es forzoso,  
porque vaya Margarita  
a ser reina en Portugal.

(Sale JULIA.)

JULIA. Con Su Alteza, el Cardenal  
la partida (69) solicita,  
de la Infanta mi señora,  
a Portugal.

REINA. Tiene en él  
un fiscal. Este papel  
da a Carlos.

JULIA. Yo voy.

(Vase. Sale MARGARITA.)

REINA. Agora  
no te podrás excusar  
en la partida, pues ves  
el mar, zafir (70) de tus pies,  
al sol y a los vientos dar  
flámulas (71) y banderolas  
que, [al ser miradas] (72) de lejos,

(68) engrandeciéndola.

(69) la *portion*.

(70) *safir*.

(71) *framulas*.

(72) Dice así el verso: que CTERMINADA de *lexos*; la *t* puede ser también *r* o *s* alta, por estar machacado el tipo. Es errata de bulto difícil de suplir. Acaso pudiera interpretarse *examinadas*. Compárese nota 77.

como en lucientes espejos  
se retratan en las olas;  
y al fin, de leños poblada,  
hacerte hasta España esfera,  
pasadizos de madera  
en esta feliz jornada.

MARGAR. ¿Cómo otro esposo me das,  
si ya un esposo me diste?  
El yerro (73) basta que hiciste,  
sin que en él añadas más;

segundo esposo no quiero,  
si en Carlos me diste esposo.

REINA. Esto ha de ser, y es forzoso.

MARGAR. Consideraras primero  
lo que hacías, porque ya  
de la forma de los labios  
pasó a mayores agravios.

REINA. ¿Estás loca?

MARGAR. Amor lo está.

REINA. ¿Qué dices?

MARGAR. Que en la ocasión

es Amor necio y villano,  
y que por dalle la mano  
se atrevió a la posesión;  
y sí, por tu causa, así  
burlada, Carlos me deja,  
de ti, señora, te queja  
y no te quejes de mí.

(*Vase.*)

REINA.

¿A quién le ha sucedido  
caso tan impensado y nunca oído?

¡Oh, fementido Conde!

¿así a mi voluntad se corresponde?

Mi honor está perdido,

y yo la causa de perderle he sido.

Ya es fuerza que el respeto  
se niegue a la grandeza y al secreto.

Vengaréme de Carlos

y de mi hermana vil; ¡voy a matarlos!

¡Oh, honor, aliento puro,

que aun en la majestad no estáis seguro!

(*Vase. Sale CARLOS, con memoriales. y CORVINO, con un papel.*)

CORVINO. Madama Julia me dió  
ésta, señor, para ti.

CARLOS. Corvino, ¿no estoy en mí!

CORVINO. Ni en mí tampoco estoy yo,  
porque después que cambió  
en sí tan nueva mudanza  
el compás de esta privanza,  
tus amigos y criados  
andamos de ti privados,  
y es sabueso el que te alcanza.

CARLOS. Llégame esa escribanía,  
que estos despachos deseo.  
aunque cansado me veo.

CORVINO. Matar se quiere usía  
con tanta papelería.

CARLOS. Dejadme solo, y echad  
el marco.

CORVINO. Tal soledad  
aquí apetercerle pudo  
un ermitaño barbudo,  
si es yermo la majestad.

(*Vase.*)

CARLOS. ¿En qué laberinto, Amor,  
bárbaro, inadvertido,  
sin pensallo me has metido  
con crueldad y con rigor!  
¿En Isabela mejor  
no estaba mi pensamiento,  
si no con mayor aumento,  
con mayor paz y quietud?  
Pues ¿cómo en mi ingratitud  
dejas al mundo escarmiento?  
¿Cómo quieres que le dé,  
con potestad infinita,  
ambicioso, a Margarita  
lo que de Isabela fué?  
Y ya que, sin ley ni fe,  
mi lealtad has descompuesto,  
y así entre las dos me has puesto,  
¡redímeme de las dos,  
o deja, Amor, de ser dios,  
pues puedes tan poco en esto!

La Reina me escribirá  
amenazas por su hermana,  
que es majestad soberana,  
y más si enojada está.

(*Lec.*)

Para casarme me da  
con Isabela licencia.  
Ayer, con loca imprudencia,  
mandó que no lo tratase,



y agora manda que (74) case,  
con rigor y con violencia. [sión,  
¿Qué es esto? ¿Hay tal confu-  
hay tal desdicha, hay tal pena?  
Mas, seguir lo que me ordena  
es precisa obligación.  
Estos los abonos son  
de mi lealtad. Isabela  
será mía, y si hay cauteia  
en lo escrito, por lo escrito  
me absolverán del delito  
que me aflige y me desvela.

Mi grave melancolia  
se hace en perezoso sueño,  
de los espíritus dueño  
con inmortal tiranía.  
¡Qué grosero es, si porfía!  
Engañarle un poco quiero:  
si eres la imagen así  
de la muerte, muerto en ti  
triunfaré de lo que muero. (75)

*(Duérmese. Sale el REY, con una llave en la mano.)*

REY.

Resuelto ya en la venganza,  
lo que fué imaginación  
es digna resolución  
que con la muerte se alcanza,  
o como la confianza  
y la fe son obras muertas,  
ya en Carlos sospechas ciertas  
me hacen dudar y temer,  
y experiencias vengo a hacer  
abriendo y cerrando puertas.

¡Desdichado del marido  
que anda acreditando celos!,  
que el agravio en los desvelos  
es culpado y no es creído.  
Este es Carlos. ¿Si me ha oído?  
¡Carlos! No; durmiendo está.  
¡Famosa ocasión me da (76)  
en la pena que pretendo!  
Pero matalle durmiendo,  
civil castigo será.

que la venganza es gloriosa  
cuando mira al ofensor  
el castigo y el rigor  
en la ejecución honrosa,  
que en la muerte rigurosa,  
no sabiendo por qué muere,

la venganza no se adquiere;  
que como tan vil delito  
nace del torpe apetito,  
de pura venganza quiere.

¡Cuán diferentes cuidados  
oprimen nuestros sentidos!;  
mas para agravios dormidos  
hay castigos desvelados.  
Memoriales consultados  
son éstos. Mas ¡ay de mí!,  
flores son, pues hallo aquí  
un áspid fiero y [cruel], (77)  
que es de la Reina el papel,  
y así mata y dice así...

Pero cordura será  
no leelle, porque el sabio,  
cuando más busca al agravio,  
de encontrarlo huyendo va;  
mas leello es fuerza ya.

*(Léelo.)*

"Licencia de mí tenéis,  
Carlos, para que os caséis  
con Isabela, y así,  
sin acordaros de mí,  
tan digna elección haréis;  
que aunque en lámina firmasteis,  
la firma [a] borrar me allano,  
advirtiéndome que la mano  
a la Reina le besasteis;  
que, pues así me engañasteis,  
a mi honor y a mi sosiego  
importa que os caséis luego;  
mirad que me enojaré  
sino lo hacéis, y que haré  
castigo lo que hoy es ruego.

*La Reina.* ¿Quién ha llegado  
a desengaño tan cierto?  
¿Quién no mata y quién no ha  
el agravio averiguado? [muerto  
Aquí el honor ha apurado  
el sufrimiento mayor;  
mas si en tan fiero rigor  
me descompongo, es perder  
el honor, que puede ser  
secreto y prudente honor.

Con recato y con secreto  
me he de vengar de los dos;  
y comencemos (78) en vos,

(74) *que me.*

(75) Falta un verso de esta décima.

(76) *das.*

(77) *civil.*

(78) *comencemos.*

papel, el sangriento efeto,  
que en romperos me prometo  
el castigo que he de dar;  
roto lo quiero dejar,  
para darle así a entender  
que quien le pudo romper  
también lo pudo matar:  
y en ser la firma encubierta  
escribir lo que no advierte (79)  
ya escrito. Porque despierte,  
echaré el golpe a la puerta.  
¡Despierta, Carlos, despierta!  
Así las dejaré abiertas. (80)

(Vase.)

CARLOS. Señor, ya voy; aquí están.  
luego se despacharán;  
aquí yo. ¡Oh, cuidado eterno  
de la afición y el gobierno,  
qué breve sosiego os dan!  
¡Aun no queréis permitir  
que en sueños repose y viva!  
Pero quien ama y quien priva,  
¿cómo ha de poder dormir?  
La puerta cerrar y abrir  
parece que oí: sería  
rumor en la fantasía;  
mas no, porque no esparcidos,  
ni por el suelo caídos,  
los memoriales tenía.  
Llave poderosa pudo  
entrar; roto está el papel  
de la Reina, y puesto en él  
un mote extraño, aunque agudo.  
La Reina entró. ¿qué lo dudo?,  
y en el papel se desdice,  
pues lo rompe y pues me dice:  
"Quien lo rompió de este modo,  
Carlos, romperá con todo".  
¿Hay hombre más infeliz, (81)  
y hay más varios pareceres  
de mujer? Si no ha de ser  
Margarita mi mujer,  
¿qué me persigues, qué quieres?  
¡Oh, rigor en las mujeres,  
jamás de hombre[s] entendido,  
mar vengativo y fingido,  
siempre tormentos y calmas

(79) *adviertes.*

(80) *Sobra este verso, o el anterior.*

(81) *infeliz.*

donde se anegan las almas  
y se derrota el sentido!

(Rompe el papel. Entra el REY, y dale con los pedazos.)

REY. ¡Carlos!  
CARLOS. ¡Gran señor!  
REY. ¿Qué es esto?  
CARLOS. Acciones de Amor, crueles. (82)  
[REY.] ¿Es memorial?  
CARLOS. No, señor.  
REY. Celos serán, o desprecios  
de Isabela, que tan necios  
son los efectos de Amor.  
CARLOS. Causa es Isabela bella;  
pero no es suyo el papel,  
antes me manda por él...  
REY. ¿Qué?  
CARLOS. Que me case con ella.  
REY. Pues ¿quién os puede mandar  
a vos? ¿Tenéis otra dama?  
CARLOS. Otra, forzado.  
REY. ¿Y os ama?  
CARLOS. Y yo no la quiero amar,  
porque agradecido estoy  
a Isabela.  
REY. ¡Gran fineza!  
CARLOS. Aliento de Vuestra Alteza  
y hechuras de tus pies soy,  
y así, os suplico me deis  
licencia de retirarme  
a Gaeta.  
REY. ¡Eso es matarme!  
No quiero que os retiréis.  
CARLOS. Señor, con vuestra licencia,  
en Nápoles no he de estar  
dos horas.  
REY. Yo os doy lugar,  
siendo así, a mayor ausencia,  
pues quiero que a Margarita  
hasta España acompañéis.  
CARLOS. ¡Señor!  
REY. Luego os prevendréis.  
(Tanto el agravio me incita,  
que si aquí más se detiene,  
pienso que he de hacer en él  
lo que hice en el papel.)  
A Otavio, que se previene  
ya en mis galeras, llamad,  
porque también la acompañe;  
y en enviaros a España

(82) Faltan dos versos de esta redondilla.

no os bago poca amistad.  
Id a preveniros.

CARLOS. Voy  
a obedeceros en todo.  
(Viéndole hablar deste modo,  
confuso y dudoso estoy.)

[*¡Asc.*]

REY. Con causa he notado en él  
clara inocencia de Abel. (83)

[*(Salen ISABELA y MARGARITA.)*]

ISABELA. Que, al fin, me manda casar  
por fuerza.

MARGAR. Pues ¿qué le mueve?

ISABELA. Margarita, no se atreve  
el alma a hablar, por no hablar  
en cosas que se veneran  
por divinas, siendo [humanas] (84)  
tanto, que entre las hermanas  
la digna quietud alteran.

Y no me preguntes más.

MARGAR. Harto me has dado a entender.  
¡Basta! La Reina es mujer;  
¡rabiando voy!

REY. ¿Dónde vas,  
Margarita?

MARGAR. Como es hoy  
mi partida, no sosiego.

REY. Y ha de ser, señora, luego.

MARGAR. Siempre prevenida estoy;  
mas suplico a Vuestra Alteza  
me haga, por la despedida,  
una merced.

REY. Mientras pueda,  
mi majestad, mi grandeza  
son tuyas.

MARGAR. Pues todas hoy  
las ilustras con hacermé  
este favor.

REY. Ya es ponerme  
en el cuidado en que estoy.

Di lo que mandas.

MARGAR. Señor,  
pues [que] la jornada es corta,  
vaya Carlos, que me importa,  
conmigo.

REY. Suyo el favor.

ISABELA. No sé yo si mi señora  
la Reina lo ha de llevar  
con gusto, porque casar  
con Carlos me mandó agora.  
(Ansí pretendo acabar  
con Carlos.)

REY. [*Ap.*] Prudente y sabio  
he averiguado mi agravio,  
que en secreto he de vengar.

[*Salen CARLOS y OTAVIO.*]

CARLOS. Ya, [gran señor.] está aquí  
Otavio; yo prevenido  
para partirme.

REY. Servido  
siempre, Carlos, de vos fui  
con tal cuidado.

CARLOS. Señor,  
son estas causas forzosas,  
porque a vos y a vuestras cosas  
tengo un entrañable amor,  
que sabe mi voluntad. (85)

MARGAR. ¿Cuándo ha de ser la partida?  
REY. Luego.

MARGAR. Pues partamos luego.  
REY. Llevaréis, Otavio, un pliego...  
CARLOS. Isabela de mi vida,  
de ti la envidia me aparta.

ISABELA. Di vil ambición, ¡cruel!  
CARLOS. ¿Yo ambición?

REY. Y dentro dél  
una carta, y esta carta  
la habéis de abrir en el mar,  
y haced lo que os ordenare,  
sin que en cosa se repare,  
que yo lo sabré pagar;

OTAVIO. mirad que de vos me fio.  
REY. En mi un esclavo tenéis.  
Venid, porque os despachéis.  
Carlos es amigo mío,  
y con vos lo envío; así,  
regálalle afable y fiel,  
que lo que hiciereis por él  
lo hacéis, Otavio, por mí.

[*¡Fase el REY.*]

ISABELA. ¡Que sea a mi amor ingrato

(83) Faltan dos versos de esta redondilla, y dos acotaciones.

(84) hermanas.

(85) Faltan tres versos para completar la redondilla.

y que Carlos traidor sea  
conmigo!) ¿Vais a que os vea  
el Rey?

CARLOS. De serviros trato.  
MARGAR. ¿No os despedís de Isabela?

CARLOS. Ya cesaron mis engaños.  
MARGAR. Pues ¿cómo amor de dos años  
en una hora se consuela?

CARLOS. Porque un desprecio es valiente  
en un pecho generoso,  
un eclipse riguroso  
turbó el sol en nuestro Oriente,  
que aunque hermoso y soberano  
siempre mi alma alumbró,  
el rigor le oscureció  
con la sombra de una mano.

ISABELA. Sin duda es mano real  
la que tal sombra ha infundido.

MARGAR. Mano poderosa ha sido,  
cuando [es] Carlos desleal:  
papel fué y contrato llano  
que con labios se firmó,  
y al fin, mano que se dió  
y que agora da de mano.

(Vase.)

ISABELA. El Conde-table es mi dueño;  
si Carlos contigo va,  
queda con el Conde acá  
el alma en dichoso empeño. (86)

Hasta que la noche,  
con negros asombros,  
nos dé lisonjera  
sepulcro oloroso;  
y porque conozcas  
la quietud que compro,  
debiéndose a ti  
tan felices logros,  
es el Condestable  
el dueño que adoro;  
en él, con el alma  
me enternezco (87) y gozo.  
Paloma en el prado,  
tortola en el olmo,

(86) Esta redondilla va inmediatamente después de los versos hexasilabos; la anteponeimos porque así hace mejor sentido. Los versos hexasilabos es indudable que han sufrido, al ser impresos, un largo corte.

(87) enternesco.

que el Amor podía  
castigarle él solo.

CARLOS. Justo castigo me das,  
y que es el mayor advierte;  
pero, si casada estás,  
verás dar al Conde muerte.  
y a mi morir me verás.

ISABELA. Si no me matas primero,  
no podrás matarlo a él,  
porque ya le considero  
en mi pecho.

CARLOS. ¡Ah, ingrata, infiel!  
ISABELA. Que te goces, Carlos, quiero  
con la prenda a quien conoces  
superior grandeza.

CARLOS. Yo  
no quiero que [así] te goces  
con él.

ISABELA. ¿Qué locura!  
CARLOS. ¿No!  
ISABELA. Carlos, vete o daré voces.

(Sale la REINA.)

REINA. ¿Qué es esto, Isabela?  
ISABELA. (Aquí  
disimular es forzoso.)

REINA. ¿Tú descompuesta, y tú así?  
ISABELA. Estoy con Carlos, mi esposo,  
que luego te obedeci.

CARLOS. Y yo con mi esposa estoy.  
REINA. ¿Con vuestra esposa, villano?  
CARLOS. Noble soy, y vuestro soy.

REINA. ¿Traidor, con fuerza de mano  
se vengan agravios hoy!

ISABELA. ¿No me mandó Vuestra Alteza  
que me casara con él?

REINA. Si, mas no con tal presteza.

CARLOS. Y yo, por vuestro papel,  
soy dueño de su belleza.  
[REINA.] ¿Sois traidor, (88)  
sois alevoso!

(Sale el REY ENRIQUE.)

REY. ¿Qué es esto?

REINA. Estos villanos, señor,  
que en contingencia me han puesto  
de un desconcierto.

ISABELA. El rigor

(88) Así este verso, atribuido a MARGARITA. Fal-  
tan cuatro sílabas.

de Su Alteza porque estaba hablando a mi esposo aquí.

CARLOS. Y yo, señor, porque hablaba a mi esposa.

REINA. ¡Honor se acaba! (89)

ISABELA. Celos llevo, aunque los doy.

CARLOS. De celos voy abrasado.

¡muerto estoy!

*(anse.)*

REINA. ¡Perdida estoy!

REY. Solos habemos quedado.

REINA. Pues ¿qué dices?

REY. ¡Piedra soy!

REINA. Magno y poderoso Enrique, que sois, por prudente y sabio, si eternidad de los bronce, almas de los alabastros: justicia vengo a pedir, a vuestros pies soberanos, y venganza juntamente, pues son vuestros los agravios; y porque Carlos y yo somos, señor, los culpados, la justicia que aquí os pido ha de ser de mí y de Carlos.

REY. ¿Qué decís?

REINA. Verdades digo, y vos sois el agraviado.

REY. ¿Vos y Carlos me ofendéis?

REINA. Oíd el caso.

REY. ¡Es el caso, no para oído prudente, sino para castigarlo!

REINA. Agradecida, señor, al espíritu gallardo de Carlos y a los servicios que en todo el discurso largo del camino me hizo, quise satisfacello pagando con voluntad sus deseos y con obras los regalos; y así, un día, estando él de mi intención descuidado, hallándole (90) solo...

REY. [Ap.] ¡Ah, cielos...

REINA. ya se va precipitando!

REINA. Hallándolo solo, al fin,

le di, señor, por premiallo, el alma y la mano...

REY. [Ap.] ¡Eché el sello y perdió el recato!

REINA. De la infanta Margarita. (91)

REY. ¡Honor ya resucitado,

ved lo que ha valido en vos

vencerlos y reportaros!

Y agora, con el placer me importa hacer otro tanto, que de resistir desvelos está el sufrimiento flaco.

REINA. Dióle la mano de esposa

Margarita, y el contrato del casamiento, el perjurio osó firmar en su mano, dejando los labios, que eran de su Isabela holocausto, (92) letras de rosas impresas sobre sus jazmines blancos; con esta siguridad,

las visitas a su cuarto permití, donde, atrevido, de las manos pasó el falso a los brazos; ved qué intenta, cuando Amor llega a los brazos.

Y pues yo la culpa tengo, siendo la ocasión del daño, su misma pena merezco; y así, puedes castigarnos a los dos, pues en los dos sólo consiste este agravio.

REY. Dos mil veces te perdono, sin celos ni sobresaltos, los disgustos que me distes por las nuevas que me has dado. (Mas quiero disimular);

no me quejo yo de Carlos: de vos, señora, me quejo, pues a mí y a vuestro hermano (93) tan grande ofensa habéis hecho, abriendo a civiles (94) bandos Nápoles y Portugal,

¡soberbio y sangriento paso!

REINA. Yo forzado le casé.

REY. ¡Y que me lo haya negado

(91) A continuación de este verso:

REY. ¿De quien?

REINA. De mi hermana.

(92) olocausto.

(93) vuestra hermana.

(94) civiles.

(89) El honor se acaba. Falta un verso de esta quintilla.

(90) habiéndole.

tantas veces!

REINA. Fué concierto entre los tres el negarlo.

REY. ¿Esto es lealtad, esto es fe? ¡Oh, vil! oh, vasallo ingrato, vive Dios, que te he de dar con el alma tiernos brazos!

(*Salgan todos.* (95))

¡Ah de mi guarda!

CRIADO. ¿Señor?

REY. ¡Traedme aquí preso a Carlos!

(*Sale el CONDESTABLE.*)

CONDEST. ¿Voces, señor?

REY. Condestable, ya quedo desengañado.

(*Sale ISABELA, y CARLOS y CORVINO.*)

ISABELA. ¿Carlos preso? ¡Amor me venga!

CORVINO. Morir intento a su lado, con mi señor, si esto es justo. Ya está aquí Carlos.

REY. ¡Villano, fementido, lisonjero! (Mejor dijera vasallo leal, discreto y prudente.) Ya la Reina me ha contado vuestras traiciones y culpas.

CARLOS. ¿Qué es esto?

REY. ¿Vos mi cuñado?

CARLOS. ¿Yo? Su Alteza lo propuso, vuestros disgustos y agravios, cuando, obligado y por fuerza, di a Margarita la mano, donde con decoro puse en su presencia los labios, sin haber, señor, jamás el pensamiento pasado al menor atrevimiento, que con amor limpio y casto la he servido, su hermosura y su deidad venerando.

[REY.] ¿Qué dices?

CARLOS. Lo que es verdad.

REY. ¿No hubo más?

CARLOS. Imaginarlo sólo, a mi lealtad ofende. La verdad os he contado.

(*Sale MARGARITA.*)

MARGAR. Dicen que me esperan ya, y así, a despedirme salgo de Vuestra[s] Alteza[s].

REY. Preso vaya el Conde.

CONDEST. ¿No?

REY. ¡Llevaldo!

MARGAR. ¿Por qué le prende?

REY. Señora, por cometer en palacio crímenes (96) que vos sabéis; testimonio fué excusando las bodas con Isabela.

MARGAR. ¿Qué decís?

REY. Lo que ha pasado.

MARGAR. ¡Engañada fui!

REY. Yo doy por glorioso vuestro engaño.

MARGAR. Carlos, vamos, pues ya es hora.

REY. Ya no puede acompañaros Carlos.

MARGAR. ¿Por qué?

REY. Porque agora con Isabela le caso.

ISABELA. ¿Cómo, si es el Condestable mi dueño ya?

CARLOS. Bien casados os haga Amor mereciendo lo que me ha costado tanto. (Esto han podido los celos, ¡dignamente me he vengado!)

MARGAR. ¿Yo me parto a Portugal, aunque Carlos me ha besado la mano como a su esposa?

REINA. Fué besarla entonces daros la obediencia como reina.

MARGAR. ¡Fué fuerza!

REY. Si fué forzado, besarla [ha] (97) segunda vez, la escritura cha[n]celando, vuestra mano: Carlos, llega, llega y bésale la mano a la reina Margarita.

CARLOS. ¡Vuestra Alteza largos años se goce!

MARGAR. Carlos, con vos.

CARLOS. ¡Soltad!

(95) Con letra redonda, como si fuera un verso.

(96) crímenes.

(97) besarale.

MARGAR. A firma de labios  
fuerza de mano, y así  
será imposible soltaros.

CORVINO. ¡Ratonera fué de golpe!

REY. ¡Castigaré el desacato!

MARGAR. ¡Carlos es mío!

REINA. ¿Qué es esto?

MARGAR. Esto es ganar por la mano.

CARLOS. ¿Yo, señora?

CORVINO. ¡Come y calla!

(Sale OTAVIO.)

OTAVIO. Dame esos pies.

REY. ¿Qué hay, Otavio?

OTAVIO. De una falúa francesa,  
del fin del salado campo,  
este pliego recibí.

REINA. ¿Qué es esto, Isabela?

REY. Del rey es. Dice tu hermano:  
"la jornada por agora  
se suspenda, que no trato (98)

(98) trata.

de casar ya a Margarita".  
Esto solamente aguardo  
para darte aquí con ella  
tiernos y amorosos lazos,  
y el Ducado de Calabria;  
que a ser otro yo os levanto  
porque sea la amistad  
más conforme.

[CONDEST.] Avergonzado,  
Carlos, os pido perdón.

REY. Ved cómo son temerarios  
a veces los pensamientos;  
y así, para castigarlos,  
de Nápoles os destierro.

CARLOS. Yo quedo necio y casado.

ISABELA. Casada y sin Carlos quedo.

MARGAR. Por mi diligencia gano  
a Carlos.

CORVINO. Parece fin  
de comedia; ése le damos  
a la nuestra, los defectos  
y las faltas perdonando.

# AMOR CON VISTA

## COMEDIA

### PERSONAS DEL PRIMER ACTO

EL CONDE OTAVIO. EL CONDE FABRICIO, *padre de Fénis.*  
**TOMÉ, criado suyo.** *dre de Fénis.*  
 CELIA. FLORA, *criada.*  
 LISENA. CÉSAR.  
**FÉNIS, damas.** [ALBANO, *criado suyo.*] (1)

### ACTO PRIMERO

(CELIA y LISENA, *damas.*)

CELIA. Escribíome que partía;  
 ya no es posible tardar.  
 LISENA. ¿Lo que tanto ha de durar  
 sientes esperar un día?  
 CELIA. No es la pena (2) que resisto  
 Amor en todo rigor,  
 porque nadie tiene amor  
 a las cosas que no ha visto.  
 Engéndrase amor del ver.  
 [LISENA.] También del imaginar,  
 y quien se piensa casar  
 ya sabe que ha de querer.  
 CELIA. Deseos de ver me dan  
 si a la verdad corresponde  
 cómo me han pintado al Conde  
 tan gentilhomme y galán.  
 LISENA. ¿Quién duda que será así.  
 y que no te han engañado?  
 CELIA. Sin (3) los ojos me he casado;  
 quejosos están de mí,  
 que por no tener enojos  
 con lo que se ha de querer,  
 les da el alma su poder

(1) La hoja 2, en cuyo r se encuentran estas *personas*, se halla rota e incompleta en su mitad. Los *personajes* tienen el siguiente reparto:

*El Conde Otavio.*—*Autor; Tomé, criado suyo.*—*Vobadilla; Celia.*—*M[ari]a (tachado: de Calderón; y enmendado encima): Vitoria; Lisena.*—*Autora; Fénis, damas.*—*M[ari]a Ca[lderón].*

(2) Tachado: *rencor el;* y corregido, encima: *a pena.*

(3) Antes de *sin*, tachado *neza*.

en causa propia a los ojos;  
 que ellos los primeros son,  
 en tanto que el bien se alcanza,  
 los que van con la esperanza  
 a tomar la posesión (4);  
 mas (5) cuando no me contente,  
 yo te aseguro de ser  
 sólo en mudarme mujer,  
 y no suya eternamente.

LISENA. La dicha, Celia, no estriba  
 de una mujer en que sea  
 lindo el hombre en quien se emplea  
 para que contenta viva;  
 un discreto entendimiento  
 y una (6) dulce condición  
 partes principales son  
 de un dichoso casamiento;  
 ruega que las tenga el dueño  
 que esperas, para que seas  
 dichosa si en él te empleas.  
 CELIA. En esta jornada empeño  
 no más que haberlo tratado;  
 aquí el Conde ha de venir  
 y en ese cuarto vivir  
 que le tengo aderezado;  
 supliquéle que viniese  
 solo y secreto.

LISENA. Y es justo,  
 porque no siendo a tu gusto,  
 como se vino se fuese;  
 que a los que te han deseado  
 en Nápoles, no has de dar  
 ocasión de murmurar,  
 Celia, el no haberte casado.  
 Y aun tuviera por mejor  
 que no viviera en tu casa,  
 que si después no se casa,  
 no queda tan bien tu honor.

CELIA. Si él viene aquí disfrazado,

(4) Esta redondilla y la anterior, escritas al margen, verticalmente.

(5) Antes de *mas*, tachado *pero*.

(6) Después de *una*, tachado *amor*.



LISENA. ¿quién ha de saber quién es?  
La pretensión del Marqués.  
que dos años te ha mirado.

(FLORA.)

FLORA. No pido albricias, pues ya  
sabrás que el Conde ha venido,  
con decir que albricias pido.

CELIA. ¿Venido?

FLORA. A la puerta está.

CELIA. Confieso que me he turbado.

¿Mucha gente?

FLORA. Sólo un hombre.

CELIA. Y él, ¿qué traza?

FLORA. Gentilhombre

y a lo virote emplumado.

¿Ha de subir luego aquí,

o (7) en su cuarto se ha de entrar?

CELIA. Eso le has de preguntar.

Flora, al Conde, que no a mí.

(El Conde Otavio, Tomé, criado.)

OTAVIO. Aunque atrevimiento sea,  
que claro está que lo es,  
turbado pido los pies  
que toda un alma desea.

Mal dije en haber pensado  
que turbado y necio estoy,  
si en entrambas cosas doy  
indicios de desposado:

porque en el concierto nuestro  
es (8) atrevimiento injusto,  
no sabiendo vuestro gusto,  
presumir de ser tan vuestro:

mas, como breve ocasión  
no da lugar al consejo,  
cuanto callo y siento dejo.

Celia, a vuestra discreción;

que el estar necio y turbado  
justa disculpa ha tenido:  
de mí (9), por recién venido,  
y de vos, por desposado.

Con esto quiero rendirme,  
que no es razón perdonarme,  
ni a mí, por necio, alargarme,  
ni a vos, por turbado, oírme.

CELIA. Entrambas cosas creyera

(7) Antes de o, tachado en.

(8) Antes de es, tachado q[ue].

(9) Antes de por, tachado necio; de mí, antes de  
necio, fuera de la caja de la escritura.

trasladábades de mí.  
si lo que habéis dicho aquí  
esas dos faltas tuviera.

Vos seáis muy bien venido,  
que con este descengañó  
no podrá llamarse a engaño  
ni la vista ni el oído.

Hable vuestra señoría  
a mi prima.

OTAVIO. Deslumbrado  
del sol podré, disculpado,  
deciros que no la vía.

No tengo qué os ofrecer:  
pedid de mi voluntad  
a mi dueño la mitad,  
que la di en llegando a ver.

LISENA. Quitársela no es razón  
a quien tan bien la merece:  
lo que la mía os ofrece  
es deuda y obligación:  
que, en fin, ya sabéis mi nombre,  
y, como menos turbada,  
pues no soy la desposada,  
digo que sois gentilhombre. (10)

OTAVIO. Bésoos las manos, que ya  
con ese crédito puedo  
perder a mi dueño el miedo,  
que atenta mirando está

CELIA. las faltas que vos no veis,  
como no soy para vos.  
Si os habláis así los dos,  
que me turbe excusaréis:

OTAVIO. pero, si no estáis cansado,  
entrad donde estéis mejor.  
En viendo vuestro valor,  
descansé de mi cuidado.

(Con reverencia se entren los tres.)

TOMÉ. Detenga vuesa merced  
el (11) chapín, por cortesía,  
si merece mi osadía  
locutorio por la red;  
y aunque no me ha preguntado  
quién soy, ni a lo que he venido,  
puesto que habrá presumido  
que soy del Conde criado,  
si el Conde se ha de llamar  
 viniendo aquí de secreto,  
sepa que es el mismo efeto

(10) Atajada esta redondilla.

(11) Antes de el, tachado aq[ue].

esto en que la quiero hablar.  
 FLORA. Atenta a la cara estoy,  
 mas que al libre razonado.  
 TOMÉ. ¿Si la tengo de criado?  
 Pensó (12) bien, el mismo soy.  
 FLORA. ¿Qué (13) me quiere, finalmente?  
 TOMÉ. Esta ropa que he (14) traído,  
 ¿tiene lugar conocido  
 donde (15) estar seguramente,  
 o ha de alojarse en posada?  
 FLORA. Si sabe que ésta ha de ser  
 la que el Conde ha de tener,  
 ¿no es la pregunta excusada?  
 Aposento se le ha hecho  
 que el rey le puede ocupar.  
 TOMÉ. ¿Y al alma qué le han de dar?  
 FLORA. Daránle de Celia el pecho.  
 TOMÉ. ¿Hallaré yo quien me dé  
 algún aposento a mí?  
 FLORA. Para que le sirva, sí,  
 y cerca del Conde esté.  
 TOMÉ. ¿Y para la voluntad?  
 FLORA. ¿Tan presto quiere aposento?  
 TOMÉ. Soy frágil, y luego intento  
 no padecer soledad.  
 FLORA. ¿El nombre?  
 TOMÉ. Tomé.  
 FLORA. ¿Buen nombre!  
 TOMÉ. ¿El suyo?  
 FLORA. Flora.  
 TOMÉ. Convienes.  
 Flor, con el nombre que tienes.  
 FLORA. ¿Es burla?  
 TOMÉ. ¿Dichoso el hombre  
 que (16) tuviera en su jardín...!  
 FLORA. No lo digas: estas llaves (17)  
 son del cuarto.  
 TOMÉ. ¿Qué suaves  
 ojos! ¿Hoy serás mi fin!  
 FLORA. Pon la ropa en él, y adiós;  
 y mira que desde aquí  
 corre esa hacienda por ti.  
 TOMÉ. ¿Cuándo hablaremos los dos?  
 FLORA. Advierte (18) lo que te digo,

y (19) deja burlas.  
 TOMÉ. Si haré.  
 (FLORA se entre y OTAVIO sale.)  
 OTAVIO. ¿Contento vengo, Tomé!  
 TOMÉ. Del que tienes soy testigo,  
 después que vi la Condesa.  
 OTAVIO. ¿No te ha parecido hermosa?  
 TOMÉ. Cual suele salir la rosa  
 de su verde cárcel presa,  
 o la azucena esmaltada  
 de rayos de oro en marfil.  
 OTAVIO. ¿Por mi vida que es gentil  
 y digna de ser amada!  
 TOMÉ. ¿Cómo te va de deseo?  
 OTAVIO. Aunque he visto su valor,  
 en la cartilla de Amor  
 las primeras letras leo;  
 quíerola, no hay que tratar,  
 es buena para mujer;  
 y aunque es acabar de ver  
 comenzar a desear,  
 no me ha sucedido así.  
 TOMÉ. Tanto habrás imaginado, [do.(20)  
 que es menos lo que has halla-  
 Las llaves me han dado aquí  
 del aposento en que estás.  
 OTAVIO. Pienso que será excusado,  
 que Celia a entender me ha dado  
 que su pensamiento es  
 que nos desposemos luego.  
 TOMÉ. ¿Tan bien le pareces?  
 OTAVIO. Tanto,  
 que de permitir me espanto  
 que un hora tenga sosiego.  
 En obedecerla estoy;  
 que, aunque (21) no estoy muy per-  
 para amores de marido [dido,  
 bastantes indicios doy;  
 pero, al fin, el yugo es grave.  
 TOMÉ. Ahora debes de estar  
 como quien mira a la mar  
 cuando ha de entrar en la nave.  
 Yo imagino el casamiento,  
 como si ella se secase

(12) Antes de *penso*, tachado *cl*.(13) Antes de *que*, tachado *finalm*.(14) Antes de *he*, tachado *tra*.(15) Después de *dónde*, tachado *la ponga y asiente*.(16) Antes de *que*, tachado *no lo di*.

(17) Tachado este verso completo, y luego vuelto a escribir.

(18) Antes de *advierte*, tachado *está bien en q[ue]*.(19) Antes de *y*, tachado *dexa*.(20) Corregido este verso: q[ue] es, fuera de la caja de la escritura y antes de *cl* tachado; a continuación, *menos*; después *lo* tachado, sobre el renglón; *habrás hallado* tachado, y sustituido *por lo q[ue]* *as hallado*.(21) Antes de *aunq[ue]*, tachado *aun*.

y en las arenas dejase  
los hijos de su elemento;  
que como allí se verían  
tantas formas de pescados,  
se verían los cuidados  
que los casamientos crían:  
enojos, impertinencias,  
gastos, hijos, condiciones,  
celos, iras y aun traiciones,  
si se descuidan ausencias;  
pero, como se verían  
también perlas y corales  
y otros diversos metales  
que o se pierden o se crían,  
así se miran también,  
acertado un casamiento,  
la honra, el gusto, el contento,  
y el fin para el sumo bien.

(FÉNIS, dama, huyendo.)

FÉNIS. Si le corre obligación  
a un hombre, por hombre, el ser  
amparo de una mujer,  
aquí tenéis la ocasión:  
caballero parecéis:

OTAVIO. confirmado en ampararme.  
No acierto a determinarme,  
tal confusión me ponéis.

FÉNIS. ¡Mirad que me han de matar,  
si no me escondéis!

OTAVIO. Tomé,  
¿qué haré?

TOMÉ. ¡Qué lindo "Qué haré"!  
Conmigo podéis entrar,  
que aquí hay aposento y llave  
donde segura estaréis.

FÉNIS. ¡Alma y vida me daréis!

(Entreense.)

OTAVIO. ¡La mujer es bella y grave!  
Algún suceso habrá sido  
entre honor y amor causado;  
ejemplos de desdichado  
en visperas de marido,  
¡mal principio, triste agüero,  
desdichas son prevenidas!

(El CONDE FABRICIO, viejo, con la espada desnuda.)

FABRICIO. ¡Quitaréle dos mil vidas!

¡Habéis visto (22), caballero,  
una mujer por aquí?

OTAVIO. En este punto llegó  
una silla en que se entró,  
si es la mujer que yo vi;  
y no la sigáis, que lleva  
cuatro valientes soldados.

FABRICIO. ¿Qué se cansan mis cuidados?  
Aquí la traición se prueba:

todo estaba prevenido,  
silla y soldados de guarda.  
¿Qué es lo que mi honor aguarda?  
Traición de Leonardo ha sido  
¡A su casa voy, ah, cielos!

([Váyase.] )

OTAVIO. ¡Qué bien despachado va,  
si es marido! Si será,  
que hablaba en trai[ción y] celos.

(Entre CÉSAR y ALBANO, criado.)

CÉSAR. ¡Qué tarde me has avisado!

ALBANO. Por detener a Fabricio.

CÉSAR. Fué de poco seso indicio  
el haberla amenazado.

ALBANO. ¿Qué llamas amenazar?

¡Y aun ejecutar su muerte!

CÉSAR. ¿Que pudo salir de suerte  
que no la viese pasar,  
estando esperando enfrente!

ALBANO. Ya te he dicho cuanto pasa.

CÉSAR. ¿Si se entró en alguna casa?

OTAVIO. Este es galán o pariente. (23)

ALBANO. De Celia a la puerta está  
un gallardo (24) forastero.

CÉSAR. ¿Habéis visto, caballero,  
un hombre mayor que va  
desnuda la espada?

OTAVIO. Aquí,

sin color, me preguntó  
por una mujer, y yo  
que la vi le respondí  
entrar en una bordada  
silla que dos turcos llevan;  
pero es error que se atreven  
brios de la edad pasada  
a un caballero que allí

(22) Después de *visto*, tachado *por*.

(23) Después de este verso, tachado otro: *allí he visto un forastero*.

(24) Después de *gallardo*, tachado *caballero*.

ella Leonardo llamó,  
por cuyos brazos entró  
adonde os digo.

CÉSAR. ¡Ay de mí!

OTAVIO. Porque lleva seis soldados,  
y aun españoles parecen.

CÉSAR. ¡Aquí, con mi honor, fenecen  
mis amorosos cuidados!

De los dos concierto ha sido;  
no tuve celos en vano.

OTAVIO. Aquel caballero anciano  
¿es su padre, o su marido?

CÉSAR. Su padre, que locamente,  
por amenazarla, dió  
la causa que la obligó  
a que su deshonra intente.

OTAVIO. ¿Quién es?

CÉSAR. El conde Fabricio.

OTAVIO. ¿Que es mujer tan principal?  
Y este Leonardo, ¿es su igual?

CÉSAR. Llevársela ¿no es indicio?  
Vos (25) ¿quién sois?

OTAVIO. Un (26) caballero  
milanés, que en este punto  
llegó a Nápoles.

CÉSAR. Pregunto,  
haciendo salva primero  
al secreto y cortesía:  
¿sois el conde Otavio?

OTAVIO. Soy  
quien comienza desde hoy  
esta empresa, ajena o mía.

CÉSAR. El daros satisfacción  
me toca de aquesta dama,  
por mi honor y por su fama;  
pero no en esta ocasión.

Dadme licencia que luego  
os vuelva a ver.

OTAVIO. Id con Dios.

(Váyanse y entre [Tomé].) (27)

Tomé. Aguardaba que estos dos  
se fuesen; muriendo llevo  
de risa, por una parte,  
y por otra de pesar.

OTAVIO. No te acabaste de entrar,  
tanto que aun pudo toparse,  
cuando el padre esa dama

que nos ha pedido ayuda  
vino, la espada desnuda,  
para defender su fama.

Díjeme que la llevó  
en una silla un galán,  
y que seis soldados van  
en su escolta, y lo creyó,

diciendo: "Traición ha sido  
de Leonardo", y fuése airado  
tras esto; el más agraviado,  
si pensó ser su marido,

y, como viste, gallardo,  
vino, y de la misma suerte  
fuego por los ojos vierte  
en busca del tal Leonardo,

que, seguro de su ofensa,  
no sabrá qué responder.

¿Qué has hecho desta mujer?  
Y ella, ¿qué dice, o qué piensa?

Porque, ¡vive Dios!, que ha sido  
defenderla necio error,  
porque son cosas de honor  
donde hay padre y hay marido.

Tomé. Señor, si tan cierto sabes  
que es aquesta noble dama  
hija del conde Fabricio,  
¿por qué te pesa de darla  
favor en esta ocasión?  
Que un padre injusto la casa  
contra su gusto. ¿Es delito  
huir la desnuda espada  
de un hombre que con la ira  
cerca estuvo de matarla?

Y a tí, porque la defiendas  
¿puede resultarte infamia?  
Nunca te he visto tan necio.  
¿Párecete que es ganancia  
dar a Celia pesadumbre  
por esconderla (28) en su casa  
y a su padre y su galán  
para que se ofendan causa?  
¿Qué bien dicen que ninguno  
sabe, cuando se levanta,  
en qué ha de acabar el día!

Porque, ¿quién imaginara  
lo que nos ha sucedido?  
Tomé. Señor, tú puedes dejarla  
por los respetos que dices,  
puesto que es cosa inhumana:  
pero yo, si dos mil vidas  
me cuesta, no he de entregarla

(25) Antes de vos, tachado *el*.

(26) Después de *un*, tachado *criado*.

(27) *Tomé*, escrito de otras letra y tinta.

(28) Después de *esconder*, tachado *en su casa*.

OTAVIO. al tirano que la fuerza.  
 ¡Necio! ¿qué furor te engaña?  
 ¿No es locura que a su padre  
 escondas, sin irte nada,  
 una mujer principal? (29)  
 TOMÉ. Yo sé que me disculpas  
 si la hablas o la vieras.  
 OTAVIO. Si la viera o si la hablara,  
 la aconsejara su honor.  
 TOMÉ. ¡Ah, señor!, que en nuestras almas  
 tiene gran jurisdicción  
 la hermosura en la desgracia;  
 aquel mero mixto imperio  
 que tiene una (30) hermosa cara  
 bañado en liquido aljófar (31)  
 sobre dos rosas de nácar,  
 ¿a qué bárbaro no rinde  
 de la más desierta Arabia?  
 ¿A qué fiera donde el Nilo  
 las siete bocas desagua?  
 Parece que a las mujeres  
 dió Naturaleza sabia  
 horca y cuchillo en los ojos,  
 y más si lloran con gracia.  
 Si vieras tú, como yo,  
 dos estrellas animadas  
 llover perlas en claveles,  
 por dos caminos de plata;  
 si vieras, entre suspiros,  
 que con una mano blanca  
 limpiaba soles un lienzo,  
 que el dolor bañaba en agua;  
 si vieras unos cabellos  
 que descompuestos bajaban  
 a servir de celosías,  
 porque dos niñas se bañan (32),  
 y que entre aquestos efetos  
 formaba tiernas palabras  
 el instrumento más dulce  
 de las acciones humanas,  
 diciendo: "¡Ay, padre cruel!  
 ¿por qué me fuerzas y casas  
 con un hombre que aborrezco?",  
 ¿qué dijeras, qué intentarías?

(29) Después de este verso, tachado otro: *si la vieras o la hablas*.

(30) Antes de *una*, tachado *de cr.*: *que tiene al comienzo del verso, fuera de la caja de la escritura*

(31) Antes de *bañada*, tachado *que*; después de *en*, tachado *perlas*.

(32) Añadido *por q[ue]* al comienzo del verso, fuera de la caja de la escritura; la *q* enmendada sobre una *a*; *niñas*, enmendado sobre *niños*; antes de *se bañan*, tachado *q[ue]* así *bañan*.

No es hombre quien esto sufre,  
 áspid de la Scitia helada  
 anima su ingrato pecho,  
 pues que la deuda no paga  
 a las mujeres debida  
 desde las primeras fajas,  
 desde la primera cuna,  
 y aun antes que el hombre salga  
 a la luz del sol, que allí  
 como víbora las mata  
 con achaques, con antojos,  
 y aun con la vida.

OTAVIO. No hagas  
 en su defensa, Tomé,  
 conmigo oración tan larga;  
 no tienen hombre en el mundo  
 que como yo satisfaga  
 la deuda a los nueve meses;  
 pero, en la presente causa,  
 ¿qué puedo yo hacer por ella?

TOMÉ. Sólo hablarla y consolarla,  
 ya que se valió de ti;  
 que ella te dará la traza,  
 como tú la favorezcas.

OTAVIO. ¿Adónde está?

TOMÉ. En esta sala.

OTAVIO. ¿Viéronla entrar?

TOMÉ. Fué ventura,  
 que en corredor ni ventana  
 no estaba persona entonces.

OTAVIO. Abre, y pon luego la aldaba.

(Salga FÉNIS.)

FÉNIS.

Si donde la belleza  
 del exterior ornato y compostura  
 confirma la nobleza  
 y las obligaciones asegura  
 de un noble caballero,  
 de vuestros pies favorecerme quiero.

OTAVIO.

Tened, tened, señora.

FÉNIS.

No juzguéis mi desgracia a culpa mía,  
 pues oyéndome agora  
 culparéis de un tirano la porfía,  
 cuyo (33) acero desnudo,

(33) Antes de *cuyo*, tachado *q[ue]* *el*.

si no fuera por vos, matarme pudo.

Pensaréis que ha nacido  
de ser liviana yo la inobediencia  
de (34) que estará ofendido;  
pues sabed que es valor mi resistencia  
y una virtud causada  
del mismo honor a que nací obligada.

Es el conde Fabricio  
mi padre, de alta sangre y de alto nombre;  
mas como el buen juicio  
y la virtud hagan perfecto al hombre,  
entre gente que sabe  
no hay alto nacimiento que se alabe.

Dos nobles caballeros  
me han pretendido, en sangre y renta iguales,  
pero satisfaceros  
puedo segura yo que, con ser tales,  
ninguno me ha inclinado  
a ser oído, cuanto más amado;

César llaman al uno,  
Leonardo al otro; el César, con el nombre,  
no sufre igual ninguno  
en el valor, en rico y gentilhombre;  
pero no le ha valido  
para ser a Leonardo preferido:

pidiéndome arrogante,  
mi padre concertó mi casamiento;  
Leonardo, al mismo instante,  
le declaró también su pensamiento,  
con que, dudoso el viejo,  
si no la voluntad, mudó consejo;

César, en esto airado,  
por quitar a Leonardo la esperanza,  
libre y desatinado,  
dijo, mintiendo, ¡extraña confianza!,  
entre algunos señores  
que tenía de mi falsos favores,

y Leonardo (35) presente  
a la conversación de cierto día,  
se alabó libremente  
de que por prendas de mi amor tenía  
lo que puede la boca  
permitir de licencia al que la toca. (36)

La honestidad consiste

en resistir los labios una dama,  
que si no los resiste,  
para su infamia abrió los de la fama;  
porque quien los entrega (37)  
confiesa, mas con la lengua niega, (38)

Melindre no os parezca  
que mis labios sintiesen sus agravios,  
que no es bien que merezca  
la puerta del amor, que son los labios,  
quien, antes de tenellos,  
tan necio se alabó de merecellos.

Esta loca mentira  
me dijo, visitándome, Leonardo  
para moverme a ira,  
y desde entonces esta afrenta guardo  
de suerte en mi sentido  
que le aborrezco cuando no le olvido. (39)

Mi padre, que debiera,  
por la misma razón, tenerle en poco,  
en darme persevera  
a un hombre para mí tan necio y loco;  
que hoy quiere, hoy dice (40), hoy jura  
que tengo de firmalle la escritura.

Nuestros deudos se juntan,  
aunque él estaba ausente y recatado;  
luego por mí preguntan,  
yo salgo, y miro con el rostro airado  
a mi padre, al notario,  
cual bravo con la espada a su contrario;

tomo la pluma, escribo,  
al tiempo de otorgalla, que no quiero  
ni admito ni recibo  
a César por marido, y con severo  
rostro en la escrita suma,  
a espaldas vueltas arrojé la pluma.

No suele así cometa  
pasar resplandeciendo por el viento,  
y por senda imperieta  
correr para morir fuego violento,  
que yo partí encendida  
de los agravios de que estoy corrida;

en leyendo lo escrito  
saca mi padre contra mí la espada,  
la puerta solicito,  
todos le tienen, y salí turbada,

(34) Antes de *de*, tachado con *q[ue]*.

(35) Antes de *Leonardo*, tachado *presente*.

(36) Después de *ésta*, tachada otra sextilla:

*Esta necia mentira  
me dixo visitandome Leonardo,  
y moriendome a yra;  
y desde entonces, esta afrenta guardo  
de suerte en mi sentido,  
que le aborrezco quando no le olvido.*

(37) Decía este verso: *q[ue]* quien la boca entregaba; por, añadido antes de *q[ue]*; los, enmendado sobre la; boca, tachado.

(38) Antes de *confiesa*, tachado *nec*; después de la, tachado *boca niega*.

(39) Esta sextilla es la misma, retocada, que antes tachó Lope. (Nota 36.)

(40) Escrito *dize*, sobre *loco* tachado.

donde me hubiera muerto,  
si no fuéades vos mi dulce puerto,  
a cuyos pies os ruego  
que mientras pasa del rigor la furia  
no permitáis que, ciego,  
intente hacerme tan notable injuria:  
que, como el alma os muestra,  
mientras tuviere vida será vuestra.

TOMÉ. ¡Vive Dios, que me ha cogido!  
Gusto de señora tienes,  
que yo esperaba un romance,  
y en verso grave procedes.

OTAVIO. Vuestra pena y la ocasión  
me la ha [da]do de tal suerte,  
aunque otro intento tenía  
antes, señora, que os viese,  
que determino, y es justo,  
ser desde agora obediente  
a cuanto vos me mandéis,  
puesto que la causa es fuerte:  
que no sé qué he visto en vos,  
de aquello que no se entiende,  
que me ha mandado servirlos,  
aunque la vida me cueste.  
Yo soy en aquesta casa,  
desde esta mañana, guéspedes,  
que a tratar un casamiento  
y que en su nombre concierte  
por embajador me envía  
cierto amigo que pretende  
a Celia desde Milán:  
así porque no (41) tuviese  
más (42) segura voluntad,  
en cuantos amigos tiene,  
como porque yo venía  
a negocios diferentes  
a Nápoles con el Duque (43),  
aquel Girón excelente,  
que de Sicilia ha venido  
habrá (44), señora, diez meses,  
donde sucedió al marqués  
de Villena, su pariente,  
aquel Pacheco famoso,  
que de tan nobles maestros  
de Calatrava y Santiago,

honor de España, deciendo. (45)  
Esto quiso que tratase  
con esta dama, de suerte  
que hoy la he visto, y es señora  
que el conde Otavio merece,  
que aqueste es el apellido  
deste caballero ausente,  
soldado de buena fama  
en Astí como en Verceli,  
entre el Alpe y Apenino  
caudaloso el Pó deciendo,  
donde tiene algunas villas  
que le adoran y obedecen.  
No perderá Celia nada  
cuando efetuado ausente,  
aunque no me ha parecido,  
por algunos accidentes;  
en este cuarto que veis,  
y que con vos se ennoblece,  
aunque no lo imaginaba,  
me mandó que me aposente:  
porfié, no aproveché:  
obedecí y aceté:  
mi nombre es Carlos; si acaso  
en mi persona os parece  
que hay algo noble, eso soy,  
y para ser vuestro siempre.  
Mirad agora qué traza  
dais en el rigor presente,  
que estoy tal de haberos visto,  
que me obliga a que os confiese  
que me pesará en el alma,  
con envidia de que llegue (46)  
otro alguno a mereceros.  
Si a Celia queréis que os lleve,  
ella hará las amistades  
con vuestro padre y parientes;  
si queréis estar aquí  
el tiempo que os pareciere,  
aposentos hay y llaves  
que os aseguren y cierren.  
Esto será con secreto,  
porque Tomé solamente  
ha de acudir a servirlos.  
Y Tomé dice que puede  
entregarle esta alcaldía,  
porque desde Adán deciendo  
por línea recta de alcaldes,  
y la guardará fielmente.

TOMÉ.

(41) Antes de *no*, tachado *yo*.

(42) Antes de *mas*, tachado *mi* *yo*.

(43) Inmediatamente a continuación de este verso, de letra de Lope, aunque con tinta más pálida: *aquel Toledo excelente*; del verso siguiente no hay tachado más que *gir*, de *Girón*.

(44) Antes de *habrá*, tachado *debe*.

(45) Este verso y los ocho anteriores están melio atajados.

(46) *Llege*.

porque fué un agüelo suyo  
 alcaide de Los Donceles;  
 que llevarla a Celia agora  
 es notable inconveniente,  
 que no vive sin envidia  
 la hermosura en las mujeres.  
 ;Ea!, pues, vusñoria  
 escoja aposento y entre;  
 que un güésped en casa honrada  
 convidar pudo otro güésped,  
 y sálgame fuera Carlos,  
 que sólo se le concede  
 que pueda ver esta dama  
 los miércoles y los viernes.  
 OTAVIO. Señora, Tomé es un loco;  
 aquí no hay cosa que os fuerce  
 si no es vuestra voluntad.

FÉNIS. Esa basta.  
 OTAVIO. Si lo fuese.  
 FÉNIS. No sé lo que puede ser.  
 OTAVIO. ;Cómo es vuestro nombre?  
 FÉNIS. Fénis.

(Entrese.)

OTAVIO. ;Qué bien parecen las cosas  
 que con los nombres convienen!  
 TOMÉ. ;Qué quieres concetear  
 deste pájaro celeste (47),  
 si lo es de hermosura y gracia,  
 y traer en cultos fuelles  
 los céfiros orientales,  
 con que sus llamas enciende,  
 y que en canelas y aromas  
 la (48) purpúrea pluma envuelve  
 para volver a nacer?

OTAVIO. ;Ay, Tomé!  
 TOMÉ. Pues bien, ;qué tienes?  
 No hay borrico que suspire,  
 en viendo los alcaceres,  
 como tú por cualquier hembra.  
 OTAVIO. Mucho esta Fénis ofende.  
 No he visto cosa...

TOMÉ. ;No más!  
 OTAVIO. Loco me deja.  
 TOMÉ. ;Detente!  
 OTAVIO. ;Qué haré de Celia?  
 TOMÉ. Casarte.  
 OTAVIO. ;Cómo casarme?  
 TOMÉ. O volverte.

OTAVIO. ;Hay tal mudanza!  
 TOMÉ. ;Qué dices?  
 OTAVIO. ;Qué confusión!  
 TOMÉ. Ya no puedes  
 hacer otra cosa.  
 OTAVIO. Calla,  
 que el hombre que más entiende,  
 adonde amanece sabe,  
 pero no donde anochece. (49)

([Uáyanse.] Entren LEONARDO, FABRICIO y CÉSAR)

LEONARDO.

Yo no soy hombre a quien hablar se puede  
 con esa libertad.

FABRICIO.

No lo es la mía,  
 cuando el agravio a la prudencia excede.

LEONARDO.

Para mí lo será vuestra porfía,  
 si en ese loco engaño persevera.

CÉSAR.

Aquí la fe no estriba en cortesía,  
 y, hablando cuerdamente, no quisiera  
 que el Conde en esto hubiera anticipado  
 lo que deciros yo mejor pudiera.

FABRICIO.

De vos también me llamaré agraviado,  
 César, aunque conozco que es respeto  
 a las muestras del tiempo que ha pasado;  
 que llegando a poner en justo efeto  
 lo que debo a quien soy, no ciño espada  
 para que [a] ajena mano esté sujeto.

CÉSAR.

Yo no respeto vuestra edad pasada,  
 mas digo que me toca por la mía,  
 como parte en su honor más agraviada.

LEONARDO.

De alguno de los dos saber querría  
 en qué se funda engaño tan notable  
 para satisfacer vuestra porfía.

CÉSAR.

Deme licencia el Conde que yo hable.

(47) Este verso escrito encima de otro tachado  
 si a Fénis su fuego enciende.

(48) Antes de la, tachado a nazer.

(49) Tachado cheze y vuelto a escribir.



FABRICIO.

Decid, pues todo tiene un mismo intento  
y un mismo sentimiento irreparable. (50)

CÉSAR.

Yo le pedí, Leonardo, en casamiento  
al Conde a Fénis, y con más ventura  
que vos, sin oponer merecimiento.

el gusto de su parte me asegura,  
y para que quedase concluido.

hoy habemos firmado la escritura;  
no vino en esto Fénis y, sentido,  
el Conde amenazóla con la espada,  
del desprecio de entrambos ofendido:

la casa, en detenerle alborotada,  
no vió salir a Fénis, que a desquilla,  
no hubiera sido Troya desdichada.

pues fué caballo griego cierta silla,  
incendio injusto que su casa espera,  
si no puede el peligro reducilla:

no vino sola, puesto que pudiera,  
que con soldados españoles vino,  
que fuera mayor mal si se supiera:

la causa de intentar un desatino  
Fénis, como éste, inobediente al Conde (51),  
aunque no es en el mundo peregrino,

dicen que sois, y que por vos se esconde,  
conociendo los turcos y criados,  
y que la voz común señala adónde:

agora no os admire que, agraviados,  
vengamos a pedirlos, como es justo,  
si obliga a caballeros tan honrados,

excuséis la ocasión deste disgusto  
restituyendo a Fénis, que, en efecto,  
no os está bien un caso tan injusto,  
y basta para un hombre tan discreto.

LEONARDO. Aunque reportado y sabio  
fundastes vuestra razón,  
de la injusta presunción  
debo formar justo agravio.

Es verdad que yo he servido  
a Fénis, tan desdichado,  
que para ser despreciado  
apenas dicha he tenido;

también lo es que la pedí,  
y que el Conde se excusó,  
si de Fénis entendió

cuán desestimado fui;

pues si César es testigo  
de aqueste aborrecimiento,  
¿cómo tanto atrevimiento  
pudiera intentar conmigo?

¿Yo silla, yo turcos, yo  
españoles, yo soldados?  
¿De un hombre estáis agraviados  
a quien siempre aborreció?

¿De tanto desprecio nio  
tanta ventura se infiere?  
Digo que si un hombre hubiere  
que afirme tal desvario,  
quiero quedar por infame.

FABRICIO. ¿Y si hay un hombre que os vió?  
LEONARDO. ¿A mí?

FABRICIO. Si.

LEONARDO. Si fuere yo,  
que lo que he dicho me llame.  
FABRICIO. Venid conmigo.

LEONARDO. Yo iré;  
pero no ha de haber traición,  
que con esa condición  
solo y sin armas saldré.

FABRICIO. ¿Será de Celia segura  
la casa?

LEONARDO. Ninguna habrá  
como ella.

FABRICIO. Pues allí está.

LEONARDO. Mi inocencia me asegura.

FABRICIO. Necia disculpa.

CÉSAR. Fingida;  
pero no le ha de valer,  
que a Fénis ha de volver,  
o le ha de costar la vida.

([Váyanse.] FÉNIS y el CONDE OTAVIO.)

FÉNIS. ¿Qué crédito os puedo dar,  
Carlos, en tiempo tan breve?

OTAVIO. El que a sí misma se debe  
la que me pudo matar.

FÉNIS. En dos horas puede amar  
un hombre con tal rigor?

OTAVIO. En años diréis mejor,  
y esta verdad asegura  
que al hacer vuestra hermosura  
el cielo, nació mi amor;

y antes es muy cierta cosa,  
porque si el cielo sabía,  
como es cierto, que os había  
de hacer, Fénis, tan hermosa,  
mi voluntad amorosa

(50) *Irreparable*, sic.

(51) Antes de *como*, tachado *Fe*; antepuesto a la  
tachadura, añadido *Fenis*; después de *este*, tachado  
*Fenis*.

que es tan antigua recelo,  
y deste breve desvelo  
puedo decir con verdad  
que es amor y voluntad  
desde que lo supo el cielo.

Luego viene a ser mi amor,  
cuando pensó fabricaros  
el cielo, para obligaros  
a la antigüedad mayor;  
mirad si debéis favor  
a quien ha tanto que os ama  
y su dulce dueño os llama,  
pues desde el tiempo que fuistes,  
vos para Fénis nacistes,  
y yo para vuestra llama.

Cuantos siglos han pasado  
desde que pensaba haceros  
tiene mi amor en quereros (52)  
y me debéis de cuidado;  
y así, cuantos han amado,  
lo han aprendido de mí,  
que el primer amante fui;  
pues cuando el cielo pensó  
haceros, amaba yo,  
pues antes que fuese os vi;

de suerte que me han debido  
su principio los amores,  
y vos los mismos favores  
que si os hubiera servido,  
porque si yo hubiera sido,  
esto que os digo os dijera  
en (53) cualquier tiempo que os  
pues es cierto, de los dos, [viera,  
que o (54) no naciéades vos,  
o que yo luego os quisiera.

FÉNIS.

Si como en burlas habláis  
con esas vanas quimeras  
hablara el alma de veras,  
que vos decís que me daís,  
no dudéis, si lo dudáis,  
que estuviera agradecida;  
pero (55) siéntome ofendida  
de que finjáis voluntad,  
que el amar con libertad  
no es de voluntad rendida.

Buscar sutiles (56) caminos  
de decir altos concetos

(52) Antes de *quereros*, tachado *tengo yo para*;  
tiene mi amor en escrito bajo lo tachado.

(53) Antes de *en*, tachado *que*.

(54) Antes de *o*, tachado *o na*.

(55) Después de *pero*, tachado *estoy*.

(56) Después de *sutiles*, tachado *com*.

bien puede ser de discretos,  
pero no de amantes finos;  
obligar con desatinos,  
en las obras suele estar,  
no en el estilo de hablar;  
que el más bajo entendimiento  
sabe hallar un pensamiento  
sutil, si quiere engañar.

Carlos, yo estoy en estado  
que podré hablaros y veros,  
pero no podré quereros,  
aunque me habéis obligado:  
no por ajeno cuidado,  
sino por desdicha mía;  
sólo deciros querría  
que ya con llana amistad  
obliga mi voluntad  
vuestra mucha cortesía.

Discreto sois, bien me veis  
en las desdichas que estoy;  
soy quien vos sabéis que soy,  
pues ya mis padres sabéis,  
y no porque me amparéis  
os (57) digo, testigo es Dios,  
ni por saber de los dos,  
lo que hacer el tiempo quiere:  
que si algún hombre quisiere  
en el mundo, seréis vos.

(Entre TOMÉ.)

TOMÉ. ¡Que no le basta al Amor  
ser ciego, sino que quiera  
hacerse sordo también!

FÉNIS. ¡Ay, triste, si viene Celia!

TOMÉ. ¿No habéis oído los golpes  
con que nos quiebran la puerta  
padre y marido de Fénis?

OTAVIO. Retirate como puedas,  
y abre tú.

TOMÉ. Voy.

FÉNIS. ¡Cielo santo!  
no os parezca inobediencia.

(Entre. Entren LEONARDO, FABRICIO y CÉSAR.)

TOMÉ. Entrad, que aquí está don Carlos.  
FABRICIO. ¡Por Dios, señor, que me pesa  
de inquietaros!

OTAVIO. Escribía  
ciertas cartas.

(57) Antes de *os*, tachado *es*.

FABRICIO.                    Hablad, César.  
 CÉSAR.                    Mejor es que vos digáis  
                                 lo que a la puerta de Celia  
                                 os dijo el señor don Carlos.  
 FABRICIO.                    Señor don Carlos, quisiera  
                                 excusaros este enojo,  
                                 pero por mi honor es fuerza (58):  
                                 ¿hoy no os pregunté si visteis  
                                 una mujer a esta puerta?  
 OTAVIO.                    Es verdad, y respondi  
                                 que dos tureos de librea,  
                                 con (59) seis soldados de escolta,  
                                 en una silla la llevan;  
                                 y vos dijistes entonces:  
                                 "¡Traición de Leonardo es ésta!"  
 CÉSAR.                    Lo mismo a mi me dijistes.  
 LEONARDO.                    ¡Buena manera de prueba  
                                 para saber que soy yo  
                                 dueño de tan loca empresa!  
                                 Decid, caballero noble:  
                                 ¿Iba yo entonces con ella?  
 OTAVIO.                    Yo no os he visto en mi vida.  
 LEONARDO.                    Pues ¿es razón que se infiera  
                                 que, aborreciéndome Fénis,  
                                 autor (60) deste insulto sea  
                                 y que digáis que la tengo?  
                                 ¿No era cosa más discreta  
                                 buscarla entre religiosas,  
                                 donde estará con decencia,  
                                 como se ha de presumir  
                                 de una señora que deja,  
                                 por altiva o por su gusto,  
                                 el casamiento de César?  
 CÉSAR.                    Dice (61) bien; mucho se ha erra-  
                                 que si luego se siguiera [do;  
                                 fuera el reducirla fácil.  
 FABRICIO.                    Hija indiscreta, ¿qué intentas?  
                                 ¿Por qué me quitas la vida?  
                                 (I'asc.)  
 CÉSAR.                    Y a mi el alma, que me llevas  
                                 en el desdén con que huyes  
                                 y en el dolor que me dejas.  
                                 Tengo yo de ser Apolo,  
                                 para pedir que te vuelvan,  
                                 Fénis, los dioses laurel,  
                                 o, como Anaxarte, piedra.

(58) Después de *pero*, tachado *siendo onar*; *el por* siguiente enmendado sobre *nor*.

(59) Antes de *con*, tachado *en una*.

(60) Antes de *autor*, tachado *de*.

(61) Primero *dizen*, tachada después la *n*.

Arrepentido de amarte,  
 buscar quisiera las yerbas  
 de los montes de Tesalia  
 para olvidar tu belleza. (62)

(I'asc.)

LEONARDO. Yo, caballero, no soy  
 quien de Fénis se lamenta;  
 mas soy quien en (63) tal fortuna  
 de mi enemigo se venga.  
 Mirad el estado mío  
 por aquella ingrata bella;  
 que me alegro de que falte,  
 para que César la pierda.

(I'asc.)

OTAVIO. Extraño suceso.  
 TOMÉ. Extraño.  
                                 si las fábulas le cuentan.  
 OTAVIO. ¿Dónde está escondida Fénis?  
 TOMÉ. Ese pabellón de tela  
                                 que está en el cuarto aposento  
                                 es del sol de su belleza,  
                                 el ocaso en que se ha puesto  
                                 y la nube que le cerca.  
 OTAVIO. La noche baja, Tomé,  
                                 y a Fénis no se le acuerda  
                                 cómo ha de pasar la noche.  
 TOMÉ. Si aquí nos bajan la cena,  
                                 de criados y criadas  
                                 será imposible esconderla,  
                                 y si por ventura subes,  
                                 señor, a cenar con Celia,  
                                 ¿qué le daremos a Fénis?  
 OTAVIO. ¿De la cena se te acuerda,  
                                 y no de toda una noche?  
 TOMÉ. Eso no te cause pena;  
                                 conmigo podrá dormir.  
 OTAVIO. ¡Qué burlas, Tomé, tan necias  
                                 para tantas confusiones  
                                 como esta noche me esperan!  
                                 Nunca la vieran mis ojos,  
                                 nunca, Tomé, te dijera  
                                 que la metieras aquí.  
 TOMÉ. ¿Quiéresla bien, bien de veras?  
 OTAVIO. ¿Verá nadie su hermosura  
                                 sin que por ella se pierda?  
                                 Yo aseguro que en el mundo

(62) Atajados este verso y los siete anteriores.

(63) Antes de *en*, tachado *tu*.

- sucedió cosa como ésta en término de dos horas, pues, casándome con Celia, en su misma casa tengo por quien el dejarla es fuerza. Ten ánimo (64), que a la parte del corredor que a esa güerta mira, he visto un camarín, cifra sutil de Venecia; de (65) la mitad de tu cama hará a Fénis en que pueda pasar esta noche y (66) cuantas no sepan sus padres della: cerrárase por de dentro, que aldaba tiene la puerta, para que (67), de ti segura, si (68) no de sí misma, duerma; puesto que, siendo quien es, aunque sin llave estuviera, yo (69) sé que la respetaras, por no infamar tu nobleza; pero en duda, porque Amor, cuando todos duermen, vela, quitémosle la ocasión.
- OTAVIO. Entro a despedirme della para ver a Celia. ¡Ay, cielos! ¿Quién pensara que estuviera la dulce gloria de Fénis en el infierno de Celia?

## ACTO SEGUNDO

## PERSONAS DEL SEGUNDO ACTO

|           |                       |
|-----------|-----------------------|
| OTAVIO.   | FLORA.                |
| TOMÉ.     | EL VIRREY DE NÁPOLES. |
| CÉSAR.    | JULIO. (70)           |
| LEONARDO. | ALBAÑO.               |
| CELIA.    | FÉNIS.                |
| LISENA.   |                       |

(CELIA Y LISENA.)

- LISENA. Con razón tu dicha alabas,  
pues a la fama responde.
- CELIA. ¿No es galán, Lisena, el Conde?

LISENA. Como tú le imaginabas;  
que a tus melindres no hubiera  
con menos gracia y valor  
satisfacción.

CELIA. Fué temor  
que menos gallardo fuera;  
así suelen engañar  
los casamientos ausentes.

LISENA. No es poco que te contentes.

CELIA. No pudiera imaginar  
mayor dicha que he tenido,  
puesto que el temor no cesa.

LISENA. Cortés estuvo en la mesa,  
gracioso y entretenido.

CELIA. Si, pero no me miró  
como quien tiene deseo;  
que no le enamoro creo,  
y que vengo a estarlo yo.

Si tuviera bien impresa  
mi voluntad, con mirar (71)  
más había de cenar  
en mis ojos que en la mesa.

No le veo con cuidado  
de enamorado, Lisena,  
que más estuvo en la cena  
inquieto que enamorado.

¿Y cuál hombre con amor  
se despediera tan presto?

LISENA. El que le tienes te ha puesto  
ese excusado temor,

que el irse fué cortesía  
por no parecer cansado;  
ni ha de estar enamorado  
y tan perdido en un día.

Ayer te vió, ¿qué le quieres?

CELIA. Que esa disculpa le des,  
Lisena, es justo, después  
que somos propias mujeres,  
pero no cuando nos miran;  
que es bien que atentos estén (72)  
mientras, esperando el bien (73),  
con la esperanza suspiran. (74)

No es tan cortés el amor.

LISENA. El irse presto lo es.

CELIA. No le quiero tan cortés,

(64) Antes de *ánimo*, tachado *amigo*.

(65) Antes de *de*, tachado *ella*.

(66) Después de *y*, tachado *muchas*.

(67) Después de *que*, tachado *segura y libre*.

(68) Antes de *si*, tachado *de sus pensamientos*.

(69) Antes de *yo*, tachado *y*.

(70) Indica como actor encargado de este papel a Jerónimo.

(71) Antes de *con*, tachado otro verso: *mi affición en tal lugar*; sobre la línea, *mi voluntad*.

(72) Después de *que*, tachado *han de parecer galanes*; sobre la línea, *es bien que atentos estén*.

(73) Este verso, sobre otro tachado: *que bien fingen ademanos*.

(74) Antes de *suspiran*, tachado *quando mirando*; sobre la línea, *con la esperanza*.

más necio fuera mejor.

Luego que el Conde llegó  
más atento me miraba,  
para volverse cenaba,  
según la prisa se dió.

¿Y cuál hombre no me hubiera  
esta mañana enviado,  
por cumplimento, un recado,  
cuando por amor no fuera?

LISENA. ¿A un hombre cansado quieres  
poner culpa?

CELIA. Si lo está,  
de mi disculpa tendrá.  
LISENA. ¡Brava en los principios eres!  
No comiences por celosa,  
que desenamoran celos.

(FLORA *salga*.)

FLORA. No han hecho dama los cielos  
en casarse más dichosa.

CELIA. ¿Qué hay, Flora? ¿Está levan-  
el Conde? [tado]

FLORA. Cuando llamé,  
agua le daba Tomé.  
Entré (75) y dile tu recado.

Recibió los buenos días  
con mucho gusto y placer,  
que sabe muy bien hacer  
amorosas cortesías.

Dije (76) que le suplicabas  
de tu gente se sirviese,  
que de que solo estuviese  
con notable pena estabas.

Respondiome que no había  
de servirle, hasta casarse,  
ninguno, por no obligarse  
después a descortesía.

Tomó el almuerzo Tomé;  
con tanto me despedí.

CELIA. ¿No te preguntó por mí?  
FLORA. Eso muy despacio fué,

y con un grande recado  
del deseo que tenía  
de verte.

CELIA. ¿Y dormido había  
hasta las diez descuidado!

FLORA. Pues, cansado, ¿qué ha de hacer?

CELIA. ¿Cómo no ha subido aquí?

FLORA. Por darte lugar así

que te puedas componer;  
y fuera estilo grosero  
usar desahogada libertad;  
merece tu voluntad,  
que es un galán caballero  
bien hablado y entendido.

CELIA. ¿Júzgasle tú enamorado?

FLORA. Si al espejo te has mirado,  
ociosa pregunta ha sido.

Las joyas que te ha de dar  
dijo que estaba esperando.  
Amor le pido, que cuando  
se ama es la mayor amar.

FLORA. Eso yo te lo aseguro,  
y que se muere por ti.

CELIA. ¿Que yo trate de esto así!  
Que me desconozco os juro.

LISENA. En lo justo no hay recató;  
Licencia tiene quien ama.

FLORA. Como enfrente de su cama  
está puesto tu retrato,  
dijele yo si quisiera  
tener el original,  
y dijo que dicha igual  
pedir al cielo pudiera.

CELIA. Toma, Flora, aquel vestido  
que hice para la entrada  
del Virrey, que ser amada  
deseo.

FLORA. Los pies te pido,  
y cree que lo serás.

LISENA. Perdida, Celia, te veo.

CELIA. Como es honesto el deseo,  
se atreven los ojos más.

([Váyanse.] CONDE OTAVIO y TOMÉ.)

OTAVIO.

Mala noche he pasado.  
Conté las horas, no conté las penas.

TOMÉ.

¿De un hora enamorado?

OTAVIO.

¿Qué importa, si la sangre de las venas  
me abrasa aquel veneno?

TOMÉ.

Nunca duermo mejor que cuando ceno.

Cenó Fénis muy poco,  
o fuese por melindre o por cuidado;

(75) Antes de *entre*, tachado *díle*.

(76) Primero, *díxale*; tachado después, *le*.

pero yo, como (77) un loco,  
dejé un capón muy tierno y bien asado  
en pura notomía,  
que así lloraba, aunque cantar quería.

Cerró la puerta luego,  
y trató de acostarse.

OTAVIO.

¡Caso extraño

y laberinto ciego,  
que Fénis, sin temer humano engaño,  
en su casa amanezca  
y entre dos extranjeros anochezca!

¡Y yo, que no pensaba  
verla en mi vida, esté (78) como me veo!

TOMÉ.

Cuando ya se acostaba,  
hacia la puerta me llevó el desco,  
permitiendo la llave  
entrar la vista a su persona grave.

Iban los alfileres  
quitando los marfiles de las manos,  
que son en las mujeres  
fácil prisión de sus adornos vanos,  
porque (79) en los rostros bellos  
no hay hermosura como estar sin ellos.

Quitó luego las joyas,  
ropa y jubón; al fin, quedó en manteo  
que abrasara mil Troyas,  
a no enfrenar respetos el deseo;  
que luego manifiesta  
honra y valor una mujer honesta.

Bajó de los chapines  
Fénis al suelo dos pequeñas basas  
de ramos de jazmines,  
aun con estar a solas, tan escasas,  
que apenas pude verlas;  
mas vi la honestidad vertiendo perlas,  
porque, con el manto,  
hizo una rueda al desatar las cintas,  
y un muro a mi deseo.

OTAVIO.

Agrádame el recato con que pintas  
esta hermosura honesta.

TOMÉ.

En fin, no sé cuál de las dos se acuesta,

o Fénis en la Holanda.  
o la Holanda en su nieve. Pero apenas  
que se sosiegue (80) manda  
aquella blanca imagen de azucenas  
el fugitivo sueño,  
cuando su pena se rebela al dueño.

“¡Ay!, dijo Fénis triste,  
¿adónde estás, sin padres y sin honra?  
¿Por dónde me trujiste,  
Fortuna, a padecer tanta deshonra?  
Quitárame la vida  
con darme muerte adonde fui nacida.

Que aqueste caballero,  
en sabiendo mis padres este engaño,  
ha de ser lo primero  
matarle a él, y tengo de su daño  
más pena que del mío.”  
Aquí dos tiernas lágrimas le envío  
que, por la misma llave,  
presumieron los ojos que saldrían,  
y que a su pecho grave  
entre las alas de un suspiro irían.  
Calló, quizá pensando  
que la estabas entonces escuchando.

OTAVIO.

Elle se ha levantado.  
¿Cerraste bien la puerta?

TOMÉ.

No imagines  
descuido en mi cuidado.

OTAVIO.

Hacia esta cuadra suenan los chapines.  
¿Por Dios que sale hermosa!  
Tal suele el nácar descubrir la rosa.

(FÉNIS.)

FÉNIS. Buenos días, si es que yo  
buenos os lo puedo dar.

OTAVIO. Vos lo podéis comenzar,  
pues con vos el Sol salió (81),  
y a quien a oscuras (82) vivía,  
mirad si darlos podéis,  
pues hasta agora no habéis  
traído a la Tierra el día.

(80) Antes de *sosiegue* (sic), tachado *sieg.*

(81) Después de este verso, tachado otro incompleto: *no os pregunto.*

(82) Y a quien *ascuras*.

(77) Enmendado como *sobre comí* v.

(78) Antes de *esté*, tachado *por su*.

(79) Antes de *porque*, tachado *qu[ue] quando*.

Va que os habéis levantado,  
parece que habéis traído  
flores en los pies, que ha sido  
volver esta sala en prado.

Daba (83) en aquestos cristales  
el Sol, y, en viéndoos salir,  
fué, porque a competir  
no tiene rayos iguales.

Preguntaros cómo habéis  
dormido, no será justo,  
que si el sueño sig[ue] al gusto,  
muchos disgustos tenéis.

y tal el sueño habrá sido;  
pues yo os prometo que yo  
no he dormido.

FÉNIS. ¿Por qué no?

OTAVIO. Porque vos no habéis querido.

FÉNIS. ¿Yo os quito el sueño?

OTAVIO. Pues ¿quién?

FÉNIS. Pues ya me dáis ocasión (84),  
hablaros (85) claro es razón.  
Escuchad. (86)

OTAVIO. Decís muy bien.

FÉNIS. ¿Podré yo (87) fiarme agora  
de un hombre que me ha engañado?  
¿Yo a vos?

OTAVIO. Sí, que os he escuchado  
cuanto habéis (88) hablado a Flora.

Que érades Carlos fingistes  
siendo vos el Conde Otavio.

OTAVIO. ¿Eso tenéis por agravio?  
FÉNIS. Mintiendo, agravio me hicistes;  
pero esto no importa nada.

Mas de venir a casaros  
con Celia, no hay disculparos  
de (89) haberme dado posada,  
que soy mujer principal  
y tan buena como vos,  
y posar juntos los dos,  
si os está bien, me está mal,  
porque cuando hubiera sido  
mi desdicha hallarme aquí,  
era gran disculpa en mí

que estaba con mi marido;  
pero pues no puede ser,  
y a tanto peligro estoy,  
que (90) vuestra mujer no soy  
y que vos tenéis mujer,  
mire Tomé si parece  
gente en casa, y yo me iré.  
¿Queréisme escuchar?

OTAVIO. Si haré,  
FÉNIS. que el ser quien sois lo merece.

OTAVIO. Que soy el Conde es verdad,  
y que a Celia vine a ver;  
pero no que es mi mujer,  
que hay mucha dificultad;

porque, en duda, si contenta  
del ver, al ejecutar  
es jornada por la mar  
que suele correr tormenta. (91)

Porque vine disfrazado  
os dije que Carlos fuí,  
y si ayer a Celia vi,  
¿cómo puedo estar casado?

Cuando de verla bajé,  
os vi a vos, y aunque traía  
la imagen que visto había,  
vuestra mano entonces fué  
como pincel de pintor  
que lo que otro pintó mal  
borra con destreza igual  
para pintarlo mejor.

Vos, sobre aquello borrado,  
pintastes una figura  
que de la misma hermosura  
fué peregrino traslado.

Mirad lo que me debéis,  
pues de lo que entonces vi,  
no ha quedado más en mí  
del lienzo en que vos pintéis. (92)

Luego mudé pensamiento,  
y aquella imaginación  
no mudó la ejecución,  
sino sólo el casamiento.

En la misma casa ha sido  
donde me vengo a casar,  
ni vos podéis excusar  
el ser yo vuestro marido.  
si esto se viene a saber.  
De suerte que no hay engaño

(83) Antes de *dauo*, tachado *pregun*.

(84) *Fen*, enmendado sobre *Ota*. Antes de *pues*  
tachado *yo; ya*, escrito encima de *vos*, tachado.

(85) Antes de *claro*, tachado *será razón*.

(86) *Escuchad*, fuera de la caja de la escritura, an  
tes de *mas claro*, tachado.

(87) *Podre yo*, escrito encima de *que no me puedo*,  
tachado.

(88) *Quanto haueis*, escrito encima de *q[ue] vo:*  
*rades*.

(89) Antes de *de*, tachado *no por q[ue] soy*.

(90) Antes de *que*, tachado *de*.

(91) Escrita esta redondilla al margen, vertical  
mente, con la indicación de *ojo*.

(92) Escrita esta redondilla al margen, vertical-  
mente, con la indicación de *ojo*.

si al llegar el desengaño  
digo que sois mi mujer.

FÉNIS. El remedio está dudoso,  
Conde, y el peligro cierto;  
que después de descubierto  
es mi deshonor forzoso,  
si vos, por la obligación  
de Celia, habéis de dejarme,  
y así es mejor no engañarme,  
que será baja traición.

Yo me puedo agora ir.

Mira si hay gente, Tomé.

OTAVIO. Fénis (93). Fénis, si esta fe,  
si este amor llamáis fingir,  
¿cuál ha sido verdadero?

FÉNIS. Dejadme.

OTAVIO. Señora, oíd:  
que os han de ver advertid.  
Mirad que soy caballero  
que sabe su obligación.

FÉNIS. Y yo las que tengo sé. (94)

OTAVIO. ¡Tenla, deténla, Tomé!

TOMÉ. Temo que daís ocasión  
para que os sientan en casa.  
¿Dónde te vas a perder?

FÉNIS. Tomé, ¿qué tengo de hacer  
si el Conde Otavio se casa?

TOMÉ. No casará. ¡vive el cielo!

OTAVIO. ¡Júralo, Tomé, por mí!

FÉNIS. Ayer a entrambos os vi.  
¿Qué os debo?

TOMÉ. Un honesto celo,  
una piedad, un amor,  
una estimación nacida  
de un alma, Fénis, rendida  
a la fe de tu valor.

No pag[u]es mal la posada  
del alma y del camarín,  
la cena y cama, que, en fin,  
estás por noble obligada.

¿Qué güésped, por vil que sea,  
Fénis, se va sin pagar?

FÉNIS. Tomé, ¿quiéresme dejar?

TOMÉ. ¿Quieres que Celia te vea?  
¡Mira aquel (95) hombre, por  
[Dios,  
que está en los güesos por ti!

FÉNIS. No pienso quedarme aquí  
si no me matáis los dos.

(93) Antes de *Fénis*, tachado *señora*.(94) Añadido y antes de *yo*; después de *que*, tachado *me tocan sé*.(95) Antes de *aquél*, tachado *qual esta*.

TOMÉ. ¡Plega a Dios, si se casare  
mi amo, si no es contigo,  
que me mate el más amigo  
de quien el alma fiare!  
¡Mira qué de veras juro!

(Llaman.)

OTAVIO. Que llaman, Tomé.

TOMÉ. Señora,  
éntrate siquiera agora,  
que por tu honor lo procuro.

FÉNIS. Más peligro es hoy (96) tu en-  
gaño que mis desdichas ayer. [gaño

(Entrese.)

TOMÉ. Voy a abrir.

OTAVIO. ¿Quién puede ser  
que no pretenda mi daño?

(CÉSAR, entre.)

CÉSAR. Desde ayer me prometí  
serviros, aficionado  
a vuestro ingenio y agrado  
y a lo que hicistes por mí;  
y hoy, que de cierto he sabido  
que sois persona tan grave,  
que ya en Nápoles se sabe,  
Conde, a lo que habéis venido,  
de que os doy el parabién,  
vengo a ofreceros persona,  
casa y vida.

OTAVIO. Si me abona  
lo que vos decís tan bien  
y que ya sabéis de mí,  
el no me haber descubierto  
me perdonad, que al concierto  
vine disfrazado así.

Ya me dicen que tenéis  
a Fénis.

CÉSAR. Engaño ha sido,  
que Fénis no ha parecido.

OTAVIO. ¿Qué decís?

CÉSAR. Que no penséis  
que soy (97) tan dichoso yo;  
y pues que me habéis hablado

(96) Escrito *es* oy encima de *son*, tachado.(97) *Que soy*, escrito fuera de la caja de *escritu-  
ra*, antes de *güel* *soy*, tachado; después de *tan*, tachado *venturoso*.



en cosa que me ha costado  
la vida que me llevó.

quiero descansar un poco  
con un hombre tan discreto:  
que quien ama está sujeto  
a hablar siempre como loco  
en la tema que porfia.

OTAVIO. Desde ayer, que un ángel vi,  
os juro que estoy así,  
y que sólo hablar querría

en materias amorosas.

CÉSAR. Tenéis razón de querer  
tan bien nacida mujer  
y de partes tan hermosas.

OTAVIO. Perdido estoy, como vos.

CÉSAR. Si; pero más bien pagado.  
Oíd, Conde, mi cuidado,  
pues queremos bien los dos (98):

Hija del Conde Fabricio,  
Otavio, es la bella Fénis,  
que, sin conceptos del nombre,  
serlo de hermosura puede.  
Si vos la hubiéradis visto,  
fuera alabanza más breve,  
porque ninguno la vió  
que el alma no le rindiese.  
De lo que conozco en vos,  
era mujer propiamente  
para vuestro entendimiento,  
porque divino le tiene.  
Si la hubiéradis tratado,  
dijéradis claramente  
por qué los siglos pasados  
las sibilas encarecen:  
que es menester que a Lucano  
versos (99) Argentaria emiende,  
ni que las letras latinas  
a Carmenta se debiesen;  
que es menester que coronen  
filosóficos laureles  
a Telesila, y que Aspasia  
dulce retórica enseñe. (100)  
Quien oye a Fénis, escucha (101)

el libro más elocuente;  
quien la ve, mira un jardín (102)  
de azucenas y claveles. (103)  
Que estoy loco por su amor,  
dirá (104), Conde, quien me oyere;  
pero cuerdo en su alabanza,  
que a toda alabanza excede.  
Si soy dichoso en casarme,  
y pasan estos desdenes,  
vos veréis que no os engaño,  
que aun (105) de vos pienso va-  
[lerme

para que me honréis con Celia  
si el cielo quiere que lleg[u]e  
el día de nuestras bodas  
y que los enojos cesen,  
de lo que os diré, nacidos,  
que no porque me aborrece. (106)  
Hijo del príncipe Arnaldo,  
que hoy en Nápoles mantiene  
la mayor casa, es Leonardo,  
aquel mozo insolente  
que ayer conmigo venia,  
y los dos, con poca suerte  
de agradar sus bellos ojos,  
habemos servido a Fénis.  
No es mejor que yo Leonardo,  
que pienso que cuando herede  
al almirante, mi tío,  
puesto que no lo desee,  
no habrá en Nápoles señor  
que (107) me iguale; finalmente,  
las diligencias de entrambos,  
como entre (108) amantes sucede,  
hicieron (109) que, con la envidia,  
locos nuestros gastos fuesen.  
Las justas y los torneos,  
cuyo espectáculo vence  
romanos antiteatros,  
naves y fieras silvestres,  
con aplausos generales  
y con versos excelentes (110)  
ocuparon muchos días

(98) Este verso escrito al margen, verticalmente. Desde César entre, hasta el verso anterior a éste, tachados en bloque.

(99) Antes de versos, tachado los; Argentaria, escrito después en un espacio dejado previamente por Lope, que parece indicar que por no recordar en el momento el nombre, le buscó y puso más tarde.

(100) Después de este verso, tachado otro: hablar con ella es abrir.

(101) Este verso y los cuatro anteriores, escritos al margen, verticalmente.

(102) Quién la ve (es ver, tachado) mira, escrito encima de verla es mirar, tachado.

(103) Atajados este verso y los once anteriores.

(104) Antes de dirá, tachado será.

(105) Después de aun, tachado q[ue].

(106) Atajados este verso y los nueve anteriores.

(107) Antes de q[ue], tachado mas rico.

(108) Entre en y tre, tachado competencia.

(109) Antes de hicieron, tachado dicen.

(110) Escritos este verso y los tres anteriores al margen, verticalmente

las plumas y los pinceles.  
 Solo quiero referiros  
 una entrada que merece  
 por pensamiento y grandeza,  
 que Nápoles la celebre (111):  
 Movíase por sí misma,  
 sin que instrumento se viese,  
 una máquina, retrato  
 de toda la Arabia feliz;  
 iba e-maltada de flores  
 y de árboles diferentes,  
 de los que aromas producen,  
 y, para que olor tuviesen,  
 en fuego secreto el ámbar  
 espiraba (112) al aire ambiente  
 olor (113) divino, formando  
 una primavera alegre.  
 De aquesta máquina en medio  
 se miraba un monte fértil,  
 más que los guertos de Adonis,  
 más que de Tesalia el Tempe.  
 En la cumbre, un fénis de oro,  
 en vez de llamas, en nieve,  
 y un Sol, que (114) luciente en  
 solicitaba encenderle. [alto,  
 La letra de aquesta empresa  
 sólo decía: "No puede",  
 con siete letras tan grandes,  
 que eran a todos patentes.  
 Leonardo, con justa envidia,  
 quiso también disponerse  
 a vencer esta invención  
 para la fiesta siguiente.  
 Sacó la misma provincia,  
 y las mirras y laureles,  
 canales y incienso hizo,  
 de plata las hojas verdes:  
 puso el fénis en el monte  
 entre mil llamas ardiente,  
 y haciendo un Sol de cristal  
 que el fuego en secreto ardiese,  
 la letra de esta arrogancia  
 era "Yo haré que se queme",  
 fiando en árboles de oro  
 que la nieve deshiciesen.  
 A este tiempo la pedimos  
 juntos (115), y yo, por valerme  
 de la industria y la venganza,

de que arrogante dijese  
 que su sol abrasaría  
 lo que yo pintaba en nieve,  
 en una conversación,  
 porque Leonardo me oyese,  
 dije que el (116) Conde Fabricio,  
 Otavio, me daba a Fénis;  
 y para desconfiarle  
 y que no la pretendiese,  
 me alabé de dos favores  
 que a los marfiles se atreven  
 de sus manos, y a las rosas  
 de sus labios, neciamente.  
 Súpolo Fénis, y es dama  
 tan belicosa y tan fuerte  
 de condición, y en su honor  
 una deidad tan celeste,  
 que, al firmar las escrituras,  
 deudos y amigos presentes,  
 puso la pluma, ¡ay de mí!,  
 en la tinta de mi muerte.  
 Para firmar la sentencia  
 en que dice que no quiere,  
 al tomar Fénis la pluma  
 tres dedos fueron jueces,  
 que tres varas de marfil  
 quiere Amor que me sentencien.  
 Lo demás, ya lo sabéis.  
 Dichoso vos muchas veces,  
 pues os casáis donde os aman;  
 no yo, donde me aborrecen.  
 Pésame de vuestro mal.  
 OTAVIO. Señor, mi señora viene.  
 TOMÉ. Voyme, y gozalda los años  
 CÉSAR. que vuestro valor merece.

(Pase. Entren CELIA, LISENA y FLORA.)

CELIA.

Pues ya vusñoria no desea  
 verme, justo será que yo le vea.

OTAVIO.

Señora, ¿tal exceso?

CELIA.

No es exceso,  
 siendo mi dueño vos.

OTAVIO.

Aquí confieso

(111) Atajados este verso y los once anteriores.

(112) Antes de *espiraua*, tachado *al viento*.

(113) Antes de *olor*, tachado *al espiraua*.

(114) Después de *¡luc!*, tachado *en alto mostraua*.

(115) Antes de *juntos*, tachado *jus*.

(116) Antes de *el*, tachado *estaua*.

que erraron mi ignorante (117) cortesía y mi encogida y necia (118) cobardía. Fuera deso, he tenido una cansada visita, aunque la doy por disculpada, por ser quejas, señora, de un (119) amante; sobrino pienso que es del almirante.

CELIA.

El marido de Fénis, una necia que cuanto ve (120) desprecia.

OTAVIO.

¿Una que dicen que se fué teniendo la espada de su padre?

CELIA.

Estando haciendo las escrituras, dijo, en vez de firma, con que su loca presunción confirma, que a César no quería, y es un hombre rico, noble, galán y gentilhomme.

OTAVIO.

Tál me lo ha parecido.

CELIA.

Es una loca, que entiende que a sus méritos es poca la majestad de un rey.

OTAVIO.

Vusiñoría se siente, aunque es su casa, que no es mía.

CELIA.

Quien eso dice cuando el alma enseño, señal (121) es que no quiere ser su dueño.

(*Siéntense.*)

OTAVIO. La casa, señora mía, es donde yo vi (122) mi bien, aunque temiendo el desdén del bien que no conocía. Ayer fué el dichoso día que en aquesta casa hallé

el bien que nunca pensé; que no pude imaginar que tal grandeza de amar cupiera en tan breve fe.

Y tanta gloria me da ver que rendí su desdén, que no tengo yo más bien que el que en esta casa está; aquí dentro vive ya mi dueño, mi amada esposa, tan entendida y (123) hermosa, que me pesa de tener sola un alma que ofrecer a su deidad amorosa.

Mucho el veros me suspende; pero si me atrevo a hablar desta suerte, es por pensar que hablo con quien me entiende; temo (124) que desto se ofende, pero tanta discreción disculpará la ocasión, que a no estar nadie presente, trasladara tiernamente a la lengua el corazón.

CELIA.

Bésoos las manos, Otavio, por la merced que me hacéis; a quien sois correspondéis, y con ser noble, a ser sabio. No tengo yo por agravio que no habléis más tiernamente, que si os detiene esta gente, tiempo queda a los casados para decir sus cuidados con afecto diferente.

Gustosa (125) estoy de que aquí hallásedes vuestro bien, pues hallé yo en vos también el mayor bien para mí. Yo sola dichosa fui en que en mi casa tengáis, Conde, el bien que deseáis, que siendo vos mi marido, el mayor que al cielo pido con daros a vos me dáis.

Mas mirad que no os mudéis dese firme pensamiento. Quien sabe mi sentimiento, siente lo que no sabéis. Como el alma no me veis,

OTAVIO.

(117) *Ynorante.*

(118) Antes de *cobardía*, tachado *cortesi*.

(119) Tachado *de un* y vuelto a escribir *encima*.

(120) Después de *ve*, tachado *necia*.

(121) Señal, escrito primero *señalar*, y *tachalo después ar*.

(122) *Vi* sobre el renglón.

(123) Después de *y*, tachado *dich*.

(124) Antes de *temo*, tachado *no se si*.

(125) Antes de *gustosa*, tachado *con*.

lo que no entendéis juzgáis.  
 CELIA. ¿De qué tema os enojáis?  
 OTAVIO. Vos no tenéis que temer:  
 que (126) quien es ya mi mujer  
 no duda lo que dudáis.  
 TOMÉ. Señor, el Duque.  
 OTAVIO. ¿Qué duque?  
 TOMÉ. El Virrey.  
 CELIA. Pues no me vea.  
 Abre, Flora, el camarín;  
 abre, que esconderme es fuerza.  
 FLORA. Dame la llave, Tomé.  
 TOMÉ. Espera.  
 FLORA. ¡Qué linda flemma! (127)  
 TOMÉ. Ya la busco, no me turbes.  
 FLORA. De la carroza se apea. (128)  
 TOMÉ. ¡Vive (129) Dios, que la tenía  
 en la faltriquera izquierda!  
 Pienso que se me ha caído.  
 FLORA. ¿Hay tan gran (130) descuido?  
 [Muestra.  
 TOMÉ. ¿Qué quieres? ¿Que no la hallo!  
 FLORA. No la busques, que ya entra.

(El VIRREY y CRIADOS.)

TOMÉ. ¡Qué bien he librado a Fénis  
 de que no la viese Celia!  
 Todo se pierde si doy  
 la llave.  
 OTAVIO. Vuestra excelencia  
 nos dé sus pies a los dos.  
 VIRREY. A daros la norabuena,  
 señora Celia, he venido;  
 y para que el Conde sepa  
 que, aunque viene disfrazado,  
 no se esconde la grandeza.  
 OTAVIO. Aquí tenéis un esclavo. (131)  
 CELIA. Sillas. ¡Hola!

(*Sientense el VIRREY, el CONDE, y CELIA en m[ed]io.*)

Si supiera  
 que tal merced merecía,  
 me amaneciera en la puerta.

OTAVIO. Yo estaba bien descuidado  
 desta merced que, a saberla,  
 fuera a hacer mi obligación.  
 VIRREY. De quien a Milán gobierna  
 tuve carta esta mañana,  
 en que me avisa por ella  
 cómo a Nápoles venís  
 para casaros con Celia.  
 Tanta amistad el marqués  
 con vuestro padre profesa,  
 y por lo que vos con él  
 habéis andado en la guerra  
 de España contra Saboya,  
 que me ha mandado que os tenga  
 prevenida la posada,  
 y así, os suplico que sea  
 la mía, para serviros.  
 CELIA. Puesto que el Conde merezca  
 esa merced, no es razón (132)  
 que vos permitáis su ausencia,  
 que, aunque es pobre aquesta casa,  
 es suya, y ya vive en ella.  
 ni es bien que vuestro favor  
 a mí me desfavorezca.  
 VIRREY. Si ha sido descortesía,  
 perdonad, que si supiera  
 que ya estaba en ese estado  
 lo que tanto amor concierta,  
 no le ofreciera mi casa;  
 mas no sirviéndose della,  
 algo tengo de hacer yo  
 que al Conde obligarle pueda,  
 y que, volviendo a Milán,  
 el marqués me lo agradezca.  
 OTAVIO. Giron gallardo (133), por quien  
 el turco de Italia tiembla,  
 y dos canales de Europa  
 de Filipe las banderas:  
 como honrar a sus vasallos  
 fué siempre condición vuestra  
 a mí por la misma causa,  
 que no porque lo merezca:  
 Celia y yo reconocemos  
 esta merced, que con ella  
 dará blason a sus armas  
 la antigüedad que profesa.  
 VIRREY. Por lo menos, yo he de ser  
 padrino, y es bien que sepa  
 cuándo será el desposorio.

(132) Después de éste, tachado otro verso: *que se de verle carca.*

(133) Encima de *Giron gallardo*, sin tachar, escrito *Toledo ylustre*.

(126) Antes de *quien*, tachado *por*.  
 (127) Después de éste, tachado otro verso: *abre que de la carroza*.

(128) Después de éste, tachado otro verso: *aquí pienso que la busq puse* (sic).

(129) Antes de *vive*, tachado *no*.

(130) Antes de *gran*, tachado *ra*.

(131) Escrito este verso inmediatamente a continuación del anterior.

CELIA. Esta noche.  
 VIRREY. ¿Tan apriesa?  
 OTAVIO. Esta noche, no, señor,  
 hasta que mi ropa venga  
 y las joyas que he traído.  
 CELIA. Galas y joyas no sean  
 estorbo; yo tengo (134) joyas.  
 TOMÉ. ¡Qué bravamente le aprieta!

(*Salga por delante de ellos FÉNIS, cubierta con el manto, y éntrese por la otra puerta.*)

VIRREY. ¿Qué es esto?  
 CELIA. ¿Mujer aquí?  
 ¡Hola! ¿Qué mujer es ésta?  
 LISENA. De aquella cuadra salió.  
 VIRREY. Ahora creo (135) que es cierta  
 la boda, que hay rebozadas.  
 TOMÉ. ¡Qué locura! Voy tras ella.

(*Levántese.*)

VIRREY. Y yo, señores, me voy,  
 suplicánd[o]s se me advierta  
 la noche que esto ha de ser.  
 OTAVIO. Dios guarde a vuestra excelencia.

(*Cumplimientos al salir, y váyase el VIRREY.*)

CELIA. ¡No sé por dónde comience,  
 Otavio, tan justa (136) queja!  
 ¿Vos mujeres en mi casa?  
 Quien viene a casarse en ella,  
 ¿de tal calidad las trae  
 que con tanta desvergüenza  
 salen delante del Duque,  
 sólo por hacerme afrenta?  
 OTAVIO. Sosegad, señora, el pecho,  
 que ésta es una amiga vuestra;  
 mejor dijera enemiga,  
 pues infamaros desea.  
 Entróse aquí libremente,  
 sin que le diesen licencia,  
 porque avisarme quería  
 de algunas cosas secretas:  
 como llamastes, no quise  
 que os diese el hallarla pena,  
 y escondiéndola Tomé,  
 fué tan libre y tan resuelta,

que salió como la vistes.  
 CELIA. Pues ¿qué os dijo que pudiera  
 ser en mi ofensa?

OTAVIO. No importa.  
 CELIA. Decildo, si es en mi ofensa.  
 OTAVIO. ¡Qué diré, que estoy sin alma!  
 CELIA. No lo calléis.  
 OTAVIO. ¡Bien quisiera!

Díjome que era galán  
 vuestro el Duque, y si suspensa  
 tuve la imaginación  
 desta su visita incierta,  
 fué por haber confirmado  
 lo que me dijo con ella.  
 CELIA. ¿Hay tal maldad? ¿Tú conoces  
 aquesta mujer, Lisena?

LISENA. Una doña Angela suele  
 verte en misa algunas fiestas  
 y murmurar de tus galas.  
 FLORA. Y ten por cierto que es ella,  
 que yo la he (137) visto envidiosa  
 burlar de que vas compuesta,  
 con otras amigas suyas.

CELIA. Otavio, si por la puerta  
 de mi casa entró el Virrey,  
 ¿fuego del cielo me encienda!  
 ¿Hay tal traición, por quitarme,  
 de envidia y de celos muerta,  
 que no me case? Pues no,  
 no ha de ser de esa manera.  
 Pluma y papel, Flora, ¡presto!  
 Yo la diré en pocas letras  
 quién es ella y quién soy yo.

OTAVIO. No es razón; escucha.  
 CELIA. ¿Suelta!

(*Vanse todas. OTAVIO, solo.*)

OTAVIO.

No hay cosa que no alcance  
 con la industria remedio;  
 pero aunque, estando en medio  
 de tan perdido lance,  
 salga Celia sin celos,  
 si pierdo a Fénis, ¿qué me importa?, ¡ay cielos!  
 El Virrey, que en su vida  
 vió a Celia, ha remediado,  
 con haberle culpado,  
 que Fénis atrevida  
 resolución tomase:

(137) Después de *la*, tachado *enc*.

(134) Después de *tengo*, tachado *gaa*.  
 (135) El LISENA anterior, enmendado sobre CEL;  
 creo escrito sobre el renglón.  
 (136) Después de *justa*, tachado *mente*.

que delante de todos me dejase.

¿De qué mujer se cuenta  
mayor atrevimiento?

Tratar mi casamiento  
causa (138) le dió violenta:

causa le dió violenta:

creyó que me casaba

y que a peligro de su honor quedaba:

porque, si no se fuera (139)

cuando yo no podía

resistirla, temía

que después no pudiera.

¡Ay, Fénis, cómo has hecho

de nieve el nido en mi abrasado pecho!

¿Adónde vas? No creas

que con Celia me case,

por más que me obligase:

que quiero yo que veas,

aunque era amor de un día,

que fué verdad del alma, Fénis mía.

(Tomé, *entre.*)

Tomé. ¿Con ese descuido estás?

Otávio. ¿Descuido te ha parecido  
estar muerto, estar perdido,  
y estar ausente, que es más?

¿Cuéntame, Tomé, sin vida!

¿Por (140) dónde Fénis se fué?

Tomé. Yo la seguí y la rog[u]é,  
señor, que fuese servida  
de oír la satisfacción  
de la boda que ha creído,  
y (141) a todo me ha respondido  
que palabras de hombres son,  
y que haber salido así  
fué temor que no pudiera  
después.

Otávio. Si ella a mí me oyera,  
como te escuchaba a ti,  
yo la volviera, Tomé.

Tomé. Pues no va lejos de aquí.

Otávio. Pues (142) ¿puedo alcanzarla?

Tomé. Sí;  
pero volverla no sé,

aunque a forzarla te atrevas.

Otávio. Cierra, y donde fué me guía.

Tomé. Ven por aquí.

Otávio. ¿Fénis mía,  
mira que el alma me llevas!

(Fénis, *con manto.*)

Fénis. Ya no tiene mi fortuna  
más desdichas que me dar,  
ni más tormentos el mar,  
que levantaron los vientos  
de mis locos pensamientos  
cuando mi casa dejé,  
y tan necia me olvidé  
de tantas obligaciones,  
por escuchar las razones  
de un hombre que me ha burlado;  
pero quédese casado,  
y no en peligro mi honor;  
principios tuve de amor,  
amor que yo no sabía:  
tanta novedad me hacía  
el verme rendir a un hombre  
que apenas supe su nombre;  
mas mudó mi pensamiento  
su talle, su entendimiento,  
pero no para aguardar,  
Fénis, a verle casar,  
y que el Virrey le apadrine;  
que no hay amor que me incline  
para que pierda mi honor.  
Deteniéndome va Amor,  
¿qué pasos tan perezosos!  
pero hay hombres cautelosos,  
aunque si el Conde lo fuera  
la puerta anoche rompiera,  
o por lo menos llamara.  
¡Ay, Dios, quién imaginara  
la desdicha en que me veo!  
Írme y volverme desco.  
Pero un hombre viene aquí;  
Leonardo es éste, ¡ay de mí!  
¿Que me ha conocido creo!

(Leonardo y Julio.)

Leonardo. No hay sacarlos a los dos,  
Julio, de que a Fénis tengo.  
Julio. De hablar con Fabricio vengo,  
y está quejoso de vos:  
creo que quiere quejarse  
al Virrey.

Leonardo. ¿Por qué razón,  
donde sola mi afición

(138) Antes de *causa*, tachado *fué*.

(139) Después de *éste*, tachado otro verso incompleto: *delante del virrey*.

(140) Antes de *por*, tachado *no tam*.

(141) Antes de *y*, tachado *pero*.

(142) Antes de *pues*, tachado *podré*.

puede, Julio, averiguarse?

Fénis no me quiso a mí,  
siempre de mí se burló;  
pues ¿cómo la tengo yo?

JULIO. Ellos lo dicen así.

LEONARDO. ¡Qué buen tallo de mujer!

JULIO. A lo español va tapada.

LEONARDO. El aire español me agrada.  
Dama, ¿no podremos ver  
el cielo donde esa estrella  
tuvo dichoso lugar,  
que me holgaré de embarcar  
mis pensamientos con ella?  
¿No habláis, no me respondéis?  
¡Qué aspereza, qué rigor!

(CÉSAR y ALBANO.)

ALBANO. Matarle será mejor,  
si esa sospecha tenéis.

CÉSAR. Verme y burlarse de mí  
es señal que a Fénis tiene.

JULIO. Leonardo. (143)

LEONARDO. ¿Qué?

JULIO. César viene. (144)

CÉSAR. ¿No es éste Leonardo?

ALBANO. Sí.

CÉSAR. ¡Vive Dios, que esa mujer  
es Fénis!

ALBANO. ¡Dichoso has sido  
en hallarla!

CÉSAR. El ha querido,  
como debe de saber  
que al Virrey se han de quejar,  
ponerla en parte segura;  
pues en vano lo procura,  
que hoy se la pienso quitar.  
¡Ah, caballero!

LEONARDO. ¿Quién es?

CÉSAR. César soy, que cobrar quiere  
esa dama que traéis,  
antes que el Virrey lo intente;  
que en los pleitos del honor,  
las armas son los jueces.

LEONARDO. Yo no conozco esta dama;  
si ella descubrese quiere,  
os podrá satisfacer  
de lo que a Fénis parece;  
tapada la hallé, y sin darme

lugar a que la requiebre,  
porque no he visto en mi vida  
por señas tantos desdenes.  
Esto no es satisfacción,  
que en lo demás, cuando fuere  
necesario, estoy aquí.

CÉSAR. Como la dama que viene  
con vos se descubra el rostro,  
yo me iré, no siendo Fénis.

LEONARDO. Eso es dar satisfacción,  
porque yo sé claramente  
que no es Fénis, y no quiero,  
cuando esta dama quisiese,  
que porque (145) vos lo queréis  
se (146) descubra, que no puede  
ser con mi honor descubrirse.

(Salgan el CONDE OTAVIO y TOMÉ.)

TOMÉ. Aquella es Fénis.

OTAVIO. ¡Detente!

César y Leonardo son  
los que en su poder la tienen.

TOMÉ. Espera, que dos a dos  
parece que reñir quieren.

CÉSAR. Para mí fuera bastante  
que un hombre noble dijese  
que no es Fénis, si lo es; -  
pero mi amor no consiente  
que (147) deje en dudas los ojos,  
que desengañarse pueden.

LEONARDO. Ya he dicho que es honra mía,  
que nadie por fuerza piense  
que le doy satisfacción.

TOMÉ. Estos riñen, no te alteres;  
estate escondido aquí.

CÉSAR. Pues, cuando a mí se me diese  
satisfacción, ¿no soy hombre,  
Leonardo, que la merece?

LEONARDO. De mí no, que soy mejor  
que vos.

CÉSAR. Quien lo dice, ¡miente!

LEONARDO. Con la espada no hay agravio;  
decid que los dos nos dejen.

(Acuchillándose dos a dos se van.)

TOMÉ. Llega, que es buena ocasión.

OTAVIO. El Amor me favorece.  
¡Fénis mía!

(143) Antes de *Leonardo*, tachado *en que*.

(144) Después de este verso, tachado otro incompleto: *hermosa ocasión* *pe*.

(145) Entre *por* y *que*, tachado *fuerza*.

(146) Antes de *se*, tachado *reñir a*.

(147) Después de *que*, tachado *no de gusto*.

FÉNIS. ¡Traidor (148) Conde!  
 OTAVIO. Oye, escucha.  
 FÉNIS. ¿Qué me quieres?  
 OTAVIO. Que vuelvas a darme vida,  
 que si conmigo no vuelves  
 serás de mi muerte causa;  
 mira que si aquestos vienen  
 te has de ver en más peligro,  
 pues ¡primero que te (149) lleven  
 me han de quitar dos mil vidas!  
 FÉNIS. ¡Pues cuando volver pudiese  
 acabar con mi afición  
 tan loca y tan neciamente,  
 ¿para qué quieres que vea  
 tus bodas, y tan alegres  
 que hay novios enamorados  
 y que hay padrinos virreyes?  
 Yo fuera por convidada,  
 a ser hábito decente  
 el que me dan mis desdichas.  
 OTAVIO. ¡Si Celia mi mujer fuere,  
 que Dios me quite la vida!  
 FÉNIS. Pues, ya ¿qué has de hacer?  
 OTAVIO. Quererte.  
 TOMÉ. Fénis, el Conde te adora;  
 advierte que si no vuelves,  
 le han de hacer aquí pedazos,  
 y que ya se junta gente.  
 Fénis, vuelve al camarín  
 a ser cristal tra[n]sparente.  
 a ser búcaro dorado,  
 a ser de barro celeste;  
 mira que todos los vidrios,  
 de llorar por verte ausente,  
 Fénis, están llenos de agua.  
 ¿Qué (150) hará el Conde, si te  
 No seas mujer ingrata, [pierde?  
 tu buena dicha agradece,  
 pues casarás con un hombre  
 a quien visitan virreyes,  
 a quien adora su patria  
 por el hijo más valiente (151)  
 que ha honrado a Italia en mil si-  
 [glos,  
 aunque los Césares entren. (152)  
 ¡Ea! Fénis celestial,  
 Fénis de coral y nieve,

(148) Antes de *traydor*, tachado *hon*.(149) Escrito *te sobre le*, tachado(150) Antes de *q[ue]*, tachado *pue*.(151) Después de este verso, tachado otro: *q[ue]*  
*ha producido Milán*.

(152) Atajados éste y los quince versos anteriores.

Fénis linda, Fénis joya,  
 y si diamante no siempre.  
 mira un pobre caballero  
 que tu rigor enmudece,  
 y como cielo nublado,  
 está entre llueve y no llueve.  
 FÉNIS. ¿Qué, en fin, he de ser tan necia?  
 No hay cosa. Tómé, más débil  
 que, rogada, la mujer.  
 TOMÉ. Antes (153) no hay cosa más fuerte  
 como una vez diga nones.  
 OTAVIO. Ven conmigo, hermosa Fénis.  
 que tú serás mi mujer,  
 y yo tuyo eternamente.

## ACTO TERCERO

## PERSONAS DEL TERCERO ACTO

|            |             |
|------------|-------------|
| OTAVIO.    | TOMÉ.       |
| EL VIRREY. | UN CAPITÁN. |
| JULIO.     | FÉNIS.      |
| CÉSAR.     | LISENA.     |
| ALBANO.    | FLORA.      |
| FABRICIO.  | CELIA.      |

(Entren ALBANO y CÉSAR.)

CÉSAR. Dichas de las armas son.  
 ALBANO. Por imposible he tenido  
 no salir ninguno herido  
 entre tanta confusión.  
 Mas no saldremos de presos.  
 CÉSAR. Todo fué desdicha mía.  
 ALBANO. En las cuestiones (154) de día  
 son menores los sucesos.  
 CÉSAR. Volvi neciamente a ver  
 la dama.  
 ALBANO. ¿En aquel lugar  
 os había de esperar?  
 CÉSAR. Amor no sabe tener  
 la rienda a ningún deseo,  
 porque la imaginación  
 es la misma ejecución.  
 ALBANO. En vos el ejemplo veo.  
 CÉSAR. Del bien que espera y no alcanza,  
 por engañar al temor,  
 va siempre siguiendo Amor  
 los pasos de la esperanza.  
 Loco estoy. Yo pienso, Albano,

(153) Antes de *antes*, tachado *ven conmigo*.(154) *Quistiones*.



que me ha de acabar la vida  
Fénis, (155) si bien ofendida  
tanto, de su ingrata mano  
¡con qué crueldad escribió,  
cuando la escritura hacía  
Fénis, que me aborrecía  
cuando la adoraba yo!

No corre cometa ardiente  
como la mano cruel  
discurrió por el papel  
atrevida y diligente.

No sé qué rigor tan ciego  
a (156) tanta furia la mueve,  
que de una mano de nieve  
saliesen letras de fuego.

ALBANO. Vuestra locura mayor  
es pensar que una mujer  
que a vos no os supo querer  
que a Leonardo tenga amor.

CÉSAR. Cuanto a mí, sé claramente  
que algún deudo la escondió.  
Otavio nos engaño  
atrevido e imprudente.

Pero ¿quién se ha entrado aquí?

(JULIO.)

JULIO. Yo soy, no os alborotéis,  
puesto que causa tenéis  
para que lo estéis de mí.  
Este papel os ha escrito  
Leonardo.

CÉSAR. Mostrad.  
JULIO. Tomad,  
que por antigua amistad,  
César, su honor solicito.

(Vase.)

CÉSAR. Vos hacéis lo que decís.  
¿Papel a mí? ¿Qué será?  
ALBANO. Desafío. Claro está.  
¿Ya os olvidáis del mentís?

(Lee CÉSAR.)

“Porque la gente no impida mi satisfacción,  
os aguardo en la playa, donde está una barca,  
en que los dos pasaremos a Pausilipo, y con

(155) Antes de *Fénis*, tachado *que me*.  
(156) Antes de *a*, tachado *mí*.

espada y daga, solos, acabaremos en el campo lo que se comenzó en la calle.—*Leonardo*.”  
CÉSAR. Notable satisfacción  
de sí mismo.

ALBANO. Dame pena  
pensar que aquéste os ordena.  
César, alguna traición. [ro; (157)]

CÉSAR. No hará, que es buen caballero  
aunque serlo promete,  
tengo a prueba de mosquete  
un peto fuerte de acero; (158)

el pecho me ha de guardar, (159)  
que el pecho basta cubrir,  
porque quien (160) no piensa huir  
no ha menester espaldar.

En mi recámara entremos.  
¿Iré con vos a la mar?

CÉSAR. No me habéis de acompañar;  
mirad que ocasión daremos  
a que se pierda el honor.

ALBANO. Yo os dejaré.  
CÉSAR. ¿Fénis mía,  
¿si ha de llegar algún día  
en que agradezcas mi amor?

(Vase. Entren TOMÉ y FLORA.)

TOMÉ. Los cofres llegaron ya.  
FLORA. Ya lo vi todo. Tomé,  
y aun más de lo que pensé.  
TOMÉ. No te entiendo.

FLORA. Claro está.

TOMÉ. Declárate más conmigo.

FLORA. No me puedo declarar.  
Pero di, ¿qué me has de dar?  
TOMÉ. Seré liberal contigo.

No te daré yo diamantes,  
pero algunas niñerías  
de vidrio, al fin, como mías,  
pero son muy semejantes.  
¿No has visto (161) retrato?

FLORA. Sí.

TOMÉ. ¿No tienen estimación,  
aunque los vivos no son?,  
pues los vidros son así,  
porque, en la luz semejantes,

(157) Después de este verso, otro tachado: *pero en duda de mi suerte*.

(158) Después de éste, otro verso tachado: *y en duda me ha de guardar*.

(159) Antes de *guardar*, tachado *cubrir*.

(160) Primero *quienes*, tachado *después es*.

(161) Después de *visto*, tachado *en*.

ya que no en naturaleza,  
imitando su belleza  
son retratos de diamantes.

¿Pero cómo estoy contigo?

FLORA. Si cosas falsas me das,  
¿qué puedes esperar más  
de lo que has hecho conmigo?

TOMÉ. Y vosotras, ¿qué nos dais  
que no sea falso también?

FLORA. Si nos enseñáis, ¿de quién  
bárbaramente os quejáis?

TOMÉ. Falsedad es vuestro nombre.

FLORA. Voyme, que tengo que hacer.  
No hay cosa mala en mujer  
que no la aprenda del hombre.

TOMÉ. Dame siquiera una mano;  
Mas dirás, Flora gentil:  
no doy por vidro marfil.

FLORA. ¿Lisonjas conmigo, hermano?

(Vase. Entre OTAVIO.)

OTAVIO. ¿Qué cansado que has estado!  
Fénis, ya puedes salir.

(FÉNIS, *salga*.)

FÉNIS. No sé si ha sido el venir,  
Conde, a esta casa acertado.

Tomé, ¿vióme alguno?

TOMÉ. ¿Quién?

Todo estuvo prevenido.

OTAVIO. Fénis, mi ropa ha venido.  
Pon esas manos, mi bien,

en las joyas que traía  
para Celia, que han de ser  
para quien es mi mujer,  
que eres tú sola, luz mía,

y créeme que quisiera  
que cuanto el Sol celestial  
cría en la India Oriental  
en esos coíres viniera.

Pobreza fué para ti.

Pero, Fénis, tu belleza  
no ha menester más riqueza  
que el alma que tiene en sí.

FÉNIS. Estoy, Conde, divertida  
de verte tan empeñado  
en la palabra que has dado.

OTAVIO. No la cumpliré en mi vida.

FÉNIS. Pues ¿cómo piensas vencer  
este imposible?

OTAVIO. Al amor

no hay dificultad mayor  
que llegarla a proponer.

Y aunque de Celia es verdad  
que las quejas considero,  
al Conde, tu padre, quiero  
pedirte con libertad.

Toma esas joyas en fe,  
señora, de que eres mía,  
que mañana será el día  
que desengañada esté.

FÉNIS. Verélas por ser tu gusto.  
OTAVIO. Parte a dárseles, Tomé.

TOMÉ. Un aparador seré,  
y vendráme el nombre al justo.

Una cintura verás  
de sirenas, que recelo  
que el más alto paralelo  
del Sol no relumbra más.

Vienen cinco apretadores  
con esmaltes carmesíes,  
de diamantes, de rubies,  
en clavellinas y flores.

Viene también un collar  
tan brillante, rico y bello,  
que sólo en tu hermoso cuello  
o en el del Sol puede estar.

Vienen también arracadas  
de tanta varia invención,  
que exceden la estimación,  
siendo en gran precio estimadas,  
y tienen tanta eminencia,

que pueden estar (162) seguras  
que no hay orejas tan duras  
que no les diesen audiencia.

Otras joyas y cadenas,  
con bandas y con sortijas,  
para que a tu gusto elijas.  
todas de diamantes llenas.

Pensarás que son enredos  
y encarecimientos vanos:  
harán dos Indias tus manos  
y rayos del Sol tus dedos;

pues, rosetas, con que des  
lazadas a los zapatos,  
aunque a diez puntos ingratos,  
competirán con los pies.

OTAVIO. ¿Estás loco?

TOMÉ. Ven conmigo.

FÉNIS. Tomé, sin codicia voy  
de las rosetas.

TOMÉ. Estoy

tal, que no sé lo que digo.

Perdona, pues vas segura,  
que en llegando a hablar en pies,  
me enloquezo, y pienso que es  
la cifra de la hermosura.

(*Vanse.*)

OTAVIO.

Quien dice que al (163) amor engendra el tra-  
débale al trato lo que amor no debe, [to,  
que la hermosura que no mata en breve,  
sin alma y luz parecerá retrato.

En la imaginación siglos dilato  
pocas horas de amor, que el cielo mueve;  
que quien veneno tan hermoso bebe,  
en no morir correspondiera ingrato.

El alma la belleza ilustra y dora;  
que, aquésta el cielo, aquélla el Sol, retrata.  
y si a matar se juntan, basta un hora;

que es hermosura la que luego mata,  
y costumbre de ver la que enamora  
con largo tiempo a quien después la trata.

(LEONARDO, *alterado.*)

LEONARDO. Perdonad haberme entrado  
en vuestro aposento así.

OTAVIO. Pues ¿estaba abierto?

LEONARDO. Sí.

OTAVIO. Para vos siempre lo ha estado.  
¿Qué suceso causa os dió?

LEONARDO. Pienso que a César he muerto,  
y a estar Otavio, encubierto,  
vuestra amistad me obligó.

OTAVIO. Bien hicistes en fiar  
vida y libertad de mí.  
¿Cómo ha sido?

LEONARDO. Pasa así.  
¿Hay quien me pueda escuchar?

OTAVIO. Ninguno, porque Tomé,  
en mis cofres ocupado,  
tendrá diverso cuidado.

LEONARDO. Pues escuchadme.

OTAVIO. Sí haré.

LEONARDO. Generoso Conde Otavio,  
de quien tan altas hazañas  
las plumas de las historias  
trasladarán de la Fama,  
ya sabéis mi calidad,  
y juntamente la causa

de la enemistad de César,  
por que mejor me (164) llamaran  
Pompeyo, que no Leonardo,  
pues, como en la edad pasada  
por Roma, Pompeyo y César,  
y hoy César por una dama.  
Pienso que sabéis que es Fénis  
hija de Fabricio y Laura,  
nobles condes de Armelina,  
villa no lejos de Mantua.  
De que la hubiérades visto  
notablemente me holgara.  
así porque su belleza  
disculpára mi desgracia,  
como porque no confío  
de mi ignorancia (165) alabarla.  
Hizo la Naturaleza  
el cuerpo, como si hallara  
con quien competir, o el arte  
tuviera tanta arrogancia.  
El alma, el cielo; mas (166) tiene  
sola una potencia el alma,  
que es un grande entendimiento;  
que las otras dos le faltan.  
Yo no sé que haya tenido  
voluntad que acompañara  
memoria, pues no se acuerda,  
y a quien la quiere desama. (167)  
Finalmente, la servimos  
César y yo en hora infausta,  
pues no ha estimado a ninguno,  
si no es para ser ingrata.  
Ya sabéis cómo y por qué  
dejó su padre y su casa,  
y cómo tan neciamente  
que la tengo me levantan;  
si la he visto, plega al cielo  
que no tenga dicha en nada,  
y que (168) César goce a Fénis,  
maldición, Conde, que basta,  
porque con ésta ninguna  
de cuantas lo son iguala, (169)  
que españoles, silla y turcos  
han sido invenciones falsas.  
El acuchillarme César  
por una mujer tapada

(164) Antes de *me*, tachado *llama*.

(165) *Ynorancia*.

(166) Antes de *tiene*, tachado *fu*.

(167) Atajados este verso y los once anteriores.

(168) Después de *que*, tachado *goze*.

(169) Este verso y los tres anteriores, escritos al  
margen, verticalmente.

(163) Enmendado *el* sobre *al*.

fué sospecha de sus celos:  
 Fenis son cuantas se tapan.  
 Una palabra me dijo  
 que me ha obligado a vengarla,  
 que si el alma puede herirse,  
 es con hierro (170) de palabras;  
 verdades que (171) no lo son  
 si esta desnuda la espada,  
 que sólo afrenta la lengua  
 adonde la espada calla.  
 Con esto, y no mucho seso,  
 a César esta mañana  
 escribí (172), con un amigo  
 que le aguardaba en la playa.  
 Vino César luego al punto,  
 que (173) quien en salir se tarda,  
 parece que reconoce  
 en su contrario ventaja.  
 Guíele al mar, cuya (174) orilla  
 tenía una barca atada  
 por mi orden, y en su borde,  
 desde la tierra, una plancha.  
 Entramos dentro los dos,  
 guíe yo propio la barca  
 adonde suelen ir muchas  
 a gustos, que no a desgracias;  
 desembarcamos, (175) y luego  
 que pisamos la campaña,  
 detrás de una güerta, a quien  
 jazmines y yedra enlazan,  
 le dije: "Aquí estamos solos,  
 donde quiero (176) ver si hablan  
 las manos como las lenguas".  
 El, la color demudada,  
 sacó la espada, diciendo:  
 "La razón a nadie agravia.  
 Yo soy César". Respondí: (177)  
 "Hoy seréis César y nada".  
 Animoso y diestro César,  
 me daba el pecho, y guardaba  
 la cabeza, que venía  
 con menos cuidado y armas.  
 Viendo yo que era imposible  
 herirle, y que el pecho estaba

defendido como el mío,  
 que nunca se deja en casa  
 la defensa el que es discreto,  
 por no guardar mi venganza  
 para mejor ocasión,  
 como cobardes la guardan,  
 saqué de la faltriquera  
 una pistola cargada,  
 que hizo el mejor ingenio  
 de los que tiene Alemania;  
 toqué la llave, dió fuego,  
 que, para mal, nunca falta. (178)  
 y de aquel infierno breve  
 el alma de plomo exhala.  
 "Traidor", dijo, y respondi:  
 "No se fie quien agravia,  
 que no hay traición si hay agravio,  
 que entonces todo es venganza".  
 Déjele mirando el pecho,  
 y, arrojándome en la barca,  
 pasé la (179) mar, y en la orilla  
 puse la turbada planta,  
 y acordándome de vos,  
 y que nadie en esta casa  
 tendrá sospecha que estoy,  
 mientras que mis padres tratan  
 cómo (180) a Flandes pueda irme  
 o, por más seguro, a España,  
 a ponerme en vuestro amparo  
 vine, que en aquestas cuadras  
 podré estar con más secreto  
 para saber lo que pasa;  
 que de tales (181) caballeros,  
 amparar en las desgracias  
 a quien les pide favor  
 es el blasón de sus armas.

OLAVIO.

Pésame, señor Leonardo,  
 por vos, por César, por mí,  
 y de que hayáis muerto así  
 caballero tan gallardo.

Ya es hecho, debo ofreceros  
 cuanto soy, pues es (182) razón  
 cumplir (183) con la obligación,  
 y morir por defenderos.

Tomé.

(170) *Yerro.*

(171) Añadido *es q[ue]* a *verdad*.

(172) Antes de *escribí*, tachado *q[ue]* *le agu*.

(173) Antes de *q[ue]*, tachado *gu*.

(174) Antes de *cuya*, tachado *cuy*.

(175) Antes de *desembarcamos*, tachado *de*.

(176) Enmendado *quiero* sobre *quieran*, tachada la *n*.

(177) Tachado *respondí* y vuelto a escribir.

(178) Después de este verso, tachado otro: y *se-  
gún el sentimiento*.

(179) Enmendado *la* sobre *el*.

(180) Antes de *como*, tachado *q[ue]* *me baya*.

(181) Escrito *de tales*, encima de *tan grandes*, ta-  
chado.

(182) Antes de *es*, tachado *razón*.

(183) Antes de *cumplir*, tachado y *vos decís*.

TOMÉ. Señor.  
 OTAVIO. ¿Has oído algo de lo que ha pasado?  
 TOMÉ. Todo, señor, lo he escuchado, aunque estaba divertido.  
 OTAVIO. Aquí habemos de esconder a Leonardo.  
 TOMÉ. ¿Estás en ti?  
 OTAVIO. ¿No hay allí una cuadra?  
 TOMÉ. Sí.  
 OTAVIO. Pues ¿por qué no puede ser?  
 Entrad, Leonardo, que adonde os pondrá Tomé, yo sé que nadie disgusto os dé.  
 LEONARDO. Dadme vuestras manos, Conde.  
 OTAVIO. Dejad agradecimientos.  
 Tomé esta noche será vuestro güesped.  
 TOMÉ. ¿Quién dará alcance a tus pensamientos?  
 Irme quisiera entre moros.  
 OTAVIO. A Celia me voy a ver.  
 TOMÉ. Siempre tengo yo de ser el que ha de encerrar los toros.

(*Váyanse.*) El CONDE FABRICIO y el VIRREY.)

VIRREY.

En eso, Conde, está la diferencia de los mayores a los verdes años.

FABRICIO.

Mal informado está vuestra excelencia, que no soy yo la causa destos daños.

VIRREY.

Diréis que en Fénis fué desobediencia, y aquí se ven más claros los engaños; que no era bien casalla a su disgusto.

FABRICIO.

¿Y cuándo aciertan por su propio gusto?

VIRREY.

Pues muerto agora César, ¿no os parece que dividirse en bandos es forzoso todo este reino?

FABRICIO.

Sí morir merece

la causa, haced castigo riguroso. Bástame a mí lo que mi honor padece.

(*El CAPITÁN de la guarda.*)

CAPITÁN.

¡Por Dios, que ha sido César venturoso!

VIRREY.

¿Qué es eso, Capitán?

CAPITÁN.

Que César vive.

VIRREY.

Pues ¿quién tan falsa información escribe?

CAPITÁN.

Yo fui con los soldados que mandaste, y saliendo del mar, le hallé en la orilla.

VIRREY.

¿Y a quién, o dónde, Arnaldo, (184) le dejaste? que tu poco valor me maravilla; ¿cómo no le prendiste y le llevaste a Castilnovos?

CAPITÁN.

Apenas la barquilla en que salió del mar, César dejaba, cuando sin armas y en prisión estaba. Y le traigo, señor, a tu presencia.

VIRREY.

En paz, Arnaldo, esta ciudad has puesto.

(*CÉSAR y SOLDADOS con arcabuces.*)

CÉSAR.

Los pies, señor, me dé vuestra excelencia.

VIRREY.

César, a vos os dan la culpa desto. En fin, en poca edad, poca (185) experiencia. Fuera más justo, con partido honesto, tratar la paz, que no con locos bríos pasar el mar a injustos desafíos.

(184) Enmendado *Arnaldo sobre Leonardo*.

(185) *En fin en poca edad poca*, escrito encima de *de vuestro entendimiento y*.

Pues ¡por vida del rey!, que quien tratare de alborotar el reino...

CÉSAR.

Estéme atento vuestra excelencia, y mi justicia ampare, pues sabe el Conde que la paz intento, y cuando airado en que sali repare, mire su generoso nacimiento y que un hombre, su igual, le desafía, y entonces culpe la disculpa mía.

Danme un papel, ¿qué excusa hallar pudiera que fuera con mi honor? Al mar camino, y a Leonardo, que estaba en la ribera, el ánimo y el paso a un tiempo inclino: en una barca, aunque la mar se altera, entramos juntos, y volando el pino del edificio breve, el rejón muerde la blanca orilla de la tierra verde.

Con la espada y la daga me provoca: la mía entonces con la suya (186) iguala diestro valor, pero en distancia poca. Leonardo entre los céspedes resbala: de la lealtad el término revoca, y al fácil (187) plomo de una ardiente bala remite la sentencia de mi muerte, resistida mejor de un peto fuerte.

Yo, con la turbación, "traidor" diciendo, quedé a mirar el golpe, que, dudoso, el corazón se estaba estremeciendo al eco del sonido riguroso, y Leonardo, la playa discurriendo, vengado mal, aunque le fué forzoso, salió con vida y sin honor, de suerte que pudo publicar mi incierta muerte.

Pues ¿es justo, señor, que a Fénis tenga, y a un hombre como el Conde el honor quite, y que alterar a Nápoles prevenga cuando toda la culpa me remite? Si tan injusto agravio no se venga, y tanto atrevimiento se permite, que se ha de alborotar el reino crea vuestra excelencia, si la paz desea.

VIRREY.

César Gonzaga, y vos, Conde Fabricio, no replicando a lo que yo intentare, que de Dios y del rey será servicio, haréis que este alboroto se repare.

Si de que tiene a Fénis hay indicio, Leonardo, dondequiera que se hallare, la infamia pagará con la cabeza de atreverse a ofender vuestra nobleza.

Pero, si no, las paces son forzosas, sin replicar a la razón razones.

FABRICIO.

Mi honor pongo en tus manos generosas, ¡oh, gloria de los inclitos Girones! (188)

CÉSAR.

¡Ay, Fénis, entre todas estas cosas tú sola en tanto mal mi vida pones. Si tú sabes de ti, yo te la ofrezco. Si Leonardo lo sabe, te aborrezco.

(Vanse. LISENA, CELIA y FLORA.)

CELIA. Esto le vengo a decir.  
 LISENA. Pienso que ha salido fuera.  
 CELIA. ¿Quién pensara que mintiera?  
 LISENA. Los hombres saben mentir.  
 CELIA. Siempre la culpa nos dan de lo que la tienen ellos.  
 LISENA. Querellos y no creellos.  
 CELIA. No (189) ha parecido galán, sino marido en mentir. [de?]  
 LISENA. ¿Doña (190) Angela, qué respon-  
 CELIA. Responde que miente el Conde, y que se lo ha de decir; que no le ha visto en su vida, ni en [su] (191) casa entró jamás, y, arrogante, añade más, de mis palabras corrida: que ella tiene talle y años para no ser envidiosa, sino envidiada.  
 LISENA. No hay cosa más necia que desengaños.  
 CELIA. Angela dirá verdad, y el Conde es un gran traidor, que ni agradece mi amor ni me tiene voluntad.  
 LISENA. Mal al Conde parecí. Si ha traído esa mujer, ¿cómo le has de parecer

(188) Acotado *girones* y, al margen, añadido *b'1-sones*.

(189) Antes de *no*, tachado *debe de v.*

(190) *Don*. Ocurre otra vez.

(191) *Mi*.

(186) Antes de *suya*, tachado *y*.

(187) Antes de *fácil*, tachado *plomo*.

lo que él te parece a ti?

FLORA. Hasta agora, por no darte pesadumbre, no quería decirte lo que sabía de este nuestro Durandarte; pero ya será forzoso, porque fuera deslealtad encubrirte la verdad.

CELIA. ¿Qué casamiento dichoso!

FLORA. Yo he visto entrar la mujer con estos ojos.

CELIA. ¿Tú?

FLORA. Yo.

CELIA. ¿Cuándo?

FLORA. No ha un hora que entró. Sin esto, llegando a hacer la cama, hallé la mitad.

CELIA. ¿Y la otra mitad?

FLORA. Seria para esta señora mía. Partirla no es voluntad.

CELIA. ¿No ves que es a lo señor, que siempre están divididos?

FLORA. Son enfermos los maridos de esto que llaman amor.

LISENA. Llama a Otavio.

CELIA. El viene aquí.

(*Entren OTAVIO y TOMÉ.*)

OTAVIO. En este jardín estaba.

CELIA. ¿Ya cuando la noche viene aguas y flores agradan?

OTAVIO. Hállanse los pensamientos mejor entre flores y aguas.

CELIA. No serán los de Milán, pues allá no dejáis dama, que de mí segura estoy.

OTAVIO. Vuestros, que vos sois la causa; que no hay sin vos pensamientos.

CELIA. Ciertamente estoy obligada a ser siempre esclava vuestra.

OTAVIO. Reina mía, que no esclava.

CELIA. ¿Queréisme mucho?

OTAVIO. Esa duda, señora, fuera excusada; no hay amor que iguale al mío. Dulces deseos me abrasan de verme (192) en la posesión de tan ricas esperanzas. Bien haréis, alzád la voz

para que os oiga la dama que tenéis, como hombre noble, dentro de mi propia casa.

OTAVIO. ¡Ah, traidor!

CELIA. ¿Quedo, señora!

TOMÉ. ¡Y el Tomé, diciendo gracias, siendo tan grande alcagüete!

OTAVIO. Agora entró mi semana, ¡vive Dios que no hay respuesta, cogido nos ha la trampa!

CELIA. Por cierto que vuestro enojo, hermosa Celia, excusara quien vió entrar a quien decís; yo perdono su ignorancia. (193) Si supiera lo que ha sido...

OTAVIO. ¿Hay otra invención armada?

CELIA. ¿Otra doña Angela fea envidiosa de mis galas?

OTAVIO. ¿Hay otra vecina destas que, acechando por ventanas, más en la de sus vecinos viven que en sus (194) propias casas? Señora, pues no se excusa [sas? hacer de vos confianza y deciros la verdad...

TOMÉ. Jesús, todo se declara.

OTAVIO. Sabed que Leonardo ha muerto a César, y en una carta me escribió todo el suceso, y me pidió vuestra casa; hasta la puerta llegó en una silla.

CELIA. ¿Qué extraña mentira!

OTAVIO. Un manto traía por encubrirse a la guarda del Duque, que anda a buscarle, y ésta habrá sido la causa de engañarse quien le vió, que así los ojos se engañan.

CELIA. Vos debéis de pensar. Conde, será mi ignorancia (195) tanta que con haberos oído está la fiesta acabada. Si no ven mis propios ojos a Leonardo y él me habla, y cuenta como es verdad que mató a César Gonzaga no he de quedar satisfecha.

(193) Ynorancia.

(194) Antes de sus, tachado la.

(195) Aquí ygnorancia.

(192) Antes de verme, tachado go

OTAVIO. Pues abre, Tomé, esa cuadra.  
TOMÉ. Señor Leonardo, salid. (196)

(LEONARDO, *salga.*)

LEONARDO. No os espantéis que me valga  
del valor del señor Conde  
y el favor de vuestra casa  
en una ocasión tan grave.

LISENA. Si no es figura encantada,  
éste es Leonardo, señora.

CELIA. Que el Conde, mi señor, haga  
su obligación es muy justo.  
Entraos, que la gente pasa  
de casa, y no es bien que os vea.  
Flora, traigan luego cama.

LEONARDO. Bésoos (197) mil veces los pies.

(*Entrese.*)

CELIA. Perdonad (198). Conde, que estaba  
enojada con razón.

OTAVIO. Dadme licencia que vaya  
a vuestro cuarto con vos.

CELIA. No tanta desconfianza  
que os obligue a cumplimientos.

OTAVIO. Valíome, Tomé, la traza.

TOMÉ. Demonio debes de ser.

(*Váyanse y queden FLORA y TOMÉ.*)

¿Qué hay Flora?

FLORA. ¿Qué quiere?

TOMÉ. Aguarda.

FLORA. ¿Más que me quieries reñir?

TOMÉ. Tu culpa pienso que habla.

FLORA. ¿Qué querías? ¿Que yo fuera.

Tomé, traidora a mi ama?

TOMÉ. No; mas no ser habladora  
pero esto os viene de casta.

FLORA. Vosotros sois el silencio.

TOMÉ. En fin, como hombre se llama,  
y como mujer la lengua.

FLORA. ¡Qué discreta semejanza!

También es mujer la honra.

y el agravio es hombre.

TOMÉ. Basta,

yo me rindo a tu elocuencia;  
mas, ¡por Dios que es cosa extraña

ver de qué suerte, en dos días  
de amor, Celia al Conde trata!

¿Qué de enojos y temores!

Toda es celos esta casa.

¿Este es cuarto, o calabozo?

Que ya solamente falta

que nos venga a visitar

a media noche tu ama,

o que diga que los vidros,

búcaros, fuentes y tazas,

con otras cosas curiosas

deste camarín, son damas.

No serán buenos casados,

si la vista no me engaña.

FLORA. ¿Qué querías? ¿Que sufriese  
que entrasen aquí sus daifas?

¿Tomé, Tomé!, la mujer

que ve su marido, y calla,

andar con otras, o tiene

algo que él calle, o es santa.

(*Vase.*)

TOMÉ. ¡Brava fortuna nos corre,

comenzando en mar bonanza!

Ya me pesa de haber sido

desta tormenta la causa.

¡Notable ingenio el de Otavio!

no se levanta borrasca

que no se aparezca luego,

como San Telmo en la gavia.

Quiero ver lo que hace Fénis.

Vidro hermoso, porcelana (199)

de la China o azafate

de Portugal, de oro y nácar.

bandeja de seda y perlas,

caja de pastillas de ámbar,

escritorio de carey

con molduras de oro y plata,

¿qué haces entre esos vidros?

(FÉNIS.)

FÉNIS. Tomé, divertida estaba.

TOMÉ. ¿Mirabas las joyas?

FÉNIS. Sí;

y son tan ricas y hermosas,

tan de buen gusto y lustrosas,

que a su dueño en ellas vi.

Pero ¿ves resplandecer

(196) Después de este verso, tachado otro incompleto: y perdonad.

(197) Antes de *bésos*, tachado *tr.*

(198) Antes de *perdonad*, tachado *por q.*

(199) Escrito este verso inmediatamente a continuación de otro tachado: *vidro cristalino, caja.*



tantos diamantes en ellas,  
que, brillando como estrellas  
cuando quiere anochecer,  
ponen codicia a los ojos  
del más honesto recato,  
y cuando fueran retrato  
del Sol y sus rayos rojos?

Pues no hay joya para mí  
como el Conde, mi señor.  
Bien puede ser que el amor  
haga ese milagro en ti;  
mas, para mí, deste efeto  
fueron causa los diamantes;  
porque nunca, ¡oh Fénis!, antes  
te pareció tan discreto,  
tan lindo ni tan galán.

¡Necio!, no me había dado  
la palabra que ha jurado;  
que entonces los hombres dan  
la mayor joya en valor,  
que es el alma y voluntad.

Ruido sienta.

(Dentro. OTAVIO.)

OTAVIO. Esperad,  
que yo os haré abrir, señor.

TOMÉ. ¡El Conde es éste, y gran gente!

FÉNIS. Aguarda, y luego abirás.

(Vase FÉNIS.)

OTAVIO. ¡Abre, Tomé! ¿Dónde estás?

TOMÉ. Señor...

OTAVIO. ¡Abre, impertinente!

([El Virrey,] el Conde FABRICIO, OTAVIO (200),  
ALBANO, JULIO, el Capitán.)

TOMÉ. Tráesme tan desvelado,  
que en una silla dormía.

OTAVIO. Con mi ropa ha sido el día,  
como ocupado, cansado.

VIRREY. Conde, no ha sido mi intento  
inquietar vuestra posada,  
que para ser respetada  
dió Celia merecimiento,  
cuando no fuera por vos.

(CELIA, LIENA y FLORA.)

CELIA. ¿Con guarda aquí su excelencia?  
VIRREY. La guarda es vuestra licencia.

CELIA. Mil años os guarde Dios.

VIRREY. Dos caballeros han sido  
los que me han dado ocasión  
con cierta honrada quietón,  
a cuya paz he venido;  
que como justicia aquí  
no viniera, ni otro efeto  
me trujera.

CELIA. Ese respeto  
por mis padres merecí,  
cuyas puertas adornaron  
los militares blasones  
que muestran.

VIRREY. Esas (201) razones  
y otras muchas me obligaron,  
de lo que vos merecéis;  
pero a mí se me han de dar  
las llaves para buscar  
un hombre que aquí tenéis,  
por atajar la inquietud (202)  
deste reino.

CELIA. Yo, señor,  
deseo, por vuestro honor,  
su paz, aumento y quietud;  
mirad si queréis mirar  
primero arriba.

VIRREY. Aquí creo  
que está lo que hallar deseo.

TOMÉ. ¿A Fénis viene a buscar?

OTAVIO. No viene sino a Leonardo.

TOMÉ. No te faltarán enojos,  
que ha puesto el Duque los ojos  
en el camarín.

OTAVIO. ¿Qué aguardo?  
¡Perdidos somos, Tomé!

VIRREY. Entrad y mirad ahí.

CAPITÁN. Una mujer está aquí.

CELIA. ¿Cómo es posible que esté?

CAPITÁN. Salid, que el Virrey os llama.

(FÉNIS, tapado.)

VIRREY. ¿Otra vez tapada?

CELIA. ¡Ah, Conde!

TOMÉ. Es Conde, que las esconde.

VIRREY. Descubrid y hablad, dama.

(201) Antes de esas, tachado *muchas*.

(202) Escrito este verso inmediatamente a conti-  
nuación de: *¿[ue] esto importa*, tachado.

(200) Antes de *Otávio*, tachado *Celia*.

FÉNIS. Oígame vuestra excelencia  
primero aparte.  
VIRREY. Decid.  
FÉNIS. Que soy Fénis advertid.  
VIRREY. ¿Fénis?  
FÉNIS. A vuestra prudencia  
pido piedad y remedio;  
no me descubráis os pido.  
VIRREY. No haré, que a vuestro marido,  
porque hay tanta gente en medio,  
os daré, y con él iréis  
donde después lo sabrán.  
Llama a César. Capitán.  
CAPITÁN. ¿César!

(Entre CÉSAR.)

CÉSAR. Aquí le tenéis,  
que no quiero replicaros  
en hacer esta amistad.  
VIRREY. Otra (203) quiero hacer. Llegad,  
llegad, que quiero casaros.  
CÉSAR. ¿Cómo, señor?  
VIRREY. Aquí está  
Fénis.  
CÉSAR. Si aquí la tenía  
Leonardo, no será mía.  
si (204) fué de Leonardo ya.  
VIRREY. ¿Dónde está Leonardo?  
TOMÉ. Aquí.

(Salga LEONARDO.)

LEONARDO. Señor, la muerte confieso,  
puesto que os parezca exceso  
hablar en público así; (205)  
que quise vengar mi honor (206)  
de un caballero agraviado:  
si fué pensamiento honrado  
remito a vuestro valor.

(203) Antes de otra, tachado *Cesar*.

(204) Antes de si, tachado *por que*.

(205) Escritos este verso y el anterior inmediatamente después de otros dos tachados:

V1. *Que muerte que no es por eso.*  
LEO. *Noble soy noble naci.*

Enmendado hablar sobre naci.

(206) Antepuesto *que* a *quise*, enmendado sobre *quisier*. A continuación de este verso y medio tachados:

V1. *No seas a Cesar presente*  
LEO. *Cesar vino. Ces*

Fiéme de quien pensé  
que secreto me tuviera, (207)  
y, si es quien es, no pudiera  
no (208) ser lo que siempre fué.  
VIRREY. Quedo, Leonardo, que estáis  
en todo engañado; oid:  
César vive, y advertid  
cómo (209) en su presencia habláis,  
que lo traigo yo conmigo.  
LEONARDO. ¿Que no es muerto César?  
VIRREY. No;  
y advertid que quiero yo,  
Leonardo, haceros su amigo;  
que vos estáis satisfecho,  
como caballero honrado;  
mas, ya que el cielo ha guardado,  
como vuestro honor, su pecho,  
decidme, ¿por qué negáis  
que a Fénis habéis tenido,  
si estando vos escondido  
está donde vos estáis?  
LEONARDO. ¿Yo a Fénis? ¿Si della sé,  
me quite el cielo la vida!  
VIRREY. ¿Cómo (210) no, pues escondida  
donde vos estáis la hallé?  
Descubrios, porque diga  
Celia cómo estaba aquí.

(Descúbrase FÉNIS.)

CELIA. Yo, señor, jamás la vi,  
ni fué ni será mi amiga.  
pues en mi afrenta y agravio  
la tiene escondida el Conde.  
FABRICIO. ¿Por qué Otavio no responde?  
OTAVIO. Porque está sin culpa Otavio,  
que se entró, Fabricio, aquí  
Fénis huyendo de vos.  
VIRREY. Disculpa tienen los dos.  
OTAVIO. La que puede haber en mi  
es haber honestamente  
mirado para mujer  
a Fénis.  
VIRREY. No puede ser,  
que está su esposo presente:  
César es ya su marido,  
y de Celia lo será  
el Conde.

(207) Después de éste tachado un verso incompleto: y *que* en *ningún tiempo* f.

(208) Antes de no, tachado *dud*.

(209) Antes de yo, tachado *conmigo*.

(210) Antes de como, tachado *que decís*.

CELIA. Obligado está  
a cumplir lo prometido.

CÉSAR. Celia, ¿queréisme escuchar  
aquí aparte dos palabras?

CELIA. ¿A vos, César, para qué.  
adonde todos me agravian?

CÉSAR. Hablemos aquí los dos.

(*Aparte los dos.*)

CELIA. Decid.

CÉSAR. Celia, aquí nos casan  
a (211) vos y a mí: a mí con Fénis,  
que tengo en medio del alma,  
y a vos con el conde Otavio,  
cuya (212) pasión se declara  
en lo que habéis hecho y dicho:  
hoy nuestras dos esperanzas  
llegan a ser posesión,  
hoy nuestras penas se acaban.  
Pregunto: ¿por qué le pintan  
ciego al Amor?

CELIA. Cosa es clara  
que porque hace el mismo efe-  
[to. (213)]

CÉSAR. Luego está ciego quien ama.

CELIA. Ciego está, como los dos.

CÉSAR. Pues ¿queréis, Celia, que haya  
ahora un amor con vista?  
Será novedad extraña.

CELIA. ¿Cómo?

CÉSAR. Quitando la venda  
con que los ojos le tapan,  
a los nuestros, para ver  
de Otavio y Fénis las faltas.

CELIA. Ya me he quitado la mía.

CÉSAR. ¿Qué veis?

CELIA. Al Conde en mi casa,  
diciéndome mil requiebros  
con alma fingida y falsa,  
que fué un hombre que en un hora  
hizo tan grande mudanza  
que puso el amor en Fénis  
y que le dió la palabra  
de ser suyo, y la escondió  
donde yo misma la hallaba,  
y él, como yo estaba ciega  
desde los ojos al alma,  
me hacía con invenciones

entender que me engañaba;  
y veo que quien agora  
hace cosas tan extrañas,  
las hará después conmigo  
más traidoras, si se casa.

CÉSAR. ¿Eso veis?

CELIA. Y aun otras cosas,  
César, que el respeto calla.

CÉSAR. Pues oidme a mí, que ya  
tengo la venda quitada.

CELIA. ¿Qué veis?

CÉSAR. Veo una mujer  
que, cuando (214) juntos estaban  
sus parientes y los míos,  
a tanto amor siempre (215) ingrata,  
tomó, desdenosa y libre,  
la pluma, escribiendo airada,  
en mi afrenta, sus desdenes,  
y con atrevidas plantas  
huyó de mí, de su padre,  
de su honor y de su casa:  
veo una mujer por quien  
me dió en el pecho una bala,  
que de milagro estoy vivo;  
y aunque su belleza es tanta  
que con una mano sola  
todos mis cuidados paga,  
considérome casado,  
y que aquel deseo pasa  
de su rigor en las bodas,  
y que estoy por la mañana  
pensando que estuvo Fénis  
en esta o aquella (216) cuadra  
toda una noche y dos días,  
y que un hombre que la amaba...  
Pero quédese esto aquí,  
que en materia de honra y fama,  
para no vivir con gusto,  
imaginaciones bastan.

CELIA. ¿Tanto (217) mira amor con vista?

CÉSAR. Mucho más cuando se acaba.

CELIA. ¿Qué haremos?

CÉSAR. Haz lo que yo.  
Celia, pues partes (218) tan altas  
te darán mejor marido  
y vivirás descansada.  
Duque generoso, escucha.

(211) Antes de *a*, tachado *de*.

(212) Antes de *cuya*, tachado *quanto a mí*.

(213) Atajados este verso y los dos anteriores.

(214) Antes de *quando*, tachado *al*.

(215) Antes de *siempre*, tachado *ta*.

(216) Antes de *quadra*, tachado *casas*.

(217) Antes de *tanto*, tachado *que*.

(218) Antes de *partes*, tachado *que*.

VIRREY. La consulta ha sido (219) larga;  
veamos qué sale della.  
CÉSAR. Fénis estuvo guardada  
del Conde, del Conde sea;  
mi *amor con vista* se halla.  
y se la da libremente.  
CELIA. Yo también, desengañada,  
le doy a Fénis al Conde,  
y porque César me agrada,  
mi mano y mi hacienda es suya.  
VIRREY. A Lisena, vuestra hermana,

---

(219) Tachado *ha sido*, y encima con letra más  
fina, escrito: *no fue*.

dad a Leonardo, con quien  
queda la paz confirmada.  
TOMÉ. Flora, ¿tienes vista?  
FLORA. No.  
TOMÉ. Pues *Amor con vista* acaba,  
si el senado que las mira  
suple a nuestro amor las fal-  
[tas. (220)]

---

(220) Tachado con una simple raya el verso ante-  
rior, y la mitad de éste, y sustituidos con letra más  
fina, por:

*Con el marido embustero  
si nos perdonays.*

~~~~~

AMOR, PLEITO Y DESAFÍO

TRAGICOMEDIA

ACTO PRIMERO

PERSONAS DEL PRIMERO ACTO:

DON ALVARO DE ROJAS. DOÑA ANA.
DON JUAN DE (1) PADILLA. MARTÍN, *escudero*.
TELLO, *criado*.
DON JUAN DE ARAGÓN. SANCHE, *criado*.
EL REY ALFONSO. LEONOR, *criada* (2).
DOÑA BEATRIZ.

(DON ALVARO, *anciano*, con un báculo y DON JUAN DE PADILLA.)

PADILLA. Advierta vusñoría...
ALVARO. Yo no tengo que advertir.
PADILLA. Pues ¿por qué no me ha de oír, por su honor y en cortesía?
ALVARO. ¿Sabéis que esta casa es mía?
PADILLA. Sí, señor.
ALVARO. ¿Sabéis quién soy?
PADILLA. Sé que tan lejos estoy de hacerle agravio, que apelo de vuestro engañado celo, y justas quejas os doy.
ALVARO. La que yo tengo de vos, don Juan de Padilla, fuera menos grave cuando hubiera la misma edad en los dos.
PADILLA. Mi inocencia sabe Dios.
ALVARO. Si el báculo fuera espada, ya estuviera castigada, Padilla, vuestra malicia.
PADILLA. A ser vara de justicia, yo sé (3) que oyera informada.

(1) Antes de Padilla, tachado *Castilla*.

(2) Tienen el reparto siguiente: Don Alvaro de Rojas.—Maldonado; Don Juan de Padilla.—Lorenzo Hurtado; Don Juan de Aragón.—Pe[dr]o de Pernia; El Rey Alfonso.—Juan Bautista; Doña Beatriz.—La S[ñor]a Angela; Doña Ana.—La S[ñor]a de Tor[r]es; Martín, *escudero*.—Antonio Rodríg[ue]s; Tello, *criado*.—Bicente; Sancho, *criado*.—Pe[dr]o de Baldes.—Leonor, *criada*.—La S[ñor]a Jerónima.

(3) Se, primero *era*, tachado después *ra*.

ALVARO. Yo soy Rojas, y (4) tan beuno como cuantos Dios crió.
PADILLA. Lo mismo defiende yo. (5)
ALVARO. Por lo menos, ya condeno, siendo de mi casa ajeno, (6) el hallaros en mi casa.
PADILLA. ¿Qué ley (7) el respeto pasa?
ALVARO. La ley santa de tener (8) hija, que puedo (9) temer, que por su gusto (10) se casa.
PADILLA. Si yo supe que tenía unas reliquias, que son para el mal de corazón, y a pedírselas venia, ¿qué afrenta o descortesía halláis en la buena fe con que en vuestra casa entré?
ALVARO. ¿Reliquias para esos males en casas tan principales? (11)
PADILLA. Pues, señor, ¿qué agravio fué?
ALVARO. Allá por los monesterios se buscan las cosas santas, que en mi casa no habrá tantas para tan altos misterios; afrentas y vituperios hácense en las casas viles.
PADILLA. ¿Que tú mismo la aniquiles me ha causado admiración!
ALVARO. ¿Qué buen mal de corazón! ¿Qué disculpas tan sutiles!

(4) *Rojas* y escrito encima de *Aualos*, tachado.

(5) Después de este verso, tachado otro: *ni estoy de su sangre ajeno*.

(6) Intercalado este verso. Antes de *de*, tachado *en*.

(7) *Ley el*, escrito encima de *de ese*, tachado.

(8) Escrito este verso encima de otro tachado.

Teniendo hija es necesidad.

ALB. No es nada tener.

(9) Antes de *puedo*, tachado *q[ue]* por *ver mi soledad*. Antepuesto *hija que*.

(10) Antes de *gusto*, tachado *siendo quien es no se casa*. Antepuesto *que por su*.

(11) Escrito este verso encima de otro tachado: *se buscan en casas tales*. Antes de *casas*, tachado *las*.

Aquí no se ha de venir
por reliquias para él;
por corazón sí, que en él
puedo valor infundir. (12)
Aquí se pueden pedir
lanzas, paveses y espadas
de tantas guerras pasadas,
que aun las hay, gracias a Dios,
para mozos como vos,
a buena mano enseñadas.

PADILLA. De suerte estáis enojado,
que pienso que mi razón
no os dará satisfacción.

ALVARO. Pues ¿qué razón me habéis dado?

PADILLA. Yo soy caballero honrado.

ALVARO. Sois Padilla.

PADILLA. Soy igual
a vuestra sangre.

ALVARO. ¿Sois tal
que podéis honrarme?

PADILLA. Oíd
un gran remedio.

ALVARO. Decid.

PADILLA. Si habéis presumido mal...

ALVARO. Ya os escucho.
PADILLA. Dadme luego

por mujer a mi señora
doña Beatriz. Si ella agora
quiere admitir lo que os ruego,
quedará todo en sosiego,
y yo con ella casado.

ALVARO. ¿Buen remedio habéis hallado

para el mal de corazón!

¿Si éstas las reliquias son
que en mi casa habéis buscado?

Siendo quien soy, ¿cómo puedo,

sin la licencia del Rey,
pues el ser tan noble es ley,
por quien obligado quedo?

Pedidsela, y yo concedo
en que Beatriz vuestra sea,
porque se temple o se crea
vuestro mal de corazón.

PADILLA. Yo sé que en esta ocasión
el Rey mi aumento desea;
que no ha tenido soldado

que le sirva como yo.

ALVARO. Id a hablarle.

PADILLA. El cielo dió

dulce (13) fin a mi cuidado.

Agora, a esos pies echado...

ALVARO. Teneos, don Juan, que no es justo
sin saber del Rey el gusto.

PADILLA. Dios os guarde hasta que os den
nietos mis nietos.

(Váyase.)

ALVARO. ¿Qué bien
quitado se me ha el disgusto!

Bien es verdad que el pedir
que hable al Rey achaque ha sido;
que aunque es don Juan bien nacido
y no se puede decir

que es mejor ningún fidalgo
y caballero en la corte,
voy por diferente norte,
y de otra excusa me valgo.

Es pobre, y es el menor
de su casa, y en la mía
bajeza parecería,
y más sospechando amor.

(DOÑA BEATRIZ, su hija, y LEONOR.)

BEATRIZ. Parece que es ido ya.

LEONOR. Sí, señora; ya se fué.

BEATRIZ. ¿Cómo, Leonor, le hablaré,
si tan enojado está?

LEONOR. Finge que lo estás con él.

BEATRIZ. Quisiera en esta ocasión
relevar mi sujeción
de tu término cruel.

No sé si tu entendimiento
tiene el valor que solía,
pues ya tu honra y la mía
pone en tanto detrimento.

¿Era don Juan de Padilla
tan vil, ya que quiso entrar,
que aquí no pudo tomar
honestamente una silla?

¿Hasle visto alguna vez
ni pasear mi ventana?
Que de una cosa tan llana
yo quiero hacerte juez.

Pues si es ésta la primera,
¿cómo le has reñido así?,
que se ofendiera de ti
si quien es don Juan no fuera.

¿Es bien que hablen de los dos
en palacio deste modo?

(12) Antes de *puedo*, tachado *animo*; antes de *ha-*
lor, tachado *espiritus*.

(13) Antes de *dulce*, tachado *fin*.

ALVARO. ¡Ya tendré culpa de todo!
¡Ríñeme tú! ¡Bien, por Dios!

BEATRIZ. ¿Era mucho que viniera
por unas cartas aquí
que hoy a mi prima escribí
y esta visita me hiciera?

ALVARO. ¿Por cartas vino?

BEATRIZ. Leonor,
di tú en esto la verdad.
LEONOR. ¡Y con cuánta honestidad;
que yo se las di, señor!

ALVARO. Santa serás (14), a mi cuenta,
Beatriz, si esas cartas son
para el mal de corazón
de que don Juan se lamenta. (15)

Por reliquias me decía
que vino para este mal;
tú por cartas; ¡oh! (16), qué igual
disculpa, por vida mía!

Concertaos en disculparos,
aunque ya no habrá ocasión.

BEATRIZ. Tan ciertas entrambas son,
que son los efectos claros.

Cuando las cartas le di,
unas reliquias me vió,
lo que era me preguntó, (17)
y "reliquias" respondí.

Díjome que padecía
en el corazón dolor:
¿fué dárselas mucho error,
o fué justa cortesía?

ALVARO. Dejará el mar de tener
agua, el campo yerba y flores,
primero que en sus errores
falte disculpa a mujer.

Ahora bien, él te pidió,
y yo al Rey le remití;
estas reliquias le di,
que también las tengo yo.

Mas como en esta ocasión
sin esta licencia venga, (18)
aunque más reliquias tenga
tendrá mal de corazón.

(Fáyase.)

BEATRIZ. ¡Cogido nos ha en la liga!

LEONOR. ¿Para qué te disculpabas?

BEATRIZ. ¡Corrida estoy!

LEONOR. Ya que dabas
disculpa, a que no te obliga,
pintárasle tu valor,
discreción y honestidad.

BEATRIZ. No sabe tratar verdad,
cuando es verdadero. Amor;
pero si de haber errado
nace casarnos los dos,
nunca, Leonor, me dé Dios
suceso más acertado.

LEONOR. ¿Podréte pedir aquí
que si te casas me des
a su escudero?

BEATRIZ. Después
hablaré a don Juan en ti.

LEONOR. También yo tengo por él
cierto mal de corazón.

BEATRIZ. Reliquias del cielo son,
y Amor, veneno cruel.

No hay corazón descontento
que no salga consolado
en poniéndole en el lado
reliquias de casamiento.

(Fáyanse, y entren DON JUAN DE PADILLA y MARTÍN,
escudero suyo.)

PADILLA. Yo tiemblo de hablar al Rey
en materia de casar
 viniendo de pelear.

MARTÍN. ¿Pues hay en el mundo ley
que te lo pueda estorbar?

PADILLA. Por la guerra quise honrar-
[me, (19)]
de que Alfonso tantas tiene;
si la opinión me conviene (20)
de ser soldado, el casarme (21)
mal a propósito viene.

MARTÍN. Antes muy bien.

PADILLA. ¿De qué modo?

MARTÍN. Porque guerra y casamiento
es un propio (22) pensamiento:
todo (23) es guerra, y si lo es todo,

(19) Escrito *quise onrrarme* encima de *pretendía*, tachado.

(20) Antepuesto *si la a y quien*, tachado; *me conviene* escrito encima de *mantengo*, tachado.

(14) Antes de *serás*, tachado *debes ser y desas*.

(15) Escrito este verso inmediatamente a conti-

nuación de otro tachado: *que ya debe de tener*.

(16) Antes de *o*, tachado *el*.

(17) La *o* de *preguntó*, enmendada sobre una *a*.

(18) Antes de *licencia*, tachado *s reliquias venga*.

(21) Antepuesto *de ser a de*, tachado; *el casarme*

escrito encima de *qual la mía*, tachado.

(22) Escrito *propio* encima de *mismo*, tachado.

(23) Antes de *guerra*, tachado *y*.

no sales del mismo intento.

Pero si por ser soldado
y gallardo capitán,
con la opinión que te dan
la batalla del Salado
y la toma de Almazán,
no quieres darle ocasión
a que entienda que la espada
cuelgas cuando va a Granada,
oye un consejo en razón
de tu vergüenza engañada:

Don Juan de Aragón, que priva
con el Rey, se lo dirá;
licencia el Rey te dará, (24)
que no está agora tan viva
la guerra.

PADILLA. Harto viva está;

pero yo le serviré
casado, si el Rey quisiere,
donde la jornada hiciere.
El viene.

MARTÍN.

PADILLA. Y yo le hablaré.

MARTÍN. ¿Dónde quieres que te espere?

PADILLA. Aquí te puedes estar.

MARTÍN. Tiene don Juan de Aragón
justa fama y opinión.
No puedes hombre buscar
de mayor satisfacción.

Es gallardo caballero.

PADILLA. Espero con su favor
gozar de Beatriz.

MARTÍN.

Leonor
me mata; a tu sombra quiero
casarme también, señor.

Basta el tiempo que he traído
las armas, pues no me han dado
oficio que haya intentado.

PADILLA. El haberle merecido,
Martín, te le habrá quitado.

(DON JUAN DE ARAGÓN.)

ARAGÓN.

Yo le hablaré después con mucho gusto.

PADILLA.

Por buen agüero tomo la respuesta
de lo que aun no sabéis, puesto que es justo.

(24) Antes de *licencia*, tachado y *el la*; antes de *el*, tachado *dará*.

ARAGÓN.

Mi voluntad su afecto os manifiesta.

PADILLA.

Si no tenéis acaso por disgusto
hablar al Rey, aunque es la causa honesta,
quiero decir que es fácil, hoy querria
le habládeses por mí y en cosa mía.

ARAGÓN.

Ya, don Juan de Padilla, estaréis cierto
del deseo que tengo de serviros.

PADILLA.

Siempre me hacéis merced, y así, os advierto,
sin que de nuevo intente persuadiros,
que trato de casarme, y que el concierto,
después de muchas ansias y suspiros,
hoy hice con el padre de mi dama.

ARAGÓN.

No hay otro mayor bien para quien ama.

PADILLA.

Sois tan galán, que os hablo en mis congojas.

Finalmente, licencia del Rey falta:

ésta pide don Alvaro de Rojas:

mirad si es prenda generosa y alta.

Podréis decirme vos: "Tú, que despojas
tanto moro andaluz cuando se asalta

fuerte o ciudad, ¿sin ánimo te hallas?"

¡Ay, sí!, que tiene Amor flacas batallas.

No me atrevo del Rey a la grandeza,
que le hablo pocas veces y muy poco,
y aunque me dió valor Naturaleza,
sólo en cosas marciales me provoco.
Habladle vos; que a mí, que la belleza
de mi esposa Beatriz me vuelve loco,
no me ha dejado Amor entendimiento,
y tal estoy, que de sentir no siento.

ARAGÓN.

Yo os he entendido ya. Decidme luego
si queréis otra cosa.

PADILLA.

Sólo os pido
esta licencia.

ARAGÓN.

Adiós.

PADILLA.

Al cielo ruego
os dé lo que tenéis tan merecido.

MARTÍN.

¿Tan presto negociaste?

PADILLA.

Estoy tan ciego,
que no tengo discurso conocido.

MARTÍN.

Mira que en dulce fin de tus amores
me has de dar a Leonor.

PADILLA.

¡Y mil Leonores!

(*Ídyanse.*)

ARAGÓN.

¡Qué bien que deja puesta mi esperanza,
amando yo a Beatriz tan tiernamente!

¿Quién pide con tan necia confianza
que con el Rey su casamiento intente?

¡Oh, milagro de amor, que cuando alcanza
que de aquesta licencia se contente
don Alvaro, me avisa el que la adora (25)
para que para mí la pida agora! (26)

No me oblig[un]é, ni la palabra he dado;
sólo le respondi: "Yo os he entendido",
con que ni la quebré ni me ha obligado
a cumplir lo que a nadie he prometido.

Mía serás, ¡oh, sol de mi adorado!
¡Amanece en la noche de tu olvido,

que no has de ser Padilla, si yo puedo!
Viva Aragón, pues en amor le excedo. (27)

Dos Juanes te pretenden, Beatriz bella;
el uno es Aragón, aunque en Castilla:
Padilla el otro, con mejor estrella:
merézcate Aragón, y (28) no Padilla.

¡Ay, Dios!, si tiene la licencia della
navego en vano; moriré a la orilla;
pero si tengo la del Rey, que espero,
cayó la suerte en Aragón primero.

(*El Rey Don Alfonso; Don Alvaro y acompañamiento.*) (29)

ALFONSO.

Bien podéis publicar que mi jornada
a Galicia ha de ser a coronarme;
que la corona y la dichosa espada
la imagen de su Apostol ha de darme.
Suspendase la guerra de Granada,
aunque salgan los moros a inquietarme,
que de sus lanzas queniaré la selva
cuando a Castilla de Galicia vuelva.

ALVARO.

Espero en Dios que las doradas cruces
pondrás en las Alámbra y alcazabas
si las gentes (30) a ejército reduces
con que el verano a Córdoba pasabas.
No presuman los moros andaluces
que las empresas de tu gloria acabas
en tu mejor edad.

ALFONSO.

No harán, si puedo,
aunque, atrevidos, bajan a Toledo.

Presto a Valladolid daré la vuelta,
si quiere Dios y el Capitán divino,
que, con la capa militar revuelta
y levantado el Temple diamantino,
esta canalla, en polvo y sangre envuelta,
por el tributo de nombrarle indigno. (31)
desterró para siempre desta tierra
por quien le apellidamos en la guerra.

ARAGÓN. A solas quisiera hablarte,
si ocupaciones te dejan.

ALFONSO. Retiraos todos. ¿Qué quieres?

ARAGÓN. Respetando tu grandeza,
nunca te dije, señor,
desconfianza bien necia,
cierto pensamiento mío.

ALFONSO. Tu culpa, don Juan, confiesas.

ARAGÓN. He tratado de casarme.

ALFONSO. ¿Es fuerza (32) u dichosa empre-

ARAGÓN. ¿Qué llamas fuerza? [sa?

ALFONSO. De amor;
que las demás no son fuerzas. (33)

(25) Escrito *me avisa el que la adora*, encima de:
de Roxas no aya hablado; debajo de *no aya hablado*,
tachado *yo lo ympida*.

(26) Escrito este verso encima de otro tachado:
gane de mano y para mi la pida.

(27) Atajada esta octava. Al margen: *dizese*.

(28) Enmendado y sobre *que*.

(29) Añadido después y *acompañamiento*.

(30) Enmendado *las gc* sobre *a cre*.

(31) Entre *in y digno*, tachada *una g*.

(32) Antes de *fuerza*, tachado *comodidad o es*.

(33) Escrito este verso encima de otro tachado:
algunos llaman sus quejas.

ARAGÓN. Todo se junta a obligarme,
 porque entran en competencia
 amor y comodidad;
 tan justa igualdad profesan.
 Tu licencia es lo primero,
 y luego, señor, con ella,
 mandar que me dé su (34) padre,
 que está aquí, mi amada prenda.

ALFONSO. De los que aquí están, don Juan,
 no puede ser que otro sea
 que don Alvaro de Rojas,
 y si es él, en todo aciertas.
 ¿Callas? Luego yo también
 acierto en lo que deseas.
 ¡Hermosa dama es Beatriz!
 Don Alvaro.

ALVARO. Señor.
 ALFONSO. Llega.

ALVARO. ¿Qué mandas?

ALFONSO. Nunca los reyes
 largos prólogos emplean
 en lo que mandan y es justo.

ALVARO. Ni pudiera en mi obediencia
 haber resistencia alguna
 a cosa que tú quisieras.

ALFONSO. Dale a (35) don Juan tu Beatriz.

ALVARO. Su virtud y su nobleza
 lo merecen; pero es pobre,
 y Vuestra Alteza pudiera
 honrarle de algún oficio. (36)
 pues le ha servido en la guerra;
 que no está, como tú sabes,
 tan descansada ni hacienda
 que pueda yo sustentar
 a un yerno pobre con ella.
 Es don Juan gran caballero;
 en la venturosa empresa
 del Salado te sirvió
 con hazañas que hoy se cuentan.
 Hazle merced.

ALFONSO. Di (37), don Juan.

¿Tú eres pobre?
 ARAGÓN. Bien lo fuera (38)
 para igualar a Beatriz
 por hermosura y nobleza;
 pero en lo demás, yo tengo

como (39) su mano merezca,
 con qué vivamos los dos.

ALFONSO. Pues ¿qué tienes por pobreza?

ALVARO. Señor, pensé que mandabas
 que mi hija Beatriz diera,
 no a don Juan el de (40) Aragón,
 que está ahora en tu presencia,
 sino a don Juan de Padilla, (41)
 cuya nobleza es tan cierta
 como su necesidad,
 ni ha sido mucho que tengan
 la culpa los mismos nombres.

ALFONSO. Yo (42) me serviré que entiendas
 que es a don Juan de Aragón,
 y porque en provecho sea
 el haberte equivocado. (43)
 al de Padilla, haga (44) cuenta
 que es memorial remitido (45)
 de mi Consejo de guerra,
 dile, don Juan, a (46) don Juan
 me acompañe a Compostela,
 que le quiero hacer merced.

(Fáyase el REV. con DON ALVARO.)

ARAGÓN. Está cierto que la empleas
 justamente en su valor.
 ¡Ay, divina diligencia,
 madre de la buena dicha!

(Entren DON JUAN DE PADILLA y MARTÍN.)

PADILLA. Solo está.

MARTÍN. Si lo está, llega.

PADILLA. ¿Hablaste a Su Alteza?

ARAGÓN. Hablé,
 don Juan, agora a Su Alteza.
 y dice que le acompañes
 a Galicia, que a la vuelta (47)
 te dará en Valladolid (48)

(39) Antes de *como*, tachado *gracia* a *Dios*.

(40) Antes de *Aragón*, tachado *Castilla*.

(41) Enmendado *Padilla* sobre *Castilla*.

(42) Enmendado *yo* sobre *no*.

(43) Antepuesto *el haberte a aq[ue]sta; equiboca-*
do enmendado sobre equibocación.

(44) Antes de *haga*, tachado *y le tenga*.

(45) Antepuesto *que el a por*, tachado; antes de
remitido, tachado *para mí*.

(46) Antes de *a*, tachado *q[ue] conmigo*.

(47) Escrito *que a la buelta* encima de *y quando*
buelta, tachado.

(48) Antepuesto *te dar a a Valladolid; en*, inter-
 calado entre *a y Valladolid*; después de *Valladolid*,
 tachado *tendras*.

(34) Antes de *su*, tachado *a*.

(35) Antes de *a*, tachado *a Beatriz*.

(36) Repetido este verso con que termina el fol. 7,
 r., al comienzo del 7, v.

(37) Enmendado *di sobre tu*.

(38) Antepuesto *tu a eres*; antes de *la*, tachado
pudi.

con mil mercedes, licencia; (49)
que está muy (50) agradecido
a tus servicios, y en prueba
desta verdad, dió también (51)
a don Alvaro en respuesta
que acetaba el memorial.

PADILLA. Deja, Aragón noble, deja
que ponga en tus pies la boca;
que desde aquí, yo y mi prenda
somos tus esclavos, somos
de tus estampas la tierra,
que aunque es cielo para mí
mi Beatriz hermosa y bella,
por el amor que me tiene
querrá que así lo encarezca.

ARAGÓN. Ponte luego de camino.
Padilla, para que entienda
el Rey mi señor el gusto
que de acompañarle llevas,
que allá le hablarás en todo.

PADILLA. ¿Vas tú allá para que pueda
tener entrada a su gracia?

ARAGÓN. Aquí me deja Su Alteza
a prevenir la jornada
que para Granada intenta,
porque pienso que ha de ser
luego que la primavera
temple la furia a los ríos,
seque la mojada tierra.

PADILLA. Pésame de que no vayas.

ARAGÓN. No has menester encomienda
para la gracia del Rey,
pues que ya quedas en ella.

(*Váyase.*)

PADILLA. ¿Qué dices tú de mi dicha,
Martín?

MARTÍN. Que tu dicha es cierta,
y que ha sido discreción
mezclarla con esta ausencia,
que los agrios que en palacio
a las cosas dulces echan,
es para templar el gusto.

PADILLA. De ningún mal se me acuerda,
como tenga punto fijo
la esperanza que me queda.

MARTÍN. Dicha has tenido.

PADILLA. Notable.
Demos a Beatriz las nuevas
envueltas en la partida,
para que no se enloquezca;
pero entre aquestos cuidados,
Martín, déjame que sienta
el ver cuán mal puedo entrar
en obligación como ésta.
Don Alvaro no ha de darme
dote, pues toda su hacienda
es de su hija.

MARTÍN. Es así;
pero tendrás casa y mesa.

PADILLA. No está la dificultad
en que casa y mesa tenga,
sino en la primera entrada,
las joyas y las libreas.
¡Ah, Dios, que un hombre tan no-
tal necesidad padezca [ble
por ser tercero en su casa!

MARTÍN. No hay cosa, señor, más necia
que la Fortuna.

PADILLA. Bien dices;
por eso la pintan ciega.

MARTÍN. Señora parece en dar,
porque siempre se desvelan
en dar a quien las (52) engañe
o a quien no se lo agradezca.
Págase de la ignorancia,
no sabe estimar la ciencia,
de las lisonjas se agrada
y las virtudes desprecia.
¿Serviste?, no tienes premio;
pero, en efeto, le esperas,
que el buen don Juan de Aragón
te ha puesto bien con Su Alteza.
Pintó un sabio a la Fortuna
sola la mano derecha,
y todos los desdichados
puestos a la mano izquierda;
como era manca, a ninguno
levantaba de la tierra,
porque sólo a los dichosos (53)
les alargaba la diestra.
y ésta la pintó tan larga,
que alcanzaba en las escuelas
al estudiante en la paz. (54)

(49) Antepuesto con a mil; después de mercedes, tachado y.

(50) Enmendado muy sobre de ti.

(51) Antes de dio, tachado respondí; tambien es-
crito encima de contento, tachado.

(52) los.

(53) Después de este verso, tachado otro: leuan-
tau con cautela.

(54) Decía primero este verso: al estudiante al

- y al vil (55) soldado en la guerra.
El brazo de la Fortuna
don Juan de Aragón te enseña:
ya te quiere levantar.
- PADILLA. Yo te juro que él lo emplea
en quien sabrá agradecerlo.
Mas ¿qué haremos cuando vuelva,
de dineros para joyas,
mis galas y las libreas
de pajes y de lacayos?
- MARTÍN. Don Juan de Aragón comienza
a hacer por ti; ya tú eres
su hechura.
- PADILLA. Así lo confiesa,
Martín, mi agradecimiento.
- MARTÍN. Dile tu mucha pobreza,
que no hará mucho si agora
dos mil ducados te presta;
que es rico, y te los dará,
a buen pagar de la renta
de don Alvaro, tu suegro.
- PADILLA. Bien me animas y aconsejas.
Vamos, pondréme galán
y, con mis botas y espuelas,
iré a decir a Beatriz
su casamiento y mi ausencia.
- MARTÍN. ¿Y yo qué daré a Leonor
si esta boda se concierta?
- PADILLA. Vende mi caballo y compra
guarniciones a tu yegua.

(Entreense, y salga Doña ANA (56) y TELLO.)

- TELLO. Esto se dice, señora,
en toda Valladolid.
- ANA. ¡Piadosos cielos!, oíd
a quien sin remedio llora.
- TELLO. ¿Por qué no le has de tener
con presunción de olvidar?
- ANA. Porque es en mi mano amar,
y en el tiempo aborrecer.
Pasión tan presto adquirida
como amor, despacio muere;
que en poco tiempo se quiere
y en mucho tiempo se olvida.
Amé (57) mi primo don Juan

soldado; tachó Lope después al soldado, y añadió ynorante, que a su vez fué tachado con una simple raya, y encima, bastante después, según se colige por la tinta, puso en la paz.

(55) Sobre vil se intentó enmendar mal.

(56) Doña Ana.

(57) Entre amé y mi, se intercaló después, muy posteriormente a la fecha del autógrafo, una a.

penando que me quería;
tal esperanza tenía:
tales engaños me dan.

Nunca de Beatriz (58) hermosa
tuve celos; necia he sido,
que no le hubiera querido
con tanto extremo, celosa.

TELLO. Nunca te quise decir,
por verte tan satisfecha,
que tuve alguna sospecha.

ANA. Erraste en no me advertir:
que los que juegan no ven
en el ajedrez de Amor.

TELLO. Ello fué notable error.
ANA. Y fué desdicha también:

pero, aunque pierda la vida
y la honra, hoy he de hacer
que no sea su mujer.

TELLO. ¿Qué dices de honra perdida?

ANA. Que me quiero levantar
un testimonio.

TELLO. Es locura
de amor.

ANA. Remedio procura,
¡o me tengo de matar!

TELLO. ¿Qué remedio?

ANA. Traéme luego
a don Alvaro.

TELLO. No sé
qué intentas.

ANA. ¡Parte, o haré
que te abrasen en mi fuego!

TELLO. Yo voy.

ANA. No vengas sin él,
que me ha de matar mi amor.

TELLO. ¡Testimonios en tu honor
es pensamiento cruel!

(Táyase.)

- ANA. Dulce enemigo mío,
¿qué ingratitud es ésta,
que alma y vida me cuesta
con tanto desvarío?
Mas, pues está perdida,
vuélveme el alma y quitame la vi-
da. Aquí me tienes loca, [da.
y en venturas ajenas
un Tántalo de penas,
las glorias a la boca;
que en infierno de celos

(58) Antes de Beatriz, tachado doña.

dulces engaños me prometen cie-
Mas ¿para qué me engaño [los.
con falsas esperanzas,
cuando de tus mudanzas
me llega el desengaño?
Que, con engaños tales,
los falsos bienes crecerán los males.

(TELLO Y DON ALVARO.)

ALVARO. ¡Tuve dicha, que (59) pasaba
por nuestra puerta!
ANA. ¡Oh (60), señor
don Alvaro!
ALVARO. Del amor
que me debéis me (61) acordaba,
y en las rejas reparé.
ANA. Olvidado estáis de mí.
ALVARO. Tan vuestro soy como fui;
nunca de vos me olvidé.
ANA. Tello, déjanos, y cierra.
ALVARO. ¿Qué tenéis, que no solía
ser así vuestra alegría?
ANA. La tierna edad siempre yerra;
mucho tengo que os decir.
ALVARO. Ya me apercibo a escuchar.
ANA. Puedo decir confesar,
porque me quiero morir.

Don Alvaro, pintaros los errores
de la edad juvenil (62), y sus desvelos,
era querer contar al campo flores,
olas al mar y estrellas a los cielos;
todos los más se fundan en amores
y en desatinos a que obligan celos.
Oíd, aunque de amor fábulas vanas
escuchan mal las venerables canas:
Cuando (63) la primavera de mis años,
de las primeras rosas guarnecía
el campo de mi edad y los engaños
de amor, ni amaba yo ni aborrecía,
un caballero ilustre, de mis daños
principio, como dendo entrar podía
a todas horas para hablarme y verme,
que la ocasión despierta honor que duerme.

No reparaba yo que me miraba,
o era muy tierna yo, o era inocente:

mas (64) debo de mentir, que reparaba,
pues muchas veces la vergüenza miente;
él mentía tan bien, que me alababa
de lo que en mí faltaba claramente;
mas no sé qué de discreción y brío
debió de ser su amor y el daño mío.

El alba, por el mes de los amantes,
lloviendo (65) estaba lirios y azucenas
una mañana, pocos tiempos antes
de la ocasión principio de mis penas,
cuando me dan mis padres ignorantes,
también (66) error, licencia a manos llenas
para que salga al campo, en que primero
tomé yerros de Amor que anduve acero.

Fuí al prado de la Santa, que, atrevida,
a quien le dió los pies tomó las manos,
y hallé a don Juan, que, con suave (67) herida,
rindió de amor mis pensamientos (68) vanos;
gallardo, a la jineta y a la brida
domaba dos caballos castellanos,
que no siempre han (69) de ser los andaluces,
de airosas manos y fogosas luces;

vine a mi casa llena de deseos,
que la imaginación conmigo hacía
los mismos caracoles y escarceos
que en el campo don Juan formado había;
desde entonces juzgu[e] que sus empleos
a conquistar mi gusto reducía:
miré, si me miraba; hablé, si hablaba;
que Amor, rendida yo, cerró el aljaba.

Concertamos los dos que en una huerta,
saltando las paredes de mi casa,
entrarse cierta noche que, cubierta
de negras nubes, fué la luna escasa;
mas ¡qué locuras el (70) Amor concierta!
¡Qué de doncellas con mentiras casa!
¡Qué de tormentas (71) son después espumas!
¡Qué de ansias yelos y palabras plumas!

Turbámonos los dos, y parecía
que se burlaban de los dos las flores;
el agua murmuraba, que corría
y culpaba el silencio los amores;
junto (72) las manos el temor del día,

(64) Antes de mas, tachado miente.

(65) Antepuesto lloviendo a llorvia, tachado.

(66) Escrito tambien error encima de todo es Amor, tachado.

(67) Escrito suave encima de pequeña, tachado.

(68) Escrito rindió de amor mis pensamientos encima de daña hipogrifos a los vientos, tachado.

(69) Antes de han, tachado en.

(70) Antes de el, tachado en.

(71) Antes de tormentas, tachado pa.

(72) Antepuesto junto a vençie, tachado.

(59) Antes de passaua, tachado el.

(60) A, indicando Ana, y O, enmendado sobre el.

(61) Antes de me, tachado reparaua.

(62) Escrito la edad juvenil y sus, encima de Amor sus locas ansias y.

(63) Antes de quando, tachado vizia.

que amando son valientes los temores,
venciendo su cobarde atrevimiento
la poca resistencia de mi intento.

No sé qué fué de mí, o él es fingido,
o yo soy en extremo desdichada,
pues dicen que me tiene tal su olvido
que se casa y me deja despreciada;
vuestra hija Beatriz la culpa ha sido,
o su hermosura justamente amada:
que se casa con ella me han contado,
de mis obligaciones olvidado.

Si aún hay lugar, don Alvaro, yo os ruego
que no pase adelante su locura,
pues no es razón que en nombre de Amor ciego
me dé lugar a tanta desventura;
iréme al rey, y refiriendo luego
lo que advertido vuestro error procura,
quedaréis deshonorado y yo vengada,
que a quien tiene razón sobra la espada. (73)

ALVARO. Doña Ana (74), mi intento ha si-
del vuestro tan diferente, [do
que respondo brevemente
que el rey la culpa ha tenido:
mi hija me mandó dar
hoy (75) a don Juan de Aragón,
ignorando la ocasión
que me acabáis de contar;
porque ni querrá Su Alteza,
ni yo querré...

ANA. No paséis
más adelante, que habéis (76)
animado mi tristeza.
¿Que no es don Juan de Padi-
ALVARO. No, que estos conciertos son [lla?
con don Juan el de Aragón,
hombre tan rico en Castilla.

ANA. Pues sabed que yo, engañada
de las nuevas y de Amor,
hice este agravio a mi honor,
celosa y desesperada;
que ni él de noche me vió,
ni en tal güerta me ha burlado.

ALVARO. A ser cortés obligado
del crédito naçi yo,
y de vuestra gran nobleza
os confieso que dudé

la historia, no dando ie
tal virtud a tal bajaça.

ANA. En fin, ¿es (77) el de Aragón?

ALVARO. Como del Rey es Castilla.

ANA. Pues yo adoro al de Padilla.

ALVARO. Adiós.

ANA. Adiós.

ALVARO. ¿Qué invención!

(*Entrense y salgan Doña BEATRIZ y LEONOR.*)

BEATRIZ. ¿Con qué te podré pagar
las nuevas?

LEONOR. Con un vestido.

BEATRIZ. En mi vida le he tenido
como te le pienso dar.

LEONOR. En fin, ¿dió licencia?
Dió
el Rey licencia a don Juan.

BEATRIZ. ¿Fin mis deseos tendrán!

LEONOR. Esto Martín me contó. (78)

BEATRIZ. Poco a mi padre le vale
el achaque en la pobreza
de don Juan; mas ¿qué riqueza
puede tener que le iguale?

LEONOR. ¿Aquel talle y aquel brío
no tienen comparación!

LEONOR. Los dos sospecho que son.

(*DON JUAN, de camino, y MARTÍN, con fieltro y botas.*)

PADILLA. ¿Mi Beatriz! (79)

BEATRIZ. ¿Esposo mío!

PADILLA. ¿Que llegó el día feliz
(alma, ¿no te vuelves loca?)
que oiga don Juan de tu boca
tal nombre, hermosa Beatriz?

BEATRIZ. ¿Es posible que en tu casa
entre con tal libertad?

BEATRIZ. Eso tiene la verdad
de Amor que dos almas casa.

PADILLA. ¿Mi padre hate visto?
No,

BEATRIZ. aunque de lejos le vi,
y no me habló; ya entendí
que de mí bien le pesó,
y la causa que le mueve.

BEATRIZ. No sabe que tu valor
es la calidad mayor.

(73) Todas estas octavas están numeradas, al margen, de mano de Lope.

(74) Doñana. Ocurre otras veces.

(75) Enmendado *oy* sobre *ay*.

(76) Antepuesto *mas a adelante*, tachado; antes *de habéis*, tachado *no*.

(77) Antes de *es*, tachado *no*.

(78) Enmendado *conta* sobre *contaua*.

(79) Escrito *Pad.* después de *Be*, tachado.

PADILLA. Poco mi valor le debe.
 BEATRIZ. ¿Botas y espuelas? ¡Ay, Dios!
 PADILLA. Si, mi bien; voy a Galicia
 con el Rey, que él me lo manda.
 BEATRIZ. ¡Siempre está el bien de partida,
 siempre el placer por la posta!
 PADILLA. Excusad, estrellas mías,
 las perlas, que están abiertas
 las rosas de las mejillas:
 allá me ha de hacer merced,
 y nuestra boda apadrina,
 volviendo a Valladolid.
 MARTÍN. ¡Ay, ay, ay!
 LEONOR. ¿De qué relinchas?
 MARTÍN. Todos se casan, y yo
 no puedo alcanzar justicia.
 LEONOR. ¡Maldito seas, amén!
 ¿Cómo se ven las mentiras
 en el fieltro y las botazas!
 ¿Tú me quieres? ¡Tú me olvidas!
 MARTÍN. Pues ¿puedome yo quedar?
 LEONOR. Fingieras, pues lo sabías,
 una calentura u dos.
 MARTÍN. Aun no son buenas fingidas;
 pues es verdad que quedara
 en casa abundante y rica,
 porque, partido mi amo,
 no hay más del ama que guiso,
 y de tal guiso la tal
 guiso las ollas que aliña,
 que pudieras, sin espejo,
 afeitarte en la escudilla:
 los garbanzos, por los viernes,
 hacen con dulce armonía
 bailes de a cuatro en el caldo.
 LEONOR. Eso es ser pobre y ser limpia.
 MARTÍN. ¿Limpia? A un sábado te aguardo,
 con su perejil las tripas,
 las manos todas barbadas
 y las panzas con su almíbar.
 LEONOR. A buena casa venís.
 MARTÍN. ¿Buena? ¿Que Dios la bendiga!
 LEONOR. Cuando sea tu mujer,
 tú verás qué de cositas
 con que te regalo yo.
 MARTÍN. Cosas, cosas, Leonor mía:
 que salimos de la orden
 más estrecha y más ceñida
 que hay en la Iglesia de Dios.
 LEONOR. Escucharte me lastima.
 ¿Tan pobre vive don Juan?
 MARTÍN. Sustenta mucha familia
 con pequeños alimentos.

LEONOR. Si, porque es gente lucida.
 MARTÍN. Todo lo que es por de fuera
 se porta con bizarria;
 en casa, Dios lo perdona.
 LEONOR. ¿Cómo?
 MARTÍN. En la cama y comida.
 LEONOR. Pues ¿no tenéis buena cama?
 MARTÍN. La cama más exquisita
 que se ha escrito en la pobreza
 ni se ha visto en la avaricia;
 ella es un colchón redondo,
 donde toda la familia
 alrededor se acomoda,
 de manera que confinan
 todos los pies en el medio,
 de la suerte que imaginas
 los rayos de alguna rueda.
 LEONOR. ¿Es invención nunca oída!
 MARTÍN. Allí se juntan los pies,
 como en las carnicerías
 se suelen vender las manos
 que a los carneros se quitan;
 son los vientos tan contrarios
 que, a ser velas las camisas,
 pajes se fueran a fondo.
 LEONOR. ¿El cuento admite pastillas!
 PADILLA. Mi bien, yo me quiero ir;
 ¿sabe Dios si me lastima
 tu ausencia el alma! No puedo
 excusarla, aunque querría;
 volveré a Valladolid
 dentro de un mes, de Galicia,
 que el Rey se va a coronar,
 cosa no vista en Castilla;
 de las manos de la imagen
 del gran Apóstol, la insignia
 real, la corona de oro,
 quiere tomar.
 BEATRIZ. ¿Qué desdicha!
 Parte, y presume que quedo
 muriendo.
 PADILLA. Y yo ¿cómo voy?
 Que sólo en pesar que soy
 tu marido, partir puedo;
 porque si no, ni dar paso
 pudiera con vida aquí.
 BEATRIZ. ¿Acordarás de mí?
 PADILLA. No respondo.
 BEATRIZ. ¡Extraño caso,
 las lágrimas en los ojos
 se parte!
 MARTÍN. Martín se va,
 Leonor.

LEONOR. ¡Y se lleva allá
el alma toda!

MARTÍN. ¡Qué enojos!
¡Ay, ay, ay!

LEONOR. ¡Cuál quedo yo!

BEATRIZ. ¡Qué buen consuelo!

LEONOR. ¡Qué quieres?

¿Somos piedras las mujeres?

BEATRIZ. ¡Almas (80) sí, que piedras no!

([Vóyanse PADILLA y MARTÍN.] Entre DON ALVARO.)

ALVARO. Darte el parabién es justo,
de la ventura que tienes.

BEATRIZ. Cuando tú con gusto vienes,
claro está que tendré gusto.

ALVARO. Dió el Rey licencia a don Juan.

BEATRIZ. Y yo me rindo a tus pies.

ALVARO. Por cierto, Beatriz, que él es
rico, discreto y galán.

BEATRIZ. ¿Qué riqueza puede haber
como el ingenio y valor?

(SANCHO, criado.)

SANCHO. Aquí ha llegado, señor,
don Juan.

ALVARO. El te quiere ver.
¿Darás licencia?

BEATRIZ. ¿Pues no?

ALVARO. Dí que entre.

BEATRIZ. ¡Qué gran ventura!
Quien ha amado sin locura,
no puede decir que amó.

(Entre DON JUAN DE ARAGÓN.)

ARAGÓN. Si ha dado disculpa Amor
al mayor atrevimiento,
añadiéndose el casarse
pienso que mayor la tengo;
y pues que del desposorio
solamente a vistas llego,
no reparéis, dulce esposa,
en (81) que esté turbado y necio.
Al (82) Rey supliqué esta tarde
que me dejase, partiendo
a Galicia, por no daros
disgusto; pues ya soy vuestro,

aquí me quedo a serviros,
porque a nuestro casamiento
no se ponga dilación.
¿Qué tenéis?

BEATRIZ. Señor, ¿qué es esto?

ALVARO. Hija, que el Rey me ha mandado
que os case, y yo le obedezco.

BEATRIZ. ¿Con quién?

ALVARO. Con don Juan.

BEATRIZ. Oíd,

¿no es el de Padilla?

ALVARO. ¡Bueno!

Ese, aunque es noble, Beatriz,
es un pobre caballero;
el de Aragón es muy rico,
y está en su gracia.

BEATRIZ. ¡Qué presto
sigue al placer el pesar!

ARAGÓN. ¿Qué es lo que le está diciendo?

¿Si pensó que era Padilla?

¿Si halló lugar en su pecho?

Pero, en tanta honestidad,
celos, ¡mirad que sois necios!
pero podréis responder
que cuándo fuistes discretos.

Yo me caso por industria;
que es imposible sospecho
que me deje de costar
pesar el atrevimiento.

ALVARO. Hija, si tenéis honor,
hija, si tenéis respeto
a la sangre que os he dado,
¡mirad que está de por medio
no menos que un rey!

BEATRIZ. Señor...

ALVARO. ¡No respondáis, que no quiero
respuesta, sino obediencia!
Mirad que el Rey es tercero,
y yo he (83) dado la palabra.

BEATRIZ. ¡Ponedme en un monesterio!

ALVARO. ¡No hay que poner dilaciones!
Con el valor deste yerno
y la privanza de Alfonso,
toda mi casa ennoblezco;
dadle la mano, o ¡por Dios...!

BEATRIZ. Ya, señor, que obedeceros
es fuerza, dadme dos días
para llorar, a lo menos.

ALVARO. ¿Qué tenéis vos que llorar,
si el cielo ha venido a veros
con tan gallardo marido?

(80) Antes de *almas*, tachado *ni*.

(81) Después de *en*, tachado *si soy*.

(82) Antes de *al*, tachado *yo*.

(83) Antes de *he*, tachado *la*.

BEATRIZ. Dadme un hora.
 ALVARO. ¡Ni un momento!
 No me afrentéis, hija mía.
 BEATRIZ. Venga esta noche, y hablemos.
 ALVARO. ¡Si alzo la voz, vive Dios...!
 BEATRIZ. Ya, señor, os obedezco.
 ARAGÓN. Si está indispuesta mi esposa,
 mañana, señor, podremos
 tratar desto. El cielo os guarde.

([I'áyase.])

ALVARO. ¿Es bien hecho lo que has hecho?
 BEATRIZ. ¿El no se fué cuando ya
 iba a hablarle? Pues ¿qué debo?
 ALVARO. ¿Podréle llamar?
 BEATRIZ. Podrás.
 ¿Quitadme la vida, cielos!

ACTO SEGUNDO

PERSONAS DEL SEGUNDO ACTO:

DON JUAN DE PADILLA.	DON ALVARO.
DON JUAN DE ARAGÓN.	SANCHO.
MARTÍN.	DON ENRIQUE.
DOÑA BEATRIZ.	EL CONDE DE HARO.
DOÑA ANA.	EL REY DE CASTILLA.
LEONOR.	DON PEDRO DE AVALOS.

(DON JUAN DE PADILLA y MARTÍN. *de camino.*)

PADILLA. ¿Hay cosa como llegar,
 después de ausencia, Martín,
 donde un hombre quiere?
 MARTÍN. En fin,
 no queda qué desear:
 el que sale de la mar,
 de la guerra aborrecida, (84)
 o cautivo en triste vida, (85)
 como lleguen a su casa, (86)
 cuanto pasaron se pasa,
 todo, con el fin, se olvida. (87)
 Compone un libro el que sabe,
 y en el fin descansa y pide
 fama, porque no se olvide

(84) Antepuesto *de la guerra* a un verso tachado:
el que camina en la tierra.

(85) Antepuesto *o cautivo en* a un verso tachado:
el que viene de la guerra.

(86) Intercalado este verso.

(87) Escrito *con el fin se olvida* encima de *se olvida y destierra*, tachado.

ni alguna envidia se alabe;
 descansa de noche el grave
 de oír tanta variedad
 de negocios, sin verdad;
 hasta el mar la furia amansa,
 y aun el que es necio descansa
 después de una necesidad,
 y lo será si porfía
 descanso, el que hablare en vos.
 PADILLA. Cuando yo veo que Dios (88)
 descansó al séptimo día
 de aquella dulce armonía
 de elementos y de cielos,
 a los humanos desvelos
 doy el fin por bien mayor,
 y más en quien tiene amor
 y descansa de sus celos.
 ¿Qué filósofo no (89) habló
 del fin soberanamente?
 En fin, quien ama no siente
 lo que amando padeció.
 Llego al fin.

MARTÍN. Y llamo yo;
 pero ya te ha visto quien (90)
 es mi descanso también.
 PADILLA. ¿Bien haya lo padecido!;
 que quien el mal no ha sufrido,
 Martín, no merece el bien.

(LEONOR. *triste.*)

Aurora del sol que adoro,
 iris de hermosos colores,
 Mercurio de mis amores
 y llave de mi tesoro;
 luz, diamante, perlas, oro
 de aquel cielo de belleza,
 ¿cómo con tanta tristeza
 abres puerta a mi alegría?
 ¿Son, por dicha, Leonor mía,
 efectos de mi pobreza?
 Toma este anillo, que yo
 en su círculo quisiera
 que todo el mundo estuviera.

(88) Como personaje de este verso y los que siguen, puso Lope primero *Be.* tachándolo después, y sustituyéndolo con *Pad.* que, casualmente, va delante de *y lo será si porfía.*

(89) Antepuesto *el filósofo* no a *Aristoteles*, tachado.

(90) Antepuesto *pero* a *mas*, tachado; después de *visto*, tachado la hermosa. Después de este verso, otro tachado: *Leonor. Pa. O ausencia dichosa.*

LEONOR. No son intereses, no;
a quien tu bien intentó,
no le mueve el interés.

PADILLA. Pues, mi bien, dime lo que es.
¿Falta salud a mi esposa?
Si falta, aunque es otra cosa.
¿Habla, y márame después!

LEONOR. Tu esposa está desposada.

PADILLA. ¿No he dado a nadie poder!

LEONOR. El poder lo pudo hacer.

PADILLA. Conmigo está disculpada.

LEONOR. De don Alvaro forzada,
le dió a don Juan de Aragón
la mano.

PADILLA. ¿Si engaños son
para templarnos el bien?
Ofender (91) suele también
el bien de la posesión. (92)

LEONOR. Cuando pediste que hablase
al Rey, para sí pidió
a Beatriz, y el Rey mandó
que con ella se casase.

PADILLA. ¿Que aquesto en el mundo pase!

LEONOR. Resistió (93), lloró, tomó
testigos que la forzó.

PADILLA. ¿Gozóla? ¿Responde presto,
que sólo consiste en esto
que muera o que viva yo!
Mas no respondas, detente;
viva hasta verla, no más,
que después me matarás.

LEONOR. ¿Qué es gozar, ni que él lo inten-
Antes se fué brevemente, [te?
viendo su mucha aspereza.

PADILLA. ¿Alma, dejad la tristeza,
que aún hay tiempo de morir!

LEONOR. Seguro puedes vivir,
Padilla, de su firmeza.

Acompañar al Rey fué.

PADILLA. Es verdad, que allá le vi.
¿Si podré verla?

LEONOR. No y sí.
hasta que más sola esté;
que, aunque es casamiento, en fe
de que ha de ser tuya, vienen
mil damas que la entretienen
con parabienes injustos,
porque nunca los disgustos

alegres visitas tienen.

Ellas vienen de colores,

y ella, de negro vestida,

hace exequias a su vida

en honra de tus amores.

MARTÍN. Señor, ¿qué haces? ¿No llores!

¿Tú eres aquel gran Padilla

que puso asombro a Sevilla,

venciendo en Benamarín

tantos moros?

PADILLA. ¿Ay, Martín!

¿Verme así te maravilla?

¿Arrojo yo, por ventura,

sombrero, capa y espada,

estando el alma obligada

a tan forzosa locura?

¿Vive Dios!...

MARTÍN. Señor, procura

componerte brevemente,

que sale de adentro gente.

PADILLA. Dile al alma esa razón,

que mis sentidos no son

quien sabe si soy quien siente.

(DOÑA ANA.)

ANA. ¿Don Juan de Padilla vino?

Sí, que allí está. Pues ¿qué aguar-

Dadme, capitán gallardo, [do?

los brazos.

PADILLA. ¿Qué desatino!

¿Que eres mi muerte imagino!

¿Espero a Beatriz aquí,

a quien cuando yo me fui

dejé con tan tiernos lazos,

y sale a darme los brazos

lo que más aborreci!

¿Qué es esto? ¿Furia del cielo!

¿Soy demonio? ¿Qué soy yo?

¿Espero al Sol, y salió

toda una noche de yelo!

¿Cuál labrador sin recelo

de áspid en el escondido

puso la mano en el nido

donde dejó ruiseñores,

como yo, que dejé amores (94)

y vine a topar olvido?

¿Cuál deudor que huyó sutil

en los acreedores dió?

(91) Antepuesto *offender* a *mira q[ue]*, tachado.

(92) Antes de *el*, tachado *aguar*; después de *bien*, tachado *la emoción*.

(93) Después de *resistió*, tachado *llego tomo*.

(94) Enmendado *q[ue]* *dexe* sobre *q[ue]* en *mis*. Después de éste, otro verso tachado: *fusse amores en mi olvido*.

¿Qué reo (95) al alcalde vió,
qué ladrón al alguacil,
cuál hombre cobarde y vil
al (96) valiente y arrogante?
¿Cuál, siendo en todo ignoran-

[te, (97)]

dió en el sabio y el discreto,
como yo, pues, en efeto,
tengo a doña Ana delante?

¡Válame Dios! ¿Esto más?

¿Qué es esto que estás diciendo?

PADILLA. Digo que vine creyendo
que viera donde tú estás
un ángel.

ANA. Sí le verás,
pero con menos rigor;
que a nadie obliga el amor
a que sea descortés;
mira, don Juan, que esto es
más infamia que valor.

PADILLA. Perdona, que estoy sin mí.
ANA. También yo pensé que viera
un hombre en ti que me diera
los brazos que le pedí,
y un hombre ignorante (97) vi,
un descortés (98) que se enfada
de una mujer lastimada;
pues donde por maravilla
pensé que hallara un Padilla,
vine a topar una espada.

MARTÍN. Señora, tienes razón;
mas don Juan está de modo
que has de perdonarlo todo,
o faltarte discreción.

ANA. Beatriz viene, y callaré,
por no darle mayor pena.

(DOÑA BEATRIZ.)

BEATRIZ. De tantas lágrimas llena,
no sé si verte podré.

¡Ay, mi don Juan!

PADILLA. ¡Ya quisiera
que la vida me faltara!

BEATRIZ. No acierto a mirar tu cara,
como si culpa tuviera.

PADILLA. Déjame verte no más. (99)

(95) Antes de reo, tachado la.

(96) Antepuesto al a con el.

(97) Ynorante.

(98) Después de descortés, tachado vn villano.

(99) Escrito este verso encima de otro tachado:
bien puedes dexarte ver.

que viéndote he vuelto en mí.
BEATRIZ. Yo he dado un forzado "sí"
que no lo ha de ser jamás. (100)

Las injurias que he pasado,
los golpes que he padecido
dicen que el "sí" fué fingido
y que el "no" fué declarado;
el "sí" y el "no" a un tiempo di,
calló Amor, tumor habló:
del de Aragón será el "no",
y del de Padilla el "sí".

No hayas miedo que me vea
eternamente en sus brazos:
aunque me hiciese pedazos
quien mi desdicha desea,
tuya soy y lo seré.

PADILLA. Si serás, que hay ocasión
con que a don Juan de Aragón
castig[ue] quien tuyo fué.

BEATRIZ. Eso no, porque es perderme,
y la palabra has de darme
de (101) pleitearme y ganarme;
que perderme no es quererme.

PADILLA. ¿Quieres tú?

BEATRIZ. Con tierno llanto
te pido que su malicia
castig[ue] por la justicia,
si puedo contigo tanto;
que esto de sacar la espada
es (102) para matarme a mí.
Mira que (103) forzado un "sí"
disculpa (104) un alma forzada.

PADILLA. ¿Pleitear tengo y matarme? (105)

BEATRIZ. Si, mi bien, o aborrecerme. [me,
pues con la espada (106) es perder-
y con la pluma es ganarme. (107)]

PADILLA. Yo lo haré.

BEATRIZ. Pues no me (108) engañes.

PADILLA. Digo que lo haré (109) por ti.

(100) Enmendado y no sobre q[ue]; lo, escrito en-
cima de si xamas, tachado.

(101) Después de de, tachado perderme y.

(102) Antes de es, tachado se.

(103) Antepuesto mira que a pues es dar, tachado.

(104) Antepuesto disculpa vn a y no es el, tachado.

(105) Escrito este verso encima de otro tachado:
y si llevo a pleitear.

(106) Escrito pues con la espada es, encima de
mirad si es razón, tachado.

(107) Escrito y con la pluma es encima de pudien-
dome vos, tachado; ganar, escrito primero ganaros,
tachado después os y añadido me.

(108) Escrito pues no me encima de no me, tacha-
do; engañes, enmendado sobre engañeys.

(109) Antes de por, tachado señora.

ANA. No queda muy bien (110) así,
cuando a mí me desengañes; (111)
que yo le pondré a don Juan
pleito (112) que él sabe y yo sé.
PADILLA. Testimonios, ¿para qué?
ANA. Verdades, ¡traidor!, serán.
PADILLA. Vente conmigo, Martín,
que yo no escucho locuras.

(Váyanse DON JUAN y MARTÍN.)

ANA. Yo sé que mis desventuras
tendrán con el pleito fin;
que yo tengo más acción,
como la más ofendida.

(Váyase DOÑA ANA.)

BEATRIZ. ¿En qué ha de parar mi vida?
¡Pleito, amor y confusión! (113)

(Entre DON ALVARO.)

ALVARO.

Quiero pedirte albricias
de que vino tu esposo con Su Alteza.

BEATRIZ.

Si de mí las codicias,
pideselas, señor, a mí tristeza,
que, pues la (114) aumentas tanto,
bien las mereces de mí (115) pena y llanto.

ALVARO.

¿Búrlaste, por ventura?
¿No sabes que me enojas? Pero advierte
cuánto tienes segura
en don Juan de Aragón la mayor suerte
que mujer ha tenido.
¡Qué gentilhomme viene, y qué lucido!
¿Qué dama no tuviera,
de haberle merecido, tanta gloria
que el alma enloqueciera,
desde la voluntad a la memoria?

(110) Después de bien, tachado *ahora*.

(111) Escrito este verso encima de otro, tachado:
aunque el pleito comienza.

(112) Antepuesto *pleito* a *de lo*, tachado.

(113) Antes de *pleito*, tachado *de tal*; escrito
amor y confusión encima de *y confusión*, tachado.

(114) Escrito *la* encima de *lo*, tachado.

(115) Escrito *bien las mereces de mí*, encima de
podía darte las luego en, tachado.

Porque el entendimiento
no merece tan dulce sentimiento.
¡Alégrate!

BEATRIZ.

No puedo.

ALVARO.

Pues ¿no es tu esposo?

BEATRIZ.

¡No!

ALVARO.

Ya estás casada.

BEATRIZ.

Con tanta fuerza y miedo,
ni pude entonces, ni quedé obligada;
desto tengo testigos.

ALVARO.

¡Hijos, quién os llamó, sino enemigos!

BEATRIZ.

Si yo respeto esposo,
es don Juan de Padilla.

ALVARO.

¿Estás furiosa?

¿Cuando ves que es forzoso
que don Juan de Aragón te llame esposa! (116)

BEATRIZ.

Del Padilla te advierto
que es de mi pecho; el otro, del desierto.

(Vase.)

ALVARO.

¿Si tomaré venganza
desta disolución y atrevimiento?
¿Pues no ha de hacer mudanza;
matarla quiero!

(DON JUAN DE ARAGÓN, más de camino, y SANCHO,
criado.)

ARAGÓN.

¿Qué mayor contento
que llegar como llego?

(116) Antepuesto *que* a *de*, tachado; *te llame*, es-
crito encima de *llamarle*, tachado

SANCHO.

Toda ausencia en amor aumenta el fuego.

ALVARO.

(Este es mi yerno; quiero disimular.)

ARAGÓN.

Señor, seas (117) bien hallado.

ALVARO.

Tú, bien venido.

ARAGÓN.

Espero

que lo será, señor, pues he llegado al centro del deseo,

donde pararse la esperanza veo.

¿Sabe mi dulce esposa que ha venido Su Alteza y que he venido?

ALVARO.

Será cosa forzosa.

ARAGÓN.

• Pues ¿cómo tanto amor padece olvido? (118)

Pues ¿cómo no la veo?

¿Aun esto no le debe mi deseo?

ALVARO.

Entra, Sancho, y advierte a Beatriz de su dicha, y pide albricias.

ARAGÓN.

A mi dichosa suerte se las pide mejor, si las codicias.

ALVARO.

¿Llegastes muy cansado?

ARAGÓN.

Como lo puede estar quien ha llegado.

Si fuera a la partida, seguro estáis que encarecer pudiera, hasta perder la vida, lo que sentí, como si eterna fuera una ausencia tan breve: tales ansias de amor Beatriz me debe. (119)

Lleg[ui]é cuando se hacian fiestas en Compostela, y con las luces del cielo competian luminarias (120) de torres y de cruces; holgóse el Rey de verme, hizome la merced que suele hacerme, y aquellos caballeros quisieron que ayudase a una sortija de veinte aventureros; yo, no sabiendo qué invención elija, saqué el Amor (121) bizarro de plumas de oro (122) en un triunfante carro, y, para testimonio de mi dicha, le puse en una mano (123) el dulce matrimonio en una imagen de oro, a quien en vano se atreven las pasiones que rinden los humanos corazones. (124)

(SANCHO *vuelve*.)

SANCHO. De manera me ha quitado tan desdichado suceso el instrumento del alma, que no pienso que la tengo. Doña Beatriz, mi señora, entra con pasos ligeros agora en un coche.

ALVARO. ¿Cómo?

SANCHO. No sé más de que dijeron los hombres que la llevaban que eran notarios, y entre [e]llos pienso que iba un alguacil.

ALVARO. ¡Pleito intenta, vive el cielo!

ARAGÓN. ¿No viste algún hombre fuera de los que en el coche fueron?

SANCHO. Un hombre medio embozado los hablaba desde lejos, y era don Juan de Padilla, si no me engaño.

ALVARO. ¡Esto es hecho: pleito me pone don Juan!

ARAGÓN. ¿Qué importa matarle luego?

SANCHO. ¡Qué presto lo has sentenciado!

(120) Antes de *luminarias*, tachado *tor*.

(121) Antepuesto y *saquéle* a *saqué* el *Amor*, tachado. Olvidó Lope esta corrección; respetándola, no hace sentido lo que sigue.

(122) Escrito de *oro* encima de *hecho*, tachado.

(123) Antes de *de*, tachado *de su dic*; escrito *le puse* encima de *lleba*, tachado.

(124) Atajadas esta sextilla y las dos anteriores. Al margen: *dizese*.

(117) Escrito primero *sehas*, tachada después la *h*.

(118) Escrito este verso encima de otro tachado, atribuido a

ALVARO. *sino de las criadas el ruido*.

(119) Escrito este verso encima de otro tachado: *así el Amor el sentimiento mueve*.

ARAGÓN. Lo que importa ha de ser presto.
 ALVARO. Si (125) las armas intentáis,
 bien veis que perdido quedo;
 idos a Palacio vos,
 iré yo a saber qué es esto.
 SANCHO. ¡Camina presto, señor! (126)
 ARAGÓN. ¡Qué bravo aborrecimiento!
 Pues, ¡vive Dios, enemiga,
 que no has de gozar, si puedo,
 el caballero (127) que adoras!
 Dineros y favor tengo.
 SANCHO. Favor y dineros son
 pies y manos de los pleitos.

(El REY ALFONSO, con acompañamiento, y el CONDE DE HARO.)

ALFONSO.

Pienso que le tendré, conde de Haro,
 muy de mi parte en todas mis acciones.

CONDE.

Tu devoción, señor, pide su amparo;
 justa esperanza en el Apóstol pones.

ALFONSO.

De pórfido, de bronce y mármol paro,
 con letras y doradas inscripciones,
 altar le haré labrar. (128)

CONDE.

Cristiano celo.

ALFONSO.

¡Qué Capitán de España tiene el cielo!

De mi hijo don Pedro pronostican,
 siendo agora tan niño, tan piadoso,
 tanta crueldad, que a la que espera aplican
 un Nerón, un Mecencio riguroso;
 mas las cosas que al cielo se suplican,
 si no es por nuestras culpas, es forzoso
 que tiemplan el rigor; y así, querría
 llevársele (129) al Apóstol algún día.

CONDE.

Cuando vuelvas, Alfonso, de Granada,

(125) Después de *si*, tachado *vos* *intentáis*.

(126) Intercalado este verso.

(127) Escrito *caballero* encima de *escudero*, tachado.

(128) Antepuesto *altar* a *le*; después de *labrar*, tachado *altar*.

(129) *llebersele*.

el Príncipe será de edad (130) bastante
 para que tome de su altar la espada,
 rayo feroz del bárbaro arrogante.

(DON JUAN DE PADILLA Y MARTÍN.)

PADILLA.

La ira es atrevida.

MARTÍN.

Aquí templada,
 que es el respeto al rey ley de diamante.

PADILLA.

Deme Tu Alteza para hablar licencia.

ALFONSO.

¡Oh, buen Padilla!

PADILLA.

Advierte...

MARTÍN.

Ten prudencia.

PADILLA. Generoso Rey Alfonso,
 a quien desde niño el cielo
 guardó de tantos peligros
 para bien de aquestos reinos: (131)
 en la casa de mis padres,
 tú sabes, señor, quién fueron,
 en orden a mis hermanos
 ilustres, nací tercero;
 tomé a tu lado las armas,
 de mis servicios no es tiempo
 que trate, bien pocos son,
 pues no merecieron premio: (132)
 verdad es que culpa he sido
 de que no te acuerdes dellos,
 pues no es menos el pedir (133)
 que del mismo Dios consejo: (134)
 en los ratos de la corte,
 siempre ociosos, mis deseos
 en doña Beatriz de Rojas

(130) Antepuesto *el príncipe*; después de *edad*, tachado *el prínci*.

(131) Después de *éste*, tachado un verso: *bien sabes que te he servido*.

(132) Antes de *no*, tachado *pues*; *merecieron* escrito sobre *han tenido*, tachado.

(133) Escrito *el pedir* encima de *que* *de Dios*, tachado.

(134) Antepuesto *que* *del mismo* a *el pedir*, tachado: escrito *Dios* encima de *cierto*, tachado.

sus esperanzas pusieron...
 Perdona que así te hable,
 que no es perderte el respeto,
 pues estás como juez
 y es (135) el principio del pleito.
 Servila sólo con alma.
 tan pobre soy; pero creo
 que ha estimado mis servicios
 cual suele el señor discreto;
 que de tus guerras le truje, (136)
 muchos (137) saben que no miento,
 los despojos (138) de los moros
 por aquestas manos muertos; (139)
 y esclavas le truje algunas, (140)
 que en mi nombre la sirvieron.
 que fué dicha suya y mía
 tener tan hermoso dueño. (141)
 En su casa (142) entré una tarde,
 entré con atrevimiento,
 a visitarla, y hallóme
 su viejo padre saliendo;
 con disculpas mentirosas
 vencer su sospecha intento:
 no aprovecha; al fin le digo
 que, por último remedio,
 me dé a Beatriz por esposa.
 pues sabe que no es más bueno
 que yo, si bien es más rico.
 Vino en aqueste concierto
 si tu licencia traía;
 contento a Palacio vengo,
 y a don Juan de Aragón pido,
 ¡mal haya mi encogimiento!,
 que te la pida en mi nombre;
 él, con injusto deseo,
 te la pidió para sí:
 juzga tú si fué bien hecho.

(135) Primero *esta*, tachado después *to*.

(136) Antepuesto *que de tus a de los q[ue]*, tachado; después de *guerras*, tachado *q[ue]* *vencio*.

(137) Antepuesto *muchos a muchos*, tachado.

(138) Antepuesto *los despojos a un verso* tachado: *la he presentado una toca*.

(139) Antepuesto *por aquestas a de cada moro q[ue]* *he*; escrito *manos* sobre el renglón; añadida posteriormente una *s a muerto*.

(140) Antes de y añadido, tachado *seys*; después de *le*, tachado *he trohido*.

(141) Este verso, y los dos anteriores, escritos en cima, respectivamente, de otros tres, tachados:

*que ella ha dicho que le dieron
 para cumplir con su padre
 dos capitancs sus deudos.*

(142) Después de *casa*, tachado *cierto día*.

A don Alvaro mandaste
 que se la diese, y él, ciego
 de su riqueza y privanza,
 mientras yo te voy sirviendo,
 se la dió contra su gusto,
 con tal violencia, que (143) dejó
 de encarecer la crueldad
 por no perderte el respeto.
 Vine de Galicia, en (144) fin,
 y cuando en su casa entro
 recíbenme, en vez de brazos,
 estos infames sucesos;
 remítelos a la espada;
 pero, tu enojo temiendo,
 quiero probar mi justicia:
 pedirla por pleito quiero.
 Ya queda depositada,
 y porque tu enojo temo,
 por lo que amas a don Juan,
 a pedir licencia vengo,
 ya que no supe pedirla,
 señor, para el casamiento,
 para el pleito, si tú gustas,
 que si no, dejaré el pleito;
 que más me importa servirte
 que la vida que poseo,
 pues cuanto no fuere el alma,
 mi rey y señor, te debo.
 Llamadme luego a don Juan.
 Lo más ha escuchado atento
 detrás de ese paño.

ALFONSO.
 CONDE.

ALFONSO. Ansi
 tendré que decirle menos.

(Entre DON JUAN DE ARAGÓN y DON ENRIQUE.)

ALFONSO. Don Juan, don Juan de Padilla
 me ha dicho... No os lo refiero,
 pues que ya lo habéis oído,
 y sabéis que (145) lo habéis hecho.
 ¿Cómo (146) o por qué le engañas-
 ARAGÓN. Eso no, señor; primero [tes?
 me falte la vida a mí.
 Verdad y lealtad profeso.
 No le he prometido nada,
 y si el casarme fué cierto,
 ¿qué obligación le tenía
 para guardarle respeto?

(143) Después de *q[ue]*, tachado *ha hecho*.

(144) Antes de *en*, tachado *al*.

(145) Enmendado *que* sobre *pues*.

(146) Después de *como*, tachado *lo habeis enga-
 ñado*.

Yo amé la bella Beatriz
con tal fe como silencio.
Guerra es amor, y la guerra,
digna de reyes e imperios.
Allí todas son cautelas:
estratagemas les dieron
por nombre (147) sus capitanes,
de que ha sido (148) Troya ejemplo.
Pues en ardidés de amor,
juzga, tñ, señor, ¿qué pierdo
de mi opinión?

ALFONSO. Ahora bien,
yo sé lo que es, yo lo entiendo.
Licencia a este pleito doy:
el que tuviere derecho
le alcance, pero advertid
que en tanto que dura el pleito
no habéis de sacar las armas,
pena de traidores.

PADILLA. Pienso
que le perderé, señor,
porque soy pobre, y no tengo
dineros para seguirle,
que son menester dineros.

ALFONSO. Atento a vuestros servicios
y a vuestra nobleza atento,
Caballero de la Banda
os hago, y en vuestro pecho
la quiero poner mañana,
y daros, Padilla, quiero
seis mil ducados de renta.
PADILLA. Mil veces, Príncipe, beso
los pies, que veáis pisando
todo el africano imperio.

(*Váyase el REY.*)

CONDE. Muchos años los gocéis,
y con mayores aumentos.
PADILLA. Cuantos yo tuviere, Conde,
a vuestro servicio ofrezco.
MARTÍN. Señor, loco estoy de ver
las mercedes que te ha hecho
Su Alteza. Mira la cara
con que queda aquel soberbio.
¡Oh, mudanzas de Fortuna,
ya levantaís hasta el cielo,
ya derribáis al profundo!
¿No le miras?

PADILLA. Ya le veo.
MARTÍN. Caballero de la Banda
y seis mil...

PADILLA. Habla más quedo.
MARTÍN. Musas, ministradme aquí,
si no claro, dulce aliento:
afectad emulación
al Sol, y ostentando afectos
naufragad (149), canoras plumas,
por fulgores de concetos.

PADILLA. Martín, deja desatinos,
y demos principio al pleito,
que (150), remitido a las armas,
gastáramos menos tiempo
en letrados y notarios.

MARTÍN. Es engaño manifestado.
Vamos, señor, y pleitea,
pues que justicia tenemos,
que es mejor que las consultas
de médicos y barberos:
que allá se den los letrados
con decisiones y textos.

(*Váyansc.*)

ENRIQUE. Justamente quedas triste.

ARAGÓN. Encareceste no puedo
la tristeza y la razón
que de estar quejoso tengo.

ENRIQUE. Sospecho que mira bien
el Rey este hombre, y sospecho
que se ha cansado de ti.

ARAGÓN. ¿Con tan poco fundamento
quieres que pierda su gracia?

ENRIQUE. ¡Ah, don Juan!, si eres discreto,
¿de la inconstancia del mundo,
para qué buscar ejemplos?
Cayóle en gracia a Su Alteza
don Juan, así en los torneos
y las justas de Galicia,
que, cierto, es gran caballero,
cómo en ver que en la sortija
donde tan ricos salieron
tantos títulos y grandes,
él, con (151) aquel escudero
de buen humor que le sirve
y dos coseletes viejos,
Salió, y dió (152) al Rey esta letra:

(149) Enmendado *naufragad* sobre *naufragando*.

(150) Después de *q[ue]*, tachado *me*.

(151) Después de *con*, tachado *en co*.

(152) Antes de *dio*, otro *dio*, tachado.

(147) Después de *nombre*, tachado *ser capitanes*.

(148) Antepuesto de *q[ue]* ha sido a y reyes auto-
res dellos, tachado.

"Mirad qué extraño conceto".

ARAGÓN. ¿Qué?

ENRIQUE. Don Juan y su criado.

ARAGÓN. ¿Y eso celebró?

ENRIQUE. Con esto,

su pobreza y su valor
notable aplauso tuvieron.

ARAGÓN. Como yo gane a Beatriz
en este pleito, no quiero
otra gracia ni otro bien.
y esto lo tengo por cierto,
que, en fin, desposado estoy.
ENRIQUE. Pide fuerza.

ARAGÓN. La que tengo
es de olvido; mas no importa,
que todo lo vence el tiempo. (153)

(*Váyanse, y entran DOÑA BEATRIZ y DON PEDRO*)

PEDRO. Tengo a notable ventura
el depósito que ha hecho
vuestro valor en mi pecho,
mi casa en vuestra hermosura.

Sólo me ha dado cuidado
que no os dejen visitar,
y habéisme de perdonar
si en esto soy limitado.

BEATRIZ. Damas entrarán (154), y, en fin,
si alguna dispensación
hubiere en esta ocasión,
será sólo de Martín.

PEDRO. Sea (155) con grande secreto,
que si el de Aragón lo entiende
por la parte, que se ofiende,
quedo a su agravio sujeto.

BEATRIZ. La ventura ha sido tal
de venir a vuestra casa,
que de los límites pasa
de mi desdicha inmortal;
que espero en vuestro favor,
viendo que tengo justicia,
que os cansará su malicia
y que os moverá mi honor.
Mi padre, a quien, por la edad,
desagrada la pobreza,
a la prianza y riqueza
inclina la voluntad.

(153) Atajados este verso y los treinta y cinco anteriores.

(154) Enmendado *entraran* sobre *entran*; enmendado y sobre *pero*, tachado.

(155) Antepuesto *sea* a *secreto*, tachado.

Amo a don Juan de Padilla,
juzgad si tengo razón,
y hame dado al de Aragón,
gran caballero en Castilla;
pero de mi gusto no,
y con tan forzado si,
que el dolor con que le di
de lágrimas le formó.

Y estoy tan aborrecida,
que cuando pudiera ser
venir a ser su mujer,
pienso quitarme la vida.

(LIONOR.)

LEONOR. Doña Ana te viene a ver.

BEATRIZ. ¿Eso sólo me faltaba!

LEONOR. Dentro de la puerta estaba
cuando lo vine a entender.

BEATRIZ. ¿Qué me quiere a mi doña Ana,
cuando me abrasa de celos?
Aspid que me dan los cielos
para mi muerte inhumana,
en figura de visita

viene a saber lo que intento.

PEDRO. Ese ardid y pensamiento
los cortesanos imita;

cuando una visita pasa
de amistad y hacer placer,
es sólo venir a ver
lo que hace el otro en su casa;
pero muestra cortesía,
que, con gusto y falsedad,
se vence la enemistad
de quien enfada y porfia.

(DOÑA ANA.)

ANA. Con el sentimiento justo
que tengo del que tenéis,
vengo, amiga, a que me deis
parte de vuestro disgusto.

¿Cómo estáis?, que donde estáis
bien sé que os irá muy bien.

BEATRIZ. Con esc favor también
me honráis y me consoláis.

PEDRO. Por mi parte, os agradezco
que tengáis satisfacción
de lo que en esta ocasión
a doña Beatriz ofrezco,

pues a un mismo tiempo ha sido
la casa y la voluntad.

ANA. La sangre en esa piedad

mostráis con que habéis nacido.

¿Cómo va de pleitos?

BEATRIZ. Bien.

ANA. ¿Qué hay de don Juan?

BEATRIZ. ¿Qué don Juan?

ANA. Vuestro marido.

BEATRIZ. Si dan,

doña Ana, ese nombre a quien
mi amor se le tiene dado,
don Juan de Padilla tiene
salud.

ANA. Eso no conviene
con el sí que le habéis dado
al de Aragón, que es por quien
os pregunto.

BEATRIZ. El sí que di
no fué sí, porque en el sí
ha de ir el alma también.
y toda el alma faltó;
de manera que si un sí
no (156) la tiene, desde allí
se va convirtiendo en no;
si es forzado, no me toca,
doña Ana, su cumplimiento,
que no es (157) naípe el casamiento
donde hace juego la boca.

Y del Padilla (158) repara
que de suerte vive (159) en mí,
que si allí dijera sí,
dentro de mí me matara;

y pues que no me mató
cuando forzada le di,
claro está que no fué sí,
pues llegó primero el no.

ANA. Si un renegado de Argel
no lo fué de corazón,
¿cumple con su obligación?

BEATRIZ. ¿Qué réplica tan cruel!

Para ligar voluntades
ha de haber consentimiento,
que es de la fe fundamento
el morir por sus verdades,
y allí ha de haber confesión;
mas guélgome que haya hallado
el de Aragón un letrado
de tanta satisfacción.

Con esto doy por vencido

el pleito desde este día,

porque tal abogacia
ni se ha visto ni se ha oído;

que estas leyes y desvelos,
aunque oírlas me fastidia,
todas son textos de envidia
con sus párrafos de celos.

(Váyase DOÑA BEATRIZ.)

PEDRO.

El venir a visitar,
bien lo debéis de saber,
ha de ser a dar placer,
no ha de ser a dar pesar;
que aqueste pleito, en rigor,
todo es alma y gusto es;
si en él tenéis interés,
disimulalde mejor.

(Váyase DON PEDRO.)

LEONOR.

Las damas (160) cuerdas no vie-
[nen,
con burlas y (161) fingimientos,
a sacar los pensamientos
de las amigas (162) que tienen;
mi señora tiene amor:
vos no habéis de reducilla;
si queréis bien a Padilla
disimuladlo mejor.

(Váyase LEONOR.)

ANA.

¿Tú hablas? ¿Qué es esto, cie-
Todos contra mi son ya. [los?
¿A qué de cosas está
sujeto quien tiene celos!

(DON ALVARO entre.)

ALVARO.

Yo he de hacer lo que digo, y justamente,
cuando el Rey me mandase lo contrario.

ANA.

¿Qué furia es ésta? Aunque, con tantas causas,
tendréis por necia la pregunta mía. (163)

(160) Escrito *cuerdas* no vienen debajo de *que* son discretas, tachado.

(161) Antepuesto con burlas y a no vienen con, tachado.

(162) Después de amigas, tachado perfectas.

(163) Escrito este verso encima de otro tachado: bien pudiera excusar el preguntarlo.

(156) Antes de *no*, tachado *desalmado*.

(157) Después de *es*, tachado *juego el caso*.

(158) Antepuesto y del Padilla a de suerte y es cosa clara, tachado.

(159) Antepuesto de suerte tiene a al Padilla tengo, tachado.

ALVARO.

Dícenme que Padilla se ha quejado a Su Alteza de suerte que le ha dado crédito a cuanto ha dicho, y aun he oído que con mercedes le ha favorecido que nos podrán hacer guerra notable; mas ya tengo el remedio prevenido; quiero, doña Ana, yo, quiero casarme; quiero dar a mi hija este disgusto. En esto vengo ya determinado; por ventura tendré, que aun tengo bríos, quien herede mi casa con mi hacienda; si me venciere el de Padilla, entienda que, pues aspira sólo a la riqueza, allá se ha de quedar con su pobreza.

ANA.

Con enojo, no es mucho haber pensado dar a doña Beatriz ese cuidado; mas si queréis fingir el casamiento como es razón, pues ya sois hombre de años, y lo mismo ha de hacer el fingimiento, publicad (164) que os queréis casar conmigo, que yo diré lo mismo.

ALVARO.

Daros quiero los brazos, y hasta el alma quiero daros; que con esto por dicha, y será cierto, vendrá este pleito en el mejor concierto.

ANA.

Pues, para que más presto se publique, pedid licencia al Rey.

ALVARO.

Yo voy contento, y lo fuera mejor si verdad fuera.

(Váyase DON ALVARO.)

ANA.

Aun se conoce en vos la valentía que os hizo tan famoso en paz y en guerra. ¡Oh, remedio notable! ¡Oh, santos cielos! ¿Qué os hizo Amor, que le persiguen celos? Mas bien hicistes, que si Amor amara sin celos, ni aun del cielo se acordara.

(DON (165) PEDRO y DON JUAN DE PADILLA.)

(164) Antes de *publicad*, tachado *del*.

(165) Antes de *don*, tachado *don Alvaro* y.

PADILLA.

Ha sido grande favor y merced dejarme entrar.

PEDRO.

Aquí la podréis hablar.

PADILLA.

Estad seguro, señor, de que ha de ser mi mujer.

PEDRO.

Así lo tengo creído, y della lo sé, que ha sido causa que os la deje ver.

PADILLA.

¡Doña Ana aquí!

PEDRO.

Ya os ha visto. Engañalda, hablalda bien; que si se lo dice a quien sabéis, quedaré malquisto y en mala (166) opinión los dos.

(Váyase DON PEDRO.)

PADILLA.

Yo lo haré por vos, que es cosa para mí dificultosa, tanto cuanto sabe Dios.

Señora, ¿en aquesta casa?

ANA.

Vengo a ver vuestra mujer.

PADILLA.

Mia ¿cómo puede ser, si veis el pleito que pasa?

Dí, Martín, (167) lo que he sentido faltar a mi obligación (168) [do por esta necia opinión que de soldado he tenido. (169)

(DOÑA BEATRIZ y LEONOR.)

LEONOR.

Digo que le he visto agora. (170)

BEATRIZ.

Y yo, por mi mal, le veo.

MARTÍN.

Querer pintar el (171) deseo con que don Juan os adora, (172) es disparate excusado. (173)

BEATRIZ.

¡Don Juan con doña Ana aquí! ¿A esto entró?

(166) Eserito *en mala* encima de *no con buena*, tachado.

(167) Después de *Martín*, tachado *a mi señora*.

(168) Eserito este verso encima de otro tachado: *doñana lo [que] he sentido*.

(169) Eseritos este verso y el anterior encima de otro tachado: *el no haber correspondido*.

(170) Después de éste, otro verso tachado:

PAD. *Al amor que me ha mostrado.*

(171) Eserito *el* encima de *su*, tachado.

(172) Intercalado este verso.

(173) Después de este verso hay otro que Lope, con tantas correcciones como hizo en este pasaje, olvidó tachar: *en ingento como el mío*. Rinaba con otro tachado:

BE. *¿Para esto a llamar le embio?*

que va a continuación de *que amor tan bien empleado*.

LEONOR. Pienso que sí.
 BEATRIZ. ¡Qué amor tan bien empleado!
 LEONOR. Escucha, que puede ser

que, como ésta es bachillera,
 argüir con don Juan quiera
 que no has de ser su mujer.

MARTÍN. Las noches que mi señor
 faltar de veros, no han sido
 por ingratitud y olvido,
 que no cabe en tanto amor,
 y este, que nunca lo fuera,
 casamiento...

LEONOR. ¿Hay tal maldad?

MARTÍN. Es honra y comodidad,
 que amor no, ni ser pudiera:
 que a vos sola tiene amor.

PADILLA. Eso es muy cierto y seguro,
 y que aquí sólo procuro (174)
 satisfacer al (175) honor;

es una tema en que he dado
 porque el de Aragón no entienda
 que le han dejado la prenda
 por más bravo y más honrado,
 pues eso no puede ser:

doña Beatriz se casó
 en mi ausencia, ¿puedo yo
 querer ajena mujer?

ANA. Don Juan, ya de tus engaños
 tengo justos escarmientos:
 en (176) amor con fingimientos
 mas quiero yo desengaños.

Si te casas, yo también,
 que don Alvaro me ha dado
 la palabra, y concertado
 las escrituras, (177)

PADILLA. ¿Con quién?

ANA. ¿Qué, pensabas heredar
 su hacienda? Pues no lo creas,
 ya es tarde si me deseas,
 como primero, engañar.

Esto sin duda has sabido,
 y porque yo no (178) me case
 me engañas.

BEATRIZ. ¿Que aquesto pase! (179)

ANA. Pues no, ingrato; no, fingido.
 Casarémonos los dos;

no he de mudar de consejo;
 y de una moza y un viejo,
 ya me has entendido; adiós.

(Fayase DOÑA ANA.)

BEATRIZ. Estara vuesa merced
 muy contento del suceso,
 como quien tanto aborrece
 esa que por tema sirve,
 que no por merecimiento,
 esa mujer de don Juan
 el de Aragón, por lo menos,
 porque no ha de ser más bravo...
 Mi bien, (180) advierte primero...

No hay que (181) advertir.
 ¡Oye!
 Calla.

Casó-e ausente, en efeto, (182)
 dándole infinitos golpes
 su padre.

MARTÍN. ¡Malo va esto! (183)

BEATRIZ. Y no le queriendo hablar,
 de suerte que por despecho
 se fué el tal novio.

PADILLA. ¿Qué dices?
 ¡Beatriz, mis ojos, mi dueño,
 mi primera voluntad!

BEATRIZ. ¿Qué digo?

PADILLA. Desvia el lienzo,
 porque amortajar los ojos
 más vivos que Dios ha hecho,
 es decir que es muerto el Sol,
 siendo incorrutable el cielo;
 mira que en eterna sombra
 quedarán los elementos,
 y yo quedaré sin vida,
 como (184) soy dellos compuesto;
 mira que no vuelvas el mundo
 a su principio primero;
 que si faltar luz no sientes
 y color a su ornamento,
 debes sentir que no sea

(1780) Antepuesto PA. *Mi bien A ni mas noble caballero*, tachado.

(181) Antepuesto BEA. *No ay que a el que se canso*, tachado.

(182) Antepuesto *casose a en su*, tachado; *ausente* enmendado sobre *ausencia*; escrito en efeto encima de *estaua hecho yntento*, tachado.

(183) Escrito MA. *Malo va esto* encima de *oyendo soberbio*, tachado.

(184) Después de *como*, tachado *ser*.

(174) Entre *pío y cura*, tachado *fe*.

(175) Antes de *al*, tachado *me*.

(176) Antes de *en*, tachado *del*.

(177) Después de *escrituras*, tachado *tambien*.

(178) Después de *no*, tachado *le quiera*.

(179) Escrito BE. *Que aquesto pasa* encima de *de esto manera*, tachado.

de los humanos descos
vista tu grande hermosura.

BEATRIZ. Vanos encarecimientos,
ya llegan tarde, don Juan.

PADILLA. Pues lleg[ue] el matarme presto.

LEONOR. Y el bellacón de Martín,
que, desvergonzado y necio,
le decía a la señora:
"¿Cómo puedo encareceros
el amor de mi señor,
que decir su sentimiento
es disparate excusado?"

MARTÍN. ¿Yo he dicho tal?

LEONOR. ¿Niegas?

MARTÍN. Niego.

LEONOR. "Las noches que mi señor
faltó, señora, de veros,
no fué ingratitud ni olvido,
que este negro casamiento
tuvo la culpa de todo."

MARTÍN. Leonor, mira que estos celos
no hallan materia de agravio.
Consejo fué de don Pedro
engañar esta mujer.

PADILLA. Vióme entrar, y yo, teniendo
que la justicia se enoje
sabiendo que a verte vengo,
y que el depósito mude,
dije dos necios requiebros,
de que estoy arrepentido.

BEATRIZ. ¡Creo el arrepentimiento!
¿Si dice que está casada
con mi padre!; por lo menos
con el melindre que dijo:
"Y de una moza y un viejo,
ya me has entendido: adiós".

PADILLA. ¿No es mejor buscar remedio
asegurándote yo,
Beatriz, con mil juramentos,
que fué engaño?

BEATRIZ. ¿Cómo engaño?
¿Qué puedes, si no te (185) creo
jurar (186) que me importe a mí?

PADILLA. Jurar por tus ojos puedo;
que, si mintiese, presumo
que el Sol mismo y todo el cielo
me matasen con mil rayos.

MARTÍN. Ya se viene enterneciendo.

LEONOR. Tu padre vuelve, señora.

PADILLA. ¡Ay, Beatriz, que mal has hecho

en que te deje enojada!

BEATRIZ. Y determinada quedo
de no te ver en mi vida.
PADILLA. Hazme un placer.

BEATRIZ. Dile presto.

PADILLA. Es por tu bien.

BEATRIZ. ¿Por mi bien?

PADILLA. Sí; que tu padre es soberbio,
y por quitarte la hacienda
ha de hacer el casamiento.

BEATRIZ. ¿Qué se te da a ti de mí,
sí, como estabas diciendo,
soy de don Juan de Aragón?
Pues si yo mi hacienda pierdo
te vengas de tu enemigo.

PADILLA. ¿Y si mudas de consejo,
tan mal te estará estorbar
la ejecución de su intento?

BEATRIZ. ¿De suerte que tú pretendes
que el casamiento estorbemos,
por casarte con doña Ana,
y con este fingimiento
quieres que te ayude yo?

PADILLA. Mira, mi bien, que no quiero;
seis mil ducados de renta
me ha dado el Rey, no pretendo
sino tu bien.

BEATRIZ. Pues ¿qué haré
si determinado veo
a don Alvaro, mi padre?

MARTÍN. ¡Oh, qué remedio!

PADILLA. Di presto.

MARTÍN. Diga (187) Leonor que le dió
palabra de casamiento,
y que le debe su honra;
quéjese al Rey, que con esto
y probar que es hija de algo
y que viene su abolengo
del conde Fernán-González,
levantaremos un pleito
con veinte testigos falsos,
pues los hay de todos precios,
que no se acabe en diez años.

PADILLA. ¿Falsos los hay? (188)

MARTÍN. ¡Bueno es eso!

Habrà quien jure que ha visto
andar un bucy por los vientos,
vender vino por aguar
y ser dichoso un discreto.

(185) Antes de *te*, tachado *creo*.

(186) Antes de *jurar*, tachado *tus juramentos*. PAD.

(187) Primero *digalo*, tachado después *lo*.

(188) Escrito *falsos los oy*, encima de *pues obra-*
los, tachado.

Yo daré cuatro famosos.
 PADILLA. Tú, Leonor, ¿qué dices desto?
 LEONOR. Que si me enseña Martín...
 MARTÍN. ¿Cuánto dirás? (180)
 LEONOR. Cuatro pliegos.
 MARTÍN. Yo vendré a darte lición.
 BEATRIZ. Adiós, que a mi padre siento.
 PADILLA. ¿Al fin, te vas enojada?
 BEATRIZ. Matarte de celos tengo. (190)
 PADILLA. No harás; que te adoro yo.
 BEATRIZ. Pues, don Juan, yo te aborrezco.
 MARTÍN. ¿Cuánto dirás, mi Leonor?
 LEONOR. Yo, mi Martín, cuatro pliegos.

ACTO TERCERO

PERSONAS DEL TERCERO ACTO:

DON JUAN DE PADILLA.	DOÑA BEATRIZ.
DON JUAN DE ARAGÓN.	EL REY DON ALFONSO.
DON PEDRO.	EL CONDE DE HARO.
DON ALVARO.	TELLÓ.
DON ENRIQUE.	LEONOR.
DOÑA ANA.	MARTÍN.

(DOÑA ANA y DON JUAN DE ARAGÓN.)

ANA. Pues ¿vos me engañáis a mí?
 ARAGÓN. Los sucesos os dirán
 si os engaño.
 ANA. Ya, don Juan,
 las esperanzas perdí.
 Como la primer sentencia
 tiene Beatriz en favor,
 con celos de vuestro amor
 queréis probar mi paciencia.
 ARAGÓN. Mal entendéis la razón
 porque me inclino a casarme
 con vos.
 ANA. Si no es engañarme,
 celos presume que son.
 ARAGÓN. Yo estoy del Rey en desgracia,
 así (101) el casarme sintió;
 y al peso que cargo yo,
 sube Padilla a su gracia.
 Caballero de la Banda
 le ha hecho, y la trae al pecho;

(180) Escrito MA. *Quanto diras?* LE. encima de *sobre decir*, tachado.

(190) Con este verso terminaba la jornada, como lo demuestra la rúbrica que hay a continuación. Añadió Lope después los cuatro siguientes.

(191) Repetido así y tachado el primero.

de su cámara le ha hecho,
 ya le acompañan, ya manda;
 cuanto (192) me quitó le ha dado.
 y que lo merece (193) os digo,
 que hablar bien del enemigo
 es honra del agraviado: (194)
 quien (195) tiene por valentía
 hablar mal (196) del que está au-
 [sente,
 sepa que (197) quien lo oye siente
 que es (198) infamia y cobardía.

Yo (199), cuyas dichas están
 sin estimación alguna,
 pienso mudar de fortuna
 diciendo bien de don Juan.

Sin esto, ¿qué no ha de hacer
 por mí, si me ve casado. (200)
 pues le dejó asegurado
 de que es Beatriz su mujer?

Y como (201) mi inclinación
 a tus partes es notable,
 no te espantes que te hable
 sin celos, pues no lo son:
 que ya no hay de qué lo esté,
 pues Beatriz se ha de casar. (202)
 No te puedes emplear
 que más contento les dé. (203)
 porque Beatriz se asegura
 de mí, que es lo más que siente;
 don Juan, de tí: finalmente,
 si tu fortuna procura
 volver en gracia del Rey.

(192) Antepuesto *quando y hame dado* tachado, a *qué* lo merece *sin duda*, tachado.

(193) Antepuesto *que* lo merece a la *verdad pretendi* y *dijo*, tachado.

(194) Escrito *es onrra del agraviado bajo tal vez sus intentos muda*, tachado.

(195) Antepuesto *quien a muchos ynorantes*, tachado; tiene, primero *tiener*, emendada la *p* de *por* sobre la última *n*.

(196) Antepuesto *hablar mal a por genero de castigo*, tachado.

(197) Antepuesto *sepa* a *hablar mal de su enemigo*, tachado.

(198) Antepuesto *que es in a con que* a *enfurecerle riñen*, tachado; escrito *encima fama y cobardía*.

(199) Después de *yo*, tachado *que* se *que*.

(200) Entre *casa* y *do*, tachado *sa*.

(201) Antepuesto *y como a para lo qual saue esto*, tachado.

(202) Atajados estos dos versos y las cinco redondillas anteriores. Al margen de las dos últimas: *si*.

(203) Después de *que*, tachado *donde*; después de *mar*, tachado *bien*.

y es el camino mejor
que don Juan te tenga amor,
hombre noble a toda ley,
yo dejaré la locura
y desigual casamiento
que con don Alvaro intento.
Don Alvaro, que (204) procura
su venganza a costa mía,
pues me sepultaba un viejo,
y en manos de tu consejo
rindo mi justa porfía.

Tuya soy, pero has de ser
noble en cumplir lo que dices.
Para que más autorices
la fe que puedes tener,
y yo asegure a don Juan,
haré que licencia pida
al (205) Rey.

ARAGÓN.

Ya voy advertida.

ANA.

Iré contigo.

ARAGÓN.

ANA.

Aquí están
mis criados, y es mejor
que te quedes para hablalle.

ARAGÓN.

¿Hablaste al Rey?

ANA.

Quise dalle
cuenta de mi necio error,
pues me casaba tan mal,
y como hablaste conmigo,
dejé aquel intento, y sigo
el que es a mi gusto igual.

(Táyase Doña Ana.)

ARAGÓN.

Por un álamo blanco, que, pomposo,
de verdes hojas que aforraba en plata
un alcázar de pájaros retrata,
subió una yedra, y le llamaba esposo.

Los ramos que de Alcides vitorioso
fueron corona, enlaza, prende y ata,
y a los pimpollos (206) últimos dilata,
con débil paso, el círculo amoroso. (207)

Villano labrador, del monte guerra,
la yedra corta, que el humor no alcanza,
seca los brazos y las hojas cierra.

No menos levantada mi esperanza
en los brazos del Rey, cayó en la tierra,
que no hay cosa segura de mudanza.

(MARTÍN Y DON JUAN.)

MARTÍN. Bravamente los desmaya
esta sentencia en favor.

PADILLA. Aquí está don Juan.

ARAGÓN. Señor,

a nuevos aumentos vaya
el favor bien empleado
de Su Alteza, y sea también
la sentencia para bien.

PADILLA. En el que aquí me habéis dado
conozco vuestra nobleza.

ARAGÓN. Pleitos y amores, señor,
tratillos con este honor,
que lo demás es baja; pero
porque me volváis este
parabién que os doy,
sabed que casado estoy,
que es justo que lo sepáis.

PADILLA. ¿Casado? Para bien sea.

ARAGÓN. Con doña Ana me he casado.

PADILLA. Habéis, don Juan, acertado,
como quien tan bien se emplea:
es lo mejor de Castilla
en calidad y en hacienda.

ARAGÓN. Quiero que de vos lo entienda
el Rey.

PADILLA. A fe de Padilla,

de no sólo procurar
la licencia, que es tan justa,
pues el Rey de honraros gusta,
pero también intentar

que os haga mucha merced,
que muy vuestro amigo soy;
y la palabra que os doy,
por verdadera tened,

que en mi vida prometí
cosa que no la cumpliera
como la dije, aunque fuese,
señor don Juan, contra mí.

¿Qué importa la calidad,
ni otros títulos y nombres
cuando falta entre los hombres
la palabra y la verdad?

Es la verdad un traslado
del mismo Dios en el suelo,
tan igual, que dice el cielo
bien y fielmente sacado.

Es la verdad un concierto

(204) Antepuesto don Alvaro que a pues solamente, tachado.

(205) Antes de al, tachado licencia.

(206) Escrito pimpollos últimos encima de al mas alto pimpollo se, tachado.

(207) Después de círculo, tachado por su; escrito el verso bajo otro tachado: verdes (antepuesto) venen-
ras verdes de su cuerpo hermoso.

de la república humana;
la política tirana
lleva su nombre encubierto;
pero al que sig[ue] las leyes
de la paz y la quietud
conviene esta gran virtud,
y más, cerca de los reyes;
que, como, por majestad,
menos de las cosas ven,
tanto más obliga a quien
los trata, el tratar verdad.

ARAGÓN. ¿Es posible que he llegado
a que éste me trate así?
Pero si causa le di,
yo sólo he sido culpado.

Hablarle ha sido inorancia,
porque suele ser castigo
del humilde, al enemigo
darle ocasión de arrogancia.

Notables difiniciones
ha hecho de la verdad;
bien mereció mi humildad
sus arrogantes razones.
¡Vive Dios, que he de vengarme
como honrado caballero;
que, de otra suerte, no quiero
castigarle ni ausentarme.

En fortunas semejantes
pensé tenerle afición,
¡cuánto mudan la intención
las palabras arrogantes! (208)

Señor don Juan, pues habéis
mi pensamiento entendido,
que habléis a Su Alteza os pido.
Vos el efeto veréis.

PADILLA. Vos el efeto veréis.
MARTÍN. Mudado está de color.

ARAGÓN. Esto tengo que deciros.

PADILLA. Seguro podéis partiros
de mi verdad y mi amor;
que no sólo en la licencia
hablaré, que es justa paga,
pero en que merced os haga.

ARAGÓN. Pues no sea en mi presencia.
Adiós.

PADILLA. Confíad de mi.
Mas, oid.

ARAGÓN. Decid.

PADILLA. Yo iré
y al Rey se la pediré,
y no será para mí.

(Váyase el de ARAGÓN.)

MARTÍN. Corrido va.

PADILLA. Deso gusto,
que éste es todo fingimiento.

MARTÍN. Bien le diste con el cuento.

PADILLA. Con el hierro (209) fuera justo.

(El CONDE DE HARO, DON ENRIQUE, DON PEDRO y el
REY DON ALFONSO.)

CONDE.

La honra que le ha hecho Vuestra Alteza
justamente merece el de Padilla.

ENRIQUE.

Toda Valladolid, toda Castilla
celebra el premio de servicios tales,
que no se han visto en esta edad iguales. (210)

PEDRO.

Sus partes son muy dignas, y tus premios
realzan el valor con que le honraste,
animando a servirte con su ejemplo.

ALFONSO. (211)

En las virtudes de don Juan contemplo
las partes que han de dar a un hombre noble
fama inmortal, con gloria de su príncipe;
pero dejando algunas, ¿qué os parece
que ha de tener un noble caballero
para que goce deste ilustre nombre?

CONDE.

Señor, muchas convienen al que es hombre
de sangre y de valor.

ALFONSO.

Don Juan, ¿no llegas?

PADILLA.

Pensé que con tan nobles caballeros
trataba algún secreto Vuestra Alteza.

ALFONSO.

Aunque lo fuera, en él tuvieras parte.

PADILLA.

Beso mil veces esos pies.

(209) Yerro.

(210) Atajados este verso y los dos anteriores.

(211) Vacila entre Alfonso y Alonso.

(208) Atajadas esta redondilla y las tres anteriores; al margen: *dícese*.

ALFONSO.

Tratábamos
de las que un hombre noble tener debe,
y en qué se ha de probar para saberse.

PADILLA.

¿Y qué dice, señor el Conde de Haro,
que, fuera de tener ingenio claro,
tiene, como sabéis, larga experiencia,
que es en la guerra y paz la mejor cien-
[cia? (212)

CONDE. El probar un caballero
para saber si lo es,
está en dos cosas o tres,
que a dos reducirlas quiero,
que es el consejo y la espada.

ALFONSO. Bien decís, porque se aplique
a guerra y paz. Don Enrique
diga en qué partes le agrada.

ENRIQUE. Un caballero perfecto
probara yo en la lealtad,
en una necesidad
y en saber guardar secreto. (213)

ALFONSO. ¿Vos, don Pedro?

PEDRO. Yo, señor,
le probara en ser afable,
humilde y comunicable
en la fortuna mayor.

ALFONSO. ¿Y tú, qué dices, don Juan?

PADILLA. Yo, señor, con inocencia,
¿qué te diré de importancia,
y más donde agora están
personas de tal prudencia?
Pero púedese probar
un alto en bajo lugar
en la templanza y paciencia.

Así en las letras divinas
probó Dios a un hombre.

ALFONSO. Bien,

MARTÍN. ¡Que en cosas fáciles den
personas tan peregrinas!

La prueba es fácil de hacer,
pues sólo ha de consistir
en dar y no recibir,
en pagar y no deber.

ALFONSO. Aunque habéis dicho las cosas
en que se puede probar,
no fué mi intento llegar

a virtudes generosas;

y así, por el voto mio,
prueban de un noble el valor
tres cosas.

PADILLA. ¿Cuáles, señor?

ALFONSO. Amor, pleito y desafío.

PADILLA. Ya, según tu parecer,
de las tres tengo las dos,
amor y pleito, y por Dios
que, a no tener que temer,
que todas tres las tuviera.

ALFONSO. ¿Y del pleito cómo os va?

PADILLA. Diento que acabado está
con la sentencia primera;
que don Juan, por no cansar-
en cosa tan conocida. [se (214)
me pide, señor, que os pida
licencia para casarse;
que en doña Ana, a quien quería
don Alvaro en tal edad,
ha puesto la voluntad.

ALFONSO. Doyle la licencia mía.

PADILLA. Por él te beso los pies,
y voy a darle las nuevas.

ALFONSO. De buena gana las llevas.

PADILLA. Mi amigo y mi deudo es.

ALFONSO. Buen caballero es don Juan.

(Váyase DON JUAN y MARTÍN.)

CONDE. Con justa causa te agrada.

ALFONSO. Tiene humildad bien fundada.

PEDRO. Bien tus favores lo están.

ALFONSO. Creo que hacerse pudieran
todas las pruebas en él.

ENRIQUE. Es valiente y es fiel,
y con justa causa esperan
más premios servicios tales. (215)

CONDE. Volvió el rostro la Fortuna,
que no hay firmeza ninguna
en condiciones mortales.

(Entre DON JUAN DE ARAGÓN.)

ARAGÓN. Aquí don Juan de Padilla
me ha referido, señor,
la gran merced que me has hecho,
por quien mil gracias te doy;
la licencia de casarme

(212) Antepuesto *que* es en la a de, tachado;
después de *paz*, tachado de *mar y tierra*.

(213) Atajados esta redondilla y el verso anterior.

(214) Antes de *que*, tachado *por*; después de
Juan, tachado *de* *hugo*.

(215) Atajados este verso y los dos anteriores.

con doña Ana estimo yo,
por mi quietud y mi gusto,
por mi aumento y por mi honor;
pero es fuerza que te pida
que antes de la ejecución
me la des para partirme
a Aragón, que me escribió
mi padre que el rey don Pedro
quiere verme en Aragón,
y yo vivir en mi tierra,
pues ya de mí se olvidó
la Fortuna, siempre varia,
y tú de hacerme favor.

ALFONSO. Don Juan, no hay otra fortuna
que la voluntad de Dios:
ésta dispone a los reyes,
que los accidentes no.
Defectos en los vasallos
les mudan la condición;
éstos, yo estoy satisfecho
que nunca los hubo en vos:
linaje de ingratitud
es quejaros de mi amor,
porque os quiero como os quise,
y os tengo en buena opinión;
si el rey don Pedro os estima,
licencia, don Juan, os doy,
y os daré, si queréis, cartas
que abonen vuestro valor.

ARAGÓN. Quien te la mar alterada
y está a la orilla, señor,
no yerra en volverse a tierra:
así los peligros son;
a los (216) principios del daño
vuélve la espalda el temor,
por no esperar los sucesos,
que nunca fué discreción.
Dadme a besar vuestra mano,
que en vuestra gracia me voy
donde os sirva sin envidia.

ALFONSO. Dios os guarde.

ARAGÓN. Guárdeos Dios.

(Todos se entran, y salgan LEONOR y MARTÍN.)

MARTÍN. Mira que no has de turbarte
en viendo al juez y al Rey.

LEONOR. Es en las mujeres ley
inviolable en cualquier parte;
no hay tratado en que se vean
donde les fante valor.

MARTÍN. Pues va de lección. Leonor,
tú verás cuán bien se emplean;
haz cuenta que soy juez. (217)

LEONOR. Pues no te pongas tan grave
que (218) el ánimo se me acabe
y me turbe alguna vez.

MARTÍN. ¿Cómo sucedió (219), decid,
puntualmente este caso?

LEONOR. Señor, mis padres, que fueron
tan principales hidalgos
que, por línea de varón,
decenden de Arias Gonzalo,
me trujeron a criar
a su casa, en tiernos años,
de don Alvaro de Rojas...

MARTÍN. Todo lo llevas errado.
¿A criar dices que entraste?
Pues, si erías, ¿no está claro
que has parido, y que no puedes
pedir el doncellicato?

LEONOR. A criarme con Beatriz
me trujeron, donde estando,
pasados algunos tiempos...

MARTÍN. Adelante, y sin turbaros.

LEONOR. Una noche, en mi aposento
don Alvaro entro, y cerrando
la puerta, me dijo amores...

MARTÍN. ¿Bien vas!

LEONOR. Y me asió los brazos;
resistíme...

MARTÍN. Lloro agora.

LEONOR. Resistíme, pero en vano;
que, en fin...

MARTÍN. Tapate los ojos
con el delantal, llorando,
y di así, mirame acá:
"En fin, el cruel tirano
me rindió, venció estupró." (220)

LEONOR. ¿Ese es terrible vocablo!

MARTÍN. Finalmente, haz cuenta agora
que yo soy el escribano,
esto el papel y la pluma,
y que voy haciendo rasgos.
"A la primera pregunta
dijo que es de edad..."

LEONOR. De espacio.

MARTÍN. Pero no digas la edad,
que aquí todas juráis falso;

(217) Repetido juez y tachado el primero.

(218) Antes de *que* (*ue*), tachado *esa* *fierceza*.

(219) Antes de *decid*, tachado *este* *caso*.

(220) Atajado *estupró*; al margen: *violó*.

(216) Después de *los*, tachado *hechos* *en*.

mas quitate diez u doce,
que yo conozeo un retablo
de duelos, que con setenta
juró antiyer treinta y cuatro.
"A la segunda pregunta
dijo que, estando rezando
en su aposento una noche
la oración de los finados,
entró el dicho, y a la dicha
asíó de los dichos brazos,
y con los dichos amores,
el (221) dicho doncellicato
desapareció de allí,
la dicha sin él quedando,
y el dicho se fué."

LEONOR. ¿Qué dices
tantos dichos?

MARTÍN. Son los tantos
del juego de los procesos.
"Y que, en efeto, llorando,
esta confesante..."

LEONOR. ¿Quién?

MARTÍN. Tú, Leonor: está en el caso:
"Esta que declara, dijo..."

LEONOR. ¿Quién es ésa?

MARTÍN. • Eres un mármol!
Siempre eres tú.

LEONOR. Di, adelante.

MARTÍN. "Confesando o declarando,
preguntada (222) si sintió,
algunos dias pasados,
bulto o lynchazón alguna,
algún antojo o desmayo,
respondió que se le habían
antojado unos gazapos
que estaban en un tapiz,
y en torreznos lampreados (223),
los cochinos que guardaba
el Hijo Pródigo, cuando..."

LEONOR. ¿Nuestros años!

MARTÍN. Echo polvos,
y dejó el papel doblado.

(DON JUAN DE PADILLA Y DOÑA BEATRIZ.)

PADILLA. Oye, aunque no quieras.

BEATRIZ. No quiero escucharte.

PADILLA. Pues háblame tú,
aunque aquí me mates,
que si tú no quieres,
mi vida, escucharme,
yo te quiero oír
y que tú me hables;
dime, luz desta alma,
cuanto imaginares
en (224) ofensa mía,
con tal que descanses;
por mi sol te tengo,
no quiero guardarme,
licencia te doy
para que me abrases;
abrasen, Beatriz,
cuanto no te agrade,
desde el alma al pecho,
tus ojos suaves;
pero, siendo nobles,
¿cómo, por vengarte,
con ese capote
villanos los haces?
¿Ay, qué desatinos,
quererme y matarme! (225)
¿Mal hayan los celos,
bien hayan las paces!

BEATRIZ. Pues que ya me obligas,
como necia, a darte
gusto en que te riña,
oye, y no te canses:
verás si fué justo
que de ti me agravie:
Cuando yo pensaba
que supe obligarte,
yo te amé, Padilla,
como tú lo sabes,
cuando tú eras pobre,
pudiendo enlamearme,
yo no digo en hombre
de más noble sangre,
pero con su gusto
de mi ilustre padre:
porque en Aragón
tuvo algún infante
descos que fueron
principios de honrarme;
fuístete a la guerra,
y en ausencias tales,
si mataste moros,

(221) Antes de *el*, tachado *ordio*.

(222) Antes de *preguntada*, tachado a la *tercera*.

(223) Después de este verso, tachado otro incompleto: de *puercos lechos*.

(224) Después de *ee*, tachado en *ausencia mía*.

(225) Atajados este verso y los veinticinco anteriores.

resisti galanes.
 No fuiste valiente
 como yo en guardarme,
 que flaqueza y fuerza
 nunca son iguales;
 moras me trujiste,
 tocas y volantes,
 de que hice galas
 que me murmurasen;
 cuando allá te herían,
 ¡oh, qué disparate!,
 me sangraba luego,
 pensando igualarte.
 En Valladolid,
 cuando tú llegaste,
 puse en contingencia
 mi honor por hablarte;
 don Juan de Aragón
 no pudo obligarme,
 siendo caballero
 de tan altas partes,
 a que una palabra,
 ni aun cortés, le hablase,
 cuando me forzó
 mi padre a casarme.
 Esto, siendo pobre,
 hice por amarte,
 sufriendo, entre golpes,
 palabras infames;
 y tú, cuando aspiras
 a riquezas grandes
 y alcanzan tus dichas
 mercedes reales,
 hablas a mis ojos,
 por desengañarme,
 mujer que te adora
 y que a mí me mate;
 requiebros la dices
 donde yo escuchase;
 conmigo, mentiras;
 con ella, verdades;
 de suerte que, pobre,
 riqueza buscaste,
 y rico, hermosura;
 si puedes, bien haces.
 Doña Ana de Lara
 merece que ensalces,
 agora valido,
 lo que en mí deshaces;
 con su hermano Enrique
 tratas amistades;
 con el de Aragón,
 engaños y paces:

decir (226) que se casa
 con doña Ana es darme
 celos con los tuyos;
 pero llegas tarde,
 que aunque yo supiese
 morirme o matarme,
 no tengo de verte,
 ni aun imaginarte;
 que desde hoy, Padilla,
 de mi alma sales,
 y si te resistes,
 yo haré que te saquen. (227)

- PADILLA. Castigo notable es éste
 de culpa que no he tenido.
 ¿Querrás, Beatriz, que tu olvido
 hasta la vida me cueste?
 ¡Paciencia el amor me preste
 para sufrir tantos daños,
 nacidos de tus engaños!
- BEATRIZ. Para los ojos, don Juan,
 ¿tan difícilmente dan
 las mentiras desengaños? [res?
 ¿Yo no te vi?, pues ¿qué quie-
 ¿Yo no te oí?, pues ¿qué pides?
 Si el (228) agravio al amor mides,
 verás que la culpa eres.
 Quejáis de las mujeres
 todos los hombres, después
 que vuestra inconstancia es
 la que nos da la ocasión.
- PADILLA. ¿Por ventura, en Aragón
 tienes mayor interés?
 ¿Estarás arrepentida
 de dejar su gran riqueza?
- BEATRIZ. Tu traición, no tu pobreza,
 don Juan, de tu amor me olvida.
 Ser solamente querida
 estimé, no regalada;
 y esta parte remediada
 con las mercedes del Rey,
 era contra toda ley

(226) Antepuesto *decir* a *dices*, tachado.

(227) Atajados este verso y los treinta anteriores.
 Después de estos versos, y comenzando el fol. 10, r
 (enmendado 10 sobre 7), van los siguientes versos v
 acotación, que son los mismos con que comienza el
 fol. 8, r:

LEO. N[uest]ros amos.

MA. Hecho polbos
 y dexo el papel doblado.

(*Entren don Juan de Padilla y doña Beatriz.*)

(228) Después de *si*, tachado *con*.

olvidar (229), enamorada.

PADILLA. Don Juan de Aragón se ha ido;
ya el pleito, Beatriz, cesó,
pues a doña Ana le dió
la fe de ser su marido;
yo propio, mi bien, he sido
el que pidió la licencia.

¿Qué tienes ya de su ausencia
que ofenda nuestra esperanza?

BEATRIZ. El deseo de venganza
hace al amor resistencia.

Cuando con mi padre viste
que doña Ana se casaba,
a quien tan necia te amaba
arrepentido volviste;
agora también, que fuiste
por el de Aragón dejado,
vuelves a mi amor pasado,
de manera que he de ser
para desprecios mujer
y para olvidos sagrado.

No, don Juan, que un firme amor
también se sabe mudar,
si agravios le dan lugar,
o se ha de volver furor;
que le digas es mejor
a doña Ana estos concetos:
quizá servirán de efetos
con que deje al de Aragón,
que forzar la condición
no son remedios discretos.

(Váyanse DOÑA BEATRIZ y LEONOR.)

PADILLA. ¿Qué sientes desto, Martín?

MARTÍN. Que olvidar, señor, es fuerza.
Mas, di, ¿doña Ana se casa?

PADILLA. O se casa, o se concierta.

MARTÍN. ¿Luego ya no irá Leonor
a referir sus endechas?

PADILLA. Yo las haré a mis desdichas,
si se hicieron para ellas;
no tiene contento el mundo
cabal.

MARTÍN. ¡Es una tragedia!

PADILLA. Cuando Beatriz me quería,
el Rey no escuchó mis quejas (230),
y cuando me hace favor

el Rey, Beatriz me desprecia. (231)
¿Qué haré, Martín?

MARTÍN. Olvidar.

PADILLA. No podré.

MARTÍN. Fingir, siquiera.

PADILLA. Ni aun fingir podré.

MARTÍN. Si harás,
para que rendida venga.
Todo lo que hace contigo
son pruebas.

PADILLA. ¡Qué fuertes pruebas!

MARTÍN. Leonor (232) me ha dicho que llo-

PADILLA. ¿Por mí? [ra.

MARTÍN. Por ti.

PADILLA. Pues ¿qué intenta?

(TELLO, entre con un papel.)

TELLO.

¿Qué descuidado estás de lo que pasa!

PADILLA.

No estoy de mis cuidados descuidado,
Tello, que siempre estoy con más cuidado.

TELLO.

¡Toda Valladolid está alterada,
y tú inorante en cosa semejante!

PADILLA.

¿Cuándo dejé de ser tan inorante?

TELLO.

Estos rétullos han amanecido
por todas las esquinas de las calles;
¡mira si es bien que tus agravios calles!

PADILLA.

¡Por Dios, que el de Aragón me desafia
para la raya suya y de Castilla!

MARTÍN.

¡Agora has de mostrar que eres Padilla!

PADILLA.

Basta, que al irse puso estos papeles;
no excuso el ir, pero si el Rey se queja,
más deshonor que el desafío me deja.

(229) Antepuesto *olvidar a mudanza tan escusada*, tachado.

(230) Escrito *no escucho mis quejas encima de me cerro sus puertas*, tachado.

(231) Antepuesto *el Rey a me cierra*, tachado; antes de *desprecia*, tachado *olvida* y. Después de este verso, tachado otro: *que remedio en tantos males*.

(232) Antepuesto *Ma. Leonor a Beatriz*, tachado.

MARTÍN.

Pide licencia al Rey para seguirle.

PADILLA.

Dirán que la pedi para librarme;
mejor es a perderme aventurarme.

TELLO.

No lo liagas, señor, que es grave yerro,
pues el Rey, que en efeto es Rey tan sabio,
no ha de querer tu deshonor y agravio.

PADILLA.

Pues vamos a cumplir con lo que es justo,
que no hay más honra, vida ni más leyes
que el gusto y la obediencia de los reyes.

(*[Váyanse.] El REY entre con el CONDE y DON
ALVARO.*)

ALFONSO. Admirado estoy de vos,
que en tal edad os caséis.

ALVARO. Gran señor, no os admiréis,
que no es flaqueza, ¡por Dios!,
pues todo mi casamiento
sólo en venganza se funda,
si dél impedir redunda
otro injusto pensamiento:
tal es la desobediencia
de doña Beatriz.

ALFONSO. ¿Qué ha sido
la causa porque ofendido
estáis de su resistencia?

ALVARO. El tenerla yo casada
con don Juan el de Aragón,
por mandato vuestro.

ALFONSO. Son
culpas que no importan nada;
porque don Juan me engañó,
y yo me enojé con él,
y vos fuisteis más cruel
de lo que ella os ofendió.

Fuera deso, o se ha partido
o se parte, y no es razón
que tengáis en Aragón,
siendo don Juan su marido,

una hija que tenéis
y la casa que heredáis.
Pero ¿con quién os casáis?

ALVARO. Bien la prenda conocéis.

ALFONSO. Si es doña Ana, ya doña Ana
es del de Aragón mujer.

ALVARO. No puede ser.

ALFONSO.

Puede ser;

y que acierta es cosa llana,
mejor que en casar con vos.
Dad a Beatriz a Padilla,
que no hallaréis en Castilla
hombre más noble, ¡por Dios!

(DON JUAN Y MARTÍN.)

PADILLA. Deme los pies Vuestra Alteza.

ALFONSO. ¡Don Juan!

PADILLA. Ya puedo, señor,
decir que tengo valor,
si es prueba de la nobleza
amor, pleito y desafío;
desafío me faltaba,
que pleito ya me sobraba,
después de tanto amor mío (233);
esta noche se han fijado
estos carteles, señor,
en Valladolid.

ALFONSO. ¿Su autor?

PADILLA. El mismo los ha firmado.

(Lea el REY.)

ALFONSO. "En la raya de Castilla,
las armas a su elección (234).
un mes don Juan de Aragón (235)
espera a Juan de Padilla."

PADILLA. ¿Qué decís del valor mío?

ALFONSO. Que aún no le tenéis ganado,
que no es haberle probado
que os llamen al desafío.

PADILLA. Tenéis, gran señor, razón;
y así, con vuestra licencia,
haré luego diligencia
para partirme a Aragón.

ALFONSO. No podéis, en ley de hidalgo
ni caballero, excusar
el desafío en lugar
tan seguro.

PADILLA. Al punto salgo,
y mil veces, gran señor,

(233) Atajada esta redondilla.

(234) Antepuesto *las armas a con cualquier arma a[un]c el quiera*, tachado; *a su elección sobre el ren- glón*.

(235) Antepuesto *un mes*; después de *Aragón*, ta- chado *espera*.

(256) Antepuesto *espera* (primero *esperara*, tacha- do después el *ra* final); *a Juan enmendado sobre todo*; antes de *de*, tachado *en mes al*.

os (237) beso, por la licencia,
los pies.

ALFONSO. Siento vuestra ausencia,
y de vuestro gran valor,
don Juan, la victoria fío.

PADILLA. Que me habéis de honrar espero.
si es prueba de un caballero
amor, pleito y desafío.

(*Váyase.*)

ALFONSO. Conde.

CONDE. Señor.

ALFONSO. No he podido
esta licencia excusar,
aunque me pesa.

CONDE. Fué dar
a don Juan lo que es debido
a un noble por justa ley.

ALFONSO. El de Aragón me ha enojado,
habiéndole yo mandado
lo contrario.

CONDE. Sois su Rey;
pero dirá que el amor
o el honor le dan disculpa. (238)

ALFONSO. No le reservan de culpa.
Conde, el amor ni el honor;
que no sacase la espada
le mandé: si no es partido,
prendelde.

ALVARO. Si has concedido,
con voluntad declarada,
al de Padilla el salir,
¿cómo pones en prisión
al de Aragón?

ALFONSO. La ocasión
es muy fácil de advertir:
no cumpliera con su honor
don Juan, si no se la diera;
pero, pues al que le espera
puse pena de traïdor,
puedole agora prender,
y así volverá a Castilla
con su honor el de Padilla.

ALVARO. ¿Quién como tú pudo ser
árbitro en esta ocasión?

CONDE. ¿Si estará en Valladolid?

ALFONSO. Conde, si es ida, partid;
no se os entre en Aragón.

(*Váyanse.*) *Entren DON JUAN DE PADILLA y MARTÍN.*

PADILLA. No pensé que me la diera.

MARTÍN. ¿Cómo pudiera negarla,
si debe estimar tu honor?

PADILLA. Tócame escoger las armas,
y es bien llevarlas de aquí.

MARTÍN. Elige las que te agradan,
pues en todas eres diestro.

PADILLA. Las de la capa y espada
son buenas en desafíos
que se hacen de hoy a mañana;
pero en cosas prevenidas,
y que han de ser en la raya
de Castilla y Aragón,
más armas son necesarias. (239)

MARTÍN. Si, porque de entrambos reinos
yo te aseguro que salgan
dos mil personas a veros;
no hay caballero en España (240)
que tenga (241) más opinión
del encuentro de la lanza,
que ni cristiano en (242) Castilla
ni moro andaluz se alaba (243)
que la pueda resistir. (244)

PADILLA. En ésta llevo fundada
la vitoria.

MARTÍN. Justamente;
si bien no es menos la fama
de don Juan el de Aragón.

PADILLA. Después de aquesta, la espada
dará fin al desafío.

MARTÍN. Tú llevas justa esperanza;
que Dios tu razón ayude.
Basta, señor, que dos damas
se han apeado de un coche,
y te buscan, rebozadas.

PADILLA. ¿Damas a mí?

MARTÍN. ¿Y a buen tiempo!

(*Entren LEONOR y DOÑA BEATRIZ, con mantos.*)

(239) Escrito *necesarias* sobre *de la espada*, tachado.

(240) Antepuesto a *no*, tachado *Pad.*; *cauallero* escrito encima de *un ombre*, tachado; después de *en*, tachado *toda*.

(241) Antes de *teaga*, tachado a *la lanz*.

(242) Antes de *en*, tachado *ni moro*.

(243) Antepuesto *ni moro* a *que* la *resista* se halla, tachado.

(244) Antepuesto *que* la *pueda* a *de Castilla* a *Compostela*, tachado.

(237) Antes de *os*, tachado *por*.

(238) Después de este verso, tachado otro incon-
pleto: *como puede haber dis*.

- PADILLA. Reinas, descubran las caras,
que andamos de pesadumbre,
y puede ser que las traigan
más traidoras que leales.
- MARTÍN. Bien puestas vienen de faldas,
pero puede ser que arriba (245)
cubra el nublado la barba.

(Descubre cada una (246) la suya.)

- BEATRIZ. ¿Dónde desta suerte vas?
- PADILLA. ¡Señora!
- BEATRIZ. Yo soy, ¿qué miras?
- PADILLA. ¿No he de mirar, si me admiras,
lo que no pensé jamás?
- BEATRIZ. Bien dices: no pude más,
porque no hay fuerza de honor
que se resista al rigor
de una tan breve partida.
- PADILLA. Quitádome habéis la vida,
con tales muestras de amor.
El partirme aborrecido
por más ventura tuviera,
pues es cierto que venciera,
quejoso de vuestro olvido;
la dicha de ser querido
dará vitoria al contrario,
y así fuera necesario
partir en desgracia vuestra.
- BEATRIZ. Esta, si bien de amor muestra,
es ira del tiempo vario.
Forzando mi voluntad,
don Juan, a verte he venido,
si bien confieso que ha sido
más locura que (247) lealtad;
pero, tratando verdad,
que lo demás es mentira.
Amor, que te adora, aspira
a que entiendas de qué suerte,
cuando he llegado a perderte,
se trueca en piedad la ira.
Bien pudieron mis recelos
de mis ojos dividirte,
pero llegando a partirte
venció mi amor a mis celos.
- PADILLA. No lloréis, hermosos cielos,
que me dobláis los enojos;
o contadme por despojos

- del de Aragón, si lloráis;
¡mirad que muerte me dáis,
y le dáis vida, mis ojos!
- BEATRIZ. Si no me llevas contigo,
ya que es fuerza tu partida,
hoy será el fin de mi vida.
- PADILLA. Si yo te llevo conmigo,
doy por muerto a mi enemigo,
pues lo puedes abrasar (248)
solamente con mirar;
pero ¡no quieran los cielos
que le mates con mis celos,
pudiéndole yo matar!
- MARTÍN. Cesa, Leonor, de sentir
mi ausencia, por amor mío.
- LEONOR. Si (249) sales al desafío,
yo me tengo de morir.
- MARTÍN. ¿Puedo dejar de salir
donde sale mi señor?
- LEONOR. ¿Y has de reñir?
- MARTÍN. Sí, Leonor;
que ya me ha desafiado
del de Aragón un criado.
¡Desmayaréme de amor!
- LEONOR. Pero mientes, que yo sé
que los dos solos serán.
- MARTÍN. Yo he de ayudar a don Juan,
por justa lealtad y fe.
- LEONOR. Guárdate que no te dé
el (250) caballo alguna coz,
que herido estará feroz.
- MARTÍN. Basta, que das en pensar
que yo no he de pelear.
- LEONOR. Baja, mis ojos, la voz.
- PADILLA. Señora, en el ir conmigo
hay grande dificultad.
- BEATRIZ. Si amor es facilidad,
yo la tengo en ir contigo.
- PADILLA. Pues ¿cómo irás?
- BEATRIZ. Yo te digo
que no me falte (251) ocasión.
- PADILLA. ¡Ea!, vamos a Aragón.
- BEATRIZ. Si una vez llega a querer,
¿cuándo ha faltado a mujer
para su gusto invención?
- PADILLA. Martín.
- MARTÍN. Señor.

(248) Antes de *le*, tachado *si*; después de *le*, tachado *quieres mirar*.

(249) Antes de *si*, tachado *pues*.

(250) Antes de *el*, tachado *alguna*.

(251) Después de *falte*, tachado *invención*.

(245) Después de éste, medio verso tachado: *las traygan*.

(246) *Vno*.

(247) Después de *que*, tachado *ami*.

PADILLA. Mi partida

apresta con brevedad.

MARTÍN. Ya no habrá dificultad,
como Beatriz no te impida.

PADILLA. Si la llevo, ¡ay de la vida
de don Juan!

MARTÍN. ¿Qué dos espadas!

PADILLA. Ven, pues de venir te agradas.

MARTÍN. Si voy yo, le mataré. (252)

PADILLA. Si haras; mas dirá que fué
con armas aventajadas.

(*Váyanse, y salgan el CONDE DE HARO, DON PEDRO
y DON ENRIQUE; traen preso a DON JUAN DE ARA-
GÓN, con quien viene DOÑA ANA, disfrazada.*)

CONDE.

Habéis de perdonarme,
que fué mandato de Su Alteza.

ARAGÓN.

Creo

que no podrá culparme
quien sabe qué es honor.

CONDE.

Mi buen deseo

tenéis tan conocido,
que pienso que estaréis agradecido.

PEDRO.

Nadie como Su Alteza
sabe lo que es honor de un caballero;
fiad de su grandeza
que no os impida el castellano fuero,
si viere que hay agravio.

ARAGÓN.

Así lo espero yo de un rey tan sabio.

ENRIQUE.

Y a mí, ¿por qué me prende
Su Alteza?

CONDE.

Porque vais [a] acompañarle.

ENRIQUE.

Pues esto ¿en qué le ofende?

CONDE.

Esa razón podéis agora darle,
porque en tales sucesos
es bien que aun los criados vengan presos. (253)

(DON JUAN DE (254) PADILLA, MARTÍN, *de camino, y*
DOÑA BEATRIZ, *disfrazada.*)

MARTÍN.

En Palacio han entrado.

BEATRIZ.

Y yo digo que el Conde le traía
preso.

MARTÍN.

El Rey lo ha mandado
por excusar alguna alevosía,
pues era cierto (255) el daño
de hacerte en el camino algún engaño.

PADILLA.

En tales caballeros,
¡neocio!, no puede haber engaño o fuerza,
y él por los mismos fueros
de entrambos reinos la batalla esfuerza
de aqueste desafío.

BEATRIZ.

Parece que le impide el amor mío.

PADILLA.

Hasta ver lo que es esto,
no me podré partir.

MARTÍN.

Ya se partía
el de Aragón, dispuesto
a la batalla que contigo hacía,
cuando llegó el de Haro.

PADILLA.

¿Si le quieren prender?

MARTÍN.

Pues ¿no está claro?

PADILLA.

No, que me dió licencia.

(252) Atribuido por Lope este verso a MARTÍN;
muy posteriormente y de letra distinta, tachado y atri-
buido a BEATRIZ.

(253) Atajada esta sextiila.
(254) Después de *de*, tachado *Aragón*.
(255) Antepuesto *pues era cierto* a *para escusar*,
tachado.

BEATRIZ.

No disputéis deste milagro agora,
que Amor, en competencia
de mi temor, le ha hecho.

PADILLA.

Pues, señora,
¿teméis que me venciera?

BEATRIZ.

Don Juan, si yo no amara, no temiera.

(DON ALVARO y el REY.)

ALVARO. Ya el Conde le trujo preso,
que en Valladolid estaba
previniendo la partida.

ALFONSO. ¿Conde?

CONDE. Entre lanzas y espadas
hallé a don Juan de Aragón
y a don Enrique de Lara,
con lasostas a la puerta.

ARAGÓN. Dicen que prenderme mandas;
tu gusto es ley, pero yo,
gran (256) señor, no hallo causa
de ofensa en mi obligación.

ALFONSO. Don (257) Juan, quien de hacerlas
siempre alaba su inocencia [trata,
y disculpa su arrogancia;
que amor os diese ocasión
al pleito, ya tiene tanta
que no os quiero poner culpa
si en ley de amistad se engaña;
pero a vos y al de Padilla (258)
mandé no tomar las armas,
pena de traición. Decid
si tiene el prenderos causa
pues le habéis desafiado
públicamente a la raya
de Castilla y Aragón,
amaneciendo en las plazas
de toda Valladolid,
siendo vos el que le agravia,
cartelos contra don Juan.

ARAGÓN. Señor, cuando yo tomara
las armas sin ocasión,
mereciera tu desgracia,
la que tuve (259) cuando fuese

obligación sabré darla,
pues aunque en ausencia sean,
son agravios las palabras;
tú mandaste al de Padilla
y a mí no sacar las armas
mientras que duraba el pleito,
y así, mientras él duraba,
se cumplió tu mandamiento;
luego la disculpa es clara,
y que es justo el desafío,
conforme al fuero de España.
¿Cómo sabré yo que el pleito
se acabó?

ALFONSO.

ARAGÓN. Porque doña Ana
es mi mujer, que no quiero,
con desprecios y mudanzas,
apelar de la sentencia.

ALVARO. Señor, la disculpa es llana;
y aunque yo quejarme puedo
de que doña Ana me agravia,
ella sabe que eran burlas
entre los dos concertadas (260)
por dar pesar a Beatriz.

ALFONSO. Para que yo no quedara
con sospecha en las disculpas,
que a veces sin parte engañan,
quisiera que el de Padilla
a conferir las se hallara;
pero pidióme licencia,
y partióse esta mañana
a la raya de Aragón.

MARTÍN. Llega, ¿de qué te acobardas?

PADILLA. Deme Su Alteza los pies.

ALFONSO. ¿Es don Juan? (261)

PADILLA. Cuando tomaba
postas, con licencia tuya,
en defensa de mi fama,
un caballero me dijo
que el Conde de Haro llevaba
preso a don Juan de Aragón;
pues, si tú prenderle mandas,
¿cómo me mandas a mí
que al desafío me parta?
¿Con quien le tengo de hacer?

ALFONSO. Mandéte que no sacara
las armas, cuando el pleito
que de su prisión fué causa:
dice que ya se acabó.

(256) Antes de *gran*, tachado *no*.(257) Antes de *don*, tachado *quien de ha*.(258) Después de este verso, otro tachado: *mien-*
tras el pleito dura.(259) Después de *tube*, tachado *si se ofrezce*.(260) Antes de *entre*, tachado *lo que*; *escrito*
concertadas encima de pasana, tachado.(261) Escrito este medio verso encima de *que* *es*
esto, tachado.

y se casa con doña Ana,
con que yo estoy satisfecho.
A lo que de vos se agravia,
vos podéis satisfacer,
que a su noble sangre y casa
debéis dar satisfacción.

ARAGÓN. Palabras de ausencia engañan;
diga don Juan si las dijo.

PADILLA. Hombres como yo no hablan
de sus enemigos mal,
que es propio de gente baja.

ALFONSO. Basta, don Juan de Padilla,
que yo tomo en mi palabra
real el honor de entrambos;
y a vos, porque entienda España
que salís del desafío
como es justo y en mi gracia,
os doy título de conde.

PADILLA. Yo os beso, por merced tanta,
los pies; pero, si merezco
vuestra gracia y hoy se acaban
las enemistades nuestras,
dalde a don Juan, pues se casa
con mi prima, gran señor,
el título que me daban
esas manos generosas.

ALFONSO. Yo se le doy, si doña Ana
en el casamiento viene;
traed (262) Enrique de Lara,
a vuestra hermana.

ENRIQUE. Yo voy. (263)

ANA. No vais, que aquí está doña Ana,
y se tiene por dichosa.

ALFONSO. Don Alvaro, sólo falta
que dejéis ya la porfía.

ALVARO. Lo que Vuestra Alteza manda
es justo; voy por Beatriz.

BEATRIZ. No vais, que en esta jornada
acompañaba a don Juan.

MARTÍN. Leonor, pues todos se casan,
dame esa mano amorosa,
y advierte que no seas falsa,
aunque sabes jurar falso.

LEONOR. ¿Enseñasme y dame vaya?

ALFONSO. Daos las manos y los brazos.

PADILLA. Aquí, senado, se acaban
Amor, pleito y desafío,
si perdonáis nuestras faltas.

(262) Después de *traed*, tachado *luego a vr.*

(263) Escrito *yo voy* bajo *señor*, tachado.

LAS BURLAS VERAS

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

FELISARDO, *Duque de Urbino*.
CELIA, *Princesa*.
El Príncipe ALBERTO.

EDUARDO, *Duque de Calabria*.
OTAVIO.
RUGERO.
RISELO Y FABIO.

DON FÉLIX.
FLORA, *dame*.
SCEAFINA, *dama*.
Unos MÚSICOS.
Algunos CRIADOS.

JORNADA PRIMERA

OTAVIO.

(Sale FELISARDO, *Duque de Urbino*, y OTAVIO.)

OTAVIO.

En fin, no eres de nadie conocido.

FELISARDO.

Nadie sabe quién soy.

OTAVIO.

¡Amor notable!

FELISARDO.

¡Ay, Otavio! ¿Qué haré, que estoy rendido?

OTAVIO.

De Nápoles pretende el Condestable casar con la Duquesa, y pienso que a su hermano no le pesa, porque le está inclinado.

FELISARDO.

Yo la vi retratada en traje de viuda, principio de mi amor, cuyo cuidado me trujo a verla, y vi que a la pintada venció la verdadera, como a pequeña luz el Sol pudiera. Mas, puesto que no muda hasta agora el estado, y que la obliga el luto de Alejandro, su marido, ¿cómo anda tan galana?

No ha sido sin causa. Un año habrá que la fatiga una mortal tristeza, por quien dejar el luto le han mandado.

FELISARDO.

¿Tanto amaba a Alejandro?

OTAVIO.

No parece que pueda proceder en su belleza tanta tristeza de mayor cuidado.

FELISARDO.

Si ella le ama como ella ser merece amada, Otavio, no le habrá olvidado. Yo traigo empresa hermosa cuanto a mi parecer dificultosa, pues quiero enamoralla con secreto; y si está enamorada, no ha de tener efeto mi esperanza fundada en ser duque de Urbino, si no me favorece el desatino con que servilla intento.

OTAVIO.

Ya que sigues tan justo pensamiento, no te desmayen celos de un diuino; de un vivo fueran peligrosos celos, que de un muerto es tenellos de los cielos.

FELISARDO.

¿Quién, dime, te pregunto,
más priva con Su Alteza?

OTAVIO.

Con quien más comunica su tristeza
es con Rugero, secretario suyo,
de nación español, hombre entendido.

FELISARDO.

¿Es mozo?

OTAVIO.

Y muy galán.

FELISARDO.

¡Dichoso ha sido!

¿Podré yo ser su amigo?

OTAVIO.

Si lo es tuyo,
muchas cosas sabrás de la Duquesa,
y es el mejor principio de tu empresa.

FELISARDO.

Con oro pienso hacer las amistades.

OTAVIO.

Del oro con razón te persuades;
mas el mozo es hombre virtuoso,
y no ha de ser el oro poderoso.

FELISARDO.

El oro ha derribado los gigantes
más valientes del mundo.

OTAVIO.

Yo testigo

que no serán con él fuerzas bastantes.

FELISARDO.

Pues ¿qué medio tendré de ser su amigo?

OTAVIO.

Hacer que le acuchillen tus criados,
así fingidamente,
y que siendo por ti desbaratados,
mostrando pecho y corazón valiente,
se aficione de ti, reconocido
al favor de tus manos merecido.

FELISARDO.

Es de tu ingenio industria milagrosa.
Vamos, que a ejecutarla voy dispuesto.

OTAVIO.

No pienso que tan presto
hallarás la ocasión.

FELISARDO.

¡Ay, Celia hermosa,
si llevo a merecerte,
qué más dichosa suerte!
Pero, si no, para vivir contento
basta que sepas tú mi pensamiento.

(*Vanse.*) *Salen la PRINCESA y FLORA.*

FLORA. Hoy parece que amaneces
más triste.

CELIA. Causa he tenido.

FLORA. Pon las causas en olvido.
¿Por quién tanto te entristeces?

Ya está el Duque, mi señor,
en descanso.

CELIA. Ya lo sé,
que en mi la piedad es fe
de su virtud y valor.

FLORA. No ha de quedar un retrato
en todo palacio.

CELIA. A[d]vierte,
Flora, que yo, por su muerte,
en el alma le retrato;
mas la tristeza de hoy
tiene otras causas.

FLORA. Sospecho,
por los extremos que has hecho,
que en tu pensamiento [*estoy*]: (1)
no te agrada el casamiento
del Condestable.

CELIA. Quisiera
no casarme, si pudiera,
que en lo demás yo no siento
que este príncipe no sea
digno de todo favor.

FLORA. Aquel tu pasado amor
poco tu vida desea.
Siéntate, que has de escuchar
una canción de Rugero,
tu secretario.

CELIA. No quiero
con la música aumentar
mi tristeza.

FLORA. Pues ¿canción
de Rugero no te agrada?

(1) *Está.*

CELIA. Si es por ti, será cansada.
 FLORA. ¿Por mí? Pues ¿por qué ocasión?
 CELIA. Porque versos de Rugero
 no me parecen tan bien (2)
 como su prosa.

FLORA. Ahora bien,
 llamar a Tebrando quiero.

Pero ya vienen aquí
 tus músicos y el privado
 de Rugero.

CELIA. Ese criado
 es alegre para mí,
 que no es necio, ni me cansa
 como otros.

FLORA. Tienes razón.

(Salen MÚSICOS, CRIADOS y FABIO.)

FABIO. ¿Cómo va de condición?
 ¿No se tiembla, no se cansa,
 serenísima Princesa,
 tu injusta melancolía?

CELIA. ¡Oh, Fabio!, mucho porfía.
 matarme quiere, no cesa.

FABIO. Hallarás bien con vos,
 que es tanta vuestra belleza,
 que enamorarás la tristeza.

RISELO. ¡Brava necedad, por Dios!

FABIO. Decilde vos, ¡majadero!,
 otra cosa más discreta.

RISELO. Yo, Fabio, no soy poeta,
 como tu señor Rugero.

FABIO. Y ¿qué pierde el secretario
 por serlo?

RISELO. No digo tal.

FABIO. ¿Pareceos que le está mal,
 o es a su oficio contrario?

Ya pasó, ¡gracias al cielo!,
 aquel siglo melindroso,
 y ha venido el mentiroso
 que estaba esperando el suelo.
 ¿Por qué pensáis que no tiene
 justo honor?

RISELO. No sé, ¡por Dios!

FABIO. Por un necio como vos,
 que a ser disparates viene.

Venid acá. La pintura
 pierde (3), porque anden colgadas
 mil figuras mal pintadas,
 de su valor y hermosura?

RISELO. No pierde.

FABIO. Pues la poesía
 tampoco puede perder.
 por quien la trae a vender,
 de su divina armonía.

RISELO. Cantad algo a la Princesa,
 y sea de mi señor:
 conoceréis su valor,
 si su mal se aumenta o cesa.

(Cantando:)

FABIO. Aunque veis que muerto vengo,
 no es celos, ni disfavor,
 sino la pena y temor
 de perder el bien que tengo.

CELIA. No cantes.

FABIO. ¿Luego no es buena
 esta poesía?

CELIA. No iguala
 a mi mal sino en ser mala.

FABIO. Luego tu mal la condena.

CELIA. ¿Hízola por ti Rugero,
 Flora?

FLORA. Presumo que sí.
 CELIA. Más poeta ha sido aquí
 que galán mi caballero.

El dice que muerto viene,
 sin celos y disfavor.
 Sin celos, ¿quién tiene amor?
 O no le tiene, o los tiene.

Luego se alaba de ser
 favorecido, en que ofende
 a la dama que pretende,
 y más si es para mujer.

Sólo confiesa el temor
 de perder el bien que tiene;
 confianza por quien viene
 tanto desprecio a su honor;
 y si a Rugero le dan
 fama de opinión discreta
 bien puede ser buen poeta,
 mas no discreto galán.

FLORA. Con rigurosa censura
 un villancico has mirado,
 en que él no habrá reparado
 sino en decir su ventura.

CELIA. Flora, si estás consolada
 de que se alabe, está [bien], (4)
 que yo lo estaré también.

(2) También.

(3) Pierden.

(4) En.

y me agrada, si te agrada.

¿Diremos la copla?

RISELO.

CELIA.

No,

porque se ha de alabar más.

FABIO.

Fuerte con Rugero estás.

CELIA.

Su alabanza me cansó.

Los versos, Fabio, amorosos
se hicieron para quejarse
de Amor, no para alabarse
ni dejar de ser celosos.

Reñale cierta dama
a un galán, que no escribía
como otras veces solía.

y como suele quien ama.

y respondióle: "Encareces
sin causa mi proceder;

¿qué versos tengo de hacer,
si no me desfavoreces?"

Despidió Alejandro un día
a quien más con él privó,
sólo porque se alabó
de la merced que le hacía.

FLORA.

El viene a tiempo que puede
satisfacerte mejor.

CELIA.

No trato cosas de amor
adonde el respeto excede.

De verle te has alegrado

(Sale RUGERO.)

RUGERO.

Albricias vengo a pedirte.

CELIA.

Y yo quiero prevenirte
de que es necio tu cuidado,

y más si, por dicha, vienes,
no muerto por disfavor,
sino con pena y temor
de perder el bien que tienes.

RUGERO.

Menandro te habrá contado
algún disparate mío:
escribo mal y porfío.

CELIA.

No porfía quien me ha dado
alcance tan presto al bien,
que sólo temí el perdelle.

RUGERO.

No ha sido por ofendelle,
pues que no dice de quién;
y bien sabes tú que Amor
licencia ha dado a quien ama
que, sin señalar la dama,
pueda decir el favor.

CELIA.

No ha dado donde se sabe
a quién sirves, pues te entiende.

RUGERO.

Si a quien sirvo no se ofende,
¿qué importa que yo me alabe?

Mas pienso que son excusas
de las albricias propuestas.

CELIA.

Ya la causa manifestas,
aunque en razones confusas;
y más no me he de casar,
ni me podrán persuadir
que albricias quieres pedir
de lo que me ha de pesar.

RUGERO.

Estando todo firmado,
no podrá dejar de ser.

CELIA.

No hay firma, en ser yo mujer
de hombre de quien no me agrado.

RUGERO.

En grandes, el casamiento
es conveniencia, no más.

CELIA.

Tan necio, Rugero, estás
en tan loco atrevimiento
como en decir que no vienes
muerto de celos ni amor,
sino de pena y temor
de perder lo que no tienes.

Todas mis melancolías
nacen de tomar estado,
y de ninguno me agrado.

RUGERO.

De la razón te desvías,
que el Príncipe, mi señor,
no tiene más heredero.

CELIA.

Herédale tú, Rugero,
y alábate del favor.

(Vase, y quedan RUGERO y FABIO.)

RUGERO.

¿Qué es esto, Fabio?

FABIO.

Que está

hoy llena de impertinencias.

RUGERO.

De unos días a esta parte,
de cuanto intento le pesa,
de cuanto digo se cansa;
no hay carta que no le ofenda,
no hay verso de que no burle.

FABIO.

Si es, por ventura poeta?
Que dicen que en ellos es
secreta naturaleza
agradarse de sus cosas,
cansarse de las ajenas;
y de aquí vengo, señor,
a tener por cosa cierta
que hay uno solo en un siglo,
y que cada cual lo piensa.
¿Si siente que sirvo a Flora,
presumiendo que es ofensa
de su casa?

RUGERO.

FABIO.

No es posible,
siendo cosa que profesan

cuantas naciones, adonde
reyes políticos reinan;
servir damas en palacio
con galas, motes y fiestas
es cosa muy recebida.

RUGERO. Pues ¿de qué se ofende Celia?

FABIO. Como perdió su marido,
no quiere que nadie quiera.

RUGERO. Pues cátese y quiera, Fabio,
a un hombre que la merezca.

FABIO. No debe de imaginar
que habrá en el mundo quien pue-
ser lo mismo que su esposo. [da

RUGERO. Fabio, es mujer excelencia.

FABIO. Ya lo sé, que por acá,
en habiendo alguna pena,
amor con amor se cura,
que es la mejor contrayerba;
y aun hay mujer que, pensando
en que los gustos se yelan,
tiene cuatro prevenidos
para si el uno la deja.

Dijome un día una ninfa:

"Fabio, la mujer discreta
que profesa libertad
juegue siempre a la primera
oros de algún hombre rico;
la costa y casa mantenga
con las copas y las galas,
que más las mujeres precian.
Espadas nunca les faltan.

que de muchos se respetan,
y bastos de alguna vara
cuya sombra la defienda:
pero una mujer ilustre,
primero que a pensar venga
que hay consuelo en lo que pierde,
se morirá de tristeza."

RUGERO. Muérase, y déjeme a Flora,
que es cosa cansada y necia
enfadarse cada día

de mi favor o mi pena.

"Qué se le da que yo escriba
en canciones o en endechas
el favor o el disfavor?

¿Corre mi amor por su cuenta?

¿Estoy obligado yo

por su arancel a quererla?

¿Qué le va en que yo me alabe
de que ella me favorezca?

Cuando comencé a servirla,
privé, Fabio, de manera
que hasta la envidia me daba

tributo por no ofenderla.
No sé lo que tiene agora,
que me manda que la vea,
y en medio de muchas honras
me dice: "¡Salios afuera!"

Tal vez me dicta una carta,
y apenas llego a la media,
cuando airada se levanta
y sin firmarla me deja.

Hasta su cámara un día
me mandó entrar, pero en ella
apenas puse los ojos
con vergonzosa modestia,
que a medio vestir estaba
en una cama de tela,
recogiéndole Fenisa
las mal recogidas trenzas,
cuando me dijo: "¿Quién fué
quien os dió tanta licencia?"
a quien diez salas de allí
pienso que le di respuesta.

FABIO.

Señor, esa variedad
procede de la aspereza
de su condición, efeto
de quien su gusto desprecia;
que hay mujeres que aborrecen
su mismo deseo, y llegan
a no querer lo que quieren.

RUGERO.

¿Por qué?

FABIO.

Por causas secretas.

RUGERO.

El Príncipe.

(Sale el Príncipe ALBERTO.)

ALBERTO.

¿Quién duda que has tenido
buenas albricias del tratado intento?

RUGERO.

Tan buenas, gran señor, tales han sido,
que aun no quiso saber el casamiento.

ALBERTO.

¿Qué dices?

RUGERO.

Que como áspid el oído
cerró a mi voz, culpó mi atrevimiento
y dice que no trata de casarse.

ALBERTO.

Firmeza digna, en parte, de culparse.

Deje Celia tristeza tan injusta,
deje tan grande erro[r], ya el Duque es muer-
si me cogiera a mí en edad robusta. [to:
por ventura gustara del concierto.
Ya el de Calabria es príncipe de Augusta;
será, sin duda, el matrimonio incierto:
la vecindad me obliga, entre otras cosas.

RUGERO.

Justas resoluciones, y forzosas.

ALBERTO.

Despacha las que tengo
de Nápoles, y Urbino: (5)
detén al Duque y dile que no hable
en lo que por sus cartas me previno;
que Celia no es el mar inexorable,
ni la precisa ley de su destino:
mis ruegos, mi temor, mi diligencia
su gusto rendirán a mi obediencia.

Entretanto, se trate de alegrarla
con músicas y fiestas, y tú puedes
por tu parte también solicitarla,
que ya sé yo con qué lealtad procedes.

RUGERO.

No sé si en esto me atreviese a hablarla;
pero, porque de mí seguro [puedes] (6)
que he de servirte, aun para darla enojos,
quiero ofrecerte a sus airados ojos.

ALBERTO.

Dile que ya mi edad no me permite
que así su casamiento se dilate,
sino que le confirme y solicite
y de la ejecución escriba y trate;
que no es razón que al cielo airado irrite,
con que mi vida sin razón maltrate,
pues cuando por quien soy no me respete,
¿qué fin de sus tristezas se promete?

Maba a Celia el Duque, pues ya sabes
que es efeto de amor el alabanza;
de su persona y sus costumbres graves
podrás decir cuanto la Fama alcanza,
que como el "sí" con su rigor acabes,
puedes tener segura confianza
de que a tu patria España el casamiento
te vuelva rico, próspero y contento.

Las . . .

RUGERO.

En ella no he menester.
Fabio, aunque el oficio acete,
lo que el Príncipe promete.

FABIO.

Mientras no puede saber
ni tu nombre, ni quién eres,
no yerra en querer honrarte.

RUGERO.

¿Cómo puedo yo ser parte,
si sabes que las mujeres
son firmes en su opinión,

FABIO.

para que Celia se case?
Podrá ser que se te pase
esta necia presunción.

RUGERO.

Pocos difuntos maridos.
Rugero, se alabarán
como el duque de Milán.

RUGERO.

Fabio, muertos y queridos
implica contradicción.

FABIO.

Salir de Palacio quiero.
¿Tengo caballo?

FABIO.

El overo
esgrimió con el frisón,
y no están para salir:
que, como estaban a oscuras,
jugaban las herraduras
sin poderlos desparricar.

RUGERO.

FABIO.

¿Tan tarde y a pie?
No importa;

cerca está nuestra posada,
y ya sabes que esta espada
rompe vidas y almas osada.

RUGERO.

¿Qué notable obscuridad!

(Salen FELISARDO y OTAVIO y tres CRIADOS.)

FELISARDO.

Llegad, y haced lo que os digo.

RUGERO.

No sé que tenga enemigo,
Fabio, en toda la ciudad,
y estos hombres embozados
me han causado algún temor.

OTAVIO.

¿Es Leónido?

RUGERO.

No, señor.

FABIO.

Cuatro son, todos armados.

OTAVIO.

¿Pues ¿quién es?

RUGERO.

Un caballero.

OTAVIO.

Diga el nombre.

RUGERO.

¿Para qué?

OTAVIO.

¿Es Rugero?

RUGERO.

Sí será.

OTAVIO.

¿Soldados, muera Rugero!

FELISARDO.

¿Traidores! ¿Tantos a un homi-
Caballero, pelead. [bre?
que aquí estoy yo.

FABIO.

Respetad.

(5) De Nápoles y al de Urbino.

(6) Puedes.

¡Perros! de Rugero el nombre.
 RUGERO. ¡Huid, cobardes, huid!
 OTAVIO. Agradeceldo al que vino.
 FELISARDO. Seguílos es desatino.
 [RUGERO.] Señor, quién sois me decid,
 porque tanta obligación
 pide que os bese los pies.
 FABIO. Ya quedan muertos los tres,
 y pidiendo confesión.
 FELISARDO. ¿Tan presto?
 FABIO. Al uno le di
 un tajo con tal locura,
 que hasta la misma cintura,
 desde el hombro, le partí;
 al otro, un revés valiente
 la cabeza le voló,
 de manera que llamó
 en la ventana de enfrente;
 al tercero le clavé
 con una punta, de suerte
 que vió primero la muerte
 que la espada le saqué.
 FELISARDO. Esta sortija tomad,
 por cosas tan bien fingidas.
 FABIO. ¿Qué os admira? ¿Las heridas?
 FELISARDO. No.
 FABIO. ¿Pues qué?
 FELISARDO. La brevedad.
 RUGERO. Este humor es propio en Fabio.
 FELISARDO. ¿No me diréis la ocasión
 que tuvo aquesta cuestión?
 Que, a no ser por grande agravio,
 fué notable cobardía.
 RUGERO. Agravio no puede ser;
 envidia debe de haber
 de alguna privanza mía,
 que ya sabréis el lugar
 que con la Princesa tengo.
 FELISARDO. Ni aun sé quién sois.
 RUGERO. ¿Cómo?
 FELISARDO. Hoy vengo,
 hoy acabo de llegar
 de algunas leguas de aquí.
 RUGERO. Pues sabed que soy Rugero,
 su secretario.
 FELISARDO. ¿Qué espero,
 si tan venturoso fuí,
 que no me arrojo a esos pies?
 RUGERO. Antes yo estoy obligado;
 que siendo a quien habéis dado
 la vida, más justo es,
 FELISARDO. Deseara conoceros,
 y fué ventura obligaros.

RUGERO. Si en algo puedo serviros,
 no me tendréis por ingrato.
 ¿Tenéis aquí pretensiones?
 FELISARDO. Tengo, señor secretario,
 una grande pretensión,
 de que no me atrevo a daros
 noticia, por ser tan grande.
 RUGERO. ¿Cómo grande? Si en Palacio,
 si fuera, si en paz, si en guerra
 os puedo servir en algo,
 no dudéis la ejecución;
 porque pienso que he llegado
 a cuanto puede quien sirve,
 cuando con entrambas (7) manos
 le levanta la Fortuna.
 FELISARDO. Yo quisiera declararos
 mi pretensión, si pudiera.
 RUGERO. De vuestro rigor me espanto.
 Si me habéis dado la vida,
 ¿es justo que estéis dudando
 de lo que haré por serviros?
 ¿Vive Dios!, que si no es caso
 de traición, que ser no puede,
 que con secreto y recato
 os ayude hasta poner
 la vida.
 FELISARDO. ¿Vivais mil años!
 Jurad que me ayudaréis
 con secreto y con cuidado.
 RUGERO. A fe de español lo juro.
 FELISARDO. Pues apartese ese hidalgo.
 RUGERO. Fabio, retirate un poco.
 FABIO. Abrevia, que estoy pensando
 que si aquí nos detenemos
 han de volver los contrarios.
 FELISARDO. Pues ¿no lo[s] matastes vos?
 FABIO. ¡Cogióme! Digo que aguardo
 en esta esquina.
 FELISARDO. Rugero,
 sabed que soy Felisardo,
 duque de Urbino.
 RUGERO. ¿Señor!
 FELISARDO. Teneos, y hablemos paso.
 Perdido de amor de Celia
 vengo a servirla, admirado
 de su divina hermosura,
 que obscurece al Sol los rayos,
 y más de su condición,
 porque me dicen que ha dado
 en despreciar, desdeñosa,
 los casamientos más altos.

y que si no es que la incline Amor, la conquista en vano el mayor señor de Europa. Yo, de su valor forzado, por naturaleza altivo, y por condición bizarro, vengo a servirla secreto; porque, sirviendo y amando, puede ser que yo merezca lo que se ha negado a tantos. En esta imaginación debo a mi ventura hallaros adonde os haya servido, y así, os suplico que cuando pueda yo verla, o habiella, me deis el lugar que aguardo de vos, con tanto secreto cuanto quedo confiado del valor de un español, de quien siempre me contaron que en cumplir lo que prometen, aunque con su propio daño, todas las naciones vencen.

RUGERO. Pésame que hayáis tomado tan dificultosa empresa; mas ¿por qué dar desengaños a los que piden remedio? Nunca fué consejo sabio. Servid a Celia, que yo haré de mi parte cuanto pueda el que os debe la vida.

FELISARDO. Deseo hablarla, y pensando que sería más posible engañarla disfrazado, ¿de qué manera os parece será bien entrar? ¿Llevando, como mercader fumoso, sedas, telas y brocados, o como platero joyas?

RUGERO. Pienso que con libros varios de historias y de poesías era lo más acertado, respeto de su trizeja; pero si halláramos cuadros de pintura era ganalle el gusto, tan inclinado a esta ciencia, arte divina que con oscuros y claros se opone a Naturaleza; que no hay cosa con que tanto descanse su entendimiento en lucidos intervalos.

FELISARDO. No paséis más adelante,

que pienso que el cielo santo próspero principio ofrece a mis pensamientos altos: que, por mi gusto, Rugero, desde mis primeros años ejercité la pintura,

y en materia de retratos no daré ventaja a Apeles.

RUGERO. Pues ¿cuándo queréis que vamos? Que aunque me ponga a peligro, cuando se entienda que trato cosa a mi lealtad indigna, por serviros, Felisardo, aventuraré la vida.

FELISARDO. Cuando os viniese algún daño, cuanto más que es imposible, tengo, Rugero gallardo, estados con qué serviros y una sobrina que daros. Hacedme maestro suyo, que quiero con este engaño vencer un ángel de nieve, rendir un alma de mármol.

RUGERO. Id con Dios.

FELISARDO. No es bien que vais solo; quiero acompañaros.

RUGERO. Los hombres van de manera que no será necesario.

FELISARDO. Nunca os fiéis de la envidia.

RUGERO. Ahora bien, quiero mostrarnos mi posada, aunque es humilde, pues ya sois dueño de entrambos. ¡Fabio!

FABIO. Señor,

RUGERO. ¿Grandes cosas!

FABIO. ¿Sabes quién son tus contrarios?

RUGERO. Este los ha conocido.

FABIO. ¿Qué gente son?

RUGERO. Cortesanos.

FABIO. ¿De cuáles?

RUGERO. De los que viven,

sin hacerlos, de milagro.

FABIO. ¿No te ha dicho la ocasión?

RUGERO. Envidia.

FABIO. ¿Terrible caso!

RUGERO. Ser español es delito.

FABIO. Pues, a fuerza de vellacos, ¿hierro en medio!

RUGERO. ¿Para qué, si tú los mataste, Fabio?

(Enseñando a Celia y FELISARDO)

CELIA. Pues ¿tú te guardas de mí?

SERAFINA. ¿Esto ofende tu lealtad?

CELIA. ¿Dirás tú que la amistad de Flora es lealtad en ti?

SERAFINA. Flora es mi amiga, señora; pero en cosas de tu gusto, aunque reciba disgusto, puede perdonarme Flora.

CELIA. Mira qué quieres de mí.

SERAFINA. Saber si quiere Rugero a Flora, a quien ya no quiero.

SERAFINA. Pues ¿ya la aborreces?

CELIA. Si.

SERAFINA. ¿Flora, toda tu privanza?

CELIA. Flora me ha cansado ya, que en el mundo nadie está seguro de su mudanza.

SERAFINA. Dime lo que pasa en esto; después sabrás la ocasión.

CELIA. No ha pasado su afección de ser pensamiento honesto; deben de querer casarse, que dicen que es caballero Rugero.

CELIA. Bien es primero de la verdad informarse.

SERAFINA. Servime dél con intento de examinar la verdad, no fué por su calidad, sino por su entendimiento.

CELIA. En fin, ¿se quieren los dos?

SERAFINA. Mucho, señora.

CELIA. ¿Cuál de ellos quiere más al otro?

SERAFINA. Entre ellos no hay diferencia, ¿por Dios!; y si la hay, es en Rugero, que dicen su voluntad los hombres con libertad.

CELIA. ¿Quién de los dos fué el primero en mostrar su inclinación?

SERAFINA. Pienso que Flora.

CELIA. Si haría, que el talle y la gallardía de Rugero da ocasión.

SERAFINA. ¿Escribense?

CELIA. Por instantes.

SERAFINA. Hablansen de noche?

CELIA. Creo que los guía su deseo, como a los demás amantes.

CELIA. ¿Cosa de darse las manos no ha faltado?

SERAFINA. Honestamente.

CELIA. Así Rugero lo siente en versos locos y vanos; no están seguros los labios donde la mano se da.

SERAFINA. Honestamente será, no haciendo al honor agravios.

CELIA. En mi vida, Serafina, vi holgarse la voluntad con tan grande honestidad.

SERAFINA. Flora es honesta; imagina que no le diera favores, menos que su honesto intento, dirigido a casamiento.

CELIA. Todos los libros de amores veo siempre dirigidos al señor don Casamiento; pero de su honesto intento no siembre bien recibidos.

SERAFINA. Ahora bien, tú has de quitar a Rugero esta mujer.

CELIA. ¿Eso cómo puede ser?

SERAFINA. Podrá ser fingiendo amar.

CELIA. ¿A quién, señora?

SERAFINA. A Rugero, que es hombre, y lo quieren todo; porque a Flora deste modo hacelle disgusto quiero.

CELIA. Pues ¿cómo me ha de querer, enamorado de Flora?

SERAFINA. El hombre que más adora, mirado de otra mujer, por gusto o por vanidad, fácil se deja rendir, que para hacer y decir nacieron con libertad.

CELIA. Y cuando solo le des celos, ¿es poca venganza que se revuelva la danza con el cruzado de a tres?

SERAFINA. ¿Cuántos amores, por celos se han acabado?

CELIA. Es verdad.

SERAFINA. Hazme, amiga, esta amistad; así te guarden los cielos.

SAN RUGERO. (Entrando.) Esperad, y pediré, para que la habléis, licencia. Aquí ha llegado un pintor de los que Italia celebra.

CELIA. Dile que entre.

RUGERO. Lauro, entrad.
 FELISARDO. Lauro, gran señora, os besa vuestros pies.
 CELIA. Alzad del suelo, que ya vuestro nombre vuele en las alas de la Fama.
 FELISARDO. Mejor, señora, en las vuestras, con tal merced y favor.
 CELIA. ¿De dónde sois?
 FELISARDO. Antes era de Urbino, ya soy de Augusta, pues vengo a que Vuestra Alteza me enseñe el arte divino que me han dicho que profesa.
 CELIA. Cuando las líneas del griego Zeusis dividir supiera me turbara vuestra fama.
 ¿Traéis cuadros?
 FELISARDO. Vienen cerca: retratos puedo mostraros.
 CELIA. A ver. ¡Bella dama es ésta!
 FELISARDO. Quise que fuésedes vos la que viésedes primera.
 CELIA. ¿Yo soy ésta, Serafina?
 Secretario. ¿yo soy ésta?
 SERAFINA. ¿Qué cosa tan parecida!
 RUGERO. Sólo le falta la lengua: que ya con los ojos habla.
 CELIA. Este no es vuestro.
 FELISARDO. En Venecia le compré, y desde aquel día me inclinó vuestra belleza a veniros a servir.
 CELIA. Razón es que yo agradezca esa voluntad. Servidme.
 RUGERO. ¿Lauro en tu servicio queda?
 CELIA. Decid que sí.
 FELISARDO. ¿Qué razones diré a tus pies, qué excelencias de tu valor? Si en el mundo colores hay que tan bellas correspondan a las tuyas, verás la Naturaleza corrida, y con tu retrato mi opinión en las estrellas.
 CELIA. ¿Estos que vienen aquí son vuestros?
 FELISARDO. Damas diversas me fiaron su hermosura.
 CELIA. Más despacio quiero vellas; venid a verme mañana.

[Vase.]

RUGERO. ¡Buen principio!
 FELISARDO. No pudiera tenerle por otras manos.
 (Al irse detiene SERAFINA a RUGERO.)
 SERAFINA. Detente. Rugero, espera.
 RUGERO. ¿En qué te sirvo?
 SERAFINA. ¿Tú a mí?
 ¿Ni aun me miras!
 RUGERO. ¿Cosa nueva!
 Pues ¿quieres tú que te mire?
 SERAFINA. Que me mires y me veas.
 ¿Qué a priesa corren las burlas!
 ¿Qué de espacio van las veras!
 RUGERO. Que te vea y que te mire, ¿a qué efeto?
 SERAFINA. A que me tengas en opinión de mujer, ni tan necia ni tan fea que no te pueda agradar; que pienso que me desprecias.
 RUGERO. ¿Yo, Serafina? Pues ¿cuándo no he estimado que tú seas de mis pensamientos dueño?
 (Sale CELIA.)
 CELIA. Quiero ver si aquesta necia sabe enamorar este hombre.
 SERAFINA. ¿Cómo puede ser, si piensas que yo no te quiero bien?
 RUGERO. Bien merezco que me quieras por lo que yo quiero a Flora.
 SERAFINA. Lo que por mí no merezca, no lo estimo por favor. La valona traes mal puesta; aguarda.
 RUGERO. Detén la mano.
 SERAFINA. ¿Cómo?
 RUGERO. Viene la Princesa.
 CELIA. ¿Acomodaste al pintor?
 RUGERO. No, señora.
 CELIA. ¿Dónde queda?
 RUGERO. En esta sala me aguarda.
 CELIA. ¿De esa manera le dejas?
 RUGERO. Voy a servirte.

(Sale.)

SERAFINA. Ya he dado buen principio a tu encomienda.
 CELIA. Ya lo he visto, y es muy malo.

SERAFINA. ¿No me dices que le quiera?

CELIA. Si; mas no le quieras tanto
que mujer baja parezcas.
A muchos años de trato
dijera una dama apenas
al más querido galán:
"La valona traes mal puesta".

Tocarle el rostro querías.
SERAFINA. Con poca razón te quejas:
las burlas son atrevidas,
y vergonzosas las veras.

CELIA. ¡Vete de aquí!

SERAFINA. Pues, señora,
¿esto sientes por ofensa?

CELIA. ¡Vete, necia!

SERAFINA. Ya me voy.

(Vase.)

CELIA. "La valona traes mal puesta."

¿Qué es esto, locos pensamientos míos,
que andáis cubriendo al mundo con engaños
la causa desigual de vuestros daños,
fingiendo melancólicos desvíos?

La gravedad disfraza en yelos fríos
las llamas, que no admiten desengaños,
que amor que no se temple con los años,
obliga a temerarios desvarios.

Crecen de mi dolor las asperezas,
y en tanto mal ¿cómo callando espero
amores, celos, iras y firmezas?

Los que me miran con rigor tan fiero,
a Alejandro atribuyen mis tristezas,
¡y nacen mis tristezas de Rugero!

JORNADA SEGUNDA

(Sale el Príncipe ALBERTO y CELIA.)

ALBERTO. Esto queda concertado.
El de Calabria merece
ser tu esposo.

CELIA. Bien parece
efecto de tu cuidado;
pero ten imaginado
que han de cobrar enemigos.

ALBERTO. Los mismos haré testigos
de mi prudente elección;
mas el casarte ocasion
pueden ser todos amigos.

De alguno habías de ser,

y habiéndote de casar,
por los que se han de quejar,
lo mismo vengo a perder
CELIA. Yo fui de un hombre mujer,
cuyo respeto y valor
no me ha quitado el amor.

ALBERTO. Celia, tu marido muerto,
ya parece desconcierto,
que no amor, tanto rigor.

No me des ya con tristezas
más enojos, por tu vida.
El tiempo todo lo olvida;
con el tiempo no hay firmezas.
Las mayores asperezas
suelen mudar sus rigores;
las experiencias mayores
dan por remedio mejor
para olvidar el amor,
escuchar otros amores.

(Vase.)

CELIA. No sé qué intento, o qué aguarde
en desdicha tan a prisa,
si el mismo rigor me avisa
que llegan consejos tarde.
Para todo estoy cobarde.
Quiero a quien no ha de ser mío;
en lo que temo porfío.
Amor, y tener temor
no es posible que es amor:
debe de ser desvario.

Tengo lástima de mí,
y estoy enemiga mía,
que en merecer me desvía;
quien me mata, vive en mí.
Un enemigo vencí
que tengo por dueño mío:
en un punto lloro y río;
tengo y no tengo valor:
no es posible que es amor;
debe de ser desvario.

(Sale FABIO.)

FABIO. ¿Por acá, Princesa, estáis?
CELIA. ¿Fabio!

FABIO. Cantan en mi aldea:
"Andáis triste, y no sois fea:
doyme a Dios si vos no amáis".

CELIA. Dícenme que estáis casada.
FABIO. No lo creas.

No lo creo,

pero creed que os deseo
ver, Celia, bien empleada;
que, a fe de pobre español,
que si en mi mano estuviera,
que, como a la Luna, os diera
por marido al mismo Sol.

¿Dónde ibas?

Sólo a veros.
Estoy triste.

Yo os daré
remedio.

Ninguno sé.
Yo sí.

¿Cuál?

Entreteneros.

¿En qué?

En iros a la mar.

Entristécneme las olas
del agua, y viéndome a solas
soy otro mar con llorar.

Dad en jugar, que es el juego
ladrón del tiempo, y olvida
la más parte de la vida.

¡Ay, Fabio! Cánsame luego.

Pues oíd siempre cantar.

¿Ya no sabes que entristece
más a un triste, y que parece
en la condición al mar?

Pues dad en juntar dineros.

Tengo el pecho más altivo.

¡Oh, qué industria os apercibo
si queréis entreteneros!

Quered bien.

No puede ser.
Fingid.

Pues ¿podré fingir?

Así os podéis divertir,
y, fingiendo, entretener.

Andad con algún criado
de amores y de favores;
que, aun fingidos, los amores
os darán, Celia, cuidado
con que esta melancolía
se vaya olvidando.

Y ¿quién
te parece a ti más bien
para una invención tan fría?

Ludovico ¿es bueno?

No,
responde el eco de bueno;
porque para amar condeno
la necesidad.

También yo:

y mal haya, amén, quien ama
un necio.

Será otra necia.

¿Julio es bueno?

Ese se precia
más que de galán, de dama.

No ha de haber tal compostura
que no se venga a saber
cuál de los dos ha de ser
la dama, si él lo procura.

¿Fidelio?

Es muy reposado.

¿Floro?

Es discreto de modo
que quiere hablárselo todo.

¿Riselo?

Es grave y cansado.

¿Lucindo?

Ha dado en valiente.

La Astrología, gran parte
de Amor da a Venus y Marte.
Pues, Fabio, conmigo miente.

Yo no hallo caballero

que cuadre a tu condición.

Pues, necio, ¿por qué razón
no te acuerdas de Rugero?

Porque, como era mi amo,
te estaba más bien a ti
acordarte del primero. (8)

Pues tu amo digo que amo.

Dos años vengo a tener.

(Sale Rugero.)

RUGERO. Ya escribi lo que mandaste.

CELIA. ¿A qué buen tiempo llegaste!

RUGERO. Si te sirvo, podrá ser.

CELIA. Dice Fabio que entretenga
mi tristeza amando.

RUGERO. ¿A quién?

CELIA. Eso quiero pensar bien,
y que, aun siendo burla, tenga
partes para ser amado.

RUGERO. ¿Gracioso entretenimiento!

CELIA. ¿Quién te parece?

RUGERO. No siento
que haya en palacio criado

como este galán pintor.

CELIA. ¿Hate retratado a Flora,
por ventura?

RUGERO. No, señora.

(8) Así el verso. Acaso: *Acordarte del que a mí.*

que no tengo a Flora amor.

CELIA. Por verte con más cuidado,
quiero que seas, Rugero,
a quien quiera; porque quiero
que, habiendo de ser criado,
sea el que es más conocido
y está más cerca de mí.

RUGERO. Yo te sirvo desde aquí
en lo que no te he servido.

CELIA. Pero ¿qué tengo de hacer?
Fabio, tú, como tercero,
di qué ha de hacer a Rugero,
que no lo quiere saber.

Pero enamórame a mí
como a Flora enamoraste,
pues que no le preguntaste
lo que preguntas aquí.

FABIO. Tiene razón la Princesa.
Escribela.

RUGERO. Yo lo haré.

CELIA. Pues yo te responderé,
y tú seguirás la empresa;
que aun estoy temiendo agora,
por lo que te veo huir,
que te pesa de fingir
por no dar celos a Flora.

(*Pase.*)

RUGERO. ¿Demonio! ¿por qué le diste
tal consejo?

FABIO. Pues ¿qué daño
te resulta deste engaño,
y más viéndola tan triste?

RUGERO. ¿Tengo yo de andar de amores
con mi ama?

FABIO. A ser de veras,
bien sabes tú que pudieras
ser digno de sus favores.

RUGERO. Calla, que aún aquí no quiero
que digas, Fabio, quién soy.
Ahora bien; a escribir voy.

FABIO. Y yo llevárselo espero.

RUGERO. Pues destas burlas ¿qué esperas?

FABIO. Dinero estoy esperando;
que, aunque es el amor burlando,
me habéis de pagar de veras.

(*Vanse. Sale OTAVIO y el Duque FELISARDO.*)

FELISARDO.

No sé que intente en confusión tan grande.

OTAVIO.

No tengo por milagro, si es discreto,
que cuerdo un hombre en las desdichas ande;
en las prosperidades
presumo del valor mayor efecto.

FELISARDO.

Otavio, si en los hombres hay lealtades,
si hay verdad, si hay palabra, justamente
puedo dar el alma de Rugero (9)
y decirle que intente
decir a Celia que por ella muero;
que soy Duque de Urbino,
que con este amoroso desatino
vino a servirla.

OTAVIO.

Yerras, hasta tanto
que se aficiene más a tu persona.

FELISARDO.

Pues ¿qué quieres que aguarde,
si ya del muerto esposo enjuga el llanto,
y el de Calabria, como ves, blasona
que sólo la merece? ¿Tengo de ser cobarde
si me veo morir?

OTAVIO.

No doy consejo
a quien ama jamás; solo le dejo
en manos de su dicha.

FELISARDO.

Otavio, sepa Celia mi desdicha,
que quien ama, descansa de su grave
pena cuando a quien ama su amor sabe.
Mándame Alberto que retrate luego
a la Princesa, causa deste fuego
que el alma me consume,
porque la pide su marido ausente;
y Amor me manda que un engaño intente,
como en sus actos de sutil presume.
Retrataréla yo, pero su hermoso
retrato guardaré, dando a Rugero
otro retrato feo, tosco y fiero;
porque será forzoso
que él despache las cartas, pues si mira
el Duque tal fealdad, lleno de ira
deshará el casamiento.

(9) Así el verso. Tal vez por: *Puedo dar en el alma de Rugero.*

OTAVIO.

Apruebo, Felisardo, el pensamiento,
si el secretario quiere, como amigo,
contra su propio dueño, usar contigo
piedad tan generosa.

FELISARDO.

No habrá en el mundo cosa
por mí imposible al español Rugero,
porque me quiere como yo le quiero.

(Salen CELIA, SERAFINA y FLORA.)

CELIA. ¿Tiene Lauro prevenido
todo lo que es necesario?
Ya le dijo el secretario
que estuviese apercibido
de naípe, tabla y pinceles.

FELISARDO. Aquí, gran señora, estoy.

CELIA. Y yo licencia te doy
a ejecutar, como sueles,
aquel arte imitador,
del cielo.

FELISARDO. Siéntate aquí.

CELIA. Me (10) siento.

FELISARDO. Y yo siento en mí
más destreza en el favor.

Dame pinceles y tabla.

OTAVIO. Aquí están.

CELIA. Hoy quiero ver
cómo, Lauro, una mujer
por cuatro colores habla.
¿Estoy bien?

FELISARDO. Vuelva Tu Alteza
un poco el rostro. (Ap.) Estoy loco.

CELIA. ¿Volveré más?

FELISARDO. Otro poco.
(Ap.) Ciego estoy de su belleza.

CELIA. ¿No comienzas?

FELISARDO. Con la sombra
voy haciendo el fundamento;
que tenéis entendimiento
que tanto sol os asombra.

La clara frente serena
es toda un blanco jazmín;
las hebras de los cabellos,
prisión de amor, red sutil.
Los ojos hurtan al cielo
el estrellado zafir;

almas penan en su gloria;
dichoso quien muere allí.
Suele en pequeño cristal
el Sol su rostro imprimir;
pirámide, fuego, abrasa,
¿qué harán dos soles en mí?
Las cejas no hallan color
que las pueda describir;
arcos son de amor, señora;
de guerra no, de paz sí.
Las pestañas son dos soles
de los ojos, en que vi
de Amor el cuerpo de guarda;
defiéndose Amor de sí.
Divide en campos de nieve
en proporción la nariz,
naciendo en ellos más bellas
rosas que produce abril.
Para la boca pidiera
a Tiro el rojo [carmin]; (11)
pero dicen sus claveles
que ellos no saben fingir.
Las perlas no se retiran,
que aunque se pueda reír,
no le está bien a un retrato
que la boca pueda abrir.
Este, señora, es el mapa
que hizo en blanco marfil
el mayor pintor del cielo;
turbéme y pintéle así.
Perdonadme, que otro día
en su divino perfil
os haré poner colores,
que esta vez no me atreví.
Voy corriendo, y voy tan ciego,
que a haber (12) nacido gentil,
os hiciera altar del alma,
en cuyo centro vivís.
Sin retrataros os llevo
retratada, pues, en fin,
aunque no vais en el naípe,
vais en el alma que os di.

(Vase.)

CELIA. Gracioso ha estado el pintor.

SERAFINA. La turbación lo ha causado.

FLORA. Dice que te ha retratado;
debe de tenerte amor.

SERAFINA. Amor es como la muerte:

(10) Aquí me siento. Sobran dos sílabas. Acaso:
Me siento. Y yo siento en mí; o Aquí me siento. Y
yo en mí.

(11) Jazmín.

(12) Que ancra.

altos y humildes derriba.
 CELIA. El me ha retratado viva.
 FLORA. No pudiera de otra suerte.
 CELIA. De palabra me pintó.
 SERAFINA. No pudo con los pinceles.

(Sale FABIO.)

FABIO. Amor comienza en papeles.
 que siempre en viento paró.
 CELIA. ¿Es Fabio?
 FABIO. Apártate aquí.
 CELIA. ¿Traes papel?
 FABIO. ¿No le miras?

(Dale el papel.)

CELIA. ¡Oh, qué vendrán de mentiras!
 FABIO. Claro está.
 CELIA. ¿Qué risa!
 FABIO. Di.

(Lee.)

“Señora: Yo he consultado mi amor para este atrevimiento, y dice que puedo tenerle de serviros, porque sois discreta; que no se alteran las que lo son de que las quieran, como yo os quiero. Y, por lo menos, me queda la seguridad de que este papel no puede cansaros, pues va a dar y no a pedir. Miento, que va a entrambas cosas, pues os da el alma, y os pide que la recibáis.”

CELIA. Bueno está para fingido.
 FABIO. Rugero no es bachiller.
 CELIA. Yo me voy a responder.
 FABIO. Un poco te has divertido.
 CELIA. Ven conmigo, Serafina.

(Vanse las dos.)

FLORA. Ya, Fabio, ¿no hay amistad?
 FABIO. El que sirve con lealtad,
 en ningún tiempo declina.
 No soy yo de los amigos
 que no son siempre quien son;
 que diz que es dar ocasión
 de risa a los enemigos.
 FLORA. Pensé que, como tu amo,
 eras mudable.
 FABIO. ¿Rugero
 es mudable?
 FLORA. Es caballero
 deste tiempo.

FABIO. Yo le llamo
 ejemplo, en toda ocasión,
 de verdad y de lealtad.
 FLORA. El trata poca verdad.
 FABIO. ¿Qué notable confusión!
 ¿Poca verdad en Rugero,
 que como a cosa divina
 te adora?

FLORA. Y a Serafina.
 FABIO. No digas más, que no quiero
 sufrir testimonio igual.
 FLORA. Hazte santo, ¡bellacón!,
 que sabes su corazón,
 como yo, que es desleal.
 FABIO. ¿Plega a Dios, que si a otra mi-
 ni quiere, fuera de ti. [ra
 que toque Orfeo por mi
 en el infierno su lira!
 ¿Plega a Dios que pierda el seso
 por mi quien me quiere mal,
 que muera en un hospital
 o esté por mo[h]atras preso!
 ¿Plega a Dios que un ignorante
 se finja sabio conmigo,
 y que tenga por testigo
 un mal vecino delante!
 ¿Plega a Dios que a verme ven-
 un tontón desvanecido. [ga
 y plega a Dios que al oído
 un reloj de cuartos tenga!
 ¿Plega a Dios...!

FLORA. Basta, que estás
 muy desleal y muy necio.
 FABIO. ¿Tú a mi con tanto desprecio?
 ¡Qué buen galardón me das!
 Pero aquí viene Rugero,
 que de tu amor te dará
 satisfacción.

(Sale RUGERO.)

RUGERO. Aquí esta
 la luz por quien vivo y muero,
 sol de mis ojos, mi Flora;
 Flora, de Amor primavera,
 que, como Flora, los campos
 de varias flores renueva.
 Tú, los sentidos que tiene
 en triste invierno tu ausencia,
 en noche obscura el ocaso
 de tus divinas estrellas;
 dente parabién las flores,
 que con tu venida alegras;

las aves, que te esperaban,
coros de las verdes selvas;
todo se alegre, y de todos
yo solo el dichoso sea:
que, como quien siente más,
más de tus ojos merezca.

FLORA. Desviate, desleal,
que palabras lisonjeras
no pueden cubrir traiciones
que infames pechos sustentan;
en mintiendo, los amantes
luego parecéis poetas:
campos, aves, flores, prados,
soles, aurora y estrellas;
eso, Rugero galán,
que de ser libre te precias,
a Serafina, tu dama,
a quien desde ayer requiebras;
que yo, como he sido Flora,
pasé ya la primavera
de tu amor, que en el estío
no hay campo que flores tenga.
Marchitas las esperanzas
en tus deslealtades quedan;
ya mis ojos en tu engaño
invierno lluvioso (13) esperan.
No más burlas, español,
que el imperio donde reina
Amor, no sufre dos almas,
que una sola le gobierna.
No me verás en tu vida,
que no quiero yo que sean
mis pensamientos despojos
de una dama tan discreta;
si ella primero me hablara,
seguramente la diera
lo que ella me quita a mí,
con la amistad que profesa.
Sólo te ruego, Rugero,
que mis papeles me vuelvas;
pero no me vuelvas nada,
que no importa que se pierdan.

RUGERO. Oye, espera, que sin causa,
hermosa Flora, recelas
de Serafina y de mí
la traición de que te quejas.
No habla en amores conmigo,
que a más alto lugar vuelan
sus pensamientos de burlas,
que tu amor sólo es de veras:
por divertir a mi dueño,

por quitar a la Princesa
tan necia melancolía,
que yo la sirva concierto
y me finja enamorado,
porque en esto se entretenga,
viendo que no hay otra cosa
que de este humor la divierta.
La traza ha sido de Fabio,
y aquí escribo la respuesta
del primer papel que escribo.
FLORA. ¡Qué graciosa impertinencia!
¿Agora en esas locuras
dan las tristezas de Celia?
Peor es eso mil veces;
y ¿cuya, Fabio, pudiera
ser la invención, sino tuya?
FABIO. ¿Más que pago yo la fiesta?
FLORA. Pues, alcahute del mundo...
FABIO. ¿Del mundo?

Que solo hicieras
que sus naciones distintas
se adoraran y quisieran,
¿cómo a la Princesa has dado
para sus locas tristezas
una traza que el infierno
ni la diera ni supiera?
FABIO. Calla, que estás loca, y mira
que quien sin causa recela
no muestra tratar verdad,
sino sus engaños muestra.
¿En que pude divertir
de una mujer la tristeza,
ha de juzgar, por ventura,
que es en mujeres bajeza?
¿Celia había de esgrimir,
había de ir a la guerra,
había de escribir libros,
o estudiar diversas lenguas?
¿No es mejor que este amor
con Rugero se entretenga,
que se escriban y se hablen,
que finjan celos y ausencias?
Muchas mujeres hay tristes,
de soledades tan necias,
que si oyeran: "ojos míos",
"dulce amor", "querida prenda",
"yo soy vuestro, yo os adoro",
"sois cielo, sois gloria y pena
de esta alma que os di, mi bien",
que dejaran la tristeza,
y bañadas en azahar,
las bocas medio risueñas,
les quedara el corazón

(13) Lluvioso.

FLORA. como untado con manteca.
 ;Perro!, no conmigo burlas,
 que sé tus infames tretas.
 ;Hoy morirás a mis manos!
 FABIO. ¡Ay, ay, ay!
 FLORA. ;De esto te quejas?
 RUGERO. Mira, Señora, que viene
 Serafina.

FLORA. Eso desean
 mis celos.
 RUGERO. ;Estás en tí?

(Sale SERAFINA.)

SERAFINA. Mi señora la Princesa
 me dió este papel. Rugero,
 que dice que es la respuesta
 del tuyo; y aunque de todo
 hablarte un rato quisiera,
 voy a Flora con semblante
 que no es justo que me atreva.

FLORA. Yo me entiendo, Serafina.
 SERAFINA. Pues, cuando mejor te entiendas,
 hallarás, Flora, que estoy
 segura de tus ofensas.

(Vase.)

FLORA. Yo he de ver este papel.
 RUGERO. ;Y qué importa que le veas,
 siendo todo burla y juego?
 FLORA. Hoy, Rugero, los que juegan
 comienzan por una rifa (14)
 y luego pierden su hacienda.

(Sale CELIA al paño.)

CELIA. En buena conversacion
 esos señores están.
 ;Qué tratarán, qué dirán?
 ;Si les he dado ocasion?
 ;Ay, cielos! ;No es mi papel?
 RUGERO. En efecto ;verle quieres?
 FLORA. Mal conoces las mujeres.
 Quiero ver qué dice en él.

"Señor mío, si me estuviera bien haberme
 declarado, no hubiera[n] llegado mis tristezas
 a quitarme la vida. La diferencia de mi es-
 tado y la desigualdad de mi nacimiento me han
 tenido oprimida el alma, hasta que llegó vues-
 tro papel. Aceto lo que me decís, y porque las
 almas se pagan con almas, os envío la mía.—
 ¡Adiós este Alvaro."

FLORA. ;Eso es burla!
 RUGERO. ;Luego no?
 FLORA. No me lo parece a mí.
 RUGERO. ;Cómo no? Fabio está aquí,
 que la burla concertó.
 FLORA. ;A Fabio le ha de llevar
 el diablo!
 FABIO. No hará, ¡por Dios!
 FLORA. De amor se andan los dos.
 CELIA se quiere alegrar:
 "La triste alegre", ¡oh, qué bien!
 RUGERO. Mi vida, yo no sé nada:
 ello es burla.

FLORA. Es muy pesada,
 y aun poco honesta también.

(Sale CELIA.)

CELIA. Poco a poco, que soy yo
 la que se ha burlado así,
 y quien habla así de mí,
 con deslealtad me sirvió.
 No nos igualemos tanto:
 entraos allá dentro, necia.
 FLORA. Señora...
 CELIA. Quien no se precia
 de darme la salud en cuanto (15)
 la puede tener mi mal,
 presto verá mis enojos.
 FLORA. Señora...
 CELIA. ;Bajad los ojos!
 ;No repliquéis, desleal!
 Y advertid que, desde hoy,
 no queráis más a Rugero,
 que aunque de burlas le quiero,
 sois quien sois, y yo quien soy.

(Vase FLORA.)

Y vos sois muy mal criado:
 no advertís la obligación

(14) *Rifa*: la *s* alta de esta palabra, como todos los tipos de la edición, está muy machacada, hasta el punto de que algunas *f* se confunden con *s* alta, y al contrario.

En mismo folio (o, r) y columna (a) donde se halla este verso (28 d. la col.), hay otro (7) que se tus infames tretas, en que la *f* de infames es igual a la *s* alta de rifa.

(15) Es preciso pronunciar *salú* para que no sobre una sílaba o, acaso: *d' dorme salud en cuanto*.

que tienen los que lo son
al respeto y al cuidado.

¡Así los hombres de bien
encubren, con su nobleza,
de una mujer la flaqueza?
Y vos, pícaro, ¿también

sois del concilio y la junta
que se hacía contra mí?
¡Basta! Volveré por mí,
si todo el mundo se junta.

Vuelvo a mi melancolía,
no me quiero entretener.
¡Oh, mal haya la mujer
que de hombre necio se fia!

(Va.)

RUGERO. ¿Qué es aquesto?

FABIO. ¿Qué sé yo!

RUGERO. ¿Es de veras?

FABIO. Para mí
pienso que lo es, que aquí
de celos se declaró.

RUGERO. ¿Cosa que tanta tristeza

FABIO. nazca de tenerme amor!
¿No ves que dije, señor,
no sé qué de su flaqueza?

A la fe que, como es vinda,
debe de tener memoria
de alguna pasada historia,
que a tus capítulos muda.

¡Ah, Rugero!, no seas necio;
sirve esta mujer, porfía,
que tanta melancolía
procede de tu desprecio.

Átrévete, que el papel
¿qué más te puede decir?
Luego ¿no es fingir?

RUGERO. Mil almas vienen en él.

FABIO. ¿Fingir?

RUGERO. Si; pero ¿si se entendiese
y el Príncipe me matase?

FABIO. Cuando esto se declarase
y tan mal te sucediese,

decir quién eres, Rugero.

RUGERO. Si verdad, Fabio, te digo,
mi buena fortuna sigo,
y desde hoy a Celia quiero,

que es peregrina señora;
si la tuvo envidia el Sol
del océano español
a los rayos de la aurora,
¡vive Dios!, de aventurarme,

que esto de Flora es baja,
donde tan alta belleza
quiere en tal estado amarme;

que si en forma de criado
me ha tenido tanto amor,
mi obligación es mayor.

FABIO. Pues alerta, y ten cuidado,

que yo seré buen tercero;
y busque Flora otras flores
con quien pueda andar de amores.
El Príncipe.

RUGERO.

(Sale ALBERTO.)

ALBERTO. Ya, Rugero,
escribí al duque EdUARDO.

Pon ese retrato aquí
de Celia, y cierra, que así
la resolución aguardo
de su venida por ella.

RUGERO. Cierro que es tan parecido,
que a haber en el Duque olvido,
por él adorara en ella.

Luego las despacharé.
ALBERTO. Bien conozco tu cuidado.

(Vase.)

RUGERO. Todo está desbaratado.

FABIO. Desbaratado, ¿por qué?

RUGERO. Porque el Duque ha de venir,
y a Celia se ha de llevar.

FABIO. Amor sabe tranpear
lo que quiere diferir.

(Sale FELISARDO.)

FELISARDO.

Pienso, Rugero, que te ha dado el Príncipe
las cartas para el Duque, y el retrato.

RUGERO.

Aquí la[s] tengo, y de tu pena trato;
porque, en viendo EDUARDO su belleza,
ha de venir por ella más a prisa
que cuando al claro Sol VENUS le avisa.

FELISARDO.

Yo pierdo la esperanza si me faltas.

RUGERO.

Pues ¿yo puedo servirte?

FELISARDO.

Honrarme puedes.

RUGERO.

Dime de qué manera, porque quedés
seguro de mi amor.

FELISARDO.

Ese retrato
hermoso has de quitar, y en lugar suyo
poner aqueste feo.

RUGERO.

Muestra. ¡Ay, cielos!
¿Quién eres, monstruo?

FELISARDO.

Un hijo de [los] celos.

RUGERO.

Tú lo has encarecido,
habido en el desprecio y el olvido.
Yo le pondré en lugar de aqueste hermoso,
con que pienso que el Duque, temeroso
de ver esta visión, cesará luego
deste deseo y pretensión.

FELISARDO.

Tan ciego
vino de su hermosura, que Amor loco
me ha dado este consejo.

RUGERO.

Fué tan cuerdo,
que debes a sus aras sacrificio.
Vete, que hará Rugero en tu servicio
lo que dice su nombre, y no otra cosa:
porque Rugero sólo te promete
ayudar con el nombre.

FELISARDO.

El nombre veo
que basta a dar victoria a mi deseo.

(Úsase.)

FABIO.

¿Qué dice este pintor?

RUGERO.

Que al Duque escriba
que él hizo este retrato, que desea
que le agradezca lo que al arte debe.

FABIO.

Todo, Rugero, el interés lo mueve.

(Sale CELIA.)

CELIA.

Fabio.

FABIO.

Señora.

CELIA.

Ya estoy

FABIO.

de mi enojo más templada.

CELIA.

Sin causa estabas airada.

RUGERO.

Soy celosa, mujer soy.

CELIA.

Y yo estoy, señora, aquí
temblando de tus enojos.

RUGERO.

Rugero, hasta ver tus ojos
duran enojos en mí.

CELIA.

No hayas miedo que yo diga
tu amor en burlas, ni en veras.

FABIO.

Fabio, prosigue, ¿qué esperas?
Dime a lo que amor obliga
después de escritos papeles.

CELIA.

Señora, a decirse amores,
y luego a darse favores.

RUGERO.

Obliga a cosas crueles.
A ver, Rugero, comienza.

FABIO.

Señora, yo os quiero bien.

CELIA.

Responde: yo a ti también.
¿También?

FABIO.

Sí.

CELIA.

Tengo vergüenza.

FABIO.

Graciosa dificultad

CELIA.

para una mujer viuda.

CELIA.

¿No ves que el tiempo se muda
y vuelve a ser novedad?

RUGERO.

Ahora bien: yo a ti también.

CELIA.

Señora, mucho deseo

FABIO.

que sepáis que cuando os veo

CELIA.

veo en vos todo mi bien.

FABIO.

¿Qué le tengo de decir?

CELIA.

Que es tu vida.

FABIO.

Pues ¿tú presto?

CELIA.

Conforme tienes el resto

FABIO.

has de envidar el sufrir.

CELIA.

Digo que mi vida eres.

FABIO.

¿Ea, no haya más amores!

RUGERO.

Dense luego dos favores.

FABIO.

Toma esta banda, si quieres;

CELIA.

que no tengo aquí qué dar

RUGERO.

que conforme a tu grandeza

FABIO.

Déle una joya Tu Alteza,

CELIA.

que bien la sabrá tomar.

RUGERO.

Toma, Rugero.

Tu mano

beso por tanto favor.

CELIA. ¿Va bien la burla de amor?
 FABIO. De oro y azul soberano.
 CELIA. ¡Ay, amor loco! ¿Qué esperas?
 ¿Qué, va bien?

FABIO. ¿No es cosa clara?
 Va (16) tan bien, que me obligara
 que fueran *las burlas veras*.

CELIA. ¿Qué viene tras los favores?

FABIO. Daros la mano y los brazos.

CELIA. ¿Los brazos?

FABIO. Si, que son lazos
 firmes de honestos amores.

CELIA. ¿De honestos amores?

FABIO. Si.

CELIA. Aguardad aquí los dos.

FABIO. ¿Retiraste?

CELIA. ¡Ay, cielo! ¡Ay, Dios!

¡Amor! ¿qué ha de ser de mí?

¿Podré sujetarme así

a un hombre que es mi criado?

No podré, que me ha engañado
 mi loca imaginación.

Que amor, que es todo ilusión,
 es un veneno dorado.

Quisiera determinarme
 por dar gusto a mis sentidos.

Los ojos y los sentidos

se juntaron a engañarme:

ellos quieren desafiarme.

¡Tenedme, divino Amor!

no permitáis que este error

consienta Naturaleza,

que no siempre [es] la belleza
 causa accidental de amor.

¡Ay de mí! ¿Podré vivir

sin Rugero? No podré,

y más agora que sé

que entiende que no es fingir.

Pero mejor es morir.

Amor, aunque me condenas

a fuego y sangre en las venas,

diciendo tantas historias,

que fueron tantas tus glorias

y son eternas tus penas.

Alma, ¿qué me aconsejáis?

Consultad vuestras potencias.

¿Podréis hacer resistencias,

o será bien que os rindáis?

Parece que os receláis,

voluntad, con el tormento,

a mi cuerdo entendimiento.

No te rindas, que el Amor
 se pone al pie del honor
 en habiendo sufrimiento.

Rugero.

Señora mía.

Burla que llega a las manos
 siempre lo fué de villanos.

Ya es esta burla muy fría.

Pensé que me entretenía,

y como a tanto llegó

que a las manos se atrevió,

hame causado disgusto,

que para tu humilde gusto

soy de otro género yo.

No se trate de esto más,

ni lo toméis en la boca.

Tú, la parte que te toca

para siempre callarás,

que no quiero que jamás

pierda mi ser su valor,

que no conviene a mi honor.

Vuélvete, Rugero, a Flora,

que Amor, burlando enamora,

y no hay burlas con Amor.

(*Fase.*)

RUGERO. ¡Buenos habemos quedado!

¿Ves cómo tu entendimiento

no es como tú lo imaginas?

FABIO. Conozco que ha sido rerro;

pero digno de perdón.

Y para mí, bien entiendo

que todo aqueste principio

nació de este amor inmenso

que te tiene esta señora.

Pero viendo que el deseo

llegaba a la ejecución,

puso el honor de por medio;

su autoridad, su peligro

y un cuerdo arrepentimiento

dió con todo el edificio

severamente en el suelo.

No hay más; ella fué quien es;

vencióse de gusto, y luego

culpóse a sí misma, y fuése.

RUGERO. ¡Ay, Fabio; yo quedo bueno!

FABIO. Pues ¿cómo quedas?

RUGERO. Perdido,

si, por vida de Rugero.

FABIO. ¿Haste picado?

RUGERO. Hasta el alma.

FABIO. ¡Valgate Dios, por coletito!

RUGERO. ¡Basta, que me enamoré!

FABIO. ¿Tan presto?

RUGERO. No fué muy presto, que ha días que ando pensando que me quiere bien, y pienso la verdad, y que a saber mi nombre y mi nacimiento, no le valiera el honor contra tan firme deseo. Ahora bien: ¿qué me aconsejas?

FABIO. Que a darle celos probemos; si se pica, irános bien; si se burla, ¿qué perdemos?, pues Flora te ha de quitar este mal nacido muermo que te dió como a caballo. (17)

RUGERO. ¿Es ésta?

FABIO. La misma.

RUGERO. ¡Ay, cielos!

(Sale FLORA)

FLORA. ¿Aquí estás?

RUGERO. ¿De qué te espantas?

FLORA. Siempre busco donde pierdo aquello que siento más.

FLORA. No yo, pues lo sientes menos: que después que levantaste a Celia tus pensamientos no buscas flores en prados, sino estrellas en los cielos.

RUGERO. Flora, yo no tuve culpa, ya lo sabes, deste enredo; Fabio y Celia le trazaron. Ya se acabó, ¿qué te debo? Tuyo soy, y lo he de ser: tú fuiste mi amor primero; con merecerte me agrado, aunque yo no te merezco. Celia es mi dueño; yo, Flora, no me burlo con mi dueño, que, de burlas ni de veras, no fué prudente consejo. Desenójate, y presume que nunca ha sido mi intento tu ofensa, porque tu agravio fuera un áspid en mi pecho. Yo soy noble, y lo ha de ser el alma, donde te tengo.

FLORA. ¿Tú noble? ¿Si tú lo fueras!

(Sale CELIA al paño.)

CELIA. ¿Qué me queréis, pensamientos? ¿Dónde me lleváis, forzada de tantos locos deseos, que a mis imaginaciones, como a Troya, ponen fuego? ¿Esta fué la resistencia, éste el arrepentimiento? ¡Oh!, sois como aquel que llega animoso al mar soberbio, y en viendo las fieras ondas, gigantes de agua, que el cielo quieren conquistar altivas sobre montañas de yelo, vuelve temeroso atrás, de sólo verlas, huyendo; que apenas en las arenas estampa los pies el miedo... Pero ¿qué es esto? ¡Ay de mí!

FLORA. No pienses tú que tan presto se me pasan los enojos.

RUGERO. Fabio, dílo, que me muero por estos mismos desdenes.

FLORA. ¿Buen tercero?

FABIO. ¿No soy bueno?

FLORA. Para embeleclos de amor, para mentiras de celos, (18) para disgustos de amantes.

FABIO. Anda, que no soy tan necio: que bien sé que por las paces te estás, Flora, deshaciendo. ¡Ea!, no se esgrima más con las negras, que es mal hecho; daos batalla con las blancas desas manos.

RUGERO. Yo protesto de no darte más disgusto. Muestra.

FLORA. Toma.

(Sale CELIA)

CELIA. ¿Quedo, quedo!

FABIO. ¡Otra vez!

CELIA. Que estoy aquí, y es muy grande atrevimiento. Tiene Su Alteza razón; que, aun de burlas, es mal hecho mirar rayas en las manos, líneas ni montes de Venus. No sé para qué se hace

tan astrólogo Rugero,
que desta ciencia no sabe
trinos, cuadrados ni opuestos
más que yo de hacer alquimia.
¡Bueno está, Fabio!

CELIA.
FABIO. No es bueno,

que dije que te pesaba.
Ten ánimo; todo es celos.

CELIA. ¿Aun osas estar aquí?

FLORA. Siempre, señora, te ofendo,
cuando pienso que te sirvo.

CELIA. Necio Rugero, ¿qué es esto?
¿Tú vuelves a amar a Flora?

RUGERO. Señora, apenas entiendo
en qué te agrado o te canso,
ya soy lince, y ya soy ciego;
ya entiendo lo que me mandas
y hasta el alma te penetro,
y luego me veo corrido
de lo mismo en que me veo.
Querriame declarar,
y declararme no puedo:
soy mudo y hablo, soy loco
y soy cuerdo.

CELIA. No eres cuerdo,
que, si lo fueras, supieras
sufrir desdenes por celos.

RUGERO. ¿Qué desdenes, si me dices
que este amoroso concierto
en que quieres ser la dama
para tu divertimento
y que yo sea el galán,
me mandas que cese luego,
porque con tu mismo honor
vienes a tomar consejo?

Riñes a Fabio también,
en que pareces enfermo
que, con el agua en la boca,
está "si bebo o no bebo"
No consultes el temor,
sino la sed, y acabemos;
que si me quieres, más claro;
esto es español, no es griego.
CELIA. Quien ama ha de sufrir mucho,
no ha de cansarse, Rugero:

(Yéndose.)

que quien no sufre, no alcanza.
Mucho ha dicho.

RUGERO. Fabio. Mucho, y presto.

RUGERO. Sufriré.

FABIO. Celia lo dice.

Pues ¡ánimo, pensamiento!
Si Celia tiene valor,
no es menos valor el vuestro.
Sigamos tan alta empresa;
diréis quién soy a su tiempo,
porque las empresas grandes
no son para humildes pechos.

JORNADA TERCERA

(Salen el Príncipe ALBERTO con una carta, y RISELO.)

ALBERTO.

¿Esto responde el Duque?

RISELO.

¿A quién no admira
resolución tan nueva?

ALBERTO.

¿Esto responde?

RISELO.

Con justa causa te ha movido a ira.

ALBERTO.

Algún secreto la malicia esconde
con que viene esta carta; oye, Risele.

RISELO.

¿Qué mal a su grandeza corresponde!

ALBERTO.

(Lee:) "Cuando esperaba del piadoso cielo
tiempo para cumplir nuestro contrato
con justa obligación, con justo celo,

recibí vuestra carta y el retrato
de la princesa Celia, vuestra hija,
ni al arte esquivo, ni al pincel ingrato

pero, como primero ordene y rija
el cielo vuestras cosas, y en su acuerdo
está su voluntad eterna y fija,

yo me resuelvo, Príncipe, aunque pierdo
tan buena compañía, a no casarme..."

RISELO.

No leas más.

ALBERTO.

¿Cuál hombre noble y cuerdo
pudiera, dime, tanto amor pagarme
con tal desigualdad, y respondiéndome

tales palabras, que podrán matarme?

¿Pudiera un loco tal agravio hacerme?

Yo me tengo la culpa: no se hable
más que en vengar mi ofensa.

¿Que de Nápoles deje al Condestable,
al gran duque de Urbino, y a otros hombres
de reales prendas y valor notable,
y que me burle así?

RISELO.

Bien es que nombres
un general para esta justa empresa,
con que a Calabria toda Italia asombres.

ALBERTO.

Antes que por honor de la Princesa
la (19) guerra intente, prevenirla quiero
de que romper el amistad me pesa:
vaya a desafiarte un caballero,
y a que las causas de que le han movido
a deshazer lo que juró primero
diga las ocasiones que ha tenido,
y si no fueren justas, a la guerra
quede desafiado y prevenido.

RISELO.

Yo iré, si gustas.

ALBERTO.

Parte, y di que encierra
sangre y valor mi pecho, en estos años,
con que yo solo abrasaré su tierra;
que yo traté verdad, y él trata engaños.

(*Páase. Salen CELIA y RUGERO.*)

RUGERO. No amante a quien has dado (20)
licencia, ya no Señora,
sino Celia, pues agora
no he de hablar como criado.
Digo que Amor, enojado
de que otro amor mereciese
Celia, que tu gusto fuese,
al Duque puso en la pluma
esta recia y breve suma,
que tus bodas deshiciese.
Ya mi esperanza vencida
deste nuevo casamiento,
parte ocupaba del viento,
en sus esferas perdida;
pero hoy cobran nueva vida,

pues, deshecho este concierto,
quedará mi amor más cierto
de que tendrá galardón,
si hubiese en mi pretensión
algún secreto encubierto.

Muchas veces me has mostrado
un amor tan parecido
al amor que no es fingido,
que te he querido engañado;
perdóname, pues me has dado,
con señas tan verdaderas,
causa a quererte de veras;
y no es tan grande mi error,
pues muchas veces Amor
suele hacer *las burlas veras*.

Tu grave melancolía,
después que de amor te trato,
Celia, con menos recato,
no es la misma que solía;
pues si tienes alegría
y causé yo tu tristeza,
háblame con más llaneza,
que soy noble caballero,
y, ¡vive Dios!, que me muero
por tu divina belleza.

CELIA. Bueno está, que me ha pesado
de verte tan atrevido.

RUGERO. Tu galán favorecido
causa y estilo me ha dado.

CELIA. Pues vuelve a ser mi criado,
que no te quiero tan loco,
sí, porque yo te provocho,
tan atrevido te escucho.

RUGERO. ¿Qué mal no ha durado mucho,
qué bien no ha durado poco?

¿Qué me manda Vuestra Alteza?
¿Que al duque Eduardo escriba,
hombre tan vil, que se priva
de gozar tanta belleza?
Y acerca de su tristeza,
¿qué responderé a Milán?

CELIA. ¿Qué poca pena me dan
estos tratos y contratos,
donde mis mudos retratos
por embajadores van!

RUGERO. Yo pondré en ejecución
lo que manda Vuestra Alteza.

CELIA. Ya me causa la grandeza
mejores las burlas son:
vuelve a hablarme en tu afición,
y dime lo que quisieres.

RUGERO. Digo que mis ojos eres,
y pues dejas los enojos,

(19) *L.*

(20) *A.* este verso *A.* *No al amante a quien
has dado*

serás la luz de mis ojos
si me dices que me quieres.

CELIA. Pues ¿eso te he de decir?

RUGERO. Pues di, Celia, ¿qué es querer?
¿Siempre ha de ser menester
Fabio, siempre lo ha de oír,
para enseñarte a fingir?

CELIA. A fingir ha de enseñarme,
no a quererte y reportarme;
que, si no me reportara...

RUGERO. Prosigue.

CELIA. Me aventurara
a ser tuya, o a matarme.

RUGERO. Vuestra Alteza se ha olvidado
de quien es.

CELIA. ¿Alteza aquí?

RUGERO. Para que volviese en sí,
me vuelvo a ser tu criado.

CELIA. ¡Oh, qué discreto has estado!
Secretario, escribiréis
estas cartas, y diréis
que mis tristezas no son
para mayor pretensión
del estado en que me veis.

RUGERO. De mi locura me espanto,
siendo ya amante[s] los dos;
¡vuélvete a Celia, por Dios,
que no lo dije por tanto!

CELIA. Ahora bien, tú sabes cuánto
yo te quiero y te deseo.

RUGERO. No sé si diga que veo
en tus ojos tu verdad;
no llesves la voluntad
por tan extraño rodeo.

CELIA. Ahora bien, vete a escribir,
que me voy perdiendo ya.

RUGERO. ¿Quién sin verte vivirá?

Yo me voy, Celia, a morir.

CELIA. Y yo no podré vivir

sin tí, mi Rugero, mi hora.

RUGERO. Si me voy, ¿qué eres ahora?

CELIA. No sé qué soy.

RUGERO. Yo me voy;

¿esto es veras?

CELIA. No; que soy,
si es de veras, tu señora.

(*Vanse. Salen SERAFINA y FLORA.*)

FLORA. Si me quejo con razón
no es bien que te cause espanto.

SERAFINA. Sí; mas no te quejes tanto
que parezca sinrazón.

FLORA. Fui tu amiga, y no fué justo
el término que has usado.

SERAFINA. Si fué término mandado,
¿de qué te parece injusto?

FLORA. No es disculpa en tanta culpa.

SERAFINA. ¿Esto es culpa?

FLORA. ¿Qué mayor?

SERAFINA. Cualquiera culpa de amor
el mismo amor la disculpa.

FLORA. Eres traidora a la fe
que profesa la amistad.

SERAFINA. Si he faltado a tu lealtad,
la de mi dueño guardé.

(*Sale CELIA.*)

CELIA. ¿Qué es esto, Flora?

FLORA. No es nada.

CELIA. Serafina, ¿qué cuestión
es ésta?

SERAFINA. No es ocasión
para que llegue apelada
a tu mayor tribunal.

CELIA. Quiero yo saber lo que es.

SERAFINA. Un amoroso interés.

FLORA. Y una amistad desleal.

CELIA. Proponed, por vida mía,
para mi entretenimiento
este pleito, que hoy me siento
con menos melancolía.

FLORA. ¿Es acaso de Rugero?

Yo amaba a Rugero, y fui
tan dichosa, que le vi
quererme como le quiero;

fué mi amiga Serafina
y a Rugero enamoró.

CELIA. ¿Quiérela bien?

FLORA. No sé yo

si a Serafina se inclina;
pero sé que desde el día
que la vió, y le quiso bien,
o me trata con desdén,
o con necia fantasía.

CELIA. Y tú ¿qué dices?

SERAFINA. Que yo
le hablé para entretenerte,
porque nunca de otra suerte
Rugero me enamoró;

tú gustabas destas cosas
para aliviar tu tristeza.

FLORA. ¿Esto mandó Vuestra Alteza?

CELIA. Pues estás las dos celosas,
bueno será sentenciar,

y así lo mando y lo quiero
que desde hoy más a Rugero
ninguna se atreva a amar.

Esto pronuncia el amor
de una dama que le quiere,
y quien no me obedeciere
presto verá mi rigor.

Y no pase más de aquí
esta celosa pendencia.

(*Úase.*)

SERAFINA. ¿Qué te dice la sentencia?

FLORA. Que le quiere para sí.

Así dicen que el león
lo que con otros había
cazado, partir solía.

SERAFINA. Yo nunca tuve afición,
que me la mandó fingir,
y se lo dije en la cara.

FLORA. ¿Quién de Celia imaginara
que se viniera a rendir
a un hombre que la servía?

SERAFINA. No eres mujer.

FLORA. Soy mujer.

SERAFINA. Pues eso debió de ser
su pena y melancolía.

(*Sale FABIO.*)

FABIO. ¿Vuestras mercedes han visto
un amo que tengo yo,
que desde hoy se me perdió?

SERAFINA. ¿Es un Rugero malquisto
que revuelve este palacio?

FLORA. ¿Es un villano grosero?
¿Es un español Rugero
que habla a prisa y ama espacio?

SERAFINA. ¿Es un mudable inconstante?

FLORA. ¿Es un necio satisfecho?

SERAFINA. ¿Es un hombre que en el pecho
tiene un alma de diamante?

FLORA. ¿Es un loco?

SERAFINA. ¿Es un perdido?

FLORA. ¿Es un vamo?

SERAFINA. ¿Es un cobarde?

Que éste benito visto esta tarde,
de las dos aborrecido.

(*Úase.*)

FABIO. ¿Cargar al amo! ¿Qué es esto?
Oigan, pues, cómo se van?

Enojadillas están;
¡el de dos haldas se han puesto!
¡Rugero! ¡Ah, Rugero!

(*Sale RUGERO.*)

RUGERO. ¿A quién

das voces de esa manera?

FABIO. Hallé aquí, que no debiera,
y me estuviera más bien,
a Serafina y a Flora,

y preguntéles por ti.

RUGERO. ¿Qué te dijeron de mí?

¿Que Serafina me adora
y Flora pierde el juicio?

FABIO. ¿Están muy enamoradas!

RUGERO. Perdidas.

FABIO.

Des-atinadas;

mas retozan con el vicio
y quierente como al diablo
y échante mil maldiciones.

RUGERO. Por cifrar sus aficiones
con exquisito vocablo.

FABIO. Por eso debe de ser.

RUGERO. Celos serán de mi ama.

FABIO. ¿Cómo te va?

RUGERO. Que me ama
cuanto me puede querer;
pero esta desigualdad
de "quíerote" "no te quiero"
es, por vida de Rugero,
enfadosa calidad.

No me ha llamado "mi bien"
y yo la he dicho "mi vida",
cuando luego, muy fruncida,
vuelve al pasado desdén.

Rindese Celia, y al punto
se hace respetar señora:
ya me aborrece y me adora.

FABIO. Todo debe de andar junto
entre el amor y el honor.

RUGERO. Sí; pero yo mal lo paso
porque ella me quiere acaso,
y yo me muero de amor.

Crece mi amor, y con ella
es burla. ¿Qué he de ganar
en dejarme enamorar
si me he de quedar sin ella?

FABIO. Ella viene al hecho, y yo
me retiro. Di quién eres,
que amor en tales mujeres,
por desigualdad faltó.

Sólo puedes encubrir
los padres, por lo que sabes.

(Sale CELIA.)

CELIA. Mal me va de cosas graves,
que necias son de sufrir.

Pues, Rugero, ¿despachaste
las cartas?

RUGERO. Estoy tan triste
de aquello que me dijiste
cuando de mí te apartaste (21),
que apenas he vuelto en mí.

CELIA. ¿Cómo?

RUGERO. Que eras mi señora.

CELIA. Y lo vuelvo a ser agora.

RUGERO. ¿Cierto?

CELIA. Si.

RUGERO. Pues oye.

CELIA. Di.

RUGERO. En una ciudad famosa,
que de las puertas de España
debe de ser la mayor,
si no me engaña la patria;
soberbia, de insignes muros
y de torres coronada;
tiene la mar por espejo
y por cadena sus aguas;
con rojos corales besa
las arenas de sus plantas,
que en vez de conchas de Tiro
la ciñen de roja grana;
nací de un príncipe en ella,
cuya corona levanta
un monte que en las estrellas
forma la cabeza sacra,
desde cuya altura pueden
escribir letras doradas
con el Sol los que le habitan
entre peñas solitarias.
Todo esto te digo así,
porque me importa que hagas
de quien soy, si bien quien digo,
imaginaciones varias.
Tuve un hermano mayor,
que el principado heredaba,
hombre de valientes partes
para toda heroica hazaña.
Tenía un privado amigo,
que por todo extremo amaba,
discreto y poco prudente,
naturalezas contrarias;
tenía pocos amigos,
y el tenerlos le importaba;

que es alta razón de estado
hacer bien con la privanza.
Servía yo donde digo
una bellísima dama,
la más gallarda hasta verte,
que después no fué gallarda.
Merecí favores suyos;
ya sabes tú los que pasan
entre amantes que comienzan
del amor historias largas;
y si no lo sabes, Celia,
ya fuego, ya nieve helada,
ya sabes que se da mano
después de juntar las cartas;
esto sólo honestamente,
porque fué sangre tan alta,
que con sólo el casamiento
pudo Rugero igualarla.
¿Quién duda que lo creerás,
si te detienes y amas,
que la gravedad enfria,
tal vez cuanto amor abraza?
Vió aquel hombre que refiero
esta dama una mañana
de San Juan, que al mar salía,
sirena de mis desgracias.
Parecióle bien, siguióla,
y supo de las criadas,
que en otro coche venían,
lo que del dueño ignoraba;
que el honor del casamiento
poco los secretos guarda,
porque a todos les parece
que la pretensión es santa.
No me guardó aquel respeto,
que yo, Celia, le guardara
con ser yo mejor, que, en fin,
era su soberbia tanta.
Solicitó con paseos
la voluntad y la casa;
para ninguna halló puerta:
todas las halló cerradas.
Venía yo a verlas, triste
cuando ya la noche estaba
en su tribunal de estrellas
juzgando amorosas causas;
hallábale allí, y quería
defender las que me daba;
pero traía a mi hermano
para su defensa y guarda.
Por no darle pesadumbre,
no osaba sacar la espada,
porque la sangre mayor

(21) Quando dime te apartaste.

es excepción de las armas,
y porque también sabía
que luego que la sacara
había de ser mi hermano
el primero en la venganza.
Con esto, yo me volvía
siempre la espada en la vaina,
la cólera en la razón
y el agravio en las entrañas.
Viendo, Celia, mi enemigo
resistencia tan honrada,
juzgando por imposible
poder jamás conquistarla,
barbaro, remite a fuerza
lo que oro y amor no alcanzan,
y con una amiga suya
concierta que a la mar vayan.
Sale un barco, que pudiera
llevar la Europa en sus alas,
más engañoso que el toro
manchado, a velas y jarcias.
Entra la dama inocente:
el barco a la mar se alarga;
hacen que espere a la noche;
la noche a su ruego baja,
y cuando ya las tinieblas
eran de las aguas capa
tan obscura que las luces
del cielo aun no retrataban,
llega el traidor, vuelto moro,
en una turca fragata,
y le dicen que se rinda;
abordan con algazara;
sacan la dama del barco,
y a la fragata la pasan,
donde en la popa la fuerza,
sin luz, sin piedad, sin alma.
Con esto al barco la vuelven,
y el barco aborda a la playa,
ella muerta, y el traidor
se disimula y disfraza,
pero siendo conocido,
amaque él no lo imaginaba.
Ella me cuenta el suceso,
con más perlas que palabras;
yo salgo furioso y loco,
y aunque ella me importunaba
que no vengase su agravio,
por no lastimar su fama,
pues había monasterios
donde pudiese cobrarla,
busqué al tirano, y matéle,
justa y forzosa venganza.

Aquí mi hermano imagina,
porque furia desatada
del infierno, con la suya
es comparación muy baja.
Murió mi padre de pena:
yo, en viendo, Celia, que estaba
con el laurel en la frente,
perdí toda la esperanza.
Dejé la patria, y con Fabio
sólo, por el mar de Italia
llegué a Sicilia, y llegué
a ser tu esclavo en tu casa.
Seis años ha que te sirvo,
sin que sepan en mi patria
dónde estoy, ni tú quién soy,
aunque ser tu esclavo basta.

CELIA. Huélgome de haberte oído;
pero di, ¿por qué has callado
tus padres?

RUGERO. No me he fiado
de tu amor, porque es fingido;
ésta la razón ha sido.

CELIA. Sí; pero son deslealtades.

RUGERO. En vano me persuades,
y tu condición se admira;
que donde amor es mentira
no se han de tratar verdades.

CELIA. Rugero, si yo estuviera
cierta de tu calidad,
con verdad a tu verdad,
si es verdad, correspondiera.
Y está cierto que quisiera
quererte tan libremente
cuanto de ti tu amor siente;
pero fuerte caso es
tratar verdad, si después
a mi amor tu engaño miente.

No me engañes, ni prefieras
tu mentira a mi verdad;
que si tienes calidad
haremos *las burlas veras*.
Razones tan verdaderas
bien tienen merecimiento;
para que sepa tu intento,
prueba quién eres, no más;
y entonces de mí sabrás
que te adoro, y que no miento.

¿Qué más te puedo decir,
pues de vergüenza me voy?
Mas siempre seré quien soy,
aunque me sepa morir.
Aquí se acabó el fingir,
de todo me desengaña;

que en confusión tan extraña
o tal, Rugero, has de ser
que pueda ser tu mujer,
o te has de volver a España.

(*Vase FELIX.*)

RUGERO.

Aquí dió fin mi loco pensamiento,
y fué muy bien que aqueste fin tuviese,
pues para que del cielo al mar cayese
tuvo principio en la región del viento.

A conquistar el Sol subió mi intento,
fundado en que el Amor lo defendiese;
mas no quiso su luz que se luciese,
para menos rigor, su atrevimiento.

Cayó mi pretensión, y en sus desmayos
tu vitoriosa luz quedó segura,
entre verdades, permitiendo ensayos.

Mas no me negará tu lumbre pura;
aunque las plumas me abrase en sus rayos,
fui sol mientras gocé de tu hermosura.

(*Salen FABIO y DON FÉLIX, vestido de camino.*)

FABIO.

Loco se ha de volver.

FÉLIX.

Yo vengo loco.

Fabio, de la ventura que he tenido.

FABIO.

¡El es! ¿Qué aguardo? Aquí te espera un poco.
De España hay nuevas.

RUGERO.

¿Nuevas?

FABIO.

Ha venido

don Félix.

RUGERO.

¿Dónde está?

FABIO.

Don Félix, llega.

FÉLIX.

Los pies, excelso Príncipe, te pido.

RUGERO.

¿Cómo es eso de Príncipe? Levanta.

FÉLIX.

Que eres Príncipe ya de Cataluña
y Conde de la ilustre Barcelona.

RUGERO.

Habla quedo, por Dios.

FABIO.

Amo, perdona
estos abrazos: dame un pie, una mano,
la frente, la nariz.

FÉLIX.

Murió tu hermano.

RUGERO.

¡Triste nueva!

FABIO.

Es mentira, ¡vive el cielo!
sino que es muy alegre y suficiente,
y miente quien no dice lo que siente.

RUGERO.

El corazón, don Félix, me has turbado.

FABIO.

Será del alegría que te ha dado.

RUGERO.

Pero ¿cómo supiste dónde estaba?

FÉLIX.

Días ha que se sabe [ya] en Sicilia,
de personas que aquí te han conocido.

RUGERO.

Aquí por mis destierros he servido
la Princesa de Augusta, hermosa dama,
viuda de Alejandro Cesarino,
gran Duque de Milán, tan pretendida
de príncipes de Italia (22), por sus méritos,
cuanto amada de mí, sin declararme.
Fingir quiero mas cartas, y que digas
que eres embajador del Conde Enrique,
que se la pide por mujer, que creo
que a Barcelona volverá casado,
que no tiene de mí menos deseo.

FÉLIX.

Tú verás en tu gusto mi cuidado.

RUGERO.

No te vean conmigo antes que escriba.

FABIO.

Pues ¿qué quieres hacer con estas cartas?
¿No es mejor declararte por quien eres?

RUGERO.

Déjame, Fabio, a mí; que es mas seguro
con esto el casamiento que procuro.

FÉLIX.

Señor, abrevia en todo, que te espera
todo aquel principado, que te adora.

RUGERO.

Yo le daré, don Félix, la señora
más bella que de Italia a España vino.

FABIO.

A don Félix, ¿qué das por el camino,
y a mí por las albricias?

RUGERO.

Calla, Fabio,
que en dar palabras, lo que os debo agravio.

FABIO.

¿Cómo queda, don Félix, Cataluña?

FÉLIX.

Hermosa, fértil, rica, ilustre...

FABIO.

¡Para!
¡Oh, cap de mi mateix, qui la trobara!

(Sale OTAVIO y el DUQUE. FELISARDO.)

FELISARDO. ¡Notable fué la invención!

OTAVIO. Basta que el retrato feo
dio esperanza a tu deseo,
y a tu engaño ejecución.

FELISARDO. No le hubo el Duque mirado,
cuando, triste y descontento,
desbarató el casamiento
por tantas cartas firmado.
El Príncipe lo ha sentido,
y ha enviado un caballero
a desafiarte.

OTAVIO. Espero

ver al Duque arrepentido.
Tú, señor, no aguardes más.

Declarate, que es locura,
cuando corre la ventura,
dejar el cuidado atrás,
porque en razón de tu estado,
¿qué mayor inclinación
quieres de Celia?

FELISARDO. Añición
gravemente [me] ha mostrado
de suerte, que de unos días
a esta parte no la veo
tan triste.

OTAVIO. Es viuda, y creo
que aquestas melancolias
nacen de su soledad;
y como en ti resplandece
más de lo que se parece
de grandeza y calidad,
debe de haber sospechado
quién eres.

FELISARDO. Por Dios, que creo
que ha entendido mi deseo
por lo atento y lo turbado;
y viendo mi pensamiento,
que juzgará, cierto estoy,
que de menos de quien soy,
no fuera mi atrevimiento.

OTAVIO. ¿Cosa que lo haya sabido,
si te mira con cuidado?

FELISARDO. Con cuidado me ha mirado,
si no es del que yo he tenido;
y si ella sabe quién soy,
sin duda me quiere bien.
Favoréceme también,
si a solas con ella estoy,
en dejarse ver despacio
para un cuadro que pinté,
que jeroglífico fué
y fué asombro de palacio.

Pinté a Celia lo mejor
que pude, en un verde prado,
y a mí, en lejos, transformado
en hábito de pastor.

Puse unas letras cifradas,
que algún día te diré:
Felisardo empieza en fe,
y estaban bien disfrazadas,
que parece que decía:

Lauro me fecit. Otavio.

OTAVIO. Amor es secreto y sabio.

FELISARDO. Y aun loco cuando porfia.

(Sale RUGERO.)

RUGERO. No es necia la pretensión
que hoy el español procura,
y no es pequeña ventura
llegar en buena ocasión.

FELISARDO. ¿Qué es esto, amigo Rugero?

RUGERO. ¿Puedo hablar?

FELISARDO. Está conmigo
Otavio, mi grande amigo,
a quien más debo y más quiero.

RUGERO. Pues, Duque, no os ira bien,
a lo que yo he sospechado,
con el amor distraizado,
aunque os declaréis también;
porque un cierto embajador
del Conde de Barcelona,
por toda aquella corona
y en nombre de su señor,
pide a la Princesa a Alberto,
y él está en dársela ya,
porque el de Calabria está,
según dicen, en el puerto,
que a darle satisfacción
viene del pasado engaño
que yo hice por mi daño,
y vos por vuestra afición.
Y así el Príncipe, enojado,
al español la promete
por vengarse, aunque sujete
a un extranjero su estado.
Vos, mirad qué habéis de hacer,
pues que ya se os pone el sol.

FELISARDO. Hacer que del español
no sea Celia mujer.
Y, pues tú lo eres, Rugero,
sin duda que me has vendido,
que por tu causa ha venido
el embajador.

RUGERO. No espero
menos galardón de ti (23);
porque el servicio y secreto
desta pretensión...

FELISARDO. Pues ¿quién
pudo concertar más bien
destas bodas en efeto
que tú con cartas, y ser
privado de la Princesa?

RUGERO. Tú eres culpado en tu empresa
por no darte a conocer.

FELISARDO. Y tú ingrato a quien te dió
la vida.

RUGERO. Mi vida a mí?

Anda, que bien conocí
lo que tu engaño intentó,
pues pensando que de España
me enviaban a matar,
procure saber y hallar
el dueño de aquella hazaña,
y criado tuyo, a quien
despediste, me contó
que en la pendencia se halló
con otros tuyos también,
y que toda fué fingida
para ganar mi amistad.

FELISARDO. No te dijo la verdad,
y tú me debes la vida.

RUGERO. No debo, que es todo engaño:
y en razón de la persona
del conde de Barcelona
desde aquí te desengano,
que tiene merecimientos
que no han menester favor.

FELISARDO. Yo declararé mi amor,
yo diré mis pensamientos.

RUGERO. Yo, Duque, a nadie provoco;
dile a Alberto tus cuidados.

OTAVIO. Oid, ¿no vais engañados?

RUGERO. Yo no lo voy.

FELISARDO. Yo tampoco.

(*Vanse. Sale el Príncipe ALBERTO, El Duque EDUARDO DE CALABRIA, RISILO y acompañamiento.*)

ALBERTO. No admito satisfacción.

EDUARDO. La que yo doy en persona
cualquier agravio perdona,
aunque fuera con razón.

ALBERTO. ¿Qué razón tu engaño abona,
rompiendo nuestro concierto
sin causa o razón alguna?
Demás de que estoy muy cierto
que no cupo en tu fortuna
hija del príncipe Alberto.
Yo, por nuestra vecindad
y nuestra antigua amistad,
estaba del casamiento
por todo extremo contento,
que siempre trato verdad;
pero, pues no la has querido,
por esta carta, Eduardo,
la Princesa he prometido
al español más gallardo
que toda España ha temido.
Aquí está su embajador.

(23) Así este verso suelto, faltan los otros tres de la redondilla.

FÉLIX. Mil veces beso, señor,
tus manos en nombre suyo.
ALBERTO. Basta, don Félix el tuyo
para saber su valor.
EDUARDO. Aunque [ya] no llegue a tiempo
mi disculpa de tus quejas,
la quiero dar por mi honor,
que con mal crédito queda.
Recebi una carta tuya,
príncipe Alberto, y con ella
un retrato de tu hija:
¿no es esto verdad?

ALBERTO. De Celia
te envié un retrato.

EDUARDO. Dime:
si es Celia desta manera.
¿habrá en el mundo villano
que tal mujer apetezca?
Yo soy cortés, y no quise
decirte más en su ofensa
que deshacer lo tratado.

ALBERTO. Esta, Eduardo, es quimera
para formar tu disculpa,
porque el retrato de Celia
no es éste; que éste es buscado
para tu engaño y su ofensa.

EDUARDO. ¡Vive Dios, que este retrato
me enviaste!

ALBERTO. Ve por ella.
Ríselo, y verá Eduardo
lo que no estimó y desprecia.
EDUARDO. Si es de otra suerte que aquí
tan fiero monstruo se muestra,
tú eres culpado en mi agravio.
RISELO. Aquí viene la Princesa.

(Sale la PRINCESA y damas.)

CELIA. ¿Eduardo quiere verme?
EDUARDO. ¡Cielos! ¿qué mudanza es ésta?
¡Qué noche, qué horror, qué som-
bra,
qué sol, qué luna, qué estrella!
¡Vive Dios, que no ha de ser
del español, aunque quiera
Alberto!

ALBERTO. Mira, Eduardo,
que es tarde ya para quejas.
EDUARDO. No es tarde, pues me enviaste
este retrato, en que intentas,
por darsela al español,
que yo un angel aborrezca.

ALBERTO. Mira, Eduardo, que yo

te la envié como era
el original.

EDUARDO. Yo digo
que es éste.

ALBERTO. Rugero venga,
que él nos dirá la verdad.

EDUARDO. La verdad, Alberto, es ésta.

(Sale RUGERO.)

RUGERO. ¿Qué es, señor, lo que me man-
[das?

ALBERTO. Di, Rugero, ¿no te acuerdas
que cuando escribí a Eduardo
sobre las cosas propuestas
del casamiento tratado,
le envié de Celia bella
un retrato?

RUGERO. Sí, señor.

ALBERTO. Ese retrato le muestra.

RUGERO. Este, o el que fué, me dió
Lauro, y, por ser de Su Alteza,
no abrí el papel, por respeto,
ni le miré, por modestia.

ALBERTO. ¿Dónde está Lauro?

RUGERO. Aquí está.

(Sale FELISARDO.)

ALBERTO. ¿Tú retrataste esta bestia
y la diste al Secretario?

FELISARDO. Sí, señor; porque me pesa
de que se case.

ALBERTO. ¿Qué dices?

FELISARDO. Que por casarme con Celia
estorbé su casamiento.

ALBERTO. ¡Loco está!

EDUARDO. ¡Locura necia!

pero muy propio de locos
querer casarse con reinas.

FELISARDO. No soy loco, aunque de amor
no es mucho que lo parezca.
Yo soy el Duque de Urbino;
que, sabiendo la aspereza
de Celia, quise, por gala,
vencerla desta manera:

y pienso que me ha entendido

ya, si es bien que la merezca
por mi amor, por mis servicios
y por la mayor fineza
que se cuenta de hombre noble.

ALBERTO. Duque, aunque aquí se os confiesa
la fineza y el valor,

habérmelo dicho fuera mejor, pues ya llegáis tarde.

FELISARDO. Nunca es tarde merecerla, pues Celia no está casada.

ALBERTO. Ya por palabra lo queda con el conde don Enrique, que tiene ya por herencia de Barcelona el condado.

FELISARDO. ¿Qué importa si el mundo hereda, adonde está tu valor?

EDUARDO. Por el valor es soberbia presumir merecer más adonde está mi grandeza.

FÉLIX. Cuando el Príncipe, señores, al Conde dado no hubiera, de quien soy embajador, por quién es, tan alta prenda, ningún mérito le iguala.

FELISARDO. Esas arrogancias deja. español.

EDUARDO. ¿Cuándo españoles supieron estar sin ellas?

FÉLIX. Defenderé lo que digo.

CELIA. ¡Paso!: que, aunque aquí no sea éste mi lugar, yo os juro que ninguno me posea, de cuantos hoy tiene el mundo, sin que primero le vea. Yo he de ver el hombre a quien he de dar la mano: y crea cualquiera que lo intentare que un imposible desea: si primero no me agrada: con que satisfecha queda la pretensión de los tres.

RUGERO. Dime, señora, si vieras a Enrique de Barcelona, hombre a quien la fama lleva por los dos polos del mundo, ¿diérasle la mano?

CELIA. Diera la mano si me agradara, y si no, le despidiera como a los demás. Rugero; y esto, supuesto que seas español, lo digo así.

RUGERO. Pues, para que no pretendas ignorancia, quiero yo que primero a Enrique veas.

CELIA. Pues ¿dónde está Enrique?

RUGERO. Aquí.

CELIA. ¿Adónde dices?

RUGERO. No vuelvas la cabeza.

CELIA. Pues ¿quién es?

RUGERO. Sosiégate, que ya llega. ¡Embajador!

FÉLIX. Gran señor de la corona más bella de Aragón.

RUGERO. ¿Quién es Enrique, para que a Celia merezca?

FÉLIX. Tú, señor, que con el nombre de Rugero, para verla y servirla, hasta heredar, aquí has vivido con ella.

RUGERO. ¿Agrado a Tu Alteza?

CELIA. Sí; porque darme no pudiera más ventura la Fortuna.

FELISARDO. Enrique, traición es ésta; a Celia me prometiste solicitar.

RUGERO. Yo lo hiciera si te debiera verdades; pero en aquella pendencia fueron todos tus criados. Pero, cuando no lo fueran, prometí como Rugero: Rugero obligado queda, que Enrique no, de vencida.

ALBERTO. Serafina y Flora, deudas de Celia, quedan aquí.

EDUARDO. No quiero ninguna dellas.

FELISARDO. Ni yo, pues fui desdichado.

FABIO. Fabio, señora Princesa, os besa los pies.

CELIA. Y yo a la corona discreta del senado, porque aquí acaban *Las burlas veras*.

LA CARBONERA

COMEDIA FAMOSA

DE

FREY LOPE FELIX DE VEGA CARPIO

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

EL REY DON PEDRO.
DON JUAN DE VELASCO.
DON FERNANDO.
LAURENCIO.

BENITO, *zúffano*.
PARRADO, *carbonero*.
DOÑA LEONOR.
DOÑA INÉS.

MENCA.
FLORA, *l'illano*.
BRAS, *A*.
TELLO, *criado*.

JORNADA PRIMERA

(Salen el REY DON PEDRO, DON JUAN, DON FERNANDO y gente.)

REY.

No me acuerdo en mi vida haber entrado,
ciudad insigne, en ti sin alegría
hoy solamente has dado
nueva ocasión a la tristeza mía:
tus muros, que juzgaba a los de Tebas,
Sevilla generosa,
con quien la goda antigüedad apruebas,
fué primero por Hércules famosa:
era délcite de los ojos muros tengo,
tu Betis, que pudiera entre los ríos,
de España es poro, del dorado Oriente
al cerco del Imperio alzar la frente;
era a mi gusto espejo cristadino
a las armas del moro granadino;
ya todo me da pena, pues que vengo
a ver en ti la causa de mi pena.
Una enemiga que en tus muros tengo,
propia en la sangre, y en el odio ajena:
una hermana, que dicen que lo es mía,
que yo no conocía.
hija del Rey, mi padre,
oculta por los celos de mi madre;
como si no bastaran sus hermanos,
que de mi honor pretenden ser tiranos!
Pero yo los pondré presto de suerte
que asegure mi vida con su muerte.

JUAN

Invictísimo Pedro,
que no sólo del Betis las olivas,
pero el más oriental laurel y cedro
quiere la fama heroica que recibas:
una mujer te aflige y te fatiga;
tu hermana es tu enemiga,
y cuya madre tienes presa agora.
¿Qué temes de ella? ¿Qué sospechas tienes?
¿Si apenas ha diez días
que supiste, señor, que la tenías!

REY.

Don Juan, la sierpe de Hércules parece
esta doña Leonor que tengo presa:
donde una corto, otra cabeza crece;
comienza Enrique, y el maestro cesa.
¿No le bastaba a esta mujer tirana
darme estos dos hermanos? Otra hermana,
que nunca conocí, sale en Sevilla,
y la vengo a buscar desde Castilla,
porque si ésta se casa ocultamente
con algún de-leal a mi persona,
¿cómo estara segura mi corona?
Toma! este papel, que es la memoria
de la casa y la calle y con soldados,
más de secreto que de acero armados,
prendedme luego esta bastarda hermana:
que si hoy la prendo, morirá mañana.
Esto me da cuidado, esto deseo:
quero acabar con todos mis contrarios,
pues que ya a Enrique con las armas veo.

y buscando los rindos necesarios
para quitarme el reino con la vida.

FERNANDO.

Bien es, señor, que tu grandeza impida
del cruel Enrique la esperanza vana;
mas ¿qué temor te puede dar tu hermana?

REY.

Su muerte, por lo menos, me asegura:
yo no os pido consejo, don Fernando:
aquí no hay mas de obedecer callando: [das?
¿ya no me conocéis? Don Juan. ¿qué aguar-

JUAN.

Yo iré por ella, y con leales guardas
la traeré de la suerte que quisieres.

REY.

Más reinos se han perdido por mujeres
que por hombres, don Juan; testigo España,
en cuya sangre el África se baña,
sin que nos den ejemplos Troya y Grecia.
No me replique el que mi gusto precia:
yo sé lo que me importa y me conviene.
Quien sangre alguna de esta casa tiene,
no fie, cuando piense en mi grandeza,
que tiene muy segura la cabeza.
Calle, sufra, obedezca el que desea
vivir en paz, y crea
que aunque ha de ser la majestad amada,
nunca más respetada
que cuando fué temida:
todo hombre calle, que le va la vida;
porque es la ley más justa de las leyes
callar, servir y obedecer los reyes.

(Vase. Salen Doña LEONOR y TELLO.)

LEONOR. ¿Preso mi madre?

TELLO. Esto pasa.

LEONOR. ¿Qué me queda que esperar?

TELLO. Es forzoso imaginar
el peligro de tu casa;
porque estando el fundamento
amenazando ruina,

por todas partes se inclina.

LEONOR. Ya, Tello, en mis fuerzas siento
que desmaya el edificio.

¿Cruel es Pedro! ¿Qué haré,
pues de mi muerte se ve,
por la de mi madre, indicio?

¡Oh! Nunca Pedro supiera

que era yo su hermana.

TELLO.

Mira
que de su arrogancia e ira
ninguna piedad espera.

Considera que el huir
sólo puede remediarte.

LEONOR. ¿Huir! ¿adónde, a qué parte?

TELLO. Adonde puedas vivir.

LEONOR. En Castilla es imposible.

TELLO. Escribe a Enrique, tu hermano.

LEONOR. Temo al Rey.

TELLO. Y es caso llano,

que es de condición terrible.

(Sale Doña INÉS.)

INÉS. ¡Ay, señora! ¿Cómo estás
con tanto descuido aquí?

LEONOR. ¿Hay más penas contra mí?
Mas de penas siempre hay más.

INÉS. El rey don Pedro ha venido
con ánimo de prenderte.

LEONOR. ¡Ay, Tello, cierta es mi muerte!
¡Oh, nunca hubiera nacido!

Parte a sabello.

TELLO.

Ya voy.

(Vase.)

LEONOR. ¿Quién te lo dijo?

INÉS. Quien ya
sabe que en Sevilla está.

LEONOR. ¿En tanto peligro estoy?

(Sale TELLO.)

TELLO.

Ya es imposible salir:
cercada está de soldados
la puerta.

LEONOR. ¿Tantos cuidados
le ha dado el verme vivir?

(Sale DON JUAN.)

JUAN.

Sosíéguese Vuestra Alteza.

LEONOR. Mal me podré sosegar,
si venis para llevar
a mi hermano mi cabeza:
bien me dijo mi tristeza,
desde que hoy me levanté,
lo que tan cierto se ve.
¿Venis a matarme?

JUAN.

No.

LEONOR. ¿Y a prenderme?

JUAN. Sí.

LEONOR. ¿Que yo tanto cuidado le dé!

JUAN. Prisión es; tened paciencia.

LEONOR. Ya os creo, por consolarme, aunque vos, para matarme, tenéis muy buena presencia.

JUAN. Puesto habéis en contingencia mi obediencia, aunque segura con vuestra rara hermosura, porque es en vos de manera que volverá blanda cera hasta la piedra más dura.

Creedme: si la crueldad del Rey a la ejecución viniera desta prisión, se convirtiera en piedad. Aquí solos nos dejad, y no digáis que la hallé.

(*Vanse.*)

Desdicha notable fué haber venido a prenderos, pues no sé, después de veros, quién más de los dos lo esté.

Creedme que si supiera que desta suerte os hallara, que con el Rey me excusara cuanto posible me fuera. Con vuestra prisión me espera: ya conocéis su rigor; temo que os mate, Leonor; porque en condición tan dura ni halla puerta la hermosura, ni tiene entrada el amor.

LEONOR. Para mayor desconsuelo, puesto que en parte la abona, vuestra gallarda persona envía el Rey, aunque el cielo debe de ser, si del celo que de mi quietud mostráis mi remedio ejecutáis en cambio de mi prisión; porque no será razón que me alabéis y prendáis.

No hay cosa que venga a ser para todo entendimiento de más aborrecimiento que aquel que viene a prender; que, puesto que viene a hacer no más de la ejecución,

como el miedo y confusión sólo en la vista repara, no sé qué tiene la vara, que causa poca afición.

Y pues vos la habéis tenido al tiempo que me prendéis, valor singular tenéis, que este imposible ha vencido. Y creedme que habéis sido, y no presumáis, ¡por Dios!, que es lisonja entre los dos, tal para mí, que si fuera posible huir, no lo hiciera por no apartarme de vos.

Diréisme que soy mujer y os engaña mi temor, porque nadie tiene amor a quien le viene a prender; mas bien me podéis creer, que os he dicho lo que siento; que si nace del tormento tras la prisión la crueldad, para negar la verdad no he tenido sufrimiento.

JUAN. ¿No bastaba la hermosura, sino tanta discreción? Mayor será la prisión donde el alma se aventura. Condición áspera y dura la del Rey. ¿Qué haré, si aquí no le obedezco?; Av de mí, que en tal confusión estoy, que no sé si el preso soy, después que tus ojos vi!

LEONOR. No llores, no, ni te alteres. Ya no tengo que esperar, que en no mandarme llorar dices que prenderme quieres. Las armas de las mujeres son lágrimas infinitas. ¿Que no llore (1) solicitas? Luego ya no puede ser que me dejes de prender, pues que la espada me quitas.

Pero mira cual estoy, pues aún no te pregunté quién eres.

JUAN. Sí, ya lo sé: don Juan de Velasco soy; pero si paso te doy para que huyas, dirás

(1) E: llores.

que soy noble, pues creerás
que para darte la vida
llevo la mía perdida.

LEONOR. No puede un noble hacer más.

JUAN. Pues vete por donde puedas;
que a los soldados diré
que te busqué y no te hallé.

LEONOR. Muestras la sangre que heredas;
mas, si en tal peligro quedas,
yo quiero morir.

JUAN. Señora,
no hay que detenerte ahora;
sal por esa puerta aprisa,
y de tu vida me avisa.

LEONOR. La que me has dado te adora.

(*Vanse. Salen BRAS y MENGA, villanos.*)

MENGA. Ya me mataba tu ausencia,
y otra vez no la sufriera,
Bras, aunque el cura me diera
tu ausencia por penitencia. (2)

BRAS. ¿Cómo te ha ido en Sevilla?
Llevé el carro de carbón,
que fué, con mi corazón,
no encenderse maravilla;
que como es fuego, y yo hacía
de los suspiros centellas,
podiera encender con ellas,
no carbón, mas nieve fría.

Con mresamo el Veinticuatro
cuentas debe de tener:
solmente para beber
me dió uno destos de a cuatro.

Yo, ¡pardiez!, que me sufrí,
zapatillas te compré,
y haciendo copa tu pie,
con ellas me le bebi.

MENGA. ¿Zapatillas sin medida?

BRAS. ¿Cuál diablo te lo mandó?

No quise pedirla yo,
porque no hay hombre que pida
medida a pie de mujer
que le diga la verdad.

MENGA. Pues ¿en eso hay facultad?

BRAS. Notable la suele haber.

Niegan con mil ademanos
qué puntos suelen calzar,
y ésta es la razón de andar
en puntos con sus galanes.

No hay cosa que más les pese;

por esto tratan engaños,
que los puntos y los años
no hay mujer que los confiese.

Pero ya te las compré,
y yo sé que te vendrán,
porque tus faiciones dan
ciertas señas de tu pie.

MENGA. ¿Sabes tú Gilmocosia?

BRAS. Cifra del cuerpo es la cara:
en ella el cielo declara
cuanto encubrirse porfia.

MENGA. ¿Cómo has pasado sin mí?

A la fe, Bras, tristemente;
con un cántaro, a la fuente
una mañana salí,

y acordándome que en ella
un resquebro me dijiste,
le quebré de puro triste,
y lloré un hora como ella.

Benito me vió llorar,
y como el agua caía
de golpe en la fuente fría,
que la pudiera aumentar,

me dijo (que siempre intenta
ser celoso y ser malsín):

"Pareces, Menga, rocín,
que en viendo el agua, la aumen-
[ta."

Si de la cocina trato,
¿cómo diré mi mohina?

Que apenas en la cocina
entraba perro ni gato.

¡Ay del plato que fregaba
y la olla que ponía!,
pues aunque cocer la vía
y con borbor me llamaba,

no le quitaba la espuma;
¡tan turbada, que un conejo
asé una vez con pellejo
y una gallina con pluma!

BRAS. Y yo, ¿qué diré de mí?

¡Qué suspiros iba dando
por aquesos montes, cuando
de tus ojos me partí!

No vía flor, aunque tenga
las perlas del alba ya,
que no dijese: "Así está,
cuando se levanta, Menga."

Si desuncia los bueyes,
echándoles heno allí,
con más cuidados de ti
que de sus reinos los reyes,

viéndoles sacar la lengua,
y ambos rumiara porfia,

“, Dichosos bueyes, decía,
que no os acordáis de Menga!”

Con esto, ¿puedo abrazarte?

MENGA. ¿Pues no, Bras, si yo te espero?

BRAS. ¿Quiéresme bien?

MENGA. Más te quiero
que a Guillerma Pero Marte.

BRAS. Yo a ti, más que Galloferos
a Maricollendra amaba.

MENGA. Flechas tiene, Amor, tu aljaba;
miente quien dice dineros.

(Abrázanse, y sale LAURENCIO, viejo.)

LAURENCIO. Agrádame el amistad.

BRAS. ¡Muesamo!

MENGA. El diablo lo trujo,
que se cuela como brujo.

LAURENCIO. ¿Qué es esto?

AMBOS. La voluntad.

LAURENCIO. Pues sabré yo despartilla.
¡Váyase el tonto al carbón!

BRAS. ¿Que descanse no es razón,
si ahora vengo de Sevilla?

LAURENCIO. ¡Váyase ella a sus haciendas!

MENGA. Iránse, que tienen pies.

¿Hanlo vido?

LAURENCIO. Vaya, pues;
¡que tú inquietarla pretendas,
y que os concertéis los dos
en vencer mi sufrimiento!

¿Quién os pone atrevimiento?

LOS DOS. La voluntad.

(Vanse.)

LAURENCIO. ¡Bien, por Dios!

Pues esperadme, y veréis
si la voluntad os vale.

Mas ¿qué caballeros son
los que por aquellos sauces
vienen corriendo por senda
que apenas mi gente sabe?

Ya caminan a la fuente
que de aquellos montes nace,

Ya se apean, y parece
que los fuertes alazanes
hasta aquí tuvieron vida,
pues ya sin aliento yacen.
Mujeres son; ¿qué es aquesto?

(Salen DOÑA LEONOR y DOÑA INÉS, con capotillos y sombreros.)

LEONOR. ¡Laurencio!

LAURENCIO. Mi nombre saben.

LEONOR. ¿No conoces a Leonor,
la que seis años criaste
escondida de la Reina,
celosa del Rey, mi padre?

LAURENCIO. ¡Infanta y señora mía!

LEONOR. Ya no es tiempo que me llames
infanta, que no lo son
las que sin ventura nacen.
El rey don Pedro, mi hermano,
vino a Sevilla a buscarme:
prenderme intentaba el Rey.
codicioso de mi sangre,
como si no fuera suya;
huyendo pude librarme,
por piedad de un caballero,
pariente del Condestable.
Acordéme de tu casa
y de que tuve por madre
tu mujer; aquí me tienes.

LAURENCIO. Conozco bien las crueldades
del Rey, y lo que aborrece
los generosos Guzmanes,
que hay pronóstico en Castilla
que dice que han de heredarle;
que es bien que en hombres crueles
las sucesiones se acaben.
Tú estás en grande peligro;
pero no será tan grande,
como lo espero en el cielo,
si, con la dama que traes,
mudáis el hábito luego,
que por estos encinas
de aquezas carbonerías
y en sus rústicos lugares
diré que sois mis sobrinas;
que, muriendo vuestro padre,
os truje a mi casa; y creo
que del cielo las piedades
amparen las inocentes
en peligro semejante.

LEONOR. En él espero, Laurencio:
que no es posible que falte
su piedad a mi inocencia.

LAURENCIO. Dicha fué no veros nadie;
todos andan ocupados:
unos cortan, otros hacen
hoyos que el carbón sepulta.
INÉS. Pues, señora, no desmayes,
que el cielo a los pechos mide
las grandes dificultades.

LEONOR. ¡Ay, Pedro, tu hermana soy!
¡No quiera Dios que me mates!

(*Vanse. Salen el REY, DON JUAN y gente.*)

REY.

¿Que tuvo aviso de que yo venía?
¡Viven los cielos, que, a saber quién era
quien aviso la dió, que el mismo día
otro Perilo de Arigento fuera!
¡Que se escapase la enemiga mía!

JUAN.

Cual suele el cazador que al paso espera
al animal, el arcabuz seguro,

tener el árbol por defensa y muro,

así llegné, cubierto y distrizado,

la gente por las calles dividiendo,

hasta llegar adonde vi alterado

de la familia el temeroso estruendo.

Entro, y ya por el suelo derribado

vi el escuadrón que estaba defendiendo

la puerta, y hallo solas sus doncellas,

cual, puesto el Sol, se miran las estrellas.

Todas llorosas a mis pies se arrojan,

y sueltos, por no verme, los cabellos,

de los lazos y cintas los despojan,

que algunos celos se vengaron dellos;

y como sé que a tu valor enojan
bárbaras armas en cobardes enellos,
pregunto por Leonor: mas "No te informes",
responden todos por Leonor conformes:

"Ya está con el infante don Enrique,
que supo que su hermano la buscaba,
porque no hay vida ya por quien suplique
la sangre noble que inocente acaba".
Pero, temiendo que el rigor replique
la ocasión femenil que me aclamaba,
dejo viles mujeres, que, en efeto,
remite el noble al natural respeto.

Discurriendo las salas, voy mirando
todo lugar que me parece oculto;
arcas rompiendo, puertas quebrantando,
que apenas lo imposible dificulto;
las ventanas y cofres desterrando,
verdes jazmines de un jardín inculto,
hasta en sus cañas, en sus verdes lazos,
imaginé sus pies y vi sus brazos.

Tan engañado estaba, que despecho
que la vi, que la hablé: pero fué en vano,
que ya la tiene en salvo, a tu despecho,
la diligencia de tu loco hermano.
Serán las diligencias sin provecho;
que Amor, piadoso y sin disculpa humano,
la defendió con mano poderosa,
porque es tu hermana, y con extremo hermosa.

REY.

¿Quién duda que el traidor Enrique haría
la diligencia con que se ha librado?

Yo tengo en mi palacio alguna espía,

de quien estoy servido y engañado.

Vana salió la diligencia mía,

vano el desseo, inútil el cuidado.

Disimular importa, que es venganza
no alcanzar el temor lo que se alcanza.

En la caza pretendo divertirme;

haced que a punto estén los cazadores.

(*Vase.*)

JUAN.

Amor, tú que supiste persuadirme,

tú mismo favorece mis amores;

tú, que en la muerte más constante y firme

no temes a los trágicos rigores,

libra a Leonor, que no sé dónde es ida,

pues por tu causa me robó la vida.

(*Vase y salen MENGA y BRAS.*)

MENGA. ¿De qué estás triste? ¿Qué tie-
[nes?

BRAS. Menga, no sé qué me tengo;
el diuñño trujo a casa
la sobrina de Laurencio.

MENGA. Tan tiernamente lo dices,
que pienso que haces pucheros.

BRAS. Recién venida la vi
una mañana saliendo
de casa, bien descuidado
de tan riguroso encuentro.
Estaba sobre unas fiores
sentada, que te prometo
que nunca a la diosa Viernes
con tanta hermosura vieron.
Púseme detrás de un sauce,
cuando, sirviendo de espejo
cristalino en que miraba
su rostro un claro arroyuelo,
sacó un peine de marfil
y descogió los cabellos,
que lo pudiera excusar
y peinarse con los dedos.
Iban las hermosas ondas
haciéndose mar en ellos,
porque siendo el peine el barco,
los iba encrepando el viento.
Comenzó luego a llorar,

y de sus ojos cayeron
unos pedazos de perlas:
¿qué propio llanto del cielo!
Desconocerás aquí,
Menga, mi rústico ingenio,
pero no soy yo quien habla,
que Amor la lengua me ha puesto.
¿No has visto los que conjuran,
que, con ser necios y legos,
hablan en griego y latín?
Pues esto es latín y griego.

MENGA.

¿Bueno, está, Bras, bueno está!
Ese latín yo le entiendo:
todos sabemos habrar,
tú con amor, yo con celos.
No más de cosas pasadas:
ya de todas me arrepiento;
¿mal haya el tiempo que he sido
necia por amar a un necio!
¿Quién habrara, dime, Bras,
con tan loco atrevimiento
delante de quien lo quiso,
sino un rudo carbonero,
sino un rústico villano?
Y quien habra sin respeto
alabando a otra mujer,
o es mal nacido, o es necio.
No me quiero lamentar
de ti, mas sólo te advierto
que los celos que me has dado
tengo de pagar con celos.
Más vale que tú Benito,
que es más galán y más cuerdo:
quererte fué mi desdicha,
que no tu merecimiento.
Haz cuenta que ya le adoro;
hoy escucho sus resquiebro,
hoy le doy cinta de plata,
hoy bailo con él, hoy quiero
que el primer día de Mayo
cante en mis ventanas versos,
ponga un jardín con obleas
y entre los demás mancebos
diga que soy su velada,
su novia, su casamiento,
su mujer, su cielo y todo
cuanto en los casados veo;
que no reparan venganzas
en escarmientos ajenos.

(Pase.)

BRAS.

¡Menga, Menga! Ya se hné.

De lo dicho me arrepiento;
bien dicen que amor y el vino
jamás guardaron secreto.
¿Hay gusto como es el mío,
que teniendo, como tengo,
preñada la voluntad,
se les antojan venenos?
Mal hice en decir que adoro
a Laura, porque es muy presto
para pensar que este amor
me saque a Menga del pecho.
¿Quién viene aquí, quién me llama
y se apea de un overo?
¿Decís, caballero, a mí?

(Sale el REY.)

REY.

Atrás mis criados dejo,
que cansado de la caza,
como el sol se va extendiendo,
vengo buscando la sombra.
¿Llegaré al lugar tan presto?

BRAS.

Antes del hay una casa
de un honrado carbonero,
a quien sirvo, en que podéis
descansar y entreteneros.
¿Sois acaso Veinticuatro,
o algún noble caballero
de la casa de Guzmán,
que persigue el rey don Pedro,
con temor del conde Enrique?

REY.

No se extienden mis deseos
a pensamientos del Rey;
la paz y quietud pretendo
que busca un buen ciudadano;
bien se ve, amigo, pues vengo
cazando por estos montes,
entretenimiento honesto.
¿Es esa casa de forma
que contra el rigor del tiempo
pueda pasar esta siesta?

BRAS.

Aunque es de un hombre grosero,
es rica, es limpia, y es casa
donde pienso que su dueño
no envidia al Rey en la suya,
los cuidados al de menos.

REY.

Tiene el Rey don Pedro muchos.
Dalde a los diabros, que pienso
que ha de pasar a cochillo
todo lo mejor del reino.

REV.

Eso tiene el vulgo loco:
que en siendo un Rey justiciero,
luego dice que es cruel.

BRAS. Mirad, señor: bien sabemos,
y el cura nos lo predica,
que tiene el divino acuerdo
la josticia y la piedad
en igual balanza y peso.
Pero vemos que se inclina
más a la piedad, y vemos
que no pierde su josticia:
este don Pedro es tan bueno,
que no puede ser mejor:
mas es hombre tan soberbio,
que por cualquier niñería
contra su amor y respeto,
suele dar un pescozón.
¡mal año, que por el suelo
ruedan sesenta cabezas.

REY. Si lo merecen sus yerros,
¿no es bien hecho?

BRAS. Si, señor;
pero no todo es bien hecho.
Para matar a un lechón,
¿qué es un lechón?, un conejo,
que tiembla a un hombre la mano;
y éste, señor, es tan fiero,
que, cual segador, derriba
altos y bajos al suelo.

REY. Su padre, contra los moros
mostró valeroso esfuerzo;
¿don Pedro no lo hace así?

BRAS. Es valiente caballero.
¡vive Dios!, pero es cruel.
REY. ¿Dónde está agora?

BRAS. En Toledo.

REY. ¿No ha de venir a Sevilla?

BRAS. Ya ¿para qué le queremos?
Ya llevó a doña Leonor
a Talavera, y sospecho
que la ha mandado matar,
con que sus hijos y deudos
hacen guerra por mil partes.
Yo hui a llevar a don Diego,
que bien le conoceréis,
carbón, y allá me dijeron
que también anda a buscar
su hermana que, conociendo
su rigor y su crueldad,
se le escapó y anda huyendo.
Y perdonadme, señor,
que ésta es la casa, y no quiero
que os detengáis escuchando
nuevas de un hombre grosero.
Este que sale es mi amo.

(Sale LAURENCIO.)

REY. ¿Cómo se llama?

BRAS. Laurencio.

REY. Seáis, Laurencio, bien hallado.

LAURENCIO. Y vos seáis bien venido.

REY. En la caza divertido,
a vuestra casa he llegado.
¿No me dais en qué me siente?

LAURENCIO. Saca, Brasillo, una silla.
¿De dó bueno?

REY. De Sevilla.
Apartéme de mi gente,
y el sol me ha tratado mal.

LAURENCIO. No guardan los tiempos ley,
porque así tratan al Rey
como al que vive a jornal.

REY. Buena casa es ésta.

LAURENCIO. Buena.
Traedme otra silla a mí.

REY. ¿Tenéis gran familia aquí?

LAURENCIO. Está de la gente llena
que hace en el monte carbón.

BRAS. ¡Ea!, sentaos.

REY. Bien podéis.

LAURENCIO. Aunque no me lo mandéis,
me parece que es razón.
Sois allá los cortesanos
muy amigos de negar
las sillas, sin reparar
en que es más besar las manos.
Pues no deis en eso, daldas,
¿o es que, con poca advertencia,
tratáis mejor la presencia
y siempre mal las espaldas?

REY. Ya estáis sentado.

LAURENCIO. Es verdad.

REY. ¿Estáis rico?

LAURENCIO. Rico estoy,
gracias a Dios, que no voy
a pedir a la ciudad,
ni tengo pleitos que allá
ni den ni quiten justicia
por interés o malicia,
ni el usurero me da
lo que se lleva después
para venderme, señor,
que todos hallan favor
fundado en propio interés.

REY. Pues si el Rey eso supiese...

LAURENCIO. Ya yo sé que es justo y grave;
pero si el Rey no lo sabe,
¿qué importa?

REY. Consuelo es ése
de los hombres agraviados.
Vuestra familia llamada.
LAURENCIO. En el monte y la ciudad
andan muchos ocupados.
Llama. Bras, a los que hubiere.
BRAS. Los que hay en casa han salido
a ver al recién venido.

(Salen DOÑA LEONOR y INÉS, de villanos, BENITO, PARRADO, FLORA y MENGÁ.)

MENGÁ. ¿Vernos quiere?
BRAS. Veros quiere.
LAURENCIO. Señor, aquéstos que veis
me sirven en casa agora.
REY. ¡Oh, qué gentil labradora!
LAURENCIO. Muy buena vista tenéis.
REY. ¿Quién sois vos?
MENGÁ. Yo, señor, Mengá,
para lo que le cumpliere.
REY. ¿Qué hacéis en casa?
MENGÁ. Masar.
BRAS. Sí, señor: es la que ciérne.
REY. Y ¿quién es esta rapaza?
FLORA. ¿Rapaza? ¿Qué le parece?
BENITO. Calla, Flora, que en Sevilla
sólamente se usan mercedes.
FLORA. Sepa, señor Veinticuatro,
veinticinco o veintisiete,
que yo soy Flora, Floreta,
la quillotra (3) de su güésped.
BENITO. Sí; que no ha llegado a ser
cabirola, que no quiere
casarse.
REY. Y ¿qué es vuestro oficio
entre mozas tan valientes?
Porque vos no iréis al campo.
BENITO. En una almohadilla tiene
mil majaderos colgados.
REY. ¿Raudas hace?
BENITO. Hila y tierce.
FLORA. Hago cotas y camisas,
calcetas y zaraguéllas
de lienzo a señor. ¿Han vido
qué pesendador que viene?
BENITO. Como se está rellanado,
¿qué ha de hacer?
FLORA. Y no se yergue
aunque le hagan reverencias.
BENITO. En la corte no hay cortesés.

REY. ¿Y vos?
INÉS. ¿Dice a mí?
REY. A vos digo.
INÉS. A la carbonera a veces
llevo la comida, y otras
al monte, como sucede.
BRAS. Sí, señor, y se la come,
porque primero que llegue
se ha sorbido todo el caldo,
y después llorando viene
porque dice que ha caído.
REY. Vos, ¿quién sois, buen hombre?
BENITO. Espere.
¿Tengo yo de responder?
MENGÁ. ¿Qué dudas? Responder tienes.
BENITO. Y ¿qué le he de responder?
REY. ¿Cómo os llamáis?
BENITO. Díos me miembre,
que el nombre se me ha olvidado.
¡Hola, Mengá!
MENGÁ. ¿Qué me quieres?
BENITO. ¿Sabes tú cómo me llamo?
MENGÁ. Benito.
BENITO. Ya en el caletre
tengo ese nombre imprimido;
diz Mengá que a mí me suelen
decir Benito los otros,
que yo no.
REY. ¿De qué sirve éste?
BENITO. Llevo al prado los borricos,
como su merced se puede
informar destos zagales;
siego el heno de los bueyes,
y tal vez ando al carbón.
REY. ¿Y este grande? A fe que lleve
las cargas si es menester.
PARRADO. Señor, a falta de gente,
cargo el carbón que a Sevilla
va en carros, y embarco a veces:
mi oficio es más liberal
que todos.
REY. ¿Qué oficio tienes?
PARRADO. Soy hijo pródigo aquí
guardando a soles y a nieves
animales de Guinea.
REY. No lo entiendo.
PARRADO. ¿No lo entiende?
Los cochinos de mi amo.
REY. ¿Por Díos, que por más que inten-
quitar de aquella mujer [te
los ojos, ni el alma puede,
ni se atreven los sentidos,
ni las potencias se mueven!

(3) E: quillotra.

Llegaos acá, labradora.
 LEONOR. ¡Hola! ¿Dice que me llegue?
 REY. ¿Cómo os llamáis?
 LEONOR. ¿Yo, señor?
 Por Patron Sevilla tiene
 a Laureano; en su día
 nació.
 REY. Según eso, eres
 Laura.
 LEONOR. A su servicio.
 REY. El cielo
 te dió, Laura, mil laureles
 de hermosura celestial.
 ¡Que esta aspereza pudiese
 criar belleza tan rara!
 Créeme, Laura, que excedes
 cuantas damas en Sevilla,
 aunque de serlo se precien,
 tienen fama en rostro y talle.
 BRAS. Señor, sus criados vienen.

(Salen DON JUAN, DON FERNANDO y gente.)

JUAN.
 Si Vuestra Majestad se alarga tanto,
 ¿de qué se espanta que perderle puedan?
 LAURENCIO.
 ¡Majestad dijo! El Rey es éste.
 REY.
 ¡Oh, cuánto
 de oír el nombre temerosos quedan!
 LEONOR.
 ¡Qué confusión!
 INÉS.
 ¡Qué temerario espanto!
 REY.
 Don Juan.
 JUAN.
 Señor.
 REY.
 Los cielos me concedan
 menos favor que a Enrique, si hasta ahora
 vi mujer como aquella labradora.
 JUAN.
 ¿Cuál labradora?
 REY.
 Aquella.

JUAN.
 Es muy hermosa.
 ¡Ay, cielos!
 REY.
 ¡Ah, villanos! Esa gente
 recoged por el monte, que anda ociosa.
 LEONOR.
 Iré con ellos yo.
 REY.
 Tú, Laura, tente.
 MENGÁ.
 ¿Que éste es el Rey don Pedro? ¡Extraña cosa!
 BRAS.
 Hoy nos manda matar.
 LAURENCIO.
 ¡Qué libremente
 le hablé sentado tantos desatinos!
 BENITO.
 Y yo dije borricos.
 PARRADO.
 Yo, cochinos.
 (Vanse los villanos.)
 REY.
 Dile, don Juan, a Laura que me agrada;
 que procure, pues puede, hacer mi gusto;
 que nos hablemos, pues que no es casada.
 JUAN.
 No puede Laura recibir disgusto,
 antes placer, honestamente amada;
 yo le diré, señor, que será justo
 que te entretenga un rato de la siesta.
 REY.
 Su rostro obliga a voluntad honesta.
 (Vase.)
 JUAN.
 ¡Ay, Laura! o ay, Leonor! ¿Por qué camino
 a este monte veniste tan extraño?

LEONOR.

Críeme aquí; no es fuerza del destino,
sino de mis desdichas desengaño.
¿Qué puedo hacer? Seguir me determino
de Laura el nombre en su amoroso engaño.
¿Por qué el cielo le obliga o le castiga
en que le agrade tanto su enemiga?

JUAN.

Suceso extraño que a prenderte venga
y quede preso de tus bellos ojos;
mas porque vida yo, mi Leonor, tenga,
entenderás discreta sus antojos.
No hay vida que al poder no se detenga,
si a la hermosura quiere dar enojos;
que aunque todo a los reyes se sujeta,
es poderosa una mujer discreta.

Escribeme a Sevilla ocultamente,
pues no puede faltar. Laura, un villano,
y porque pueda ser secretamente,
te dejaré una cifra de mi mano;
entenderás las letras fácilmente,
porque tienes ingenio soberano,
con que sabrás de mí todos los días,
y yo del alma que en mi pecho fías;
que la vida que tengo aventurada
en tu servicio, espero para verte
como mereces, y que estés casada
con quien sepa servirte y merecerte.

LEONOR.

El verme de tus méritos amada
me olvida del peligro de la muerte;
ten memoria de mí, pues sólo vivo
con la esperanza que de ti recibo.

JUAN.

Yo seré monte, Laura, en la firmeza.

LEONOR.

Yo seré roca de la mar batida.

JUAN.

Yo, esclavo de tu angelica belleza.

LEONOR.

Yo, siempre a tu piedad agradecida.

JUAN.

Quíteme el Rey mil veces la cabeza.

LEONOR.

Ya desco perder por ti la vida.

JUAN.

¡Favor, piadoso Amor!

LEONOR.

¡Defensa, cielos!

JUAN.

Tus regalos me olvidan de mis celos.

SEGUNDA JORNADA

(Salen Doña LEONOR y Doña INÉS.)

INÉS.

Con razón, agradecida
estás a tu buena suerte.

LEONOR.

A los pies pone la muerte
los desprecios de la vida.

INÉS.

¡Con qué peligro y temor
del Rey estuve en la mano!

LEONOR.

¡Caso extraño que tu hermano
te cobrase tanto amor!

INÉS.

Si Pedro me conociera,
¡qué presto se le quitara!

LEONOR.

Por ventura, más te amara.

INÉS.

Yo le conozco; no hiciera.

LEONOR.

En fin, no pude librarme.

Dicha fué amarte, señora.
Cuando dice que me adora
me busca para matarme.

INÉS.

¡Oh, cuánto debo a don Juan!

LEONOR.

¡Gran piedad usó contigo!

Amarme el Rey es castigo
que sus crueldades le dan.

Perdido de un loco amor
voivió a Sevilla; yo, Inés,
escribo a don Juan después
que conocí su valor

más tierna y agradecida.

Esta carta le darás.

Inés, engañando a Bras,
de quien soy tan bien querida,
porque no deje de ir

si sabe el fin de mi intento.

INÉS.

Su amoroso pensamiento
me ha dado bien que reír.

¿No va en cifra?

LEONOR.

En cifra escribo,
asegurando el temor;

que también es guerra amor,
y entre mil contrarios vivo.

Dí que al momento se parta.

INÉS.

Yo se lo diré de suerte

que llegue sin ofenderte
a sus manos esta carta.

(Vase LEONOR. Sale BRAS.)

BRAS. ¿Celos a mí con Benito?
En verdad que es labrador
de entendimiento y valor.
Quiero ver si Laura ha escrito,
y fingir que de celoso
hoy a Sevilla me voy.

INÉS. Aquí esperándote estoy.
Bras lindo, Bras generoso,
Bras, de carboneros flor,
a quien ningún mozo iguala,
cuyo entendimiento y gala
mata las almas de amor.
Laura esta carta me ha dado,
que has de poner a don Juan
en su mano.

BRAS. No me dan
tan pocas leguas cuidado:
que por ella iré a la China.
Celos, si digo verdad,
¿tengo de ir a la ciudad
si Laura a don Juan se inclina?

INÉS. El Rey, cuando estuvo aquí,
como sin órganos vió
la iglesia, se los mandó.
Estaba don Juan allí,
y dióle el cargo de hacellos.
Laura, viendo que el lugar
los pide, y puede faltar,
escribe a don Juan por ellos.

BRAS. Toma, y parte luego, Bras.
INÉS. ¿Esto la carta contiene?
Eso no más. Menga viene;
no puedo decirte más

(Vase.)

BRAS. En el pecho deposito
la carta que el alma estima
y porque en ella se imprima
letra que su mano ha escrito,
y porque ésta no la vea.

(Sale MENGA.)

MENGA. Pues, Bras, ¿a Sevilla vas?
BRAS. ¿Quién te lo dijo?

MENGA. Quién más
tu pensamiento desea,

y aun pienso que ella te envía.
BRAS. Es burla que yo me voy
a Sevilla desde hoy;
que eres de otro y no eres mía.

MENGA. ¿Tú con Benito a mis ojos
hablalle y dalle favor?
Enfurecióse mi amor
de ver que le das enojos.

BRAS. No te vayas, que no hué
amor.

BRAS. Pues ¿no lo vi yo?
MENGA. Hué cólera que me dió
y, por vengarme, le hablé.

BRAS. No he de volver, Menga, más
al monte ni a la cabaña.
MENGA. Algún dimiño te engaña
para que me mates, Bras.

BRAS. ¡Suelta!
MENGA. ¿Mi amor no te obliga?
Pues si el tuyo me desprecia,
el cochillo de Lucrecia
me zampo por la barriga.
BRAS. Haz, Menga, lo que quisieres,
que yo a Sevilla me voy.

(Vase.)

MENGA. Hoy verás que ejemplo soy
de amores y de mujeres,
porque, si no las conoces,
hoy te desengañas bien.

(Sale INÉS.)

INÉS. ¿Qué es esto, Menga? ¿Con quién
son los enojos y voces?

MENGA. Fuése Bras de la cabaña;
sabe Dios si volverá;
que dice que le di celos,
y es muy cosquilloso Bras.
Quieren los hombres, Costanza,
gozar de su libertad,
y que las pobres mujeres
no la tengamos jamás.
Cuando ellos, como veletas,
a cualquier gusto se van,
nosotras, como tudescos,
no hemos de dar paso atrás.
A sus celos llaman honra;
a los nuestros liviandad;
pues de carne somos todos,
hijos de Esgueva y de Adán.
Son celos como unos hombres,

que andan siempre en murmurar
y no quieren que hablen dellos;
que es muy gentil necedad.
Pues que siempre los servimos,
y los parimos, que es más,
páguennos con buenas obras,
o llévelos Barrabás.

INÉS. Menga, no tengas temor;
Bras a un negocio se parte;
Laura quiere asegurarte
que Laura te tiene amor.

Ven conmigo, que en el prado
me dijo que te esperaba.

MENGA. De Laura segura estaba,
no me dió Laura cuidado;
que una mujer tan erguida
no ha de querer a un jumento.
Si hoy trata mi casamiento,
daréla el alma y la vida.

(Salen el REY, DON JUAN y DON FERNANDO.)

FERNANDO.

Yo he escrito, gran señor, a un gran privado
del conde don Enrique, y me asegura
de que doña Leonor, si no la esconde,
no es posible que viva con el conde.

REY.

Es mi desdicha que esconderse pueda
una mujer a diligencias tantas.

JUAN.

Dios libre su inocencia, pues agora
la misma causa que aborrece adora.

REY.

Don Juan, de mis tristezas solamente
hablando en Laura alivio el alma siente.
¿No es bellísima Laura?

JUAN.

Es de manera
que la negra oficina y carbonera
convierte, como el Sol, en rayos puros,
ámbares rojos y diamantes duros.

REY.

Haz, Fernando, que luego me apereiban
recado de la caza, y muy de espacio,
que me cansan cuidados del Palacio;
allí me quiero estar ocho o diez días.

(Vase.)

FERNANDO.

Yo voy.

(Vase.)

JUAN.

¿Qué me queréis, desdichas mías?
Pero ¿de qué me quejo, pues que puedo
ver mi Leonor sin que lo estorbe el miedo?

(Sale BRAS.)

BRAS. ¿Voto al sol, que me colé
hasta que topé con vos!

JUAN. ¿Oh, buen Bras!

BRAS. ¿Guárdele Dios
mil años a su merecé;

que por allá se rogía
que le tiene voluntad
(y ya veo que es verdad)
el Rey, y Laura decía

que por sus buenos servicios
le ha dado una condadura.

JUAN. Merced me hace, y me asegura
su amor con muchos oficios,

de que siempre me ha de honrar.
Pues, Bras, ¿a qué habéis venido?

BRAS. Una carta le he traído
aquí por todo el lugar,

que Laura quiso escribir,
y traigo la carta yo
aquí, señor, porque a no,
ella quisiera venir

por le hacer merced al cura.

JUAN. Esto es que le han engañado.

BRAS. Haberlos el Rey mandado
los muerganos asegura.

¿Pardiez!, que ha de haber pipos
pues como de Rey serán. [rro,
que en ellos el sacristán
suelte lindamente el chorro.

Luego pretendo enseñarme.

JUAN. ¿En la tecla?

BRAS. No, en los fuelles.

JUAN. ¿Oh, carta! ¿Oh, nema; que selles
cuanto bien quiso Amor darme!

"Señor mío: Amor me ha tratado de ma-
nera que siento más vuestra ausencia que la
muerte; vedue hoy en todo el día, porque fue-
ra deste bien no tengo qué esperar."

¿Qué bien la cifra ha sacado!
 ¡Oh, letras!
 BRAS. ¿La carta besa!
 ¡Brava santidad profesa!
 Mas como Laura ha tratado
 de los órganos de Dios,
 quiere besar el papel.
 JUAN. Quiero que veáis en él
 lo que tratamos los dos.

“Suplico a V. S. sea servido de hacer acordar a Su Majestad la necesidad que tiene esta iglesia de órganos: pues nos los mandó, mande que se envíen, que cada vez que se toquen se rogará a Dios por su salud.”

BRAS. ¡Pardiez que es buena mujer!
 Guélgome de haberlo oído.
 JUAN. Voy a responder.
 BRAS. Yo os pido
 brevedad en responder,
 que hay señor que tiene un año
 a un hombre sin escribir;
 aunque aquí el ver y el oír
 es de las vidas engaño.

¿Qué bravas tapicerías!
 ¡Qué pinturas tan hermosas!
 ¡Que estas salas espaciosas
 hagan tan breves los días!
 ¡Qué trápala de criados,
 que tantos son menester
 para dormir y comer
 y dividir los cuidados!
 ¿Qué de salas de justicia!
 ¿Quién duda que aquí la harán?
 Que no entrarán, ni podrán,
 aquí favor ni malicia.

¿Qué de soldados que vi
 llevar al Rey la comida!
 ¡Qué majestad tan temida;
 retrátase Dios allí!
 Pero noté con razón,
 viendo los platos pasar,
 que un hombre me hizo quitar
 la caperuza a un lechón,
 y dije: “Dichoso has sido,
 que en un muladar criado,
 en dos platos engastado
 vas, aunque asado, temido”.

El Rey es éste. ¿Qué haré?

(Sale el REY.)

REY. ¿No acabáis de prevenir
 en que me pueda partir?
 BRAS. Dénme su merced el pie
 que se hallare más a mano.
 REY. ¿Quién sois?
 BRAS. ¿Ya se le olvidó
 del que en el monte le halló?
 Es Rey: soy pobre villano.
 REY. ¿Sois criado de Laurencio?
 BRAS. Carbonero soy, señor;
 aunque con hato mejor,
 del monte me diferencio.

REY. ¿Como está Laura?
 BRAS. A la fe,
 como ella misma se está.
 REY. ¿A qué venistes acá?
 BRAS. ¿En el hato no lo ve?

Vengo de parte de Laura,
 que aun ella misma viniera,
 a que si nos ha de dar
 los órganos de la iglesia,
 como los ha prometido,
 los lleve en una carreta;
 que ya me dijo don Juan
 que habló con Su Reverencia,
 y que hoy me despachará.
 REY. ¿Órganos, yo?

BRAS. ¿No se acuerda?
 REY.

Laura debe de pedir
 alguna joya o preseña
 para vestido o tocado,
 y el villano el nombre yerra;
 pero como las mujeres
 mudan tantas diferencias
 de nombres a sus vestidos,
 también puede ser que sea
 órganos nombre de toca
 o alguna exquisita tela.
 Decid que yo haré saber
 esto; y pues voy a la aldea,
 haré también que se lleve.
 ¿Queréis otra cosa?

BRAS. Advierta
 su merced que he menester...
 REY. Decid: no tengáis vergüenza.
 BRAS. Unos buenos zaragüelles,
 porque ando, allá en nuestra tierra,
 enamorado estos días,
 y las galas son las señas
 en que las damas conocen
 la limpieza y gentileza.

REY. ¿Los zaragüelles son galas?
 BRAS. Hanme dicho muchas de ellas

que no hay cosa en que más miren.
 REY. ¿Es buena moza?
 BRAS. Muy buena;
 Y aun la ha visto su mercé.
 REY. ¿Cuándo?
 BRAS. ¿Ya se desmiembra
 de Laura, la de mi amo,
 aquella moza ojinegra
 que mata con embeleco
 y, pareciendo que ruega,
 después no se le da nada
 de que por ella se pierdan?
 REY. Muy buen gusto habéis tenido.
 BRAS. También hay hombres que sepan
 lo que es bueno, entre el carbón.

(Sale DON JUAN.)

JUAN. Aquí está el Rey. No quisiera
 que aqueste le hablara en Laura.
 REY. ¿Ni partida no se apresta,
 Don Juan?
 JUAN. Ya está todo a punto.
 REY. Mirad qué joya o qué tela
 llaman ahora en Sevilla
 órganos; que Laura bella
 me la pide con este hombre.

(Vase.)

JUAN. ¿Qué has dicho?
 BRAS. Dios me defienda
 de las cosas de Palacio.
 Dijo que nuestra aldea
 por los órganos me envía
 que el Rey le mandó a la iglesia.
 JUAN. Toma, y pártete de aquí
 y llévale la respuesta,
 y para ti aquesta bolsa.
 BRAS. ¿Qué hay dentro? ¿Qué poco pesa!
 JUAN. Oto es todo.
 BRAS. ¡Plega a Dios
 que no sea viento y parezca
 en la ostentación y el aire
 calabaza de poeta!
 Como acaba de cerrarla,
 tiene tan fresca la nema
 que muy bien la puedo abrir.
 La malicia villanesca
 no me deja sosegar;
 que no es posible que crea
 que no hay aquí algún engaño,
 y el Rey me ha dado sospecha.

Abro; pero ¿qué es aquesto?
 Estas no parecen letras,
 sino procesión de hormigas;
 ya caigo en la diferencia:
 el canto de órgano es,
 y éstas las señales negras;
 que, como vengo por ellos,
 quiere que lleve la muestra.
 Cierro, y métola en el pecho.
 ¡Ay, Laura! ¿Quién te pusiera
 como este papel, adonde
 sacaste el alma de Menga!

(Vase y salen BENITO y MENGÁ.)

BENITO. Y ¿qué? ¿Estás determinada,
 Menga, a no tenerme amor?
 MENGÁ. Fuéase aquel mi labrador,
 y así, estoy desesperada.
 BENITO. Cuando Menga quiere a Bras,
 ya no quiere Bras a Menga.
 ¡No vendrá cuando convenga
 ventura ni amor jamás!
 Cuando a Bras Menga aborrece
 por los celos que le da,
 luego a Benito apetece;
 que, como celosa está,
 que se venga le parece.
 Finge que le quiere más:
 pero, borrando lo escrito
 de los enojos de atrás,
 no quiere bien a Benito
 cuando Menga quiere a Bras.
 Este amor o desvario
 es juego de pasa pasa;
 pues, para desprecio mío,
 cuando Bras de amor se abrasa
 se muere Menga de frío;
 y para que nunca tenga
 descanso tanta porfía
 ni amor a las paces venga,
 por cualquiera niñería
 ya no quiere Bras a Menga.
 A tanto remifasol
 de amor, que los tiene así,
 yo vengo a ser facistol,
 porque todo para en mí,
 que nunca han llegado a sol.
 Querermé promete Menga
 en siendo Bras desleal;
 mas cuando a querermé venga,
 según me ha tratado mal,
 no vendrá cuando convenga.

Ya se cansan mis desvelos,
Menga, que es mucho rigor
estar pidiendo a los cielos
que, para tenerme amor,
se abraze tu amor de celos.

Quiere con ellos a Bras,
que yo, como desdichado,
no pienso quererte más,
porque no se han concertado
ventura ni amor jamás.

(Vase.)

MENGA. Parece que Amor enseña
a hablar a quien aborrece;
mas ¿qué mucho, si enternece
las entrañas de una peña?
Ya que Bras no me desdén,
y Laura con juramento
me ha dicho que no es su intento
darme celos ni temor,
parece que vuelve Amor
a esforzar mi pensamiento.

Vuélvete, Bras, de Sevilla,
vuelve a la cabaña, Bras;
Mengas dobles hallarás
del río en la verde orilla.
Mas yo soy Menga sencilla,
que tengo el alma en la luenga;
ven, que no puede haber Menga,
aunque es grande la ciudad,
que te trate más verdad
y que más amor te tenga.

Mas ¿cómo le llamo así?
¡Sabe Dios si volverá,
que, como celoso está,
quiere vengarse de mí!
Yo me chamusco por tí;
ven, que te tengo guardada
camisa, que más delgada
bien se la puede poner
el Rey con su gran poder,
pero no más bien labrada.

Yo te hice el cabezón
cuya labor verás clara
cuando laves de tu cara
las ofensas del carbón.
Así está mi corazón:
cuando vuelvas le verás.
Ya que en paz estamos, Bras,
diré lo que Bras a Menga:
"mala pascua y negra tenga
quien los revolviere más".

(Sale LEONOR.)

LEONOR. Muy bien has dado en holgar,
Menga, muy bien te entretienes;
basta, que te vas y vienes
hasta la cruz del lugar.

¿No miras que esas haciendas
están todas por hacer?

MENGA. A la fe que vengo a ver
si por una de estas sendas
viene, Laura, mi quillotro.
Celos, si digo verdad,
de Bras, que está en la ciudad,
es mi cuidado, y no otro;
que diz que ha de venir hoy.

LEONOR. Di a Costanza que la espero.

MENGA. Si tú le vieres primero,
di que esperándole estoy;
porque no siento horrible
que rebuzna por el prado,
cuando pienso que ha llegado,
ni pájaro mueve el pico,
cuando pienso que me llama;
que esto de amores ausentes
no es en mano de las gentes.

(Vase.)

LEONOR. Así lo dice la fama.

Yo también vengo a mirar
lo mismo que ésta desea,
aunque nuestro pensamiento
tanta diferencia tenga.
Pero ¿no es Bras el que baja
por aquella verde cuesta?
El es. ¿Qué dudo? ¿Qué pienso?
Aquí estoy. Llega, Bras, llega,
llega, que un alma confusa
entre mil dudas te espera.

(Sale BRAS.)

BRAS. ¿Eres tú, Laura?

LEONOR. Yo soy.

BRAS. ¿Es posible que te deban
los órganos del lugar
tanto cuidado y molestia?
Esta te escribe don Juan.

LEONOR. No es cuidado, sino pena
de ver, Bras, que te tardabas.

BRAS. ¿Luego tú sientes mi ausencia?

LEONOR. ¡Dios sabe si la he sentido!

BRAS. Aquí te escribe unas letras

para el órgano, don Juan;
dellas blancas, dellas negras:
lee, si música entiendes.

LEONOR. Parece que ha sido abierta
esta carta, y tú me adviertes
de que es verdad, dando señas.

BRAS. Como la truje en el pecho,
no te espantes de que sienta
el corazón tu memoria,
y de tu ausencia la pena.
Sudó el pecho con el fuego,
y enternecióse la nema,
y de eso está maltratada.

LEONOR. ¿Qué peregrina agudeza!

"Lo que deseabas se ha cumplido, pues el
Rey quiere ir esta tarde al monte. Llegaremos
poco después desta, donde el descanso de ha-
blarte me quite el cuidado de escribirte."

Yo he leído.

BRAS. Y ¿acertaste?

LEONOR. Quien sabe música, acierta
muy fácilmente estas cifras.

BRAS. Y ¿no podré yo saberlas?

LEONOR. Es un motete de amor,
que se canta en otra lengua.

BRAS. Después, que viene Benito.

(Sale BENITO.)

BENITO. Basta, que el Rey hace venta
nuestra casa.

LEONOR. ¿De qué modo?

BENITO. Ya su recámara llega:
la cocina ha entrado en casa,
y con no ser muy estrecha,
no podemos rebollirnos
cuantos estamos en ella.

Seis machos con asadores,
con ollas y coberteras;
Tres carros y seis borricos
con encharas y cazuelas.

LEONOR. ¿De espacio viene, a la fe!
Muy enhorabuena venga.
¿Viene don Juan de Velasco,
si sabes, con él?

BENITO. ¿Quién era
don Juan?

LEONOR. El que el otro día,
Benito, sirvió a la mesa
y dió la toalla al Rey.

BENITO. ¡Así, así! Ya se me acuerda.

Si por ése pescudáis,
yo le vi en un haca prieta
con más remiendos que un pobre.
¿Dices el haca, babieca,
o el caballero?

BRAS. ¿Qué buey
el caballero dijera?

(Sale DON JUAN.)

JUAN. Mientras el Rey y Laurencio
se entretienen, Laura bella,
vengo a besarte las manos.

LEONOR. Tú, Bras, la cuadra despeja,
y Benito a sacar vaya

las cosas de la despensa.
Siendo cosas de comer,
doyme por zampado en ella.
Hoy me como seis cabritos,
tres pavos, cuatro terneras,
pues de fruta de sartén
no ha de tragar en la fiesta
caperuzas la tarasca
como yo tortada y pellas.

(Vase.)

BRAS. No sé qué traigo en los ojos
de que Laura se recrea
con las cosas de Palacio:
pero ¿qué mucho, si trueca
humo de carbón por ámbar,
grosero sayal por tela?
Por lo menos, ya mi amor
con justos celos sospecha
que, pues órganos le pide,
que querrá tocar la tecla.

(Vase.)

JUAN. Ausencias, peligros, muertes,
bella Leonor, tus memorias
convierten en dulces glorias:
echadas están las suertes.
Así, mis penas diviertes
para bien o para mal:
pero adonde el bien es tal
que el mismo mal enriquece,
hasta la muerte parece
que es remedio celestial.

Del mismo Rey que no[s] sigue
sangre tenemos los dos:
podrá ser que quiera Dios

que tanta impiedad mitigue
y que su crueldad obligue
a templar su condición;
si no, la misma razón
me obliga a morir penando;
que, quien sirve confiando,
cumplió con su obligación.

LEONOR. Después que tanta piedad
me dió cuidados de amor,
y a tu gallardo valor
incliné mi voluntad,
sin hallar dificultad
en la vida ni en la muerte,
propuso el alma quererte,
y fué con tal confianza,
que no perdí la esperanza,
don Juan, de volver a verte.

En grande peligro estoy:
quien me sigue es Rey cruel,
es mi hermano, y no sé dél,
y él no sabe que yo soy
quien tanta pena le doy;
de suerte que soy agora
de su libertad señora.

Quien me sirve me maltrata,
quien me da vida me mata,
quien me aborrece me adora.

Pero de cualquiera suerte,
de suerte en mi alma estás,
que no he de volver atrás
si viese el paso a la muerte;
que la razón de quererte,
de los peligros me olvida,
no hay temor que no despidas,
la pena convierte en gloria
y hace dulce la memoria
de perder por ti la vida.

(Salen LAURENCIO y el REY.)

LAURENCIO. Aquí está Laura, señor.

REY. ¡Laura hermosa!

LEONOR. ¡Merced tanta,
a la fe, señor, que espanta!
Dadnos, por tanto favor,

REY. los pies a mí y a mi tío.
Levantaos, no estéis así;
mirad que me trujo aquí
vuestra buena gracia y brio.

Seamos amigos ya,
tratémonos con llaneza.

LEONOR. Dícenme que Vuestra Alteza
conmigo enojado está.

REY. ¿Con vos? ¿Por qué?

LEONOR. Bien sé yo

que en mi vida se la di;
la desdicha en que nací,
sospecho que se la dió;
como si en lo que es nacer
tuvieran las gentes culpa.

REY. Vuestra hermosura os disculpa,
que es reina de más poder.

Para igualar al amor,
los nacimientos no importan;
que a la medida se cortan
del gusto, y no del valor.

LEONOR. Seré la primer mujer
que, por tenerle tan alto,
de dicha le tengo falto.

REY. Alto puede el vuestro ser.

LEONOR. Si en este monte nací,
¿qué más alto nacimiento?

REY. ¡Qué donaire!

JUAN. Entendimiento
tiene.

LAURENCIO. Ven, Laura, de aquí;
que te metes en honduras
con el Rey, y podrá ser
que te vengas a perder.

REY. Laura, si mi bien procuras,
el que te tengo agradece.

LEONOR. ¿Su Alteza me tiene amor?

REY. Que no puede ser mayor.

JUAN. Laura, señor, lo merece.

LEONOR. Pues deme palabra aquí
que nunca me ha de hacer mal.

REY. Doyte mi palabra real.

LEONOR. ¿Hará lo que dice?

REY. Si.

LAURENCIO. Vamos, Laura, no seas loca.

LEONOR. Voy, tío.

LAURENCIO. Perderte quieres;
que las más de las mujeres
se han perdido por la boca.

(Vanse.)

REY. Don Juan, esta noche quiero
ver a Laura, disfrazado;
que el mucho amor me ha cansado
deste humilde carbonero.

La noche es acomodada
a toda invención de amor.

JUAN. Yo he visto a Laura, señor,
para servirte inclinada.

REY. Tanto mis rigores precio,

que, por no ver sujetarme,
quisiera poder librarme
de un pensamiento tan necio.

(*Vanse y salen BENITO y MENGÁ.*)

MENGÁ. En tu vida te acontezca
pedir palabra a mujer
de que te pueda querer,
cuando otro bien le parezca.

Esto de la voluntad,
como el alma viene escrito;
nunca te quise, Benito:
celos no tratan verdad.

Agora que Bras me adora,
eso craro, soy de Bras.

BENITO. Más perjudicial estás
que si huera perra mora.

¿Tú no me dijiste un día:

"Benito, tú eres mi bien",

y yo te dije también:

"Tuyo soy, si tú eres mía"?

¿Quién te ha dicho mal de mí
y de mis gracias?, que creo
que en ser humilde me empleo,
y nunca soberbio fui.

Mas mira que te ha engañado
Bras, y que a esa Laura adora,
porque yo le he visto agora
acecharla por el prado;

y de noche sé también

que la ventana le ronda.

MENGÁ. El mirar tu envidia bonda
saber que le quiero bien;

mas préstame tú un vestido,

y no podrá conocerme,

y podré verle sin verme.

BENITO. Mi dominguero el illoido,

aqueste puedes llevar.

MENGÁ. Si él ronda a Laura, Benito,

del pensamiento le quito

y te pongo en su lugar.

BENITO. Ven, y verás que no soy

mentiroso.

MENGÁ. Si me aburro,

de un golpe le despachurro;

¡lindo cachete le doy!

(*Vanse y salen el REY y DON JUAN, de noche.*)

REY. Llega a la ventana, y di
que quiero hablarla.

JUAN. Yo llevo.

¡Oh, terribles ocasiones
de amor, de muerte y de celos!
Celos, ¿qué me aconsejáis,
que nunca dais buen consejo?
Pero en los forzados males
es fuerza tomar acuerdo:
que para solas las dudas
se consultan los remedios.
Llego a la puerta: Amor sabe
de la manera que llevo.
Laura, Laura.

(*Sale LEONOR.*)

LEONOR. ¿Quién me llama?

JUAN. Un favor fuera de tiempo,
una dicha desdichada
y un perdido en el remedio.
El Rey, Leonor, quiere hablarte;
ya sabes que el rey Don Pedro
sobre cabezas de amigos
pone espadas en cabellos.
¿Qué le diré?

LEONOR. Que me hable;
que yo tengo entendimiento
para dilatar los plazos
de las dudas al deseo.

JUAN. ¿Que te hable?

LEONOR. Pues ¿qué quieres?
¿No es mi hermano?

(*Sale BRAS, armado graciosamente.*)

BRAS. A verte vengo,
gloria de mis ojos, Laura,
por ver si descansa el pecho.
Gente hay a la puerta: un hombre
saltó del umbral, ligero,

a hablar con otro a la esquina:

¡es ésta Laura, yo muero.

¡Laura, Laura, no te escondas!

LEONOR. No me escondo, que no tengo
ocasión para esconderme.

BRAS. ¡Ay, Laura, los palaciegos
desasossegados traen
tus villanos (4) pensamientos!
¿Con quién hablabas agora?

LEONOR. ¿Yo hablaba?

BRAS. Pues ¿no te vieron
estos ojos, que de un turco,
que no de los tuyos, negros.

(4) *E: villanos.*

fuéran esclavos, ¡amén!
 hablar con uno de aquestos?
 JUAN. Llegó, señor, un villano
 destos viles carboneros,
 cuando yo hablarla quería.
 REY. ¿No le echaremos del puesto?
 JUAN. No, que será alborotar,
 y que te conozcan temo;
 demás, que es dar ocasión
 a que la encierre Laurencio.
 REY. Pues ¿éstos me han de quitar
 mi gusto?
 JUAN. Pienso que presto
 le echará Laura de aquí.
 LEONOR. No te vayas, que sospecho
 que éstos me quieren hablar.
 BRAS. Tengo a sus espaldas miedo.

(Sale MINGA, de hombre, con espada y broquel.)

MINGA. Guardando la oscura noche
 mis pasos y mis deseos,
 a ver si ronda mi Bras
 a Laura, celosa vengo.
 Muchos nombres les han dado
 a los celos, mas sospecho
 que nadie los llamó pulgas,
 siendo mejor pensamiento;
 cuando están más desuendados,
 causan más desasosiegos;
 allí pican, allí comen,
 y nadie puede cogerlos.
 Linda señal me han dejado;
 mas yo les pondré los dedos
 de suerte que no se alaben
 de la señal que me han hecho.
 ¡Voto al sol, que están allí
 hablando los dos!

JUAN. No creo
 que ha de lograr Vuestra Alteza
 esta noche su requiebro.

REY. ¿Cómo?

JUAN. Vienen muchos mozos,
 que todos andan con celos,
 como hay tan hermosas mozas
 en servicio de Laurencio.

MINGA. Quiero llegarle a acechar.

BRAS. ¡Ay, Laura, cuánto te quiero!

MINGA. "¡Ay, cuánto te quiero!", dijo;
 ¡por las tripas se la espeto!

(Dale un cintarazo.)

BRAS. ¡Ay, que me matan!
 MINGA. ¡Mentís,
 que fué con la vaina, perro!
 Pero meted luego mano.
 LEONOR. ¡Qué buena ocasión, ay cielos,
 para alborotar la casa!
 (Andan a cachetes los dos.)
 BRAS. ¡Ay, que me matan!
 LEONOR. ¡Laurencio,
 Benito, Silvio, Pascual!...

(Salen LAURENCIO, BENITO, PARRADO y otros.)

LAURENCIO. ¿En mi casa? ¿Qué es aquesto?
 JUAN. Vamos, señor, que no puedes
 estar aquí.
 REY. Volveremos
 cuando se hayan sosegado.

(Vanse.)

BENITO. Bras es, que estaba riñendo.
 PARRADO. Con alguno de Palacio
 debe de ser.
 LAURENCIO. Mirad presto
 quién es.
 MINGA. Yo soy; Menga soy.
 PARRADO. Pues, Menga, ¿tú con briviescos?
 BENITO. Sí, que yo se los presté.
 LAURENCIO. ¡Buena anda mi casa! Creo
 que Laura ha de ir a Sevilla
 a entrarse en un monasterio.
 Y tú, borracho, ¿en qué andas?
 BRAS. Yo, señor, ¿qué culpa tengo?
 Menga viene a acuchillarme.
 LAURENCIO. Ella es Bras, y tú eres Mengo;
 entra, que quiero encerrarte;
 que a Laura yo le prometí
 que no esté más en mi casa.

(Vanse.)

PARRADO. Menga, el rondar era cierto.
 MINGA. Pregúntalo al coscorrón
 que le di en el pesterejo.

(Vase.)

PARRADO. Vamos, Benito, a dormir.
 BENITO. ¿Bostezas?
 PARRADO. Todo me duermo.

TERCERA JORNADA

(Salen Doña LEONOR y Doña INÉS.)

LEONOR. Después que el Rey se partió,
estoy con mayor cuidado.

INÉS. Con razón, pues enojado
con Vuestra Alteza salió.

LEONOR. Juróme (5) cuando partía,
que había de enviar (6) por mí,
porque me dijo que aquí
muchos contrarios tenía.

Dice que quiere llevarme
al Alcázar; mira, pues, (7)
qué remedio habrá después
de ser fuerza declararme.

Y asimismo, que en Castilla
me busca para prenderme,
y que procura tenerme
enamorado en Sevilla. (8)

Por la cifra le advertí
a don Juan que venga luego;
que no duermo ni sosiego,
tú pienso que estoy en mí.

Mire lo que quiere hacer;
que pienso (9) yo que a su imperio
no habrá oculto monasterio
en que (10) me pueda esconder.

Es notable su crueldad;
pues ¿cómo será si entiende
que le engaña?

INÉS. Bras deciendo,
que hoy llegó de la ciudad.

(Sale BRAS.)

BRAS. Impedido. Laura hermosa,
de Laurencio, no te hablé
luego que al monte llegué,
y porque Menga, celosa,
ha dado en andar tras mí.

LEONOR. ¿Tráesme (11) respuesta?

BRAS. No;
que todo cuanto pasó
quiero referirte.

LEONOR. Di.

(5) E: dixome.

(6) Ms.: ymbiar.

(7) E: a Sevilla, mira Ines.

(8) Ms.: Siuilla, ocurre otras veces. E: Falta esta redondilla.

(9) E: que bien sé.

(10) E: donde.

(11) E: y tráesme.

BRAS.

Llegué vispera del día
que la más valiente obra
que hizo Dios por su amor
celebra, Laura, su Esposa;
entré en Palacio, y no pude
hablar a don Juan a solas;
que los porteros y guardas,
puesto que lo (12) vi, me estorban.
Acordéme entonces, Laura,
que con la más poderosa
majestad, en todo tiempo
cualquiera pobre negocia:
que es ver un rey como Dios
abiertas las puertas todas
para cuantos van y vienen,
sin que de nadie se esconda.
¿Dirás tú que cómo habla
un rústico de estas cosas?
Amor me ha enseñado, Laura,
que labra las piedras toscas.
Después que al monte venistes, (13)
hasta las almas son otras;
y no es mucho, si eres cielo,
que nuevas almas nos pongas.
Mucho aciertan (14) los que tratan
con los sabios, Laura hermosa, (15)
que enseñan los que no saben,
y a los que saben mejoran.
Amaneció, finalmente,
bañada en jazmín y rosa,
para más gloria del día, (16)
la blanca y rosada aurora.
Acordéme entonces, Laura,
de cuando de (17) humilde choza
sales a dar luz al día,
y al campo, menudo aljófár;
porque he visto yo tu pie
volver maravillas rosas (18)
los más humildes vallijos (19),
y (20) inútiles amapolas.
Juncia, espadaña y mastranzo (21)

(12) E: le.

(13) E: veniste.

(14) E: ganan.

(15) E: con sabios Laura dichosa.

(16) E:

*desterrando negras sombras
bañada en jazmín del día*

(17) E: cuando de tu.

(18) E: rojas.

(19) E: vallicos.

(20) E: Falta y.

(21) E: mastranços.

servía (22) al suelo de alfombras;
de telas y terciopelos
toda ventana se entolda;
por sus arcos que (23) adornaban
naranjos con verdes hojas,
entre cuyo azahar pendían
ya limones, ya toronjas;
de las damas de Sevilla
mil serafines se (24) asoman,
donde la hermosura y gala
compiten artificiosas.
En mirar calles, ventanas,
altares, paños, historias
y pinturas que adornaban,
se me pasaron dos horas. (25)
Al salir la procesión,
las altas campanas tocan,
en un pirámide puestas,
que con los cielos (26) abordan;
yo pensé que se venían
de su máquina redonda
los dos polos a la tierra,
así (27) tocaban sonoras.
Atabales y trompetas
alegremente pregonan
que sale en público el Rey,
en su dorada carroza: (28)
púseme sobre las gradas,
de donde todos me arrojan,
porque un hombre mal vestido
en cualquiera parte estorba.
En fin, subiendo (29) en dos piedras
veo con célebre (30) pompa
la ordenada procesión,
que las dos márgenes toma,
acompañaron gigantes
las andas de San Cristóbal,
santo que supo ensanchar
las puertas del cielo angostas;
los gigantes, que parecen
a personas perezosas,
que otros los llevan y arriman

(22) *E: servían.*

(23) *E: por sus cercos.*

(24) *E: Falta se*

(25) Faltan este verso y los tres anteriores en el manuscrito.

(26) *Ms.: cuellos.*

(27) *E: que así.*

(28) Este verso, y los tres anteriores, están en el *Ms.* inmediatamente antes de *las altas campanas tocan.*

(29) *E: subido.*

(30) *E: veo con solene.*

adonde se les antoja.

Luego, varios estandartes
al aire manso tremolan,
jugando en los tafetanes
oro, cordones y borlas;
tras ellos, en sus lugares,
las cruces de las parroquias,
adonde la competencia
hizo invenciones curiosas. (31)
Discurriendo a todas partes,
las danzas pasan y tornan,
ya de galanes y damas,
y ya de moros y moras,
con lazos, con toqueados,
con palos que nunca aflojan,
invención original
de las danzas labradoras;
otros tras ellos (32) venían
que, con las espadas rotas,
vestidos de lienzo y randas,
lucen más a menos costa.
¡Buena gente para amigos,
que danzan a todas horas
con las caras descubiertas,
sin máscara de lisonja!
Luego vi, Laura divina,
las Ordenes religiosas,
con sus cruces y sus capas,
que de mil historias bordan;
los canónigos también,
y el santo arzobispo, forman,
con la demás clerecía,
Laura, una triunfante Roma.
Aquí la música deja,
puesta en concertada solfa
la castellana poesía,
la región del aire absorba;
con varas de plata y oro,
los Veinticuatros, señora,
con un paño de brocado,
entre mil blancas antorchas,
llevaban el edificio
de la divina custodia,
arca del Cordero santo,
pasto, pastor, altar y hostia. (33)
Venía el feroz don Pedro,
con una encarnada ropa,
de leones de oro bordada,

(31) Faltan este verso y los siete anteriores en el *Ms.*

(32) *E: tras estos otros.*

(33) *Ms.: Faltan este verso y los veintitrés anteriores.*

que armiños blancos aforran;
 un cirio en la diestra mano,
 y en la otra, una espada corta;
 una gorra de Milán
 con dos plumas, blanca y roja;
 grave y valiente el semblante,
 pálido el color, la boca
 cubierta de poca barba:
 visto le has, las señas sobran;
 la majestad en los ojos,
 la grandeza en la persona,
 diciendo que a sólo Dios
 puede ser que reconozca. (34)
 Cerca de él, entre Toledos,
 Guzmanes, Laras, Mendozas,
 Velascos, Girones, Cerdas,
 Enríques, Cárdenas, Rojas,
 Padillas, Zúñiga, Osorio,
 con Sandoval y Borjas,
 Córdoba, Cabrerías, Silvas,
 Pimenteles y Cardonas, (35)
 venia don Juan bienquisto,
 pues el aplauso me informa;
 busquéle la (36) misma noche,
 sucediendo al sol la sombra;
 halléle triste y suspenso; (37)
 dile la (38) carta, y leyóla,
 y por respuesta me dió,
 entre mil tiernas congojas,
 que él vendría a verte Laura;
 que es mucho en palabras pocas.

LEONOR. ¿Si podré disimular (39)
 celos en tan grave (40) pena?
 Mas vete, que gente suena;
 después podremos (41) hablar.

BRAS. Voyme, que quiero aplacar
 los justos celos de Menga

(Vase.)

LEONOR. Sólo esperar (42) a que venga
 puede obligarme a callar.

(34) Ms.: Faltan este verso y los once anteriores.
 (35) Ms.: Este verso, y los cinco anteriores, quedan reducidos a dos:

Lunas, Zúñigas y Enríquez
 Cardonas, Padillas (Roxas, tachado) Bor-
 jas.

(36) E: busquele esta.
 (37) Ms.: Faltan este verso y el anterior.
 (38) E: dile tu.
 (39) E: quien podrá disimular.
 (40) E: grande.
 (41) E: podemos.
 (42) E: aguardar.

(Sale DON JUAN.)

JUAN. Quedaos todos allá fuera.
 LEONOR. ¿Si es éste don Juan?
 INÉS. El es.
 LEONOR. De verle tan triste, Inés,
 toda la sangre me (43) altera.
 JUAN. Sabe el cielo que quisiera
 morir antes que venir
 adonde es fuerza el decir
 que vengo al mejor (44) pesar
 que se puede imaginar,
 pues es mayor que morir.
 Mira tú qué puede ser
 de verme en tan triste calma,
 si no te lo ha dicho (45) el alma,
 que lo debe de saber.

LEONOR. ¿Venisme (46) acaso a prender?
 ¿Sabe el Rey quién soy? ¿Porfía
 en verter (47) la sangre mía?
 Lévame (48) si esto encareces;
 porque librarne (49) dos veces
 fuera mucha cortesía.

Alí el alma me prendiste,
 dejando (50) el cuerpo, don Juan;
 sin la mano (51) le querrán:
 troquemos la que me diste.
 Basta el tiempo que tuviste
 el alma y la libertad. (52)
 Di, Velasco, a tu piedad
 que el alma me restituya;
 que morir con alma tuya
 fuera notable crueldad.

Es tal de mi amor la palma
 que por ti muriendo (53) espero,
 que aun para morir no quiero
 que esté presente tu alma.
 ¿Qué miras? No estés en calma;
 si cuando el alma te di
 la tuya me diste a mí, (54)
 hoy a destrozarla vengo,
 porque, si tu alma tengo,

(43) E: se.
 (44) E: mayor.
 (45) E: si no te lo dice.
 (46) E: venisme.
 (47) Ms.: a verter.
 (48) E: matame.
 (49) E: solterme.
 (50) E: soltando.
 (51) E: sin alma no.
 (52) E: voluntad.
 (53) E: que muriendo por tí.
 (54) E: alí.

JUAN. no te mate el Rey en mí. (55)
No sabe el Rey lo que piensas;
mas antes piensa, engañado,
vengarse, determinado
de tus notables ofensas:
donde no tengas defensas.
me manda, Leonor, llevarte;
mira tú si será a parte (56)
donde no haya resistencia. (57)
y puede haber más violencia. (58)
desde forzarte a matarte.

A su alcázar me mandó
que te llevase, atrevido
de amor; que ningún olvido
contra su rigor bastó.
Templarle pensaba yo, (59)
no le pudo aprovechar; (60)
y si de Amón y Tamar
habéis de imitar la historia,
máteme aquí la memoria
antes que llegue el pesar.

LEONOR. Al (61) mal que me prometia
de consuelo me ha servido
que no me haya conocido,
que es sólo lo que temia.

JUAN. Pues ¿puede, señora mía,
ser mayor mal?

LEONOR. Diferencio
la muerte, porque el silencio
es padre de los engaños,
hoy (62) remediará mis daños
la discreción de Laurencio.

JUAN. El viene.

(Sale LAURENCIO.)

LAURENCIO. Y vengo sin mí,
de ver, don Juan, estos hombres.

LEONOR. Padre amado, no te asombres:

(55) E: por mí. Atajada esta décima en el Ms.

(56) E: Falta a.

(57) Ms.: Antes de donde, tachado no. E: donde muestre su rigor.

(58) Ms.: Tachado y puede aver mas; encima, de letra y tinta diferentes: para pasar su. E: y mira qual es mayor.

(59) Ms.: Tachado pensava yo; encima, de letra y tinta diferente, intentaba yo. E: divertirle intenté yo.

(60) Ms.: Tachado este verso, y encima, de letra y tinta diferentes: y no le pu (so, tachado) de atajar. E: no le pude sossegar.

(61) E: cl.

(62) E: y.

mi remedio estriba en ti. (63)
Don Juan, que viene por (64) mí,
es quien allá me libró, (65)
que el Rey no me conoció;
antes, por no conocerme,
quiere a peligro ponerme (66)
de (67) decirle que soy yo.

JUAN. Laurencio, el Rey, engañado,
a su misma hermana adora;
no vengo por ella agora,
aunque vengo acompañado:
vengo a servirle forzado,
y a buscar si habrá ocasión
que estorbe mi confusión.

LAURENCIO. Muy fácil.

JUAN. ¿Muy fácil?

LAURENCIO. Sí.

JUAN. ¿De qué suerte?

LAURENCIO. Escucha.

JUAN. Di;
milagros del Amor son. (68)

LAURENCIO. Huir iuera, en su rigor,
volver contra ti la espada:
di que la hallaste casada
con un pobre labrador
y, teniendo su justicia,
no te atreviste a traer
al Rey la ajena mujer.

JUAN. Bien dices, porque él codicia
que a nadie fuerza se haga,
mayormente en el honor;
porque en esto, el más señor
cualquier agravio le paga.

Pero ¿cómo fingirás
que la casas?

LAURENCIO. Yo sabré
ocultarla (69) y la pondré
donde no la vea más.

JUAN. Parto a Sevilla.

LAURENCIO. Camina.

JUAN. Adiós, Laura.

LEONOR. Adiós, don Juan.

(63) Ms.: Intercalado, de letra y tinta diferentes: mi remedio bue en ti.

(64) E: que adoraba en mí.

(65) Ms.: o es quien ella (sic) me libra; tachado o: ella, tachado, y encima, con letra y tinta diferentes: a mí; sobre la o de libra, enmendado o.

(66) Ms.: Intercalado, de letra y tinta diferentes: sera fuerza resalberme.

(67) Ms.: Enmendado a sobre de.

(68) E: Falta este verso.

(69) E: esconderla.

tiempo! ¿Qué intentas de mí?

LAURENCIO. Sobrino, adiós.

BRAS. Por aquí
me voy, haciendo el canario.

(Canta.)

Por aquí, por aquí, por allí,
anda la niña en el toronjil;
por aquí, por allí, por acá,
anda la niña en el azahar. (88)

(*Íanse, y sale el REY y DON FERNANDO.*)

REY. No pienso en todo el verano
volver, Fernando, a Castilla.

FERNANDO. ¿Parécete bien Sevilla?

REY. No es el dejarla en mi mano.

FERNANDO. Ya conozco la ocasión.

REY. Don Juan espero que venga. (89)

FERNANDO. No hay nave a quien no detenga
la arrogante presunción
con que, altiva, a obedecer
las olas del mar enseña
si una rémora pequeña
se la llega a detener. (90)

REY. A (91) la belleza, Fernando,
no puede haber resistencia,
porque, en habiendo violencia,
se va el amor aumentando.

¿Quién dijera que podía
tener queda mi (92) severa
condición la carbonera
de un monte de Andalucía?

Ya me alegra y me acongo-
fuego sus extremos dan: ¡a; (93)
como en Sicilia (94) volcán,
nieve entre llamas arroja. (95)

Con la propiedad que tiene,
mi condición ha templado.

FERNANDO. Don Juan, señor, ha llegado.

REY. Triste viene.

FERNANDO. Y solo viene.

(88) Ms.: Faltan estos cuatro versos.

(89) E: No ay cosa que me entretenga.

(90) E:

una remora pequeña.

RE. Notables las suele aver.

(91) E: y a.

(92) E: tener tal ni tan.

(93) Ms.: ya me aflige y me congoja.

(94) Ms.: Sicilia.

(95) E: viene por llamas arroja. Ms.: Atajada
esta redondilla.

(Sale DON JUAN.)

JUAN.

Llegué, señor, al monte
al tiempo que a la mar el sol quería
bajar por su horizonte
y la noche parece que salía
de aquellas carboneras
con más horror que de sus sombras fieras,
y apenas el (96) caballo
llegó a las a las puertas (97), cuando al sol con-
rústicos bailes hallo; [forme
y antes que la ocasión lo que es me informe,
la hermosa Laura veo
casada, e (98) imposible a tu deseo.

Al lado de un villano
ocupaba lugar en una silla,
y él, con su indigna mano,
la que tuviera el cetro de Castilla
si fuera igual contigo.
¿Qué es esto?, a voces a Laurencio digo,
“que se casa (99), responde,
Laura con Bras”; y yo replico (100) airado:
“Pues ¿cómo, cuándo o dónde (101)
un monstruo con un ángel se ha casado?” (102)
y con desenvoltura

me replicó (103): “Pregúnteselo al cura”.

Quise sacar la espada,
pero con el temor de tu justicia,
y que es mujer casada
y ellos no te ofendieron de malicia,
me reporté, callando
mi embajada, y tu amor disimulando.

Si casada la quieres,
sacada de los brazos de un villano,
como a mañana esperes,
aunque gozada (104), la tendrá tu mano;
que de cortar (105) las leyes
a sólo Dios darán cuenta los reyes.

REY.

Vos sois un majadero.

(96) E: del.

(97) E: baxo a la puerta.

(98) Ms.: y.

(99) E: casó.

(100) E: respondi.

(101) Escrito donde, de letra y tinta diferentes,
después de como (repetido por error) tachado.

(102) Ms.: se a criado.

(103) E: respondi.

(104) Ms.: Escrito gozada, de letra y tinta dife-
rentes, encima de fazada, tachado.

(105) E: que de ir contra.

un bachiller muy necio, y para poco, pues (106) cuando a Laura espero, cansado de esperar y de amor (107) loco, sin ella habéis venido, de mi recta justicia defendido. (108)

Lo que han de hacer los reyes me dice, muy feroz, por consolarme, en honra de las leyes.
¡Solo faltó, Fernando, predicarme disculpando al villano que, sabiendo mi amor, le dió la mano! (109)

Donde se ve tan clara la malicia de aquestos carboneros, ¿cual hombre no sacara en la (110) defensa mía los aceros, de mi ofendido gusto sin reparar en si era el acto justo? (111)

Yo iré en persona al monte, y haré venganza (112) en ellos de manera que todo su horizonte arda en mi fuego la (113) canalla fiera.
¡Bárbaros, viles, perros, atrevidos, perdiendo voy por Laura los sentidos!

(*Táanse el REY y DON FERNANDO.*)

JUAN.

Ya pensé que llegaba, Leonor, el corto plazo de mi vida: (114) contenta el alma estaba para darte la vida, agradecida al peligro en que has puesto, por estimar mi amor, tu pecho honesto.

Si le dices quién eres, ha de matarte el Rey; si no lo (115) dices, ¿qué puede haber que esperes, si su resuelto gusto contradices?

Todo remedio es vano:
¡Rey enemigo, enamorado hermano!

Iré a morir con ella;

(106) *Ms.*: Antes de *pues*, tachado *cuand*.

(107) *E*: *amar*.

(108) *E*: *prevenido*.

(109) *E*: *Falta esta sextilla*.

(110) *E*: *para*.

(111) *E*: Estos dos versos dicen:

castigando al villano

que sabiendo mi amor la dio la mano

y son los mismos finales de la sextilla anterior, suprimida.

(112) *E*: *yo haré castigo*.

(113) *E*: *arda con mi rigor*.

(114) *E*: *Desmora el plazo último a mi vida*.

(115) *Ms.*: *le*.

dejarla no es razón en tal desdicha.
Aguarda, Leonor bella, que en las desdichas es la mayor dicha hallar quien de una suerte, si amó la vida, acompañó la muerte. (116)

(*Pase y sale BENITO y MENGÁ.*)

MENGÁ. ¿Qué me dices?
BENITO. Esto pasa.

MENGÁ. Advierte, Benito amigo, que no mientas.

BENITO. Soy testigo de que con Laura se casa.
Anoche fuera la boda consumida hasta no más a no haber andado (117) Bras hablando (118) a la aldea toda.

MENGÁ. Convidará a los amigos si es el casamiento cierto. (119)
No es esto.

BENITO. Pues ¿qué?
Un concierto en que es (120) menester testigos: mándale Laura probar que es cristiano.

MENGÁ. ¿Para qué?
BENITO. Clausula dicen que hue (121) que no se puede casar

con quien no fuere cristiano; que lo dejó por asiento su padre en su atestamiento (122) con persino de escribano.

MENGÁ. Cristiano viejo dirás.
BENITO. Quien la ley (123) de Dios no quiere para cristiano le suebra. [bra, que el tiempo da lo demás;

con esto habemos jurado Chaparro, Turibio (124) y yo.

MENGÁ. Mentistes (125) todos.

(116) *Ms.*: Atajadas esta sextilla y las dos anteriores. Al margen, verticalmente, de letra igual a las correcciones anteriores: *todos te buscan y te ynfaman todos*.

(117) *E*: *a no andar combidando Bras*, sic.

(118) *E*: *de espacio a la aldea toda*.

(119) *E*:

MEN. *Combídara los amigos si es el matrimonio cierto*

(120) *E*: *en que ha*.

(121) *Ms.*: *clausula dicen que fue*.

(122) *Ms.*: *su padre en el testamento*.

(123) *Ms.*: *quien la luz*.

(124) *E*: *Parrado, Domingo*.

(125) *Ms.*: *Añadido y sobrepuesto el tes de mentistes*.

BENITO. Yo no.
 MENGA. Hombre que palabra ha dado
 a una mujer, y con otra
 se casa ¿es cristiano?

BENITO. Advierte
 que la palabra es más fuerte (126)
 si el matrimonio en quillotra. (127)
 Y a ti (128), ¿qué te debe Bras?

MENGA. Luego ¿no me ha pecilgado? (129)

BENITO. No por eso está obligado,
 no habiendo pasado más.
 ¿No has visto un plato que lame
 un paje cuando le lleva,
 y en el camino le prueba?
 luego no es bien que se llame
 hurto.

MENGA. Pues ¿qué?

BENITO. Golosina. (130)

MENGA. ¿Qué buen alcalde!

BENITO. Es mal trato. (131)
 hacerle pagar el plato
 por lamerle en la cocina.

MENGA. Tú, ¿qué juraste por él?

BENITO. Que agua bendita tomaba,
 que oía misa y que rezaba
 y que una vez fui con él
 y trujimos para el cura
 una carga de carbón.

MENGA. ¡Buenos privilegios son!
 Tal te dé Dios la ventura.
 Mas vete, que viene aquí; (132)
 yo me entenderé con él.

(126) Ms.: fuerte.

(127) Ms.: si el matrimonio quillotra.

(128) E: y así.

(129) Ms.: pellizcado.

(130) Ms.: Dice esta redondilla:

[BEN.] No has visto un paje que lleva
 un plato desde la messa
 coger, si puede, una pressa,
 y no es urto, aunque la prueba.
 Pues que será?

MEN.

BEN.

Golosina.

Se enmendaron y tacharon después estos versos, con
 la misma letra de las correcciones anteriores, quedando así:

No has visto un paje que lame
 un plato, quando le lleva;
 no le come, bien le prueba,
 y así no es bien que se llame
 urto.

MEN.

BEN.

Pues que.

Golosina.

(131) E: rato.

(132) Ms.: vete porque viene aquí. Faltan las dos
 redondillas anteriores.

BENITO. Todo lo que dije dél
 es por vengarme de ti. (133)

MENGA. Estoy enojada agora;
 háblame después.

BENITO. Si haré.
 (Vase BENITO y sale BRAS.)

BRAS. No dirá Laura, a la fe,
 que vengo de alcuña (134) mora.
 Ya la probanza está hecha;
 ya está todo (135) concluido.
 Menga es ésta; el diablo ha si-
 [do (136)]
 si el casamiento sospecha.

MENGA. ¡Oye, callabero! (137)

BRAS. ¿A quién?

MENGA. Pues ¿no ve que con él habro?

BRAS. No es callabero (137) vocabro
 que a mí me puede estar bien.

MENGA. Quien casa con tan erguida
 moza (137 bis), caballero (137) es
 que se dice por acá [ya;
 que es del mesmo (138) Rey servi-
 [da.]

BRAS. Son luengas (139). ¿No hay
 [quien las corte?]

MENGA. ¡Miren (140) qué buena mujer
 lleva para pretender
 algún oficio en la corte!
 ¡Oh lo que parecerán:
 ella vendiendo su nieve
 y él (141) carbón!

BRAS. ¡Mucho se atreve!

MENGA. Tal pesadumbre me dan.

BRAS. Menga, ya yo estó (142) casado.
 Menga (143), todo se acabó.

MENGA. ¿Todo se acabó?

BRAS. ¡Pues no! [do!]

MENGA. ¡No, perro; no se ha (144) acaba-
 Hoy verás si a mis desvelos

(133) Ms.: Tachado vengarme de ti, y encima de
 letra y tinta diferentes: que te quiero a ti.

(134) Ms.: alguna.

(135) Ms.: ya todo esta.

(136) E: Menga es esta soy perdido.

(137) Ms.: cavallero.

(137 bis) E: grande.

(138) E: mismo.

(139) E: le(n)guas.

(140) E: mire.

(141) Ms.: Después de el, tachado carbon.

(142) E: estoy.

(143) E: de oy mas.

(144) E: no está.

se ha de dar tal galardón;
que es el Amor un león,
y son las uñas los celos.

BRAS. Menga, Menga, no es agora (145)
aquel tiempo que solía.

(Dale MENGA de coecs.) (146)

¡San Cosme, Santa Lucia,
que me mata!

MENGA. A la traidora
Laura quisiera yo aquí. (147)

BRAS. ¡Que me desuella!

MENGA. Confiesa,
perro, que es fea y te pesa
de amarla.

BRAS. ¡Digo que sí!

(Sale Doña LEONOR.)

LEONOR. ¿Qué es esto? Bárbara, loca,
¿a mi marido?

MENGA. No es vuestro,
sino mío. ¡Haceos allá,
que por Laurencio os respeto!

LEONOR. Sosiégate, Menga; advierte...

MENGA. ¡No hay que verter, no; teneos!
¡Por los órganos de Dios
y por los benditos cregos
que os mate si me emberrincho!
¡No ha de ser vuestro!

LEONOR. ¡Ni quiero
si es tuyo, que no sabía (148)
vuestro amor ni vuestros celos!

MENGA. ¡Vete, Bras, vete delante! (149)

BRAS. ¡Ya me voy, y casi muerto;
debo de ser la ocasión:
no me has (150) dejado cabello!

(Íase.)

LEONOR. Ya se fué Bras. Oye, Menga.

MENGA. No quiero, Laura; que tengo
razón, que has venido aquí

solamente a hacer enredo.

Tú no eres para los montes
ni para los rudos pueblos.

¿Quién te hizo carbonera,
con tantos relamamientos? (151)

Vete a Sevilla, allí vive,

enamora caballeros. (152)

Deja a los villanos, Laura,

que para ti no son buenos.

¿Era a propósito Bras,

entre ignorante y discreto,

para servirte de sombra?

¡Pues no, Laura; ya te entiendo!

Pensábaseme engañar

con resquebros palaciegos;

¡pues aquí regañarás. [vo!

que [a] habrar (153) al cura le lle-

LEONOR.

Cuidados de mi amor. ¿quién os anima
en tal desconfianza? El mismo engaño.

¿No ven que la esperanza es mayor daño?

No hay daño en quien la vida desestima. (154)

¿Quieres (155) que un Rey con el furor (156)

[me oprima,

hermano en sangre, en la crueldad cristiano?

¡La muerte es el prostrero desengaño! (157)

¡Oh Amor! ¿Qué fuerza habrá que te reprima?

¡Yo (158) no quiero llorar mi desventura,

sino a la muerte prevenir las manos,

aunque parece pensamiento loco;

que si en (159) la vida, que tan poco dura,

es la muerte el mayor de los tiranos,

tiranos vence quien la tiene en poco! (160)

(Sale alborotada INÉS.)

(151) E: relamimientos.

(152) E: Este verso y el anterior están después
de mí para los rudos pueblos, y dicen:

vete a Sevilla, allí vive,
engaña a los caballeros.

(153) Ms.: hablar.

(154) E:

¡pues no veis que es la muerte el menor daño
en quien la vida no pone la estima?

(155) E: Quereis.

(156) E: con su rigor.

(157) E:

propio en la sangre y en el odio extraño
quando es tan peligroso el desengaño.

(158) E: ya.

(159) E: Falta en.

(160) Ms.: Atajado este soneto.

(145) Ms.: aora.

(146) E: Falta esta acotación.

(147) Ms.: oy la traidora / quisiera tener aquí;
tachado oy, y a continuación, añadido a; después de
traidora, añadido Laura; tachado tener, y encima io.

(148) Ms.: no quiero... si estoy ay que no sa-
bia (sic); añadido, después de quiero, si es tuyo; ta-
chado estoy ay y yo.

(149) E: vete Bras para adelante.

(150) E: ha.

INÉS. ¡Ay, señora! ¿Cómo estás
con tanto descuido así? (161)

LEONOR. ¿Vienen a prenderme? (162)

INÉS. Sí,
siendo (163) a forzarte, que es más.
Huye a ese monte, que el Rey,
colérico y enojado
de tu rigor, arrojado (164)
de Amor, que no guarda ley,
dicen que viene a llevarte
y a matar a Bras, que piensa
que fué dueño desta (165) ofensa.

LEONOR. ¡Ay, doña Inés! ¿En qué parte
no me hallará mi desdicha?
¿Viene don Juan?

INÉS. Con él viene,
con tanta pena, que tiene
la muerte por mayor dicha.

LEONOR. Pues ¿dónde quieres que huya?
que si el Rey no me ha de hallar,
claro está que ha de vengar (166)
en él la fiereza suya.

Pues ¿tengo de consentir
que muera por mí don Juan?
Ni los cielos lo querrán
ni Amor lo ha de permitir.

Obligada una mujer
de un hombre, si es bien nacida,
en no siendo agradecida,
¿qué virtud puede tener?

¿Qué mujer no ha sido noble
con hombre que la obligó?
Pues quien de un Rey procedió
tendrá (167) obligación al doble.

Viva don Juan y yo muera,
que sólo siento el morir
por lo que él ha de sentir
que yo por él morir (168) quiera.

Este es amor firme y fuerte;
que sólo en mi muerte siento
la pena y el sentimiento

Muera una mujer que a ser
que ha de tener de mi muerte. (169)
tan desdichada ha nacido,
y viva un hombre que ha sido
tan piadoso (170) a una mujer.

INÉS. ¿Qué! ¿Quieres perder la vida?

LEONOR. Diga mi sepulcro así:
"Una mujer yace aquí
que murió de agradecida".

(Vanse. Sole LAURENCIO y FLORA.)

LAURENCIO. Denme luego de comer.

FLORA. Mira que dicen que viene
el Rey.

LAURENCIO. Rey soy en mi monte, (171)
coma, y venga quien viniere.

FLORA. Y ¿quién te lo ha dicho, Flora?

Quien vió en Sevilla su gente
previniendo la (172) jornada
con azores y lebreles,
ya para matar los osos
que de sus cumbres (173) descien-
ta para volar las garzas [den,
que en estas lagunas (174) beben.

LAURENCIO. Venga muy enhorabuena, (175)
que él es Rey, y se entretiene,
y yo entiendo en mis haciendas.

Y (176) mira si Laura quiere
comer conmigo, o aparte.

FLORA. Anda triste; no la esperes.

(Sacan mesa con manteles y pan.) (177)

(Sacan PARRADO y BENITO una olla con cuchara-
rón.) (178)

PARRADO. Asíéntala bien, Benito.

BENITO. ¿Cómo quieres que la asiente,
si yo no me he de sentar?

PARRADO. Puesamo tiene tan huerte (179)
condición, que a ningún mozo
da su mesa.

(169) E: Esta redondilla va antepuesta a la anterior. Ms.: Atajada.

(170) E: tan constante.

(171) E: Rey soy en mi monte yo.

(172) E: su.

(173) E: que de esos montes deciden.

(174) E: que de esos arroyos.

(175) E: venga enhorabuena Flora.

(176) E: ve y.

(177) Ms.: Falta esta acotación.

(178) Ms.: Sale Benito y Parrado con una olla y cucharon.

(179) Ms.: fuerte.

(161) E: aquí.

(162) E: matarme.

(163) E: y aun.

(164) Ms.: Dicen este verso y el anterior:

con tu rigar enojado
colerigo y arrojado.

(165) E: de su.

(166) E: es forçoso executar.

(167) E: tiene. Ms.: Atajadas esta redondilla y la anterior.

(168) E: que yo morir por el.

BENITO. ¡Oh, cómo huele la olla!

PARRADO. Pónelas Menga que al Rey guisárselas puede. Di que se siente y que parta. (180)

BENITO. ¡Mal año, y cómo se mete el olor por las narices!

PARRADO. Es el tocino valiente, criado a pan y bellota.

BRAS. No hay diacitrón que le llegue.

FLORA. Ya bien te puedes sentar.

LAURENCIO. Vengan todos.

FLORA. Todos vienen. (181)

LAURENCIO. Flora.

FLORA. Señor.

LAURENCIO. Hoy, que guisas, ¿no tienes en qué comience?

FLORA. Comienza en la bendición.

LAURENCIO. ¡Dios lo prospere y lo aumente!

PARRADO. Flora.

FLORA. ¿Qué quieres?

PARRADO. Que a mí me des caldo suficiente.

FLORA. ¿Con qué te contentarás?

PARRADO. Con seis escudillas.

FLORA. Vete a un convento de Sevilla

PARRADO. A fe meta (182) el brazo...

FLORA. ¡Suelta!

BENITO. Con el cucharón le dió.

(Salen BRAS y LEONOR.)

BRAS. Laura, señor, viene a verte.

LAURENCIO. ¡Laura mía!

LEONOR. No quisiera hallarte en la mesa. Advierte que viene el Rey.

LAURENCIO. Mal conoces cómo en su rústico albergue no envidia (183) un pobre villano los palacios de los reyes.

(Dentro el REY.)

REY. ¡Quitad a todos las vidas, sin que carbonero quede, y abrasad luego sus casas!

(180) E: y reparta.

(181) E: Este verso y el anterior van inmediatamente después de la acotación *Sacar mesa*, etc.

(182) Ms.: *asirete*, enmendado sobre *asile*.

(183) Ms.: *ymbilia*.

BENITO. ¡El Rey!

BRAS. Enojado viene.

(Escóndense detrás de la mesa y (184) salen el REY, DON JUAN y DON FERNANDO.)

REY. Villanos, que habéis sabido claramente la ocasión en que con (185) tanta afición a vuestro monte he venido, ¿cómo, por darme pesar, habéis a Laura casado?

LAURENCIO. Señor, todos han pensado que aquí vienes (186) a cazar.

REY. ¡Malicia ha sido, villanos! ¿Dónde está el novio?

BRAS. ¡Ay de mí!

MENGA. Este es, señor.

REY. ¿Este?

MENGA. Sí.

REY. Asilde, atalde las manos; llamad esos ballesteros; flechalde.

MENGA. Aquí pagarás tus maldades.

BRAS. Si jamás me atrevi a sus dos luceros, (187) ni una sola mano asido, que dos mil muertes me des; porque fuerte cosa (188) es pagar lo que no he comido.

MENGA. No tienes que reortir (189); hoy, a flechazos (190) te harán un puro San Sebastián.

REY. Laura, ¿qué puedes decir en defensa de tu (191) gusto? ¿Tal villano apetecías? Si mi voluntad sabías, ¿fué, Laura, término justo? Ahora bien; llegad el coche, que, en saliendo yo (192), han de estas casas, que han de ser [arder luminarias de la noche.

(184) Ms.: Falta esta primera parte de la acotación.

(185) E: en que por.

(186) E: venías.

(187) Ms.: *si jamas (me atrevi, añadido) / señor si (tachado) a sus dos luceros*.

(188) E: caso.

(189) Ms.: *rre (petir, tachado) (ortiz, añadido)*.

(190) E: pedaços.

(191) Ms.: mi.

(192) E: porque en saliendo.

LEONOR. ¡ Señor, ten piedad!

REY. ¿ Piedad?

La que tuviste de mí.

BENITO. ¿ Que nos han de quemar?

MENGA. Si.

BENITO. ¿ Tanta crueldad?

MENGA. No es crueldad.

BENITO. Pues ¿ las mujeres no temen el fuego?

MENGA. Si, y mucho más; mas, por vengarme de Bras (193), me gúelgo de que me quemén.

LEONOR. Señor, llegado a tal punto tu enojo y tu amor, no quiera (194) el cielo que mi temor causa de tu enojo sea. (195) Y aunque sabiendo quién soy (196) tan cierta muerte (197) me espera, es menor mal que tu engaño llegue al rigor que me desee. Yo he sabido de la fama que, sólo de albricias, dieras de hallar tu hermana. a Sevilla, a quien te dijera della. Pues si te la entrego yo, y mi voluntad honesta que con mi esposo me dejes sólo en premio se contenta, ¿ no será razón, señor, si a la razón te sujetas (198), que este servicio me pagues?

JUAN. ¡ Cielos, detened su lengua, que quiere perder la vida para que yo no la tenga!

REY. No hubiera cosa en el mundo, Laura, por quien yo te diera, sino sólo por mi hermana. ¿ Dónde está? ¿ Tú sabes de ella? Doyte mi palabra real que no recibas ofensa de mí si me das mi hermana.

LEONOR. Pues yo soy.

(193) *Ms.: si mucho mas / por vengarme aqui de Bras..*

(194) *E: quisiera.*

(195) *E: Dicen este verso y el anterior:*

*yo con mi triste humildad
humillar a tu grandeza.*

(196) *Ms.: y aunque en sabien (do, añadido) (soy tachado), (quien soy, añadido).*

(197) *E: tan justamente.*

(198) *E: si mi voluntad acetas.*

REY. ¿ Tú? Pues espera (299), que cumpliré lo que dije, aunque, engañado, pudiera volver mi palabra atrás. Pero si cumplirla es fuerza, con sola (200) una condición dejaré que libre (201) puedas vivir (202). Leonor, en mi reino, que pienso que si te viera no te hubiera aborrecido. (203) Don Juan, hermana tan bella que me pudo enloquecer, no es justo que la aborrezca. Si, señor; mas no te engañe Laura diciendo que es ella.

JUAN. Bien dices: Laura o Leonor, habla conmigo de veras; mira que don Pedro soy.

REY. No puedo darte más señas que llevándome a mi casa, todos quantos hay (204) en ella tenerme por su señora.

LEONOR. Fernando, señas son éstas que no me pueden faltar.

REY. Señor, las de su presencia y majestad son tan grandes, que su valor manifestan.

FERNANDO. Es, Leonor, la condición que para que vivir pueda libre de ti, que sospecho (205) que Enrique casarte quiera con algún príncipe extraño que le ayude y favorezca, pues, como sabes, rebelde (206) ha intentado hacerme guerra, ocasión que me ha movido a que tanto os aborrezca, con quien yo quiera te cases: que yo buscaré quien sea más leal en mi servicio y más firme en mi defensa.

REY. Tu hechura soy.

LEONOR. Oíd, don Juan

JUAN. ¿ Qué me manda Vuestra Alteza?

(299) *Ms.: Leo. Yo soy. Rey. ¿ Tu? Leo. Yo. Rev. Pues espera.*

(200) *E: solo.*

(201) *E: dexaré que vivir.*

(202) *E: libre.*

(203) *E: Faltan este verso y el anterior.*

(204) *E: todos los que están.*

(205) *E: libre de ti porque temo.*

(206) *Ms.: pues como sabes (Ribalbo, sic, tachado) (Enrique, añadido).*

REY. Que me aconsejéis (207), Velasco,
como a su Rey aconsejan
los deudos y los vasallos. (208)
De los que en Castilla quedan,
o aquí vinieron conmigo.
¿quién hay que mejor merezca
a mi hermana? ¿Es Martín López
de Córdoba, que se precia
(mi camarero mayor)
de virtud, sangre y nobleza?
¿Será don Juan de Padilla,
a quien Castilla respeta
por comendador mayor?
¿Será don Luis (209) de la Cerda,
Alvaro Pérez de Castro,
o don Beltrán de la Cueva?
JUAN. Señor, si os he de decir
el que con mayor firmeza
de lealtad os ha servido,
como lo dicen las flechas
de la vega (210) de Granada
y los muros (211) de Antequera,
el que no dará favor
a quien obediencia os niega,
y tratará a vuestra hermana
con más amor y grandeza,
¿dirélo con libertad?

(207) Ms.: aconsejais.

(208) E: amigos.

(209) E: Juan.

(210) E: de los muros.

(211) E: y murallas.

REY. Decid, que yo os doy licencia.
JUAN. Pues yo soy.

REY. ¿Vos?

JUAN. Si queréis
que en el campo lo defienda,
venga el mundo contra mí.
REY. Cuanto a mí, Velasco, sea:
pero sepamos su gusto,
que temo que ella no quiera.
Leonor, hablando a don Juan
en tus bodas me aconseja
que te case

LEONOR. ¿Con quién dice?
REY. Con el almirante.

LEONOR. Yerra,
pues era (212) mejor con él.

REY. Pues él es, como tú quieras.

LEONOR. Sí quiero.

REY. Pues daos las manos.

LEONOR. Doña Inés, mi camarera,
bien merece a don Fernando.

REY. Justamente en él se emplea. (213)

INÉS. Yo me tendré por dichosa.

FERNANDO. Yo lo soy en merecerla.

MENGA. Señor, ¿no flechan a Bras?

BRAS. No, que soy tu esposo, Menga:
en cuyas bodas, senado,
se acaba *La carbonera*.

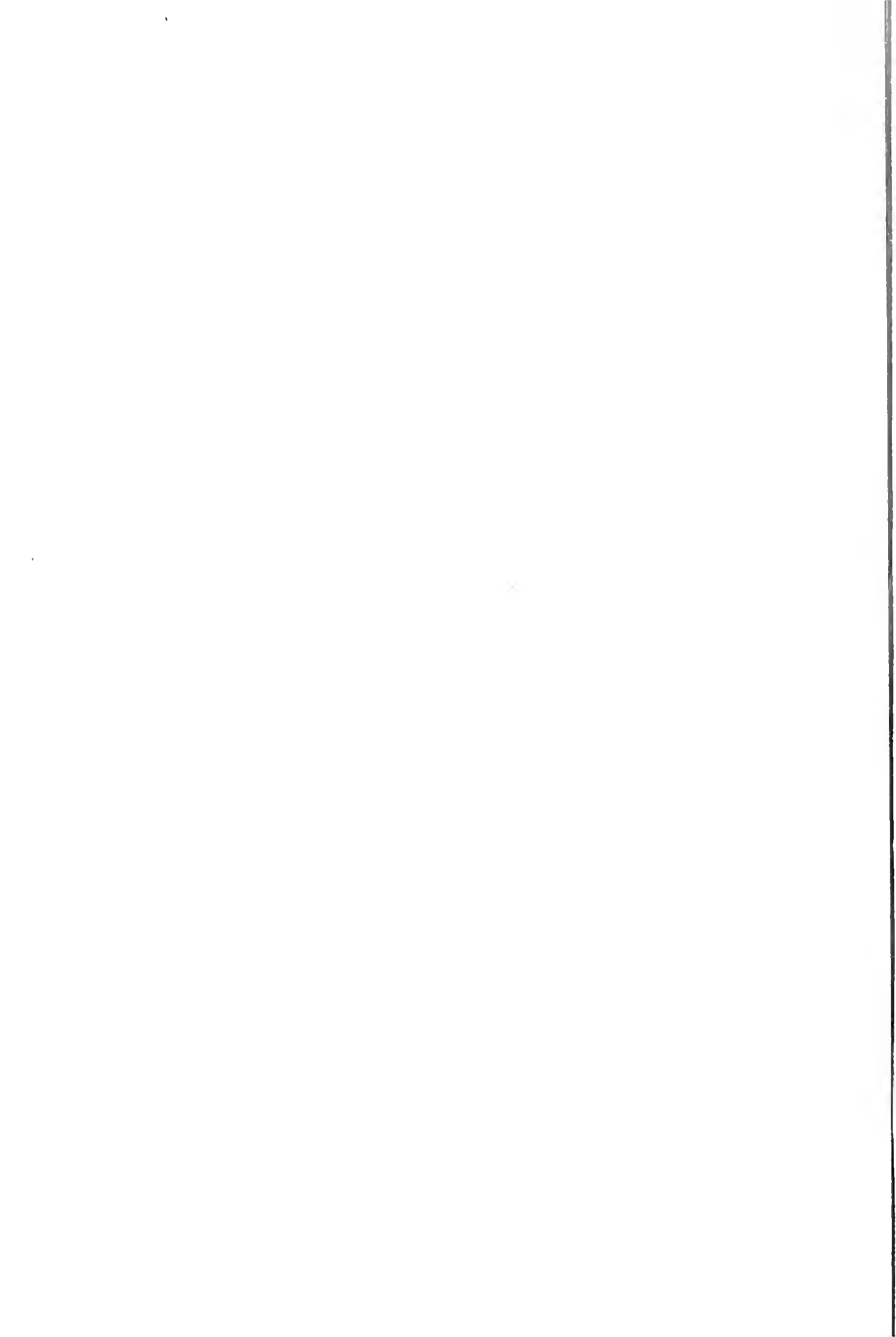
(212) E: pues fuera.

(213) Ms.: Tachados este verso y el anterior.

(214) Ms.: Tachados este verso y el anterior.

INDICE DEL TOMO X

	<i>Págs.</i>
PRÓLOGO.....	v
179.—Los torneos de Aragón.....	1
180.—La traición bien acertada.....	38
181.—El triunfo de la humildad y soberbia vencida.....	73
182.—El valor de las mujeres.....	113
183.—El vencido vencedor.....	153
184.—La venganza venturosa.....	187
185.—La ventura en la desgracia.....	227
186.—La ventura sin buscaila.....	258
187.—Ventura y atrevimiento.....	294
188.—Ver y no creer.....	325
189.—La villana de Getafe.....	366
190.—La vitoria de la honra.....	412
191.—Viuda, casada y doncella.....	455
192.—Ya anda la de Mazagatos.....	492
193.—Los yerros por amor.....	540
194.—Allá darás rayo.....	568
195.—Amor con vista.....	598
196.—Amor, pleito y desafio.....	635
197.—Las burlas veras.....	675
198.—La carbonera.....	706

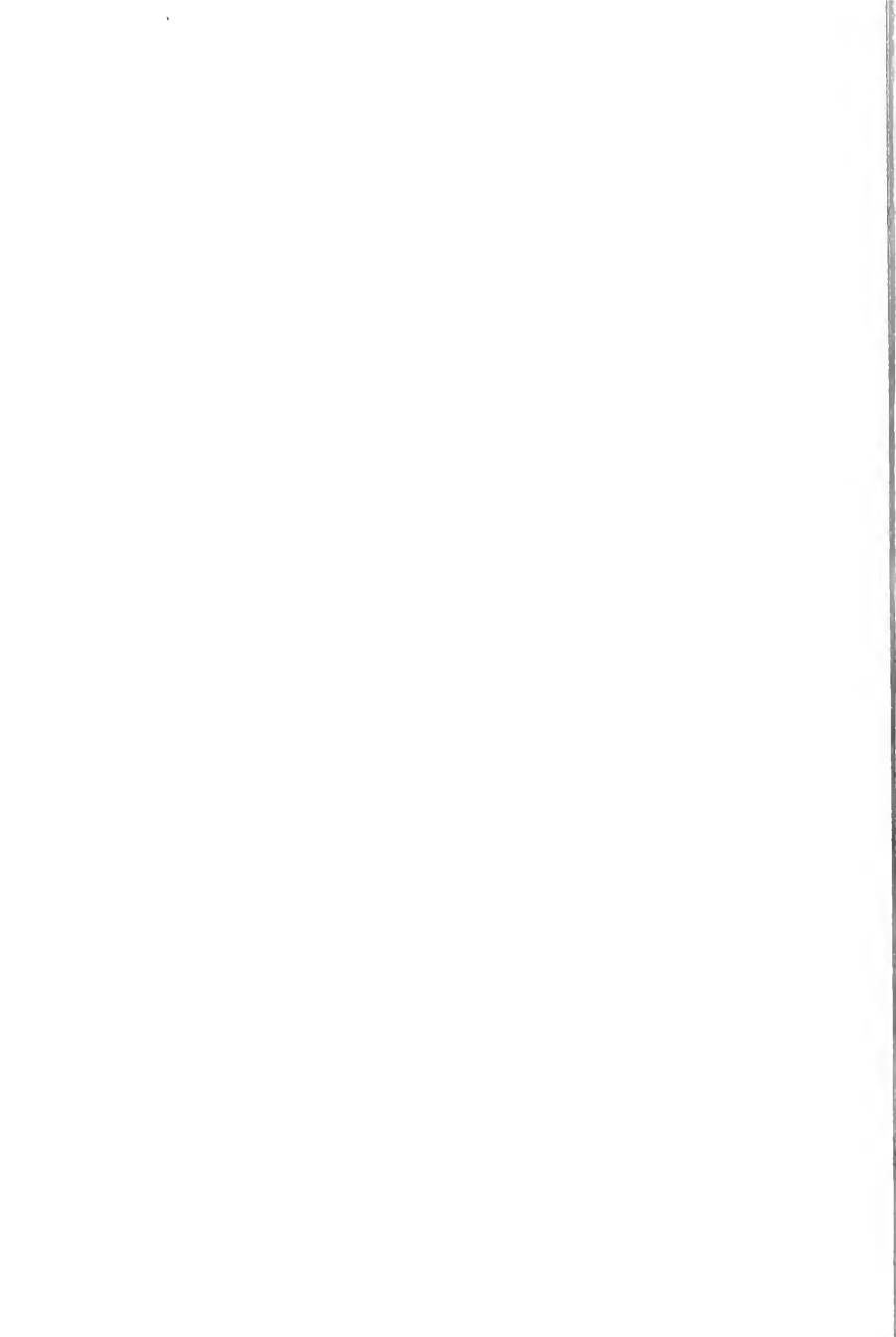


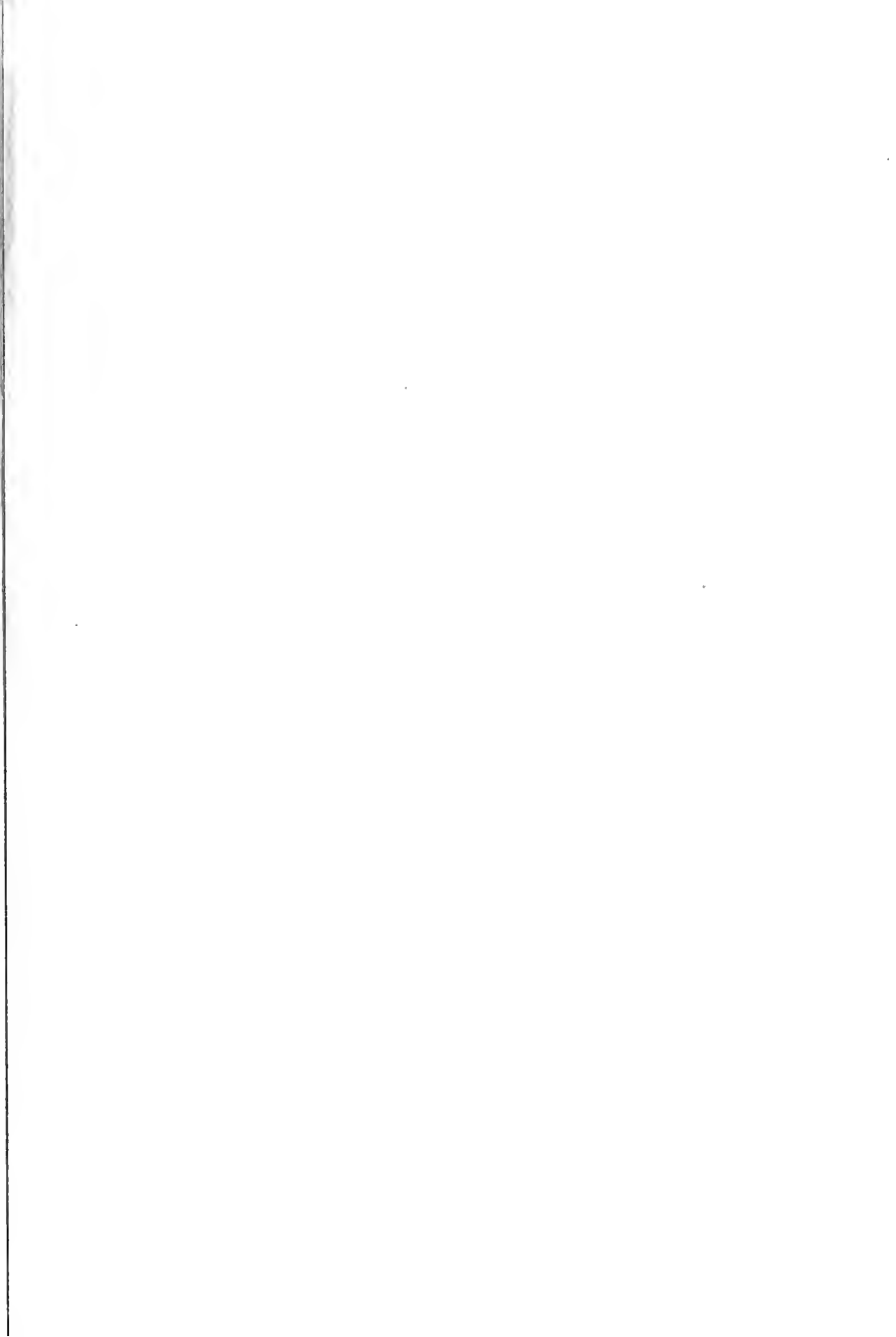
ENMIENDAS Y ADICIONES

PÁGINA	VERSO	DICE	LÉASE
29, a.	22	Después de	Después que
36, a.	3	viene	viniere
86, b.	2	está	esté
166, b.	39	Eo	Eso
244, b.	35	impide	impida
247, b.	27	que es en ella	que en ella es
318, b.	18	enfrenta	afrenta.
320, b.	9	resmpuesta	respuesta.
327, b.	13	sonoras	sonorosas.
346, b.	39	alm	alma.
346, b.	40	homocida	homicida.
360, a.	9	más	mas.
392, a.	16	despeñalos	despeñallos.
395, b.	8	Glia	Gila.
429, a.	16	opdrémonos	podrémonos.
468, b.	3	resplondor	resplandor.
517, a.	29	escucha	escucho.
554, a.	44	Ramos	Remos.
590, a.	30	coresponde	corresponde.
635, b.	1	beuno	bueno.
681, b.	41	vellacos	bellacos.
734, b.	24	postrero	postrero.
	NOTA		
10, a.	2	cobre	sobre.
528, b.	302	esritos	escritos.
536, b.	353	sete	este.
736, b.	189	ortiz	ortir.

Páginas.

- 8, a: atribúyase la nota a la última redondilla de la columna.
- 25, a, verso 13: *afirmo*, así en las ediciones; parece mejor lectura *firno*.
- 66, b, verso 28, así en las ediciones; no rima.
- 83, b: trocados los versos penúltimo y antepenúltimo.
- 229, b: los versos 18 y 19 sueltos; faltan otros dos para completar la redondilla.
- 294: los versos de la Escena 1.ª son décimas; la quinta décima, imperfecta, así en la edición.
- 362, a: atribúyanse al CONDE los versos 35 y 36.
- 364, b: la nota 3 es la 4 y la 4 es la 3.
- 386, b: atribúyase a DON FÉLIX el verso 20 *¿Sois casado?*
- 574, b: verso 8, *considerar*, así en la edición; léase *considerar[os]*.
- 620, a: sobra el verso 6.
- 658, b: entre los versos 6 y 7, intercálese otro. omitido: *esa mujer que ha propuesto*.
- 735, b: trocados los versos primero y segundo.







PQ
6438
Al
1916
t. 10

Vega Carpio, Lope Félix de
Obras. Nueva ed.

Erindale
College

